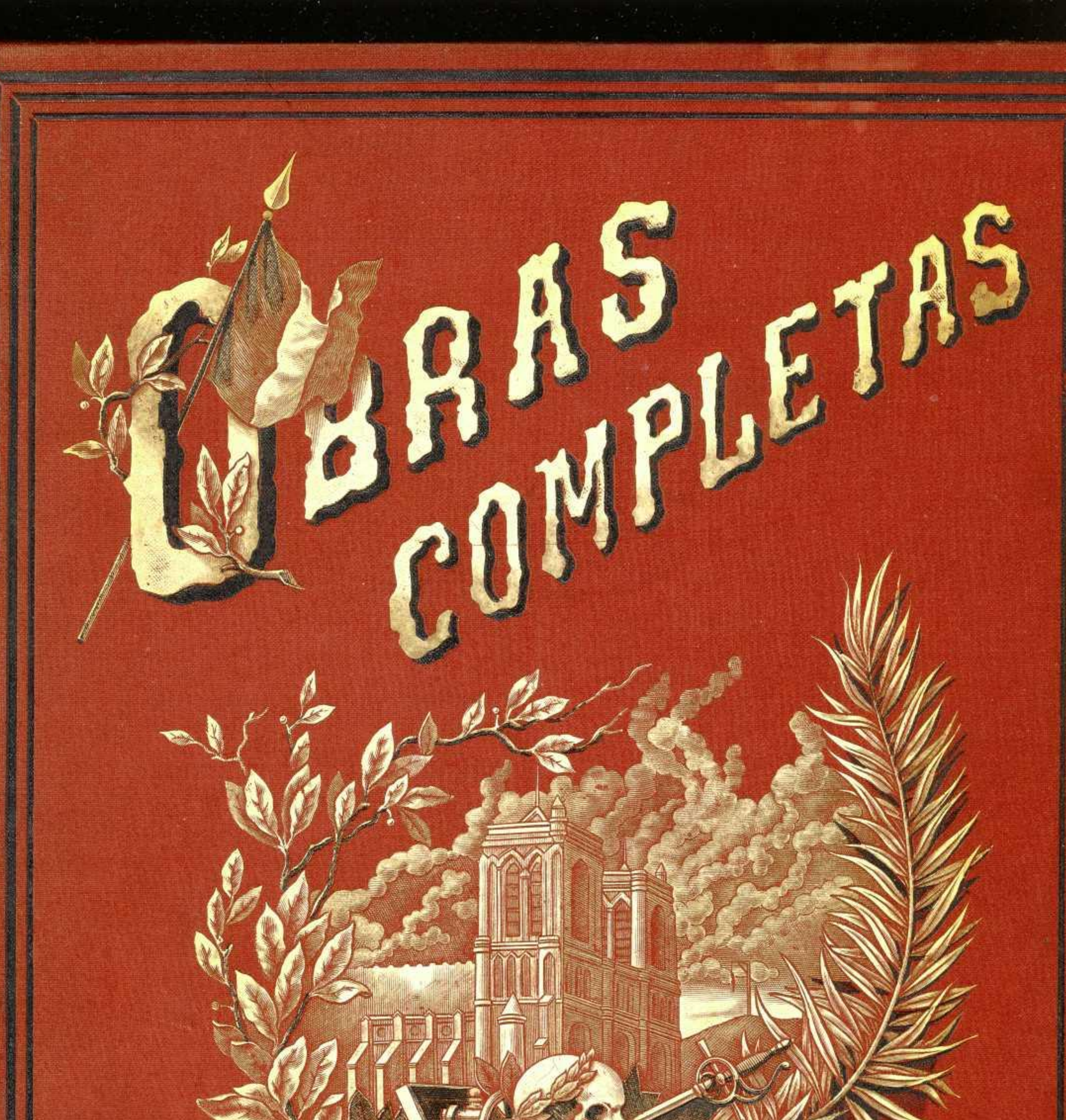
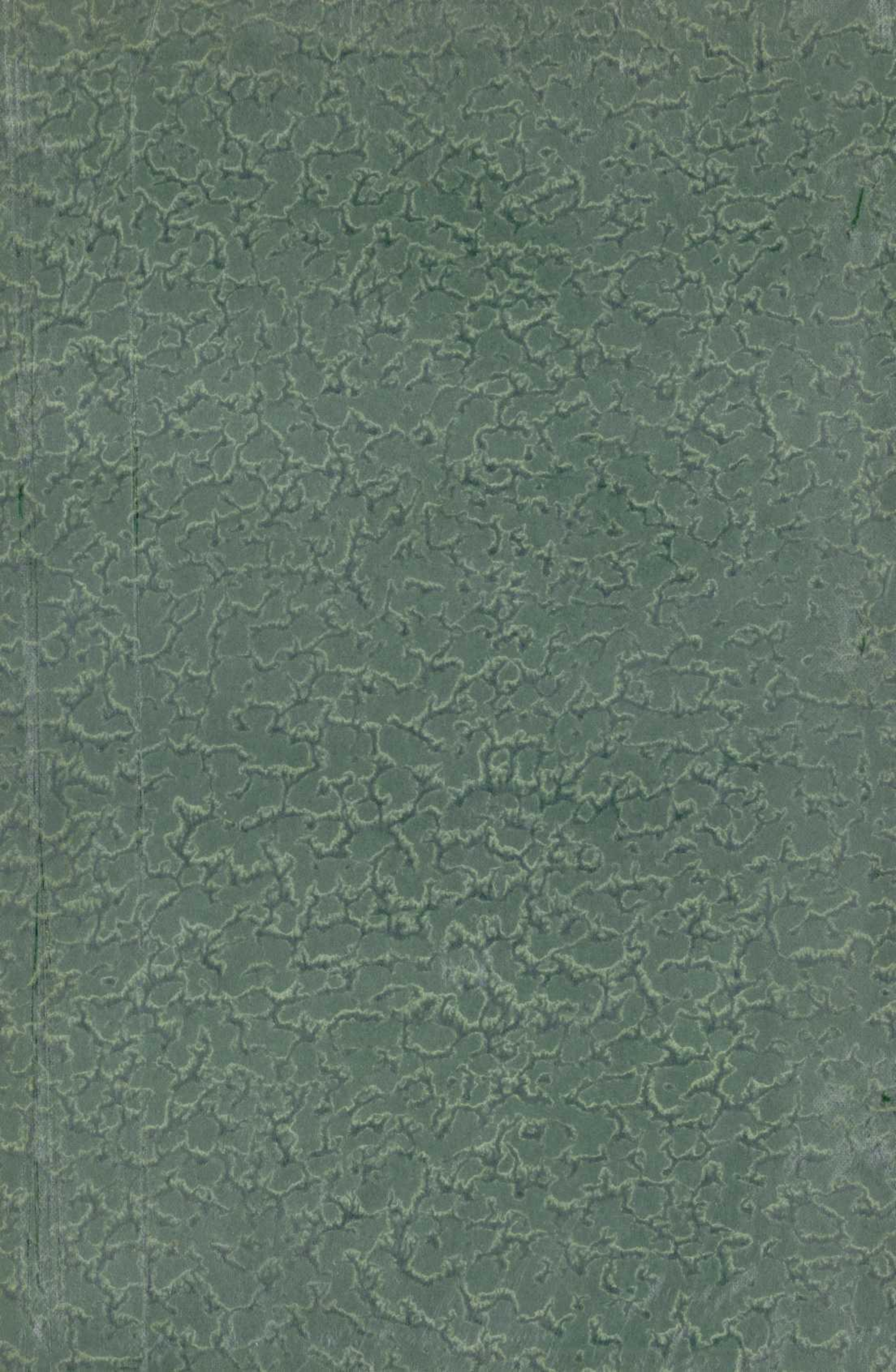
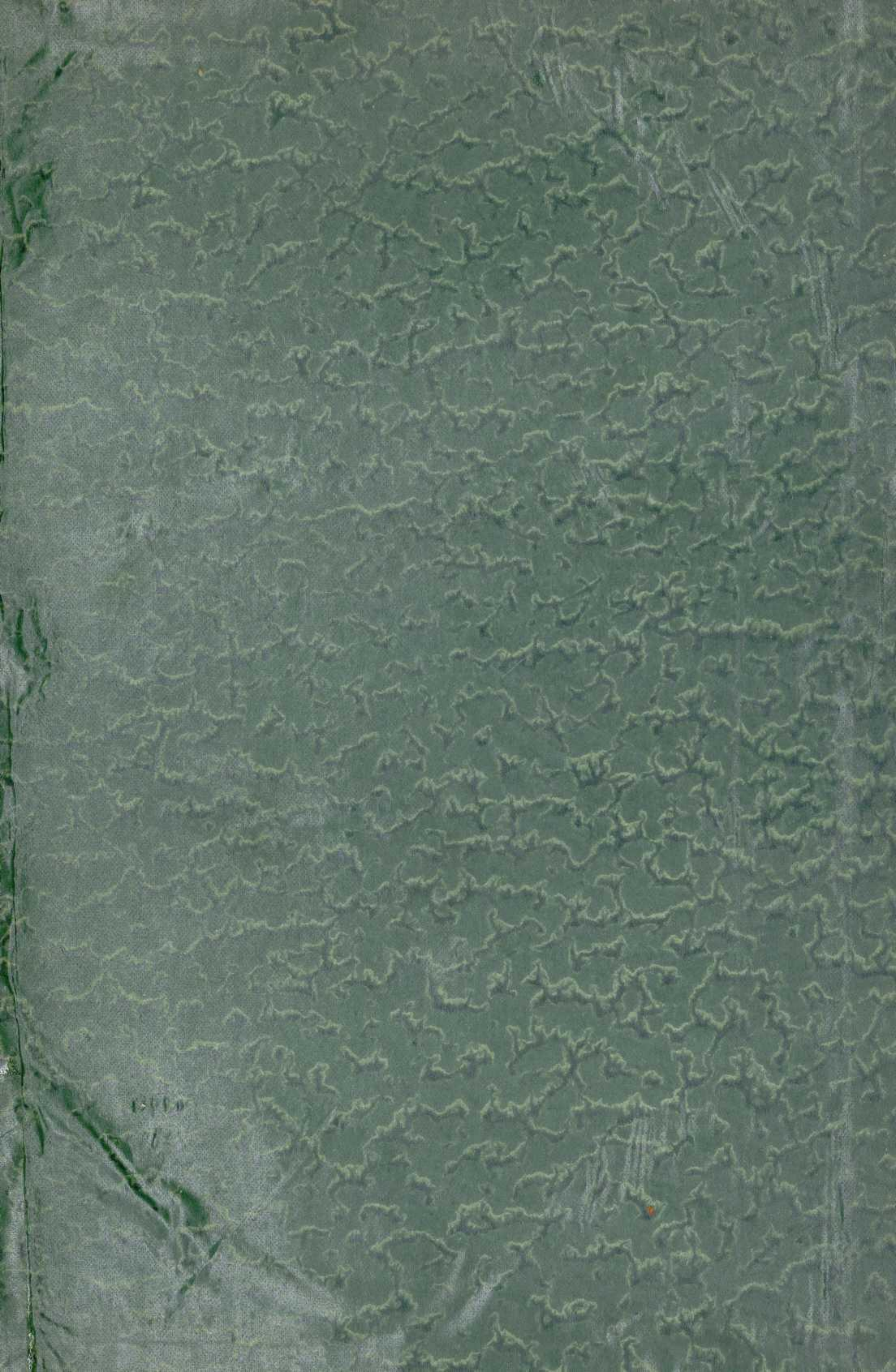


DE

VICTOR HUGO





Dionisio
Ridruejo -

OBRAS COMPLETAS
DE VÍCTOR HUGO.

OBRAS COMPLETAS

DE

VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

DON JACINTO LABAILA.

Magnífica edicion espléndidamente ilustrada con bellísimas cromo-litografías.

TOMO V.

VALENCIA 1888:
TERRAZA, ALIENA Y COMPAÑÍA, EDITORES,
Embajador Vich, núm. 19.

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9.

ODAS Y BALADAS.

(POESÍA.)

PREFACIO.



TODO escritor que publica un libro se refleja en él; que lo sepa ó que lo ignore, que quiera ó que no quiera, así sucede. De cualquier obra, ya sea baladí, ya sea ilustre, se desprende la figura del escritor; si es fea, este es su castigo; si es hermosa, esta es su recompensa.

Cuando leemos el Sitio de Troya, vemos á Aquiles, á Ulises, á Ayax y á Agamenon, y esa obra nos descubre una majestad, que es la del escritor. ¿Zoilo escribió? Busquemos lo que nos ha dejado. Nada ha quedado del gramático, del comentador y del glosador; mientras que la *Iliada* vive siempre, y la voz de los siglos proclama el nombre de Homero. Lo mismo sucede con Esquilo, con Aristófanes, con Píndaro, con Teócrito, con Plauto, con Virgilio, con Horacio, con Juvenal, con Tácito y con el Dante.

El libro existe como el autor lo ha creado, y es historia, filosofía ó epopeya; pertenece á las altas regiones del arte ó á las regiones bajas; es como es, y sin ninguna intervencion suya, se levanta fatalmente á su lado la sombra que proyecta, esto es, la figura del autor.

Esta verdad se revela únicamente al fin de una larga vida, tempestuosa y consagrada al trabajo, entregada por completo al pensamiento y á la accion. Entonces es cuando se aparece la responsabilidad, que es la compañera inseparable de la libertad. El que escribe estas líneas así lo comprende y está tranquilo. Por imperceptible que sea ante lo infinito, su insignificancia no le perturba. A todas las cuestiones que puedan surgir de lo ignorado contestará siempre: Tengo conciencia de lo que escribo. Contestacion que todo hombre puede dar, y que basta, si contesta de ese modo con el candor del corazon sincero.

El autor de estas líneas conoce que es débil, ignorante y limitado, pero que siempre ha buscado el bien, por lo que sin temor ninguno puede responder á la sombra inmensa, á lo desconocido y al misterio. Tengo conciencia, siento la unidad de la vida universal con la tranquilidad completa que conserva lo más sencillo ante lo más profundo.

Existe un dón supremo que se concede en secreto, que algunas veces permanece oculto, y que mayor fuerza tiene cuanto más encerrado está; este dón es la estimacion.

Del valor de la obra presentada aquí en conjunto ante el público, el porvenir decidirá; pero lo que es seguro, lo que desde luego satisface al autor, es que en la época en que nos encontramos, á pesar de la lucha de las opiniones, á pesar de las violencias de los partidos, á pesar de la pasion, de la cólera y del ódio, ningun lector, sea como sea, si es digno de estimacion, rechazará el libro sin apreciar al autor.

V. H.

28 Febrero 1880.

1853.

A historia se extasía ante Miguel Ney, que habiendo sido tonelero llegó á mariscal de Francia, y ante Murat, que desde mozo de cuadra llegó á ser rey. La oscuridad de su punto de partida es un título más al aprecio público y realza el brillo del punto de llegada.

De todas las escalas que desde la oscuridad conducen á la luz, la más meritoria y la más difícil de subir es la siguiente: haber nacido aristócrata y realista y llegar á ser demócrata.

Subir desde una cabaña á un palacio, es raro y es magnífico; pero subir desde el error hasta la verdad, es todavía más magnífico y más raro. En la primera de esas dos ascensiones, á cada paso que se dá se gana algo, se aumenta el bienestar, el poder y la riqueza; en la otra ascension sucede todo lo contrario: en la áspera lucha entablada contra las preocupaciones grabadas en nosotros desde la cuna, en la lenta y ruda elevacion desde lo falso hasta lo verdadero, que constituye en cierto modo la vida del hombre y el desarrollo de su conciencia, el símbolo compendiado del progreso humano, cada escalon que se sube hace pagar con un sacrificio material el mejoramiento moral, hace que abandonemos algunos intereses, que nos despojemos de alguna vanidad, que renunciemos á los bienes y á los honores del mundo, que arriesguemos la fortuna y el hogar, y algunas veces la vida. El que consigue verificar esta segunda ascension debe estar satisfecho y orgulloso de sí mismo; y aunque es verdad que Murat pudo enseñar con orgullo su látigo de postillon al lado de su cetro de rey y exclamar: "Nací en las últimas capas sociales„, tambien es verdad que, con orgullo más legítimo y con conciencia más satisfecha, puedo yo presentar mis odas realistas escritas en mi infancia y en mi adolescencia, al lado de los poemas y de los libros democráticos que he escrito desde mi juventud. Creo que se me debe permitir este orgullo, sobre todo porque, despues que verifiqué tan díficil ascension, encontré, al fin de la escala de la luz, la proscripcion, y he tenido que fechar este prefacio en el destierro.

V. H.

Jersey, Julio de 1853.



ODAS.

1818—1822.

LIBRO PRIMERO.

Vox clamabat in deserto.

ODA PRIMERA.

El poeta en las revoluciones.

Mourir sans vider mon corquois. Sans percer, sans fouler, san petrir dans leur fange
Ces bourreaux barbouilleurs de lois!...
ANDRÉS CHENIER.

"El viento ruge en las campiñas, arrancando las ramas de los árboles; bate á las encinas en la montaña y á los esquifes en los mares. Jóven, así nos azota la suerte: en tu loca embriaguez, no juntes á tus desgracias las aflicciones del mundo, y reservemos, culpables y víctimas, el remordimiento para nuestros propios crímenes y las lágrimas para nuestros propios dolores."

Creeis que mis cantos son temerarios? ¿creeis que en estos fatales tiempos debo permanecer sordo al llamamiento de mis hermanos y sufrir egoistamente solo mis dolores? No; el poeta es un desterrado voluntario que viene á la tierra á consolar á la humanidad que gime, y que entre los pueblos que deliran se arroja, armado de la lira, como se lanzó Orfeo en los infiernos.

"Orfeo bajó al infierno á consolar á los muertos de sus penas eternas; y tú, á los criminales, les cantas el himno del remordimiento. ¿Qué orgullo insensato te arrastra á proceder así? ¿Con qué derecho te presentas en la palestra á juzgar sin haber combatido? Censor, salido apenas de la infancia, deja que envejezca tu inocencia, y entonces podrás hacernos creer en tu virtud."

Cuando el crímen, Python lívido, rompe el freno de las leyes y queda impune, la Musa se convierte en Euménide y Apolo prepara su carcaj. Obro como Dios me inspira; ignoro todavía qué desgracias sufrirá mi vida, aun pura; sigo sin orgullo mi destino; la tempestad desgarra la vela, pero la vela salva al marinero.

"Los hombres corren al precipicio y no los salvarán tus cantos. ¿Por qué quieres extraviar tus pasos por caminos que ellos no siguen? ¿Puedes, en tus tiernos años, sin perturbar otros destinos, romper la cadena de tus dias? No gastes así tu efímera vida; jóven, ¿no tienes madre? poeta, no tienes amores?..."

Pues bien, si muero defendiendo una causa noble, los cielos se me abrirán. El amor casto engrandece el alma, y el que sabe amar sabe morir. El poeta, en estos tiempos de catástrofes, defiende á los justos oprimidos, celebra é imita á los héroes y ofrece siempre, celoso de sus sufrimientos, su lira á las víctimas y su cabeza á los verdugos.

"Se dice que en tiempos lejanos, cantando el poeta, revelaba al mundo sus futuros destinos; pero en la actualidad, qué vienes á hacer en la tierra? Vienes á participar de su profunda noche; el cielo se vela y quiere castigar; los bardos no son ya profetas, y la Musa, ciega y muda, no presiente el porvenir.„

El mortal á quien Dios inspira camina con fé y con entusiasmo hácia el porvenir; solo lanzándose al abismo se puede sondear su profundidad. Se prepara para el sacrificio; sabe que la felicidad del vicio la expía el inocente; y es un profeta que se presta á morir, teniendo la prision por santuario y el cadalso por trípode.

"Debias haber nacido en la pátria de los Abbas y de los Cosroes, donde brilla el sol en un cielo sin nubes, donde crecen los aloes y el mirto; allí, sordo á los males que tú deploras, el poeta vé indiferente nacer y morir sus dias; allí la paloma, que aman los que pulsan la lira, lleva á las vírgenes dulces mensajes, en los que el amor habla con las flores.„

Nada me importa que los demás prefieran reposo indigno á celestial martirio: yo aspiro á la gloria, y sé que á ella no se llega por el camino de la felicidad. El alcion, cuando el Océano ruge, tiene miedo que los vientos turben las ondas que mecen su tranquilo sueño; pero el águila, que es hija de la tempestad, á través de las nubes, levanta el vuelo hácia el sol.

Marzo 1821.

ODA SEGUNDA.

La Vendée.

Ave Cæsar morituri te salutant.

I.

"¿Quién de nosotros al visitar una urna cineraria no ha encontrado algun amigo llorando ante un féretro? Ante la fria tumba de una esposa ó de un hermano, ¿quién de nosotros no ha vertido lágrimas?„—De este modo, por las desgracias que Francia lloraba, gemia la sagrada Musa, que nos señalaba el cielo abierto en los cánticos en los que, cerniéndose sublime sobre Roma y sobre Palmira, anunciaba las dulzuras del martirio y la humilde felicidad del desierto.

Despues, recordando todos sus crímenes á nuestros tiranos y entregando al remordimiento sus corazones, que no se arrepienten, exclamó:—"En estos tiempos la Francia tiene víctimas, pero la Vendée tiene mártires.„—Desdichada Vendée, se han secado ya tus lágrimas? ¿Caminas armada al frente de nuestros guerreros? Si el honor, si la fé no es un vano fantasma, enséñame qué palacios reemplazaron á las cabañas de tus caballeros rústicos.

Ay de mí! no te olvidas de aquellos dias desventurados; olas de sangre corren por tus surcos, y los piés de los corceles huellan el polvo, que es la ceniza de tus ciudades. Los que no te pudieron vencer por medio de las armas, buscaron para satisfacer su coraje el apoyo del infierno; y rodando en tus llanuras en torrentes de humo, vasto incendio persiguió á tu ejército, que solo huyó de él.

II.

El Loira vió entonces en sus desiertas playas reunirse las tribus de los vengadores de nuestros reyes; del pueblo que solo lloraba, por haber perdido el trono, al pié de la cruz. Algunos ancianos huian al ver sus casas ardiendo; huian con niños y con mujeres, seguidos de los héroes que quedaban vivos, llevándose con ellos á la pátria desterrada; porque al salir de allí solo dejaban un país sembrado de cadáveres y de verdugos.

En aquellos momentos de divino delirio aparecióse entre aquellos bravos soldados un anciano sacerdote, como santo que viene á hablar del martirio á los ángeles de los combates; tranquilo al proclamar siniestros presagios, los recuerdos de las antiguas edades se despertaron en su frio corazon; y al anunciarles la suerte que debian esperar, parecia que sona-

ba la voz del porvenir en sus palabras, llenas del pasado.

III.

"Más allá del Jordan, despues de cuarenta años, anunció Dios la tierra de promision á los hijos de Israel; más allá de sus olas, despues de algunos dias, el Señor os promete el cielo. Estas playas no volverán á ver vuestras falanges errantes. Dios, en ardientes llanuras, os prepara lejana tumba; vuestro astro debe extinguirse, estando apenas en la aurora; pero Sanson, al morir, consiguió derribar las columnas del templo.

„Vuestros guerreros perecerán; pero siendo heróicos, si no pueden castigar, sabrán vengarse; porque verán huir á esos terribles soldados ante el extranjero. No moriréis todos á manos de valientes; unos, desde naves homicidas, serán arrojados á las movibles olas; otros pasearán huesos insepultos, y ocultarán sus muertos en sitios desconocidos para que no los vean los vivos.

„Y vos, jóven jefe arrebatado por la victoria á los azares de Mortangne y á los peligros de Saumur, el honor de haberos muerto en un combate sin gloria hará célebre á un hombre desconocido. Pocos de los vuestros, despues de tantas guerras, volverán á ver el sitio que ocuparon sus hogares, y los que vuelvan, adornándolos con sus armas ociosas, esperarán que Dios vuelva á traer las lises, que preferirán á los laureles.

„¡Vendée, noble tierra, triste pátria, debes pagar muy cara la vuelta de tus reyes! Antes que en nuestras riberas crezca la flor querida, tu sangre las rociará dos veces. Pero tambien, cuando llegue el dia en que, reunida la Europa, rompa los retoños del árbol de la tiranía, los reyes se jactarán de sus campamentos, de sus inmensas flotas, y solo el rey cristiano pondrá en la balanza el humilde acero de los antiguos bretones.

„Si alguna vez, despues de esos tiempos de embriaguez, hiriendo el corazon del héroe olvidado, una voz insultante ofreciera á su desgracia el dón de la piedad; si su madre, su viuda ó su hija, derramando lágrimas, se parasen hambrientas en el umbral de la puerta de un favorito poderoso, recordando al implorarle que perdieron al hijo, al esposo y al padre, á los que no creian sobrevivir;

„Si pobre y abandonado, el ciudadano fiel, mientras el traidor enriquecido se burlara de su fé, oyera en el Senado calumniar su celo por su presunto rey; si para colmar la afrenta, un magistrado injusto, cubriendo con augusta máscara el abuso de un poder insolente, por sospechas viles le pidiese las armas con las que logró la primera conquista y que son quizá su última esperanza;

„No tendria más remedio que resignarse. En su crímen triunfante, el impío dichoso insulta al fiel que sufre; pero el hombre justo debe tener presentes los delitos de nuestros padres y pensar en lo que sufrió Dios al morir. El Señor consiente algunas veces que triunfe el vicio; consiente tambien algunas veces que el inocente derrame lágrimas; con frecuencia, para conseguir sus designios, se vale Dios de extraños medios y concede á Satanás infernales alegrías y á la Vírgen María santos dolores.„

IV.

Al llegar aquí el anciano calló. Sin dar crédito á sus palabras, dejaron aquellas riberas, para no volver á verlas ya, creyendo que se equivocaba el sacerdote, cuyo espíritu presentia el porvenir.— De este modo, escaso de soldados, pero con gran renombre, el resto de un ejército ilustre se fué tras su bandera destrozada, y aquellos últimos franceses, lejos de su templo enlutado y de sus cabañas incendiadas, fueron á conquistar las tumbas.

1819.

ODA TERCERA.

Las vírgenes de Verdun.

Le prêtre portera l' ètole blanche et noire
Lorsque les saints flambeaux pour vous s' allumeront;
Et, de leurs longs cheveux voilant fronts d' ivoire,
Les jeunes filles pleureront.
A. GUIRAUD.

I.

¿Por qué me presentais la lira, ligeros espectros? Qué quereis de mí? Fantásticas bellezas, ¿me anuncia vuestra cólera esa lúgubre sonrisa? Sobre vuestras túnicas brillantes, ¿por qué flotan vuestros velos de crespon? ¿Por qué veo con guirnaldas las cadenas y las rosas teñidas de sangre?

Retiraos; volved á entrar en los abismos sombríos... ¿Qué significan esas tres tumbas? ¿Qué significa ese horrible carro cargado de víctimas? Oigo cantos mortuorios y oigo voces gozosas. Ocultadme ese carro que se pára; veo caer lentamente un hierro... veo correr la sangre... Vá á saltar sobre mí?

¿Venís á despertar el remordimiento en mi alma? No soy culpable de esa sangre. Huid, vírgenes; huid, familia desventurada. Cuando morísteis no habia nacido yo aun. Qué exigís de mí? Lloré vuestra desgracia, ¿y debo expiar tambien los delitos de mis padres? ¿Por qué turbais mi reposo? ¿Por qué me entregais la lira extremecida? Pedid cantos á mi voz inocente, pero dad remordimiento á vuestros verdugos.

II.

Dentro de muros llenos de multitud sangrienta se sienta el sombrío tribunal. El acusador se levanta, y sus labios temblorosos se agitan con infernal sonrisa. Es Tainville; en nombre de la pátria se le vé excitar al crímen á esa horda de asesinos, que son jueces á su vez; el deseo de verter sangre le atormenta, y su voz homicida, á la hacha humeante señala las cabezas elegidas.

Habla, y sus lictores hácia el recinto fatal arrastran á los desgraciados que su furor señaló; abren las puertas con estruendo, y tres vírgenes, modelos de gracia y de pudor, rodeadas de sus compañeras, aparecen entre los soldados. El pueblo calla, extremecido en silencio, y de su esclavitud y de sus dolores se distrae posando en la inocencia sus miradas, cansadas del crímen y empañadas por el llanto.

Cuando esas jóvenes, cobardemente acusadas, avanzaban entre cadenas hácia los jueces que las condenaban á muerte, ¡no se derribaron las paredes y las bóvedas de aquel recinto y no se hundieron aquellos mónstruos en el infierno! ¿Qué hacian entre tanto nuestros guerreros?... Su bravura engañada prestaba el socorro de sus aceros á los puñales viles, y salvaban á los verdugos que manchaban sus combates. Al mismo tiempo presenció la Francia un dia de oprobio y un dia de gloria, viendo á Moreau subir en el carro del triunfo y viendo á su padre subir en el carro de la muerte.

Cuando nuestros jefes, rodeados de soldados extranjeros, cubriendo nuestros cipreses de laureles, llevaban sus banderas lentamente hácia Paris, Federico hácia Verdun dirigia sus guerreros. Verdun, primera fortaleza de la Francia oprimida, creyó que saludaba al ejército de un rey libertador; en vano dictaban en contra suya horribles leyes; Verdun se vistió su traje de gala, y, libre de cadenas, ofreció su conquista al monarca vengador de los reyes.

Entonces, vírgenes, vuestras manos, con las guirnaldas del triunfo adornaron á los vencedores, y este fué vuestro crímen. El hacha fatal se ocultaba á vuestra vista entre flores. En vez de vengaros, cuando nuestros desterrados, desafiando la muerte y la indigencia, combatian á nuestros tiranos, que aun no estaban seguros, vuestros nobles corazones compadecieron tan nobles miserias, y vuestro oro socorrió á los que fueron nuestros hermanos y no eran nuestros enemigos.

¿Ese tratado glorioso, que hizo traicion á sus hermosas almas, será la sen-

tencia de su muerte? No, que el acusador, ante su puro aspecto, se avergüenza. Desea, vírgenes, á costa de un gran sacrificio, callando vuestros beneficios, libraros del suplicio; cree castos vuestros corazones, que el temor abate; aceptad lo que os propone, manchaos con un delito, y el infame areópago absolverá vuestras virtudes.

Decidme, tímidas vírgenes; ¿quién trocó en orgullosas vuestras miradas tiernas, quién hizo caer de vuestros ojos húmedos las lágrimas generosas de la cólera? Conozco en vuestro valor que aun cuando el opresor, que os ultraja, os hubiera condenado á la vergüenza de aceptar el beneficio, siendo culpables de haberos compadecido de los franceses, nunca os hubiérais atrevido á negar un hecho tan noble y para él tan criminal.

Pero todo terminó: ya en el lúgubre recinto ha resonado la sentencia que pronunció el furor. El pueblo temeroso, que la escucha, exhala su horror con vago murmullo. Volved á pasar algunas horas todavía en los siniestros calabozos, oh vírgenes!; rezad en ellos sin sobresalto, que vuestras almas no deben tener remordimientos; que os corten las largas cabelleras, en las que las manos de vuestras madres entrelazaban flores frescas, sin ver que mezclaban con ellas las adormideras de la muerte.

Pronto esas flores adornarán vuestras cabezas; los ángeles os devolverán esos símbolos misteriosos; vuestro himno mortuorio será un himno festival que las vírgenes del cielo repetirán en sus cánticos. Ireis á ver de cerca en esos coros de la inocencia á Carlota, segunda Judit, que nos vengó de antemano; á Carotte, á Elisabet, tan inútilmente desgraciada, y á la Sombreuil, que descubrió con su palidez repentina que la sangre helada de los muertos circulaba por sus venas: vereis á esas mártires, cuyo incienso complace al Mártir divino.

III.

Ante mi vista vagan resplandores sombríos y turban visiones mis sentidos espantados; espectros sobre mi frente balancean en la oscuridad largos y sangrientos sudarios. Las tres tumbas, el carro, los patíbulos fúnebres se me aparecieron en las tinieblas, y todo esto entró luego en la noche de los siglos revueltos; las vírgenes levantaron el vuelo hácia la aurora naciente; me encontré solo y seguia llorando, cuando mi lira dejó de cantar.

Octubre 1818.

ODA CUARTA.

Quiberon.

Pudor inde et miseratio.
TÁCITO.

I.

Se revela el maldito por sus propios furores, en el demonio vencedor se vé al ángel proscripto; el anatema eterno que le persigue está escrito en sus propios éxitos. Reina en nosotros, cuando olvidamos el camino del cielo, en los dias en que Dios nos hace que pensemos en el infierno, dias sangrientos que, consagrados al triunfo del crímen como siniestros rayos escapados del abismo, aparecen en el universo.

Poetas que, siempre lejos del siglo en que vivimos, cantais las aflicciones y los males merecidos, buscando atentados que nadie haya referido; si alguno se os acerca elogiando á la jóven Francia, celebrando nuestra tolerancia, nuestras hazañas, nuestra época fecunda en beneficios, estad contentos; leed nuestras recientes historias, evocad nuestras virtudes, interrogad á vuestras glorias, que podreis elegir entre delitos.

No he recibido yo de la Musa fúnebre vuestra lira de bronce, cantores de los remordimientos; pero quisiera deshonrar á los verdugos que elogian y vengar la causa de los muertos. Quisiera turbar por un momento al ingenio impuro, detener su gloria impune, que conduce á la inmortalidad, como antiguamente un griego, solo, á pesar de los vientos, retuvo con sus brazos intrépidos el esquife que querian arrastrar las olas.

II.

Quiberon vió en otro tiempo, en las

playas solitarias, á los asediados franceses prepararse para morir; despues, ante los dos jefes, callar el cañon humeante y abrirse las desarmadas filas. Por salvar á sus soldados, uno de los dos jefes ofreció su cabeza; el otro la aceptó como prenda de este tratado inhumano, y ningun guerrero creyó falsa esa promesa, porque ante las banderas, testigos de la palabra empeñada, los dos jefes se dieron la mano.

La fiel falange entonces entregó las armas y se pusieron en marcha; un ejército la custodiaba, y el pueblo corria llorando de alegría al ver que aquellos bravos se salvaban de la muerte. Iban pisando como vencidos los campamentos de sus antepasados, y un antiguo templo sin sacerdotes recibió á los vengadores de los reyes; pero hasta el modesto altar faltaba en aquel templo, y en vano, para que les sirviera de consuelo en la santa prision, sus ojos buscaban un crucifijo.

Todos rezaban juntos y con voz doliente, golpeándose el pecho, gemian de rodillas. Uno solo no lloraba en la tribu cautiva, el que iba á morir por todos; Sombreuil, su jefe. Anticipó la hora de su muerte, siendo muy jóven y sonriéndole la esperanza. Con fervor saludó al suplicio, rodeado de aprestos funerarios; que es digno de un buen cristiano morir por libertar á sus hermanos, imitando al Salvador.

"Guerreros, cesad de llorar y de reprochar mi proceder, ya que mi muerte es vuestra salvacion y evito que por vosotros lloren vuestros amigos y vuestros prógimos. Rompiendo vuestras cadenas rompo tambien las de mi vida efímera; conservad vuestros dias preciosos para vuestras esposas y para vuestras madres. Vais á adquirir la paz, la libertad y la vida; no os envidio la felicidad de que gozareis, pero en cambio no me envidieis el cielo.„

El tambor siniestro anunció su última hora: los verdugos estaban preparados; Sombreuil partió. Su hermana no estaba allí para libertarle, y el héroe se convirtió en mártir. Exhortándole con la voz y con su santo ejemplo, le acompañó un obispo hasta el funesto lugar, con la idea de que el vencedor viese en su campamento rebelde, al morir un soldado fiel á su príncipe, un sacerdote fiel á su Dios.

III.

Vosotros por quienes vertió el jefe su sangre expiatoria, bendecid al Señor, celebrad al magnánimo Sombreuil; el que asciende al cielo tan gloriosamente no necesita cantos de duelo. Desterrados, vais á volver á vuestra pátria; cautivos, gozareis de libertad en el porvenir; de vuestros luengos infortunios cantad el fin próximo; van á abrirse vuestras prisiones, van á libraros de las cadenas; vuestro destierro vá á terminar.

Así fué: abrieron con estruendo la puerta de la cárcel; apareció un estandarte ensangrentado y flotando, y jefes y soldados se amontonaron hácia él, invocando la libertad. Con regocijo se creyeron libres los cautivos; algunos se apresuraron á seguir á los verdugos sin desconfianza. "Adios, gritaban, adios; se acabó nuestro sufrimiento; vamos á vernos libres y en Francia.„—Pero debian volverse á ver en otra parte.

Pronto, hasta las prisiones en las que los cautivos rezaban llegó sordo extrépito, que el eco repetia; ¿lo producian los fieros vencedores que libraban á sus hermanos y que cumplian el tratado? Aquel ruido sorprendió, sin asustar, á los proscriptos, porque ninguno de ellos comprendia que se pudiera faltar á los juramentos, y decian los vencidos: "Vuestra fé nos proteje„.—Y en vez de responderles, un monton de soldados los arrastró hácia cuerpos humeantes.

A la luz sucedió la oscuridad y á la noche la aurora; y para ir á morir, atravesaban la ciudad los crédulos proscriptos ante el pueblo espantado. Cada uno de ellos referia á sus compañeros de martirio las desgracias que habian sufrido, y todos sucumbian, sin miedo, silenciosamente, sintiendo solo que para inmolarlos se hubiera cometido un perjurio.

A fuerza de hachazos caen derribadas las encinas; el cazador vil, en el antro oscuro, ahoga arteramente al leon encadenado, que sorprendió durmiendo. Largo tiempo duró la matanza de la inde-

fensa tribu, cuya muerte presenciaba la Francia; de la tribu que sirvió de juguete á los verdugos triunfantes; como en los tiempos antiguos al pié de ídolos impuros, una viuda vió espirar á sus siete hijos, uno tras otro, sufriendo horribles torturas.

¡Esas eran las virtudes de un Senado que mereció elogios! El sombrío espíritu del mal se sonrió cuando le creaba; pero ese cuerpo de cien brazos, al que daba fuerza nuestro espanto, llevaba en su seno el vacío, y el coloso de hierro se disolvió en el fango. La anarquía cree que sus obras tendrán larga duracion; pero ese Pygmalion, con sus frívolos trabajos, no consigue dotar de vida á los horribles ídolos que crea para adorarlos.

IV.

Dícese que en nuestros dias acuden llorando á rezar al campamento fatal, donde están enterrados aquellos guerreros, las vírgenes, los soldados jóvenes y dignos y los ancianos encorvados. Acuden pidiendo indulgencia al cielo para aquellos verdugos, no acuden allí con ideas de venganza; todos desean conseguir que se arrepientan, y en el pais de aquellos antiguos bretones, testigos de tantos crímenes, el peregrino, que vá á evocar á las víctimas, es tambien muchas veces mártir.

Febrero 1821.

ODA QUINTA.

Luis XVII.

Capet; eveille-toi!

I.

Las puertas de oro del cielo se abrieron; del Santo de los Santos se vió resplandecer el nimbo ardiente, que hizo brillar por un instante la celestial morada, y las luminosas falanges de los elegidos vieron llegar hasta ellos un alma jóven, entre dos jóvenes ángeles, por debajo de los pórticos estrellados.

Era un hermoso niño que huia de la tierra; en los ojos llevaba marcado el signo austero de la desgracia; sus cabellos blondos flotaban sobre su faz pálida, y las vírgenes del cielo, entonando cantos de alegría, unian en su cabeza á las palmas del mártir la corona del inocente.

II.

Voces que se oian entre las nubes le decian:—"Jóven ángel, Dios sonríe al ver tu gloria cándida; ven, llega á sus brazos, para no abandonarlos ya; serafines, profetas, arcángeles, que entonais las alabanzas del Altísimo, inclinaos ante él, que es rey; cantadle, que es mártir.„

—"Dónde he reinado? preguntó el jóven; fuí prisionero, pero no rey. Ayer me quedé dormido en la cárcel de una torre sombría. Dónde he reinado, pues? Señor, decídmelo. Mi pobre padre murió de muerte cruel, sus verdugos me han hecho sufrir mucho; soy huérfano y vengo á buscar á mi madre, que soñando he visto en el cielo.„

Los ángeles respondieron:—"Dios te reclama y te saca del mundo impío para traerte aquí. Huye de ese mundo insensato en el que escarnecen á la cruz, en el que el regicidio llega hasta el patíbulo, en el que el asesinato, ávido de horrores, escarba las tumbas para ver si en ellas encuentra reyes.„

—"¿Será verdad que he acabado de vivir, que he sufrido todos los dolores que correspondian á mi existencia? ¿Será verdad que de este sueño celestial no vendrá mañana el carcelero á despertarme en la prision? Estaba cautivo y rezando para que mis tormentos finalizasen pronto; habrá oido Dios mis súplicas? No sueño? ¿Se ha roto la cadena de mi vida y alcanzo la dicha de morir?...

„Ignorais cuánto he sufrido! Cada dia me traia nuevas desgracias, y cuando lloraba, no tenia una madre que me compadeciese ni que secase mis lágrimas. De interminable castigo era yo la moribunda víctima; arrancado de mi tallo, como tierno retoño, me proscribieron

muy jóven, y yo ignoro qué crímen pude cometer en la cuna.

„Conservaba, sin embargo, en la memoria recuerdos agradables de tiempos más felices, y durmiendo oia vagos rumores de gloria, y veia pueblos gozosos velando alrededor de mí. Un dia esos recuerdos desaparecieron en un sombrío misterio; ví huir de mí el porvenir prometido á mi destino, y me quedé siendo solo un niño débil y aislado en el mundo y rodeado de enemigos.

„Me encerraron vivo entre murallas funerales, y mis ojos, llorando incesantemente, no volvieron á ver la luz del sol; pero os encuentro, hermanos mios, ángeles que con frecuencia os habeis aparecido en mis sueños. Señor, mis dias se han marchitado en sus manos asesinas; no seais sordo como ellos á mis súplicas, que yo vengo á interceder por ellos.„

Los ángeles le dijeron:—"El cielo se abre para tí, síguenos; en tu hermosa frente haremos brillar una estrella. Toma las alas de azur de los querubines, y vendrás con nosotros á mecer al infante que llora, ó en su ardiente morada irás con soplo luminoso á rejuvenecer los soles.„

III.

De repente cesó el coro celestial, que los elegidos escuchaban; inclinó el niño los ojos empañados de lágrimas; en el fondo de los cielos mudos, los mundos se pararon, y la voz eterna habló de este modo en el infinito:

"Oh rey! te he preservado de la grandeza humana; por huir del trono te has refugiado en las cadenas; hijo mio, bendice tus reveses, que consiguen que no conozcas la esclavitud suprema de los reyes; que así al menos no ha oprimido la diadema tu frente, si los grillos han oprimido tus piés.

„Te ha encorvado el peso de la vida siendo niño, y sin embargo, el mundo habia rodeado tu cuna de envidias y de esperanzas: ven á mí; tu Supremo Señor sufrió grandes dolores, y mi Hijo, como tú, rey coronado de espinas, empuñó un cetro de caña.„

Diciembre 1822.

ODA SEXTA.

Al restablecimiento de la estátua de Enrique IV.

Accingunt omnes operi pedibusque rotarum. Subjiciunt lapsus, et stupea vincula collo intendunt. Pueri circum innuptæque puellæ, sacra canunt, funemque manu contingere gaudent!

VIRGILIO.

I.

Se elevaban en lejanas edades grandiosos monumentos, que eran la esperanza de cien reyes gloriosos, y más tarde se derrumbaban las frágiles imágenes de los frágiles semidioses. Un pescador de las riberas del Pireo huella la estátua ignorada de Alejandro en el piso del Parthenon, y los primeros rayos de la naciente aurora interrogan todavía inútilmente en el desierto dónde existen las ruinas de Memnon.

¿Pretendian acaso en su soberbia que el bronce inanimado les hiciera inmortales? Quizás mañana el tiempo sepultará entre la yerba sus altares imaginarios. El proscripto puede á su paso reemplazar al ídolo, y en los pedestales del Capitolio, Sila destrona á Mario. Es imposible oponerse á los ultrajes de la suerte infausta, y el sábio, de la afrenta que hace extremecer á Teodosio, se sonríe con Demetrio.

Del héroe, muchas veces la imágen querida y augusta hereda el respeto que merecian sus virtudes; Trajano domina aun los campos que cubren de Tiberio los templos derribados. Con frecuencia, cuando en el horror de las discordias civiles el terror se cernia sobre las ciudades, á los gritos de los pueblos revolucionados, el héroe que representa el mármol inmóvil, detenia de repente con sus miradas tranquilas á los bandos espantados.

II.

¿Están acaso tan lejos aquellos años de nuestra historia en los que Paris se atrevió á levantar las manos contra su príncipe? ¿En que de Enrique IV, ni la memoria ni las virtudes pudieron desarmar á los ingratos? Destruyeron su merecida estátua, y una horda alucinada mutiló el bronce derribado; y sin embargo, hollando de los muertos el sagrado asilo, su sacrílega mano buscaba en la arcilla el molde de la frente helada.

¿Querian acaso poseer un retrato más fiel del héroe, cuyos beneficios pagaron odiándole? ¿Querian, reprochándose á sí mismos su furor criminal, devolvérnosle más parecido? No; fué poco para ellos destrozar su imágen; su rabia les condujo hasta el extremo de ultrajar y de destrozar su féretro. Hicieron como el tigre, que turbando el desierto con sombrío rugido, por entretenimiento trata de devorar la sombra del cadáver que royó.

Entristecido por estos recuerdos, sentado cerca del Sena, me decia á mí mismo: "El Sena riega aun á Ivry, y han pasado ya las corrientes de la época de nuestros padres, en las que se reflejaban las facciones de Enrique IV. No veremos ya nunca la veneranda imágen del rey que á la Francia llorosa evitó la muerte; sin saludar á Enrique iremos á entrar en las batallas, y en nuestras murallas vendrá el extranjero á buscar un héroe y no lo encontrará.„

III.

Dónde correis? ¿Qué es ese ruido que nace, crece y avanza? ¿Quién lleva esas banderas, insignias de nuestros reyes? ¿Qué es aquella masa lejana y numerosa, que en su inmensa marcha parece que vá á hundir la tierra con su peso? Respondedme... Cielos, es él!... Conozco su noble fisonomía... El pueblo, orgulloso de su conquista, repite á coro su idolatrado nombre. Ante la pública embriaguez, cállate, lira mia; ¿qué valen tus conciertos comparados con los cantos de alegría que entona la Francia á los piés de Enrique IV?

Arrastrado por mil brazos rueda el pesado coloso; unamos nuestros esfuerzos á los esfuerzos de los demás: nada importa que mis brazos se pierdan entre los de la multitud; Enrique me vé desde el cielo. Todo un pueblo consagra ese bronce á tu memoria, oh bravo caballero, rival de los Bayardos y de los Duguesclin: del amor de los franceses recibe esta noble prueba; debemos que te se consagre esta estátua al dinero de las viudas y al óbolo de los huérfanos.

No dudeis que la presencia de esa imágen augusta disminuirá nuestros reveses y hará nuestra felicidad más fácil. Dad gracias á Dios de que os permite poseer la imágen de un rey justo y tener un francés más entre vosotros. En lo sucesivo, cuando corramos á la gloria, vendremos á inspirarnos en sus ojos, y Enrique recibirá nuestra fé, y cuando refiramos sus virtudes, nuestros hijos no irán ya á preguntar á nuestros padres cómo sonreía el buen rey.

IV.

Jóvenes amigos, bailad alrededor de la estátua; confundid vuestra alegría con vuestros cánticos, que Enrique, cuya bondad está impresa en esas facciones, bendecirá vuestro júbilo. Cuando á los tiranos se erigen monumentos, que terminan despues de muchísimos años los trabajos de los pueblos esclavos, es muy grato contemplar la estátua de un rey querido, del rey que la Francia se complace en recordar.

Que el fiero conquistador de la Persia envilecida, cansado de grabar sus facciones en frágiles metales, amenace en el acceso de su vasta locura imponer su forma al monte Athos; que un Faraon cruel, en su soberbia demencia, cubra con inmenso obelisco su inútil cadáver; sus nombres morirán, y muy pronto, al extranjero que se pierda en aquellas llanuras áridas, le proporcionará solo el beneficio de la sombra que proyecten las pirámides.

Si, pasando el tiempo, llegase un dia en que por circunstancias fatales se arruinase y desapareciese el modesto monumento de Enrique IV, la memoria de ese rey viviria siempre en nuestros corazones; mientras que las montañas

altivas del Nilo, cubriendo el polvo de muchos reyes, atestiguan el paso del tiempo y de la muerte, y solo son ya para el sábio que las contempla la ruina de una tumba.

Febrero 1819.

ODA SÉPTIMA.

La muerte del duque de Berry.

Le meurtre, d' une main violente brise les lieux les plus sacres, la mort vient enlever le jeune homme florissant, et le malheur s' approche comme un ennemi ruse au milieu des jours de fête.

SCHILLER.

I.

Moderemos los transportes de la insensata embriaguez, porque no hay más que un paso de la alegría al dolor, y la muerte se complace en posar su mano fria y pesada sobre frentes coronadas de flores. Mañana, humildes, inclinando la cabeza, el vano recuerdo de nuestros regocijos casi será para nosotros un remordimiento; nuestros goces se trocarán en pompas funerales; porque en la vida, el himno de las saturnales sirve de preludio al cántico mortuorio.

II.

Huye de los banquetes, dá tregua á tu loca alegría, triste Paris; aparta la vista del circo, en el que se ven unidos los acordes de la lira á los prestigios de las artes. Coros, interrumpíos; bailes ligeros, cesad; trocad en antorchas funerales las lámparas de las fiestas; en este recinto, tras la puesta sangrienta del sol, oigo un sacerdote, que con voz temblorosa reza el canto de difuntos.

Bajo artísticos artesones, cerca de un lecho en el que extendido suspira un moribundo, se vé el atónito cortejo rodear á una familia augusta, que es víctima de la desesperacion. Se vé allí á un padre arrodillado, á un hermano llorando y á una hermana, á la que no quedan lágrimas para calmar tan sombríos dolores, porque sus muchas desgracias, á pesar de su juventud, en sus ojos, que inflama varonil coraje, han secado el manantial del llanto.

Sentenciados por un Senado sanguinario, perecieron en el patíbulo, su madre como reina y su padre como héroe; vió perecer en la cárcel á su hermano más jóven, sin poder encontrar á sus verdugos. Y cuando la mano de los reyes coligados rompió sus cadenas, durante mucho tiempo en riberas lejanas, estuvo ausente de nuestras costas desoladas, y regresó á Francia despues de tantos sufrimientos, para convencerse, al entrar en el palacio de sus padres, que aun le quedaban desgracias que sufrir.

Estaba allí tambien una esposa... ¿Quién podrá describir la fuerza y la ternura de su amor asíduo? ¿Y quién podrá expresar su sufrimiento al perder completamente la esperanza? ¡Grande fué tu regocijo, oh vírgen de Sicilia! cuando en otro tiempo uniste tu destino con el del duque de Berry! Te reservaba el infortunio, cariñosa princesa, al regresar á Francia, trocarte el velo del himeneo por el crespon de la viudez.

Berry, cuando celebrábamos tu envidiable cónquista, nuestros cantos despertaron al dragon adormecido; la Anarquía, gruñendo, levantó la cabeza, y el mismo infierno se extremeció. A su rugido, de repente, en las tinieblas, Clement lanzó gritos fúnebres, Ravaillac aguzó el puñal; y el mónstruo, extendiendo sus dos alas lívidas, al oir los aplausos de los regicidas, salió del fondo del infierno.

El demonio, dirigiendo á la tierra su vuelo funesto, quiso, destrozando las lises que tantas veces marchitó, agotar de un solo golpe el resto de la sangre que producia buenos reyes; y mucho tiempo hacia que el confidente desconocido, que armó con el puñal para que cometiese el crímen, iba espiando á la víctima, hasta que el cielo permitió que realizase su infame atentado.

Brilla el puñal... se oye lanzar un grito... volad á socorrerle... se ha cometido el crímen... la duquesa corre á buscar á su esposo palideciendo, y sostiene en sus brazos al duque, que rocía con sus lágrimas, y cuya sangre la inunda. No hay esperanza de salvarle... El lúgubre silencio de todos los presentes así lo in-

dica..: Asistidle, Señor, en ese momento supremo, que vuestros cuidados lo dulcificarán.

Monarca de cabello cano, apresúrate; el tiempo apremia; un Borbon vá á reunirse con sus antepasados; acude al lado de tu hijo, que era la esperanza de tu vejez, que es tu mano la que ha de cerrarle los ojos. Bendijo á su hija, que arrebataron á su cariño; despues abandonó las vanidades del mundo; cuando vivia, perdonó á la pátria la injusticia con que le trató, y su último suspiro, digno del Dios á quien reza, es tambien un grito de perdon.

Vé su magnanimidad, pueblo desolado, y llora, y levanta hasta el cielo tus clamores; mientras vivió le desconociste; solo en su última hora se te ha revelado el héroe. Para consolar á la viuda traedle la huérfana; entregad su hija á Carolina; la naturaleza nunca pierde sus derechos; pero cuando muere la esperanza de un raza fecunda, ¿quién podrá consolar á la Francia, que se queda viuda de sus reyes?

Cuando sepan este funesto atentado, nuestros guerreros, famosos por su valor, van á lanzar gritos expiatorios, y la Europa, que se conmovia con el ruido de sus victorias, vá á repercutir su dolor. ¿Qué dirás tú, noble Vendée, tanto tiempo bañada en sangre? Tus pesares serán inútiles, y te quedarás como la madre muerta de afliccion, que se sienta en el lecho y llora inconsolable la pérdida de su hijo.

Pronto hácia San Dionisio, saliendo de todas partes, al toque de funerala de los clarines, pueblo, sacerdotes y soldados, seguiremos lentamente el cortejo fúnebre. Ay! en otros tiempos, hollado San Dionisio por manos temerarias, las tumbas de nuestros antepasados han presenciado muchas profanaciones. ¡Ojalá pueda esta víctima, dentro de aquellos muros profanados y entre las tumbas vacías, descansar en paz!

III.

El duque D' Enghien se asombrará en las celestes esferas de ver llegar tan pronto allí al amigo querido de su infancia, al que el viejo Condé, próximo á abandonar el mundo, legó el deber de protector. De los reyes que reverencia la Francia, las sombras se extremecerán sobresaltadas al ver al duque de Berry; dos héroes llorarán al ver extinguidas sus razas, y el vencedor de Ivry confundirá sus clamores con los del vencedor de Rocroy.

Al saber Borbon el crímen cometido, corriste desolado á socorrer á Artois, porque tú conoces las angustias que se apoderan del corazon de un padre cuando vé á su hijo inmolado prematuramente. Pero pronto, vacilante en tu marcha incierta, el horrible recuerdo de Vincenne se apareció á tu memoria y te hizo palidecer de espanto; y Artois, en el dolor general, parecia casi olvidarse de su infortunio reciente, para compadecerse de tus pasadas desgracias.

Y tú, inconsolable viuda, tras la borrasca que te abate, espera dias serenos, espera suerte mejor; toma á tu hermana por modelo, y que la grandeza de tu alma sea proporcionada á la grandeza de tu infortunio. Como ella, llorarás ante una urna funeraria; como ella, en el seno del santuario gemirás ante un ataud. La hidra de las facciones, que marcó para tu hermana tantas épocas fúnebres, es tambien la que te proporciona tu desgracia.

IV.

Frágil apoyo del vástago real, si socorriéndote Dios dá muestras de su poder, puedes salvar á la Francia, y de la hidra infernal burlar la horrible esperanza. Cuando la fatal serpiente, impulsadora de nuestro primer delito, dedicaba de antemano al infierno al hombre que perdió la primitiva desobediencia, para abatir de ella la feroz arrogancia el Señor hizo aparecer una mujer que, débil y sin defensa, pisó la cabeza maldita de la serpiente.

Febrero 1820.

ODA OCTAVA.

El nacimiento del duque de Burdeos.

Le ciel... prodigue en leur faveur les mirades. La posterité de Joseph rentre dans la terre de Gassen; et cette conquête, due aux larmes des vainqueurs, ne coûte pas une larme aux vaincus.

CHATEAUBRIAND MARTYRS.

I.

¿Sabes, viajero, por qué, disipando las sombras de la noche, brillan innumerables claridades, por qué inmenso vapor enrojece el cielo, por qué mil rumores se escapan de la ciudad como concierto vago y se elevan en los aires?...

II.

Oh alegría, oh triunfo, oh misterio! Acaba de nacer un niño glorioso, el ángel que prometió al mundo el mártir que subió al cielo; el porvenir velado se nos revela. ¡Dios salve á la nueva luz que reanima á la antigua antorcha! ¡Bien venida sea tu primer aurora, niño que acabas de nacer, tierna flor que brotas de una tumba!...

Nos lo concede Dios. La campana, balanceándose en las torres del santuario como en dias festivos, nos llama hácia el templo. Nos lo concede Dios, el Dios de las victorias. En la morada de los antiguos mártires de la gloria truenan los cañones, como en el dia del combate.

Su estampido, tan grato á tus oidos, uniéndose al rumor de las voces que bendicen en las iglesias, ¿no te despierta, durmiente de San Dionisio? Levántate, Enrique, que debe serte grato ver esa cuna popular; acude, padre triunfante; besa al recien nacido, y prueba si tu victoriosa espada pesa mucho en las manos del niño real.

Si está ausente, mora en el seno de los justos. Indudablemente en este instante hácia él avanza consolado el cortejo de sus augustos abuelos; porque él restituyó, muriendo al golpe del puñal parricida, un héroe á las tumbas vacías y una raza de héroes á su trono aislado.

Entre todos esos nobles fantasmas que eleve la frente coronada, que esté orgulloso en la morada santa el padre del rey recien nacido; larga y sublime raza produjo la víctima inmortal; así misterioso rio, nacido en la alta montaña donde se forma el trueno, baja á fecundar la tierra, pero oculta su manantial en las nubes.

¡Honor al retoño que llegará á ser tronco! Enrique es un nuevo Joas, salvado prodigiosamente, que á la sombra del altar crecerá para vencer al destino, y llegará un tiempo en que embelleciéndose Francia con sus virtudes, dirá á sus hermanas, como Cornelia: "Hé aquí mi hijo, es mi mejor tesoro".

III.

Recibe del poeta el homenaje solemne, objeto de las miradas del mundo, que estás privado de las miradas paternales; nacido en el dolor y el sufrimiento!... Dios quiera que consueles á tu madre y á la Francia, y, protegido por el Altísimo, la corona no te atraiga la desgracia.

Sonríe, huérfano, á las lágrimas que tu madre vierte; separa jugando el crespon fúnebre que vela tu cuna y lanza con él el pasado que aun nos entristece; sé para nosotros una aurora, devuelve á los franceses la alegría y al cielo oscuro la luz.

Sonriendo de esperanza, tu rey, consagrando el dia de tu nacimiento, te impone, antes que el santo bautismo, el bautismo del Bearnais. La viuda te presenta á la huérfana. Hácia tí, conducido por la heroina, llega tu abuelo de blanca cabellera, y la multitud, bulliciosa y satisfecha, se agolpa en el Louvre, donde ayer silenciosa y triste entraba con paso lento.

Guerreros, pueblo, cantad; Burdeos, levanta la cabeza, que tú fuiste la primera ciudad que en los dias de la conquista, rindiéndote á las flores de lis,

proclamaste tu fidelidad. Olvida tus dolores, Vendée, á quien el mártir guió á los combates, que un rey nace para la Francia y un soldado para tí.

IV.

Volved á amarrar la nave á la playa; la viuda permanece entre nosotros, porque ya le parece más hermoso el cielo de su pátria adoptiva, y la esperanza la encadena á la Francia: en los campos en que cayó derribada la encina, Dios hace crecer una frágil caña. El amor retiene á la cariñosa paloma, que necesita rezar junto á una tumba y velar junto á una cuna.

¿Para qué habias de regresar á tu pais natal, princesa? Parthénope ultraja á su antiguo señor; el extranjero, que iba á Palermo por gozar de su clima, vé esa ciudad turbada. Mesina está inquieta, y saliendo de la Sicilia, puesto sobre las armas, huye el extranjero de los sangrientos mares de ese Eden, hoy fúnebre.

Permanece en Francia, hija de Sicilia; por el pais del que hoy está desterrada la felicidad, no abandones la tierra en la que la flor de lis crece imperecedera; no abandones á Francia por la tierra donde de los pueblos y de los reyes la saludable union no es el himeneo adúltero del trono y de los partidos, de los campos y del altar.

V.

No tememos el furor de las tempestades y afrontamos el horizonte amenazador; los delitos de que nos creíamos culpables los ha rescatado el inocente. En otros tiempos, cuando durante la tormenta los marineros veian que el oleaje furioso entreabria su frágil bajel, confiando en la clemencia eterna, para salvar á la nave suspendian de ella una cuna.

Octubre 1820.

ODA NOVENA.

El bautismo del duque de Burdeos.

Sinite parvulos venire ad me.—
Venerunt reges.

EVANGELIO.

I.

"¿Han llegado acaso los últimos tiempos del mundo? decian los pueblos; nuestros piés en profunda oscuridad siguen caminos desconocidos. Dónde vamos? Qué fanal nos guia en la noche pérfida? Nos es propicio ó nos es funesto? ¿Es la columna celeste ó es la llama del infierno?

„Las tribus se separan de sus jefes, los rebaños rechazan á los pastores y los cetros de los reyes se rompen contra las fasces de los pretores. Los tronos caen, el altar se hunde, muchedumbre de facciones se juntan en las playas de los mares, y las ambiciones serviles, que como reptiles estaban adormecidas, se levantan como gigantes.

„Por desgracia, despues de muchos hechos gloriosos, hemos cometido atentados inauditos, tan inauditos como acaso no se ven en los siglos pasados. Por desgracia, todos los signos nos revelan que se acerca el dia de nuestra sentencia solemne. El hombre se ha hecho acreedor al fuego eterno y merece un castigo proporcionado á sus crímenes.„

Pero el Altísimo salió á su defensa cuando los mortales temian que los abandonase: el hombre puede agotar las ofensas, pero Dios nunca agota el perdon; hace que el impío se arrepienta; en beneficio nuestro expía el olvido de las leyes que nos dictó, siendo solo severo para sí mismo, y la víctima del Calvario es el único que aplaca al Dios del Sinaí.

II.

Nos salva otra vez por medio de una cuna. El mundo no se atreve á entrever la aurora de la dicha, aunque Dios ha-

ya castigado las provocaciones de los malvados, aunque, turbando sus conciliábulos y dispersando sus falanges, nos haya concedido uno de sus ángeles, como en los tiempos antiguos nos concedió á su hijo.

Así, al salir vivo del abismo de las tinieblas el profeta, vé huir las visiones fúnebres; pisa la tierra, la luz del dia brilla; pero él, deslumbrado aun por la claridad eterna, vé durante mucho tiempo que el resplandor del infierno le vela la claridad de los cielos.

Pueblos, no dudeis y cantad vuestra victoria. Nace vuestro salvador, poderoso é ilustre; reune en un haz la espada y el cetro; de las lecciones que nos dió la desgracia nacerán nuestros dias prósperos y las sombras de sesenta reyes, sus antepasados, velarán su cuna.

Su solo nombre ha calmado nuestras guerras civiles, y, como si fuera un escudo, ha librado de ellas á nuestras ciudades; la rebelion y el ódio han desaparecido de nuestra nacion: así, un jóven leon, sin saberlo él mismo, al lanzar el primer grito, débil aun, hace huir del antro real á cien mónstruos impuros.

III.

¿Quién es ese niño débil que levantan sobre el sagrado pavés? Inmensa é inmóvil multitud le sigue con la vista; vá descubierto, sus manos tiemblan, sus piés no han comenzado aun á andar, es endeble, sus ojos apenas ven y su boca no habla.

Es un rey entre los hombres; al entrar en el lugar santo se convierte en igual á los demás; es un hombre que se arrodilla ante Dios; este niño constituye nuestro regocijo; Dios por salvarnos nos lo envia. Los reyes, que por él todo lo pueden en el mundo, nada son ante él.

Ante él todo tiembla y se humilla, y el orgullo mortal habla en vano; el leon real se plega á sufrir el yugo del Cordero divino. El Padre, rodeado de estrellas, hácia el Hijo desciende, conducido por el viento; el Espíritu Santo de luz le inunda, y apenas ha nacido en el mundo nace en la eternidad.

María, radiando suavemente, feliz y siempre rogando, guia á las celestes vírgenes hácia su antiguo templo. Todos los santos armados, entre innumerables soles, siguen su carro triunfante; la Caridad les precede, la Fé brilla y la Esperanza se sienta cerca del humilde niño.

IV.

¿Recuerdas, rio Jordan, lo que presenciaron tus playas? En otros tiempos un peregrino se sentó en ellas cerca de tu corriente, y allí lloró, con un fervor parecido al de los bravos de otros tiempos, que libraron del yugo sacrílego tus ondas bautismales y la tumba salvadora.

Ese cristiano habia visto caer á los golpes de una espada, en la usurpada Francia, trono, altar, constituciones y leyes; vió perseguir las virtudes y dejar impunes los delitos; y de los antiguos cruzados buscando la sublime sombra y desterrándose cerca de Soliman, en los sitios en los que Dios murió, lloraba por sus reyes desterrados.

Del agua del rio santo llenó su calabaza de peregrino y partió; volvió á ver nuestras riberas tempestuosas, sin saber la dicha que le esperaba á su regreso ni que al hijo de reyes, desde el fondo de la Arabia, le traia, como nuevo Tobías, el remedio divino que vuelve al ciego la vista.

Debe estar satisfecho de sus olas el rio de los profetas: pueblos, el agua de salvacion trae á nuestro príncipe; el cielo colma de sus dones al tierno infante, que recibe el agua misma que Dios recibió, y en él, tranquilizado el mundo, reconoce á un salvador.

Dios se le ha revelado, como se reveló á Clovis; será del templo santo la nueva columna; su alma, de la flor de lis eclipsará la blancura; y apartando de él el orgullo de su clase y el orgullo de la inocencia, le ofrece el Todopoderoso la piscina del pobre y la cruz del pescador.

V.

El niño, á quien el Señor sonríe, no sabe lo que es el martirio, y se sonríe al ver la cruz; pero otro bautismo tiene que marcar la frente infortunada de los reyes. Llegará un tiempo, príncipe, en que tu alma, perturbada y abrumada por el peso de un pueblo, se extremecerá sobresaltada, cuando el obispo unja tu frente con el óleo sagrado; formidable dón que á los señores del mundo trae de los cielos la paloma.

Entonces, oh rey cristiano! sé semejante al Señor; consigue ser grande por tí mismo, como por sí mismo él lo es, porque el cetro se convierte en temible peso desde que debe servir de apoyo. Un verdadero rey junta en tí todas las glorias, y si en sus victorias justas le sorprende la muerte, vé, como Bayardo, una cruz en su acero, y cuando el cielo le arranca de la tierra, solo consigue hacerle cambiar de inmortalidad.

A la Musa.

Iré, Musa, donde tú me envias; solo sé derramar lágrimas; pero mi laud será fiel á sus alegrías, como fué fiel á sus dolores. Mi voz, en la reciente historia, no ha aprendido aun á elogiar á los reyes, víctimas coronadas! El que sabe cantar vuestros destinos ignora cómo se canta la felicidad.

Mayo 1821.

ODA DÉCIMA.

Vision.

7. Quia defecimus in ira tua, et in furore tuo turbati sumus;
8. Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo, sæculum nostrum in illuminatione vultus tui,
9. Quoniam omnes dies nostri defecerunt, et in ira tua defecimus!

Psalmo LXXXIX.

Hé aquí lo que decian los profetas en los tiempos en que los hombres creyentes veian en sueños descender de las alturas sobre ellos al Espíritu Santo:—"Cuando un siglo, que terminó para el mundo, redesciende á la profunda noche, cargado de gloria ó de ignominia, comparece y se presenta á responder ante Dios que le hizo nacer, ante el único juez á quien nadie puede juzgar."

Escuchad, pues, habitantes de la tierra, pueblo que te hundirás en la tumba, lo que en un ensueño misterioso me ha revelado la vision.—Era una ciudad flotante, resplandeciente de gloria y de alegría, en la que el dia no tiene sol, de donde salió la primera aurora, y donde resuenan aun las trompetas del último despertar.

Adorando á la desconocida esencia, los santos y los mártires gloriosos contemplaban debajo de una ardiente nube el misterioso triángulo. Cerca del trono donde duerme el trueno apareció un espectro centenario, conducido por el ángel de los franceses; este ángel, cubierto de un largo velo, era semejante á la modesta estrella que lleva al cielo la sombría noche.

En las alturas y en los abismos se oyó entonces una voz que, hasta en medio de sus víctimas, hizo temblar al arcángel maldito. El carro de los fieles serafines, despidiendo luminosas chispas, se paró sobre su triple eje, y las ruedas, de llamas ardientes, y las cuatro alas rodantes, se pararon al soplo de Dios.

La voz.

"Ya he vuelto diez y siete veces las páginas del libro secular, y ya el abismo espera que mi justicia te perdone ó te condene. Acércate; tengo ya en mis manos la balanza y estás desnudo en mi presencia, siglo inocente ó criminal. ¿Dejarás recuerdo en el mundo? Responde; ante mi eternidad un siglo equivale á una hora."

El siglo.

"Impulsado por pensamientos magnánimos, todo lo dividí y todo lo he reunido; sometí á mis leyes sublimes lo inmutable y lo infinito; hasta he pesado tu propia voluntad."

La voz.

"Detente, fantasma. Tus blasfemias escandalizan justamente á los santos; cúrate de esa orgullosa embriaguez y duda de tu sabiduría, ya que de la mia

no puedes dudar. Soberbio de tu ciencia ciega, ¿no te burlaste de mi sér y de las creencias, que son las que conservan las leyes y las costumbres? Hollando el misterio de la muerte, ¿no has espantado al mundo con un crímen que los humanos desconocian? ¿De los reyes, antes que yo dispusiera, no dispusiste tú?„

EL SIGLO.

"Oh Dios! Ha llegado vuestro dia.„

LA VOZ.

"Pues llora, siglo! El error nace con timidez y crece como un gigante; el ateismo impulsa al regicidio; el caos es hijo del vacío. Profesaba afecto á una gran nacion, en la que un rey bondadoso y una reina hermosa imperaban; bendije sus augustos dias; responde, ¿qué hiciste de ellos?„

EL SIGLO.

"Señor, veo que están en el cielo.„

LA VOZ.

"El espanto que te agita te hace ver claro. Yo solo designo la morada á los que rechazan mi cólera y á los que elige mi cariño. Cuando cae un rayo de mi faz, repentinamente todo se ilumina ó se borra, todo nace ó vuelve á la tumba. Mi soplo, segun es propicio ó adverso, alumbra un incendio ó extingue una antorcha. Te entrego al silencio del olvido.„

EL SIGLO.

"Señor, no me castigueis; Señor, el maldito os lo ruega.„

LA VOZ.

"Cállate, siglo réprobo.„

EL SIGLO.

"Pues bien; el siglo que nacerá quizás me absuelva de mis delitos, cometiéndolos mayores.„

Al oir esto gimió la Esperanza humilde y el ángel hermoso de la Francia con las alas se cubrió los ojos.

LA VOZ.

"Corre á hundirte en los abismos; el nuevo siglo remonta el vuelo, pero en vez de absolverte, estáte seguro de que te acusará.„

Y como el huracan que ruge lanza con extrépito hasta las olas los copos de nieve que se dirigen hácia el mar, durante mucho tiempo la voz inexorable persiguió al culpable siglo, que cayó en la eternidad.

1821.

ODA UNDÉCIMA.

Bonaparte.

De Deo.

I.

Cuando la tierra traga las ciudades que la cubren, cuando ruge el huracan, cuando los montes ardiendo se abren, es que se despierta el Dios vengador. Si fatigando la clemencia celeste, el mundo, al ver esos signos funestos, se atreve á desafiarlos, entonces un hombre, elegido por la mano que lanza el rayo, recogiendo el conjunto de calamidades ciegas, aparece como una calamidad viva.

Algunas veces esos elegidos, malditos por el furor supremo, han pasado por entre las naciones y por entre los hombres, triunfando mucho tiempo con el arma de ese anatema, y ese mismo anatema los derribó. Herederos formidables de Nemrod han regido á culpables pueblos, gobernándolos por medio del hierro y de las llamas; y en su gloria impía, tan fecunda en desastres, esos enviados del cielo han aparecido en el mundo como enviados de Satanás.

II.

Poco hace, cuando la reina de las naciones, emancipándose de las leyes y descendiendo de la monarquía, se prostituyó al populacho, se vió en aquel caos fétido nacer de la hidra del regicidio un déspota, emperador de un campamento. Así frecuentemente, rugiendo el mar, devora una llanura fecunda y vomita un sombrío volcan.

Empezó turbando del Nilo las altas catacumbas, y fué allí á combatir ese jefe

popular, como para insultar á los tiranos en sus sepulcros, sentando en ellos su tienda de campaña de conquistador. Regresó para reinar sobre sus compañeros de armas. En vano, vertiendo llanto, la augusta Francia se prometia dias más felices, que cuando él hollaba la corona de los antiguos Faraones, solo lo hacia soñando en establecer para él un gran trono sobre aquellas inmensas tumbas.

Sangre real tiñó su púrpura usurpada. Mató á un guerrero ese guerrero sin fé. En Vincennes la Anarquía admiró á su cómplice y en el Louvre adoró á su rey. Se necesitaba casi un Dios para consagrar á ese hombre, y el sacerdote monarca de Roma bendijo su amenazadora frente: quizás él en secreto, asustado de sus propias obras, quiso recibir la sangrienta diadema de las manos consagradas á perdonar.

III.

Pero cuando á Dios le place, así como entrega el perverso al malvado, rompe el formidable juguete con que atormentó al universo. El hombre á quien Dios un instante secunda se cree ser señor del mundo y orgulloso se duerme, confiando en su omnipotencia y desafiando la ley comun; cuando cree que se ha apoderado de la fortuna, ese fantasma se escapa de las manos del gigante.

IV.

Ciego con el brillo de sus triunfos, ignorando ese hombre que era enviado de Dios, paseando sus pretorios de ciudad en ciudad, caminaba apoyándose en su gloria. Su destructor ejército esclavizó á su paso á los hijos de Pelayo ante los hijos de Galgaco; y cuando hacia regresar sus bravos á sus hogares, á las fiestas que consagraba á esos vencedores esclavos invitaba á los reyes vencidos.

Diez imperios conquistados se convirtieron en provincias suyas. Nada satisfacia su orgullo fatal. Queria dormirse en una corte de príncipes y sobre un trono continental. Sus águilas volaban dispersas por veinte horizontes, y dirigieron hácia el Norte sus inmensos ejércitos; pero allí se detuvo su audaz carrera, allí encontró el escollo. Los pueblos dormitaban, y un sangriento incendio fué la aurora que los hizo despertar.

Cayó siendo rey; despues quiso levantarse de su caida, sin duda con el objeto de no caer á medias. Entonces, para que espantosa armonía hiriese á su orgullo abatido, lanzaron á ese gigante cautivo sobre una roca, roca que era tambien una ruina de antiguo mundo derrumbado.

Allí, refrescándose como un torrente de lava, custodiado por sus vencidos, arrojado del universo, esa sombra de un tirano no hizo otra cosa que cambiar de cadena. Oyendo el ruido de los tronos restaurados, brillaba de lejos como un faro que indica el escollo al marinero. Murió.—Cuando esta noticia llegó á las ciudades, el mundo respiró al verse libre de su prisionero.

Así el orgullo se extravía en su brillante carrera; coloso que nació de un soplo y que una mirada abate. Hizo de la espada cetro y del trono una tienda de campaña; su reinado fué un combate. Fué un azote, del que tambien era tributario: como príncipe, temblaba; como soldado, merecia elogios su valor. Cayendo en su corazon como en un abismo, pasó por la gloria, pasó por el crímen y llegó á la desgracia.

V.

Pueblos, que dedicais homenajes á las víctimas y á los verdugos, dejadle huir solo al través de las edades, que solo en el pasado están bien los héroes. Esos dioses falsos, que su siglo inciensa, cuyo poderío odiará el porvenir, os fascinan y os engañan; son como esas auroras nocturnas por las que pasan grandes meteoros, pero que no anuncian la salida del sol.

Mayo 1822.

LIBRO SEGUNDO.

1822-1823.

Nos canimus surdis.

ODA PRIMERA.

A mis odas.

... Tentanda via est qua me quoque possim Tollere humo, victorque virum volitare per ora.

VIRGILIO.

I.

Odas mias, este es el momento de desplegar las alas y de que con alto vuelo llegueis á las bóvedas inmortales; la ocasion es propicia... volad... os alumbrará el rayo, ahora que los aquilones de la tempestad popular rugen.

Para el que durante mucho tiempo solo piensa en el dia del sacrificio, es propicia la hora en que el huracan estalla; pero yo, si bajo un cielo tranquilo y sereno, génio afortunado, hubiera podido ver en el espacio luminoso flotar vuestras vestiduras aéreas;

Si nadie para profanarlas hubiera puesto la mano en vuestras ofrendas; si ningun reptil impuro, posándose en vuestras castas guirnaldas, las hubiera arrastrado; si la tierra á vuestro paso no hubiera exhalado más que el vapor de oloroso incienso;

Hubiera bendecido á la Musa y cantado su triunfo; hubiera dicho al poeta, que volaba hácia la gloria:—"Arroyo, que buscas al mar, fluye hácia el Océano del mundo, sin temor de mezclar con él tus olas, porque sus olas no son amargas.„

II.

¡Feliz el que no huye de las tinieblas del olvido; feliz el que no sabe cuántos ecos fúnebres hace resonar el ruido del mundo; feliz el que ignora la inquietud que causa la gloria, y que la palma del poeta es la palma del mártir!

¡Feliz el pájaro que se cierne en el espacio volando, sin temer al cazador, al huracan ni al vértigo; feliz el que nada intenta, feliz el que solo vive por vivir y que solo canta por cantar!...

III.

Adios, cánticos mios; volad, disipaos. Pronto, solicitando que os abra la cerrada puerta, llorareis, levantando la voz, por el tiempo en que, cubiertos con velos, os parecíais á las estrellas, y como ellas solo brillábais en la oscuridad.

Cuando unos tras otros, tomando y dejando la balanza, algunos amigos os juzgaban silenciosamente por la noche, amigos poetas, apasionados de la lira, que huian de la tumultuosa ciudad y trasplantaban las flores de Isaura á los jardines de la Academia,

Como ángeles que vuelan con doradas alas veníais hasta mí, sagradas palabras murmurando, y para abatir ó para elevar me comunicábais en vuestro delirio todo lo que puede cantar la lira, todo lo que puede soñar el alma.

Disputándoos el premio en noble lidia, entregábais todo el Olimpo á los hijos de Hipocrene, rivales en vuestro rápido vuelo, y así como al amante de Atalante, para que su carrera fuese lenta, les arrojábais las manzanas de oro.

Os veia, seguidos de silfos y de hadas, ligando las antiguas fasces á los jóvenes trofeos, cantar á la naturaleza, ó lanzar gritos proféticos, ó pedir á los tiempos góticos las antiguas leyendas, siempre nuevas.

Con frecuencia vuestros cariñosos laúdes consolaban á las coronas, y desde vuestra trípode defendíais á los tronos; con frecuencia, sirviendo de apoyo al inocente, como tributo expiatorio, mezclábais, para avergonzar á la historia, una lágrima con sus arroyos de sangre.

IV.

Esto es hecho; semejante á las golondrinas partís; partid siendo fieles á la misma idea, y yo, con tal de que nadie dude de la fé de vuestros combates, con tal de que el alma escuche en secreto lo que le digais en voz baja;

Con tal de que al veros luchando con corrientes contrarias el huracan no rompa vuestras olas, y un solo amigo, compadeciendo mi suerte, al veros abatidos por la tempestad, encienda un fanal en la playa y os desee la llegada al puerto;

Con mirada menos triste veré vuestros naufragios. Pero el tiempo urge; reunid vuestro valor y volad; es preciso combatir á los perversos. La lira tambien es cetro, y Dios dá á nuestras almas un imperio y un poder á nuestros cantos.

V.

Los poetas, dotados de inspiracion que el mundo no conoce, se asemejan á los altísimos montes cuyas cumbres ilumina la aurora en cuanto nace y que conservan hasta que aparece la noche el último rayo del sol.

1823.

ODA SEGUNDA.

La Historia.

Ferrea vox.
VIRGILIO.

I.

La suerte de las naciones, como el profundo mar, tiene escollos ocultos y abismos movedizos, y es ciego el que no ve en los destinos del mundo más que el combate de las olas movido por la lucha de los vientos.

Soplo inmenso y fuerte domina esas tempestades. Un rayo del cielo se sumerge á través de la oscuridad. Cuando el hombre mezcla con los ayes de muerte los hurras de las fiestas, una voz secreta habla entre ese ruido vano.

Los siglos unos tras otros, esos gigantescos hermanos, diferentes en su suerte, pero semejantes en sus deseos, llegan á un fin parecido por caminos contrarios, y sus fanales diversos brillan con las mismas llamas.

II.

Musa, no es hora aun de que tus miradas me consuman; sigues en el porvenir su círculo solemne; porque los dias, los años y los siglos solo trazan un surco pasajero en el rio eterno.

No lo dudeis, verdugos; no lo dudeis, víctimas; ella lleva á todas partes su inmortal antorcha; se cierne en la cúspide de las montañas, se sumerge en el fondo de los abismos, y con frecuencia funda un templo donde no pudo sostenerse una tumba.

Corona con sus palmas á los héroes que sucumben; del carro de los conquistadores rompe el eje frágil; marcha pensativa oyendo el ruido de los imperios que caen, y en todos los caminos indica los pasos de Dios.

De los antiguos palacios de los tiempos corona el remate; el llamamiento de su voz reune á los siglos; su mano, como cautivo vergonzoso de su derrota, arrastra á todo el pasado hasta el porvenir.

Recogiendo las ruinas de los naufragios del mundo, su vista, de mar en mar, sigue la marcha del vasto navío y alcanza á apreciar en conjunto, en los dos límites de las edades, la primera tumba y la última cuna.

1823.

ODA TERCERA.

El partido destructor.

Voyageur obscur, mais religieux, au travers des ruines de la patrie... je priais.

CH. NODIER.

I.

Murallas, almenas, torreones, terraplenes, fosos con puentes levadizos, haces de columnas frágiles, soberbios castillos, modestos conventos, claustros polvorosos, antiquísimas cámaras, en las que se entonaban santos cánticos, en las que reian en banquetes alegres, sitios misteriosos que la imaginacion adorna de quimeras, iglesias donde rezaron nuestras madres, torres donde combatieron nuestros antepasados;

Plazoletas de las iglesias, moradas del Señor, estancias de los reyes, templos que guardaban el oriflama, palacios que protegian la cruz, reductos de amor, arcos de victoria, que nuestras glorias atestiguais, que proclamais nuestras grandezas; capillas, torrecillas, monasterios, paredes que ocultan tantos misterios, paredes que brillan con tantos esplendores;

Sois ruinas, ruinas de Francia, que estudiamos con cariño; fuísteis la morada de la alegría y del sufrimiento, antiguos monumentos de la niñez de un pueblo, restos sobre los que pasó el tiempo; arcos caidos, bóvedas destruidas, vestigios de razas pasadas, lecho sagrado de cegado rio.

Cuando os contemplo me parece que en vuestro recinto oigo el adios de despedida de los héroes, y veo que brilla en las ruinas del templo como un rayo de luz. Mis pasos errantes buscan las huellas de los altivos guerreros cuya audacia convertia un pavés en trono; y pregunto, pasando allí las horas sin sentir, al antiguo eco de aquellos recintos qué le queda de la voz de aquellos guerreros.

Con frecuencia mi aventurera Musa, transportándose á aquellos tiempos, se ciñe la coraza guerrera y la banda de los paladines; se arma con enmohecida espada, cogida en los artesones de algun largo corredor, y hácia regiones nuevas, para que vuele su corcel sin alas, se calza y pica las espuelas de oro.

Pláceme la morada señorial, cuyo camino ocultan los bosques de su propiedad, y cuya puerta, debajo de la bóveda, queda hundida entre dos altas torres; pláceme el vuelo de las aves fúnebres, que en la oscuridad, sobre los techos, vienen á agrupar sus negros batallones, ó exhalando sus gritos sepulcrales, á revolotear alrededor de las torres.

Pláceme el campanario que hace verdear la yedra y que agita la campana que toca á la oracion; las gradas de la cruz de piedra, en las que se sientan los viajeros cansados; la iglesia vigilando á las tumbas, como cariñosa paloma que cobija al fruto de su cariño; pláceme ver la ciudadela almenada, que abre sus brazos al valle, como si fueran las alas de un buitre.

Pláceme el toque de alarma, el patio donde sonaban los clarines, la cámara en la que, depositando las armas, se reunian los altos barones; los vidrios brillantes ó sombríos; la cueva fria y oscura en la que, debajo de las murallas, los bravos dormian acostados, sin quitarse la armadura, como si estuvieran en la víspera de un combate.

Hoy, entre las cascadas, bajo la bóveda de los bosques frondosos, los pilares, las esbeltas arcadas inclinan las frentes abatidas. Arruinadas ya las fortalezas que huella la cabra montés, inclinan sus cabezas de granito; el águila suspende el vuelo en sus torres y la golondrina oculta en ellas su nido.

Como esta ave de paso, el poeta buscó en todos los tiempos, yendo de viaje en viaje, las ruinas y la primavera. Esas ruinas, que venera la pátria, le hablan de la caballería, son gloriosas; los héroes pueblan sus escombros y sus sombras son hoy gigantescas.

Franceses, respetemos esos restos. El

cielo bendice á los hijos ilustrados que conservan en los dias funestos la herencia de sus antepasados. Como una gloria robada debe ser para nosotros cada piedra que se desprende y cae sujeta á la ley de destruccion del tiempo; restituyamos los galos á la Francia, los recuerdos á la esperanza y el antiguo palacio al rey jóven.

II.

—Cállate, lira; silencio, lira del poeta; deja que caigan tranquilamente esas ruinas gloriosas al abismo, en el que ningun amante de ellas, en su dolor mudo, las seguirá mucho tiempo con la vista. Testimonios que los pasados tiempos han dejado en nuestra edad, guardianes de un pasado que hoy ultrajan, huid de este siglo que es vuestro enemigo; arruinaos, restos sagrados: ¿por qué velais aun, últimos centinelas de un campamento que duerme el sueño eterno?

———

O por mejor decir, que el tiempo apresure su marcha. ¿No tenemos entre nosotros á esos héroes que arrojaron á los reyes de su insultada tumba, que fueron verdugos de los muertos? ¡Honor á esos valientes que nuestro orgullo nombra! Gloria á esos bravos! ¡Esparta y Roma nunca presenciaron mayores hazañas! Han vencido á los sepulcros, han roto los huesos, han disipado el polvo, han proscripto las tumbas.

———

¿Qué Dios les inspiró tan nobles hazañas? Gozosos de haber descubierto la nada, quizás deseaban tener los sepulcros vacíos, como tenian el cielo desierto; ó quizás, menospreciando el respeto con que la muerte nos fascina, sus manos en las raices herian algun arbolillo augusto, y esperando desfogar su coraje con otras hecatombes, atacando esas tumbas probaban á vencer una cuna.

———

Pueden venir ahora y acometer esas ruinas, reuniéndose una muchedumbre de soldados aguerridos, que son enemigos dignos de su valor las ruinas y los escombros. Que entren sin sobresalto por las puertas abiertas de par en par, que sitien las torres abandonadas, pueden vencer sin peligro; pero que no despierten á los bravos que duermen debajo de los muros, porque esas sombras, que en otro tiempo ganaron batallas, les tomarian por extranjeros.

———

Este siglo quiere permanecer solitario y apartado de los otros. Derribad esas murallas que los tiempos respetan aun; que no quede en el mundo ninguno de los recuerdos antiguos, ni tampoco en nuestros corazones. La inmensa herencia, que condena vuestras glorias, pesa demasiado para que la puedan sostener los pueblos que pasan y retarda su marcha. Qué nos importa el pasado? En el tiempo presente solo nos importa el porvenir.

———

Que cesen de elogiar á nuestros crédulos antepasados; para ellos eran deberes lo que para nosotros son derechos, y poseemos nuestras virtudes propias. Degollamos á los sacerdotes y asesinamos á los reyes. Es por desgracia cierto que el antiguo honor de Francia y la fé, hermana de la paciente esperanza, han huido de nuestra edad infortunada; el crímen ocupa el sitio que ocupaban las antiguas virtudes, ocultando sus senderos, como la maleza oculta el suelo que ocupaba el templo abandonado.

———

Cuando, despojando completamente á la Francia de sus gloriosos recuerdos, pierda su antigua majestad, disputándola todavía alguna púrpura manchada, se reirán de su desnudez; pero nosotros no profanaremos nunca á nuestra madre sagrada; consolaremos su gloria perdida y cantaremos á sus astros eclipsados. Nuestra jóven Musa, afrontando á la anarquía, nunca sacudirá su bandera, que blanquea con el polvo de los tiempos pasados.

1823.

ODA CUARTA.

A mi padre.

Domestica facta.
HORACIO.

I.

Tengo siempre una lira y nunca una espada; siempre un velo oscuro envuelve

mi vida, no tengo arena donde luchar, y he de desfogar mi cólera en cadenciosas estrofas, he de consumir mi vida en estériles pensamientos y mi alma en cantos perdidos.

Entre tanto la Grecia, entregada á los tiranos que desafía, á los reyes cristianos enseña sus cadenas de esclava; la España llama á nuestros héroes, porque sufre la embriaguez amarga del error, y como huérfano arrancado á su madre, su viejo trono perdió el apoyo de las antiguas leyes.

Sueño algunas veces que me apodero de tu espada, padre mio, y corro con el ardor que me arrebata, siguiendo á nuestros soldados gloriosos á la pátria del Cid, ó vuelo á decirles á los hijos de la revolucionada Esparta que si un francés no puede devolver á los griegos un Tyrteo, puede devolverles un Leonidas.

Ensueños vanos! No creas, sin embargo, que mi Musa no quiere entonar cantos á tus compañeros, padre mio; al poeta le placen los guerreros. La victoria se reviste con honores inmortales; él la canta; que el amante de la gloria, así como profesa cariño á todas las flores, profesa cariño á todos los laureles.

II.

Franceses, os adornan las palmas del triunfo; hasta encorvados ante un tirano permaneceis siendo grandes; vosotros habeis elevado á vuestro jefe prodigioso; en vuestras glorias se funda su inmortalidad y no se borrará de los anales del mundo su nombre, que en él grabaron vuestros aceros.

Añadiendo una brillante página á la historia, uncía reyes al carro de sus victorias. Dios puso la muerte en su mano derecha ciega. Estaba jadeante el universo bajo peso tan formidable. Como las rayas que un niño dibuja en la arena, los imperios turbados se borraban ante sus pasos.

Le aduló la fortuna y tambien le castigó. El imprudente confió su destino vasto y frágil al orgullo, al orgullo que tarde ó temprano se expía. ¿A qué aspiraba tu loca ambicion, que deseaba en su inmensa carrera tener todos los tronos por pedestal?

Llegó para él el dia fatal; entonces le vió huir la Francia alarmada arrastrando tras él el resto de un ejército, carros, corceles y soldados, perseguidos por todas partes: de ese modo el águila real, herida por el plomo mortífero, al caer del celeste imperio esparce por todas partes y muy lejos sus plumas dispersas.

¡Que duerma ahora en su lecho de polvo! Ya no se ven alrededor de su cama guerrera veinte cortesanos espiando el momento de su despertar; la Europa, que palpitaba al peso de su brazo, ya no cuenta, sentada á la puerta de sus tiendas de campaña, las horas de su sueño.

Recuperad, franceses, vuestra gloria usurpada. Basta ya de las hazañas de la espada; demasiado tiempo el elogio fatigó vuestra voz; medid la altura del gigante caido. ¿Qué águila no venceria armada con vuestros rayos? ¿Quién no seria grande elevado sobre vuestro pavés?

La estrella de Brenno luce aun en vuestras frentes. La victoria convidó siempre á los franceses á sus festejos. La paz del mundo entero depende de su reposo. Siguiendo á los Moreau, á los Condé, á los Haintrailles, ese pueblo glorioso en los campos de batalla elevó siempre á gran altura sus banderas.

III.

Padre mio, inclinando la cabeza, cuéntanos los escollos que encontraste en los mil caminos tempestuosos que recorrísteis; cuéntanoslo por la noche rodeado de íntimo círculo, que silencioso te escucha. No importa que no hayas conquistado tesoros; tus hijos están satisfechos de la noble herencia que les legas, que el mejor patrimonio consiste en heredar un nombre venerado.

En cuanto á mí, ya que debo colgar en la polvorosa panoplia tu venerable

armadura, ya que tu estandarte descansa cerca de tu hogar, y que al abrigo modesto de viejos pórticos, el corcel, que me lleva á las luchas poéticas, deja que se llene de orin tu carro guerrero;

Lega á mi laud oscuro el brillo de tu espada, para que al menos á mi voz que te canta, tu grato recuerdo preste solemne encanto. Referiré tus combates á las atentas Musas; así como un niño jugueton, entre sus temerosas hermanas, arrastra débil y orgulloso la espada de su padre.
Agosto 1823.

ODA QUINTA.

A los reyes de Europa.

LA COMIDA LIBRE.

Il y avait á Rome un antique usage: la veille de l' execution des condamnes á mort, on leur donnait, á la porte de la prision, un repas public appelé le *Repas libre*.
CHATEAUBRIAND (*Los Mártires*).

I.

Cuando el pretor, queriendo inmolar el Evangelio al antiguo Olimpo, apoyaba en un tribunal frágil sus odiosos templos y proscribia á los cristianos alegremente, víctimas que esperaban devorar los tigres y los dioses;

Roma les ofrecia un festin antes de entregarlos á la muerte, como si en el cáliz de absintio quisiese derramar una gota de miel; ignoraba la energía del alma de los mártires, y queria consolar por medio de una orgía á los que llamaba el cielo á sus regiones.

Los que condenaban recibian á sus austeros convidados; el falerno espumaba en grandes cráteres (1), adornados con mirtos floridos; la miel híblea doraba los vinos de malvasía, y en vasos de oro, perfumes del Asia lavaban sus piés desnudos.

Arte profundo, mezclando los atributos de tres mundos, devastaba los bosques y despoblaba las olas para preparar esta comida libre; como si para agotar á la pródiga naturaleza, Sibaris convidase á los banquetes de Epicuro á los hombres que elegia la muerte.

Los tigres entre tanto agitaban sus cadenas impacientes; los leopardos cautivos miraban de la arena del circo el fatal camino, y poco despues esos mónstruos, menos crueles que las mujeres de Roma, se asombraban de que les aplaudiese el público, al verlos teñidos de sangre humana.

Arrojaban á los leones los confesores y los sacerdotes. De ese modo una mano servil ofrece platos esquisitos á desdeñosos señores. Mientras que al pomposo banquete se sentaba aquel santo cónclave, la pálida muerte, como esclava muda, permanecia de pié detrás de ellos.

II.

Oh reyes! Vuestra vida se desliza ligera como un festin. La copa de las grandezas, que el vulgo envidia, brilla en vuestra mano; pero al alegre concierto de vuestra fiesta efímera se mezcla el grito sordo del tigre popular, que os espera mañana.
1823.

ODA SEXTA.

La libertad.

Christus nos liberavit.

I.

Cuando el imperio ultraja al santuario, todo huye del templo que está de luto y despojado de su esplendor; pero el fiel sacerdote, arrodillado sobre las losas, prodiga más incienso, reza más oraciones é inclina más la frente ante el altar hollado.

II.

No, hermosa viajera, libertad, antorcha de la tempestuosa gloria, hermana augusta de los reyes, hija santa de Dios,

(1) Vasos en que bebian los romanos.

no, no te he despedido en la playa. Mi laud es de aquellos cuyas voces importunas lloran todas las desgracias y bendicen todas las virtudes. Mis himnos son capaces del sacrificio; no arrastran la cadena del vil gladiador, pero se presentan en la arena del circo vestidos con el sudario de los mártires.

En la edad en que el corazon es magnánimo, en la edad en que el hombre desafía al porvenir y recibe sus amenazas con audaz sonrisa; antes de que llegue la hora de que se marchite la flor de la esperanza, cuando el alma, cansada de sufrir, pasa de la fresca mañana al árido medio dia;

Exclamaba yo:—"¡Salud, vírgen cariñosa y severa!; el mundo sigue tus nobles impulsos, libertad; te ama como á una jóven esposa y te reverencia como á una abuela de cabellos blancos. Más te complace, separando del alma las ligaduras, descender al calabozo de los esclavos, que ascender al palacio de los tiranos; confundiendo los conciertos del Cedron con los del Permeso, tu dulce voz pronuncia siempre alguna ilustre promesa, que oyen los héroes al morir.„

Sonriendo al ver mi austero entusiasmo, ví llegar hasta mí á los sábios del mundo y exclamar:—"¡Aquí está ya la libertad; basta ya de sangre, basta ya de lágrimas! Se han despertado los pueblos y se inclinan ante ella; ven á abrazarla, jóven amante; aquí tienes á la inmortal.„ Y avancé hasta ella para ofrecerla palmas y flores.

III.

Oh Dios! Esa libertad era un enorme mónstruo; la llamaban Verdad porque iba desnuda; lanzaba los gritos de la ciega demencia, y hacia las confesiones del vicio ingénuo. La fábula la dotó, para saciar sus furores impíos, de las uñas punzantes de las harpías y de los mil brazos de Egeon. Los despojos de Roma ornaban á ese ídolo impuro; el buitre reemplazaba al águila en su Capitolio y el infierno poblaba su Pantheon.

El suplicio cruel, la fiera tortura conducian hasta él á la muerte, como á su feliz amada, y ese mónstruo pisoteaba á un pueblo inocente, y los sábios mendaces la sostenian, cuando por entre ruinas no podia tenerse en pié, ébria de sangre.

Mezclando las leyes de Esparta con las fiestas de Sodoma, todos sus atentados producian calamidades; anonadando al alma, creia engrandecer al hombre, y volvia á sumir al mundo en el primitivo caos. Para quitar la corona á los reyes se atrevió á quitarles la cabeza y á despedazar su trono.

IV.

Los sábios exclamaban:—"Gracias á nosotros volveremos á gozar de los tiempos de Roma y de Grecia; las naciones han roto ya el freno indigno de los reyes, y merced á la libertad seremos dueños de nosotros mismos, porque ella nos concede el poder supremo, y desde ahora el pueblo será libre, feliz y soberano.„

Tiranos aduladores acariciaban mentirosos propósitos. Asia, Africa, ¿dónde están vuestros sultanes? Sus cetros son suaves y sus cadenas ligeras, en comparacion de los de estos insultadores verdugos. Dá las gracias, multitud abyecta, adormecida en tus prisiones, al vil mónstruo de Etiopia mutilado; dá gracias á los mudos ocultos en el harén del Profeta y al desconocido esclavo que entrega la cabeza para ser inmolado silenciosamente.

El sultan, entre paredes brillantes de jaspe y de pórfido, lanzando á cien beldades su desdeñosa sonrisa, huella la púrpura y el oro, el ámbar y el coral; y al pasar desde lejos el pueblo, conoce los goces de su dueño por las cabezas que penden de las puertas del serrallo.

Pueblo feliz! Despertando á la audaz rebelion, con frecuencia en la oscuridad, el inquieto janisario prende fuego á los techos, por los que esparce el incienso el soplo de los vientos. Pueblo feliz! Un visir dispone de su vida, y el veneno, que la muerte pasea, infecta sus riberas; la esclavitud le hace sufrir el yugo del espanto; pero sábios mendaces, no goza de vuestra libertad.

V.

Oh Francia! En nuestros dias de cólera huyó al cielo la verdadera libertad, madre de las santas hazañas; para que refleje ese astro tutelar, es preciso que, puro en todas sus corrientes, el rio popular corra á la sombra del trono, apoyado sobre la ley.

Un Dios libró al mundo del yugo del mal, y vino entre los oprimidos á tomar forma humana; vino á predicar la fraternidad, fué pobre, humilde y padeció. La libertad sonríe á todas las víctimas y á todos los sacrificios sublimes, salva á todos los Estados que socorre; ante ella la Vendée es hermana de las Termópilas, y el mismo laurel corona á Malesherbes que á Codrus.

VI.

Cuando el impío ultraja el santuario todo huye del templo, que está de luto y despojado de su esplendor; pero el fiel sacerdote, arrodillado sobre las losas, prodiga más incienso, reza más oraciones é inclina más la frente ante el altar hollado.

Julio 1823.

ODA SÉPTIMA.

La guerra de España.

Sine clade victor.

I.

La monarquía, pueblos, es suave y hermosa; hija poderosa y venerable, hija de cabellos blancos de los tiempos revueltos, penetró con su claridad en aquella noche impenetrable, sometió el águila al cisne y el azor á las palomas, y elevándose gigante de tumba en tumba, consagró en el altar el acero que ceñia, confundiendo los rayos de la aureola santa con los florones de la real bandera. A fuerza de beneficios compró sus derechos. Su brazo fuerte, cuando hervia la multitud rebelde, cubrió el cetro con la cruz. Ese coloso de bronce, en sus manos seculares, hasta las nubes de las naciones eleva un faro de resplandeciente luz, y ligando al pasado el porvenir, que fecunda, sienta á la vez sus dos piés, que en vano baten las olas, en las dos márgenes del tiempo.

II.

La monarquía impone desgracias supremas á los infortunados que doblan la frente bajo el peso de la corona; necesitan poseer corazon sublime. Su nave, al afrontar el rayo y el abismo, no debe evitar los escollos. El rey que merece la corona no debe saber descender del trono, pero debe saber descender al ataud.

Como el soldado, el príncipe debe tener espada. Necesita, cuando se agitan las rebeliones, que de dia y de noche esa espada vele á su lado, que el ejército le proteja y le siga, que el acompañamiento de la monarquía es la guerra: no se puede romper el cetro de Carlo-Magno sin romper la espada de Rolando.

III.

Rolando! ¿No es verdad, hijo predilecto de la guerra, que cuando despertaron tu sombra los clamores de nuestros guerreros, al pasar hace poco por los campos de Roncesvalles, creiste que eran antiguos caballeros? Tú les veias sentado en tu tumba célebre, hácia las riberas del Ebro, desplegar el vuelo inmortal en lo alto de las montañas, y como el águila al abrir las alas, sacudir, para expulsar á los nuevos infieles, la brillante cimera de Carlos Martel.

Tambien otro héroe, tambien Pelayo, vencedor de la morisma, desde los cielos saludaba á nuestro ejército. Al carro de triunfo de nuestra gloria uncía de Castilla al antiguo leon fiero y sometido, y repitiendo nuestro grito de alarma, confundia su lanza con nuestras armas, llamándonos: Compañeros!

IV.

Del paso por ella de un conquistador, la España, resentida aun, lloraba, prostituyendo á nuestra libertad, en los sangrientos brazos de espantoso amante, su virginidad real. Ese pueblo altivo, cansado de déspotas vulgares y agotado por las guerras, maldecia al mónstruo que se

introdujo en sus campos; harto de viles tribunos y de tiranos serviles, llamaba al extranjero para que entrara en sus ciudades, sin que le extremeciera este socorro.

Los franceses acudieron.—Desde el Rhin hasta el Bósforo, pueblos del Aquilon, del Poniente y del Mediodía, ¿por qué vuestra frente perturbada se inclinó bajo sus piés audaces? Naciones, que escapásteis ayer de su cadena, que caísteis á los golpes de sus espadas ó que por ellos vencísteis, ¿por qué, poderosos Estados que constituísteis provincias nuestras, me preguntais si ellos han vencido?

Aprendieron de la anarquía lo que pesa el acero de los galos; pero si emancipan á la España, de esta hazaña no puede ruborizarse ese pais, porque todos los pueblos á los que Dios secunda, cuando la hidra fatal clava en ellos su triple dardo, tienen siempre, coligados contra la fiera, el templo por pátria y la cruz como estandarte comun.

V.

Por lo tanto, que Madrid calle en lo sucesivo á la historia sucesos que durante mucho tiempo reveló su orgullo y no pregone al cautivo real que la ingrata victoria encerró en sus muros en otro tiempo. Cádiz nos venga de la afrenta de Pavía. A la sombra de un héroe arrebatada, la gloria ha devuelto sus derechos; olvidando al noble francés que tuvo preso, la orgullosa España ha podido convencerse de que las manos de nuestros valientes saben romper las cadenas de los reyes.

Preparad, castellanos, fiestas solemnes, desde las murallas de Zaragoza hasta los campos de Almonacid; confundid con nuestros laureles vuestras palmas fraternales; cantad á Bayardo; nosotros cantaremos al Cid; que al antiguo Escorial conteste el antiguo Louvre; que vuestra bandera se mezcle con nuestras banderas victoriosas; que Gades edifique un altar en sus playas, y que desde allí hasta las montañas donde venció Pelayo se encienda misteriosa iluminacion.

Para afirmar sus promesas, ¿dónde están los nuevos Decius? ¿Espera el brasero á los Escévolas y el abismo á los Curtius? Arrastrándose todos á las plantas del Borbon que dispone del rayo, abrazan las sagradas rodillas... pero la victoria es generosa, y les perjudicó su causa inícua; fueron vencidos, pero ya están absueltos.

VI.

Un Borbon, por no castigar, no quisiera combatir. El derecho de su triunfo es siempre el derecho de perdonar. De los sublevados que acaba de vencer ha estinguido la última esperanza, y libra á los pueblos de muchos desastres, teniendo vencido á sus piés al mónstruo horrible, que se extremece de coraje por no poder cometer crímenes. Nosotros, que le acabamos de vencer, fuimos un dia sus víctimas; nosotros sabemos que el derribar una cabeza real cuesta verter un mar de sangre.

Guerreros, regresad á vuestra pátria; vuestras madres están satisfechas; fuísteis el terror del mundo y ahora sois el apoyo. Bastantes tronos vísteis caer ante vuestras tiendas de campaña; proteged á los reyes ahora. Dios pone en vuestro carro su glorioso arco; vuestra tienda victoriosa es su tabernáculo inmortal; de las legiones santas dispone vuestro estandarte; Dios quiere que se coloque vuestro casco entre los vasos del altar.

VII.

Esto es hecho: privando al crímen espantado de la esperanza que le sonreia, los cielos encargan á la Francia que sea la custodia de la monarquía. Su génio, descubriendo todas las conspiraciones, brilla como la lámpara de siete luces que se ocultaba en los templos del Jordan; guardian de los tronos que protege, su espada es la espada celeste que flamea á las puertas del Eden.

Noviembre 1823.

ODA OCTAVA.

Al arco de triunfo de la Estrella.

Non deficit alter.
VIRGILIO.

I.

La Francia tiene palacios, tumbas, pórticos, antiguos castillos llenos de conquistadas banderas, heróicas joyas adquiridas en medio de los peligros, y su piadoso valor, pródigo en ejemplos nobles; para adornar sus soberbios templos despoja los extranjeros campos.

Se ven sus ciudades llenas de monumentos; están en ella Roma y sus dioses, Menfis y sus negros mausoleos, el leon de Venecia se ha dormido en sus murallas; y cuando para embellecer nuestras vastas Babilonias el bronce falta para nuestras columnas, la Francia se lo pide al enemigo.

Cuando brilla en los combates su armadura inflamada y su oriflama augusta sembrada de flores de lis, lanza sus escuadrones, como si fueran rebaños; despues ofrece á los vencidos los dones ásperos de la guerra, y como juguetes vulgares, mezcla con las de éstos sus propias banderas.

II.

Arco triunfal, el rayo, aterrando á tu señor, parecia haber herido tu frente antes de nacer; pero nuestras nuevas hazañas te han realzado, porque no quiso nuestro ilustre ejército que fueses de nuestra fama un monumento sin concluir.

Refiere á los siglos el nombre de su jefe magnánimo. Que se lea en tu frente que los aceros franceses no han dejado de recoger ningun laurel sublime. Levántate hasta los cielos, pórtico de la victoria, para que el gigante que encarnas pueda pasar por debajo de tí sin inclinarse.

Noviembre 1823.

ODA NOVENA.

A la muerte de Mlle. de Sombreuil.

Sunt lacrimæ rerum.
VIRGILIO.

I.

Tributa otro homenaje á la virtud, lira mia; bastantes himnos de anatema robaste al fúnebre Isaac y al triste Ezequías; para consolar á los muertos, para llorar á las víctimas, se necesitan cantos sublimes, que tengan eco en el cielo.

A él Dios la ha llamado: los cielos nos envidiaban esa jóven y han reclamado á la desterrada, y nosotros los proscriptos la lloramos. Respondedme: ¿habeis visto su sombra desvanecerse en la noche sombría ó huir hácia la luz inmortal? La habeis visto subir ó descender? ¿Dónde depositaremos sus cenizas? ¿En la tumba ó en el altar?

No lloreis, recemos; los santos la reclamaron; recemos; adorémosla los que la amamos. Se ha reunido ya con sus hermanas, con los ángeles puros, con esas vírgenes que en otro tiempo se abrazaron á la cruz y que, como sobre lechos de flores, acostadas en braseros ardientes, se durmieron en la tortura.

Su vida era un puro misterio de inocencia, y su alma pasó por el mundo entre los vivos y los muertos. Con frecuencia la desventurada, como si la muerte rompiera los lazos de su destino, sentia con terror helarse en sus pálidas venas una sangre que no era la suya.

II.

Ese dia infausto la muerte perdió su privilegio, pues rescatando un asesinato á costa de un sacrilegio, la sangre de los muertos corrió por su seno virginal: entre el impuro brevaje y el arma parricida, los verdugos perseguian á la heroina tímida con sus insultos fúnebres y con su risa infernal.

Su triunfo es su suplicio. Al elevar los ojos al cielo bebió la sangre en el mismo cáliz en que Jesús, moribundo, bebió la hiel. Inmenso cariño encerraba su valor. Cuando la tempestad hizo perecer á sus padres, que la Francia lloró, para consolar á la augusta hija, Dios le confió su familia de viudas y de huérfanos, porque le fué concedido sobrevivir á su martirio.

III.

Fué en nuestras playas, en las que se ha perdido la fé, como el último rayo de sol que queda en el horizonte al morir la tarde; Dios entre todas las mujeres la marcó con un signo, y quiso en su campo, donde se cosechan tan pocas almas, dejar madurar esta espiga para la santa cosecha.

Hasta fué feliz en el mundo, porque el Señor, con las mismas manos que venga sus derechos, sostiene á los que le aman y les ayuda á llevar la cruz, dotándoles de extrañas visiones; á Jacob le hace ver la escala de los ángeles y á Saul los antros de Eudor; su mano misteriosa y santa sabe esconder la miel en el absintio y la ceniza en las frutas de oro.

Su constante equidad no duerme jamás: el perverso, cubierto de púrpura y buscando la felicidad, envidia la cabaña donde vive el pobre; y cuando el impío dichoso, mecido sobre el abismo, con sus crímenes se abre un infierno, el justo con sus lágrimas se abre el cielo de la virtud.

Dícese que sintió despojarse de la vida, y que al morir miraba con envidia las cadenas de que iba á desprenderse, exclamando:—“Dios mio, retardad mi última hora, que quizás no soy digna aun de abandonar este valle de lágrimas; no imploro la muerte, porque puedo sufrir aun, y tengo muchos desgraciados á quienes consolar.

“Parto, pero tened compasion de los séres que dejo abandonados. ¿Quién les tratará con el cariño con que yo los traté? ¿Por qué coronarme tan pronto con la dicha celestial? Permitidme que consuele aun durante algun tiempo á los desgraciados; que en el cielo no tendré oprimidos que defender, ni opresores que perdonar.„

Es preciso que el justo muera.—En vano con gran dolor y llorando pasan por las puertas de su morada los pobres que ella socorria y consolaba. Ahora que ya murió, no teneis más remedio que pagar sus limosnas con oraciones; dadle un cariñoso adios de despedida, infelices huérfanos, viudas inconsolables, imágenes augustas de Dios.

IV.

Señor, no te lleves del mundo á los séres que profesan tus justas doctrinas; si la virtud se vá, ¿quién conseguirá que el crímen se arrepienta? ¿Dónde el perverso encontrará su salvacion? No arrebates de la tierra esta esperanza saludable; deja que los justos vivan: ¿no te bastan los ángeles del cielo?...

Diciembre 1823.

ODA DÉCIMA.

El último canto.

> O Muse qui daignas me sonstenir dans une carriere aussi longue que perilleuse, retourne maintenant aux celestes demeures!... Adieu, consolatrice de mes jours, toi qui partageas mes plaisirs, et bien plus souvent mes douleurs!
>
> CHATEAUBRIAND.

I.

Deja, abandona la lira: ¿qué les importa el Dios que te inspira á los mortales groseros y vanos? Se rien cuando tu mano le inciensa. Rompe, pues, tu laud impotente; desciende de ese carro sin corceles.

—Es santo y puro el entusiasmo del poeta, y le hace ver su esperanza, desafiando á la muerte, su nombre glorioso al través de los siglos. Con su sublime altura se inclina hácia la edad futura para oir su recuerdo en lontananza, y que su nombre, como piedra que se arroja en un abismo, despierta mil ecos en el fondo del porvenir.

No puedo gozar de esa alegría augusta; los siglos no conservarán mi nombre, la gloria lo pronunciará. Mi Musa, en la tempestad que ruje, cayó en la corriente del mundo, como un lirio en las olas de un torrente.

Sin embargo, mi tierna Musa es bella y es inocente; el astro de Belen fijó en ella sus miradas, y yo sigo esa modesta estrella, como la seguian los reyes pastores. El Señor me concedió el dón de su palabra, al ver que su pueblo le olvida sumido en cobarde sueño, y cuando mi laud llora, amenaza ó consuela, mis cantos vuelan hácia Dios, como el águila vuela hácia el sol.

Mi alma, abrevada en ese manantial, asciende de pensamiento en pensamiento; como del arroyo humilde en que el árabe sediento calma la sed, la gota de agua llega al rio, del rio pasa al mar y del mar al cielo.

Pero los hombres sois flores sin perfume, hogar sin fuego, y en la atmósfera que respirais no puedo desplegar mis alas. Vuestro mundo es limitado y vuestro soplo mortal. Las liras tienen para vosotros voces vulgares. Me embriago con absintio; embriagaos vosotros con miel. Encariñaos con vuestros amores y combatid en vuestras guerras, ya que vuestros ojos muertos se cierran á la luz del sol.

Sin despertar eco sonoro levanté mi voz, débil todavía; y mi lira, que posee fibras de acero, pasó sobre las almas viles, como sobre el empedrado de las ciudades pasa la herradura resonante del corcel.

En vano hice rugir á la venganza eterna; en vano, para convencer á los criminales, hice hablar de perdon á la voz del dolor; desde lo alto de los cielos tonantes, cayendo mi austero pensamiento sobre la tierra ingrata, en la que germinan los dolores, como lluvia tempestuosa ó como bienhechor rocío, no pudo conseguir destruir la cizaña ni fecundar las flores.

Todo vá á parar á la tumba, y el hombre que el tiempo hunde en ella en vano lucha con él; esta es la ley universal: la vida es como una tienda de campaña, donde dormimos antes de entrar en el combate.

Los mortales olvidan esta verdad: la urna de los años no está siempre llena para todos; pero que vivan en paz ó que gocen, cuando su suerte los sumerja en la eternidad, en vano los insensatos tratarán de detener el tiempo, porque serán entonces ruinas dispersas de un bajel sumergido.

Adios, pues, laud que suspiras. Musa, has perdido ya tu imperio en el mundo; renuncia á tus conciertos inmortales; huye de la multitud que te contempla; corre las cortinas del templo y deja en la oscuridad los altares castos.

Te devuelvo, Dios mio, el ramo de la esperanza.—Aquí tienes el acero divino y la lanza celeste; no he podido cumplir la mision que traia al mundo: con frecuencia el aguilucho, juguete involuntario de los vientos, tiene que suspender el vuelo que empezaba á desplegar; con frecuencia el rayo, buscando en la tierra dónde herir, se remonta al cielo sin haber fulminado.

1823.

LIBRO TERCERO.

1824-1828

ODA PRIMERA.

A Alfonso de Lamartine.

> Or, sachant ces choses, nous venons enseigner aux hommes la crainte de Dieu.

I.

Abrigaré en el puerto mi navío; no quiero confiar ya sus velas al viento que las desgarra. Esconderé el laud, aunque acaso mis cantos hubieran podido vivir. Seré como el soldado que vuelve silencioso del combate y que suspende de la cabecera de su lecho el inútil resto de su

armadura, y que, vencido ó vencedor, se duerme.

Solo pido ya á mi querida Musa, antes de mi muerte, un canto solemne y supremo. El poeta debe con alegría querer entrar en la tumba; si no se sonriera cuando los demás lloran, los demás le dirian: —"Vas á morir; por qué no cantas?...„

No es la muerte lo que la multitud se imagina. Es el momento en que nuestra alma obtiene su recompensa; es el momento de volver el hijo desterrado al hogar paterno. Cuando inclinamos hácia la muerte el oido atento, la voz del muerto, que creíamos muda, empieza á cantar el himno eterno.

II.

Más pronto de lo que debia vuelvo á entrar en la liza; tú lo deseas, tu Musa es mi cómplice; tú me has despertado, diciéndome:—"Espera; arrojemos antes otro guante en el palenque; y ya que cada vez se empeña más la lucha, tomemos parte en ella en nombre de Jehová.„

Uní, por eso, á tus cantos algunos cantos mios temerarios. Pulsa, pues, tu laud inmortal; combatiremos como hermanos, defendiendo los mismos altares y el mismo hogar. Ocupando el mismo carro, como una pareja homérica, sostendremos, para luchar en la arena lírica, tú la lanza, yo los corceles.

Deseando combatir á la debilidad humana, no sé por qué pendiente llegaré al combate. Necesito volver á ver lo que he combatido, lanzar al impío mi último anatema, decirte que te amo y cantar un himno á la virtud.

III.

Por desgracia no estamos ya en los tiempos en los que el poeta hablaba al cielo como sacerdote y á la tierra como profeta; si Moisés é Isaías apareciesen en nuestros campos, los pueblos que ellos vendrian á juzgar, punir ó absolver, en sus ojos relampagueantes no verian el rayo que se desprende de sus cánticos.

En vano recorrerian las ciudades predicando:—"Basta de rebeliones, basta de guerras civiles. No baileis más ante el becerro de oro; Dagon vá á hundirse, Baal vá á desaparecer. El Señor dijo á su sacerdote que para hacer penitencia os quedan pocos dias.

„Reyes, pueblos, cubríos con un saco manchado de ceniza. Pronto de las nubes descenderá vuestro juez. Cesad de dormir, dignaos abrir los ojos. Tyro será víctima de las olas, Gomorra del incendio. Sacudid el sueño que amodorra vuestra alma y despertaos para morir.

„Desgraciado el poderoso que se embriaga en los festines y se rie del oprimido que llora y de los profetas. Como Baltasar, ignorante de su porvenir, no vé en las paredes de la adornada sala las palabras que una mano llameante traza con letras de fuego entre las guirnaldas de las flores.

„Será ese poder expulsado del cielo, como ese génio moderno, espantoso por su gloria y por su agonía, que despues de haber llenado el siglo, sucumbió jóven aun. Como Napoleon, que dominaba al mundo y que tenia á sus piés á los reyes de la tierra.

„Ese poderoso será desgraciado; tambien lo será el mendigo hipócrita y celoso, que llama á la puerta del sátrapa; el esclavo en sus cadenas, el señor en su castillo; el que, viendo que el inocente vá al suplicio entre sus dos cómplices asesinos, no extienda á sus pasos y á sus piés su más rico manto.

„Será desgraciado el que diga: mi madre es adúltera; el que encubra un corazon vil bajo un lenguaje austero; el que cambie en blasfemia el juramento roto; el adulador mendigo; el que se proclame sábio entre los sábios; sí, será desgraciado ese insensato.

„Pueblos, desconoceis al Dios que os dió la vida; y sin embargo, debíais reconocerle en la prosperidad y en las adversidades, á todas horas y en todos los sitios. Dios cuenta vuestros dias, Dios presencia vuestros banquetes; y cuando

un jefe os lleva á la conquista, os arrastra impulsado por Dios.

———

„A su voz, en los tiempos de crímenes y de locuras, las revoluciones abren sus abismos, los justos derraman su preciosa sangre, y los pueblos, rebaño que dormia confiado, ven, como Jacob en extraño sueño, ángeles que se remontan al cielo.

———

„Extremeceos! Muy pronto, anunciando su venida, la trompeta del arcángel entreabrirá las nubes. Llegará el dia del eterno tormento y de la eterna felicidad; y entre una aureola de rayos y de resplandecientes relámpagos aparecerá Dios, señalando vuestros ídolos y preguntándoos:—Quién es ahora el Señor?...

———

„Tocando siete veces la trompeta en las nubes, resucitarán á sus toques en tumulto las razas pálidas y extenuadas, que se chocarán unas contra otras en la oscuridad; Jesús llamará á su Madre virginal, y la puerta del cielo y la puerta del infierno se abrirán á un mismo tiempo con extrépito.

———

„Dios os enumerará con voz solemne; los reyes se inclinarán ante sus decretos. La humanidad se presentará ante él con su esperanza ó con sus remordimientos; en los campos, en las playas del mar, en los montes, en todas partes, al través del mármol de la tumba, su soplo removerá el polvo de los cadáveres.

———

„Oh siglo! Cesa de ocuparte de pensamientos frívolos; en el espacio en que vuelas pronto vá á faltarte el aire; tu gloria, tu orgullo y tus placeres, todo es vanidad. ¡Mortales, que solo pensais en futilidades y en goces, pensad en la eternidad!„

IV.

A los profetas responderian nuestros sábios:—"¿Qué es lo que nos dicen esos hombres?... Ni pertenecen al mundo ni á nuestro siglo. ¿Han nacido esos poetas en el valle sagrado? ¿Dónde está su Olimpo? Dónde está su Paraiso? ¿Qué Dios es ese con el que nos amenazan? ¿Monta en el carro de Marte, usa el carro de Apolo?

———

„Si tratan de tocar el clarin de Píndaro, ¿por qué no hacen que lo oigan Hieron, la hija de Tíndaro, Castor, Polux, Elida y los Juegos de los tiempos fabulosos; la arena, de la que salen nubes de humo, la rueda de rayos de oro, sembrada de clavos de bronce, y las cuadrigas brillantes?

———

„¿Por qué asustarnos con claridades simbólicas? Queremos que nos entretengan con bucólicos cantos, en los que se haga luchar á Menalco y á Palemon; y para que nos prediga el porvenir, solo necesitamos las palabras misteriosas que salen de los labios de la Sibyla.

———

„¿Por qué, como nuestra sombra, nos habeis de seguir en nuestros placeres? ¿Por qué nos enseñais el repugnante sepulcro, con toda su desnudez, abierto ante nuestro paso tembloroso? Anacreonte, cargado con el peso de sus muchos años, cuando pensaba en la muerte se comparaba con las rosas, que se mustiaban en la diadema que ceñia sus cabellos blancos.

———

„La lira de Virgilio no ha producido jamás versos á Lycoris que su Gallus no pudiera leer. El himno de Horacio brota siempre en el seno de la risa; jamás ha derramado lágrimas inmortales; solo insignificantes gotas han salpicado su laud, coronado de mirto.„

V.

Con este desden, con esta sonrisa acogerian, amigo mio, á Dios y á sus profetas. Despues de oirlos, continuarian gozosos disfrutando del loco festin, ó, para dormirse oyendo sonar alguna lira idólatra, volverian la cara al otro lado.

———

Pero qué importa! cumple tu mision sagrada. Canta, juzga, bendice, ya que estás dotado de inspiracion. El Señor al pasar te tocó con la mano, y como de la roca que tocó Moisés con la vara brotó agua para la multitud del desierto, la poesía á raudales salta de tu seno.

———

En tu lugar yo, aunque fuese vencido, estaria orgulloso de tus triunfos; porque ya sabes que soy apasionado de todas las glorias, pero que no envidio ninguna:

poeta, siempre tengo un canto de alabanza para los demás poetas, y nunca el laurel que brilla en la frente de los otros proyecta sombra en la mia.

Oye sonriendo los tiros que dispara la envidia; que la envidia ultrajó á Homero y atacó al Dante, y hasta en el arco triunfal insulta al guerrero. Es preciso que tu nombre resuene entre sus gritos; el tiempo hace rendir culto á la justicia; deja que pase la tempestad y que crezca tu laurel.

VI.

Tal es la majestad de tus conciertos supremos, que parece que hayas aprendido como los ángeles en las arpas del cielo pulsan las cuerdas; parece que el mismo Dios, inspirando tu audacia, se te aparezca en el desierto, te mire faz á faz y te hable con su armoniosa voz.

Octubre 1825.

ODA SEGUNDA.

A Chateaubriand.

Ou ne tourmente pas les abres steriles et dessechés; ceuxlá seulement sont battus de pierres dont le front est couronné de fruits d' or.

ABEN HAMED.

I.

Hay navíos gloriosos que prefieren el huracan á los céfiros; hay astros, reyes rutilantes de los cielos, mundos volcánicos lanzados entre los otros mundos, que desean que la profunda noche adorne su frente con los penachos del fuego que devora sus flancos.

Los génios tienen en todas partes símbolos sublimes. Dan siempre sus preferencias á las víctimas, y deben á los reveses que sufren el brillo que nos encanta. Sus vidas superiores están sujetas á las tempestades. El rayo tiene resplandores, el cielo tiene nubes, que solo se paran sobre las grandes montañas.

Tu gran corazon tiene derecho á los grandes infortunios; este es el tributo de honor que el mundo paga á las almas que la suerte exceptúa de la ley comun. Sufriendo los grandes hombres se elevan al rango de los justos; entre los tesoros de la gloria, el más bello es el laurel herido por el rayo.

II.

Siendo así, dime: ¿para qué quieres vivir en la corte? ¿No eres el hijo noble de la tempestuosa esfera en la que ninguna desgracia asombra ni se evita? ¿No eres de esos amigos de los reyes, que tan raros son durante las tempestades, que solo saben adularles exponiendo la cabeza y les cortejan en el cadalso?

No es cuando el trono pasa por sus dias prósperos, no es en la época de su pujanza y de su poderío, cuando el favor real desciende á semejantes hombres; se necesita que el oleaje ruja, que haya que afrontar escollos en la noche tempestuosa, para que el piloto que zozobra lance miradas de reconocimiento al faro salvador.

Inútil fué que en los dias de la conquista mano gigantesca pesara sobre tí, y que cada vez que iba á ser arrastrada al abismo la pátria que temblaba, se apoyase desde la pendiente de ese abismo en tu cabeza, que no se dobla jamás.

III.

Ahora te toca, sostenido por la Francia unánime, dejar que se cumpla tu destino magnánimo; cada uno de tus reveses te proporciona una gloria. Cuando la suerte te hiere debes darle las gracias, porque cada infortunio te eleva á más altura que te elevó el favor.

Julio 1824.

ODA TERCERA.

Los funerales de Luis XVIII.

Ces changements lui sont peu difficiles; c' est l' œuvre de la droite du Tres-Haut.

Ps. LXXVI, 10.

I.

La multitud se agolpa en el templo; madres, niños, viejos, rezan y lloran;

llega hasta las nubes el són de las campanas que se balancean en los altos campanarios de San Dionisio. Túrbanse las silenciosas tinieblas del sepulcro; la Muerte, en sus lechos fúnebres estrecha las filas incompletas. ¡Silencio en su oscura morada!—El rey cristiano, seguido de su último acompañamiento, entra en su último palacio.

II.

Un emperador habia dicho:—"Esa gran tumba será el puerto de mi raza; quiero suceder á los reyes que reemplazo, hasta en la muerte. Aquí deben descender mis restos mortales; para hacer sitio á mis cenizas han vaciado estas oscuras cavernas. El mundo necesita un señor nuevo, y el sepulcro que yo construyo necesita tambien huesos nuevos.

„Prometo mis despojos á estas sombrías bóvedas, y solo este templo tendrá derecho á este insigne honor, porque deseo que el gusano que roa mis restos haya devorado los de otros reyes, y que mis sucesores, mimados por la fortuna, despues de dominar la Europa entera, vengan unos tras otros á dormir en este sitio sombrío, para que yo dormite, escoltado por sus sombras, en mi sudario imperial.„

El soldado audaz que pronunció estas palabras creia ver en magníficos símbolos escrito su destino en el cielo; su águila de garras flameantes hubiera podido ahogar al águila romana, apretándola mortalmente; la victoria era su inseparable compañera, y el globo de Carlo-Magno era ligero peso para su mano.

Pero ese formidable señor de los potentados se vió defraudado en la esperanza que acarició al morir. Quizás ésta fué la única de sus ambiciones que no pudo realizar. En vano todo secundaba su marcha triunfal; en vano su gloria incendiaria llevó la antorcha á todas partes; cargado de trofeos, de cetros y de coronas, ese vasto usurpador de imperios y de tronos no pudo usurpar una tumba.

Cayó en poder de vengadoras manos, y la Europa le hizo prisionero suyo. Fué el primer rey de su dinastía y tambien fué el último (1). Una isla, en la que rugen las tempestades, recibió á ese gigante de las conquistas, á ese tirano que ninguno se atrevió á juzgar; á ese veterano guerrero que, en su última miseria, debió el óbolo de Belisario á la compasion del extranjero.

Lejos de la sagrada tumba, que hace poco construyó para él, en la referida isla, despojado de aparato real, duerme envuelto en su manto de guerra, compañero de su sueño, y mientras que no conserva del imperio del mundo más que la roca que bate el oleaje y el sauce que bate el viento, un rey, que estuvo mucho tiempo desterrado y que gobernó con prosperidad, desciende al lecho mortuorio donde reposan sus padres, conducido allí por Dios.

III.

Escuchando los ruegos de los humildes que suplican, el Señor, que dá y quita, devuelve el desterrado á la pátria y lleva al destierro al conquistador. Dios quiso que ese rey tan grande por su sufrimiento muriese en Francia, para que, víctima consolada, desde el fondo de su mausoleo pudiese distinguir su cuna.

IV.

Que duerma en paz en la noche funeraria, ya que por nuestras desgracias olvidó sus infortunios, ya que nos deja á su generoso hermano, que llora al secar nuestras lágrimas. Ya que, disipando nuestros delirios políticos, de nuestra edad y de los tiempos antiguos proclama el augusto tratado, la ley sábia que, domando la fogosidad popular, dá á los vasallos proclamados iguales un señor tutelar, que es esclavo de su libertad.

Por nosotros vela un rey caballero, y ojalá ningun ruido le despierte en su sepulcro silencioso, que bastantes veces ya el demonio del regicidio, ávido de la sangre de los Borbones, pagó con asesinatos sus beneficios y llenó de bastantes víctimas este recinto, despoblado por los crímenes y repoblado por los delitos.

---

(1) No debe olvidar el lector que esta oda la escribió Víctor Hugo el año 1824, esto es, 28 años antes de que reinase Napoleon III.—(N. del T.)

Que sepa que nunca la corona cae y que ésta no se mide por el fatal nivel. El suplicio, que hace sucumbir al cuerpo mortal de los reyes, es para ellos una nueva consagracion. Luis XVI, aprisionado por manos desleales, despojado de la pompa real, sin corte, sin guerreros y sin heraldos, conservó su majestad hasta en la guillotina; hasta en el cadalso probó que le asistia el derecho supremo al perdonar á sus verdugos.

V.

De San Dionisio y de Santa Helena así yo meditaba en el diverso destino, sondeando con la vista vaga esos grandes misterios de la muerte. ¿Quién sois, ¡oh Dios! cuyo brazo derriba los castillos sobre la yerba y cámbia la púrpura en andrajo? ¿De dónde viene vuestro soplo terrible? ¿Cuál es la mano invisible que guarda la llave de la tumba?

Setiembre 1824.

ODA CUARTA.

La consagracion de Cárlos X.

Os superbum conticescat,
Simplex fides acquiescat
Dei magisterio.

Palabras de la consagracion.

I.

El orgullo desde hace treinta años es el error del mundo: es el que con los derechos ahogó al deber; es el que despojó de su divino misterio al santuario del poder. El orgullo hizo nacer nuestros furores temerarios y las leyes, de las que muchos de nuestros hermanos han sufrido el decreto criminal, y esos reinados sangrientos y esas vergonzosas fiestas, en las que sobre un patíbulo se proclamaban profetas los verdugos que desconocian al Eterno.

En vano, para disipar esa ingrata locura, han brillado ante nuestros ojos las lecciones del Señor; en vano Dios se ha manifestado en los hechos maravillosos, que nuestro siglo olvida; en vano un conquistador ha llenado con el ruido de sus ejércitos el mundo, adormecido en sus cadenas; los pueblos, obstinados en su ceguedad, no han visto qué mano era la que impulsaba sus carros de guerra desde el Septentrion hasta el Mediodía.

II.

Ningun humano sobrepujó en insolencia á Clovis, al que embriagaba el orgullo. En los platillos de su balanza puso el mundo y á sí mismo, y él creyó que pesaba más que el mundo. Desafiaba y derrotaba los ejércitos de veinte reyes, y esclavizaba á las naciones ese sicambro audaz; nada temia en el mundo, y para doblar su cabeza indomable fué preciso que una paloma descendiera del cielo.

Pueblos, hoy esa paloma ha vuelto á descender al mismo altar; llega, huyendo de las profanaciones, á vencer el orgullo de los pueblos, como domó en otro tiempo el alma extraviada de Clovis. Que el siglo actual á su vez, como ese rey, se humille. Por fin se oye el oráculo de la voz reconciliadora, y la monarquía, de la cadena de bronce con que liga los tronos al cielo, ha encontrado el eslabon perdido.

III.

Hace poco tiempo se vió que los tiranos populares, atacando al pasado, como á su antiguo enemigo, perseguian, al abrigo de los mármoles seculares, el tesoro que custodiaba Remy. Del Pontífice dormido, profanando la frente pálida, la túnica episcopal hicieron pedazos, desafiando así de la muerte la santa majestad, y los ancianos, temerosos, les preguntaban:—"¿Qué daño os han hecho las tumbas?„

Pero Dios, engañando el furor criminal de los buitres, conservó la paloma, abandonada á las flores de lis, y hoy esta paloma posa sus alas sobre un rey; Cárlos goza de esta dicha, y será consagrado, segun la antigua usanza, como el rey sábio Salomon, que saboreó celestiales manjares cuando con el bálsamo le rociaron Sadoch y Nathán, y cuando acercándose á él le besaron en la frente, diciéndole:—"Vive eternamente„.

IV.

La Francia antigua tiene entre sus

metrópolis una iglesia ilustre, á la que iban todos nuestros reyes, con paso triunfal y lentamente, á humillarse ante la cruz. El pueblo refiere varios prodigios de la antigüedad, de ese templo de bóvedas góticas, del que los santos amaban el circuito; un serafin velaba en sus cerradas puertas, y los ángeles, cuando pasaban los ejércitos, plantaban las banderas en las torres.

Para celebrar la fiesta se ha adornado el templo con trofeos; el oro, el moaré y el azur visten los negros pilares, convirtiendo la iglesia en un palacio de hadas; á la fantasía de los caballeros responden los esplendores del trono y del altar; festones de luces confunden sus rayos puros en el lugar santo; la flor de lis real se enlaza con los arcos tutelares, y el sol, á través de los vidrios de colores, mezcla con las flores rosas de fuego.

V.

El acompañamiento del rey á pasos iguales avanza. El pontífice pregunta á los guerreros por Cárlos X. El altar de Reims vuelve á ver el oriflama de la Francia, encontrado en las murallas de Cádiz. Las campanas voltean; el cañon truena; ante el primogénito de los reyes del mundo todo el pueblo cae de rodillas; voces y aclamaciones suenan en los aires; el rey se prosterna y los obispos dicen:—"¡Señor, tened compasion de nosotros!

„El que pomposamente llega hasta el altar del Dios justo es el heredero actual del antiguo derecho de Clovis, el jefe de los doce pares, que su augusto llamamiento convoca á este sagrado recinto; sus bravos, cuando oyen su voz, se llevan la mano al puño de la espada y el enemigo palidece de espanto, y cuando sus legiones regresan de la guerra, su marcha pacífica conmueve aun al mundo.—Oh Dios! tened compasion del rey!

„Vuestra grandeza es superior á la de los hombres; os loamos como á Señor y os proclamamos Dios. Nos colocais en el sitio más alto, y cuando allí nos vemos, es preciso despedirse de la vida. Sois el Dios de Sabaot, el Dios de las victorias. Los querubines, llenos de vuestra gloria, os proclaman Santo tres veces; desde vuestra eternidad el tiempo se precipita, y en vuestra mano teneis al mundo palpitante, como nosotros tenemos un pájaro entre los dedos.„

VI.

El rey dice:—"Juramos, como juraron los reyes nuestros antepasados, dar á nuestros vasallos paz, amor, justicia, y consagrarles nuestro cariño y conservarles su libertad, así en los dias prósperos como en los dias aciagos. Juramos vivir en la fé de nuestros abuelos. De las órdenes de la caballería seguiremos el camino recto. Nos desviviremos por salvar al oprimido. Así lo juramos sobre los Santos Evangelios y que Dios venga en ayuda de nuestro derecho.„

Hé aquí lo que para oir se levantan de sus tumbas, Clovis, Carlo-Magno y Luis, los guerreros santos, que llevan por diadema una aureola de laureles, y Cárlos VII guiado por Juana de Arco, y Francisco I, y el heróico fantasma del último mártir, del rey consagrado dos veces, consagrado en el altar y en el cadalso.

Ante esos testigos de la grandeza francesa, el óleo santo consagrado de Cárlos hace reverdecer los derechos, que recibe sin vacilar la corona, que tiene de peso la gloria de sesenta reyes. El arzobispo bendice el acero hereditario y el cetro y la mano austera; despues sumerge en el divino cáliz los guantes, que un rey jamás arrojó en medio de la liza sin que repercutiesen en el mundo.

VII.

Entra, pueblo.—Sonad trompetas, tambores y músicas. El príncipe ascendió al trono, en el que es grande y está consagrado. Sobre la multitud ondulante brilla como un faro, rodeado por las olas del mar. Mil cantores del aire, representando la imágen feliz del pueblo, confundiendo sus voces, vuelan por debajo de las arcadas; porque los francos, nuestros abuelos, creian ver á su madre la libertad cernerse en las nubes sobre las alas errantes de los pájaros.

Ya es sacerdote y rey. Es preciso que se sacrifique con este doble título subli-

me, que hace resplandecer su corona. Pero dónde está la víctima? La víctima es él mismo. Para los reyes franceses el cetro es formidable: guian al indomable pueblo que de los otros pueblos dirige los pasos; que el mundo entero gravita y se inclina sobre su trono.

VIII.

PLEGARIA.

Oh Dios! conserva y vela á ese rey que el pueblo adora; rompe de sus enemigos las flechas y los dardos, ya vengan contra él desde el Poniente, ya vengan desde el Levante, ya monten corceles, ya les arrastren carros. Cárlos X, como en el Sinaí, te ha podido ver faz á faz. Haz, pues, que inturbable felicidad borre las adversidades que sufrió; que sea uno de tus elegidos. Presta á su frente real los rayos de tu justicia. Pon dos ángeles á su lado.

Reims 1825.

ODA QUINTA.

Al coronel G. H. Gustaffson.

Habet sua sidera tellus.
ANTIGUA DIVISA.

I.

Este siglo, jóven todavía, encierra ya para la historia una eternidad de glorias y de desgracias. Todos los que vió nacer han envejecido en veinte años. Parece que no pueda terminar sus destinos brillantes sin cerrar con él el gran círculo de los tiempos.

A los pueblos famosos, que ostentan dias resplandecientes, para tener un siglo de gloria les ha bastado un hombre; el nuestro ha visto ya desaparecer muchos hombres notables; puede luchar sin miedo con Atenas y con Roma. ¿Qué significa á su lado la grandeza de las edades más famosas? Todas las domina solo con sus tumbas.

Apenas nació, vió morir asesinado al duque de Enghien, víctima de una sentencia; vió perecer á Moreau; vió que Byron, águila cuyo vuelo se fatigó en doce años, yendo del Cairo al Capitolio y del Tajo al Volga, cayó desde los cielos, como un rayo, en prematura tumba.

"Qué importa? exclama la muchedumbre. Dejemos que las tempestades nazcan, crezcan y truenen sobre esas cabezas sublimes, con tal que cada dia nos traiga un festin, con tal que los rayos del sol doren nuestras fiestas, con tal de que se deslice en paz nuestro destino, olvidando hasta la noche y durmiendo hasta la mañana.

„¿Qué importa que el crímen prospere y que el inocente perezca?—¿Han muerto los héroes? ¡pues que duerman en paz en sus tumbas! ¡quién sabe si nosotros viviremos mañana! Cuando hayamos llegado al término en que todo sucumbe, diremos que el tiempo vuela ligero y no sabremos qué vientos ha desencadenado la tempestad contra nosotros.„

II.

Tú no te expresas de ese modo, nadie duda de tí; tú te sacrificas sin descanso por el culto de la verdad. Víctima y vengador de las víctimas, tu corazon se presta á abnegaciones sublimes en todos los tiempos y en todos los lugares; tu vida entera es un digno ejemplo, y tu alma magnánima es como un templo, del que solo sale la voz de un Dios.

Basta con tu testimonio para que todos los mortales, reconociéndose, rindan homenaje público á lo que hayan profanado. Tu justicia solo necesita una palabra suprema para recompensar ó para punir, y hablando en voz más alta que habla en nuestra época la adulacion y el ultraje, puedes dictar la historia en el porvenir.

Ahora que no se realizan milagros entre los hombres de nuestros tiempos, tú eres el sucesor de los oráculos que antiguamente se escuchaban de rodillas. A tu voz, que juzga á las razas, nuestros semidioses cambian de sitio; como al oir cantos misteriosos en el silencio de la noche, las estrellas en otro tiempo bajaban ó subian en los cielos.

Para merecer ese rango augusto que

el cielo ofrece á las virtudes, ¿quién fué más noble y más justo que él? sobre todo, quién ha sufrido tanto? Ese hombre pagó tanta gloria con desgracias que no pueden recordarse sin sobresalto. Ese hombre nació en la Escandinavia; es Gustavo, hijo de los Gustavos; es un desterrado, es un rey.

III.

Tuvo un amigo en sus tiernos años que, como él, llevaba impreso el sello del destino: el jóven duque de Enghien, que murió asesinado. Gustavo, al saber ese atentado, se lanzó á las armas; pero cuando vió que á sus lágrimas permanecia impasible la Europa, exclamó con calma estóica:—"Por qué habré nacido?

„Ya que ante el asesino las naciones indignas bajan temblando la frente, porque es todopoderoso; ya que su voluntad es la ley de los príncipes, ya que es el sol que brilla en sus esferas, soy impotente en mi trono, yo que quisiera reinar como verdadero rey.„

Cedió en sus propósitos.—Dios demostró, por medio de este ejemplo insigne, que algunas veces rehusa la victoria al que es más digno; que más tarde aparece de repente para castigar; que puede hacer caer lo que levanta, y que para balancear á Bonaparte y á su acero solo necesita el cetro de Odin.

Gustavo, jóven todavía, abandonó el trono, para que nada faltase á su grandeza suprema, y mientras de la Europa, víctima de prolongados reveses ante el paso del gigante, vaciló el equilibrio, con más abnegacion que los demás reyes él levantó la frente libre, escapándose del trono y del vasallaje.

IV.

Este destierro no es tan desgraciado como el que sufre el tirano proscripto, cuando le lanzan en otro hemisferio para castigarle y confundirle: cuando bajo el peso del ódio universal cae el usurpador, le insultan en su caida, y en vano lucha obstinado por conservar su púrpura teatral; no lo consigue; de ella le despojan.

Su sombrío infortunio se parece á las aguas muertas de un rio, que en vano sueñan en correr al pié de fastuosas ciudades; ese lago sucio, vengador de sus crímenes y que maldice el abismo, no puede reflejar la hermosura del cielo, y la vista busca en vano ver alguna perdida cúpula de la deslumbradora Sodoma en el fondo tenebroso de las olas.

Gustavo, héroe esforzado y leal, si algunas veces vuelves á vestirte la púrpura real, solo es para cubrir con ella á algun enemigo. En el digno retiro, que te envidio, conservas de tu vida noble un recuerdo tranquilo y grato: la virtud es una reina que, como tú, no tiene asilo, y desterrada del mundo, encuentra refugio en tu corazon magnánimo.

V.

Deja que crezca la yerba en tus dominios solitarios, y nada debe importarte, estando entregado á pensamientos austeros, que nadie se atreva en nuestros dias á saludar en tí al héroe, y que en los palacios de los reyes poderosos multitud de carrozas conmueva desde el amanecer los empedrados de mármol y los relucientes cristales.

Que, sin embargo, tú reinas; reinas en las almas de los que el soplo helado del siglo no apagó; en los corazones que creen, aman y protejen; en los desinteresados caballeros, que es imposible olvidar, extraños cortesanos, que solo huellan los palacios cuando llega para ellos la hora de ir á morir en la guerra.

En todos los lugares en donde la fé, el honor y el génio rinden libre homenaje á la virtud proscripta, reinas, vertiendo brillo inmortal; consagrando toda la vida al sacrificio, cada nueva gloria que brilla en nuestra edad es una nueva lámpara que arde ante tu altar.

Ni eres señor ni vasallo; eres el único hombre en el mundo que no es tributario de ningun poder humano; solo Dios tiene derecho á tu destino, y como el cometa, que vierte claridades vagabundas, marcha libre á través de los soles y de los mundos, tú pasas á través de los pueblos y de los reyes.

Setiembre 1825.

ODA SEXTA.

Las dos islas.

Dites-moi d' ou il est venu, je vous dirai ou il est allé.

E. H.

I.

Existen dos islas de las que un mundo separa los dos mares, y que desde lejos dominan la superficie de las olas, como cabezas de gigantes. Compréndese al ver sus altas cimas que Dios las sacó de los abismos con formidable designio; los rayos hacen humear sus cimas; en sus desnudos flancos se estrella la espuma del mar y el fuego de los volcanes ruge en su seno.

Esas islas, en las que chocan las olas por entre escollos descarnados, son como naves guerreras, encadenadas por eterna áncora. La mano que en esas ásperas riberas las hizo tan terribles, quizá fué por acariciar el pensamiento de que naciera allí Bonaparte y de que fuera á morir allí Napoleon.

La una fué su cuna, la otra su sepulcro.—Pueden pasar los años y los siglos; esas dos islas, que nazca un mundo ó que muera, no se borrarán de la memoria del hombre; atraerán siempre á los pueblos del porvenir los rayos que hieren sus frentes; sus escollos y sus tempestades revelarán su recuerdo.

Dios quiso que naciese y que muriera, lejos de nuestras playas, en esas dos islas aisladas y conmovidas por las borrascas de su suerte, para que pudiese ver la luz del mundo, sin que profunda sacudida anunciase su primer momento, y para que en su lecho de guerra, sin conmover al mundo, pudiese espirar con tranquilidad.

II.

¡Qué soñador fué en la mañana de su vida! ¡Cómo abatió la frente pensativa al terminar su jornada! Despues de haber gozado de su inmenso delirio, despues de saciarse del trono y de la gloria, vió de cerca la vanidad de esas quimeras y halló el vacío de su porvenir disipado.

Siendo niño, le reveló ya en visiones la fantasía, en Córcega, su pátria, que poseeria efímera corona y que el águila imperial se cerneria sobre él, y oia de antemano el himno que en todas las lenguas, ante su tienda de campaña, alzarian las naciones con voz universal.

III.

ACLAMACION.

"Gloria á Napoleon! ¡Gloria al Señor Supremo! El mismo Dios ha ceñido á su frente la diadema; desde el Nilo al Neva reina triunfante; los príncipes y los reyes se inclinan cuando pasa, y Roma le parece pequeña para asentar el trono de un niño.

„Para vencer á las ciudades aterrorizadas, sus águilas contínuamente desplegaban las alas; regia los cónclaves y mandaba al divan, y confundian sus banderas, de sangre húmedas, la media luna arrancada al pié de las pirámides con la cruz de oro del autócrata Ivan.

„El bronceado mameluco, el temerario godo, el polaco, cuya lanza es de fuego, ayudan á sus ambiciones con su fuerza ciega; y encadenados por él, por su fé y por su fama, constituyen su ejército pueblos de muchas naciones.

„Su mano, cuando consigue lo que su orgullo desea, coloca á sus soldados en un trono, ó á la puerta de sus palacios hace que vigilen los reyes destronados, para que él pueda, al salir de los combates ó de las fiestas despues de sus conquistas, dormir en paz, como el pescador que se duerme en la playa sobre sus redes.

„Tanto elevó su dosel imperial, que nos parece que habita en la ideal esfera, á la que no llegan ya los furores de la tempestad. A sus plantas ruge la borrasca, y para herir su cabeza seria preciso que el rayo ascendiera.„

IV.

Pero el rayo ascendió.—Derribado de su altura, cayó humeante herido por cien rayos. Los reyes castigaron á su tirano, exponiéndole vivo en una roca solitaria, y cautivo el gigante, fué confiado por el mundo á la custodia del Océano.

¡Con qué amargo desprecio de la vida veria por la tarde, con envidia, hundirse el sol brillante en el horizonte, mientras él erraba solo por la arena de la playa, hasta que un inglés, matándole las ilusiones, le volvia á encerrar en la cárcel!

¡Con qué desesperacion ese príncipe de la guerra se veria acusado por los que hace poco divinizaban su mano conquistadora! La maldicion unánime de los pueblos coligados contestaba á la voz implacable y eterna que salia de su propio corazon.

V.

IMPRECACION.

"¡Oprobio, vergüenza, anatema y venganza! Al fin hemos visto hundirse al coloso; al fin ha llegado el dia en que caen sobre su memoria todas las lágrimas que hizo derramar, toda la sangre que hizo verter.

„¡Que al oir su nombre, desde el Volga, desde el Tíber, desde el Sena, desde las murallas de la Alhambra, desde los fosos de Vincennes, desde Jaffa, desde el Kremlin, desde todas las llanuras llenas de cadáveres, desde todos los campos de sus triunfos, brote la maldicion de los muertos, como eco fatal de su gloria!

„Que vea á su alrededor estrecharse sus víctimas; que todas ellas, apareciéndosele, le anuncien los secretos de la fosa, y que mutilados por el hierro ó heridos por el rayo, chocando confusamente sus huesos, que ennegreció la pólvora, le conviertan en Josafat su Santa Elena.

„Que viva para morir á cada instante; que el impío conquistador incline la vista al suelo y llore; que conociendo sus triunfos y mofándose de sus derechos, aten los carceleros con cadenas frias esas manos, que estaban hartas de hacer inclinar las cabezas de los reyes!...

„Creyó que su fortuna prodigiosa borraria el recuerdo del pueblo-rey del mundo; pero llegó un momento en que el soplo de Dios apagó el sol de su gloria, y al rival de la Roma imperecedera apenas le dejó tiempo ni sitio más que para su tumba.

„La playa del mar solo le servirá de sepulcro; inútilmente hizo construir de antemano en el panteon de San Dionisio su tumba de mármol y de oro; no quiso el cielo que las reales sombras, cuando salieran á llorar en su sagrada morada, viesen dormir tranquilo al cadáver insolente del déspota.„

VI.

Amargas son las heces del cáliz! ¡Triste es despertar de los sueños que empieza la embriaguez y que el terror termina! Cuando somos jóvenes nos entregamos locamente á la esperanza; pero más tarde, cuando gastamos la vida, perdemos la fé, y vemos triste la existencia cuando la contemplamos desde la otra parte del horizonte.

Así, cuando llegamos al pié de un monte sublime, desde bajo contemplamos admirados su alta cumbre, sus picos eternos, sus bosques y las coronas de nubes que se amontonan en sus alturas.

Subimos, subimos hasta esas zonas desconocidas; creemos llegar hasta el cielo y nos perdemos en las nubes. El monte cambia á nuestra vista de cuadro y de aspecto, y se convierte de repente para nosotros en un abismo cubierto de pinos centenarios, en el que los torrentes y los truenos confunden los relámpagos con las olas.

VII.

Esa es la imágen de la gloria humana la vemos al principio por prisma deslumbrador; despues se nos aparece como espejo expiatorio, en el que la púrpura se asemeja á la sangre. Hé aquí el doble

aspecto que su vida le presentó en dos edades diversas; necesita dos historias; cuando fué jóven inventó triunfos; cuando fué viejo lloró sus reveses.

Todavía en Córcega y en Santa Elena, en las noches de invierno, el marinero, si meteoro tempestuoso brilla fugaz en el horizonte, cree ver el espectro del capitan proyectar su sombra lejana, inmóvil, cruzada de brazos, y cree que vuelve á reinar durante la tempestad, como reinaba durante los combates.

VIII.

Si la suerte le quitó un imperio, le dió dos pátrias, cuyo recuerdo empaña é ilustra; los mares de Aníbal mecieron su cuna, y los mares de Vasco encierran su tumba solitaria; y nunca, probando lo maravilloso de este siglo, se pronunciará su nombre sin que despierte un eco en los dos extremos del mundo.

Si la bomba encendida describe en el cielo su incendiaria curva, se balancea un momento suspendida sobre una poblacion, despues cae con fragoroso estruendo y destruye el empedrado de las ciudades; y mucho tiempo despues de su caida se vé humear aun la boca del mortero, desde donde ascendió para caer, y en el sitio donde estalló en metralla, vomitando la muerte de sus entrañas, se extingue incendiando.

Julio 1825.

ODA SÉPTIMA.

A la columna de la plaza de Vendome.

Parva magnis.

I.

¡Monumento vengador, trofeo indeleble, bronce que en columnas, desde tu base inmóvil, parece que asciendas hasta el cielo tu gloria y tu nada; de todas las obras del coloso, tú sola has quedado en pié, ruina triunfal del edificio del gigante!

Pláceme verte, columna, ruina del grande imperio y del grande ejército, columna famosa, que el extranjero admira con sobresalto. Profeso afecto á tus héroes, que la victoria esculpió, y á todos esos fantasmas gloriosos que se agrupan á tu alrededor.

Pláceme ver en tus flancos, brillante columna, revivir á esos soldados que pasaron el Danubio, el Rhin y el Pó. Pones como un guerrero el pié sobre tus conquistas, sobre tu pedestal de armaduras, y el penacho de tu casco es una bandera.

En mi orgullo nacional te caso con el monumento de Enrique IV; y pláceme veros inmortales á los dos, honrando á la pátria y dominando nuestras turbaciones pasajeras, como signos gemelos del amor y de la cólera, salir, él del ahorro popular y tú de los arsenales extranjeros.

Muchas veces, cuando la noche oscura oculta á la luna, ó hace temblar á las estrellas, vengo ante tí melancólicamente á evocar tus gloriosos fastos; y devorando tu historia con mis recuerdos, tomo parte en ella, como convidado desconocido, como pastor que se sienta en el banquete de un rey.

II.

Muchas veces me hice la ilusion de que oia, desde tu base hasta tu cima, el sordo murmullo que producia el ruido de tus armaduras; y me pareció, columna, ver ante mi vista deslumbrada descender de tus arcos tus batallones de cobre, y que tus semidioses negros, interrumpiendo repentinamente tu ascension hácia los cielos, pronunciaban los nombres de su antigua divisa: "*Tarente, Reggio, Dalmatie et Trevise*", y sus águilas, despertándose, seguian al águila de doble cabeza, cuyos ojos, amigos de la sombra que su vuelo detiene, se inclinan ante su mirada, como los ojos humanos ante la luz del sol.

¿Por qué, bronce remitido de Roma, veo que se extremecen tus legiones como si fuesen un solo hombre? ¿Qué imposible ultraje llega hasta tu grandeza? ¿Quién ha despertado esas sombras inmortales, esas águilas, que, batiendo con

sus alas tu base, en sus cautivas garras aprietan el rayo apagado?

III.

Lo comprendo: cree el extranjero que hemos perdido la memoria y quiere hoja por hoja desgarrar nuestra historia, que escribimos con sangre y con la punta de la espada. ¿Se atreve el imprudente á menospreciar tantos trofeos? De ese bronce, que forjaron rayos apagados, cada chispa es un relámpago.

¿Es un Napoleon el que hiere á nuestro ejército? ¿Pretende de su inmensa gloria disputar la herencia á nuestros veteranos generales? Es demasiado débil para soportar tanto peso: el imperio de Alejandro y las armas de Aquiles no pueden sostenerlos más que los héroes.

Pero no; el austriaco, en su domado orgullo, se satisface si sus títulos solo publican su vergüenza; su derrota dá fama á nuestros guerreros, y temiendo menos á los vencedores que á los feudatarios, no envidia los florones de nuestros duques militares si solo significan laureles.

Columna, ¿nunca orgulloso de una victoria sufrió él el aspecto expiatorio de tus esplendores? ¿Cómo tiene tanto coraje ese audaz? ¿Cree que puede atentar impunemente á nuestros anales? ¿De qué modo lee él las páginas triunfales que desarrollas ante los cielos?

¿Es oscuro tu lenguaje para su confusa vista? Pues que acuda á tomar datos al pié de las pirámides, á Viena, á Kremlin ó al Escorial; que lo pregunte á los reyes, que constituian su corte numerosa, que hasta hace poco tiempo llenaban el vestíbulo imperial de su tienda de campaña.

IV.

¿En qué piensa el extranjero que nos desafía? ¿No era ayer aun Europa esclava nuestra? No, no sufriremos de su yugo la indigna pena del Talion; podemos reaparecer en el campo del combate; nos han mutilado, pero el tiempo quizás ha hecho crecer las uñas del leon.

¿Con qué derecho vienen á cercenarnos nuestras glorias? Los Borbones han prohijado siempre nuestros himnos triunfales; nuestros reyes te han defendido, columna, de tus enemigos; á tus piés han depositado sus palmas, y descansan tus cuatro águilas á la sombra de la bandera blanca.

Han conmovido al globo volcanes eléctricos; más allá del Océano murmuran las Américas; Estambul ruge; Hellé se hace digno de sus tiempos pasados; Lisboa se debate entre los brazos de la Inglaterra; solo el antiguo pueblo franco se indigna de que hagan temblar al mundo pasos que no sean los suyos.

Id con cuidado, extranjeros; que aunque la paz nos mece en plena ociosidad, el palenque de la guerra tiene para nosotros mucho atractivo, y nuestras desocupadas manos suenan liras en vez de hacer sonar espadas, y cantamos como antes combatíamos.

Id con cuidado; la Francia, tan grandiosa en otros tiempos, no está muerta aun y no sufrirá ningun ultraje. Los partidos la han empequeñecido durante algun tiempo; pero contra una injuria se levantará unida y armada, y la Vendée afilará su acero en la piedra de Waterlóo.

Quereis robarnos nombres célebres; ¿será preciso que expongamos en vuestros campos nuestros títulos de batalla, y borrando los nombres que el valor hizo famosos, bautizarlos otra vez á vuestro gusto? ¿Acaso no están grabados en el cobre de vuestros propios cañones?

¿Consentiríamos que el extranjero destruyese el blason de la Francia y que, envalentonado con nuestra indiferencia, diese martillazos que rompiesen nuestros dignos escudos? Como aquel romano que conmovió al mundo, llevais, franceses, la paz y la guerra entre los pliegues de vuestro manto.

Llegais, segun place á vuestro capricho, al Africa por Cádiz y por Moscou al Asia; haceis correr á los ingleses, á los rusos y á los germanos; las torres se des-

ploman al oir el sonido de vuestras trompetas, y vuestras banderas conocen el camino de todas las capitales.

Cuando su destino se mide con vuestro destino, se inclinan las nàciones destronadas; la gloria no cesa de pregonar vuestras hazañas; á vuestro alrededor los Estados se trastornan; cuando aparece vuestro astro, los demás se apagan; cuando caminais, el universo os sigue.

Cuando el Austria os cerca tendiendo lazos, ya los dos gigantes de la Francia han pisoteado su corona; la historia, que abre el panteon de los tiempos, enseña impresas en las dos cabezas del buitre de la Alemania la sandalia de Carlo-Magno y la espuela de Napoleon.

Ahora no teneis, franceses, el águila que con vuelo temerario llevaba el rayo á las frentes supremas; pero os restan aun el oriflama y la flor de lis. Todavía el canto del gallo galo despierta al mundo, y puede proporcionar á vuestra profunda noche el alba del sol de Austerlitz.

V.

No puedo callar, yo, que dí á los vientos hace poco mi nombre sajon, que sonó mezclado entre los gritos de guerra; yo, que seguí el vuelo de una bandera triunfante, y juntando al sonido de los clarines mi voz entrecortada, tuve por primer juguete el puño de oro de una espada; yo, que fuí soldado en mi niñez.

Nosotros los franceses, que hemos nacido en una época de transicion, crecimos todos en la puerta de una tienda de campaña, y aunque estemos condenados á la paz, águilas jóvenes desterradas del cielo, sabremos, vigilando las glorias paternales, preservar de toda afrenta las armaduras de nuestros antepasados.

Febrero 1827.

ODA OCTAVA.

Fin.

Ubi defuit orbis.

I.

De este modo de un pueblo entero hojeaba la historia, libro fatal de duelo, de grandeza y de triunfo: se extremecia mi contemporáneo laud cada vez que pasaba ante él un gran nombre, un gran crímen, y cuando una tras otra, produciendo ruido sublime, caian sus páginas de bronce.

Cerremos ya ese libro formidable; cesemos de interrogar á la inabordable esfinge que en silencio le conserva, y que es á la vez mónstruo y Dios. El enigma que propone es incomprensible; solo escribe su palabra en la frente de los imperios con letras de sangre y de fuego.

II.

No busquemos la palabra de ese enigma.—Entonces, ¿por qué, poeta, no te dormias sobre tu lira muda? ¿Por qué hacerla sonar? ¿Por qué entonar en alta voz ese canto siniestro?—Porque abrigaba el gran pensamiento de excitar á un gran pueblo.

Si acaso de las revoluciones abro el abismo sombrío, es porque necesita un caos el que quiere crear un mundo; es porque una inspirada voz me habla durante la noche; es porque yo queria, conduciendo á un fin noble á la multitud, con el siglo actual confrontar el siglo pasado.

El génio necesita un pueblo que su llama anime, alumbre, caliente y encienda como si fuera un alma; necesita un mundo para gobernarle como un tirano. Desde que despliega el vuelo desde lo alto de los acantilados, para regir al huracan necesita el Océano.

Desde allí puede abrir sus alas; desde allí puede tronar sobre el abismo hondo

y sobre las olas profundas. Desde allí puede saltar, caprichoso gigante, y rodar erguido ante el huracan, apoyándose de piés sobre la tromba y sosteniendo el cielo con las manos.

Mayo 1828.

LIBRO CUARTO.

1819-1827

ODA PRIMERA.

El poeta.

Muse! contemple ta victime.
LAMARTINE.

I.

Dejad que pase tranquilamente por un mundo que le desconoce el augusto infortunado, cuya alma le devora; respetad sus nobles desgracias; huid, placeres vanos, de su existencia austera; su palma, que crece triste y solitaria, no puede crecer entre vuestras flores.

Sufre bastantes contratiempos, sin contar entre ellos vuestras alegrías, y le cuesta un dolor cada paso que dá en los sublimes caminos; llora su juventud, antes de haberla perdido, y su vida es una débil caña que se encorva aplastada por el peso de la inmortalidad.

Llora al recordar de la infancia los encantos, la inocente risa, las lágrimas ingénuas, la dicha dulce y turbulenta y la corona de frescas rosas, que hoy marchitaria el fuego de su frente.

Acusa á su siglo, y á sus cantos, y á su lira, y á la embriagadora copa, que, engañando sus delirios, vierten en la gloria tanta hiel, y acusa á sus deseos, que perseguian mendaces promesas, y á su corazon, y á la Musa, y á todos los dones celestiales que le prometian un cielo.

II.

¡Si al menos, tendido en el carro de la vida, el himno de su triunfo y los gritos de la envidia pasaran á su lado sin turbar su sueño; si pudiera entregar su memoria al silencio del olvido, ó, velado por rayos, ocultarse en su gloria, como un ángel en el disco del sol!...

Pero tiene que seguir incesantemente en el piélago iracundo la ola que le rechaza y la ola que le arrastra; encuentra siempre obstáculos en su camino; su voz se pierde entre el tumulto del mundo, cuyo loco orgullo confunde con sus juguetes frívolos el cetro que oprime la cansada mano del poeta.

¿Por qué arrastrar á ese rey tan lejos de sus reinos? ¿Qué importa á ese gigante una cohorte de átomos? Hijos del mundo, él es el que huye de vosotros; ¿qué importa al inmortal vuestro imperio efímero? Sin oir los cantos de su voz, ni oir los sonidos de su lira, ya teneis en el mundo bastante extrépito.

III.

Dejadle en su oscuridad, á la que desciende la luz. "¿No sabeis que una Musa, depurando el polvo del poeta, encantó secretamente sus pesares y abandonando por él los eternales espacios, la paloma de Cristo y el águila de los profetas con frecuencia descienden á visitarle?...

En sus veladas se le aparecen visiones santas; vé los soles nacientes y las esferas apagadas pasar por el fondo del cielo; y siguiendo en el espacio á un coro de arcángeles, busca en lejanos mundos las formas extrañas que revestirá en ellos el Sér universal.

¿Sabeis que lanzan su ojos miradas de llamas? ¿Sabeis que el velo que su alma cubre no se levanta jamás inútilmente? Sus alas, que la luz dora y que las llamas enrojecen, pueden en un instante desde la infernal orgía ascender al banquete divino.

Lanzad, pues, lejos de vosotros, mortales temerarios, á aquel que el Señor marcó, entre sus hermanos, con un signo funesto y hermoso; á aquel cuya mirada entrevé más sombríos misterios que los muertos leen en la oscuridad bajo la losa de sus tumbas.

IV.

Llega un dia de su vida en que la Musa misma, de augusto sacerdocio consagrando su laud, le envia al mundo el cielo vengador, para que, salvándonos de nuestra propia audacia, traiga del Omnipotente la plegaria que calme al hombre amenazador.

Desciende hasta su pensamiento un formidable espíritu, y de repente, entre relámpagos de cólera, brilla su palabra de fuego; los pueblos prosternados le rodean y se le humillan, y se corona de rayos como el Sinaí misterioso, que sustenta un Dios en su cumbre.

Agosto 1823.

ODA SEGUNDA.

La lira y el arpa.

A LAMARTINE.

Alternis dicetis, amant alterna Camœnœ.

VIRGILIO.

LA LIRA.

Hijo de Apolo, duerme; sus laureles te coronan. Duerme en paz. Las nueve hermanas te adoran como á un rey; te rodean los sueños que nacen de sus coros, é inspirado por ellos suena tu lira.

EL ARPA.

¡Despiértate, jóven mortal, hijo del dolor! Un sueño cerró á la luz tus párpados pesados, y mientras dormias, un hermano tuyo indigente se sentó en vano á tu puerta.

LA LIRA.

La gloria busca á la juventud y la poesía viene á abrirte los ojos; de inmortal memoria coronará tu nombre radiante. En vano Saturno devora á sus hijos; esto no debe inquietarte: el Olimpo ha nacido del Parnaso, los poetas son los padres de los dioses.

EL ARPA.

Débil mortal, naciste de una mujer que lloró sobre tu cuna, y tienes que sufrir. Tu vida efímera brilla y tiembla como una antorcha; Dios, que es tu señor, con signo austero trazó tu camino por la tierra y marcó tu sitio en la tumba.

LA LIRA.

Canta! Júpiter reina y el universo le implora; Venus besó á Marte sonriéndole graciosamente; Iris brilla en los aires, Flora en los campos. Canta! Los inmortales, desde el poniente hasta la aurora, dando tres pasos recorren los cielos.

EL ARPA.

Ora: solo existe un Dios verdadero, justo y clemente; con el transcurso de los años se rejuvenece sin cesar; en él todo termina, en él todo empieza; su Sér llena el mundo como un alma inmensa; el Eterno vive en el infinito.

LA LIRA.

Tu Musa tímida á huir te invita á oculta y tranquila soledad; la humanidad, que evita el sábio, sufre los trastornos del siglo. Retírate, y cerca de tus tranquilos lares oirás de lejos en las ciudades rugir de la discordia las cien voces. ¿Qué le importa al solitario feliz que los huracanes devasten la tierra, si solo agitan los bosques donde se oculta?

EL ARPA.

Dios, que hace expiar los delitos, inspira siempre al que le sirve. Preséntate ante la multitud impía, como Juan cuando llegó del desierto. Vé, habla á los pueblos; muéstrales la tempestad que ruge, revélales que el Juez está irritado; y para herir mejor su oido, levanta la voz, que suene como el rumor de una ciudad.

LA LIRA.

El águila es el ave que el Olimpo adora. Volando desde el Cáucaso hasta el Athos, cerniéndose en los aires, reina del fuego que fecunda y del fuego que devora, contempla al sol y vuela con los relámpagos.

EL ARPA.

La paloma desciende desde la bóveda celeste, y velando al Espíritu Santo con sus miradas de fuego, protegiendo al escogido anciano y á la vírgen elegida, lleva la rama de olivo al arca y anuncia al mundo la venida de un Dios.

LA LIRA.

Ama! Eres reina en Guido, en el Olimpo y en el Tártaro; su antorcha alumbra el faro de Sestos y consume á Ilion por medio de Páris. Corre de beldad en beldad y cambia de atractivos, que el amor solo produce lágrimas, y los amores son hermanos de las risas.

EL ARPA.

El amor único nos libra del ódio infernal. Busca para tu corazon puro un alma vírgen; quiérela; Jehová queria á Israel. Cuando en la oscuridad une á dos séres un misterio santo, amándose pasan por el mundo, como dos desterrados del cielo.

LA LIRA.

Goza! Al rio de las sombras vá á parar el rio de los vivos; el que es cauto goza de la vida; y como el pálido convidado, cuando la muerte imprevista vá á sentarse á su lado y á tenderle la mano fria, sonriendo se duerme en esa noche sin aurora, soñando en un mañana alegre.

EL ARPA.

Sostén á tu hermano cuando le veas caer, llora con él cuando le veas sufrir, vive rectamente, reza, piensa que has de morir. El pecador cree que en la tumba solo encontrará el vacío, como lo encontró en la voluptuosidad; pero cuando el ángel del averno lo reclama, vé con espanto que está dotado de alma eterna, y le hace extremecer su eternidad.

En la mañana de su vida oyó el poeta esas dos voces lejanas que sonaban en el cielo, y más tarde se atrevió con voz débil á cantar al Pindo los himnos del Carmelo.

Abril 1822.

ODA TERCERA.

Moisés en el Nilo.

En ce même temps la fille de Pharaon vint au fleuve pour se baigner accompagnée de ses filles, qui marchaient le long du bord de l' eau.

EXODO.

"Venid, hermanas; el agua está más fresca cuando el dia nace; el segador reposa aun en su choza; la playa está solitaria; en Menfis se oye apenas débil murmullo, y nuestros castos placeres, en estos bosques frondosos no tienen más testigo que la aurora.

„En los palacios de mi padre se ven brillar las artes, pero estos campos llenos de flores me deleitan más que la vista del oro y del pórfido; los cantos de las aves son para mí los más gratos conciertos; prefiero á los perfumes que arden en los pebeteros el soplo aromado del céfiro.

„Venid, hermanas; las ondas están tranquilas y el cielo está azul; dejad que sobre los céspedes floten los pliegues azurados de vuestros cinturones transparentes; quitadme la corona, desceñidme los velos, que hoy deseo loquear con vosotras arrullada por el murmullo del rio.

„Venid, hermanas... ¿Pero qué es lo que veo entre las nieblas de la mañana?... Mirad allá abajo... Mirad y no temais; sin duda será el tronco de una palmera vieja, que flotando arrastran las olas hácia los mares, y que desde el fondo del desierto viene á visitar las Pirámides.

„Pero qué digo!... qué es lo que veo! Parece que sean ó la barca de Hermes ó la concha de Isis, que la ligera brisa empuja hácia aquí... Pero no, es un esquife, en el que distingo un niño durmiendo tranquilamente en el seno de las olas, como dormiria en el seno de su madre.

„Está adormecido; y desde lejos, su lecho flotante parece, bogando por el rio, el nido de una paloma blanca; en su cuna infantil vaga á merced del viento; le balancea el agua, duerme, y el golfo movedizo parece que le meza en su tumba.

„Se despierta: corred, vírgenes de Menfis, grita... ¿Qué madre fué capaz de entregar á su hijo al capricho de las temibles olas? Tiende los brazos... el rio ruge... Ay! para defenderse de la muerte no tiene más escudo que una cuna de frágiles cañas.

„Salvémosle... Quizás será un hijo de

Israel. Mi padre los proscribió, y es gran crueldad proscribir á la inocencia. ¡Infeliz niño! su desgracia me mueve á compasion; seré su madre, pues me deberá la vida si no me debe el nacimiento.„

Así habló Ifis, la hija querida de un rey poderoso, mientras caminaba por las orillas del Nilo acompañada de su cortejo de doncellas, jóvenes beldades, á las que ella superaba en hermosura; porque cuando se desceñia la vestidura azul bordada de oro, parecia la reina de las aguas.

Sus delicados piés se extremecian al contacto del agua, y temblorosa la guiaba la compasion hácia el niño abandonado... Así llegó hasta alcanzar la cuna, y sacándola del rio en sus brazos, por la primera vez en su hermosa frente se unió al orgullo el inocente candor.

Regresó lentamente á la playa, apartando cañas y rompiéndolas, y al niño que salvó de la muerte depositó sobre la arena húmeda; y sus hermanas, una á una, sonriendo al recien nacido, imprimieron en su frente tímido y cariñoso beso.

Ven, tú que á lo lejos, presa de duda cruel, seguias con la vista á tu hijo que vigilaba el cielo; ven aquí como una extranjera y nada temas; al estrechar á Moisés en tus brazos no te harán traicion tus lágrimas ni tus transportes, que Ifis no es madre todavía.

Mientras feliz la doncella presenta al rey feroz el tierno niño, que rocía con lágrimas maternales, se oia en el cielo resonar el coro armónico de los ángeles, que ante Dios elevaban este canto al compás de sus inmortales liras:

“Deja de gemir, Jacob; en tu destierro no mezcles ya tu llanto con el agua impura del Nilo; el sagrado Jordan te brinda con sus playas. Ya se acerca el dia en que hácia la tierra de promision verá huir Gessen, á pesar de sus enemigos, á las tribus que estuvieron tanto tiempo prisioneras.

„Ese niño, abandonado á las olas, que una vírgen libra de la muerte, es el elegido del Dios de Sinaí; mortales que en vuestro orgullo desconoceis al Eterno, humillaos; una cuna vá á salvar á Israel; una cuna vá á salvar al mundo.„

Febrero 1820.

ODA CUARTA.

El sacrificio.

In urbe omne mortalium genus vis pestilentiæ depopulabatur, nulla cœli intemperies quæ occurreret oculis. Sed domus corporibus exanimis, itinera funeribus complebantur; non sexus, non ætas periculo vacua.

Tácito.

I.

Doy gracias al Señor porque me concedió la vida; la vida es el dón más apreciable que le debemos: bendigamos siempre á Dios que nos convida al banquete de miel y de absintio. Guirnaldas de flores se entrelazan con nuestras cadenas; el hombre está contento de sufrir, porque eso le hace llegar hasta la ancianidad; nos place la luz del dia, el ambiente nos embriaga. Doy gracias al Señor; la dicha de la vida constituye la gloria de la muerte.

¡Desgraciado el mortal que muere como una víctima, sin salvar á un hermano que le sobreviva, sin cerrar tras él, como el romano sublime, el abismo donde se hundió! ¡Desgraciado el pueblo víctima del anatema, que consumiéndose ve perecer su nombre y su dignidad, sin que el mundo le compadezca en su caida, sin dejar al arruinarse grato recuerdo!

II.

Cuando Dios, cansado de ver crímenes, se encoleriza, envia á las ciudades terrible azote, que despues de pasar deja en ellas el terror y el sobresalto. De vil gérmen, que en su demencia no ven los pueblos, surge y crece entre ellos un pálido gigante, un inmenso espectro; quiere huir de él la ciudad, pero el mónstruo, como si fuera su horrible esposo, la cubre con sus alas y la oprime con sus terribles brazos.



DEPOSITÓ AL NIÑO SOBRE LA ARENA HÚMEDA

Entonces los hombres en gran número caen en el abismo de la muerte, que fermenta, así como en los campos cae la nieve en espesos copos; la multitud sucumbe y la muerte en todas partes se alimenta de cadáveres. El mónstruo vá encadenando sus víctimas, las arrastra y se reparte sus pedazos; y entre tanto trastorno, entre tantas ruinas y tantos escombros, los que quedan vivos y sin refugio, como impuras sombras, vagan errantes lejos de los muertos desenterrados.

Cuando se abria el circo en los dias de funerales, tranquilos los romanos, protegidos por los lictores, veian desde lejos luchar á los prisioneros que cogieron en las batallas con los tigres del desierto. Así en su sobresalto las naciones se reunen; inmenso grito se levanta hasta el cielo, que el viento lleva de mar á mar; y el mundo, armado, temiendo á la poderosa hidra, custodia con el látigo á los infelices que mueren matando y asustado los amenaza.

III.

¿No es verdad que entonces, sibaritas de las ciudades, los goces son mejores, los placeres más gratos, cuando un mal, peor que el ódio civil, siembra en otras partes el dolor? Lejos de las muertes que causa un gérmen infecto, con gran deleite el hombre mundano se duerme en perfumado lecho, y saborea mejor el aire natal de la vida cuando todo un pueblo de luto llora y respira en otras partes el viento de la muerte.

Cada cual queda entonces aislado en un círculo efímero. La madre besa tranquila al niño que le sonríe, sin cuidarse de los sitios en los que el seno de las madres causa la muerte á los hijos que alimenta; y si acaso vulgar compasion se despierta en los corazones, entre la fiesta de hoy y la fiesta de mañana, porque así son los humanos, les importuna compadecer, y pasan por el lado de un gran infortunio sin pararse en el camino que siguen.

IV.

No obstante, algunos hombres, que fuego secreto anima, se elevan sobre la multitud, y ésta trata de comprender en ellos el destino y el porvenir que brilla en sus inspiradas frentes. ¿Quizás esperan algun triunfo? ¿Qué esperanza, qué dicha les embriaga?... De este modo siempre en el mundo estéril aparece la virtud, y al ver su aspecto tranquilo, tomamos á la virtud por la felicidad.

Oh pueblos! Esos mortales, á los que Dios guia y ayuda, van con paso seguro, con ojos radiantes, á combatir la calamidad, que el mundo evita y huye. Despedíos de ellos. Vosotros, sus parientes, sus esposas ó sus madres, contened las amargas lágrimas; dejad que se ofrezcan esas víctimas; no les impidais cumplir el sacrificio.

Pronto se abrirá para ellos la ciudad solitaria. Multitud de espectros vivos los llamarán llorando y sorprendidos de que haya mortales en el mundo que acudan á mitigar sus dolores. Hablan, y su voz tranquiliza y guia á los pueblos que la calamidad encierra en la tumba con sus brazos de hierro, y el mónstruo, atacado en la ciudad que devora, se extremece, como Satanás se extremeció cuando, como salvador y como víctima á la vez, Dios se apareció en el infierno.

Contemplan de cerca á la hidra no saciada. Para arrebatar sus secretos, el arte audaz le disputa la vida, preguntando á la muerte. Cuando los socorros del arte son inútiles, les consuelan con la oracion, y el moribundo cree las palabras, que el cielo no puede desmentir, y si la misma muerte hiere la cabeza del apóstol, su tranquila y consoladora voz no se apaga hasta exhalar el último aliento vital.

V.

¡Quién pudiera imitaros, dichosos mortales, que domais á la muerte, afrontándola! Cuando, admirándoos, la multitud se atreve á compadeceros, yo veo vuestro magnánimo proceder con envidia. Jamás infortunado, víctima voluntaria, iré por salvar al mundo á desafiar á devoradora calamidad, ni á calmar con mis solicitudes sus dolores mortales, ni á mezclar mi compasion y mis santos rezos con los suspiros del moribundo!

¿No puedo tambien sacrificarme por

mis hermanos? Ya no hay oprimidos? ya no hay verdugos? ¿En qué cadalso, tras qué fúnebres murallas buscaré la muerte de los héroes? Aunque destroce mi cuerpo la sangrienta tortura, aunque en la cruz se ofrezca á mi sed la hiel, orgulloso y satisfecho, Señor, cantaré vuestras alabanzas, que el ángel del martirio es el más hermoso de los ángeles que conducen las almas al cielo.

Diciembre 1821.

ODA QUINTA.

A la Academia de los Juegos Florales.

At mihi jam puero cœlestia sacra placebant,
Inque suum furtim musa trahebat opus.

OVIDIO.

Vosotros, cuyo poético imperio se extiende desde las riberas del Ródano hasta las riberas del Adur, cuyo arte poderoso es un alegre delirio, reyes de los combates del canto, reyes de los juegos de la lira, maestros de la gaya ciencia;

Tan hermosa como cuando nació, se rie vuestra Musa de los años y de los dolores; el tiempo pasa respetando su infancia, y la gloria, cubriéndose con el velo de la inocencia, esconde sus laureles entre flores.

Yo os saludo: soy un hijo que para mi madre cogí algunas ramas en vuestros sagrados bosques; ofrecísteis la mano á mi mano inesperta, y siendo extranjero, me habeis acogido como á un hermano, haciéndome sentar en vuestros banquetes.

Entre los jueces del palenque admitísteis al atleta que era un débil vencedor aun. Jamás, sin embargo, errando por los montes del Pireo habia despertado aun á la belleza señorial con los sonidos hospitalarios de la bocina.

De ninguna hada, en las aéreas esferas, jamás vió los mágicos jardines; ni por la noche, para entretener á las damas, contó alrededor del hogar las hazañas de los trovadores ni los amores de los paladines.

Otros poetas con rasgos inmortales os describirán aquellos pasados y felices tiempos; yo soy hijo del dolor, y de éste dimanan mis cantos; sufro y consuelo, y mi Musa fiel se acuerda siempre de los que dejaron de existir.

Mayo 1822.

ODA SEXTA.

El génio.

A CHATEAUBRIAND.

Les circonstances ne forment pas les hommes; elles les montrent: elles de voilent, pour ainsi dire, la royaute du genie, derniére ressource des peuples éteints. Ces rois qui n' en ont pas le nom, mais qui reguent veritablement par la force du caractere et la grandeur des pensées, sont élus pas les evenements auxquels ils doivent commander. Sans ancetres et sans posterité, seuls de leur race, leur mission remplie, ils disparaissent en laissant á l' avenir des ordres qu' il executera fidelement.

LAMENNAIS.

I.

¡Desgraciado el mortal que aparece en el mundo vano é injusto llevando en su alma solitaria un rayo del espíritu divino; desgraciado de él: la envidia se encarniza contra su existencia, como un buitre de vida eterna é irritada, porque le vé conseguir triunfos, castiga al nuevo Prometeo por haber robado el fuego sagrado!

La gloria, fantasma celestial, en lontananza se aparece á su vista y tiene que sufrir la funesta influencia de su sonrisa imperiosa. Así la avecilla débil y tímida pretende huir en vano de la hidra pérfida, cuyos ojos le encantan y le persiguen; en vano corre de cima en cima, que no logra evitarla, y muere víctima de la atrayente mirada que la sedujo.

O si vé brillar la aurora gloriosa prometida á su mérito; si, vivo, vé su frente ceñida con el laurel, que solo crece para

los muertos, el error, la altiva ignorancia, la injuria impune y el ódio eterno acortan la vida del inmortal. Imponiendo la desgracia, la gloria le admite en su templo, solo para inmolarle en su altar.

II.

Pero aunque sea preciso ser víctimas de la injusticia y del dolor, ¿quién no aceptará á ese precio la desventura del génio? ¿Qué mortal, sintiendo arder en su espíritu la llama celeste, que el tiempo no consigue apagar, preferirá á ella la dicha que no deja recuerdo en el mundo y no la trocará por un noble porvenir?

A tí, génio ilustre, que estás fuera de tu sitio entre nosotros, que recibiste del cielo ese dón funesto que hiere al envidioso orgullo; á tí, cuyo nombre ha de sobrevivir á tu vida, ¿qué te importa que te ultrajen la injuria y el ódio?

Puedes desafiarlos: el marino se rie de las tempestuosas olas cuando vé que la popa de su nave entra en el puerto y ha escapado del furor del aquilon. Mucho tiempo tu esquife desconocido luchó contra el oleaje, que amenazaba hacerle zozobrar; como tú, Homero desconocido, recorrió el mundo, que más tarde debia llenar con su fama.

III.

Jóven todavía, cuando de las manos del crímen, llorosa la Francia, recibió las cadenas, tú huiste, y el génio que te anima se despertó en otro universo. Contemplando vastas playas, inmensos rios y bosques salvajes, te despedias de los mortales; porque en esos lugares incógnitos, á lo menos los pasos del hombre no han borrado aun las huellas de Dios.

Los abandonaste en época más tranquila y pisaste la pátria de las artes, en la que crece el laurel de Virgilio y en la que se arruinan los muros de los Césares, y viste la Grecia domada y esclava. No existen ya Tirteos en esos pueblos, ayer tan grandiosos; los griegos doblan las serviles frentes, y la roca de las Termópilas soporta el peso de los tiranos.

Esas ciudades que fueron orgullo de la historia, lloran aun la pérdida de sus heróicos hijos, y el recuerdo de su primitiva gloria hoy solo lo conservan las ruinas. Los dioses se fueron; con ellos desaparecieron los juegos, los sagrados conciertos y las fiestas fraternales; el bronce que suena en los Dardanelos solo turba los templos desiertos.

Pero si quedó la Grecia sin prestigio, te dirigiste á otros lugares solemnes, en los que quedan vestigios más sagrados y monumentos más eternos; donde se conserva un sepulcro lleno de vida, á la sierva Jerusalen, que sin remordimiento huella un pachá y viste el beduino, hijo del númida, y á Cartago, y las Pirámides, que son tiendas inmóviles de la muerte.

Al fin regresaste al hogar de tus padres, trayendo por tesoro los sinsabores que experimentaste en playas extranjeras y las elocuentes lecciones de la suerte. Abandonando entonces la armoniosa lira, inspirado por la razon, hablaste elocuentemente en el Senado, y tranquilizada la libertad, confió su causa sagrada á tu brazo, defensor de los reyes.

Debes estar orgulloso de haber combatido tanto en ese palenque, en el que te hemos admirado, y que te honró concediéndote el doble martirio del génio y de la virtud. Prosigue, concluye de realizar nuestras esperanzas; sirve al príncipe, ilustra á la Francia, cuyos destinos van á realizarse. La anarquía, altiva y servil, palidece ante tu frente tranquila, que el tirano no consiguió bajar.

Que la envidia, inseparable de los perversos, te persiga voceando; tu noble vuelo, hijo del génio, te sobrepone á sus vanos clamores: así el pájaro, más arriba de las tempestades, vé cómo nos amenazan las nubes vertiendo copiosa lluvia, y lejos de los ruidos del mundo, alza su vuelo solitario en los espacios celestes.

Julio 1820.

ODA SÉPTIMA.

La hija de Otaiti.

Que fait-il douc, celui que sa douleur atend?
Sans deute il n' aime pas, celui qu' elle aime tant.
ALFRED DE VIGNY.

"Dime, quieres partir? ¿Pronto la nave, surcando las olas, te separará de mí? Esta noche, mientras oia cantar á los marineros que preparaban las velas, lloré al ver su alegría.

„Por qué quieres abandonar esta isla? ¿en la tuya es el cielo más hermoso, se sufren menos dolores? Cuando mueras, ¿los tuyos te llorarán como á un hermano?

„¿Te acuerdas del dia en que vientos propicios te trajeron aquí? Me llamaste desde lejos en los bosques solitarios; nunca te habia visto y acudí á tu llamamiento.

„Qué hermosa era yo entonces!... pero las lágrimas me han ajado; quédate aquí, jóven extranjero; no me digas adios. Hablaremos de tu querida madre; sabes que me complacen los cantos de tu pátria, que son como elogios á tu Dios.

„Tú llenarás completamente mi vida; me entrego á tí. Por qué me huyes? Quédate conmigo; seré para tí buena y cariñosa, y te llamaré por el nombre que te llaman en el pais de tus padres.

„Seré tu esclava fiel, si lo deseas, con tal de que tus ojos brillen mirando los mios. Quédate aquí; pero tú no amas más que una temporada, como nuestras golondrinas; yo te amo desde que te ví.

„Ay! quieres partir! En tu pátria quizás alguna doncella espera tu regreso; pues bien, llévame contigo, tú eres mi dueño; me someteré á ella, quizás la amaré, si en ella tienes cifrado el cariño.

„Lejos de mis padres, que sienten por mí cariñoso orgullo; lejos de los bosques, que apoyada en tu brazo recorro sin sobresalto; lejos de estas flores y de estas palmeras, no podré vivir; pero si me dejas sola, moriré. Permíteme que te siga, que así al menos moriré cerca de tí.

„Ya que aquí te hemos acogido cariñosamente, si alguna vez me amaste, no me rechaces: no te vayas sin mí á tu desconocida isla; teme que mi alma jóven, errante por las nubes, vaya sola siguiendo tus pasos.„

Cuando la luz de la mañana reflejó en la nave fugitiva, en vano buscaron á la jóven en su morada; no la volvieron á ver ni en los bosques ni en las playas: sin embargo, la doncella enamorada no partió con el extranjero.

Enero 1821.

ODA OCTAVA.

El hombre feliz.

A ULRIC GUTTINGUER.

Beatus qui non prosper!

I.

"Dioses, os aborrezco! Desde mi tierna juventud consigo todo lo que deseo; me sobrecargais con tantos dones, que os aborrezco. ¿Por qué satisfaceis todos mis deseos?

„Desde el estrecho de Leandro hasta las columnas de Alcides, mis bajeles recorren los mares; y como el abismo insaciable, se traga mi palacio los tesoros de las ciudades y los frutos de los campos.

„Me duermo al murmullo de las fuentes y al sonido de las liras en lecho suntuoso, y para que me acudan sueños gratos, diez vírgenes del Indostán velan á mi cabecera.

„En mis banquetes dejo para el ingrato parásito los manjares que no me

apetecen, y mi apetito, que nada escita, desdeña peces alimentados con sangre humana y servidos en platos de oro.

„A las orillas del Tíber, en las montañas que vomitan lava, poseo jardines deliciosos; mis vastos dominios, poblados de esclavos, fatigan á mis corceles y cansan mi vista.

„Los grandes me temen, César me sonríe; protejo á los que suplican; tengo pisos de mármol y baños de pórfido, y me saluda un pueblo que depende de mí.

„Me fastidio en el Foro, me fastidio en el Circo; no sé qué hacer; hago que arrojen todos los dias un esclavo á las murenas, y me divierte apenas el juego de Caton.

„Las mujeres de Europa y las del Asia no conmueven ya mi corazon seco; en copa de oro el fastidio me harta, y el pobre que llora envidia mi suerte!

„Dioses, sin cesar me perseguís con vuestros implacables favores, y habeis marchitado mi vida en flor; dad esperanza á mi fria juventud; os devolveré todos los bienes si soy un dia feliz.„

Saciado de su implacable opulencia, así hablaba Celso, recostado indolente sobre el lecho y blasfemando de los dioses; mientras que, bendiciendo al cielo, un mártir espiraba ante el altar del sacrificio.

1822.

ODA NOVENA.

El alma.

Je ne sais quel destin trouble l' espirit des mortels; semblabes á des cylindres, ils roulent çá et la, accables d' une infinité de maux... Mais prends courage, la race des hommes est divine; lorsque, deponillé de ton corps, tu t' elevevas dans les regions etherèes, la mort n' aura plus sur toi de pouvoir, tu seras un dieu immortel et incorruptible.

Pitágoras.

I.

Hijo del cielo, huiré de los honores de la tierra; en el abatimiento cifraré mi orgullo; soy el rey desterrado que, soberbio y solitario, desea ocupar el trono ó el ataud; ódio el aplauso del mundo y temo su polvo. El retiro apacible y digno reclama corazon independiente; no quiero ser esclavo ni señor; dejadme soñar solo en mi desierto y buscar en él la zarza ardiendo.

Alma, á tí que á los dolores del hombre Dios convida, compañera en el mundo de la humanidad, pasajera inmortal, esclava en la vida y reina en la eternidad, en mis momentos felices ó desventurados, reina en el fondo de las tinieblas sobre mis sentidos perturbados con tu cetro de oro; rompe su cadena fatal, y noche y dia, como las antiguas vestales, vigila el fuego sagrado de las virtudes.

¿Es tuyo el soplo que agita mi lira, mi lira, que es casta hermana de las arpas de Sion, y te me apareces en la oscuridad, sonriéndome como una hermosa vision? Gloriosa vírgen, sobre mis cadenas terrenales posa las alas misteriosas que te elevan á las célicas regiones. ¿Vienes á enseñarme, siendo eco de la voz infinita, algun secreto de amor, de goce ó de armonía, que los ángeles te han revelado?

II.

¿Viviste en aquellos tiempos de inocencia, en los que, antes de ser malditos, Dios Todopoderoso creó al mundo y quedó satisfecho de su obra? ¿Viviste en

los felices dias en que nuestro padre Adan encantaba á nuestra madre Eva, cuando de la falanje santa, en la frente del primer arcángel brillaba el primer sol?

¿Viviste cuando de los torrentes de la existencia, entre los ardientes surcos, nacian alegres los astros saliendo como torbellinos; cuando Dios tranquilamente en las alturas, inclinado sobre el mundo, contemplaba sus pintorescos cuadros, y era el centro comun de las almas, el foco de toda la luz y el Océano de todas las olas?

III.

¿Seguias del Señor la solemne marcha, cuando el Espíritu llevó la palabra eterna desde el abismo de las aguas hasta las regiones del fuego, el dia en que, amenazando á la tierra vírgen, como el rey vencido que hace correr el carro huyendo de una lucha desigual, el caos atónito huia ante Dios?

¿Viste, lejos del cielo, castigar á sus cómplices el rey del mal, armado con el cetro de los suplicios, con el abismo, donde el terror nunca duerme; sitio fúnebre, en el que, llorando los delirios del mundo, el crímen se despierta presa del remordimiento, sitio que Dios visitó envuelto en el misterio, cuando de infierno en infierno perseguia á la muerte?

IV.

Muéstrame al Eterno, concediendo como dominio al tiempo lo efímero y al átomo el espacio; al vacío oscuro la tumba silenciosa de las noches; á los rayos cruzarse en la tonante esfera, y al radiante cometa arrastrar su cabellera esparcida por el cielo.

Mi espíritu sobre tus alas, poderosa compañera, vuela de flor en flor, de montaña en montaña, asciende á los celestes campos, de los que el hombre está proscripto; del secreto eterno levanta el velo austero, porque él vá más allá del universo, porque mi pensamiento es un mundo que vaga errante por el infinito.

V.

Pero, alma mia, tiéndenle á la vida lazos en la oscuridad; debes ser el guerrero cautivo que vela en su cárcel; cuenta con cuidado el número de las asechanzas del enemigo, y de noche y de dia vigila desde lejos todo el horizonte.

No soy de aquellos que un vano ardor inflama, que rehusan á su corazon el amor casto y santo, que tributan á Dagon el incienso que reclama Jehová, viajeros que sin guia se pierden alrededor de su alma, como alrededor de un cráter apagado;

Que á Dios ofreciendo su desnudez adornada, no se atreven con soplo criminal á marchitar las flores del Eden; hijos desterrados que, arrastrando su desconocida miseria, mendigan y lloran sentados en el umbral sagrado de la casa paternal.

Los ángeles dicen entre ellos:—"Ese hombre es un impío que bebió de los falsos bienes el filtro envenenador; que expíe su crímen á la vista del justo dichoso; Dios rechaza su alma, que se quedó adormecida durante la vigilia del Señor.„

Ojalá puedas pronto, sacudiéndote del polvo de mi cuerpo, regresar radiante á tu suprema region; que entonces te remontarás pura al primitivo manantial, y como el sol solo destella luz, tú sola destellarás amor.

VI.

¡Infeliz del insensato cuya vista miope no vé que un espíritu se agita en su cuerpo! Es un mortal que está siempre sordo y no oye la voz que sale de las tumbas; su pensamiento carece de alas y su corazon de llama, y camina por el mundo desconociendo al alma, como ciego que se extravía, llevando inútilmente la antorcha.

Junio 1823.

ODA DÉCIMA.

Los juegos olímpicos.

Genereux Grecs, voila les prix que reporteront les vainqueurs.
HOMERO.

El atleta vencedor en la palestra es honrado en la ciudad; su nombre, que el tiempo no olvida, lo repiten los pueblos desde la playa infecunda, en la que duerme en el límite del mundo el invierno, anciano de pesado sueño, hasta en los sitios donde nace la aurora y en los que se oyen relinchar los corceles del sol.

Hé aquí la fiesta de Olimpia; preparad el acanto y el laurel. Confundan los dioses al impío, y que la antigua audacia adormecida se despierte en el corazon del guerrero.

Venid, los hijos de la gloria; dispuestos ya los sacerdotes de Apolo para proclamar vuestra próxima victoria, preparan las coronas de la encina que en otro tiempo conquistó Milon.

Venid de Corinto y de Creta, de Tyro, la de los tisús preciosos; de Escila, batida siempre por las olas, y de Athos, donde el águila se pára para ver de más altura el cielo.

Venid de la isla de las Palomas, venid de los mares del Archipiélago, de Rodas, fecunda en hecatombes, en la que, hasta muertos, los guerreros oyen el llamamiento de Belona.

Venid del palacio centenario donde Cecrops fundó la torre, de Argos, de la venerable Esparta, de Lemnos, pátria del trueno; de Amathonte, pátria del amor.

Los templos santos, los gyneceos están adornados con verdes festones; como jóvenes prometidas, bajo guirnaldas entrelazadas, esconden sus castos frontones.

Los arcontes y los efores están sentados en el estadio; las vírgenes y las canéforas han purificado las ánforas, segun exigen los ritos de Eleusis.

Han consultado á la Pitonisa y á los oráculos que hablan misteriosamente, y al amanecer, del buitre salvaje de la Escitia, han lanzado la pluma á los vientos.

El vencedor de la carrera ágil recibirá dos trípodes divinos y la copa grosera y frágil en la que Baco probó los primeros vinos.

Aquel que del disco movible derribará las tres haces de armas, recibirá en premio la urna que esculpió con mano hábil Phlegon, hijo del país de Naxos.

Mantenedores de esta gloria inocente, ofrecemos al luchador que venza una hermosa clámide de Sidon, en la que se verán entrelazados el caduceo y el tridente.

Luchadores, atletas, reparad vuestras fuerzas en el baño, ya que habeis vencido en nuestras fiestas y ya que los poetas os dedicarán un canto.

El atleta vencedor en la palestra es honrado en la ciudad; su nombre, que el tiempo no olvida, lo repiten los pueblos desde la playa infecunda, en la que duerme en el límite del mundo el invierno, anciano de pesado sueño, hasta los sitios donde nace la aurora y en los que se oyen relinchar los corceles del sol.

Enero 1824.

ODA UNDÉCIMA.

El canto del Circo.

Panem et circenses!
JUVENAL.

César, emperador magnánimo, el mundo, deseoso de complacerte, asiste á tus fiestas; heredero eterno de Augusto, salud! Príncipe justo é inmortal, César! te saludan los que van á morir.

César es el único entre todos los reyes que puede ofrecer á los dioses de Roma libaciones de sangre humana: á estas solemnidades invita á la Muerte: para celebrar estas fiestas despoblamos el mundo, y juntamos en el Circo, en el que humea la sangre, los tigres de Hircania y los bárbaros del Norte.

Colosos de bronce, vasos de pórfido, áncoras, banderas que hincha el céfiro, adornan de la liza fatal el circuito; los aromas cargan el aire de olorosas nubes, porque le place al pueblo romano que el edor de la sangre exhale sus vapores entre olas de incienso.

De repente chillan los goznes de las puertas de acero y entra la multitud agolpando los quicios, que crujen. Las panteras se revuelven en sus jaulas, y lanzando gritos, á los que acompaña gran estruendo, como rio desbordado de montaña en montaña, de grada en grada se esparce el pueblo-rey.

En las dos sillas de marfil y de oro se sientan los ediles. Los hipopótamos y los cocodrilos nadan cerca del Circo en un largo canal; en sus jaulas de hierro quinientos leones gruñen; las vestales cantan coros, que se responden unos á otros, y traen el altar casto y el fuego virginal.

Con la mirada ardiente, con el seno desnudo, la impura cortesana cerca del hogar sagrado pone un trípode profano. Tapan con cipreses el altar de los suplicantes. Al través de su séquito de reyes y de esclavos, los senadores, vestidos con la augusta lacticlava, de lejos, entre la multitud, cuentan á todos sus clientes.

Cada doncella se sienta cerca de una matrona. A la voz de los tribunos, alrededor del trono, los soldados del pretorio se forman en semicírculo: los sacerdotes de Cibeles entonan las alabanzas de la diosa; y sobre tablados, los histriones del Ganges cantan, esperando ver aparecer á los gladiadores.

Ya están ahí.—Todo el pueblo aplaude y amenaza á los pobres vencidos, que César con poderoso brazo recogió desde los templos de Manes hasta los antros de Irmensul. Entran unos tras otros, y el lictor vá nombrando á ese vil rebaño que la muerte conserva para dar placer á Roma y que el cónsul marcó con hierro candente.

Con la cabeza baja entran los judíos devorando su oculta vergüenza; entran los galos altivos, porque ningun peligro los abate, y los infames cristianos, que van sin armas y que sin orgullo se presentan á sus verdugos, y que sin combatir quieren entregarse á la muerte.

Muy pronto, cuando rujan sueltas las fieras, estando erizado ya todo el recinto de picas y de espadas, les lanzarán los gladiadores que han de ser víctimas de su furor.—Al trono del César resguardan doseles de púrpura oriental, con el objeto de que durante la ardiente fiesta, la luz sea más suave y no hiera los divinos ojos del clemente emperador.

César, emperador magnánimo, el mundo, deseoso de complacerte, asiste á tus fiestas, heredero eterno de Augusto. ¡Salud! Príncipe justo é inmortal, César! te saludan los que van á morir.

Enero 1824.

ODA DUODÉCIMA.

El canto del torneo.

> Servants d' amour, regardez doucement.
> Aux echafauds auges de paradis; lors jouterez fort et joye usement, et vosos serez honores et chévis.
>
> ANTIGUA BALADA.

Tened liberalidad, oh caballeros! Tened liberalidad los que seguís las armas, y acudid todos, ya para los torneos, ya para las guerras; y vuestro escudo de Milán ostente el dragon verde, el manto negro de Agra sembrado de lágrimas blancas, ó la flor de lis de Francia, ó la cruz de Aragon.

Ya está abierta la liza; ya los jueces del campo la han recorrido; ya flota la bandera blanca y verde en el remate de cada torreon; ya aplaude la multitud;

las ligeras banderolas se confunden movidas por el aire, y el héroe del pórtico en su dalmática de oro suspende el grifo de plata.

———

La multitud está apiñada; se oye á lo lejos el toque de las campanas, y vá á realizarse una fiesta digna de un rey. La reina, á ese dia, de su propio peculio consagra doce dineros, y para celebrarlo rescata de las prisiones moriscas á doce cristianos prisioneros.

———

Como la ley lo dispone, caballeros de corazon leal, antes de que suene el clarin, oid el edicto del rey. Porque si no lo oís en silencio, la lanza que empuñeis estará maldita. Seguid estos consejos de buen augurio, como lo siguieron nuestros padres.

———

De las santas alabanzas cantad los versículos benditos, cantad á Jesús, á los arcángeles y á San Dionisio. Jurad sobre los Evangelios que, si vuestros brazos son frágiles, nada empaña vuestro honor; que podeis con orgullo enseñar al rey la espada, como podeis enseñar el alma á Dios.

———

Tocando las reliquias de un santo, jurad, condes y barones, que no ensucia ninguna mancha el oro puro de vuestras espuelas. Que de los vasallos fieles en las sombrías fortalezas ninguno de vosotros es verdugo; que desafiando á la suerte, para defender al huérfano y á la viuda habeis desnudado siempre la espada.

———

Leales y bravos caballeros, no olvideis nunca las virtudes de los antiguos pares de Carlo-Magno, ni de los antiguos campeones de Artus. ¡Maldito sea el vencedor sin gloria que debe su cobarde triunfo á la mágia de los nigromantes! ¡Maldito sea el guerrero que pelea con la lanza, protegido por impuros talismanes!

———

Un dia, dentro de las funestas murallas de su infame castillo, colgaron á uno de esos en los brazos de una horca; para eternizar su suplicio, los encantadores, sus cómplices, en las sombras que desencadenaron con espantosos sortilegios, en festines sacrílegos, royeron sus huesos descarnados.

———

¡Pero gloria al guerrero cristiano, gloria al héroe leal! Las beldades se complacen en bordar su nombre en el lino, y el melodioso trovador consagra un canto inmortal á su acero venerado. En la tumba encuentra una hada, y honran sus trofeos poniéndoles un altar por pedestal.

———

Grabad, pues, en vuestras almas caballerescas, pares y barones, la ley de las justas galas y de las galantes carreras. Por los jueces de la liza y por su dama desilusionada serán malditos los felones. No tendrán dónde huir de su propia vergüenza, porque condenados por los jueces, serán castigados por las damas.

———

Tened liberalidad, oh caballeros! Tened liberalidad los que seguís las armas y acudid todos, ya para los torneos, ya para las guerras, y vuestro escudo de Milán ostente el dragon verde, el manto negro de Agra sembrado de lágrimas blancas, ó la flor de lis de Francia, ó la cruz de Aragon.

Enero 1824.

ODA DÉCIMA-TERCERA.

El Antecristo.

Apres que les mille aus seront accomplis, Satan sera délié; il sortira de sa prison, et il seduira les nations qui sont aux quatre coins du monde, Gog et Mogog.

SAN JUAN.

I.

Vendrá; cuando lleguen las últimas sombras; cuando se ciegue el manantial de los años, cuando los astros palidezcan en la noche fúnebre, como los ojos de los moribundos; cuando del abismo inquieto surjan ruidos en la oscuridad; cuando el infierno cuente el número de sus defensores; cuando el peso de la suprema bóveda haga crugir, como carro destrozado en el camino, el eje descompuesto del cielo.

———

Vendrá; cuando la madre, en el fondo de sus entrañas, sienta extremecerse espantado el sér que lleva en ellas; cuando

nadie acompañe del justo los santos funerales en su tumba solitaria; cuando, acercándose á mares sin lecho y sin playas, el hombre oiga rugir, contra el bajel de las edades, el oleaje de la eternidad.

Vendrá; cuando el orgullo, el crímen y el ódio de la antigua alianza hayan violado el tratado; cuando vean los pueblos, temiendo su fin próximo, desatarse la cadena del mundo decrépito, chocarse los astros en la esfera y en el cielo, cuando vean como en un salon vacío, en el que se pasea un huésped esperando sus convidados, pasar y volver á pasar la sombra inmensa de Dios.

II.

Brillará entre las naciones como un signo. Y le enviará el Señor para devastar las viñas y para destruir la cosecha. Los pueblos no sabrán, en su estupor profundo, si en otro mundo sus manos han llevado cetro ó cadenas; y en sus cantos de duelo y en sus himnos de alegría se preguntarán si las llamas que brillan en su frente las producen los rayos ó los relámpagos.

Tan pronto sus facciones ostentarán encantos celestiales, y como un ángel, vestido con radiante armadura, brillará todo su cuerpo con luminosos reflejos, y sonreirán sus ojos húmedos, como sonríe la aurora á la primavera;

Tan pronto aparecerá como un negro dragon, desplegando alas negras y con uñas de hierro, y pálido, y espantándose á sí mismo con su propio misterio, desde el seno profanado de la tierra; al andar, sus pasos levantarán vapores infernales.

La naturaleza oirá su voz milagrosa. Su soplo transportará las ciudades á los desiertos; guiará de los vientos la nebulosa carrera; irá por los aires, domará á las llamas y caminará sobre las olas; en la arena infecunda conseguirán sus pisadas hacer brotar flores; los astros descenderán hasta él como una aureola, y los muertos se extremecerán al oir su voz como si fueran á despertarse.

Será un rio de olas desbordadas, será un volcan de lava negra; no tendrá amigos, para que todos los hombres sean sus esclavos; al pasar ese funesto fantasma, el mundo será su conquista y no su reino; será un tirano donde Dios fué un pastor.

Parecerá, encorvado sobre la tierra esclavizada, que soporte inmenso peso, que viva de otra vida: no podrá envejecer ni podrá cambiar. Marchitará las flores que nosotros cojamos; carecerá de ternura y de fé, y en todas nuestras pátrias será extranjero.

Vivirá sin conocer el halago de la esperanza; combatido en sus deseos; su ciencia envidiará en secreto á la ignorancia, porque solo le hará recoger frutos amargos. Desafiará el decreto pendiente de su cabeza, tranquilo, como si se hubiese pronunciado para no cumplirse en él, y mudo, como si se hubiera de cumplir despues de su muerte; su corazon será un palenque, en el que en el combate contínuo de un himeneo imposible, al crímen apretará con fuerza el remordimiento.

Se apoderará del resto del tiempo, que está próximo á terminar. Sus manos, del último puerto apagarán el fanal. Dios, que colmó de males á su celeste enviado, oprimirá con bienes al Mesías infernal. Apoderándose de los placeres, como de presas usurpadas, solo expresarán sus ojos, durante su vano poder, la vergüenza que se oculta en el fondo de las alegrías falsas y el orgullo que sale del fondo de la desesperacion.

Trayendo á los mortales los mensajes del infierno, sus manos, sembrando el error en el campo de la razon, mezclarán en una copa, de la que beberán los sábios falsos, los venenos con los perfumes y la miel con el veneno. Se atreverá audazmente á interponer una muralla fúnebre entre el cielo y los hombres; sus crímenes serán inauditos, y asustado el ateo, exclamará: “Hé aquí mi Dios„.

III.

Al fin, cuando el héroe del supremo misterio, de crímen en crímen termine su mision; cuando la santa virtud, cuan-

do la fé hayan encontrado todos los corazones apagados; cuando con el signo del asesinato y con el signo de los suplicios haya marcado á sus cómplices y los haya contado, abandonará la vida, y su reinado en el mundo tendrá por última hora la hora de la eternidad.

1823.

ODA DÉCIMA-CUARTA.

Epitafio.

Hic præteritos commemora dies, æternos meditare.

Jóven ó viejo, imprudente ó sábio, tú que de cielo en cielo, errante como una nube, sigues el instinto del placer ó el impulso de la necesidad, ¿dónde vas tan lejos, viajero? ¿No es este el término de tu viaje?

La muerte que en todas partes pone sus piés triunfantes cubrió mis esplendores con expiatorias sombras; sobre mi propio nombre echó su velo, y el silencioso olvido oculta á tus miradas curiosas si existe en mi vacío alguna de tus glorias.

Viajero, como tú yo he pasado. El rio sigue su curso sin perder el manantial. Descansa; siéntate sobre este mármol roto; descárgate un instante el peso que te fatiga para caminar. El peso que yo llevaba tambien lo deposité aquí.

Si deseas reposo, si buscas la sombra, tu lecho está preparado; vé adonde se duerme sin ruido. Si tu frágil esquife lucha con la mar revuelta, ven; aquí está el escollo; ven, aquí está el puerto.

¿No sientes aquí algo que hace extremecer tu alma? ¿Algo que limita tus pasos á un círculo imperioso? ¿En el asilo que te reclama no ves tu nombre escrito con misteriosas letras?

Cada hombre es un efímero histrion; apenas aprende su papel, la audacia le embriaga, ó el sobresalto le hace palpitar, y se reviste con el sayo del pastor ó con la púrpura del rey para cuando le toca el turno en la escena.

No huelles á los muertos con piés indiferentes, porque tendrás que descender, como yo, á su silenciosa morada; el hombre todos los dias vá caminando hácia ella, y tú ignoras qué vientos disiparán tus cenizas.

Al pasar junto á mí no se agita tu corazon; no lanzas ni un suspiro, no murmuras ni una oracion; tu naturaleza mortal te habla y tú no la oyes.

Y pasas.—Qué te importa mi tumba? ¿Qué puede ocultar la fosa á tus ojos tristes? Algunos huesos descarnados, polvo, nada; acaso la eternidad.

1823.

ODA DÉCIMA-QUINTA.

El canto de Neron.

Nescio quid molle atque facetum.
HORACIO.

Amigos! ¡el fastidio me mata y es preciso evitarlo! Venid todos á admirar la fiesta á que os invita Neron, César, Cónsul por la tercera vez, señor del mundo, dios de la armonía, que al estilo de Jonia vá á cantar, acompañándose con su lira de diez voces.

A mi llamamiento debeis acudir alegremente; no habreis gozado nunca tantos placeres juntos, ni en casa del manumitido Pallas, ni en casa del griego Agenor, ni en los locos festines en los que el austero Séneca, elogiando á Diógenes, bebia el falerno en copas de oro.

Ni cuando en el Tíber, Aglae de Phalerea, semi-desnuda, bogaba con vosotros en su galera, bajo tiendas asiáticas de brillantes colores; ni cuando al són de los laúdes el prefecto de los bátavos arrojaba á los leones veinte esclavos, cuyas cadenas habian escondido entre flores.

¡Acudid á mi llamamiento; venid, que á vuestra vista Roma vá á arder, Roma

entera! Hice que á esta torre trajeran mi litera, para contemplar desde su altura las llamas del incendio. Esto será superior al combate de los tigres con los gladiadores. Los siete montes formarán hoy un inmenso circo, en el que Roma luchará con las devoradoras llamas.

De este modo el señor del universo disipará su profundo fastidio: algunas veces tiene que lanzar rayos, siendo un dios. Pero venid: vá anocheciendo y la fiesta empieza. Ya la hidra inmensa del incendio extiende sus alas sombrías y sus lenguas de fuego.

Mirad, mirad; sobre su presa inflamada extiende corriendo sus dobleces de humo; parece que acaricie las paredes que vá á arruinar; sus abrazos mortales hacen evaporar los palacios...—¡Quién tuviera como el incendio besos que devoran, caricias que hacen morir!

Escuchad esos rumores, ved esos vapores espesos, mirad cómo esos hombres pasan como sombras por entre las llamas; oid ese silencio mortal, que renace á cada momento... Las columnas de cobre, las puertas de oro se hunden, y rios de bronce encendido corren llevando sus olas inflamadas al Tíber extremecido.

Todo perece! el jaspe, el mármol, el pórfido y las estátuas, á pesar de sus nombres divinos, se convierten en ceniza. El desastre triunfante vuela á medida de mi deseo; todo lo invade en su creciente carrera, y gozoso el aquilon, atormenta al incendio como una tempestad de fuego.

Soberbio Capitolio, adios!—Dominado por el incendio, el acueducto de Sila parece un puente del Cocito. Por un capricho de Neron caerán las torres y las cúpulas... ¡Roma entera es presa de las llamas!—Dale las gracias, reina del mundo, por la diadema de fuego que ciñe á tu frente.

Cuando era niño me referian que las Sibilas prometian glorioso porvenir á la ciudad de las siete colinas, y que á los piés de Roma moriria el tiempo vencido; que su astro inmortal estaba aun en su aurora...—Amigos mios, decidme, ¿cuántas horas podrá durar su eternidad?...

¡Qué hermoso es un incendio en una noche oscura! Eróstrato mismo me envidiará esta gloria. ¿Qué me importan los dolores de un pueblo si me proporcionan un placer?... El pueblo huye, porque el incendio le persigue por todas partes.—Quitadme de la cabeza la corona, que marchitará sus flores el fuego que hace arder á Roma.

Cuando la sangre salpique vuestras vestiduras de gala, amigos, lavad las manchas con vino de Creta; el aspecto de la sangre solo es agradable para los perversos; olvidemos ese juego cruel con voluptuosidades sublimes, y el grito que lancen las víctimas ahoguémoslo con nuestros cánticos.

Castigo á Roma y me vengo de ella, porque la infiel, al mismo tiempo que inciensa á Júpiter, inciensa á Jesucristo. Quiero que vea que estoy á su nivel y que me mire con terror. Quiero tambien tener mi templo, ya que estos romanos nunca tienen bastantes dioses.

Destruyo á Roma, porque deseo reedificarla más hermosa todavía; la destruyo porque al caer destroce á la rebelde cruz. ¡Que no quede vivo un cristiano; exterminadlos todos! Que Roma castigue en ellos la causa de sus calamidades. Exterminadlos!...—Esclava, tráeme rosas; el perfume de las rosas es muy agradable.

Marzo 1825.

ODA DÉCIMA-SEXTA.

La Demoiselle (1).

Un rien sait l' animer; curieuse et volage,
Elle va parcourant tons les objets flatteurs,
Sans se fixer jamais, non plus que sur les fleurs.
Les zephyrs vagabonds, doux rivaux des abeilles,
On le baiser ravi sur des levres vermeilles.

ANDRÉS CHENIER.

Cuando ese pájaro-insecto dorado vuela al desaparecer el invierno, sus alas quedan rotas entre las pinchas de los

(1) Insecto volante, que tiene cuatro alas.—(N. del T.)

matorrales verdes: de este modo, juventud viva y frágil, volando á todas partes alucinada, con frecuencia desgarras tus alas con las espinas de las voluptuosidades.

Mayo 1827.

ODA DÉCIMA-SÉPTIMA.

A mi amigo S. B.

Perseverando.
DIVISA DE LOS DUCIE.

Aguila es el génio, ave que vive en la tempestad, que de los montes más altos busca la más elevada cumbre, que la primera luz del dia despierta, que no mancha nunca sus garras en el fango y cuyas pupilas refulgentes miran cara á cara la luz del sol.

No hace el nido en el musgo, le construye en una roca agrietada por el rayo, en alguna brecha cortada á pico, en los flancos atrevidos de altísimas montañas, desde los que se vé, combatido por los vientos, suspenso entre el cielo y la tierra.

¡Nido real, palacio sombrío, que con olas de nieve sitia saltando la rodante avalancha! El génio alimenta en él cariñosamente á sus hijos, y mirando al sol con ojos flameantes, bajo sus alas cobija á los pequeñuelos, que más tarde desaparecerán de allí volando.

¿Por qué, pues, te asombras, amigo mio, si sobre tu cabeza se pára la nube que trae la tempestad? ¿Por qué te asombras de que algun reptil inmundo se debata en tu nido? Estas son tus primeras pruebas, esta es tu primera fiesta; para vosotros, las águilas jóvenes, cada hora trae una tempestad y cada festin un combate.

Brilla, que ya es hora; y si llega una borrasca en prisma deslumbrador á trocar la negra nube, que tu noble pensamiento cumpla con su destino. Ven, estrecha fraternalmente mi mano. Poeta, toma la lira; águila, abre las alas; estrella, aparece y brilla.

La bruma de tu alma disuelve ya la luz: haz que te conozcan el sol y el rayo; ven á disfrutar del nombre que conquistaron tus cantos; la gloria es como las orgullosas banderas que vuelven de la guerra, más hermosas cuanto más destrozadas.

El magnífico astro del dia rueda engrandeciéndose con los mundos que devora; así, jóven gigante, creces todos los dias; así, tu génio ardiente, desdeñando los caminos vulgares, arrastrando en su carrera mundos de pensamientos, camina sin cesar y sin cesar se engrandece.

Diciembre 1827.

ODA DÉCIMA-OCTAVA.

Jehová.

Jehovah est le maitre des deux poles, et sur eux il fait tourner le monde.
JOSÉ DE MAISTRE.

Gloria á Dios! Su omnipotencia brilla en sus obras; en el hueco de la mano lleva todo el universo; puso la eternidad más allá del tiempo y más allá del cielo lanzó al infinito. Dijo al caos: *Fiat lux*, y estas palabras fecundas produjeron un mundo.

El arcángel, cerca de él, cuenta las naciones, cuando, franqueando los espacios del tiempo y de los lugares, otorga á los siglos sus razas y mide el tiempo á las generaciones.

Nada detiene su carrera prudente y poderosa; ya con soplo inmenso parecido á un huracan lance de esfera en esfera luminoso cometa, ya en un rincon del mundo apague un antiguo sol;

Ya siembre un volcan bajo el rugiente Océano, ya incline la frente altanera de las montañas, ya del infierno perturbado, al fondo de mares de fuego arroje á los demonios.

La creacion entera se mueve segun tu voluntad; todo en ella sigue el camino

que le marcan tus designios. Tu mano arroja un rayo en medio del invierno; defiende á la afligida viuda del publicano ávido, ó en despoblado desierto, al pasar, crea un universo.

El hombre no es nada sin él; el hombre débil es la víctima que la desgracia disputa un momento á la muerte: Dios le dá lágrimas ó placeres, y desde la cuna hasta la tumba cuenta sus pasos.

Su nombre, que el arpa de oro de los elegidos celebra, lo repiten las voces del mundo salvado; y cuando resuena, al oir su eco, el infierno maldice á su rey, que Dios condenó al fuego eterno.

Los ángeles, los santos, las esferas estrelladas y las almas de los justos, reunidos ante tí, forman de tu gloria el concierto solemne; y tú deseas que el hombre, sér débil y perecedero, que camina por la noche de la vida, mezcle su canto efímero á ese unísono sonoro y eterno.

Gloria á Dios! Su omnipotencia brilla en sus obras; en el hueco de la mano lleva todo el universo; puso la eternidad más allá del tiempo y más allá del cielo lanzó al infinito. Dijo al caos: *Fiat lux*, y estas palabras fecundas produjeron un mundo.

Diciembre 1822.

LIBRO QUINTO.

1819-1828.

ODA PRIMERA.

El primer suspiro.

C' est qu j' ai rencontré des regards dont la flamme.
Semble avec mes regards ou briller ou mourir,
Et cette âme, sœur de mon âme,
Hélas! que j' attendais pour aimer et souffrir.
EMILIO DESCHAMPS.

Sé feliz, tierna amiga; saluda alegre á la vida y goza de tus dias juveniles; adormecida en la márgen del rio del tiempo, deja que las olas sigan su corriente.

La suerte te sonríe; el cielo no puede querer que se disipe tu encanto, ni que el dia triste suceda á la alegre aurora; el cielo debe oirme, cuando yo le suplico que el porvenir comun solo pese sobre mí.

Quizás debo perderte pronto; quizás, lejos de tí, languideceré mañana; quizás debe ser sombría y fatal mi vida. Debí amarte y debo huirte.

Pues que caiga la desgracia sobre mí, ya que será preciso que en la ausencia, á deseos nuevos sucumba el sentimiento cariñoso; tú me olvidarás entre los placeres del mundo; yo me acordaré de tí hasta en la tumba.

Sí, moriré; mi lira ya está enlutada. Me estinguiré en la juventud, casi sin dejar memoria, pero sin miedo; que ya que he contemplado la gloria de frente, puedo contemplar de cerca el ataud. El Elíseo inmortal está cerca del reino del olvido, y la gloria y la muerte solo son dos fantasmas que llevan traje de fiesta ó de duelo.

Sé feliz, tierna amiga; saluda alegre á la vida y goza de tus dias juveniles; adormecida en la márgen del rio del tiempo, deja que las olas sigan su corriente.

Diciembre 1819.

ODA SEGUNDA.

Pesar.

¡La felicidad pasó muy ligera por mi vida! Seguimos los pasos de la dicha y en sus brazos nos entregamos al sueño; cuando nos despertamos nos encontramos solos; la felicidad ha desaparecido.

Desde lejos la buscamos en la inmensidad del porvenir, y la llamamos diciendo:—Vuelve, compañera de mi vida.—El placer vuelve, pero nos trae la ausencia del sér cuya pérdida lloramos siempre.

Si me ofrece el placer sus atrayentes seducciones, le diré:—Vete, huye, respe-

ta mi desgracia; la ausencia de la dicha me ha dejado el pesar, pero tú me dejarias el remordimiento.

Por lo tanto, amigos, no debo turbar vuestras ilusiones, ni hacer gala de mi dolor; sonreiré con vosotros, pero permitidme que os oculte la lira desde que la humedece el llanto.

Cada uno de vosotros quizás en su corazon solitario, con risas pasajeras, ahogais un profundo pesar; que yo sé que todos sufrimos en el mundo, pero que todos sufrimos en secreto.

Jóven, cifras tu cariño en una paloma, cifras tus amores en una flor; pero, qué consigues? La flor pasa ligera como la vida, y el ave huye como la felicidad.

Nos avergüenzan los lloros, nos ruborizan las penas, los inocentes pesares y los recuerdos íntimos; ¡como si hubiéramos recibido el dón de la vida para estar en ella alegres, para ser en ella dichosos!

Ay de mí! ¡Huyó de mi presencia sin dejar tras sí una huella; hice cuanto pude por retener el tiempo en que brilla la felicidad, que luego se borra de repente, como una sonrisa interrumpida!

Febrero 1821.

ODA TERCERA.

En el valle de Cherizy.

Factus sum peregrinus... et quæsivi qui simul contristaretur, et non fuit.

PSALMO LXVIII.

El peregrino se sienta á descansar á vuestra sombra inmóvil, hermoso valle, y triste y solo, contempla pensativo al pájaro que huye del pájaro, el agua que ensucia un reptil y el junco que agita el viento.

El hombre huye del hombre, y con frecuencia en la edad juvenil, en el corazon noble y puro se desliza la desgracia: ¡dichosa la débil caña, que al menos rápido huracan á su paso la troncha en flor!

Ese huracan es el que implora el viajero, hermoso valle, cansado ya de andar, pero está muy lejos todavía el término de sus males; solo vé ante él, á la luz nebulosa de su fúnebre aurora, el inmenso desierto del porvenir.

De disgusto en disgusto vá arrastrando la vida. No le halagan los falsos bienes que el falso orgullo envidia. Busca un corazon fiel que compadezca sus dolores, pero en vano; no espera conseguirlo; ningun mortal se complacerá de su alegría, ninguno llorará al verle verter lágrimas.

Su destino es vivir abandonado; su aislada vida se parece al sombrío ciprés que crece en el valle; lejos de él, la flor de lis vírgen abre á la luz su boton; y nunca, regocijando su solitaria sombra, una viña jóven y enamorada con sus sombrías ramas enlazará sus festones verdes.

Antes de ascender á la montaña, el viajero descansa un momento en este valle. Al menos el silencio responde aquí á su tedio; está aquí con su dulce compañera la soledad.

Vosotros, árboles y céspedes, aislados como él, pero rientes y tranquilos, salvad á este desgraciado de las miradas del mundo; arroyos, presentadle vuestras márgenes, abrid las olas dóciles á sus piés, que ensució el fango de las ciudades y el polvo de los caminos.

Consolándole con vuestra sombra, dejadle cantar el ideal de sus sueños á la vírgen de frente pura y de sonrisa casta; si para el himeneo de un dia es en vano que la llame, dejadle al menos que sueñe su alma inmortal en el eterno himeneo de la tumba.

El mundo no ha podido esclavizar su pensamiento, y una hermosa esperanza le hace elevarse hácia un triste recuerdo; dos sombras desde hoy en adelante dominarán su vida; la una está en el pasado y la otra en el porvenir.

Dime, cuándo volverás? Sér encantador y cariñoso, ¿cuándo Dios te conduci-

rá hácia aquel que compadeces? Astro amigo, ¿cuándo brillarás, como nuevo sol, en mi existencia huérfana?

¿Te conseguirá acaso, cara y noble conquista, como recompensa de esas virtudes que no puede olvidar, ya que dejas que á la merced del viento se doble el junco, y como robusta encina, afrontando la tempestad, sabe romperse, pero no doblarse?

Ella se acerca y él la vé, la vé sin temor. ¡Adios, olas puras, árboles espesos, hermoso valle, donde las quejas encuentran eco, donde los que sufren encuentran silencio y paz!

¡Dichoso el que puede en el seno de un valle solitario nacer, vivir y morir bajo el techo paternal, y desconocer siempre el mundo y ver siempre el cielo!

Julio 1821.

ODA CUARTA.

A tí.

Sub umbra alarum protegeme.
PSALMO XVI.

Lira, tanto tiempo ociosa, despiértate, que he de saludar con un canto el dia feliz que amanece, el dia que brilla con su nombre, el dia más sagrado de la vida.

Jóven pura; en mi infancia, en tí, Dios me hizo soñar, y revelándome mi suerte misteriosa, como blanca estrella, entre nubes, te ví brillar en el cielo de mis años infantiles.

Entonces te decia:—"Tú eres mi esperanza, ven y participemos de una dicha que no debe terminar." En aquellos dias de ignorancia, aun en mi existencia el pasado no habia oscurecido el porvenir.

La tierna inclinacion se convirtió en indomable llama; y yo lloré ese tiempo, pasado para siempre, en el que la vida era para mí el sueño de un niño que mece un amor vago.

Ahora, despertando la víctima adormecida, sonriendo espantosamente, la desgracia ocupa el sitio que ocupaba la felicidad; cuando solo ya en la vida puede beberse el cáliz lleno de hiel, sin el consuelo de la mujer querida, ¿qué le resta ya al huérfano?

Está hoy entre los vivos como una lámpara apagada; por lo que sufre, el mundo lo destierra de su seno, y solo hácia el cielo eleva sin temor los ojos, cargados de lágrimas que no pueden caer.

Pero consuélame tú; ven, sígueme, arranca de mi seno el dardo envenenado; consiente en vivir por mí, por tí deja que yo viva, que ya he sufrido bastante para conseguir que me ames.

Con tu preciosa sonrisa embellece mi vida; la mayor de las felicidades es el amor: estoy privado de la luz; ven á mí, vivo en la noche, pero puedo vivir á la luz del dia.

Mis cantos no desean dejar ilustres recuerdos, y si es preciso renunciar á esa honra, renunciaré; tu esposo no desea que su gloria repercuta en su felicidad.

Gocemos el encanto solitario del casto himeneo, y que nuestra felicidad nos esconda á las miradas del mundo: la serpiente que está tendida en el suelo no oye los cantos de dos pájaros que vuelan por las alturas.

Pero si mi juventud, entregada á tantos combates, si mi incierto destino te inspiran justos sobresaltos, entonces huye de mí, tú que fuiste mi adorada esposa; pero espérame, tú que fuiste mi querida madre;

Que pronto iré á dormir entregado al sueño eterno, y me consideraré feliz si en la noche que me cubra, los indiferentes ojos del transeunte lloran al pasar, al recordar mi olvidado laud, ó al pasar por mi tumba desierta.

Tú, á quien no amenazan los reveses del infortunio, ¡ojalá puedas siempre, sin

gemir y sin llorar, no echar de menos nunca al que murió sin quejarse, al que te amó locamente!

Diciembre 1821.

ODA QUINTA.

El murciélago.

Que me veux tu? Un ange p'anait sur mon cœur, et tu l' as effrayé... Vieux donc, je te chanterai des chansons que les esprists des cimetières n' ont apprises.

MATHURIN.

Te reconozco, porque te ví en mis sueños, ave triste; pero en vano hácia mi prolongas los círculos desiguales de tu vuelo tenebroso; lleva á otra parte mensajes á despertados espectros, que para temer tus presagios infaustos, ni soy culpable, ni soy feliz.

Espera que llegue el dia en que la jóven unida á mi suerte, que el cielo me envió como un ángel custodio, corone y satisfaga mi esperanza; que entonces puedes volver á turbar mi alegría y desplegar tus alas sobre nosotros, como dos velos de luto.

Hermana del buho fúnebre y de la avariciosa oxifraga, mezclando el azebo con el nenufar, las hijas de Satanás te invocan; huye del recinto que me oculta y de la atmósfera que respiro; no quiero que toques mi lira con tus repugnantes uñas, que temo que despiertes á los muertos.

De noche, cuando los demonios bailan en la oscuridad, sigues sus coros volando alrededor de ellos; el himno infernal te invita á concurrir á su cónclave. Huye, que ya exhalan grato perfume las flores recien abiertas; huye, que necesitas para desplegar el vuelo el aire de tu tumba natal y el vapor de la sangre.

Quién te trae hácia mí? ¿Vienes de las colinas en las que la luna se oculta entre ruinas, pálida como tú? ¿Tu vista con vuelo incierto te atrajo desde lejos á buscar la luz de mi lámpara? Atraida así por la luz de la gloria, se nos aparece la desgracia.

¿Sales de alguna torre en la que habita el vértigo, enano caprichoso y cruel, que dá vueltas en los montes, que presta á los fuegos fátuos de los pantanos el color rojizo, que rie en el aire, que dando gritos dobla las copas de los altos pinos, y que todas las noches arroja viajeros á los buitres, haciéndoles rodar al fondo del abismo?

En vano á mi alrededor esparce tu vuelo edor de tumba y de polvo humano; tu aspecto me causa asco, pero no me asusta. Huye, pues, porque sino mañana entregaré á los que te cazan tu cuerpo velludo y tus alas diáfanas, con las que el pastor adornará su hogar.

Los niños se burlarán de tus dientes furiosos; vendrán las doncellas, temblando de curiosidad, á asustarte con sus temerosas risas; y cuando brille el dia, desterrado ya del cielo, mezclando con muchos pájaros alegres tu vuelo pesado y ciego, buscarás en vano la oscuridad de la noche.

Abril 1822.

ODA SEXTA.

La nube.

J' erre au hasard, en tous lieux, d' un mouvement plus doux que la sphere de la lune.

SHAKESPEARE.

Esa hermosa nube, ¡oh vírgen! es semejante á los hombres. Pronto la verás gruñendo encima de nosotros, en los campos de la luz, acumular la tempestad y devolverla en relámpagos los reflejos del sol.

Dios quiera que mucho tiempo un ángel la sostenga en su vuelo, donde la estamos viendo; porque si desciende hácia nosotros, lo que era nube en el cielo solo será una niebla en la tierra.

Mira; para adornar la tarde nació esta mañana. El astro gigante, tan fe-

cundo en esplendores desconocidos, cambia en séquito ardiente el monton celoso de las nubes; el génio es el mayor de los envidiosos coronados.

A la borrasca que huye sigue otra tempestad. El alma tiene pocos dias luminosos; pero en su cielo oscuro, el amor es un sol divino, y puede destellar reflejos de fuego en la nube errante de la vida.

Ay de mí! Tu hermosa nube es semejante á los hombres. Pronto la verás gruñendo encima de nosotros, en los campos de la luz, acumular la tempestad y devolverla en relámpagos los reflejos del sol.

Abril 1822.

ODA SÉPTIMA.

La pesadilla.

Oh! j' ai fait un songe!... Il est audessus des facultes de l' homme de dire ce qu' etait mon songe... Lœil de l' homme n'a jamais vu, l' oreille de l' homme n'a jamais oui, la main de l' homme ne peut jamais tater, ni ses sens concevoir, ni sa langue exprimer en paroles ce qu' etait mon réve.

SHAKESPEARE.

Con el seno jadeante, con la cabeza inclinada, la ví sentarse aquella noche á mi lado; y posando su mano de plomo sobre mi alma, la enseñaba á los espectros que nacen por la noche como una flor marchita.

Ese mónstruo se presenta bajo distintas formas: ya del agua dormida saca la frente azul; ya de sus risas saltan rojas chispas; y son dos relámpagos sus ojos, dos llamas sus alas, y vuela sobre un lago de fuego.

Como impuros espejos, movedizas las tinieblas, repiten su imágen en círculo á su alrededor; su frente casi invisible se borra entre vapores vivos; llena el sueño de olas espantosas y deja en el alma congojoso fastidio.

Jóven inocente, la pesadilla no turba tu tranquilo reposo y pasa la noche ligera para tí; jamás sueños espantosos inquietan tu corazon, y cuando soñando tu alma vuela hácia el cielo, un ángel vigila tu sueño.

Abril 1822.

ODA OCTAVA.

La mañana.

Moriturus morituræ.

Ya desplega la mañana su velo sobre los montes; un rayo naciente blanquea la antigua torre, y ya en el cielo se unen cariñosamente el primer canto de los bosques y los primeros albores del alba.

Sonríe al ver el brillante esplendor del dia; si mañana me encierra el ataud, verás en tu desesperacion brillar un sol tan hermoso como este, y los mismos pájaros cantar á la misma aurora cerca de mi tumba, muda y solitaria.

Pero el alma estará ya en los horizontes de la otra vida, y un porvenir sin fin se habrá abierto al ser ilimitado; en la mañana de la eternidad nos despertamos de la vida como de una noche sombría, ó como de un agitado sueño.

Abril 1822.

ODA NOVENA.

Mi infancia.

Voi'a que tout cela est passé... Mon enfance n' est plus; elle est morte, pour ainsi dire, quique je vive encore.

SAN AGUSTIN.

I.

Mi imaginacion tuvo muchas veces sueños bélicos, y seria soldado si no fuera poeta. No debeis extrañar, pues, que simpatice con los guerreros. Muchas veces, llorando su muerte, me ha parecido su ciprés más hermoso que nuestros laureles.

Siendo niño colocaron mi cuna sobre un tambor y en un casco pusieron el agua bendita de mi bautismo; y un soldado, con los pedazos de una bandera rota, formó el lecho del recien nacido.

En carros llenos de polvo y entre armas brillantes, la Musa de los campamentos me llevó bajo las tiendas de campaña; dormí sobre las cureñas de los cañones; me entusiasmaban los veloces caballos de crines flotantes y la espuela que frotaba en los estribos.

Me entusiasmaban los bravos disparando, la espada desnuda de los jefes guiando á las dóciles filas, el centinela perdido en un bosque solitario y los veteranos batallones, pasando por las ciudades con las banderas mutiladas.

Veia con envidia al húsar rápido, que adornaba el pecho con haces de oro, el penacho blanco de los ágiles lanceros, y los dragones que dejaban caer la cabellera atigrada de sus cascos cerca de las crines negras de sus corceles.

Sentia ser niño, y vivir, crecer en la oscuridad, y enfriar mi sangre jóven y pura, que en reñido combate y bajo el acero de una armadura podria correr en olas rojas.

Invocaba las escenas espantosas de la guerra; y veia en la imaginacion, entre el estruendo de la batalla, los gritos, el humo y los cañonazos, dos ejércitos rivales lanzarse el uno contra el otro.

Oia claro el sonido trémulo de los clarines, el ruido de los carros que corrian, el silbido de las balas, y contemplaba montones de cadáveres que producia el choque tremendo de los escuadrones furiosos.

II.

Con nuestros ejércitos vencedores vagué por la Europa esclavizada, recorrí la tierra antes de recorrer la vida; y siendo aun niño, se reunian á mi alrededor los viejos para oirme referir lo mucho que habia visto en mis años infantiles.

Atravesé diez pueblos vencidos, y el temeroso respeto con que nos miraban asombró mi niñez; estando en la edad de ser protegido, parecia que yo iba á proteger, y cuando balbuceaba el nombre querido de Francia veia palidecer al extranjero.

Visité la isla, cubierta de ruinas, que fué más tarde el primer escalon de una profunda caida. El alto Cœnis, cuyas lejanas rocas visita el águila, oyó desde su antro, en el que gruñe la avalancha, sus témpanos crugir al soportar el peso de mis piés infantiles.

Hácia el Adige y el Arno, ví desde las riberas del Ródano á la augusta Babilonia del Occidente, á Roma, siempre viva en el fondo de sus tumbas, reina del mundo todavía, sobre las ruinas de un trono y con la púrpura desgarrada.

Despues llegué á Turin, y á Florencia, la ciudad de los placeres, y á Napoles, de riberas embalsamadas, de las que no huye nunca la primavera, en las que el Vesubio ardiendo las cubre de un dosel ardiente, como el guerrero envidioso, al presenciar una fiesta, arroja en medio de las flores su penacho sangriento.

Me acogió la España, que estaba entregada á la conquista. Visité á Vergara, donde rugia la tempestad, y desde lejos tomé al Escorial por un sepulcro, y el acueducto triple me hizo inclinar la cabeza ante su frente imperial.

Allí ví las hogueras de los vivacs militares ennegrecer los muros de las ciudades solitarias; la tienda de campaña invadir el terreno de la iglesia, y oí las risas de los soldados, que el eco repetia en los santos monasterios.

III.

Regresé, trayendo de mis escursiones lejanas como un haz vago de luces inciertas. Soñaba, como si hubiera durante todo ese tiempo encontrado al paso las mágicas fuentes cuya agua embriaga para siempre.

La España me enseñó sus conventos y sus cárceles; Burgos su catedral con

agujas góticas, Irún sus techos de madera, Vitoria sus torres y Valladolid los palacios, orgullosos de dejar oxidar las cadenas en sus patios.

Mis recuerdos germinaban en mi imaginacion calenturienta; iba siempre distraido cantando versos con voz apagada; y mi madre, que me espiaba en secreto, llorando y sonriendo, decia:—"Le habla una hada que no vemos„.

1823.

ODA DÉCIMA.

A G..... Y.

O rus.
VIRGILIO.

Existen para todo mortal dias de paz, de embriaguez y de misterio, ya la alegría ilumine sú existencia, ya se agite en un círculo de dolores; en esos dias el corazon saborea involuntario encanto, el aire vibra animado por inefables acordes, como si el alma feliz oyese en el mundo el ruido vago y lejano de la ciudad de los muertos.

En ellos con frecuencia, domando mis ahogados dolores, se me apareció la felicidad como un castillo de hadas, con muros de nácar, de movibles colores, con torres, con puertas de oro, con trofeos, con árboles maravillosos y con mágicas flores.

Despues... de repente, todo desapareció; sobre informes escombros ví pasar ante mi vista pálidas sombras, unas tras otras; el cielo quedó velado con nebuloso crespon, enlutados espectros poblaban desiertos sombríos, y una tumba se elevaba sobre el palacio arruinado.

Hermoso valle! muchas veces dejé en tu pradera, como corriente murmuradora, errar mis ilusiones y mis sueños; no olvidaré nunca esos fugitivos instantes, y tu recuerdo será para mí como un sonido triste y grato que se está oyendo durante mucho tiempo.

1823.

ODA UNDÉCIMA.

Paisaje.

Hoc erat in votis!
HORACIO.

Cuando era niño me decia la Musa:—"Ven, ven á ver al hermoso génio que se sienta en mi altar. No te rehusaré ninguno de mis tesoros, ya el altivo clarin, ya la modesta gaita esperen tu soplo inmortal.

„Pero huye del mundo mezquino la impura turbulencia; en él se arrastran los ingratos, en él imperan los perversos. Cuando un alma se lanza en un laud inspirado, es preciso que, al oirle silenciosamente, el eco repita sus cantos.

„Elige algun desierto para esconder en él tu vida; á su sombra sagrada lleva tu antorcha. ¡Feliz el que lejos de la multitud esclava, ocultando sus cantos á la envidia, lega su gloria á su sepulcro!

„El horizonte de tu alma está más arriba de la tierra; pero busca para tu pensamiento un mundo armonioso, en el que, exaltándole, encante tu austero corazon, en el que de santas claridades te ilumine el suave reflejo.

„Elige un fresco valle que sea tu apacible retiro, en el que entre los escaramujos, los sauces y las espadañas creas ver esos palacios mágicos que surgen de los rastrojos en los milagrosos cuentos de las viejas.

„En el que se eleve una torre arruinada en el flanco de la montaña, que sombree las aguas de azulado lago; y en el que, en el fondo del campo, una hoguera de pastor, como amigo que nos acompaña, alumbre la oscuridad de la noche.

„En el que, cuando despiertes por la mañana, los cantos de las jóvenes madres te anuncien que amanece; en el que corra un arroyuelo, entre los árboles y

las flores, como entre dulces afanes y entre amorosas quimeras pasan la esperanza y el amor.

„Sobre todo ríndeme culto lejos del mundo: sé el ardiente profeta que vió el cielo abierto, cuyos ojos, en la oscuridad de la noche, brillaban como llamas, y que llevando el alma llena del santo espíritu, iba hablando por el desierto.„

Así me hablabas, Musa; y sin embargo, la ciudad tumultuosa á mi alrededor dejaba escapar su vocerío, y no huí al apacible valle, y no busqué la callada soledad.

No te obedecí, porque para llegar á la meta de mis deseos me concedió el cielo un guia celestial, y para mí el aire más puro es el aire que ese ángel respira, y bebo la felicidad en su sonrisa y todos mis sueños en sus ojos.

1823.

ODA DUODÉCIMA.

Otra vez á tí.

Ahora y siempre.
DIVISA DE LOS POMFRET.

A tí, siempre á tí, cantará mi lira el himno del amor. Ninguna otra mujer puede inspirármelo. A tí, cuya mirada alumbra mi oscuridad, cuya imágen brilla en mis sueños.

Tus cariñosas plegarias me protejen y velas por mí cuando se duerme mi ángel custodio; y cuando llega á mi corazon tu voz digna y penetrante, al combate de la vida provoco á mi destino.

¿No te reclama una voz desde la region celeste? ¿No eres una flor exótica en los campos de la vida? Hermana de las vírgenes del cielo, tu alma es para la mia el reflejo de su pureza y el eco de sus cantos.

Cuando tus hermosos ojos negros me contemplan, cuando me roza al pasar la seda de tu traje, creo haber tocado algun velo del templo, y digo como Tobías: "Un ángel brilla en mi noche.„

Cuando disipaste las nubes de mis dolores, comprendí que tu suerte venia á unirse con la mia; así como el pastor, cansado de un largo viaje, vió llegar hácia la fuente una vírgen.

Te amo, como se ama á un sér sobrehumano, como á cariñosa hermana esclavizada á mi suerte, como se ama al último hijo que se tiene en la vejez.

Dios mio! llenad su vida de paz y de goces, bendecid sus dias, porque ellos os pertenecen, porque su alma justa pide á la virtud que le revele el secreto de la felicidad.

1823.

ODA DÉCIMA-TERCERA.

Su nombre.

Nomen aut numen.

El perfume puro del lirio, el brillo de la aureola, el último rumor del dia, el primer sueño de un niño, el adios misterioso de la hora que se vá, el contacto de un beso de amor, todo cuanto es dulce y grato al pensamiento, todo es menos dulce que su nombre.

Lira, pronúnciale en voz baja, como se reza una oracion, pero hazlo resonar en todos tus cantos; que sea del templo oscuro la escondida luz; que sea la palabra sagrada, que en el fondo del santuario repite siempre la misma voz.

Amigos mios, para que con palabras de fuego, extraviando su vuelo mi Musa, se atreva á mezclar con nombres que el orgullo profana el casto nombre que el amor en mi alma ocultó como sagrado tesoro,

Será preciso que los himnos que yo entone, como cánticos santos, se escuchen de rodillas y que conmuevan los aires con su voz solemne; como si, sacudiendo

sus invisibles alas, pasase un ángel cerca de nosotros.
1823.

ODA DÉCIMA-CUARTA.

Accion de gracias.

Ceux qui auront semé dans les larmes moissonneront dans l' allegresse.
PSALMO CXXV, 5.

Señor, habeis empujado al puerto mi esquife errante; hicísteis reflorecer mi seco tronco; os bendigo, Señor; de mi moribunda lámpara vuestro soplo ha reanimado la luz.

Sorprendido por el huracan, como el águila al que éste destroza las alas y que cae desde la copa de una encina hasta el pié de un arbusto, débil niño, sufrí de las desgracias la ley cruel, y la tempestad me asaltó cuando bogaba en la cuna.

Sí; la vida empezó para mí desde la infancia, aunque el cielo quiso siempre mecerla entre flores, aunque quiso que nunca el sér débil y sin defensa sufriera en sus primeros dias la amargura del infortunio.

La juventud risueña me trajo los delirios de un porvenir de gloria, de amor y de orgullo; pero cuando mi ardiente corazon perseguia esos hermosos sueños, ¡ay! tropezó en su carrera con un féretro.

Entonces me desterré del mundo y de los hombres, tranquilo, porque mi dolor no dimanaba del remordimiento, y de lejos acompañé á las pompas funerales con el himno del huérfano, que los muertos oyen.

Mirando al cielo caminaba hácia el abismo; y muchas veces, desafiando la injusticia de mi suerte, brotaron llamas de mi pensamiento íntimo y descendió hasta mi frente la lengua de fuego.

Entonces mi espíritu comprendió el santo delirio de Pathmos, el espanto que le precede y el espanto que le sigue, y mi alma estaba triste, y los cantos de mi lira eran como voces que lloran de noche.

Señor, ví sin murmurar desvanecerse mi alegría, y ví el abandono á que me habíais condenado, sin quejarme; tenté en el desierto el triple camino, y no maldije la hora del dia en que nací.

Hé aquí la verdad que revelo al mundo: al ver mi vida vacía me acordé del cielo. Load á Dios! La oveja acude cuando el cordero la llama; llamé al Señor, y el Señor vino.

Vino y me dijo:—"Ya ves, hijo mio, que mi ley no es dura: hasta en la noche de tu vida pudiste seguir mi camino; te ceñirás, pues, de los dichosos la túnica deslumbradora, y entre los inocentes te lavarás las manos.„

No quiero ya desde lejos ofrecerte mi pobre vida, gloria, inmortal reflejo de la lámpara eterna, huella brillante y pura que deja el génio en su carrera, ó rayo maravilloso, que emana de una tumba.

Un ángel sobre mi corazon ahora plega sus alas; para ella un huérfano no es un extranjero; las horas de mis dias son hermosas á su lado, porque su yugo es tierno y su peso ligero.

Señor, habeis empujado al puerto mi esquife errante; hicísteis reflorecer mi seco tronco; os bendigo, Señor; de mi moribunda lámpara vuestro soplo ha reanimado la luz.
Agosto 1823.

ODA DÉCIMA-QUINTA.

A mis amigos.

¡Sin subir al carro del triunfo muere el poeta creador; su siglo está demasiado cerca de su gloria para poder medir la altura de ésta. Es Belisario en el Capitolio; la multitud inciensa á cualquier ídolo, pero solo al pasar arroja un óbolo al mendigo triunfante.

Amigos, en mi tranquilo retiro me separo de todos los disgustos que os afligen; en él paso serena y secretamente la vida; en él tengo altares para todos los dioses. Encadenado el mirto con el laurel, crece en él á la sombra de la encina; junto á Horacio con Mecenas y pongo á Corneille sin Richelieu.

Allí misteriosamente desciende mi Musa, franca y altiva; como imágen brillante é incomprensible de los ángeles que desconoce el hombre, vierte sus rayos misteriosamente, y sus alas castas no permiten que la tierra toque sus piés blancos y desnudos.

Allí dejo libremente correr mi inspiracion, y en el seno hospitalario de mi retiro te sientas algunas veces, padre mio, como un antiguo caballero. Mi familia constituye tu modesto imperio, y mi hijo, sonriéndose, se duerme á los sonidos de mi lira, mecido en tu viejo escudo.

Agosto 1823.

ODA DÉCIMA-SEXTA.

A la memoria de un niño.

Qui es in cœlis.

Estarás viviendo, niño, entre los soles, en las esferas, en las estrellas, en los pórticos de azur, en los palacios de zafir, entre los santos rayos, entre los sagrados velos que céfiro eterno agita;

En el torrente de amor en que se anegan las almas, en el que aspira el fuego el serafin; en el orbe llameante, que sin cesar dá vueltas alrededor del trono ardiente.

Niño, en ese mundo augusto nada es efímero; en la dicha que allí se goza no cae ninguna gota de hiel; pero privado de la sonrisa y del cariño de tu madre, eres huérfano en el cielo.

Octubre 1823.

ODA DÉCIMA-SÉPTIMA.

A una niña.

Tú, que no sabes lo hermosa que es la niñez, no envidies nuestra edad de dolores, en la que el corazon es á un tiempo esclavo y rebelde, y en la que nuestra risa es muchas veces más triste que tus lágrimas.

Tu edad inocente es tan hermosa que la olvidamos; pasa como una ráfaga de viento, como una voz alegre cuyo sonido se pierde al huir, como pasa un alción por el mar.

No tengas prisa de crecer ni de llegar á otra edad; goza de la mañana y goza de la primavera; tus dias los forman flores entrelazadas; no pretendas deshojarlas tú antes que el tiempo.

Goza de esos felices años, que demasiado pronto el destino te hará sufrir como á nosotros grandes pesares y te entregará á grandes sufrimientos y á placeres que inspiran lástima.

Entre tanto, rie; ya que ignoras lo que te reserva la suerte, rie; no entristezcas tu alegre fisonomía, ni esos ojos azules, que son el espejo de la paz y de la inocencia, que revelan tu alma y que reflejan el cielo.

Febrero 1825.

ODA DÉCIMA-OCTAVA.

A las ruinas de Montfort-L' Amaury.

La voyez-vous croitre,
La tour de vieux cloitre,
Et le grand mur noir
Du royal manoir?
ALFREDO DE VIGNY.

I.

Me recreo en contemplaros, ruinas, y sobre todo, cuando el otoño prolonga en vuestros ecos su monótono murmullo,

quisiera habitar en vuestros huecos que se derrumban, viejas torres, que el transcurso del tiempo inclinó una sobre otra y que, situadas en alta colina, pareceis desde lejos dos gigantes dispuestos á luchar.

Cuando pensativo, atravesando matorrales, subo á vuestra parte superior, me complace contemplar vuestras gastadas almenas, y la torre octógona, y sus enrojecidos ladrillos, y ver, á través de vuestras brechas rotas, cómo juegan niños donde morian guerreros.

No dejeis penetrar en vuestros muros á los que se rien de vuestra caida: dejad que solo el poeta penetre allí con su Musa, porque él á lo menos verterá una lágrima por la ruina de la vieja fortaleza, y cuando el aire frio de las noches silbe bajo vuestros arcos, creerá que una sombra pasa frotando la gigantesca armadura de Amaury, conde de Montfort.

II.

Muchas veces, recordando los tiempos pasados, me siento sobre una ruina que fué un dia muralla de ciudadela. Medito algunos ratos concentrándome; y entonces, la ciudad, tendida á mis piés y oculta detrás de los árboles, extiende sus brazos en cruz y se alarga como una espada, como si fuera el acero de un paladin olvidado en la llanura.

Vagan mis ojos, desde los piés de la antigua fortaleza, por los bosques alumbrados ó sombríos, segun la hora en que medito, por la iglesia gótica, que está acabando de arruinarse, y veo en su cementerio, bajo la arcada de piedra y delante de la capilla, ondular el suelo.

Hollando almenas, ojivas, astrágalos, cogido á las piedras como la hiedra, hasta lo alto de las murallas me elevo algunas veces; y allí mezclo mis cantos con el rugido del viento, y pláceme levantar mi voz hasta el cielo.

Allí algunas veces oigo el laud severo y melodioso de un amigo que le pulsa como en tiempos antiguos le pulsaba el trovador: hablamos de los héroes, hablamos de los caballeros, de las infelices huérfanas; y el viento, que se estrella en el ángulo de las ruinas, gime en las altas copas de los álamos.

Octubre 1825.

ODA DÉCIMA-NOVENA.

El viaje.

I.

El caballo hace sonar el arnés que sacude, y el relámpago que sale del empedrado salta bajo de la rueda; ¡es preciso partir! adios! Lanza el temor de tu corazon inquieto, no seas débil... ¿Pero qué es esto? el carro se mueve, se me lleva y te deja... ay! ¡creí que él te olvidaba!...

Síguele mucho tiempo con la vista mientras puedas oirle; no te vayas antes de que ceses de oir las pisadas de los corceles... el uno al otro nos perdemos ya de vista; yo no veo ya flotar lejos de mí tu blanco traje, y tú no oyes rodar el vehículo que huye...

¡No oigo ya ni un ruido, no veo ya ni una sombra! La ausencia extiende sobre mi alma su sombría noche; cada paso que doy me sumerge más en ella, y á su antro infernal, lleno de dolores y de tormentos, de angustias y de quimeras, desciendo vivo.

II.

¿De qué me servirán ahora mis inútiles pensamientos? ¿Dónde está tu frente que se posaba bajo mis manos entrelazadas? ¿Qué haré de mis pesares, que serán más amargos lejos de tí? ¿qué haré de mis ojos, cuyas llamas se encienden con tus miradas?

Mi vista distraida sigue en el espacio cada árbol del camino que aparece y que pasa; sigue á los bosques, sigue á los trigos de la llanura, á las montañas, á la brillante estrella de la tarde, á los altos campanarios y á las ciudades que vela la bruma en el horizonte.

¿Pero qué me importan los bosques, el

trigo, las montañas, el astro que nace y el astro que muere, si tú no los puedes ver? ¿Qué me importan las ruinas feudales de los castillos, si sus musgosos restos no oyen en las baldosas tus ligeros pasos al lado de los mios?

Y como hoy, mañana y otros dias despues, tendré que ver solo, lejos de tí, nacer y morir la aurora, sin contemplar tus sonrisas ni tus miradas, sin oirte caminar á mi lado cuando sueño, sin que tu tierna mano, cuando levanto la frente, se pose jugando en mis ojos.

Sin embargo, á pesar de lo que sufro, debo, cuando te escriba, devolverte la alegría, diciéndote:—"Consuélate, que yo estoy tranquilo; viviendo inquieto como vivo desde que estoy lejos de tí, creyendo que te asaltan muchos disgustos, cada hora que pasa es una espada suspendida sobre mi cabeza.„

III.

Qué harás en estos momentos? Quizás cerca del hogar, con mi carta desplegada y siguiendo con la vista el camino que me separó de tí, dirás:—"Dónde estará? Dios quiera que encuentre en todas partes tiernos cuidados, corazones que le aprecien y una huéspeda que, como yo, tenga ausente al sér querido.

„Con qué rapidez se aleja! Estoy seguro de que ha pasado ya de la ciudad lejana, de los bosques, del puente, y que quizá en estos momentos entra en el valle, en el que una cruz siniestra indica al viajero que allí el año pasado... ¡Dios quiera que esté ya lejos de allí!...„

Y mi padre, enjugándose una lágrima, te invita sonriendo á sonreir á tu hija:—"Tranquilizaos, que pronto le veremos volver. Estará contento y tranquilo; quizás visitará en estos momentos la tumba de algun antiguo héroe, ó rezará ante un altar por vos. Porque sabeis, hija mia, que le enamoran las almenas, los pórticos y todos los restos artísticos, como con frecuencia lo dice sentado á vuestro lado.„

IV.

Despues el veterano, engañando tu afliccion, te cuenta su vida de batallas y te habla del emperador como de la maravilla de este siglo, pero te habla de todo esto en voz baja, por miedo de despertar á tu hijo, que está durmiendo en tus brazos.

1825.

ODA VIGÉSIMA.

Paseo.

Voici les lieux chers á ma rêverie, voici les pres dont j' ai chanté les fleurs...

AMABLE TASTU.

Cíñete el velo de gasa de púdicos colores, en el que tu fecunda aguja tantas flores sembró; ven á respirar á la sombra de los plátanos; cúbrete con ese tisú, que es una alhaja de Cachemira, que quizás haya ocultado el puñal de algun emir ó haya cubierto el seno de algun sultan celoso.

Mira cómo humean las cabañas á los últimos resplandores del sol poniente; el humo sube y se disipa, como nuestros pesares, como nuestras alegrías, como la gloria y como la ambicion: brillamos á nuestra vez, y somos juguetes de una loca esperanza; como el último rayo del sol y como el último viento de la tarde, brillamos, humeamos y desaparecemos.

Es para mí muy grato, á la hora en que el dia muere en el lejano horizonte, al lado del corazon que late por mí, extraviarme por la llanura, vagar contigo libre de enojos, y ver que tú, pensativa, exhalas á la brisa de la noche el perfume de tu aliento.

Por esta dicha, en la que soñé desde la infancia, sufrí mucho tiempo y todo lo afronté. En nuestros tiempos de furores civiles te debo la paz, que nada consigue perturbar. Ya no hay vacío en mi vida, porque tú has sabido poblar sus desiertos.

Rápidamente las estrellas van apareciendo en el cielo. Así cuando un gran festin decora una rica morada, frecuentemente se vé que los convidados que tienen más prisa se sientan al banquete antes de la hora.

Mira, es un meteoro! Brilla y se apaga; como él, hombres ilustres, víctimas de enfermedad secreta, brillan y descienden á la tumba.—El vulgo ignora lo que es, y sigue impertérrito su camino; al labrador que trabaja encorvado sobre el surco, ¿qué le importa la estrella que cae?

Tú no eres así; en tí nobles lágrimas honran las desgracias; tú gimes con el poeta, tú compadeces á la víctima, y sobre todo á los verdugos; tú visitas muchas veces la tumba de los héroes, silenciosa, pero no muda.

Si algun castillo antiguo, ante tus pasos distraidos, levanta su torre negra entre tupidos bosques lejos de la ciudad, te paras de repente, le contemplas, y tu vista busca, al través de las almenas de la torre, el pálido resplandor de la luna.

Yo te inspiré cariño á los viejos castillos, á esos templos en los que en otros dias rezaban los jóvenes, armados caballeros por sus padrinos; yo te inspiré cariño á esos palacios, en los que algunas veces el poeta adormecido sintió en su boca entreabierta caer el beso de una reina.

Mas regresemos ya; el cielo vá cubriéndose de sombras y el débil esquife que debe conducirnos chispea en las aguas del lago; esa barca se asemeja á nuestros dias inconstantes que flotan en la noche sobre el abismo del tiempo; el abismo es el que impulsa la barca.

La vida incesantemente huye hácia la eternidad, y el cuerpo, cuando le abandona el alma, se queda en el mundo como frívola envoltura: así, cuando muere la pintada rosa, sus hojas, que en vano rocía la aurora, caen, y su fragancia se eleva al cielo y se disipa.

Octubre 1825.

ODA VIGÉSIMA-PRIMERA.

A Ramon, duque de Benav.

Por la boca de su herida.
GUILLEN DE CASTRO.

Comprendí tu sonrisa, semejante á la risa del sentenciado, cuando las frases que le condenan resuenan en su oido. Estrechando tu mano convulsiva, comprendí tu dolor y tu profunda mirada, que semejante al relámpago en las nubes, brilla sobre mares desconocidos, pero no deja descubrir su fondo.

"Por qué me han de compadecer?, me dijiste; yo no me he quejado; jamás bañaron mis lágrimas la mano de un hermano ni la de un amigo. Ya que me roban la alegría de la vida para siempre, no quiero que me compadezcan; pago bastante caro mi infortunio para que nadie me reclame la mitad de él.

„Acaso vale tanto la vida? ¿Se llama esto desgracia? Sí; lo que para el hombre tiene encanto, para mí solo encierra fastidio y dolor. No sobrenadan de mi pasado los sueños vanos de la edad juvenil; el amor extinguió para mí sus llamas, y nunca la voz de una mujer pronunciará mi nombre con cariño.

„Jamás tendré esposa ni tendré hijos; ningun corazon latió junto al mio; jamás una mujer celosa me preguntó:—dónde vienes? Perdí todas las esperanzas. Mi porvenir sombrío y funesto no me ofrece dias alegres; por mi horizonte tenebroso pasaron muchos espectros fúnebres, pero nunca pasó la sombra que yo soñaba.

„Por eso no incliné la cabeza, pero la mano de mi destino aciago vuelve á caer más pesada sobre mi frente erguida. A la juventud que desaparece, á la gloria, al frívolo placer, he dado mi último adios con altivez. Están marchitas para mí todas las flores.

„Si somos esclavos de una ley fatal, debemos saber callar nuestros sufrimien-

tos; ¿por qué quereis que haga alarde de la magulladura que me producen las cadenas? Al mundo, que le desagrada la miseria, ¿qué le importa mi secreta llaga? Dejadme todos, debo vivir aislado; marchaos de aquí; prefiero sufrir á que me consuelen.

„No pertenezco ya á la vida. ¿Qué os importa si algunas veces mis ojos lanzan miradas sombrías ó alegres? ¿Qué importa, cuando la copa está vacía, que sus bordes en los labios ávidos dejen una gota amarga? ¿Venció al oleaje tempestuoso el bajel perdido en los mares por conservar todavía el mástil?

„¿Qué importa á nadie mi solitario duelo? Otros pasan dias más felices, porque el ruido del mundo lo constituye un concierto de risas y de lloros. Quiero, como todos los hijos de Eva, llevar mi peso hasta la noche, sin que nadie me ayude; á la multitud que pasa y muere, ¿qué le importa en el umbral de qué tumba mi sombra se sentará?...„

Así, cuando suspiras en voz baja, salen sollozos de tu corazon, como los sonidos se escapan de las liras, como los murmullos salen de las olas. Tu infortunio es tu gloria. Las frentes que marcó la victoria no se coronan de flores. Han desterrado la alegría de tu existencia; pero tú ya sabes que el génio con lloros preludia sus cantos.

Como el arado de hierro desde el amanecer huella la tierra, la abre y está profundizando aun el surco al ponerse el sol; así, á cada hora que te se concede, el infortunio encarnizado te persigue más cada vez; pero si desgarra tu alma, la desgarra para fecundarla.

Noviembre 1825.

ODA VIGÉSIMA-SEGUNDA.

El retrato de una niña.

I.

Sí, esa es su frente, esa es su sonrisa, esas son sus frescas mejillas, esa es la hija que yo lloro y á la que protege un espíritu celeste; en sus hermosas facciones se ven los rasgos de los rostros de las santas falanges; como poeta, creo ver en el retrato un ángel, y como padre, encuentro en él á mi hija.

Adivínase en sus ojos de miradas puras que al paraiso, de donde desciende su alma, dió un reciente adios; sus miradas, que irradian extraña alegría, parece que perciban aun la quimera de volver á ver en su tierna madre á la Madre casta del Niño Dios.

Parece que esté escuchando el coro de voces celestiales, y que oiga en lontananza que le llaman las vírgenes del cielo; al contemplar su alegre mirada y su cándida sonrisa, estamos tentados de preguntarle:—"Angel, ¿qué martirio sufriste y cómo te llamas en el cielo?„

II.

Artista, cuyo pincel me la retrató con tanta hermosura, tú la pintaste y yo la canto, porque tu obra no perecerá; la dotaste de fuerza viril y de gracia, tus colores son armoniosos, y se conoce que desde tu niñez puso el génio la llama de la inspiracion en tu frente.

Sin duda alguna hada, que descendió desde la nubes hasta tu cuna, de los siete colores del arco iris, de las rosas húmedas de la mañana y de las luces de la aurora boreal, te creó ideal paleta, para que con ella pintase tu mágico pincel.

Noviembre 1824.

ODA VIGÉSIMA-TERCERA.

A la condesa A. H.

Ya sea apacible ó alegre el sueño que esta noche ilumine tu imaginacion, te lo traerá la felicidad; lejos del esposo, que hoy aun solo es amante, duerme tranquila; pasa suavemente tu última noche virginal.

Duerme, que vigilamos por tí, hasta que amanezca el deseado dia; tu destino

te vá á enlazar con mi familia, y ante el altar te convertirá en mi hermana; la voz del sacerdote solo será el eco de la voz que en mi corazon me llama hermano tuyo.

Duerme aun esta noche con sueño puro y tranquilo, que mañana ya te entregarás á los juramentos, á las caricias de un esposo y á la alegría, y renacerán en tu pecho inquietos suspiros, cuando su mano, de tu frente ruborizada, haga caer la trémula corona.

Permita el cielo que desde mañana alumbre tu existencia el sol de la dicha; que no se eclipse nunca, y brille para tí como un hermoso sueño. Duerme en paz esta noche, en la que estamos velando él y yo; yo que te canto y él que te ama.

Diciembre 1827.

ODA VIGÉSIMA-CUARTA.

Lluvia de estío.

La tarde está fresca y luminosa; ven, ha llovido esta mañana; en los frescos tapices de musgo se destacarán tus blancos piés. El pájaro vuela por entre las ramas; sacudiendo las alas aun mojadas, oye el ruido del viento, canta y ve en su nido gotas de agua, brillantes como perlas.

Despues que las nubes vertieron la lluvia, el cielo vuelve á adquirir su azul diáfano, y los campos fecundados brillan como si estuviesen bajo una red de plata. El arroyuelo de la llanura ha crecido una hora antes, corre y arrastra hebras de yerba, y precipitando su corriente en los guijarros que inunda, forma Niágaras para las hormigas.

Las corrientes han lavado la arena; hasta el sol suben los vapores, y el horizonte poco á poco se vá oscureciendo: solo se ven veladas estrellas, confusas, brillar como puntos luminosos, y los montes salen de la bruma, y chorreando agua, que cae sobre los techos de pizarra, los hace chispear.

Ven á vagar conmigo por la llanura húmeda; á esta hora estaremos solos; apóyate en mi brazo; vamos á pasear por debajo de los tilos. Pálido el sol ya declina; antes que abandonemos esta colina, vuelve un momento la cabeza para ver la ciudad de oro destacándose en el cielo negro, con sus palacios y sus cabañas resplandecientes.

Mira las nubes de humo que salen de los techos y que la niebla moja; allí viven esposas queridas, corazones tiernos y resignados. ¡Es muy hermoso ver el sol tras la lluvia!... ¡Mira cómo se vá ocultando!... En la ciudad, que bañan sus últimos rayos, se ven éstos lucir en las ventanas, como ojos en la frente de las torres.

El arco iris! El arco iris!—Míralo. Mira cómo se redondea en el espacio... Algunos beneficios nos reserva Dios despues de los truenos y de los relámpagos. Muchas veces, eternas esferas, mi alma ha deseado tener alas para ascender hasta vosotras, para saber á qué mundo conduce ese arco luminoso, ese arco inmenso de algun puente del cielo!

Junio 1828.

ODA VIGÉSIMA-QUINTA.

Sueños.

En la amena soledad
de aquesta apacible estancia,
bellísimo laberinto
de árboles, flores y plantas,
podeis dejarme, dejando
conmigo, que ellos me bastan
por compañía, los libros
que os mandé sacar de casa;
que yo, en tanto que Antioquía
celebra con fiestas tantas
la fábrica de ese templo
que hoy á Júpiter consagra,
. . . .
huyendo del gran bullicio
que hay en sus calles y plazas,
pasar estudiando quiero
la edad que al dia le falta.

CALDERON. *(El mágico prodigioso.)*

I.

Amigos, lejos de la ciudad, lejos de los palacios reales, lejos de la corte servil, lejos de la muchedumbre, buscadme y me encontrareis en los campos, en que el alma ociosa se recoge para soñar;

en la apartada playa, adonde no lleguen el viento ni el ruido del mundo.

En algun asilo salvaje que sirviera de refugio en otro tiempo, en un puerto, en un nido de ramas, en una casa en el bosque sombrío y pacífico, lleno de espesos árboles y oculto en el silencio y en la sombra.

Que allí, siempre fiel á los que me aman, se ciernen mis versos y se paran, ya sobre una rosa, ya sobre la cima de un monte, y pueden con audacia, libres de todas las trabas, con infatigable vuelo, perderse en el espacio como los pájaros.

II.

Que allí un sueño hasta el cielo me levanta; sueño amoroso que jamás termina, y vuelvo á soñar por la noche lo que soñé de dia. Un sueño tan blanco como el velo que se extiende en el horizonte, que cubre una estrella, y que es como una cortina tirada entre la vida y yo.

Deseo que la luna que desciende, para brillar en mi noche, le dore y le prolongue, y tema despertarme de él. Deseo que todos mis pensamientos vayan allí á desplegarse y se sienten abrazándose en círculo en mi hogar, y encadenados á mi sueño, le mezan inclinados, como los hermanos mayores mecen á sus hermanos niños.

III.

Creemos en los acantilados, creemos en los bosques ver el cielo más cerca, porque en ellos respiramos con más libertad, porque en ellos nada nos pesa. En ellos sucede como en el sueño; cada voz pronuncia palabras, todo habla, se eleva un canto desde las olas hasta la playa y desde el aire hasta los árboles.

Suena allí una voz profunda, un coro universal; es el globo que ruge, es el balanceo del mundo en el Océano del cielo. Es el eco magnífico de la voz de Jehová, es el himno seráfico del mundo pacífico, en el que, sorda á lágrimas de mujeres, á quejas y á sollozos, el alma se confunde con las otras almas, como la llama con las llamas, como la ola con las olas.

IV.

A todas horas se oye en el desierto ese vasto ruido. Paris, loca morada, para esa voz que llora nos dá vasto concierto. Pláceme en la antigua Bretaña alguna roca batida por las olas, algun bosque céltico, algun torreon gótico, con tal de que la torre hospitalaria, donde establezca mi nido, tenga, como un antiguo caballero, un penacho de hidra en su frente de granito; con tal de que, blasonada con un escudo, la gran chimenea abierta se ilumine devorando una encina entera; con tal de que altos y espesos árboles me den sombra en el verano; con tal de que en invierno, alrededor del encendido hogar, se siente toda mi familia.

V.

Si volando mi Musa lleva su nido tan querido y su familia alada al salon derruido de antiquísimo baron, será porque soy apasionado de esa pasada edad, que era más bella, si no mejor que nuestros siglos más sábios; soy apasionado de las ruinas; soy como la golondrina, que levantando el vuelo desde una torre, muchas veces, por salvarlo de los vientos, busca para cobijar su nido el antiguo nido de un buitre.

VI.

Ligados así en un haz, reverdecerán mis dias en el soberbio torreon, como las matas de yerba en las brechas de las torres; pero ya viva en castillo, ya viva en cabaña, apartado del mundo, viviré de luz, de éxtasis y de poesía, olvidando y olvidado.

Junio 1828.



BALADAS.

1823—1828.

BALADA PRIMERA.

Una hada.

...La reine Mab m' a visité. C' est elle
Qui fait dans le sommeil veiller l' ame inmortelle.

EMILIO DESCHAMPS.

Pláceme que en dulce sueño, una hada de cuerpo diáfano, como flor que se marchita, incline su frente sobre mí.

Esa hada, pulsando mágico laud, me refiere en gratas armonías, paladines, vuestras leyendas, que no nos atreveríamos á creer si vuestra historia no fuera tan maravillosa.

Esa hada es la que me liga á todo lo antiguo que reverenciamos é impulsa mi mano á tocar el arpa del trovador y el guantelete del caballero.

En el desierto donde se me aparece y donde se oculta, hace que, para mí, de cada rayo brote una llama y de cada ruido una voz.

Esa hada en las revueltas olas murmura, saliendo de las rocas, y ávida por complacerme, suspende á la argentada cigüeña en la veleta del oscuro campanario.

En invierno, cuando chisporrotea mi hogar, viene á agazaparse en él y me enseña, en el chispeante cielo, la estrella que brilla y que se apaga, como ojo que vá á dormir.

Cuando por paises silvestres vago buscando antigüedades, cercándome ella de espejismos, hace mugir al viento debajo de las arcadas, como si fuese el ruido del torrente de los años.

Cuando velo durante la noche, trae á mis oidos ladridos confusos, y para halagarme, durante la calma de la tarde, me trae el sonido lejano de la bocina hasta el fondo de los bosques.

Pláceme que en dulce sueño, una hada de cuerpo diáfano, como flor que se marchita, incline su frente sobre mí.

1824.

BALADA SEGUNDA.

El silfo.

Le vent, le froid et l' orage
Contre l' enfant faisaient rage
—Ouvrez, dit-il, je suis nu!
LA FONTAINE.

"Tú, que al través de los vidrios de tu ventana, como soñada sílfide, te apareces á mis ojos, ábreme! Es de noche y tengo miedo, porque la noche, poblando el aire de fantasmas lívidos, cubre las almas de los muertos de vaporosas gasas.

„Hermosa jóven, no soy de esos peregrinos que os cuentan en largas veladas sus luengos viajes; ni soy uno de esos paladines que las beldades aman y temen, cuyo cuerno, despertando á pajes y á dueñas, turba la hospitalidad con su llamamiento á la guerra.

„Ni llevo baston pesado, ni temida lanza, ni larga cabellera negra, ni barba blanca, ni religioso rosario, ni espada vencedora. Mi soplo es imperceptible y solo arranca á la bocina guerrera burlon murmullo.

„Soy hijo del aire, soy un silfo, más leve que un sueño, hijo de la primavera que llega y del primer albor de la mañana; soy el huésped del tranquilo hogar durante las noches de invierno, soy el espíritu que el rocío exhala cuando le hiere la luz, soy el diáfano habitante del invisible éter.

„Esta tarde dos amantes felices con voz solemne hablaban en voz baja de su amor eterno; yo lo oia todo, porque me paré cerca de ellos; y con un beso me prendieron las alas, y llegó la noche antes de que pudiera recuperar mi libertad.

„Ya es tarde para que entre en el boton de la rosa que me cobija; ábreme, que ya estará cerrado mi asilo. Recoge á un hijo del dia, que se extravió durante la noche; permíteme que hasta mañana descanse en tu lecho; ocuparé poco sitio y no haré ruido.

„Han seguido mis hermanos la pálida luz del ocaso, y del nocturno rocío se han escondido en las lágrimas, ó las flores les han abierto sus suaves cálices... ¿Dónde me he de retirar? Ya no hay rocío ni flores en el campo, ni claridad en el cielo.

„Abreme, que vá cerrando la noche y no quiero ser su víctima; ya aparecen espectros blancos y fantasmas negros, y los buhos del sepulcro, y los buhos de los montes.

Esta es la hora en que los muertos danzan vacilantes. La pálida luna los contempla inmóvil, y el horroroso vampiro, levantando con fuerza una losa inútil, arrastra á su tumba abierta al trémulo sepulturero.

„Enanos monstruosos, los gnomos, á su abismo sin fondo van á descender. Fantásticos meteoros brillan entre las cañas. Con la fresca ondina se junta la ardiente salamandra, y llamas azules y siniestras pasan sobre las aguas.

„Ay! Si un muerto, entre sus huesos, me encerrara en su urna, ó un viejo nigromántico, burlándose de mi sobresalto, en la torre solitaria, donde se oye sonar la media noche, ligase mis alas apacibles á la siniestra campana!...

„Abreme la ventana!... porque si me rechazas, tendré que buscar asilo en los abandonados nidos de musgo y con los asustados lagartos tendré que trabar batalla... Abreme!... son puras mis miradas y pronuncio palabras tiernas, como las que el enamorado dice á su prometida en voz baja.

„Soy tan hermoso! Quisiera que vieses cómo mis alas, transparentes y frágiles, relucen á la luz del dia!... Soy blanco como la azucena, que de noche me sirve de asilo; y las rosas, sus hermanas, se disputan entre sí mi hálito perfumado y mi cuerpo resplandeciente.

„Deseo que un sueño hermoso te revele lo que soy. Comparadas conmigo, las mariposas son pesadas, los colibrís son feos, cuando, durante el dia, vuelo de flor en flor á visitar mis palacios.

„Tengo frio, la noche me hiela, y veo que te suplico en vano. ¡Si pudiera ofrecerte, para que me abras la ventana, mi gota de rocío ó mis corolas de oro!... Pero no; ahora no las tengo, porque cada sol me dá y me quita mi tesoro... será preciso que muera.

„Cuando duermas, ¿qué quieres que te traiga en cambio de la hospitalidad? ¿Quieres el ceñidor de una hada ó el velo de un ángel? Embelleceré tu noche con los resplandores del dia, y pasarás soñando, sin perder la felicidad, de los ensueños del cielo á los delirios del amor.

„En vano mi humedecido aliento empaña el cristal de tu ventana. ¿Crees, hermosa jóven, que la noche pérfida oculta, bajo la voz del silfo errante, á un amante seductor? No temas; soy débil y tímido; si mis alas proyectaran sombra, á mí mismo me asustarian.„

Diciendo esto, lloraba.—De repente se oyó una voz delante de la torre antigua que sonaba como llamamiento místico, una voz que quizá provenia de un espíritu. En seguida apareció la dama en la ventana gótica, pero no pude saber si la abrió para que entrase el silfo.

1823.

BALADA TERCERA.

La abuela.

Tu die; to sleep.
SHAKESPEARE.

“Estás durmiendo?... despiértate, abuela: otras veces cuando duermes meneas los labios, y con frecuencia parece que en tu sueño reces; pero esta noche te asemejas á una vírgen de piedra; tu boca está inmóvil y no se oye tu respiracion.

„¿Por qué inclinas hoy más la cabeza sobre el pecho? ¿Qué te hemos hecho para que no nos quieras? Mira, la lámpara palidece, el fuego del hogar humea: si no hablas, el fuego que se está consumiendo, la lámpara y nosotros dos moriremos.

„Si nos encuentras muertos al lado de la lámpara apagada, ¿qué dirás cuando despiertes? Tus hijos á su vez serán sordos á tus quejas. Para devolvernos á la vida, invocando á tu santa patrona, será preciso que nos estreches mucho tiempo en tus brazos.

„Danos tus manos frias y las calentaremos. Cántanos alguna leyenda de algun tovador; háblanos de los caballeros á los que servian las hadas, y que presentaban á sus damas trofeos en vez de ramilletes, y cuyo grito de guerra era un nombre de mujer.

„Refiérenos qué signo divino es funesto para los fantasmas; háblanos del ermitaño que vió á lucifer volando por los aires, y del rubí que brilla en la frente del rey de los gnomos, y de si el demonio teme más en sus dominios á los psalmos de Turpin que á la espada de Rolando.

„Enséñanos tu Biblia con sus hermosas láminas, con el cielo de oro, con santos arrodillados, con el Niño Jesús, el buey y los reyes Magos; léenos algunos pasajes en los que Dios nos habla en latin.

„No te despiertas, abuela? Poco á poco vá apagándose la lámpara, y las sombras empiezan á danzar en el hogar; quizás ya los malos espíritus van á entrar por la ventana... Acaba de dormir, interrumpe tu oracion; tú que nos tranquilizabas, quieres asustarnos ahora?

„Qué frios están sus brazos, Dios mio! Abre los ojos... Hace poco nos hablabas de un mundo hácia el que vamos poco á poco, del cielo, de la vida efímera, de la muerte... Dínos, abuela, ¿qué es la muerte?... No nos respondes?„

Mucho tiempo las dos voces sollozaron y gimieron. Despuntó el dia sin despertarse la abuela. La campana llenó los

aires de fúnebres sonidos, y por la noche un transeunte, desde la puerta entreabierta, vió ante la Biblia y al pié de la cama dos niños pequeños que rezaban de rodillas.

1823.

BALADA CUARTA.

A Trilby, el duende de Argail.

Tú eres duende.—Quién te trae? ¿Has venido en un rayo del sol poniente? Tocándome tu hálito me acaricia. Te descubres á mis ojos y me inundas de chispas. Tus extremecidas alas hacen el ruido melodioso de un canto.

Tu voz, sonando entre suspiros, me recuerda un acento conocido. ¡Hermoso Trilby, sé bien venido á mi soledad! Mi retiro hospitalario no encierra ninguna humilde batelera, á la que tu boca cariñosa bese el seno semi-desnudo.

Ven á buscar á mi hogar mi fuego fátuo que huye y á mi hada y á mi sílfide, que me visitan silenciosamente y que me traen complacientes en sus alas de colores, de dia dulces pensamientos y de noche dulces sueños.

¿Vienes para ver á mis ondinas, ceñidas de algas y de espadañas? ¿Vienes á ver mis enanos, cuyas voces juguetonas no me hablan más que cuando estoy solo? ¿Vienes á despertar á mis gnomos, á perseguir en el aire los átomos y á molestar á mis fantasmas, jugando con sus sudarios?

Huye de aquí! Los sitios que yo prefiero no admiten á semejantes huéspedes; crueles, han entregado al anatema á todos mis espíritus. Mi ondina está ahogada, y para obtener doble victoria han clavado las manos de mi hada cerca de mi murciélago.

Mis espectros, mis enanos, frágiles, gruñendo aun de coraje, no se atreven en lo alto de los torreones á llamarse unos á otros al sonido del cuerno; mi corte mágica, alarmada, ha abandonado sus armas, y á mi lloroso silfo le han arrancado las alas de oro.

Tú mismo temes su cólera, temes un combate desigual más que la voz centenaria que en otros tiempos vengó á Dougal, cuya humeante cabaña ve, durante la noche, sobre mojada roca, sentarse la sombra de Fingal.

Aquel que de tu montaña te ha traido á nuestros campos, tuvo como tú la esperanza por compañera. Mucho tiempo su madre la Francia vió pasar su amarga juventud en el destierro, al que, como Homero, solo llevó sus cantos.

A la vez triste y sublime, grave en su vuelo audaz, el poeta se enamora del abismo, del que huye el águila atrevida; le placen el perfume de las flores, el oro de los cometas errantes y el sonido de las campanas que se quejan al cielo.

Plácele el despoblado desierto, por el que vaga libremente y en el que huye de toda esclavitud; pero cuando le reclama el oprimido, el poeta se convierte en el alma de los pueblos, y llega á ser un azote que los tiranos no pueden evitar.

No corras errante al acaso, Trilby querido, que todo el mundo persigue á los duendes, y teme que te hagan sufrir el tormento que hicieron sufrir á mi silfo: si tuvieran el placer de apoderarse de tí, se complacerian manchando tu manto de moaré y tu penacho de rubíes.

Y para hacerte bailar con Fauna, te obligarian los sátiros y los silvanos á que dieses las manos cargadas de cadenas á las disecadas manos de sus marchitas náyades, que murieron hace dos mil años.

Abril 1825.

BALADA QUINTA.

El gigante.

Les nuées du ciel elles-memes craignent que je ne vienne chercher mes ennemis dans leur sein...
MONTENABRI.

Oh guerreros! Nací en el pais de los galos; mis abuelos traspasaron el Rhin como si fuese un arroyo. Mi madre, cuando era niño, me bañó en la nieve de los Polos, y con tres pieles grandes de oso adornó mi cuna.

Mi padre era muy fuerte, pero ahora le debilita la edad; van cayendo los cabellos blancos de su cabeza; está débil, es viejo, y su muerte está próxima, porque apenas puede desarraigar una encina para sostener sus pasos temblorosos.

Yo le reemplazo; heredo su jabalina, sus bueyes, su arco de hierro, sus hachas y sus collares; yo, que al suceder al viejo moribundo, puedo sentarme en la colina y extender los piés hasta el valle y con mi soplo terrible encorvar los álamos.

Siendo adolescente, de roca en roca me abria camino en lo alto de los Alpes; mi cabeza, como un monte, detenia las nubes; y muchas veces, espiando su paso por el horizonte, he cogido águilas con las manos.

Combatia la tempestad, y cuando lanzaba mi ardiente soplo, extinguia los relámpagos; y cuando gozoso, lanzando ante mí alguna ballena, el Océano abria ante mis pasos su vasta llanura, más que el huracan perturbaba yo á los mares.

Perseguia, cazando á la espera, al tiburon en las olas, al gavilan en los aires; el oso, ahogado entre mis brazos, moria sin una sola herida, y con frecuencia, durante el invierno, rompia, al morderme, los dientes blancos del lobo cerval.

Pero esos placeres infantiles han perdido ya para mí su encanto; hoy me entusiasma la guerra con todos sus horrores, las maldiciones de las familias que sufren sus desastres, los campamentos, y el soldado que, cogiendo el fusil, me despierta lanzando el grito de alarma.

Me levanto gozoso al ver pólvora y sangre, cuando la ardiente pelea confunde dos ejércitos en ardientes torbellinos de humo; entonces corro hasta allí, y como una humúscula se sumerge en el fondo perturbado de las olas, yo me dejo caer entre los batallones.

Como segador entre los trigos sazonados, entre las filas caidas aparezco solo y en pié; los clamores de los moribundos llegan hasta mí como murmullos, y mis puños desarmados rompen las armaduras mejor que martillos.

Voy siempre desnudo. Mi valor soberano se rie de los soldados de hierro que pueblan los campamentos; solo llevo al combate mi pica de fresno y el ligero casco; pero con esto me basta.

Sin sitiar las fortalezas con inútiles escalas, de las cadenas de sus puentes rompo los eslabones; mejor que un ariete de bronce derribo sus frágiles muros. Lucho cuerpo á cuerpo con las torres de las ciudades, y para llenar los fosos les arranoo las almenas.

Guerreros! Cuando me llegue la hora de seguir á mis víctimas, no dejeis que mis despojos mortales sirvan de pasto á los cuervos; enterradme en alguna montaña, para que cuando el extranjero recorra los más altos montes pregunte cuál de ellos es mi tumba.

Marzo 1825.

BALADA SEXTA.

La prometida del timbalero.

¡Douce es la mort qui vient en bien aimant!
DESPORTES.

"El señor duque de Bretaña convocó al mortífero combate desde Nantes á

Mortagna, en el monte y en la llanura, llamando á la guerra á todos sus vasallos.

„Acuden los barones, cuyas armas adornan fortalezas rodeadas de fosos; los veteranos bravos, los escuderos, los hombres de armas, entre los que se encuentra mi prometido.

„Partió para Aquitania mi querido timbalero, y allí le toman por un capitan, al ver su rostro altivo y su ropilla recamada de oro.

„Desde entonces vivo sobresaltada, y uniendo su destino al mio, exclamo:—Mi patrona Santa Brígida, vigilad á su ángel Custodio para que siempre vele por él.

„He dicho al cura de la parroquia:—Rezad para que Dios libre á nuestros soldados.—Y como yo sé lo que desea, hice encender tres cirios ante el relicario de San Gil.

„A Nuestra Señora de Loreto he prometido, mientras dure la guerra, atar á mi garganta, que llevaré tapada, las conchas del peregrino.

„Pudiera, estando ausente, para consolarme, enviarme cariñosos mensajes; pero el vasallo no tiene pajes, el vasallo no tiene escuderos.

„Debe hoy regresar de la guerra con su señor; no es un amante vulgar; el beso que me dió en la frente constituye mi orgullo y mi felicidad.

„Triunfante el duque, regresa con su bandera victoriosa; venid todos á las puertas de la ciudad, á ver pasar al príncipe con su brillante escolta y con mi prometido.

„Venid á ver cómo este dia de gala, su corcel encaparazonado, que relincha bajo su peso, se pára y marcha sacudiendo la cabeza, empenachada con plumas rojas.

„Hermanas mias, vestíos, adornaos para ver de cerca los timbales de mi vencedor, que al impulso de sus manos suenan y hacen saltar el corazon.

„Sobre todo venid á ver á mi prometido, cubierto con el manto que yo le bordé. Qué hermoso estará! Cuánto le amo! Lleva como diadema un casco con cabellera de crines.

„Una gitana sacrílega me llamó aparte ayer para decirme que en el brillante séquito del duque faltaria un timbalero.

„Recé mucho y espero que no se cumpla el augurio de la gitana, aunque ésta, señalándome con la mano su tugurio, me dijo:—Allí te espero mañana.

„Quiero desechar estas siniestras ideas, que ya oigo los tambores: ya se reunen las damas y los caballeros, ya acude el público, ya han levantado tiendas de púrpura.

„En dos filas viene el cortejo. Primero van los piqueros; luego los barones, con su estandarte desplegado, vestidos de seda y con tocas de terciopelo.

„Siguen las casullas de los sacerdotes; vienen los heraldos montados en caballos blancos, y como en los tiempos antiguos, llevan el escudo de sus señores pintado en su coselete de acero.

„Admirad la armadura persa de los templarios, y la larga partesana de los arqueros que vinieron de Lausana, vestidos de búfalo y armados con espadas.

„El duque ya está cerca; sus banderas flotan entre las de los caballeros; algunos estandartes cogidos al enemigo van vergonzosamente detrás... Mirad... ya están ahí los timbaleros.„

Dijo, y su vista errante se fija uno tras otro en todos ellos, despues se vuelve hácia la multitud indiferente, luego cae al suelo helada y moribunda... los timbaleros habian ya pasado.

Octubre 1825.

BALADA SÉPTIMA.

La refriega.

Se cruzan las armas; el choque, los combatientes, las heridas y la lucha son terribles.

GONZALO BERCEO.

Pastor, cambia de camino.—Mira al pié de esas colinas cómo ondulan dos filas de espesas jabalinas, dos batallones que caminan el uno contra el otro, y que á una señal de sus jefes, para combatirse, se han parado en la llanura. Oye sus clamores... esos son sus cantos.

"Venid, aves de rapiña, águilas, buhos, buitres y cuervos; volad alegres á los campamentos, que el enemigo, derribado por nuestras espadas, caerá muerto antes que el dia termine. Los psalmos de la tarde han concluido ya; el sacerdote, que sigue sus banderas, les ha dicho las últimas oraciones, y el nuestro nos ha bendecido.„

Halbert, baron normando, y Ronan, príncipe de Gales, van aquí á medir sus fuerzas casi iguales; los normandos son hábiles, los galos son ardientes: éstos van cargados con sonoras armaduras, y aquellos, para cubrir la frente salvaje, hacen de la boca de los lobos cascos armados de dientes.

"¿Qué nos importa el llanto de las viudas y los gemidos de los huérfanos? Mañana lavaremos en los rios nuestros brazos sucios de fango y de sangre. Estrechemos las filas, quememos las tiendas. Que el sonido de nuestras trompetas hiele de espanto al enemigo: en vano sus alas se despliegan; para cada uno de sus soldados, cada surco que huella es un sepulcro abierto.„

La señal está dada.—Entre nubes de polvo, con pasos firmes y apresurados corren como el rayo...; como dos caballos que rompen el freno, como dos toros que luchan en los valles, las dos masas de hierro, lanzadas una contra otra con extrépito, destrozan con el mismo choque su doble frente de bronce.

"Corred, guerreros, á la carga; chocad, este es el momento: al són de la trompa sajona y del clarin normando, dagas, alabardas, espadas, partesanas, hachas, puñales de dos filos, entre corazas destrozadas, confundid vuestras erizadas puntas como las zarzas en los campos.„

El sol brilla entre el humo como un escudo rojo inflamado en la fragua. Entre vapores de sangre se vé brillar el hierro; el valle desde lejos parece un horno que arde, como si en medio de la rugiente llanura se hubiera abierto de repente la boca del infierno.

"La lucha de los héroes se prolonga; unas filas se hunden en otras filas; los piés de los combatientes se hunden en las heridas de los moribundos. El infante muerde con rabia el pretal de hierro del corcel; los caballos se extremecen despavoridos y las mazas de armas resuenan hiriendo los caparazones de acero.„

El campo de batalla es un caos de ginetes, de corceles y de armas que se chocan. Los galos, cubiertos de pieles ensangrentadas, cubriéndose con los escudos para librarse de los mortíferos dardos, obstinándose en morir al lado de sus muertos, parecian sitiar, como si fuesen ciudadelas, á los caballeros normandos, montados en sus enormes caballos.

"Que los que tengan rota la espada se defiendan con los dientes y con las uñas, si quieren librarse de los lobos famélicos que nos acechan en los alrededores. No habrá prisioneros, no habrá esclavos; y ya que es preciso morir, muramos como héroes entre nuestros compañeros inmolados.„

Ven, pastor; la noche avanza y corren rios de sangre; golpes muy furiosos hacen chispear las armaduras; los caballos extraviados huyen sin ginetes. Ven; dejemos que termine esa sangrienta lucha, que esos hombres encarnizados descansarán todos mañana, vencedores ó muertos.

Setiembre 1825.

BALADA OCTAVA.

Los dos arqueros.

A LUIS BOULANGER.

Dames, oyez un conte lamentable.
BAIF.

Eran aquellos momentos en los que la noche está tan sombría, que tememos á cada instante despertar en la oscuridad algun demonio, ébrio aun del banquete de los sábados; eran aquellos momentos en los que el viajero se apresura á atravesar el bosque; era la hora de hablar en voz baja.

Dos francos arqueros pasaban por el fondo de un valle, junto á una torre aislada, que en la época en que los reyes iban á morir en la Palestina se edificó en tres noches, segun una antigua tradicion, construyéndola un santo ermitaño, que movia las piedras haciendo la señal de la cruz.

Los dos arqueros, sin miedo á aquel sitio silencioso ni á la hora, encendieron una hoguera para hacer la cena; despues se sentaron, depositando el cuerno á los piés de un santo de granito, cuya imágen grosera tenia las manos levantadas y juntas, como si estuviera rezando.

Sobre la torre, sobre los montes y sobre aquellos antiguos bosques, la llameante hoguera reflejaba claridades fantásticas; los buhos se asustaban refugiados dentro de la torre, y los murciélagos volaban, pasando cerca de las llamas sus alas negras.

El más viejo de los arqueros dijo al más jóven:—"Llevas el cilicio?„—"¿Observas el ayuno?„ le interrogó el otro, y la burla y las risas acompañaron á sus palabras. De repente entonces se oyeron otras risas en lontananza. El valle estaba desierto, la oscuridad era profunda, y ambos exclamaron:—"¡Es el eco que se rie en el bosque!...„

De repente vieron una claridad que serpenteaba en el espacio, formando surcos azulados: sin asustarse los dos blasfemadores, cortaron ramas de encina y las arrojaron como nuevo combustible á la hoguera, diciendo:—"Eso es que reflejan en las cascadas próximas las llamas que aquí nos alumbran.„

Pero aquel eco lo producia Satanás riéndose desde lo alto de la colina, y aquel reflejo emanaba del cuerpo de Lucifer; lo producia la pálida luz que él enciende en las tinieblas, el rayo sulfúreo que en nuestros sueños fúnebres trae del infierno.

Al oir las burlas de la irreligiosa alegría de los arqueros, corrió hácia ellos, como un lobo hácia su presa; en la oscuridad brillaban sus ojos ardientes, y exclamaba:—"Reid y blasfemad, que yo haré que en vuestras bocas la risa se convierta en crugido de dientes.„

Al amanecer el dia siguiente, un resto de ceniza extinguida, de un pié ancho y hendido tenia la extraña figura. El valle estuvo todo el dia desierto y silencioso. Pero á media noche, en vez de la hoguera, un pastor vió aparecer de repente una llama azulada, que no ascendia hácia el cielo.

Desde que saliendo del suelo se arrastraba lívida, prolongadas risas estallaban de repente en el espacio, que helaron de espanto al pastor. No vió á Satanás, ni á séres del otro mundo, y profundamente aterrorizado, no podia concebir qué es lo que sufririan para reirse de ese modo.

Desde entonces todas las noches, sobre los montes, sobre los antiguos bosques, la hoguera arrojó claridades fantásticas; grandes risas asustaban á los buhos refugiados en la torre, y los murciélagos volaban pasando cerca de las llamas sus alas negras.

Antes de que rayase el dia nada apagaba esa llama infernal; si la tempestad rugia en los aires, las risas se oian tan altas como el trueno, y la llama, dando vueltas, subia hácia el espacio, como si quisiera unirse á la del relámpago.

Hasta que una noche, levantándose el santo de piedra del mármol que le servia de pedestal, dió tres pasos, llevando en la mano un escapulario y una rama bendita, y exorcisando al espantoso prodigio, exclamó:—"Que Dios me oiga!„ abriendo sus brazos de granito.

Entonces todo quedó apagado, la hoguera, las llamas y las risas; y al dia siguiente, al nacer la aurora, encontraron á los dos arqueros muertos al pié de la estátua. Los enterraron, y cumpliendo la promesa que hizo al Señor el dueño de aquel territorio, para que dijeran allí una misa legó tres dineros parisíes.

Julio 1825.

BALADA NOVENA.

Escúchame, Magdalena.

Escúchame, Magdalena. Abandonó el invierno la llanura, que ayer aun cubria de hielo; ven á este bosque, del que huye mi séquito, por seguir el sonido errante del cuerno de caza.

Ven; que parece, Magdalena, que la primavera, cuyo aliento hace abrir las rosas, esta noche, para halagarte, sacude sobre los matorrales su falda llena de flores.

Quisiera ser, Magdalena, el cordero cuya lana blanca se riza entre tus dedos; el pájaro que pasa, y que sigue en el espacio el sonido de tu dulce voz.

Quisiera ser, Magdalena, el ermitaño de Tombelaine y estar en su confesionario, cuando tu boca á su oido confiesa tus inocentes pecados.

Quisiera tener, Magdalena, los ojos de la mariposa nocturna, cuando te entregas al sueño, cuando sus alas indiscretas, de tu virginal aposento baten los vidrios transparentes; cuando tu seno, Magdalena, del corsé que le oprimia sale á respirar con libertad; cuando, por miedo de que te vean desnuda, cubres cándidamente tu espejo con tus ropas!...

Si quisieras, Magdalena, llenaria tu morada de pajes y de vasallos, y con espléndidas galas adornaria tu oratorio de tal manera, que taparia la piedra de sus arcos.

Si tú quisieses, Magdalena, en lugar de la almoradux que adorna tu sombrero, te ceñirías la corona de condesa ó de baronesa, cuyo floron es una perla.

Si tú quisieses, Magdalena, serias mi castellana, que yo soy el conde Roger; abandona por mí tu choza, abandónala, si no prefieres que yo me convierta en pastor.

Setiembre 1825.

BALADA DÉCIMA.

A un transeunte.

Viajero, que de noche caminas en compañía de tu perro inquieto; ¿por qué, despues de morir el dia, sigues caminando? ¿Dónde llevas tan tarde tu caballo rendido?...

¿No temes ver aparecer de noche algun bandido con el sable en la cintura, que algun lobo de los que recorren los bosques dé un brinco brusco y repentino, saltando hasta la silla de tu corcel y mezcle con tu sangre la espuma de su boca?

¿No temes, sobre todo, que un duende á esas horas alarge ante tus pasos el camino, que te hace equivocar, y consiga, como antiguamente, que mientras crees ir á una morada donde brilla la luz en la ventana, te haga caminar hácia claridades que se alejen de tí más cada vez?

¿Temes abordar la llanura donde el sábado celebra sus conciliábulos, donde aullando los demonios se reunen para bailar, ó las murallas malditas de algun mágico castillo, que Satanás profanó, cuya historia sabe el infierno; que está desierto de dia, y que cuando llega la noche echan llamas sus vidrios, iluminando la oscuridad?...

Viajero, que de noche caminas en compañía de tu perro inquieto; ¿por qué, despues de morir el dia, sigues caminando? ¿Dónde llevas tan tarde tu caballo rendido?

Octubre 1825.

BALADA UNDÉCIMA.

La caza del burgrave.

Un vieux faune en riait dans sa grote sauvage.

SEGRAIS.

"Dígnate proteger nuestra caza, relicário del santo rey Godofredo. Señor, si haces lo que deseo, te edificaré una soberbia tumba; te consagraré una trompa de caza de marfil; un dosel de terciopelo, en el que siempre arderán diez cirios. Te lo suplico, pues, de rodillas, yo que nací de religiosos gentiles-hombres, y que soy el burgrave Alejo VI.„ Hé aquí lo que dijo el adusto burgrave ante la tumba de San Godofredo.

"Paje, lléname la escarcela, ensilla en seguida mi corcel de Calatrava; picador, anda á convidar al conde, y haz que mi jauría ladre en los patios. Corre. Arqueros, compañeros mios de caza, preparad los venablos y las bocinas. Regresaremos con mucha cacería; que el jefe de la cocina no cuente con otra carne. Amigos, os convido; vamos á cazar, vamos pronto á perseguir ciervos.„

Parte, y su esposa la hermosa Isabel dice alegremente desde la ventana del castillo:—"Parte!„—Ya están todos los cazadores en la llanura, llena de señores y de senescales, de bailíos y de sacerdotes, tiradores, veteranos en perseguir osos; van entre ellos damas brillantes con sus pajes, halconeros, criados y enanos.—¡A cazar!—El señor toca la bocina. Huid, paladines, que ya corren los gamos. No hay para vosotros imperio peor que el del viejo burgrave Alejo VI.—Huid!—Ved un ciervo que corre, que pasa y que desaparece como un relámpago.

"¡A ellos, perros; á ellos, hombres; con plata y con oro os pagaré su carne; daré mi castillo por ese ciervo!—Reina de los hermosos silfos y de los feos duendes, déjame vencer en el bosque; hada, madre del bravo y hermana del cazador, todo lo que el sacerdote dá á la Vírgen te prometo, si mis manos, vasallas y siervas tuyas, consiguen matar ese ciervo.„

Temiendo la venganza del Cazador Negro, el viejo burgrave, jadeante, jura tanto, que ya su jauría, que ladra, se mueve, al distinguir al ciervo que huye; los cazadores vuelan tras él, corriendo por el camino más corto. El ciervo, escapándose, se interna ciego en un bosque. Oye que llegan persiguiéndole multitud de perros, picadores, cazadores, gritos y clamores; y el ciervo, á quien el sonido de la trompa engaña, se precipita en vano dentro del bosque espeso, porque la jauría le sigue buscando, y en el bosque mismo resuena la bocina. ¿Dónde huirá?... Se le presenta un lago, se acerca á su márgen, y vé que de sus bordes penden muchos matorrales. Permanece allí, pobre ciervo acosado, y bebe. Contra tí se aumenta la persecucion y el tumulto, que cada vez está más cerca: te esperan los hábiles arqueros tendiéndote los arcos en la espesura del bosque, y están ávidos de carnicería... Echarte á nadar es la última esperanza que te queda. Pero sus perseguidores, á los que tienta la carne palpitante del ciervo, tras él en el lago se sumergen. El ciervo sale.—Pierde ya toda esperanza, porque se acerca la hora en que todo terminará para tí. Ni tus piés ligeros ni la ayuda de ningun santo te salvarán de las mordeduras mortales de los sabuesos que te persiguen con coraje. Ya los perros van á lanzarse sobre su presa, ya los venablos se preparan para herirla; muere, pues, que ya los clarines cantan tu caida en medio de alegres aclamaciones. Muere; y esta noche, de mesas bien servidas constituirás el esquisito plato. Pero tu muerte será vengada; que la burgravesa Isabel engaña al anciano que se unió con ella ante el altar; y sin contar con su huésped, el buen conde regresa fatigado, pero alegre; y mientras, pobre ciervo, te bañas en tu sangre, la esposa del conde Alejo VI graba en la frente de éste el blason heráldico del ciervo con ocho cuernos de oro; de modo que cuando el burgrave entra en el burgo, el huésped inesperado sale.

Enero 1828.

BALADA DUODÉCIMA.

El paso de armas del rey Juan.

Que ensille mi escudero el fiel alazan; me inunda la alegría cuando pongo los piés en los estribos. Vámonos, ágil alazan; emprendamos el camino para ir á presenciar la justa del rey Juan. Que el cartujo carmelita tenga por única arma el tintero; que la monja, entre rejas, se dedique á rezar; que nosotros, que Dios nos quiso hacer gentiles-hombres, debemos hacer ruido en el mundo, y la guerra no es más que un juego. Estaba ya sofocado porque mi acero se cubria de orin y se trocaba en rueca.

Esa ciudad, cuyo murmullo se oye y que destaca su perfil en el espacio, con sus techos frágiles, con sus cien torres y campanarios, es Paris. Multitud inmensa corre como un arroyo por la calle de San Marcelo. ¡Qué hermosa es Nuestra Señora! Juro por mi alma que quisiera ser sacerdote para que me enterraran en ella. Esas cuadrillas cantando mezclan solteras y solteros. ¡Hermosas fiestas! ¡Cuántas cabezas se ven en las azoteas de las casas! Un truhan, con traje nuevo, baila y canta una cancion debajo de los arcos del puente Nuevo. ¡El hermoso Louvre solo se abre en dias de fiesta; aprisiona á los reyes y zumba por dentro!

Loor á las damas! Loor al rey! Ya flotan las flámulas en el campo cerrado, en el que la multitud penetra, aulla y se amontona. Vamos sin perder tiempo, y con las miradas tiernas ataquemos desde la silla de nuestro corcel á las doncellas, que brillan en las ventanas como rosas frescas. Saulx Tavane, el impúdico, se pavonea, y Chabot, el espadachin jorobado, se burla de Fontraille, que tiene los piés contrahechos. Más allá está Sergio, que hizo voto de irse vírgen al otro mundo, y Lotario, duque sin dominios. Más arriba brilla sobre un tablado la hermosa Iseult, de frente pura, y más abajo viejas solas y emperegiladas. Tambien están en los estrados Berta, Alicia, Leonor é Irene, y la reina, deslumbrante de oro y pedrería.

La dama Irene así habla:—"¿Por qué la reina está tan triste hoy?„ Y su alteza le responde:—"Condesa, estoy inquieta y melancólica.„

Empiezan el campaneo, los golpes de lanza y las esclamaciones de sobresalto; se baten y se hieren, invocando á San Jorge é invocando al rey. La multitud en tumulto y en confusa gritería el aire atruena. Sús! mi alazan! te mantengo regalado, dándote más paja y más salvado que un regordete y alegre novicio puede recoger mendigando y haciendo muecas por las plazas y por las calles, por donde tú pasas tan arrogante.

En la justa, como lirio tronchado, cae moribundo un hermoso paje, y en su agonía, pidiendo á un sacerdote los auxilios cristianos, rinde el alma á Dios, cuando aun se oye el sonido del clarin por su caida. Monjes y vírgenes le acompañarán con cirios encendidos, y en la oscuridad del cementerio dos ojos le llorarán secretamente. La condesa Isabel sigue hasta la tumba los despojos mortales del hermoso paje; le sigue derramando lágrimas. ¡Es muy bello el espectáculo de una justa! ¡es muy interesante un paso de armas!...

Sús, mi alazan! abandonemos la liza! regresemos con la arrogancia varonil que trajimos al venir. Anda con rapidez; en la posada que nos espera encontraremos, tú la avena del pienso de la mañana y yo al monje agustino el santo, que, siguiendo las instrucciones de Roma, me aporrea con su latin y redacta en lengua romana todos los prodigios que mis manos realizan, que á mis espensas anota en un largo pergamino; el señor castellano de pura sangre deja la tarea de escribir á los villanos, que su mano ilustre solo firma trazando rasgos en la vitela.

Junio 1828.

BALADA DÉCIMA-TERCERA.

La leyenda de la monja.

Acabóse vuestro bien
Y vuestros males no acaban.
REPROCHES AL REY RODRIGO.

Venid á oir una historia, guardad silencio, y os referiré la de Doña Luz de Padilla. Nació en Alange, pueblo de grandes malezas y de muchas colinas.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Las jóvenes de Granada, lo mismo que las de Sevilla, dan gracias al amor cuando las hacen una serenata, y algunas abrazan por la noche á los atrevidos caballeros.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Con esa frivolidad no debe tratarse á Doña Luz de Padilla, porque jamás ojos españoles brillaron con tan castas llamas; huia de los caballeros que perseguian á las jóvenes por entre los álamos.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Nada conmovia su corazon ingrato; ni tiernas solicitudes, ni proposiciones alegres; y es sabido que por una palabra que pronuncien unos bellos labios, que por una mirada de unos bellos ojos, son capaces de todo los señores y los bachilleres.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Tomó el velo en Toledo, con gran sentimiento de la poblacion; como si la que no es fea tuviese derecho de casarse con Dios. Poco faltó para que llorasen los soldados y los estudiantes.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Ella decia:—"Será para mí una dicha vivir lejos del mundo y rezar por los malos, y encontraré paz y tranquilidad elevando á Dios mis preces: allí, aunque nos tiente el diablo, nos sirven de escudo los ángeles.„—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Pero apenas la hermosa se encerró en el claustro, el amor se instaló en su corazon; un feroz bandido de la comarca la sorprendió entonces, y entró en el convento, diciendo:—"Aquí estoy„; que algunas veces los bandidos sobrepujan en audacia á los caballeros.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

El bandido era feo, de facciones groseras, manos más rudas que los guantes; pero en amor todos son misterios, y la monja amó al bandido. Se ven ciervas que reemplazan á los hermosos ciervos con jabalíes.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Para penetrar en el santo recinto, para llegar al convento, tomaba el bandido el cilicio de un ermitaño y se vestia la cota de malla que ostentaba las cruces negras de los templarios.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Segun refiere la crónica, la monja se atrevió á dar una cita una noche al bandido al pié de la Santa Verónica, á la hora en que los cuervos graznan volando á millares en la oscuridad.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Queria Doña Luz, incurriendo en anatema y olvidando su vida pasada, en la misma iglesia, entregarse, siendo santa, al infierno, y siendo vírgen, al amor, en las horas en que se apagan los cirios en los candeleros.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Pero cuando, descendiendo hasta la iglesia, la monja llamó al bandido, en vez de la voz que esperaba oir la respondió el rayo. Dios quiso que el fuego celeste hiriese á los amantes que Satanás unió.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Hoy, cuando el pastor refiere esa leyenda, lleno de fervor religioso, os enseña en la pendiente de un barranco ruinas ennegrecidas de dos campanarios



UN FEROZ BANDIDO DE LA COMARCA LA SORPRENDIÓ ENTONCES

que los años agrietan, y en las que moririan los corderos si allí se refugiaran. —Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Cuando la noche, del claustro gótico oscureciendo las figuras, transforma en el horizonte fantástico los dos campanarios en dos gigantes, á la hora en que los cuervos graznan volando á millares en la oscuridad, una monja sale de su celda con la lámpara en la mano, se desliza como un espectro á lo largo de la pared, y otro fantasma la sigue, arrastrando cadenas con los piés y llevando argollas por collares...—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

La lámpara anda, se eclipsa, brilla bajo las arcadas y se oculta; despues tiembla detrás de una reja, despues chispea en lo alto del campanario, y sus rayos forman en la oscuridad fantasmas que van multiplicándose.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Los dos espectros, devorados por el mismo fuego, arrastrando destrozado sudario, se buscan para unirse otra vez tropezando con las tumbas; sus pasos ciegos les embarazan al subir por las escaleras.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Pero esas escaleras fantásticas se embrollan sin cesar bajo sus piés; la una conduce á las profundas cavernas y la otra se dirige á lo alto de las torres; y el peso de los dos espectros hace mudar de sitio los descansos y los pisos.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Elevando sus voces sepulcrales, se buscan con los brazos extendidos; pero las mágicas espirales impiden que se encuentren, y se cansan, y agotan sus fuerzas, haciendo sin cesar rodeos inútiles.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Entonces la lluvia, cayendo en gruesas gotas, bate los vidrios frágiles y frios; el viento silba en las hendiduras de las bóvedas y en los huecos de las campanas; se oyen suspiros que hielan y risas de infernales espíritus.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Una voz aguda y otra voz gruesa exclaman:—"¿Cuándo terminarán nuestros dias? ¡Padecemos por nuestra culpa, y padecemos por toda una eternidad!„—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Pero el fuego del infierno es inextinguible. Todas las noches, en el mismo sitio, se buscan siempre, sin alcanzarse nunca, una sombra blanca y un espectro negro, hasta la hora siniestra en que se apagan los cirios en los candeleros.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Si algun viajero nocturno oye temblando esos extraños ruidos, y se persigna, preguntando á los ángeles á quién castiga el Señor, dos serpientes de fuego entrelazadas marcan dos nombres en los pilares de la iglesia.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

La historia de esa novicia quiso el abate de San Ildefonso que, para preservar del vicio á las vírgenes que se acogen al claustro, la refiriesen las prioras en todos los conventos de monjas.—Niños, que van á pasar toros; esconded los delantales rojos.

Abril 1828.

BALADA DÉCIMA-CUARTA.

La ronda del sábado.

Hic chouis ingens
...Colit orgia.
AVIENUS.

Ante las tapias de aislado monasterio se vela la luna; pasa el espíritu de la media noche, y se balancea doce veces la campana del campanario, que esparce en el aire sus doce sonoras vibraciones... despues vuelven á reinar la oscuridad y el silencio... Oid!... ¿Quién lanza esos clamores? Quién vierte esas claridades?

Dios! Las bóvedas, las torres, las puertas destacadas, parecen envueltas en larga red de fuego, y se oye el agua bendita hervir en su recipiente de granito. ¡A los santos patronos recomendemos nuestras almas! Por todas partes, entre rayos azules y entre llamas rojas, lanzando gritos, cantos, suspiros ó ladridos, aparecen en el agua, en el monte ó en el bosque larvas, dragones, vampiros, gnomos, brujas escapadas de los sepulcros desiertos, volando y silbando en el aire; nigromantes, con tiaras místicas, en las que brillan llameantes palabras cabalísticas; demonios graves y duendes astutos, que por los techos rotos, por los pórticos desportillados y por los cristales destruidos entran en el antiguo claustro, en tropel y en torbellino. De pié en medio de ellos, su príncipe Lucifer tapa su frente de toro con una mitra de hierro; cubre la casulla sus alas diáfanas, y sobre el latar arruinado posa los piés profanos. Oh terror! Empiezan á cantar en el mismo sitio en que vela incesantemente el ojo eterno de Dios. Se cogen unos de las manos de otros, y de repente, el corro inmenso, como sombrío huracan, empieza á dar vueltas. Para la vista que consiga abarcar el corro, cada repugnante invitado aparece por turno, como si el infierno hiciese de noche dar vueltas á su zodíaco, lleno de signos fúnebres. Más que pasan, vuelan, impulsados por la velocidad impresa al corro. Satanás les dirige, y el ruido de sus pasos conmueve los arcos colosales, y extremece á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Confundámonos unos con otros, y mientras la multitud rueda alrededor de Satanás, éste huella, mofándose, el altar y la cruz. La hora es solemne, y la llama eterna que sale de sus alas se parece á la púrpura de los reyes.„—Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Nuestro es el triunfo! Venid, hermanas y hermanos, de cien regiones diferentes, de los sitios fúnebres, de los antros profundos. El infierno os escolta, venid en tropel en carros que vuelen en alas de los grifos.„

Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Venid á nuestro cónclave, enanos con piés de cabra, goulas, en cuyos labios jamás se seca la sangre negra de los muertos; acudid, mujeres infernales, montadas en vuestras yeguas, libres y sin freno.„

Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Judíos, zíngaros, bohemios, que estais malditos de Dios y cargados de anatemas; duendes, azulados espectros, que os escapais por la noche, subiéndoos sobre el friso de algun muro destrozado, venid arrastrándoos ó volando.„

Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Y en estos momentos los venerables magos que quemen en la orgía su barba roja de sangre que humea; que cada cual arroje al fuego una presa, y con sus dientes pulverice un hueso descarnado.„

Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Mofándose de aquel sagrado lugar, con voz audaz parodia Satanás algunos versículos de San Mateo, y mientras, en la capilla un demonio deletrea la Biblia santa.„

Y los pasos de los del corro, conmoviendo los arcos colosales, extremecen á los muertos que están extendidos debajo de las losas del pavimento de la iglesia.

"Hé aquí la señal!—Ya el infierno nos reclama, y ojalá en todos los corazones de los mortales no brille nunca otra luz

que la de su fanal sombrío, y pueda nuestro corro, en la oscuridad profunda, encerrar á todo el mundo en su círculo infernal.„

El alba pálida blanquea las colosales arcadas, y huye en tropel el enjambre de demonios dispersados; los muertos vuelven á dormirse bajo las losas del pavimento de la iglesia, y en sus polvorosas cabeceras descansan las heladas frentes.

Octubre 1825.

BALADA DÉCIMA-QUINTA.

La Hada y la Peri.

Leur ombre vagabonde á traves le feuillage,
Fremirá; sur les vents ou sur quelque nuage,
Tu les verras descendre; ou, du sein de la mer.
S' elevant comme un souge, etinceler dans l' air;
Et leur voix toujours tendre et doucement plaintive,
Caresser en fuyant ton oreille attentive.

ANDRÉS CHENIER.

I.

Niños, cuando murais, guardaos bien de que algun génio mal intencionado, del camino del cielo desvie vuestra alma. Hé aquí lo que en mi infancia me refirió un anciano venerable.—Algunos ángeles, salvados de las eternas llamas por ser menos rebeldes, menos perversos que Satanás, en la tierra, en el fuego, en el agua ó en el aire, esperan desterrados el dia en que Jesucristo los reclame. Algunos de los desterrados de las celestes falanges tienen la voz tan dulce, que puede tomárseles por ángeles. Temedles; porque, niños, escluidos durante mil años del paraiso, os arrastrarian al purgatorio.—No me pregunteis el fundamento de esta historia; mis padres me la contaron, y yo os la voy á referir.

II.

LA PERI.

Dónde vas, jóven alma?... Oye! voy á abrirte mi alcázar; deja el camino del cielo, que en él puedes perderte, niño que acabas de nacer.

Podrás jugar todo el dia en mis hermosos jardines, que producen manzanas de oro, y en mi riente morada verás á tu madre llorando al lado de tu cuna, que está tibia todavía.

Soy la más hermosa de las Peris; mis hermanas reinan en el punto donde nace la luz del dia, y yo brillo entre ellas, como brilla entre las flores la flor que el amante arranca pensando en el objeto de su amor.

Ciñe mi frente un turbante de seda, mis brazos están cubiertos de rubíes, y cuando tiendo mi vuelo, en mis alas de púrpura resplandecen ojos luminosos que arrojan llamas.

Como lejana vela en mar azul es blanco mi cuerpo, y en cualquier parte que se desnude, ilumina como una estrella y embalsama como una flor.

LA HADA.

Hermoso niño, ven conmigo; yo soy la Hada. Reino en las riberas donde el sol en el seno de las olas tibias se sumerge brillante y rojo. Me adoran los pueblos del Occidente; los vapores de su cielo se doran cuando los toco al pasar, y, reina de las sombras letárgicas, bato mis alcázares mágicos entre las neblinas del sol poniente.

Mis alas son azules y diáfanas, y cuando vuelo, ven los silfos en mis espaldas dos rayos argentados. Mis manos son rosadas y transparentes; mi soplo es la aromosa brisa que al morir la tarde vaga por la campiña; mi cabellera es radiante, y mi boca melodiosa cuando canto sonríe.

Tengo grutas formadas de mariscos, tengo doseles de ramas verdes entrelazadas; yo soy la que muevo la hojarasca, yo soy la que mezo las olas de los mares. Si me sigues, jóven alma, te enseñaré á dónde vá la nube, te enseñaré de dónde viene el agua; ven conmigo y te traduciré todo lo que dicen los pájaros.

III.

LA PERI.

Impero en la region brillante del Oriente, en la esfera donde el sol es más

hermoso, donde pasea su disco por un cielo siempre puro; como llevando al emir de opulenta comarca, al compás de los sonidos de la flauta sagrada, boga un rico navío en una mar azul.

Todos los dones celestes han favorecido la zona oriental. En los demás climas, al lado de los frutos sabrosos crecen los frutos amargos; pero Dios tuvo predileccion por el Asia y la concedió más flores á sus jardines, más estrellas á sus horizontes, más perlas á sus mares.

Mi reino se extiende desde esas catacumbas que parecen montañas y que solo son sepulcros, hasta el muro que ataca y sitia en vano el tártaro, y que cual baluarte mágico preserva en el universo un mundo aparte.

Poseo vastas ciudades que se admiran en todo el mundo; Lahor, dormida en su florida vega; Golconda, Cachemira, la guerrera Damasco, la real Ispahan, Bagdad, que sus murallas cubren como una armadura; Alepo, cuyo inmenso murmullo cree el pastor que es el lejano ruido del mar.

Mysora, que es una reina sentada en su trono; Medina, con sus blancos alminares erizados de flechas de oro, con sus kioskos brillantes, que, como un batallon parado en la llanura, sobre las desplegadas tiendas eleva un bosque de dardos brillantes.

A su pueblo ausente parece que aguarde aun Tebas; Madras encierra dos ciudades en su recinto inmenso, y Delhy brilla como ciudad sin rival, y por sus pórticos triunfales pueden pasar de frente doce elefantes con sus torres.

Hermoso niño, ven y te enseñaré mis maravillas. Azoteas verás llenas de flores, como si estuvieran en canastillas. Ven; veremos bailar, al caer de la tarde, á las jóvenes bayaderas, cuando en torno del pozo del desierto se paran fatigados los dromedarios.

Allí, junto á las higueras y á los sicomoros, brilla la cúpula de estaño de los minaretes moriscos; brillan tambien la pagoda de nácar argentado, la torre chinesca de porcelana con campanillas doradas y el palanquin de púrpura con largos cortinajes de brocado.

Apartaré las ramas del plátano, que ocultan á la sultana que está tomando el baño, para que tú la veas; ven, tranquilizaremos á la tímida vírgen, que abre su puerta de noche para oir si el viento le trae la voz que ella prefiere al canto del bengalí.

El Oriente fué en otro tiempo el paraiso del mundo. Eterna primavera le inunda de rosas y su vasto hemisferio es un perpétuo jardin. Grata alegría nos sonríe sin cesar; ven, sigue mi camino; ¿qué te importa el cielo si yo te ofrezco un edén?

LA HADA.

Mi pátria feliz es el Occidente nebuloso; allí, cambiando en el aire su forma vaporosa, huye la blanca nube, y de lejos muchas veces, el mortal solitario que radiante ó sombrío sueña ó suspira, sentado y estático la contempla.

Porque encuentran alivio las almas heridas en las brumas del lago que flotan sobre nuestros bosques, en nuestras montañas que nunca abandona el invierno, y en la estrella que aparece cuando muere la tarde, semejante á la esperanza del hombre solitario.

Son gratos nuestros climas para el que sufre; niño que lloras á tu madre, ven conmigo; el eco de estos valles, el suspiro del arroyuelo, los murmullos de los bosques y de los vientos te devolverán la vaga armonía que te durmió en la cuna.

Teme la monotonía de los horizontes azules. Las tinieblas, los vapores, la nube que truena, templan el ardor del sol en nuestro firmamento, y por él pasan las nubes blanquecinas como flotas maravillosas que llegan de un mundo desconocido.

Por mí los vientos, en estos revueltos mares, entre el aire y las olas forman destructoras trombas; á un signo mio

suspende la tempestad su vuelo fatal; el arco iris se extiende á mis plantas, que oro flúido rocía, como puente de nácar que se posa sobre el móvil cristal de las cascadas.

De la morisca Alhambra poseo los artísticos pórticos, y la gruta encantada, cuyos pilares de basalto baña el mar del Norte; ayudo al pescador á levantar su cabaña entre las brumas humeantes y sobre los extinguidos palacios de Fingal.

Alumbrando las noches con engañosa aurora, muchas veces obedeciéndome, rojo meteoro dora el espacio con luz mágica; y el cazador, de pié sobre alta roca, se figura que un ardiente cometa sumerge sus llamas en los mares.

Ven conmigo, hermoso niño, y yo, con mis hermanas, llenaremos de fuegos fátuos las antiguas abadías; te seguirán mis enanos y mis gigantes; sonarás en los bosques tu cuerno de caza, y guiarás las invisibles jaurías que cazan de noche en nuestros bosques.

Verás á los barones, en sus castillos feudales, desatar las sandalias del pobre peregrino, y las sombrías almenas decoradas con escudos, y á la dama rezando por algun hermoso paje ante misteriosa imágen pintada en los vidrios de colores.

Nosotras somos las que, visitando las iglesias góticas, abrimos sus sonoras naves al murmullo de las brisas; cuando la luna platea las ramas del álamo, el pastor vé en el aire, entonando cantos místicos, loquear nuestros coros fantásticos alrededor del campanario de su aldea.

Encantadora region es el Occidente; ven á ella conmigo; estás aun muy lejos del cielo, y tus alas son débiles todavía; en nuestro imperio te olvidarás del viaje que proyectas, porque tienen atractivos en él los sitios más salvajes, y el extranjero dice que son nuestras playas más hermosas que el pais natal.

IV.

El niño vacilaba, y ya menos rebelde oia de los espíritus el llamamiento falaz; ¡el mundo que dejaba le parecia tan hermoso!... De repente desapareció á su vista... habia entrevisto el cielo.

Julio 1824.

FIN DE ODAS Y BALADAS.

LAS ORIENTALES.

PREFACIO.

El autor de esta coleccion de poesías no reconoce en la crítica derecho á cuestionar sobre la fantasía del poeta, ni á interrogarle por qué eligió tal ó cuál asunto, por qué le dió tal ó cuál color, ni por qué bebió de éste ó de aquel manantial: decidir si la obra es buena ó mala es el único derecho de la crítica, que no debe alabar ni vituperar los colores que usa el poeta, sino la manera de emplearlos. Bajo un alto punto de vista no deben encontrarse en la poesía asuntos buenos ni malos, sino buenos ó malos poetas. Todo asunto está sujeto al arte y tiene derecho de ciudadanía en él. No tratemos, pues, de averiguar por qué motivo el poeta elige un asunto, triste ó alegre, brillante ó sombrío, con frecuencia á otro, y examinemos cómo lo trata y cómo lo desarrolla.

Fuera de esto, la crítica no debe hacer otras preguntas, y el poeta no tiene obligacion de contestar á nada más. El arte os quita los andadores y las envolturas, os lleva y deja en el inmenso jardin de la poesía, en el que no hay ningun árbol prohibido, y en él el poeta puede disponer del espacio y del tiempo; puede ir donde quiera y hacer lo que le plazca; puede creer en Dios ó en los dioses, en Pluton ó en Satanás, ó en nada; puede pagar la moneda para pasar la laguna Estigia; puede introducirse en un aquelarre; puede escribir en prosa ó en verso, esculpir en mármol ó fundir en bronce; puede elegir siglo y clima, puede ser antiguo ó moderno, puede inspirarle una musa ó una hada; el poeta es siempre libre. Coloquémonos bajo su punto de vista y examinémosle bajo ese prisma.

El autor insiste en estas ideas tan evidentes, porque existen aun bastantes Aristarcos que todavía no las admiten; él mismo, á pesar de ocupar sitio insignificante en la literatura contemporánea, ha sido más de una vez objeto de estas salidas de tono de la crítica. Con frecuencia, ésta, en vez de decirle:—"El libro que habeis escrito es malo„, le ha preguntado:—"¿Por qué habeis escrito ese libro sobre semejante asunto? ¿No veis que es horrible, grotesco, absurdo, y que está fuera de los límites del arte? ¿Por qué no elegís asuntos simpáticos y halagüeños y os encaprichan asuntos extraños y feos?„, etc. etc. A todo lo que el autor respondió siempre con firmeza que usaba su derecho al elegir el asunto que quisiera; que ignoraba que el arte tenga límites; que desconocia que hubiese geografía marcada para el mundo intelectual; que no habia visto nunca los mapas del arte, con las fronteras de lo posible y de lo imposible, marcadas con tinta roja ó con tinta azul, y en fin, que escribió siempre como le plugo á su fantasía.

Si hoy alguno le preguntase:—"¿A qué viene escribir un libro de ORIENTALES, quién pudo inspirarle la idea de ir á pasearse por el Oriente durante todo un volúmen, qué significa este libro inútil de pura poesía, lanzado entre las graves preocupaciones que hoy dominan al público?„, responderia el autor que este libro nació de una idea que se apoderó de él y que empezó á ocurrirle el verano pasado, mientras contemplaba una puesta de sol; que no siente publicarlo, que lo único que siente es que no encierre mayor mérito.

Además, que cree que una literatura en su conjunto, y particularmente la coleccion de las obras del poeta, deben ser como esas antiguas y hermosas ciudades

de España, que todo lo abarcan y en las que se encuentra todo: paseos frescos por entre filas de naranjos á lo largo de una ribera; anchas plazas llenas de sol, para celebrar allí las fiestas; calles estrechas, tortuosas y algunas veces oscuras, en las que se entrelazan mil casas de toda clase de forma, de todas las edades, altas, bajas, negras, blancas, pintadas ó esculpidas; laberintos de edificios confundidos, palacios, hospicios, conventos y cuarteles; edificios diversos, que llevan escrito su destino en su arquitectura; mercados populosos y llenos de gritería; cementerios en los que los vivos callan como los muertos; aquí, el teatro con su música y sus oropeles; allá, la antigua hórca permanente, con la piedra gastada, con el hierro oxidado y con algun esqueleto suspendido que se balancea; en el centro, la catedral gótica, con sus altas flechas, su inmenso campanario, sus columnatas adornadas de bajorelieves, sus arcadas de piedra y sus profundas cavidades; sus capillas ardientes, sus miriadas de santos y de púlpitos, maravilloso edificio, imponente por su enorme masa, por sus curiosos detalles, hermosos desde lejos y desde cerca; y á la otra parte de la ciudad, oculta entre los sicomoros y las palmeras, la mezquita oriental, con cúpula de cobre y de estaño, con las puertas pintadas, con las paredes barnizadas, entrando la luz por arriba; con sus frágiles arcadas, con sus braserillos de metal, que humean de noche y de dia; con los versículos del Korán escritos en todas las puertas, con sus deslumbradores santuarios, con el mosáico del piso y con el mosáico de los muros, abriéndose al sol como inmensa y perfumada flor.

Ciertamente el autor de este libro no podrá nunca producir un conjunto de obras á las que se pueda aplicar la comparacion que acaba de exponer; pero sin embargo, sin creer que se encuentre en lo que hasta ahora ha edificado algun bosquejo informe de los monumentos que acaba de citar, ya de la catedral gótica, ya del teatro, ya de la horca, si se le preguntara qué es lo que ha querido hacer escribiendo este volúmen, contestaria que ha querido edificar una mezquita.

Comprende que muchos críticos encontrarán audaz y hasta insensato introducir en Francia una literatura que pueda compararse con una ciudad de la Edad Media; que eso es aventurarse en una de las más locas fantasías, é introducir el desórden, la profusion, el capricho y el mal gusto; que es preferible la hermosa y correcta desnudez de las grandes y sencillas murallas y la de los edificios y monumentos que no están recargados de adornos, como por ejemplo el castillo de Versalles, la plaza de Luis XV, la calle de Rívoli; en una palabra, crear una literatura tirada á cordel. Por eso, mientras los otros pueblos tienen un Homero, un Dante ó un Shakespeare, nosotros tenemos un Boileau. Dicho esto, pasemos adelante.

Si se reflexiona sobre lo que acabo de decir, si valiese la pena de reflexionar sobre ello, quizás se encontraria menos extraña la idea que produjo Las Orientales. En la actualidad nos ocupamos mucho más que hasta hoy se ha hecho del estudio del Oriente, y este resultado se debe á mil causas, que no es este momento oportuno de desarrollar. Nunca hasta hoy han adelantado tanto los estudios orientales. En el siglo de Luis XIV habia helenistas y ahora hay orientalistas: esto es dar un gran paso. Nunca han registrado como ahora tantas inteligencias el profundo abismo del Asia; tenemos en la actualidad un sábio acantonado en cada pais para que aprenda todas las lenguas del Oriente, desde la China hasta el Egipto. Resulta de todo esto que el Oriente, ya como imágen, ya como idea, se ha convertido para la inteligencia y para la imaginacion en la preocupacion general, digámoslo así, á la que el autor de este libro no ha podido sustraerse, quizás sin conocerlo él mismo. Se han impregnado sus pensamientos y sus fantasías de los colores orientales, y casi sin pretenderlo han aparecido sucesivamente, ya hebreos, ya turcos, ya griegos, ya persas, ya árabes y hasta españoles, porque España es aun oriental; es medio africana y medio asiática.

El autor se ha dejado arrastrar por esta poesía que le inspiraba, y sea buena ó sea mala, aceptó con regocijo su inspiracion. Siempre tuvo para el mundo del Oriente una viva simpatía de poeta, siempre vió en él brillar deslumbradora poesía, en cuyo manantial deseaba hace mucho tiempo calmar su sed. Efectivamente, allí todo es grande, rico y fecundo, como en la Edad Media, que es otro manantial de poesía. Comprende el autor de este volúmen que, habiendo estudiado mucho la época moderna en el siglo de Luis XIV y la antigua en Roma y en Grecia, adelantaríamos mucho estudiando la era moderna en la Edad Media y la antigüedad en el Oriente.

Además, tanto para los imperios como para las literaturas, quizás dentro de poco está llamado el Oriente á representar un gran papel en el Occidente. Ya la memorable guerra de Grecia hizo que todos los pueblos se fijaran en ella; y ahora, que parece que vá á romperse el equilibrio de la Europa, el *statu quo* europeo, carcomido y agrietado, cruge por la parte de Constantinopla. Todo el continente se inclina hácia el Oriente, y presenciaremos grandes acontecimientos. Quizás la antigua barbarie asiática no está tan desprovista de hombres superiores como á nuestra civilizacion le place creer. Es preciso recordar que allí nació el único coloso que este siglo pudo poner frente á frente de Bonaparte, si Bonaparte pudo tener un rival equivalente; el Oriente produjo á un hombre de génio, turco y tártaro, á Alí-Pachá, que es á Napoleon lo que el tigre es al leon y el buitre es al águila.

Enero 1829.



LAS ORIENTALES.

I.

El fuego del cielo.

24.—Y el Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego desde el cielo.

25.—Y destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno; todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra.

GÉNESIS.

I.

Veis pasar esa nube triste y negra? Ya se desliza por el horizonte sombría y oscura, ya irradia esplendorosa. Aparece arrastrada por el viento de la noche, como el humo denso de incendiada ciudad, que asciende por el espacio.

De dónde viene? ¿Del cielo, del mar ó de las montañas? ¿Será el carro de fuego que lleva los ángeles malos á algun planeta próximo? Aterroriza! Del caos misterioso de su seno que se desgarra arroja furioso relámpago, que se desencadena de ella como rápida serpiente de fuego.

II.

El mar! por todas partes el mar! El pájaro fatiga en vano su vuelo desigual: solo hay olas aquí y olas allá; y la vista no alcanza á ver más que olas amontonadas en el abismo, que ruedan unas sobre otras.

A veces, grandes peces, bogando á flor de agua, hacen relucir á la luz del sol sus aletas y sus plateadas colas. El mar parece un rebaño sacudiendo sus vellones. Un círculo de cobre cierra á lo lejos el horizonte, y el cielo azul se confunde con las aguas azules.

* * *

—He de secar los mares? pregunta la nube de fuego.—No.—La nube sigue su camino, impulsada por el soplo de Dios.

III.

Aparece un golfo con verdes colinas que se reflejan en las aguas claras. Hay allí búfalos y dromedarios, y en el aire resuenan cantos alegres. Mirad, en la tienda nómada está la tribu que caza y pesca, que vive al aire libre y cuyas flechas son tan rápidas como los relámpagos. Esas familias errantes respiran siempre el aire puro. Los mancebos, las doncellas y los guerreros danzan en corro alrededor de una hoguera encendida en la playa, cuyas llamas el viento agita, como los fantasmas que se nos aparecen en los sueños. Las vírgenes de seno de ébano, hermosas como noches claras, se rien al verse mal retratadas en el cobre de los espejos; y otras, tan alegres como éstas, hacen saltar de los pechos de sus dóciles camellas blanca leche, que resalta en sus dedos negros. Hombres y mujeres desnudos se bañan en el mar. Esa tribu errante y descono-

cida, ¿dónde estaba ayer y dónde estará mañana?

***

La densa nube, deteniéndose un momento en el espacio, preguntó:—Es aquí? —La misma voz le respondió:—Anda!

IV.

El Egipto! Como rico tapiz de cien colores, coronado de espigas, prolonga sus magníficas llanuras; se disputan el Egipto el agua vasta y fria en el Norte, la arena ardiente en el Sur, y él se rie gozoso entre los dos mares que le amenazan.

Tres montes, que levantó la mano del hombre, yerguen hasta los cielos ángulo triple de mármol, y ocultan á la vista sus bases cubiertas de ceniza, y desde su cumbre aguda hasta las doradas arenas van ensanchándose sus gradas monstruosas, construidas para pasos de gigantes.

Las custodian una esfinge de granito rosado y un dios de mármol verde, cuyos abiertos párpados nunca pudieron hacer cerrar los encendidos aquilones del desierto. Naves de gran cabida zarpan en un extenso puerto, y una ciudad gigante, sentada en sus playas, baña en el mar sus piés de piedra.

Se oye mugir contra el obelisco el feroz simoun y rechinar sobre las blancas piedras las escamas de los cocodrilos. Los monumentos grises se enlazan unos con otros, y como una piel de tigre, corre por el Poniente el amarillento Nilo, salpicado de islas.

El sol declinaba hácia el ocaso, y sereno el mar reflejaba su globo de oro ardiente, su mundo, que es el alma y la lumbrera del nuestro; y en el cielo rojizo y en las ondas bermejas, como dos reyes amigos, se veian dos soles, que iban á encontrarse el uno al otro.

***

—Me paro aquí? preguntó la nube.—Adelante! la contestó la voz.

V.

El desierto! Arena, siempre arena! ¡inagotable guarida de mónstruos y de calamidades, en la que todo se agita! Esos montes de amarillentas cumbres, cuando sopla el huracan ruedan como las olas. Con frecuencia, gritos profanos turban esos sagrados sitios y pasan las caravanas que los recorren; la vista desde lejos sigue la carrera de esa multitud, que sobre la ardiente arena ondula y se desarrolla como una serpiente de mármol. Esas soledades silenciosas, esos desiertos, son del dominio de Dios; solo él conoce sus límites, solo él conoce su centro. Siempre se cierne una bruma sobre ese mar que humea, y arroja como espuma las cenizas del fuego.

***

—Cámbio ese desierto en lago?—Sigue adelante, le contesta la voz divina.

VI.

Como enorme escollo colocado entre las olas, como monton de torres vasto y trastornado, se levanta Babel, desierta y sombría. De la nada de los mortales prodigioso testigo, á la luz de la luna cubria desde lejos cuatro montañas con su sombra.

Por el monumento derribado, zumbando el viento en las vacías bóvedas, murmuraba extrañas armonías. El género humano en otros tiempos hormigueaba á su alrededor, y el mundo entero pretendió que sirviera de base al círculo infinito de su inmensa espiral.

Sus escaleras debian ascender hasta el zenit. Cada uno de los altos montes debia servir como una tabla de piedra para construir sus flancos de granito; y cargando cumbre sobre cumbre, debia surgir, á la atónita vista de la humanidad, la piramidal cabeza de la torre.

Boas monstruosas, cocodrilos verdes, parecian pequeños lagartos sobre sus muros, deslizándose por entre bloques enormes, y colosales palmeras, colocadas en lo alto de las torres, parecian arbustos miradas desde abajo.

Del muro por las anchas hendiduras podian pasar los elefantes; crecia un bosque bajo los pilares de sus bóvedas, y enjambres de águilas y de buitres revoloteaban alrededor de sus abiertos pórticos, como si revoloteasen alrededor de inmensa colmena.

* * *

—Destruyo ese monumento audaz?—Anda.—Señor, dónde me llevais?

VII.

Veladas por la bruma de la noche, aparecen durmiendo silenciosas dos ciudades, con sus dioses, con su pueblo y con sus carros; dos ciudades hermanas, á las que el mismo valle sirve de mullido lecho. Lóbrega sombra se extiende por sus torres, que apenas bosqueja la luz de la luna; pero cuando la mirada se fija en ellas, entrevé en su confuso caos acueductos, escaleras, arcadas, galerías, monumentos; un grupo disforme de elefantes de granito, que soportan el peso de inmensa cúpula; colosos que están en pié y que miran á su alrededor trepar mónstruos, nacidos de vergonzosas cópulas; se ven tambien allí jardines colgantes, llenos de flores y de arcadas y de árboles negros, inclinados sobre ruidosas cascadas, y templos en los que presiden multitud de ídolos de jaspe, con cabezas de buey; techos formados de un solo bloque, que cubren vastas cámaras, en los que, sin levantar nunca la frente colosal, velan dioses de metal, sentados en círculo, mirándose unos á otros y descansando las manos sobre las rodillas. Pavor infunden á la vista y al alma esos palacios, esas sombrías avenidas, en las que por todas partes surgen desconocidas formas. El cielo en el horizonte chispeaba estrellado, y bajo los mil arcos del vasto promontorio brillaba como á través de una randa negra.

Aquellas ciudades maldecidas las enloqueció la fiebre de los deseos: en ellas cada hora inventaban monstruosos placeres; vicio inmundo y misterioso se ocultaba allí debajo de cada techo, y como dos úlceras manchaban al mundo.

Dormian entonces, y en la frente de las dos ciudades apenas asomaba alguna claridad pálida; lámparas de la disolucion, que al nacer desaparecen; últimas y olvidadas luces del festin. Grandes ángulos de los muros, que la luna blanqueaba, recortaban la sombra, ó temblaban reflejándose en el agua. Parecia oirse á lo lejos vagamente en las llanuras ruido de besos ahogados, mezclados con suspiros, y que las dos ciudades hermanas, cansadas de la luz del dia, se entregaban en la molicie á la espansion de los placeres, y que el viento, suspirando entre los frescos sicomoros, vagaba lleno de perfumes desde Sodoma á Gomorra.

* * *

Sobre esas dos ciudades se paró la nube negra, y la voz celestial la dijo:—Aquí es!

VIII.

Estalla la nube; llamas de escarlata, abriendo su flanco, la desgarran, y un mar de fuego, en inflamada lluvia, cae sobre los palacios y arroja su resplandor rojizo y sangriento sobre las torres y las murallas.

¡Os cubre ardiente bóveda, Sodoma y Gomorra! ¡La nube ardiente se arroja sobre vosotras, ciudades perversas, y sus abiertas fauces sobre vosotras lanzan fulminantes relámpagos!

Se despierta azorado el pueblo, que dormia olvidándose de Dios. Los palacios se desploman, los carros se chocan y vuelcan, y la multitud que corre y huye encuentra en cada calle un rio de fuego.

¿Pueden huir acaso de la lluvia horrible? No, que todo perece. El incendio hunde los puentes, bate y destroza los techos, y sus furiosas olas rompen irritadas hasta los ángulos de piedra.

Cada momento crecen y se extienden las llamas soberanas, que corren con mayor rapidez que un caballo sin freno; y los falsos ídolos, desplomándose entre las llamas, retuercen sus brazos de metal.

El incendio ruge, ondula, y del incrédulo pueblo abrasa las cúpulas de plata, y hace brillar los muros que devora como

la espalda escamosa de un cambiante lagarto.

Funde, como si fueran cera, jaspes, pórfidos, ágatas; tiemblan los colosos de mármol, y cada columna arde y dá vueltas como encendida antorcha.

En vano los sacerdotes sacan de los altares las imágenes de los dioses; en vano el rey inclina su túnica blanca sobre el azufre azul encendido, porque el hirviente raudal, sin hacerle caso, arrastra el templo tras sí.

El gran sacerdote llega á las orillas de aquel lago de fuego, del que todos huyen; pero en vano: de repente su tiara se enciende como un faro, y pálido, asustado, al ir á arrancársela con la mano, arde ésta y perece con él.

A las puertas de la ciudad todo el pueblo se lanza en tropel; pero por todas partes lo ciega las llamas y su círculo; de las dos ciudades muertas impide que el pueblo salve el recinto, y la multitud maldita, aterrorizada, cree ver que se desploma sobre ella un infierno desde el cielo.

IX.

Refiérese que entonces, como antiguo preso que se asoma á las rejas de la cárcel para presenciar un suplicio, se vió á la torre de Babel levantar la cabeza y mirar al cielo por encima de los montes, y se oyó, durante ese extraño misterio, estruendo misterioso que llenó de espanto al mundo y que turbó en su reposo hasta á los pueblos que estaban durmiendo el sueño profundo de la tumba.

X.

El incendio no tuvo compasion. Ni uno solo de los habitantes de las dos ciudades pudo salir del círculo de las calcinadas murallas; sin embargo, al cielo levantaban las manos, y los que se abrazaban moribundos, al darse el último adios, aterrados, se preguntaban quién habia vertido sobre ellos aquel iracundo volcan.

En vano buscaron refugio bajo los fuertes techos de mármol para librarse del fuego del cielo, porque Dios alcanza siempre al que le desafía; en vano invocaban á sus dioses, porque el fuego justiciero hirió á sus dioses mudos, cuyos vacíos ojos de granito lloraban lágrimas de lava.

Todo lo arrasó el incendio; en sus torbellinos de humo desaparecieron los hombres, las ciudades, las espigas y los árboles; Dios quemó aquellos campos. Todo quedó destruido, y el viento que hizo soplar aquella noche desconocido poder, cambió la forma de las montañas.

XI.

Hoy, la palmera que crece sobre aquellas rocas vé amarillear sus hojas y secarse su tronco cuando sopla el aire embravecido que la abrasa. No existen ya Sodoma ni Gomorra, y como espejo del pasado, sobre sus apagadas ruinas se extiende una laguna helada que humea como una fragua.

Octubre 1828.

II.

Canaris.

Faire sans dire.
ANTIGUA DIVISA.

Cuando un bajel vencido se abate en alta mar; cuando sus velas penden de los mástiles, destrozadas por las balas; cuando no se ven en él más que muertos por todas partes, áncoras, aparejos, velámen, mástiles rotos, arrastrando sus cuerdas; cuando el bajel, lleno de humo y de ruido, gira como una rueda; cuando un flujo y reflujo de hombres corre de popa á proa; cuando á la voz de los jefes no obedece ningun soldado; cuando el mar alborotado acrece su furor; cuando los cañones apagados nadan en el entrepuente, chocándose entre el agua; cuando se vé que el pesado coloso abre al oleaje el agujero de su herida y desangra por él todo lo que contiene; cuando boga al acaso, como un cuerpo palpitante, la carena entreabierta como un gran pez muerto, cuyo flotante vientre platean las olas; entonces, ¡gloria al

vencedor! Su brulote negro se abate sobre la nave vencida; como el águila potente descansa, despues del combate, las garras sobre su presa; despues cuelga en el árbol mayor, como en la cima de una torre, su bandera, que agita el viento, y cuyo reflejo de oro en las olas sucesivamente se ensancha y se alarga. En casos semejantes es cuando los pueblos hacen alarde de ostentar sus colores, y la púrpura, la plata y el azul ondulan en los pliegues de sus banderas. Ese aparato halaga su insensato orgullo. Malta enarbola la cruz. Venecia, ese pueblo-rey, coloca en sus popas movedizas al heráldico leon que hace rugir de espanto á los leones vivos. El pabellon de Nápoles es brillante, y cuando se despliega al aire, parece que en la popa de sus buques ondea sobre el mar una ola de oro y de seda. España pinta en las banderas de sus buques, Leon, leones de oro; Castilla, torres de plata, y Navarra, cadenas. Roma las adorna con llaves, y los bajeles de Francia ostentan flores de lis de oro. Estambul, la turca, alrededor de la media cruz suspende tres colas blancas; la América libre, sobre cielo dorado siembra estrellas azules. El Austria ostenta el águila, con las alas levantadas, que brillando sobre el muer, amenazando á los dos extremos del mundo, vuelve la cabeza. El águila de dos cabezas, su antigua adversaria, que adorna la bandera de los czares, como aquella, mira al mismo tiempo á los dos mundos y oprime á uno de los dos con su garra. La triunfante Inglaterra impone á los mares su espléndida oriflama, tan rica, que podria tomarse su reflejo en las olas por la sombra de una llama. De estos varios modos los reyes hacen flotar su escudo de armas en los mástiles de sus bajeles, y obligan á las naves que vencen en el mar á cambiar de pátria. Arrastran tras ellos á los vencidos bajeles, y se enorgullecen de ver entrar en el puerto sus flotas blasonadas, porque á los navíos cautivos cuelgan siempre sus victoriosas banderas, para que el vencido lleve escrita siempre en su frente su vergüenza y la gloria del vencedor; pero Canaris, cuyo atrevido buque deja siempre una huella ardiente, en los bajeles que apresa, como su pabellon de guerra, enarbola el incendio.

Noviembre 1828.

III.

Las cabezas del serrallo (1).

I.

El firmamento oscuro, sembrado de noche de innumerables astros, se reflejaba en el mar resplandeciente y sombrío; la risueña Estambul, velada por la sombra, parecia, recostada en las playas del golfo que la cerca, entre la luz del cielo y los reflejos de las olas, dormir en un globo estrellado.

Podia creerse que era la ciudad en la que los espíritus nocturnos edifican en el aire sus mágicos palacios, al ver sus grandes harenes, sus cúpulas azules, como el cielo que las colora, y la multitud de medias lunas que parece que inviten á brillar á los rayos de la luna.

Se destacaban sus cien torres, las casas con techos aplastados, las flechas de las mezquitas, los pintorescos balcones moriscos, los vidrios escondidos tras las discretas rejas, los palacios dorados en los que, como penachos, las palmeras se agrupan en sus frentes.

Se veian los blancos minaretes con su sobresaliente aguja, como mástiles de marfil que rematan en una lanza; vistosos kioskos, fanales de colores, y sobre el antiguo serrallo, rematando sus altos muros, cien cúpulas de estaño, que chispean en la oscuridad como gigantescos cascos.

II.

El serrallo!... Aquella noche estaba radiante de alegría. Aquella noche, al són de los alegres tambores, bajo preciosos artesonados y sobre alfombras de seda, bailaban los sultanes; y el serrallo, soberbio como rey que se adorna con todas sus preseas, apareció á la vista de los hijos del Profeta adornado con mil cabezas.

---

(1) Hemos reimpreso esta oda como la compuso y publicó el autor en Junio de 1826, en la época del desastre de Missolonghi. Debe recordarse al leerla que entonces todos los periódicos de Europa anunciaron la muerte de Canaris, diciendo que le habia muerto en su brulote una bomba turca, ante la ciudad que iba á socorrer. Despues se desmintió esa noticia fatal.

Esas cabezas lívidas, con los ojos apagados y con los cabellos negros, alineadas, coronaban las almenas y las terrazas, llenas de rosas y de jazmines; y la luna, el astro de los muertos, amiga y consoladora, derramaba su dulce palidez sobre la palidez sangrienta de aquellos despojos humanos.

Dominando la puerta fatal del serrallo, tres cabezas marcaban la ojiva oriental; esas cabezas, sobre las que batian sus alas los cuervos, las habian cercenado del cuerpo; á la primera en el combate, á la segunda dentro de la tumba y á la tercera cuando estaba rezando.

Las velaban estúpidamente los silenciosos centinelas, tan inmóviles como ellas: de repente las tres cabezas hablaron, y sus voces, parecidas á los cantos que oimos soñando, eran semejantes al murmullo confuso de las olas que se duermen junto á las playas y al del viento que se duerme en los bosques.

III.

LA PRIMERA VOZ.

"Dónde estoy?... Mi brulote! ¡Extended la vela! Empuñad los remos! Hermanos, Missolonghi en peligro reclama nuestro socorro; los turcos asaltan sus fortalezas; desviemos de ellas sus bajeles, y que sirva mi antorcha ¡oh capitanes! de faro para vosotros y de rayo para ellos.

„Partamos! ¡Adios, alto promontorio de Corinto, mares en los que cada roca lleva un nombre victorioso, escollos del archipiélago, sembrados por todas partes; hermosas islas, predilectas del cielo y de la primavera, que de dia pareceis canastillas de flores y de noche vasos perfumados!...

„¡Adios, Hidra, querida pátria, nueva Esparta! La libertad de que gozas se revela en tus cantos; adios; profeso gran cariño á tu isla, en la que se funda nuestra esperanza; á tus céspedes que acarician las olas, á tus escollos que alumbran los relámpagos y que amenaza el mar.

„Hermanos, si regreso despues de haber salvado á Missolonghi, edificad una nueva iglesia á Jesucristo; si muero en el combate, si derramo la poca sangre que me falta derramar, llevad mi cadáver á un pais libre para que repose en él y cavad mi fosa cara al sol.

„Vamos á exterminar á los turcos; lancemos, compañeros, los cañones de sus fuertes y sus flotas de las radas; abrasemos al capitan con el buque que manda; preparad para el asalto los brulotes; si me apodero de la nave del capitan, con letras de fuego escribiré en ella mi nombre.

„Oh cielos! oh dolor! Cae una bomba y de mi ágil esquife rompe el puente frágil al caer; estalla el barco y se abre; mis gritos de socorro los apaga el rumor de las olas... Adios! vá á servirme de mortaja el alga verde y voy á encontrar mi lecho mortuorio en la arena del fondo del mar.

„Pero no... me despierto al fin... ¡Qué misterio, qué sueño espantoso es este!... Mi mano busca inútilmente la cimitarra... ¿Qué es ese sombrío espantajo que veo cerca de mí?... ¿Qué son esos coros que oigo de lejos... qué son esos cantos que entonan voces de mujeres?... ¿Estoy en el cielo?... No, que veo sangre!... Gran Dios! esto es el serrallo!„

IV.

LA SEGUNDA VOZ.

"No te engañas, Canaris; lo que ves es el serrallo; te lo atestigua mi cabeza, que me arrancaron en la fosa para que sirviese de adorno á esta fiesta. Los turcos me han perseguido hasta dentro de la tumba y se han apoderado de mis despojos mortales; esto es todo lo que de Botzaris, los gusanos del sepulcro han dejado al sultan.

„Escúchame: dormia en mi lecho mortuorio, cuando me despertó el grito de: *Missolonghi sucumbe.* Me incorporé en la fosa y oí los sordos estampidos de los cañones, el clamor de la batalla, choques funestos y ruido apresurado de pasos.

„Oí que la lucha ocupaba todo el ámbito de la ciudad; oí que me decian: "Sombra de Botzaris, defiende de las furiosas hordas á los infortunados griegos„; y yo, rabioso, peleando con la oscuridad, acabé de romper en los mármoles fúnebres mis descarnados huesos.

„De repente, como un volcan, el suelo se incendia y ruge...; despues todo queda en silencio... y mis ojos, abiertos á la luz de otro mundo, vieron lo que no pueden ver los ojos terrenales: del fondo de las llamas escaparse de la tierra torbellinos de almas, que caian en el abismo ó se volaban al cielo.

„Vencedores los musulmanes, escarbaron mi fosa, me cortaron la cabeza, profanándola lo mismo que las vuestras, y las metieron en los sacos tártaros; mi cuerpo decapitado se extremeció de alegría, porque me pareció que entonces moria por segunda vez defendiendo la cruz y á Grecia.

„Hoy termina nuestro destino en el mundo. Estambul es una vil esclava, que por contemplar la siega que acaba de hacer la espada, se envilece desde el Yanar hasta las Siete-Torres; y con nuestras cabezas, expuestas á la mofa pública en el impuro serrallo, el infame sultan invita á un banquete á los buitres.

„Aquí están todos nuestros héroes: Costas, el palicaro; Cristo, del monte Olimpo; Hellas, de los manes de Icaro; Kitzos, que apasionaba á Byron, el poeta inmortal, y Mayer, hijo de las montañas, nuestro amigo y nuestro émulo, que devolvió á los hijos de Thrasybulo la flecha de Guillermo Tell.

„Esos otros muertos desconocidos, que entre nuestras cabezas alineadas confunden sus frentes viles con las frentes heróicas, son hijos malditos de Eblis y de Satanás, oscuro rebaño de turcos, multitud supeditada al sable, esclavos á los que se arranca la vida cuando falta una cabeza para completar la cuenta del sultan.

„Semejante al Minotauro, que inventaron nuestros padres, solo hay un hombre vivo en estas horribles guaridas, que enseña nuestras cabezas á los asustados pueblos; porque los otros testigos de estas fiestas crueles, que son los eunucos, esos taciturnos homicidas, están tan muertos como nosotros.

„Qué gritos son esos?... Es la hora en que el sultan, para saciar sus infames placeres, reclama á nuestras mujeres, á nuestras hijas y á nuestras hermanas; flores que marchitará su inhumano soplo. El tigre imperial, rugiendo de alegría, cuenta todas sus presas; esta noche las vírgenes y mañana nuestras cabezas.„

V.

La tercera voz.

"El obispo José, hermanos, os saluda. Missolonghi ya no existe. Resuelta á morir, huyó del gusano roedor del hombre, y formidable víctima, envolviendo á los turcos en su desgracia suprema, encendió ella misma las llamas de su vengadora hoguera.

„Al ver hambrienta la ciudad durante veinte dias, me dirigí á ella, diciéndola:— "Pueblo, ejército, hagamos el último sacrificio y despidámonos para siempre; recibid de mis manos en el altar el último alimento que nos queda, el pan celestial, que alimenta al alma y la transforma en Dios„.

„Celebré universal comunion, en la que inmóviles moribundos querian recibir la hostia, y lo mismo que los soldados desfallecidos, las mujeres, los ancianos y las doncellas, y en el seno marchito de las madres mutiladas los niños mamando sangre.

„Llegó la noche, y salieron de allí; pero los turcos en las tinieblas sitiaron en seguida nuestros muertos y nuestros escombros; llegaron hasta la iglesia, y sobre las ruinas del altar que fué su última conquista, un sable hizo rodar mi cabeza... ignoro qué mano me hirió... yo estaba rezando.

„Hermanos, compadeced á Mahmoud! Siguiendo la ley bárbara de Mahoma,

su poder le aparta de los hombres y de Dios; sus ojos ciegos no ven el cielo; su corona fatal, siempre insegura, ostenta en cada floron una cabeza sangrienta, y quizás no es cruel.

„Víctima el desgraciado de implacables terrores, se pierde para toda una eternidad; el fastidio se apodera de él durante los dias y durante las noches; semejante á los ídolos, sus esclavos le adoran desde lejos, y el látigo de un spahis dirige los incensarios de éstos.

„Pero para vosotros queda la victoria y el honor: fuísteis vencidos en el mundo, pero sereis vencedores en la historia. Hermanos, Dios os bendice; vuestras glorias no las borrará la muerte; vuestras cabezas sin tumba se convertirán en gloriosos símbolos; vuestros restos son un monumento.

„¡Que sobre todo os envidien los apóstatas! Anatema para el cristiano que profane el agua santa del bautismo; en vano inscribe su nombre en el libro de la vida; ningun ángel le espera en el cielo, y su nombre, que execran los mortales, como un veneno lo vomitarán todas las bocas.

„Y tú, cristiana Europa, oye nuestras justas quejas. En otro tiempo, para salvarnos San Luis, á estas playas convocó á sus caballeros. Elige de una vez, antes que Dios se indigne, entre Jesús y Omar, entre la cruz y el sable, entre la aureola y el turbante.„

VI.

Sí; Botzaris, José, Canaris, santas sombras, la Europa oirá vuestras voces, que apagó la muerte; verá el signo sagrado impreso en vuestra frente, y entonando un canto expiatorio á vuestros sangrientos despojos, en su arpa y en su laud las dos Grecias dirán:

"Fuísteis santos, fuísteis sublimes, semidioses, confesores y víctimas; vuestro brazo se señaló mucho tiempo en los combates, y han profanado vuestros cadáveres manos viles: ese fué el Calvario que encontrásteis despues de vuestras Termópilas.

„Si afligida la Europa, al ver que se derrama tan pura sangre, no sigue hasta el serrallo el camino que ella le marca, el Señor la castigará con amargo arrepentimiento. Nuestros altares os piden marineros, sacerdotes y soldados; el Olimpo y el cielo al mismo tiempo los esperan, pléyade de héroes, trinidad de mártires!

Junio 1826.

IV.

Entusiasmo.

Allons, jeune homme! ¡Allons, marche!...

ANDRÉS CHENIER.

A Grecia! A Grecia! Adios á todos! Es preciso partir! Ya que se ha derramado la sangre de ese pueblo mártir, que corra la sangre de sus verdugos. Amigos, volemos á la Grecia; venguémosla y libertémosla. Ceñid un turbante á mi frente, dadme un sable, ensilladme el caballo y partamos.

Cuándo? Esta noche; mañana seria demasiado tarde. Preparad las armas y los caballos, aparejad un navío en Tolon, un navío que tenga alas; reunamos los restos de nuestros veteranos regimientos, y veremos muy pronto que los tigres otomanos huyen como gacelas.

Dirígenos, Fabvier; te proclamamos nuestro príncipe, á tí, que permaneciste en tu puesto, cuando los reyes lo abandonaron; serás jefe de las hordas disciplinadas entre los griegos modernos, serás la sombra de un antiguo romano, y á tus rudas manos, soldado bravo, confiamos el destino de un pueblo.

Fusiles franceses, despertaos allí de vuestro largo sueño; despertaos tambien, orquesta del combate, bombas, cañones, címbalos; despertaos, caballos de pisadas resonantes; sables, á los que falta un bautizo de sangre; pistolas, cargadas hasta la boca de balas.

¡Quiero presenciar vuestros combates en la primera línea; quiero ver cómo los spahis se lanzan como un torrente sobre

la inquieta infantería; ver cómo, arrastrados por su veloz corcel, cortan cabezas con el filo de su media luna de acero!... Partamos!

¿Pero á dónde me arrastra el entusiasmo bélico, á mí, pobre poeta? Los niños y los viejos quieren que vaya con ellos. Pero quién soy yo?—Un espíritu que el menor soplo arrastra, como hoja muerta escapada de un álamo.

Todo me hace soñar; el aire, los prados, los montes y los bosques; por todo algun dia he lanzado suspiros; cuando llega el crepúsculo, en el fondo de un valle oscuro pláceme ver el lago plateado, que es el claro espejo en el que se miran las nubes.

Pláceme ver la luna salir ardiente y roja cuando se levanta entre la bruma espesa, y verla blanca en medio del espacio saliendo de los bordes de una nube oscura, y plácenme las carretas pesadas que pasan por la noche haciendo ruido cerca de las heredades y hacen ladrar á los perros.

1829.

V.

Navarino.

I.

Llora, Canaris, llora! Ciento veinte bajeles, toda una armada... ¿Dónde estabas tú, rey de los mares? ¿Ha podido sucumbir el otomano sin combatirle tú? Llora como Crillon cuando no le dejaban combatir. Tu mano hizo falta en el incendio.

Hasta entonces, cuando el oleaje de tus mares, como lago infernal, se ensangrentaba con resplandor siniestro, si algun navío se presentaba á nuestra vista llameando como un volcan abierto en el mar; si rodaban en el oleaje turbantes, sables corvos, tiendas, medias lunas del remate de los mástiles, rotas y caidas, vestigios de una flota y de un ejército, la Europa se volvia hácia el rojo Oriente, y el marinero, sentado en la popa, se sonreia, diciendo:—"Es Canaris que pasa".

Hasta entonces, cuando ardian en el seno de los mares los capitanes-pachás con sus armamentos y con sus flotas humeantes, reconocian en tí al protagonista de esos desastres; tu brulote explicaba por qué ardian esos navíos, y tu antorcha alumbraba el incendio.

Pero hoy llora, llora; se han batido sin tí. ¿Por qué sin Canaris mover la guerra y la tempestad contra sus buques? Debieron esperar que llegaras, porque te pertenece de derecho ser convidado á esas fiestas lúgubres.

II.

Consuélate! La Grecia es ya libre. Entre los verdugos y los moribundos la Europa ha restablecido el equilibrio. ¡Consuélate! Allí ya no hay tiranos! La Francia combatió y la suerte ha cambiado. Sufre que su mano que os venga arranque en cámbio una hoja de tu laurel. Grecia de Byron, Grecia de Homero, madre y hermana nuestra, cantad, si vuestra voz amarga no se apagó pidiendo socorro.

Era demasiado hermosa la pobre Grecia para ser enterrada tan pronto. Cada visir le arrancaba un sagrado fragmento. Donde la fábula hizo vivir á sus bacantes, donde el amor hizo sonar sus serenatas, se oia el estampido de los cañones, zapando los templos del verdadero Dios, y el firmamento de esa tierra predilecta solo se cubria con las nubes de humo que se escapaban de sus ciudades que estaban combatiendo.

Seis años mortales de batallas! ¡Seis años que corria el Africa á socorrer al Asia, contra un pueblo acostumbrado ya á morir. Ibrahim, al que nada arredra, vuela desde el Istmo hasta Belvedere; como un halcon al que le falta aire para respirar, como un lobo que busca el redil de las ovejas, corre allí donde le llama el botin, y cuando regresa á descansar á su tienda, su mano vencedora arroja siempre cabezas cortadas en el serrallo.

III.

Ante Navarino, la ciudad de casas pintadas, la ciudad de cúpulas de oro, que en una colina se sienta entre terebintos, dos armadas, chocando sus cascos de metal, ocupan su hermoso golfo.

El mar sufre el peso de las dos armadas, dispuestas á combatirse, dispuestas á destrozarse; cada una de ellas parece que la haya preparado para la pelea el dios en quien adora; una se extiende en cruz por la unidad líquida, la otra abre sus pesados brazos y se encorva en forma de media luna.

A una parte está la Europa libre y poderosa, con sus inmensos y temibles navíos; á la otra parte el Egipto de los turcos, el Asia africana, con sus valientes corsarios, que Duquesne no pudo exterminar, porque inútilmente pisoteó ese nido de buitres.

IV.

Oid!—El cañon truena. Es hora ya de que le respondan. El que sabe tener paciencia es el más fuerte. Disparad las andanadas sobre esas nubes que nos intimidan. Fragatas, lanzad la muerte! y que al soplo de vuestras bocas se hundan los contrarios bajeles, estrellados en las rocas del puerto.

Se enciende por fin la batalla. Todo truena y todo humea al mismo tiempo; la muerte sigue á nuestros disparos; allí todo arde confusamente; aquí corre el brulote veloz, que arroja á los mástiles sus grapones, y devora como un chacal al elefante que lucha aun, royendo á un navío de tres puentes.

Al abordaje! al abordaje! Se suspenden del cordaje, se abalanzan á los obenques, la popa choca con la proa; en el furor de la refriega ruedan remeros lanzados sobre sus bancos, infantes por el suelo, espadas y cimitarras, cascos y turbantes.

La entena se agarra á las entenas; la antorcha insulta al hacha; todos atacan á un mismo tiempo. La muerte nada en el abismo. Espantosa carnicería! Aquellos flotantes campamentos de batalla, combatidos incesantemente, se sumergen en la refriega con todos sus combatientes.

V.

Lucha horrible! Cuando el hombre, pareciéndole estrecha la tierra, precipita la guerra en el Océano, el suelo tiembla bajo sus plantas mientras se bate. El mar se burla de sus batallas, abriendo su profundo abismo á los vencidos y á los vencedores, y extinguiendo el combate con el naufragio.

Horrible espectáculo! Mientras rugiendo el Africa bate á nuestros poderosos navíos con su imprudente flota, agotando en vano su coraje y sus esfuerzos, cada uno de ellos, contra las enemigas hordas, abriendo sus fauces fulminantes, vomita tranquilamente la muerte por todos sus cañones.

Se incendia la flota enemiga. El agua está sembrada de ceniza; llameando los mástiles humean, arden las naves; atacando el incendio á la fragata almirante, desarrolla alrededor de los mástiles su ardiente espiral, prende á los marinos en sus ardientes redes, corona con sus altos de fuego la popa, triunfa y arroja lejos un formidable reflejo, que tiembla, ensanchando sus círculos en el agua del mar.

VI.

¿Dónde están, hijos del Cairo, las flotas que en otros tiempos conducian á la guerra millares de marineros? ¿Dónde están las velas que guarnecian innumerables infieles armados y que prestaban sus alas á los rápidos brulotes?

¿Dónde están tus mil antenas, y tus gavias altivas, y tus orgullosos capitanes, armada del sultan? ¡Empezó tu ruina, flota soberbia, que, como el Leviatán, dominabas los mares!

El capitan, temblando, vé estallar al mismo tiempo á los jabeques reunidos de Argel y de Tetuan, y el fuego vengador incendia su bajel, cuyo enorme

casco revuelve al pasar el fondo del Océano.

En los mares irritados zozobran, con los mástiles rotos, buques chocando con buques, yachts de mil colores, galeras capitanas y otros varios esquifes, que llevaban á las sultanas cabezas y flores.

¡Adios, barcos caprichosos, que os llamábais carracas y gabarras, en los que con gritos bárbaros perturbábais á Chipre y á Delos! ¿Dónde están ya vuestras inmensas flotas? El mar las elevó hasta las nubes y el cielo las sumergió en las olas.

VII.

Silencio!—Todo ha terminado. La espuma cubre hasta las puntas de los mástiles; los bajeles del sultan han servido de juguete á las olas; algunos de ellos, rotos y desamparados, como el alga que escupen las mareas sobre la playa, espiran destrozados.

Se consiguió una gran victoria; la de deshacer al Africa. El verdadero Dios pisoteó al falso Profeta, y les llegó la hora de pedir piedad á los tiranos y á los verdugos, y seis años de cadenas se vengaron en un dia.

Hacia mucho tiempo que decian los pueblos:—"Grecia, vas á morir; desventurado pueblo, cada dia te debilitas más, y en vano por salvarte, pátria ilustre y querida, despertamos al sacerdote, que está dormido en el púlpito, y en vano mendigamos un ejército á nuestros reyes.

„Los reyes están sordos á nuestras súplicas y los púlpitos mudos; tu nombre solo resuena en el corazon de los poetas. Pide á la gloria el derecho á vivir, confia tu valor á la cruz griega, y ya que te sacrifican, no importa saber en qué cruz.

„Tus dioses tambien se van. Muros de la antigua Grecia, esqueletos de sus ciudades mutiladas, os convertís en armas en manos de los infieles; para batir á sus bajeles desde lo alto de los Dardanelos, cada una de vuestras solemnes ruinas entrega una bala de mármol á sus cañones gigantescos.„

Los antiguos lamentos suenan hoy como alegres sonatas, y gozoso rumor, surgiendo desde el Istmo, llega hasta el Pharo. Ese cielo oscuro es más hermoso que un cielo sereno. El coloso turco vuelve á caer en el Oriente, la Grecia es libre, y Byron, desde su sepulcro, aplaude á Navarino.

¡Salud, Albion, antigua reina de las olas! ¡Salud, águila de los czares, que te ciernes sobre dos mundos! ¡Gloria á nuestras brillantes flores de lis! Hoy la Inglaterra reconoce á su rival en la victoria de Navarino; nuestra gloria naval enciende su antorcha en ese incendio.

Te encuentro, Austria; pero dónde? No aquí, sino allá; en la armada infiel. En vano te buscamos entre las filas cristianas; más tarde sorprendimos á tu águila de doble frente que inclinaba avergonzada la cabeza ante las miradas de un pachá.

Pero ese es tu sitio.—No hace mucho te vimos supeditada á Ibrahim, á esa parodia de Tamerlan, despojando á los muertos que él causaba á su paso; tú le admirabas, confundida con los serviles eunucos, cuando él paseaba su antorcha encendida por las ciudades, cuya antorcha apagaba con sangre.

Preferias su siniestro resplandor á las claridades de la aurora. Hoy, que, como revancha, devoran las llamas sus numerosos bajeles que vomitaron sus puertos egipcios, abre los ojos y mira, Austria degenerada; qué te parece ese incendio? Es tan hermoso como los suyos?

Noviembre 1827.

VI.

Grito de guerra del Mufti.

Desperta, ferro!
GRITO DE GUERRA DE LOS ALMOGÁVARES.

Guerreros, á la pelea! Mahoma! ¡Maho-

ma! ¡Los perros cristianos muerden los piés del leon que dormia, y orgullosos levantan la cabeza; creyentes del Profeta divino, aplastad á esos soldados vacilantes que se embriagan, á esos hombres que no tienen más que una mujer!

Muera la raza franca y sus detestables reyes. Spahis (1), timariots (2), lanzaos contra ellos y arrojad en la sangrienta batalla los sables, los turbantes y vuestras yeguas de largas crines.

Que Otman, hijo de Ortogrul, viva en cada uno de vosotros; mostrad que sois dignos herederos de su valor y su coraje: volad, volad, capitanes; vamos á tomar la ciudad de las cúpulas de oro, vamos á apoderarnos de Letiniah, que en su lenguaje impuro los bárbaros llaman Atenas.

Noviembre 1827.

VII.

El dolor del pachá.

Lejos de todo lo que me es querido, me consumo solitario y triste.
BYRON.

—Qué tiene el representante de Alá? se preguntaba el derviche; ¿qué tiene que dá escasa limosna cuando están repletas sus arcas? Sombrío, avaro é inmóvil, se sonríe amargamente. ¿Se le ha mellado el sable de su padre, ó amenaza á sus soldados el mar tempestuoso?...

—¿Qué tiene el pachá, qué tiene el visir de los ejércitos? decian los bombarderos con las mechas encendidas. ¿Los imanes (3) perturban su pensamiento? ¿Ha roto el austero ayuno del Ramadán (4) y le hacen ver en sueños al ángel Azrael de pié á las puertas del infierno?

—Qué tiene? murmuran los icoglan (5) estúpidos. ¿Acaso se han perdido en el mar los bajeles que le traian perfumes que le hacen rejuvenecer? Segun la prediccion de alguna gitana, ¿ha visto aparecérsele una serpiente de cascabel?

—Qué tiene el sultan? se preguntaban las sultanas. ¿Ha sorprendido bajo los plátanos á su hijo platicando con su hermosa favorita de labios de coral? ¿Le han puesto en el agua del baño alguna esencia grosera? ¿Al vaciar el saco algun fellah (1) ha faltado alguna cabeza de las que se habian de exponer en el serrallo?

—Qué tiene nuestro señor? decian inquietas las esclavas.—Todos se equivocaban. El sultan, melancólico, sentado como el guerrero que devora una afrenta, encorvado como el anciano bajo el peso de los años, estaba ya tres noches y tres dias con la cabeza apoyada entre las manos.

No estaba así por haber visto que una rebelion, sitiando su haren como si fuera una ciudadela, arrojase en su misma cámara un hachon encendido; ni vió mellarse en sus manos la espada gloriosa de su padre, ni vió que se le apareciera Azrael, ni le sorprendió en sus sueños la siniestra serpiente.

No estaba triste el sultan por haber roto el ayuno; ningun bajel suyo fué víctima de la borrasca; la sultana estaba encerrada bajo llave y su hijo era demasiado jóven; y no le faltaban en el serrallo ni su esencia predilecta, ni las cabezas que cortó.

Ni le faltaban ciudades destruidas, ni cadáveres sembrados en los valles, ni la Grecia incendiada dejaba de ser la presa de los hijos de Omar; ni dejaba de tener huérfanos ni viudas, ni dejaban de venderse vírgenes en el bazar.

Ni fantasmas fúnebres, que un rayo sangriento hace brillar en las tinieblas, penetrando en su alma, la sumieron en el remordimiento. ¿Qué tiene, pues, el pachá, que está haciendo falta en la guerra y que, sumido en honda melancolía, llora como una mujer? Que se murió su tigre de la Nubia.

1.° Diciembre 1827.

(1) *Spahis*: soldado turco de caballería.—(N. del T.)
(2) *Timariots*: soldado turco que goza de pingüe beneficio militar, con el que no solo se mantiene, sino que tiene á su cargo mantener á otros milicianos.—(Id.)
(3) *Imanes*: sacerdotes de la religion mahometana.—(Id.)
(4) *Ramadán*: Cuaresma de los mahometanos.—(Id.)
(5) *Icoglan*: pajes del sultan.—(Id.)

(1) *Fellah*: esclavo de los mamelucos.—(N. del T.)

VIII.

Cancion de los piratas.

Alerta! Alerta! Ved á los piratas ochab que atraviesan el desierto.
EL CAUTIVO DE OCHALI.

Conseguimos reducir á la esclavitud á cien cristianos, pescadores de coral, y reclutamos para alimentar al serrallo mujeres de todos los monasterios de estas playas. Por el mar, atrevidos espumadores, íbamos desde Fez hasta Catania... En la galera capitana éramos ochenta remeros.

En cuanto divisábamos un convento, echábamos el áncora y saltábamos á tierra: pronto se presentaba á nuestra vista alguna religiosa, que cerca de las olas, y á su rumor, se dormia bajo un plátano... En la galera capitana éramos ochenta remeros.

—Hermosa jóven, guardad silencio y seguidnos; tenemos viento en popa y vais á cambiar de convento: el haren equivale á un monasterio. El sultan se enamora de las beldades, y os convertirá en mahometana... En la galera capitana éramos ochenta remeros.

La jóven trata de huir hácia el claustro.—Os atrevereis á robarme?—Nos atreveremos, le contesta el capitan.—Llora, suplica, grita y se debate en los brazos de éste, pero á la fuerza se la llevan al buque... En la galera capitana éramos ochenta remeros.

Su tristeza y sus lágrimas hacian brillar más su hermosura, y á peso de oro la compró el sultan. En vano, sollozando desesperada, exclamaba:—¡Voy á morir! Tuvo que ser sultana contra su voluntad... En la galera capitana éramos ochenta remeros.

12 Marzo 1828.

IX.

La cautiva.

On entendait le chant des oiseaux aussi harmonieux que la poesie.
SADI.

Si no estuviese cautiva me gustaria este pais, y este hermoso mar, y estos campos de panizo; viviria bien aquí, si á lo largo de estos sombríos muros no reluciesen en la oscuridad los sables de los spahis.

Como no he nacido tártara, no tengo un eunuco negro que me entregue una guitarra ni que me sostenga el espejo. Lejos de estas Sodomas, en mi pais, con los donceles podemos hablar por la noche.

Sin embargo, me placen estas riberas, en las que el soplo frio del invierno no penetra nunca por los abiertos cristales. Por el verano la lluvia es tibia, y brilla el insecto verde, que revolotea por las flores como una esmeralda viva.

Smirna es una princesa coronada de rosas, en la que se disfruta primavera eterna; y como de risueño grupo de flores dentro de una copa, en sus mares se destaca más de un fresco archipiélago.

Gústanme sus torrecillas bermejas, sus banderas triunfantes, sus casas doradas, semejantes á juguetes de niños, y me complace ver esas tiendas que se balancean en las espaldas de los elefantes.

En estos palacios de hadas, mi corazon poético cree, en las voces apagadas que vienen de los desiertos, oir confundidas las armonías de los génios con las canciones que cantan en los aires.

Pláceme de esta comarca el perfume que dejan en los dorados vidrios las temblorosas hojas, el agua que hace correr el manantial por debajo de las palmeras y las cigüeñas que se posan sobre los blancos minaretes.

Pláceme en un lecho de musgo entonar un aire español, cuando mis compañeras pasean saltando, cuando éstas se sonrien y dan vueltas en un corro.

Pero sobre todo, cuando se levanta la brisa de la noche, pláceme estar sentada y entregada á mis pensamientos, teniendo fija la vista en el mar, cuando la luna pálida abre en las olas su abanico de plata.

7 Julio 1828.

X.

A la luz de la luna.

Per amica silentia lunæ.
VIRGILIO.

La luna estaba serena y jugaba con las olas.—La ventana se abre para dejar paso á la brisa. La sultana se asoma y vé que el oleaje del mar borda con argentada red los negros islotes.

Vibrando la guitarra se escapa de sus manos... se pone á escuchar... sordo ruido turba el silencio de la noche. ¿Será acaso un bajel turco que viene de las aguas de Cos azotando el archipiélago griego con sus remos tártaros?

¿Será que los cormoranes, sumergiéndose en el mar uno tras otro, salen luego á la superficie con perlas en las manos? ¿Será un dginn que silba allá arriba al lanzar en el mar las almenas de la torre?

¿Quién turba el silencio del mar cerca del serrallo? No es el negro cormoran, flotando sobre las aguas, ni las almenas de la torre, ni la marcha del bajel turco cortando el mar con sus remos;

Son pesados sacos, de los que salen sollozos, que el que pudiera acercarse á á aquellos sacos, sondeando el fondo del mar donde se agitan, veria moverse dentro de ellos formas humanas.— La luna estaba serena y jugaba con las olas.

20 Setiembre 1828.

XI.

El velo.

¿Habeis rezado á Dios esta noche, Desdémona?
SHAKESPEARE.

LA HERMANA.

Qué teneis, hermanos mios? Bajais las frentes inquietas, y como lámparas funerarias brillan las miradas en vuestros ojos. Os desgarrais los cinturones, y ya tres veces, fuera de la funda, en vuestras manos han brillado las láminas de los puñales.

EL HERMANO MAYOR.

¿Te has levantado hoy el velo para alguno?

LA HERMANA.

Hermanos mios, volvia de tomar el baño, ocultándome á las audaces miradas de los giaours y de los albaneses. Al pasar cerca de la mezquita en mi palanquin descubierto, me sofocó el aire del medio dia y levanté un poco el velo.

EL HERMANO SEGUNDO.

¿Pasó entonces por tu lado un hombre que vestia caftan verde?

LA HERMANA.

Sí... quizás... pero á pesar de su audacia, no consiguió ver bien mis facciones... ¿Qué es lo que estais hablando en voz baja?... Necesitais derramar sangre?... Os juro, hermanos mios, que no me vió. Perdonad á una mujer, que es débil, y que indefensa está en vuestras manos.

EL HERMANO TERCERO.

El sol estaba rojo cuando se puso esta tarde.

LA HERMANA.

Perdon! Qué delito he cometido? ¡Perdon! ¡Cuatro puñales levantados contra mí! Permitidme que abrace vuestras rodillas... maldito sea mi velo blanco! No me rechaceis; estoy vertiendo sangre; sostenedme, porque ante mis ojos que se apagan se extiende el velo de la muerte.

El hemano cuarto.

Ese velo no te lo levantarás.
1.° Setiembre 1828.

XII.

La sultana favorita.

Pérfida como la ola.
Shakespeare.

¿No despoblé ya bastante por tí, hermosa judía, mi riquísimo serrallo? Consiente que las mujeres que quedan vivan. ¿Cada vez que te abanicas ha de caer cortada una cabeza?

No tengas celos, sultana, y perdona á mis cautivas, ya que te elevé á princesa y á favorita; no me arranques cada noche una sentencia de muerte.

Cuando te domina esa idea, estás más tierna en mis brazos, y cuando me pides que sea cruel, tus besos son más cariñosos.

Celosa entre las celosas! ¡Tan hermosa y tan cruel! Perdona á mis odaliscas. ¿Por qué las flores del jardin han de morir á la sombra del rosal?...

No soy tuyo? ¿Qué te importa, mientras me duermo en tus brazos, que cien mujeres llenas de amoroso fuego, á la puerta se consuman suspirando inútilmente?...

Deja que en su soledad se entristezcan envidiándote siempre; déjalas pasar como pasan las olas; déjalas vivir, que tú dispones de mis Estados, de mi trono y de mi existencia.

Tú dispones de mi pueblo, que al verme tiembla; tú reinas en Estambul, que elevando en esta playa sus mil flechas, se mece en el mar, y parece una flota anclada que duerme.

Te pertenecen mis spahis de rojos turbantes, que vuelan encorvándose sobre sus ligeras yeguas, como se encorvan los remeros en las galeras rápidas.

Reinas en Basora y Trevisonda, en Chipre, en Fez, cuyos rios arrastran arenas de oro; en Erzerum, que tiene caminos enlosados.

Reinas en Smirna, cuyas casas nuevas blanquean las olas; en el Ganges, que tanto temen las viudas; en el Danubio, que por medio de cinco rios se precipita en el mar.

Dime, ¿estás celosa de las hijas de Grecia, ó de las pálidas azucenas de Damenhour, ó de las miradas ardientes de la negra, que salta como una tigre rugiendo de amor?

No me atraen, adorada judía, ni el seno de ébano, ni la frente de marfil; tú no eres blanca ni cobriza, pero ha dorado tu faz un rayo del sol.

No hagas que la tempestad destruya á esas pobres flores; goza en paz de tu conquista, y no exijas que cada una de tus lágrimas haga rodar una cabeza.

No pienses más que en los plátanos de tus jardines, en tu baño que perfuman el ámbar y el nardo, en el golfo donde se deslizan tus esquifes... el sultan necesita tener sultanas y el puñal necesita tener perlas.
22 Octubre 1828.

XIII.

El Derviche. (1)

Quand la perte d' un mortel est écrité dans la livre fatal de la destinée, quoi qu' il fasse il n' echappera jamais à son funeste avenir; la mort le poursuit partout; elle le suprend meme dans son lit suce de ses levres avides son sang et l' emporte sur ses épaules.
Panago Soutzo.

Un dia pasó Alí. Las frentes más altivas se doblaron hasta nivelarse con los

(1) *Derviches:* sacerdotes del imperio otomano que viven en comunidad.—(N. del T.)

piés de sus arnautes (1). Todo el pueblo decia: "Alá!„ De repente un derviche, debilitado por su larga edad, abriéndose paso entre la multitud y tomando el caballo por la brida, así le habló en voz alta:

"Alí-Tepeline, luz de la luz, que te sientas en las primeras gradas del divan, cuya reputacion aumenta cada dia; escúchame, visir de innumerables guerreros, sombra protectora del trono, que es sombra protectora de Dios; eres un perro y un maldito.

„Te alumbra, sin tú saberlo, una antorcha sepulcral. Como de vaso demasiado lleno, se derrama tu cólera sobre un pueblo que tiembla; brillas en su frente como la hoz en la yerba, y sirven de cimiento á tu soberbio palacio sus huesos triturados en su sangre.

„Pero se acerca tu última hora. Es indispensable que Janina, que vá á sucumbir, se hunda ante tí y te abra el sepulcro. Dios te reserva una argolla de hierro en el árbol del segjin (2), cargado de almas impías, en cuyas ramas negras se extremecen acurrucadas en la profundidad del séptimo infierno.

„Tu alma irá allí desnuda; en el libro de tus crímenes un espíritu infernal te leerá los nombres de tus víctimas; y verás á tu alrededor sus espectros, manchados con la sangre, que ya no corre por sus venas, y aterrorizado balbucearás inútiles escusas.

„Morirás, sin que tus fortalezas ó tus flotas puedan evitar tu derrota, ni con sus remos, ni con sus cañones; aunque el mismo Alí-Pachá, como el judío inmundo, para engañar al espíritu infernal que le espera fuera del mundo, al morir cambiase de nombre.„

Alí, debajo de la pelliza llevaba la cimitarra, tres pistolas de arzon y un puñal; escuchó tranquilamente lo que el sacerdote le acababa de decir, inclinó luego la frente pensativa, y sonriéndose, entregó su pelliza al anciano.

8 Noviembre 1828.

(1) *Arnautes:* naturales de los pueblos de la Albania.—(N. del T.)

(2) *Segjin:* la séptima parte del infierno, que era la más baja de todas, y á la que iban á parar las almas de los impíos, segun la religion mahometana.—(Id.)

XIV.

El castillo.

¿En qué piensan esas olas cuyos murmullos besan los flancos de ese peñasco, brillantes como una armadura? ¿No han visto en su propio espejo que esa roca, cuyo pié desgarra sus entrañas, sustenta una fortaleza, ceñida de murallas, que rodea su frente como un turbante?

Por qué allí están las olas tranquilas? para quién reservan su cólera? Mar embravecido, encarnízate contra ese monumento secular; deja en paz á los pobres marineros; roe ese peñasco; que se conmueva, que se incline y que caiga y hunda la fortaleza en el abismo de las olas.

Dime, ¿cuánto tiempo necesitas para derribar ese peñasco con su ciudadela?... Un dia, un año, un siglo?... Precipita contra el nido del criminal tu oleaje furioso. ¿Qué te importa el tiempo ¡oh mar! si eres inagotable? Para tí un siglo es lo mismo que una ola.

Trágate ese escollo; bórralo, y sobre él que corran las olas sin cesar; que acostado en tu seno profundo, duerma allí eterno sueño; que no se conozca ya que fué una fortaleza; que cada ola arranque una piedra de sus torres.

Así desaparecerá del mundo, y éste respirará cuando no vea la torre de Alí-Pachá de Epiro; y cuando un dia, costeando las playas que Alí profanó, el marinero de Cos, en la mar alborotada, vea un gran torbellino, cuyo centro se ahonde, pueda decir á los pasajeros consternados: "Aquí estaba.„

26 Noviembre 1828.

XV.

Marcha turca.

No hay más Dios que Dios.
KORÁN.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Amo al verdadero soldado, espanto de Belial. Su ancho turbante dá severidad á su frente, besa con respeto la barba de su padre, profesa á su antiguo sable amor filial, y lleva el dolíman, que le destrozaron en las batallas, con más agujeros que manchas tiene la piel del tigre imperial.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Escudo de cobre rojo suena y brilla en su brazo; relinchando su caballo masca el freno, que llena de espuma; deja tras sí una nube de polvo, y cuando pasa galopando sobre el empedrado piso, los que le ven exclaman:—"¡Es el corcel de un caballero moro!„, y todos se vuelven al oir el ruido de sus pisadas.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Cuando acuden diez mil giaours al són de su bocina, él les contesta, vuela, y con soplo feroz hace sonar el clarin, que espanta á los enemigos; mata, y los muertos le escitan; refresca en su sangre su caftan de color de escarlata, y anima á su corcel, que se cansa y le acaricia, para que le conduzca á causar más víctimas.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Me entusiasma, si es vencedor, que tenga su hermosa esclava de brillantes ojos, y que, dejando á los imanes (1) que predican en la mezquita que beban vino por la noche, se embriague á la luz del dia; me entusiasma, despues del combate, que ria alegremente, y que con su voz ronca, por haber lanzado gritos de guerra, cante á las huríes y al amor.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Pláceme que sea grave, pero rápido, para vengar las ofensas; que prefiera saber blandir la cimitarra á dedicarse á estudios que hacen envejecer; que sea ignorante, pero jóven y bravo, y que prefiera, á las arrugas de la edad, llevar cicatrices en el cuerpo.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Tal debe ser el verdadero guerrero creyente. Pero el que de ello se vanaglorie y tiemble cuando debe aterrorizar; el que llegue el último al campamento imperial; el que se debilite entregándose á las mujeres; el que no conozca la genealogía de los mejores caballos; el que tema los rayos del sol; el que sepa leer, y escrupuloso no quiera beber, y deje todo el vino de Chipre para los cristianos, ese es un cobarde, ese no es un guerrero; ese no acometerá en la ardiente batalla con el sable en la mano y montado en salvaje potro al valiente enemigo; ese solo sirve para oprimir las ancas de una mula y caminar rezando en voz baja como un sacerdote.

En mi costado la daga chorrea sangre negra, y mi hacha pende del arzon de mi silla.

Mayo 1828.

(1) Sacerdotes de la religion musulmana que prestan sus servicios en las mezquitas.—(N. del T.)

XVI.

La batalla perdida.

Sur la plus haute colline
Il monte, et, sa javeline
Soutenant ses membres lourds,
Il voit son armee en fuite
Et de sa tente détruite
Pendre en lambeaux le velours.
E. DESCHAMPS.

"¿Quién me devolverá, poderoso Alá, mi formidable ejército, mis emires, mi brava caballería, mi tienda y el extenso campamento, que iluminaba la noche con tantas hogueras, que parecia que el cielo dejaba llover estrellas sobre la colina sombría!...

„¿Quién me devolverá á mis beyes de flotantes pellizas, mis salvajes timariots, mis khans de vistosos uniformes, mis rápidos sphais y mis alados beduinos, que venian de las pirámides, que se reian cuando asustaban á los tímidos labradores, y que metian sus caballos por entre los campos de maiz?

„Todos aquellos corceles de ojos llameantes, de piernas ligeras que se lanzaban á los trigos como voladoras langostas, no los veré ya; todos han muerto; la sangre corre y ennegrece sus ancas con manchas rojas, y á su lado están tendidos sus ginetes intrépidos, que ayer dormian á su sombra en pleno medio dia.

„¿Quién me devolverá, poderoso Alá, mi temible ejército; mi ejército, que ha quedado sembrado por todos los campos, como las monedas de oro que el pródigo desparrama? ¡Ya no volveré á ver caballos ni caballeros, árabes y tártaros, ni sus turbantes, ni sus galopes, ni sus banderas, ni oiré sus bélicas sonatas!

„Lo que ayer era un ejército, ahora no es más que una sombra. Se batieron como bravos desde el amanecer hasta ponerse el sol; llegó la noche y los cubrió con los fúnebres sudarios; los bravos dejaron de existir. Ahora que descansan, vendrán á apoderarse de ellos los cuervos.

„Reuniéndose ya en bandadas, y pasando el pico por entre las alas negras, llegan desde el fondo de los bosques y desde lo alto de las montañas, y se precipitan á roer los cadáveres; y el ejército que ayer fué temerario y temible, no puede ahora ni asustar á las águilas ni hacer huir á los cuervos.

„Cruelmente he sido castigado! ¡Alá no quiso que cayese al suelo cortada mi cabeza altiva envuelta en el turbante verde! Ayer fuí poderoso; ayer tres oficiales, con orgullo me presentaban en el umbral de mi dorada tienda tres penachos cogidos al enemigo, y que ellos llevaban sobre la silla atigrada de sus corceles.

„Ayer, cien tambores redoblaban cuando yo pasaba; cuarenta jefes me obedecian y estaban pendientes de mi voluntad, y disponia de irresistibles cañones, que se movian sobre cuatro ruedas y que manejaban cañoneros ingleses.

„Ayer poseia castillos, fuertes y hermosas ciudades, millares de griegos que vendia á los serviles judíos; era dueño de grandes harenes y de grandes arsenales, y hoy tengo que huir despojado de todo, vencido y desterrado. Nada me resta de mi imperio. ¡Ya no conservo ni una torre almenada!

„¡Tengo que huir, yo, que soy pachá, yo, que soy visir de tres colas! ¡Tengo que abandonar furtivamente este vasto horizonte, tengo que trasponer esas colinas azules, con la vista baja y receloso, como ladron sorprendido en la oscuridad, que cree al huir ver que tienden hácia él los brazos de horcas fúnebres todos los árboles del camino!„

Así habló Reschid el dia de su derrota. En aquella batalla tuvimos mil griegos muertos; pero el visir huyó del sangriento campamento, solo y pensativo, enjugando su roja cimitarra; dos caballos cerca de él pateaban en el suelo, y sobre sus flancos sonaban los estribos vacíos.

Mayo 1828.

XVII.

El niño.

Horror! horror! horror!
SHAKESPEARE.

Los turcos han pasado por allí; todo lo convirtieron en ruinas. Chio, la isla de los vinos, solo es ya un sombrío escollo; la famosa isla que sombreaban grandes árboles, que reflejaba en las olas sus espesos bosques, sus palacios y sus colinas.

Todo está allí desierto; pero no, junto á sus muros ennegrecidos, un niño de ojos azules, un niño griego, sentado, inclinaba la cabeza. Abandonado allí, se apoyaba en una blanca espina egipcia en flor, olvidada, como él, en la pasada destruccion.

Pobre niño, que estás sobre las rocas con los piés desnudos; para secar las lágrimas de tus ojos azules, como el cielo y como las olas, para secar el llanto y que brille en ellos la alegría, que te haga erguir la frente, qué deseas? ¿Qué será preciso darte para volver á peinar los cabellos esparcidos por tu espalda, que enmarañados en tu hermosa frente parece que lloren como las ramas del sauce?...

¿Quieres que te dé, para ver si consigo que te sonrias, un pájaro de pintadas plumas y de armonioso canto? ¿Qué es lo que deseas? ¿Una flor perfumada, una sabrosa fruta ó un pájaro maravilloso?—Amigo mio, me contestó el niño griego, deseo que me des pólvora y balas.

Junio 1828.

XVIII.

Sara en el baño.

Le soleil et les vents, dans ces bocages sombres,
Des feuilles sur son front faisaient flotter les ombres.
ALFREDO DE VIGNY.

Sara, hermosa é indolente, se balancea en una hamaca extendida sobre la pila de una fuente, que está llena de agua del Iliso: sobre el transparente espejo ondulante se reflejan el frágil y colgante lecho y la hermosísima Sara, que se inclina hácia el agua para verse retratada en ella. Cada vez que á flor del agua se acerca columpiándose, se ven del líquido, que se agita, salir rápidamente sus blancos piés y su diáfano cuello. Bate con piés tímidos las olas, en las que tiembla el movedizo cuadro, y juguetona y loqueando, se rie de la frescura del agua.

Permanece escondido aquí conmigo, y verás dentro de poco, con miradas ardientes, qué hechicera sale del baño desnuda y sobre el pecho cruzadas las dos manos. Porque es un astro que brilla la jóven cuando sale del baño á la luz del dia, mirando si alguno la vé, y se extremece mojada al menor soplo del aire: oculta bajo un árbol frondoso, espiando si oye el menor ruido, se ruboriza; si la rozan las alas de una mosca, se queda roja, como una granada en flor. Vemos entonces en ella todo lo que nos ocultan el velo ó el vestido; sus ojos azules se inflaman, y su mirada, que nadie observa, es como la estrella que brilla en un cielo azul. El agua, que enjuga, corre por su cuerpo como la lluvia por un álamo, como si gota á gota cayesen todas las perlas de su collar. Pero la indolente Sara, perezosa, no se apresura á salir del baño, y mientras se balancea, murmura estas palabras en voz baja:

"Si fuese la sultana favorita, tomaria baños de ámbar en una pila de mármol amarillo, cerca de un trono y entre dos grifos dorados; tendria hamaca de seda, que se plega bajo el cuerpo que está próximo á desfallecer; poseeria la muelle otomana, que exhala el aroma delicioso que incita al amor. Desnuda podria loquear en el arroyuelo del jardin, sin temer que en la oscuridad del bosque sombrío ojos encendidos me mirasen; porque arriesgaria la cabeza el que se atreviera á mirarme estando así, porque se encontraria con el sable desnudo de mis guardianes y de mis eunucos. Podria, sin que nadie me estorbara, dejar sobre las losas de mármol arrastrar mis largas vestiduras y mis sandalias recamadas de oro y bordadas de rubíes.„

Eso pensaba Sara, recreándose en sus sueños de princesa, con indolencia me-

ciéndose y olvidando que iba á extinguirse la última luz de la tarde. Sus blancos piés juegan con el agua que hacen saltar sobre el florido césped, y que moja su camisa plegada, que se balancea en las ramas de un arbusto. Entre tanto toman el camino de la campiña sus jóvenes compañeras y alegres se pierden en él, cogidas de las manos. Cada una que pasa cerca de Sara, cantando, encierra este reproche en su canto:—"Tendrá que pagar su pereza la jóven que se viste tan tarde en un dia de siega.„

Julio 1828.

XIX.

Espera.

Sube, ardilla, sube á esa gigante encina, cuya copa se pierde en las nubes y se dobla y tiembla como un junco; cigüeña, que te refugias en las antiguas torres, vuela revoloteando desde la iglesia á la ciudadela, desde el campanario hasta el torreon.

Aguila salvaje, eleva tu raudo vuelo hasta el centenario monte que blanquea un invierno eterno; y tú, á quien jamás el alba encontró dormida, viva alondra, vuela tan alto que yo te pierda de vista.

Volad y decidme, desde lo alto del árbol, desde las flechas del castillo, desde la cumbre de la montaña, desde lo más elevado de la atmósfera: ¿habeis visto flotar una pluma en el espacio, y correr un caballo humeante, trayendo por ginete al dueño de mi albedrío?...

Junio 1828.

XX.

Lázzara.

Mirad, mirad cómo corre! Por los senderos empolvados, por los céspedes floridos, por entre los espinos y por entre las zarzas, por caminos extraviados, por montes, por bosques, por llanuras, ¡mirad cómo corre esa doncella!

Es alta, esbelta, y cuando alegre y con paso ligero, llevando en la cabeza un canastillo de flores, hermosa se nos aparece, viendo caer desde su cabeza sus lindos y redondos brazos, creemos ver desde lejos una de esas ánforas con asas de alabastro, que se conservan en los desplomados templos.

Lázzara es jóven y juguetona y camina cantando; persigue descalza cerca del lago, de matorral en matorral, á los insectos de leves alas; se repliega las faldas y pasa los arroyos; anda, corre, se pára y vuela, y los pájaros, por sus piés cambiarian sus alas.

Por la tarde, cuando vá á acudir al baile, á la hora en que se oyen entrar en el redil las campanillas del ganado, sin pensar en qué adornos convienen á su hermosura, llega á la pradera, y la flor que prende en sus trenzas nos parece siempre la más linda.

El anciano Omar, viejo pachá de Negroponto, daria por ella sus navíos de tres puentes, con sus mortíferos cañones; los arneses de sus caballos, los vellones de sus ovejas, su turbante de seda rojo y sus trajes llenos de piedras preciosas.

Daria ese pachá por Lázzara sus ricas pistolas, sus damasquinas dagas con puño de plata, su corva cimitarra y la gran piel de tigre, sobre la que pende su carcaj de oro, erizado de flechas tártaras.

Daria de sus corceles las ricas mantillas y los largos estribos; el tesoro de sus arcas y al tesorero; daria por Lázzara sus trescientas concubinas, sus amaestrados perros de caza y sus albaneses, tostados por el sol.

La daria los francos, los judíos, con el rabino que les manda; su kiosko verde y rojo; sus salas de baño empedradas de mosáicos; su fuerte ciudadela con almenas angulosas, y su quinta de verano, que se retrata en las apacibles aguas de un golfo.

Todo lo diera por Lázzara; hasta el caballo blanco que mantiene en el serrallo; hasta su freno de oro cincelado;

hasta la linda española que le envió el dey de Argel, que al bailar el fandango levanta con mucha gracia su traje corto y pintoresco.

Pero se apoderó de Lázzara, no un pachá, sino un klepto (1) de ojos negros, que la obtuvo de balde, porque es pobre; los kleptos no poseen más bienes que el aire, la luz, el agua, un fusil viejo y la libertad en medio de las montañas.
14 Mayo 1828.

XXI.

Deseo.

Ainsi qu' on choisit une rose
Dans les guirnaldes de Sarons,
Choisissez une vierge éclose
Parmi les lis de vos vallons.
LAMARTINE.

Si yo fuese la hoja que juega con las alas inconstantes del viento, que flota sobre el agua fugitiva y que seguimos con la vista pensativos, me entregaria, desprendiéndome de la rama, al céfiro que sopla al nacer la aurora, al arroyo que viene del Poniente.

Más allá del rio que muge, más allá de los bosques seculares, más allá del precipicio profundo, correria sin parar. Más allá del antro de la loba, más allá de la llanura, en que campean tres palmeras y una fuente; más allá de las rocas escarpadas, por las que el agua cae en torrentes sobre los trigos; más allá de ese lago silencioso, en cuyos márgenes penden desgreñados matorrales; más allá de las tierras áridas, del jefe moro de ancho yatagán, cuya frente pálida tiene más arrugas que el mar durante la borrasca.

Como flecha disparada cruzaria el estanque cristalino de Arta y el monte, cuya cumbre impide que se vean Corinto y Mikós. Atraido por su encanto me apearia al nacer el sol en Mikós, la ciudad cuadrada, la ciudad de las brillantes cúpulas.

Me introduciria en casa de la hija del sacerdote, de la doncella blanca de ojos negros, que de dia canta asomada á la ventana y por la noche juguetea en el umbral de la puerta. Pobre hoja! si pudiese volar adonde me empuja el deseo, me posaria sobre la frente de esa hermosa jóven y me entremezclaria con sus rizos blondos, y brillaria en ellos, como brillará una fruta verde entre las hojas de árboles divinos en los jardines celestiales; y posada allí, aunque fuese por un solo momento, estaria más orgullosa que la garzota blanca que corona el turbante de los sultanes.
Setiembre 1828.

XXII.

La ciudad tomada.

Por tu mandato ¡oh rey! el incendio brilla y devora; rugiendo, ahoga las lamentaciones de tu pueblo, y enrojeciendo la ciudad como una sombría aurora, parece que al extenderse dance sobre las ruinas.

La muerte impera como un gigante de mil brazos; los palacios encendidos se convierten en sepulcros; padres, esposos y mujeres sucumben al filo de las espadas, y los cuervos se reunen en los alrededores de la ciudad.

Las madres se extremecen; las doncellas, palpitantes, lloran ¡oh califa! su juventud marchitada, y los corceles fogosos arrastraron fuera de las tiendas sus cuerpos vivos, llenos de golpes y de mortíferos besos.

Conseguiste ¡oh califa! envolver á la ciudad en un vasto sudario; todo en ella sucumbió cuando por allí pasaste: los sacerdotes que estaban orando murieron degollados, arrojando al suelo el santo libro como un escudo inútil.

Hasta los niños pequeñuelos perecieron, y su sangre empaña aun las espadas... Tu pueblo besa ¡oh rey! el polvo de las sandalias, que en tus gloriosos piés forman un semicírculo de oro.
Abril 1825.

(1) *Kleptos:* hordas de bandidos, que estaban dispersas por el territorio de la Thesalia.—(N. del T.)

XXIII.

El adios de la huéspeda árabe.

1.° —Habitad con nosotros. La tierra está en vuestro poder; cultivadla, traficad con ella y poseedla.
GÉNESIS, CAP. XXIV.

Ya que nada te detiene en esta region dichosa, ni la sombra de las palmeras, ni sus campos de maiz, ni la tranquilidad, ni la abundancia, ni ver cuando hablas que late el seno de nuestras hermanas, cuando por la tarde, bailando, coronan una colina;

Adios, blanco viajero! Para que no te arroje al suelo por los pedregosos caminos, he ensillado con mi propia mano tu caballo intrépido.

Viajas tú sin cesar; no eres de los que se complacen en vivir siempre bajo un techo de ramas ó de lienzo, que, pensativos, oyen referir leyendas, sin desear ser héroes de ninguna, y que solo quieren contemplar el sol de dia y de noche las estrellas.

Si no quisieras partir, quizás alguna de nosotras se hubiera tenido por feliz en servirte de rodillas en nuestras cabañas, siempre abiertas; te hubieras adormecido al són de sus cantares, y para apartar los insectos alados de tu frente hubiera construido un abanico de hojas verdes.

Pero quieres partir!—Vas á caminar solo de dia y de noche. Las herraduras de tu caballo arrancarán chispas á los guijarros; y en la punta de tu lanza, que pasando por la oscuridad reluce, los demonios ciegos, que vuelan por la noche, con frecuencia desgarrarán sus alas.

Si vuelves á esta region, atraviesa para encontrar mi cabaña aquel monte negro, que desde lejos parece la espalda de un camello; para encontrar mi choza, que te recibiria con cariño, recuerda su techo agudo como una colmena, recuerda que solo tiene una puerta que se abre al cielo por la parte de donde vienen las golondrinas.

Si no vuelves, piensa algunas veces en las cariñosas hijas del desierto, que bailan descalzas en la duna; hermoso jóven blanco, lindo pájaro de paso, acuérdate, porque quizás tu recuerdo quedará grabado para siempre en alguna de nosotras!

Adios, pues!—Feliz viaje. Resguárdate del sol ardiente de la Arabia, que dora nuestras frentes morenas, pero que quema los rostros blancos; huye de la vieja que camina sola y con paso temblon, y de aquellos que por la noche, con una vara blanca, trazan círculos en la arena.

24 Noviembre 1828.

XXIV.

Maldicion.

Ed altro disse: ma non l' ho á mente.
DANTE.

¡Que vague sin reposo, encorvado desde su juventud, por desiertos sin límites, en los que abrase un sol de fuego, como el asesino que huye en la noche sombría; cuando camine, que oiga sin cesar en la oscuridad pasos detrás de él!

¡Que por montañas cubiertas siempre de nieve se resbale, ruede, caiga y vuelva á caer, y se agarre con las uñas para librarse de la caida; que le tomen por otro, que le hagan sufrir el suplicio de la rueda, y no confesando en él, que le claven en cruz en un patíbulo!

¡Que cuelgue de la horca desmelenado y con la faz amoratada; que la muerte, como sombrío esqueleto, solo para él visible, se le ria mirándole; que sufra su cadáver, viviendo lo suficiente para sentir, cuando la muerte le roa, sus fuertes dentelladas!

¡Que despues de colgado permanezca viviendo; que sobre sus desnudos miembros caigan las llamas de un sol de fue-

go, ó la lluvia á rios; que se despierte sobresaltado todas las noches, y luche, y se sacuda, y se debata inútilmente entre las garras de las aves de rapiña!

25 Agosto 1828.

XXV.

Los pedazos de la serpiente.

D' ailleurs les sages ont dit: Il ne-faut point attacher son cœur aux chosses passegeres.

SADI.

Estoy en vela, soñando noche y dia, llorando sin cesar, desde que Albaydé cerró en la tumba sus hermosos ojos de gacela.

Tenia quince años, sonreia ingénuamente, y me amaba con pasion: cuando cruzaba los brazos sobre su desnudo seno, me parecia ver á un ángel.

Una tarde, pensativo, vagaba por las orillas de un golfo, que corria entre dos promontorios, y ví en la arena una serpiente amarilla y verde, jaspeada de manchas negras.

El hacha en veinte trozos cortó el cuerpo vivo, que las olas rociaban, y la espuma del mar, que sobre ella lanzaba el viento, tomaba sobre ella color de rosa.

Todos sus anillos se arrastraban retorciéndose en la playa solitaria, y la sangre enrojecia su boca dentada.

Los pedazos, cortados y esparcidos, próximos á agotar sus fuerzas, se buscaban, se buscaban como para besarse bocas enamoradas.

Y cuando yo, pensativo y triste, la compadecia, la cabeza llena de dientes abrió los ojos de fuego y la boca de púrpura y me dijo:

"Oh poeta! No me compadezcas y compadécete á tí mismo; la llaga en tí abierta es más cruel y está más envenenada, porque tu Albaydé cerró en la tumba sus hermosos ojos de gacela.

„El hachazo que sufriste cortó tu juventud, tu vida y tu corazon, y alrededor de ese recuerdo se arrastran dispersados.

„Tu génio, de alto vuelo, que, como la golondrina, tan pronto rasaba la tierra como ascendia hasta el cielo, como yo ahora, muere cerca de las olas, y su fuerza se extingue sin poder reunir los mutilados pedazos que se arrastran goteando sangre.„

10 Noviembre 1828.

XXVI.

Nourmahal la roja.

Entre dos elevadas rocas ved esa espesa maleza, que se eriza en la llanura como dos vellones de lana negra entre los cuernos de un macho cabrío.

En aquella temida oscuridad rugen el ensangrentado tigre, la leona como asustada madre, el chacal, la hiena rayada y el leopardo de piel con manchas.

Allí se arrastran mónstruos de todas clases: el basilisco, el hipopótamo de enorme vientre y el boa disforme, que parece el tronco de un árbol vivo.

La oxifraga, la serpiente y el mono silban como un enjambre de abejas, y el elefante de orejas largas aplasta los bambús cuando camina.

Allí vive la familia salvaje que chilla, zumba ó muge; en todo el bosque se oyen aullidos; tras de cada arbusto brillan ojos feroces, y de cada antro salen voces que rugen.

Pues bien, mejor permaneceria solo y desnudo en ese sitio siniestro, que ante Nourmahal la roja, que habla con voz argentina y que mira con irresistibles ojos.

25 Noviembre 1828.

XXVII.

Los Djinns.

E come i gru van cantando lor lai
Jacendo in aer di se lunga riga,
Cosi vid' io venir traendo guai
Ombre portate dalla detta briga.
DANTE.

Murallas, ciudad y puerto, asilo mortal, mar callada, en la que apenas se levanta la brisa, todo duerme. En la llanura se oye un murmullo, que lo produce la respiracion de la noche. Se oye una voz, que suena como un cascabel; de un enano que salta se oye el galope; huye, se lanza, despues cadenciosamente baila con un pié encima de las olas. El rumor se aproxima; el eco lo repite; suena como la campana de un convento maldito, como el ruido de una multitud que truena y que rueda, y que tan pronto decrece como aumenta.

Dios mio! Es la voz sepulcral de los Djinns!... Qué ruido hacen!—Huyamos por la espiral de la escalera: se apaga mi lámpara, y la sombra que proyectan sus tramos sube por sus paredes hasta el techo. Es la bandada de los Djinns que pasa en revuelto torbellino silbando. Los tejados que rozan al pasar crugen; esa bandada es pesada y rápida, y vuela por el espacio vacío semejante á la nube lívida que lleva en su seno el relámpago. Ya vienen!—Cerremos bien esta sala y nos mofaremos de ellos.—¡Qué ruido se oye fuera! Sin duda pasa el horrible ejército de vampiros y de dragones. Desde las vigas del techo agrietado cae la lluvia, y la puerta vieja y oxidada tiembla y parece que vaya á arrancarse de sus goznes.

Se oyen gritos infernales y voces que aullan y que lloran: sin duda la horrible bandada, arrastrada por el aquilon, se lanza á descansar sobre el tejado de mi casa y hace vibrar todas sus paredes.—Profeta, si me salvas de esos impuros demonios de la noche, iré á arrodillarme y á inclinar la frente ante tus sagrados incensarios. Te suplico que no dejes que traspase la puerta de mi casa su soplo de fuego y que no arañen con sus garras ni las ventanas ni los cristales.

Han pasado ya!—Su cohorte vuela y huye, y sus piés cesan de golpear en las puertas y en las ventanas. La atmósfera está llena de ruido de cadenas, y en los inmediatos bosques se extremecen las grandes encinas, que rozan con sus alas al pasar. El ruido de sus alas se pierde poco á poco en lontananza. Los fúnebres Djinns, hijos de la muerte, en la oscuridad apresuran su paso.

Ese ruido vago, que parece dormirse, lo forman las olas sobre la playa; se parece á la plegaria casi extinguida que reza una santa por un muerto. Poco á poco tambien se apaga, y todo huye, todo pasa, y la noche y el espacio quedan en profundo silencio.

28 Agosto 1828.

XXVIII.

El sultan Achmet.

Oh! permets charmante fille, que
j' enveloppe mon cou avec tes bras.
HAFIZ.

A Juana la Granadina, que siempre juguetea y canta, el sultan Achmet le dijo un dia:—Daria para siempre mi reino por Medina, y daria á Medina por conseguir tu amor.

—Hazte cristiano y serás rey, porque es ilegítimo el placer que se busca en los brazos de un turco disoluto, y cometeria un crímen si eso hiciera, segun la ley cristiana; harto hice en cometer un pecado.

—Juro por esas perlas, cuya cadena realza, sultana mia, tu cuello blanco como la leche, que te complaceré si me permites que tome por rosario tu collar.

10 Octubre 1828.

XXIX.

Romance morisco.

Díjole:—Dime, buen hombre,
Lo que preguntarte quiero.
ROMANCERO GENERAL.

Don Rodrigo está de caza, y sin coraza y sin espada; un dia de verano, hácia

el medio dia, se sienta debajo de los árboles y sobre la yerba.

Odio concentrado le devora, y sombrío piensa en el moro bastardo, en su sobrino Mudarra, cuyas intrigas sanguinarias mataron en otro tiempo á los siete hermanos los infantes de Lara.

Para encontrarle cara á cara, atravesaria la España desde Figueras hasta Setubal, y uno de los dos, sin duda alguna, moriria en el duelo.

En este momento pasa por el camino un hombre á caballo.—¡Caballero cristiano ó moro, que descansas á la sombra de los árboles, Dios guie tus pasos!—Dios tambien dirija los tuyos, escudero que pasas por el camino.

—Caballero cristiano ó moro, que descansas á la sombra de los árboles, dime tu nombre, para que sepa si tu penacho es el de un valiente ó es el de un felon.

—Si eso es lo que deseas saber, te diré que me llamo Don Rodrigo de Lara, y que soy hermano de Doña Sancha; así lo declara un sacerdote en mi partida de bautismo.

Espero bajo estos árboles. Busqué en vano desde Alba hasta Zamora al bastardo Mudarra, al hijo de la renegada, que manda una fragata del rey moro Aliatar.

Y como él no me huya, muy pronto lo encontraré, porque siempre lleva ceñida la daga de nuestra familia, que tiene puño de ágata, cuyo acero lleva sin vaina.

Juro por mi alma cristiana que ese infiel tiene que morir á mis manos; no ambiciono otra felicidad.—¿Te llaman Don Rodrigo de Lara?...

Pues bien; el jóven que te habla y que te nombra es el bastardo Mudarra. Es el vengador y es el juez. Busca, pues, dónde refugiarte.—El otro le contestó:—Mucho tardaste en presentarte ante mí!

—Yo, el hijo de la renegada; el que manda una fragata del rey moro Aliatar, y mi daga y mi venganza, los tres nos presentamos ante tí.—¡Mucho tardaste en presentarte!

—Demasiado pronto para tí me presento, Don Rodrigo, si no estás cansado de vivir. Veo que tiemblas, veo que palideces; vas á entregar el cuerpo á mi daga y el alma á Dios.

Si mi puñal de Toledo y Dios me ayudan, yo, que soy tu señor y tu dueño, te arrancaré, traidor, el aliento vital.

Apagará al fin tu sangre la sed que me devora, sobrino de Doña Sancha; tus momentos están ya contados.

—Sobrino mio Mudarra, espera un momento; iré á buscar mi acero de batalla.—No te concedo más plazo que el que concediste á mis hermanos, y vas á seguirlos á las cuevas mortuorias donde tú los sepultastes.

Si hasta la hora presente llevé esta daga desnuda, es porque quise, verdugo, que al vengar á la renegada, sirviese de vaina tu garganta á mi acero de puño de ágata.

Mayo 1828.

XXX.

Granada.

Quien no ha visto Sevilla,
No ha visto maravilla.

Ni cerca ni lejos hay ciudad española ó sarracena que pueda disputar á la hermosa Granada la manzana de oro prometida á la hermosura, ni hay ciudad que ostente con tanta gracia tanta pompa oriental bajo un cielo tan puro.

Cádiz tiene sus palmeras; Murcia sus naranjos; Jaen su palacio gótico de extrañas torrecillas; Agreda su convento

edificado por San Edmundo; Segovia el altar de cuyas gradas se desciende, y el acueducto con sus tres filas de arcos, por el que baja un torrente desde la cumbre de un monte;

Lérida tiene torres; Barcelona, en lo alto de una columna, eleva un faro en el mar; fiel á los reyes de Aragon, Tudela en sus antiguos sepulcros conserva los cetros de hierro; Tolosa tiene sombrías fraguas, que en las tinieblas de la noche parecen respiraderos del infierno.

El pez, que abrió los ojos muertos ante el viejo Tobías, picotea en el fondo del golfo donde se duerme Fuenterrabía; Alicante ostenta campanarios entremezclados con minaretes; Compostela tiene á Santiago; Córdoba, entre sus casas viejas, posee una mezquita maravillosa; Madrid tiene el Manzanares;

Bilbao, á la que cubren las olas, hace brotar verde pelusa en sus muros negros y caducos; Medina la caballeresca, ocultando su orgullosa pobreza con el manto de sus duques, solo conserva sus sicomoros, porque sus hermosos puentes pertenecen á los moros y sus acueductos á los romanos;

Valencia tiene los campanarios de sus trescientas iglesias; la austera Alcántara entrega al soplo de la brisa banderas turcas colgadas en multitud de pilares; Salamanca, sonriendo, sentada sobre tres colinas, se duerme al són de las mandolinas y se despierta al oir los gritos de los estudiantes;

Tortosa es la predilecta de San Pedro; el mármol abunda en el rico Puigcerdá; Tuy se vanagloría de su cárcel octógona y Tarragona de las murallas que edificó un rey; el Duero corre en Zamora; Toledo tiene un alcázar morisco y Sevilla la Giralda;

Búrgos ostenta la riqueza de su Cabildo; Peñaflor es marquesa y Gerona duquesa; Vivar es una monja con adornos severos; la sombría Pamplona, siempre preparada para el combate, antes de dormir cierra su recinto de torres.

Todas esas ciudades de España se desparraman por las campiñas ó se erizan en los montes; todas poseen ciudadelas, en las que las manos de los infieles no tocaron nunca á rebato; todas poseen catedrales y altos campanarios, pero Granada se enorgullece de poseer la Alhambra.

La Alhambra es un alcázar que los génios crearon maravillosamente como un sueño y la llenaron de armonías; fortaleza con almenas festoneadas y vacilantes, en la que de noche se oyen mágicas palabras, cuando la luna, al través de las mil arcadas árabes, siembra los muros de tréboles blancos.

Granada tiene más maravillas que granos de simiente las ricas frutas de sus valles; Granada la célebre, cuando encendida la guerra despliega sus pabellones, estalla más terrible cien veces que la roja granada que salta de los morteros.

Nada hay más hermoso ni más grande en el mundo; ya á Vivataubin responda Vivacontud, con su tambor sonante adornado de campanillas; ya coronándose de fuegos, como un califa, el deslumbrador Generalife eleve de noche su frente iluminada.

Los clarines de la torre Bermeja suenan como las abejas cuando el viento expulsa el enjambre de la colmena; la Alcazaba tiene para todas sus fiestas campanas dispuestas para voltear, y que en sus torres africanas despiertan las dulzainas del sonoro Albaicin.

Granada ofusca á todas sus rivales; canta con más suavidad que ellas sus muelles serenatas; pinta sus casas con los más ricos colores, y dícese que el viento suspende su aliento cuando Granada, en una hermosa tarde del verano, desparrama por sus llanuras sus mujeres y sus flores.

La Arabia es su abuela: por volverla á poseer los aventureros moros cederian el Asia y el África; pero Granada es católica y se burla de ellos; Granada la hermosa seria una segunda Sevilla, si dos Sevillas pudieran existir.

Abril 1828.



ID. ID. JÓVENES A COGER FLORECILLAS ENTRE LOS TRIGOS

XXXI.

Las florecillas.

Si es verdad ó non, yo no lo he de ver,
Pero non lo quiero en olvido poner.
JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Mientras que las estrellas con que el estío siembra las blondas espigas esmaltan los surcos que la estacion dora, antes que las hoces despojen de las flores á los campos, id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

Entre las ciudades andaluzas no hay ninguna bajo el cielo que se extienda mejor que Peñafiel sobre garbas y sobre pelusas; no hay ninguna que tras sus murallas almenadas levante cárceles tan terribles... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

No hay ninguna ciudad cristiana, ni monasterio con campanarios en los dominios del Santo Padre ni en los del rey, en los que, hácia el dia de San Ambrosio, acudan tanto número de peregrinos, arrastrando el bordon, las conchas y la calabaza... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

En ningun pais las doncellas, cuando bailan en corro, tienen las frentes tan rosadas ni el corazon tan ardiente; en ninguna parte miradas más vivas y más veladas relucen tras las mantillas... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

La perla de Andalucía se llamaba Alicia, y era de Peñafiel; y cuando la miel elaboraba, las abejas pudieran tomarla por una flor. Como modelo de beldad la citaban todas las familias... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

Un extranjero fué á la ciudad; era jóven y hablaba de Alicia con desprecio. ¿Era moro granadino, era de Murcia ó de Sevilla? ¿Venia de las playas desoladas en las que Túnez tiene sus escuadrillas?... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

Nadie lo sabia.—La pobre Alicia fué amada y amó; el dulce valle del Jarama fué cómplice de sus amorosos deslices. Por la noche, á la luz de las estrellas, los dos amantes se perdian entre la espesura del bosque... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

La ciudad estaba lejos de ellos y sumida en las tinieblas, y la luna, protectora de los amores, ascendia por detrás de las torres y de los campanarios, y de los edificios desguarnecidos destacaba en el horizonte las agujas... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

Entre tanto, envidiando á Alicia y soñando en el lindo extranjero, bailaban las morenas andaluzas bajo las moreras y los naranjos; el són de la flauta y de las guitarras animaba á las alegres bailarinas... Id, id, jóvenes, á coger florecillas en los trigos.

Como el pájaro duerme satisfecho en su nido, cuando ya le está amenazando el azor, así dormia en su amoroso nido Alicia, enamorada y cándida. El lindo jóven extranjero era Don Juan, rey de Castilla... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

Es muy peligroso enamorarse de un príncipe. Llegó un dia en que á la pobre Alicia la sacaron de la ciudad montada en un negro palafren de órden del rey, y de este modo la expulsaron de la provincia; y tambien de órden del rey terminó sus dias encerrada tras las rejas de un convento... Id, id, jóvenes, á coger florecillas entre los trigos.

17 Abril 1828.

XXXII.

Fantasmas.

Luenga es su noche, y cerrados
Están sus pesados ojos.
Idos, idos en paz, vientos alados!

I.

He visto morir á muchas jóvenes; la muerte necesita víctimas: es preciso que la yerba caiga á los golpes de las hoces; es preciso que en el baile las locas cuadrillas huellen las rosas con los piés.

Es preciso que el agua se agote corriendo por los valles; es preciso que el relámpago brille y que se extinga en seguida; es preciso que el mes de Abril queme con sus hielos el manzano, que está orgulloso de sus flores, que son la nieve olorosa de la primavera.

Esta es la vida. Tras el dia llega la noche oscura. Despues de su sueño, el despertar infernal ó divino. Alrededor del banquete de la existencia se sienta la ávida multitud; pero muchos convidados dejan su sitio vacío y se levantan antes de terminar el festin.

II.

He visto morir á muchas jóvenes!—Una era rosada y blanca; otra parecia oir músicas celestiales, y otra, débil, apoyando la mano sobre su frente caida, como al volar el pájaro dobla la rama, el alma la dobló el cuerpo.

Una pálida, alucinada, víctima de contínuo delirio, pronunciaba en voz baja un nombre desconocido; otra se desvaneció como un canto en una lira, y otra, al espirar, manifestó en los labios la sonrisa dulce de un ángel que regresa al cielo.

¡Frágiles flores, muertas en el momento de nacer! ¡Alciones tragados con sus nidos flotantes! ¡Palomas, que Dios hizo pasar por el mundo, y coronadas de gracia, de niñez y de amor, contaban sus años por primaveras!

Todas muertas ya! ¡Séres tan llenos de vida, hoy tendidos en la tumba! ¡Tantas lámparas apagadas! ¡Tantas flores cogidas! Ah!... ¡dejadme pisar las hojas secas y perderme en la maleza de los bosques!

Hermosos fantasmas! Cuando en el bosque sombrío, pensativo, me pierdo, venís uno tras otro á oirme y á hablarme. La semi-oscuridad me enseña y me oculta su número, y al través de las ramas y de la hojarasca veo chispear sus ojos.

Mi alma es hermana de esas hermosas sombras. La vida y la muerte no tienen leyes ya para nosotros; tan pronto las ayudo á andar como me apodero de sus alas, y experimento la inefable vision de estar muerto como ellas, ó de que ellas están vivas como yo.

Prestan su forma á todos mis pensamientos. Las veo y me dicen:—Ven!... Despues bailan entrelazadas alrededor de una tumba, luego se van lentamente y por grados se eclipsan... Entonces pienso y recuerdo...

III.

Me acuerdo de una sobre todas.—De un ángel, de una jóven española, de manos blancas, de pecho lleno de suspiros inocentes, de ojos negros, que lanzaban miradas de criolla, y que poseia el desconocido encanto, la fresca aureola que corona una frente de quince años.

No murió de amor; para ella el amor no la ofrecia aun ni placeres ni combates; nada conseguia aun hacer latir su corazon rebelde; todos los que la veian exclamaban: Qué hermosa es!... Pero nadie se lo habia dicho aun en voz baja.

Le gustaba con frenesí el baile; esta pasion la mató. ¡Le gustaba el baile vertiginoso!... Sus cenizas se extremecen todavía suavemente removidas cuando, durante la noche serena, una nube blanca se mueve alrededor de la luna.

Le gustaba demasiado el baile.—Cuando se acercaba una fiesta, soñaba en ella

tres dias y tres noches antes; y mujeres, músicos y aficionados á bailar se la aparecian, turbando su imaginacion en medio de sus sueños.

Soñaba tambien en adornos, en collares y en alhajas, con cinturones de moaré de ondulantes reflejos, con tisús más ligeros que las alas de las abejas, con festones, con cintas, con canastillos de flores.

Cuando empezaba la fiesta, se presentaba en ella con sus risueñas hermanas haciendo jugar el abanico; despues se sentaba esperando que la sacasen á bailar, y su corazon, que oia alegres músicas, las confundia con las mil voces de la orquesta.

Era una niña que solo pensaba en bailar, en reir y en loquear; yo la admiraba y la compadecia, porque no es en el baile donde el corazon se satisface; las cenizas vuelan en él alrededor de las túnicas de seda, y el fastidio alrededor de los placeres.

Pero ella volaba en el frenesí del wals, pudiendo apenas respirar, y la embriagaban los sonidos de la flauta, las flores, las arañas de oro, la fiesta fantástica, el ruido de las voces y el de los pasos.

Para ella era una felicidad saltar frenéticamente por entre la multitud, sentir que el baile multiplicaba sus sentidos, y dudar si rodaba en una nube, si dejaba tras sí la tierra, ó si hollaba olas que daban vueltas bajo sus piés.

Pero ¡ay! era preciso, cuando rayaba el alba, dejar la fiesta, tomando antes el abrigo, y entonces la infatigable bailadora sentia, en su temblante y desnuda espalda, el frio del fresco de la mañana.

¡Qué triste es el dia siguiente de un baile! Adios, adornos, danzas y risas infantiles! A la música incitante sucedió la tos terca, al placer fresco y rosado la fiebre tenaz, á los ojos brillantes los ojos apagados.

IV.

Así pereció. A los quince años, hermosa, feliz y querida, murió al salir de un baile, que á todos nos dejó llorando. Murió, y en los brazos de su llorosa madre, la muerte la cogió con sus manos frias, y vestida de baile la puso en el ataud.

Pensando aun en disfrutar de otras fiestas, la muerte se apresuró á apoderarse de su hermoso cuerpo, y las rosas de un dia que coronaban su cabeza, que se abrieron la víspera del baile, se marchitaron en la tumba.

V.

Su infeliz madre, que ignoraba el aciago destino de la jóven, habia concentrado todo su cariño en ese frágil sér, veló cuidadosamente su delicada infancia y pasó muchas noches llorando y adurmiéndola en la cuna.

Para qué?—Ahora duerme la jóven bajo el plomo del féretro, lívida, y es pasto de los gusanos; y si en la fosa donde la dejamos alguna fiesta de los muertos la despierta alguna noche de invierno, un espectro se ocupa de vestirla, en vez de su madre, diciéndola:—¡Ya es hora! y helando con un beso sus amoratados labios, pasa sus nudosos dedos de esqueleto por la flotante y larga cabellera de la muerta.

Despues la arrastra á la danza fatal, al corro aéreo que dá vueltas en la oscuridad, y en el horizonte gris la luna palidece y el arco iris de las noches tiñe con reflejos de ópalo la nube de franjas de plata.

VI.

Vosotras todas las que sois apasionadas al baile, hermosas doncellas, que os sirva de ejemplo la linda española. Alegre y entusiasmada, con mano rápida fué cogiendo todas las rosas de la vida, belleza, placer, juventud y amor.

La pobre niña, arrebatada de fiesta en fiesta, de ese ramillete hermoso coordi-

naba los colores. ¡Rápidamente pasó por la vida esa infortunada! Como Ofelia, arrastrada por la corriente del rio, murió cogiendo flores.

Abril 1828.

XXXIII.

Mazeppa.

Away!—Away!
BYRON *(Mazeppa)*.

I.

Cuando Mazeppa, rugiendo y llorando, vió sus brazos, sus piés y sus flancos, que un sable heria ligeramente, atados á un fogoso caballo, alimentado con yerbas marítimas, que humeaba y que hacia saltar fuego de las narices y de las pezuñas;

———

Cuando entre los nudos que le oprimian, moviéndose como un reptil, su rabia inútil regocijó á sus verdugos, y volvió á recaer sobre las ancas, con el sudor en la frente, la espuma en los labios y los ojos inyectados en sangre,

———

¡Se oyó un grito unánime, y de repente volaron por la llanura el hombre y el caballo, corriendo por la arena movediza, solos, levantando un torbellino de polvo, semejante á la negra nube en la que serpentea el rayo y volando con el ímpetu del aquilon!

———

Vuelan; pasan por los valles como una tempestad, como esos huracanes que en lo alto de los montes se acumulan como un globo de fuego; que despues solo se ven como un lejano punto negro, y despues se borran en la atmósfera, como un copo de espuma en el fondo del Océano.

———

Vuelan. El espacio es infinito. En el desierto inmenso, en el horizonte sin fin, se sumergen los dos; su carrera es veloz como el vuelo, y las grandes encinas, las ciudades, las torres y los montes, todo se bambolea á su alrededor.

———

Y si el infortunado se debate, el caballo, que corre como el viento, salta y aumenta su velocidad y se hunde con mayor rapidez en el desierto vasto y árido, que ante ellos se extiende sin límites.

———

Para ellos todo vacila y adquiere desconocidos colores; ven correr los bosques, las nubes, el torreon destruido, los montes, y que los ganados de yeguas les siguen ardientes y relinchando y levantando torbellinos de polvo.

———

Y el cielo, en el que brilla la tarde, con sus océanos de nubes y con su sol ardiente, sobre la frente desvanecida de Mazeppa dá vueltas como una rueda de mármol con venas de oro.

———

Brillan sus miradas extraviadas, le arrastra la cabellera, lleva pendiente la cabeza, su sangre enrojece la arena y los matorrales; las cuerdas aprietan sus miembros hinchados, y como una larga serpiente, estrechan y multiplican sus mordeduras y sus nudos.

———

El caballo, que no siente ni el bocado ni la silla, huye sin cesar, y la sangre de Mazeppa salta y corre, la carne le cae á pedazos, y á las ardientes yeguas que le seguian levantando las hirsutas crines suceden las bandadas de cuervos.

———

Los cuervos de ojos redondos, el águila que azora los campamentos de batalla, y la oxifraga, mónstruo que no se vé de dia, los oblícuos buhos, y el buitre salvaje, que escarbando en el flanco de los muertos, hunde en ellos su cuello rojo, como si fuera un brazo desnudo,

———

Todos dirigen hácia él su vuelo fúnebre; todos por seguirle abandonan la encina solitaria y los nidos de sus guaridas, y él, sangriento y moribundo, se pregunta:—"¿De qué alturas baja esa inmensa nube negra?„

———

Poco á poco la noche se hace más oscura; en el espacio no brillan las estrellas; la bandada de aves de rapiña persigue encarnizada al ligado fugitivo, que se aparece ante él como sombrío torbellino; á veces la pierde de vista y á veces la oye volar en la oscuridad.

———

Por fin, despues de tres dias de vertiginosa carrera, despues de pasar por rios de agua helada, por estepas, por bosques y por desiertos, el caballo cae en tierra entre las aclamaciones de las aves de rapiña, y con las pezuñas de hierro, sobre las piedras que tritura, hace saltar cuatro relámpagos.

El infortunado yace en el suelo, desnudo, manchado de roja sangre, en la estacion en que se abren las flores. La nube de aves de rapiña, dando vueltas á su alrededor, con sus ardientes picos desea roerle los ojos, quemados por el llanto.

Y esto no obstante, á ese sentenciado que aulla y que se retuerce, á ese cadáver vivo, las tribus de la Ukraina le elevarán á príncipe más tarde; llegará un dia en que, sembrando los campamentos de muertos insepultos, indemnizará con abundantes pastos á la oxifraga y al buitre.

Su salvaje grandeza nacerá de su suplicio, y llegará un dia en el que de los antiguos cosacos se ceñirá la deslumbrante pelliza; y cuando pase, esos pueblos, á la puerta de sus tiendas de campaña, se arrodillarán y le festejarán tocándole bélicas sonatas.

II.

De este modo, cuando un mortal que Dios protege, atado se vé vivo en las ancas del ardiente corcel del génio, como Mazeppa, lucha en vano; que el caballo salta y le lleva en su rápida carrera fuera del mundo real, cuyos límites traspasa.

Atraviesas, génio, con él bosques, cumbres, mares y sombrías regiones, más allá de las nubes; y muchedumbre de impuros espíritus, que despierta tu carrera, alrededor del frenético viajero estrechan sus legiones.

Atraviesas de un vuelo, sobre tus veloces alas, los campos del imposible, y de los mundos del alma bebes en el manantial eterno; y así, en la noche tempestuosa como en la noche estrellada, su cabellera, confundida con la de los cometas, llamea junto al cielo.

Las seis lunas de Herschel, el anillo del viejo Saturno, el polo extendiendo la aurora nocturna sobre su frente boreal, aparecen á su vista, y para él tu vuelo, que nunca se fatiga, de ese mundo sin límites, á cada instante cambia de sitio el horizonte ideal.

¿Quién puede saber, escepto los ángeles y los demonios, lo que sufre al seguirte, ni conocer los extraños relámpagos que relucirán á su vista, ni las ardientes centellas que le abrasarán, ni las alas frias que durante la noche batirán el vuelo sobre su frente?

Grita de espanto, y tú prosigues tu implacable carrera; pálido y agotado por ese vuelo que le mata, se resigna á morir; cada paso que das cree que vá á abrirle la tumba. Corre, vuela, cae, pero por fin se levanta siendo rey.

Mayo 1828.

XXXIV.

El Danubio encolerizado.

Admonet, et magna testatur voce per umbras.
VIRGILIO.

Belgrado y Semlin se han declarado la guerra. Tranquilo hace poco estaba en su lecho el viejo Danubio, su padre, y se despierta al oir el estampido del cañon. Dudando si sueña, se extremece; pero oye el estruendo de la batalla, y golpeando con las manos, llama á esas ciudades por sus nombres.

"Venid aquí, la turca y la cristiana, Semlin y Belgrado, y decidme qué teneis. No puede transcurrir un siglo sin que se despierte vuestra celosa cólera.

„Invierno, verano, primavera y otoño truenan vuestros cañones; y me despiertan cuando, dormido al són de la corriente, estaba soñando entre mis cañares; como lobas marinas arrojan el agua de las olas por sus narices, vuestras largas culebrinas lanzan fuego sobre mis aguas.

„Las brujas ociosas os contemplan, para burlarse de vosotras un dia faz á faz, de vosotras que estais sentadas en mis dos playas, como dos convidados que comen en el mismo plato, como construyen en el remate de la misma torre sus nidos el águila y el buitre.

„¿Es que no podeis vivir juntas, hijas mias? ¿Debo lamentar el destino que solo os condena á vivir juntas para que os odieis de más cerca, cuando podríais, siendo hermanas pacíficas, reflejar en mis aguas transparentes, Semlin, tus campanarios góticos, Belgrado, tus minaretes blancos?

„Mi corriente, que en el Océano se pierde, inútilmente os separa, porque os unís desde lo alto de los castillos, y las disparadas bombas, encendiendo entre una y otra sus relámpagos, os trazan un punto de fuego en el aire.

„Dad tregua á la cólera; cesad de combatiros; me fastidian las guerras civiles. Vosotras y yo somos viejos; vivamos con tranquilidad, durmamos á la sombra de los abedules. Terminad esa guerra: sin que me aturdais con vuestros disparos, bastante me asorda el ruido de las olas.

„Una cruz y una media luna truecan en infierno este feliz paraiso. Bombardearse por el Korán y por el Evangelio es disparar pólvora en salvas; esto lo sé, porque en otro tiempo yo fuí un dios.

„Vuestros dioses me han expulsado de su esfera y luego me degradaron; hoy prefiero la oscuridad, con tal que ellos conserven sus palacios y no desciendan á mis playas á despojarme de mi hojarasca verde ni á aplastar mis conchas con sus bombas y con sus balas.

„Esas invenciones son el resultado de sus cultos abominables: cuando yo era dios no se conocian; y si la piedra de las catapultas combatia los muros de las ciudades, las combatia sin producir humo ni tanto extrépito.

„Imitad á Ulm, vuestra hermana gemela, y como ella vivid tranquilas. Imitad á Buda, vuestra vecina, y á Dristra la sarracena: ¿qué diria el Etna, si Mesina moviese ese estruendo á los piés del volcán?...

„Semlin es la más pendenciera; siempre es la que provoca: ¿creeis que la corriente de mi oleaje, que sigue una pendiente de rocas, no tiene que hacer entre sus dos playas más que conducir al Euxinio vuestros muertos?

„Vuestros morteros dejan escapar tanto humo, que sumen en la oscuridad mi gruta predilecta, que está sembrada siempre de las astillas que lanzan los obuses; ya no conozco en ella cuándo es de dia, y por la noche, el vapor que lanzan la oscurece de tal modo, que en vano trato, desde mi lecho, ver las estrellas al través del agua.

„Hermanas que os aborreceis, ¿creeis adquirir gran renombre acribillándoos á balazos? Solo conseguireis convertir vuestros palacios en ruinas. Apagad una y otra la guerra en vuestros recintos, porque si no, yo apagaré el fuego de vuestros cañones.

„¡Pensad que soy el poderoso Danubio; desgraciadas de vosotras si seguís provocando mi cólera! No me lanzo contra vosotras porque os tengo compasion. Si quisiera, desparramando mis olas por los campos, formaria con ellas una cadena de montañas, que os arrastrarian á vosotras y á vuestras compañeras.„

Puede hablar de esta manera el que no teme á los cañones, el rio que se llama Danubio, el rio donde pueden navegar los mayores navíos, el rio que atraviesa cien puentes de piedra, que pasa por muchas playas que las devora al huir; que tiene olas como el mar, que por el globo se desenrolla como una serpiente, y que corre desde el Occidente hasta el Oriente.

Junio 1828.

XXXV.

Desvarío.

Lo giorno se n' andava; e l' aer bruno
Toglieva gli animai che cono 'n terra
Dalle fatiche loro.
DANTE.

Dejadme contemplar el espacio: es la hora en que el horizonte humeante oculta la frente tras un círculo de bruma; es la hora en que el astro del dia, enrojeciéndose, desaparece; solo dora ya la parte alta del bosque, que amarillea. Parece que en los últimos dias del otoño, el sol y la lluvia hayan enmohecido la selva.

Mientras que estático contemplo el espacio desde mi ventana, quisiera ver surgir repentinamente en él alguna ciudad morisca, brillante y desconocida, que, como gabilla de mieses abriéndose á la luz del sol, desgarrara la niebla del crepúsculo con sus flechas de oro.

Quisiera ¡oh génios! que esa soñada ciudad viniese á inspirar, á reanimar mis cantos sombríos, como el cielo en el otoño, y á lanzar ante mi vista su mágico reflejo, y que durante mucho tiempo se extinguiesen sus rumores apagados, y que con las mil torres de sus palacios de hadas entre las brumas hiciese muescas en el horizonte.
5 Setiembre 1828.

XXXVI.

Extasis.

Y oí una gran voz.
APOCALIPSIS.

Estaba solo, sentado en una roca al pié de las olas y en una noche estrellada. No habia una nube en el cielo ni una vela en el mar; mi vista y mi pensamiento querian ver más allá del mundo real, y los bosques y las montañas y la naturaleza entera parecia que preguntaban, con su murmullo confuso, á las olas del mar y á las luces del cielo.

Y las legiones infinitas de las estrellas de plata, en voz alta y en voz baja, contestaban armoniosamente, y las olas azules, inclinando la espuma que las corona, contestaban tambien:—Es el Señor, es Dios.
25 Noviembre 1828.

XXXVII.

El poeta al califa.

Tous les habitants de la terre sont devant lui comme un neant; ilfait tout ce qui lui plaît; et nul ne pent résister á sa main puissante, ni lui diré: Pourquoi m' avez-vous fait ainsi?
DANIEL.

¡Oh sultan Nouveddin, protegido de Mahoma! tu vasto imperio se extiende desde el mar Rojo hasta el rio Amarillo; los reyes de las naciones inclinan sus frentes para que pases por el camino que conduce hasta tu trono.

Tu serrallo es inmenso y tus jardines maravillosos; tus mujeres son de ojos de fuego y solo por tí se levantan el velo. Cuando, ante los pueblos asustados, aparece tu astro imperial, tus trescientos hijos brillan á tu alrededor, como alrededor de la luna la falanje de estrellas.

Te ciñes turbante verde con rica garzota. Puedes ver asomado á una ventana cómo loquean dentro del baño las hermosas jóvenes de Madrás, que son tiernas como un perfume, y las hijas de Alep, que rodean su morena garganta con collares de perlas blancas.

Tras todo lo que miras se esconde una hada. Cuando hablas ¡oh califa! parece que tu voz descienda de otro mundo al nuestro; Alá, de felicidades llena la copa de oro, que tus dichosos dias se van pasando unos á otros.

Pero con frecuencia en tu feliz corazon se desliza un pensamiento triste, que de repente hiela tu grandeza; así algunas veces, en pleno dia, brillando un sol de fuego, la luna se entrevé pálida en el fondo de un cielo azul.
Octubre 1828.

XXXVIII.

Bounaberdi. (1)

Grande como el mundo.

Muchas veces Bounaberdi, el gigante sultan de los francos de Europa, impulsado por el simoun, sube hasta la cumbre de un monte gigantesco, desde el que, tendiendo la mirada errante por las arenas y por las olas, abraza con una sola mirada las dos partes del mundo que yacen á sus piés en el abierto abismo.

Solo y de pié sobre la altísima cima, mira extenderse á sus plantas acostado el desierto, que importuna nube de polvo lo empaña ante su vista; y á su izquierda el mar, del que en otro tiempo fué huésped, que hasta él levanta el vago murmullo de su oleaje, como á los piés de su amo ladra de alegría el perro fiel.

Y el victorioso emperador, del que sucesivamente despiertan los ojos aquella nube y los oidos aquel murmullo, sueña; y como la amada que piensa en el amante, se imagina que un ejército invisible é innumerable levanta en la oscuridad aquel murmullo y aquel polvo, y que á lo lejos pasa con lentitud y eternamente.

SÚPLICA.

Bounaberdi, cuando asciendas á soñar á la cumbre de esa montaña, dirige la mirada á los campos que se extienden á tus piés y verás mi tienda que blanquea sobre la arena; soy pobre y libre, soy un árabe del Cairo, y cuando invoco el nombre de Alá, vuela mi caballo de guerra, y las pupilas de mis ojos inflamados centellean.

Noviembre 1828.

XXXIX.

El.

I.

Le veo siempre y en todas partes; siempre su imágen fria ó ardiente conmueve mi pensamiento é inspira á mi espíritu el soplo creador; me hace temblar, y en abundante vena fluyen mis versos cuando los toca su nombre gigantesco y glorioso.

Ya le veo guiando la marcha rápida de los obuses, ya le veo asesinando al pueblo y vengando los regicidas; ya soldado, arrancando sus poderes á los tribunos; ya cónsul, jóven y digno, pálido por las vigilias que ocasionaban en él sus atrevidos sueños imperiales.

Ya le veo poderoso emperador, inclinando la cabeza y dirigiendo una batalla desde lo alto de una colina, prometiendo la estrella á sus valientes soldados, haciendo la señal para que truenen los cañones, entusiasmando con la guerra á seiscientos mil hombres, grave y sereno y con la luz del génio en la mirada...

Ya le veo infeliz prisionero, burlado y atormentado, cruzando los ociosos brazos sobre el tembloroso pecho, víctima de los carceleros como un criminal, vencido, doblando la nublada frente y paseando por las rocas, que azotan las tempestades, su pensamiento, que es una tempestad eterna.

Allí sobre todo es grande; cuando perdido su poder, sirviendo de mofa á sus carceleros ingleses, la consagracion de la desgracia remoja sus derechos y consigue que el ruido de sus pasos tenga dos mundos sobresaltados, mientras muere en el destierro, atormentado en Santa Elena, careciendo de aire para respirar en la jaula en que le exponen los reyes.

Es grande en esa hora, en la hora suprema de rendir cuentas á Dios, en la que en sus ojos, que se apagan, rueda una lágrima suprema; en la que al morir, evocando á su gran ejército, se queja á sus guerreros de espirar en aquella soledad, y en la que, vistiéndose como sudario su capote militar, desde su lecho de campaña pasa al ataud!

II.

Está en todas partes: en Roma, donde hereda el cónclave del Senado; en Elba,

(1) El apellido *Bonaparte* en las tradiciones árabes se ha convertido en *Bounaberdi.*

cuyos montes blanquea la nieve ó enrojece la lava; en el amenazador Kremlin, en la risueña Alhambra; está en todas partes; le encuentro hasta en el Nilo; en el Egipto resplandecen los rayos de su aurora; su astro imperial se levanta en el Oriente.

Vencedor, entusiasta y brillante, asombró el mundo con sus prodigios; los ancianos scheiks (1) veneraban al emir jóven y prudente; el pueblo temia sus invencibles armas, y apareció á las tribus deslumbradas como el Mahoma del Occidente.

Los cuentos orientales de hadas referirán su historia; las tiendas de los árabes están llenas de gloriosos recuerdos; los beduinos libres eran valientes compañeros suyos; los niños, mirando siempre hácia nuestras playas, al compás de un tambor francés sujetan sus pasos, y los corceles guerreros relinchan cuando oyen pronunciar ese nombre célebre.

A veces llega allí en alas del huracán númida, y sirviéndole de pedestal la gran pirámide, contempla los desiertos, océanos de arena, y desde allí su sombra, evocando los sepulcros como para empeñar una batalla, resucita en ellos cuarenta siglos gigantes.

De pié! exclama: repentinamente se levanta de la tumba cada siglo; unos con el cetro en la mano, otros con la espada en el cinto, evocados por su voz, y pasa revista á sátrapas, á faraones, á magos, al pueblo, y todos, adorándole con la frente inclinada, parece que formen la cohorte del pasado de ese rey de las edades.

Al paso de ese hombre inolvidable todo se convierte en monumento, pasa por la arena; ¿pero qué importa que el oleaje cubra á Assur ni que sin cesar le bata el aquilon?... Su pié colosal deja eterna huella en la movediza arena del desierto.

III.

Historia! poesía! él toca vuestras dos cumbres; atónito, no puedo ascender á esos dos mundos sublimes, ni ver nada en ellos sin encontrarme con él. ¡Napoleon, cuando te me apareces, para tributarte culto ó para vituperarte, los cantos salen ardientes é inspirados de mi mente!

Tú dominas nuestra edad, y ángel ó demonio, tu águila nos arrastra con su vuelo fascinador; hasta las miradas que te huyen te encuentran por todas partes; en todos nuestros cuadros proyectas tu inmensa sombra; siempre sombrío y deslumbrador, estás de pié en el dintel de la puerta del siglo.

Todos te están siempre contemplando. El viajero que se pasea desde Nápoles á Pórtici, explorando el Vesubio, cuando perturba con sus importunos pasos á la dichosa Ischia, cuyas flores embalsaman las olas, cuyo murmullo, como el canto de enamorada sultana, parece una voz que suena entre los perfumes;

Te vé ese viajero cuando divisa desde lo alto del camino de Pœstum la augusta columnata; cuando oye en Pouzzol las serenatas en las que cantan la tarantela al pié de los muros toscanos; cuando despierta al pasar á Pompeya, la ciudad momificada, cuerpo yacente de una ciudad dormida, que incendió un dia el volcán;

Cuando vaga por Pausílipo con el ligero esquife en el que el tostado marinero canta versos del Tasso y de Virgilio; siempre vé el viajero en los árboles verdes, en los lechos de césped, en los mares y en las praderas, en los promontorios y en las playas de las islas, ese gigante negro que humea en el horizonte.

Diciembre 1828.

XL.

Noviembre.

> Je lui dis: La rose du jardin, comme tu sais, dure peu; et la saison des roses est bien vite ecoulée.
>
> SADI.

Cuando el otoño, acortando los largos dias, extingue el calor de las tardes y

(1) *Scheiks:* así se llamaban los superiores de los conventos de Turquía.—(N. del T.)

hiela las auroras; cuando Noviembre empaña con sus brumas el cielo azul y caen las hojas de los árboles que el viento desprende de los bosques, ¡oh musa! te recoges entonces en el fondo de mi alma, como niño que, transido de frio, se acerca al fuego.

Ante el sombrío invierno de Paris se eclipsa y te abandona tu sol de Oriente; aborta ese recuerdo del Asia, y no ves ya ante tí más que la oscura calle con su ruido monótono, nieblas en las ventanas y nubes de humo, que rozan al elevarse en los ennegrecidos techos.

Entonces huyen como sombras sultanes y sultanas, pirámides, palmeras, galeras capitanas, el tigre voraz, el frugal camello, los djinns volando, las danzadoras bayaderas y los árabes que al cuello de sus dromedarios se abrazan, y la salvaje girafa que corre con galope desigual.

Entonces desaparecen los elefantes blancos, que montan mujeres morenas; las ciudades de cúpulas de oro, cuyos meses se cuentan por lunas; los imanes de Mahoma; los magos, sacerdotes de Baal, todo huye, todo desaparece. Ya no quedan minaretes moriscos, ni tentadores serrallos, y ya la ardiente Gomorra no extiende su reflejo rojo en la frente negra de Babel.

Paris se sumerge en el invierno.—En vano cantas ¡oh musa! que de tí se apartan las odaliscas, los emires y los pachás. En el vasto Paris no habria suficiente espacio para el árabe; el Nilo se desbordaria; los rosales de Bengala se helarian en los campos en que enmudecen las cigarras, y el sol nebuloso daria frio á las Peris.

Echando de menos el Oriente, entonces, musa mia, acudes á mí, sola, avergonzada y casi desnuda.—Me dices cariñosa:—"¿No tienes reservado en el fondo del corazon, jóven poeta, algo que cantar? Me causa tedio ver cómo resbala la lluvia por tus cristales, á mí, que veia dorar los mios los rayos de un sol de oro.„

Despues colocas mis manos entre tus manos diáfanas, nos sentamos los dos donde no llegan las miradas de los ojos profanos, y te ofrezco el más grato de mis recuerdos. Mi infancia, con sus juegos y los juramentos de la niña vírgen, que hoy es madre feliz en brazos de otro esposo.

Te refiero tambien el són que tenian para mí las campanas argentinas de las Fuldenses; cuando siendo niño y casi salvaje me complacia la libertad, y que á los diez años algunas veces me quedaba solo al anochecer y soñando, buscando con tenacidad los dos ojos de la luna, que en el cielo se abria como la flor de plata de la noche.

Despues te refiero cómo impulsaba con el pié la veloz hamaca que de un antiguo castaño hacia crugir el ramaje, y que mi madre contemplaba con terror; te refiero tambien cómo se llamaban mis amigos de España; te hablo de Madrid y del colegio donde estudié, y de los combates que los niños promovíamos defendiendo al gran emperador.

Te hablo despues de mi buen padre, ó de alguna jóven, que murió de quince abriles, en la primavera de su vida; pero lo que á tí más te complace es oir el relato de los primeros amores, mariposas que vuelan alegremente, y cuyas brillantes alas se deslustran cuando las manos las tocan, fantasma aéreo que solo se presenta una vez en nuestra vida.

13 Noviembre 1828.

FIN DE LAS ORIENTALES.

HOJAS DE OTOÑO.

PREFACIO.

L actual momento político es grave, nadie lo duda, y el autor es el primero en creerlo así. En el interior están puestas en el potro todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolucion; la antigua palabra *pairía*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma y cambia de sentido; resuena perpétuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motin se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, asesinan á pueblos enteros, los deportan en masa ó los cargan de cadenas; la Irlanda está convertida en un cementerio, la Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de la Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, se disloca algo carcomido, y llega á todos los oidos el rumor sordo que producen las revoluciones, hundidas aun en sus trabajos de zapa, edificando debajo de todos los reinos de Europa sus galerías subterráneas, que sirven de ramificacion á la revolucion central, cuyo cráter es Paris. Tanto en el interior como en el exterior, se ven en estos momentos luchar las creencias y trabajar las conciencias; se ven nuevas religiones balbuceando fórmulas, malas por una parte y buenas por otra, que solo son las antiguas religiones que mudan la piel; se vé que Roma, la ciudad de la fé, se vá á levantar quizás hasta la altura de Paris, que es la ciudad de la inteligencia; se ven depurarse en todas partes las teorías, las utopias y los sistemas, y sondear la cuestion del porvenir como se sondeó la cuestion del pasado. A estas alturas nos encontramos en el mes de Noviembre de 1831.

Acaso en semejantes momentos, ante el conflicto de las ideas, de las creencias y de los errores, que están embebecidos en dilucidar y en redactar despues de discusion pública la fórmula de la humanidad en el siglo diez y nueve, se crea que es una locura publicar un volúmen de versos sin interés. Pero, ¿por qué ha de ser locura?

El autor ha creido siempre que el arte tiene su ley, que nunca deja de seguir, como todo lo del mundo. ¿Porque la tierra tiemble no debemos caminar? Fijaos en el siglo diez y seis; ese siglo marca una gran época para la sociedad humana, pero tambien una gran época para el arte: fué el paso de la unidad religiosa y política á la libertad de conciencia y á la libertad social; el paso de la ortodoxia al cisma, de la disciplina al exámen, de la gran síntesis sacerdotal, que constituyó la Edad Media, al análisis filosófico, que la disolverá, es todo eso; y es tambien el cambio magnífico y deslumbrador de innumerables perspectivas desde el arte gótico hasta el arte clásico. Es en todas partes en el suelo de la antigua Europa el advenimiento de nuevos acontecimientos y al mismo tiempo la aparicion de obras maestras del arte. Mientras se convoca la dieta de Worms, se está pintando la capilla Sixtina. En aquella época vive Lutero, pero tambien vive Miguel Angel.

Porque en la actualidad algunas antiguallas vayan desapareciendo entre nosotros una tras otra, no es motivo para que no surjan otras novedades de sus escombros; para que el arte, que es eterno, no continúe floreciendo entre las ruinas de una sociedad que ya no existe y entre los

bosquejos de una sociedad que no existe aun. Porque en la tribuna haya muchos Demóstenes y Cicerones, porque contemos con demasiados Mirabeaux, no es esto motivo para que no podamos tener un poeta. Es cosa evidente que, cualquiera que sea el tumulto de la plaza pública, el arte persiste, el arte se empeña siempre en ser fiel á sí mismo; la poesía no se dirige solo á un vasallo de una monarquía, ó á un senador de una oligarquía, á un ciudadano de una república, ni al hijo de ninguna nacion; se dirige al hombre en absoluto. Al adolescente le habla de amor, al padre de la familia, al anciano del pasado, y hágase lo que se quiera, cualquier carácter que tengan las revoluciones futuras, cualquier cambio político que sufra la sociedad, existirán siempre niños, madres, doncellas, ancianos y hombres que amarán, que gozarán y que sufrirán. Para ellos, pues, se escribe la poesía. Las revoluciones, que son los gloriosos cambios de edad de la humanidad, todo lo transforman, menos el corazon humano. El corazon humano es como la tierra; puede sembrarse, plantarse ó edificar lo que se quiera en su superficie; pero no por eso dejará de seguir produciendo sus verduras, sus flores y sus frutos naturales; jamás las azadas ni las sondas le perturbarán en sus profundidades; continuará siendo siempre tierra, como él será siempre corazon humano; será siempre él la base del arte, como ella sigue siempre siendo la naturaleza. Para destruir el arte seria preciso destruir primero el corazon humano.

Puede presentársenos esta objecion de otra clase.—No cabe duda que hasta en el momento más crítico de una crísis política puede publicarse una obra de arte; ¿pero la atencion y la inteligencia de todo el mundo no estarán demasiado absorbidas en la obra social que elaboran en comun para que se fijen en esta obra de arte? Esta solo es cuestion de segundo órden, cuestion de éxito; cuestion del librero y no del poeta. Los hechos contestan que sí ó que no á las objeciones de esta clase, que en el fondo son poco importantes. Es indudable que hay momentos en que los negocios materiales de la sociedad se imponen y los accidentes políticos embrollan y absorben la atencion general; pero esto qué importa? Además, porque el viento no sea favorable para la poesía, segun se dice, esto no es un motivo para que la poesía no despliegue el vuelo. Al contrario que los buques, los pájaros solo vuelan bien contra el viento, y la poesía es como los pájaros. MUSA ALES, dice un escritor antiguo.

Por este motivo es más hermosa y más fuerte cuando se lanza en medio de los huracanes políticos. El que siente la poesía de cierto modo, prefiere verla habitar en las montañas y entre las ruinas, cerniéndose mientras ruge la tempestad, que verla que huye en busca de primavera eterna; prefiere que sea águila á que sea golondrina.

Apresurémonos á declarar ahora que en todo lo que el autor de este libro acaba de decir, para explicar la oportunidad de dar á luz el volúmen de verdadera poesía que publica en los momentos en los que la prosa domina en los espíritus, y que quizá publica por eso, no ha querido aludir ni remotamente á su propia obra, cuya insuficiencia conoce. Comprende el autor que el artista que es capaz de probar la vitalidad del arte en medio del estruendo de una revolucion, el poeta que hace brillar la poesía entre dos motines, es un gran hombre, es un génio, y el autor nunca tuvo la pretension de aspirar al esplendor de tan altos títulos. No; si publica ahora las HOJAS DE OTOÑO es porque cree que es curioso ofrecer á la luz pública el contraste que ofrecen la tranquilidad de sus versos y la agitacion febril de los espíritus. Experimenta, al abandonar este libro inútil al oleaje popular, que arrastra tantas obras mejores, el placer melancólico que experimenta en lanzar una flor en un torrente para ver lo que la sucede. Si se le permite usar una imágen algo atrevida, dirá que el volcan de una revolucion se abrió ante sus piés, le tentó y se precipitó en él.

Deja, pues, tranquilo que este libro siga su destino. Por otra parte, ¿qué representan estas páginas, que entrega al acaso, para que las arrastre el primer viento que sople? Hojas caidas, hojas muertas, como las hojas del otoño. No se encontrará en estas páginas poesía ruidosa y tumultuosa, sino versos serenos y apacibles, versos de familia, del hogar doméstico, de la vida privada, versos del interior del alma. Son como miradas melancólicas y resignadas que se lanzan aquí y allá, sobre lo que existe y sobre lo que ha existido; representan el eco de esos pensamientos, inexpresables muchas veces, que despiertan confusamente en nuestro espíritu los mil objetos de la creacion que sufren ó que

languidecen á nuestro alrededor; una flor que se marchita, una estrella que cae, un sol que se pone, una iglesia sin techo, la llegada imprevista de un amigo de colegio casi olvidado, pero siempre querido en lo íntimo del alma; la contemplacion de los hombres de poderosa voluntad que cambian el destino, ó que éste los destroza; el paso por el mundo de uno de esos séres débiles que no piensan en el porvenir, ya sean niños, ya sean reyes. Encarnan tambien estas páginas la vanidad de los proyectos y de las esperanzas, el amor á los veinte años y á los treinta; describen la tristeza que se encuentra en la felicidad, se ocupan de la infinidad de pesares que nos asaltan en la vida; son esas elegías que el corazon del poeta deja escapar por todas sus hendiduras.

Este es el sitio oportuno de contestar á los que preguntaron al autor si comprenderia en este volúmen las dos ó tres odas que le inspiraron los acontecimientos actuales y que publicó en otras partes. El autor no puede satisfacer estos deseos, porque en las HOJAS DE OTOÑO no cabe la poesía que se llama política, y que él llama histórica: esas poesías vehementes y apasionadas perturbarian la calma y la unidad de este volúmen; además, el autor piensa incluirlas en una coleccion de poesías políticas, que espera para publicarla un momento más literario. De lo que será esa coleccion, de las simpatías que la hayan inspirado, se puede juzgar por la poesía cuarenta del libro que publicamos. Esto no obstante, en la posición independiente y desinteresada en que el autor permanece, desprovisto de ódio y de gratitud política, sin deber nada á los poderosos de hoy, cree tener derecho para decir de antemano que esos versos los ha producido un hombre honrado, sencillo y sério, que desea todas las libertades y todos los progresos, pero que se realicen con precaucion y con prudencia; que verdaderamente no profesa la misma opinion que profesaba diez años atrás sobre los incidentes variables que constituyen las cuestiones políticas, pero que en este cámbio de conviccion siempre le aconsejó la conciencia y nunca su propio interés. Repetirá además lo que ya ha dicho en otra parte, esto es, que cualquiera que sea su parcialidad apasionada en favor de los pueblos en la inmensa cuestion que se agita en el siglo diez y nueve, entre ellos y los reyes, jamás olvidará las opiniones, la creencia ni los errores de su primera juventud. No necesitará que nadie le recuerde que era á los diez y siete años estuardista, jacobino y caballero; que casi amó á la Vendée antes que á la Francia; que si su padre fué uno de los primeros voluntarios de la gran República, su madre, cuando tenia quince años, fué una vendeana como madame de Bonchamp y como madame de Larochejaquelein. Nunca insultará á la raza caida, porque tuvo fé en ella; por otra parte, cualesquiera que sean las faltas, cualesquiera que sean hasta los crímenes, esta es la época de pronunciar el nombre de Borbon con gravedad y con respeto, ya que en la actualidad el anciano que fué rey tiene coronada la cabeza de cabellos blancos.

Paris 24 Noviembre 1831.



HOJAS DE OTOÑO.

I.

Habia cumplido el siglo dos años; Roma reemplazaba á Esparta, y ya en Bonaparte se traslucia á Napoleon; que en el primer cónsul, la frente del emperador rompia ya la carátula, que le venia pequeña. Entonces en Besançon, antigua ciudad española, nació, hijo á la vez de sangre bretona y de sangre lorenense, un niño pálido, enteco y débil. Abandonado de todos, escepto de la que le dió el sér, su cuello se doblaba como frágil caña, por lo que su madre le hizo construir al mismo tiempo la cuna y el ataud. Ese niño, que debia borrarse del libro de la vida, porque no ofrecia esperanzas de ver el sol del dia siguiente, ese niño era yo.

Quizás os referiré en otra ocasion qué cuidados, qué solicitudes, qué cariño, prodigados para sostener mi vida, sentenciada desde mi nacimiento, me hicieron ser dos veces hijo de mi querida madre!...

El amor maternal es el amor que nadie olvida; es el pan maravilloso que un Dios reparte y multiplica; es la mesa preparada siempre en el hogar paterno: cada uno tiene en ella su parte y al mismo tiempo la ocupa toda.

Os referiré un dia, cuando la noche haga hablar á mi vejez charlatana, cómo el destino de gloria y de terror, que hizo que el emperador removiese el mundo, me arrastró con su soplo tempestuoso y á todos los vientos entregó mi infancia; porque cuando el aquilon bate las olas palpitantes del Océano, éste atormenta al mismo tiempo al colosal navío de tres puentes que á la hoja de los árboles de la playa que el viento arrastra hasta el mar.

Ahora, jóven todavía y ya experimentado, llevo grabados profundamente en mí algunos recuerdos, y puede comprenderse que he sufrido mucho en los pliegues que en la frente trazaron mis pensamientos. Quizás más de un anciano palideceria si pudiese penetrar, como en un abismo entre las olas, en mi alma, en la que mi pensamiento vive. Veria lo que sufrí, veria lo que intenté, veria lo que me mintió, y se convenceria de que en mi tierna edad, en la que el porvenir me debia sonreir, el libro de mi corazon tiene escritas ya todas las páginas.

Si algunas veces se vuelan de mi cerebro los pensamientos y se dispersan por el mundo mis canciones; si me place ocultar el amor y el dolor en una novela irónica y burlona; si conmuevo el teatro con mi fantasía; si entrechoco ante los ojos de la muchedumbre hombres

vivos como ella, hombres que yo creo y que hablan al pueblo con mi voz; si mi cabeza, foco que ilumina mi espíritu, lanza versos que hierven y que humean en el ritmo profundo, molde misterioso del que sale la estrofa abriendo sus alas en el espacio, es que el amor, la tumba, la gloria, la vida, la ola que huye perseguida por otra ola, todos los soplos, todos los rayos, propicios ó fatales, hacen relucir y vibrar mi alma de cristal, mi alma que tiene mil voces, mi alma que Dios puso en el centro de todo, como un eco sonoro.

Pero pasé puramente los dias infaustos, y sé de dónde vengo si ignoro á dónde voy. El huracan de los partidos, con sus ardientes vientos, sin alterar las olas, cambió de sitio mi alma. Nada inmundo quedó en mi corazon; no hay en él limo impuro que espere el soplo de un viento para empañar su transparencia.

Despues de entonar mis cánticos, oigo y contemplo al emperador caido, levantándole un templo en la oscuridad. Amo á la libertad por sus frutos y por sus flores, al trono por su derecho, al rey por sus desgracias, fiel siempre á la sangre que hicieron correr por mis venas, mi padre, que era veterano, y mi madre, que era vendeana.

Junio 1830.

II.

A M. Luis B.

Lyrnessi domus alta, solo Laurente sepulcrum.

VIRGILIO.

Luis, cuando en uno de vuestros viajes vayais á ver á Burdeos, á Pau, á Bayona y sus deliciosas playas, á Tolosa la romana, en la que dias mejores, siendo niño, saqué la poesía de sus flores, pasad por Blois.—Cuando llegueis allí, dejad en casa á vuestros compañeros de expedicion, y mientras que se queden jugando, hablando ó durmiendo, acompañado solo de vuestro libre pensamiento, atravesando á Blois, subid la escalera de calles que no inunda jamás el Loira en tiempo de avenidas; dejad á una parte el castillo, aunque es sombrío y poderoso, aunque conserva en la fachada una mancha de sangre; admirad al pasar su torre octógona, pero pasad.—Y saliendo de la ciudad, hácia el medio dia, buscad un montecillo verde, circular, que sufre la carga de un árbol grande, como la cimera de un casco soporta movediza pluma. Lo encontrareis, porque indudablemente lo habreis visto de lejos antes de llegar allí. Subid al montecillo, en el que distinguireis en la llanura la ciudad escalonada en forma de anfiteatro; la iglesia, con el Loira, por el que cruzan barcos; con sus mil archipiélagos, movedizos como sus olas, y más abajo vereis á Chambord con sus cien torrecillas. No levanteis los ojos al firmamento y mirad á vuestros piés.

Luis, la casa que desde allí se divisa, con paredes de piedra, con techos de pizarra, blanca y cuadrada, situada en la falda de la verde colina y que, oculta apenas á las miradas curiosas, se destaca pintorescamente entre dos vergeles, encierra grandes recuerdos para mí.—Contempladla, que esa casa perteneció á mi padre. En ella se retiró cuando concluyó la guerra el que tantas veces os he nombrado en mis versos, el que vos no conocísteis y que hubiérais querido si le hubiéseis tratado.

Contemplando esa casa, amigo mio, pensad en vuestra madre y en vuestra hermana y decid:—"¡Mi amigo no volverá ya á ver en ella dormido á su anciano padre! Perdió la santa defensa que protege la vida hasta más allá de la niñez; perdió al prudente piloto que presta su esperiencia al jóven marinero para dominar las tempestades. De su padre muerto solo le queda el augusto recuerdo: ya no coronará su gloria con su vejez; ya no le oirá recitar sus batallas, ya no acariciará sus cabellos blancos con manos infantiles; ya no estará orgulloso de hacer conocer á la muchedumbre á su padre, el venerable veterano, el antiguo general; ya está desierto ese hogar, en el que el padre se regocijaba cuando el perro fiel ladrando le anunciaba que volvia su hijo á casa.

„Cayó el gran árbol, que estaba solo en el valle, y en adelante el arbusto sufrirá desnudo la fúria del aquilon. Cuando desaparece el abuelo del seno de la familia, el grupo de huérfanos, que com-

ponen la madre, el niño y la doncella, se estrecha más alrededor del padre, que ocupa desde entonces el sitio del abuelo. Se abrigan á su sombra del sol y de la lluvia y se apoyan en su tronco. A él le corresponde vigilarles, enseñarles, sufrir, trabajar por todos y sacrificarse; pronto á su ancianidad descenderá la prudencia, sus años desaparecerán sucesivamente, robándole la alegría y el amor, los sueños de gloria y de grandeza, y disipados los sueños dorados de la esperanza, no le quedará otra idea que la del trabajo. La espigadora que recorre los prados para llenar el cesto de espigas, se quita los vestidos de los dias de fiesta y los cuelga de un arbusto; pero por la tarde, de las ramas del arbusto recoge esos vestidos, y cantando alegremente, regresará á su casa, hermosa y bien vestida; pero en el valle de lágrimas de la vida no halla nunca el hombre en la tarde de su existencia el arbusto verde donde encuentre colgados la esperanza, la ilusion, la inocencia y el amor.

„Tiene que continuar la tarea emprendida, mientras que su familia, estrechada á su alrededor, sobre su frente, en la que los años imprimirán sus pasos, verá caer y amontonarse sin cesar la nieve de los dias, que blanquea nuestra cabeza.

„Del veterano de tantas guerras hoy no queda á su hijo, mudo y resignado, más que una tumba vacía y esa casa blanca y cuadrada, que se distingue al pié de la colina y que conserva el perfume de la cariñosa hospitalidad.

„Al menos hubiera tenido en París un sepulcro de piedra ó de pórfido; las tumbas de las águilas del imperio están allí; allí reposan los antiguos generales que murieron el dia de la victoria, como los antiguos héroes, ó que, echando quizás de menos los cañones y las bombas, murieron en el campamento de batalla de la tribuna; sus hijos colocaron juntas las cenizas de unos y de otros, con la idea acaso de que éstos pudiesen conversar en el otro mundo con aquellos sus compañeros de armas.

„Esa casa de Blois, risueña, aunque enlutada, pequeña y elegante, con hiedra en el umbral de la puerta, consigue que el viajero la contemple como delicioso retiro para descansar de la vida; ¡tan frescos colores pintan su fachada nueva! ¡tan cercada está de hojarasca, de árboles verdes y de flores! ¡Casa y sepulcro! Ay! Para encontrar los restos del padre que desapareció en la sombría y eterna noche, ¿dónde ha de dirigir el hijo sus inciertos pasos?... ¡Solitaria casa, tú no encierras sus mortales despojos; tumba, tú tampoco encierras su cadáver!„

Junio 1830.

III.

Sueño de un transeunte á propósito de un rey.

Præbete aures, vos qui continetis multitudides et placetis vobis in turbis nationum, quoniam non custodistis legem justitiæ, neque secundum voluntatem Dei ambulastis.

SAP. VI.

El otro dia, carrozas y caballos, moviendo gran extrépito, llevaban al rey de Nápoles vestido de gala á la corte. Yo estaba en el Carrousel, confundido con la multitud, que fluia incesantemente por sus tres portillos, y que es capaz de atravesarlos cuatrocientas veces cada año para ver pasar á un príncipe ó para mirar la hora en el cuadrante. Seguia yo lentamente á la multitud, pensando que vivia aun en el mundo el hijo predilecto del antiguo pueblo romano, que en dia memorable arrancó del suelo las torres de la Bastilla.—Me paré; el suizo habia cerrado la verja de hierro. Redoblaban los tambores, y entre aclamaciones pasaba cada coche arrastrado por ocho caballos. Los sones de las músicas llenaban los anchos patios del palacio, sembrados de oficiales que erguian la cabeza empenachada, y los bravos corceles pasaban sin asombrarse, orgullosos de ver que ante ellos se inclinaban las banderas. Fijándose en aquella tumultuosa algazara, una vieja andrajosa, que llevaba un cesto metido en el brazo, decia en voz alta:—"Un rey! He visto tantos reyes en la época del emperador!...„

Entonces se aparecieron á mi imaginacion las carrozas doradas, la lujosa corte imperial con sus rojas libreas, y mientras pasaba ante mí cien veces el pueblo inquieto y voceando, me quedé pensativo, recordando otros tiempos. La vieja se marchó hácia la plaza de la

Grève, prosiguiendo su camino, y me dejó meditabundo, como cuando el pájaro, al abandonar el bosque, deja temblando la rama donde antes se posó.

Oh! exclamé, extendiendo la mano sobre mi frente; filosofía, has descendido hasta el pueblo, y los pequeños dirigen á los grandes altivas miradas; el pueblo ha llegado hasta tí; llegó tarde, pero llegó. Sabe ya despreciar; nada admira, ni ama, ni teme; sabe sobre todo pronunciar austeros juicios. Se pregunta muchas veces:—"Cómo se gobierna el mundo? Qué hacen los reyes? ¿Por qué ocupan el trono? Por qué destierran?„ Medita en la actualidad como un juez supremo; lo comprende todo, y se cree bastante fuerte para castigar y para absolver el pueblo, á quien destierran y que permite reinar á los reyes. La corte viste de gala, mientras que debajo de ella, como bajo el buque que se balancea en el Océano el mar se mueve incesantemente, el pueblo ruge, el pueblo del que las miradas de ningun rey puede sondear el fondo.

La demencia y la traicion dicen sin cesar:—"Oh reyes! confiad vuestra tarea al sinnúmero de brazos ilustres que sostienen vuestros pasos. Dormid; no estudieis nada, ni mediteis nunca; temed que vuestra frente, que mágico prestigio rodea, al ensancharse haga saltar la corona.„

Yo digo lo contrario:—¡Oh reyes! velad, velad y gobernad lealmente: no nos quiteis los derechos que hemos adquirido; no tireis demasiado de la brida rebelde, que conseguireis que se encabrite la libertad que os sostiene; sed de nuestra época y seguid consejos leales; tratad de ser grandes, ya que ha crecido el pueblo. Oid en lontananza ese murmullo, que se oye de vez en cuando y que crece más cada momento; lo produce el pueblo que viene; es la marea alta que sube sin cesar, atraida por su astro. Cada siglo á su vez, sea de hierro ó de oro, se sumerge en el mar, como un cabo sobre el que saltan las olas, con sus leyes, sus costumbres y sus monumentos; todo eso desaparece para siempre en el fondo del Océano que no tiene reflujo. ¡Desgraciado el que por la tarde se retarda en la playa, y no pregunta al pescador que huye en su barca por qué se oye en el espacio tan confuso ruido! ¡Reyes, daos prisa á entrar en el siglo actual y á abandonar las antiguas playas!...—Dejad sitio al mar de la moderna multitud, porque sino perecereis sumergidos en el oleaje con el siglo pasado.

De este modo las palabras de la anciana que pasó removieron mis pensamientos en el fondo del cerebro. Estaba en ellos completamente absorbido, cuando un soldado, que estaba en su punto de centinela, me dijo en voz alta:—¡Compañero, ya se ha puesto el sol!

18 Mayo 1830.

IV.

De todo, nada. De todos, nadie.
CALDERON.

¿Qué te importa, corazon mio, el nacimiento de los reyes, ni las victorias que hacen voltear las campanas y tronar los cañones, ni glorificar al Señor con festejos pomposos, ni ver de noche, en las ciudades despiertas, brillantes iluminaciones?

Aparta de la tierra tus miradas y fíjalas solo en Dios. En el mundo todo es vanidad; la gloria desaparece con rápido vuelo; las coronas, las mitras de oro brillan, pero duran un instante; no valen más que la hebra de yerba que Dios crea para que la golondrina haga el nido.

Cuanto mayor es la grandeza humana, más pronto se extingue; la bomba se estrella antes en el obelisco gigante que en la torrecilla donde se abrigan las palomas. Siempre por medio de la muerte Dios se une á los reyes; la dorada corona tiene por remate su cruz, y su templo está embaldosado con sus tumbas.

Ni la altura de las torres, ni el esplendor de los palacios del mundo, ni Napoleon, ni César, ni Mahoma, ni Pericles, nada hay que no caiga, nada hay que no se borre en el misterioso abismo que confunde al espíritu: á pocos piés debajo de la tierra reina el silencio profundo; solo el estruendo y el ruido suenan en la superficie.

30 Junio 1830.

V.

Lo que se oye en lo alto de la montaña.

Oh altitudo!

¿Habeis subido alguna vez silenciosamente á la cumbre de un monte para ver el cielo de más cerca? ¿En las playas del Sund ó en las costas de la Bretaña? ¿Habeis tenido alguna vez el Océano al pié de alguna montaña, y en ella, en medio de la inmensidad, inclinado hácia las olas, os habeis puesto á escuchar?

Os diré lo que se oye.—Al menos, un dia que, soñoliento, mi pensamiento tendió su vuelo por una playa, y desde la cumbre de un monte, sumergiéndose en el golfo amargo, vió á un lado la tierra y al otro el mar, escuchaba yo, y oí; y jamás voz semejante salió de ninguna boca, ni conmovió tanto ningunos oidos.

Primero oí un ruido, confuso, inmenso, más vago que el viento que pasa por árboles espesos, lleno de acordes brillantes, de suaves murmullos, delicioso como un canto que se oye de noche, fuerte como un choque de armaduras cuando la pelea estrecha los escuadrones y sopla furiosa en la boca de los clarines. Era ese ruido semejante á una música inefable, que flúida oscilaba sin cesar alrededor del mundo, y que en los vastos horizontes, con sus olas sonoras, rodaba ensanchando sus orbes infinitos hasta el fondo, en el que su flujo iba á perderse en la oscuridad con el tiempo, el espacio, la forma y el número. Como otra atmósfera esparcida y desbordada, el himno eterno inundaba todo el globo: el mundo, envuelto en esta sinfonía, como boga en los aires, bogaba en este concierto. Pensativo oia esas arpas etéreas.

Pronto distinguí, confusas y veladas, dos voces en esa voz, mezclada una con otra, desde la tierra y desde el mar, extendiéndose hasta el cielo, que entonaban á un tiempo el canto universal; y distinguia una de otra, como se distinguen dos corrientes que se cruzan bajo las olas.

Una venia de los mares, entonando un himno de gloria; era la voz de las olas, que se hablaban unas á otras: la otra se elevaba del mundo en que vivimos, y era triste; era el murmullo humano, y en el gran concierto que suena noche y dia, cada ola tenia su voz y cada hombre producia su ruido.

Como acabo de decir, el Océano pacífico esparcia su voz gozosa, y cantaba como un arpa en los templos de Sion, celebrando la hermosura de la naturaleza. Su clamor, que arrastraban las ráfagas del viento, ascendia sin cesar triunfalmente hasta Dios, y cuando una de las olas, que él solo puede domar, terminaba, otra se levantaba para cantar. Como el bíblico leon que amansó Daniel, el Océano durante algunos momentos bajó su voz alta, y yo creia, en la encendida puesta del sol, ver pasar la mano de Dios por la melena de oro del mar.

Y al mismo tiempo, como contraste á esa augusta música, la otra voz crugia como corcel que se asusta, como el gonce enmohecido de la puerta del infierno; y se oian lloros, gritos, injurias, anatemas y maldiciones entre el clamor tonante del rumor humano, como al llegar la noche se ven pasar á bandadas por los valles las aves de rapiña. ¿Qué era ese tumulto, en el que vibraban mil ecos? Era el clamor del mundo y del hombre que lloraban. Esas dos voces extrañas é inauditas, que renacian sin cesar y que sin cesar se desvanecian, que oye el Eterno durante toda la eternidad, una se llama *Naturaleza!* y la otra *Humanidad!*

Entonces medité, y mi espíritu jamás desplegó tanto las alas; en mi sombra jamás habia visto tanta luz; y medité largo tiempo, contemplando alternativamente, despues del abismo oscuro que me ocultaban las olas, el abismo sin fondo que se abria en mi alma. Despues me pregunté: ¿por qué el hombre está en el mundo, con qué objeto, qué hace el alma, qué es mejor, ser ó vivir, y por qué Dios, que es el único que sabe leer en su libro, casa eternamente con himeneo fatal el canto de la naturaleza con el gemido del género humano?

27 Julio 1829.

VI.

A un viajero.

L' une partie du monde ne sait point comme l' autre vit et se gouverne.

FELIPE DE COMMINES.

Regresais de uno de esos largos viajes que nos hacen envejecer prematuramente y adquirir experiencia casi al salir de la cuna; en vuestra carrera inmensa habeis visto las olas de todos los mares, y el surco que vuestro bajel ha abierto en ellos pudiera dar la vuelta al mundo.

El sol de veinte cielos maduró vuestra vida; vuestros inconstantes deseos os llevaron á todas partes para dejar y para recoger; y semejante al labrador que siembra y que cosecha, en todos los sitios que habeis recorrido habeis tomado y dejado algo al pasar.

Mientras que yo, menos dichoso y con menos esperiencia, esperaba el paso uniforme de las estaciones por el mismo horizonte; como el árbol verde, que marca desde lejos mi casa, echando raices en el umbral de la puerta, vegetaba yo aislado, deshojando allí mis dias.

Fatigado de cambiar de paisajes y de hombres, regresais al fin cansado en busca de reposo, y melancólicamente me referís vuestras escursiones infecundas, y vuestros piés, que han hollado el polvo de tres mundos, se calientan en el fuego de mi hogar.

Y ahora, llena la mente de pensamientos, acariciando de los niños las cabezas blondas, me hablais, preguntándome con amarga solicitud:—¿Dónde está tu padre? Dónde tu hijo? ¿Dónde tu madre?—Viajan tambien?...

En el viaje en que se encuentran no brillan el sol ni la luna; ninguno al emprenderlo puede llevarse sus bienes ni su oro; Dios no lo permite: el viaje que han emprendido es largo y sin término; en él se camina con lentitud; ese viaje lo haremos todos.

Presencié su partida, como presencié la vuestra. En diversas estaciones los tres, uno tras otro, me abandonaron para siempre; tras de su hora última enterré á esos séres, para mí tan queridos. Fuí un avaro, que ahondé dentro de la tierra mi tesoro.

Los ví partir. Ví alarmado y sufriendo tres veces un paño negro sembrado de blancas lágrimas tendido en esta casa; besando las manos frias de esos tres séres, lloré como una mujer; pero despues de verles cerrados en el ataud, mi alma se apercibió que sus almas abrian alas de oro.

Les ví partir como tres golondrinas, que van á buscar muy lejos primaveras más deliciosas y estíos más frescos; mi madre entrevió el cielo y partió la primera, y al espirar, sus ojos moribundos destellaron celestial resplandor, que nunca olvidaré.

La siguió mi hijo mayor; despues mi padre, noble veterano, curtido en cuarenta años de guerra: ahora los tres duermen el sueño eterno, y sus espíritus están haciendo el sombrío viaje para ir adonde todos iremos.

Si quereis complacerme, cuando en el espacio brille la luna, subiremos los dos á la colina donde yacen nuestros antepasados, y os preguntaré, señalándoos la ciudad muerta despues de la ciudad dormida: cuál de las dos duerme mejor?

Venid; los dos, silenciosos y recostados en el suelo, oiremos, mientras Paris hace callar su sonante torbellino, á ese millon de muertos, á esa siega de humanos, salir confusamente de sus sepulcros, como los granos salen del surco.

¡Cuántos viven alegres que debian llorar eternamente á los séres que amaron! El tiempo trae consigo el olvido; el recuerdo de los que murieron se desvanece pronto; tardan más en convertirse en polvo que en borrarse de nuestros corazones.

¡Viajero, viajero, grande es nuestra locura! ¿Quién sabe cuántos muertos se olvidan cada hora que pasa, y de los más dignos y de los más queridos? ¿Quién puede saber cuántos dolores se embotan, quién puede saber cuántas tumbas tapan cada dia las matas de yerba que crecen?

6 Julio 1829.

VII.

Ante un ventisquero del Ródano.

Causa tangor ab omni.
OVIDIO.

Muchas veces, cuando mi espíritu, que sufre muchas metamórfosis, flota y rueda adormecido en el océano de la vida, Dios, foco de la verdadera luz, que no alumbra á los ojos humanos, misterioso sol que incendia el alma, le hiere con uno de sus rayos y le recoge y le asciende hasta los cielos;

Entonces, mi elevada poesía, como nube errante, vuela caprichosa, sin elegir camino, desde el Occidente al Sur, desde el Norte hasta el Oriente; y al mirar, desde la altura de las radiantes bóvedas, las ciudades del mundo, desdeñándolas, huye de ellas.

Despues, en el celaje de la mañana, brillando como una estrella, tan pronto recorta una franja para su velo; tan pronto, como un guerrero que resuena al andar, lanza relámpagos al bosque que susurra; tan pronto al pasar enrojece su negra armadura en la fragua del sol poniente.

Al fin, sobre un alto monte, sobre Alpes de nieve, envidioso huracan la desgarra. Pero qué importa? Suspendida la nube sobre el abierto abismo, se trueca en fresco ventisquero, y con los mil florones que erizan su cima forma una corona para el monte gigantesco.

Como la alta cumbre de la colosal montaña, levanta tambien su formidable cresta. El arco iris vacilante brilla en su flanco de acero, y todas las tardes, mientras se baña en sombra la falda de la montaña, el sol, fluyendo como lava sobre la nieve, trueca en cráter el ventisquero.

Su frente blanca brilla de noche como un alba eterna; el gamo, asustado, huye con piés veloces como alas; la misma águila le teme; la tempestad se arrastra debajo de él; el ojo humano apenas alcanza á distinguirlo: ¡tan cerca está del cielo!

Solo hasta sus alturas, sin temor y sin vértigo, mi espíritu, olvidándose del mundo, vé ese dia estrellado, ese cielo que no es azul, y contempla de cerca los esplendores siderales con que la noche siembra en lontananza esas sombrías catedrales.

Le hiere otra vez, le precipita y cambia los prismas del ventisquero en olas mezcladas con fango. Entonces cae; entonces, despertando mil ecos, vuelve á caer convertido en torrente en el océano del mundo, en el caos ciego y sordo, en el mar inmenso y profundo en el que se parecen todas las olas.

Así mis pensamientos, lanzados incesantemente por un soplo divino en un círculo eterno, desde el océano de la vida, cuyas olas tambien son amargas, ascienden siempre hácia el cielo, y vuelven á caer en el mar.

1.° Mayo 1828.

VIII.

Á M. David, escultor.

D' hommes tu nous fais dieux.
RÉGNIER.

Si yo fuera uno de esos hombres gigantescos de los siglos desaparecidos, que reinan hasta en nuestra época desde el fondo del pasado; si yo fuera un príncipe ó un poeta, ó uno de esos génios cuyo recuerdo no borra el tiempo, y que en dias de calma ó de tempestad, ya se les adore, ya se les ultraje, su memoria llega hasta el porvenir;

Si yo fuera uno de esos focos luminosos, en los que se fijan todas las mira-

das y que viven en el pensamiento universal; si yo fuese uno de esos hombres cuyas estátuas combate siempre el oleaje de las edades, y que si caen destronados de su esfera, del bronce augusto que los simboliza se funden campanas para los templos ó cañones para las batallas;

Si yo fuese uno de esos hombres sublimes, David, mi cuerpo, creado para sufrir, bajo tu influencia creadora renaceria para vivir eternamente. Y en el remate de algun monumento ó de algun teatro, coloso de bronce ó de piedra, surgiria en lo alto de la ciudad como gigante centinela que la vigilase, ostentando eterna actitud de génio y de majestad.

Porque tú, cuando muere un héroe, sabes resucitarle, le sacas de la tumba para hacerle vivir perpétuamente. Rival de Roma y de Ferrara, das la vida al mármol frio de Carrara y al metal humeante, que en estátuas transformas. Los grandes hombres se tranquilizan en su sepulcro cuando tus manos poderosas, sacándoles del bloque ó del molde encendido, los lanzan de pié en la vida.

Sin tí, su grato recuerdo se perderia en el olvido; tú refrescas su gloria esculpiéndola sobre un pedestal; el fanal de la fama se perderia para el mundo, extinguiéndose, sin marcar en los mares ni el derrotero ni los escollos; tu soplo reanima su luz; tú, para evitar los abismos, levantas el sublime coloso que en su mano ostenta el faro.

Cuando á tu vista brilla el pensamiento en las facciones de un grande hombre, le conviertes en mármol, lo fijas, y los pueblos, contemplando la estátua, exclaman:—"Es él!„ Pero antes de que pueda comprenderlo la multitud, vaga mucho tiempo por tu cerebro, como ola flameante en el fondo del volcán subterráneo, y antes de que salga á la luz del dia la haces hervir en tu alma.

Llena nuestras ciudades de tus radiantes colosos, y multiplícate sin cesar entre tus semidioses. Convierte nuestras ciudades en Corintos; haz que el metal conserve tu sello, que enorgullece al granito. Honor á la tierra que tú pisas! tu cabeza ardiente es un gran molde en el que la idea sale tallada en bronce.

Bonaparte hubiera querido renacer gigantesco en el mármol trabajado por tus manos; Cromwell, su abuelo y su maestro, te hubiera entregado su frente sobrehumana; hubieras esculpido para España á Cárlos V y á Carlomagno para Francia, poniendo un pié sobre la hidra de la Alemania y el otro sobre las siete colinas de Roma; próximo á descender al sepulcro, César se hubiera entregado á tus manos, y te hubiera elegido Alejandro para que le esculpieses en el monte Athos.

28 Julio 1828.

IX.

A M. de Lamartine.

Te referent fluctus.
HORACIO.

Hace poco, la misma borrasca azotaba nuestros dos esquifes; las mismas espumosas olas nos lanzaban á los mismos arrecifes; los mismos ódios desbordados hinchaban el oleaje contra nuestras naves; y como Océano agitado, la multitud aullaba á nuestros piés.

Qué iba á ser de mí en esa borrasca? ¿de mí, que apenas salia de la cuna, que vivia al aire libre y á la sombra? ¿Por qué entregué al mar, que le rechaza, mi nido de musgo, en el que apenas penetraba la luz? ¿por qué entregué á las ráfagas mi traje nupcial, para que le desgarraran como una vela?

¿Por qué en mis sueños delirantes, en mis delirios de adolescente, me entusiasmaban los nautas atrevidos, que, imaginando otro mundo, encaminaron á él sus pasos, cuya mirada se fijaba siempre en el cielo, cuya alma era la obstinada brújula, que busca siempre un polo desconocido?

Esos Gamas, á los que nada aplaca la ambicion indomable, sabian que no conocíamos completa la creacion inmensa. Esos Colones, con sus poderosas manos, pesan la tierra y pesan el mar con la

balanza de los cielos, y viendo allá arriba la suprema causa, conocen que falta algo para conseguir el equilibrio universal.

En busca del contrapeso que le falta, navegan impertérritos para descubrir el complemento del globo. Parten, y les compadecen creyéndoles locos; las ondas los arrastran, y el universo olvida su viaje y á los viajeros...—De repente salen de las profundidades del mar sacando un mundo, como el buzo sale sacando una perla.

Esto imaginaba yo tambien. Cuando arriesgué á los peligros del mar insensatamente mi nave, tambien yo buscaba un mundo. Pero apenas me alejé de la ribera, ví que en el salvaje Océano empezaba, por medio de un torbellino, la lucha que me desgarra entre las velas del navío y las alas del aquilon.

Durante el huracán sombrío entreví tu glorioso mástil, que más adelante que el mio fatigaba en la oscuridad el austro furioso. En la desencadenada tempestad combatimos juntos; yo en mi barca, tú en tu bajel, como el hermano al lado del hermano.

El austro bramaba en nuestras antenas, el oleaje saltaba por nuestros puentes, nuestras banderolas se destrozaban con la furia de los vientos, y las olas furiosas, como yeguas númidas, se erguian y relinchaban lanzando espuma, y el relámpago, enrojeciendo el oleaje, ponia melenas de llamas á esos corceles del mar.

Nosotros, azotados por la tempestad, cantando más alto que el huracán, admirábamos la belleza y la inmensa espuma del Océano. Mientras que se lanzaba en el abismo el rayo como serpiente de fuego, nosotros, audaces marineros, cantábamos, dejándole pasar sobre nuestras cabezas, y le veíamos, como el ave de la tempestad, bañar sus alas en las olas.

Cambiando nuestros señales y saludándonos con la voz, como dos golondrinas hermanas, queríamos los dos á un mismo tiempo doblar el mismo promontorio, conseguir la misma victoria, sobrepujar al siglo en cólera; intentábamos el mismo viaje, y veíamos surgir de la tempestad al mismo envidioso Adamastor.

Muy pronto la oscuridad, cada vez más densa, ó alguna corriente que te arrastró, me hizo perder de vista tu poderosa nave, cuya sombra flotaba cerca de la mia. Quedé solo, continuó el huracán, el tiempo oscuro y el viento contrario; la sombra me envolvió, aislándome, y si no conservara la brújula, no sabria ya á dónde ir.

En tan fatal sobresalto pasé las noches y los dias, echando de menos el pais natal, mi niñez y mis amores. Si imploraba á las rugientes olas, las cavernas marítimas se abrian en el fondo de los mares; si invocaba al cielo, la tempestad, con más estruendo y con más rabia, sacudia su haz de relámpagos.

Mucho tiempo, dejando rugir á los huracanes, te busqué, llamándote; por fin te veo brillar en el lejano horizonte. Pero no eres ya la nave combatida, errante y sin rumbo, que soñaba ideales conquistas y que arriesgaba en la furia de las borrascas un viaje misterioso.

Eres un navío magnífico que mecen las olas apacibles, que en el Océano pacífico entra por la parte del Oriente. Delante de sus velas vá caminando deslumbradora estrella; jamás aparece sin que una chispeante aurora se levante detrás de él.

El cielo azul y el mar sereno le rodean por todas partes; por sus mástiles y por su carena se sumerge en las dos inmensidades; sus velas parecen alas cuando el viento las hincha; boga, boga hácia la playa, y como el cisne que nada, parece que haya de volar cuando quiera.

El pueblo, al que se revela como una blanca vision, le vé con entusiasmo y le aclama. La multitud inunda las playas para verle llegar al puerto, deseando su feliz arribo, y el viento propicio lleva hasta el navío el perfume de las flores del mundo, como lleva hasta Dios el aroma del incienso y de la mirra.

Entra en el puerto, sublime navío; echa el áncora lejos de las escarchas; oye la aclamacion unánime con que la multitud te saluda; olvida los sufrimientos del viaje, el furor de las olas y la cólera del huracán; ponte al abrigo de naufragios y ríete de los vientos que agitan las cadenas del puerto.

Regresas de tu América, despues de encontrar el mundo.—En medio del mar, con la fuerza de tu soplo lírico, has abierto un mundo, has despertado un universo, una creacion semejante á la que brilla á la luz del sol; has descubierto los mundos infinitos que dan la vuelta alrededor del alma.

Puedes decir al que lo dude:—"Vengo de ese mundo y he cogido sus frutos. Vuestra aurora no es la verdadera aurora, y vuestra noche no es la verdadera noche. Vuestro sol no es tan luminoso como aquel; la luz de aquel mundo es más brillante que la vuestra; en aquel cielo aparece la faz de Dios, y yo he visto irradiar una cruz de estrellas, clavada en sus nocturnos velos, como un lábaro eterno.„

Les hablarás de aquella alfombra de verdura, de las altas yerbas de sus desiertos, de los bosques en los que el céfiro aventa todos los granos en los aires; de los grandes é impenetrables bosques; de los cabos, de donde vuelan las nubes como el incienso de los sagrados trípodes; de sus frutas, dulces como la ambrosía, y de las minas de poesía, cuyo oro derramas á sus piés.

Podrás tambien hablarles, sin agotar por eso tu universo, de sus montes de ágata y de pórfido, de sus rios inmensos como mares; de ese mundo recien nacido les describirás la sorprendente belleza; les hablarás de esa tierra vírgen y fecunda para todos, de esa pátria que á nadie rechaza, y tu voz inspirada y melodiosa les hará caer de rodillas.

En lo sucesivo, en todos tus viajes al mundo que descubriste, la multitud irá á despedirte á las playas, y te rodeará como pueblo que rodea á su rey. Millares de aclamaciones seguirán mucho tiempo tu nave al partir, te desearán viento próspero, y despues pensarán en tí, hasta que vuelvan á la playa á esperar tu regreso triunfal.

Pero ya tu bajel duerma en el puerto, ya se entregue á los embates de las olas del mar, que gruñen en los costados de mi barco, en tu serenidad sublime dirige alguna vez las miradas hácia el abismo, y distinguirás un punto negro en tu cielo límpido, y el torbellino sombrío y rápido que hace extremecer una pobre vela,

---

Ese es el torbellino que desgarra mi vela; es el huracán furioso que apaga cada estrella á medida que se atreve á aparecer en el cielo. Es la tormenta que la arrastra, es la nube ardiente que me escarnece desde la atmósfera, y que, dando vueltas como una rueda, deja caer sobre mi popa las chispas del relámpago.

Si distingues ese punto negro, acuérdate del amigo cariñoso y fiel, que siempre siguió de cerca al viento que se dormia en tu velámen. Acuérdate que del seno de la tempestad te vió llegar á la playa triunfante, y que entonces, levantando la cabeza, se olvidó del peligro en que le sumia la tempestad, para celebrar cantando tu triunfo.

Si mi mundo invisible huye de mí y no le alcanzo jamás; si mi misterioso navío se estrella contra esa tierra ingrata que obstinadamente voy buscando, llora, amigo, por tu desventurado compañero: Colon debe compadecer á Lapeyrouse. Eran los dos predestinados.

Junio 1830.

X.

Estuat infelix.

Un dia las inmediatas colinas del monte Atlas, celosas, le dijeron:—"No tienes como nosotras praderas verdes, sitios cubiertos de yerba menuda y fresca, adonde vienen las jóvenes á pasear con libertad, á reir y á cantar; á nuestros piés el Océano se estrella murmurando apenas, y en nuestras alturas la primavera y el rocío hacen abrir infinidad de flores. Pero en tu montaña gigante solo se ciernen

las águilas: ¿quién, como la rama donde el pájaro hace el nido, encorva tus inmensas espaldas de granito? ¿Por qué se ven en tus negros flancos tan profundos abismos? ¿por qué estallan en tí tantas tempestades? ¿quién colocó tanta nieve en tu cumbre, quién encorva de ese modo tu cima, en la que no sonríe jamás la primavera?„—El monte Atlas respondió:—"Soy así porque soporto el peso de un mundo.„

21 Abril 1830.

XI.

Desprecio.

Yo contra todos y todos contra mí.
ROMANCE DEL VIEJO ARIAS.

I.

¿Quién sabe los pensamientos celosos, los ódios que la envidia va acaparando, los resentimientos, las enemistades, las pasiones y las tempestades que rugirán á tu alrededor, jóven, que apareces con la frente serena?

———

Tú no lo sabes; porque mientras que debajo de tus piés abren la boca las serpientes; mientras que esos rivales, que tú creias dignos, van asediándote, ó de noche secretamente tienden lazos infames en el camino que tú vas á pasar distraido, sumido en tus propios pensamientos, mirando estás á otra parte.

———

O si algunas veces llegan hasta tí sus clamores, si tu cólera, abriendo sus dos alas inflamadas, vá á fulminar contra la multitud que se encarniza contra tí, antes que el volcán encuentre la salida, antes de coger la maza con la mano, te sonríes y exclamas:—Qué me importa?

———

En seguida se presentan en tu imaginacion la familia, la niñez, el amor, Dios, la pátria y la libertad, el deber de pulsar la lira y de rejuvenecer la escena; Napoleon, ese dios del que tú serás el sacerdote; todos los grandes hombres, que sus épocas despreciaron y que constituyen la religion del porvenir.

II.

¡Seguid vuestra tarea, enemigos de su fama, necia multitud! Alrededor de su génio zaherid y morded; criticad sin tregua y sin remordimiento; sin descanso rodad vuestro peñasco, envidiosos!—El es poeta, canta, sueña y duerme.

———

Vuestra voz aguda, que vibra como una espada, solo es una voz más que se confunde con el ruido que él levanta. La gloria es un concierto que despierta mil ecos, coros de demonios, acordes divinos, cánticos angélicos.

———

El poeta no os conoce.—Sabe perfectamente que necesitan los dias del verano el ágrio chirrido de las cigarras y las flores tener espinas. Esta es una ley de la naturaleza, por lo que no debe aplastarse á las cigarras; el esceso del bien es un mal; la rosa de Bengala no tiene espinas, pero tampoco tiene aroma.

———

Despues de todo, los amigos y los enemigos pasan y se disipan, y la muchedumbre cae en la misma tumba. Nada puede deslucir al espíritu que Dios privilegia. Tronos, cetros, laureles, templos, carros de triunfo, pueden forjar para los reyes coronas de gloria de todo lo que el génio desdeña en el mundo.

———

¿Qué le importan, pues, los gritos que hacen enronquecer vuestras voces? ¿Qué sacan las olas de echar espuma á la proa de la nave? El poeta ignora cómo os llamais, y no se cuida de vosotros, y cuando para derribar el edificio que él levanta corre el sudor por vuestra frente, hasta ignora que esa indigna faena os fatiga.

III.

Además, cuando quiera, Zoilos envidiosos, sabe que puede, con su soplo, apagar el clamor de vuestras bocas y arrebatar todas vuestras voces juntas, como el viento del mar arrastra donde quiere las canciones de los remeros.

———

En vano le rodean vuestras innumerables legiones; sabe que cuando quiera levantarse, cubrirá con su inmensa sombra todas vuestras frentes; no tiene más que pronunciar una palabra para extinguir vuestras voces débiles; como un

carreta que pasa, no dejará oir el susurro que levantan millares de mosquitos.

Cuando quiera, esas antorchas con que iluminais vuestros templos, vuestros ídolos, vuestros dioses y vuestro hogar, faros deslumbradores, claridades universales, palidecerán al menor brillo de las chispas que haga saltar de los piés de su corcel.

26 Abril 1830.

XII.

Tú, que durante tanto tiempo viste brillar á mi lado el dia diáfano y puro de la prosperidad; tú, que cuando mi alma dudaba y como un viajero te preguntaba qué camino habia de seguir, adormecias en tu seno mis ideas tenebrosas, y solo me contestabas diciéndome:—"Seamos dichosos!„ Contempla cómo hoy la sombra invade nuestro celaje, comprende que la vida es sombría; mira cómo la desgracia vá borrando lentamente el azul radiante de nuestro firmamento, y cómo á nuestra vista se vá oscureciendo y tomando las tintas negras del crepúsculo. ¿En el cielo, del que se vá apoderando la noche, ves tú brillar en lontananza la lejana estrella, como ojo luminoso, vivo é inteligente? De todas las verdades que la felicidad no nos deja ver, esa sola se nos aparece; es la primera que nos deslumbra con su brillante luz. Nuestro cielo, que ya la sombría noche reclama, no tiene bastante claridad para apagar la de esa estrella, y del Sur, del Poniente ó del Septentrion, cada sombra que aparece presta á ese astro un rayo. Llegará la noche, y cuanto más espesas se hagan las tinieblas, más espléndidas las claridades se presentarán á nuestra encantada vista; mejor veremos en la oscuridad chispear todas las verdades juntas, gravitar alrededor de un imperioso centro y romper y renovar su coro misterioso. La noche fatal, que la desgracia trae, hace ver más claro el destino humano y nos señala en sus dos extremos estas palabras, escritas con rasgos de fuego:—"Alma inmortal! ¡Eternidad de Dios!„

Porque mientras brilla el dia, las llamas ardientes del sol ciegan nuestros ojos y nuestra alma, y tranquilamente dudamos; pero la noche devuelve al cielo sus estrellas, lámparas que Dios cuelga de sus aéreas bóvedas. La vista, en las profundidades descubre á cada momento mundos nuevos cuya existencia no sospechaba, soles espléndidos que en el abismo oscuro de la noche vé brillar.

9 Agosto 1829.

XIII.

Quot libras in duce summo?
JUVENAL.

Es cosa halagüeña, y que los demás envidian, conseguir la pública estimacion para toda la vida, ser elegido por un pueblo para vengar la afrenta de éste, dejar huella en la historia, cantar y conseguir envidiable fama. Es cosa halagüeña recorrer la tierra usurpada, haciendo vasallos á los reyes, ser Napoleon, ser el Dante: indudablemente son felices los héroes y los poetas, los que consiguen que la fuerza los convierta en reyes y los que consiguen que el espíritu los convierta en dioses. Es cosa halagüeña que los conquistadores, los legisladores y los profetas brillen en la noche humana como luminosas antorchas, y que de veinte años se acuerden veinte siglos!...

16 Julio 1829.

XIV.

Oh primavera! gioventú dell' anno!
Oh gioventú, primavera della vita!

Os hablo siempre con placer, cartas de mi juventud, cartas de amor; me embriago con vuestra embriaguez y os leo entusiasmado. Permitidme que durante unos momentos recobre vuestra edad; dejadme que me esconda, ahora que soy hombre cuerdo, para llorar con vosotras.

¡Tenia entónces diez y ocho años y vivia lleno de ilusiones; cantándome la esperanza me mecia en sueños brillantes; lucia para mí un astro; tú eras para mí un Dios, que yo solo nombraba en secreto! ¡Era yo aquel niño, del que el hombre casi se ruboriza hoy!

¡Tiempo feliz de delirios, de alegría y

de entusiasmo, en el que se espera todas las noches ver una mujer que pasa, besar un guante que se cae, en el que ansiamos agotar en la vida el amor, el poder y la gloria; en el que el jóven es puro, digno, sublime y cree en todas las purezas!...

En la actualidad sentí, ví y sé.—¿Qué importa si hoy menos ilusiones vienen á abrir mi puerta, que gime al abrirse? Esa edad ardiente, que me pareció sombría al lado de la felicidad á cuya sombra me abrigo, vierte en mí sus rayos ahora.

¿Qué os hice, años juveniles de mi existencia, para que tan pronto huyéseis y os alejáseis de mí, creyendo dejarme contento? ¿Qué os hice para que me aparezcais hoy tan hermosos, hoy que ya no puedo gozaros?

Ay! ¡cuando tardíamente la edad juvenil pasada, la edad de nuestros amores y de nuestros delirios, se nos aparece, estáticos y con lágrimas en los ojos vemos marchitas sus ilusiones y sus quimeras!

Olvidémosla!—Cuando muere la juventud, dejémonos arrebatar por el viento que se la llevó. Muerta la juventud, nada queda ya de nosotros mismos, y el hombre solo es un fantasma errante que pasa sin proyectar siquiera su sombra en la pared.

Mayo 1830.

XV.

Sinite parvulos venire ad me.
JESUCRISTO.

Los niños están bien á mi lado.—¿Quién os ha dicho que la pompa de jabon que hincha mi soplo, caiga al suelo al soplo indiscreto de los niños? ¿Quién os dice que sus juegos y que sus gritos asustan á las musas y hacen huir á las Peris?... Venid, niños, venid todos á mí.

Venid á mi alrededor! Reid, corred, gritad; vuestros ojos risueños verterán en mí rayos de alegría; vuestra voz infantil me encantará, porque es la única que sale del exterior, sin perturbar en mi espíritu el coro de las voces inte-riores.

¡Sois importunos queriéndolos separar de mí!—¿No sabeis que se queda más sereno y más tranquilo nuestro corazon despues que vemos á los niños jugar y bailar? ¡No sabeis qué placer me causa ver al través de mis trágicas fantasías pasar esas cabezas blondas!

¿Tan deliciosa es para vosotros la vida, que preferís, á oir su inocente algazara, tener la casa vacía y muda? Por compasion, no priveis al corazon del poeta del rayo del sol, del cielo sombrío, ni de la sonrisa del niño.

—Pero sus risas, sus gritos y sus riñas desvanecerán en tí la inspiracion de la musa y esos cantos delicados que murmura en voz baja tu alma...—¿Qué me importan, musa, cantos y vanidades, perder tu gloria y mi inmortalidad, si gozo una hora de alegría?

No es envidiable la ambicion ni el destino del poeta; canta siempre para despertar un eco en lontananza, por conseguir un vano ruido que pasa y desaparece; para vivir abrevado de hiel y de amargura, para expiar durante el dia los delirios de sus noches, para conseguir un nombre despues de caer en la tumba.

Prefiero la alegría, prefiero gozar la dicha de estar en mis momentos de ócio rodeado de la familia, aunque la gloria ingrata y frívola, aunque mis versos, ahuyentados por las risas de los séres queridos, huyan, como ante un grupo de estudiantes huye una bandada de pájaros.

Pero no; sus risas y sus juegos no desvanecen mis cantos. La pintoresca oriental abre con más perfume sus vistosas flores; la balada es más fresca, y la oda no empuja con soplo menos ardiente el grupo de sus estrofas aladas.

Mis himnos reverdecen más brillantes y perfumados, como un jardin en la primavera. Sabed, amigos mios, amigos

mios cuya alma está agotada, que la infancia con sus rientes colores dá poesía á nuestros versos, como la aurora dá rocío á las flores.

Niños, venid!—Para vosotros son los jardines, los patios y las escaleras; conmoved los pisos, los techos y los pilares; corred y susurrad como la abeja en el campo. Oh juventud! ¡mi alegría, mi felicidad, mi alma y mis cantos irán donde tu vayas!

Existen para los corazones sordos á los clamores vulgares voces armoniosas, acordes, rumores que solo se oyen en los sitios retirados; notas de un gran concierto, que se interrumpe con frecuencia; vientos, olas, hojas del bosque, ruidos de los que el alma soñolienta crea secretas músicas.

Yo, cualquiera que sea el mundo, el hombre y el porvenir, ya necesite olvidar, ya necesite acordarme, ya sufra, ya esté consolado, solo deseo habitar en la ciudad de los vivos, en una casa que llenen contínuamente los gritos, las risas y los lloros de los niños.

Si alguna vez te vuelvo á visitar, hermoso pais, cuya lengua sonora me es tan simpática, cuya campiña es tan pintoresca, hermoso pais en el que, siendo yo niño, seguia á Napoleon, hermosas ciudades de Valencia, de Castilla, de Aragon, de la inolvidable España;

No quiero atravesar vuestras llanuras, ni vuestras ciudades, ni pasar por vuestros puentes de un arco construido entre dos montes, ni ver vuestros palacios romanos ó moriscos, ni vuestro Guadalquivir, que serpenteando huye, más que sentado en esos rústicos carros, que andan moviendo mucho ruido con las campanillas sonoras de sus mulas.

11 Mayo 1830.

XVI.

Cuándo el libro, sobre el que se duerme todas las noches mi pensamiento; cuando el aire de la casa y los cuidados del hogar, cuando el murmullo de la ciudad resuena, cuando las innumerables ocupaciones que llenan nuestros dias, en su círculo limitado pesan durante mucho tiempo sobre mi cabeza y hacen que la mirada de mi alma se incline hácia la tierra, mi imaginacion se escapa al fin, se vá, corre, y en la llanura toma el sendero que tomará mañana, que la extravía á la aventura, pero que la hace regresar á su sitio, como corcel prudente que conoce el camino. Corre hácia los bosques, en los que en la sombra indecisa flotan tantos rayos, tantos murmullos y tantas voces; allí encuentra á la fantasía, sentada bajo el primer árbol, y las dos juntas se internan en la espesura de las selvas.

27 Junio 1830.

XVII.

Flevile nescio quid.
OVIDIO.

Por qué ocultarte? Aquí estabas sola y llorando. ¿Qué pasó ante tus ojos delirantes? Qué sombra flotó en tu alma? ¿La causó un hondo pesar, ó siniestro presentimiento, recuerdos juveniles del pasado, ó vaga debilidad de mujer?

¿Veias huir ya el amor con sus dulzuras y las ilusiones, esas jóvenes hermanas que en la mañana de la vida vemos danzar en un porvenir sin límites, asidas de las manos, coronadas de flores, y que mueren antes de que termine la tarde de la existencia?

¿Viste acaso salir de las dormidas tumbas alguna sombra doliente y amiga que te preguntaba en voz baja qué tarde irias á rezar ante las cruces de piedra, de las que cuelgan muchas flores marchitas?

Pero no; esas visiones no te perseguian. Tenemos bastante motivo para llorar cuando comprendemos que en el mundo todas las mieles son amargas, todos los cielos sombríos, todas las ambiciones engañosas, todas las esperanzas falaces, y que no hay manos que puedan detener las olas ni coger la sombra.

Todo lo que vuela en el mundo á la merced del céfiro con alas de oro, de púr-

pura y de zafiro, nos hace correr yendo delante de nosotros; pero se disipa el polvo de las alas de oro, de zafiro ó de púrpura, cuando el niño coge á la frágil mariposa, cuando el hombre realiza su esperanza.

———

Llora, pues. Las lágrimas sientan bien hasta en la felicidad; tus cantos son más tiernos cuando suenan entre tus lloros; tus ojos puros y fascinadores son más irresistibles cuando los enjugas; cuando en el verano acaba de llover, el campo está más hermoso, y á la luz del sol el cielo hace brillar más su azul, lavado por la lluvia.

———

Llora como Raquel, llora como Sara. Siempre se sufrió en el mundo y siempre se sufrirá. ¡Desgraciados los insensatos que rien! El Señor nos levanta cuando caemos; prefiere los desgraciados á los buenos, los que lloran á los que rezan.

———

Llora y aprenderás! Las lágrimas son un dón. Muchas veces el lloro, que sigue al abandono ó al error, reanima nuestras fuerzas abatidas; muchas veces el alma, al ver la duda que huye, comprende que el dia anterior que amanece en la oscuridad vierte estos gratos rocíos.

———

Llora, pero obras bien ocultándote para llorar. Busca en tí misma tu propio refugio. Para calmarte, en el fondo de tu corazon oculta aparte el tesoro de tus lágrimas y las saborearás con fruicion.

———

La flor, que se abre al rocío de la aurora y que no desea que la luz del medio dia haga admirable el esplendor tímido de sus hermosos colores, para que no la vean miradas importunas, en el fondo del cáliz que guarda su perfume esconde muchas veces una perla húmeda.

Junio 1830.

XVIII.

Sed satis est jam posse mori.
LUCANO.

Dónde está la felicidad? me preguntaba.—Desgraciado! Dios mio, la felicidad vos me la habeis concedido.

———

Nacemos é ignoramos que la niñez efímera, apacible arroyo que corre sin arrastrar una gota amarga, es la edad de la felicidad, es el momento más dichoso que el hombre, sombra que pasa, obtiene en el mundo.—Más tarde amamos. Guardamos dentro del corazon juvenil un nombre misterioso que nunca pronuncian los labios. Aspiramos á las dulzuras del inefable himeneo; envidiamos al agua que huye, la nube que vuela; sentimos que se extremece el alma al oir el timbre de una voz querida; soñamos de dia y nos agitamos durante las noches, y entre las miradas de todas las mujeres solo buscamos una mirada, entre las plantas de Abril solo buscamos una flor, y en el cielo rojizo solo buscamos un astro.

———

Despues, celosos y apresurados, deshojamos las flores en la frente de la esposa; sentimos, somos dichosos, y por lo tanto, insensatos! Miramos casi llorando el infortunio pasado; vemos que el ardor del medio dia marchita nuestra primavera, nuestra mañana y nuestra juventud, sin tener esperanza de que renazcan; perdemos la ilusion, y envejecemos bajo el peso, siempre creciente, del arrepentimiento; borramos de la frente las manchas y las arrugas; nos apasionamos del arte, de los versos, de los viajes áridos, de los lejanos climas, de los mares que cruzamos; echamos de menos la edad en que no dormíamos; y al mismo tiempo nos creemos desgraciados y que ayer éramos locos, porque ahora vivimos con más calma y tenemos más cordura.

———

Por fin envejecemos; como flores mustias, blanquean nuestros cabellos y pasan nuestros años; nos lamentamos de haber perdido los dias felices de la niñez, y nos burlamos al mismo tiempo del amante y del poeta, y estando ya próximos á descender á la tumba, llamamos á nuestro alrededor, con los ojos empañados por el llanto, á nuestros hijos, que están viviendo con los suyos.

———

De este modo, Dios mio, el hombre camina siempre cada vez más sombrío, desde la radiante cuna hasta el oscuro sepulcro.

———

Es esto haber vivido? ¿Es esto haber gozado de alegría, de amor y de felici-

dad? Es locura quejarse? ¿Éste es el néctar que llena la copa? Ay! Nacemos para vivir y deseamos la muerte; crecemos lamentando haber perdido la niñez, envejecemos lamentando haber perdido la juventud, morimos lamentando haber perdido la vejez y la vida.

Dónde está la felicidad? me preguntaba.—Desgraciado! Dios mio, la felicidad vos me la habeis concedido.

28 Mayo 1830.

XIX.

Lo toit s' egaye et rit.
ANDRÉS CHENIER.

Cuando vé que entra el niño, el círculo de la familia se regocija. Su inocente mirada, que brilla, hace animar los ojos de todos, y las frentes más tristes y más ceñudas se desarrugan de repente al ver aparecer al alegre niño.

Ya se introduzca en la casa el agradable sol de Junio, ya en el mes de Noviembre brille en la chimenea confortable fuego, cuando llega el niño, llega para nosotros la alegría. Reimos, le reñimos, le llamamos, y su madre tiembla al verle andar con piés inseguros.

Algunas veces, removiendo las llamas, nos ocupamos de la pátria, de Dios, de los poetas y del alma que se purifica rezando; pero aparece el niño... y adios cielo, adios pátria, adios poetas, adios filosofía... suspendemos esas conversaciones para acariciarle.

Por la noche, cuando dormimos, cuanel espíritu sueña, cuando se oye gemir, como voces que lloran, las olas entre las cañas, si de repente en lontananza brilla el alba como un faro, su claridad despierta en los campos una orquesta de campanas y de pájaros.

Niño, tú eres el alba y mi alma es la llanura, que con sus más olorosas flores se embalsama cuando tú la respiras; mi alma es el bosque, cuya espesura se llena para tí solo de suaves murmullos y de rayos dorados.

¡Porque tus hermosos ojos destellan infinita dulzura, tus manecillas ligeras y benditas no han causado aun daño alguno, tus piés no se han ensuciado aun en el fango de la tierra, tu cabeza es sagrada, niño de cabello blondo, hermoso ángel que ostentas aureola de oro!

Eres para nosotros la paloma del arca: tus piés no pueden andar solos, tus alas son de azur; miras el mundo sin comprenderle todavía; gozas de doble virginidad, de la del cuerpo, en el que nada es inmundo, y de la del alma, en la que nada es impuro.

¡Es delicioso el niño con su cándida sonrisa, con su buena fé, con su voz que todo lo quiere decir, con sus lágrimas que se secan al momento, dejando vagar su vista atónita por todas partes, presentando con afan el alma á la vida y la boca á los cariñosos besos!

Señor! preservadme, preservad á los que amo, á mis hermanos, á mis padres, á mis amigos y hasta á mis propios enemigos, de que vean el estío sin flores, la jaula sin pájaros, la colmena sin abejas y la casa sin niños.

18 Mayo 1830.

XX.

Beau, frais sonriant d' aise á cette vie amère.
SAINT-BEUVE.

Dentro de una alcoba, inmediata á un modesto altar, el niño duerme al lado del lecho de su madre, y mientras que reposa con los ojos cerrados, su infantil imaginacion sueña.

En sus sueños mágicos vé durante algunos momentos la arena de la playa llena de diamantes, alumbrada por ardientes soles, y en ella hermosas damas que llevan en sus manos sus preciosas almas.

En su prodigioso sueño vé correr arro-

yuelos, y oye una voz que canta en el fondo de sus aguas. Vé á sus hermanas más lindas; á su padre, que las acaricia, y á su madre, que tiene alas como los pájaros.

Vé muchas cosas todas muy bellas; vé lleno el corredor de azucenas y de rosas; vé lagos de plata por los que se deslizan peces de colores, y en los que las olas se esconden entre cañas de oro.

Sigue soñando, niño; duerme, amor mio, ya que ignoras todavía á dónde la vida vá. Te arrastra como alga muerta; pero qué importa? La corriente te lleva, pero tú sigue durmiendo.

Sin cuidado, sin recelo, pasa durmiendo tu camino, que la mano fria de la inquietud, en tu frente cándida, tersa y risueña, no ha escrito aun la palabra ¡Mañana!

Duerme en la inocencia: tranquilos los ángeles, que conocen de antemano la suerte de los mortales, viéndole desarmado, sin miedo y sin inquietud, besan llorando sus pequeñuelas manos.

Los ángeles desfloran con sus labios la boca del niño; éste, al ver que lloran, exclaman: Gabriel! Pero el ángel, que está á su lado y que le mece en el lecho, se pone un dedo en la boca y con otro dedo señala al cielo.

Entre tanto su madre, que está despierta á su lado, cree que una pesadilla está afligiendo á su hijo; le oye suspirar, se acerca, le besa y le hace sonreir dándole un beso.

10 Noviembre 1831.

XXI.

Algunas veces, cuando todo duerme, me siento alegre bajo la cúpula estrellada que en el azul centellea, y me pongo á escuchar por ver si de las alturas oigo caer algun ruido, y así pasan para mí sin sentir las horas, contemplando conmovido el eterno espectáculo que el radiante cielo ofrece al mundo por la noche.

Con frecuencia he creido que esas ardientes estrellas, cuando el mundo duerme, solo ostentaban sus luces para mí; que yo era el único predestinado para comprenderlas; que era yo, sombra oscura y silenciosa, el misterioso rey de aquella fiesta nocturna, y que el cielo para mí solo se iluminaba.

Noviembre 1829.

XXII.

A una mujer.

C' est une ame charmante.
DIDEROT.

Mujer, si yo fuese rey, te daria mi imperio, mi dosel, mi cetro, mi pueblo, mi corona de oro, mis baños de pórfido y mis flotas por una mirada de tus ojos.

Si yo fuese Dios, te daria el mundo y el mar, los ángeles y los demonios, el caos profundo, el espacio, el cielo y la eternidad por un beso de tus labios.

8 Mayo 1829.

XXIII.

Quien no ama, no vive.

Quien quiera que seais, jóven ó viejo, rico ó sábio, si no habeis espiado nunca por la noche el momento de deslizarse un paso ligero y melodioso, ó de ver pasar un velo blanco que rápido huye en la oscuridad, y que, como un meteoro, en noche oscura, os deja en el corazon un surco radiante;

Si solo conoceis, por haberlo oido decir al poeta enamorado que canta y que suspira, esa suprema felicidad que puede conseguir la juventud, de poseer un corazon completamente y sin reserva, de no tener más luz, de no tener más estrellas que dos ojos adorados;

Si no habeis jamás esperado, taciturno y sombrío, debajo de los cristales del balcon de un salon de baile, iluminados por dentro, la hora en que termine la fiesta para ver á vuestra beldad, brillante como un relámpago, jóven, rosada, con ojos azules, pasar por entre el resplandor luminoso de la sala, coronada de flores;

Si no habeis jamás sentido el frenesí celoso de ver la mano querida cogida por otras manos, de ver el corazon querido latir junto á otros corazones; si jamás habeis visto colérico el wals impuro voltear con rapidez lasciva, deshojando en su vuelo mujeres y flores;

Si jamás habeis descendido de las colinas hasta el prado lleno el corazon de emociones divinas; si nunca al anochecer, bajo los tilos, bajo un cielo estrellado, con la mujer querida, habeis aspirado, ocultos, la voluptuosidad de la sombra, hablándoos en voz baja y estando solos;

Si nunca una mano femenina ha hecho temblar la vuestra; si nunca las palabras *¡Yo te amo!* llenaron vuestra alma todo un dia; si nunca habeis desdeñado los tronos, por creer que los que empuñan cetros, que los que ciñen coronas, que los que gobiernan un imperio carecen de amor;

Si jamás en las horas en que todo dormita, mientras ella, olvidadiza, duerme, no habeis llorado como un niño, y sufriendo sin cesar no la habeis llamado cien veces desde las primeras horas de la noche hasta las primeras horas de la aurora, creyendo siempre que vendria si la siguiérais llamando;

Si jamás habeis sentido que la mirada de una mujer en vuestra alma iluminaba otra alma, que con su cariño os pudiera abrir un cielo en el mundo; si jamás habeis sentido que por esa mujer que se burla de vuestras lágrimas gustoso espiraríais á sus piés..., si no habeis sentido nada de esto, ¡nunca habeis amado, nunca habeis sufrido!

Noviembre 1831.

XXIV.

Mens blanda in corpore blando.

Señora, alrededor vuestro tanta gracia haceis chispear, vuestro canto es tan puro, vuestra danza tan arrebatadora, vuestras miradas tan irresistibles, toda vuestra persona atrae de tal modo al corazon, que cuando apareceis, jóven astro, iluminando nuestra noche con esa radiante sonrisa, que nos hace palpitar, como el pájaro en los bosques cuando le despierta la aurora, un pensamiento de ternura se despierta en el fondo de nuestros corazones, que empiezan tambien á cantar. Pero vos no oís ese canto; vos no lo sabeis, señora. Porque casto pudor envuelve vuestra alma con sus blancos velos, y el ángel á quien el cielo encargó vuestra custodia no se ha ruborizado nunca cuando, pensativo, mira lo que pasa dentro de vos.

22 Abril 1831.

XXV.

Amor, ch' a null' amato, amar perdona,
Mi prese del costui piacer si forte
Che, come vedi, ancor non m' abbandona.
DANTE.

Contemplar en el baño á una jóven inocente, seguir de lejos las velas en el mar, ver brillar en el cielo las estrellas y en la yerba los gusanos de luz;

Ver alrededor de silenciosos ídolos bailar en corro á las sultanas, ver huir de noche por el golfo las góndolas iluminadas;

Mirar la luna tranquila dormir reflejando en los árboles del camino; oir quejarse las arpas, preludiando romanzas amorosas; vagar por los verjeles, cuando al anochecer las andaluzas arrojan flores desde sus balcones;

De las flores que el Abril ostenta despojar los olorosos céspedes; ver, despues de ausencia larga y cruel, destacarse en el horizonte el paisaje de la ciudad natal; todo esto es nada: todos los bienes

fabulosos ó reales que nos concede el destino no son nada para mí; los cambiaria mi alma enamorada por tí, cuando me miras fijando tus ojos azules en mis ojos negros.

12 Setiembre 1828.

XXVI.

Oh! les tendres propos et les charmantes choses
Que me disait Aline en la saison des roses!
Doux zephir qui passiez alors dans ces beaux lieux,
N' en reportiez-vous rien á l' oreille des dieux?

LEGRAIS.

Mira esa gruesa rama; es dura, y las nubes vierten la lluvia á rios sobre su corteza abierta: pero cuando el invierno desapareza, verás cómo una hoja agujerea sus nudos tan duros, y te preguntarás á tí misma cómo un vástago frágil puede salir tan tierno y tan verde de esa rama tan negra.

———

Pregúntame entonces por qué, mujer querida, cuando en mi alma cerrada y endurecida penetra tu soplo despues de haber sufrido la lluvia de las lágrimas, por qué corre y se remonta hasta ella toda mi savia; por qué mi alma, como una flor abierta, arroja de repente versos, que yo deshojo á tus piés.

———

Es que todo lo del mundo se rige por sus leyes inflexibles; es que la noche clara sucede á las noches sin luna; es que todo en la tierra tiene sus constantes reflujos; es que el viento necesita el árbol y el céfiro las hojas. Es que tras mi desgracia se me apareció tu sonrisa; es que yo era el invierno y tú eres la primavera.

7 Mayo 1829.

XXVII.

A mis amigos L. B. y S. B.

Esta ciudad, amigos, es Rouen; la ciudad de las calles antiguas, de las antiquísimas torres, ruinas de razas que desaparecieron, la ciudad de cien campanarios que ensordecen los aires, la de los castillos, de los palacios y de las cárceles, cuya frente erizada de flechas y de agujas desgarra incesantemente las brumas del mar.

———

Rouen os retiene en su seno y os aparta de mí. Muchas veces me ha ocurrido la idea de ir á ver á Saint-Ouen, medio demolido, y nunca he cumplido este deseo, porque siempre me lo han impedido la familia, el estudio, las ocupaciones, y sobre todo la vaga inquietud que hace que el hombre tema realizar sus deseos.

———

Diferí ese viaje. La vida se pasa difiriendo. De proyecto en proyecto y de espacio en espacio, vuela siempre el loco espíritu del hombre. Al fin un dia, fatigados de engañosos sueños, exclamamos: Ya es hora de realizarlos. Entonces volvemos la vista á nuestro alrededor y vemos que ya la muerte nos está acechando.

———

Esto sucede con todos mis proyectos. —¿Cuándo os volveré á ver, España, Venecia con tu golfo, Roma con tu campiña? ¿Cuándo volveré á ver á Sicilia, que roe subterráneo volcán; á Grecia, que tanto la conozco; á Cerdeña, que no he visto nunca; á las pirámides del Nilo y á los catedrales del Rhin?

———

Quién sabe! Quizás nunca.—¿Cuándo podré refugiarme cerca del mar, ó en un monte cubierto de nieve, ó en algun antiguo torreon lleno de las sombras de los héroes, en el que el sol, dorando el remate de las torrecillas, refleje sobre mi frente sus ardientes rayos?

———

Quizás tampoco nunca.—Entre tanto, vivo como una sombra vana, olvidada en el espacio y perdida en el número. Tengo tres hijos que rodean mi hogar, y cuando la sabiduría entreabre la puerta de mi casa, oigo que me dice:—"Amigo, debes estar contento. ¿Qué te importa que sea de un modo ó de otro la tienda de un dia, que tienes muy pronto que plegar?„

———

Además, la imaginacion me pinta cien veces todo lo que deseo ver; y lo que deseo ver ¡se me aparece tan hermoso! Mi imaginacion me dibuja las Romas y las Córdobas, que lanzan brillantes resplandores, cuando tú, Musa, sacudes en sus sombríos pilares tu magnífica antorcha.

———

Veo Alhambras, gigantescas catedrales, Babeles que en las nubes esconden

sus cimas, negros Escoriales, misteriosos retiros, ciudades antiquísimas semi-arruinadas, en las que suenan noche y dia mil campanas aladas, que alegremente habitan de dia en los campanarios.

De este modo sueño, y las ciudades más espléndidas no eclipsarán de mis ensueños los esplendores ideales; quiero conservar esta ilusion, ya que la ilusion huye demasiado pronto. Todos los hombres con su fantasía crean en la imaginacion un mundo mágico de arte y de poesía; cada uno tiene su tierra de Canaán.

Continuemos, pues, soñando. ¿Por qué queremos descender de las alturas de la fantasía y tocar lo que soñamos? ¿Qué haremos despues? No tendremos ya objeto que perseguir, ni esperanza que nos seduzca; desde la tierra que se nos concedió no podremos ya volver á la tierra prometida, y Moisés hizo bien en morir.

Permanezcamos lejos de los objetos que encantan nuestra vista. El arco iris es vapor, la nube es humo. El ideal se deshace en polvo cuande lo toca la realidad. Consumen al alma los sueños de gloria y los sueños de amor. Como al niño que sopla una burbuja de espuma, cada hombre hincha una pompa de jabon, en la que se refleja un cielo.

¡Frágil pompa suspendida en una caña, que tiembla al menor choque, vacila y se disipa! ¡Estos son nuestros proyectos, nuestros placeres y nuestras vanidades! ¡Loca creacion, que el céfiro más leve inquieta! ¡Esfera de mil colores, formada con una gota de agua, mundo que un soplo crea y que otro soplo destruye!...

Soñar es ser felices y esperar es vivir. Hacer viajes, recorrer paises lejanos, es abrigar locos deseos. Basta con realizar el viaje eterno. Todo camina en el mundo hácia un fin misterioso. ¿Dónde vá el espíritu del hombre? ¿Dónde vá el hombre en la tierra? ¿Dónde vá la tierra en el cielo?

Lo sabremos alguna vez?—¿Quién romperá vuestros velos, oscuros firmamentos, sembrados de nubes de estrellas? ¿Quién puede ¡oh mar! descender á las profundidades de tu lecho y registrarlo? Qué ciencia nos lo enseñará? Buscad en el fondo de los mares, y en el Océano conocido nunca podreis sondear la perla divina del alma.

¿Qué debemos hacer, qué debemos pensar?—Negar, dudar ó creer? ¡Encrucijada tenebrosa! ¡Triple camino en la oscuridad de la noche! El hombre más sábio se sienta al pié de un árbol y dice en voz baja:—"Señor, iré donde tú me envies.„ Espera, y por los tres sombríos caminos, pensativo, oye caminar al género humano.

Mayo 1830.

XXVIII.

A mis amigos S. B. y L. B.

Lamento vuestra ausencia, mis queridos amigos, el pintor y el poeta; no me encuentro sin vosotros y siempre os estoy llamando; ódio á la Normandía, porque os retiene tanto tiempo.

Con ellos se llevaron toda mi poesía: uno con su inspirado laud y el otro con sus inspirados pinceles; en el manantial de su poesía y de su pintura bebia la inspiracion mi musa.

Adios, pues, manantial! ¡Adios, cariñosos corazones que me dulcificaban la vida! ¡Adios, pues, á la alegría que esos dos séres, tan diferentes de génio, difundian en mí con idéntica amistad!

Creo verlos aquí aun cuando pasaban discutiendo la ojiva y el arco delante de un viejo pórtico; ó verlos en sus momentos de ócio buscar detrás de una celosía unos ojos negros al través de un abanico.

De la jóven hermosa y del antiguo monasterio, tú, píntanos la hermosura; tú, descríbenos el misterio, con ese encanto peculiar de los dos; al través del transparente velo y de la amarillenta

muralla, sabeis ver, amigos mios, en la mujer el amor y Dios en el templo.

Proseguid vuestro camino, artista y apóstol, siendo hermanos gemelos; aquel nos pinta el universo que éste nos explica, porque para vuestra felicidad, cada uno de vosotros tiene en la tierra su parte propia; el pintor, el mundo; el poeta, el alma, y los dos, la inspiracion del Omnipotente.

15 Mayo 1830.

XXIX.

La pendiente de la imaginacion.

Obscuritate rerum verba sæpe obscurantur.
GERVASIUS TILBERIENSIS.

Amigos, no ahondeis la profundidad de vuestros desvaríos. No caveis el suelo de vuestras llanuras florecientes, y cuando se presente á vuestros ojos el Océano dormido, nadad en la superficie ó recorred sus orillas. El pensamiento es sombrío; por pendiente insensible vá del mundo real á la invisible esfera; su espiral es profunda, y cuando á ella se desciende, sin cesar se prolonga y se ensancha, y el que pasa rozando algun enigma fatal, regresa pálido de ese viaje vertiginoso.

El otro dia acababa de llover, porque han entristecido este año el estío los cierzos y las lluvias, y el hermoso mes de Mayo, cuya apacibilidad nos engaña, toma la máscara del Abril, que sonrie y que llora. Habia subido el transparente de góticos colores de mi ventana, y contemplaba desde lejos las flores y los árboles. El sol hacia brillar en el verde musgo las gotas de la lluvia, y mi abierta ventana traia desde el jardin á mi tranquilo espíritu la algazara de niños que jugaban y el canto enamorado de los pájaros. Paris, con sus grandes olmos, con sus casas, con sus cúpulas, todo él flotaba ante mi vista envuelto en la espléndida luz del sol de Mayo. Me quedé absorbido en estas tres armonías, primavera, mañana, infancia, que se unian ante mis ojos y en mi imaginacion: el Sena, como yo, dejaba fluir con suavidad las olas por su pendiente, y el astro del dia evaporaba al mismo tiempo en las playas el agua del rio en nieblas y mi pensamiento en desvaríos.

Entonces ví con la imaginacion, alrededor mio, á mis amigos, no confusamente, sino con la misma claridad que los veo cuando vienen por la noche á mi casa; al uno con sus brillantes pinceles y al otro con sus versos de ardiente vuelo; todos los demás amigos estaban formando círculo; oíamos y mirábamos; ninguno faltaba á la reunion; asistian hasta los ausentes en largos viajes, acudian hasta los que habian muerto, conservando el mismo aspecto que cuando vivian. En cuanto contemplé durante algunos instantes con los ojos de mi pensamiento todos mis compañeros sentados junto al hogar, ví que temblaban sus confusas facciones y que por grados palidecian y se borraban sus fisonomías descoloridas, y todos ellos, como un arroyo que se pierde en un lago, se perdian alrededor de mí.

¡Ví con los ojos del pensamiento innumerable multitud, un caos de voces, de ojos, de pasos; hombres que jamás habia visto, hombres que no conocia, ví todos los vivos! ¡Ví ciudades susurrando como un bosque de América ó como una colmena llena de abejas, caravanas acampando en el ardiente desierto, marineros dispersos por el Océano! Ví los dos polos, el mundo entero, el mar, la tierra, los Alpes con la frente nevada, el Etna con su negro cráter, y á un mismo tiempo el otoño, el estío, la primavera y el invierno, los valles descendiendo desde la tierra hasta el mar y los mares inundando las campiñas, los cabos y los grandes continentes, brumosos, verdes ó dorados, inundados constantemente por los inmensos mares.

¡Todo esto, como un paisaje en una cámara oscura, se reflejaba en mi espíritu sombrío; todo esto vivia en él y pasaba! Entonces, fijándose cada vez con más atención mi pensamiento y mi vista en el sinnúmero de perspectivas que el soplo del viento ó el paso de las estaciones me ofrecian á cada instante, ví surgir de repente, y algunas veces del fondo de las olas, al lado de las ciudades vivas de los dos mundos, otras ciudades extrañas, nunca vistas, sepulcros ruinosos de los tiempos pasados, en donde estaban amontonadas torres y pirámides y ciuda-

des que bañaban sus piés en el mar y sus cabezas en el cielo húmedo. Algunas salian debajo de las ciudades vivas, y desde los siglos pasados hasta la edad presente pude contar tres pisos de Romas. Y mientras elevando clamores y griterío resonaban al mismo tiempo todas las ciudades de los vivos con el murmullo del pueblo ó con los pasos del ejército, las ciudades del pasado, cerradas y mudas, sin lanzar humo por sus chimeneas, sin lanzar ningun rumor de su seno, callaban y parecian colmenas vacías. De repente oí gran estruendo. Las razas muertas, de las desoladas ciudades abrieron las puertas y ví que caminaban como las ciudades vivas, pero levantando mucho más polvo. Entonces ví las torres, los acueductos, las pirámides y las columnas; entonces ví el interior de las antiguas Babilonias, á Cartago, Tiro, Tebas y Sion, de donde sin cesar salian las generaciones.

De este modo lo abarqué todo; el mundo con su faz antigua y con su faz moderna, el pasado y el presente, los vivos y los muertos, el género humano completo. Todo me hablaba á la vez y se me hacia comprensible, el pelasgo Orfeo y el etrusco Evandro, las ruinas de Irmensul, la esfinge egipcia y la voz del nuevo mundo, que es tan viejo como el antiguo.

Dificilísimo es que pueda describir lo que veia. Era como un inmenso edificio edificado con el amontonamiento de siglos y de lugares, en el que no se podian encontrar ni las orillas ni los centros; que sustentaba en todas sus alturas naciones, pueblos, razas; millones de obreros humanos, dejando en todas partes sus huellas, trabajaban de noche y de dia, hablando cada uno un idioma y sin entenderse, y yo recorria, buscando quien me respondiera, de grada en grada, esa Babel del mundo.

En ese sueño espantoso llegó la noche, oscureciéndolo todo, y en las regiones que la mirada no puede sondear, cuanto más numerosos eran los hombres, la oscuridad era más densa; y solo un soplo que pasaba de vez en cuando, como para enseñarme aquel hormiguero humano, iluminaba aquella vasta noche.

Pronto á mi alrededor aumentaron las tinieblas, se disipó el horizonte, las formas desaparecieron, y el hombre y los objetos y el sér con el espíritu flotaron á mi soplo y temblé. Todo huia de mi vista. Quedé solo. La extension quedó sombría. Solo distinguia en lontananza, al través de la sombra, como de un Océano de olas negras y apretadas, en el espacio y el tiempo, amontonadas la coleccion de las unidades.

El doble mar del tiempo y del espacio, por el que el navío humano pasa y reapasa sin cesar, quise sondearlo, quise llegar á su fondo de arena, cavar y registrar allí, por sacar de su abismo alguna extraña riqueza y deciros si su lecho es de roca ó es de fango. Mi espíritu se sumergió en ese seno, y en sus profundidades nadó solo y desnudo, bogando desde lo inefable hasta lo invisible... De repente se volvió, lanzando terrible grito, deslumbrado, jadeante, estúpido y con espanto, porque en el fondo habia encontrado la eternidad.

Mayo 1830.

XXX.

Recuerdo de la infancia.

A JOSÉ, CONDE DE S.

Cuncta supercilio.
HORACIO.

Un dia que en el Pantheon se celebraba una gran fiesta, ví pasar á Napoleon, cuando yo tenia siete años. Para contemplar su figura heróica me escapé del lado de mi madre, porque las hazañas de ese hombre exaltaban mi imaginacion; mi cariñosa madre, que con frecuencia se sobresalta, se asustaba cuando me oia hablar de guerras, de asaltos y de batallas desde mis años más tiernos.

Lo que hizo que de mí se apoderase un santo terror cuando apareció el emperador al frente de su séquito, mientras los otros niños preguntaban á sus madres si era aquel el héroe, no fué ver que le seguia todo un pueblo, ni verle desde lejos cubierta la cabeza con el sombrero usado, más hermoso en él que una diadema, ni que le siguieran detrás diez vasallos coronados, que temblando

se fijaban en sus espuelas, ni sus veteranos granaderos, ni el volteo de campanas, ni la iluminacion de la ciudad, ni los coros que cantaban; lo que me conmovió y me dejó cierta gravedad para siempre fué, entre los cánticos de gloria, entre las aclamaciones que levantaba, ver á aquel hombre soberano pasar mudo y grave como un dios de bronce.

Por la noche se lo dije á mi padre, mientras se desnudaba de su uniforme de guerra y yo estaba jugando con sus charreteras; pero mi padre sacudió la cabeza sin responderme.—Con frecuencia una idea se hunde en nuestro espíritu y se nos aparece á cada instante: la cándida infancia tiene sus asombros.

Al dia siguiente, para ver declinar el sol hácia su ocaso, subí con mi padre á la colina que domina á Paris por la parte de Levante, y caminábamos los dos; él pensativo y yo soñando. Aquel hombre se me aparecia como un prodigio. Hablando con mi padre, le pregunté:—"¿Por qué el emperador, el enviado de Dios, que todo lo mueve, que todo lo dirige, tiene esa inmovilidad y esas miradas frias?..„ Mi padre, cogiendo con sus manos mi débil cabeza y señalándome desde lejos el espacioso horizonte, me contestó:—"La tierra, que á tu vista aparece inmóvil, se conmueve más que el aire, más que las olas y más que las llamas, porque el gérmen de todo se agita en su seno. En sus tenebrosas profundidades, noche y dia siente sumergirse las raices, serpientes que se abrevan en los arroyos de las savias predispuestas, y que se las beben sin cesar; corren por ella muchas llamas, y tan pronto empapa el cristal, que convierte en diamante, tan pronto en alguna mina sombría alumbra montones de carbunclos; ó saliendo á la luz, todavía con más magnificencia, pone en la frente del Etna un penacho de oro. Siempre está trabajando el interior de la tierra, y su flanco universal se extremece incesantemente. Gota á gota el manantial de todos los rios se filtra en ella por la noche. La tierra hace aparecer en su superficie los trigos, las ciudades, los bosques y los hombres. Mira como todo verdea, como todo rie, como todo está vivo; pues bien, mientras tú contemplas todo eso, en el seno de la tierra, que nunca se agota de tanto producir, las futuras cosechas tiemblan confusamente.

„De ese mismo modo, hijo mio, trabaja el alma activa y fecunda del poeta que crea y del soldado que edifica. Pero no se conoce; la llama interior que los consume no aparece en el exterior. Así tambien Napoleon, cercado de esplendores y que tanto ruido movió al forjar su corona, ese hombre célebre que ves inmóvil y mudo atravesar las calles, mientras un pueblo le aclama, quizás siente en el fondo de su cerebro germinar un porvenir. Quizás en su imaginacion perspicaz entrevé que la Europa se convertirá en una Francia gigantesca, y que Berlin, Viena, Madrid, Moscou, Lóndres y Milán vendrán todos los años á Paris á rendirle homenaje; que el Vaticano será vasallo del Louvre; que se hundirán en el abismo los antiguos tronos, y que de todas sus ruinas surgirá para la humanidad otro Carlo-Magno con otro globo en la mano. Y en el espíritu en donde bulle ese gran designio quizá ya caminan los futuros batallones, quizás ya se llenan las playas de Cherboug de trabajadores y de instrumentos, quizás ya se construye un buque colosal, quizás flota en sus mares una nueva armada y en sus playas un nuevo ejército, quizás en la oscuridad del alma de ese hombre se levanta el sol de un segundo Austerlitz.„

Algun tiempo despues ví pasar otra vez á ese héroe, más grande en Paris que César en Roma, y recordé lo que años atrás oí de los labios de mi padre. Le tributaban honores casi divinos, y le volví á ver pasar tambien pensativo, tambien inmóvil. Le atormentaba su colosal proyecto; cien águilas le escoltaban, como á un emperador romano; marchaban sus regimientos con las banderas desplegadas; sus pesados cañones, con las bocas inclinadas, corrian, atravesando la multitud, produciendo el ruido del bronce sobre las cureñas; pero pronto la figura del héroe desapareció ante mi vista entre un torbellino de polvo, y pasó. Pronunciaban su nombre todos los labios, sonaban campanas y tronaban los cañones; su séquito producia gran murmullo en las calles, y con clamores, vivas y vítores, el pueblo saludaba á ese transeunte glorioso.

Noviembre 1831.

XXXI.

A madame María M.

Ave María, gratia p'ena.

Vuestras miradas son tímidas y vuestra frente serena. Aunque por pudor ó por tenernos compasion nos escondais el alma cuando el soplo celeste agita vuestro corazon como fuego que oculta la ceniza, de repente se inflama y chispea.

Elevad con frecuencia esa voz, que permanece silenciosa. Cuando vísteis la luz del dia cantaba un ruiseñor. Un sol delicioso os vió nacer. Siendo niña tuvísteis á la cabecera de vuestra cuna un ángel que os marcó con el sello poético, quizás un Dios, quizás á vuestro padre.

Dos vírgenes hermanas, la poesía y la música, llenan vuestro pensamiento de infinitas dulzuras; vuestro génio ha gozado de dos auroras, vuestro espíritu tan pronto se difunde en delicados versos, como al compás del piano, que se extremece cuando cantais, se desparrama en sonoras notas.

Haceis soñar al poeta sin cesar, que piensa en vos cuando el cielo está oscuro, cuando la media noche extiende sus velos; porque el alma del poeta, que se compone de sombra y de amor, es una flor nocturna que se entreabre al morir el dia y abre su corola á la luz de las estrellas.

9 Diciembre 1830.

XXXII.

Para los pobres.

Qui donne au pauvre, prete á Dieu.
V. H.

En vuestras fiestas del invierno, vosotros los felices del mundo, ¡oh ricos! cuando el baile os agita en voladores círculos; cuando por todas partes á vuestro alrededor veis brillar arañas, candelabros y espejos, y la alegría en todos los convidados; cuando con sonante timbre en vuestra feliz morada oís en el reloj la voz grave de las horas, ¿pensais algunas veces que, quizás en las calles inmediatas, se pára un indigente hambriento y vé pasar vuestras luminosas sombras tras de los vidrios del salon iluminado?...

Pensad que está allí abajo, transido por el frio y por la nieve, ese padre indigente, que al contemplar vuestra fiesta, exclama en voz baja:—¡Cuánta riqueza para uno solo! Qué rico será! ¡Cuántos amigos acuden á su festin! ¡Es muy dichoso, sus hijos le sonrien; con sus juguetes tendrian para comer pan los mios!

—Despues el indigente compara con vuestro salon de baile su hogar apagado y pobre, sus hijos hambrientos, su madre pálida y andrajosa, y tendida en un monton de paja, en el suelo y tiritando, la anciana abuela, que el invierno enfrió ya bastante para entrar en la tumba.

Dios ha establecido estos grados en la fortuna humana; unos van encorvados bajo el peso de las penas, y pocos son convidados al banquete de la dicha; todos no se sientan en él con igual facilidad. Una ley, que nos parece injusta en el mundo, dice á unos: *Gozad!* y á los otros: *Envidiad!*

Este pensamiento, amargo y sombrío, fermenta en silencio en el corazon de los miserables. Ricos, hombres felices, que os adormeceis en la voluptuosidad, que los desheredados no os arranquen de vuestras manos esos bienes supérfluos que atraen sus miradas; que os los arranque la caridad.

La benéfica caridad, que el pobre idolatra, que es la madre de los que tienen la suerte por madrastra, que levanta y sostiene á los caidos y á los infelices; la que, sacrificándose cuando sea preciso como el Dios mártir, cuyo ejemplo sigue, exclamará: "Bebed, comed, esta es mi carne, esta es mi sangre."

Que sea ella ¡oh ricos! la que las alhajas, los diamantes, las cintas y las per-

las, para que el indigente se alimente, de los brazos de vuestros hijos y del seno de vuestras mujeres arranque, para dárselos á los pobres.

Dad, ricos. La limosna es hermana de la oracion. Cuando un anciano, en el umbral de vuestras puertas, helado por el invierno, inútilmente os pide de rodillas; cuando sus pequeñuelos, con las manos amoratadas por el frio, recogen á vuestros piés las migajas del banquete, Dios, indignado, aparta la vista de vosotros.

Dad, para que Dios, que dota á las familias, dé fuerza á vuestros hijos y gracia á vuestras hijas; para que vuestra viña produzca abundante fruto; para que el trigo se amontone en vuestros graneros; para ser mejores; para ver en vuestros sueños pasar ángeles por la noche.

Dad; porque llegará un dia en que abandoneis el mundo y en que vuestras limosnas os proporcionarán en el cielo una riqueza. Dad, para que diga el necesitado:—"Nos compadeció„; para que el mendigo, helado de frio, fije miradas menos feroces en vuestros salones de baile.

Dad, para tener á Dios propicio; para que hasta el mismo perverso se incline cuando os nombre; para que tengais un hogar tranquilo; para que un dia, en vuestra última hora, consiga la absolucion de vuestros pecados la oracion que rece un mendigo por vosotros en el cielo.

Enero 1830.

XXXIII.

A..., trapista en la Meilleraye.

Hermano mio, la tempestad fué furiosa; el huracán impetuoso que soplaba arrastrándonos de escollo en escollo, cuando vos partísteis abrió el vasto abismo y amontonó las olas alrededor de vuestro esquife.

Sucesivamente, de prisa, para evitar el naufragio, para aligerar la nave, expuesta á la sombría tempestad, casi víctima ya de las alborotadas olas, fué preciso que arrojáseis al mar placeres, libertad, fantasía, familia, amor, todos esos tesoros.

Además fué preciso que vos, solo y desnudo, bogáseis solitario, conducido por la corriente del oleaje, sin tocar tierra jamás, llevando únicamente en el esquife, separado de los nuestros, la vela y la brújula, al alma y á Dios.

Mayo 1830.

XXXIV.

Bievre.

A M. LUISA B.

Un horizon fait á sonhait pour le plaisir des yeux.

FENELON.

I.

¡Sí; este es el valle, el valle sombrío y tranquilo! Aquí el verano derrama grata frescura; aquí duran mucho tiempo las efímeras flores; aquí el alma contempla, escucha, adora y aspira y compadece al mundo, loca morada, en el que el hombre cada dia deja menos sitio para Dios.

Un rio en el fondo, bosques sobre las dos pendientes: aquí, grandes álamos festoneados de trepadoras viñas, praderas en las que el segador curte sus brazos nervudos; allí, pensativos sauces que lloran sobre la playa, y que, como una mujer indolente que toma el baño, dejan que moje el agua el extremo de su cabellera.

Allí, bajo el vado, entre aguas cenagosas, que dejan ver, cuando le atraviesan, las piernas de las jornaleras; campos cuadrados de dorado trigo; estanques de agua límpida; en la parte sombría, paredes de greda y techos negros; ocres en los barrancos, que las lluvias destruyen, y en lontananza un acueducto que parece un puente en el aire.

Y coronando sus verdes colinas, las profundidades del cielo, pabellon cons-

truido por Dios, que, llenando de dia de pliegues azules el espacio, parece un dosel suspendido sobre el sol, de cuyo dosel solo se pueden ver los clavos de plata durante la noche.

Ese es uno de los sitios donde el corazon vive; algo celestial flota allí que le embriaga; es uno de los sitios que siendo yo niño preferia, en el que la belleza serena, íntima é inagotable, derrama en el alma el sublime olvido de todo lo desagradable del mundo y de los hombres.

II.

Si cuando nace el alba se camina por las lomas del bosque, que sirven de abrigo á los cervatillos, por el áspero camino cuyas piedras lastiman las manos de los niños, cuando el sol aparece y el árbol siente correr su savia, el valle parece un hermoso ensueño; la bruma se disipa, la naturaleza se despierta, la flor rosada se abre, la brisa suspende en ella una abeja y el rocío una gota.

En su pintoresco paisaje, que encanta la vista, el arbusto, el pájaro de paso, la yerba que tiembla y reluce, el árbol viejo que la edad doblega, la torrecilla que está al lado del molino, el agua diáfana del arroyo, todo lo que sonrie, todo lo que canta, todo lo que suspira, todo lo que respira, todo lo que habla, todo produce armonioso ruido.

III.

Si por la tarde, con el pensamiento errante, de sendero en sendero, desde lo alto de la colina descendemos á la casa, que os hace durante todo el dia mirar hácia abajo, al fondo de la pradera, y que se presenta á la imaginacion como una hermosa flor;

Si estais dentro de ella, vos, cuyas manos consiguen que el piano hable la lengua de vuestra alma; si es en uno de aquellos momentos dulces y misteriosos en los que la música, espíritu de éxtasis y de delirio, cuyas alas hacen el ruido de una lira, reverbera en vuestros cantos el esplendor de vuestros ojos;

Si vuestros hijos pequeñuelos, que siempre os buscan, confunden sus alegres risas con las melodías que entonais; si vuestro noble padre sonrie presenciando los juegos de los niños y oyendo vuestro canto; si todo esto sucede, oyendo vuestra voz que penetra en el alma, bajo ese cielo estrellado, se cree en la familia, en el reposo, en la felicidad; el corazon se inunda de alegría y de amor, sentimos que nuestros párpados se humedecen, levantamos las manos al cielo y exclamamos: Gracias, Señor!

IV.

No se desea ya nada más; porque allí nuestra alma se sume en la naturaleza y en la poesía, sin acordarse de que cerca, y oculto tras los bosques y tras la cadena de colinas azules, á cuatro pasos, que llamamos cuatro leguas, está acostado el gigante París.

No nos ocupamos ya de si la opulenta ciudad, del mundo que está en fusion predilecta capital, abre ó cierra tal dia sus cráteres humeantes, ni de qué modo miran los reyes en el momento actual hervir en ese Vesubio de hombres la lava de los acontecimientos.

8 Julio 1831.

XXXV.

Puestas de sol.

Merveilleux tableaux que la vue decouvre á la pensée.
C. NODIER.

I.

Plácenme las tardes serenas y hermosas, ya doren la frente de antiguas guaridas sepultadas entre la hojarasca, ya en lontananza alargue su cortinaje la bruma, ya los rayos del sol desgarren en el cielo azul montones de nubes.

Mirad el cielo! Corren las nubes amontonadas en el espacio, impulsadas por los vientos y agrupando sus caprichosas formas; de repente flamea en ellas pálido relámpago, como si de súbito un gigante del aire las cortase con su espada.

El sol brilla aun al través de sus sombras; ya parece que forme sobre ellas

cúpulas de oro, ya las hace brillar como el techo de una choza, ya disputa las nieblas al horizonte, ya recorta en ellas grandes lagos de luz al caer sobre los sombríos céspedes.

Despues se cree ver en el barrido cielo, colgado, un gran cocodrilo, de espalda ancha y rayada, con tres filas de dientes de acero; y que sobre su cobrizo vientre se desliza un rayo y que cien nubes ardientes brillan en sus flancos oscuros, como escamas doradas.

Despues se levanta en ellas un palacio. Despues tiemblan y todo huye. El edificio de nubes destruido se desploma rápidamente, se esparce en lontananza por el cielo, y sus conos rojos penden con la punta hácia abajo, sobre nuestras cabezas, semejantes á montañas puestas del revés.

Esas nubes de plomo, de oro, de cobre, de hierro, en las que duermen produciendo murmullos sordos el huracán, la tromba y el rayo, las suspende Dios con profusion en la extension del cielo, como un guerrero que cuelga en las vigas del techo sus resonantes armaduras.

El sol, precipitado desde las alturas como un globo de cobre, se lanza contra las fraguas removidas, cayendo sobre ellas; su choque las desune, y hace en copos de fuego saltar hasta el zenit la ardiente espuma de las nubes.

Contemplad el cielo; desde que huye el dia en cualquier sitio y en cualquier tiempo, con inefable amor miradle al través de sus velos, que siempre hallareis un misterio en el fondo de su grave hermosura; se encuentra este misterio en el invierno, cuando los velos son negros como una mortaja, y se encuentra tambien en el verano, cuando la noche los borda de estrellas.

Junio 1828.

II.

El dia iba desapareciendo; tras los velos del celaje, de vez en cuando se aventura á aparecer una estrella; la noche lentamente vá ascendiendo á su trono de tinieblas; una parte del cielo está ya oscura, en la otra brilla escasa luz, y sucediendo á la puesta del sol, el crepúsculo espira sobre los negros collados;

Y allá abajo, alumbrando sus cristales, con su catedral de flechas dentadas, con las torres de sus palacios y las de su cárcel, con sus altos campanarios, irguiéndose como colosal sierra, la ciudad con sus innumerables techos se destaca en el horizonte;

Quisiera presenciar desde una elevada torre cómo la ciudad se abre bajo mis piés como un abismo; quisiera huir, escuchando morir el vasto murmullo de la ciudad, que de dia suena con más estruendo que el Sena, cuando ese gran rio se irrita contra los puentes.

Quisiera contemplar á la antigua ciudad, extendida en su lecho ante mí, dejando escapar suspiros de su boca, como si la hiciese gemir la fatiga, y vigilando solo, encima de ella, entre los ruidos sordos del Océano y de la multitud, tener á mis piés la giganta dormida.

22 Julio 1828.

III.

Quiero ir más lejos, más lejos todavía! —A la luz rojiza del sol poniente, pláceme ver cómo en los campos crece y se extiende la oscuridad; la ciudad está demasiado cerca de mí; la oigo y la veo; para entregarme libremente á mis pensamientos, la voz cascada de Paris susurra demasiado cerca de mí.

Quiero huir bastante lejos para que me oculte un matorral la niebla, que Paris lleva en la frente como un penacho, esa nube eterna parada encima de sus torres; para que el zumbido débil del mosquito que pasa apague en mis oidos la gran voz de la ciudad.

28 Agosto 1827.

IV.

¡Dadme alas y hasta las nubes dejadme volar, dejadme ascender! En estas pobres regiones bastante ya he soñado y he sufrido. Dejadme volar hácia otros mundos. Basta ya de seguir un faro en las noches oscuras; basta ya de sueños

y de dudas; la voz misteriosa que oigo en el mundo quizás la oiré mejor allá arriba.

Dadme alas ó dadme velas; quiero llegar hasta las estrellas, ó ir en un bajel hasta el extremo del mundo; quizás en ese otro mundo se encuentre la llave del misterio que esplique el órden universal, y quizá los poetas lean con facilidad esa página del cielo.

Agosto 1828.

V.

Algunas veces, entre los pliegues de engañadoras nubes, allá arriba, al través de las brechas vaporosas que agita el viento de la tarde, detrás de las últimas nieblas, acaso más lejos, aparecen de repente á la vista los pisos de oro de un edificio de nubes; y espantados vemos á lo lejos en la esfera azul, en una isla de aire que con audaz vuelo se aventura en el éter, subir hasta el cielo, con sus escaleras, sus puentes y sus grandes torres, alguna Babel desmesurada.

Setiembre 1828.

VI.

El sol se ha puesto esta tarde entre nubes. Mañana rugirá el huracán, volverán á aparecer el dia y la noche, despues el alba con sus claridades, y todos los dias y las noches pasarán así. Pasarán así en multitud sobre los mares, sobre los montes, sobre los rios y sobre los bosques, como confuso himno de los muertos queridos que amábamos cuando vivieron. Y la superficie de las aguas y la frente de las montañas, arrugadas pero no envejecidas, y los bosques siempre verdes, se rejuvenecerán; pero yo, inclinando más cada dia la cabeza, pasaré; y helado á pesar del sol ardiente, desapareceré del mundo en medio de la fiesta de la naturaleza, sin que por eso deje ésta nunca de ser fertil ni magnífica.

Abril 1829.

XXXVI.

Llega un dia en que de repente el artista que gasta pródigamente sus dias, en el peso de su frente conoce el peso de los años. Se despierta una madrugada acosado por una idea, que le hace exclamar:—"¡He malgastado mis hermosos dias y pocos me quedan ya! Veo el fondo de mi vida, como el hombre pródigo vé vacío el fondo de su arca.„—Conoce que los rayos ardientes del sol hacen inclinar su cabeza, como al medio dia hacen doblar las flores; cuando se aventura á andar, cumpliendo con la ley de su destino, vé á su paso mojados los céspedes, como por la mañana, y sabiendo que su aurora ya se ha disipado, exclama:—"¡Esto lo produce la lluvia, pero no el rocío!„

Esto es hecho.—Su génio ha adquirido madurez; puede llegar mejor á las más altas cumbres; el hogar que enciende le dá menos humo; cuando asciende su astro levanta menos bruma; su celebrado corcel recorre mejor los campos cerrados; pero ya no conserva, ya no puede difundir en sus obras, que inspiran la gracia ó el amor, el fresco encanto de la edad juvenil.

Ese encanto se pierde para siempre.—Cuando se vá buscando al acaso esos pensamientos, que caminando encontramos y que consiguen que por la noche entre el artista en su gabinete orgulloso y altivo, cuando sale para pensar, cuando vaga errante, ya por los prados, ya por los bosques, ya por las encrucijadas tumultuosas de París, siempre en el fondo de todo, siempre en su espíritu, hasta cuando el arte le embriaga y le sonrie, encuentra con gran tristeza la pesadumbre de haber visto desaparecer su pasado, cualquiera que éste haya sido.

Noviembre 1831.

XXXVII.

La oracion para todos.

Ora pro nobis!

I.

Hija mia, vas á rezar.—Anochece ya; vá desapareciendo el crepúsculo vespertino; la bruma borra de las colinas los contornos; apenas se oye á lo lejos el ruido lejano de algun carro...; la naturaleza vá á entregarse al reposo, y el árbol del

camino se sacude al viento de la noche el polvo que recibió durante el dia.

Empiezan en el celaje á chispear las estrellas; la última luz del sol vá apagándose; la oscuridad empieza á argentar la superficie del agua; surcos, senderos y matorrales, todo se confunde y se borra; inquieto el viajero, no acierta á encontrar el camino.

El dia terminó; recemos, que ya aparece la noche grave y serena. El viejo pastor, el viento en las brechas de las torres, los estanques, los rebaños, todo sufre y todo se queja. La naturaleza, fatigada, necesita dormir, necesita oraciones y amor.

Esta es la hora en que los niños hablan con los ángeles. Mientras que nosotros corremos en pos de locos placeres, todos los niños, mirando al cielo con las manos juntas, con los piés desnudos y arrodillados, rezan á la misma hora una misma oracion y ruegan por nosotros al Padre universal.

Despues se dormirán.—Entonces, saliendo de la oscuridad, el enjambre numeroso de sueños de oro que nace cuando se disipan los últimos ruidos del dia, y oyendo desde lejos la respiracion de las rosadas bocas de los niños, como á los capullos de las flores acuden las abejas, acudirán á detener su vuelo en las blancas cortinas de los lechos infantiles.

¡Delicioso sueño de la cuna, oracion de la niñez, cuya voz acaricia siempre y no ofende nunca; dulce religion, que solaza y que sonrie; preludio del concierto de la noche solemne! Como para dormir el pájaro introduce la cabeza bajo el ala, el niño aduerme en la oracion su inocente espíritu.

II.

Hija mia, vas á rezar.—Primero reza por la que tantas noches meció tu cuna, por la que te tomó en el cielo y te puso en el mundo; por tu tierna madre, que dividiendo en dos partes su vida, bebió siempre el absintio y te dejó la miel.

Despues reza por mí; yo lo necesito más que ella. Tu madre es como tú, buena, sencilla y leal; lleva la frente erguida y el corazon puro; es prudente y cariñosa; sufre la vida con paciencia, se resigna á las desgracias, sin guardar rencor al que las produce.

Siempre cogiendo flores, nunca su mano casta rozó siquiera la corteza del vicio; ningun lazo es capaz de arrastrarla á mendaces alegrías; olvida completamente las amarguras pasadas, y no nacen en su mente esos malos pensamientos que pasan por el espíritu como una sombra por el agua.

Desconoce las miserias que en el mundo nos asaltan—¡y ojalá tú siempre las desconozcas!—los placeres falsos, las vanidades, los remordimientos, las inquietudes roedoras, las pasiones que flotan sobre el corazon como la espuma, los íntimos recuerdos que dan afrenta ó amargura y que hacen ruborizar.

Conozco la vida mejor que ella, y te enseñaré, cuando seas mayor y debas instruirte, que es una locura cegarnos por la ambicion, por la fortuna y por el arte; y que muchas veces encontramos la ignominia en vez de la gloria, y que podemos perder el alma en ese juego aventurado.

Viviendo se altera el alma; y aunque de los mortales sea transparente el fin, y nos deje ver la causa, envejecemos más pronto cuando nos entregamos al error ó al vicio; por mas que el hombre, internado ya en la vida, tenga que equivocarse y que dudar muchas veces. Todos los mortales dejan parte de sí mismos entre los matorrales del camino; el cordero los vellones de lana, el hombre la virtud.

Reza, pues, por mí.—Dí esta oracion: —Señor, Señor Dios mio, sois mi padre, sois bueno y sois todopoderoso; os ruego por todos nosotros!—Deja que vaya tu oracion adonde tu alma la envia, y no te inquietes por el camino que tome.

Que todo en el mundo encuentra su pendiente. El rio vá serpenteando por las llanuras hasta el mar; la abeja sabe

que la flor guarda la miel; todas las alas se dirigen á su punto: el águila vuela hácia el sol, el buitre hácia la tumba, la golondrina hácia la primavera y la oracion hácia el cielo.

Cuando la oracion que rezas por mí vuela hácia Dios, me quedo como el esclavo que se sienta en el valle y deposita su carga en la márgen del camino; me siento más ligero, porque tu oracion me descarga del haz de penas, de faltas y de errores que arrastro gimiendo.

Vas á rezar por tu padre.—Reza para que yo sea digno de ver pasar en mis sueños un ángel que vuele como un cisne, para que mi alma se purifique; con tu cándido hálito borra mis pecados, para que mi corazon quede inocente y limpio como las losas del altar, que se lavan todos los dias.

III.

Reza por todos los que pasan por la peregrinacion del mundo; por aquellos que se les borran los senderos, en el mar ó en la tierra; por el insensato que cifra su alegría en un manto de seda ó en la velocidad del caballo; por todo el que sufre y trabaja; por todo el que obre bien y por todo el que obre mal.

Por aquel que manchan los placeres, abrazándole desde la noche hasta la mañana; que la hora destinada al rezo la pasa en festines, que celebra infame orgía en los momentos de la noche en que el alma eleva su religioso himno, y que cuando termina la oracion prosigue en sus placeres, como si Dios no la hubiera oido.

Reza por las vírgenes consagradas al claustro, por los que gimen en las cárceles, por las mujeres que venden su cariño, por el espíritu que sueña y que medita, por el impío que blasfema de la santa ley. Tu rezo debe extenderse á todos, porque tú crees por los que niegan, porque la infancia sustituye á la fé.

Reza tambien por los que duermen eternamente en la tumba, en ese negro precipicio que nos está tragando eternamente. Esas almas en su adversidad necesitan que se las desembarace del moho de sus cuerpos, y no dejan de sufrir por estar callando; reza por ellas; es preciso compadecer á los muertos.

IV.

Arrodíllate en el suelo, arrodíllate sobre la tierra, en la que está enterrado el padre de tu padre y la madre de tu madre, en la que todo el que vivió duerme eterno sueño, en el abismo en que se mezclan todos las cenizas de los humanos.

Cuando duermes, niña, sonries. La alegre bandada de los sueños revolotea en la sombra en que está sumida, se asusta al oirte respirar, se vá, pero vuelve otra vez; y abres por fin tus hermosos ojos al mismo tiempo que el alba, que tambien es un ojo celestial, entreabre en el horizonte su pupila de pestañas de oro.

Pero los perversos no pueden dormir así; se agitan inquietos y frios en sus lechos. Los ángeles no cantan coros alrededor de ellos; les persigue en sus sueños el mal que causaron; su noche carece de alba; el implacable remordimiento, convertido en gusano del sepulcro, les roe el corazon.

Rezando tú por ellos puedes conseguir que el remordimiento tome alas y desaparezca volando; que grato calor anime su cuerpo yerto, y que llegue hasta ellos un rayo de luz y de vida, algo como el murmullo de los vientos de los bosques y de las aguas.

Cuando paseas pensativa, á pesar de tu edad infantil, por las playas, cerca de las que las olas se quejan, ó por debajo de árboles de espesas copas, algunas veces, en los suspiros de las olas y de las brisas, ¿no oyes una voz que te pregunta:—Niña, cuando rezas, rezas por mí?

Esa es la súplica de los muertos.—Cuando los muertos que tienen quien les rece, sobre la tierra que los cubre crece la yerba más floreciente, ningun demonio se les sonrie mirándolos; los muertos olvidados sumidos están en noche fria, y siempre algun árbol que nace sobre

ellos les introduce sin piedad las raices hasta el corazon.

Reza para que el padre, el tio y los abuelos, que necesiten nuestras oraciones, se agiten en sus tumbas, cuando oigan que los nombras, cuando sepan que en el mundo nos acordamos de ellos.

V.

No me corresponde, paloma mia, rezar por todos los mortales, por los vivos que no tienen fé, ni por los muertos que encierra la tumba; no me corresponde á mí, cuya alma está llena de errores y vacía de fé, rezar por la raza humana, porque mi voz es deficiente acaso, Dios mio, para rezar por mí.

Si por los perversos de la tierra hay quien deba rezar, eres tú, cuya inocencia encanta; eres tú, cuya cándida plegaria puede redimir á los demás. Pregúntale á ese Padre augusto, que sonrie al oir tus oraciones, por qué el árbol ahoga al arbusto, y qué es lo que hace, desde lo justo á lo injusto, vacilar á la razon humana. Pregúntale que si la sabiduría solo pertenece á la eternidad, porque su soplo nos abate, porque sin cesar deshoja á la humanidad en la tumba.

Los niños velan en el santo lugar por aquellos á quienes consumen los vicios; son las flores que le perfuman, son los incensarios que humean, son las voces que llegan á Dios. Dejemos que recen arrodillados los niños: nosotros, que somos pecadores, todos hemos cometido faltas graves, todos estamos en la pendiente del abismo; dejemos que la niñez rece por nosotros.

VI.

Niña, como una limosna reparte tus oraciones; reza por tu padre, por tu madre y por tus abuelos, por el rico á quien Dios rehusa la felicidad, por el pobre, por la viuda, por el crímen, por el vicio, reza por todas las miserias del mundo.

Niña, cuando todo el dia habeis jugado bajo los árboles tú y tus dos hermanos, y estais rendidos por la noche, necesitais tomar leche y algun alimento frugal y que vuestra madre arrodillada os lave los piés; pues bien, pasa por el mundo un sér que camina entre los hombres sirviéndoles y consolándoles, á toda hora y en todos los lugares, un buen pastor que busca las ovejas perdidas, un peregrino que viaja de un punto á otro; ese pasajero, ese pastor, ese peregrino es Dios.

Por la noche está muy cansado y necesita, para hacerle sonreir, encontrar un alma que le sirva, un niño que le rece, un poco de cariño. Niña, tú que no sabes engañar, preséntale tu corazon inocente, temblando y con la vista baja, como precioso cáliz del que temes que caiga ni una sola gota.

Rézale, y cuando observes que se llene tu alma de grato calor, será que El te se aproxima, hija mia, y entonces vierte, como antiguamente Marta la hermana de María, todo tu perfume á los piés del Señor.

VII.

¡Flotad en los aires, mirra ó cinamomo, oloroso nardo, éter, díctamo, perfumes olorosos! ¡Prados que las ondas riegan, vapores del altar, pétalos de la rosa, donde se posa la abeja; jazmin, gamon, flotantes incensarios, ramas verdes y frágiles, donde la golondrina hace nido en la primavera; azucenas que hacen abrir frescos rocíos, ámbar que Dios dora, soplo de la aurora, hálito de la tarde, perfume de la savia de los bosques, olor de la playa que se percibe de noche, ramos de flores de los altares, llama solemne de las siete lámparas de oro, espíritu de las rosas, flotad en los aires! ¡Fiestas, que os regocijen el incienso y la algazara! ¡Olores desconocidos, flores abiertas á las brisas de las noches, fragancias inmortales, que los arcángeles fieles traen en sus alas cuando descienden del cielo! ¡Esencias riquísimas de los vergeles de la luz; en esa augusta esfera saturais al alma que ruega sollozando, al alma del niño que suplica por su padre huérfano, cuya boca suspira como inefable lira, con voz que hace sonreir, con voz que hace llorar!

VIII.

Cuando esa alma reza, está un ángel

de pié á su lado, acariciando sus cabellos con las plumas de las alas y enjugando con sus besos los ojos empañados por las lágrimas; ángel que acudió al oir que le llamaba el niño, espíritu que sostiene el libro donde deletrea el inocente, y que espera que éste haya terminado para remontar el vuelo.

Su hermosa frente inclinada parece un vaso preparado para recibir las lágrimas que vierte el corazon infantil; el ángel recoge los lloros del cariño y los suspiros del dolor; sin cambiar de naturaleza, se llena con las espansiones del alma del niño, como el vaso de cristal se llena de agua hasta los bordes sin cambiar de color.

Sin duda para el Señor recoge el lloro del niño gota á gota y esa azucena hoja á hoja. Despues regresará á alinearse en la celestial morada, conservando esos suspiros y esos perfumes, para presentarlos como en una copa llena para satisfacer la necesidad de amor, la única sed de Dios.

Niña, en el concierto que desde la tierra saluda á Dios, tu voz es entre todas la elegida, porque, hija mia, tu voz es muy dulce, asciende hasta el cielo tan pura y espira produciendo tan cariñoso murmurio, que las vírgenes celestes exclaman al oirla:—"¡Es la voz de una hermana!„

IX.

Separada siempre del camino que sigue el pecador, anda hácia donde Dios te encamina; niña, conserva tu alegría; azucena, conserva tu blancura.

Sé humilde y nada te importen los ricos ni los poderosos, que el menor soplo arrastra; la verdadera fuerza radica en el corazon inocente. Con frecuencia Dios desprecia las altas torres, pero mira con cariño el nido de musgo donde canta una tierna voz.

Permanece en la soledad y en la pobreza; vive sin inquietud y no te preocupes más que de la eternidad. Se encuentran lejos de nuestras ciudades y lejos de nuestros dolores tranquilos y puros lagos, islas florecientes con ondas azuladas, en las que se pueden lavar los remordimientos; que poseen tal encanto, que hasta el mismo incrédulo se arrodilla en sus playas. La sombra que las inunda nos devuelve la calma y nos hace mejores; su paz es tan profunda, que jamás en sus olas se han derramado lágrimas. El dia, que deslumbrador refleja en sus llanuras, encuentra las aguas tan serenas, que apenas su celaje mancha con alguna nube.

Esos lagos que nada altera, Dios los coloca en el mundo, entre montes gigantescos, lejos del soplo fatal de los sombríos océanos, para que ningun viento árido, para que ninguna ola traidora ricen ni envenenen sus aguas límpidas, en las que se retrata el cielo.

Hija mia, alma feliz, lago de pureza, permanece en ese umbrío valle, ya que te ofrece Dios en él cariñoso abrigo. Lago que el cielo perfuma; el mundo es un mar cuyo soplo es brumoso, y su flotante espuma, si cayera en tí, haria amargas tus aguas.

X.

Y tú, celeste amigo, que custodias su infancia, que de dia y de noche le defiendes con tus alas invisibles, trípode donde su llama se enciende, espíritu de su oracion, ángel de mi niña, cisne de su lago puro;

Te la entregó Dios y yo te la confio; sosten, realza, exhorta, inspira y fortifica su frágil humanidad, para que conserve siempre, alegre ó sufriendo, la mirada pura, el alma transparente y la serenidad que hace que todo el dia, sin que ella te vea, descartando de su corazon falsos deseos y falsas pasiones, estés delante de ella adorándola, como ella está adorando á Dios.

Junio 1830.

XXXVIII.

Pau.

Si os dicen que el arte y la poesía es de la ambrosía eterno raudal, que es el



EL CANTO DEL PASTOR

ruido que levanta la multitud que os sigue, ó de rico salon la fantasía ociosa, ó la rima que huye alcanzada por otras rimas, no, no lo creais.

———

Sagrados poetas, id y derramad vuestro espíritu en las cumbres, en las cimas nevadas, que el aquilon combate; en los desiertos, donde el espíritu se recoge; en los bosques, que el otoño se lleva hoja á hoja; en los lagos que se duermen á la sombra de los valles.

———

Por todas partes donde la naturaleza brilla con su hermosura, donde la yerba nace espesa para el rebaño balador, donde las ágiles cabras muerden los citisos en flor, donde canta el pastor, sentado á la sombra de un arco antiguo; donde la cascada, impulsada por el viento, azota los peñascos, que cubre con sus brillantes lágrimas.

———

Por todas partes donde arrastra el viento un copo de lana ó una ligera pluma, ya sea en el mar, ya en una llanura, ya sea antiguo y frondose bosque, ya islas desiertas, ya lago solitario, ya encuentre montañas ó mares, ya nieve ó arena, ya olas ó tierra, en todas partes donde soplen los cuatro vientos;

———

A todas partes donde el sol poniente haga crecer la sombra, á todas partes donde los montes entrelacen sus cadenas, por donde se extiendan campos floridos, ricas ciudades, donde haya cosechas, donde cuelguen los frutos de las ramas, donde el pájaro pueda beber el rocío, id, id y cantad.

———

Id á las selvas, id á los valles, formad allí un concierto de sus notas aisladas; robad á la naturaleza, que se ostenta ante vuestra vista, ya la entristezca el invierno, ya la alegre el verano, la palabra misteriosa que murmura toda la naturaleza.

———

Todo lo llena Dios. El mundo es su templo; es su obra viva, en la que todo le escucha y le contempla, todo le habla y le canta; Él es solo y único. En su creacion todo sonrie y está alegre; la estrella que le mira es una llama y la flor que se agita es un perfume.

———

Sublimes vates, embriagaos de la beldad del mundo, de los céspedes, de los arroyos, del follaje, de las primeras flores que tempranamente produce Febrero, del agua, del aire de los prados.

———

Hermanos de las águilas, apasionaos de las montañas salvajes, copiad sobre todo á la naturaleza en los momentos en que un viento borrascoso, aumentando el ronco zumbido, en lontananza llena el espacio de nubes y de sombras é inclina al borde de los precipicios sombríos los sacudidos árboles.

———

Contemplad la pureza divina del amanecer, cuando la neblina aun inunda los campos; cuando la frente, escondida aun entre el ramaje, levanta el sol, como si fuera la cúpula dorada de un palacio de Oriente que se aproximara.

———

Contemplad el ocaso; cuando en la sombra el oscuro paisaje, lleno de innumerables sombras, se borra; cuando el monte, que yergue la altanera cumbre, parece en aquella semi-oscuridad un gigante acostado, que, apoyándose sobre su codo, mira y piensa.

———

Si encerrais en vuestros espíritus un mundo interior de imágenes, de ideas, de sentimientos de amor, de pasiones ardientes, para fecundar ese mundo trocadle sin cesar con el otro universo que os inspira, y confundid vuestra alma con la creacion.

———

Oh poetas! El arte es el acento sublime, sencillo, diverso, profundo, misterioso, íntimo, fugitivo como el agua, y que como ella se desvia con facilidad, que se reproduce como un eco en todas las criaturas, y que, pulsado por vuestros poderosos dedos, se exhala de la inmensa lira de la naturaleza.

8 Noviembre 1831.

XXXIX.

Antes que mis canciones queridas, jóvenes y perfumadas, hubiesen sufrido la afrenta del mundo, apartadas del pueblo ingrato que las pisotea, florecian y se

multiplicaban verdes y frescas en mi imaginacion.

Hoy, del árbol desprendidas, son flores que secó el aquilon, y que vuelan desparramadas, sucias de fango ó de polvo, á la merced de las olas ó á la merced de los vientos.

Como hojas marchitas, las veo deshojadas caer en el suelo; y la multitud que me rodea, poniendo sobre ellas los piés, pasa y se rie al ver al árbol desnudo.

6 Setiembre 1828.

XL.

Toi vertu pleure si je meurs!
ANDRÉS CHENIER.

Voy á decir la última palabra y á cerrar para siempre este libro, que será en lo sucesivo extraño á mi pensamiento. No escucharé lo que diga la muchedumbre; porque, ¿qué le importa al manantial á dónde van sus olas? ¿Qué me importa á mí, teniendo la vista fija en el porvenir, á dónde vá el viento de otoño, cuyo soplo seca, y que pasa llevando en sus inquietas alas las hojas de los árboles y los versos del poeta?

Soy jóven todavía, y aunque en mi frente, en la que germinaron tantas obras y tantas pasiones, trace cada dia que pasa una arruga más, como un surco que abre en ella el arado de mi pensamiento, en el curso de mi vida no he visto pasar aun treinta veranos. Soy hijo de este siglo. Cada año un error se desvanece de mi espíritu; con asombro y desengañado de todo, solo ya rindo culto á la santa pátria y á la santa libertad.

Profeso ódio profundo á la opresion. Me indigno cuando oigo en cualquier sitio del mundo, bajo el reinado de un rey déspota, que pide socorro un oprimido pueblo; cuando veo entregada á los verdugos turcos por los reyes cristianos la Grecia, nuestra madre, que agoniza; cuando vertiendo sangre la Irlanda espira clavada en la cruz; cuando la Germania se debate encadenada por diez reyes; cuando Lisboa, antes feliz y hermosa, pende de la horca, rindiendo el cuello á Miguel; cuando sufre el gobierno de Albani el pais de Caton; cuando Nápoles come y duerme; cuando con su baston, pesado cetro que el miedo diviniza, el Austria rompe las alas al leon de Venecia; cuando estrangula á Módena el archiduque; cuando Dresde lucha y llora al pié del lecho de un rey caduco; cuando Madrid se adormece con sueño letárgico; cuando Viena retiene á Milán; cuando al leon de Bélgica, inclinado como el buey que abre el surco, no le quedan dientes para romper su mordaza; cuando un horrible cosaco enfurecido viola á la infeliz Varsovia, y manchando su sudario, profana á la pura doncella que está tendida en el sepulcro. Poseido de este ódio, maldigo irritado á esos reyes, que enseñan sus corceles manchados hasta el vientre de sangre. Comprendo entonces que el poeta debe ser su juez; comprendo que la musa, indignada, puede atarles á su trono, como si los atara á infamante picota, y hacer una argolla de su cobarde corona, y marcar en la frente á esos reyes con versos que lea el porvenir. La musa debe proteger á los pueblos indefensos; en estos casos olvido el amor, la niñez, la familia, abandono el ócio y los cantos halagüeños, y á mi tierna lira añado una cuerda de acero.

Noviembre 1831.

FIN DE HOJAS DE OTOÑO.

CANTOS DEL CREPÚSCULO.

PREFACIO.

La poesía que encabeza esta coleccion indica el pensamiento que entraña. El preludio explica los CANTOS DEL CREPÚSCULO.

En la actualidad, las ideas y las cosas, la sociedad y el individuo, pasan por un crepúsculo. Cuál sea éste y qué vendrá detrás de él, es la cuestion más árdua de todas las que se agitan confusamente en este siglo. La sociedad espera que todo lo que está en su horizonte se ilumine ó se extinga completamente. Nada más diremos sobre esto, y tambien seremos parcos en palabras respecto á esta coleccion. ¿Para qué hemos de hacer notar el hilo casi invisible que liga este volúmen de poesías á los libros precedentes?... Ofrece el mismo pensamiento con otras inquietudes, las mismas olas con otros vientos, la misma frente con otras arrugas, la misma vida en otra edad.

El autor no insiste sobre esto; solo deja subsistir en sus obras lo que es personal, por ser muchas veces un reflejo de lo que es general; no cree que su *individualidad*, como se dice hoy dia, valga la pena de estudiarse más que bajo de este concepto, por lo que cualquiera idea que se forme de ella solo se entreverá confusamente en sus libros. Lejos está el autor de creer que las partes de que constan, particularmente éste, puedan considerarse como materiales positivos para escribir la historia de cualquier corazon humano: hay muchas fantasías en este volúmen.

Lo que principalmente ha tratado de expresar en esta coleccion, lo que en ella más ha preocupado al autor es el estado extraño y crepuscular del alma y de la sociedad en el siglo en que vivimos: es esa bruma exterior, esa incertidumbre interior; es esa semi-claridad que nos rodea; por eso se encuentran en este libro las esperanzas confundidas con las dudas, cantos de amor entrecortados por lamentos, cierta serenidad compenetrada de tristeza, abatimientos que se regocijan de repente, desfallecimientos que cobran bríos, esa tranquilidad que sufre, esas turbaciones interiores que se conocen apenas en la superficie de los versos, los tumultos políticos contemplados con calma, esos retornos religiosos de la plaza pública á la familia, el temor de que todo desaparezca y nos deje en la oscuridad, y algunos momentos la gozosa y ardiente fé en el progreso eterno y posible de la humanidad.

En este libro, indigno de ocuparse de objetos tan grandiosos, combaten todos los enemigos; la duda y el dogma, el dia y la noche, el punto sombrío y el punto luminoso, como en todo lo que se presenta ante nuestra vista, como todo lo que pensamos en este siglo, en nuestras teorías políticas, en las opiniones religiosas, en la existencia doméstica, en la historia y en la vida que llevamos.

La última palabra que añade á lo dicho el autor, es, que en esta época de espera y de transicion, en esta época en que la discusion está tan encarnizada y tan llevada á su último extremo, en la que solo se escuchan, se comprenden y se aplauden estos dos monosílabos, sí y no, no pertenece á los que niegan, ni á los que afirman, sino á los que esperan.

25 Octubre 1835.

PRELUDIO.

¿Qué nombre darte, época de transicion en que nos encontramos? Baña todas las frentes lívido sudor, y en las alturas del cielo, lo mismo que en el corazon de los hombres, se confunden las tinieblas con las claridades.

Creencias, esperanzas, pasiones, desesperacion, nada de esto está iluminado y nada de esto está oscuro; y el mundo, sobre el que flotan las apariencias, se vé cubierto de una sombra en la que todo reluce.

El ruido que produce esta sombra ensordece el pensamiento; todo se confunde en ella, desde el canto del cazador hasta el extremecimiento de la hoja que roza el aire y que oculta un nido ó que tapa una flor.

Todo se confunde en ella; los que se extravían en los senderos y buscan su camino al través de los campos; las cañas verdes que frotan unas con otras sus lucientes hojas; los ángelus lejanos que dispersan sus sonidos en los cielos;

La yedra extremeciéndose en las hendiduras de las bóvedas; el aquilon atacando al marinero que perece; los carros embarazados en las vueltas de los caminos, enganchándose por el eje, como nosotros por el espíritu;

El pordiosero que camina extenuado; el que se entrega á Satanás ó el que se entrega á Jehová; el clamor de los transeuntes que se pierde á lo lejos; la voz del corazon que siente, el ruido de los pasos que se disipan;

Las olas, que tú solo, Dios, cuentas; el viento que huye; el pedrusco que el arroyo lava, y todo lo que, para realizar los vanos proyectos del hombre, la reja dice al surco y la rueda al empedrado;

Y la barca, dentro de la que en la oscuridad se oye una lira y que abandonando las playas se entrega á la corriente, y el órgano de los bosques que suspira en las montañas, y el murmullo de voces que se escapa de las ciudades;

Y el hombre que gime y que duda; porque en este siglo, víctima de sonrisas burlonas, todas las convicciones al poco tiempo depositan la duda, que son las heces del fondo del corazon.

Y de esos ruidos diversos sale el extraño canto, temible ó propicio, que entona nuestra época que trabaja, como sepulturera ó como nodriza; que prepara un monumento ó que cava una tumba.

El Oriente! ¿qué veis en el Oriente, poetas? Volved hácia allí los ojos y los espíritus.—"Ay! respondieron las voces de aquellos, durante mucho tiempo mudas; vemos nacer allá abajo un dia misterioso;

„Un dia misterioso en el callado cielo, que blanquea el horizonte por detrás de las colinas, semejante al lejano fuego de una fragua nocturna que se distingue antes de oir el ruido que hacen los martillos.

„Pero ignoramos si esa aurora lejana

anuncia del verdadero dia el ardiente sol, porque sobreviniendo en la oscuridad esa hora inesperada, lo que creemos Oriente puede ser Occidente.

„Quizás sea una noche lo que tomamos por una aurora; quizás ese sol que el hombre desea ver ascender y derramar sus rayos en el horizonte, quizá ese sol que esperamos ver salir, es un sol que entra en su ocaso.„

Señor! ¿es verdaderamente una aurora que alborea? Nuestra ansiedad crece de punto á cada instante. ¿Vemos demasiado ya, no vemos bastante aun? Señor, ¿eso es el fin ó el principio?

Se extiende por el alma y por la tierra espantoso crepúsculo. Los ojos que ha de alumbrar, en otro universo, ese desconocido sol, que viene ó que se vá, ¿están cerrados ya, ó no se han abierto todavía?...

Ese confuso tumulto, que para nuestros espíritus quizás es el ruido que hormiguea en todos los lugares, de alas que en todas partes se disponen á volar, quizás lo produzca en estos momentos el mundo, que dice: Adios!

Ese tumulto confuso que hiere nuestros oidos, puro algunas veces como un hálito y delicioso como los sonidos de un laud, quizás lo ocasiona un edén que se despierta. Quizás en estos momentos el mundo dice: Salvacion!

Allí el árbol se extremece; ¿de alegría ó de tristeza? Allí canta el pájaro; ¿llora ó rie? Allí habla el Océano; ¿está contento ó teme? Allí el hombre murmura; ¿canta ó se queja?

Viendo tan poca claridad, ningun alma está tranquila. Sentado en un banco, apoyado en la pared, se encorva el anciano sacerdote, y apenas su vista en la luz del dia nebuloso deletrea el libro oscuro.

En vano, sacerdote, piensas y te esfuerzas en tu trabajo. El hombre no comprende ya lo que Dios le reveló. Por todas partes, de los sentidos dudosos se erizan los matorrales; la amenaza está aquí bajo, pero la promesa está allá arriba.

Qué importa! Sin saber cuál será nuestra suerte, dormidos ó despiertos, el destino nos arrastra; ya sea para morir, ya sea para vivir, nuestro siglo no tiene más remedio que cumplirlo.

El horizonte, que llena murmurio vago y sonoro, ¿debe palidecer pronto, debe pronto enrojecerse? Espíritu del hombre, espera en estos momentos que la sombra vaya á descender ó el astro vaya á surgir.

Vuelto como los demás hácia el Oriente incierto, recogiendo todos los ruidos fatales ó gratos, los murmullos de las alturas, que responden á los nuestros, y los suspiros y los rumores de todos, el poeta, en sus cantos amargos, refleja, como eco triste y sereno, todo lo que el alma sueña y todo lo que el mundo canta ó balbucea, esperando.

20 Octubre 1835.



CANTOS DEL CREPÚSCULO.

I.

Versos escritos despues de Julio de 1830.

I.

Hermanos mios, tambien contais con jornadas gloriosas, con victorias coronadas de flores, con cívicos laureles, con muertos enterrados, con triunfos tan halagüeños en la aurora de la vida y con estandartes jóvenes, pero ya agujereados, y capaces de causar envidia á las veteranas banderas de Austerlitz.

Podeis estar orgullosos, que equivaleis á vuestros padres. Habeis sacado vivos del sudario los derechos del pueblo, que conquistó despues de muchas guerras. Julio os dió, para salvar á vuestras familias, tres de esos hermosos soles que incendian Bastillas; vuestros padres no vieron brillar más que un sol.

Sois sus dignos hijos; su sangre que corre por vuestras venas y su alma que habeis heredado, os dan valor heróico. Continuásteis lo que ellos comenzaron; vuestra madre es la fecunda Francia, que cuando le parece, para servir de ejemplo al mundo, hace pasar un siglo en un dia.

La Inglaterra está celosa como la Grecia homérica; toda la Europa os admira; la jóven América se levanta y os aplaude desde las playas de sus mares. Tres dias os han bastado para romper vuestras ligaduras; sois descendientes de una raza de bravos, sois hijos de gigantes.

Por vosotros trazaron ellos el círculo triunfal de planos de batallas, el camino victorioso que, saliendo de Francia, para abarcar el mundo, y pasando por Moscou, por Cádiz, por Roma y por el Cairo, vá desde Jemmapes hasta Montmirail.

Sois los hijos de los belicosos liceos, en los que aplaudísteis nuestras pasadas victorias, en los que buscábais descanso á la sombra de los pliegues de un estandarte; por los que con frecuencia Napoleon, absorbido en su gran pensamiento, pasando, cruzado de brazos, por vuestras espesas filas, os imantó con sus miradas.

Aguila, que ellos debian seguir! Aguila de nuestro ejército, cuyas sangrientas plumas están dispersas en muchos sitios; tú que los cobijaste bajo tus alas paternales, contémplalos con júbilo; eres madre que debes estar satisfecha, porque has dado á luz tan bravos aguiluchos.

II.

Cuando, asustada nuestra ciudad, se despertó una mañana sorprendida y agarrotada, prendida en una red de inícuas leyes, cada uno de vosotros exclamó:—"Esto es una infame traicion! Los pueblos tienen su mañana. Para hacerles perder el camino no basta que una mano desleal le cambie el letrero indicador.

„Cuando la palabra brilla, destruye los imponentes obstáculos. Verdad, tú sabes cómo los dientes destrozan las mordazas; puede un rey cerrarte su Louvre, apagar tu llama ó hacer que la extingan sus criados, pero esa llama abrasa al que la toca, y tu boca no se puede cerrar como la puerta de un palacio.

„¿Dejaremos que todos nuestros adelantos, que el progreso que debemos á nuestros padres, que el trabajo de la raza humana, se pierdan para nosotros en un momento? ¿Dejaremos que nos arrebaten las leyes y las Constituciones? ¿Veremos impasibles que derriben encarnizados, como si fuera un edificio efímero, tu obra de cuarenta años, laboriosa Libertad?

„¿Por semejantes hombres se han blandido las espadas desde el Norte al Mediodía? ¿Por semejantes hombres se han sembrado de cadáveres los campos de batalla? ¿Por semejantes hombres nuestros heróicos padres han sobrepujado en valor á los griegos y á los romanos?

„¿Los insensatos que cometen semejantes atentados, no ven que desde que su poder se eleva el horizonte está más negro? ¿En la ceguedad de su locura no ven que está rebosando la copa, que se les espía desde lejos, que en lontananza relampaguea, y que el leon popular se mira siniestramente las uñas?„

III.

Todos se sublevaron; el hombre, el niño, la mujer: todos los que tenian alma, todos los que podian disponer de sus brazos, todos acudieron. Tumultuosamente la ciudad se lanzó con ímpetu noche y dia contra batallones enteros. Inútilmente las balas, la metralla, los obuses y los cañones desgarraban las entrañas de la ciudad; lienzos de pared y edificios caian arruinados; á las puertas de las casas habia montones de muertos; las bocas de los cañones desde lejos abrian brechas en la multitud; pero ella volvia á cerrarse compacta como un mar, y con su ardiente resuello aumentaba el gentío de los arrabales y el toque de rebato sonaba en todos los campanarios.

IV.

Tres dias, tres noches en aquella fragua el pueblo se encendia en fuego, destrozando la banda bearnesa con el hierro de la lanza de Jena. En vano diez legiones se lanzaron con ímpetu en el formidable foco, que caballos y ginetes se fundieron en él como ramas secas que arden en un brasero.

¿Cómo conseguiste apaciguar tu cólera, soberana ciudad, que venciste en tres dias? ¿Cómo conseguiste, rio popular, volver á entrar en tu lecho y volver á seguir tu curso? Tierra que temblabas al furor tempestuoso de la venganza de la multitud, ¿cómo conseguiste ser inteligente, cómo conseguiste elegir al castigar?

Es que habia muchos corazones estóicos entre vosotros los ciudadanos; es que la heróica juventud combatia á vuestro lado. En adelante, para todas las ocasiones estareis unidos por un alma comun, por el alma que brilló en todas vuestras hazañas. Os honraron esas jornadas: ayer érais una multitud, pero hoy ya sois un pueblo.

A pueblo semejante han embestido los audaces consejeros del perjurio, que son las calamidades que la Providencia envia en dias determinados á los últimos reyes de una raza fatal. ¡Desgraciados los que creen, ciegos en su profundo error, que pueden apoderarse de la libertad del mundo, como de un pájaro al que se le tiende un lazo!

No oculteis nada de lo que pasó. Las cicatrices embellecen las frentes de los soldados. Dejemos que conserve la ciudad herida las cicatrices del combate.

Llenemos con sus heróicos muertos los sepulcros del Pantheon; no borremos ningun recuerdo; restituyamos su tumba á Luis XVI y su Columna á Napoleon.

V.

Dejadme llorar á la raza muerta que trajo el destierro y que el destierro se volvió á llevar. Acompañemos al menos hasta las fronteras á los antiguos reyes de nuestros padres. ¡Rinde, bandera de Fleurus, los honores militares á la oriflama que se vá!

No pronunciaré palabras que puedan ofenderles; no quiero que les maltrate la despedida de la lira; no he de ultrajar al anciano que camina hácia el destierro; no debo ensañarme con el caido; no quiero apretar la corona de espinas que la mano de la desgracia puso sobre sus cabellos blancos.

Cuando son desventurados, mi voz apenas termina el himno que elevó á sus dolores, cuya cadena se prolonga. En mis cantos bendigo siempre al destierro y á la tumba, y mientras que los demás saludan la aurora de un nuevo reinado, mi poesía irá de duelo mucho tiempo aun desde Santa Elena hasta San Dionisio.

Pero que sirva de leccion fatal y eterna á esos pigmeos, que son extranjeros en la tierra natal, que hacen reinar á los reyes por satisfacer sus ambiciones, y que, petrificándolo todo bajo su grupo inmóvil, acurrucados, atormentan con su soplo débil la ceniza aun caliente de las revoluciones.

VI.

Magnífico se os presenta el porvenir, juventud de Francia, jóvenes amigos mios; un siglo puro y pacífico se abre paso ante vosotros. Cada dia traerá una conquista. Veremos majestuosamente, desde la base hasta la cumbre, montar de escalon en escalon á la irresistible libertad.

Vuestros gigantescos padres fueron fuertes y generosos. Intimidadas las naciones, se pusieron bajo su custodia; tan victoriosos fueron en la guerra, que todos los pueblos proclamaban el nombre de Francia, abandonaban sus antiguos hábitos y acudian á cubrirse con la sombra de Napoleon.

A vosotros os impulsa esa noble ambicion. Conseguid que en todas partes sea libre el pensamiento y que cada nacion sea soberana de sí misma. Enseñad la libertad á los que viven en la noche sombría, alumbradles el camino, guiad sus pasos y haced que hácia ese sublime objeto se dirija el género humano.

Que el espíritu, segun sus deseos, siga con más libre vuelo á las artes, á la poesía ó á la ciencia; que para todo el que lo implore, el trono tenga eco sonoro; que, para hacer al rey más digno, aumente y repita sin cesar todos los consejos de la prudencia y todas las quejas de la desgracia.

Sacerdotes, id á rezar ante las fosas; ¿qué vais á hacer en las catacumbas con relucientes vestiduras de púrpura y de oro? Id allí, pero sin lujosa mitra, sin vana pompa, sin ocupar un trono en esos sitios sagrados, que solo requieren oraciones y limosnas; una cruz de madera y un altar de piedra basta para los hombres, como basta para Dios.

VII.

Desde hoy en adelante, si os dedicais solo á encaminar bien las almas, si sois pobres como el pueblo y modestos como las mujeres, nada debeis temer; la Iglesia es vuestro puerto de refugio: cuando durante mucho tiempo gruñe la boca del Vesubio, cuando la espumosa lava asoma roja á sus labios,

---

Nápoles se conmueve; lloroso el pueblo y asustado, corre, se postra ante la tierra convulsiva, y pide al volcán colérico que le tenga compasion; pero él no le hace caso, y lanza salto contínuo de ceniza y de humo, que se agranda sin cesar sobre la inflamada cima.

De repente brilla un relámpago; fuera del inmenso cráter salta frenéticamente la erupcion, y ¡adios fronton griego y templo toscano! Las llamas, las llamas

con su fuego pintan las velas de color de púrpura, y se esparce la lava como una cabellera por las espaldas del volcán.

Corre la lava profundamente, esa lava que fecunda los campos y que abre puertos en las olas; mar, playas, archipiélagos, todo se extremece á un tiempo; las ígneas olas ruedan rojas y humeantes y los palacios de Nápoles tiemblan, como las hojas de los bosques cuando sopla el huracán.

Prodigioso caos! Las calles se llenan de ceniza, la tierra vuelve á vomitar las casas desaparecidas, cada techo extraviado choca con el techo próximo, el mar salta en el golfo, la llanura se enciende y los gigantes campanarios, conmoviéndose hasta su base, tocan involuntariamente á rebato.

Dios así lo quiere; destruyendo las ciudades, llenando los valles de escombros, borrando las islas, trastornando mar y tierra, perdona el Vesubio, cerca de su cráter, á la humilde ermita, en la que, arrodillado, reza un anciano sacerdote.

10 Agosto 1830.

II.

A la Columna.

Muchos diputados pidieron que la Cámara interviniese para hacer trasladar las cenizas de Napoleon á la Columna de la plaza de Vendôme. Despues de corta deliberacion, la Cámara pasó á la órden del dia.

(Cámara de los diputados. Sesion del 7 de Octubre de 1830.)

I.

Cuando edificó con sus manos colosales ese pilar enorme para su trono, apoyado por la Europa que era su valla; ese bronce ante el que todo es polvo y arena, sublime monumento, dos veces imperecedero por su construccion y por su gloria;

Cuando le construia, para que un dia en la ciudad la guerra extranjera ó la guerra civil se estrellasen en él y para que palidecieran en nuestras plazas los frágiles herederos de César y de Alejandro, proporcionó ese espectáculo magnífico.

El recorrió la tierra, seguido de sus veteranos, que constituian su nacion militar, y cuyos nombres conocia; los reyes huian ante él, los reyes no tenian su talla; les vencia y recorria los campamentos enemigos espigando todos sus cañones.

Despues regresaba con su gran ejército, embarazando con su botin el paso de la Francia y su Louvre de granito, y los parisienses le recibian con locas aclamaciones de júbilo, como los aguiluchos reciben al águila cuando vuelve á su nido con la presa.

Y lanzando con el pié todo ese metal sonoro, iba á visitar el inmenso recipiente, donde hervia aun en estado líquido el monumento cuyo molde forjó su pensamiento, y en su foco ardiente lanzó sin descanso los cañones enemigos.

Despues volvia á salir á ganar otras batallas; despojaba otra vez á sus enemigos de las cureñas dispersas, y transportando el bronce cogido á la Roma francesa, preguntaba á los fundidores que se inclinaban hácia el horno ardiente:—Teneis bastantes?

El ideó este monumento; los fuegos del polígono, la bomba, el sable y el oro de la dragona fueron sus primeros juegos: siendo general, como de un juguete se apoderó de las pirámides; siendo emperador, tuvo el deseo de realizar algo más grandioso,

---

Y construyó esa Columna.—Con su mano romana torció, mezclando en su colosal monumento todo un siglo famoso, á los Alpes, que se inclinaron á su paso; al Nilo, al Rhin, al Tíber, al brillante Austerlitz, al frio y brumoso Eylau.

Porque, como el antiguo Encélado, probó á escalar el trono universal, removiendo la tierra y el cielo y amontonando durante veinte años á Wagram sobre

Marengo, á Champaubert sobre Arcole, á Pelion sobre Ossa.

Cuando pasaste grave y sereno en inolvidable dia por la plaza de Vendôme, héroe que adoraba el pueblo, y tranquilo descubriste tu magnífico monumento, que contenia con gesto pacífico á tus cuatro águilas de bronce;

Cuando á tu alrededor bullian innumerables vasallos, como se estrechan alrededor de Pablo Emilio los niños romanos, yo, niño tambien entonces de seis años, colocado en primera línea ante tu paso y deseando ver tu fisonomía, te aplaudia entusiasmado.

¡Quién te hubiera dicho entonces, al contemplarte colocado en la cima de la Columa, soñando todavía en porvenir más deslumbrador, que llegaria un tiempo que habrias de sufrir la afrenta de que muchos abogados pleitearan para que ese monumento no encerrara tus cenizas!...

II.

Espera, loca juventud, que no es hora todavía. ¿A qué viene hablarnos de Arcole, de Wagram y del Tabor? Porque haya mandado un ejército, porque se haya apoderado de algunas ciudades, ¿creeis que vá á debilitarse la Europa, si él aumenta alrededor de su tumba el número de jadeantes Demóstenes?

Por otra parte el cielo no está tranquilo y nos perturban fatales inquietudes; en el desigual empedrado de la ciudad aun resuenan sus pasos. ¿Por qué tributarle esos honores supremos? ¿Por qué edificarle un templo? ¡Somos un pueblo extraño! ¡Dejad pasar á todos los grandes hombres! Napoleon vá muy de prisa.

¿Vivimos ya tranquilos y sin temor alguno? Pensaremos en ese inmortal cuando los demás héroes consigan tener sus monumentos; entre tanto, tened paciencia; que esperen sus restos humanos, esos despojos de Napoleon, que su valor se tranquilice, y mientras, que entreguen su medida al sepulturero del Pantheon.

III.

Sitiar cien ciudades, ganar sesenta batallas, llenar el universo con su nombre; no haber nada en el mundo que no consiguiera alcanzar; haber arrebatado en su bélica carrera el Kremlin al czar Pedro y el Escorial á Cárlos V; hacer pesar su recuerdo sobre nuestros enemigos asustados; devorar tan amargas lágrimas en la cárcel de su destierro; haber logrado incomparable fortuna, haberse apoderado de un cetro único, ¡y no poder comprar seis piés de tierra debajo de los cañones que conquistó!...

IV.

Podria comprenderse que naciese este temor de que la áspera libertad temiese sembrar en la ciudad sus cenizas; que fuera esa estóica vírgen la que proscribiera el nombre heróico del emperador que nació para reinar y para conquistar, que recordaba á Esparta y á Roma, y que temiera que la sombra de un gran hombre la impidiese realizar sus propósitos.

Pero no; la libertad conoce ya su fuerza. Un trono es en su poder como el muérdago en la corteza de un árbol, cuando la raza de los reyes falta al derecho jurado. Y entre nosotros hemos visto pasar maravillosamente á la raza más antigua y á la más moderna; este siglo, en menos de treinta años, ha devorado á las dos.

La Francia guerrera y apacible tiene dos hijas de la misma sangre; la una hace al ejército invencible, la otra hace al pueblo poderoso. La gloria, que no es la primogénita, ni tiene ejército, ni corona, ni pavés, ni cetro; la gloria no es falaz, y no debe asustar á su hermana mayor la libertad.

V.

Han rechazado la reliquia inmortal por envidia, porque palidecen ante ella; tienen miedo de ver á su frente al emperador y de que se eclipsen las lámparas que alumbran sus fiestas ante el sol brillante de Austerlitz.

Eso, sin embargo, hubiera sido digno.

—Si dentro de la Columna los franceses hubieran sabido que se guardaban los inmortales despojos del emperador, ¿quién sabe en una guerra civil hasta dónde éstos hubieran entusiasmado todos los corazones?

Si alguna vez el extranjero ¡oh ciudad soberana! trajera á pacer los caballos de Ukraina en tu suelo querido, sin duda alguna esos huesos hubieran germinado, dando á luz á soldados en tu recinto mudo.

Acaso, Columna, algun dia, descendiendo á tu base el peregrino pensativo y contemplando con éxtasis esos despojos mortales, arrodillado ante tí, querria pesar el polvo que un Napoleon puede dejar en el hueco de la mano.

Hubieran podido conservarse esos maravillosos despojos y contemplar en ellos el brazo fuerte, el atrevido pecho, el pié que durante doce años espoleó al mundo, el hueco de los ojos que fascinaron á las multitudes, la frente prodigiosa y el cráneo creado en el molde del globo imperial.

Entonces creeríamos oir que desde lo alto de la Columna salia el confuso ruido de armas de las batallas y de las bocas de los cañones, de los caballos relinchando, de las ciudades almenadas, de los clarines, de los tambores, el temible ruido de este grito: Napoleon!

Retóricos tímidos que acabais de vestir la toga, no quisísteis consolar á esa viuda, que es venerable para todos los partidos, y al repartiros el imperio de Alejandro, teneis miedo de una sombra, teneis miedo de los inanimados restos de un mortal. ¡Oh, sois muy pequeños!

VI.

Permanece en tu tumba, permanece en el espumoso peñasco, en el que con la rapidez de la bomba caiste caliente aun y humeante. Permanece en la isla de Santa Elena, en la que, sorprendido el hombre, vé en toda su magnitud los azares de la fortuna; permanece en la oscuridad que te aprisiona y bajo el sauce sagrado, cuyas hojas se desparraman por todo el universo.

Al menos allí duermes sin que nadie te ultraje. Con frecuencia allí te despiertan los lloros de cariño y de rabia de un soldado rojo, que se arrodilla ante tí. Desde allí puedes ver, desde lo alto de las playas, por la extension azul de las aguas, correr hácia tu roca solitaria todas las velas de los barcos, como si corriesen á buscar el verdadero centro de la tierra.

VII.

Duerme, que quizás llegará el dia en que iremos á buscarte, pues para nosotros eres un dios y nunca fuiste el señor; porque nos afecta tu destino fatal, y, ya sigamos la bandera tricolor, ya sigamos al oriflama, no estamos pendientes de esa cuerda infame que te arranca de tu pedestal.

Celebraremos por tí magníficos funerales; quizá tambien nosotros libraremos nuestras batallas; defenderemos y será respetado tu sepulcro; reuniremos ante él á la Europa, al Africa y al Asia, y llevaremos allí á la poesía jóven cantando á la libertad.

Estarás bien entre nosotros, tendido bajo tu Columna, en el poderoso Paris que fermenta y que hierve debajo de un cielo que tantas tempestades oscurecieron, debajo del empedrado sobre el que ruedan los cañones, sobre el que las legiones pasan, sobre el que el pueblo ruge como el mar.

Si el pueblo solo reserva para los tiranos los truenos y el abismo, tambien reserva para tu tumba centenaria profundo gemido, infinito y cariñoso, que conseguirá que tu sombra no eche de menos el incesante murmullo del Océano.

9 Octubre 1830.

III.

Himno.

Los que murieron heróicamente por la pátria tienen derecho á que la multitud vaya á rezar ante sus tumbas. Entre los nombres célebres su nombre será el más ilustre; comparada con la suya, todas las glorias serán efímeras y se borrarán. Como cariñosa madre la voz de un pueblo entero los mecerá en la sepultura.

Gloria á Francia! ¡Gloria á los que murieron por ella; á los mártires, á los valientes, á los fuertes, á los que siguen su ejemplo, á los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

Para los que así mueren, para conservar su memoria, el alto Pantheon eleva hasta las nubes, por encima de las mil torres de la ciudad de París, que es la reina de nuestras Tyros y de nuestras Babilonias, esa corona de columnas, que los rayos del sol doran eternamente.

Gloria á Francia! ¡Gloria á los que murieron por ella; á los mártires, á los valientes, á los fuertes, á los que siguen su ejemplo, á los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

Para semejantes muertos, en vano la noche sombría del olvido, á la que vá á parar todo lo que desaparece, pasa por su sepulcro, ante el que nos prosternamos; porque todos los dias aparece para ellos la gloria, esa alba cuya luz serena hace brillar su memoria y dora su recuerdo.

Gloria á Francia! ¡Gloria á los que murieron por ella; á los mártires, á los valientes, á los fuertes, á los que siguen su ejemplo, á los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

Julio 1831.

IV.

Bodas y festines.

La sala es grande, magnífica; la mesa es inmensa. Siempre por algun extremo empieza el mágico banquete, en el que se amontonan el oro, el cristal y la plata cincelada. En esa larga mesa tienen sitio todos los sexos y todas las edades. El veterano que ha tomado parte en cuarenta años de guerras, grave y sério; el jóven blondo á quien apenas apunta el vello, la jóven de miradas tiernas, el niño que balbucea, el anciano que tartamudea, todos comen, todos tienen apetito, y el apetito les regocija, y los que más se encarnizan con la comida son los que ya no tienen dientes y los que no los tienen aun.

Cascos, cimeras, florones, banderas triunfales, leones coronados, buitres, bucéfalos, estrellas de plata en fondo oscuro, abejas en fondo de púrpura y azucenas en fondo de azur, cadenas, todas las formas extrañas de la heráldica, como leopardos alados, águilas y grifos, se arremolinan alrededor de los convidados, se agarran á los techos, se retuercen en los arabescos de las alfombras, sumergen su atrevido pico en la copa esculpida y suspenden en los artesones cortinajes deslumbradores, que cuelgan desde las vigas del techo hasta sus cabezas, cuyas franjas soberbias las rozan, como pasan los pájaros rozando la yerba con las alas. Como en el banquete todo resuena y todo reluce, parece que se lo disputen la luz y el ruido.

Por todas las ventanas sale el rumor de la fiesta. Los convidados se ciñen la frente con coronas y ocupan un trono en el que se sienta el orgullo, llevando un cetro en la mano y una cadena en el pié; algunos quizá quisieran escaparse de allí, y el esclavo más atado es el dueño de la casa.

El poder embriagador que trueca al hombre en Dios; el amor, miel y veneno; el amor, filtro de fuego, que se compone del hálito confundido del hombre y de la mujer, de los extremecimientos de la

carne y de los sueños del alma; el placer, hijo de la noche, cuyos ojos ardientes de esperanza languidecen por la mañana y se encienden por la noche; las jaurías, los picadores, la caza, los que pasan el dia corriendo por el campo siguiendo el sonido de la bocina; los lechos de cedro y de plata sobredorada, construidos, más que para el sueño, para la voluptuosidad; los lujosísimos palacios, que al pobre envidioso hacen crugir los dientes; los parques majestuosos, en los que entre la hojarasca se distinguen las paredes, en los que de noche se oyen músicas en los estanques; el pudor de las beldades, fácilmente vencido; la justicia administrada por la cantidad de oro convenida; el terror de los pequeños, el respeto de los transeuntes; la guerra, que es lo que sazona la felicidad de los poderosos; el cañon lleno hasta la boca de metralla, que saca el largo cuello por las murallas; el regimiento en marcha, pólipo de mil piés; la gran capital, produciendo su multiplicado murmullo; todo lo que lanza al cielo, sea ciudad, sea ejército, olas de polvo y olas de humo; el presupuesto, enorme mónstruo, admirable pez al que le echan el anzuelo por todas partes y que, flotando en olas de oro, arrastra el vientre con escamas de monedas: tales son los manjares divinos que en platos dorados sirven á los convidados cien criados á un mismo tiempo, y que en los hornillos del laboratorio sombrío y subterráneo que arde en la oscuridad prepara noche y dia para el real festin ese alquimista que se llama Destino.

———

El sombrío anfitrion no quiere que haya platos vacíos, y los sirven con tal profusion, que hartan á los más ávidos; que para elegir mejor entre los sabrosos bocados tienen por consejero á su conciencia, ó lo que así se llama; compañero perspicaz, guia segura del hombre, al que por imprudencia, las nodrizas de los reyes, desde que estos empiezan á jugar, le sacan los ojos.

———

En esa larga mesa se sientan los grandes y los felices del mundo, para gozar el inagotable bienestar de su vida, para embriagarse en el espléndido festin, en el que al través de esplendores brillantes ven pasar por su imaginacion flotantes imágenes; y las risas, las conversaciones, las lámparas y los vinos producen en el alma ardiente torbellino, y la vista deslumbrada vaga alegremente desde todo lo que fluye hasta todo lo que llamea.

———

Pero de repente, mientras que los cantos y las risas hacen olvidar á los convidados el mundo exterior; en los momentos en que la mesa, la sala, los criados, los comensales y las lámparas brillan más, y la orquesta escondida difunde más alegría y más voluptuosos sonidos; en los momentos álgidos de la embriaguez y del delirio, en los que se burlan con desprecio del pueblo, que cubierto de andrajos está sentado á la puerta, suenan en la escalera repentinamente los pasos de alguno que sube, los pasos de un inesperado, que debian esperar.

———

No cerreis la puerta. Os precisa abrirla y dejar entrar al que se aparece.—Y unas veces es la muerte y otras el destierro que llega jadeante; la una con el sepulcro, el otro con una tienda; la muerte con piés de plomo, el destierro con pasos ligeros, espectro que usa traje extranjero.

———

El espectro es espantoso; entra en la sala y proyecta en todas las frentes su sombra colosal; los convidados se encorvan como los árboles al soplo de los vientos; el espectro escoge á uno de ellos, con frecuencia al que está más ébrio, le saca de la mesa, con asombro de todos, y se lo lleva cuando aun tiene los labios mojados de vino.

20 Agosto 1832.

V.

Napoleon II.

I.

Mil ochocientos once!—¡Felices aquellos tiempos en que los pueblos prosternados esperaban ante una nube sombría saber la voluntad del cielo, cuando veian conmoverse las monarquías seculares y contemplaban el Louvre, que tronaba y relampagueaba como el monte Sinaí!

———

Inclinados, como el caballo que oye venir á su dueño, se decian unos á otros:

—"Grande será el sér que nazca; mañana espera tener un heredero el glorioso imperio. ¿Qué le concederá el Señor al hombre que, superior á César, absorbe en su suerte la suerte del género humano?„

Mientras hablaban así, la enorme y brillante nube se entreabrió, apareciendo en ella el hombre predestinado; estáticos los pueblos enmudecieron, y él, levantando los dos brazos, presentó al mundo el niño recien nacido.

En cuanto el niño respiró, en la cúpula de los Inválidos ondearon extremecidas las banderas, como se extremecen las espigas al soplo de los vientos; y el primer grito del niño, que la nodriza apacigua, hizo saltar y aullar de contento á los cañones monstruosos del edificio.

Y él, orgulloso de este acontecimiento, abrió al fin los dos brazos, que hasta entonces cruzaba siempre sobre el pecho, y el niño, sostenido por las manos paternales, inundado por los resplandores de sus pupilas imperiales, lanzaba miradas brillantes.

Cuando presentó el heredero de sus tronos á las antiguas naciones y á las antiguas coronas, satisfecho como el águila que llega á descansar á una alta cumbre, exclamó con júbilo:—"El porvenir me pertenece: el porvenir es mio„.

II.

No, el porvenir no pertenece á nadie; el porvenir solo pertenece á Dios. Cada vez que suena una hora todo lo viviente se despide de nosotros. El porvenir es un misterio. Todas las cosas que nos deslumbran en el mundo, gloria, fortuna militar, corona real, brillantes victorias, ambiciones realizadas, solo se posan un momento sobre nosotros como los pájaros en las puntas de las ramas.

No; por poderoso que sea el hombre, ya ria, ya llore, nunca consigue hacerte hablar, ni que abras antes de tiempo la mano fria, fantasma mudo, sombra nuestra, espectro enmascarado, que sigues nuestros pasos y que llamamos Mañana.

Mañana! ¿Quién sabe lo que traerá mañana?... El hombre siembra hoy la causa y Dios madura mañana el efecto. Mañana es el rayo que rasga la vela, es la nube que apaga la estrella, es el ariete que bate las torres, es el astro que cambia de zona, es el trono con el terciopelo desgarrado, que deja ver su esqueleto de madera.

Mañana es el caballo que cae al suelo cubierto de espuma; mañana es ¡oh conquistador! Moscou, que se enciende de noche como una antorcha; es tu guardia veterana, que cubre de muertos la llanura; mañana es Waterlóo, mañana es Santa Elena, mañana es tu tumba.

¡Pudiste entrar en las ciudades al galope de tu corcel, cortar las guerras civiles con el filo de tu acero; pudiste barrear el altivo Támesis, tener incierta la victoria, enamorada de tus clarines; romper las puertas cerradas, sobrepujar á todos los capitanes, dar como insignia á tus ejércitos la estrella de tus espuelas; pero Dios se reservó la duracion y te dejó el espacio; pudiste ocupar todo el sitio de la tierra; pudiste tomar, impulsado por tu ambicion, la Europa á Cárlo-Magno y el Asia á Mahoma, pero no podrás nunca tomarle el Mañana al Eterno!

III.

Terrible leccion sufriste!—Cuando tu hijo recibió como un juguete la corona de Roma, revestido con un nombre resonante; cuando presentaron la temblorosa frente real ante el pueblo, maravillado de ver que un rey era al mismo tiempo tan grande y tan pequeño;

Cuando su padre para él habia ganado tantas batallas; cuando espesó las filas de sus ejércitos alrededor de la cuna del risueño recien nacido; cuando ese gran obrero habia casi casi ya reedificado el mundo, como su imaginacion soñaba;

Cuando las manos paternales lo tenian todo preparado para dotar al tierno niño de esplendores eternos; cuando tenia segura una existencia magnífica; cuando para alojar un dia al monarca hereditario, se habian abierto ya bajo de tierra

los cimientos de mármol para sus palacios;

Cuando para calmar su sed habian colocado delante de la Francia enorme cáliz, lleno del vino de la esperanza, antes que pudiera gustar una sola gota de ese licor de oro, antes que sus labios rozasen los bordes de la copa, sobrevino un cosaco que, arrebatando al niño y colocándolo á su grupa, azorado huyó con él.

IV.

El águila, una tarde, se cernia en las bóvedas azules, y una fuerte ráfaga de viento le rompió las dos alas; al caer produjo en los aires luminoso surco, y entonces todos se abalanzaron á su nido con siniestra alegría; cada uno segun la fuerza de sus dientes se apoderó de la presa; la Inglaterra tomó el águila y el Austria el aguilucho.

Ya sabeis el destino que le dieron al gigante histórico. Durante seis años en su destierro le pasaron los cerrojos los prudentes reyes, encerrando su gran figura en estrecho calabozo.

El destierro no hubiera sido tan doloroso para él si no hubiera amado algun sér en el mundo; pero los corazones de leon son los verdaderos corazones de padre, y él amaba entrañablemente á su hijo: solo conservaba en la cárcel dos cosas: el retrato de un niño y el mapa de un mundo, su corazon y su génio.

Por la noche, cuando sus miradas se perdian en el techo de su dormitorio, lo que agitaba su imaginacion, lo que le atraia de su pasado—mientras sus carceleros, centinelas colocados allí para espiar de dia y de noche el vuelo de sus pensamientos, veian pasar sombras por su frente,—

No era la brillante epopeya que poco tiempo antes habia escrito con la punta de la espada; no eran Arcole, Austerlitz ni Montmirail; ni la aparicion de las altísimas pirámides, ni el pachá del Cairo y sus caballos númidas, que mordian el pretal del suyo;

No era el ruido de las bombas y de la metralla, que á sus piés durante veinte años produjeron las batallas, desencadenado en negros torbellinos, cuando con sus manos plantaba en ese mar perturbado sus banderas en medio de la refriega, como si fuesen los mástiles de sus batallones;

No eran Madrid, el Kremlin ni el Pharo, ni la diana resonando al romper el dia, ni sus vivacs durmiendo á la luz de las estrellas, ni sus cabelludos dragones, ni sus granaderos épicos, ni sus rojos lanceros hormigueando entre las picas, como las amapolas entre la espesura de los trigos;

No le preocupaba nada de eso, sino el recuerdo de un hermoso y rosado niño, que dormia con la boca semi-abierta, mientras que con cariño su cuidadosa nodriza, enseñándole una gota de leche en el pezon del pecho, le escitaba á que se sonriese.

El padre entonces apoyaba los codos en los brazos del sillon y desahogaba el pecho que hincharon los sollozos, y lloraba de cariño.—¡Bendito seas, pobre niño, hoy desaparecido de la tierra, único sér que podias distraer su pensamiento de haber perdido el trono del mundo!

V.

Hoy los dos han muerto.—Señor, teneis derecho á disponer de los mortales. Empezásteis por arrebatar al héroe invencible; despues hiciste lo mismo con el niño; diez años os bastaron para tejer el sudario del padre y del hijo. Gloria, juventud y orgullo son los bienes que la tumba nos arrebata. Cada elemento vuelve adonde todo debe descender: el aire se apodera del humo, la tierra de las cenizas y el olvido del hombre.

VI.

Oh revoluciones! ¡Soy el último de los marineros é ignoro lo que Dios elabora en la oscuridad, debajo del tumulto de vuestras olas. La multitud se burla y os ódia; pero quién sabe cómo Dios trabaja? ¿Quién sabe si el oleaje que se extremece, si el grito de los amargos abismos, si

la tromba, si los truenos y los rayos son necesarios para la perla que producen los mares?

Entre tanto es temible esa tempestad para los pueblos y para las naciones, porque es un mar ciego y sordo el pueblo en la revolucion. Poeta, ¿de qué sirve tu cantar? Los cánticos que tu génio desmenuza caen en las olas inquietas, que no los oyen; esta bruma enronquece tu voz, el viento lleva lejos tu pluma, ¡pobre pájaro, que cantas en la punta del mástil de un buque perdido!

Larga es la noche y la tormenta eterna; el cielo no presenta ni un pequeño espacio azul; hombres y cosas, confundidos, ruedan hácia el abismo; todo abate el rumbo y se hunde en las olas, reyes en la cuna y señores del mundo. Todo se borra, todo se desliga; una ola sucede á otra, y la que pasa olvida lo mismo al Leviatán que al Alción.

Agosto 1832.

VI.

A propósito del baile del Hotel de Ville.

El Hotel de Ville ilumina lo alto de su fachada; el príncipe y mil luces brillan allí, y la fiesta de esta noche vá á resplandecer como la inspiracion en la frente del poeta sagrado. Pero esa fiesta no es, amigos mios, un pensamiento oportuno; nada obliga á que la Francia ofrezca este banquete; verdaderamente no es un baile lo que se necesita para aliviar los dolores de la ciudad.

Hubiera sido más oportuno cerrar algunas llagas abiertas de las que asustan á los hombres pensadores, apuntalar la escalera que desde bajo llega hasta arriba, aumentar los talleres, disminuir los patíbulos; hubiera sido preferible socorrer á los niños pobres que carecen de pan; hubiera sido preferible devolver el paraiso al necesitado impío, á encender arañas y á que pasen la noche despiertos algunos locos y entregados al vértigo del baile.

Reinas de nuestras casas, mujeres puras y generosas, flores que perfumais nuestros hogares, á quienes la felicidad aconseja ser virtuosas, que nunca habeis combatido contra el mal, á quienes la infame envenenadora del hambre nunca ha dicho:—"Vendedme vuestro cuerpo, esto es, vuestra alma„; vosotras en cuyo corazon reina la alegría y la inocencia, vosotras que asistís alegres á esta fiesta, mientras hay otros que están sufriendo en otras partes, porque ignorais que existen esos dolores, porque la casualidad os colocó en la esfera más alta y vivís y brillais sin ver, pues tanto os deslumbran los rayos de la felicidad, los que bajo de vosotras gimen en la oscuridad.

El príncipe, el rico, el mundo entero solo piensa en regocijaros al ver que nadais en la abundancia. Disfrutais de la beldad, de ricas galas; el susurro de las fiestas os embriaga, y como vuelan hácia la luz las mariposas, volais hácia todos los goces de la vida. Acudís á este baile sin pensar que entre la gente que os sigue, que entre la multitud que solo llega hasta las puertas, se encuentran otras mujeres, vestidas con tanto lujo como vosotras, que se adornan para venderse en las calles; que como vosotras para acudir al baile, hermosas y semidesnudas, se presentan para veros pasar, ocultando su desgracia tras burlona sonrisa, llevando flores en la cabeza, barro en los piés y ódio en el corazon.

Mayo 1832.

VII.

Señor, si quereis proteger á la Francia, no debeis consentir sus eternas luchas, ni esos tronos que se levantan y que se derriban en un momento, ni las tristes libertades que nos conceden y que nos arrebatan, ni el torrente de lágrimas, de pasiones y de ideas que esparcen en las costumbres sus olas desbordadas; ni esos tribunos que oponen una Constitucion á un abuso, ni la guerra, cada vez más sombría y más profunda, que hacen los partidos al poder y el poder á los partidos; ni la aversion de los grandes, que irrita á los pequeños; ni esos rumores, esos choques, esos clamores, esos sistemas que se fraguan en la oscuridad y que consiguen que el tumulto, el ódio y el ruido llenen los discursos, y que hacen oir por la noche, cuando queremos

entregarnos al reposo, los pesados cañones que ruedan por el empedrado.

30 Agosto 1832.

VIII.

A Canaris.

Canaris! Te habíamos olvidado! Cuando ha pasado la hora del héroe, cuando el actor sublime hizo ya llorar ó reir y pronunció las palabras que Dios le apuntó; cuando, llegando en el momento oportuno de las revoluciones, los grandes hombres acabaron de realizar sus grandes actos, brillantes ó sombríos, y vuelven á caer en la oscuridad, su nombre se extingue del mismo modo que el de los actores. Y hasta que llegue el dia en que un inspirado poeta pueda crear un mundo, se apodere de ellos y les encienda la aureola de la frente, nadie los recuerda, y la multitud clamorosa que otras veces, en el momento de verlos aparecer, los aplaudia, si se les nombra delante de ella, asombrada, pregunta: Quién es ese hombre?...

Te habíamos olvidado, Canaris, y se habia eclipsado tu gloria. Movemos mucho alboroto, pero en él no suenan aclamaciones ni cantos en tu loor; la multitud no sabe ya deletrear tu nombre ilustre; el sol de tu fama se escondió en el ocaso; ayer exclamábamos: Grecia, Atenas, Esparta, Leonidas, Botzaris, Demóstenes, Canaris...; luego llegó el entreacto, y ahora en nuestra imaginacion, que llenaba tu apoteósis, la borramos para escribir otros nombres. ¡Adios, héroes griegos! Vuestros laureles están marchitos y nuestras miradas se dirigen á otros orientes. Ya no se oye sonar tu gloria sobre el yunque de la prensa, gigante que enciende todos los fuegos, prodigioso cíclope de voz tonante, á la que más de un Ulises hizo saltar el ojo algunas veces. ¡Oh prensa! Eres un obrero que te despiertas todos los dias y que deshaces con frecuencia lo que hiciste el dia anterior; pero ya que es así, forja al menos con tus manos soberanas una armadura de bronce para todo lo que sea justo.

Te habíamos olvidado; pero, ¿qué te importa? Te resta, notable marino, el oleaje que te arrastra, tu navío, el viento propicio y la estrella de la tarde, que te vé partir. Te resta la esperanza, el azar, las aventuras, tus viajes, el cambio eterno de objetos y de lugares, la gozosa llegada y la gozosa partida; el orgullo que siente el hombre libre de vivir en un brick fuerte, ligero y bien provisto, ya tenga que franquear sinuoso estrecho, ya le meza suavemente sereno el Océano, ya le combatan los aquilones y las tempestades.

Te quedan ¡oh griego! el cielo limpio y el mar azul, tus ligeras águilas que de un vuelo andan una legua, tu sol puro en todas las estaciones, la tranquila belleza de los tibios horizontes, tu idioma armonioso y sensual, que con el transcurso del tiempo ha participado de las lenguas de Italia, el idioma de Homero, en el que el Dante ha mezclado algunas palabras. Te quedan tus tesoros de hombre libre; el largo fusil esculpido, el yatagán espléndido, los anchos calzones de hilo, los caftanes de terciopelo rojo y de oro. Cuando tu navío huye por el mar, costeando orgulloso playas famosas, te queda el goce de entrever, ya un fronton blanco en las brumas de la tarde, ya en un sendero próximo al mar á una mujer de Tebas ó de Salamina, campesina de lindos ojos, que vá á vender trigo y que aguija á una pareja de bueyes, sentada sobre un carro homérico, como la antigua Isis en los bajo-relieves de Egino.

Octubre 1832.

IX.

Sola al pié de la torre, de la que sale la voz de su señor, cuya sombra aparece á cada momento en el umbral de la puerta, acostumbrada á ver que el esposo se convierte en verdugo, pálida y arrodillada en el suelo, estás, triste Polonia, vencida y atada y próxima á morir. Tus manos blancas estrechan sobre tu pecho un crucifijo empapado en tu sangre. Los bachkirs (1) han pisoteado tu manto real, que conserva aun impresos los clavos de sus sandalias. Cada instante se oye rugir una voz, el ruido de pasos, y se vé relucir un sable; y tú, cogiéndote á los muros, que bañas con tus lágrimas, y levantando los moribundos brazos, la decaida

(1) *Bachkirs*: pueblos que viven al pié del monte Oural, al Sudeste, entre el Oural y el Volga.—(N. del T.)

frente y los ojos que empaña ya la sombra de la muerte, exclamas:—"Francia, hermana mia, ¿no quieres venir á defenderme?„
Setiembre 1835.

X.

Al hombre que vende á una mujer.

Es una ignominia, no solo para esta mujer, que fué sagrada para todos, de corazon débil, pero de alma grande, sino tambien para él, porque significa la deshonra de su nombre en el porvenir, los blancos cabellos de su padre infamados, la profanacion del pudor público; es el honor, es la fé, es la compasion, es el juramento lo que ese judío cobardemente vendió.

Judío, los impuros mercaderes á los que vendiste su alma esperarán mucho tiempo, antes que otro hombre más infame vaya á reclamarles el fondo del saco lleno de oro que hicieron vomitar sobre tí.

Eres más que judío, eres un inmundo pagano, un renegado, oprobio y escoria del mundo, un apóstata, un traidor extranjero, que nos hace pensar que, despues de los trastornos y de las guerras civiles, queda aun algun bandido, algun forzado, que quiere morder en Francia el pan de la traicion.

¿No comprendiste, miserable, que siempre debe mirarse con respeto á los proscriptos; que no se debe golpear al pecho que nos alimentó; que una hija de reyes, de la que fuimos vasallos, no debe ponerse en venta en un infame antro, y que, aunque dejó de reinar, no dejó de ser mujer?

Vuelve á la oscuridad donde se ocultan todos los mónstruos infamantes, que desde hace cuarenta años babean nuestras ruinas; vuelve á tu cloaca y no asomes nunca la cabeza á la luz del dia; y como el humo que abandonado á los vientos infecta y todos al pasar cerca de él lo evitan, vague tu vida á la ventura de ribera en ribera. No hables, que acabas de vender el tesoro del honor, y no puede haber escusa alguna para tu crímen.

Sin encontrar jamás techo que te abrigue, anda como otro judío errante, anda cargado con el oro que se vé relucir entre los dedos de tus manos mal cerradas. Todos los bienes del mundo como maduros racimos penden de las parras de tu camino, porque en la tierra el rico todo lo consigue, escepto el honor, porque el honor no se compra. Apresúrate á gozar, maldito, y anda sin tregua, y que todos, al verte pasar, exclamen:—"¡Ese es el cobarde!„ Anda! sin tener otro compañero que tu remordimiento. Anda! El desprecio público, que es la sombra de la bajeza, de año en año crece y rechaza sin cesar, haciéndose cada vez más espeso para los traidores perversos, como las hojas se espesan más cada vez en los abetos, que están siempre verdes.

Cuando llegue el dia en que la celada de la muerte, que se abre de repente para los mortales, espantado, te haga pasar de la vida á la realidad sombría, eterna é inmóvil; cuando cada vez más solo y más débil te agarres inútilmente á tu tesoro; cuando la muerte te se acerque, estando acostado sobre un monton de oro y vacíe bruscamente tu mano llena y crispada, con la facilidad que el hombre abre la mano de un niño, entonces, en el abismo adonde descienden los traidores, unos súcios de cieno, otros manchados de sangre, caerás perdido en la playa fatal que imaginó el Dante, caerás condenado y sumido en la desesperacion, para que tu crímen no quede impune y para que tu alma, vagando entre las otras almas, sea la más abyecta entre las más infames! Cuando los hombres falaces, cuyos repugnantes nombres escribió la historia, te vean entre ellos, esos hombres, que el oro hizo cometer toda clase de delitos, á los que todos los pueblos, al pasar, escupen en la cara, los más desconocidos como los más famosos, que conservan aun en los labios la huella de un beso traidor, Judas que vende á su Dios, Leclerc que vende á su ciudad, grupo de miradas bizcas, raza ingrata y vil, todos ellos te recibirán con alegría, y Louvel, indignado, se negará á estrecharte la mano.
Julio 1835.

XI.

Príncipe, permitidme que os recuerde vuestra memorable accion, independiente de la alta esfera que ocupais. Un padre con sus hijos, envueltos en profunda oscuridad, corrian á perderse en el fondo de un abismo de dolores, el padre en el crímen y las hijas en la deshonra. Como viajeros extraviados durante la noche se llaman unos á otros de un extremo á otro de la montaña; en la pendiente del abismo se dirigieron á vos, llamándoos; yo tambien os llamé y os dije:—"¡Esos infelices extraviados van á caer en el precipicio; tendedles la mano, socorredles!—Vos os inclinásteis á la orilla del camino; sin preguntar sus nombres les tendísteis las manos, los salvásteis, y á mí, á quien pensativo contemplábais, me dísteis las gracias.

Eso es noble, eso es grandioso, señor. —Recogidos bajo la tienda de campaña que os dignásteis desplegar para ellos, están allí recobrando la esperanza, la fuerza y el valor, y procurando entrever, merced á los rayos de vuestra gracia que agujerean su oscura nube, horizonte menos triste para proseguir su camino. Ese grupo, extremecido aun, por vos se libra de la perdicion, y como el pájaro que mojó la tempestad, se abriga en una encina, esperando para volar que se le enjuguen las alas.

Jóven de corazon real, obrad siempre de este modo: abrid siempre la puerta al pobre; tended siempre la mano al borde del abismo, en el que cae la desgracia y del que sale convertida en crímen; sed la llave santa que muchas veces sustituye á la antorcha que abre la esperanza y cierra la tumba.

Sed el refugio, el apoyo, el techo y el puerto, que así conseguireis que derramen en vuestras manos lágrimas de cariño el desterrado, la jóven que vá á extraviarse, el anciano necesitado y los niños que tiritan de frio y carecen de madre y de pan.

Como la altiva nube, que en vuelo sublime deja que le roben su flúido tesoro las flechas de hierro que se levantan hácia el cielo, es el dichoso príncipe, de caritativos sentimientos, que vé á lo alto de la esfera dirigirse todo su oro hasta llegar á las manos de los necesitados.

15 Setiembre 1834.

XII.

A Canaris.

¿En qué consiste que mi pensamiento se dirige hácia tí, griego ilustre, en quien nadie piensa más que yo? ¿En qué consiste que yo solo tristemente trato de rehabilitar tu gloria? Mientras que muchos retóricos locuaces se encaraman en tablados para llamar la atencion, ¿por qué mi espíritu se vuelve hácia tí, hácia tí que todo el mundo olvida? Es que te ví tranquilo y grandioso cubierto de laureles. Los que cantamos somos apasionados de los guerreros, como sin duda vos lo sereis de los poetas. Vuestras acciones originan nuestros cantos, porque el héroe es fuerte y el poeta es sagrado. Los poderosos poetas que ningun viento extingue son semejantes al volcán de Sicilia, que muchas veces habreis visto humear; esos poetas, como el Etna llameante, conservan la lava en el corazon y fructifican las espigas en la cumbre.

Además, tuvo siempre mi alma por instinto, cuando el caos de humo y de llamas, cuando el gran torbellino que nos arrastra hácia el dia y hácia la noche pasó rugiendo sobre los héroes y sobre los sábios, y despues que ha pasado se vá á visitar la playa, ir yo tambien á la playa á recoger en ella á los náufragos, á los olvidados y á los muertos.

No eches nada de menos; que tú sacaste la mejor parte. Envejecer en este Paris que se queja y que llora, que canta deslumbrado por mil visiones; ser admirado dos dias por desconocida multitud; oir en el abismo, al que afluyen todos los arroyos, el ruido que produce un nombre que cae sobre la muchedumbre; ser arbusto entre la yerba y gigante entre los enanos, todo esto no equivale, hijo del mar, á la dicha de surcar esas olas que vieron partir á Argos y llegar á Colon.

Si tú nos vieses, hijo del Archipiélago, cuando la prensa hace unánime llamamiento, fortificar aprisa un derecho que tratan de destruir; donde la multitud, entregada al que nos quiere dirigir contra un poder pigmeo tocando á rebato, arrojarnos en tropel al asalto de una ley, ¡cómo despreciarias nuestros combates de niños, tú, que rompes las cadenas sacudiéndolas; tú, cuyo fuerte brazo envia sonriendo de noche á los capitanes pachás con sus icoglans, sus negros y sus mujeres desnudas á despertarse en el otro mundo!

¿Qué te importa que te olviden aquellos de quienes tú te burlarias si los vieras de cerca? ¿Qué te importan sus corazones de cera ó de piedra, ese tratante, que es una carga para el pueblo, que solo sirve para llenarse de oro, como la esponja de agua; ese comerciante ávido, puesto de codos sobre el mostrador, ni ese jóven enervado, de rostro imbécil, de corazon eunuco, que solo admira en Paris las mujeres de raza y los caballos de precio? ¿Qué te importa Paris, que sucesivamente se duerme y se despierta, y sufre pesadillas, esperando impaciente que brille la luz del dia? ¿Qué te importa Lóndres, en el que el hospital es inferior al Hipódromo, ni Roma, que solo es ya la escama de la antigua Ciudad Eterna?

Qué te importa de nada? Entre tanto, tú, de pié en el puerto, vendes á algun inglés un pasaje á bordo de tu buque; ó haces rodar y alinear en la playa los fardos que mucho tiempo el mercader aguarda; ó sonriendo acoges á tus iguales, á tus amigos los patrones de Corinto y de Argos, y quizás en estos momentos alguna mujer de Grecia, á la que una venda pagana aprieta las negras trenzas, que es madre fecunda ó acaso doncella, fija en tí sus hermosos ojos transparentes, recuerda á Psara, á Chio y el mar que Canaris llenó con su fama, y admirándote desde lejos, como se admira á un rey, sin atreverse á hablarte, pasa rezando por tí.

18 Setiembre 1835.

XIII.

Apenas habia cumplido veinte años y habia abusado ya de todo lo que puede amarse, mancharse ó romperse. Las pálidas voluptuosidades, al oirle, salian en tropel de su impura guarida, cuando su sombra pasaba cerca de ellas. Agotaba noche y dia su savia en las orgías, como se gasta la cera en la mecha de los cirios. Cazaba en el verano y en el invierno acudia al teatro de la Opera, á oir por casualidad á Gluck ó á Mozart. Jamás apagaba su sed en los grandes manantiales que hacen correr Homero y Shakespeare. No creia en nada, no soñaba nunca; el fastidio bostezaba en la cabecera de su lecho. Su ironía infecunda ladraba á todo lo digno y á todo lo noble; compraba el amor y era capaz de vender á Dios. La naturaleza, el mar, el cielo y las estrellas le fastidiaban; no le gustaba el campo; su madre le aburria, y al fin, enervado, no sabiendo ya qué hacer, sin ódio y sin cariño, antes de morir, desazonado por el dia siguiente, una noche que encontró una pistola á mano arrojó el alma al cielo, como el que arroja una taza vacía al techo del gabinete.

Jóven, fuiste cobarde, imbécil y perverso y no te compadecemos. Cuando pasa por un campo el hierro cortante del arado, ¿compadecemos acaso á la cizaña que destruye? Pero sí que compadecemos con todo nuestro corazon á la que tuvo la desgracia de dar á luz semejante hijo, á tu madre, pobre y anciana mujer, á la que encorvan el peso de los años, que te meció en la cuna y á quien tú arrastras á la tumba.

Tambien compadecemos, y es sagrada para nosotros, á pesar de su deshonra, á la triste jóven, en otro tiempo pura y cariñosa, que vivia cantando en su boardilla, donde tu oro la sedujo; que se dejó tentar creyendo que así ahuyentaba de ella el hambre y al mismo tiempo se proporcionaba la felicidad; que luego fué rodando hasta la muchedumbre, que hoy la pisotea, que llora la pureza perdida que tú le arrebataste; ¡pobre búcaro de flores caido en medio del arroyo!

No eres tú á quien compadecemos, sombra vana, cifra que no te has unido nunca para formar ninguna cantidad; compadecemos tu reputacion, ayer pura y hoy envilecida; compadecemos á tu padre, que murió siendo venerable soldado de nuestro ejército; compadecemos á tus

servidores, á tus parientes y á tus amigos; á tu perro, que te era muy leal y que tratabas á palos.

Pero tú, orgulloso sombrío, rico de infecundo corazon, que viviste impotente y que mueres inútilmente; tú que terminaste tus dias para que se ocuparan de tí, entra en la eterna noche sin que lo sepa nadie; eso es lo que te corresponde. Sal del festin sin que se apague ni una sola luz; cae en el torrente sin perturbar siquiera la superficie. Este siglo tiene un gran pensamiento y camina decididamente á conseguir lo que se propone; tu sepulcro no le hará tropezar en su camino; no se ocupa de oir el ruido que produce tu puerta al cerrarse. ¿Qué has conseguido con cumplir tu capricho? Con tu voluptuosidad la tumba y con tu vanidad el olvido.

Abril 1831.

Indudablemente, muertes como esa, ignoradas ó conocidas, no importan al siglo ni le perjudican, ni siquiera se ocupa de ellas; pero cuando, agigantándose en el negro horizonte, el suicidio ciego extiende sus alas sombrías y arrastra tras sí más séres á cada momento; cuando apaga en todas partes contra los designios de Dios corazones llenos de vida; cuando el hábil pintor Robert, que ocultaba tras sus miradas serenas la tempestad de su alma, rechaza el cáliz de la existencia cuando le vé vacío de amor; cuando Castlereah, ese inglés que tenia algo de cartaginés y de espartano, se hunde el acero en el corazon y muere desengañado, harto de poder y cansado de astucias; cuando Babbe inunda de veneno sus heridas; cuando Gros, jadeante, siendo débil y viejo, se echa al rio para que no le crean envidioso; cuando este aquilon mortal disminuye á la familia, entonces el creyente ora y el pensador medita. Quizás la humanidad camina demasiado de prisa. ¿Qué pretende este siglo? ¿A dónde corre ese rebaño de espíritus? Es incomprensible que muchos en el mundo, al ver perdidas sus esperanzas, se anticipen la muerte; este es mal de un siglo que está en contínuo trabajo y en el que todo se descompone. Cuál será el remedio y cuál es la causa? ¿Será quizás que la fé decrece á medida que la razon aumenta, como sol que camina hácia su ocaso? ¿Será quizás que el hombre no cuenta para nada con Dios? ¿Será quizás que se sumerge en una noche profunda, cuya oscuridad solo puede iluminar la lámpara de Jesucristo? ¿No es hora ya, despues de tantas tempestades, de inclinar la cabeza y de reedificar el altar? ¿Debemos echar de menos los tiempos antiguos en que los vivientes creian lo que habian creido los que murieron, esos tiempos felices en los que la Biblia abierta deslumbraba al mundo?

Problemas peligrosos, pero dignos de meditacion; cuestiones oscuras, que inducen al pensador poeta á vagar por la ciudad en las horas en que ya solo encuentra al que se retira tarde y á la ronda de la noche, que se aparece como una vision que vá tanteando en la oscuridad todos los rincones de las calles.

4 Setiembre 1835.

XIV.

No insulteis jamás á la mujer que se pierde. ¿Quién sabe qué terrible peso hizo caer á la pobre? ¿Quién sabe cuánto tiempo ha sido víctima del hambre? Cuando el viento de la desgracia sacudia su virtud, ¿quién no ha visto á esas infelices mujeres agarrarse mucho tiempo á ella haciendo esfuerzos desesperados? Son esas desgraciadas como la gota de lluvia que se vé chispear en el extremo de una rama, en la que refleja el cielo, y que sacudiéndola con el árbol cae, y siendo perla antes de caer, es fango despues de la caida.

Nuestra es la culpa; tuya, rico, de tu oro; ese fango encierra, sin embargo, aun el agua pura: para que la gota de agua salga del polvo y vuelva á ser perla y brille con su primitivo brillo, basta un solo rayo de sol, como á la mujer le basta un rayo de amor.

6 Setiembre 1835.

XV.

Consejo.

¡No han echado aun vástagos en las ramas flotantes de nuestra tierra, en la que desde hace cuarenta años tantas al-

mas han abortado, doctrinas de frutos de oro, esperanza de las naciones, que la precoz mano de las revoluciones sacudió sobre nuestras cabezas!

Y siempre los esperamos.—Señor, tened compasion de los pueblos que, deseando vivir tranquilos, corren de una esperanza á otra, y haced que se nos aparezca el hombre que elijais entre los tribunos y entre los reyes que haceis pasar efímeramente por la Francia.

¿Quién puede hoy creerse fuerte, poderoso y soberano? ¿Quién puede, al levantar fuertes barreras, asegurar que nadie las traspasará, en este tumultuoso siglo de trastornos y de glorias, en el que las cañas que se inclinan en los bordes de los estanques duran más que las monarquías?

Reyes! el paño grosero tiene celos del terciopelo. El pueblo tiene frio durante el invierno y hambre siempre; mejorad su suerte. Abrid las escuelas para los hijos y los talleres para los pobres, y á todos el augusto asilo de vuestros brazos.

La bondad de los reyes debe hacer que los pueblos sean buenos; con frecuencia nos afligen extrañas desgracias; pensad que Dios es el único Señor. Siempre hay alguno que recoja los beneficios; pensad en esto, reyes, que estais minados y que os agobia un pasado, que quizás está lleno del porvenir.

Dad á todos, que quizás un dia os recompensarán. Dad, que ignoramos qué espigas germinarán en nuestro siglo alrededor de los tronos. Dad con la mano derecha á los buenos y con la izquierda á los malos, y como el labrador siembra los granos en el campo, sembrad limosnas en los corazones.

Oh reyes! el pan que se dá al viejo desvalido, la pobre adolescente á quien se libra de caer, el beneficio sonriente y velado que se hace por todas partes donde hay necesitados, el grito de gratitud de una madre reconocida, el niño salvado que levanta entre el pueblo y vosotros las alegres manos, son el mejor dique para contener la multitud furiosa. No os durmais, que ya se oyen en lontananza los pasos del porvenir.

Sucede algunas veces en nuestro siglo que impetuoso viento alborota de repente al oleaje humano, el viento de la desgracia, que, como todos los astros, lo mueven los aires que han estado comprimidos mucho tiempo en alguna parte; viento que dispersa el humo de todos los hogares, que sopla sobre todos los hombres, y que, como antorcha en los mares, los hace espumar, los hace chispear; conmueve todas las ciudadelas y todos los diques, y velozmente presenta desnudos á la sociedad los abismos tenebrosos, las brumosas cumbres, las llanuras serenas; viento fatal que confunde agitando á los malos y á los buenos, que arranca muchas tejas de las viejas techumbres de los imperios, y que, tomando en el Estado, de arriba á bajo, á los hombres que derriba, amontonando en la oscuridad en esa hora de borrasca y persiguiendo á un tiempo con sus ondas, con sus rumores y con sus rugidos, arrastra al pueblo en tropel y lanza toda esa tempestad á las puertas de un palacio.

Palacio sombrío que está sumergido en la oscuridad de la noche, y en el que al rugir la tormenta las ilusiones se vuelan, unas llorando y otras riendo. Cuando llega esta hora fatal, el velo se desgarra, y ¡adios sueños de oro! Se despiertan en el palacio y se encuentran con que los toca un espectro con manos de carne; es la realidad que los pesa. El que antes soñaba en Carlo-Magno, ahora se acuerda de Luis XVI. Hora terrible para la monarquía, en la que, dudando de la eficacia de los cañones, en la que llamando la monarquía á sus amigos por sus nombres, oyendo los rugidos que la tempestad lleva hasta allí, espera, con la vista fija en los cristales y los oidos en los resquicios de las puertas. Hora en la que se vé en el rincon de una cámara palidecer á la pobre reina extranjera, estrechando á sus hijas entre sus brazos; en la que los niños de la familia real aprietan cariñosamente las manos leales de algun fiel veterano, y preguntan sollozando á los criados, que no les responden ya, qué significan esos rumores, ese terror, ese misterio, esa conmocion de la tierra que sienten temblar bajo sus piés, y que no tiembla bajo los piés de otros niños.

Fortificais las silenciosas Tullerías, llenais los puentes de cañones y de obuses, cubrís las boca-calles de regimientos... Para qué? A cada instante aumenta la muchedumbre desesperada y terrible; ¿y qué le importa, cuando llega la hora de la marea, que salga y suba aullando desde el fondo del abismo amargo, la metralla á la multitud, ni el granizo al mar?

¡Terribles acontecimientos que se realizan en nuestros dias! En ellos, solo estrechándose los hombres unos contra otros, derriban torreones, torres y castillos, y apoyándose inútilmente en los arrabales las pálidas guarniciones, caen éstas trituradas con sus férreos cañones y con las paredes donde se apoyaban.

Cómo se ha de defender un rey? Más ligero sobre el oleaje que el flotante corcho, más vacilante que la sombra cuando se aproxima la luz, escuchando sin oir y mirando sin ver, se extremece al oir gruñir la tempestad y tiembla. ¡Solo los reyes pasan momentos semejantes!

¿De qué les sirven ahora las leales espadas, las líneas de cañones y de soldados, los encendidos vivacs, el general elegido á quien fió su custodia, que quizá está soñando ceñirse otra escarapela? ¿de qué le sirven sus coraceros, de qué le sirven la verja de hierro cerrada y las mechas encendidas? Necesitaria tener un capitan heróico y solo cuenta con un ejército. ¡Cómo oponerse al inmenso balanceo de ese pueblo, mar arrastrado por una idea, vasta inundacion de hombres, de mujeres y de niños!

Desgraciado de él entonces! ¡Será preciso, Dios mio, que volvamos á ver la parte monstruosa de las revoluciones! Quién puede apaciguar el mar? ¿Quién puede contener el oleaje de Paris y de Lóndres, sobre todo cuando, atronada la ciudad por los tambores, siente que nada en sus olas la hidra de los arrabales? ¿Qué es lo que vá á suceder en ese palacio en el que se desploma el imperio, en el que van á caer las puertas ante la multitud, en el que se habla de misteriosas fugas?...

¡Estalló al fin la tormenta; cayeron las barreras del trono! Pero Dios guarda un tesoro al que supo hacer limosna. Si en tiempos más prósperos dejó el príncipe la huella de sus pasos en los tugurios de los indigentes, si les hizo algunas veces secretos beneficios, si perdonó cuando la ley queria matar, no debe perder la esperanza de salvarse. El pueblo puede olvidar esto en sus dias de cólera, pero Dios no lo olvida nunca. Con frecuencia el grito de compasion que saliendo del corazon pronuncian los labios, desarma imperiosamente al hombre cruel que tiene en sus manos una presa con la que se van á ensañar; las madres consiguen librar á los niños de las bocas de los leones.

En los momentos más terribles del naufragio, cuando se vé que la bala es impotente contra la ola, cuando el populacho, lleno de cólera, ladrando en el umbral como un perro para que le abran la puerta, llega salpicando de lodo los chapiteles del Louvre; cuando ese populacho, Océano que no tiene hora fija para su reflujo en el momento en que nada le detiene, sube y aulla, ofrece con frecuencia el espectáculo que otras veces nos ha presentado la historia, de que una buena accion, escondida en un sitio sombrío, salga luminosa de la oscuridad y diga al pueblo colérico, parodiando á Dios: "No irás más allá!„

Diciembre 1834.

XVI.

El grande hombre que es vencido puede perder en un instante la gloria, el imperio y el cetro; puede perder hasta el prestigio de su grandeza que le iluminaba como una aureola, pero no puede perder su génio.

Así, cuando la batalla destruye una bandera, todo lo que en ella es seda, oropel ó franja de oro queda destrozado por el fuego de la metralla y desaparece pedazo á pedazo, como si se lo arrancara el pico de un ave de rapiña.

Pero esto nada importa; la bandera, al través del horrible fuego de la batalla, en lo alto del asta, de donde pendia la tela de púrpura que ahora vuela en an-

drajos, conserva siempre el águila de bronce.

21 Febrero 1835.

XVII.

A Alfonso Rable

(muerto el 31 de Diciembre de 1829).

Con frecuencia, en mis horas tristes me he acordado de tí, noble amigo, que eras un hombre de la antigüedad; me he acordado por echar de menos entre nosotros tu voz augusta y fuerte y llena de equidad; porque nos falta tu mano, que sabia grabar con caractéres indelebles en un siglo en el que el oro distrae á los sábios, en el que el pensamiento es esclavo del interés, tiempo de frutos abortados, de tallos rotos, de instintos desnaturalizados, de razones corrompidas, en el que todo está disperso en el espíritu humano y en el que el presente flota á la ventura sobre el pasado. Si estuvieras entre nosotros, tu elocuencia sonora vibraria calmada y serena en medio de nuestro tumultuoso oleaje; servirias de puente para contrarrestar la corriente.

Convencerias á los partidos de que levantan demasiado polvo alrededor de la razon y que no nos la dejan ver con claridad; al pueblo, de que sobre todos debe pesar la ley del trabajo y que es bastante fuerte para no tener envidia; al poder, que no debe vengarse nunca; que para el pensador es un espectáculo extraño y triste que la ley, que debe ser una diosa impasible y serena, salga ciertos dias de la urna consular con miradas fieras y loca de cólera.

A los jóvenes, que mirabas con benevolencia y cuya edad los mece en inquietas ilusiones, les dirias:—"Amigos, habeis nacido para disfrutar de tiempos felices; no caigais en los errores de vuestros padres; madurad las ideas; huid de dorados y falaces sistemas y de las esperanzas que en vuestros corazones hace brotar la América, pueblo que se dedica á ensayos, nacion de chiripa, sin raices, sin pasado, sin historia y sin arte; libraos de la sabiduría impía y envenenada que salió del cerebro de Voltaire, que es hija de la ignorancia y del orgullo, que quiere aplicar las leyes de los antiguos tiempos á las costumbres actuales, que rehace un caos de lo que fué un mundo, que hunde rudamente el casco estrecho de Esparta en la frente provecta de Paris; que en los tiempos pasados, mal comprendidos, viola descaradamente al sábio para convertirle en un mónstruo que causa terror á su padre, de tal modo, que temblando los antiguos héroes, se han tapado la cara, y despues de tres mil años, casándose con Licurgo, sus amorosas caricias han dado á luz á Robespierre.„

Nos dirás á todos:—"No os durmais; vigilad y estad preparados, porque ya paso á paso se desliza en la oscuridad la mano del cazador por todas partes donde oye cantar dentro de los nidos que cobijan los pensamientos; porque los corazones más nobles están vencidos ó cansados; porque Polonia, cargada de cadenas, ni aun puede morder el pié del czar que le aplasta la garganta; porque de dia en dia se vé que los reyes alargan en la fragua la cadena que forjan para la giganta, que está adormecida á su lado, la cadena para ligar á la libertad. No durmais y trabajad sin descanso, grandes y pequeños, que cada uno tiene su tarea en el trabajo; cada uno tiene que llevar su piedra al edificio, cuya cumbre aun ha de costar de construir. No se ha concluido el trabajo por haber destronado un rey; nada significa un rey caido: es mucho más difícil y de mucha mayor trascendencia mejorar las costumbres que abatir á los reyes. Nada está aun terminado; ni la ruina ni el bosquejo. Desarrollais infinitos planos, pero no los realizais. Os aplaudís á vosotros mismos por haber hecho multitud de leyes, que habeis amontonado al acaso. Trabajad, que no ha llegado aun la hora del descanso. Buscais algo desconocido, pero sin tener verdadera fé y verdadero cariño; nada entre vosotros brilla con claridad; crepúsculos y nieblas oscurecen vuestros sistemas, y en las leyes y en las costumbres, y hasta en los espíritus, solo se vé la pálida alba ó la roja puesta del sol, pero no la luz clara del medio dia.„

Así nos hablarias escribiendo libros austeros, como hablaban en otro tiempo los antiguos solitarios, como hablan todos aquellos que nos hacen enmudecer, y te escucharíamos como el mundo de entonces escuchaba á los antiguos.

Ay! A cada instante tempestuosos vientos amontonan más sombra y más bruma en nuestros horizontes; cada vez aparece el porvenir más sombrío. Con el corazon sereno, con la paz en el espíritu, te dirijo estos versos, á tí que duermes el profundo sueño, á tí que ignoras lo que pasa entre nosotros. Te dirijo estos versos llenos de tristes presagios. El furioso combate empieza á rugir entre el derecho de creer y entre el derecho de suprimir lo supérfluo; la batalla en la que las leyes atacan á las ideas, se entabla otra vez en mares desconocidos; y yo mismo, en estos momentos, pensativo en mi hogar, olvidando á Procustc desde hace cinco años, oigo ladrar fuera de la puerta del drama augusto á la censura de hálito inmundo, de uñas negras, á esa perra que, bajando la frente, sigue á todos los poderes, mascando siempre con sus súcias quijadas ¡oh Musa! algun pedazo de tu estrellado manto.

14 Setiembre 1835.

XVIII.

Al enviar las «Hojas de otoño» á madame ***

I.

Este libro errante, que con el ala rota apenas puede volar y que el viento lanza á vuestra rasgada ventana, como terron de granizo que golpea en las paredes, acaba de pasar por las tempestades públicas, y el pobre recien nacido tuvo que sufrir el frio, la lluvia y el huracán. Este fué su castigo por haber abandonado mi morada. Ayer cantó y hoy llora; ahora cojea, despues de haberse cernido en los aires.

II.

Hasta que el viento se le vuelva á llevar, abridle, María, la puerta de vuestro gabinete y arreglad sus versos estropeados. Permitid que unos momentos descanse en vuestra alcoba, en la que se respira tibia atmósfera, y que se caliente en el fuego de vuestro trípode; permitidle que á vuestro lado se acueste, y ya que es pájaro, que tiembla y que palpita transido de frio, abrigadle bajo vuestros piés.

18 Enero 1832.

XIX.

Poeta Anacreonte, manantial erótico que te filtras por la cumbre de la sabiduría antigua, manantial que encontramos cuando trepamos hasta aquella altura; que fluyes á la sombra, límpido, derramándote por la yerba; plácenme tus cánticos, tierno poeta: cuando la senda que conduce hasta la cumbre es rápida, muchas veces, cuando no fatiga el calor de los rayos solares, nos causa grata sensacion beber del arroyuelo que pasa cernido por entre los montes.

21 Agosto 1835.

XX.

I.

Empieza á brillar la aurora y las sombras desaparecen; los sueños y las brumas se disipan con la noche; se entreabren soñolientas las pupilas y las rosas; se oye el murmullo del despertar de la naturaleza.

Todo canta y susurra, todo habla á un mismo tiempo, verdura y humo, nidos y techos; el viento habla á las encinas, el agua á las fuentes; todas las respiraciones se convierten en voces.

Todo vuelve á adquirir la vida; el niño su juguete, el hogar su llama, el violin su arco; locura ó demencia en todo el mundo, cada cual sigue su trabajo empezado.

Lo que piensa ó lo que ama, agitándose sin cesar, todo hácia un supremo objeto vuela arrastrado; el esquife busca un puerto, la abeja busca un sauce, la brújula busca el polo y yo busco la verdad.

II.

La verdad profunda; granito que en el fondo de las olas encontró siempre mi áncora en el fondo del mar del mun-

do, por el que pasan en el abismo oscuro innumerables sueños.

La verdad, hermoso rio que nunca se ciega, manantial en el que todo bebe, tallo en el que todo florece, lámpara que Dios coloca cerca de todas las causas, claridad que los objetos envian al espíritu.

Arbol de ruda corteza, encina de vasta copa, que el hombre dobla ó rompe segun se lo permite su fuerza; cuya sombra se extiende; árbol del que todos se cuelgan, unos sobre las ramas, otros sobre el tronco.

Monte por el que corren todos los arroyos, precipicio en el que todos se sumergen; centella sublime, que hace brotar Jehová; rayo del que blasfemamos, ojo tranquilo y supremo, que en la misma frente de Dios el hombre reventó un dia.

III.

Maravillosa naturaleza, cuyo brillo susurrador llena nuestros oidos y deslumbra nuestros ojos. Playas donde mueren las olas, bosques de los que la brisa entresaca sombras misteriosas en el horizonte vago.

Azul con que se vela el agua del abismo amargo, cuando, dejando que mi barca huya á la merced del viento, inclinándome hácia el oleaje, escucho en el interior del alma el epitalamio que canta el mar.

Azul no menos puro del sonriente cielo, que veo cuando trato de oir lo que dice el espíritu, cuando trato de buscar las oscuras palabras que el viento murmura y que las estrellas escriben.

Creacion pura, sér universal, océano que ciñes entero al universo, astro que hace brotar el soplo del Señor, flores de donde acaso él recoge la miel!

¡Campiñas, hojarascas, campanarios de las aldeas, que suenan solemnemente; montes frescos, aurora pura y clara, sonrisa deliciosa del astro eterno! ¿Sois acaso un libro interminable, en el que cada uno de los mortales desea para vivir leer frases tan profundas que en vano se sondean, que el ojo en ellas vé un mundo y el alma en ellas encuentra un Dios?...

Hermoso libro que hojean los corazones cándidos, en el que los pensadores buscan sentidos desconocidos y en el que los que Dios elige escriben en el márgen: Somos los enviados!

Santo libro, en el que el velo que flota en todos los sitios, en el que la estrella que brilla para todas las miradas solo traza misteriosamente un nombre solitario, un nombre en la tierra y un nombre en el cielo.

Libro de salvacion, con el que el corazon se alimenta y que todos los sábios se esfuerzan por descifrar; cuyo sentido rebelde se revela algunas veces; libro que deletrea Pitágoras y que lee Moisés!

Diciembre 1834.

XXI.

Ayer, la noche de verano, que á entrambos nos envolvia en sus velos, ostentaba tantas estrellas, que era digna de tí; tan serena era y tan fresca, su brisa era tan agradable, tanto apagaba todos los rumores y tan cariñosamente esparcia su rocío en las flores y en nosotros.

Estaba yo delante de tí, alegre y enamorado, porque tú me mirabas con la suprema expresion del cariño; admiraba la belleza de tu frente, y sin que una palabra me revelase lo que pensabas, la tierna ilusion que de tu corazon salia entraba á completarse en el mio.

Y bendecia á Dios, cuya gracia infinita puso tanta armonía en la noche y en tí, que por devolverme la calma y por concederme la ventura, os hizo tan lindas y tan puras, tan llenas de rayos, de perfumes y de murmullos, á tí y á la noche.

Bendigamos á Dios, teniendo en El fé

profunda, porque El creó tu alma, porque El creó la tierra, encanta mi corazon y deslumbra mis ojos; le encuentro en el fondo de todos los misterios, y es El el que hace que en el mundo brillen tus miradas, como en el cielo brillan las estrellas.

Es Dios el que hizo del amor el móvil de los humanos, el amor en el que todo vive, el amor en el que todo descansa; es Dios el que formó la noche más hermosa que el dia; es Dios el que en tu cuerpo, mi soberana beldad, vertió la hermosura como una copa llena y derramó el amor en mi corazon.

Deja, pues, que te ame, que el amor es la vida; es lo que se echa de menos y es lo que se envidia cuando la juventud camina hácia el ocaso. ¡Sin él nada hay completo, sin él nada brilla; la belleza es la frente, el amor es la diadema; déjame que te corone!

Debes estar convencida de que lo que llena el alma no es un puñado de oro, ni el espejismo de la gloria; ambas cosas son el orgullo que traemos de los combates: no la llena tampoco la loca ambicion, que sueña en quimeras y que roe tristemente la corteza amarga de todo lo de la vida.

El alma necesita para llenarse el himeneo de dos pensamientos: suspiros ahogados, manos tiernamente estrechadas, el licor perfumado del beso, que una mirada alegre otra mirada, y oir los cánticos de la dulce lira que se llama corazon.

No hay nada en el mundo que no se rija por su ley secreta, que no tenga su sitio querido y predilecto, su guarida, su retiro, al que instintos irresistibles nos encaminan noche y dia; el pescador tiene su barca, los cisnes el lago, las águilas las montañas y las almas el amor.

21 Mayo 1833.

XXII.

Cancion nueva sobre un aire antiguo.

Si pasas por algun verde césped, que el cielo rocía, en el que esmalten todas las estaciones alguna flor abierta, en el que puedan cogerse azucenas, madreselvas y jazmines, deseo recorrer ese camino donde has posado tus piés.

Si existe un seno amoroso, digno y honrado, capaz de sacrificarse por la mujer querida, cuyo corazon late siempre por dignos deseos, quiero hacer de él la almohada donde se pose tu frente.

Si existe algun sueño de amor, perfumado de rosas, en el que cada dia broten nuevos placeres, un sueño que Dios bendice, en el que un alma se une á otra alma, quiero de él hacer el nido y colocar en él tu corazon.

18 Febrero 1834.

XXIII.

Otra cancion.

El alba nace y tu puerta está cerrada; por qué duermes aun, vida mia? Si se despierta la rosa, ¿por qué tú no te despiertas? Vida mia, oye; escucha al amante que te canta llorando.

Muchos llamamos á tu puerta. La aurora te dice: "Yo soy la luz!„; el pájaro te dice: "Yo soy la armonía!„, y mi corazon te dice: "Yo soy el amor!„ Vida mia, oye; escucha al amante que te canta llorando.

Te adoro como á un ángel y te amo como á una mujer. Dios, que contigo me ha completado, creó mi amor para tu alma y mi mirada para tu hermosura. Vida mia, oye; escucha al amante que te canta llorando.

Febrero 188...

XXIV.

Quisiera ocupar completamente todo tu pensamiento mientras que me esperas, cansada de andar, debajo del árbol á la orilla del lago, lejos de las miradas importunas, cuando á tus piés el oloroso valle, lleno de bruma que se ele-

va hácia el sol, humea como un pebetero en el que arden perfumes.

Quisiera que todo lo que alcanza tu vista, los collados, las llanuras, los floridos arbustos, el prado verde, el sendero que conduce á las aldeas y el barranco profundo, que se desborda en hojarasca, como el mar en olas;

Que el bosque, el jardin, la casa, el nubarron, que todos los puntos confusos que desde lejos se ven temblar, que la rama cargada de frutos maduros, que la hoja seca que el otoño arranca, que todo lo que se oye arrastrar, marchar ó volar;

Que esa red de objetos que te rodea, y de la que el árbol frondoso que te cobija es el primer eslabon; que la yerba y la hoja, las olas y la tierra, la sombra, la luz y la llama, tuvieran voz, se convirtieran en un alma y te dijeran mi nombre.

Enghien 14 Setiembre 1834.

XXV.

Ya que posé mis labios en tu copa llena todavía; ya que escondí en tus manos mi frente pálida; ya que respiré algunas veces el hálito perfumado de tu alma;

Ya que pude oir de tí las frases cariñosas en las que se derrama misteriosamente el corazon; ya que he visto llorar; ya que he visto sonreir tu boca junto á mi boca y tus ojos junto á mis ojos;

Ya que he visto brillar sobre mi orgullosa frente un rayo de tu astro, que está siempre velado; ya que he visto caer en la corriente de mis años una hoja de rosa, arrancada de la flor de tu vida,

---

Puedo muy bien decir á los años que vuelan:—"Pasad, pasad! que no temo envejecer; ¡pasad arrastrando con vosotros las flores marchitas, que yo conservo en el alma una flor que nadie puede marchitar!

Aunque vuestras alas le choquen, no podreis derramar el vaso donde apaciguo mi sed, y que está muy lleno: mi alma encierra más fuego que ceniza derramais vosotros; el amor es más poderoso en mi corazon que en vosotros es poderoso el olvido.„

1.° Enero 1835.

XXVI.

A mademoiselle J.

Cantad, cantad, jóven inspirada! Es sagrada la mujer que canta hasta para los perversos. Es bendita la mujer que canta; su belleza defiende su génio. Los ojos hermosos salvan los hermosos versos.

Yo, que vivo en medio de la tormenta, me complazco en ver brillar vuestra aurora sin tempestades, y sonrío cuando miro vuestros alegres ojos. Cantad esas melodías arrebatadoras. ¡Para mí la corona de espinas, para vos la corona de flores!

Hubo un tiempo de embriaguez en el que la aurora que para vos brilla, brillaba en mi resplandeciente primavera; hubo un tiempo en que el orgullo, la alegría y el éxtasis se desbordaban de mis diez y siete años, como el vino puro de la copa de oro.

Entonces, siempre en mi presencia, deslumbradora quimera fijaba en mí sus irresistibles ojos; entonces, en las rientes perspectivas de prados verdes, de cielos azules, de aguas diáfanas, flotaban alucinadas mis miradas.

Entonces yo decia á las estrellas:—"Astro mio, en vano desapareces, porque yo sé que no dejas de brillar en las alturas„. Entonces yo decia á las riberas:—"Vosotras sois la gloria, y yo llegaré allí, porque cada uno de mis dias es una ola„.

Yo decia al bosque:—"Selva sombría, como tú encierro innumerables murmullos„. Yo decia al águila:—"Contempla mi frente„. Yo decia á las copas vacías: —"Estoy lleno de ideas ardientes que embriagarán á las almas„.

Entonces del fondo de veinte cálices, rocío, amor, perfumes y delicias se desparramaban en mi sueño; tenia mis canastillos llenos de flores, y como vivo enjambre de abejas, mis pensamientos volaban hácia el sol.

Como la luz de la luna pálida y la roja hoguera del pastor se reflejan en el mismo arroyo; como en los bosques mojados, al través del ruido de las hojas, se oye el ruido de los pájaros;

Mientras que todo me decia: Ama; escuchándolo todo fuera de mí mismo, embriagado de incienso y de armonía, oia, como arrebatador murmullo, el canto de toda la naturaleza en el tumulto de mis sentidos.

Y las rosas que el Abril hace brillar, las noches de verano alumbradas por la luna, los senderos que atraviesan pasos humanos, los temibles escollos, los viejos troncos de árboles disformes que se inclinan á las orillas de los caminos,

---

Me hablaban ese idioma austero, idioma de la sombra y del misterio, que pregunta á todos: Quién sabe?; que hay momentos en los que confusamente canta notas para Orfeo y pronuncia palabras para Platon.

La tierra me decia: Poeta! El cielo me decia tambien: Profeta! Anda, habla, enseña, inclina la urna de los cantos sublimes y viértela en los valles, en las cumbres, en los aires y en los nidos.

Pero esos tiempos pasaron: en la actualidad, aunque parezca dichoso para los que no me conocen, tengo el corazon muy triste; abrigo bajo mi techo un mal huésped; soy la torre alta y espléndida que encierra una sombría atalaya.

Cubre la oscuridad mi alma; oculto con mis prosperidades, el dolor llora en el interior de mi casa; roe un gusano mi racimo maduro, y siempre algun trueno se oye á lo lejos en mi horizonte.

La esperanza me conduce á puertas que están cerradas. El mundo está lleno de objetos, que solo vemos por una parte; la suerte escarnece nuestros deseos, y la vida es como la rueda de un carro que se arrastra por el polvo.

A medida que los años, más pálidos y más tristes, van pasando para mí, veo que desaparecen volando mis quimeras, como esas moscas de vida efímera que no consiguieron elaborar miel.

En vano atizo en mí mismo el fuego tierno y ardiente del amor que arde en todos los trípodes, porque mi alma, inflamada, vuela hácia el cielo convertida en humo, ó cae en cenizas ante mis piés.

Las nubes ocultaron mi estrella; la rosa no ha vuelto ya á abrirse en mis ramas secas; en el fondo de la copa se encuentran las heces, en el fondo de los desvaríos la locura y en el fondo de la aurora la noche.

Siempre alguna boca infamante, á la que compasivamente yo habia alimentado, se complació en ultrajarme; por eso pensamientos amargos y cuerdas rotas penden ahora de mi lira.

Mi Abril muere hoja á hoja; en cada rama que se cae crece la espina del dolor; cada yerba cubre para mí una culebra, y el ódio sube á destruir mis obras como los cabrones suben á los citisos en flor.

La majestuosa naturaleza, la naturaleza que os fascina, ofende mis miradas tristes, que no resisten la luz del dia, que están mejor á la luz del alba; y la voz que me dice que llore, es la que os dice á vos que canteis.

Cantad, hermosa inspirada; saludad vuestra risueña aurora, que ayer á mí tambien me embriagó; que no duran siempre sus sonrisas ni su luz, y quizás algun dia vuestras pupilas dejarán caer alguna lágrima.

Entonces os compadeceré, sí, os compadeceré; que cuando una mujer llora, sus lágrimas son amargas, sus lágrimas son sublimes, porque nacen de un abismo



COMO UNA NIÑA LLEVA FLORES EN SU FALDA

más profundo que las gotas de agua del mar!

1.° Marzo 1835.

XXVII.

La flor y la mariposa.

La pobre flor decia á la pintada mariposa:—No huyas! ¡Qué diferentes son nuestros destinos! ¡Yo me quedo y tú te vas!

Sin embargo nos amamos, vivimos sin la compañía de los hombres, lejos de ellos, y se dice que las dos somos flores.

Pero ¡ay de mí! tú vuelas por el espacio y mi destino cruel me encadena á la tierra, cuando quisiera con mi hálito embalsamar tu vuelo en el espacio!...

Pero no; vas demasiado lejos! flotas sobre innumerables flores, siempre volando, y yo permanezco clavada siempre en el suelo.

Huyes, luego vuelves, despues corres á lucir tus galas en otra parte; por eso cuando vienes todos los dias al amanecer me ves llena de lágrimas.

Para que el amor fluya del mismo modo en nuestra vida, ídolo mio, arraiga en el suelo como yo, ó dame alas como las tuyas!

ENVIO A ***

Rosas y mariposas, la tumba nos junta pronto ó tarde. ¿Por qué hemos de esperar ese momento? ¿Quieres que vivamos juntas en cualquier sitio?

En cualquier sitio; en los aires, si en él se mece tu vuelo; en los campos, si es en los campos donde tu cáliz vierte su perfume.

Donde quieras! Lo mismo me dá que seas hálito ó color, que seas mariposa brillante ó corola llena de rocío, que seas alas ó que seas flor.

Vivir juntas desde luego es el bien necesario y real; despues podemos elegir á la ventura, ó la tierra ó el cielo.

7 Diciembre 1835.

XXVIII.

A la orilla del mar.

¡Contempla ese espléndido espectáculo!—Ese inmenso paisaje, que á nuestra vista siempre concluye y vuelve á comenzar; esos trigos, esas aguas, esos prados, ese frondoso bosque, esa choza donde se oyen alegres risas, el Océano próximo á la llanura, ese golfo, obra de Dios, embellecido por el hombre, que lleva el sello de las manos del uno y del otro; ese monton de rocas que sustenta otro monton de torres, esas landas, esos bosques, esas crestas desgarradas, esos antros á flor de agua que beben las mareas, esa montaña, con la frente coronada de nubes, en la que uno de sus pliegues encierra un verde valle, como una niña que lleva flores en la falda; esa ciudad que se vé confusa al través de la bruma, con sus mil techos apiñados; el rumor de innumerables pasos y de roce de ramas, de voces y de canciones que se oye á cada momento; esas olas que disminuyen al morir en la playa, ese pájaro que cruza el firmamento; aquí una carreta, allí bajo un arado, más allá una quilla, que ambos trazan á un tiempo su surco; esos árboles, esos mástiles; allá abajo, por detrás de las lejanas colinas, esos celajes de formas inciertas; todo eso que vemos, brumoso ó transparente, flotando en las claridades, errando en las sombras, huyendo, de pié, inclinado, hormigueando ó solitario, olas, rocas, céspedes, todo eso contémplalo; todo eso es la tierra.

¡Contempla este otro espléndido espectáculo!—Mira sobre tu frente esa region llena de nubes fantásticas, de las que penden cual ropajes de púrpura; esa extension azul, que por la noche cubrirá sombra infinita; ese espacio lleno de armonía eterna, ese radiante sol, que poderosamente cambia á nuestra vista todas las formas; que algunas veces, transformando en metales las nieblas, hace ver en el aire espléndidas ruinas; confuso amontonamiento, montones

chispeantes de cobres y de bronces, unos sobre otros cayendo, corazas, escudos, armaduras y caparazones de oro agrupados en las nubes; mira ese éter, ese Océano tan azul, sin playas y sin fondo, sin límites y sin centro, en el que todo lo que respira se mueve ó gravita, tiene su ola que se une á las otras olas que pasan á un mismo tiempo, confundiéndose en el infinito; el aire tibio y los vientos helados, las albas y los crepúsculos, los aires del invierno, el ardor de las canículas, los perfumes de las flores y los de los incensarios, las estrellas que bordan el manto oscuro de la noche, y las brumas de gasa, y la confusa estrella que casi se confunde con la nocturna oscuridad; brumas, ecos, nieblas, humos, mil cosas que no tienen nombre en ningun idioma, las ondas de la luz y las ondas del ruido, todo lo que se vé de dia, todo lo que se oye durante la noche, nubes, azur, espacio, éter abismos, ese flúido Océano, esas regiones transparentes, llenas de fuego, de resplandores y de rayos, hácia las que se siente arrastrada el alma del hombre, hácia las que nosotros dos queremos huir, para estar cerca de los pájaros y lejos de los mundos; ese conjunto inefable, inmenso y maravilloso, contémplalo bien; eso es el cielo.

La tierra es hermosa y el cielo es magnífico; pero cuando palpita tu seno y relucen tus miradas, cuando tus graciosos pasos cruzan ligeros pisando la yerba, promoviendo rumor más grato que el de una lira;

Cuando tu fresca sonrisa, aurora de tu alma, se levanta reflejando sobre mí y regocijándome, y de tu rosada boca, donde nace, llega hasta mi frente;

Cuando algunas veces, sin verte, tu dulce voz acaricia mi oido, como el murmurio del agua que se pierde en la sombra de una playa, como el canto de un pájaro que oimos soñando;

Cuando mi poesía, insultada y proscripta, en su camino descansa un momento sobre tu regazo, y mi pensamiento triste encuentra abrigo en el tuyo, como una lámpara nocturna que se apoya en una mano blanca;

Cuando nos sentamos los dos en el valle; cuando tu alma, reflejándose en tus ojos, contempla vertiendo lágrimas por alguna virtud en el mundo ó por alguna estrella en el cielo;

Cuando brilla bajo tus cejas, como fuego debajo de las ramas, tu hermosa mirada, empañada por densos dolores; cuando los infortunios pasados recuerdas de repente, y tratas de sonreirme y rompes á llorar;

Cuando mi cuerpo y mi vida hacen resonar tu aliento como temblorosa lira; cuando tus dedos, posándose sobre los mios extremecidos, hacen cantar en mi corazon música celestial;

Cuando yo te contemplo ¡oh encanto de mi vida!; cuando tu noble naturaleza se presenta á mis miradas como la ardiente zarza que encerraba á Dios, abriendo todas sus flores y lanzando todos sus rayos,

---

La esencia que todo eso encierra, lo que tu beldad exhala de noche y de dia como perfume compuesto del aroma de cien rosas, es superior á la tierra y al cielo; ese perfume es el amor.

7 Octubre 1834.

XXIX.

Ya que afligen nuestros dias perturbaciones y calamidades; ya que todo lo que tú atas se desata por todas partes; ya que nuestros padres y nuestras madres fueron donde iremos todos; ya que los niños durmieron el sueño eterno antes que nosotros; ya que la tierra, hácia la que te inclinas, regándola con tus lágrimas, conserva nuestras raices y algunas de nuestras flores; ya que con la voz de los que se aman confunden sus voces los que se amaron; ya que hasta nuestras ilusiones están llenas de las oscuridades de otros dias; ya que al tiempo de beber el éxtasis sentimos desbordarse el dolor; ya que la vida es como una copa que no se consigue llenar ni ver vacía; ya que á medida que avanzamos, más nos sumimos en la oscuridad; ya que la falaz esperanza agotó los cuentos que nos refe-

ria para adormecernos; ya que cuando suena el cuadrante nada nos promete para mañana; ya que no conocemos á nadie de los que transitan por nuestro camino... lleva tu espíritu lejos de este mundo, pon tu esperanza en más altas regiones, que tu perla no se encuentra en estas olas, que tu sendero no está en la tierra. Ya que tu noche no está estrellada, ven á mecerte en las olas del mar; tu noche es oscura como la muerte y tu vida tiene olas amargas como el Océano. La sombra y el abismo tienen un misterio que nunca los mortales penetrarán; Dios les manda que enmudezcan hasta el dia que todo hable. Inútilmente los ojos mortales de las innumerables olas quieren buscar el fondo; inútilmente se han empeñado en sondear la profundidad del cielo. Pide á ese mundo nocturno que le conceda la paz á tu corazon solitario; pide una gota á esa urna, pide un canto á ese concierto. Ciérnete en esferas superiores á las que se ciernen otras mujeres, y deja vagar tus hermosos ojos entre el cielo donde están las almas y entre la tierra donde están las tumbas.

19 Febrero 1835.

XXX.

Esperanza en Dios.

Espera, niño, espera en el mañana, espera siempre: tengamos fé en el porvenir. Cada vez que en el cielo brille la aurora, recemos, que Dios la bendecirá. Nuestras culpas, ángel mio, causaron nuestros sufrimientos. Quizás si rezamos mucho tiempo arrodillados, cuando Dios bendiga todas las inocencias y todos los arrepentimientos, nos bendecirá tambien á nosotros.

Octubre 1834.

XXXI.

Ya que el florido Mayo nos invita á recorrer los prados llenos de flores, ven; no te canses de aspirar la campiña, los bosques, los sitios umbríos, los rayos de la luna en las orillas de los dormidos lagos, el sendero que termina y el camino que empieza, la brisa y la primavera y el horizonte azul. Ven, y que las miradas de las púdicas estrellas, que veladas llegan hasta el mundo; que el árbol oloroso, que el soplo abrasador del medio dia en los campos, y la sombra y el sol, y las olas y la verdura y la claridad de toda la naturaleza hagan abrir en tí una doble flor, la belleza en tu faz y el amor en tu corazon.

21 Mayo 1835.

XXXII.

A Luis B.

El viajero que conocísteis y que os reveló los pesares que atormentaban su corazon, cuando la noche extendia su manto subió solo y triste al campanario solitario y lúgubre, donde el hombre se oculta para esconder sus pensamientos y donde los pájaros construyen sus nidos.

Ascendió por la espiral de escalones gastados, cuyas paredes hicieron entreabrir los cierzos, sin mirar hácia abajo de la escalera; despues entró bajo la bóveda de arcos apuntalados, en la que la campana, esperando sonar al toque de Oraciones, dormia, como un pájaro de bronce, en su jaula de encina.

¡Vasta y poderosa campana de badajo monstruoso! Un cable muy fuerte tenia atado en el cuello, y el ojo que se aventuraba á mirar bajo su cúpula metálica veia espesarse en ella anchos círculos de sombra. Los reflejos de la luz se hundian por los bordes de la campana y el fondo de ella estaba oscuro. De momento en momento bajo esa bóveda, en la que quedaba vibrando el aire, se oia menearse algo sonoro, se oian rumores deslizarse por las paredes, como si en aquella oscuridad, hablando voces confusas, donde dormian las legiones aladas, las notas cuchicheasen semi-despiertas. Ruidos dudosos que oian los oidos y el alma, porque hasta adormecidos, sin movimiento y sin claridad, el volcán humea y la campana suspira. La campana! ¡eco del cielo que resuena en la tierra, voz rugiente que habla como el trueno, que sirve lo mismo para la ciudad que para el mar, vaso lleno de rumor que se vacía en los aires!

En esa campana, en su severa superficie, todos los que la habian visitado dejaron huella de su paso. En todas partes de ella, impuras frases ahondadas en el cobre destruian la inscripcion de su bautismo natal. Podia distinguirse aun en su parte más alta una corona cincelada, que habian destruido á martillazos. Habian abierto muchos surcos en el metal, en los que nada habia germinado; unos sembraron aquí su vida inmunda, otros sus deseos perdidos, algunos su amor, todos la impiedad, profanando de este modo la campana bendecida.

Entonces, mientras que el aire soplaba con fuerza y en los caminos gemian los ejes de los carros, mientras los campos exhalaban su aroma, los hombres sus rumores y las chimeneas su humo, el viajero sintió ante aquel monumento de bronce, como el árbol inquieto siente confusamente que se posan muchas alas sobre sus hojas, posarse en su mente una bandada de pensamientos.

I.

Sola en el sombrío y alto campanario, desde donde tu soplo desciende hasta las casas conmovidas, ¡oh campana! suspendida en el espacio, que te balanceas con frecuencia, duermes en este momento en la oscuridad, teniendo bajo tu bóveda profunda adormecidos tus sones, mientras que un espíritu que hácia tí se lanza silencioso tambien y contempla tu mutismo; ¿sientes, por ese instinto vago y tierno que revela siempre una hermana á su hermana, que en esta hora en que se duerme la tarde espirante se encuentra mi alma cerca de tí, tan vibrante como tú, que muchas veces despide sonidos solemnes y que se queja al amor como tú te quejas al cielo?

II.

Ay! En los primeros años de mi juventud, cuando tenia la conciencia alegre, sobre su vírgen metal, como tú, campana, mi alma tambien tenia escrito un augusto orígen, y además una inscripcion santa, la corona que dejó impresa en ella mi madre; pero tambien otros transeuntes, que se dirigen al corazon por el camino de los sentidos, que cuando la casualidad los trae hasta nosotros suben nuestra escalera y abren nuestra puerta, que vienen con frecuencia á encontrar al hombre en su lugar sagrado y que le hacen tañer, no por Dios, sino por las pasiones, turba que un dia vino á visitar mi alma, y subiendo hasta ella, convirtiendo el cuchillo en buril, sin respetar las palabras sagradas escritas en ella, grabando allí la injuria, el error y la blasfemia, la rayaron en todos sentidos, como han rayado tu bronce, campana, y el nombre sacratísimo del Señor quedó en ella desfigurado é ilegible.

III.

¿Pero eso qué le importa á la campana ni qué le importa á mi alma? Cuando el Espíritu Santo la reclame en su dia y en su hora, cuando las toque á una y á otra y les diga: "Cantad", de repente por todas partes, de su conmovido seno, que ahora está oscuro, á través de su superficie, á través de sus profanaciones, su majestuoso sonido se desparramará en los aires. ¡Será el hosanna de todas las criaturas; será, Señor, tu pensamiento, será, naturaleza, tu expresion! Lo que saldrá de ambas con sollozos y con sonidos, como el agua del ventisquero, como el viento de los mares, como la luz de la urna de la aurora, será la inmensa armonía que todo lo dice, que todo lo expresa; los suspiros del corazon, los arrebatos de la multitud, el grito de lo que asciende y el de lo que se desploma, la conmocion de los hombres ante las pasiones, el adios que al disiparse canta la ilusion. La esperanza extinguida, la barca estrellada en la playa, la mujer acongojada y la doncella que sueña, la virtud que se compone de lo mejor y de lo más doloroso de la desgracia, el altar envuelto en nubes de incienso, las madres reteniendo á los hijos cerca de ellas, la noche que hace callar diariamente al universo, concediendo solo la palabra al mar; las puestas del sol ardientes, las albas estrelladas, las horas de sol y de luna, los montes y las olas proclamando á un mismo tiempo el nombre augusto que impulsa todas las voces, el himno inexplicable que con el ruido de las alas vuela desde el nido del águila hasta el nido de las golondrinas, y ese círculo, alrededor del que el hombre dá pronto la vuelta, ese círculo que forman la inocencia, la fé, la plegaria y el amor!

IV.

Entonces es cuando, conmovidos y turbados por esos incomprensibles sonidos,

el pueblo en la ciudad, el hombre en los campos y el sábio tratando de comprender esas voces, se inclinan en silencio; entonces es cuando el niño alegre corre al lado de su madre y le señala el cielo; entonces es cuando todos sienten un bálsamo que se derrama sobre sus males ocultos; entonces es cuando la multitud, lo mismo que el que sufre en la soledad, se embriaga bebiendo en el mismo vaso; entonces es cuando la doncella, sentada junto á la fuente, suspende sus fantasías para oir esos rumores lejanos; entonces es cuando los buenos, los débiles, los perversos y el creyente, todos, prosternados ante el campanario, oyen embelesados y al mismo tiempo con terror, como el ruido sordo del mar alborotado, la gran alma de bronce que en las alturas se lamenta.

V.

Himno de la naturaleza y de la humanidad, himno que sin cesar repiten todos los ecos, himno que desde las alturas rueda hasta el abismo, y que desde las profundidades del armonioso precipicio se remonta hasta el cielo. Cántico que se oye en los montes y en las llanuras, y que espuma en el rio y hace extremecer al bosque. Himno que la mañana evapora en las aguas y que la noche adormece en el nido de los pájaros; verbo que dice la campana á las otras campanas que suenan, y que el alma revela á las almas consoladas; psalmo inmenso y sin fin, que son incapaces de traducir las lenguas del mundo, y que se expresa completamente en estas dos frases supremas: *¡rezo y amo!*

Y este psalmo brillante, este himno superior, que se oye en los aires menos que en los corazones, para salir más abundante de sus abismos sonoros, abre todos los poros del alma y de la campana. Las dos le cantaron con inefable voz, con voz tan pura como el susurro del manantial, tan casta como el suspiro de un amor secreto, tan vírgen como el canto que entona cada aurora. Cuando se oye, todo habla en los dos instrumentos, de amor, de armonía y de éxtasis; entonces no solo no queda en su superficie lo que resta del verbo santo, que cada dia se borra, sino todo lo que grabó en el profanado bronce el visitador imbécil, la ironía y la afrenta, las blasfemias, la destruida corona; todo adquiere vida al impulso de sus vibraciones, y todo, transfigurándose en su veloz balanceo, confundirá, sin perturbar el conjunto seráfico, el canto quejumbroso y tierno con su voz magnífica. La blasfemia inscrita sobre el bendecido metal se borrará al sonar el sagrado concierto; cada palabra que reniega y cada palabra que duda, en ese torrente de amor dejará caer su gota, y para que suene el himno puro y sereno, ninguna cosa indigna quedará en la boca de la campana.

VI.

Este es el triunfo magnífico de vuestra ley sublime, Señor; es un espectáculo augusto é inefable, para los hombres y para los ángeles, que lo que profana el impío al pasar, en cuanto lo toca vuestro espíritu se borre, y que sin pensar en su indigna afrenta cante con el amor en el corazon y con la blasfemia en la frente.

Ved aquí por qué pendiente, dividiéndose en arroyos, se deslizaba ola á ola la corriente de los pensamientos del viajero, engrosada á cada instante con los sollozos de su corazon. La noche, que el triste ama como á una hermana, cuando él descendió habia cubierto el horizonte; partió, y la corriente incierta de la vida arrastró hácia acontecimientos amontonados en otra parte á ese hombre melancólico, cuya alma, víctima de su mala suerte, sumisa y rebelde al mismo tiempo á los pensamientos que le acababan de atormentar, era blanda para el sentimiento y de bronce para la resistencia.

Agosto 1834.

XXXIII.

En la iglesia de ***.

I.

Era una iglesia moderna de arco elíptico la iglesia donde entramos, en la que desde hace trescientos años inmenso número de fieles se habian postrado á orar.

La iglesia donde entramos estaba tris-

te y silenciosa á la caida de la tarde; el altar no tenia servidores, y como un corazon sin amor, tenia apagadas las luces.

Las antífonas, cuyos cantos reglamentó en los tiempos primitivos San Pablo, sobre las sillas del coro, de donde lanzan el vuelo, habian plegado sus alas.

El religioso músico, que sobre todos los asistentes esparce sus simpatías, no estaba ya en el órgano, cuerpo vasto, que se habia quedado sin alma.

Habian desaparecido de él las manos que le hacian lanzar sonidos por todos los poros y que hace poco hacian extremecer al órgano, arrancándole notas sonoras.

Las hacian saltar sus manos soberanas, crispándose y alargándose, y fluir á lo largo de los grandes tubos de metal, como fluye el agua de una esponja.

El majestuoso órgano estaba gravemente silencioso en la solitaria nave, sin producir el único concierto, el único gemido que encadena la tierra con el cielo;

Sin producir la única voz que puede, como el murmullo de las olas y como el susurro de los bosques, balbucear en el mundo el principio de las cosas infinitas.

Se adormecia la iglesia á la hora en que tú te duermes, tranquila naturaleza, y apenas alguna lámpara en el fondo de los corredores chispeaba en la sombría oscuridad.

Apenas se oia flotar en ella algun suspiro, alguna palabra pronunciada en voz baja, como cuando por un bosque que se adormece se oye pasar el último vuelo de un pájaro;

Y experimentábamos más cada vez bajo aquellas bóvedas sombrías que algo grandioso, santo y delicioso se disipaba en la oscuridad;

La iglesia donde entramos estaba tris-

te y silenciosa á la caida de la tarde; el altar no tenia servidores, y como un corazon sin amor, tenia apagadas las luces.

Entonces, temblando, inclinásteis la taciturna frente, como barco que zozobra, mientras que fuera del templo se oia en la ciudad pasar inmenso murmullo de voces.

II.

Las voces que pasaban eran alegres, y decian:—"Disfrutemos de los goces del mundo; para nosotros las copas de oro llenas de placeres; para los demás los cálices llenos de amargura.

„Gocemos! La vida es corta y pasa velozmente; nadie sabe cuándo ha de morir; la lazada que une al cuerpo con el alma se desata cuando menos lo esperamos.

„Saquemos de los objetos lo agradable que contienen; el calor de la llama, el vino de la uva, el aroma de la flor y el amor de la mujer.

„Disfrutémoslo todo; de la primavera gocemos hasta la última brisa, del dia hasta el último rayo de luz, de la hermosura hasta la postrera sonrisa.

„Apurémoslo todo, pasando la vida de embriaguez en embriaguez; amigos mios, lo que vá á perderse muchas veces nos acaricia mejor.

„Del licor que apuramos prefiero siempre las heces, que suele ser más dulce la última gota de la copa.

„¿Por qué todos deseamos siempre sumergirnos en el mar de las voluptuosidades? Por ver si alguna perla desconocida está oculta en el fondo de las olas.

„No satisface desflorar apenas lo que podemos gozar; de nada sirve vivir desalentados, como los niños cuando acaban de correr por las llanuras.

„Gocemos libremente; nada tenemos que hacer; la felicidad nos invita; hagamos que, como un tizon encendido bajo el morillo, se encienda nuestra vida.

„No imitemos al loco que vive entregado al fastidio y que pasa la vida llorando; los frutos más hermosos que produce la tierra se los comen las bocas que rien.

„Como nosotros que reimos, los que viven tristes tambien mancillan algunas veces el alma; para fundir sus corazones basta que lancen sus rayos el oro ó la mujer.

„Caen como nosotros, á pesar de su orgullo y de su sufrimiento inútil; las olas más gigantescas, cuando tropiezan con un escollo, se deshacen en espuma.

„Vivamos, pues, y bebamos, desde la noche hasta la mañana, para olvidarnos de nosotros mismos, y despleguemos alegremente el mantel del festin, que sirva de mortaja al pesar.

„La tristeza sombría es la sombra que proyecta andando el placer; caminemos, pues, dirigiendo la vista hácia el sol y no veremos esa sombra.

„Nada debe importarnos el duelo, la desgracia y la desesperacion que produzcan nuestras alegrías, ni que dejemos tras de nosotros algo sombrío que se arrastre por nuestro camino.

„Ni lo sabemos ni queremos saberlo!—Queden lejos de nosotros los pesares y los dolores; cuando marchitamos coronas de flores, ¿quién tiene compasion de las rosas?

„Los verdaderos bienes de este mundo, y en el otro no pensamos, consisten en todo lo que nos regocija, en todo lo que nos dá un canto, un rayo de luz ó un perfume.

„No consisten en el mañana, sino en el presente; en todo lo que nos hace gozar ó reir, en ojos enamorados, en senos palpitantes.„

III.

Y mientras esas voces, que aumentaban sin cesar, exclamaban: "Alegría, placer, goces y felicidad„, vos decíais: "Recemos„.

IV.

Mientras esas voces alborotaban, vos murmurábais con acento débil:—"¡Dios, que me habeis criado, me reservásteis para el combate del mundo, cuyo combate me hace temblar!

„Tenedme compasion. El esquife que me arrastra carece de vela y de remos; ¿por qué no teneis ángeles que velen por las mujeres, como velan por los niños?...

„Sé que los dias de nuestra vida son un soplo ante vuestra eternidad; sé que solo vos sois el Sér real, eterno y luminoso, y que todo lo demás es sombra.

„Lo sé; pero en esta sombra en la que flotan nuestros corazones, pregunto dónde está mi camino. ¿Alguien me responderá? Suplico y espero, llamo y escucho.

„Pero nadie me contesta ni viene, y á cada momento veo que tienden lazos por la via que he de seguir. ¿Por qué no teneis ángeles que velen por las mujeres, como velan por los niños?

„Señor! Privada estoy del hogar tranquilo, de la familia cariñosa; ni poseo palacio soberbio, ni pobre cabaña, ni faro que me enseñe el camino, ni amistad que me estreche la mano, ni amor que me la acaricie.

„Señor! Estoy sola en el mundo; en él vejeto y lloro; olvidada entre las ruinas de todos mis séres queridos, paso la vida en la soledad.

„Sin embargo, no he causado ningun daño á ese mundo que no cuida de mí, y vos sabeis que mis acciones dignas me hacen levantar la frente.

„La mitad de lo que poseo entrego gustosa á los pobres y nadie me compadece, á mí, que tengo compasion de todos; á mí, que sufro y que alivio los dolores.

„Ya lo sabeis, Señor; no hay nadie que enjugue mis lágrimas; el apoyo de mi mano se rompe, todo tiembla bajo mis piés.

„En la cuna no tuve juguetes y en la vida no conseguí felicidad. Señor, esta no es vuestra ley. Los rayos del sol, en mi cielo tempestuoso, uno tras otro desaparecen.

„Ni siquiera disfruto del flujo y del reflujo de las claridades y de las sombras; mi espíritu de dia en dia se sume más cada vez en pensamientos lúgubres.

„Si es cierto que en los corazones inocentes que sufren difundís vuestra gracia, Señor, sostenedme, sostenedme, porque me siento próxima á caer!„

V.

Contemplando estaba yo á la huérfana que á Dios dirigia sus preces en el sagrado templo, y encontrando grave y digna de aquel santo sitio á la hermosa desconsolada, la dije:

VI.

—"Señora, ¿por qué os atormenta ese pesar, por qué no secais las lágrimas, poseyendo como poseeis ese delicioso corazon, sombrío como la noche y tierno como la aurora?

„¿Qué os importa que la vida, que tan desigual es en el mundo para el hombre y para la mujer, sea aciaga para vos, si estais dotada de alma purísima?

„Quizás muy pronto esa alma volará á las regiones celestiales y os conducirá á ellas, librándoos de los sufrimientos y de los dolores de la tierra.

„Sed como el pájaro que se posa un instante en una rama frágil, y que aunque conoce que ésta se dobla, canta, sin embargo, porque sabe que tiene alas.„

25 Octubre 1834.

XXXIV.

Escritos en la primera página de un ejemplar del Petrarca.

Cuando con el alba del cariño se colora mi alma; cuando, casto amante de Laura, sin sentir el viento helado de la mofa, mi pensamiento, como una flor, se abre hoja á hoja en las profundidades del corazon, tomo tu hermoso libro, que claridad celestial enciende, en el que con frecuencia, al lado del éxtasis, murmura la resignacion; ¡tu hermoso libro, en el que se vé, como un oleaje de cristal, que por arenas de oro fluye á su capricho, tanto amor correr sobre tanta poesía! Voy á tu fuente predilecta, y sentado junto á ella, vuelvo á leer tus misteriosos versos, ese envidiable tesoro, esa flor amorosa que, encerrada en los bosques, despues de quinientos años perfuma aun á Vaucluse! Mientras que leo ese libro, pensativo y reflexionando, se mofaria de mí el que así me viera; porque lejos del tumulto del mundo, tus púdicas canciones, tus nobles elegías, vírgenes de suaves contornos y de miradas azules, pasan ante mi vista, llevando en sus frentes puras, en los sonetos esculpidos, tu hermoso estilo, que chispea en frescas metáforas.

24 Octubre 1835.

XXXV.

Hay hombres que en todos los sentidos dejan pasar la vida, entregados á sus deseos y á sus instintos; todo en ellos camina á la merced de lo que sobrevenga; la accion carece en ellos de idea y el pié de pensamiento; siguen á la ventura el proyecto ó el desvarío, entran en las puertas que se abren y se dejan llevar por el viento que sopla; solo los absorbe la brevedad del presente; ni piensan en el pasado ni en el porvenir. Su espíritu flota y duda. Caminan sin preferir ningun camino, y todo se borra en ellos mesuradamente, el fastidio con la alegría, el ayer con el hoy. Viven no

más para el dia. No tienen trazada ninguna regla para sus deseos. Cuando piensan una hora, segun lo exigen las pasiones, nada lejano resuena en su existencia; en la idea que siguen en aquel momento, y para su corazon, que carece de cariño y de pesares, el pasado no tiene raices y el porvenir no tiene flores.

Pero vos que difundís la alegría en mi alma, que desde hace doce años fuísteis sucesivamente ángel y mujer, sosteniéndome en las altas regiones y ayudándome en las bajas, ascendiéndome con vuestras alas ó calmándome en vuestros brazos; vos, que hablando siempre con el corazon, haceis visible á la vista la calma interior por la paz exterior, la dulzura del espíritu por la salud del cuerpo, la bondad por la alegría y la virtud suprema por la suprema belleza; vos, que sois mi faro, mi polo, mi imán, mientras que flotamos á merced de los acontecimientos, sabeis que todas las almas tienen que regirse por sus leyes, y todo en vos está sereno, fiel y resplandeciente, no descomponeis el todo armonioso, y como en la esfera celeste, nada en vos se choca; sonriendo, vuestra alma se enlaza con vuestro espíritu; vuestra vida, que alguna vez empaña el llanto, secreta como el nido que gime en el bosque, como la sorda corriente que fluye sobre el musgo, la forma el concierto dulce y tierno de la bondad, de la virtud y de la belleza, es un himno que cantais á Dios. Al veros tan perfecta y tan hermosa, parece que una música pura, igual y solemne, al andar se desprenda de todos vuestros movimientos; los de las demás son rumores, pero los vuestros son un canto.

17 Octubre 1834.

XXXVI.

¡Sé para siempre bendita, Eva, que ninguna fruta tienta, que feliz habitas de la virtud las puras cumbres, alma sin tacha y sin arrugas, que bañas tus alas cándidas en un arroyo misterioso, matizado de reflejos espléndidos, á la sombra y lejos de las miradas del mundo!

¿Sabes lo que dice de tí el indigente cuando pasas?—"Esa es la mujer llena de gracia que sonrie al pordiosero; la conmueve nuestro infortunio; inclina hácia nuestro lecho su radiante faz y palabras melodiosas salen de sus tiernos labios.„

¿Sabes lo que dice de tí la inconsolable viuda, dirigiendo las miradas al cielo?—"Vino un ángel á echar gotas de miel en la copa de mi amargura; como el rocío sobre la yerba, sobre mi miseria llovieron sus beneficios, y se entendieron nuestros corazones, á pesar de ser ella dichosa y yo desventurada.

"Conocí que de ninguna impurez participa su alegría y que su frente es pura como el azul del cielo, y ella comprendió bien que el duelo en que estoy sumida dá resignacion á mis pesares; ella comprendió mis lágrimas y yo comprendí su sonrisa.„

Para hablar de los huérfanos, cuando cerca del hogar, juntando mis rodillas, siento en ellas á tus hijos que te se parecen; cuando les refiero que el invierno sombrío, el hambre y otras penalidades se apoderan de los niños pobres y abandonados, que van por las calles descalzos;

Mientras silenciosamente el grupo de tus hijos me oye y suspira, ¿sabes qué parece que me digan con sus ojos, que son parecidos á los tuyos?—"Pobrecitos niños, venid á nuestra casa y en ella todos nos esforzaremos por complaceros, y nuestra madre será una madre para vosotros.„

Sabes tú lo que dice mi corazon?—"Ella es indulgente y cariñosa; sus labios no rechazan ni el más amargo licor. Madre semejante á su hija, en medio de la familia, ilumina mi frente sombría con los rayos de su cariño y de su bondad.„

Dominando las pasiones y dominando la cólera tu noble espíritu, solo realiza acciones nobles; cuando sobre nosotros difundes tus afectos, sometes nuestros corazones. Del cisne solo pueden caer plumas blancas.

18 Octubre 1835.

XXXVII.

A Luisa B.

I.

Al año que huye le sigue otro año; éste muere tambien; el tiempo no deja de caminar, y acercándonos á los límites de la vida, un invierno más pasó sobre nuestras primaveras.

El tiempo, los años y los dias son palabras de las que la multitud no hace caso, son palabras profundas que nunca medita; de las horas que huyen escuchan los consejos muy pocos mortales.

Los hombres gastan las horas fugitivas en locas pasiones, en locas voluptuosidades, creyendo que Dios los lanzó al mundo solo para gozar de los cantos de los banquetes, de las risas y de la hermosura.

Consume el hombre inútilmente la vida entregándose á los placeres. ¿Está seguro de vivir mañana? ¿Está seguro de vivir hoy? Malgastando sus dias, ¿sabe lo que malgasta? No cuenta su número, pero lo cuenta Dios.

Apenas le ocurre un pensamiento sério, cuando, en un festin que satisface sus deseos, embriagado, en él comprende que se le debilita la cabeza y que caen al mismo tiempo las flores que le coronan y sus cabellos;

Cuando todos sus proyectos, uno tras otro, prematuramente se deshacen; cuando vé morir sus ilusiones; cuando vé que el nivel de sus dias, que se escurren, baja rápidamente como un torrente en el verano,

---

Entonces, extrañándose, parece que reclama, y pregunta:—"¿Me he bebido todo ese licor? ¿No tengo ya vino para aplacar mi sed, ni amor para saciar mi alma? ¿quién vació al mismo tiempo mi copa y mi corazon?„

Al ver que nadie le contesta, triste, con la frente pálida, con débiles manos, con soplo helado, vanamente remueve dentro de sí mismo el monton de cenizas del fuego extinguido que se llama ayer.

II.

Así vamos pasando la vida; pero vos, dotada de alma fuerte y de corazon magnánimo, exclamais:—"Nada me importa que el tiempo huya sin cesar y que su soplo arrastre al paso, al través de la duracion y del espacio, los hombres y los dias.„

Porque teneis aficion á lo único que puede vivir, inclinais la frente sobre el libro del Dante ó sobre las notas de Mozart. Teneis pasion por todo lo inmortal, y nada de lo que el tiempo arrebata fija vuestros pensamientos.

Algunas veces, cuando el espíritu os aguija, ardiente música se escapa de vuestra alma, música que entona cantos irresistibles, cuyos sones, que son más ligeros que el alma de los céfiros, palpitan y hacen vibrar como liras las fibras de nuestros corazones.

En este siglo en cuyo horizonte brillan tantos relámpagos, en el que el mundo, lanzado de tempestad en tempestad, clama con terror, en medio de la noche, que se espesa más cada momento, conseguís conservar una serenidad que atraviesa sin turbarse la borrasca exterior.

Vivid siempre así, consagrada á la familia, que es el centro á cuyo alrededor todo gravita y brilla; seguid prodigando la indulgencia y economizando el vituperio; seguid siendo la mujer de corazon grave y cariñoso, que es séria con el hombre y juguetona con el niño,

---

Ya que para conservar siempre la belleza del alma, para llenar el corazon y la cabeza de pensamientos benévolos teneis lo que en el mundo, despues de Dios, es más querido y más sagrado, un padre con cabellos blancos.

31 Diciembre 1831.

XXXVIII.

La duda.

A LUISA B...

En nuestros dias—compadecednos, mujer tierna y noble—el interior del hombre presenta un sombrío cuadro, en el que una serpiente visible aparece en la superficie del agua, y en el que la incredulidad se arrastra en el fondo de nuestro corazon.

Vos, que nunca sonreís con mofa á las aflicciones que perturban las almas; vos, que vivís serena, atenta y velada; que sois hombre por el pensamiento y mujer por el corazon;

Si me preguntais vos, que sois musa, á mí, que soy poeta, por qué vivo agitado, por qué está mi frente sombría, por qué inquieta se arrastra mi vida como en el aire rama desgajada, por qué quiero saber lo que murmuran los vientos, por qué contínuamente velo pensativo, ó por qué me despierto antes que los pájaros y antes que los niños;

Por qué cuando la bruma desgarra sus velos yo visito los valles y contemplo sucesivamente la alfombra de flores y la techumbre de estrellas, os diré; que dentro de mí llevo un enemigo, la duda, que me arrastra á vagar por el bosque sombrío, espectro míope y sordo, formado de luz y sombra, que me enseña y me oculta á un mismo tiempo todo á medias.

Os diré que pregunto á cada instante á un instinto que balbucea prisionero en mis sentidos, que tiene necesidad de creer y deseo de negar, y que el espíritu se mofa del corazon que llora.

Por eso me veis que hablo con frecuencia en voz baja, y que como el pordiosero hambriento que delira sentado en el umbral de una puerta cerrada, parece que como él espero á alguno, que no me la abre nunca.

La duda! Frase fúnebre que en letras de llamas veo escrita en todas partes, en el alba, en el relámpago, en el azul del cielo misterioso, que es transparente para los ojos, pero que es impenetrable para las almas.

Este es el martirio que á nosotros, hijos de las pasiones, nos atormenta; á nosotros, cuyo espíritu no puede tener vuestra serenidad sublime; á nosotros, cuya cuna, arriesgada sobre el abismo, flotó en las olas revueltas de las revoluciones.

Las supersticiones, esas repugnantes víboras, hormiguean en nuestro cerebro, marchitando todo gérmen, y arrastramos en nuestros corazones el cadáver podrido de la religion, que vivia en el alma de nuestros padres.

Hé aquí por qué camino triste y reflexionando, por qué con frecuencia miro y escucho de noche, y solitario recorro á la ventura un sendero durante las horas en que el que pasea es sospechoso.

¡Dichoso aquel que puede amar, y que en su noche oscura, al buscar la fé, puede encontrarse con el amor; al menos le ilumina la luz de la lámpara, mientras espera que le alumbre el dia! ¡Dichoso es ese corazon! Amar, es casi creer.

13 Octubre 1835.

XXXIX.

Date lilia.

Si encontrais en alguna parte una mujer de frente pura, de paso grave, de ojos tiernos, á la que siguen cuatro niños, de los que el último apenas puede andar, que los vigila á todos, y que si pasa por su lado algun anciano indigente pone una humilde limosna en manos del niño pequeño para que se la dé; si cuando se zahiere á un hombre reputado esta mujer oye silenciosa la diatriba, duda de lo que oye, y despues os dice:—"Esperemos para juzgar. ¿Quién es capaz de emitir un juicio justo? Hay gran tendencia á deslucir todo lo brillante: la alabanza es tarda y el vituperio vuela.„ —Si cuando un recuerdo, ó quizás un remordimiento, ó acaso la casualidad os

conducen al cementerio, y veis, al doblar un apartado andén, rezar junto á una tumba, con sus hijos, á un sér gracioso, que llora sonriendo; si de su seno destrozado el dolor y el éxtasis se desbordan, como sale el agua por las hendiduras de un vaso; si nada le resta en el mundo á ese inconsolable ángel; si empañados por el llanto sus ojos castos, más se elevan hácia el cielo que se inclinan hácia la tumba, con tanta pesadumbre, que su corazon parece que no haya escogido aun entre su madre que está en el cielo, ó entre sus hijos que viven en la tierra; si cuando, por la Páscua ó por la Navidad, la iglesia, al caer la noche, se llena de pasos confusos y de cirios llameantes; cuando el humo como una nube sale de los incensarios; cuando en medio de los cánticos de los hombres, de las mujeres y de los niños, una alma sale de todas esas almas; si lejos de la multitud, tras una columna oscura, veis sobresalir, sobre cuatro cabezas de niños agrupados, otra cabeza de miradas puras, en las que se confunden la claridad virginal con la claridad maternal, ¡oh! quien quiera que seais, bendecidla, que es ella, la hermana de mi alma inmortal, mi orgullo, mi esperanza y mi refugio. Es ella! La virtud que se inclina hácia mí, la figura de alabastro escondida en mi morada; el árbol que por el camino que yo paso vierte con frecuencia sus frutos y su sombra siempre; la mujer que vé en mi alegría su felicidad suprema, y que si titubeamos mis hijos ó yo, con sus palabras y sus miradas serenas, á ellos los sostiene de la mano y á mí me sostiene el corazon; la que si alguna vez me inclino al mal, es la única que puede castigarme, pero que me perdona; que de mis proyectos descabellados me consuela y me absuelve, á quien yo amo siempre y me sigue á todas partes; es en mi fria bruma una flor de belleza que la bondad perfuma, y participa su naturaleza del himeneo misterioso de esas dos cualidades: como flor pertenece á la tierra y como perfume al cielo.

16 Octubre 1834.

FIN DE CANTOS DEL CREPÚSCULO.

VOCES INTERIORES.

Á JOSÉ-LEOPOLDO-SIGISBERTO,

conde HUGO

(teniente general de los ejércitos del rey).

Nació en 1774; fué voluntario en 1791, coronel en 1803, general de brigada en 1809, teniente general en 1825; murió en 1828.

No inscrito en el Arco de la Estrella.

SU RESPETUOSO HIJO,

Víctor Hugo.

PREFACIO.

La Porcia de Shakespeare habla en alguna parte de cierta *música que el hombre tiene dentro de sí.*—"¡Desgraciado, exclama, el que no la oye!„—Pues esa música tambien se encierra en la naturaleza: si este libro representa algo, representa el eco, débil y confuso sin duda, pero fiel, del canto que responde en nosotros al canto que oimos fuera de nosotros.

Por lo demás, siendo este eco íntimo y secreto para el autor la poesía, este volúmen, excepcion echa de nuevos matices y de desarrollos que exige la época, es solo la continuacion de los precedentes. Lo que contiene, los otros lo contenian tambien, con la única diferencia que en las *Orientales*, por ejemplo, la flor está más abierta; en las VOCES INTERIORES la gota de rocío ó de lluvia estará más oculta. La poesía es como Dios: una é inagotable.

Si el hombre oye una voz, si la oye la naturaleza, tambien la oyen los acontecimientos. El autor siempre ha creido que era la mision del poeta fundir en un mismo grupo de cantos esa triple palabra que encierra una triple enseñanza: la primera se dirige particularmente al corazon, la segunda al alma y la tercera al espíritu. Tres rádios.

Además, en ese grupo, en la época que vivimos, se encuentra al hombre comprendido enteramente bajo el triple aspecto de nuestra vida: El hogar, el campo y la calle. El hogar es nuestro propio corazon; el campo es donde nos habla la naturaleza, y la calle es la tempestad de los acontecimientos políticos.

Digámoslo de paso: en esta refriega de hombres, de doctrinas y de intereses, que se lanzan violentamente todos los dias contra cada una de las obras que produce este siglo, el poeta tiene que desempeñar una funcion séria. Sin ocuparnos ahora de su influencia civilizadora, tiene la mision de elevar, cuando lo merezcan, los acontecimientos políticos á la dignidad de acontecimientos históricos; para esto necesita lanzar sobre sus contemporáneos las miradas tranquilas que la historia lanza al pasado; no dejarse engañar por ilusiones ópticas, por espejismos falaces, y que lo coloque todo en perspectiva, disminuyendo esto y engrandeciendo aquello; no debe ser cómplice de ningun hecho de fuerza; debe mantenerse inquebrantable, austero y benévolo en medio del tumulto; indulgente algunas veces, lo que es difícil; imparcial siempre, lo que es más difícil aun; debe profesar de corazon la simpática inteligencia de las revoluciones, que indica que se desprecian los motines; por tener grave respeto al pueblo, que se alía con el desden al populacho; su espíritu no debe conceder nada á las insignificantes cóleras ni á las insignificantes vanidades; que su elogio, como su vituperio, tome con frecuencia, segun le convenga, ya el espíritu de la corte, ya el espíritu de las facciones: necesita poder saludar la bandera tricolor sin insultar á las flores de lis, y poder en el mismo libro, casi en la misma página, afear la conducta del hombre que vendió á una mujer y elogiar al jóven y noble príncipe por una buena accion; glorificar la alta idea esculpida en el Arco de la Estrella y consolar la idea triste encerrada en la tumba de Cárlos X. Debe atender á todo, ser sincero y desinteresado, y como hemos dicho ya en otra parte, no depender de nada, ni de sus propios resentimientos, ni de sus agravios personales, consiguiendo de este modo estar en ocasiones irritado como hombre y sereno como

poeta. Es preciso, en fin, que en estos tiempos, encarnizados en la lucha furiosa de las opiniones, en medio de las atracciones violentas que su razon tiene que sufrir sin desviarse, tenga siempre presente este objeto severo: inclinarse á la parte generosa de todos los partidos y no inclinarse nunca á su parte perversa.

El poder del poeta nace de su independencia.

El autor, como se vé, no prescinde de ninguna de las condiciones rigurosas en la mision que se ha impuesto. Comprendiendo así el resultado del arte, ha de ser éste la dulcificacion de los espíritus y de las costumbres; el arte así comprendido representa la civilizacion. A este resultado, aunque el autor de este libro carezca de mérito para desempeñar tan alta funcion, continuará tendiendo por todos los caminos que tiene abiertos su pensamiento, por el teatro, por el libro, por la novela, por el drama, por la historia y por la poesía. Lo intenta, lo ensaya y lo comprende. Muchas simpatías nobles é inteligentes le apoyan; si consigue su propósito, á ellas y no á él se deberá el éxito.

En cuanto á la dedicatoria que encabeza este volúmen, despues de haber escrito las líneas precedentes, el autor no cree que necesita decir que se la ha sugerido un sentimiento tranquilo y religioso. Se comprenderá fácilmente que ante estos dos monumentos, el Arco de la Estrella y la tumba de su padre, uno nacional y otro doméstico, pero los dos sagrados, no podian ocurrírsele más que pensamientos sérios y graves: únicamente señala una omision, y esperando que la reparen en el sitio oportuno, el autor la repara al frente de este libro, concediendo á su padre una hoja de papel, que es de cuanto puede disponer, sintiendo que esa hoja no sea de granito; obra como cualquiera hubiera obrado encontrándose en su situacion. Cumple sencillamente con un deber, ni más ni menos, y le cumple como se deben cumplir todos los deberes, sin cólera, sin vanidad y sin hacer ruido. A nadie maravillará que obre así. Despues de todo á la Francia nada debe importarle que caiga una hoja de su espesa corona de gloria, ni que esta hoja la recoja un hijo. La nacion es grandiosa y la familia insignificante; lo que no es nada para la primera, es el todo para la segunda. La Francia puede olvidar, pero la familia debe acordarse.

24 Junio 1837, Paris.



VOCES INTERIORES.

I.

Este siglo es grande y fuerte y le anima un noble impulso; por todas partes vá el misionero pensamiento, y el ruido del trabajo, entre la algarabía humana, se confunde con el ruido divino de la creacion.

Por todas partes, en las ciudades y en la soledad, el hombre es fiel á la leche que le amamanta, y en el bloque informe de la sombría multitud el pensamiento activo esculpe naciones.

El patíbulo envejece y se desmorona; la plaza de la Grève se lava; el motin se duerme. Van á aparecer mejores dias. El pueblo tiene cólera, como el volcán tiene lava, que primero devasta, pero que despues fecunda.

Poderosos poetas, que Dios impulsa, nos lanzan rayos de sus inspiradas frentes. El arte tiene frescos valles, en los que las almas, inclinadas, beben la poesía en sagrados arroyos.

Piedra á piedra, pensando en las antiguas y extinguidas creencias, en la sociedad que se bambolea á todos los vientos reconstruye el pensador estas dos columnas santas: el respeto á los ancianos y el amor á los niños.

El deber, hijo del derecho, habita en nuestros hogares como un huésped augusto. Los mendigos, agrupados á la sombra de los pórticos, tienen menos ódio en el corazon y menos ira en los ojos.

La austera verdad no tiene ya las puertas cerradas y desciframos todos los verbos. Nuestro espíritu, pasmado, leyendo contínuamente en el libro de la naturaleza, descubre en el universo un sentido inesperado.

Oh poetas! El hierro y el vapor ardiente, mientras vosotros soñais, libran en la tierra del antiguo peso á los objetos pendientes que sobre pesados ejes trituraban los empedrados.

El hombre consigue que le sirva la materia ciega. Piensa, busca y crea. Merced á su vivo soplo, los gérmenes dispersos por toda la naturaleza tiemblan, como se extremece un bosque al soplo del viento.

Sí, todo camina, todo crece. Cada hora

fugitiva que pasa deja su huella. Surge un gran siglo, y contemplando de lejos luminosas playas, el hombre vé, como un rio, crecer y engrandecerse su destino.

En el magnífico progreso, del que nuestra época se vanagloría, en el gran brillo de un siglo deslumbrador, me espanta en secreto, Dios mio, que el eco de tu voz vaya debilitándose!...

15 Abril 1837.

II.

Sunt lacryme rerum.

I.

Murió. Ni un grupo del pueblo, urna de donde sale la cólera ó el amor, ha expresado á su muerte compasion, ni alabanza, ni respeto, nada. No ha cambiado el aspecto de este siglo tempestuoso, mar erizado de arrecifes, en el que el hecho, ese oleaje sombrío, se deshace en espuma contra las ideas. En ningun templo de nuestras ciudades le lloraron, ni se oyó el toque de difuntos. La prensa vocinglera, esa loba pendenciera, apenas se dignó mirar desdeñosamente, ni siquiera la oimos gruñir irritada y morder esa púrpura; todo y todos siguieron su curso natural; las mareas en la playa, la multitud tras el dinero, el pensador tras el desarrollo de sus ideas, todo continuó lo mismo; nadie exclamó siquiera:—"¡Un rey acaba de morir!„

II.

Sombríos cañones, alineados delante de los Inválidos, como las esfinges al pié de las pirámides; dragones de bronce, enormes, de abiertas fauces, terribles guardianes de ese palacio, que edificaron gigantes, al oir la exclamacion, que en otros tiempos os hubiera hecho rugir á todos:—"El rey de Francia ha muerto!„ —¿cómo es que como leon cautivo, sacudiendo su cadena, no os habeis extremecido en la cureña, y despertándoos súbitamente, no os habeis dicho unos á otros:—"El rey de Francia ha muerto?— ¿Cómo es que sin hacer salvas fúnebres han clavado el sarcófago silenciosamente? ¿Cómo es que no ha salido siquiera de vosotros, sordos cañones, el murmullo confuso que el vago batir de las alas de la noche arranca á las armaduras vacías? ¿Es que os habeis prostituido en nuestras luchas civiles, y sois ahora, como nuestros nobles, viles y sonoros? ¿Es que, ya viejos y enmohecidos, remachados en vuestro sitio, arrodillados siempre ante todo lo que pasa, retirados del combate y custodiados en algun oscuro rincon por veteranos cojos, olvidados del ejército, servís solo para hacer humo ante todos los vencedores, y reservándoos para esas solemnidades, habeis arraigado en esta cobardía? ¡Cobardes cañones que la guerra rechaza, cuya voz se malgasta en las fiestas, vosotros que glorificais á los que vienen, pero no á los que se van; vosotros que sois cortesanos de bronce desde hace treinta años, y lo mismo habeis adorado á Enrique IV que á Luis XI, habiéndolo todo aplaudido y todo saludado, callando solo cuando el pueblo silba! Cobardes! preferís á los hombres afortunados: en el ardiente molde, al construiros el fundidor, mezcló con el estaño y el cobre el olvido para el vencido; porque el que muere desterrado no vivió para vosotros; porque vuestros pulmones de hierro, de los que sale un hálito de fuego, son mudos para Goritz, lo mismo que para Santa Helena. Sois infames!... Pero no; nosotros somos los insensatos y los que merecemos el desprecio, porque vosotros nos obedeceis; sois prisioneros y sois esclavos. La guerra os construyó para las batallas, y nosotros os empleamos para salpicaros con el cieno de Paris, y os sellamos dentro de un palacio centenario, para introducir en vuestro vientre relámpagos sin truenos. Nosotros debemos ser infamados, porque pusimos nuestra alma abyecta en esos bronces sagrados. Salimos del oprobio, y ellos permanecen en él cautivos; el dia en que mueren los reyes proscriptos, no pueden, lanzando nubes de humo, prolongar en Paris sus brillantes sollozos, y como perros atados á las murallas, con quejumbroso aullo acompañar á los funerales. Mudos, con los cuellos inclinados hácia el suelo, permaneceis ahí pensativos y tristes, pensando en la bajeza de los hombres, que consigue lograr que los cañones se avergüencen!

III.

Os callais, pero yo no; mi Musa, que algunas veces se niega á cantar á la aurora, nunca se niega á cantar al sol poniente; yo que en otro tiempo fuí recibi-

do como un huésped en Reims por el rey Cárlos, yo que compadecí sus desgracias y que censuré su falta, yo no me callaré. Descenderé encorvado hasta el subterráneo profundo donde duerme ese rey caido; suspenderé mi lámpara en la oscura bóveda, y sin cesar, por su triste recuerdo, mi espíritu, en estos tiempos en los que se contagia el olvido, hará que velen su sombra mis versos religiosos. Nada me importa que todo el mundo le olvide para dedicarle los cantos de mi lira, que yo profeso afecto á todos los que padecieron, excepto á los malvados. ¿Qué me importa, despues de todo, que haga seis años que ese rey fuese separado de las testas coronadas, ruina lanzada en la playa por las olas de los acontecimientos, que durante mucho tiempo viviese en la oscuridad, y que llegando á viejo, sin trono y sin diadema, feneciese en el destierro, que es la primera muerte de los reyes? Le diré, sin miedo de que me critiquen, que su advenimiento al trono tuvo por hermana á mi juventud; que Saint-Remy nos recibió dentro de sus triunfales muros el mismo dia á los dos, á él viejo, á mí casi niño, y que no quiero que el arpa que sonó en su elogio consienta que se cierre silenciosamente el ataud para ese rey muerto. Mientras que en lontananza la multitud susurra, la augusta piedad, servidora de los proscriptos, que los entierra con su mortaja más blanca, no pedirá inútilmente á mi afligido pensamiento un pedazo de terciopelo para cubrir ese féretro augusto.

IV.

Magnífico estaba Versalles en aquellos dias puros y felices que coronaban su frente con toda clase de prosperidades. El fausto no tenia allí límites; los nobles, los palaciegos, todos seguian á su señor, y como al mismo término se dirigen cien caminos, á él arribaban todas las grandezas.

En la época de nuestros padres, Versalles resplandecia aun: los leones tienen grandes guaridas y los príncipes palacios régios. Cada vez que el envidioso pueblo contemplaba desde su morada ese soberbio palacio, volvia más pálido á su oscuridad, llevando en los ojos un espléndido deslumbramiento de reyes, de mujeres y de dioses.

Entonces reian y esperaban tres niños bajo sus artesonados techos; los dos Luises, primogénitos de Francia, y el jóven Cárlos, conde de Artois, los tres nacidos bajo el régio dosel, semillas de próspera suerte para la nacion; cerca de ellos estaba el rey, debajo de ellos el pueblo y encima la bondad de Dios.

V.

¿Quién les hubiera dicho entonces el cruel destino que les esperaba? ¿Quién les hubiera dicho que vendria un dia en que la Francia no se acordaria de ellos ni de su triste historia, como el Océano no se acuerda de los náufragos?...

¿Quién les hubiera dicho que un dia se desplomarian del techo desnudo de las Tullerías lises y delfines, como monton de armas viejas, y que más tarde, en misteriosa época, un corso, que no habia nacido aun, esculpiria un águila en el fronton del Louvre?

¿Quién les diria que su morada real de Saint-Cloud se amueblaria para otro, y que en sus hermosos jardines de Le Notre, á los que profesaban tanto cariño, deliciosos parques, en los que adquirian juveniles fuerzas, los caballos de Crimea habian de morder un dia las cortezas de los árboles seculares de Luis el Grande?

VI.

En esos felices tiempos ¡oh Dios! con qué terror, espantada su madre, pálida y temblorosa, los hubiera estrechado contra su corazon si alguna vision, turbando sus dias alegres, se les hubiera aparecido, lanzando este grito terrible: —"Niños, los tres sereis reyes!„

Esa voz profética tambien hubiera podido añadir:—"Niños, será muy triste vuestra aurora; para vosotros serán los cetros infaustos presentes. ¿Por qué el Dios que castiga á Babilonia os hace nacer en esta época al pié del trono? ¿Qué delito habeis cometido, pobres inocentes?

„¿Hermosos niños, que siendo tan puros y tan tiernos veis con sorpresa que todos os adulan, veis ancianos con vestiduras de escarlata que os hablan de rodillas, y que cuando los severos Malesherbes le-

vantan la frente con orgullo, os vais á jugar á los jardines, sin pensar que acabarán todas esas adulaciones, ni que vuestra raza, que zozobra, esconde en la oscuridad, en sus dos extremos, á Ravaillac en el pasado y á Robespierre en el porvenir?

„Al Louvre, cuyos muros guardan los retratos de los reyes aventureros, id á ver cómo os miran Carlos I y Jacobo II. Oscurece vuestro horizonte una nube, y suelo extranjero, tierra natal, el motin y la guerra desastrosa devorarán vuestra vida. De vosotros tres, niños, sobre los que pesan las antiguas ruinas de la Francia, el primero se llamará Luis XVI y el último se llamará Cárlos X.

„El niño mayor que tenga poco apego á la vida, que no confie en la gloria ni en el afecto del pueblo y que adquiera el valor que necesita para resistir á la noche negra que hácia él avanza; que piense en el cielo lluvioso y en el chirrion que rueda, y que entrevea en lontananza, sobresaliendo por encima de la muchedumbre, levantarse el patíbulo.

„Hermanos por el nacimiento y por la desgracia, los otros dos niños huirán arrastrados por los aquilones; el reinado de Luis, rey solo de algunos desterrados, comienza en el destierro, y el de Cárlos en él sucumbe; el primero no será consagrado y el segundo carecerá de sepulcro; faltará un cadáver en Reims y otro en San Dionisio.„

VII.

Esa horrible leyenda es la historia de nuestros padres, que duermen el sueño eterno; lo que parece increible, nosotros que vivimos lo hemos presenciado.

Esos infortunios y otros dejó caer sobre ellos la mano del Señor; ¡ahora creed en la aurora! ¡ahora creed en la felicidad!

Creed en el cielo siempre límpido! ¡Saludad al porvenir que tanto nos halaga! ¡El porvenir es un fantasma que lo promete todo y no posee nada; tiene las manos vacías!

Los colosos tienen los piés de arcilla; vuestro abismo, Señor, es un abismo infinito. ¡Luis XV fué el culpable y Luis XVI el castigado!

El castigo se equivoca y se desvía por decreto del Altísimo; el que obró mal pasó larga vida en el trono, y el inocente sucumbió en el patíbulo.

Las faltas que cometió el abuelo perseguirán á los hijos, y en vano se defenderán de ellas; cuando cae la nieve sobre el padre, el hijo sufre la avalancha.

¡Mar profundo de las revoluciones, terribles enseñanzas en el alborotamiento de vuestras olas se ven flotar confusamente!

VIII.

Cárlos X!—¡El Señor que dá y quita forjó para su cabeza una corona demasiado pesada! El imperio aun estaba pendiente y los tiempos eran muy difíciles. Una gran sombra se proyectaba en toda la Francia, la figura colosal de la sombra del emperador. El pueblo, el ejército, la nacion y la Europa vasalla, petrificados por aquella poderosa mano, necesitaban un glorioso reinado, y para satisfacerse Paris, así como despues de César, Augusto llenó á Roma, despues de Napoleon necesitaba un gigante.

Cárlos no fué más que un hombre. Tuvo miedo de subir á la cumbre. El abismo atrae. Víctima de vértigo falaz, cerrando los ojos á la luz, se precipitó en el abismo. Silencio ante su tumba, porque en ella todo termina, y apenas habrá teñido con un vago recuerdo al pueblo, que, semejante al agua, pasa, claro ó turbio, cerca de todo, sin participar nada más que de la oscuridad.

No espereis que le dirija amargos reproches; no soy el pájaro que grita en las playas del mar, y que al ver caer el rayo de las nubes, lanza á los marineros perdidos graznidos siniestros. Aislado con frecuencia de todas las pasiones, he rechazado siempre los besos traidores y el himno con que nos halaga la popularidad con su voz aduladora, por lo que no espereis que compre hoy elogios para

mí, prodigándole vituperios: el que quiera zaherir á los reyes caidos, que haga de su calvario una vil picota, que yo no afligiré á Cárlos X en su sarcófago, como no le afligí en otros dias en su destierro.

IX.

¡Descansa, hijo de Francia, en la fosa que te encierra lejos de la pátria!—Conviene que la sombra velada, que ese anciano pastor muerto sin el rebaño de su pueblo, ese rey casi secular, yazga en reposo eterno; que goce al menos de la paz tranquila de las tumbas, ya que mientras vivió sufrió la intranquilidad del infortunio. Pueblo, seamos clementes, seamos fuertes y olvidemos. Nunca el hedor de los muertos atrajo á los leones. Encierra grandeza el ódio de un gran pueblo cuando perdona al que desciende al sepulcro y combate á sus enemigos que están en pié. Le combatísteis cuando era rey poderoso; muerto, ya no os debeis ocupar de él; porque no creo que sea digno de un pueblo como el de la Francia añadir á la mano que mata la mano que abofetea.

X.

Nosotros, que somos pastores de los espíritus, que desde las orillas del camino observamos todos los pasos que dá el género humano, poetas por nuestros cantos, pensadores por nuestras ideas, empujemos hácia el sendero de la razon á las almas retardadas; apresuremos la llegada de la era en que se unan con leal lazada el trabajo popular y el trabajo real; en la que la cólera y el poder se divorcien; en la que los que sean fuertes tengan miedo á su fuerza, y en que tiemblen á un mismo tiempo los reyes ante sus deberes y los pueblos ante sus derechos. Ayudemos á los acontecimientos que el Señor envia para que abran un camino ó para que cierren un sendero á las revoluciones, cuya superficie fermenta; á los cambios repentinos que todo lo conmueven, á desprender las nubes del alma, á colocar encima de las leyes como una aureola el sentimiento profundo que está concentrado en nosotros, que el hombre llama duda y la mujer compasion; expliquemos en beneficio de la clemencia los altos hechos que sobrevengan en el Estado, que consiguen, al examinar á los vencidos y á los vencedores, hacer que tiemble la certidumbre humana; hagamos que llegue pronto la hora en que en los sepulcros frios solo se escriban palabras de perdon y de esperanza; consigamos que muertos el emperador y los Capetos, no se les destierre á éstos de San Dionisio ni á aquel de su Columna. De nada sirve esta accion vengativa.

Llegará un dia en que se comprenda en todo el mundo que ninguna ley tiene derecho, sin faltar á la equidad, á que expíen todos el delito que uno solo cometió, ni á hacer beber al hijo la hiel que derramó su abuelo. Cuando un aguilucho real caiga de su alta esfera, no se le castigará por haber sufrido el castigo el águila; conservando el derecho que ha comprado de alcanzar el poder y de entregar el trono y el Louvre al más digno, podrá el pueblo sin espanto ver que un niño más juega en la ciudad, porque entonces todos exclamarán:—"¡Es muy justo dejarle la pátria al que ha perdido el trono!„

Oh poesía! Tu vuelo se refugia en el cielo cuando, aullando los partidos, luchan desenfrenados; cuando la necesidad, siguiendo su código formidable, castiga al fuerte, al débil y hasta al inocente, y sorda y sin compasion extiende su anatema desde la frente arrugada del anciano hasta la frente tersa del niño.

Huyes entonces de un solo vuelo hácia las regiones diáfanas, hácia las regiones de la luz, para que tu digna pureza no se salpique con el fango y con el polvo de los caminos que hollamos, y para que las nubes y las tempestades, que pasan sobre nuestras cabezas, solo puedan pasar por debajo de tus piés.

Tú sabes que es el hombre estrella sin órbita, que vaga á la merced de todos los vientos; tú sabes que la injusticia habita en la morada de los humanos, y que nuestros corazones son funestos circos en los que, soberanas las pasiones, grupo horrible que en vano combatimos, como hambrientas fieras, devoran á la casta virtud.

Todo lo que sufre está lleno de ódio; todo lo que vive arrastra un remordi-

miento. Solo los muertos pueden romper sus cadenas. Por lo que, viendo en todas partes que se agita la vida entre la envidia y la rabia, viendo su maldad, poesía, si algunas veces desciendes hasta la tierra, como pájaro solitario te posas sobre una tumba!

Noviembre 1836.

III.

Qué es el fin de todo? ¿La vida ó la muerte? ¿Son las olas donde flotamos, ó es el abismo donde caemos? ¿Cuál es el fin lejano de tantos pasos cruzados? ¿La cuna encierra al hombre ó al destino? ¿Venimos al mundo con nuestros dolores ó con nuestras alegrías, á ser reyes predestinados ó á ser víctimas fatales? ¿Decidnos, Señor, si no habeis creado al hombre por casualidad, si su calvario está oculto en el establo y si los sedosos nidos, que el alba dora, en los que nacen las plumas entre flores, se han construido para los pájaros ó para los pajareros?...

24 Marzo 1837.

IV.

El Arco de triunfo.

I.

¡Tú, cuya curva en lontananza, dorada por el sol poniente, se llena de azul celeste, desmesurado Arco; tú, que elevas á gran altura la frente serena, construido para trocar debajo de tí la campiña en abismo y para servir de base á algun águila sublime que venga á posarse en ella, pero que sea de bronce!

¡Vasto amontonamiento que la historia cinceló, monton de piedras sentado sobre otro monton de gloria, edificio nunca visto; tú, que el hombre que comenzó nuestro siglo, en el porvenir lejano deslumbrado entreveia!

Aunque eres soberbio, no estás terminado, no, ya que ningun transeunte, sentado á tu sombra en la yerba, fija en tí sus miradas pensativas, mientras que trivial y vagabunda, por entre tus cuatro piés hormiguea toda la ciudad, como entre los piés de un elefante.

Algo falta á tu real belleza, que los siglos venideros traerán para tu apoteósis. Falta á tu cúspide el sombrío monton de años, que cuelguen confusamente arruinados de las brechas abiertas en tu fronton.

Te faltan las arrugas, te falta la antigüedad, te falta el pasado, esa pirámide á la que todos los siglos aportan su piedra; te faltan los chapiteles rotos, la yerba en los fustes; le falta á tu bóveda el susurro misterioso que se confunde con el silencio, el confuso cuchicheo de los recuerdos.

La vejez corona y las ruinas deifican. Necesita tener el edificio un pasado de duelo, de triunfo ó de remordimiento: nos complace el hollar su recinto, encontrar en el polvo que nuestros piés levantan la ceniza de los muertos.

Necesita el fronton deshojarse como un árbol; necesita que el líquen, que es el orin del mármol, con su dorada lepra cubra sus paredes; y que la vetustéz, que borra todos los artes, se pose en las esculturas, royéndoles las fisonomías, como pájaro que roe una fruta.

Necesita que antiquísimo enlosado ondule bajo sus pórticos; que la hiedra viva trepe por los acantos muertos; que el agua duerma en los fosos; que la cariátide conmovida se resista, ya cansada, á sostener la archivolta, y exclame: ¡No puedo más!

No basta que entre piedras recien trabajadas lloren las brisas y las noches; más hermosas que un monumento recien construido son las ruinas de un palacio. Para que la luna embote al través de la oscuridad la sombra con el rayo y el rayo con la sombra, necesita tener ruinas á falta de tumbas.

¿Quereis que una torre ó una iglesia se conviertan en monumentos, de los que el alma idealice la forma y la altura? Pues esperad que se cubran de musgo y



EL ANCIANO CONDUCIA Á SU HIJO BAJO LA SOMBRA DEL ARCO

dejad que el tiempo trabaje las estátuas; el tiempo, que es el gran escultor.

Se necesita que el anciano caduco, llevando á su hijo de la mano, pase por el sombrío arco y nombre á Napoleon, como se nombra á Ciro, y le diga, señalándole con sus manos descarnadas:—"¿Ves esa enorme puerta? Pues tiene tres mil años, y por ella han pasado infinidad de generaciones desaparecidas.„

II.

¡Paris es la ciudad madre, es el sitio solemne en el que el efímero torbellino gira en un centro eterno! ¡Paris es fuego sombrío ó estrella pura! Taciturna Isis cubierta con un velo, araña que urde inmensa tela, en la que se prenden las naciones; pecho lleno de líquido vital, al que para nutrirse de ideas acuden las generaciones.

Cuando París se dedica al trabajo en su clamorosa fragua, coge á los pueblos dichosos, valientes ó sábios, sus leyes, sus dioses y sus costumbres. En su hornaza, confundiéndolos, funde, transforma y renueva la ciencia universal que toma prestada, y despues vuelve á lanzar á los pueblos sus cetros, sus diademas, sus preocupaciones y sus sistemas, que han torcido sus fuertes manos.

París conserva sin apercibirse las fasces y los incensarios; todas las mañanas erige una gloria, todas las noches apaga un sol; con la idea y con la espada rehace, reclava y eleva la escala que desde el mundo conduce al cielo; hermana de Menfis y de Roma, edifica en este siglo una Babel para los hombres y un Pantheon para los dioses.

Ciudad envuelta por una tempestad de dia y de noche, despierta al gigante Europa con sus campanas ó con sus tambores. Ya vigile ó ya duerma, oye esa ciudad susurrar sobre ella un enjambre de abejas, como susurran en un bosque. París siempre clama y ruge. Nadie sabe lo que perderia el mundo el dia que París callase.

III.

Callará sin embargo!—Cuando pasen muchos meses, muchos años, muchos siglos; cuando esa ribera, en la que el agua se estrella en los puentes, se restituya á los juncos que se inclinan murmurando;

Cuando el Sena huya por entre las piedras que le obstruyan, gastando alguna vieja cúpula hundida en sus aguas, atendiendo al suave viento que lleva hasta las nubes el extremecimiento de las hojas y el canto de las aves;

Cuando fluirá de noche, blanco y feliz en la oscuridad, adormeciendo su oleaje, largo tiempo perturbado; cuando pueda por fin oir las innumerables voces que pasan vagamente por la esfera estrellada;

Cuando esa ciudad, loca y ruda trabajadora, apresurando el destino que la espera, caiga convertida en polvo á los golpes de su propio martillo y haga de su bronce moneda y de su mármol empedrado;

Cuando de los techos, de los campanarios, de los pórticos, de los frontones, de las cúpulas que embellecian á la ciudad, no queden ya más en su inmensa campiña que dos torres de granito construidas por Carlo-Magno y una Columna de bronce construida por Napoleon,

---

¡Tú, entonces, completarás ese triángulo sublime! El bronce simbolizará la gloria y el granito la fé; y tú serás la puerta abierta sobre la cumbre, que diga:—"Es preciso subir para llegar hasta mí„.

Saludarás á la antiquísima iglesia, á la altiva Columna, cuya fama crece de dia en dia, que quizá esté aun de pié ó caida y semejante al clarin monstruoso de desaparecido titán.

Y sobre las dos ruinas que reunirá el destino, hará para tí resplandecer el alba á un mismo tiempo dos signos triunfantes, que de lejos se parecen, pero que de cerca son una espada y una cruz.

Sobre vosotros tres descansarán mil

años de la Francia. La Columna es un cántico entonado á un imperio apenas desaparecido; tú concluirás el himno que ella empieza; ella exclama: "Austerlitz!„; tú exclamarás: "Champaubert!„

IV.

Serás eterno y completo, Arco, cuando todo lo que el Sena refleja en sus olas desaparezca para siempre; cuando de la ciudad que igualó á Roma solo queden un ángel, una águila y un hombre de pié sobre tres sitios elevados.

Entonces será cuando el rey, el sábio y el poeta, todos aquellos que tengan presente el pasado, te admirarán vivo, cerca de Paris muerto; y para ver mejor tu faz, que destella un pensamiento sombrío, separarán de tí la hiedra, como levantan el velo que cubre la frente de la abuela dormida.

En tus muros, que para ellos no serán vulgares, estudiarán nuestras costumbres, nuestros héroes, nuestras guerras, pensativos á tus piés; creerán ver, á lo largo de tu animado friso, revivir el gran pueblo y el gran ejército, y exclamarán:

—"Mirad, ahí está el regimiento; esa serpiente de las batallas, con mil piés arrastrando sus relucientes escamas, que ya furiosa se enrosca al pié de las torres, ya con movimiento formidable y tranquilo agujerea un fuerte de piedra y atraviesa una ciudad, con su vanguardia sonora, en la que redoblan veinte tambores.

„Allá arriba está el emperador con sus capitanes, pensando si irá á tierras lejanas para sujetarlas á sus triunfos ó si preferirá, para vencer ó para defenderse, la curva de Aníbal, el ángulo de Alejandro ó el cuadrado de César.

„Allí está la artillería con sus bocas abiertas, de las que el humo asciende en nubes, cae y vuelve á remontarse; la artillería que deshace una ciudad, destruye las guarniciones, arruina por la brecha que abre, y que es mayor cada momento, torres, cúpulas, puentes y campanarios, y que, como un arado, cava una horrible calle al través de las casas.„

Y todos los recuerdos que en tu frente silenciosa, cada siglo al pasar haya dejado impresos, acudirán á su pensamiento; arrancarán de tus muros tu antigua historia, y dirán, colocando un glorioso penacho sobre tu invencible cimera:

—"Todo era grandioso en aquella época antigua! Si los años no hubieran devastado ese pórtico, hubiéramos encontrado curiosidades admirables; pero el tiempo, que hace crecer con abundancia las zarzas y la hiedra, se apodera de los monumentos y rasga del libro las páginas más interesantes.„

V.

Pero el tiempo nada suprime á los objetos; y más de un pórtico elogiado sin razon, en sus lentas metamórfosis concluye por adquirir verdadera belleza. A los monumentos que reverenciamos dá el tiempo severo encanto; nunca, por más que rompa y cubra de moho el traje que les quita, equivale al traje con que los reviste.

El tiempo es el que llena de arrugas las piedras talladas; el que por el ángulo de un mármol árido pasa la mano inteligente; el tiempo, para corregir el monumento, enmaraña una culebra viva en los nudos de una hidra de granito. Parécenme que los techos góticos se rien, cuando el tiempo en sus antiguos frisos quita una piedra y mete en su lugar un nido.

El tiempo es el que vierte en los monumentos vago olor de madreselva sobre los pisos que quizá mancharon los huesos de los cadáveres; es el que llena de pájaros las feroces esculturas, haciendo que éstos vivan en los huecos y que de las bocas de piedra salgan cantos y gritos.

Si alguna Vénus desnuda gime convertida en mármol, el tiempo la sirve y la acaricia, y al abrigo de un pórtico heráldico, con velo púdico de hojarasca la tapa hasta la cintura, y bajo sus piés blancos y artísticos extiende la florida alfombra de la yerba, ese fresco mosáico del Abril.

VI.

Con frecuencia el pasado oculta más de un secreto, cuya mancha reaparece en los antiquísimos muros; con frecuencia el edificio caido, por su soledad y por su sombra, se parece á un rey destronado. No hay gloria donde no hay muchedumbre. Roma quedó humillada y Venecia vá de luto. Todas las ruinas empiezan por el orgullo; este es el primer fronton que se desploma.

Atenas está triste, y oculta con el Parthenon las huellas de los ingleses y las de los cañones, y lamentándose de ver sus torres mutiladas, piensa en el artista griego que vertió con sus manos algo semejante á la sonrisa humana en el contorno de los propyleos.

Tebas tiene sus templos muertos, en los que se arrastra serpenteando la vívora de frente chata y de mirada brillante alrededor de las columnas, y solo alguna águila grande habita como soberana en los pilares de Rhamsés, cuyas láminas de bronce caen como carcomidas cortezas.

En las ruinas de Gur, que llenan los graznidos de los buhos, caminando el tigre dobla y rompe los bambús, de los que salta volando el buitre, y la leona al pié de aquellos muros misteriosos coloca el grupo inquieto de los leoncillos, que aun no han abierto los ojos y que hormiguean sobre su vientre.

La silenciosa Palenqué yace en las lagunas donde verdean malezas y arbustos, y apenas entre sus espesos bloques de alta yerba se oye deslizar á los lagartos, y obstruyen sus paredes árboles de fruto colorado oscuro, en los que vuelan, iluminados por el sol, hermosos pájaros de color de cobre rojo.

Jumieges, mudo en su dolor, ahoga su triste eco en su portada normanda y deja cantar en sus ruinas los nidos que se abrigan en sus torres, de los que el viento de la tarde hace llover sobre las losas plumas de palomas.

Como madre sombría y digna que oculta bajo su manto á su niño abofeteado, el Egipto, sentado en las orillas del Nilo, envuelve en sus inmensas sábanas de arena sus colosales personificaciones de la muerte, cuyas caras destrozó el pié brutal de Cambyses.

VII.

Pero nadie atentará á tu púdica majestad, puerta santa; jamás verás profanado tu verídico mármol; tu Arco de triunfo permanecerá siendo virginal, y los pueblos que han de nacer vendrán con la cabeza descubierta á saludar tu frente coronada.

Siempre el pastor acurrucado en los centenales verá cernerse sobre tu cumbre bandadas de águilas; en ella siempre la gloria encenderá su faro, y solo entonando en tu loor bélicas armonías, por debajo de tu altivo Arco pasarán los siglos.

Nada parecido á una afrenta se atreverá en tus muros, á los que sube la marea de los años á difundir sus manchas, y podrás en esos campos, en los que las tres quedareis solas, contemplar con orgullo á las dos torres, tus abuelas, y á la Columna, tu hermana.

Porque jamás se ocultó ningun crímen bajo tu base ni se amasaron tus cimientos con sangre, y ningun crímen, sembrado en tus raices para proyectar sombra siniestra en tus ruinas, confunde con tus laureles su repugnante hojarasca.

Mientras que esas ciudades, sepultadas en sus cenizas, cometieron en otros tiempos acciones malditas y ébrias derramaron sangre, consiguiendo que el Señor dijese á la naturaleza:—"Reház tus palacios, ya que el hombre profanó la arquitectura„.

Por eso desaparecieron. Las visitan los chacales; sus muros se van arruinando sobre las yerbas parásitas; se instalan allí los estanques y duermen debajo de las ruinosas bóvedas; sobre los Nerones esculpidos caminan las fieras; se abren antros donde existieron cámaras incestuosas. El tigre puede pasar por donde el crímen pasó.

VIII.

Si en dias muy lejanos, cuando tres mil años hayan pasado sobre nuestros despojos mortales, á la caida de la tarde, un hombre sentado en la colina contemplase el Sena, ¡cómo, por su aspecto triste y silencioso, los sitios donde existió Paris asombrarian sus miradas! Si es á la hora en que los vapores caen sobre el rojizo sol poniente, si es á la hora en que se oscurecen las copas de los árboles, en ese crepúsculo en el que nada es real, en el que la flor se duerme y se despierta la estrella, veria ese observador como al través de un velo, como se presentan las imágenes en los sueños, la llanura inmensa y la bruma aparecer á sus piés, ensanchándose lentamente en la vaguedad nocturna, y absorbiendo por grados bosque, collados y céspedes, á medida que avanzase la noche, llenando todo el espacio. En esa hora sombría, en la que se cree ver huir los objetos tomando formas extrañas, le sumiria en éxtasis ver dormir esos campos en los que cada piedra encerró un ruido. ¡Cómo prestaria oido á los rumores indecisos! ¡Cómo se imaginaria ver figuras sentadas en los arbustos inclinados, en los árboles que están á la orilla del agua, en los lienzos de los muros que lamen los cañares! ¡Cómo buscaria la vida en esa tumba suprema!—Pero no, todo estará muerto. No habrá ya en esa llanura más que un pueblo desvanecido; se habrán apagado los ojos de los hombres y solo quedarán vivos los ojos de Dios. Solo quedarán un Arco, una Columna, y allá abajo una iglesia semi-encallada entre la bruma.

Qué espectáculo!—¡Así mueren las obras de los pueblos! El pasado es un abismo profundo. Para ese transeunte tendrá gran peso nuestra historia, sobre todo si despertando de repente su memoria le recuerda esa noche, una de nuestras grandes noches, víspera de nuestros grandes dias, en la que el emperador, soñando en un mañana glorioso, se dormia esperando ver rayar el alba de su victoria.

Cuando ese viajero, hácia media noche, fatigado por sus propios pensamientos, cansado de oir los mil rumores de ese mundo destruido; despues de estar apoyado de codos mucho tiempo en las orillas de esa nada inmensa, haya tomado el camino de regreso; cuando en ese enorme desierto, que no huellan los pasos humanos, nada inquiete el pudor que Roma ó Paris arruinados deben sentir ante los hombres; si algun sér animado vela todavía en la soledad de la llanura, verá quizás de repente saltar de su frente un pálido relámpago y en lontananza la Columna extremecerse y responder, y sus soldados de cobre y tus soldados de piedra ¡oh arco! abrir lentamente sus pesadas pupilas y maravillosamente entrechocarse. Entonces, el águila de metal dormida en tu soberbia cumbre, incorporándose de súbito sobre esos héroes, cuyas pupilas están encendidas, sacudirá sus alas eternas. Por qué despertarán? ¿de dónde saldrán esas claridades, y el viento, que soplando sobre los guerreros esculpidos, hará que se muevan y que se agiten, como las hojas sobre el tronco de la encina? Dios solo lo sabe y nadie puede penetrar sus misterios. Los guerreros se dirán unos á otros en voz baja:—"¡De pié!„ y los del noventa y seis y los del mil ochocientos once, los que levantan hasta las nubes la espiral de bronce, los que liga á la tierra el zócalo de granito, todos arrastrando al combate á los caballos que relinchan, á las banderas que hincha el viento y á los rodantes cañones, se lanzarán en tropel á empeñada refriega. Entonces se oirá en tus muros el sonido de los clarines; las bombas, los tambores, el toque de los escuadrones, los gritos y el tumulto y el estruendo de la batalla, saldrán confusamente de las piedras cinceladas, y desde la base hasta la cúspide del enorme pilar se oirán los rugidos y los clamores de cien batallas. De repente, estrellando al enemigo vencido, sonarán los cánticos de la victoria, y las aclamaciones se contestarán desde tí hasta la Columna. Despues reinará en vosotras dos profundo silencio, el rumor festivo del triunfo llenará el valle, y á lo lejos Nuestra Señora, envuelta en las tinieblas, iluminando su cruz, como si fuese un lábaro, os cantará en la oscuridad un vago *Te-Deum*.

Monumento! Hé aquí el inmenso desvarío que haces surgir en la fantasía del poeta; Arco, hoy guerrero, ayer religioso; sueño bosquejado en la piedra, puerta prodigiosa de un palacio de gigantes; cuando de polvorosa hiedra cubro tus esculturas, cuando veo en el fondo de las épocas futuras la lista de los héroes que te adornan relucir y brillar al tra-

vés del ramaje frondoso de los años, como al través de las hojas de los árboles brillan las estrellas, entonces inclino la frente ante tu grandeza y te admiro; pero hijo cariñoso y visitador artístico, lamento, Arco sublime, que Fidias haya muerto y que hayas olvidado á mi padre.

2 Febrero 1837.

V.

Dios está siempre allí.

I.

Cuando el verano llega, el pobre está contento; el verano es la estacion de los calores; en él el aire es tibio y la auroro es fresca; el verano es la mirada de Dios.

———

En el verano la noche es diáfana y semejante al dia claro y límpido; la tarde se tiñe de dorados resplandores, la llanura es blonda y se oyen cánticos en los aires.

———

En verano, despertándose la naturaleza, difunde la vida por todas partes, en el árbol cubriéndole de espesas hojas y en el hombre llenándole de beneficios.

———

Todas las sombras parecen que exclamen:—"Viajero, ven aquí á descansar!„ La naturaleza entonces dá sonrisas al alba y dá besos á las olas.

———

Oculta, cubriendo en las espesuras, lejos del mundo zumbon y sordo, una lira en cada bosque y un oido en cada corazon.

———

Dá vida y alegría á los pobres que salieron del invierno; vierte de lleno la luz del sol desde un cielo puro, que parece que les diga:—"Vivid„.

———

En las chozas, en las cabañas, que desdeñan los que habitan las ciudades, alegre la naturaleza hace nacer muchas flores, para venderlas en los palacios.

———

Este es el lujo de las moradas pobres; las flores cándidas no temen ni perder sus perfumes ni ensuciar sus hojas con los andrajos de los infelices.

———

En la enredadera florida de un techo los jazmines se abren y se posan, y la flor de lis no desprecia á nadie, pudiendo despreciar á todos.

———

Entonces, la casucha donde el musgo se desborda de la modesta paja ostenta con cariñosa dignidad las viejas paredes bordadas de rosas.

———

Los claros rayos del alba, llegando hasta las oscuridades de la casucha, doran la tela de araña, extendida entre las vigas del techo.

———

El alma del pobre entonces está contenta, bendice y aclama á Dios, del que siente el hálito celestial en todos los soplos de la mañana.

———

El aire le alegra y le calienta; goza del ambiente de la primavera: canta un pájaro en su ventana y la alegría canta en su corazon.

———

Entonces, si el huérfano se despierta sin tener hogar ni madre, y reza á Dios, oye una voz que le dice al oido:—"Ven bajo mi cúpula azul.

———

„El Louvre es igual á las cabañas bajo mi pabellon celeste; ven bajo el cielo lleno de luz, ven bajo el cielo lleno de zafiros.

———

„Conocí á tu padre y á tu madre en sus tiempos felices y en sus tiempos desgraciados; amarga fué su vida, pero yo fuí tierno para ellos.

———

„Yo cubrí sus sepulturas de floridas yerbas que las protegen; ven, yo soy la naturaleza; soy tu abuela, eres mi nieto.

———

„Produzco abundantes rosas y riquísimas frutas; con ellas te llenaré las manos; hablaré cariñosamente contigo y tú me sonreirás.

———

„Deseo verte sonreir, pobre niño, que estás triste y eres muy hermoso; sonríete, y yo iré á decírselo á tu madre en su fosa.„

El niño, al oir esta voz cariñosa, olvidándose de que es un sér abandonado en la tierra, desciende contento de las colinas á los bosques.

Vé placentero en ellos que el árbol tiene frutos, que la yerba tiene flores, y vé cómo juguetean los pájaros en las altas ramas de las encinas.

Se mira la cara en el arroyuelo; desaparece su tristeza; los matorrales le detienen al pasar y se sienta á jugar con las piedras.

Por la noche, al regresar donde duerme, no le recibirá la dueña riñéndole; le gustan tanto las estrellas, que se acuesta y se duerme á su luz.

—"Duérmete tranquilamente, que Dios te despertará.„—Sale la luna y le acaricia con más suavidad que el sol.

La luna nos hace descansar de nuestros trabajos y de nuestros dolores; hace nacer los sueños, y el sol solo hace que se abran las flores.

Cuando el pajarillo oculta el nido entre las colgantes ramas; cuando se seca al sol las plumas y todo mojado canturrea,

---

Me he imaginado con frecuencia en mis vigilias que la pródiga naturaleza dedica en voz baja sus maravillas á los que sufren durante el invierno.

Es buena para todos, hasta para el malvado; Dios se lo permite; pero sobre todo es cariñosa para el pobre, que era el predilecto de Jesucristo.

Siempre es serena y majestuosa; regala al augusto indigente sus dones de reina magnífica y le prodiga sus cuidados de esclava inteligente.

Tiene hambre el pobre?—La naturaleza dice á la rama:—"Cae, fruto dorado„.—Tienes sed? "Corre, arroyuelo„.—Tienes frio? "Aparece, sol„.

II.

Pero ¡ay! Julio está ya terminando, y disipándose el estío, cae hoja á hoja en la yerba y dia á dia en el pasado.

El Octubre le hace perder sus resplandores, y los bosques, en sus azules lontananzas, cubren de rojizo color las frias espaldas de los collados.

El invierno aparece entre innumerables nubes y lanza del cielo al verano, semejante al tiempo, ese segador sombrío que sigue al sembrador eterno.

Entonces el pobre se sobresalta y reza, porque en el invierno duerme Dios, y el hambre lívida y flaca tiembla junto al hogar apagado.

Cree ver que una mano de hielo, mutilando el dia y oscureciéndolo, se lleva todos los frutos de los árboles y todos los rayos del cielo.

Llora al ver muerta la naturaleza, al tener que sufrir la ruda ley del invierno. De repente un ángel abre la puerta del tugurio y dice sonriéndole al pobre: —"Soy yo„.

Este ángel tembloroso, que dá, es la limosna, de ojos tiernos, de frente cándida, que se parece á la fé, que es hermana suya.

—"Yo soy la caridad, la amiga que se despierta antes de que amanezca, cuando la naturaleza está adormecida, y á quien Dios dice:—"A tí te toca„.

„Vengo á visitar tu cabaña, que tan triste está en el invierno; soy la hija de la oracion y abro las manos con mucha facilidad.

„Acudo porque es cruda la estacion. Acudo porque el indigente tiene frio.

Acudo porque el toldo de verdura no sombrea ya el techo de tu cabaña.

„Suplico y nunca mando; profesando cariño á todos los hombres, dejo satisfechos á los que dan y llevo la alegría á los que reciben.„

Caridad, modesta y augusta, te hizo participar el Señor de lo que tiene de celeste el ángel y de lo que tiene de cariñoso la mujer.

En el abandonado lecho del anciano inclina su graciosa frente, y no hay nada tan hermoso como ella en el mundo;

Como cuando estrecha con sus manos divinas los piés desnudos de los niños y calienta sus pechos entre sus rodillas!

Vá de tugurio en tugurio llevando el regocijo á los pobres, dándoles vino, pan, aceite y valor para sufrir los sinsabores de la vida.

Sobre todos, ama entrañablemente á los débiles desgraciados, á los que se ciñen la triple diadema de la inocencia, de la pobreza y de la pequeñez.

Porque son mejores á esa edad que nosotros los mayores; además del pan que los hombres necesitan, les dá el beso que hace falta á los niños.

Mientras socorriendo su hambre comen llorando ese pan, en la calle los aparta con su mano, para que no les codéen los transeuntes.

Y si en estos momentos pasa por su lado algun rico, lo atrae hácia el niño, tirándole suavemente de la ropa.

Despues, por los niños ruega tambien á la multitud de corazon duro, á la multitud que, cuando se la suplica, huye, como el agua que mengua.

Desgraciado el sér impuro que canta alegremente, mientras el aquilon sopla sobre el pobre niño, acurrucado en el umbral de una puerta.

—"Es espectáculo triste y fatal ver que, mientras en la morada de los opulentos arden luces y fuegos en los salones preparados para el festin, los pobres tiritan de frio bajo un techo agujereado.

„Dadme para que yo pueda dar. Tengo en mi nido pájaros desnudos. Dad, perversos, para que Dios os perdone; dad, hombres buenos, para que Dios os bendiga.

„Dichosos los hombres caritativos! El que dá á los pobres presta á Dios. El beneficio que se hace perfuma el alma y nunca se olvida por completo.

„¡Dichoso el que recoge en su casa por la noche al pobre y abandonado niño que llora, como recoge el avaro una moneda de oro!

„Conquista un verdadero tesoro el que consigue que un grupo de niños, que encontró llorando, recen por él á Dios y se queden sonriendo.

„Los bienes que doy al que me ama, Dios no consentirá que los pierda; el oro que se siembra en el pobre, el rico lo cosechará en el cielo.„

III.

Pobres, ya brille ó ya desaparezca el verano, nunca desespereis; el Dios que sufrió y que impera dirige sus pasos por donde vosotros caminais.

Para vestiros se desnuda, y es bueno hasta para el hombre perverso, que, como el metal en el orin, se endurece en el mal.

Es tierno hasta cuando apura la hiel por salvar al impío, que le insulta sin temerle. No es águila altiva ni soberbio leon; es cariñoso y compasivo.

Cuando arrastramos pesada cadena, la rompe eslabon tras eslabon. Para el

espíritu es una paloma y para el corazon es un cordero.

Los que arrastrais una vida de sufrimientos, esperad, que él os vé y lo sabe; en el dia de la justicia encontrareis la recompensa.

Es el Dios del Evangelio; tiene en sus manos vuestro corazon, y aunque sabe que es frágil, no quiere romperlo.

Cuando el verano desaparece, cuando se extiende el invierno sombrío hasta al través del cielo que llora, se vé su sonrisa eterna.

Porque sobre los que sufren, en invierno, en verano, de noche y de dia, de diferentes urnas Dios derrama los arroyos de su cariño.

Y su bondad inagotable proporciona á la humanidad los pechos de las dos cariñosas madres, la naturaleza y la caridad.

11 Febrero 1837.

VI.

—"Disfrutemos de la vida, dicen en su loca embriaguez; sentémonos á la mesa y apuremos el festin; no nos importe en qué surcos sembremos nuestros placeres; como somos ricos, debemos malgastar nuestra riqueza; como somos jóvenes, debemos malgastar la vida.

„Cierra esa Biblia, jóven religioso; abandona el colegio y la iglesia y ven á nuestro palacio; alegres en él, servidos por cien domésticos, reimos, bebemos y cantamos, y no solo no insultamos á Dios, sino que le permitimos que nos enseñe su cielo azul por entre los arcos de nuestros pórticos.

„¿De qué te servirá consumirte estudiando? ¿Sabes cómo te llamarán las hermosas de ojos tiernos, cuya sonrisa vale un trono?—Te llamarán jóven inútil y se burlarán de tí, lamentando que te empeñes en que tu rostro tome el color amarillento del libro.

„Nosotros vivimos entre mujeres lindas, entre fiestas y entre conciertos; gozamos de placeres desconocidos para la multitud, cuando en la orquesta la música tan pronto asciende, tan pronto baja, ya se hincha en ondas sonoras, ya vuela convertida en polvo armonioso.

„En estos tiempos los hombres hacen intervenir en todo á la música y á los cantos.—Por esto, amigos, nos entusiasma la guerra, noble diosa en la que todos soñamos cuando somos niños, y que hace sonar á la cabeza de sus legiones las bocas de sus clarines de metal.

„Oh reyes! para vosotros la guerra y para nosotros los placeres; vivid para satisfacer el orgullo, como nosotros para satisfacer nuestros deseos: todos tenemos nuestros prosélitos; á vosotros os temen y á nosotros nos aman; á vosotros os pertenecen los imperios, á nosotros los gabinetes perfumados; á vosotros los hombres y á nosotros las mujeres.

„Nos dan lástima los sacerdotes, los magos, los doctores y los sábios; pobres soñadores, que pretenden explicar la sombra que oculta al Eterno, ya descifrándola en un libro, ya sentados por la noche en los techos de los palacios, deletreando estrella tras estrella.

„Nos reimos de esos locos que buscan el centro del globo oscuro del cielo!—Solo es real en el mundo lo que el hombre tiene en la mano; preferimos á su santa felicidad los placeres malditos; trocamos por una hermosa Eva su vago paraiso y su estrellada esfera por una manzana.

„¿Qué vale la ciencia comparada con el amor? El invierno produce la nieve y el sol la luz del dia. Amemos y cantemos, sin hacer caso de palabras vacías de sentido; preferimos á los discursos lacrimosos el choque de las copas de oro, á las caras de los sábios las fisonomías de las hermosas locas.

„Naturaleza, bebemos de las corrien-

tes que tú haces fluir; nos apresuramos siempre á gozar á espensas del pensador prudente, que opina de otro modo, y solo nos ocupamos en aceptar todos los bienes, sin eleccion alguna, y en disolverlos en el mundo en placeres. Dios que obre como quiera.„

Entre tanto el sábio, que conoce el destino del hombre en el mundo, recoge con tristeza las migajas del festin, mientras los que así acaban de hablar se entregan á la embriaguez de la orgía; y repartiendo el pan entre los pobres olvidados y los mendigos afligidos, les dice:—"Rogad, rogad á Dios por esos hombres que cantan!„...

4 Marzo 1837.

VII.

A Virgilio.

¡Oh Virgilio, oh poeta, oh maestro divino! Ven, dejemos esta ciudad de murmullo vano y siniestro, dejemos esa ciudad gigantesca, dejemos á Lutecia, que era tan insignificante en tiempo de tus Césares, y que lanza en la actualidad, bajo el brillante nombre que hoy el mundo la dá, más claridad que Atenas y más ruido que Roma.

Para tí, que hiciste en los bosques, como cae el agua del cielo, caer de hoja en hoja tus versos misteriosos; para tí, cuyo pensamiento llena mi fantasía, he encontrado un sitio pintoresco y sombrio entre Buc y Meudon, sumido en profundo olvido; he encontrado, caro poeta, un puro valle situado entre dos collados deliciosos, retiro grato para los amantes que deseen ocultarse, entre olas dormidas y entre espesas ramas, donde no penetran los rayos del sol que iluminan el bosque, fresco asilo donde se acoge la sombra.

Para tí lo busqué una mañana en que, alegre y satisfecho, vagaba con el corazon lleno de amor; para tí lo busqué recorriendo el bosque con la que sabe todos los secretos que mi alma oculta, y que sola conmigo, perdidos en aquellas soledades, seria mi Licoris si yo fuera tu Gallus.

Porque ella profesa con entusiasmo culto misterioso á la antigua naturaleza: como nosotros, poeta, se apasiona de todos sus rumores: plácele el ruido de los alegres nidos que sale del sombrío bosque, y por la tarde contemplar en el fondo del valle los collados, que del revés se reflejan en el lago; plácele ver al hundirse el sol en el ocaso, cómo vá perdiendo su resplandor rojizo, y la pobre cabaña, y el antro que obstruyen los matorrales, el agua que corre, los prados, los montes y el radiante espacio.

Ya que estamos en la estacion de las clemátides, poeta, si tú quieres, por la noche iremos los tres á ese valle salvaje, separando las ramas, sin que despierten ecos nuestros silenciosos pasos; iremos los tres, y para estudiar la soledad, allí la sorprenderemos en su secreta actitud. En la dudosa semi-oscuridad, que hace que el árbol de un tronco nudoso adquiera por la noche monstruoso perfil humano, dejaremos humear, al lado de un citiso, alguna hoguera que se apague, por no tener pastor que la atice, y escuchando los vagos murmullos de la noche, á la luz de la luna, con avidez atravesaremos las malezas y podremos ver á hurtadillas cómo danzan los sátiros, que Alphesibeo imita.

23 Marzo 18...

VIII.

¡Permitidme que os hable, encantadora jóven! Dante os hubiera colocado entre los ángeles y Virgilio entre las diosas. Son irresistibles vuestros ojos, teneis frente escultural y abrís los labios con expresion festiva; podríais llevar altiva entre las más altivas la coraza de las antiguas guerreras. El conjunto de beldades del gyneceo ó del serrallo admiraria vuestros labios de coral. Cellini sonreiria al veros dotada de pura gracia, y esculpiendo vuestra figura en un vaso griego, os haria salir de un hermoso cáliz de oro ó de una azucena convertida en mujer, pero sin dejar de ser azucena, ó de una de esas maravillosas flores del loto, que trabajaron sus manos, ricas flores del arte, que envidia la naturaleza.

¡Permitidme que os hable, beldad de ojos divinos! Era un dia luminoso el pri-

mer dia que os ví. ¿El recuerdo de ese dia dejó un rayo en vuestro corazon, como lo dejó en el mio? Os sonreís?... Dadme la mano y venid conmigo. La primavera hace abrir las flores, el camino está cubierto de sombra, el aire es tibio, y no lejos de aquí, en los próximos bosques, el musgo verde y espeso alfombra los piés de las encinas.

21 Abril 1837.

IX.

Mientras la ventana estaba abierta.

Poeta, tenias la ventana abierta cuando la mujer á la que en voz baja tu corazon habla con frecuencia en un sillon reclinaba la cabeza, y decia:—"No os fieis de mí, amigo, porque ahora mi vida camina á la sombra de la vuestra;

„No os fieis de que mis miradas se fijen en vuestros ojos y de que reservo mi más cariñosa sonrisa para vuestra sonrisa grave; no os fieis de que, consagrándome á vuestro cariño, os ofrezco mi corazon, como un libro en el que solo vos teneis derecho á escribir;

„Que nadie sabe si llegará un dia en que me escite la curiosidad de perturbar vuestro cariño y de alarmarle, ó el inquieto capricho, ó el burlon deseo de destruir de repente la paz de vuestro corazon, como un niño destruye un objeto precioso.

„Todos los hombres quereis que la mujer conserve dignidad y altivez, porque esto satisface vuestro orgullo, y que consigan las llamas de vuestro amor, que se reflejan en nosotras, que la altiva se convierta en sumisa á vuestro cariño.

„Enorgulleceos de que soy así. Porque esos hombres que veis pasar con frialdad por mi lado, y que corren cariñosos tras otras mujeres, si yo quisiera —pero no pienso en ello porque no quiero perturbar vuestra paz,—mis ojos dormidos harian pronto brotar llamas en los suyos.„

Así hablaba una mujer encantadora, tierna y digna, dejando en los brazos del sillon de terciopelo arrastrar sus mangas, y tú te imaginabas que á esa mujer amante le sonreia el libro de la Iliada, que tenia abierto sobre las rodillas.

¡Hermoso libro que los dos leeis con frecuencia! La apasionan como á tí sus atrevidos combates, en los que la guerra agita sus olas, y aunque es mujer, no ódia al poeta que canta á Helena, viéndote enamorado de ella, á pesar de que prefiere los ancianos á las hermosas.

Ella sube algunas veces á la cumbre de sus jóvenes amores, á mirar en el oleaje de los tiempos pasados qué sombra proyecta en ella esta quimera; porque así como de un monte cae el agua á torrentes, murmurando el pasado, sale y corre en arroyos de tu flanco, gigante Homero!

26 Febrero 1837.

X.

A Alberto Durero.

En los antiguos bosques, en los que la savia corre desde la madera negra de los alisos hasta el tronco blanco de los álamos, muchas veces al través de un claro entre la espesa arboleda, pálido, asustado, no atreviéndote á mirar hácia atrás, te has apresurado á salir, temblando y convulsivo, antiguo y pensador pintor, oh Alberto Durero! Se comprende estudiando tus notables cuadros, que en los frondosos bosques, tus ojos visionarios veian distintamente, á pesar de la oscuridad, al fauno de aplastados dedos, al silvano de ojos verdes, á Pan, que cubre de flores el antro donde tú te recoges, y á la antigua driada, que lleva las manos llenas de hojas.

Los bosques para tí son un mundo temible; en ellos se confunde para tí lo ideal con lo real; en ellos se inclinan pensativos los seculares pinos, los grandes olmos cuyos torcidos ramajes ostentan formas disformes, y en su grupo sombrío, que agitan los vientos, nada hay completamente muerto ni completamente vivo. El berro bebe; el agua cor-

re; los fresnos, sobre las pendientes, bajo las yerbas silvestres y sobre las zarzas trepadoras, encogen lentamente sus piés negros y nudosos. Las flores, de cuello de cisne, tienen los lagos por espejos; y para tí, que al pasar por allí despertabas á extrañas quimeras con garganta de escama, que apretaban con sus dedos los nudos de los árboles y que en el fondo de un antro oscuro fijaban los luminosos ojos, para tí, la vegetacion, el espíritu, la materia y la fuerza están cubiertos de piel ruda ó de corteza viva.

Por los bosques jamás he vagado como tú, maestro, sin que en mi corazon haya penetrado el horror, sin ver extremecerse la yerba y sin ver que el viento mecía confusos pensamientos colgados en todas las ramas. Solo Dios, que es el testigo de los hechos misteriosos, solo Dios sabe con qué frecuencia, en los sitios salvajes, he sentido en ellos como en mí palpitar y vivir un alma, y sonreirse y hablarse en la oscuridad en voz baja las encinas monstruosas que tanto abundan en los bosques.

20 Abril 1837.

XI.

Ya que en la tierra todas las almas dan á alguno su música, su llama ó su perfume; ya que todos los objetos dan en el mundo sus espinas ó sus rosas á sus amores; ya que Abril dá á las encinas grato murmullo; ya que la noche concede á las penas el olvido en el sueño; ya que el aire dá á los pájaros la movediza rama; ya que la aurora dá á las clemátides gotas de rocío; ya que cuando llega á descansar en la playa la onda amarga dá un beso á la ribera; te doy en estos momentos, inclinado hácia tí, lo mejor de lo que yo poseo.

Recibe, pues, mi triste pensamiento, que, como impregnado de rocío, te lo dedico llorando. Recibe, amor mio, mis innumerables deseos; recibe la luz y la sombra de todos los dias de mi vida. Recibe mi entusiasmo, mi embriaguez y mi cariño, y todas las caricias que te dedico en mis canciones. Recibe mi espíritu, que libremente boga á la ventura y del que tu mirada es la única estrella. Recibe á mi Musa, que las horas soñolientas mecen, y que, llorando cuando tú lloras, tiene casi siempre lágrimas en los ojos. Recibe, beldad celeste, ídolo mio, mi corazon, al que nada le quedaria si perdiese tu cariño.

19 Mayo 1836.

XII.

A OI.

Oh poeta! Voy cariñosamente á remover hasta el fondo de tu profundo pensamiento.

No la conocias; la viste por primera vez una tarde cuando el sol caminaba hácia su ocaso, una tarde en que de repente se te apareció fresca y hermosa en un luminoso sitio, menos brillante que ella. En sus cabellos relucian las facetas de mil diamantes; andaba majestuosamente, era blanca, de ojos negros, de alta estatura, y embriagaba á la multitud que la veia pasar. Todo en ella era fuego brillante ó ardor riente. Algunas veces las palabras caian de su boca como las espigas doradas del saco de la espigadora. Salia de sus labios vapor luminoso. Todos hacian exclamaciones, admirando sucesivamente su frente llena de pensamientos, abierta ante el amor su inefable sonrisa, y como dos respiraderos de un encendido foco, sus ojos, que hacian comprender su corazon ardiente. Andaba y pasó como inflamado pájaro, encendiendo sin saberlo fuego en los corazones, fijando únicamente la vista en el camino que iba siguiendo y deslumbrando al pasar.

Tú la contemplabas sin atreverte á acercarte á ella, porque el barril de pólvora tiene miedo á las chispas.

26 Mayo 1837.

XIII.

Jóven poeta, ese perverso hace una guerra cobarde y no le asusta tu indignacion; créeme y no hagas caso de ese Zoilo de miradas traidoras; no hagas caso de ese infeliz burlon. Respira en la atmósfera de tu desprecio y tu ódio le

complace. Sabe que puede manchar impunemente las reputaciones bien adquiridas y que es demasiado venenoso para que nadie le quiera tocar. Nada teme: es como el hongo disforme que brota en una noche al pié de una encina, que deja pacer los cabritillos á su alrededor y que prueben los dientes en los tiernos arbustos, porque tiene el convencimiento de que si se acercan á él sabrá vengarse, y como está hinchado de veneno, espera tranquilo que le muerdan.

18 Mayo 1837.

XIV.

Abril.—A Luis B.

Luis, hé aquí el tiempo de respirar el aroma de las rosas, de abrir los cristales de las ventanas que tanto tiempo estuvieron cerradas; el tiempo de admirar las bellezas divinas de la naturaleza, que flotan en los montes, en los bosques y en los barrancos, en las ondas, en la sombra y en los vientos.

Luis, hé aquí el tiempo de que repose el alma en la tranquila sonrisa que lleva el sello de una vaga llama que irradia en la frente del cielo diáfano; hé aquí la hora de que se dilate el corazon como agua que humea y de que las nubes y las brumas se disipen en la extension azul.

Hé aquí el tiempo en que los amantes paseen por debajo de los verdes pabellones de los árboles y de que sacudan sus alas, que el invierno mojó; hé aquí la hora de que cante el ruiseñor, cuya voz tierna encierra bastante armonía para que se difunda por todos los amores que salen del corazon.

Llegó el tiempo de crecer el trigo, de jugar el niño, de murmurar el agua, de recoger las frutas y las rosas; llegó el tiempo de que el cabritillo, furtiva y graciosamente, mordiendo las hojas bajas de algun árbol inclinado, haga correr al cabrero.

Llegó el tiempo en que, pensando en la tristeza pasada, exclamamos:—"Ya desapareció„. Llegó el tiempo en que el sol derrama la alegría, en el que los nidos cantan en los árboles: nosotros, mientras en lontananza todo vibra y tiembla satisfecho, nos encaminaremos al bosque, y si quereis, andando juntos pensaremos;

Pensaremos los dos en aquella lindísima doncella que duerme eternamente enterrada bajo la yerba que salpican florecillas de oro, donde el pájaro vá á buscar granos de mijo, y que este invierno pasado, creyendo larga su vida, hizo que le prometiera su madre un traje de primavera.

Abril 1837.

XV.

La vaca.

A la puerta de una casa de campo, algunas veces, hácia el medio dia, al calor de los rayos solares, estando sentado un anciano, ante el que pollos y gallinas pasan levantando sus crestas rojas, en un sitio donde los guardianes del sueño de la casa, los dogos, en sus perreras oyen el canto del guardia que los despierta, el canto del gallo, se habia parado en aquellos momentos una vaca soberbia, enorme, bermeja y manchada de blanco, cariñosa como una cierva con sus cervatillos; hormigueaba bajo su vientre un grupo de pequeñuelos, de dientes de mármol, frescos, pero firmes, y todos á la vez y gritando llamaban á otros más pequeños, que se apresuraban temblando á robar á la lechera, que estaba ausente, la leche, que sacaban tirando de los pechos fecundos de su madre la vaca; ésta, complaciente y poderosa y llena del tesoro de la vida, apenas movia sus costados, pintados como la piel del leopardo, y distraida miraba vagamente á cualquier parte.

De este modo, naturaleza, fuente de vida de los humanos, madre universal, todos nosotros á la vez, místicos y carnales, buscando sombra y leche, bajo tus flancos eternos, todos confundidos y suspensos estamos por todas partes de tus colosales pechos; y mientras que hambrientos voceamos, en tus inagotables manantiales apagando la sed, tú, tranquila, sin moverte, estás pensando en Dios.

15 Mayo 1837.

XVI.

Pasado.

Era un antiguo castillo de la época de Luis XIII. El sol poniente enrojecia el solitario palacio. Desde lejos cada ventana, transformada en una fragua, habia perdido su forma; parecia una inmensa brasa, y el techo desaparecia entre los rayos de fuego del sol.

A nuestra vista se extendia, como derruida gloria, uno de esos parques en los que la yerba borra el camino, en los que en un rincon, sobre un pedestal gris, la taciturna estátua del invierno, casi tapada por la hiedra, se oculta como si tuviera frio.

La gran alberca dormia como lago solitario. Un Neptuno verdinegro se enmohecia en el agua, los cañares ocultaban las olas, el agua se filtraba en la tierra y los árboles confundian sus ramajes, que en otros tiempos inspiraron las rimas de Boileau.

Veíanse algunos momentos errar por los espesos bosques hermosos ciervos, que parecia que echaban de menos á los cazadores; y en el mármol blanco, que antiquísimo tronco de arbol apuntala, debajo de un carpe, trocado en abeto, se oia suspirar á las dos hermanas, Gabriela y Vénus.

Ya no pasaban por aquellos jardines mudos las capas que levantaban la punta de los espadones; los tritones parecian que habian cerrado los ojos, y en la oscuridad, entreabriendo sus mandíbulas de piedra, fastidiada, una antigua gruta bostezaba en el fango de los bosques.

Entonces les dije:—"Ese castillo abandonado encerró el amor, fresco como lo encierran los corazones, y risas, y gloria é innumerables fiestas; y su pasada alegría es la que le convierte hoy en sombrío, como se ennegrece un vaso enmohecido por el licor que encierra.

Entraban en esa gruta, cuyo piso sobre el musgo, con los ojos bajos y el seno palpitante, ó la hermosa Caussade ó la jóven Candale, de un real amante conquista feudal, que al internarse en la gruta decia: "Señor„, y al salir: "Luis„ al monarca.

Entonces, como ahora, dos corazones unidos erraban bajo aquellos árboles, que tantos amores presenciaron; él llamaba á su duquesa ángel entre las mujeres, y con miradas ardientes y con el alma apasionada se deslumbraban el uno al otro.

Entonces se oian risas vagas, perdidas en el fondo de los bosques; risas que nacian de otros amantes que se entregaban á la felicidad. De vez en cuando una pausa detenia sus delirios: él preguntaba con ternura: "Por qué suspiras?„ Ella cariñosamente le respondia: "¿Por qué te quedas pensativo?„

Los dos, el ángel y el rey, con las manos entrelazadas, paseaban contentos y orgullosos, hollando los verdes céspedes, cambiando sus miradas, sus hálitos y sus pensamientos!...„—¡Tiempos desvanecidos, esplendores eclipsados, soles traspuestos en el horizonte!...

1.° Abril 1835.

XVII.

En el mar.

Cerca de la barquilla del pescador que se balancea, cuando los dos al terminar el dia bogamos en nuestro esquife, dejando que cante el pescador y que gima el oleaje;

Cuando nos sentamos al abrigo que nos prestan las velas y á su sombra, cuando tu mirada fija parece que quiera recoger la luz de las estrellas;

Cuando los dos creemos leer lo que ha escrito el libro de la naturaleza, respóndeme: ¿en qué consiste que mientras mi corazon suspira, tus labios se sonrien?

Dime, ¿cómo es que á cada ola que pasa el pensamiento llena mi alma, como una copa de hiel? Es que yo miro las ramas, mientras tú miras al cielo.

Es que yo veo las olas sombrías y tú los brillantes astros; es que, perdido en su número, yo cuento las sombras y tú cuentas las claridades.

Todos los mortales, siguiendo la suprema ley, remamos hasta el fin de la vida: no hay hombre en el mundo que no siembre ó que no trabaje en suelo estéril.

El hombre es un mar que ruge; el huracán tuerce su rumbo, rema en profunda oscuridad, y la esperanza se le escapa por las hendiduras de su bajel.

Su vela, que agujerea el viento, poco á poco se vá desgarrando; las corrientes se burlan de su camino, y los obstáculos espuman sin cesar sobre su proa.

Ay! todo en la naturaleza sigue su ley impuesta: donde quiera que nos dirijamos, vemos siempre una onda que se extremece y un hombre que camina.

Dónde vas?—Hácia la eterna noche. Dónde vas?—Hácia el eterno dia. Y tú? —A ver si es preciso creer.—Y tú?— Yo voy hácia la gloria.—Y tú?—Yo voy hácia el amor.

Todos vais hácia la tumba, todos vais hácia lo desconocido; águila, buitre ó paloma, caeis donde todo cae y de donde nada vuelve.

Vais los desconocidos adonde van los hombres más celebrados, donde vá la flor que se abre en Abril, donde vá la aurora, donde vá la noche.

¿Para qué os tomais tanto trabajo, para qué sufrís tantas inquietudes? Bebed el agua de las fuentes, sacudid las bellotas de las encinas, amad y dormid.

Porque despues que como ovejas pasais la vida trabajando, soñando en maravillas, viviendo con inquietud y con sobresalto,

---

¿Sabeis qué es lo que vá á posarse sobre vuestra más linda rosa ó sobre vuestra más blanca azucena? El olvido para las cosas y la tumba para el hombre.

Porque el Señor retira de nuestro alcance las frutas en cuanto las hemos cogido. Al navío le dice:—"Encalla!„ A la llama le dice:—"Espira!„ A la flor le dice:—"Marchítate!„

Al guerrero, que apoya, le dice:—"Me reservo la última palabra; asciende, asciende, que de la cumbre más alta la caida será más profunda.„

Dice á la jóven enamorada:—"Deslumbra á tu amante; sé hermosa antes de morir; chispea, que luego serás ceniza eternamente.„

Mortal, el órden eterno, al que te opones, te envuelve y te absorbe: quéjate si te atreves á Dios, que creó el cielo tan grande y al hombre tan pequeño.

Que dude ó que niegue el mortal, pasa combatiendo el camino de su vida, y la armonía eterna pesa como una ironía sobre el alboroto humano.

Todos los falsos bienes que envidiamos pasan como una tarde de Mayo, y todo se extravía en la oscuridad: nada nos queda de la vida, excepto el haber amado.

Por eso yo inclino la cabeza cuando tú yergues la frente; por eso yo, sombrío poeta, escucho lo que me dicen las olas.

Por eso para que me respondan sobresaltado las interrogo, y en el abismo que sondeo veo el cieno mezclado con el agua.

No contemples el abismo como yo; tú, cándida y pura, hácia la luz blanca de las estrellas dirige las tranquilas miradas.

Haces bien: contempla cómo los astros brillan en el cielo, ya que el instinto te atrae hácia las alturas. Mira cómo Dios sonríe, mientras yo miro cómo el hombre llora.

9 Noviembre 1836.

XVIII.

Algunas veces en Virgilio, dios que era casi un ángel, despiden los versos extraño resplandor: es porque empezaba á soñar lo que sucederia en lo futuro; es porque era el poeta que cantaba en los momentos en que Jesucristo lanzaba el primer vajido en la cuna; es que, sin saberlo él mismo, poseia una de esas almas que el lejano Oriente teñia con sus vagas claridades y que la bañaba la luz naciente del misterioso Cristo.

———

Dios quiso que al nacer el Hijo del hombre, la aurora de Belen blanquease la frente de Roma.

22 Marzo 1837.

XIX.

A un rico.

Jóven, te compadezco; y esto no obstante, admiro tu inmenso y delicioso parque, al que no se le vé término, triste ó alegre, segun la estacion en que se encuentra, de doce leguas de extension, lleno de árboles y de matorrales y de caseríos.

———

Admiro tus dominios, y sin embargo, te compadezco, porque en tus frondosos bosques, en los que la primavera derrama todo su fausto, no se encuentra ruina tan miserable como lo es un hombre gastado, marchito, sin ilusiones, rico y sin voluptuosidad, jóven y sin pasiones, cuyo corazon destrozado no encierra más que un triste monton de copas vacías, de vasos rotos, que solo conservan el fastidio, y de los que huyeron para siempre la pureza, la alegría y el amor.

———

Me das lástima, tú, que crees causar envidia; esa espléndida morada lanza sobre tu corazon y sobre tu vida irónica sombra, y se rie, encerrando tu juventud destruida en un cuadro deslumbrador.

———

¿Crees poseer verdaderamente ese floreciente territorio, en el que el árbol forma una cúpula, en el que el estanque aparece dorado á los rayos del sol poniente, y en el que en el bosque, el monte en cuya cumbre sobresale una torre, forma tan hermoso grupo?... Ese es un sitio sagrado para el que sabe en los prados, en las aguas y en los valles encontrar el contorno de la faz eterna, de la que el rostro humano solo es la sombra carnal!

———

Qué haces tú ahí? Nunca te se vé, cuando la primera luz de la mañana baña los techos, salir, coger una flor, copa irisada, que presentan las plantas, llena de rocío, á los pájaros; detenerte algunas veces, ponerte á leer en el libro interrumpido, caminando lentamente, cuando el ruido del viento corta en estrofas inciertas la monótona cancion que murmuran las fuentes.

———

Nunca has seguido de cumbre en cumbre la línea que forman los collados; nunca has gozado en ver el agua que refleja algun sauce nudoso, retorcido como un atleta; jamás, fijando tu espíritu en algun misterio, has tratado de comprender qué hace el secular olmo inclinado y mirando extenderse á sus piés toda la llanura.

———

Nunca en el verano, cuando el sol está en el medio dia, cuando toda la naturaleza está laxa, nunca el cervatillo perezoso, agazapado en el agreste antro, te vió en la soledad caminar lenta y gravemente, como temiendo despertar á alguno, y vagar por los tupidos bosques, en los que el silencio duerme sobre el terciopelo del musgo.

———

Qué te importa todo eso? Te fatigan la vista la verdura, las nubes y el azul del cielo. No eres de esos locos que van, vanagloriándose de ello, tendiendo los oidos á las voces que cantan por todas partes, que dan gracias al Señor porque hizo florecer la primavera, que recogen nidos y que contemplan durante mucho tiempo algun hongo, extraño mónstruo de la yerba. Tu espeso bosque parece que re-

clame en el mes de Abril que le recorran parejas de amantes, frentes pensativas y corazones que suspiren; y tú que los recorres te ocupas en calcular cuánto te producirá la tala; en calcular que Paris, que es un anciano que tirita de frio en el invierno, espera con ánsia el fuego para entrar en calor. Mientras nuestros ojos se encantan contemplando la naturaleza, tus miradas solo ven los trigos convertidos en harina y la pradera en heno; para tí el labrador solo es un rústico á quien se paga; para tí toda nube de humo ondulante, en el claro paisaje, sale de un hogar impuro, en el que se cuece alguna vianda. Cuando la tarde vá á espirar, cuando te retiras montado en un caballo, con las piernas pendientes, y ves que los boyeros, desalados, con sus vigorosos brazos pican á dos gigantescos bueyes, que por torcido camino se apresuran á regresar al establo, en presencia de ese cuadro solo piensas en los reparos de mampostería que tienes que hacer, en vender tus silos y en si menguará ó no tu renta.

Cuando llega la hora del crepúsculo, despues de haber pasado un dia monótono, te encierras en tu casa, sin saber que las tibias noches del otoño vierten su casto aliento en las colinas; pero eso nada te importa. Tampoco sabes que hay quien pasa la vida al lado de las modestas jóvenes, cuyas rosadas frentes brillan al reflejo de las lámparas, que están sentadas formando círculo, bordando y hablando familiarmente; que ocultan sus deseos y su corazon, que quizá embalsama un vago amor, flor que nadie coge, perfume que solo se nota hablando en voz baja con ellas. Ese cuadro te hace burlonamente sonreir y sepultarte en un cuarto con otros hombres como tú, sentados alrededor de una mesa de tapete verde, á la luz de cuatro bujías, y pasar la noche jugando. Sin embargo, los rayos de la luna iluminan de lleno tu ventana.

Te digo que verdaderamente eres insensato; esos dominios, esos prados, esos bosques y esos valles, esos campos que hasta en el invierno ofrecen sus atractivos, no te pertenecen; no los comprendes.

Los paseantes, los niños y los poetas que gozan de la espesura de tu bosque, el pintor que le recorre enamorado del paisaje, el amante á quien solo preocupa una mujer, el sábio que tiene amargura en el corazon, y vienen á refrescar en esta soledad, aquel su amor y éste su estudio; todos los que saboreando la belleza de ese lugar desean, separándose de los hombres, aproximarse á Dios, y que disipando aquí sus perturbaciones adquieren en el bosque algo del inmenso reposo de la creacion, todos los hombres pobres, pero que no son ambiciosos y que te dan lástima, son en este frondoso parque más ricos que tú, están en su casa más que en la tuya, aunque tú seas dueño de talar el bosque y de vender sus frutos.

Para ellos nada hay estéril en esós frescos asilos. Todo encierra dones secretos para el que sabe recogerlos. El espíritu, que se vé libre del rugido de las pasiones, medita sobre un árbol muerto y sobre las ruinas de un antiguo puente. Todos los objetos que componen el bosque responden á algun objeto parecido en el bosque del alma. La extinguida hoguera de un pastor recuerda el amor ardiente. Todo sirve para aconsejar al que piensa, sea jóven ó viejo. Nos pinchan las zarzas lo mismo que los envidiosos; las hojas invitan á creer, y las olas, fluyendo ligeras, nos advierten que nos apresuremos, porque las horas pasan veloces. Para ellos nada es mudo ni frio, nada está muerto. Una gota de sangre en una pluma despierta en ellos un remordimiento; los manantiales son rios de lágrimas; la flor que se inclina al márgen del rio les dice: "¡Acordaos, almas huérfanas!„ Para ellos el antro profundo esconde un sueño brillante, y la noche, en su cielo lleno de constelaciones, el árbol, al través de su ramaje, les enseñan el astro luminoso y las palomas blancas, prestando consuelo á los corazones desgraciados, porque los pájaros les dicen: "Amad!„ y las estrellas: "Creed!„

Hé aquí lo que en tus dominios la vaga oscuridad de las murmurantes ramas vierte en las almas que sufren.—¿Y tú qué haces?—Todos los años vá á hundirse en corrientes de oro al fondo de tu cofre el inefable tesoro de ese murmullo, de esa sombra, de esos ruidos que salen de los árboles que el viento extremece, y truecas esos bosques, en los que el amor se embriaga, por un palco de la Opera.

¡Si al menos la música te llegase al corazon! Pero no; entre tí y el arte el oro

levanta una barrera. El espíritu que comprende el arte comprende tambien todo lo demás. Vas, pues, á dormirte en el teatro, sin sospechar siquiera que así como los tesoros que te produce tu heredad, Gluck es un bosque y Mozart es un manantial.

Duermes en el teatro, y algunas veces, sonriéndote la moda, te llama la atencion, diciéndote: "Admira, rico!„ Entonces, alegre y voceando, te despiertas preguntando cómo se llama el autor, concediendo que siempre la musa sea un hombre, porque se enfriaria tu extraño orgullo si te dijeran que aquella obra era una urna en la que una mujer habia vertido todo su corazon.

¡Señor de esa soberbia heredad, guijarro vil incrustado en radiantes rubíes, muérdago parásito que te hincha la savia de las encinas, pobre rico!—Vive, pues, ya que eso para tí es vivir. Vive sin corazon, sin fé y sin pensar; vive para esa pasion vil que se llama oro y para esa pasion vana que se llama orgullo. Vegeta, ya que solo tienes sangre en las venas, ya que no sientes que Dios se extremece en las cañas, que abre sus ojos con la aurora y que canta con los pájaros; ya que en las colinas pendientes, donde humean las cabañas junto al lago, bajo los árboles, en tus propios jardines, eres tan poco perspicaz en tu ávido instinto, eres tan sordo á la vida y á sus armonías, como el lobo salvaje que vaga por los bosques.

22 Mayo 1837.

XX.

Mirad. Los niños se han sentado formando corro. Cerca de ellos está su madre, que es tan jóven, que podria tomársela por su hermana mayor; inquieta, contemplando sus cándidos juegos, se agita pensando en el porvenir que le reservará el destino.

Al lado de ella terminan los lloros y nacen las risas. Su corazon es tan puro, tan parecido al de los niños, su claridad es tan casta, que al pasar la vida llena de cuidados al través de sus dias, se transfigura en poesía.

Los sigue siempre, vigilándolos y resguardándolos, ya Enero los reuna alrededor del hogar, ya la dulce brisa del mes de Mayo, que riza el arroyuelo, remueva encima de ellos las hojas, mientras juguetean debajo de la copa de los árboles.

Algunas veces, cuando pasando cerca de ellos un mendigo contempla con envidia un hermoso juguete de plata, la madre, que está presente, solo necesita sonreir á sus hijos para convertir el juguete en una limosna y á los niños en ángeles.

Y yo, que tengo á la vista á la madre y á los hijos, mientras que cerca de mí los pequeñuelos juegan alegres, como los pájaros en las playas, mi corazon se ensancha, y siento poco á poco desaparecer las arrugas de mi frente.

Junio 1834.

XXI.

En el antiguo jardin, cuyos grandes andenes sombrean dos filas de tilos, tan castos y tan velados, que la flor que se abre allí parece un incensario; donde las horas, marcando sus pasos desde el alba hasta la noche, proyectan sucesivamente en las pilas de las fuentes de mármol los rayos del sol y la sombra de los árboles, vosotros sabeis ¡oh ángeles! que yo, pensativo y cariñoso, contemplaba á la claridad del dia cómo jugaba el pájaro volando, cómo se plegaban las ramas y qué tiernos pensamientos ocupaban mi imaginacion, mientras que el querido niño, cuya frente beso, corriendo, hacia apresurar mis pasos y me llevaba arrastrando hácia la gruta que festoneaba la hiedra.

20 Febrero 1837.

XXII.

A los pájaros escapados.

Niños, volved; hace poco, imprudentemente, riñéndoos, os he desterrado de mi gabinete. Qué motivo me dísteis para eso? Qué hicísteis, bandidos de labios rosados?

Qué crímen habeis cometido? ¿Haber roto en mil pedazos un jarro del Japon? Haber agujereado aquel retrato viejo? ¿Haberme enriquecido mi hermoso misal gótico, trazando con vuestras manos dibujos fantásticos? No, nada de eso. Esta mañana, aprovechando los momentos que os habeis quedado solos en mi cuarto, cogísteis entre mis papeles una hoja que contenia el grupo informe de algunos versos, que yo estaba componiendo, y poniéndoos de acuerdo, los habeis arrojado al fuego para divertiros, para contemplar cómo vagan las chispas por entre la ceniza negra. Esto es todo: pensábais en jugar, y creíais haber obrado bien.

Por semejante pérdida no debo encolerizarme. ¿Qué valor tiene una estrofa que nació mientras vosotros jugueteábais, ni una oda llena de versos hinchados, ni pesados alejandrinos, montados unos sobre otros, como los estudiantes al dejar sus bancos? Otro padre os hubiera dicho:—"Muchas gracias; me habeis robado la presa que destinaba al folletin„; pero yo os he reñido. He cometido un error grave y ridículo; pigmeos deliciosos, que no quisísteis incomodar á Hércules, yo os asusté diciéndoos:—"¡Idos de aquí! Dejadme solo!„—Pobre de mí! Ya me quedé solo; y qué? Vaya un triunfo! —Pero á vosotros qué os importa?... Encontrásteis la libertad fuera de mi cuarto, respirásteis el aire libre, os fuísteis corriendo al hermoso parque á disfrutar del cielo claro, de la primavera, de la naturaleza tranquila, de ese poema de Dios que vale más que los mios, en el que el niño puede coger una flor, como una estrofa viva, sin que nadie le riña ni le asuste, y yo quedé solo y triste, resbalándome por la pendiente que se llama fastidio; porque hacia ya mucho tiempo que estaba sentado en la antesala, esperando, el doctor inglés, que no os puede ver y que esperaba que vosotros saliéseis para entrar.

Qué haré? Leer algun libro? No. ¿Dictar versos? Para qué? Todo me fastidia: los esmaltes blancos ó azules, la esfera que hace dar vueltas al cielo sobre su eje, los hermosos insectos pintados en mis tazas de Sajonia, todo me fastidia; tengo el pensamiento fijo en vosotros. En cuanto salísteis de aquí perdí la alegría, me quedé sin la satisfaccion que me causa el ruido que moveis á mi alrededor, y sin ver que el más pequeño se ayuda á leer señalando con el dedo las palabras, ni vuestras risas francas y sinceras, que enseñan de repente perlas entre los labios.

Indudablemente los espíritus, los silfos y las hadas, que las bocanadas del viento traen á mi cuarto; los gnomos acurrucados allá arriba, cerca del techo; los duendes familiares, que hablan en los rincones á mis vasos chinescos, todo ese invisible enjambre de alegres demonios, ha debido reirse á carcajadas cuando á su presencia os vieron sacar de mi cartera los exámetros, sin concluir y sin corregir; sacarlos de ella y arrojarlos al fuego, y aplaudir con gran contento de ver que con esos versos tan feos habíais levantado llama tan hermosa.

Niños traviesos, que hice salir de aquí, volved á mi cuarto á charlar, á saltar, á cantar, á abrir los libros que querais, á tocarme en el brazo mientras estoy escribiendo. Convengo en que obré mal y en que vosotros teneis razon; ¿pero quién no riñe alguna vez sin motivo? Es preciso ser indulgentes. Ya que todos somos miserables, los pequeños no deben ser severos. Niños queridos, todas las mañanas vuestra alma cariñosa se abre á la alegría, como una ventana á la luz del dia, y verdaderamente seria un hermoso milagro que el niño alegre fuese prudente. El destino os acaricia en la niñez; pero nosotros, que pensamos, que somos hombres, tenemos el carácter ágrio y pendenciero, nuestros dias de mal humor y de fastidio. Esta mañana llovia, y hoy hace mucho frio. Por el cielo ha pasado hace poco una nube de mal aspecto. Despues siempre se tiene algun remordimiento. Esto nos hace ser malos algunas veces; comprendereis lo que os digo cuando la edad anuble vuestros rostros, cuando seais mayores.

Ya os dije que hice mal, pero estoy ya bastante castigado y debeis perdonarme y volver á mi cuarto; venid, hagamos las paces. Tomad; os entrego mis lápices, mis papeles, mi antiguo compás sin punta, mis lacas, todos esos juguetes del hombre que envidia el niño; os entregaré todo lo que querais. Podeis sentaros en mi mesa-escritorio, ó poneros en ella de piés; podeis cantar, arrastrar mi sillon grande, y lanzar contra el banco esculpido todos á la vez vuestros an-

gulosos juguetes, que estropean la madera. Os permitiré tambien, pero os lo permitiré con alegría, que hojeeis cuando querais mi Biblia pintada, que siempre habeis tenido miedo de tocar, y que en una de sus láminas se vé al Dios Padre vestido de emperador.

Despues quemareis los versos que tengo esparcidos sobre la mesa, si os divierte ver cómo se convierten en humo; no seria tan clemente con vosotros si estuviéramos en casa del notable poeta Méry, cuyos versos vuelan hasta los cielos. Pero qué importan los mios!... Vosotros sois toda mi poesía y mi espíritu sigue vuestros caprichos; sois los reflejos y los rayos con que ilumino mis sombrías rimas. Niños, cuya vida anima la esperanza; niños, á los que la ignorancia dá alegría, nunca habeis sufrido y no podeis saber, cuando el pensamiento al poeta taciturno le cansa y le fatiga, qué dulce calor difunden en él vuestras sonrisas. No podeis comprender cómo necesita entonces de la serenidad que brilla en vuestras frentes!

Volved á mi cuarto, si no quereis que permanezca triste y sombrío por vuestro abandono, como el pescador de Etretat, que, cansado de un largo invierno, medita apoyándose en los codos y se fastidia de ver desde su ventana el cielo inundado de lluvia.

23 Abril 1837.

XXIII.

En qué pienso? Ay! Separado de vosotros, hijos mios, en vosotros pienso, en vosotros que sois la esperanza del estío de mi vida, vástagos que todos los años crecen y aumentan la sombra del muro de mi existencia. Pienso en los dos pequeños que lloran riéndose, que empiezan á hablar, y que juegan y que se quejan y que disputan; pienso despues con inquietud en los dos mayores, que, más entrados ya en años, inclinan algunas veces la cabeza, el uno curioso y el otro pensativo.

Solo y triste en la playa, por la tarde, oyendo las canciones de los marineros; en la hora en que las olas, abriéndose y cerrándose, confunden con el viento sus hálitos marinos, y en la que se oyen en los aires inefables ecos, que provienen de la tierra ó que provienen de las aguas, estoy pensando en vosotros, hijos mios, en la casa, en la familia, en la risueña mesa, en el fuego del hogar y en todas las solicitudes con que os cuidan vuestra madre tan tierna y vuestro abuelo tan cariñoso. Y mientras que el líquido Océano se extiende á mis piés, mientras contemplo ese espejo de las estrellas, y los marinos, tras las velas de sus buques, dejan vagar la vista desde el infinito de los mares hasta el infinito de los cielos, pensando yo nada más que en vosotros, contemplo y sondeo el cariño que os profeso en la profundidad de mi alma; amor tierno, poderoso y eterno; comparándole con él, el mar es pequeño.

Julio 1836.

XXIV.

Tentanda via est.

No os asusteis, inquieta madre, cuya bondad no tiene término, al verle, siendo tan pequeño, tan grave y tan pensativo. Como pajarillo blanco que, solo sobre un arrecife, vé que sube hácia él el Océano desde el fondo de las tinieblas, contempla ya la vida, inmensa y sombría, vé cómo avanza pasa á paso; pero, cariñosa madre, no os asusteis.

No os inquieteis, y cariñosamente besad la frente pensativa del niño, que no es un sábio, que no es un prodigio, que solo es un soñador: más vale que sea así; esto debe enorgulleceros. La meditacion es hermana del génio; el niño soñador forma al hombre pensador, y el pensamiento es tan poderoso, que descubre á Milton el cielo y á Dante el infierno.

Un dia será grande; no dudeis que espera un porvenir de gloria al niño misterioso que todo lo pregunta y que todo lo inquiere. ¿Quién sabe si recogerá del suelo, sin gran fatiga, el colosal cincel que al morir dejó caer Miguel Angel y entallará en el mármol sorprendentes batallas? ¿Quién sabe si, como Francisco I ó como Bonaparte, tomará para jugar al ajedrez la Europa por tablero? ¿Quién sabe si irá, bogando á toda vela,

ajustando á sus ojos el cristal del telescopio, y encontrará su vista perspicaz en la esfera azul ó en el mar profundo un astro como Herschell ó un mundo como Colon?

¿Quién sabe lo que le reservará el porvenir? Dejad que crezca ese niño sério, que ni siquiera conoce la curiosidad con que le vemos crecer. Quizá piense ya ese niño frágil como pensaba el niño que luego se llamó Virgilio, en el combate que persigue siempre al que es poeta brillante; quizá piense ya en intentarlo, en vencer, y en que pregone la gloria su nombre brillante con las cien voces de sus clarines.

9 Junio 1835.

XXV.

Hermosa jóven, el amor es al principio un espejo, en el que la mujer coqueta y linda gusta verse retratada, y al que se mira alegre ó pensativa; despues, como la virtud, cuando retrata vuestro corazon, lanza de él el mal y el vicio y refleja el alma pura y blanca.

Despues, descendiendo un poco, se os resbalan los piés y llega á ser un abismo; en vano las manos se cogen á los bordes, porque dando vueltas caeis en el fondo del agua. El amor es atrayente, puro y mortal. No te fies de él! Le sucede al amor lo que al niño que, atraido por la corriente de un rio, se mira en él, se lava y se ahoga.

25 Febrero 1837.

XXVI.

Despues de una lectura del Dante.

Cuando el poeta pinta el infierno, pinta su vida. Su vida, que es una sombra que huye de espectros que la persiguen; bosque misterioso, en el que, asustado, sus pasos se extravian de los caminos conocidos; sombrío viaje, que obstruyen disformes encuentros; espiral de bordes dudosos, de enormes profundidades, cuyos círculos temibles avanzan más cada vez hácia la oscuridad, donde se mueve el infierno vago y vivo. Esa pendiente se pierde en la indecisa bruma; en cada grada está sentada una queja, y se oye débil ruido de crugido de dientes en aquella oscura noche. Allí están las visiones, los sueños, las quimeras; los ojos, que el dolor trueca en amargos manantiales; y el amor, pareja enlazada, triste y ardiendo, pasa entre un torbellino con una llaga abierta en el flanco; en un rincon la venganza y el hambre, impías hermanas, acurrucadas juntas sobre un cráneo roido; la pálida miseria, la ambicion, el orgullo alimentándose de sí mismo, la inmunda lujuria y la avaricia infame; más lejos la cobardía, el miedo, la traicion, y despues más abajo aun, en la profundidad del abismo, el ódio haciendo muecas de dolor.

Eso es la vida, inspirado poeta, y obstruyen su brumoso camino terribles obstáculos. Pero para que nada falte en ella, en su camino estrecho nos enseñais siempre, de pié á vuestro lado y dirigiéndoos al génio de frente serena, de ojos resplandecientes, á Virgilio, que os dice: "Continuemos!„

6 Agosto 1837.

XXVII.

Pensar, dudar.

A LUISA B.

Ya os he dicho que nuestra incurable llaga, que nuestra nube negra, que no disipa ningun viento, que lo que hace palidecer y arrugar la frente, que lo que más nos hace sufrir es la áspera ansiedad, es la fatal agonía que hunde nuestros corazones en el abismo, cuando la suerte, poniéndonos faz á faz con nuestra miseria, nos presenta de súbito esta sombría cuestion:—¿Alma, qué crees?—Esa es la vacilacion profunda y temible en que se encuentra ante la esfinge llamada mundo, nuestro espíritu, más asustado que deslumbrado, que no se atreve á decir que no y que no puede decir que sí.

Esa es la imperfeccion de nuestras razas. De qué está seguro el hombre? ¿Qué es lo permanente? Qué es lo transitorio? Qué es lo quimérico y qué es lo real? ¿Cuándo obtendremos la explicacion del

cielo? ¿Por qué en los senderos, que los sofismas embarazan, tropezamos todos? ¿Por qué, espíritus oscuros, temblamos durante la noche, en las horas en que la bruma sube al corazon lo mismo que al firmamento? Hasta el alba es sombría y oculta un gran problema, y algunos pensadores, encontrando escollos en los niños, dudan lo mismo de las cunas que de los ataudes.

Ved ese hombre; es justo, bueno y sábio. No hay hiel interior que haga palidecer su rostro; si por alguna parte tiene el corazon ya muerto, podrá tener pesares, pero no remordimientos: el ódio ageno puede haberle hecho enemigos, pero no el suyo; es un sábio de la época de Aurelio ó de Adriano. Es pobre, pero vive satisfecho: cubren su cabeza cabellos blancos y llenan su cerebro tranquilos pensamientos. Profesa afecto fraternal á todos los hombres, es hermano de los desgraciados y padre de los desvalidos. Su vida es muy sencilla, y la pasa lejos del ruido de las ciudades. Pasa los dias en los campos viendo cómo bailan los campesinos, leyendo algun libro antiguo, griego, en el que reviven los héroes de Atenas y de la Lacedemonia, dando limosna á los niños que encuentra. Todos los dias, cuando el sol desciende, él desciende tambien y regresa á su casa y se sienta á la mesa, en la que toma frágil comida; luego entra en su dormitorio, y ¿qué hace allí ese justo que vive contento? Sin deseos, sin faustos y sin dolores, piensa, medita y duda...

¡En las tinieblas humanas todo es brumoso y vacilante! Sobre todo en los dias en que todo se hunde, en que la desgracia se apodera de nuestra alma y sacude nuestra vida, cuando somos víctimas de suerte fatal, cuando no poseemos ya más que un libro roto, una noche tenebrosa, un pensamiento hundido ante el abismo que se abre á nuestros piés, un corazon que han abandonado las ilusiones, frágil esquife sin mástiles, sobre el que las pasiones, furiosos marineros, patean y se baten por la eleccion del camino; cuando solo se piensa, haciendo furiosos esfuerzos, en buscar para salvarse una brújula, un puerto, un áncora para anclar, un faro para tener direccion, ¡con qué terror, pilotos angustiados, nos apercibimos de que nos falta la fé, la fé, esa pura antorcha que tranquiliza al sobresaltado, esa palabra de esperanza que está escrita en la última página del libro, esa chalupa en la que se puede salvar la tripulacion!

¿Por qué, pobres insensatos, estamos, pues, tan orgullosos?—Dí, alma siempre serena, qué piensas tú, tú, á quien la suerte expone con tanta modestia á la gloria y con tanta ternura al ódio; tú cuyo espíritu, siempre igual y siempre puro, razonable y tranquilo, en las alturas, lejos de nosotros, brilla como una estrella fija en el fondo del cielo espléndido; sol, al que no llega el balanceo del abismo y de la inmensidad; donde flotan, dispersados por los vientos, tantos astros cansados y tantos mundos que cuelgan? ¿qué piensas, qué te parece nuestra arrogancia y nuestra ceguedad? ¡Debes mirar con lástima nuestras falsas glorias, y nuestro loco orgullo, que se apoya en el vacío, debe provocar en tí extraña compasion!... Ten compasion de nosotros, pero compasion tierna, porque oimos y escuchamos y nada podemos comprender!

Nuestra falta de fé, nuestra incredulidad, ignorancia ó saber, sabiduría ó vanidad, llámela como quiera nuestro orgullo, ¿es el vicio de este siglo ó es la desgracia del hombre? ¿Es un mal pasajero ó es un mal eterno? ¿Habrá creado Dios el cielo, que cubren nubes eternamente á nuestra vista, para que le estudiemos? Dios no ha confirmado en el hombre ninguna certidumbre. Pensar no es creer. Hay momentos en que oimos una voz que confusamente nos dice:—"Vuestra obra es perecedera; no confieis en ella; todo lo que el hombre edifica lo edifica sobre arena; todo lo que construye, pronto ó tarde lo cubre la yerba; lo que levanta, lo levanta para que lo destruyan los vientos del desierto. Todos los asilos donde se refugia vuestra alma, la gloria, que solo es una púrpura; el amor, que solo es una llama; la altiva ambicion con su manto de estrellas, que entrega á todos los vientos sus pabellones hinchados; la riqueza, siempre sentada sobre su gavilla de mieses; la ciencia, tan altiva y tan soberbia; el poder bajo el dosel y el placer entre las flores, no son más que tiendas de campaña; el edificio está en otra parte. Pasad adelante; buscad más lejos los verdaderos bienes; la tienda de campaña solo dura un dia, mortales!„

Oimos esta voz, que nos deja mucho tiempo pensativos, y creemos ver el cielo menos oscuro cada instante, como á través de la bruma se distinguen las playas y se ven llenas de vagas perspectivas.

Qué creer? Muchas veces, quizás con ojo esperto, he abordado ese problema, en el que se pierde la sonda, esas vastas cuestiones cuyo aspecto cambia á cada instante; he removido la superficie y el fondo, me he sumergido en ese abismo y he llegado á su profundidad.

Os aseguro, vientos de la mañana y de la tarde; os aseguro, estrellas de la noche, que asediado por austero pensamiento, muchas veces he intentado, muchas veces he ascendido solo, buscando en el espacio algo que me responda, á esos altos sitios desde los que se ve la figura del mundo. Muchas veces he creido sobre las altas y desiertas cumbres, que mientras que los rios, los campos, los bosques, las ciudades y las ruinas yacian detrás de mí, los montes humeaban como incensarios, y que en lontananza el Océano, derramando sus olas, mezclaba su murmullo salvaje con el murmullo inmenso de la naturaleza.

Y yo decia á las olas que rugian, y yo decia á los torreones que se derrumbaban, y yo decia á la noche llena de estrellas, y yo decia á las flores, á los torrentes, á las pintadas frutas, á los montes, á los campos y á los bosques: "Sabeis algo?..."

Muchas veces, en las horas en que la tarde y el viento hacen que el viajero camine pensativo, me he dicho á mí mismo:—La inmensa naturaleza, la creacion que sirve á la criatura, lo sabe todo; todo seria claro para el que pudiese comprenderla.—Como el mudo que sabe la palabra de un gran secreto, y pugna por no poder revelarlo, parece que haya momentos en que la naturaleza quiera decir lo que sabe, pero Dios se lo prohibe. En vano prestais oido, que no comprendereis ninguno de sus murmullos; porque ese cántico que se escapa de las campiñas fértiles, confundido con el rumor que sale de las ciudades, los rugientes truenos, los vientos sordos ó plañideros, las olas del mar, que vienen, aullan y se van, todas esas voces solo son un tartamudeo inmenso.

Solo el hombre puede hablar, pero el hombre ignora lo que sucede en el mundo, y por inexplicable sentencia todo se lo oculta una nube, y el alma del que muere huye llevándose el misterio. Por eso empezar sonriendo y concluir negando es más cómodo, es más fácil y es lo que hacen los hombres. Lo poco que creemos se armoniza con lo poco que somos.

Ya que Dios así lo hizo, será más conveniente para nosotros; quizá mayor claridad nos cegaria: con frecuencia se rompe la rama que está demasiado cargada de frutos. ¿Qué seria de nosotros, si Dios, desde la altura de su eternidad, lanzase sobre la razon humana el torrente de la verdad? El vaso es demasiado pequeño para contenerla entera, y basta que cada alma recoja una gota, aunque esté mezclada con el error. Todos los hombres tienen dentro de sí algo oscuro que rechaza la fé. Dios y la muerte son palabras sin fondo que ocultan un abismo. Del corazon más sublime se apodera el espanto cuando se atreve á atravesar esos grandes mares que no pueden franquearse de un solo vuelo. Pocos pájaros atraviesan el Océano sin dar descanso á las alas. No hay un solo creyente que no dude ni tiemble en ciertos momentos. ¿Qué alma no es débil y no se siente fatigada? Resignémonos y prosigamos nuestro camino. Todo cuerpo arrastra su sombra y todo espíritu su duda.

Setiembre 1835.

XXVIII.

A Eugenio, vizconde H.

Ya que plugo al Señor quebrantarte, ¡oh poeta!; ya que plugo al Señor comprimir tu cabeza con su mano soberana, convirtiéndola en una urna santa que contenga el éxtasis, encerrar en ella el génio y sellarla con un sello de bronce;

Ya que el Señor te concedió, por incomprensible misterio, un pozo para que no bebas, una voz para que calles, y soplando en tu frente, como barquilla

errante y llena de agua, hizo rodar tu espíritu al través del Océano sin fondo de la locura;

Pues que quiso que cayeses, y que solo la muerte helada te hiciese revivir, abriendo tu pensamiento para otros horizontes; pues que Dios, al encerrarte en la jaula de carne, pobre águila, te dió las alas y no su vista, te dió el alma y no la razon,

---

Al menos partes llevando blanca la vestidura, hermano mio, y regresas á Dios como el agua que se derrama por su peso natural; vuelves á Dios, candoroso y puro, como hácia El vá la luz y como vá el aroma que desde las flores asciende al cielo.

Ni hablaste ni obraste mal; como muere una vírgen, como vuela un ángel, así abandonaste el mundo; nada manchó tu mano ni tu corazon; apenas tuviste tiempo para pensar.

Como el diamante cuando el fuego lo abrasa desaparece completamente y sin dejar ceniza, como un rayo se disipa sin dejar sombrío rastro, sin dejar sombra en el mundo, se desvaneció tu espíritu.

Cariñoso compañero de mi pasada infancia, marcado de antemano para triste porvenir, ¿dime si ahora que la muerte ha despertado tu alma, dime si ahora te acuerdas de aquellos tiempos?

Debes acordarte de nuestros tiernos años; cuando nuestros dos destinos unian nuestras existencias; cuando Napoleon brillaba como un faro, y cuando nosotros, niños, oíamos su clarin victorioso, como una jauría oye el sonido de la bocina.

Debes acordarte de las Fuldenses y de la grande calle de árboles, en la que nuestras voces infantiles y nuestros juegos despertaron en los rincones de sus muros, en las fuentes, en los nidos de los pájaros y en los huecos de las encinas tantos ecos deliciosos.

Tiempos dichosos! ¡Aurora pronto disipada! ¿Por qué Dios pone lo mejor de la vida al principio?... Cualquiera hubiera dicho que el antiguo monasterio, por presenciar nuestra alegría, abria misteriosamente sus adormecidos ojos. Te acuerdas, hermano mio? Pasada la hora del estudio, ¡cómo corríamos por aquella soledad! Escondidos tras los árboles, para cazar esos insectos que saltan, nos llegaba la yerba hasta las rodillas, porque la yerba era muy alta y nosotros muy bajitos.

Niños vivos, corríamos desenfrenados, persiguiendo en los aires á los alados insectos; por la noche estábamos rendidos, cansados de jugar, y entrábamos, alegres y gozosos, donde estaban nuestras madres, que nos colmaban de caricias.

Despues nos mecia el mismo sueño á los dos, acostados en la misma cama; despues despertábamos al mismo tiempo; luego, empapando en leche acabada de ordeñar el mismo pan, causaba risa en la misma mesa nuestro extraordinario apetito, y volvíamos á jugar y hacer ramilletes de flores.

Y ahora duermes en lo alto de la verde colina, que abierta á todos los vientos y entregada á todos los furores del invierno, solo tiene el cielo por techumbre, y ahora duermes convertido en polvo en un lecho de arcilla, y yo permanezco entre los séres vivientes de la ciudad.

Yo me quedé en el mundo para seguir sufriendo los sinsabores de la vida; para oir sonar mi nombre en los clarines de la celebridad, y ocultar, como en Esparta sonriendo, cuando entra en ella la envidiosa zorra que me roe el vientre y que abrigo bajo mi vestidura. Voy á continuar mi empezada obra; voy á entregar mi barca frágil á las alborotadas olas; voy á luchar contra la suerte y á envidiar á los que duermen el sueño silencioso y eterno.

Me consagro á placeres austeros. Como el sacerdote se consagra á la Iglesia, yo me entrego al arte que encanta, al arte que civiliza, mejorando á los hombres, y que, como el sembrador que arroja lejos los granos, sembrando la naturaleza en

el alma humana, hará en ella germinar á Dios.

Cuando el pueblo en el teatro oye mis pensamientos esparcidos en los dramas, corro allí, y encorvado hácia el apiñado público, estudiándole de cerca sobre mi frondoso drama, cuyo ramaje se dobla, oigo caer sus lágrimas, como cae la lluvia en las hojas de los árboles del bosque.

Pero qué trabajo tan árduo! Sobre todo cuando la envidia, con el corazon lleno de amargura, con la mirada vacía, convierte, para las viles necesidades de las luchas vulgares, la boca sonriente de un amigo en una boca que muerde. Qué vida y qué siglo! ¡Virtud, gloria, poder, génio y fé, todo aquello en lo que debíamos creer, lo que nos resta de los esplendores pasados, escita la risa y se escarnece!

Cuánta calumnia y cuánta bajeza! ¡Cuántos folletos viles, que flagelan sin cesar todo lo puro, todo lo noble y todo lo digno; que hiriendo á la verdad con mercenaria lanza, pálida y crucificada, la hacen beber la esponja de hiel!

El hombre en busca del placer se lanza por cien senderos; solo piensa en vivir alegre; su único ídolo es el dinero. Nuestras pasiones abren infames garras, y cuelgan como si fuese un harapo lo que conservaban nuestras almas de sagrado y casto. ¿A qué conduce tanto ódio, tomarse tanto trabajo y causar tanto daño, cuando todos hemos de morir, cuando descenderemos donde todos descienden, cuando solo seremos una sombra, un puñado de ceniza, sobre el que la yerba crecerá?...

¿Para qué agotar la vida en vanas voluptuosidades? ¿Por qué crearse fortunas perversas con los infortunios agenos? Todo cae en el suelo, y la fruta verde que pende de las ramas no se madura mañana para la boca hambrienta que la devora hoy.

Lo que creemos ser y lo que somos, belleza, riqueza, honores, lo que sueñan los hombres y lo que hacen, confusamente, á través de aclamaciones ó de silbidos, se lo llevan rápidamente las nubes al abismo profundo del olvido.

Causa eterna y lúgubre fatiga ver el pueblo alborotado saltar sus diques en terribles momentos, cuando ese sombrío océano de los espíritus, cuyo fondo es insondeable, forma alrededor de toda idea grande tempestuoso murmullo... ¡Oh, nada de esto se oye en la alta colina, donde tú tranquilamente duermes!

Allí puedes reposar; allí mueren los vanos clamores de los hombres. Todos los dias, desde el Levante hasta el Poniente, paseando sobre tu fosa su ardiente antorcha, imparcial el sol semejante á la esperanza, dora por los dos lados, sin ninguna preferencia, la cruz de tu tumba.

Allí tú solo oyes moverse la yerba y los matorrales, los pasos del sepulturero, las frutas que caen al suelo de los árboles y la cancion que entona el boyero cuando desciende á la llanura, de regreso á su hogar.

Mayo 1837.

XXIX.

A Olimpio.

Un dia, el amigo que te resta despues de tu desgracia, lamentaba tus infortunios, y mientras te compadecia, tu sonrisa sublime contestaba á sus lágrimas:

I.

"Hé aquí que te encuentras ya, tú, que eras admirado por la multitud, desarraigado, marchito, caido sobre una pendiente, como derribado cedro.

„Hé aquí que has caido á los piés de innumerables envidiosos y de transeuntes burlones, tú, cuya frente soberbia humillaba á las frentes inferiores.

„Tu hojarasca yace entre el polvo, tus raices están descubiertas, fuera de su sitio, y no debes esperar ya ni abrigo de la tierra ni compasion del cielo.

„Ayer veneraron tus ojos y tu frente severa, ayer respetaron tu nombre, y hoy los malvados se reunieron para exterminarte, arrastrados por la envidia.

„Se reunieron para gozar contando tus heridas y contando tus dolores, como se juntan los ladrones para contar el dinero sobre el piso de piedra de su antro.

„Tu pura fama, digna de ser imitada, perdió ya su prestigio, babeada en todos los sentidos por los repugnantes reptiles que la surcan.

„Iluminada por la llama, á todas horas visible, de tu radiante nombre, tu vida, expuesta á las orillas del camino, es un blanco presentado á todo el que pasa,

---

„En el que cien flechas, silbando siempre en la oscuridad, se clavan sucesivamente, unas apuntando á tu corazon y otras apuntando á tu gloria.

„Tu reputacion, que con frecuencia hemos aclamado, se dispersa y huye al soplo nocivo de los hombres, como la hoja al soplo del viento.

„Tu alma, que ayer nombrábamos árbitra del derecho y del deber, es como una taberna, en la que la gente se asoma á las ventanas para contemplar dentro de ella la loca orgía que exalta los corazones y llena las copas de vino.

„Se han apoderado de tí tus enemigos, y han agostado tu vida en flor, y han arrastrado tu fama por el barro de las callejuelas.

„Tus hermosas vestiduras irritaban sus furores, y han envilecido tu púrpura y han hecho un forzado de un emperador.

„Nada te defiende ya; para odiarte todos se confabulan, todos te han abandonado; tus amigos se han quedado pensativos, como los que señalan silenciosamente las ruinas de un palacio.

II.

„Pero para el que comprende la magnanimidad de tu alma, ahora eres más grandioso; tu vida, que hoy dificultan los obstáculos, tiene el rumor de un torrente.

„Los que en tus dias tempestuosos y sublimes se acercan á tí sin sobresalto, dicen que han visto terribles abismos que amenazaban tragarte.

„Pero quizás al través del precipicio inmenso y al través de tu corazon podrá distinguirse la perla de la inocencia, profundizando su fondo.

„Se paran en el camino los que ven tu alma cubierta de nieblas; pero yo, que soy juez y testigo, sé que se encuentra una bóveda estrellada, si se anda más allá.

„Despues de todo, ¿qué te importa que el mundo encarnizado te persiga y que tu nombre sea para él como los copos de nieve, lanzados á todos los vientos?

„Qué saben los hombres? Deberian callar. ¿Con qué derecho juzgamos, los que no podemos ver nada en el cielo ni en la tierra, sin ponernos de rodillas?...

„Somos tan insensatos, que no comprendemos nuestra ignorancia, que no comprendemos que la certidumbre no puede asirla la razon del hombre, como no puede asir las olas con las manos.

„Se las mojan un momento, pero huyen de él en seguida; se le escapan, sin poder ellas nunca calmar la sed de la boca ni del corazon.

„Las apariencias nos engañan y nos fascinan. Es de dia? Es de noche? Nada es absoluto. Todos los frutos tienen su raiz y toda raiz tiene su fruto.

„Lo que hace palidecer vuestra fisonomía dá serenidad á mi frente; todo lo

del mundo tiene una faz sombría y otra luminosa.

„La nube negra que asusta á los marineros lívidos cuando la ven llegar, para el labrador que lucha con la aridez de la tierra significa un saco lleno de espigas.

„Para juzgar á un destino seria preciso conocer su fondo misterioso; lo que yace en el fango, quizá muy pronto adquirirá alas en el cielo.

„Tal alma se transforma, y próxima á abrirse, se arrastra y espera; hoy es larva informe, y al brillar la aurora de mañana será mariposa de brillantes colores.

III.

„Entre tanto tú sufres, tú, sobre quien la ironía agota todos sus dardos, por ver que la calumnia te muerde por todas partes.

„Huyes pálido y goteando sangre, y en la soledad penetra la tristeza en tu alma, como el agua en un pozo filtrada gota á gota.

„Huyes á la soledad como leon herido, lamentándote de tu amarga suerte, y al llegar la noche te encuentra en la misma actitud que te vió la mañana.

„Allí, pensativo, buscando reposo en la oscuridad y en el silencio, pensando solo algunas veces, desde el alba hasta la noche, en la forma de las montañas;

„O contemplando desde la árida playa el esquife combatido por las olas, que huye rompiendo el hilo que ligaba á la tierra el corazon de los marineros;

„Y el inmenso Océano que surcan mil velas, en el que el sol se oculta, el Océano que respira como un pecho, levantándose y descendiendo;

„Desde lo alto de las rocas de la playa, desde el fondo de los bosques frondosos, confundes tu espíritu con las grandes armonías de confuso sentido,

---

„Que abarcando todo lo del mundo, alcanzan desde el águila hasta la serpiente y difunden la naturaleza en el pensamiento del hombre.

IV.

„Consuélate, poeta: un dia, quizá bien pronto, conocerán los hombres su error y te aplaudirán los que hoy te zahieren.

„Tu ultrajada gloria lavarán mañana, como se lava con una esponja el piso de mármol al dia siguiente de un festin.

„En vano tus enemigos habrán traspasado al mundo su burlona risa; en vano habrán esparcido por los caminos los secretos de tu corazon;

„No prevalecerán los hombres que sobre tí tendieron traidoras redes, y pasarán como los fuegos fátuos pasan al través de los cañares.

„Conservarán siempre hácia tí el ódio que los demonios conservan á Dios, pero un soplo apagará en su boca impura sus palabras de fuego.

„Se desvanecerán, y la multitud encantada verá con asombro, verá del monton de sombras que sobre tí amontonó la envidia salir tu frente majestuosa.

„Entre tanto, ten lástima de esa multitud que desconoce tus cantos, y que por todas partes se desliza por perversas pendientes.

„Deja que en ese caos, que nada ilumina, se arrastren los ignorantes; deja que en él se arrastre el orgulloso, cuya voz engruesa la cólera, como el agua engruesa los torrentes;

„Deja que allí se arrastre la beldad sin amor, que nos extravía, cuya flotante ropa es un lazo donde quedan presos los piés de los insensatos;

„Deja que allí se arrastren los retóricos que mueven ruido cuando hablan, y esos hombres sin fé, sin culto y sin brújula, que viven á tientas;

„Y los bajos aduladores que se arrastran ante el poderoso, y los ciegos ambiciosos que, como las hiedras, se encaraman unos sobre otros.

„No, poeta; tú no arrastras la misma cadena que los hombres que viven un dia; son viles y tú eres grande; su yugo lo forma el ódio, y el tuyo lo forma el amor.

„No tienes nada de comun con ese mundo ínfimo de empozoñador aliento, porque es para tus ojos espectáculo sublime que la mano del Señor,

---

„Lejos del comun sendero en que la multitud se lanza tras las ilusiones, vive cavando en tí el génio con el cortante arado de la pasion.„

Cuando hubo terminado de hablar, tú le contestaste con voz enternecida, con voz parecida á la suya, pero más fuerte, como si el mar hablase dirigiéndose á un rio:

"Ni me consueles ni te aflijas; estoy sereno y tranquilo. Mis miradas no se dirigen á este mundo, sino á un mundo invisible.

„Los hombres, amigo mio, son mejores de lo que tú crees, pero la suerte es cruel; ella es la que llena de vino ó de hiel el puro cristal de la copa.

„Vivo meditando y escucho cómo suspiran los cipreses alrededor de las cruces, cómo murmura el rio y cómo llora la campana en un rincon de la llanura;

„Recogiendo el grito sordo del pájaro que huye, del carro que arrastra las cosechas, los gemidos de las cañas y los murmullos de las matas de yerba;

„Escuchando el arrullo de las olas, que pueden adormecerme, sin temer á los vientos, vago errante por los sitios más altos, desde los que se oye gemir á todo lo creado.

„Desde allí veo, como lámpara encendida ante un altar, humear la lejana chimenea, y por las noches comparo con las luces que se encienden en el cielo las que alumbran el mundo.

„Allí entrego á todos los vientos mi sereno espíritu, como las aves les entregan su pluma; allí pienso en la desgracia del hombre, y desde allí oigo mejor el ruido incesante de esa fragua;

„Allí contemplo conmovido todo lo que mi vista alcanza, olas, tierra, vegetacion, y veo al hombre en lontananza atravesar la naturaleza como misterioso mago.

„Por qué quejarme, pues? Los hombres sufren sin tregua innumerables aflicciones; llegó la noche para mí, y solo conservo en mi horizonte,

---

„Como un rayo de la tarde, en lo alto de un monte oscuro, el divino rayo del amor, que dora todavía la parte pura y suprema de mi alma!

„Sin duda alguna, durante el abril de mi vida, siendo jóven y crédulo, no conociendo el fondo de las cosas, tuve sueños de oro, como todos los que sueñan en el mundo.

„Sin duda ví coronar mi frente la juventud con su diadema de rosas; ¿pero me crees ahora bastante loco para imaginarme que las rosas son eternas?

„Las quimeras, que siendo niño creí tocar con mis manos, han desaparecido de mi vista para siempre, y digo á la felicidad lo que dice el marino al alejarse de las playas.

„Qué me importa?... Me abrigo en mi profunda calma; sobre todo compadezco á las mujeres: pero yo vivo teniendo fijos los ojos en el cielo, adonde llegan las alas y las almas.

„Dios nos dá á cada uno el destino que nos corresponde, lo mismo al fuerte que al débil; como cuidadoso maestro, se levanta temprano para dividir el trabajo entre todos los mortales.

„Seamos grandes y comprendamos nuestra mision; dejemos que, aciagos ó funestos, brillen sobre nosotros el rayo y el sol, esas dos claridades celestes.

„Dejemos que ruja bajo de nosotros el huracán irritado, que nos asedia sin cesar, y conservemos la tranquilidad en la frente, como el monte conserva la nieve.

„Porque ningun mortal puede obstinado quebrantar con sus pasiones estas dos leyes, que se llaman Expiacion y Destino.

„Que llame como quiera al Destino el orgullo humano; su rueda inmensa y fatal siempre dará vueltas hácia Dios, siempre dará vueltas hácia el hombre.„

Octubre 1835.

XXX.

La tumba y la rosa.

La tumba dice á la rosa:—"¿Qué haces de las lágrimas del rocío que sobre tí vierte la aurora, flor de mis amores?„—"¿Qué haces tú, de lo que cae en tu abismo, que siempre está abierto?„

La rosa contesta:—"Sombría tumba, el rocío lo convierto en un perfume de ámbar y de miel.„ La tumba contesta:—"Flor plañidera, cada alma que recibo la convierto en ángel en el cielo.„

3 Junio 1837.

XXXI.

Oh Musa! contente; Musa que cantas á la ley justa y al derecho soberano, de cuya boca salen palabras ardientes, chispas del fuego que arde en tu alma; nada digas aun, deja correr al tiempo, espera que llegue el momento oportuno de hablar. Sufre lo que estás presenciando como vírgen resignada, y que ni un solo movimiento de indignacion en tus labios revele la cólera que ruge en el fondo de tu corazon. En este siglo en que cada uno, ahogando ó fecundando, se esparce á la ventura, como el agua en una tempestad, en el que por todas partes vemos la impotencia y la rabia, el más fuerte es el que sabe contener su fuerza. La superficie del Océano, algunas veces no presenta ni una sola arruga; no te gastes, pues, hasta que llegue la hora de estallar, hora que está más cerca de lo que se cree. El que sabe refrenar su fuerza, la aumenta.

Conserva delante de todos la actitud majestuosa de una diosa prudente, que se reserva para castigar; que reuniendo su fuerza, como si fuese un sagrado tesoro, pudiera haber castigado hace tiempo, pero que no ha querido castigar aun.

Sigue contemplando el cielo y el mundo para que te vean pasar tranquila por entre ellos los que se dedican á trabajos inmundos, los traficantes viles, enamorados del oro; los engañadores públicos, cuya maldad oculta el alma hipócrita y que dora por el exterior algun falso mérito; los que en las calles venden sus discursos y están dispuestos, si les pagan para ello, á abofetear la ley; los falsos amigos, que siembran las enemistades y los ódios; los dementes que pasan la noche y el dia en los placeres repugnantes de las orgías.

Registra sus corazones con tus ardientes miradas, y cuando el pueblo se pregunte:—"¿Sobre quiénes van á caer los rayos que amagan nuestras cabezas?„—Que cada uno de ellos, repasando su conducta con sobresalto, temblando exclame:—"¡Quizás sobre mí!...„

Mientras llega esa hora, permanece impasible y serena. No arrastres por el barro la fímbria de tu manto; y que todos esos perversos tiemblen desde ahora al ver junto á tí, formidable, posando su garra de leon sobre tu inspirada lira, tu cólera soberbia amordazada á tus piés.

Setiembre 1836.

FIN DE VOCES INTERIORES.

RAYOS Y SOMBRAS.

PREFACIO.



N poeta escribió el *Paraiso perdido* y otro poeta escribió las *Tinieblas*. Entre el Edén y las Tinieblas media un mundo; entre el principio y el fin media la vida; entre el primer hombre y el último media el hombre.

El hombre existe de dos maneras: segun la sociedad y segun la naturaleza. Dios encarna en él la pasion, la sociedad y la accion, y la naturaleza la fantasía.

De la pasion combinada con la accion, esto es, de la vida en el presente y de la historia en el pasado, nace el drama. De la pasion combinada con la fantasía nace la poesía propiamente dicha.

Cuando la pintura del pasado desciende hasta los detalles de la ciencia, cuando la pintura de la vida desciende hasta las delicadezas del análisis, el drama se convierte en novela. La novela no es otra cosa que el drama desarrollado en mayores proporciones que puede contener el teatro, ya por medio del pensamiento, ya por medio del corazon.

A pesar de esto, existe el drama en la poesía y existe la poesía en el drama. El drama y la poesía se compenetran como todas las facultades en el hombre, como todos los rayos en el universo. La accion tiene momentos de fantasía. Macbeth dice: "El vencejo canta en lo alto de la torre.„ El Cid dice: "Esta oscura claridad que cae de las estrellas„. Scapin dice: "El cielo se ha disfrazado esta tarde de Escaramuccio.„ Nadie puede dejar de ver en el mundo ni en el cielo azul, ni los árboles verdes, ni la noche sombría. Ninguna criatura puede sustraerse de la creacion.

Por su parte, la fantasía tambien tiene momentos de accion. El idilio en Gallus es patético como un acto quinto; el cuarto libro de la Eneida es una tragedia, y Horacio tiene una oda que Moliére ha convertido en comedia: *Donec gratus eram tibi*, es el *Despecho amoroso*.

Cada parte está completa, pero todo se acopla y se fecunda reuniendo las tres partes. La sociedad se mueve dentro de la naturaleza, y la naturaleza envuelve á la sociedad.

El poeta dedica uno de sus ojos á la humanidad y el otro á la naturaleza: el primero se llama observacion y el segundo imaginacion. De la doble mirada fija siempre en un doble objeto nace en el fondo del cerebro del poeta la inspiracion una y múltiple, simple y compleja, que se llama génio.

Apresurémonos á declarar desde ahora, que en todo lo que el autor de este libro acaba de decir no ha querido hacer referencia á sí mismo; pero el humilde y severo artista debe tener el derecho de explicar el arte como lo comprende, tal como debe ser. Por desconocido é insuficiente que sea, no puede prohibírsele, ante las puras y eternas condiciones de la gloria, esta contemplacion, que constituye su vida. El hombre respira, el artista aspira. Por otra parte, no hay ningun pobre pastor que, embriagado con el aroma de las flores y deslumbrado por la luz de las estrellas, no haya exclamado al menos una vez en su vida, al bañar sus piés desnudos en el arroyo, donde beben sus ovejas:—"¡Quisiera ser emperador!„

Dicho esto, continuemos.

Obras inmortales han escrito en nuestros dias grandes y nobles poetas, que intervenian personal y directamente en las agitaciones cotidianas de la vida política. Pero á nuestro modo de ver, un poeta completo, que el acaso ó su voluntad le hubieran separado de ellas, al me-

nos por el tiempo necesario, preservándole durante ese tiempo del contacto inmediato con los gobiernos y con los partidos, podria producir tambien una obra grande.

Careceria de toda sujecion, no le oprimiria ninguna cadena, seria libre en sus ideas y en sus actos; seria libre en su benevolencia para con los que trabajan, en su aversion para los que perjudican, en su afecto para los que sirven y en su compasion para los que sufren. Seria libre para obstruir el camino á todas las mentiras, de cualquier parte y de cualquier partido que viniesen; libre de uncir los principios que empantanan los intereses, libre para proteger á todas las miserias, libre para arrodillarse ante todos los acontecimientos. Aunque fuera afecto al pueblo, no odiaria al rey, ni injuriaria á las dinastías reinantes para consolar á las dinastías caidas, ni ultrajaria á las razas muertas, simpatizando con los reyes del porvenir. Viviria en la naturaleza y con la sociedad. Siguiendo su inspiracion, sin más objeto que pensar y obligar á pensar, con efusion y con tranquilidad, iria á visitar á su tiempo á la primavera en los prados, al príncipe en el Louvre, al proscripto en la cárcel. Cuando vituperase aquí ó allá una de las leyes de los códigos humanos, se sabria que pasa los dias y las noches estudiando todo lo eterno del texto de los códigos divinos. Nada le perturbaria en su austera y profunda contemplacion, ni el paso ardiente de los acontecimientos públicos, porque se los asimilaria y les daria su significacion en su trabajo; ni la vecindad accidental de dolores privados, porque el hábito de pensar nos dota de facilidad para consolar; ni la conmocion interior de sus sufrimientos personales, porque al través de nuestras aflicciones entrevemos á Dios, y despues de llorar, meditaría.

En sus dramas y en sus novelas, en su verso y en su prosa, intervendrian la historia y la invencion, la vida de los pueblos y la vida de los individuos, las lecciones que se desprenden de los crímenes de los reyes, como en la tragedia antigua, y la útil pintura de los vicios populares, como en la antigua comedia. Velando intencionadamente las excepciones vergonzosas, inspiraria veneracion á la ancianidad, pintando á la vejez siempre noble; inspiraria compasion hácia la mujer, presentándola siempre débil; inspiraria el culto á las afecciones naturales, manifestando que hay siempre algo sagrado, divino y virtuoso en los dos grandes sentimientos sobre que descansa el mundo desde Adan y Eva: en la paternidad y en la maternidad. En una palabra, realzaria en todas partes la dignidad de la criatura humana, probando que en el fondo de todos los hombres, por desalmados que sean, Dios ha colocado una chispa, que un soplo desde las alturas puede reanimar, chispa que la ceniza no oculta ni el fango extingue; esta chispa es el alma.

En sus poemas insertaria consejos para los tiempos presentes, fantásticas inquisiciones sobre el porvenir: en ellos se veria el reflejo, ya deslumbrador, ya siniestro, de los sucesos contemporáneos. Hablaria de los panteones de las tumbas, de las ruinas y de los recuerdos; de la caridad para con los pobres, de la ternura para con los miserables, y miraria furtivamente al santuario del alma, en el que se perciben sobre misterioso altar, como por la puerta entreabierta de una capilla, las hermosas urnas de oro que encierran la fé, la esperanza, la poesía y el amor; haria en fin la profunda pintura del yo, que es la obra más ámplia, más general y más universal que el pensador puede acometer.

Como todos los poetas que meditan y que superponen constantemente su espíritu al universo, dejaria brillar al través de sus poemas ó de sus dramas el esplendor de la creacion de Dios. En sus tragedias se oiria cantar á los pájaros y se veria sufrir al hombre en sus paisajes. Sus poemas serian diversos en la apariencia, pero en el fondo tendrian unidad y coherencia. Su obra, considerada como síntesis, se pareceria á la tierra; tendria producciones de todas clases, pero presidiria una sola idea á todas sus concepciones; produciria flores de todas las especies, pero solo tendria una savia para todas las raices.

Profesaria culto á la conciencia como Juvenal, el que noche y dia sentia tener un testigo dentro de sí mismo, *nocte dieque suum gestare in pectore testem;* profesaria culto al pensamiento como Dante, que dice que son los condenados "los que no piensan„ *le gente dolorose ch' anno perduto il ben del intelletto;* profesaria el culto á la naturaleza como San Agustin, que sin temer que le declarasen panteista, llama al cielo "una criatura inteligente„, *celum celi creatura est aliqua intellectualis.*

Lo que conseguiria con el conjunto de su obra, con todos sus dramas, sus poesías y sus pensamientos amontonados,

ese poeta, ese filósofo, ese espíritu, lo que conseguiria seria realizar la gran epopeya misteriosa, de la que cada uno de nosotros encierra un canto dentro de sí mismo, de la que Milton escribió el prólogo y Byron el epílogo: el poema del hombre.

Esta vida imponente del artista civilizador, este vasto trabajo de filosofía y de armonía, este ideal del poema y del poeta, tiene derecho á proponérselo todo pensador como objeto, como ambicion, como principio y como fin. El autor de este libro ha dicho ya en otra parte y más de una vez, que es uno de los que lo intentan con perseverancia, con conciencia y con lealtad. No deja correr á la ventura lo que han dado en llamar su inspiracion; se dirige constantemente hácia el hombre, hácia la naturaleza y hácia Dios. Cada obra nueva que publica levanta más el velo que oculta su pensamiento, y quizá los espíritus reflexivos habrán comprendido la unidad que preside á la coleccion de sus obras, que á primera vista parecen aisladas y divergentes.

Cree el autor de este libro que el verdadero poeta, independientemente de los pensamientos que le sugiere su propia organizacion y de los que arranca de la verdad eterna, debe contener la suma de las ideas de su época.

Respecto á este volúmen de poesías que publica ahora, hablará poco. Lo que quisiera que fuese acaba de decirlo; lo que sea realmente podrá apreciarlo el lector.

Se encontrará en este volúmen, con muy poca diferencia, el mismo modo de apreciar los hechos y los hombres que en los tres volúmenes de poesías que le preceden y que pertenecen al segundo período de la vida del pensamiento del autor, publicados el primero en 1831, el segundo en 1835 y el tercero en 1837. Este libro es su continuacion. Unicamente en RAYOS Y SOMBRAS es quizás el horizonte más vasto, el cielo más azul, la calma más profunda. Muchas de las poesías de este volúmen probarán á los lectores que el autor no ha sido infiel á la mision que se designó á sí mismo en el preludio de las *Voces interiores:*

Pierre á pierre, en sougeant aux croyances eteintes,
Sous la societé qui tremble á tous les vents
Le penseur reconstruit ces deux colonnes saintes,
Le respect des vieillards et l' amour des enfants (1).

No se ocupará el autor del estilo ni de la forma de este volúmen, porque los que acostumbran á leer lo que él escribe saben desde hace mucho tiempo que admite algunas veces y en ciertos casos la vaga semi-luz en el pensamiento, pero que casi nunca la admite en la expresion. Sin desconocer el mérito de la elevada poesía del Norte, que está representada en Francia por admirables poetas, su gusto literario le hace preferir la forma meridional y exacta. Es apasionado del sol y de la Biblia, y sus divinos maestros son Virgilio y el Dante. Es un poeta cuya infancia solo ha sido una larga fantasía interpolada con estudios exactos, y esta infancia es la que ha formado su espíritu como es hoy. No comprende que sean incompatibles lo exacto y lo poético. El número existe en el arte lo mismo que en la ciencia. El álgebra entra en la astronomía, y la astronomía es del dominio de la poesía; el álgebra entra en la música, y la música es del dominio de la poesía. El espíritu del hombre posee tres llaves que lo abren todo: el número, la letra y la nota; saber, pensar, imaginar. Esto es todo.

4 Mayo 1840.

---

(1) «Piedra á piedra, pensando en las antiguas y extinguidas creencias, en la sociedad que se bambolea á todos los vientos, reconstruye el pensador estas dos columnas santas: el respeto á los ancianos y el amor á los niños.»



RAYOS Y SOMBRAS.

I.

Funcion del poeta.

I.

¿Por qué vives ¡oh poeta! aislado entre la multitud? ¿De qué sirve á tu alma inquieta la vida tempestuosa de los partidos? En su atmósfera viciada, muere deshojándose tu poesía, su soplo disipa tu incienso, y tu corazon en las serviles luchas, es como esas yerbas de las ciudades que pisan los piés de los transeuntes.

En las brumosas capitales, ¿no escuchas con espanto cómo se chocan esas dos potencias, el pueblo y el rey? Sus ódios y sus rencillas, ¿por qué quieres que te perturben? Poeta, entrégate enteramente al Dios que adoras, y no te confundas con los hombres que viven agitados y tumultuosamente.

Alma depurada, vete á resonar en el concierto pacífico; flor sagrada, vete á abrir tu corola en los campos fértiles; busca, soñador, las soledades, las grutas discretas; busca el olvido para encontrar el amor; busca el silencio para oir la voz tierna de las alturas; busca la sombra para ver brillar la luz.

Vete á los bosques, vete á las playas; confunde tus cantos inspirados con el murmurio de las hojas y con el himno de las olas; Dios te espera en las soledades; Dios no se encuentra entre las muchedumbres; el hombre es ingrato y vano; en los campos todo vibra y suspira; la naturaleza es la inmensa lira, de la que el poeta es el arco divino.

Líbrate prudentemente de nuestras tempestades; que para tí los acontecimientos políticos, que pasan peligrosamente sin brújula y sin timon, sean como el bajel que en Diciembre vé el pescador desde su choza pasar en la noche sombría, oyendo el ruido siniestro que mueven los mástiles agitados por la tormenta.

II.

—Ay! exclama el poeta; estoy enamorado de las aguas y de los bosques, y brotan en mí más felices pensamientos de sus apacibles murmullos. La naturaleza no conoce el ódio, ni nos encadena. Los prados y los montes son bienhechores; los soles me explican las rosas, y ante la serenidad de la creacion, mi alma brilla por todas partes.

Te idolatro, naturaleza, y quisiera absorberme en tí; pero en este siglo de lucha, cada uno se debe á los demás, cada

pensador constituye una fuerza. Dios creó la savia para el tronco, las ramas floridas para los pájaros, el arroyo para la yerba de las llanuras, para las bocas las copas llenas de licor y el pensamiento para los espíritus.

Así lo quiere Dios; en estos tiempos revueltos todos deben trabajar y todos deben servir. Nadie debe abandonar á sus hermanos ni retirarse al desierto; nadie debe calzarse las sandalias cuando el pueblo atormentado se agita; el pensador no debe mutilarse ni salir de la ciudad para entonar cantos inútiles.

El poeta, en tiempos inquietos, debe preparar la venida de tiempos mejores. Es el hombre de las utopias; debe tener los piés aquí y las miradas en otra parte; como en todas las épocas, ya se le insulte, ya se le elogie, semejante á los profetas, debe sostener en la mano una antorcha, y sacudiéndola, hacer llamear en ella el porvenir.

Comprende, cuando los pueblos vegetan, que sus afectuosos sueños se componen de las sombras que en él proyectan los hechos que brillarán un dia, y nada debe importarle que se le mofen. Piensa, y más de un alma escribe silenciosamente lo que la multitud no comprende. Tiene lástima de sus frívolos despreciadores, pero sabe que hay sábios falsos que al oirle se le rien en voz alta y que, sin embargo, meditan en voz baja.

Muchedumbre, que extiendes sobre nuestras ilusiones las olas de la duda y de la ironía, como el Océano sobre las playas su resuello y sus sollozos, la idea augusta que te regocija aun tartamudea en estos momentos, pero lleva el sello de la vida. Eva contiene la raza humana, un huevo contiene un águila, una bellota contiene la encina y una utopia es una cuna.

De esa cuna, cuando llegue la hora, deslumbrados vereis salir una sociedad mejor, para corazones más preparados á recibirla; de ella vereis salir el deber que dá á luz el derecho, el órden eterno, la fé triunfante y las costumbres, ese cambiante grupo que al andar vá sembrando tras sí lo que la ley recoge cuando pasa despues.

Pero para cobijar esos poderosos gérmenes se necesitan corazones inspirados, puros, firmes, penetrados de luz divina. Sin marineros se pierde la nave, y como á los dos flancos de un navío, para hender las olas de la multitud insensata, á las dos partes de la idea salvadora es preciso que reinen grandes espíritus.

Lejos de vosotros, santas teorías, códigos del porvenir, está ese retórico de pálidos labios, que vive sin esperanza y sin recuerdo, que siguió en otros tiempos la luz de vuestra estrella, pero que despues, rasgando el velo de las ilusiones, dejó que violasen su alma la avaricia y la ambicion.

Lejos están de ellas, esos escribas de corazon sórdido, que en secreto le dicen sin vergüenza á la espléndida corrupcion:—“Cortesana, acaríciame!„ y que á veces en su embriaguez, del templo donde soñó su juventud se atreven á repasar el camino y á acercarse hipócritamente á las ideas castas, llevando en las manos el hedor de la crápula.

Lejos están de ellas, esos doctores, de los que no se fia el sábio, que á su pesar es severo con ellos; esos doctores que reducen la filosofía á su propio interés, que con ella comercian; mercaderes viles que abriga el templo y que turban las oraciones del sacerdote, clavando sus anuncios en las columnas de la iglesia.

Lejos están de ellas, esos jóvenes infames que cuentan sus dias por noches y que las pasan deshonrado á las mujeres que el hambre arrastra al antro del vicio; cobardes que, cuando deliran, debe decirles una voz secreta:—“Esa mujer que el oro envilece y que infama la orgía, no tuvo más remedio que elegir entre dos tumbas, entre la *Morgue* y tu lecho.„

Lejos están de ellas, las insensatas cóleras que rugen en las callejuelas; esos gatos populares que se convertirán en tigres algun dia, y los aduladores del pueblo ó del trono, y los egoistas, y todos aquellos que son tizones sin llama, cuyo pecho

está sin alma, cuya alma está sin Dios.

Si solo existiesen semejantes hombres, ¡justo Dios, con qué amargura el poeta maldeciria este siglo! Se velaria la faz, y llorando al caer el dia, de pié en el umbral de su casa, al descender la noche sobre el mundo, arrojaria la ceniza á los cuatro puntos del horizonte.

Pero Dios nunca nos abandona; nunca, ocultándose tras los montes, el sol desaparece completamente; siempre en los silenciosos valles, siempre en las almas ciegas, siempre en los corazones que el orgullo corrompe, deja brillar algunos rayos en las cimas y las verdades en algunas frentes.

Valor, pues, espíritus pensadores, cerebros que roe la ansiedad, corazones enfermos, almas heridas que rogais y que pensais; doctores que vagais sin objeto y sin tregua, que creeis que con solo extender la mano vereis adquirir forma á vuestros pensamientos en la oscuridad de los caminos; filósofos cuyo espíritu padece, y que con verdadero espanto os agarrais á los bordes del abismo, suspendidos de las malezas del barranco; náufragos de todos los sistemas que de la vencedora borrasca salísteis temblando, sin salvar de ella más que vuestro corazon; sábios que veis nacer el alba todas las mañanas y que regresais bañados de celestes claridades; hombres perseverantes que deseais conseguir la felicidad y no perdeis nunca por completo la esperanza; tened, tened valor, que en la sombra ó en la espuma, el fin aparecerá muy pronto: el género humano, empañado por la bruma, es el enigma, pero no es la palabra. Bastantes noches y bastantes tempestades han oscurecido vuestras vidas; levantad la frente, levantad los ojos, que brilla la luz en las alturas.

Pueblos! Oid al poeta! ¡escuchad al sagrado soñador! En vuestra noche, que sin su auxilio seria incompleta, solo él vierte alguna luz. Penetrando en la oscuridad de los tiempos futuros, solo él distingue en ellos el gérmen que todavía no se ha desarrollado. El poeta es cariñoso como una mujer, y Dios habla á su alma en voz baja, como habla á los bosques y á las olas.

El es el que, á pesar de los abrojos del camino, á pesar de la envidia y de las burlas, marcha encorvándose ante las ruinas y recogiendo las tradiciones. De la tradicion fecunda arranca el embrion informe de lo futuro. Toda idea humana ó divina, que echa raices en el pasado, extiende su ramaje en el porvenir.

El poeta brilla y refleja su luz sobre la verdad eterna; su alma la hace resplandecer con maravillosa claridad, inundando con su luz las ciudades y los desiertos, los palacios y las cabañas, los llanos y los montes. La enciende para todos, porque la poesía es la estrella que guia hasta Dios á los reyes y á los pastores.

1.° Abril 1839.

II.

El 7 de Agosto de 1829.

Era el 7 de Agosto; era el primer dia de su último año de reinado. Solos, en un real sitio, dos hombres, caminando el uno al lado del otro, por sitios en que tenian que tocarse codo con codo, iban hablando. Ese recuerdo quedó grabado en mi corazon. El primero tenia el aspecto triste, grave y fatigado, y su débil cabeza soportaba un pesado proyecto. Dos charreteras, con corona, sobrecargaban su uniforme verde, con orillo purpurino, y la órden del Toison caia sobre su pecho, suspendida por un largo cordon ondeado de azur cambiante. Era un rey anciano, con los cabellos blancos, que se doblaba bajo el peso de los años y bajo el peso de la monarquía. El otro era un jóven que nunca frecuentaba los palacios, un poeta, un viajante, una voz inútil.

Estaban hablando los dos sin testigos, sin misterios, en un gabinete sencillo y solitario, pero majestuoso. Las acciones de los hombres dejan sus huellas en los sitios donde pasan: bajo aquel mismo techo se verificaron en otros tiempos grandes acontecimientos y ocurrieron grandes ideas. Allí mismo, cruzando las dos manos bajo la espalda, conmoviendo el piso con sus terribles pasos, con frecuencia el emperador, siendo señor del mundo, embebido en sus colosales proyec-

tos, paseaba desde la puerta hasta la ventana.

Una mesa y un sillon de terciopelo retrataban en las lunas de un espejo sus pesados y dorados piés. Por una puerta-vidriera se entreveian en otras cámaras multitud de armarios de Boule, de vajillas del Japon, de lacas, de esmaltes y de candeleros de oro de muchísimos brazos; se entreveia un salon rojo adornado con espejos de Venecia, lleno de bronces griegos, en el que se multiplicaban las arañas de cristal.

¿De qué trataban el poeta jóven y el rey anciano?—De un pobre ángel caido, del amor que redimia el alma de Marion, lavándola como á la Magdalena, que hacia cojear, que la estropeaba, arrastrándola, la censura, serpiente que la habia mordido en el pié.

El poeta quiso presentar en el teatro á Luis XIII, á ese monarca que gobernaba un sacerdote, á todo un siglo, á un marqués, á verdugos, á locos, á bateleros, para que acudiese la multitud y para que á través de su sufrimiento, en un drama chispeante y sombrío, viera pasar la sombra del pálido cardenal. El anciano titubeaba:—"¿Para qué sirve presentar sin velos á Luis XIII, á ese rey miserable? ¿para qué remover su cadáver en la tumba? A qué conduce esto?... ¿No han pasado ya esos tiempos? ¿no vamos caminando hácia la libertad? ¿No es hora ya, despues de quince años de prueba, de restablecer el dique y de contener el rio? Indudablemente un rey puede tomar lo que ha dado. En cuanto al teatro, estando como está minado el trono, es preciso ahogar con las dos manos llamas tan audaces, porque el público es el pueblo, y una comedia puede hacer brotar chispas que enciendan el fuego de las revoluciones.„

Con el debido respeto que puede profesarse á los reyes, el poeta luchaba con firmeza, como hombre apasionado por el arte y por la libertad, y contestó al noble anciano:—"Todo es grave en este siglo, en el que nada está fijo. El arte tranquilo y poderoso se expresa francamente. Le pertenecen los reyes muertos; nadie puede disputárselos: no es su enemigo, y no hay por qué encolerizarle ni entregarle al ódio de los que desean torturarle; ¡no deben torturar al poeta, cuya mano cerrada está llena de truenos! Los tiranos de abajo perjudican al rey de arriba. El pueblo, que lo presencia, recoge las palabras de la Musa cuando la indignacion, hasta el rey que se reverencia, sube desde la frente pensadora del artista. Señor, no debemos apoyarnos en lo que se bambolea: la censura es un techo ruinoso, mal apuntalado, dispuesto á desplomarse cada momento sobre las gentes que abriga. Señor, el soplo imprudente, lejos de apagar, irrita la hoguera, y de un arte luminoso hace un arte incendiario. Por otra parte, deseando solo que adquiera verdadero esplendor real esta gran nacion, en vez de los cuadros dignos de imitacion que ofrecia en ella el gran Luis, se ofrece el espectáculo que causan un grupo de censores armados, que hablan en voz baja, y que, cazadores traidores, acostados en tierra, esperan la hora en que el drama, ese digno leon, entre en su antro, esto es, en la historia.„

Al llegar aquí vió el poeta volverse hácia él la cabeza del anciano asombrado, y llevando más allá su pensamiento inquieto, olvidándose del drama y del autor, éste, pensativo, sondeaba el vasto destino que entreveia en el fondo de aquel triste rey. Despues, escogiendo palabras que no pudiesen herir los augustos oidos, díjole: que los tiempos traen consigo corrientes irresistibles; que ni puentes, ni canales subterráneos, ni nadie, escepto Dios, puede detener y domar las olas del pueblo, cuando llega la hora de la marea alta para este Océano; que el navío más poderoso zozobra ó se pierde cuando quiere navegar contra la corriente y contra los vientos; que en esta lucha insensata siempre encuentra peñascos donde destrozarse detrás de él; siempre encuentra al siglo, á las costumbres, y el espíritu al que osa oponerse, y que debia haber servido de puerto para salvar la nave. El poeta continuó diciendo al venerable anciano que era hijo de una vendeana, y que le suplicaba que creyera, al menos en aquellos momentos, al que se inclinaba mirando hácia el pasado, y cuya compasion era como una hiedra, que se pegaba á los reyes, esto es, que se pegaba á las ruinas. El destino muchas veces es cruel, y los reyes deben pensar, en sus dias tempestuosos, en la nube oscura que se ve

aparecer en el lejano horizonte. Para el que no piensa, en aquellos dias aparecia tranquila la Francia; pero en su cielo, empañado por escasa bruma, en el que todo parecia azul, él, que era pensador, veia á cada momento la luz lejana de algun relámpago.

Cárlos X, sonriendo, respondió:—"¡Oh poeta!„—Por la noche todo estaba resplandeciente de luz y de alegría en aquella festividad; gozoso Saint-Cloud, veia llegar hasta él soldados, príncipes, criados, que en tropel llegaban al suntuoso palacio, cuya fachada, reflejándose en el Sena, parecia acariciar cariñosamente las filas de sus árboles. Chispeando el Louvre, parecia contestar á su júbilo desde lejos, desde el centro de la ciudad; y ese real conjunto presentaba un aspecto tranquilo, y su reposo solemne tenia un no sé qué de grandioso, que parecia que habia de ser eterno.

Holyrood! Holyrood! Abadía fatal, en la que la ley dura, amarga é inflexible del destino está escrita en todas partes; claustro, palacio y tumba, cuyos muros austeros encierran á los reyes, á la muerte y á Dios; á esos tres grandes misterios, á esas tres sombrías majestades!...

Castillo descoronado, valle expiatorio, en el que el pensador oye en los aires y en la historia, dando consejos á los ambiciosos, dos voces confundidas que rugen: el rumor del mar profundo y el ruido lejano de las revoluciones;

Soledad, donde algunas veces se ven venir los cervatillos de las colinas inmediatas á hollar bajo las encinas los céspedes dormidos, y que para aspirar el viento en el claro del bosque, asustados y temblando, se levantan sosteniéndose con los piés de detrás;

Noble iglesia, donde rezaban los reyes de los tiempos antiguos, que bajo los arcos góticos tenian por pavimento las tumbas de los monarcas sus antecesores; puerta tan custodiada en otros dias por guardias y por arqueros, y que un pastor ahora cierra con un clavo viejo;

Pradera, en la que, cuando la guerra agitaba aquella comarca, los lores montañeses contaban sus tribus salvajes y sus groseros batallones; en la que ahora, sobre la yerba y al sol, las viejas descalzas, que marchan sobre las piedras, ponen á secar sus andrajos;

Holyrood, Holyrood! La yerba brota en tus losas. Las cabras pacen al pié de tus torres feudales. ¡Terrible leccion se desprende de tus bóvedas fúnebres, que pueden leer los humanos en tus trastornados muros, que tienen impreso el sello de una fortuna extraña, y que se ven iluminados por ese reflejo de luna que lanza el pasado!...

¡Oh palacio, oh ruina, rodeados de augusta aureola, benditos seais! Ante vosotros nos inclinamos con respeto, porque el anciano rey de Francia encontró allí esa hospitalidad melancólica y sombría, que reciben y que devuelven los Estuardos á los Borbones.

13 Junio 1839.

III.

Al rey Luis Felipe,

despues de la sentencia de muerte pronunciada el 12 de Julio de 1839.

Por vuestro ángel, que voló al cielo, puro como una paloma; por ese niño real, que era tierno y frágil como una caña, ¡perdonad una vez más; perdon en nombre de la tumba; perdon en nombre de la cuna!

12 Julio, media noche.

IV.

La boardilla.

I.

Imponente se alza la vasta iglesia; en sus altos campanarios se ostenta la ojiva con sus adornos de flores; resplandece su pórtico con su rosa abierta, y la noche hace hormiguear bajo la bóveda enorme ángeles vírgenes, el cielo y el infierno, todo un mundo espantoso y

confundido, como entrevisto al través de un sueño.

Pero no es la iglesia, con sus bóvedas sublimes, con sus pórticos, con sus vidrios de colores, con sus lámparas, lo que atrae mis miradas, no; es ese cuarto alto y estrecho, del que sale una armonía tierna y sonora, como si cantase un pájaro en el alero de su tejado.

El edificio santo es hermoso, pero ese miserable aposento me encanta; á la altiva encina prefiero el nido de musgo y al huracán el céfiro; mi espíritu, cuando se pierde entre las olas del mar, prefiere el alga á los gigantes acantilados y la pobre golondrina al espléndido Océano.

II.

Albergue reducido! Al través de un claro entre las hojas, una pequeña ventana se abre como maravillada cerca del pórtico gótico; su verde persiana, suspendida por tres clavos, atada por un extremo y suelta por el otro, se abre coquetamente como un abanico grande.

A la parte exterior tranquilamente duerme un gato, cerca de una hermosa azucena, que llena con sus raices y corona con sus flores un tiesto de forma extraña, de porcelana azul, en el que brilla un hermoso pais chinesco, en el que pavos reales abren sus anchas y pintadas colas.

En el interior de aquel aposento de vez en cuando brilla y pasa una sombra, una figura, una hada, una jóven hija del pueblo, que entona alegres canciones; una huérfana, que vive sola en ese asilo, pero cuyo aspecto inocente y tranquilo indica que puede mirar á Dios frente á frente.

Solo viéndola se comprende su inocencia. Del manantial de su alma corre el agua pura; es ave tierna é ignora que existen cazadores; las alas de esa mariposa conservan todo el polvo de oro; el corazon de la tierna vírgen guarda toda su luz; la perla del rocío del alba se conserva aun en la corola de la flor.

A esa oscura boardilla parece que la vista vea llegar todo un mundo de alegría; el rumor de la plaza y de los transeuntes, los juegos y la algazara de los niños, las mujeres que lentamente entran en la iglesia, el sonido de las canciones que entonan en las calles, rayos de luz de arriba y reflejos de abajo.

Niña feliz! A su alrededor, como alrededor de un templo, todo es puro y modesto, todo le dá buenos ejemplos. La abeja labra la miel, la flor sonrie mirando al cielo, el campanario dá sombra, y ante la ventana, todas las noches aparece una resplandeciente estrella.

El cuello virginal de la doncella no se descubre entre el precioso y transparente encaje, porque le cubre púdicamente un limpio pañuelo; no lleva perlas en la frente, pero tampoco arrugas; sus ojos castos y vivos tienen miradas límpidas; brillando tanto sus ojos, ¿para qué quiere diamantes?

III.

En el ángulo del aposento se vé la modesta cama. Sobre la mesa está abierto el libro en el que Dios nos es visible y que encierra la leyenda devota de los santos; y en un rincon oscuro, cerca de la chimenea, entre la Santa Vírgen y entre un ramo bendito, se vé clavado en la pared con cuatro alfileres el retrato de Napoleon.

Aquella águila está encerrada en esa jaula.—Por qué no? En la oscuridad de esa mansion serena, en la que nada es sombrío, donde reposa la hermosa niña, pura como una azucena, en esa morada de paz, de gracia y de alegría, pláceme oir en el fondo de mi fantasía el ruido de los pesados cañones rodando hácia los campos de Austerlitz.

Cerca del retrato del emperador, constituyendo el orgullo de la pobre huérfana, brilla una cruz de honor, signo de victoria, cruz de un soldado, muerto como un héroe en el campo de batalla, padre que desde el fondo de su tumba hace brillar un rayo de gloria sobre su hija.

IV.

Cruz de Napoleon! Joya de la guerra! ¡Corona de laurel circundada de brillantes rayos! Cuando él conducia á sus valientes á encarnizados combates para que conquistasen el mundo, la dejaba suspendida sobre todas las frentes durante la guerra, y despues de terminada les decia:—Venid por ella!

Condecorándolos con la cruz, vertian lágrimas sus ojos heróicos y mudos adoraban á aquel semi-dios invencible: hubiérase dicho que encendiendo con su alma la de sus soldados, y tocando sus pechos con su dedo de llama, les hacia brotar aquella estrella del corazon.

V.

Cuando despierta esa jóven, canta; despues trabaja pensativa, sentada en su silla de paja, cosiendo y bordando, y mientras pensando en Dios, sencilla y sin temor, se dedica á cumplir su tarea, el silencio se sienta en el umbral de su puerta.

Así, Señor, protegeis su morada; así en ese solitario refugio, ninguna inquietud, ningun quebranto turba la paz de la doncella, que rezando por los que mueren en los naufragios, su oracion puede subir hasta el cielo, sin empañar la serenidad del firmamento.

Pero si el áspid se esconde entre la yerba, ¡ay! el gusano roe la fruta más hermosa. Para turbar una vida basta una mirada. El mal puede aparecer á los fulgores de consagrado cirio. La curiosidad que arde en el espíritu de la vírgen, abre más tarde una llaga en el corazon de la mujer.

Un libro antiguo, vergonzoso, de esos que causan náuseas, quedó olvidado en un armario viejo; una novela del siglo anterior, del corruptor reinado de Voltaire, de ese génio, que á cumplir fatal mision al mundo envió el demonio.

VI.

Epoca que, manchada de vino y de sangre, hasta cuando agonizabas, conservaste la risa delirante de la orgía; siglo diez y ocho impío y castigado, sociedad sin Dios, por Dios destruida, que rompiendo con el hacha el cetro y la espada, siendo jóven ofendiste al amor y siendo vieja á la piedad;

Mesa de bullicioso festin, que terminas en patíbulo; mundo, ciego para Cristo, alumbrado por Satanás, avergüéncense tus escritores ante las naciones; su fama proyecta la sombra de tus delitos y su sombría gloria nace de las revoluciones.

VII.

Frágil barca que bogas á pocos pasos del abismo; guárdate, niña, preserva tu corazon, que no sufre todavía, pobre hija de Eva; Voltaire, que es la serpiente, que es la duda, que es la ironía, se oculta en un rincon de tu bendito aposento; te espía con sus ojos ardientes y sonrie.

Tiembla! ¡Ese sofista ha sondeado muchos lodazales! Tiembla! ¡Ese sábio falso ha perdido á muchos ángeles! Ese demonio, ese negro milano se precipita sobre corazones felices, los desgarra, y muchas veces, de sus crueles garras yo he visto caer pluma á pluma esas blancas alas, que hacen que vuele el alma y huya hasta el cielo.

Cuenta de tu seno todos los latidos; el menor movimiento de tu espíritu en la oscuridad, si se inclina hácia él, hace resplandecer sus ojos, y como un lobo que está alerta, como un tigre que acecha, hay momentos que levanta la monstruosa cabeza, que solo para el poeta es visible.

VIII.

Ay! si tu casta mano abriera ese libro maldito, de repente moriria Dios en tu corazon leal; inclinarias triste tu serena frente, para ver pasar en lontananza por magnífica alameda deslumbradoras carrozas que vuelan arrastradas por alígeros caballos, y mañana acaso te burlarias del virginal pudor.

Te turbarian por la noche, en el lecho, visiones extrañas, que harian huir durante tu sueño al más tímido de los án-

geles; ya no dormirias, ni tendrias deseos de cantar; y tu espíritu, caido ya en el océano de los delirios, iria desarraigado, como alga flotante, del placer al oprobio y del flujo al reflujo.

IX.

Te está mirando la cruz honorífica de tu padre, que con la Guardia imperial murió heróicamente; pídele consejo, ángel tentado; deja que te aconseje, que te guie y que te salve esa azucena, que cuelga de tu ventana y que confunde su aroma con tu virginidad.

Deja que te aconsejen los santos alineados en la puerta de la fachada de la iglesia; deja que te aconseje la blanca paloma que pasa volando por delante de tu ventana; deja que te aconseje la voz del órgano que entona religiosos himnos; deja que te aconseje el azul puro del cielo, que tan cerca ves desde tu morada.

Deja que te aconseje la ingeniosa aguja, que te ayuda en tu labor, que está presente cuando tú rezas y que te dice en voz baja: "Trabaja„ Créela! Dios hizo nacer del trabajo dos hijas; la virtud, que dá pureza á la alegría, y la alegría, que dá atractivo á la virtud.

Escucha ese sinnúmero de voces acentuadas y cariñosas, que murmuran en los vientos, que bajan de las nubes, que ascienden vagamente de los sitios silenciosos, que salen de las castas gotas del rocío, que te repiten los cantos de los pájaros y que te dicen todas á la vez:—"Sé pura como el cielo.„

Sé pura como el cielo, como la ola y como el alba, como el alegre nido, como la torre sonora, como la gavilla de la miés, como la estrella, como la flor, como todo lo que rie, como todo lo que canta, como todo lo que duerme en la paz de la inocencia.

Vive serena; la calma del corazon se retrata en el rostro. La tranquilidad constituye la majestad del sábio. Sé alegre. La fé no necesita ser austera; la sonrisa de las mujeres es un reflejo del cielo; la alegría es el calor que lanza en las almas la claridad celeste que se llama la verdad.

Llénese, pues, de alegría tu espíritu, que la alegría todo lo dulcifica en la naturaleza inmensa. Sobre torres derruidas Dios coloca deliciosos nidos y florecillas que brillan en la yerba espesa, porque hasta en su tristeza las mismas ruinas necesitan juventud, luz y vida.

Sobre todo sé buena. La bondad contiene todas las excelentes cualidades. Indulgente el Señor, hizo nacer de la bondad los pensamientos fraternales. La bondad es el fondo de las naturalezas augustas. Con esa sola virtud formó Dios el corazon de los justos, como formó con un solo zafiro la cúpula del cielo.

De ese modo permanecerás siendo pura como la azucena y blanca como el cisne entre los séres marcados por signo divino; y sin miedo y sin cuidado serás de los que, amontonando las riquezas de las acciones buenas, anclarás tu barca en el puerto, rezarás todos los dias y dormirás todas las noches.

EL POETA Á SÍ MISMO.

Mientras que sobre los bosques y sobre los prados derrama el cielo sus claridades y su esplendor, tú, poeta tranquilo, derrama en las familias, en los niños, en las doncellas y en los ancianos tus cantos religiosos.

Señala con el dedo el puerto á todos los que luchan con el mar, azotados por el aquilon; señala á las doncellas el faro luminoso de la inocencia, á la multitud el altar que escarnece el impío, á los jóvenes el porvenir, á los viejos la eternidad.

Para que se filtre tu deseo en todos los mortales, enséñales á todos ellos el lado más saliente de la verdad; para que todo el que piensa encuentre en tí el modo de calmar su pensamiento, inculca la idea de Dios en todos los corazones, sembrando en cada uno la palabra reveladora.

De este modo, silenciosamente en la

oscuridad, tu espíritu, que es un soñador solitario, de donde saltan los versos, que Dios bendecirá, penetrará en la mente del pueblo que te escucha, y saldrán de ella como salen las raices de una encina entreabriendo un suelo de granito.

29 Junio 1839.

V.

Se creia ciegamente; en los tiempos en que el pastor de noche, en el espacio, por encima de él veia algunas veces, envuelto en un negro torbellino de lluvias y de truenos, pasar rápidamente la deslumbradora sombra de un profeta, que un espíritu arrastraba hácia el desierto.

Se creia ciegamente; en la época de los bardos y de los trovadores, cuando armado todo un mundo se resignaba á sufrir el calvario para libertar la Santa Cruz, para visitar el lago sombrío donde Jesús salvó á Pedro, y el Horeb y el Cedron, y los antiguos sepulcros de los reyes.

Se creia ciegamente en el siglo religioso; en el que el rey Luis, en el momento de robar á Luisa La Valliere, se arrodillaba asustado ante un crucifijo; en el que el altar brillaba al lado del trono; en el que el rey decia:—"Padre mio, solo Dios es grande!„ y el obispo le respondia:—"Dios solo es grande, hijo mio!„

Ahora los pastores duermen en los barrancos, Jerusalen es turca y las mieses divinas no tienen ya segador; la monarquía camina hácia su ocaso y se levanta el sol del pueblo. Ay! el hombre ya no cree; el hombre solo desvaría: ¿qué es lo que vale más, Señor?

29 Marzo 1839.

VI.

Oh pueblo! En el cráneo de esos hombres, en la mente taciturna y venerada del tribuno y del cenobita, en esa frente, que un dia las revoluciones, entreabriéndola, harán salir visiones, habita un pensamiento espantoso.

De este modo en la India, algunas veces el curioso pasajero contempla con respeto un monte misterioso, cuya cima toca en las nubes, y sin acercarse á él, sueña y cree que en aquellas rocas, que en aquellas aguas y en aquellos tristes bosques se oculta una divinidad.

En el interior de aquel monte se ha edificado una pagoda, y cuando llega el dia de inaugurarla, derriban las paredes que la cubrian; el pueblo, entusiasmado, corre á admirarla, y entonces el ídolo, que es un feto ciego y monstruoso, sale de las entrañas del monte.

10 Abril 1839.

VII.

El mundo y el siglo.

Qué hiciste, Señor? ¿De qué sirve vuestra obra? ¿Para qué sirve el agua del rio y el relámpago de la tempestad? ¿Para qué los prados, donde los arroyos lavan los céspedes y en los verdes collados los inmensos ganados, en los que ladran los perros de caza? ¿Para qué la primavera, en la que el aire es tibio y todo florece, coloca á la abeja ladrona que roba la esencia á las flores? ¿Para qué esa niebla que se escapa de las aldeas? ¿Para qué esa sombra que proyectan las ramas? Para qué ese mar sembrado de islotes? ¿Para qué los bosques inmensos, las grutas y los sitios sombríos? ¿Para qué todas las tardes durante el verano, en el que abrasa el sol, entre vapores que remueven los vientos, alumbran su ocaso nubes encendidas? ¿Para qué enrojecer los viñedos, lanzando sobre ellos rayos que hinchan los racimos maduros? ¿Para qué inclinar sobre sus ejes móviles el globo monstruoso con todas las ciudades, los montes y los mares que flotan á su alrededor, haciendo que se mueva, para que la luz lo dore ó para que la sombra lo apague? ¿De qué os sirven las olas, las nubes, y que en secreto dentro de la flor germine el fruto? ¿Para qué fecundar el éter y las olas, rodear á los soles de mundos, poblar de astros errantes la inmensidad de los cielos, amontonar en todos los sentidos millones de leguas, y con la vaguedad de lo infinito azular las

llanuras y las montañas? ¿Para qué colocar en las alturas y en las profundidades tan espantoso monton de sombras y de esplendores? ¿Para qué perfumar, calentar, nutrir, brillar, amar y traducir incesantemente para los ojos carnales y para los ojos del pensamiento vuestra idea eterna en espectáculo eterno? ¿Sucede todo eso para que en este siglo, en el que la ley cae en desuso, el hombre pase sin ver, sin creer, sin comprender, sin buscar nada en el misterio y sin levantar la vista hácia los consejos divinos, que flotan en las altas esferas bajo la forma sagrada ó bajo el velo brillante, ya de nube, ya de estrella? ¿Todo eso sucede para que esta época, en su sombrío fastidio, convierta al oprimido de ayer en opresor de hoy para que le desgarren sus locos sueños; para que el pueblo, multitud en la que duermen tantos sábios, lo mismo que los reyes, tengan la brutalidad por última razon y respondan á las balas ciegas con los adoquines estúpidos? ¿Todo eso sucede para que los motines conmuevan las ciudades, para que hasta la libertad sea tirana? ¿Todo eso sucede para que el honor de los antiguos gentiles-hombres, conducido por ellos mismos al carril que seguimos, se ligue tristemente á los partidos? ¿Todo eso sucede para que el príncipe, hombre que nació de una mujer para brillar pronto y vivir poco, se imagine ser rey, como vos sois Dios? ¿Todo eso sucede para que los justos vivan tristes, para que reine la iniquidad, para que la envidia empequeñezca los corazones que hubiera engrandecido el amor? ¿Todo eso sucede para que el sacerdote, triste y defectuoso apóstol, camine abriendo un ojo y cerrando el otro, insulte á la naturaleza en nombre del verbo escrito, y no comprenda que aquí todo está en el espíritu, que el soplo de Dios lo mismo alcanza á los hombres que á la arcilla, y que el árbol y la flor tambien comentan el Evangelio? ¿Todo eso sucede para que á nadie, en fin, grande ó pequeño, sondeando las avenidas de la tumba, le inquiete lo desconocido, y como el buey conducido por el instinto, cada uno trace su surco sin pensar en la espiga; para que la humanidad, careciendo de profetas, perdiera la admiracion que vuestras obras le causaban; para que el hombre no vea brillar en su corazon el alba, ni la azucena, ni el ángel, ni el niño, ni el alma, ese rayo de luz pura, ni la creacion, ese inmenso panorama?...

Por eso pensativo exclamo muchas veces:—"¿Estaremos quizás condenados y malditos? ¿Los que vivimos hoy gozando de falsa prosperidad, seremos desheredados de la herencia de nuestros padres? Señor, haceos cargo de que los hombres de esta época están ciegos, lejos de vos y flotando entre muchas sombras. Extinguid vuestros soles ó reanimad su fuego; corregid vuestro mundo ó concededle un alma.

17 Julio 1839.

VIII.

Al señor duque de ***

Julio, vuestro castillo, que tiene la torre vieja y la casa nueva, se refleja en el Loire por la parte en que el rio, cerca de Blois, ensanchando su espléndido recipiente, como una madre que habla en voz baja á su niño que tiene en su regazo, estrecha una deliciosa isla en sus brazos replegados. Poseeis todos los bienes que el hombre puede alcanzar. Os sonreís viendo llegar el verano, y oireis muy pronto, al través de los árboles, las risas alegres que desde la aldea llegarán á vuestra heredad. Pasado ya el Abril, veis en ella llegar ahora el Mayo, el mes del amor; Mayo, que cada dia extiende más sus verdes vestiduras y que, como el niño levita encargado de adornar el templo, suspende en las floridas ramas las flores, de las que sale el incienso, y los nidos, de los que sale el cántico.

Me escribís que en este momento el friso blasonado de vuestra chimenea está sobrecargado con un monton de antiguas ruinas que en otros tiempos ganaron batallas, de espadas, de cimeras, etcétera, etc. Me escribís tambien que vuestros arrendadores, cavando con los bueyes, han abierto un sepulcro al abrir un surco. Vuestro campo de César ha tenido que sufrir esta muesca. Os pertenecia todo un campo de batalla, y vuestros rudos leñadores, con el ruido de sus hachas, han turbado con frecuencia las sombras de esos séres que vagan entre vuestras encinas, haciendo al mismo tiempo volar á los cuervos.

Sabeis, amigo mio, que, espectador sério, he meditado muchas veces en esos

campos gloriosos, obligados por el arado, ellos que fueron testigos de antiguas guerras, á dar cosechas como los campos vulgares; que semejantes al rey caido, que teme despertar, cuando se le aparece su antigua gloria soñando, durante el dia dejan que camine el boyero por sus centenales y durante la noche reciben la visita de las águilas.

Aunque sois hijo de un siglo en el que todo se vende, respetad la Roma muerta que está al lado de la aldea viva, y ya que sois compasivo para todo, dejad tranquilos esos campos, ó por mejor decir, esas cenizas. Podeis vivir muy feliz paseando desde el alba por secretos senderos, llevando de la mano á una mujer y contemplando en ese pintoresco paisaje cómo se regocija Dios en la estacion de las rosas; y despues, entrando en casa y sacando del cofre carcomido el ejemplar antiguo del Virgilio que yo he leido tantas veces, é iluminando vuestra alma con las antiguas claridades, leer al tierno Virgilio y meditar.

Porque han llegado los tiempos que predijo el poeta. Hoy dia, en esa llanura muda, en esos campos, algunas veces el labrador, encorvado sobre el surco, encuentra un negro dardo que cree que cayó del cielo, y otras veces vé que se chocan confusamente en el fondo del terreno que escarba cascos vacíos, dardos tomados de orin, y abriendo tumbas de humanas ruinas, le hace palidecer el tamaño de los esqueletos romanos.

Mayo 1839.

IX.

A Fanny de P.

Ya que la edad te lo permite, rie, que todo te acaricia: ¡hermosa niña, juega, canta, sé flor, sé aurora!

No pienses en el porvenir, ni que el cielo es negro y la vida sombría; no pienses que el hombre en el mundo solo hace un poco de ruido y mucha sombra.

Por desgracia sabemos que la vida es muy triste: niña, con frecuencia los ojos que más brillan son los que derraman más lágrimas.

Tú que no has sufrido aun ningun dolor, te entregas á eterna alegría, á la inocencia que hace soñar y á la ignorancia que hace sonreir.

Azucena preservada del soplo de los vientos, llena tu corazon sereno la felicidad tranquila de los niños, que es un reflejo puro de la felicidad de las madres.

El candor embellece tu semblante, y yo prefiero á todas las claridades, la que veo brillar en tus pupilas, que sale del foco de tu alma.

Vives sin inquietudes y sin pesares; la familia te idolatra; en el verano corres tras las flores y en el invierno juegas alrededor del hogar.

La poesía, que es un espíritu del cielo, cerca de tí, niña, se ha instalado; tu madre la refleja en sus ojos y tu padre en su pensamiento.

Aprovecha esa hermosa edad, disfruta, que la alegría se disipa pronto, y los que vivimos más tristes hemos tenido tambien nuestra infancia deslumbradora.

Como el que reza antes de morir, permíteme que te bendiga antes de que abandone yo la tierra: ángel, que serás una mártir; niña, que serás una mujer.

Febrero 1840.

X.

Como en los estanques adormecidos en los bosques, en muchas almas se ven dos cosas á un mismo tiempo; el cielo, que refleja en el agua que apenas se mueve todos sus rayos y todas sus nubes, y el fondo del estanque, sombrío, dormido y súcio, en el que reptiles negros vagamente hormiguean.

7 Mayo 1839.

XI.

Fiat voluntas.

Pobre mujer! ¡Se le ha trastornado el juicio! En los salones indiferentes, en sus conversaciones fútiles, el mundo dijo ayer que estaba loca, y añadió hoy que habia fallecido; yo solo en el cementerio, hollando los céspedes, visito la tumba, en la que se enterró su vida despues de morir su razon.

Loca y muerta! Dios mio, por qué? Por un niño frágil, cuyas pupilas están cerradas; por un recien nacido, de colores frescos, que hace poco, como las moscas penden de las flores, pendia de su seno, riendo y llorando, privándola del sueño durante noches enteras; por ese niño que está callando, por ese niño que está dormido.

Cuando vió á su hijo la tarde de un dia triste, porque ella llamaba su hijo á una sombra vana, cuando vió á su hijo helado, no lloró. La leche con la fiebre de repente turbaron su cabeza, haciendo temblar los labios; y desde ese dia, sin ver y sin hablar, permaneció impasible á todo, buscando en la oscuridad una cosa perdida, á su hijo desaparecido en la vaga extension; y algunos momentos inclinaba el oido al andar, como si bajo de tierra oyese sonar un cántico.

Una mujer del pueblo, que un dia la vió pasar por la calle acosada por una multitud, al ver cómo sufria, adivinó su desgracia. Los hombres, cuando veian su frente lívida y sus miradas frias, que perseguian una quimera, exclamaban: —"Pobre loca!„; pero esa mujer decia:— "Pobre madre!„

Pobre madre, en efecto. Suspiros ahogados interrumpian algunas veces su voz, que murmuraba:—"Mi hijo!„ Algunas veces, en la calle, hundidos los piés en el barro, buscaba con la vista una claridad desaparecida en el cielo; porque el alma del niño, al volar á las supremas regiones, se habia llevado con ella el juicio de su pobre madre.

Inútil era decirla en voz baja que esos son acontecimientos naturales de la vida; que todo el que nace muere; que hay niños que Dios, que presta, pero que no dá, para que refresquen nuestras frentes con sus alas blancas, hace posar como pájaros un dia solo en los árboles del mundo; inútil era decirla todo esto, porque ella no lo oia; con la vista fija, miraba siempre ante ella abrirse los brazos de su hijo. De sus juguetes habia formado una capilla, y así murió la pobre en menos de dos meses; que nada es tan poderoso como los pequeños brazos de los niños muertos para arrastrar pronto las madres á la tumba; donde el niño cae, pronto la mujer cae tambien. ¿Qué es para ella una casa desierta? ¿Qué es para ella un lecho sin la cuna al lado? ¿Para qué sirven las miradas maternales si no velan al niño que duerme? ¿Para qué sirve su blanco seno sin los labios rosados del niño?

Despues de pasar mucho tiempo con el corazon y con los ojos apagados, vagando alrededor de la tumba de su hijo, la desventurada perdió la vida á los dos meses. Ayer estuvo loca y hoy murió. Basta que un pájaro se pose en una playa, para que otro compañero suyo se apresure á seguirle, y siempre hay un tercero que vá delante. Apenas acababa de abrir sus alas á los vientos, fué el hermoso niño á posarse sobre la tumba; ella le siguió despues, como una paloma sigue á otra.

Yo exclamé:—"Señor! vuestras leyes son austeras. Señor! las habeis rodeado de misterios, así para el hombre como para el amor, para los árboles y para las aves, hasta para el líquido nutritivo que necesita el niño en la cuna, que es ambrosía y veneno, miel dulce y licor amargo, destinado á nutrir al hijo ó á matar á la madre!„

17 Febrero 1837.

XII.

A Laura, duquesa de A.

Ya que no han comprendido, en su mezquino modo de pensar, que cuando se ha poseido esplendor, poder y orgullo,

seria un acto magnánimo para la Francia conceder la limosna de una fosa á tu noble féretro (1);

Ya que no han comprendido que la que sin temor celebró siempre la gloria y castigó á los verdugos, tiene derecho á reposar sobre la colina santa, tiene derecho á reposar á la sombra de los héroes;

Ya que el recuerdo de nuestras grandes batallas no vive encendido en ellos como sagrada lámpara; ya que no tienen corazon ni entrañas; ya que te han rehusado hasta la piedra para edificar tu sepulcro,

---

Nos corresponde á nosotros entonar un cántico expiatorio; nos corresponde á nosotros manifestarte nuestro duelo, de rodillas; nos corresponde á nosotros hacer revivir tu recuerdo, enterrándolo en versos afectuosos y tristes.

Nos corresponde á nosotros esta vez preservar tu muerte del olvido, que es su pálido compañero; nos corresponde deshojar rosas sobre tus cenizas; nos corresponde ceñir laureles á tu nombre.

Ya que una estúpida afrenta, pobre mujer muerta, sube hasta tu frente, que César coronó, á mí, que me diste la mano de amiga, me corresponde decir en voz baja:—"Nada temas! Yo te defiendo!„

Tengo que cumplir mi mision; porque armado con una lira que debe esparcir himnos irritados y ardientes, custodié el tesoro de las glorias del imperio, y no he de consentir nunca que nadie atente contra ellas.

Tu noble corazon conservaba para mí fieles recuerdos: en nuestro cielo siniestro y en nuestros tristes dias tu espíritu cernia sus generosas alas, muchas veces como un águila y como un ángel siempre.

Porque fuerte para sufrir tus desgracias y buena para remediar las nuestras, sufriendo la tempestad, víctima de tu mala suerte, no imitaste funestos ejemplos, y no quisiste nunca que una cobardía te hiciese llegar al puerto.

Porque tú, la Musa ilustre, y yo, el desconocido apóstol, hemos traido á la tierra la misma mision y un profundo lazo nos ata el uno al otro, á tí, viuda de un héroe, y á mí, hijo de un soldado.

Por lo que, sin cansarme jamás en esta Babilonia, de las insultadas banderas besando los pedazos, exclamé defendiendo al emperador:—"¡Devolvedle su Columna!„ y exclamo defendiéndote:—"¡Concededle su tumba!„...

Febrero 1840.

XIII.

Pozos de la India! ¡Tumbas monumentales, que en vuestro interior solo ofreceis á la perturbada vista un monton rodante de gradas y de rampas, frios calabozos, corredores donde brillan lámparas, vigas en las que la araña tiende sus largas telas, bloques que bosquejan por todas partes siniestros perfiles, techumbres de granito, agujereadas como frágiles telas, por cuyos grandes huecos se vé brillar alguna estrella, caos de muros, de cámaras, de tramos de confusas y ruinosas escaleras, criptas que llenan de religioso horror vuestra inmensa y prodigiosa bóveda, cavernas que no nos atrevemos á atravesar, ante vuestras profundidades he palidecido con frecuencia, como se palidece ante un abismo, espantosas Babeles que fantaseó Piraneso!...

Entrad si os atreveis!

Sobre el dormido pavimento las sombras de los arcos se cruzan tristemente; la canal en algunas partes, torciéndose bajo los escombros, se entreabre para dejar pasar escalones sombríos, que por escalera de caracol escudriñan un subterráneo sin fondo, y otros escalones suben hasta arriba, hasta llegar al techo. A dónde van? Dios lo sabe. Por los huecos de un arco vacío, agua que cae despide lívida claridad. Una bóveda de frente verde gotea dentro de un pozo. En la oscuridad, pesado monton de rocas

---

(1) El Consejo municipal de la ciudad de Paris rehusó conceder seis piés de tierra en el cementerio del Padre-Lachaisse para la fosa de la viuda de Junot, antiguo gobernador de Paris.

El ministro del Interior igualmente rehusó un pedazo de mármol para dicho monumento.

(Periódicos de Febrero de 1840.)

sin apoyo se vé detenido por zarzas trepadoras; una cuerda que pende de monton de maderos cae hasta el nivel de la mano del viajero curioso. En una cueva, inclinado sobre un libro y leyendo, un viejo sobrehumano, bajo de una roca, que no se conserva á plomo, parece que viva allí olvidado por la muerte. Dos esfinges, dos bueyes de bronce, acurrucados sobre el estrave, forman como chapiteles de los pilares decrépitos; el áspid, de ojos ardientes, agitando sus pupilas, pasa su cabeza chata por las hendiduras de las piedras. Todo se mueve y se dobla bajo los techos entreabiertos. Las paredes resuenan y se ven hormiguear, á través de las hojarascas rojas y saliendo por entre los mármoles, mónstruos, que podrian tomarse por racimos de aquellos árboles. Por todas partes, en las paredes del sombrío monumento, algo horrible se arrastra confusamente, y el que recorre ese dédalo disforme, como si se apoderara de él un enorme pólipo, por encima de él y por debajo parece que sienta vivir y moverse el monstruoso edificio.

En esas horas en que el espíritu y en que la vista, recorriéndolo todo, tratan de ver en la noche el fondo de las cosas, mis miradas se perdieron en esos terribles sitios, y contemplándolos, he exclamado muchas veces:—"Fantasías de granito, grutas fantásticas, criptas, palacios, tumbas llenas de vagos rumores, sois menos brumosos, menos desconocidos, menos profundos y menos desesperados que el destino, el destino, ese antro que habitan nuestros temores, en el que oye el alma, perdida en espantosos laberintos, en el fondo, al través de la oscuridad, y produciendo ruidos sordos, en un abismo desconocido, caer la corriente de los dias!

14 Abril 1839.

XIV.

En el cementerio de...

La multitud de los vivos rie corriendo tras sus locuras, ya para proporcionarse placeres, ya para proporcionarse dolores; pero yo, que soy soñador, me imagino que los olvidados muertos me miran fijamente.

Saben que soy el hombre de las soledades, el paseador pensativo por entre árboles espesos, el espíritu que encuentra, estudiando todos los dolores, en la superficie de todo la duda y en el fondo de todo la paz.

Saben que me inclino y pienso sobre los bojes, sobre las fosas y sobre las cruces; oyen mis pasos cuando camino sobre hojas secas, y me han visto contemplar las sombras de los bosques.

Comprenden mi voz, que suena en el mundo mejor que vosotros, vivos luchadores; los himnos de mi lira, oculta en mi alma, para vosotros son cánticos y para ellos son sollozos.

Aunque les olvidan los vivos, les queda la naturaleza. En el jardin de los muertos, donde reposaremos todos, el alba lanza una mirada más serena y más celestial, la azucena parece más pura y el pájaro más tierno.

Allí es donde yo vivo!—Cogiendo rosas blancas, consolando las tumbas abandonadas desde hace mucho tiempo, paso y vuelvo á pasar; separo de ellas las ramas, muevo ruido en la yerba y los muertos parece que se regocijen.

Allí sueño, y vagando por el campo letárgico veo, con los ojos abiertos de mi pensamiento, transformarse mi alma en un mundo mágico, espejo misterioso del universo visible.

Mirando sin ver, ramajes confusos, formas y colores vagos, allí, sentado en las piedras caidas y en la oscuridad, me asaltan deslumbramientos de claridades y de flores.

Allí el sueño ideal que llena mi espíritu flota como velo luminoso entre la tierra y mis miradas; allí mis dudas ingratas se funden en plegarias, que empiezo á murmurar de pié y que termino de rodillas.

Como vuela la paloma hasta el hueco de las rocas para encontrar en ellas la gota de rocío que cae antes de que apa-

rezca el sol, mi espíritu sediento, en la oscuridad de las tumbas vá á beber una gota de fé, de esperanza y de amor.

Marzo 1840.

XV.

Madres, el niño que juega alegre en vuestro hogar, frágil como las flores y sereno como el cielo, os debe incitar á que tengais cariño, pudor y prudencia. El niño es una llama pura cuyo calor acaricia; es la alegría santa; es la felicidad sagrada; es un reflejo dorado del nombre paternal, cuyo reflejo os basta para ver con claridad la sombra de vuestra alma. Madres, el hijo que llorais y que voló hácia el cielo, cuando levantais la frente hácia la esfera estrellada, derrama sobre vuestros dolores fulgor augusto, porque el inocente brilla tanto como el justo. Os hace ver con dulce claridad, al través del orgullo, de las virtudes, de las desgracias y de la noche que enluta vuestra alma, á Dios en su profunda tranquilidad. Que viva ó que muera el niño, siempre brilla. En el mundo, en el que necesitamos el socorro de todos, en el que nuestros dias inciertos están pendientes de tantos abismos, es un guia que desvanece las brumas que á nuestro alrededor levantan las dudas y los vicios; cuando vive el niño, enseña á las madres la verdadera senda del deber; cuando el niño muere, descubre á éstas la verdad sin velos; en el mundo es para ellas una lámpara y en el cielo es una estrella.

27 Marzo 1840.

XVI.

Marineros, desplegareis las velas; bogareis, unas veces alegres y otras tristes, contemplando al fulgor de las estrellas la playa, el escollo ó el puerto, segun el viento os empuje.

Envidiosos, mordereis la base de las estátuas; pájaros, cantareis; ramajes, os cubrireis de hojas verdes; puertas, os arruinareis cubiertas de hiedra; campanas, hareis vivir y soñar á las aldeas.

Viajeros, haciendo participar á vuestra naturaleza de las costumbres de todos los hombres, vagareis errantes; pensativos recorrereis el mundo, acordándoos algunas veces de los fallecidos.

Encinas, crecereis en el fondo de las soledades en brumosas lontananzas; viejos sauces, tomareis tristes actitudes y os contemplareis vagamente en los arroyos.

Nidos, temblareis al sentir dentro de vosotros crecer las alas; surcos, os extremecereis al sentir crecer el trigo; antorchas, arrojareis rojas chispas que formarán un torbellino de humo.

Rayos, manifestareis el poder de Dios, que al mar sujeta; riachuelos, nutrireis las flores, cuyos capullos se abrieron en Abril; vuestras corrientes reflejarán la sombra del hombre, pero fluirán siempre y el hombre pasará.

Cada cosa y cada alma, cada sér y cada objeto seguirán su curso, su ley, su pasion y su fin, aportando su piedra para la obra indefinida, que con el género humano edifica la creacion.

Y yo contemplaré á Dios, padre del mundo, que nos entrega, para mitigar nuestra sed, ya en la sombra, ya en la claridad, el cielo, esa inmensa urna, en la que podemos beber la calma y la serenidad.

5 Mayo 1839.

XVII.

Espectáculo tranquilizador.

En todas partes brilla la luz y la alegría; la diligente y trabajadora araña ata á los tulipanes de seda sus redondos encajes de plata.

El extremecido insecto fija los asombrados ojos en el estanque espléndido, donde pulula un mundo misterioso.

La rosa parece, rejuvenecida, extender sus pétalos á las brisas, y el pájaro canta armoniosamente en las ramas que encienden los rayos del sol.

Su voz bendice Dios, que visible siempre para los corazones puros, formó el alba, párpado de llama, para el cielo, pupila azul.

En los bosques, donde se embotan todos los ruidos, el temeroso gamo corre y juega, y en las alfombras de musgo brilla el escarabajo como oro vivo.

La luna, durante el dia, está pálida como un alegre convaleciente, y con ternura abre sus ojos de ópalo, cuya dulzura hasta nosotros se derrama.

La abeja con el alelí juguetea, acariciando la vieja tapia; el surco caliente alegremente se despierta removido por el oscuro gérmen.

Todo vive y ostenta su belleza, iluminada por un sol ardiente; la sombra huye del agua que pasa, y el cielo se vé azul sobre el collado verde.

La llanura brilla, el bosque verdea, la yerba florece.—Mortal, nada temas; la naturaleza sabe el gran secreto y se sonrie.

1.° Junio 1839.

XVIII.

Lo que sucedia en las Fuldenses hácia 1813.

Niños, puras y hermosas frentes inclinadas hácia mí, bocas con dientes de esmalte, que me preguntais el por qué de todas las cosas, que me interrogais sobre más de un gran problema, pretendiendo que de lo que es oscuro para mí mismo os dé á conocer el sentido verdadero y la palabra decisiva, os apoderais de tal modo de mi espíritu pensador, que con frecuencia, cuando salís de mi estancia, hijos mios, paso algunas horas meditando para volver á colocar en su sitio, en el fondo de mi cerebro, mis planes, mis visiones, los objetos eternos de mi meditacion, Dios, el hombre, el porvenir, la razon y la demencia, y mis sistemas, monton sombrío, andamiaje inmenso, desarreglado de repente por las preguntas que al azar hace un niño.

—Pero ya que por fin, sondeando mis destinos, me preguntais por mis años juveniles; ya que, hijos mios, todo lo quereis saber, os voy á referir mis primeros instintos y mi primera esperanza.

Tuve durante mi efímera infancia tres maestros: un jardin, un anciano sacerdote y mi madre. El jardin era grande y misterioso; altísimas tapias le escondian á las curiosas miradas, estaba lleno de mil flores y de mil insectos, lleno de susurros y de aromas; en el centro era casi un vergel y en el fondo era casi un bosque. El sacerdote, excesivamente empapado de Tácito y de Homero, era un anciano cariñoso; mi madre... era mi madre.

Un dia...—¡Oh, si Gautier me prestara su lápiz, con un solo rasgo os dibujaria una figura que, como funesto augurio, entró un dia en casa de mi madre. Era un doctor de frente estrecha, de aspecto solemne, que si os lo dibujase, conseguiria hacer abrir vuestros labios con esa risa deslumbradora y cándida que muchas veces me enajena. Cuando entró ese doctor, estaba yo jugando en el jardin, y al verle me quedé parado de repente. Era ese hombre el principal de un colegio cualquiera.

Los tritones que Coypel agrupa alrededor de una concha, los faunos con que Watteau pobló los bosques, las brujas de Rembrandt, los gnomos de Goya, los diferentes diablos, las pesadillas varias con que Callot, riéndose, atormentaba á San Antonio, son feos, pero tienen artísticos atractivos; son deformes, pero cierta vida anima sus semblantes, y muchas veces sus ojos lanzan rápidos relámpagos: ese doctor era muy feo, pero además era muy estúpido.

Dispensadme si os hablo con el lenguaje franco del estudiante; hago mal. Procurad olvidar lo que os acabo de decir, que ya que he perdido la gracia de la niñez, que perturbó un pedante, no debo conservar la cólera de entonces.

Ese hombre, calvo y vestido de negro, repugnante para mí y que á primera vista sobresaltó á mi madre, á pesar de

su humilde actitud, venia á traer consejos y solicitudes.—Que el niño no estaba bien dirigido; que muchas veces se llevaba el libro para pensar en los bosques; que crecia á la ventura en esta soledad; que debia corregirse esto; que el estudio severo debia hacerse en la oscuridad de los claustros; que una lámpara colgada del techo, que ilumina á cien estudiantes que están escribiendo, dá á conocer mejor á Horacio, á Cátulo y á Virgilio, que el sol, que deja caer sus rayos en los árboles y en las flores; en una palabra, que era preciso que los niños, lejos de sus madres, estuviesen sujetos, trabajasen mucho y se les hiciese derramar algunas lágrimas. Además de esto, el colegio ofrecia con amabilidad al niño, ébrio de libertad, de aire y de sol, sus bancos de madera, sus corredores de dormitorios, sus salas con cerrojos, y en las que en todos los pilares está esculpido con un clavo viejo el fastidio de los estudiantes.

Cuando se despidió aquel hombre, mi madre quedó triste y preocupada por todo lo que le habia oido decir. ¿Qué haria? Quién tenia razon? ¿El sombrío colegio ó aquella casa feliz? ¿Quién llena mejor la educacion de la infancia, el estudiante turbulento ó el niño solitario? Estos problemas, estas cuestiones la hacian titubear; el asunto era grave. Mi madre, despues de todo, era una sencilla mujer, cuya alma no formaron los libros, sino el destino; ¿cómo habia de tener valor para rechazar á ese trágico profeta, que con tono y con ademanes magistrales le hablaba en nombre de los griegos y de los latinos? El sacerdote, sin duda, era sábio; pero, ¿enseña mejor el maestro que un colegio? Además, el hombre más vulgar pronuncia en ocasiones palabras sacramentales, como: —"Es indispensable!„ "Así conviene„, etcétera etc., que turban muchas veces á la mujer más despejada. Pobre madre! Qué camino escogeria de los dos? La suerte de su hijo pendia de sus manos, en las que temblando sostenia la pesada balanza, y creia que algunos momentos ésta se inclinaba hácia el colegio, oponiendo mi felicidad futura á mi felicidad presente. Esta idea la inquietaba y la privaba del sueño.

Era en el verano, la hora en que asoma en el cielo la luna, una de esas hermosas noches parecidas á los dias, que tienen menos claridad, pero más ternura, y mi madre paseaba por el parque, triste é indecisa como siempre, interrogando en voz baja al agua, al cielo, al bosque, y escuchando á la ventura las voces que oia. Era en aquellos momentos en que el jardin está apacible, cuando en la maleza corre el invisible insecto, cuando los rayos claros de la luna hacen brillar la losa azul de la cúpula oriental del sombrío Val-de-Grace, y hacen destacar el claustro del convento arruinado, pero agradable á la vista; cuando en las estátuas, sin ruido, se mueve la sombra que proyectan las ramas; cuando las flores de los árboles y de los arbustos, pagando en perfumes los cantos de los pájaros, se reflejan en las balsas y en los charcos, ó se esconden entre las yerbas; cuando el abedul, inclinando su soberbia copa sobre los estanques y confundiéndola con la de los álamos blancos, tiembla suspendido sobre la superficie del agua; cuando el cielo brilla por los intersticios del ramaje, y de las chimeneas salen nubes de humo; cuando ese delicioso jardin, que es un radiante paraiso, con sus múltiples voces habla á mi madre en voz baja, diciéndola cariñosamente:—"Déjanos á tu hijo.

„Déjanos á tu hijo y no te inquietes, madre cariñosa; no entregues su frente pura y su alma cándida á la multitud, que la multitud es un torrente que destroza todo lo que arrastra. Los niños tienen miedo como los pájaros. Entrega tu hijo á nuestros aires puros, á nuestros húmedos vapores, á nuestros suspiros ligeros; nosotros solo le inspiraremos buenos pensamientos y trocaremos la claridad del alba de su inteligencia en la ardiente luz del dia; Dios aparecerá visible ante sus ojos, porque nosotros somos las flores, las ramas, las claridades, la naturaleza, el manantial eterno que mitiga la sed de todas clases, que lava todas las alas; los bosques y los campos, que solo comprende el sábio y que forman la educacion de los grandes espíritus. Deja que crezca tu niño entre nuestros ruidos sublimes. Le impregnaremos de esos íntimos aromas que el soplo celestial esparció en todos nuestros dominios, que hacen salir del hombre y ascender hasta Dios como el canto de un laud, como el incienso de un pebetero, la esperanza, el amor, la oracion y el éxtasis. Inclinaremos sus ojos hácia las sombras de la tierra, hácia el secreto de

todo lo que se entreabre ante sus pasos. Convertiremos al niño en hombre y al hombre en poeta. Debes elegirnos para formar sus sentidos, porque nosotros le enseñaremos cómo desde el alba hasta la noche, desde las encinas hasta los mosquitos, la vida bajo mil aspectos sonrie en las verdes llanuras, llenándolo todo de reflejos, de colores y de sombras. Te le devolveremos sencillo y deslumbrado por la contemplacion del cielo, y haremos que germine en él por todas partes esa compasion que nace del espectáculo de la naturaleza. Déjanos á tu hijo; le formaremos el corazon de modo que comprenda á la mujer y el espíritu, en el que haremos nacer con facilidad sueños y quimeras; de ese modo tomará á Dios por libro y los campos por gramática, y su alma, como la de todos los soñadores, como el sol que fecunda las flores, lanzará rayos sobre todas las ideas.„

Así hablaron, en las horas en que la ciudad estaba dormida, el astro, la planta y el árbol: mi madre los escuchaba.

¿Cumplieron, hijos mios, su sagrada promesa? Lo ignoro; solo sé que mi querida madre les creyó, y dispensándome del encierro del colegio, confió mi juventud á las tiernas lecciones de la naturaleza.

Desde entonces, esperando que llegase la noche, que eran las horas que dedicaba al estudio, todo el dia libre y feliz podia recorrer segun mi capricho el delicioso jardin, contemplando sus dorados frutos, el agua corriente ó estancada, los gigantescos árboles, las pintadas flores y los prados y los bosques, que mi espíritu por la noche volvia á ver reflejados en Virgilio como en un espejo.

Hijos mios, disfrutad de los campos, de los valles, de las fuentes, de los caminos, que la última luz de la tarde llenan de voces lejanas; de las olas y de los surcos, en los que germina el pensamiento al lado de la espiga. Cogeos de las manos y recorred el parque, y cuando oigais cantar á un pájaro, imaginaos oir la voz de Dios. La vida, con el choque de pasiones contrarias, os espera; sed buenos, profesaos siempre cariño fraternal, y unidos contra el mundo que corrompe el espíritu, sereis siempre fuertes; no olvideis nunca que los séres selectos, creados para la poesía y para la ilustracion; que los corazones en que Dios coloca ecos para todos los ruidos que anima misterioso sentido, en un sonido, en un vago murmullo, oyen los consejos de la naturaleza.

Mayo 1839.

XIX.

El escultor David.

I.

David! como un gran rey que reparte entre los príncipes sus hijos sus Estados por provincias, Dios dá á cada artista diferente imperio: al poeta le dá el soplo esparcido por todo el universo, la vida y el pensamiento, el espléndido enjambre de variadas estrofas, que vuelan desde el hombre hasta el ángel y desde el mónstruo hasta la flor; al escultor le dá la forma; al pintor los colores; al músico el mundo oscuro de los sonidos.

Le dá la forma al escultor.—Sí, pero tú sabes muy bien, tú, que eres gran escultor, que la forma es el todo ó no es nada. No es nada sin el espíritu, es todo cuando expresa la idea. Se necesita que bajo un cielo que el sol ilumina, de pié bajo las lámparas del templo ó de noche en un antro sagrado, en el fondo de un bosque dormido ó en el escenario de un teatro, la figura de piedra, de cobre ó de yeso, ostente inspiradamente, en su frente digna, el rayo de la belleza, el relámpago de la gloria. Ardiente soplo debe moverle la nariz; poderosa fuerza debe llenarle el pecho; risueña gracia debe redondear sus dedos, y en su boca muda debe adivinarse la voz. Preciso es que sea grave y fria si se la toca, pero viva si se la mira, y que ante el pensamiento, ante las miradas del alma y ante las miradas del cielo, esté desnuda con majestad, como estaba Adan desnudo ante Dios. Se necesita que, como la casta Vénus, salga de las olas, sembrando desde lejos la vida y el amor en el mundo y convirtiendo á su alrededor, en su soberbio vuelo, en todas partes donde se derrame y caigan gotas de oro del agua que humedece su cabellera, cada yerba en una flor y cada ojo en una estrella. Se



CUANDO EL ESCULTOR CONTEMPLA SUS FIGURAS.

necesita, cuando el arte cristiano anima al escultor, que teniendo el mismo encanto tenga mayor grandeza, que ame platónicamente, y sonriendo se burle de Satanás, ó que, mártir, cante sufriendo el tormento de la rueda, ó que, vírgen divina, estrella de los mares, su mirada sea tan cariñosa que apacigüe la cólera de las olas.

II.

Esto es lo que tú conoces, noble escultor; tú, que de las profundidades del arte entraste en el santuario siendo muy jóven, para ya no salir nunca de él! Espíritu que, posándote sobre las más altas cumbres, para crear tu obra grande y armoniosa te apoderaste de la inspiracion de los génios; tú, que eres el maestro severo y tierno, que iluminan á un mismo tiempo con sus dobles rayos el jóven Rafael y el viejo Miguel Angel; tú, que sabes tan bien cuál es el soplo de inspiracion, que algunas veces, como sombrío viento, arrastra al escultor desde la oda ligera hasta la inmensa epopeya.

III.

Los grandes hombres, esos héroes ó pensadores, esos semi-dioses, sucesivamente han pasado radiantes por delante de los pueblos; unos empuñando la espada, los otros con un libro en la mano; estos señalando con el dedo el camino que se debe seguir, aquellos obligando á la causa á salir del efecto; el artista trayendo una fantasía y el sábio trayendo un hecho; uno encuentra el imán, la imprenta, la brújula; otro descubre un mundo, y otro entona versos inspirados que consuelan. Este rey, justo y profundo, para avanzar en el camino, lleva francamente la libertad de la mano; aquellos tribunos han puesto freno á las Repúblicas; este sacerdote fundador de piadosos hospicios, bajo sus techos, que calienta el aliento de Dios, acoge al niño que carece de madre y al anciano que vive solo en el mundo; ese mago, cuyo espíritu estudia las estrellas, levantó uno tras otro todos los velos de Isis; ese juez, aboliendo la infame carreta, borra al verdugo del código criminal; ese verdadero sábio, para mejorar la sociedad, vino á sembrar escuelas en las aldeas y pensamientos en los corazones; ese otro contuvo en instantes peligrosos con sus poderosas manos á la imponente multitud; otros atravesaron, por un puente que temblaba, la mina que un fuerte encerraba en su flanco, por la brecha que hace hundir á una muralla; en esta época mofadora y llena de ódio, estos nobles poetas cantan en coro á las naciones sombrías que son víctimas de la discordia, con la voz augusta y tierna de los campos y de los bosques, porque el himno universal extingue las pasiones; porque sobre todo en los dias de las revoluciones es cuando el hombre se aventura en su sombrío y brillante desierto, y es cuando el arte apaga su sed en el manantial de la naturaleza. Todos esos hombres, corazones puros, espíritus de la verdad, que reunen en ellos la humanidad entera, pensativos ó brillando, están de pié en la historia, y todos sufren su martirio despues de su triunfo. La virtud es un libro austero y victorioso, que todos los padres deben hacer que deletreen sus hijos; cada hombre ilustre que nace con el sello divino, de ese gran alfabeto es una letra santa. A sus piés están agrupados sus sagrados símbolos; los astros, las liras, el compás, los leones desmesurados y los ojos ardientes de las águilas. El escultor deslumbrado contempla esas figuras, y piensa en la pátria, en las tumbas célebres, en las ciudades á las que debe darse ejemplos eternos; y en su magnífica vision, alumbrados por suaves reflejos, engrandeciéndose fuera del suelo más á cada momento, como bajo-relieves cargados confusamente en el fondo de su espíritu, que el pensamiento embarazan, aparecen en la oscuridad los enormes frontones.

IV.

¿No es cierto que silenciosamente en tu cerebro así se vá bosquejando el edificio y construyéndose la obra? ¿No es esto lo que experimenta tu alma conmovida cuando se remueve dentro de ella un tenebroso panteon? ¿No es así, maestro, cómo se une el hombre á la arquitectura y la idea al granito? ¡Qué noble es en esos momentos tu mision! En el umbral de tu fronton recibes como un huésped á esos hombres superiores. Sobre un bloque de Paros te sientas faz á faz de todos esos héroes, y allí, ante tus miradas, que no desfallecen nunca, esas sombras, que tú convertirás en bronce ó en mármol, se extremecen. El porvenir te pertenece, el porvenir, que es el

fin de todos los deseos, y puedes concedérselo á quien tú quieras. Tratándolos á todos con completa equidad, siendo sacerdote y escultor, juez y poeta, aceptando á éste, rechazando al otro, celebrando á Napoleon y condenando á Atila, engrandeciendo algunas veces al uno con el contraste del otro, quitando de su sitio al guerrero para colocar mejor al apóstol, tú creas dioses! Tú dices, descendiendo de tu altura, al veterano soldado ó al anciano pastor:—"Entrad; os conozco, y voy á coronaros.„—Y tú dices tambien á los reyes:—"¡No sé quién sois!„

V.

Porque no basta haber sido reyes ni haber llevado en la mano el cetro, el globo y la cruz, para que el poeta digno y para que el digno escultor hagan brillar eternamente vuestro negro paño mortuorio y os hagan abrir las puertas del Pantheon; vosotros mismos, ¡oh reyes! con vuestras propias manos edificais el edificio de vuestra gloria ó de vuestra ignominia. Se puede vencer al mundo, disponer de un pueblo, influir sobre un siglo, curar sus llagas ó empeorarlas: cuando termineis de cumplir vuestras misiones, de su cumplimiento saldrá una voz, de ódio ó de amor, sombría como el ruido que hacen los cerrojos en las torres, ó tierna como el quejido de la tórtola, que hará conmover las piedras de vuestras tumbas. Esta voz, que es la del porvenir, que está inclinada de antemano y que se oye desde lejos, no admite adulaciones ni caricias, ni mentiras ni hosannas, no; los vicios repugnantes, las traiciones y los crímenes, así como los sacrificios y las virtudes sublimes, presentan un testimonio íntegro é irrevocable.

VI.

¡Que la inspiracion no abandone nunca tu taller! En él, el silencio, el arte, el estudio, que hace pasar las horas con ligereza, lanzados en un rincon los ensayos que repudiaste, teniendo á una parte á Juan Goujon y á la otra á Phidias, piedras empezadas á desbastar, varias estátuas inmóviles, bustos meditando, esparciéndose allí no sé qué tranquilidad que cae de los artesones; todo es grandioso, todo encanta. Tú, á quien ilumina el interior del arte divino, miras pasar grave y silenciosamente por tu alma tranquila, á la que la luz llega de las regiones celestes, todos los nobles aspectos de la figura humana. Como en una iglesia se pasea lentamente y pensativo un gran pueblo, al que un Dios sonrie, esos fantasmas serenos atraviesan por tu espíritu. Vagan á través de tus poéticas fantasías, llenas de sombra y de claridad, de vagos pórticos; que unas veces son palacios dorados, otras dormidas tumbas; secreta arquitectura, inmenso amontonamiento, que, lanzando rumores gozosos ó plañideros, llena las perspectivas de tu inmenso pensamiento. La antigua Babel, que murió, revive en la imaginacion de los soñadores, revive en tu cerebro, David! La espiral se tuerce, el pilar se proyecta, y en el fondo de tu imaginacion vegeta el bosque de frondosos chapiteles, lleno de pájaros y de flores, como no se vé en ninguna parte.

VII.

Entre tanto tú, que recorres senderos desconocidos, petrificador del bronce, moldeador de los pensamientos, hazte cargo de la pequeñez de los hombres y permanece altivo sobre todos los partidos. Conserva la dignidad de tu sublime cincel; no dejes que pase por tu mármol la lima de las sombrías pasiones que desgasta tantos espíritus. Miguel Angel dominaba en Roma y tú dominas en Paris; dá, pues, á tu pátria el noble ejemplo, puesto que los mercaderes viles no entran en el templo, de que los furores de los tribunos no entren en el corazon del artista sagrado. Debes negar tu arte á las cortes y consagrar tus vigilias al pueblo; pero no escuches nunca á los que te adulan en las plazas. Debes en tu estudio entregarte á la fantasía y detestar todos los vicios de la humanidad, gradualmente deslumbrándote con tus propias obras; lo que esos hombres maquinan destruir ó edificar en las tinieblas, no equivale á las miradas que fijas en el techo buscando la belleza pura, lo grandioso en el arte; su mision es baja y la tuya augusta, y no debeis confundiros ni un solo momento en la misma vision, en la misma ceguedad, en los mismos deseos odiosos ó insensatos, ellos, que son esclavos de pigmeos, y tú, que eres padre de colosos.

Abril 1840.

XX.

A un poeta.

Oculta tu vida y difunde tu espíritu.

—Un cerro cubierto de césped; un barranco, por el que trepen cabras; un valle sembrado de árboles; un monton de rocas, colocadas caprichosamente por la naturaleza para producir ecos en el fondo del bosque dormido, es lo que te hace falta para retiro, para vivienda. Concreta á pasar tus dias en una morada situada en uno de esos sitios, que allí se deslizará tu vida tranquila é ignorada, y allí dirigirás tu corazon hácia los niños y tu alma hácia los muertos. Desde allí al mismo tiempo puedes lanzar al mundo, siguiendo el capricho de tu vagabunda imaginacion, los vuelos libres de tu poesía, que pasando por las roncas ciudades y por los campos taciturnos y elevándose hasta el infinito, despertará en las almas inmensa corriente de ideas. Pero tú vive feliz en la oscuridad y gozarás de tranquilidad venerable y sagrada, misterioso pensador. Si alguna vez el viajero, enfermo ó desengañado, llega por casualidad á tu retiro, podrá aspirar en él la paz, la esperanza, el olvido del cansancio y el olvido del peligro, bebiendo todo eso en tu espíritu límpido, sin pensar y sin creer que un pueblo entero apaga su sed en el mismo manantial. Sé pequeño como un arroyo y grande como un rio.

26 Abril 1839.

XXI.

Lo que cantaba una guitarra.

Gastibelza, armado con la carabina, cantaba de este modo:—"¿Hay alguno en este pais que conozca á Doña Sabina? Bailad, cantad, villanos, que la noche se extiende ya por los campos y por la ciudad... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„¿Quién de vosotros ha conocido á Doña Sabina, mi señora? Su madre era la vieja mangrabina de Antequera, que por las noches silbaba en la Torre-Magna como un buho... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Bailad, cantad. Se deben gozar los bienes que cada hora nos ofrece. Era jóven, y sus ojos alegres eran de fatal augurio, así como eran deslumbradores... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Comparada con ella, parecia fea la reina, cuando por la tarde pasaban las dos por el puente de Toledo. Un rosario de la época de Carlo-Magno adornaba su cuello... ¡El aire que sopla de la montaña me volverá loco!

„El rey, viéndola tan hermosa, decia á su sobrino:—"Por una sonrisa suya, por un cabello, por un beso, yo daria, infante, toda la España y el Perú!..." ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„No sé si yo adoraba á esa dama; solo sé que porque me mirase con cariño, yo, que nada poseo, contento hubiera pasado en el presidio diez años de mi vida... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Un dia luminoso del verano, un dia feliz que fué á pasear á la playa con su hermana, cuando jugueteaban las dos, le pude ver el pié y hasta la rodilla... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Cuando contemplaba á esa jóven, yo, pastor de este canton, creia ver á la hermosísima Cleopatra, que, segun se dice, arrastraba adonde queria á César, emperador de la Alemania... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Bailad, cantad, villanos, que ya llegó la noche. Un dia Doña Sabina lo vendió todo; vendió su hermosura y su amor por una alhaja, por un anillo de oro del conde de Saldaña... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Si no me siento en un banco, voy á caer al suelo, porque estoy rendido.

Doña Sabina huyó con ese conde por el camino que se dirige á la Cerdaña, y dónde fueron no sé... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

„Desde mi choza yo la ví pasar, y ya no supe más de ella. Desde entonces vivo triste y disgustado, ocioso y pensativo, con la vista fija en el camino que ella siguió y con la daga colgada de un clavo. ¡El viento que sopla de la montaña me ha vuelto loco!

14 Mayo 1837.

XXII.

Cuando me hablas de gloria, amargamente sonrío; esa voz, que tú crees veráz, sé yo muy bien que miente. La gloria veloz se disipa; de la envidia el destructor puñal solo perdona su estátua, cuando se sienta en el umbral de la tumba. La prosperidad se desvanece; el poder cae y se pierde; el amor que consuela vale más y hace menos ruido.

Solo ansío conseguir en el mundo tu sonrisa y tu voz cariñosa, aire libre, sombra y flores y rayos de luz en el bosque; solo quiero que me acompañen en mis alegrías ó en mis dolores, tu mirada, que es mi estrella, y tu boca, que es mi flor.

Bajo tus espesos párpados, que ocultan luz celestial, todo un universo dormita, pero yo en ellos solo busco amor. Mi pensamiento, urna profunda llena de magnífico licor, que bastaria para llenar el mundo, solo quiere llenar tu corazon.

Canta! que te escucho con éxtasis. Ríete, que así soy feliz. Así me olvido de la multitud que desde lejos aplaude mis cánticos. Sumido en amorosa embriaguez, inútilmente para romper nuestra lazada, veo pasar soñando á los poetas luminosos. Me aconsejan que me separe de tí; pero yo prefiero, á la gloriosa música que me despierta, tus canciones que me adormecen.

Prefiero á que mi nombre célebre brille con luz inmortal, que una mitad de mí mismo quede en la tierra para amarte. Deja que en el misterio y en la oscuridad melancólico te adore, que la tristeza es el sitio sombrío donde el amor brilla más. Angel de ojos radiantes, mujer de vida desgraciada, haz volar mi vida con tus alas y deja que rinda mi corazon á tus piés.

12 Octubre 1837.

XXIII.

Al pasar por la plaza de Luis XV un dia de fiesta pública.

—"Soñador, dijo ella, ¿por qué venís aquí tan triste? ¿Por qué, absorbido en vuestros pensamientos, venís á meditar en una fiesta pública?„—Mientras ella me preguntaba, apoyando su hermoso brazo en el mio, la contesté:—"En esta plaza fué donde nuestra época inquieta colocó una piedra para tapar una idea; en esta plaza, un dia de brillante sol, la gran nacion de la gran ciudad acudió á ver pasar con pompa y fausto á una tierna hermosura, á un ángel, que parecia haber plegado las alas, vírgen el dia anterior, y que entonces se veia en ella de las recien casadas la fresca palidez y el asombro; á una mujer que al mismo tiempo era reina, estrella y flor; que unia, para encantar á la multitud que fascinaba, al dulce nombre de Antonieta el sagrado nombre de María. El príncipe, su esposo, la seguia, y al ver que se sonreian uno al otro, el público, que se fijaba en ellos, exclamó:—"¡Qué feliz es!„

Despues que esto dije, callé, porque mi corazon quedó sombrío; la dejé que se ocupara de la fiesta y de sus innumerables ruidos; del rio, que surcaban muchos bajeles empavesados; del pueblo, de los niños que jugaban, de la alegría que destellaban las fisonomías al oir los acordes de las músicas. Abstrayéndome yo en el pensamiento fijo que me preocupaba, me decia á mí mismo:—"¡Poder sobrehumano que, segun tu voluntad, diriges á los humanos, abismo en el que desde Adan está dando vueltas el género humano! ¡Cómo nos coges y cómo nos rechazas! ¡Cómo te burlas de nuestras prosperidades! ¡Oh Dios, edificamos nuestras obras de granito sobre la arena! ¡Está sumergido el hombre en profunda

noche! Todo lo que el hombre edifica, en cuanto termina la obra se desmorona sobre él, y sucede con frecuencia que, cuando creemos alcanzar venturoso porvenir, la suerte se burla de nosotros, y bajo nuestros mismos pasos comienza á cavar la tierra. Luis XVI, el dia mismo de sus bodas, habia puesto ya el pié en la plaza fatal, en la que, formándose lentamente á impulsos del soplo del Altísimo, como un grano en la tierra, germinaba el patíbulo.

10 Abril 1839.

XXIV.

Mil caminos y un solo objeto.

El cazador, sentado sobre la yerba en el bosque, sueña en beldades, y en la oscuridad cree algunas veces ver vagar formas indecisas. El soldado piensa en la suerte que le ha cabido, mientras sirve de apoyo á los imperios, y en sus lejanos recuerdos entrevé vagas sonrisas. El pastor espera, mirando la bóveda azulada, la hora apacible en que se vá á abrir la estrella, flor de fuego, que nace de un tallo invisible. Contempla cómo las jóvenes doncellas, al ir á segar los trigos de oro, entonan canciones, que acaso encierran los sueños de su imaginacion. Mira cómo vaga por los floridos campos, con la espalda encorvada y con los ojos inclinados al suelo, el poeta, ese cazador que quiere prender en sus lazos á los pensamientos. Mira en alta mar cómo los marineros desean volver á la tierra, cansados de luchar con las olas y anhelando ver el humo de su hogar. Mira cómo el sacerdote, rogando por todos los pecadores, inclinando la frente por nuestras culpas, reza arrodillado en el templo. Mira cómo se elevan á las alturas los célebres pensadores, esos espíritus que dominan á los mortales, como las encinas dominan á los otros árboles del bosque. Mira cómo la madre se complace en ver en su imaginacion al hijo que nacerá de ella, sombra que será luz, gérmen que adquirirá vida.

Todos, ya vivan alegres, ya vivan tristes, llevan, sin nubes y sin manchas, una palabra que brilla escrita en su frente y otra palabra que llevan escondida en el alma. Segun los designios del Señor, esta palabra es diferente en los mortales: en unos es Gloria, en otros es Felicidad; en estos Virtud, en aquellos Pátria. La palabra escondida no cambia nunca, es la misma en todos los corazones; en ellos canta ó gime en voz baja. Es la palabra que puede adormecer el mayor enojo; es el misterioso suspiro que lanza todo lo creado; es la palabra de la que nacen las otras palabras, como de un tronco que llena con sus ramas todas las lenguas del mundo; es el verbo, oscuro ó luminoso, que brilla en los reflejos de los rios, en el faro, en el sol, en las sombrías y solitarias lámparas; que se confunde con el ruido de los cañares, con el extremecimiento de las palomas; que charla y rie en las cunas y que vive en el fondo de los sepulcros; que hace abrir en los bosques las hojas, los murmullos y las alas, la clemencia en el corazon de los reyes magnánimos y la sonrisa en los labios de las hermosas; es lo que enlaza los prados con las aguas; es el encanto que participa del gorjeo más tierno de los pájaros y del perfume más grato de las rosas; es el himno que el abismo amargo canta al empujar las velas al puerto; es el misterio del mar, es el secreto de las estrellas; esta palabra, que fundó eternamente á la segunda Roma, se llama fé, en el lenguaje del cielo, y amor, en el lenguaje de los hombres.

Amar es tener el hilo del laberinto, luz que alumbre todos los caminos, copa para todos los labios; amar es comprender el cielo; es tener, dormidos ó despiertos, claridad para los ojos y música para los oidos; es inclinar el alma hácia la parte divina de todas las cosas; por eso tú, ídolo mio, confundes tu corazon y tus sentidos, en el retiro en que me recibes, con los diálogos que susurran las olas, los astros y las hojas. Los cristales dejan pasar la luz, y á pesar de las brumas y de las dudas, al través del amor pasan todas las verdades, ángel mio. El hombre y la mujer, grupo feliz, cuyo corazon le sirve de apóstol, vé el cielo á su alrededor y son transparentes el uno para el otro; retratan, como un lago que refleja un astro en sus aguas puras, del Dios invisible la luminosa figura. ¡Amémonos! Los bosques están frondosos, el estío brilla resplandeciente, los gérmenes se entreabren, las olas se derraman y la yerba crece. Que siga lejos de nosotros la multitud caminos insensatos; amémonos, roguemos á Dios y dejemos volar

nuestros pensamientos. El amor prueba á nuestra alma que existe Dios: es indispensable que haya un cuerpo en alguna parte para que el espejo proyecte su sombra.

23 Mayo 1839.

XXV.

Cuando yo duerma acércate á mi lecho, como al Petrarca apareciósele Laura, que si al pasar me rozas con tu aliento, de repente mi boca se entreabrirá.

Si cuando termina en mi imaginacion sueño largo y sombrío, tu mirada, como un astro que sale, la ilumina, de repente grato sueño me arrullará.

Si despues en mis labios, donde voltea una llama, relámpago de amor, al pasar depositas un beso, de ángel convirtiéndote en mujer, de repente mi alma despertará.

19 Junio 1839.

XXVI.

A una jóven.

Muchas veces un perfume despierta un pensamiento. Hermosa jóven, que gozais del alba de la vida, cerrad ese abanico alado, de púrpura y de oro, que se agita en vuestras manos como una gran mariposa, y despues escuchadme. —Dios concedió el aroma á las flores. La rosa que se marchita sobre vuestro seno, no exhalaria ese perfume que, como incienso divino, sube hasta vuestra pura faz, si su tallo, del agua, del aire y de la verdura y de todo lo de la creacion no tomase parte, si por algun punto no se hubiera sumergido profundamente en el seno misterioso de la tierra. Allí, por medio de un trabajo lento, que solo Dios conoce, de la frescura de la ola que corre, de la blancura del dia, del soplo de lo que fluye, de lo que vegeta ó se arrastra, del espíritu de lo que vive en la oscuridad subterránea, humo, honda ó vapor, robó algo; la calma al antro sombrío, al diamante sus luces, al bosque la sombra y acaso algun hálito inefable al mar lejano. Es un viviente alambique creado por Dios, en el que se filtra la tierra con los bosques, los campos, las nubes y las aguas; y el aire, penetrando en la humilde raiz, que se resigna á este trabajo desconocido, para la hermosa flor conserva ese perfume tan suave, que desde la naturaleza llega hasta vos, que os encanta y que impregna vuestro espíritu, porque el alma de la flor habla al corazon de la mujer.

Oidme una palabra más y despues os dejaré entregada á vuestras fantasías. Para poder cumplir la ley de su destino, cada cosa en el mundo tiene su supremo atractivo; para que la flor perfume y para que la vírgen ame, para que sacando la vida del gran centro comun, las corolas tengan alma y las mujeres perfume, fecundadas por el sol que brilla ó por el amor que fascina, necesitan flor y belleza; tener por raices, aquella el mundo real y ésta el mundo ideal; las rosas la tierra y las mujeres el cielo.

16 Mayo 1837.

XXVII.

A Luis B.

Me entregaba á mi fantasía, Luis, cuando estaba muriendo la última luz de la tarde y los postreros rayos del sol chispeaban en la llanura, y me parecia oir hácia el cielo ascender confusamente múltiple é inmensa alabanza de las dos extremidades de la creacion.

Lo que Dios creó diminuto elogiaba á lo que Dios creó gigantesco, y me pareció ver que sonreian el coloso al átomo y la estrella á la antorcha; parecia dotada la naturaleza de alma amante. La montaña exclamaba:—"¡Qué hermosa es la flor!„ El mosquito exclamaba:—"¡Qué hermoso es el Océano!„

Agosto 1839.

XXVIII.

En el mundo, en el que plegamos la tienda al declinar el dia, no pidas la felicidad; satisfácete con el amor; excepto

él, todo se borra. El hombre es un árbol al que la savia falta antes de florecer, y su vida siempre cae por la pendiente de la desgracia. Todos los mortales corren tras la alegría, y la esperanza rie á todos ellos; todos tienden su mano temblorosa hácia algun objeto brillante. Pero hácia todas las almas, modestas ú orgullosas, la desgracia llega á pasos lentos, como un espectro de piés de piedra. Todo nos falta, menos el pesar. La felicidad para el hombre en este valle de lágrimas solo es la sombra de la figura de las cosas que están en otra parte. La esperanza es el alba indecisa que aparece en el horizonte de nuestros deseos; es el reflejo dorado que vemos en lontananza de un rayo misterioso; es el reflejo, oscuro ó claro, que en su eterna calma vierten sobre nosotros las felicidades del cielo; son las visiones inefables que hasta nuestros ojos malditos brillan al través del ramaje de los árboles del paraiso; es la sombra que en nuestras playas proyectan esos árboles prodigiosos, cuyos vagos murmullos oye el alma en sus sueños; á ese reflejo de bienes sin nombre llamamos felicidad, é insensatos queremos asir esa sombra, que es la sombra que proyecta Dios. Nadie puede ascender á esas alturas; preciso es permanecer en la tierra: si nos hace sonreir lo que soñamos, lo que sufrimos nos hace llorar. Ya que todo un Dios tuvo que padecer en el Calvario, créeme, no debemos lamentar nuestra suerte: suframos, ya que esta es la ley severa de la vida, y amemos, ya que esta es la ley suave. Amemos! Liguemos nuestras dos vidas: el que es prudente no vá solo en una barca; los dos ojos constituyen la fisonomía, las dos alas forman el pájaro. Liguémonos los dos!—Todo nos invita á amarnos; ya que la vida es corta, tengamos una vida para los dos, tengamos para los dos una esperanza. Ya que nacimos para sufrir, encontraré alivio á mis dolores si mis ilusiones son tus sueños, si mis lágrimas son tus lloros.

20 Mayo 1838.

XXIX.

Encuentro.

Despues de dar una limosna al más jóven, pensativo se paró á contemplarlos.—Prolongado ayuno les habia enflaquecido; eran cuatro, y estaban sentados en tierra formando corro: se repartian un pedazo de pan negro y se lo comian, pero con aspecto tan triste y tan doliente, que al verlos, cualquiera mujer hubiera llorado. Estaban abandonados en el mundo aquellos cuatro niños, perdidos entre la muchedumbre humana. Carecian de padre y de madre, y no podian disponer ni de un granero que les sirviera de abrigo. Iban con los piés descalzos, excepto el último, que arrastraba, con sus piés vacilantes, zapatos viejos demasiado grandes para él, atados con una beta. Con frecuencia pasaban las noches durmiendo en los fosos. Sus manos rojas eran rosadas cuando esos infelices nacieron al mundo. El domingo vagaban por la aldea pidiendo de puerta en puerta. El más pequeño, de palidez malsana, cantaba una cancion obscena, sin comprenderla, para hacer reir á algun inmundo viejo que bebe en alguna taberna, y la canta tan bien, que algunas veces las abyectas monedas que consigue mitigan su hambre; monedas del infierno que dá el pecado, sobre las que escupe el demonio. Durante algunos momentos comen, escondidos detrás de un matorral, temblando como cervatillos, porque les pegan muchas veces y los arrojan de todas partes. De este modo esos inocentes condenados pasan todos los dias hambrientos por delante de la puerta de mi casa, por delante de las puertas de las vuestras, y vagan á la ventura conducidos por el mayor.

Entonces el que meditaba miró hácia la region celeste; sus ojos solo vieron el éter tranquilo, el sol benévolo, la atmósfera llena de alas doradas, la serenidad de la bóveda azul y la dicha y los cantos de los pájaros alegres, que desde el firmamento caian llegando hasta los oidos de los niños.

3 Abril 1837.

XXX.

Cuando os reunís multitudes tumultuosas para ir á perseguirle hasta su soledad, escitándoos unos á otros, furiosos, encarnizados, el verdadero pueblo, el pueblo sério, que creia por vuestros alaridos que íbais buscando á un dragon en su antro, dragon de ojos ardientes y de vientre con escamas, se asombra de ver

que es objeto de vuestras persecuciones un hombre pensador, misterioso y caritativo.

21 Abril 1839.

XXXI.

La sombra.

El la decia:—"Tristes son vuestras canciones. Qué teneis? Angel inquieto, ¿por qué empañan las lágrimas vuestros cariñosos ojos? ¿Por qué, como junco que dobla una ráfaga de viento, inclinais la frente, que está más sombría cada momento? Debeis regocijaros porque llega la primavera, la hermosa estacion de Abril, los céfiros, los aromas, las canciones, los besos, las sonrisas y las deliciosas palabras que se pronuncian en voz baja: el amor renace en los corazones, como las hojas en los árboles."

Ella le respondió con voz sonora y grave:—"Amigo, vos sois muy fuerte. Seguro de que Dios os encamina, teniendo la vista fija en un objeto, seguís vuestra ruta recto y orgulloso, sin miedo al mañana, sin inquietudes por el pasado, y nada puede turbar, arrebatada para vuestra alma, la hermosa vision que os oculta la vida. Pero yo lloro. Silenciosa, siguiendo vuestros pasos, alcanzando los golpes que vos no sentís, teniendo el corazon semejante al vuestro, escepto en abrigar esperanza, sufro en este mundo, mientras vos cantais en el otro. Todo me entristece; el porvenir que yo veo á una luz engañadora, la ágria razon que combate al amor, y los acres celos, cuando otra mujer pretende atraer de vuestros ojos una de esas miradas que arrancan del corazon, y la suerte, que nos persigue sin cansarse jamás. Cuanto más brilla el sol, estoy yo más sombría. Vos caminais, yo os sigo; andais, y yo tiemblo, y mientras que, formando mil proyectos juntos, parece que vos ignoreis todos los ángulos difíciles que hay que cruzar en la tierra, yo me arrastro siguiendo vuestros pasos, pobre mujer herida."

Abril 183...

XXXII.

Tristeza de Olimpio.

No estaban oscuros los campos, ni los cielos silenciosos; el dia brillaba en la azulada esfera de los cielos, el aire era perfumado, las praderas estaban verdes cuando volvió á ver aquellos sitios, en los que tantas heridas habia recibido su corazon.

Sonreia el otoño; los collados hácia las llanuras inclinaban sus árboles frondosos, que apenas amarilleaban; el cielo estaba sereno, y los pájaros, elevando las miradas hácia la altura, decian quizás á Dios algo del hombre en sus cánticos sagrados.

Quiso volver á verlo todo; el estanque cerca del manantial, la casucha donde la limosna vació su bolsa, el antiquísimo fresno, las guaridas de amor perdidas en el fondo del bosque y el árbol bajo cuya copa, confundiendo sus almas con sus besos, se olvidaron de todo.

Buscó el jardin, la casa aislada, la verja tras la que sumergen la vista, en una oblícua calle de árboles, los vergeles en declive. Caminaba pálido y pensativo, y al ruido que movian sus pasos, veia tras cada árbol levantarse la sombra de los pasados dias.

Oia susurrar en el interior del bosque al delicioso viento, que hace vibrar nuestras almas, despertando en ellas el amor, que, agitando la encina ó balanceando la rosa, parece el espíritu universal que vá posándose sucesivamente sobre todos los objetos.

Las hojas que yacian en el bosque solitario, y que al pisarlas se levantaban del suelo, corrian por el jardin; así algunas veces, cuando el alma está triste, nuestros pensamientos vuelan un momento con alas rotas y vuelven á caer de repente.

Contempló durante mucho tiempo las magníficas formas que la naturaleza adquiere en los campos pacíficos, y estuvo allí pensativo hasta la noche; todo el dia vagó á lo largo del barranco, admirando sucesivamente el cielo, que es la faz divina que se retrata en el divino espejo del lago.

Ay! Recordando sus amorosas aventuras, mirando, sin entrar en los sitios cerrados, como un pária, anduvo errante todo el dia. Al anochecer, sintiendo que la tristeza le oprimia el corazon, exclamó:

—"Visitando estos sitios con el alma perturbada, quise saber si la copa conservaba el licor todavía, quise ver qué habia hecho este dichoso valle de los recuerdos que en él habia dejado mi corazon.

„¡Poco tiempo basta para cambiarlo todo! La tranquila naturaleza todo lo olvida, y rompe en sus contínuas metamórfosis las misteriosas lazadas que atan nuestros corazones.

„Nuestros rústicos asilos de hojarasca se han convertido en grandes malezas; el árbol donde escribimos nuestros nombres está ya derribado; nuestras rosas las han saqueado en los cercados los niños, saltando el foso.

„Una pared tapió la fuente donde en las horas calurosas ella bebia bajando de los bosques; loqueando, cogia el agua en el hueco de la mano y dejaba caer perlas de sus dedos.

„Han empedrado el camino áspero y desigual, que entre la arena se dibujaba bien, de cuya estrechura nos reíamos con frecuencia, porque con frecuencia le recorríamos los dos.

„Aquí falta un pedazo de bosque y allí está más frondoso; no queda casi nada vivo de lo que ayer contemplé; y como un monton de ceniza apagada y fria, el monton de mis recuerdos se dispersa á todos los vientos.

„¿Nadie me devolverá las dichosas horas ya pasadas? ¿No volverán á existir para mí? El aire juguetea con las hojas mientras así me lamento y la casa me mira como si ya no me conociera.

„Otros pasan ahora por donde ayer nosotros pasábamos; como nosotros vinimos aquí, otros vendrán; y el sueño que empezó á bosquejarse en nuestras dos almas, otros le continuarán sin poderlo terminar quizás.

„Nadie en el mundo termina ni concluye nada, ni los peores mortales ni los mejores; todos nos despertamos en la misma etapa del sueño; todo empieza en este mundo y todo termina en el otro.

„Vendrán otros felices amantes á disfrutar en este delicioso refugio todo lo que la naturaleza, al amor que se oculta, presta de fantástico y de solemne.

„Otros desconocidos vendrán á gozar de nuestros campos, de nuestras grutas, de nuestros retiros; y otras mujeres, que indiscretamente tomarán el baño, turbarán el agua pura que bañó tus piés desnudos.

„Inútilmente nos adoramos aquí; nada resta ya de estos floridos sitios, en los que confundíamos nuestros dos séres, participando de la misma pasion; ¡la impasible naturaleza todo lo ha cambiado!

„Decidme, barrancos, arroyos, parras, grutas, bosques y malezas: ¿vais á elevar vuestros murmullos para otros amantes, vais á prodigarles vuestra sombra y vuestros olores?

„Responded, valle puro, hermosa soledad, que la naturaleza abriga en tan hermoso retiro: cuando dormíamos los dos en la actitud que dá á los muertos la forma de la tumba, ¿seríais capaces de ser insensibles hasta el punto de creer muertos nuestros amores y continuar, sin embargo, sonriendo y susurrando á otros amantes?

„Cuando veais vagar por vuestros sen-

deros nuestros fantasmas, que reconocen vuestros montes y vuestros bosques, ¿no nos revelareis ya esos secretos, que se revelan á los amigos antiguos cuando los volvemos á ver?

„Y si en alguna parte de vuestros bosques, ocultos en la espesura, dos amantes se acarician tiernamente, ¿no les murmurareis al oido estas palabras:—Ahora que gozais de la vida, pensad en los muertos?

„Dios nos concede un momento las praderas y las fuentes, los bosques susurrantes, las rocas sordas, los cielos azules, las llanuras y los lagos, para halagar nuestros corazones, nuestra fantasía y nuestro amor; despues nos priva de ellos; apaga nuestra llama, sumerge en la noche el antro donde irradiaba nuestro amor, y obliga al valle á borrar nuestras huellas y á olvidar nuestros nombres.

„Pues bien; olvidadnos, casa, jardin, arboleda; cantad, pájaros; corred, arroyuelos; creced, ramas y hojas, que aquellos que habeis olvidado nunca os olvidarán.

„Vosotros habeis sido la sombra de nuestro amor, el fresco oásis que encontramos en medio del desierto; vosotros fuísteis el secreto refugio, donde ella y yo lloramos cogidos de las manos.

„Todas las pasiones se alejan á medida que avanzan los años, llevándose unas la máscara y otras el puñal, como compañía de histriones que viaja cantando, y se las vé desaparecer por la parte de detrás de los collados.

„Pero tú, amor, nunca te borras; tú, que como estrella ó como antorcha disipas nuestras nieblas; tú, á quien debemos la alegría y sobre todo las lágrimas; tú, á quien el jóven maldice y el anciano adora.

„En esos dias en los que inclina la cabeza el peso de los años; cuando el hombre, sin proyectos, sin ilusiones y sin objeto, conoce que solo es ya una ruina de sí mismo, en la que yacen sus virtudes y sus fantasías;

„Cuando nuestro pensamiento desciende á contar, en nuestro triste y helado corazon, como se cuentan los muertos en un campo de batalla, las ilusiones disipadas y los dolores sufridos;

„Como el que busca con una lámpara en la mano, lejos de la realidad, lejos del mundo mofador, el pensamiento llega lentamente por oscura vertiente hasta el fondo desolado del abismo interno;

„Y allí, en aquella densa oscuridad, el alma, en sus más hondas profundidades, siente una cosa velada que palpita todavía... ¡Eres tú, que estás adormecido, sagrado recuerdo!„

Octubre 183...

XXXIII.

La música data del siglo diez y seis.

I.

Antiguos amigos mios, jóvenes ayer, que ahora, como yo, soportais el peso de los años, ¿quién de vosotros, con frecuencia, cuando la afliccion nos hizo sufrir, no buscó la calma en las armonías de un canto? ¿Quién no dejó penetrar las melodías en su pensamiento, y sin olvidar á los séres queridos que fallecieron, no encontró satisfaccion y lágrimas á un mismo tiempo oyendo los sones de los instrumentos y los sonidos de las voces humanas?

II.

Escuchad, escuchad; del agitado maestro el arco se precipita sobre todos los violines; la orquesta, extremeciéndose, se rie en el sitio bajo en que está colocada. Así, por la tarde, cuando del campo se escapa un sordo murmullo, oimos sin verlos reirse los vendimiadores en la viña. Como sobre la columna un frágil chapitel, contenta la flauta eleva su són agudo. Las gamas, castas hermanas escondidas, vaciando y llenando sus ánforas inclinadas, se cogen de las manos y cantan por turno, mientras que ligero

viento hace flotar á su alrededor, como ligero velo de un divino grupo, sus encajes de sonidos que recorta el pito. Ya suena el clarin; al oirle todo se despierta sobresaltado y salta á un mismo tiempo. Las cajas producen mil ecos, batiendo sus flancos enormes, y hacen aullar á los instrumentos grandes, y el aire se llena de los acordes furiosos que lanzan las serpientes de cobre, vasto tumulto en el que se oye suspirar al oboe. De repente, de arriba á bajo, la cortina se corre, y sombría y viva toda la sinfonía aparece en un himno; despues, como en un caos que volviera á apoderarse de un mundo, todo se pierde entre los pliegues de profunda niebla. Cada forma del canto pasa diciendo:—"Basta!„ Los sonidos chispeantes dispersados se extinguen. La noche, que vá esparciendo y engrandeciendo sus vapores, borra el contorno de las vagas melodías. Los corazones escuchan y el alma se conmueve oyendo el concierto que vuela á todos los vientos con alas de llama, oyendo ese mar en el que el crescendo hincha las olas movedizas!

III.

Poderoso Palestrina, antiguo maestro, antiguo génio, os saludo, porque sois el padre de la armonía; el gran rio de la música que beben los humanos mana de vuestro manantial; Gulck y Beethoven, esas grandes ramas, han nacido de vuestro tronco y se han formado con vuestra savia; Mozart, vuestro hijo, ha tomado de vuestros altares esa nueva lira que los mortales desconocian y que sonó en el siglo diez y seis pulsada por vuestros dedos sonoros, y á vos, maestro, se dirigen todos nuestros suspiros en cuanto una voz canta y en cuanto un alma responde.

Ese maestro, semejante al Creador, hizo brotar de su imaginacion ese universo de sonidos dulces y sombríos á la vez, ecos del Dios oculto, del que el mundo es la voz. ¿Ese jóven, hijo de Italia, se apoderó acaso del alma inmensa de ese pueblo? ¿Qué soplo, qué trabajo, qué intuicion le convirtió en gigante, en dios de las emociones, al que se dirigen todos los mortales, sobre el que se apoya la parte noble del corazon humano? ¿Dónde adquirió esa voz que oimos de rodillas? ¿Quién vierte en él lo que él vuelve á verter sobre nosotros?

IV.

¡Misterio profundo de las infancias sublimes! ¿Quién hace nacer la flor en la pendiente del abismo y al poeta al borde de las pasiones? ¿Qué Dios hace aparecer á su vista visiones extrañas, enseñándole al astro en la oscuridad, y como bajo un crespon negro se vé la sonrisa embriagadora de una beldad, el ideal, al través de la transparencia de lo real?

Quien coge de la mano á un niño desde la infancia y le dice:—"En tu existencia brilla apenas la aurora, y antes que el sol del medio dia la haya secado, ven, que quiero entreabrirte innumerables profundidades; ven, que quiero llenar de claridades tus ojos; ven, que quiero que oigas conmigo lo que solo se explica en otro mundo, el murmullo confuso de las esferas y de las flores, porque, niño, el astro en el cielo y la rosa en el jardin y todo lo inocente del mundo tartamudea como tú. Serás poeta, esto es, el hombre que vé á Dios. No temas á la ciencia, que aunque es áspero su sendero, es el que eligen los grandes corazones; la religion y la poesía bordan los dos lados de sus matorrales florecientes, y tú puedes coger por el camino el espino blanco y las campanillas azules; andarás por él muchas leguas sin que te ataquen el fastidio ni la fatiga. Ven, escucha las vagas pláticas de la naturaleza; vé en cada objeto resaltar la parábola, en el sér universal contempla el eterno símbolo, el hombre y el destino, el árbol y el bosque, y contempla cómo, pendientes de las ramas, los consuelos para nuestros dolores se inclinan hácia nuestras frentes, y contempla, semejante al espíritu radiante del justo, el sol esplendente encendido en los cielos como una gloria.„

V.

Así tambien Palestrina, en el hombre y en la naturaleza debió oir las voces y los murmullos. En esa edad en que el corazon sonrie, él, ya pensativo, debia haber recogido en su espíritu, como el rio en las ondas fugitivas, todo lo que caia en él de las nubes ó de las playas. Debió pasearse pensativo desde la niñez por los campos desde el nacer el alba; debió pasear por el fondo de los espesos bosques y por cerca de los precipicios,

unas veces sumido en la oscuridad, otras deslumbrado por quimeras, y abrir su alma cuando la primavera baña las flores del vergel en el agua de los estanques, cuando la hiedra se enrosca en las ramas y cuando la yerba entremezcla botones de oro con margaritas.

En la hora indecisa del crepúsculo de la tarde, en la que todo se adormece, el corazon olvidando sus sufrimientos, los pájaros sus cantos y los rebaños de pacer, ¡cuántas veces ante su vista un carro campestre, grupo vivo de ruido de caballos y de voces, ha trepado con grande esfuerzo por el flanco de algun collado del bosque, por algun camino abierto entre los amarillos ocres, mientras que cerca de un arroyo, que huia por entre alisos, oia gemir en lontananza á una campana ronca en el fondo de un valle oscuro!...

¡Cuántas veces, al anochecer, despues de sus largos paseos, sin hacer caso al pasar de las serenatas que oia debajo de los balcones, cuando se retiraba contento, grave y mudo, algo extraordinario sentia moverse en su corazon! Abeja, elaboraba su miel, y por grados iba viviendo todo lo que fermentaba en su pensamiento, dedicándose al santo trabajo de los poetas. En su cerebro, parecido al universo, el aire corria, los pájaros cantaban, las llamas y las olas se movian, y la cosecha de mieses doraba la tierra, y las casas y los montes se confundian en la oscuridad; llegaba la noche, que hacia esconder al bruto en su antro, al hombre en su morada, y los espesos bosques, que un céfiro grato movia, renaciendo gozosos al desaparecer el invierno, sacudian sus frondosos penachos verdes. De este modo en espíritu, en forma, en sombra y en luz, el mundo entero se derramó en su alma.

VI.

No fué pintor ni escultor, fué músico. Llegó, nuevo Orfeo, despues del Orfeo antiguo, y así como el Océano solo aporta sus olas, él solo aportó al arte del misterio y de la vaguedad la lira que llora en voz baja, cantando en alta voz, que lleva á todos un sonido que cada uno traduce con diferente palabra; el laud en el que se traduce de un modo inefable la inexpresable fantasía que se disipa al rayar la primera luz de la aurora; porque él no veia nada por la parte brillante, porque su espíritu, del mundo que á su vista hormigueaba en la indefinida sombra, apagaba los colores y sacaba la armonía.

Por eso siempre su himno, al descender del cielo, penetra en los espíritus por su lado religioso, como un rayo de luz por los cristales de una iglesia. Cuando oimos sus cantos, que el alma idealiza, parece que sus acordes, hiriendo las fibras delicadas del corazon, hagan sonreir al justo y pensar al perverso; parece que nos hacen respirar perfumes de incensarios y de cirios, y creemos ver que se nos aparece uno de esos ángeles-vírgenes, que Giotto soñaba y que el Dante veia; séres tranquilos que se ciernen sobre el mundo inquieto, con sus ojos azules, con su vestidura de ópalo, y que mientras en la esfera límpida se abre en el Oriente el punto de oro de una estrella, por un hermoso campo de tréboles vagan sonriendo.

VII.

¡Dichosos los que vivieron en aquel sublime siglo, en que, dorando todavía la cumbre del génio humano, el antiguo sol gótico moria en el horizonte! En aquel siglo, en el que llevándose á la tumba su secreto, muerta ya la catedral en tierra infiel, no hacia ya brotar iglesias á su alrededor. Epoca inmensa, obstruida aun por todas partes, como una Babel arruinada en escombros, de torreones, de campanarios, de flechas entrelazadas, de vastos y diferentes edificios; enorme amontonamiento de génios y de piedras, que iba sepultándose en la oscuridad; misterioso siglo, en el que la ciencia sombría agonizaba á la sombra del antiguo Dédalo, mientras que en el otro extremo del nebuloso horizonte, entre el Tasso y Lutero, entre esas dos frondosas encinas, serena é iluminando con su luz pálida, la cúpula maravillosa de la arquitectura, en el cielo, que admiraba Alberto Durero, ascendia la música, esa preciosa luna del arte!

29 Mayo 1837.

XXXIV.

La estátua.

Hacia mucho frio y parecia que tiritaba. Bajo un monton de ramas secas, una antigua estátua, con la espalda negra y los piés tapados por la yerba, representando un viejo fauno, colocado en el parque desierto, con la frente inclinada, tocaba las ramas de los árboles, y el medio cuerpo de bajo se perdia dentro del tazon de mármol. Allí estaba pensativo, atado á la tierra, y como toda cosa inmóvil, olvidado.

Le rodeaban muchos árboles, azotados por un viento de hielo, que como él habian envejecido en aquel sitio; entre gigantescos castaños, sin hojas y sin pájaros, entre las ramas taladas, aparecia su figura pálida. Desagradable noche de invierno, sin estrellas y sin luna, se difundia entre la niebla difusa. Más lejos, otros árboles cruzaban su desnudo ramaje; más lejos aun, otros se destacaban en el espacio, levantando en el celaje gris multitud de pequeñas ramas negras, torcidas y entrelazadas, y aparecian por todas partes, confundidos unos con otros en el horizonte, perdido en vapores vagos, como un gran rebaño de enormes erizos. Allí solo se veia el viejo fauno, un cielo sombrío y un bosque negro.

Quizás entre la bruma podian distinguirse á lo lejos, en una larga terraza, sentadas sobre la yerba, cerca de una gran alberca, indecisas ninfas, á las que en otros tiempos avergonzaban las miradas, y ahora avergonzaba el olvido de aquel parque desierto.

El viejo fauno se reia. Entre las dudosas sombras que entristecian la alberca y que avergonzaban á las ninfas, el viejo fauno se reia; me acerqué á él, observando que todos los grandes escultores, deseando ser admirados, condenan para siempre las ninfas á tener vergüenza y los faunos á reir.

Compadeciendo al pobre mármol y sin herir sus oidos, porque el mármol oye lo que se le dice, le hablé de este modo:—"Silvano, sois hijo del siglo galante; ¡cuántas cosas habreis presenciado en aquella época feliz! ¿Perteneciais á la corte? Asistíais á sus fiestas? Para que os divirtiérais os colocaron cerca esas ninfas. Para vos, en esos bosques, hábiles manos han interpolado los dioses griegos con los Césares romanos, y entre fuentes, con adornos caprichosos, han construido en el jardin dédalos intrincados. Silvano, referidme algo de lo que presenciásteis en aquellos tiempos felices; reveladme los secretos de ese fastuoso pasado, lleno de amoríos discretos, en el que en las cortes de los grandes reyes abundaban los grandes poetas. Deben estar frescos estos recuerdos en vuestra memoria. Referídmelos, como podríais contárselos á los árboles, á los vientos ó á la yerba que yo huello. ¿Desde un extremo al otro de esta espesa fila de árboles, antiguo y griego burlon, habeis visto algunas veces pasar cerca de vos, al lado del hermoso Lautrec, á la reina bearnesa, Margarita la de los ojos tiernos, y habeis lanzado miradas oblícuas al Hércules Farnesio? ¿Solo, cubierto con el verde follaje mojado, complaciente Silvano, habeis aconsejado, segun las aficiones de cada uno, á Racau como pastor, á Regnier como sátiro? ¿Habeis visto algunas veces, hácia el medio dia, sudar á Vicente de Paul instruyendo á Gondi, sentados en ese banco? ¿Siguieron vuestras escrutadoras miradas á Ana de Austria y á Buckingham, á Luis y á la Fontange, y vísteis si volvian para miraros la faz ruborizada, al oir vuestras risas, desde lo más espeso del bosque? ¿Os consultaron sobre el tirso ó sobre la hiedra cuando en aquel gran baile, de forma singular, la corte del dios Febo ó la corte del dios Pan bautizaban á la Montespan con el nombre de Amarilis? ¿Huyendo de los cortesanos, que desdeñaban oirle, La Fontaine no vino llorando á contaros las pesadumbres de sus ninfas de Vaux? ¿Qué os decia Boileau, qué os decia Legrais á vos, fauno literato, que en los pasados tiempos sosteníais un diálogo en una deliciosa égloga de Virgilio, y que hacíais saltar sobre el naciente césped al pesado espondeo y al ligero dáctilo? ¿Habeis visto jugar en la espesura del bosque á la apasionada Chevreuse y á la soberbia Thiange? ¿Su cariñoso grupo os rodeó alguna vez tan locamente, que el sol recortara de súbito, abriéndose paso al través de una nube, vuestro perfil lascivo sobre su garganta desnuda? ¿El árbol que os dá

sombra libró algunas veces del ardor de los rayos del sol la escarlata del traje del cardenal Mazzarino? ¿Tuvísteis la honra de ver pasar pensativo á Moliére? ¿Alguna vez diciendo en voz alta algun verso melodioso, os ha tuteado familiarmente, como se acostumbra entre semi-dioses? ¿Ese pensador, que penetraba todos los corazones, no tenia miedo de vuestra desnudez, y en su espíritu no os confrontó con el hombre, encontrándoos, espectro cínico, menos triste, frio, perverso é irónico, comparando vuestra risa de mármol á nuestra risa humana?„

Así le hablé bajo el espeso ramaje, y ni siquiera me contestó con un murmullo. Incliné el oido sobre el frio mármol, pero no oí nada que me hablara del pasado. La pálida claridad del dia que espiraba blanqueaba vagamente al inmóvil sátiro, mudo á mis palabras y sordo á mis súplicas.

Meneé la cabeza y me alejé de allí. Entonces, de los oscuros matorrales, de las ramas secas y de los antros secretos, esparcidos por los bosques, me pareció que de repente salia una voz, que en mi alma despertaba un eco vago y sonoro, como si saliera del fondo de un ánfora:

—"Imprudente poeta, qué pretendes? ¡Deja en paz á los faunos abandonados bajo los árboles! ¿Ignoras que es impío visitar los sitios secretos y sacudir, aunque sea con cariño, ese musgo que pende de los siglos arruinados y perturbar con ruidos indiscretos el recuerdo de los muertos en sus sombríos retiros?„

Entonces me marché, pasando por los jardines que se hundian ya en las sombras de la noche, mientras que las ramas de los árboles se cubrian de misterios, y detrás de mí el fauno solitario, que era un oscuro geroglífico de un antiguo alfabeto, continuaba riendo.

Caminaba contemplando con miradas tristes esos dulces recuerdos de la beldad, de la primavera y de la aurora, en el ambiente y á mis piés diluidos, confundidos y flotantes; hojas de anterior verano, mujeres de tiempos desaparecidos, y entreveia á lo lejos, bajo sombríos ramajes, mármoles en el bosque y sombras en el pasado.

Diciembre 1837.

XXXV.

Siempre me he encariñado con los séres alados. Cuando era niño, buscaba nidos de pájaros entre las espesas ramas, y en seguida construia para los pajarillos jaulas de caña, que las colocaba sobre el musgo verde: más tarde les abria las puertas de su encierro, y ellos, ó no se volaban, ó si huian al bosque, venian á mí cuando yo les llamaba. Durante mucho tiempo nos amamos una paloma y yo. Ahora he aprendido el arte de amansar las almas.

12 Abril 1840.

XXXVI.

Versos escritos en la tumba de un niño en la orilla del mar.

Hiedra, césped, yerba, flores y cañas, iglesia en la que el espíritu vé á Dios, insectos que murmurais al oido del pastor, dormidos sobre flores; vientos, olas, murmullos, bosques que haceis pensar al viajero, frutos que caeis del árbol, estrellas que caeis del cielo, pájaros alegres, olas quejumbrosas, céfiro que murmura en los prados, mar que cria la perla, tierra donde germina la espiga, naturaleza de donde todo sale y adonde todo vuelve; no movais ruido alrededor de esa tumba; dejad que el niño duerma, dejad que llore la madre.

1840.

XXXVII.

A. L.

Las esperanzas son frágiles como las cañas. Dios sostiene en sus manos nuestras vidas y las hila en su huso fatal; cuando el hilo se rompe, nuestra existencia acaba, porque en cada cuna germina una tumba.

En otro tiempo, el porvenir con luz radiante se presentaba á mi alma deslumbrada; era un cielo con su astro, una ola con su alcion, pero ese falso espejismo se desvaneció.

Si á tu lado alguno llora, déjale llorar sin inquirir la causa; las lágrimas sirven y muchas veces consuelan; además, las lágrimas, niña, siempre lavan algo.

2 Junio 1839.

XXXVIII.

Ceruleum mare.

Cuando medito sentado sobre un acantilado ó en un bosque, en una noche del estío, teniendo la experiencia de lo que es la vida, contemplo la eternidad.

Al través de mi oscura suerte distingo á Dios con claridad, como al través del ramaje de los árboles se entrevé el firmamento.

El firmamento, en el que los mentidos sábios como nosotros buscan consejos; el firmamento lleno de nubes, el firmamento lleno de soles.

Soplo divino purifica nuestro barro; el mundo es la creacion de Dios; cada flor es una alabanza suya y cada perfume es un incienso que hácia él se dirige.

De noche paréceme sentir que el mismo Dios se inclina hácia el hombre palpitante. La tierra reza y el cielo ama. Alguno habla y alguno responde.

Sin embargo, Señor, ocultas tu presencia á nuestros éxtasis; pones la copa allá arriba y dejas los labios aquí abajo.

Pero un dia nos revelarás, Dios mio, ese tu secreto impenetrable; cuando vayamos á ver de mundo en mundo extenderse más cada vez tu unidad;

Cuando busquemos en los cielos que gobiernas la sombra de los que amamos en la tierra, como una bandada de grandes águilas que vuela á las cumbres de los montes.

Porque cuando la muerte nos reclama, el espíritu rompe la cárcel del cuerpo; porque la tumba es un nido, en el que el alma abre sus alas como un pájaro.

Oh Señor! La miserable criatura podrá ver, cuando le llegue su hora, la otra parte de la naturaleza sobre la que viertes la claridad del dia.

Y poetas y pensadores podremos entonces comparar con los mundos que creaste los mundos que soñó nuestra imaginacion.

Esperando nuestra hora vagamos por el mundo, rebaño desunido, encerrando en nosotros este gran misterio; ojo limitado y mirada infinita.

El hombre elige su camino á la ventura, y siempre, por nuestra voluntad ó á la fuerza, nos encorvan las pasiones.

Erramos en la oscuridad yendo donde otros fueron, y oimos voces fúnebres, que pronuncian palabras desconocidas.

Todos los pensadores parece que se esfuercen en causar espanto á las frágiles criaturas; el sábio dice:—"¡El cielo está vacío!„ El sacerdote dice:—"¡El infierno está lleno!„

Médicos sin diagnósticos, profetas de vista míope; unos entregan á Satanás nuestras almas, y otros quieren apartarlas de Jesucristo.

La humanidad, sin ley y sin guia, siguiendo desconocida senda, es como un viajero que camina despues que el sol se ha escondido en el ocaso.

Camina, pero la niebla cubre la llanura, el huracán azota los árboles, y los objetos que apenas distingue presentan aspecto siniestro.

De este modo, caminando entre escombros, en este siglo, el género humano, al pasar vé figuras sombrías que se inclinan ante sus pasos.

Nosotros los soñadores nos abrigamos fatigados bajo un techo que se desploma, y contemplamos á la muchedumbre que á tientas se sumerge en la oscuridad.

Buscamos con taciturna inquietud, tratando de adivinar el problema que nos propone la oscuridad que á todos nos rodea; y mientras que nos perdemos en esos vanos deseos, el destino impasible sigue cumpliendo su mision.

Y oimos en la noche de nuestra esclavitud el soplo del destino, que pasa y que produce ruido al volver las hojas del libro de nuestra existencia.

Cuando ruge ese viento que nos empuja al sepulcro, juntad las manos y bajad los ojos, y procurad que brille alguna claridad en ese libro misterioso.

De dónde nacerá esa claridad? Dios dice:—"De vosotros mismos; encended el corazon por alguna parte para que os alumbre."

Cuando el corazon llamea, se puede sin temor leer lo que escribe el Señor. Leida á su claridad santa, la palabra virtud significa felicidad.

Es preciso amar; amando, en vano la oscuridad trata de cegar los ojos de nuestro espíritu: creed y abrireis los párpados; amad y verán vuestras pupilas.

Desde lo alto de los cielos luminosos, las verdades en lontananza reflejan en el libro del alma sus vagas claridades.

De noche no hay ojos que puedan leer á la luz de las estrellas; pero el amor baja hasta nosotros para prestarnos su luz, y una lámpara ayuda á los soles.

Para que en la sombra que nos envuelve podamos leer contínuamente, el amor añade su claridad humana á la claridad celeste.

Amad, pues, que el espíritu sólo destella poca luz, y todo el problema se encierra frecuentemente en el corazon de una mujer, que es la explicacion de Dios.

Así yo medito, así me preocupo, mientras que á los ojos de los marineros la noche sombría sumerge cada instante grupos de astros en las olas.

Creyendo en el imperio de Dios, humilde y religioso le admiro, contemplando con éxtasis ese espectáculo prodigioso.

Entre las olas que mecen los vientos y el cielo, abismo deslumbrador, siempre los ojos del pensamiento ven algo que sube ó que desciende.

Gota de agua pura ó salto de llama, ese verbo íntimo que no está escrito en ninguna parte, ó se condensa en mi alma ó resplandece en mi espíritu.

Y la idea desnuda, al través de las olas ó del éter, llega hasta mi corazon, desde el fondo del cielo, como estrella, ó desde el fondo del mar, como perla.

Agosto 1839.

XXXIX.

Dios que sonrie y que otorga, Dios que acude al que le espera, si sois buena estará contento. El mundo en el que todo chispea, pero en el que nada se inflama, si sois hermosa, estará satisfecho. Mi corazon, en el retiro amoroso donde le embriagan dos ojos lindos, si sois feliz, estará alegre.

1.° Enero 1840.

XL.

Los náufragos.

¡Cuántos marineros, cuántos capitanes, que partieron alegres á remotos paises, desaparecieron en un mar sin fondo, en una noche sin luna, sepultados para siempre en la inmensidad ciega del Océano!

¡Cuántos capitanes murieron con la tripulacion! La tempestad, de sus vidas arrebató todas las páginas, y el soplo del huracán dispersó todo el libro; al sumergirlos en el abismo, cada ola, á su paso, recogió su botin; una se apoderó del esquife y otra de los marineros.

Nadie sabe qué fué de ellos, al sepultarse en las sombrías extensiones, chocando contra escollos desconocidos; y muchos séres queridos han esperado inútilmente durante muchos dias á los que ya nunca regresarian á su hogar.

Ocupándose de vosotros en las veladas del invierno, formando círculo, sentadas sobre áncoras mohosas, vuestras familias se acordaban de vosotros, refiriendo vuestras aventuras, mientras que ya dormíais el sueño eterno en el fondo de los mares.

Preguntábanse unos á otros:—"¿Dónde estarán? Serán reyes en alguna isla? ¿Nos habrán abandonado para vivir en pais más fértil?„—Despues poco á poco fueron enterrando tambien vuestro recuerdo. El cuerpo se pierde en el agua y el nombre en la memoria. El tiempo, que sobre lo pasado extiende espeso velo, sobre el Océano extiende olvido más profundo.

No tardan en olvidar á los infortunados náufragos. Solas, durante las largas noches de tempestad, vuestras pálidas viudas, cansadas de esperaros, se ocupan todavía de vosotros, removiendo las cenizas de su hogar y las cenizas de su corazon.

Y cuando la muerte cierra para siempre sus párpados, nadie os recuerda ya, ni una grosera piedra contiene vuestro nombre dentro de un cementerio; ni está escrito en la corteza de un sauce, que el otoño deshoja; nadie sabe ya vuestro nombre.

¿Dónde están los marineros que se ahogaron en el mar en las noches oscuras? Olas gigantescas, vosotras sabeis sus lúgubres historias; olas, que tanto temen las madres, vosotras las referís en las mareas altas, y por eso al referirlas rugís cuando de noche llegais hasta nosotros, azotando las playas.

Julio de 1836.

XLI.

Noches de Junio.

El verano, cuando el dia ha desaparecido, en la llanura salpicada de flores derrama aroma embriagador, y con los ojos cerrados y el oido atento á todos los rumores, dormita en un semi-sueño transparente.

Los astros son más puros, la sombra más agradable; vaga semi-luz tiñe la cúpula eterna, y el alba, tierna y pálida, esperando la hora de aparecer, parece que vague toda la noche por bajo del cielo.

1837.

XLII.

Sabiduría.

A LUISA B.

I.

¿No hay que esperar que nada grande, santo, puro, nada que sea digno del cielo, nada que ennoblezca el siglo que atravesamos, salga del corazon del hombre? ¡Del hombre, sujeto á las necesidades del cuerpo! ¿Será siempre su tarea gozar, descender á tientas á la tumba, perseguir todo lo que se arrastra y todo lo que vuela, consagrarse al sórdido interés y á la loca vanidad; llenar, sin

cuidarse del deber, una carta de palabras ó un mostrador de escudos; no elevar nunca la vista á las alturas y reirse del sacrificio y de la virtud? Esta es tu vida, hombre; solo tienes, de noche y de dia, por esperanza y por objeto, por culto y por amor, la moneda inmunda que se arrastra por el fango, y que al cogerla te ensucia las manos; sin comprender que pensar es tu destino, que tu destino es ser mago y ser rey, ser un alquimista que alimente el fuego bajo el sombrío alambique que se llama alma, y haciendo pasar por ese ardiente crisol á la naturaleza y al mundo, extraer de ellos á Dios.

El bruto se mueve dentro de su esfera y el elemento se rige por sus reglas. El molusco vive en las olas y el águila en la nieve. Todo en el mundo tiene su region, su objeto y su destino. La espuma del mar no es un desecho inútil; el oleaje conoce lo que hace y el viento sabe quién le impulsa; como el templo que brilla con la claridad suave de las lámparas, obedientes las estrellas fulguran en el cielo azul; todas las mañanas, vibrando como santas liras, los pájaros cantan festejando al creador. El sér está lleno de amor y el mundo está lleno de fé. Todo en el mundo observa indefectiblemente su ley y obedece al mandato divino; el pájaro á su instinto y el árbol á sus raices. El enorme Océano que se detiene en la playa, la golondrina que se dirige al Sur, el imán que se dirige al Norte, la nube amontonada sobre islas de hielo, que, atravesando la altura de los cielos, pasa al soplo del Abril desde el Polo hasta el Ecuador, la savia que se esparce por las fibras de las ramas, todos los objetos creados van siguiendo imperturbablemente su marcado camino; ¡solo el hombre se ha extraviado!—En todo el universo, los séres, los montes, los bosques y las praderas, el dia que dora el cielo, el agua que lava los barrancos, conservan como el dia que salieron de las manos divinas toda su inocencia y todo su candor; solo el hombre ha degenerado!—Creado para imperar en la naturaleza y para ser el mejor, ha llegado á ser el peor; debiendo florecer como árbol selecto, solo es un tronco vil con ramaje negro, que la edad desarraiga y que el vicio deshoja, cuyas ramas no ostentan el fruto que Dios desea recoger; tronco en el que nunca nos apoyamos sin peligro, en el que la sociedad engerta las pasiones. Profunda fué la caida del hombre: ignora y niega, mientras que á su alrededor la creacion piensa; víctima de sus sentidos, cuyo yugo le esclaviza, el hombre vegeta y la cosa vive!

II.

Cuando os hablaba de este modo, me escuchábais y me comprendíais; y vos, cuya alma ingénua se transparenta en vuestras palabras, me dirigísteis entonces vuestra calmante é inefable sonrisa:

—"¡La humanidad se regenera, y aunque vacilante y caminando en la oscuridad, se dirige hácia la aurora. Todo hombre tiene en el mundo dos aspectos; el del bien y el del mal. Vituperarlo todo es no comprender nada. Las almas de los humanos tienen liga de oro y de plomo. El espíritu del sábio debe ser prudente y no debe lanzar á la ventura sus rayos por todas partes. Para el siglo actual, como éste le hace sufrir, es siempre injusto, y todo en él le parecen delitos. Nuestra época, tan insultada, tiene su lado sublime, vos mismo lo habeis dicho, irritado poeta!„

En vuestro aposento, asilo ilustre y respetado, así me contestásteis, sencilla y serena. Vuestra frente brillaba con el reflejo de los damascos de color de escarlata, y para mí, en aquel momento, vuestros ojos levantados convirtieron el techo en cielo.

El acento augusto y pacífico de la razon, la equidad, la bondad seráfica, el olvido de los agravios y de los errores de los demás, que tanta majestad dá á las almas virtuosas, dotaban á vuestras hermosas palabras de la tranquila grandeza que en sí encierra todo lo natural.

III.

¿Por qué os presentais incesantemente ante mi imaginacion, dias de mi niñez y de mi alegría? ¿Quién te abre á cada momento en nuestros corazones casi apagados, ¡oh flor luminosa de los recuerdos lejanos? ¡Qué cándido y qué feliz era entonces! En la clase, un banco gastado, una mesa, un pupitre, un tintero negro y pesado y una lámpara me acogian grave y cariñosamente. Mi maestro, como os dije con frecuencia,

era un sacerdote, tranquilo y bondadoso, de mirada penetrante, candoroso como un sábio, maligno como un niño, que, abrazándome, me decia con elogio:—"Aunque no tiene más que nueve años, ya explica á Tácito." Estudiaba con Eugenio, á quien Dios arrebató la vida, y á pesar de mis pocos años me preocupaba la meditacion. Mientras escribia, usando muchos barbarismos al desarrollar el tema impuesto, inventando sentidos inesperados á las frases de los autores, con la frente y la espalda inclinadas, me parecia oir confusamente cerca de mis oidos las palabras griegas y latinas, bachilleras y familiares, pintarrajeadas de tinta, y alegres como estudiantes, cuchichear, como los pájaros reunidos sobre una rama, entre las hojas del pesado diccionario. Rumores más dulces que el rumor que hace una bandada que vuela, soplos apagados como los suspiros de la noche, que hacian á cada momento, bajo las manecillas de cobre, extremecerse vagamente las páginas del libro antiguo.

Despues que cumplíamos nuestro deber, corríamos ligeros á jugar en los inmensos jardines; yo, con paso desigual, seguia á mis hermanos mayores, y las estrellas tranquilas iluminaban el horizonte, y el tierno ruiseñor, cantando en la oscuridad, enseñaba música á toda la naturaleza; mientras que yo, niño locuaz y aturdido, lanzando á todas partes miradas francas pero atrevidas, y chispeando de gozo, llevaba bajo el brazo, atados con tres cordeles, á Horacio con sus festines, á Virgilio con sus selvas, á todo el Olimpo, á Theseo, á Hércules, á Ceres y á Juno, á la hidra de Serna y al vasto Leon de la roca Nemea.

Cuando llegaba á casa de mi madre, con frecuencia, gracias al azar miserable que se burla del niño, sentia grandes pesadumbres y grandes cóleras, porque no habia encontrado ya, cerca de los tejos seculares, el hermoso jardincillo que yo me cultivaba, y que al pasar un perrazo me habia destruido; ó porque alguno en mi cuarto habia abierto las jaulas y habia dejado volar á los pájaros, que muy contentos se habian ido muy lejos á buscar la libertad, ó quizá á encontrarse con el cazador. Yo corria entonces rabiando y rojo de indignacion á contárselo á mi madre y maldecia al perrazo, al jardinero estúpido y á los infames cazadores; pero con una sola mirada me apaciguaba mi madre.

IV.

En la actualidad ya no me encolerizo por encontrar una jaula vacía, porque se pongan mis pájaros al alcance de los tiros del cazador, ni porque un perro destroce las flores de un jardincillo; esas insignificantes desgracias desesperan á los niños; pero como en una iglesia, el hombre se tranquiliza en los grandes dolores. Despues de sufrir terrible pesadumbre, el corazon adquiere reposo, como los ojos adquieren sueño. De los negros guarismos de nuestros sufrimientos, la sabiduría es la suma. Comprobándola Dios, parece que diga al hombre:—"Haz que pase tu espíritu al través de las desgracias, como el grano en la criba, y saldrá de ellas mejor." Viví, sufrí, juzgo y me apaciguo. Si algunas veces aun la cólera hace inclinar en mi alma la balanza en donde peso el mundo y mi corazon; si solo abriendo un ojo condeno y vitupero con francas palabras, vos, noble y santa mujer, conseguís que mi voz irritada y ágria vuelva á adquirir la calma en que vive mi espíritu; conozco que vos teneis bastante poder para disipar mis tempestades, y que conseguís del hombre austero y triste lo que consiguió en tiempos pasados del niño tierno su madre, aquel gran corazon que duerme el sueño eterno.

V.

Ahora escuchadme.—Mi razon, que vacila, oye algunas veces tres voces poderosas que murmuran, una despues de otra y algunas veces todas á un tiempo. La primera voz me dice:—"Irrítate, poeta, al ver que el infierno aplaude todo lo que esta época imagina, crea ó intenta, y permanece indignado. Este siglo es como una impura red, á la que el hombre atrae la voluptuosidad y los vicios. La verdad, que hizo en otro tiempo resplandecer á Roma, se remontó al cielo; el amor no existe ya en el hombre. No rechaces la Musa armada, que en otras épocas visitaba como austera amiga á los dos sombríos gigantes, Amós y Jeremías. Los hombres son ingratos, envidiosos, mendaces y perversos; algunos cometen crímenes, y á todos los deslumbra la vanidad; unos tienen la

sangre de Cain y todos tienen la sangre de Eva. Señor, la cruz se bambolea y la oracion llega ya á pocos labios. Murmuran de tí dentro de tu mismo templo; el Evangelio era la sagrada ley y el sacerdote el ejemplo noble; el libro y el sacerdote han muerto. La fé, esa brasa que estaba encendida en todos los hogares, que designaba á Cristo los hombres predilectos, que purificaba en otros tiempos los labios de los apóstoles, solo es ya un carbon apagado, con el que los niños ensucian, burlándose, las paredes de las iglesias.„

La segunda voz me dice:—"Perdona y ama. El Dios que idolatramos es indulgente y no será severo para el hombre. Soñador, respeta á la hormiga tanto como el leon, que en la naturaleza nada hay pequeño. El sér universal se compone de átomos, y Dios vive en todos ellos. Cultiva en tu corazon el amor y la piedad. Si la suerte te obliga á examinar de cerca el hombre, que ordinariamente es frívolo, ciego y temerario, templa la severidad del juez con las lágrimas del hermano. Todo en el mundo, aire, flor, césped, el grupo de niños que juega en el umbral de tu casa, el mendigo sentado en la yerba, la contemplacion de esas mujeres desgraciadas que viven bañadas en lágrimas, como las algas en el mar; el hombre, ese espectador; el mundo, ese cuadro; todo ese conjunto augusto, que al insensato desazona, debe conseguir de tí que dirijas cada vez más los éxtasis de tu vida hácia ese ojo misterioso que, invisible testigo, nos mira á todos sin cesar. No enciendas ningun infierno con ningun tizon ardiente, no agraves ningun peso. Demuestra la existencia del alma y de Dios, que el espíritu es imperecedero y la tumba irrevocable, y suaviza el rigor de esa mano divina, que con frecuencia nos oprime y que graba con signos inmortales la palabra *Jamás* sobre las tumbas y la palabra *Siempre* en los altares.„

La tercera voz me dice:—"¿Qué más dá amar que odiar? Los cantos, las maldiciones, que entremos ó que salgamos, el bien, el mal, la muerte, ni los vicios, qué importa todo esto al cielo radiante?... ¿Por eso la vegetacion viva y ciega produce menos hojas, menos árboles, menos líquenes, menos yerbas y menos agua? ¿Por eso las olas son menos azules y el bosque menos frondoso? El sol que sonrie á las flores en los vergeles, á los reyes en los palacios, á los forzados en los presidios, ¿pierde su esplendor y vierte menos rayos cuando el mundo se olvida de una virtud? No; Pan no necesita que le recen ni que le amen. Oh sabiduría! Espíritu puro! Serenidad suprema! Zeus! Irmensul! Wishnou! Júpiter! Jehová! ¡Dios que buscaba Sócrates y que Jesús encontró! Unico y verdadero Dios! A tí, que haces perecer á los mortales y creas el cielo para una eternidad; á tí, que colocado en el éter, en esa tienda cuyos lienzos conmueve tu poderoso aliento, ¿qué te importan los hombres insensatos que se arrastran unos tras otros hácia la oscuridad del acaso, y que son fantasmas de los que no te acuerdas, y que son ante tu faz inmensas sombras que van y vienen?...„

VI.

En mi gabinete oscuro, donde sobre una mesa hay muchos libros entreabiertos, donde una Biblia sonrie á Virgilio, escucho yo esas tres voces. Si mi cerebro frágil se asombra, persisto, y sin miedo y sin sobresalto las dejo ejecutar en mí lo que se proponen. Porque los hombres, perturbados con esas metamórfosis, componen su sabiduría con muy escasa ciencia. Todos cometen el error de ver la verdad, cada uno desde su ventana, y solo por un lado, sin que ninguno de ellos, atraido por ese peñasco sublime, le dé la vuelta y suba hasta su cima. Y de ese triple aspecto de las cosas del mundo, de ese triple consejo, que el hombre no comprende; de mi corazon, que Dios vé, en el que el ódio se embota, sale una benevolencia tierna y universal, que dora como la luz del alba y enternece de antemano los versos que en embrion llevo en mi espíritu, para acabar de crearlos en los campos con el aroma que despiden las llanuras, á la sombra que proyectan las nubes y al murmurio que se escapa de las fuentes.

Abril 1840.

FIN DE RAYOS Y SOMBRAS.

LOS CASTIGOS.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

(EN 1853.)


N Bruselas se publicó una edicion de este libro, truncada, á la que precedian las siguientes líneas:

"El falso juramento es un crímen.

„La emboscada es un crímen.

„La secuestracion arbitraria es un crímen.

„El soborno de los funcionarios públicos es un crímen.

„El soborno de los jueces es un crímen.

„El robo es un crímen.

„El asesinato es un crímen.

„Asombrará dolorosamente al porvenir que en paises nobles, que ante la postracion de Europa mantuvieron su Constitucion y fueron los últimos y sagrados asilos de la probidad y de la libertad, se hayan dictado leyes para proteger todo lo que las leyes humanas y divinas de comun acuerdo han llamado siempre crímen.

„La honradez universal protesta contra esas leyes protectoras del crímen.

„Sin embargo, no desesperen los patriotas que defienden la libertad, ni los generosos pueblos á los que se quiere impedir á la fuerza la inmoralidad; y por otra parte, no se envanezcan de haber triunfado los culpables, que aparentemente son todopoderosos, por ver truncadas las páginas de este libro.

„Por más que hagan los que reinan en su pátria por medio de la violencia y fuera de ella por medio de las amenazas; por más que hagan los que, creyéndose señores de los pueblos, solo son tiranos de las conciencias, el hombre que lucha en pró de la justicia y de la verdad encontrará siempre un medio para cumplir enteramente su deber.

„La omnipotencia del mal solo conduce á hacer esfuerzos inútiles. El pensamiento se escapa del que quiere perseguirlo; no puede comprimírsele y se refugia bajo la forma que puede. La antorcha brilla; si la apagan, la antorcha se convierte en una voz, y las palabres no pueden apagarse; si amordazan á la boca que habla, la palabra se convierte en luz, y á la luz no la pueden amordazar.

„Nada doma á la conciencia del hombre, porque la conciencia del hombre es el pensamiento de Dios.

V. H.„

Las líneas que acabamos de copiar, que sirvieron de prefacio á un libro mutilado, encerraban la promesa de publicar el libro completo. El compromiso contraido le cumplimos hoy.

V. H.

Jersey 1853.

EN EL MOMENTO DE REGRESAR Á FRANCIA.

¿Quién puede en estos instantes, Dios mio, adivinar si el destino moverá su rueda hácia el lado sombrío ó hácia el lado risueño?...

Qué nos proporcionará la mano velada del destino? ¿La oscuridad infame y siniestra ó la estrella de la mañana?

Al mismo tiempo estoy contemplando un cuadro negro y otro luminoso: la Francia merece un Austerlitz, el imperio merece un Waterlóo.

¡Regreso, voy á entrar en tus murallas santas, idolatrado Paris! Vengo á traerte el alma fiel de los proscriptos.

Ya que en estos momentos todos deben ayudarte con ardor y con bravura á aplastar al tigre de fuera y á la culebra de dentro;

Ya que el ideal puro, no habiéndonos podido convencer, se desvanece; ya que nadie es demasiado grande para morir, ni demasiado pequeño para vencer;

Ya que en los cielos amanece la aurora más poderosa; ya que ante nosotros están la gloria ó la muerte;

Ya que corre la sangre, ya que los techos arden, ya que los cañones truenan; ya que llegó el momento en que los cobardes retroceden, yo acudo á tí, oh pátria!

Cuando el extranjero ocupa nuestra frontera, mi ambicion se cifra en no tener parte alguna en el poder y en participar del peligro en todas partes.

Ya que nuestros enemigos, que ayer eran nuestros huéspedes, vienen contra nosotros, corro, Francia, á arrodillarme ante tus faltas.

No me acobardan las agudas garras de sus águilas negras; las desafío: madre, quiero participar de tus miserias, porque soy tu hijo.

Desafiando las afrentas infames veneraré tus desgracias y besaré tus piés, Francia, lanzando llamas de mis llorosos ojos.

Verás que, aunque estuve hundido y eclipsado, no perdí en tí la fé, y que todos mis pensamientos fueron siempre para tí.

Al salir del sombrío destierro, permíteme que sea tu hijo, y mientras se ria ese monton triunfante de hombres fúnebres, complázcate que yo te adore, rogando por tí, entusiasmado ante tu faz invencible que dora el Oriente.

Antes, en los dias de orgía, en los que el hombre alegre brillaba y no creia; cuando embriagada de esplendor, de triunfos y de ilusiones bailabas y cantabas, fascinada por los resplandores de falsos éxitos; cuando resonaba la música

de tus fiestas, ¡oh Paris! huia de tí como el profeta huyó de Tyro.

Cuando el imperio trocó á Lutecia en Gomorra, sombrío y triste sumí mi melancolía en la inmensa tristeza del mar.

Y allí, oyendo tus canciones, llegando hasta mí el ruido confuso de tu delirio, oponia á tus risas, á tus lujos y á tus ilusiones mi protesta.

Pero hoy que llega Atila con su bárbara multitud, hoy que el mundo se hunde á tu alrededor, aquí me tienes.

Francia, estar contigo en los momentos en que te arrastran por la cabellera y llevar un anillo de tu cadena, es lo que yo deseo.

Acudo á tí, ya que te arruinan las bombas y la metralla, y en tus murallas me contemplarás firme de pié ó tendido.

Y quizás en tu suelo, en el que brilla la pura antorcha de la esperanza, para pagarme el destierro me concederás una tumba.

Bruselas 31 Agosto 1870.



LOS CASTIGOS.

Nox.

I.

Ya llegó la fecha que elegiste, príncipe; realiza tu intento de una vez... esta noche es á propósito... es muy fria.—Vamos, levántate. Olfateando en la oscuridad á los rateros, el dogo Libertad gruñe y enseña los dientes, y aunque Carlier lo ató á la cadena, ladra. No esperes ya más; es hora ya de hacer presa. Diciembre condensa sus más espesas nieblas; como un baron salteador de caminos que sale de su guarida, sorprende, asalta bruscamente al enemigo que sigilosamente espías! Levántate! Los regimientos están ya en los cuarteles con la mochila á la espalda, embrutecidos por el vino y por el furor; solo esperan ya al bandido para proclamarle emperador. Toma la lámpara, camina tortuosamente, no olvides el puñal, el instante es propicio; la República confia en tí, y no viendo de noche brillar tus ojos sombríos, duerme tranquila, teniendo por almohada tu juramento.

¡Ginetes y peones, salid, salid como hordas!... ¡atacad á los representantes del pueblo! Soldados, atad con cuerdas á vuestros generales, que están encerrados ya y confundidos con los forzados; meted á la Asamblea en Mazas á culatazos; arrojad de sus asientos á sablazos á la Cámara Alta; próceres de Francia, convertíos en bandidos de la Calabria; hombres de la clase media, vil rebaño, mirad como espada enrojecida que agita un demonio negro, el golpe de Estado que sale ardiendo de la fragua. Los tribunos luchan defendiendo el derecho; estranguladlos: salteadores, condottieri, bandidos, herid, matad á Baudin y á Dessoubs. ¿Qué hace el pueblo fuera de sus casas? Que se meta en ellas. Soldados, ametrallad á esa canalla. Fuego! ¡Fuego!—En seguida irás á votar, pueblo soberano. Dá cuchilladas primero al derecho, al honor y á la ley; haz que corra á rios la sangre por las calles. Llena las cubas de vino y las fosas de muertos. Quién quiere aguardiente? Cuando el tiempo está lluvioso, es muy agradable beber.—Soldados, fusilad á ese anciano, matad á aquel niño. ¿Quién es esta mujer?—Es su madre.—Matadla.—Que tiemble el pueblo infame y que con su sangre tiña el empedrado de Paris, del Paris odioso, que se queja y se resiste. Vamos! Que conozca el desprecio sombrío y vengativo que á nosotros, que representamos la fuerza, nos inspira él, que es la inteligencia. El extranjero respetó á Paris, pero yo quiero hacer una cosa nueva: arrastrarlo por el lodo atado á la cola de mis caballos. Que muera! Cañones, ¡vomitad vuestras balas contra ese miserable!...

II.

Esto es hecho. En todas partes reinan

el silencio y el horror. ¡Viva Poulmann, César, y Soufflard, emperador!

Se convierten en alegres fogatas las barricadas, y la puerta de San Dionisio presencia bajo sus altos arcos las hogueras tremolar al soplo del viento. Esto es hecho, descansad. Se oye el ruido de las espadas que vuelven á sus fundas y del dinero que se mueve en los bolsillos; desde la banca hasta los vivacs se vacían los sacos. Los que no han vacilado en matar, conseguirán además la cruz de Honor. Aullando los vencedores danzan sobre los escombros, mientras que en los sombríos rincones yacen centenares de víctimas. El soldado, alegre, ébrio y feroz, vá dando traspiés, y con la mano que se apoya en la pared acaba de aplastar algun cerebro humano. Rien, cantan, beben, celebran francachelas; traen vencidos, que fusilan; son hombres, mujeres y niños. Los generales galopean triunfantes, sin que los muertos aterren su conciencia. El César tomó el camino más corto, y los generales corren al Elíseo á felicitarle por los arroyos de sangre que corren en las casas y en las calles. Para pasar esos charcos, los jueces se arremangan las togas, y la Iglesia, gozosa, coge un cuajaron humeante para ponerlo en el escritorio de Veuillot.

Vosotros, magistrados, sois los que ayer un cabo os arrojó riendo de vuestras sillas curules, sin temor á vuestra justicia; ahora que habeis cobrado ánimo al aseguraros de que Mandrin ha vencido, ahora que ya no os vereis obligados á ser íntegros, ahora que Mandrin compensará dignamente vuestra adhesion, ahora que es él el que paga por haberse apoderado del presupuesto, ahora que nada arriesgais, porque él ha extrangulado la ley, cuyo cadáver encontrareis en la puerta de su palacio, ahora corred, aclamadlo, id á cantarle el hosanna. Olvidad el bofeton que ayer os dió, y ya que hizo asesinar ancianos, madres y niños, ya que asesinó sin saber á quién, arrodillaos ante el asesino todopoderoso y lamedle los piés para borrarle la sangre que los mancha.

III.

Ese hombre se dijo:—"Napoleon, que era dueño de los ejércitos, que era emperador soberano, ante el que la fama hacia sonar la trompeta inmortal, reinó quince años entre las tempestades, desde el Sur hasta el aquilon. Todos los reyes le adoraban y le besaban los piés; se apoderó de todo, de Madrid, de Berlin y de Moscou; pero yo haré más: clavaré mis uñas en el cuello de la Francia. La Francia libre y digna, armoniosamente marcha hácia su fin sagrado; la echaré por detrás un lazo corredizo y la extrangularé. Mi tio y yo nos repartiremos la historia; indudablemente el más inteligente soy yo; él consiguió la música de la gloria, pero yo consigo el saco del dinero. Me aprovecho de su nombre espléndido y sonoro, que llevo desde la cuna. El enano se encarama hasta el gigante. Le dejaré su página en la historia, pero yo ocuparé el dorso. Me encaramo hasta él, y sobre él seré el señor. Quizás sea mi destino sobrenadarle en la historia, ó quizás sumergirle bajo mis piés. Soy buho, pero cogeré esa águila con mis garras, y á pesar de ser bajo y él alto, le dominaré. Elijo su gran aniversario, porque necesito este dia. Este dia seré como el hombre que se emboza en la capa hasta los ojos; nadie creerá que me propongo cubrir de ignominia y de oprobio un dia tan glorioso. Así con más facilidad se apoderarán de mi enemigo mis manos traidoras, porque la Francia este dia estará dormida en su lecho de laureles."

Entonces apareció, hastiado de vida disoluta, con los ojos apagados y las facciones pálidas; entonces apareció furtivamente ese ladron nocturno, y encendió su linterna en los rayos del sol de Austerlitz.

IV.

Victoria! Ya era tiempo, príncipe, de que apareciéseis. Las jóvenes de la Opera carecian de príncipes rusos. Las revoluciones traen el fastidio á los Juanillos de ayer y á los Pamelas de hoy, y el Don Juan que se asusta se convierte en Harpagon; pobre filon de oro sale de las bolsas vacías; el dinero escaseaba en los garitos; los periódicos ahuyentaban á las gentes del confesionario. El Sagrado Corazon languidecia moribundo; los protestos en tropel no dejaban vivir al portero de Magnan; excitaban la risa los sermones del abate Ravignan; caballos de pura raza no piafaban en las puertas de las damiselas. La hidra de la anarquía se aparecia á esas hermosas bajo la forma increible y triste de un caballo de fiacre que las arrastraba al baile por franco y medio. La desolacion se cernia sobre

Babilonia. Pero surgió tu brazo fuerte, te erguiste como una columna, y todo renace, todo revive, todo se ha salvado. Desde hoy las figurantas de teatro cosecharán milores, y todo el mundo está contento; los que viven sobre el pais y las gentes devotas.

Congratulémonos, triunfemos y repartámonos el motin. Los antiguos partidos, peinados con alas de pichones, van á inscribirse, adorando á Mandrin, en casa de su conserje. Falstaff calienta un ponche; Tartuffe enciende un cirio. En el alegre Elíseo tocan los tambores. Todos acuden allí presurosos, Parieu, Montalembert, Sibour, Rouher, Troplong, griegos, judíos, todo el que pone en venta la conciencia; todos los que roban y mienten con privilegio; el amigo del hisopo y el amigo del agio; los que son despreciables y desean ser infames; todos los que, leyendo en el fondo de su alma, se creen ser bastante presidiarios para llegar á ser senadores. Mirmidon admira la grandeza de César; reune el corro y lo atruena desde el centro de la fiesta. —¿Qué os parece, señores, he obrado con habilidad? ¿Qué opina Papavoine, qué dice Loyola? Haremos que voten esos bribones, y en todas partes, con letras de oro, escribiremos la cifra. Tocad el órgano, soplad el pífano, cantad *Salvum fac*, y en lo sucesivo, en las iglesias, que abrigan al Dios vivo, se levantarán mástiles con oriflamas. Victoria!

V.

Dónde están los cadáveres? En los andenes, en los muelles, en los patios, en los puentes, en las cloacas, en la fosa comun, espantosamente aumentada; en las aceras, en los dinteles de las puertas, en las calles, amontonados en todas partes, en los furgones que los dragones escoltan al anochecer, cuyo horrible cortejo viene del Campo de Marte, pasa, y Paris temblando se ocupa de él.

¡Antiguo monte de los Mártires, hoy sí que puedes conservar tu nombre! Los muertos á sablazos y á cañonazos en los campos que la tumba llena de misterio, estaban enterrados con la cabeza fuera de tierra. Les colocó así aquel hombre, sin que le asustasen las heladas frentes; allí permanecian, ensangrentados, con la boca entreabierta, mirando hácia el cielo, lívidos entre la yerba, con su tranquilidad horrible, azotándoles el rostro el viento húmedo del crepúsculo. Miraban con la vista hueca y fija en el cielo, lo mismo el habitante del arrabal que nunca retrocede, que el rico de manos blancas y el pobre de brazos nervudos; lo mismo la madre, que parecia enseñar á su hijo muerto, que cabellos blancos y cabezas rubias. Desde el amanecer los vecinos de Paris iban á buscar allí al ausente que no habia vuelto á casa. El pueblo contemplaba aquellas cabezas muertas, que por lástima las veladas de Diciembre cubrian con púdico y oscuro velo. Por la noche, el antiguo guardian de los sepulcros, que quedaba solo, apresuraba el paso por entre las piedras sepulcrales, extremecido al ver aquellos rostros pálidos; y mientras lloraban en las casas que sufrian el duelo, el áspero cierzo soplaba sobre aquellos cadáveres sin ataud.

Parecia que aquellos muertos misteriosos, asomando la cabeza fuera de la tierra y mirando fijamente al firmamento, se despertaran bruscamente en el cementerio, donde los cipreses se extremecian al oir la trompeta del juicio final, para llevar, Bonaparte, hasta el cielo y ante Dios tu alma horrible y falsa, y que salian de la fosa para atestiguar tus delitos.

¡Cercado fatal de Montmartre; aun hoy, cuando empieza la oscuridad de la noche, el transeunte evita pasar cerca de tus tapias!

VI.

Un mes despues fué ese hombre á la iglesia de Nuestra Señora. Entró con la frente altiva; la mirra y el cinamomo ardian allí; se oian voltear las campanas; el arzobispo presidia radiante de gloria, á pesar de haberse recortado la capa pontifical de un sudario; en una cruz erigida en el fondo del santuario estaba enclavado Jesucristo.

Ese hombre, como el lobo que se lame despues de devorar un inocente rebaño, retorciéndose el bigote, exclamó:—"He salvado el órden; recibidme, ángeles, en vuestras legiones, que he salvado la religion y la familia.„—Y en sus miradas feroces, en las que Satanás se contempla, se le vió brillar una lágrima. Columnas del templo, abismos que San Juan vió entreabrirse en Patmos, cielos que visteis á Neron, sol que contemplaste á Sejan, vientos que en otros tiempos impelísteis en la dorada galera á Tiberio hácia Caprea, decidme si en ese hombre el asesino sobrepuja al histrion.

VII.

Tú, que bates con tu flujo fiel la roca donde he plegado mis alas, vencido, pero no descorazonado; abismo, donde ruge el huracán, donde el esquife zozobra, por qué me hablas en la oscuridad? qué quieres decirme, mar sombrío?

Eres impotente; roe tus diques, difunde el oleaje que prodigas, déjame sufrir y soñar; que todas las aguas de tu abismo, pasando sobre ese crímen, no conseguirian lavarlo.

Comprendo que para distraerme me dices:—"Cálmate, hermano mio; cálmate, pensador tempestuoso„;—pero yo te contestaré:—"Cálmate tú, mar profundo; calma tus poderosas olas que mujen, siempre amargas, pero nunca cenagosas. Tú crees en tu poder supremo, tú que eres admirado y querido, tú que te pareces al destino, tú á quien los cielos han azulado, tú que con tus ondas sagradas lavas la estrella de la mañana.„

Tú me dices:—"Ven, contempla y olvida„. Me enseñas el mástil que se doblega, los peñascos que verdean, las puntas en que se estrellan las olas, la espuma que bate los escollos, como bandada de aves blancas; la pescadora que vá con los piés descalzos y canta, el agua azul por la que se desliza la velera nave, el marinero, trabajador rudo; las elevadas ondas que agita la tempestad; me enseñas lo inmenso bello, mezclado con el inmenso horror, y me dices:—"Dame tu alma, proscripto; apaga tu llama en mi seno, caminante; arroja á las olas el baston; vuelve hácia mí tu mirada ingrata, que yo adormecia á Sócrates, que yo calmaba á Caton.„

No; respeta el árido pensamiento, la cólera del alma del justo, el espíritu que no puede olvidar infames atentados; cuenta á los antiguos peñascos tus infinitas proezas y déjame que me envuelvan las tempestades, porque yo te aborrezco, mar sombrío.

Te aborrezco porque arrastras por tus aguas movedizas, entre los vientos y los escollos, hácia las profundas fosas de Cayena, los negros pontones que surcan tus olas como grandes ataudes.

Arrastras hácia el sepulcro, abriéndoles las puertas, á todos nuestros mártires de frente serena, en la cala donde carecen de paja para acostarse, donde los cañones, cargados de metralla, les amenazan con la boca abierta.

Cuando lloran, cuando las torturas doblegan sus naturalezas indomables, execrable abismo, contribuyes á su suplicio, y tu cómplice rumor sofoca sus gritos de desesperacion.

VIII.

Eso es lo que vió la historia, y al terminar de referirlo llora sonrojada de vergüenza.

Cuando se despierte la gran nacion, cuando llegue el dia de la expiacion, espada de los dias sangrientos, no salgas de la oscuridad.

¿No es verdad que á más de un alma sombría, para castigar á ese traidor, la impulsará esa necesidad? No volvais á mi mente, lúgubres visiones, recuerdos dolorosos; gendarmes con el sable desnudo, custodiando las carretas, redobles de tambores, pueblo gritando: "¡Bribones!„ Muchedumbre llenando las azoteas, puertas y ventanas, calles y muelles; silenciosas plazas públicas, en las que se ven los triángulos oblícuos!...

Ibamos recorriendo tranquilamente nuestro camino, cada cual ocupado en un trabajo propio de este siglo; el poeta cantaba la obra inmensa de los hombres, la tribuna hablaba con su elocuente voz; íbamos destruyendo paveses, tronos, argollas y cadalsos; cada dia hacíamos disminuir el ódio y el sufrimiento; el género humano marchaba por la via del progreso; la Francia iba delante con la luz de la inspiracion en la frente; pero llegaron esos hombres con él, con él, que es la afrenta viva, con él, que es el bandido que ungen con el óleo santo; vinieron trayéndonos el duelo, el asesinato, la matanza, los sudarios, el hierro, la sangre y el fuego... Esa es la simiente que han sembrado en los surcos del porvenir. Y se oyen en el horizonte estos gritos espantosos: "¡Venganza! Represalias!„

Yo, entre tanto proscripto, me ensangriento los piés con los abrojos del camino, y triste y pensativo, ocultando la frente entre las dos manos, sumerjo á cada instante el pensamiento en los dias que vendrán. Gigante de castos ojos y de accion rápida, que jamás se vé, ¡oh revolucion!, ante tu altivo y colérico rostro tiemble la humanidad, y al cubrir con su cuerpo hasta á los perversos, se arrastre á tus piés y se retuerza los brazos: tú respetarás como hija su dolor amargo, y tú, vírgen, te quedarás parada ante tu madre.

Trabajador robusto, segador enviado

por el mismo Dios para segar en un dia diez siglos de miserias, coloso romano, que venciste la Europa y sojuzgaste á los reyes, que naciste para terminar los tiempos antiguos; tú que salvaste la libertad por medio del terror, tú que llevas este sombrío nombre: "Necesidad,,, en la historia en que tú brillas como un foco, permanece siempre solo, Titán del 93; nada vendrá tras de tí que sea tan grande como tú.

Naciste de un régimen en el que dominaba el espanto, y pesaba tu educacion en tu cabeza emancipada y contra tu voluntad, hijo de la monarquía, imbuido de malas doctrinas y de perniciosos ejemplos, como ella derramaste sangre, sin saber que ella te habia enseñado á practicar la pena de muerte y la ley del ódio, y derribando á tiranos, á Parlamentos y á reyes, te sublevabas contra ellos, pero como ellos castigabas.

Nosotros, merced á tí, gigante que ganaste nuestra causa, somos hijos de la libertad y hemos avanzado en el camino del progreso: lo que Francia quiere en la actualidad es que el amor alumbre á toda la tierra, es que la fraternidad siga la ley santa de Jesucristo. Esa es la ley que está escrita en la naturaleza: "Amaos los unos á los otros!,,—Seamos hermanos; tengamos fijas las miradas en esa idea, que es á la que todo cede y todo lo ilumina, dejando siempre incólumes los principios. No basta ser vencedores; lo que importa es permanecer siendo grandes. Cuando consigamos ver á ese abyecto traidor, pálido y extremecido, afirmemos el progreso por medio del castigo que se le imponga; castiguémosle con la vergüenza, pero no con la muerte.

Pueblos, echemos el velo del olvido sobre el espantoso pasado de los reyes; dejemos abolidos para siempre los tormentos, las cuchillas, los tajos y las horcas. Apresuremos la hora prometida á las naciones futuras, en la que la concordia, tranquila y sonriente para los buenos, y hasta para los ingratos, estreche á los hombres en sus brazos, inclinando hácia nosotros su frente venerable. Que no pueda decir ese miserable que el mundo ha retrocedido en su camino sublime, ni que Jesús y Voltaire hayan hablado inútilmente, ni que no es verdad que despues de tantos esfuerzos y de tantos sufrimientos, nuestra época haya consagrado la vida humana. No basta un momento de indignacion para perder el tesoro que han acumulado los siglos. Se puede ser severos y economizar la sangre. Que no se diga que por ese hombre la guillotina y el cesto horrible, que Febrero indignado cogió y arrojó á la cloaca, han vuelto á funcionar con verdugos más horribles, que vuelven á empuñar el hacha con las sangrientas manos.

IX.

Musa de la indignacion, que Juvenal te deseaba henchida de lava ardiente; tú, cuya claridad brilla en las miradas fijas del Dante, ven, ven y erijamos ahora en ese imperio feliz y radiante, y á pesar de esa victoria arrancada á la violencia, bastantes picotas para formar con ellas una epopeya.

Jersey, Noviembre 1852.

LIBRO PRIMERO.

La sociedad se ha salvado!

I.

Francia, ahora que te prosternas y tienes sobre la frente el pié del tirano, la voz saldrá de las cavernas y se extremecerán los encadenados.

El desterrado, de pié en la orilla del mar, contempla las estrellas y las olas, y como los que hablan entre sueños, hablará en voz alta en la oscuridad; sus palabras amenazadoras harán brillar el rayo; serán como manos que pasan de noche durante el sueño empuñando espadas.

Harán que los mármoles se extremezcan, y los montes que oscurece la noche y las cabelleras de los árboles mugirán en la nocturna sombra.

Serán el bronce que suena, el grito que arrojan los cuervos, el soplo desconocido que hace extremecer las hebras de la yerba en el sepulcro.

Gritarán estas palabras:—"¡Que por siempre se cubran de ignominia los infames, los opresores y los asesinos.,, Esas palabras harán un llamamiento á las almas, como se llama á la pelea á los guerreros.

Se cernerán sobre las razas que se transforman como sombrío huracán, y si los que viven duermen, despertarán á los muertos.

Jersey, Agosto 1853.

II.

Tolon.

I.

En aquella época cayó una ciudad en poder de los ingleses, señores de los vastos mares, la que, batida por el cañon y asustada por el terror, desaparecia entre el humo y el fuego.

Era una ciudad que el estampido hacia retemblar en las últimas horas de la noche, al rayar el dia en que Albion la cogió con sus garras y que la República reconquistó con su poder.

En la rada corrian fragatas asesinas; los pabellones colgaban agujereados por las balas, y sobre la frente tempestuosa de las baterías negras flotaba densa humareda.

Se oian rugir las bocas de los fuertes, estallar las cargas de pólvora, los brulotes echaban llamas sobre las ondas brillantes, y como un astro espantoso, que se deshace en rayos, en la oscuridad estallaba la bomba.

¡Historia sombría é ilustre página de otro tiempo! Allí todo se mezclaba y confundia; el mástil cortado, la muralla destruida, los obuses, el silbido de los contramaestres y capataces, la sombra, el horror y el ruido.

Entonces, Francia, llenabas toda la tierra con el choque prodigioso de tus rebeliones; los reyes lanzaban contra tí al tigre y á la pantera, y tú desencadenabas contra ellos á los leones.

Entonces la República tenia catorce ejércitos y luchaba en los montes y en los Océanos; cien victorias pregonaba el clarin de la Fama, y de esas victorias salian gigantes.

Entonces aparecian radiantes auroras; desconocidos que de repente deslumbraban, aparecian haciendo sonar sus nombres misteriosos.

Entregaban su vida como sublime ofrenda, gritando:—"¡A morir por la libertad! Guerra á los tiranos!„ Y la gloria abria sus vastas alas sobre aquellas cabezas jóvenes.

II.

En la actualidad solo oprobio encierra esa ciudad. Allí está el que es abyecto, horrible y malhechor; el que arrastró el honor por el fango ó anegó el alma en sangre; allí está el monedero falso, el hombre que falta á sus juramentos, el hombre del peso corto, el bandido que se embosca para asaltar á los caminantes de noche y en el bosque; allí están el pirata repugnante, el ladron, el falsario, el parricida y el bandido.

El que sale de un palacio y el que sale de una taberna se encuentran con una mano, fria como un cerrojo, que les pone una chaqueta roja y una argolla al cuello.

Brilla la aurora sombría para ellos y roja para nosotros. Levantaos! En pié! Se encaminan hácia el sombrío Océano, y parece que la cadena se despierta al mismo tiempo que ellos y les diga:—"Vamos; aquí estoy„.

Caminan, presentando las manillas al martillo, y con el remache de sus cadenas mezclan el ruido de sus pasos, arrastrando andrajos rojos, asquerosos, furiosos y repugnantes.

Con los piés descalzos, el gorro calado hasta los ojos, trabajando desde el amanecer, con la mirada apagada y con los miembros entorpecidos, ahuecan peñascos, arrastran piedras sin descanso, ayer, hoy, mañana y siempre.

Con lluvia ó con sol, en invierno ó en verano, que Junio abrase ó que Enero llore, van á cumplir en su destino, teniendo por única alegría el recuerdo de sus crímenes y por lecho una tabla.

Por la noche, como á un rebaño, los cuenta un vil capatáz, suben de dos en dos la escalera del ponton, quebrantados, rendidos, con el corazon lleno de vergüenza y la espalda encorvada por los golpes del palo.

El pensamiento implacable ocupa siempre sus cerebros. Muertos-vivos, consagrados al trabajo y marcados en la frente, se arrastran, recibiendo latigazos como bestias y afrentas como hombres.

III.

Ciudad en la que se ha sembrado la infamia y la gloria, en la que el hierro corta los cabellos del presidario, ¡oh Tolon! Por tí los tios empiezan y en tí deben acabar los sobrinos.

Vé allí, maldito; esa bala, que en los

tiempos épicos el gran soldado, sobre el que tu oprobio asientas, ponia en los cañones con sus heróicas manos, tú debes arrastrarla con los piés.

Bruselas, 12 Diciembre 1851.

III.

Acercaos y vereis un monton de devotos que murmuran entre dientes un *Benedicat vos*: son padres azotadores del siglo, que á la fuerza quieren llevarnos al cielo. Arman querellas de palabras sobre la inmortalidad del alma, sobre Jesús y los dogmas, como el antiguo Bizancio en la época de los Juanes y de los Eudoxios. Desconfiemos de ellos; son agudos ortodoxos que hubieran indignado á Juvenal. Citan con énfasis á Coquelin, á Pascal, á Rousseau, á Bocaccio, á Voltaire y á Diderot; siendo el espíritu cosa molesta, lo despiden esos santos varones; ponen á Escobar al frente de sus filas y lo expenden á los peleles, que lo toman contentos, pagando cuatro francos cada mes. Con el antiguo jabon de los sutiles jesuitas quieren lavar nuestra época incrédula y pensadora, y que las cenizas de la hoguera les sirvan de legía. Su gaceta, en las que sobresalen palabras venenosas, es la única que se recibe en el Paraiso. En él viven todos poderosos; mientras que sus falanges predican en la tierra el diezmo y prohiben la prebenda, hacen su agosto en la morada de Jehová. El ángel de la espada de fuego les abre de par en par las puertas deseadas. Todas las mañanas, á la hora en que se despiertan los pájaros, cuando el alba asoma en los cielos, ruborizándose al ver lo que hacen los hombres, ellos trepan allá arriba, llegan hasta las puertas donde está San Pedro y arrojan al portero el imprudente periódico. Escriben á Dios, como si fuera su intendente, criticando, pidiéndole cuenta de las revoluciones, de los vientos, del astro de límpida mirada, de lo que hace progresar al mundo y adelantar á nuestro espíritu, y el timbre que adorna la Eucaristía lo ponen como á sello de sus cartas. Han suprimido á Roma del mismo modo que hubieran destruido á Esparta. Esa clase de hombres es la que está satisfecha del triunfo de Bonaparte.

IV.

A los muertos del 4 de Diciembre.

Gozad el reposo que os concede el Señor. Antes quizá perturbaban vuestros corazones sueños vanos, quizá os atormentaban el error, el ódio ó la envidia, y vuestras bocas, de las que salia el hálito vital, estaban agitadas.

Con semblantes parecidos unos á otros, confusamente íbais y veníais en tropel por las calles, sin pararos, inquietos como el agua que brota de las fuentes, caminando al azar, sufriendo las mismas penas, confundiendo los mismos pasos.

Quizá vuestro cerebro se abrasaba en los mismos proyectos y en las mismas esperanzas: en los de derribar al hombre del Elíseo y al hombre del Vaticano; en difundir la libertad de exámen y de conciencia por el mundo; porque en este siglo ardiente, cada alma es un cráter y cada pueblo un volcán.

Amábais, teniendo el corazon encadenado, y por la noche, entregados á temores vanos, os asaltaban inquietudes dolorosas. Ya fuéseis inteligencias activas, ardientes y emprendedoras, ya espíritus superiores, ya brilláseis en la juventud, ya os encorváseis en la vejez, ya gozáseis de destino alegre, ya sucumbiéseis á destino infausto, siempre sentiríais en vuestros corazones el amor, que es una tempestad, y os afligirian los dolores, que son un combate. Gracias al 4 de Diciembre, está ya muerto vuestro pensamiento, y tendidos yaceis en la helada fosa, amortajados con el sudario: ahora crece ya la yerba sobre vuestras catacumbas. ¡Dormid tranquilos en vuestro sepulcro! El imperio es la paz.

Jersey, Diciembre 1852.

V.

Aquella noche.

Estaba en el Elíseo y tres amigos le acompañaban: contemplaba la hora, viendo andar la aguja del reloj, mudo, pensativo, discurriendo cómo ligaria el nombre ilustre de Bonaparte á las hazañas de Cartouche, esperando que sonase la hora

de realizar la feroz emboscada. Entretanto atizaba el fuego encendido en la chimenea. De pronto dijo el traidor á los que le rodeaban:—"Esta noche van á surgir mis proyectos invisibles. Las Saint-Barthelemy son aun posibles. Paris duerme como en los tiempos de Cárlos de Valois, y mientras duerme, vosotros, amigos mios, metereis todas las leyes en un saco, y por encima del puente las arrojareis al Sena.„

Acordándome de vosotros, rufianes, hijos bastardos de la fortuna obscena, nacidos de la vergonzosa cópula de la intriga y de la suerte, brotan los versos indignados de mi mente, y mi corazon tempestuoso ruge en el pecho, como el añoso roble que agita en la selva el huracán!

Cuando salian de casa de Bancal, Morny, Maupas y Saint-Arnaud, viendo pasar ese grupo taciturno y oblícuo, los campanarios de Paris se esforzaron, al tocar la hora nocturna, por imitar el toque de rebato: los empedrados de Julio gritaban:—"Al asesino!„ Los espectros sangrientos de las antiguas matanzas se despertaron de sus sepulcros, y unos á otros señalaban con el dedo á estos personajes. La Marsellesa, arcángel de los cantos aéreos, murmuraba en el horizonte:—"A las armas, ciudadanos!„ Paris dormia; pero pronto en las plazas y en los muelles, los soldados, dócil populacho, genízaros que mandaban Reybell y Sauboul, y otros que dirigian Dulac, Korte y Espinasse, llegaron regimiento tras regimiento y se esparcieron por todos los ámbitos de la ciudad. Andaban lentamente, junto á las casas, sin hacer ruido, como tigres que andan por los juncales y que se arrastran alargando las garras, y Paris dormitaba tranquilo y confiado. Los jefes esperaban fumando que rayase el alba.

Eran cosacos, ladrones, asesinos, generales bandidos, que debian haber terminado la vida en el presidio; por crímenes menores hubo jueces en otro tiempo que quemaron á Voisin y enrodaron vivo á Desrues.

Apareció la luz del dia alumbrando el infame bando y el cobarde armamento de aquellos rateros audaces. La noche, que es la cómplice de los bandidos, huyó, y arrastrando aprisa sus velos, entre los pliegues se llevó las estrellas y las mil luces que chispean en la oscuridad, como se lleva cuando se vá los cequíes de oro la mujer acostumbrada á los besos del crímen, vestida ya, despues de haberse prostituido.

Bruselas, Enero 1852.

VI.

El Te-Deum del 1.° de Enero de 1852.

Sacerdote, la misa que rezas, y que es un eco de los fuegos de peloton, es impía: detrás de tí, apoyando la mano en la barba, acurrucada, la muerte se te burla.

Sacerdote, en los cielos de donde procedemos tiemblan los ángeles y las vírgenes, cuando el obispo coge la mecha de los cañones para encender los cirios del altar.

Quieres ser senador, ocupar posicion alta y hacer fortuna; me parece bien: pero para bendecir al hombre espera que laven el empedrado de las calles.

¡Pueblos, glorificad á Gesler y que muera Guillermo Tell! Del órgano sale un sonido parecido al estertor de la agonía... Arzobispo, tu altar lo han fabricado con las tablas del patíbulo.

Cuando dices:—"*Te-Deum*, os alabamos, Señor Dios fuerte, Dios de Sabaoth y de los ejércitos...„, se mezcla con el incienso el vapor que sale de las tumbas mal cerradas.

Han matado por la noche, han matado durante el dia á hombres, á niños y á mujeres. Paris se cubre de luto. Ya no vuela en Nuestra Señora el águila, sino el buitre.

Prodiga á ese bandido adoraciones, que desde el cielo las oyen los mártires. Dios te mira desde el cielo, y no las aprobará.

Los proscriptos encerrados en las salas de fúnebres pontones se dirigen, ya á Argel, ya á Cayena; vieron á Bonaparte en Paris y en Africa verán la hiena.

Trabajadores, aldeanos, arrancados de vuestros talleres y de vuestros campos, id á consumiros en el destierro. Mira á tu derecha, monseñor Sibour; mira tambien á tu izquierda; verás como tu diácono es la traicion y tu subdiácono el robo; vende á tu Dios, vende tu alma.

El asesinato te sirve en el oficio divino, pronunciando estas sacrílegas pala-

bras:—"Fuego al que se mueva!„ Satanás te dá las vinajeras, y no es vino el líquido rojo que escancía en el copon.

Bruselas, 3 Enero 1852.

VII.

Ad majorem Dei gloriam.

> Son insensatos los que creen que llamándonos jesuitas nos cubren de ignominia. Los jesuitas les reservan la censura, la mordaza y la hoguera, y llegará el dia en que serán los señores de sus señores.
>
> *(El padre Roothaan, general de los jesuitas, en la conferencia de Chieri.)*

Nos dicen:—"Seremos vencedores y señores. Vestidos de sacerdotes y con la táctica del soldado, destruiremos progreso, leyes, virtudes, derechos y talentos; nos edificaremos un fuerte con todos esos escombros, nos fortificaremos en él, y desde allí extenderemos todas las preocupaciones vociferando.

La horca es conveniente, la guerra es necesaria; teneis que aceptar la ignorancia y la miseria; porque al orgullo del tribuno triunfante le espera el infierno; el hombre se convierte en ángel cuando vive en la ignorancia. Nuestro gobierno, fuerte y astuto, amordazará al padre y embrutecerá al hijo.

Nuestras ideas, que son hostiles al siglo actual, caerán desde el púlpito como copos de nieve sobre la multitud, refrescarán los corazones irresolutos, helando en ellos los gérmenes útiles y saludables, y despues los fundirán como la nieve en la tierra, y el que los busque ya no los encontrará.

Frio glacial se habrá apoderado de todas las almas, cuyo fuego habremos apagado, y si alguno dijera á los franceses de entonces:—"Salvad la libertad, por la que vuestros padres derramaron la sangre„, se reirian los franceses educados por nosotros de la libertad muerta y de sus padres enterrados.

Como sacerdotes, inscribiremos en nuestra bandera estas palabras: *Orden*, *Religion*, *Propiedad*, *Familia*; y si algun bandido, corso, judío ó pagano viene á secundarnos trayendo el perjurio en los labios, el sable en los dientes y la antorcha en la mano, aunque robe y asesine, le diremos:—"Haces bien!„

Siendo vencedores y fortificándonos en sitios inespugnables, viviremos arrogantes, venerados y temibles. En el fondo, ¿qué nos importan Cristo, Mahoma ó Mithra? Reinar es nuestro objeto y nuestro medio proscribir. Si alguna vez se aperciben de nuestras carcajadas, temblará el fondo oscuro del corazon del hombre.

Naciones, el ideal del pueblo que queremos gobernar debe ser el fraile de España ó el fellah del Nilo. ¡Abajo la inteligencia! Abajo el derecho! ¡Viva la espada! Qué es el pensamiento? Un perro furioso. Metamos en presidio á Juan Jacobo Rousseau y á Voltaire en una casa de fieras.

Si la inteligencia intenta combatirnos, la ahogaremos como siempre. Hablaremos en voz baja al oido de las mujeres. Seremos dueños de los pontones, del Africa, de Spielberg. Las antiguas hogueras están extinguidas, pero las haremos revivir; si no podemos arrojar en ellas á los hombres, arrojaremos sus libros; no quemaremos á Juan Huss, pero quemaremos á Guttenberg.

Y en cuanto á la razon que pretende juzgar á Roma, antorcha que Dios enciende en el cerebro del hombre, que iluminaba á Sócrates y que guiaba á Jesús, la apagaremos.

Entonces reinará en el alma humana profunda oscuridad. En el anonadamiento de los corazones fundaremos nuestro verdadero poder, y haremos sin ruido y sin estorbo todo lo que queramos. Nadie hablará ni se moverá; nuestra ciudadela será una torre más negra que la noche.

Reinaremos. Las turbas nos obedecerán. Seremos omnipotentes; gobernaremos el mundo; lo poseeremos todo: fuerza, gloria y felicidad; y nada temeremos careciendo de fé y de reglas...„—"Aunque habitárais la montaña de las águilas, os arrancaria de allí„, les dice el Señor.

Jersey, Noviembre 1852.

VIII.

A un mártir.

En los *Anales de la propagacion de la fé* se lee lo siguiente: «Una carta de Hong-Kong, China, con fecha 24 de Julio de 1852, nos anuncia que Bonnard, misionero de Tong-King, fué decapitado por la fé el dia 1.° de Mayo del próximo pasado.

»Ese nuevo mártir habia nacido en la diócesis de Lyon y pertenecia á la Sociedad de Misiones extranjeras. Partió para Tong-King en 1849.»

I.

Oh santo sacerdote! alma generosa! me postro de rodillas ante tí! Era jóven todavía, podia haber vivido muchos años; gozaba de la edad en que florece la dicha, y contemplando la cruz de Jesucristo, que brilla en la oscuridad, dijo:—"Dios del progreso y del amor, el que ve tu frente, cree ver la luz del dia; Cristo sonrie al que le mata. Ya que murió por salvarnos, quiero morir por El. Desde su tumba, cuya piedra me sirve de apoyo, me llama con dulce voz.

„Su doctrina entreabre el cielo. Lleva de la mano á la humanidad, como un padre á su hijo. Por El existimos. De la cabecera de la cama de los carceleros, que duermen, arrebata las llaves de todas las prisiones y dá libertad á todos los hombres.

„A pesar de esto, lejos de nosotros vive otra humanidad, que no le conoce, que se arrastra encadenada á la iniquidad, y en ella sufre y muere: para encontrar á Dios hace tenebrosos esfuerzos y se agita en vano. Sin ley, sin objeto y sin guia, caminan errantes esos hombres, que no son malvados, sino ignorantes, que no les tocó parte alguna del botin de la gran conquista. Allí iré yo. Para salvarlos dejo el lugar santo. ¡Hermanos mios, vengo á traeros á mi Dios!„

Como fué buen sacerdote y vivia tranquilo en nuestros dias turbulentos, se acordó de que Jesús dijo á los apóstoles: —"Desafiad los peligros y las hogueras„. Y recordó estas otras palabras:—"Amándoos, hermanos mios, cicatrizareis mis heridas„.

Creyó que debia iluminar la noche que envolvia á aquellos pueblos extraviados del camino del progreso, cuyas almas cubren tupidos velos, y se dirigió allí desafiando las tormentas, las olas encrespadas, dirigiéndose á los horribles patíbulos y á los sangrientos tajos con la mirada fija en los cielos.

Llegó allí á predicar á aquellos pueblos como apóstol, y allí le degollaron.

II.

Mientras entre aquellos bárbaros se levanta tu patíbulo, ostentando tus miembros yertos; mientras tu cabeza macilenta, enclavada en el poste, sirve de mofa y de blanco á las piedras, aquí, ¡oh mártir! venden á tu Dios.

El Dios por quien tú mueres entregan aquí á Mandrin hombres que como tú se revisten con la estola; lo entregan para llegar á ser cardenales ó senadores, para obtener palacios, carrozas y jardines, que en verano retraten el azul del cielo; para platear la mitra y dorar los báculos; para beber buen vino sentados alrededor de una chimenea bien encendida.

Esos sacerdotes venden tu Dios al malvado, cuyas manos mancha la sangre del crímen; al ladron opulentísimo, que les paga y se sonrie. Vuélvete á mirarlos, mártir, y verás cómo venden á Jesucristo.

Esos sacerdotes venden á tu Dios á ese histrion coronado, que se sonrie en medio de los traidores, y que apoya un pié en Thraseas y un codo en Phriné, al pirata emperador Napoleon III.

Jersey, Diciembre 1852.

IX.

El arte y el pueblo.

I.

El arte es la gloria y la alegría; alumbra en medio de la tempestad y dá fulgores al cielo azul; el arte es el esplendor universal que brilla en la frente del pueblo como el astro en la frente de Dios.

El arte es el canto magnífico que place al corazon tranquilo, el canto que la ciudad entona á los bosques y el hombre entona á las mujeres, y que todas las

voces del alma armoniosamente entonan á coro.

El arte es el pensamiento humano, que vá rompiendo todas las cadenas; el arte es el tierno conquistador; suyos son el Rhin y el Tíber; hace libre al pueblo esclavo y grandioso al pueblo libre.

II.

Francia querida é invencible, canta tu apacible cancion, canta y mira al cielo; tu voz jovial y clara dá la esperanza al mundo, porque eres el pueblo de la fraternidad.

Canta, pueblo mio, cuando nace la aurora; canta cuando llega la noche; el trabajo dá alegría: ríete del antiguo siglo que pasó; canta al amor en voz baja y en voz alta á la libertad.

Canta á la santa Italia, á la Polonia enterrada, á Nápoles que sangre noble enrojece, á la Hungría agonizante... Tiranos, el pueblo canta como el leon ruge.

Paris 6 Noviembre 1851.

X.

Cancion.

Cortesanos, que estais sentados á la mesa de la espléndida orgía riendo y bebiendo, celebrad al César bondadoso, magnánimo y magnífico, y apostatando de todo lo venerable, apurad copas llenas de Chipre y la vergüenza rebosando de los vasos. Comed, que yo prefiero comer de la verdad el pan duro.

Bolsista, que trasquilas al pueblo; usurero que le ahogas, alegres gastrónomos, bellacos y ricos, amigos de Fould el judío y de Maupas el petardista, dejad que el pobre vierta lágrimas al dintel de la puerta de vuestro palacio...; engordad, daos buena vida... Comed, que yo prefiero comer de la probidad el pan seco.

El oprobio es una lepra y el crímen es un sarpullido.—Soldados que regresais del boulevard de Montmartre, con el uniforme salpicado de vino y de sangre, cantad tambien. Ocupa la mesa toda la Escuela militar, el festin humea, están brindando, están bebiendo, están ébrios... Comed, que yo prefiero comer de la gloria el pan moreno.

Pueblo de los arrabales, ví que fuiste sublime y ahora te veo esclavo, seducido por el crímen, con más dinero en el bolsillo y con menos altivez en el corazon. Vete, arrastrando la cadena al cuello, á divertirte y á reir en las barreras, y ¡viva el emperador y viva el salario!... Comed, que yo prefiero comer el pan negro de la libertad.

Jersey, Diciembre 1852.

XI.

I.

Estoy convencido que inventarán muchas mentiras para escaparse de las manos de la verdad severa; que negarán, diciendo:—"No soy yo, es él„. ¿No es cierto, Dante y Esquilo, que jamás de las manos de los poetas han podido huir los malhechores cuando los habeis cogido por el cuello? Los he encerrado en mi libro expiatorio, he corrido los cerrojos de la historia, y hoy para ellos la historia es un presidio.

El poeta es algo más que un espíritu que sueña y que ora, porque posee la gran llave de la Conserjería; cuando entra en la cárcel, en la que del clavo pende una cadena, registra los bolsillos del príncipe, lo mismo que los del pillete, y examina las espaldas de los emperadores. Para él, Macbeth es un estafador y César un fullero. Versos mios, vigilad á esos forzados: Calíope puede tambien llevar el registro de los presos de la cárcel.

II.

Pueblos torturados, necesitais que alguno os vengue. Los frios retóricos que han dicho:—"El poeta es un ángel que se cierne por el espacio„, sin saber siquiera quiénes son Fould, Magnan, Morny, ni Maupas, pasa la vida contemplando por la noche las estrellas del cielo... No será así: mientras seais cómplices de los crímenes repugnantes que sigo yo paso á paso, mientras cubrais con vuestro manto á esos bandidos, no os miraré, cielos azules, estrellas de la noche.

Mientras ese hombre imponga silencio á todos los labios; mientras la libertad esté tendida en el suelo, como una mujer muerta y acabada de ahogar; mientras en los pontones se oigan los estertores de la agonía, yo haré brillar claridades

sepulcrales en todas las frentes abyectas que ese bandido hace humillar, y gritaré:—"Levántate, pueblo; desencadena tus rayos, cielo„, y la Francia, en la profunda noche en que está sumida, verá llamear mi antorcha.„

III.

Esos bellacos viles que convierten la Francia en China, oirán el chasquido de mi látigo que descargo en sus espaldas. Mientras ellos cantan *Te-Deum*, yo gritaré: *Memento!* Azotaré á los hombres, á los hechos, á los títulos, á los sables y á las mitras, que encerraré en mis versos como en un estuche. Vereis cómo castigo á sobrepellices, á charreteras, á breviarios, y vereis cómo César huye, terciándose el manto„.

Me reconocerán los campos, las praderas, los lagos, las flores, los horizontes y las llanuras, el Océano y los bosques, y se dirán unos á otros en voz baja:—"Es un espíritu vengador que pasa persiguiendo á los demonios.„

Jersey, Noviembre 1852.

XII.

Mapa de Europa.

En todas partes se vé brillar el sable y mentir al altar. Los que se llaman príncipes juran con descaro y sin bajar la vista al jurar en falso. Los soldados han dado en las calles latigazos á las mujeres. Dónde está la libertad y la virtud? Han desaparecido. En el destierro perecen, ahogándose, los hombres más dignos. Las balas son impotentes contra rebeldes tan heróicos.

Pueblo ruso, temblando y taciturno, caminas convertido en esclavo hácia San Petersburgo, ó te ves obligado á trabajar en las minas. El Polo le sirve á tu señor de calabozo enorme. La Rusia y la Siberia son las dos mitades del fúnebre imperio del czar: la una debia llamarse la Opresion y la otra la Desesperacion.

Los suplicios de Ancona llenan todas sus murallas. El Papa Mastai fusila sus ovejas; deja la hostia y manda hacer fuego. El primero que cae muerto es Simoncelli, y le siguen sin temblar tribunos, soldados, apóstoles, que mueren y que van á hablar á Dios de su sacerdote. Padre Santo, deja caer las mangas sobre tus manos... oculta tus sandalias blancas, que están manchadas de sangre, y observa cómo Borgia te sonrie. ¿Cuántos han muerto? Cuántos morirán? ¡Quién puede contar su número! Señor, no es el pastor el que guia vuestro rebaño en el mundo, es el lobo.

Han muerto los mejores hijos de Italia, de Alemania, de Sicilia y de Hungría... Desgraciada madre Europa, vierte por ellos tus tiernas lágrimas...; el honor se ha ausentado de tí. En el Mediodía se vé el patíbulo, en el Norte el osario. La luna sale cada noche de un sudario, y el sol se pone tras un horizonte de sangre.

Sobre los franceses vencidos pesa un Santo Oficio. El bandido que los asesina dice:—"Yo los apaciguaré„. Paris lava de rodillas la sangre que la inundó, y la Francia, atada de piés y manos, presencia la hecatombe. Despiertan en sus tumbas el llanto y los clamores á Laubardemont y á Torquemada. El primero exclama:—"Así vá bien!„ El segundo dice:—"Adelante!„

En vano combatísteis por los derechos del pueblo, Batthyani, Saudor, Paerio, porque fuísteis víctimas de la tiranía; en vano sucumbió Baudin. Llorad en los bosques, llorad en las montañas, que donde Dios puso edenes, los reyes ponen presidios; Venecia es una galera y Nápoles una tumba.

La horca se levanta en Arad y en Palermo. Ahorcan á los héroes que enarbolaban con brazo fuerte la bandera libre y altiva ante los reyes temblorosos, mientras consagran al emperador Schinderhannes, y la lluvia cae á torrentes, mártires, sobre vuestros despojos y los cuervos los picotean.

Porvenir, porvenir!... ¡todo se desmorona! Los reyes, pálidos, han huido; el mar avanza, las olas se encrespan, el bélico clarin resuena en los ángulos del espacio... Fuga aterradora y sombría!... La tempestad arrastra los ejércitos como cenizas inflamadas... "Adelante!„, dice el Eterno.

Jersey, Noviembre 1852.

XIII.

Cancion.

Dónde está la hembra? Murió. ¿Y el macho? Se lo llevó un gato y devora

sus huesos. Al nido que se extremece, quién volverá? Nadie. Pobres pajarillos!

Está ausente el pastor chasqueado y ha muerto al perro el lobo, que se extiende en el suelo ahito. Al redil que tiembla, quién lo vigilará? Nadie. ¡Pobres corderillos!

El hombre está en presidio, la madre en el hospital; reina en la casa la miseria. Tiembla la pobre cuna. ¿Quién la vigilará? Nadie. Pobres pequeñuelos!

Jersey, Febrero 1853.

XIV.

Es una noche oscurísima. La inmensa sombra extiende sus alas por el mundo. En vuestros alegres palacios, que guardan los cañones; en vuestros lechos de terciopelo y de damasco, pedid para calentaros bien los piés que os traigan pieles de martas, y ocultaos tras la nube de hermosas cortinas, que esconden entre sus pliegues todas las voluptuosidades con todos los olvidos.

A los ecos de una música deliciosa y lejana, mientras una lámpara temblorosa se atreve apenas á alumbrar el techo de púrpura, dormid, duque de Saint-Arnaud, conde de Maupas, senadores, prefectos generales, jueces, príncipes, y tú, César, á quien todos adoran de rodillas; tú, que soñaste en el imperio y te apoderaste de él, dormid mientras dura la noche...—Pero cuando amanezca, á la luz del dia os diré:—Levantaos, forzados.

XV.

Confrontaciones.

Hablad, cadáveres, y decidme quiénes son vuestros asesinos. Dímelo tú primero. Cómo te llamas?—Religion.—¿Quién es tu asesino?—El sacerdote.—¿Vosotros quiénes sois?—La probidad, el pudor, la razon y la virtud.—¿Quién os estranguló?—La Iglesia.—Quién eres tú?—La fé pública.—Quién te dió de puñaladas?—El juramento.—¿Quién eres tú que duermes bañada en tu propia sangre?—Me llamo la Justicia.—¿Quién fué tu verdugo?—El juez.—¿Y tú, gigante, cuya vaina no tiene espada y en quien el barro ensucia la aureola?—Yo me llamo Austerlitz.—Quién te mató?—El ejército.

Bruselas 5 Enero 1852.

LIBRO SEGUNDO.

Se ha restablecido el órden.

I.

Idilios.

EL SENADO.

Vibrad, violines y tambores. Las aves cantan en sus nidos. Es natural estar muy alegres: pues que Magnan baile una polka y Saint-Arnaud una pastorela.

LAS CATACUMBAS DE LILLE.

Miserere! Miserere!

EL CONSEJO DE ESTADO.

Lamparillas en los plantíos! ¡lamparillas en los zarzales! Mezclad sables y mantillas; cantad á coro, apuestos donceles! bailad en corro, hermosas jóvenes!

LOS GRANEROS DE ROUEN.

Miserere! Miserere!

EL CUERPO LEGISLATIVO.

Gocemos del amor que nos tienta; todos, para vivir mejor, sacan la miel, con la que nutren el alma; la abeja de los labios de la flor y el hombre de los labios de la mujer.

BRUSELAS, LÓNDRES, BELLE-ISLE Y JERSEY.

Miserere! Miserere!

EL HOTEL DE VILLE.

El imperio vá echando hondas raices. Riamos, juguemos y comamos. Disparemos petardos en los Campos Elíseos. El tio necesitaba cañones, pero el sobrino necesita cohetes.

LOS PONTONES.

Miserere! Miserere!

EL EJÉRCITO.

Fuera escrúpulos, fuera temores. De rodillas cuando viene el bedel. Obedezca el tambor al órgano. Nuestro ardor sale del bodegon y nuestra gloria está en el patíbulo.

LAMBESA.

Miserere! Miserere!

LA MAGISTRATURA.

Todo nos aconseja que comamos y que bebamos. Feliz es el que tiene aficion á la uva madura, porque siempre encuentra un racimo en su emparrado y una botella en su bodega.

CAYENA.

Miserere! Miserere!

LOS OBISPOS.

Júpiter lo manda y debemos aplaudir al hecho consumado que se sentó en el trono. Brindemos! El sacerdote debe ser poco escrupuloso, vaciar su alma de inquietudes y llenar el vaso de vino añejo.

EL CEMENTERIO DE MONTMARTRE.

Miserere! Miserere!

Jersey, Abril 1853.

II.

Al pueblo.

Por todas partes se oyen sollozos y gritos fúnebres. Pueblo, ¿por qué te adormeces en las tinieblas? No te duermas; ahora no es oportuno morir. La libertad, pálida, yace ensangrentada en el dintel de tu puerta; si te duermes, morirá. Van á atacarte el chacal, los ratones y las comadrejas. ¿Por qué te has dejado atar? Te muerden en el ataud... en todos los pueblos se prepara el fúnebre séquito... Lázaro, Lázaro, levántate!

Ensangrentado París, al pálido fulgor de la luna, sueña en la fosa comun. Gloria al general Trestaillon! ¡No más imprenta, no más tribuna! ¡Ponedle mordaza al Noventa y tres! La revolucion, que será terrible para el que la toque, está derribada en el suelo. Consiguió un Cartouche lo que no consiguieron los Titanes. Escobar sonrie con su risa infernal. Van á blandir contra tí, República gigante, todos los sables de Liliput. El juez, que es un mercader, que se viste de toga, vende la ley. ¡Lázaro, Lázaro, levántate!

En Milán, en la castigada Viena, en Roma extrangulada y bendita, en Pesth torturado, la vieja loba de la tiranía, gozosa y salvaje, se acurruca. Sonrie contemplando su madriguera adornada de amuletos. Camina sobre cadáveres desde el Vístula hasta el Tanaro, y tiene cachorros, que está criando. ¿Quién la alimenta? ¿quién dá de comer á la loba? El arzobispo y el verdugo. ¿Quién la mantiene á sus espensas? El emperador.—¡Lázaro, Lázaro, levántate!

Jesús dijo á los apóstoles:—"Amaos unos á otros.„—Hace ya cerca de dos mil años que nos llama á nosotros y á nuestros secuaces, abriéndonos los ensangrentados brazos. Roma impera y gobierna en nombre del profeta del amor... Forman la tiara del Vaticano tres anillos sagrados; el primero es la corona, el segundo es el lazo corredizo de las horcas de Verona y el tercero es una argolla: esa es la tiara que el poco escrupuloso Mastai se ciñe...—¡Lázaro, Lázaro, levántate!

Edifican nuevas cárceles. Pueblo que duermes, despierta y oirás cómo murmuran los rios teñidos de sangre; despierta y oirás cómo lloran las infelices viudas. Adios, mártires, que ya sopla el viento, ya se mueven los pontones; ya sollozan las madres al ver á sus hijos en poder de los vencedores; ya gimen acompañándolos por el camino, y las lágrimas que brotan de sus ojos van filtrando el ódio en vuestros corazones. Los judíos triunfan...—¡Lázaro, Lázaro, levántate!

Al fin, pueblo, te despiertas? ¿Produces tú el zumbido de enjambre numeroso que oigo sonar? En las colmenas se extremecen las abejas; oigo á lo lejos tocar á rebato. Los Césares, olvidando las gemonias, se adormecen con los sonidos de las músicas desde el Báltico hasta el Etna. Los pueblos están sumidos en completa oscuridad; dormid, reyes: el clarin dice á los tiranos: "Victoria„, y el órgano les canta: "Hosanna„. ¿Quién responde á esa música militar?—El campanario...—Lázaro, Lázaro, levántate!

Jersey, Mayo 1853.



!ERA EL ÚNICO QUE SU MADRE ME HABIA DEJADO¡

III.

Recuerdo de la noche del dia 4.

El niño habia recibido dos balas en la cabeza. La casa estaba limpia, era humilde, tranquila y honrada; un ramo bendito coronaba un retrato de la abuelita, que estaba allí llorando. Desnudamos silenciosamente al niño, cuya boca pálida se abria; los brazos le colgaban como pidiendo apoyo. Llevaba en el bolsillo un peon de boj. Podia meterse el dedo en los agujeros de las llagas; tenia el cráneo hendido. La abuela miraba cómo desnudábamos al niño, diciendo:—"Qué blanco es; aproximarle á la luz. Dios mio! tiene pegados los cabellos á las sienes.„—Diciendo esto le tomó en brazos. La noche era lúgubre; se oian fuera de la casa, en las calles, disparos, que matarian á alguno.—"Hemos de enterrar á este niño„—dijo uno de mis amigos. Tomaron un paño blanco de un armario. Entre tanto la abuela lo acercó al hogar para desentumecer sus miembros, que estaban helados; pero nada consigue calentar en este mundo lo que la muerte toca con sus manos frias. La abuela se inclinó y le quitó las medias, y estrechó con sus dos manos los piés del cadáver.—"Qué desgracia! ¡no habia cumplido aun ocho años! Iba á escuela y sus profesores estaban muy contentos de él; cuando yo tenia que escribir alguna carta, él me la escribia. ¡En estos tiempos son los hombres tan bandidos, que matan á los niños!... Esta mañana estaba aun jugando en la ventana; luego salió á la calle y me lo mataron; me mataron al pobre niño, que era bueno y cariñoso como un Niño Jesús! Más valiera que me hubieran muerto á mí, que soy vieja y puedo vivir ya poco; ¿qué le hubiera importado á Bonaparte matarme en vez de matar á mi nieto?„—Los sollozos ahogaron sus palabras. Todos llorábamos á su alrededor.—"¿Qué va á ser ahora de mí, exclamaba, que me he quedado sola en el mundo? Este niño es el único que me dejó su madre, y yo quiero que me expliquen por qué me lo han muerto, cuando no ha gritado viva la República.„—Nosotros nos callábamos, graves, de pié, con el sombrero en la mano, temblando ante aquel duelo inconsolable.

No comprendeis la política, desdichada anciana. El señor Napoleon es pobre, pero es príncipe; ambiciona tener palacios, caballos, criados, mucho dinero para el juego, para la mesa, para la alcoba, para la caza, y al mismo tiempo aprovecha la ocasion de salvar la familia, la Iglesia y la sociedad; desea poseer á Saint-Cloud, que se llena de rosas en el verano, adonde vayan á adorarle los prefectos y los maires, y para eso es preciso que las abuelas, con sus dedos temblones, cosan las mortajas de sus nietos de siete años.

Jersey, 2 Diciembre 1852.

IV.

Sol ardiente, flores salvajes del barranco, grutas donde resuenan los ecos, perfumes que os exhalais de las yerbas aromáticas, espinosas zarzas del bosque, montes sagrados y altos, viejos peñascos, robles seculares, bosque vírgen, manantial puro y cristalino, conciencia de la naturaleza, decidme: ¿qué pensais de ese bandido?

V.

Ya que está el justo en el abismo, ya que el crímen empuña el cetro, ya que todos los derechos están hollados, ya que callan los más bravos, ya que la pátria está cubierta de oprobio; República de nuestros padres, gran Panteon de ingenios, cúpula de oro, templo de las obras inmortales; ya que con escalas se acerca el imperio á escalar tus muros, ya que las almas se aniquilan y se arrastran, ya que han olvidado lo verdadero, lo puro, lo grande y lo bello, el honor, la ley, el derecho, la gloria y á los que yacen en la tumba, te deseo, destierro; te deseo, dolor; cíñeme tu diadema, tristeza; te consagraré mi cariño, pobreza digna; que me place tener abierta la puerta á los furores del viento; que apetezco el duelo, estátua severa, que viene á sentarse á mi lado. Simpatizo con el dolor que experimento y sonrie á mi corazon la sombra donde os encuentro, dignidad, fé, virtud, expatriada libertad, proscripto sacrificio. Tengo gran afecto á la isla solitaria de Jersey, donde la libre Inglaterra ampara bajo su pabellon á

la ola ennegrecida y encrespada, al navío que deja tras sí surco misterioso. Amo tus gaviotas, profundo mar, que sacudes tu manto de perlas sobre sus alas de colores, y se sumergen en tu anchuroso seno, saliendo de tus abismos como sale el alma de los dolores. Amo la roca solitaria, desde la que oigo la queja eterna y sin tregua como el remordimiento, renaciendo siempre en la oscuridad; la queja de las olas ante los escollos y la queja de las madres ante sus hijos muertos.

Jersey, Diciembre 1852.

VI.

El otro presidente.

I.

Ahí teneis, antiguos partidos, á vuestro hombre consular: en los dias serenos, cuando nada hay que temer, es dogo que ladra, dragon feroz, hidra colérica; pero es topo en los dias de peligro.

Para ponerle al frente, en esta época tempestuosa, eligieron al más cobarde, y no encontrando á ningun Thersites, eligieron á Dupin.

Mientras tu brazo poderoso, pueblo querido, trabajaba con afan por ellos, te vendian á tí, que eres el trabajador soberano, y oponian el presidente Bobeche al presidente Mandrin.

II.

Su voz ágria sonaba áspera; sus *quolibets* mordian al orador entusiasta; los insensatos colocaron el alma más baja en el sitio más alto.

De este modo tuvo el hecho desenlace inmundo. Los soldados con el sable en la mano salieron del cuartel y entraron en el templo augusto, donde para el mundo nacia la aurora.

Ante el altar de las leyes, donde derribaron y quemaron el honor y el deber, llamaron á ese hombre, diciéndole:—"Ponte en pié y lanza el rayo desde tu silla curul„.—Pero ese hombre se sumergió en la cloaca.

III.

Que permanezca y que se duerma allí; que su recuerdo vil se disuelva como el humo y se deforme como las sombras de la noche; que aunque lo busquen en la cloaca inmunda, no lo encuentren en ella, y que todo lo que se arrastre y se envilezca se disipe confundido con él. Y al dar cuentas un dia la historia, diga, al verlo cubierto de cieno:—"No se sabe eso lo que es; será alguna ignominia cuyo nombre se ha perdido„.

IV.

Si semejantes almas se reciben en los infiernos, si no las rechazais de allí con amargo orgullo, poetas, que armados de invencibles mazas guardais aquella sombría entrada, ¿no es verdad que en el antro donde la justicia habita, donde la esperanza huye del ardiente frontispicio, no es verdad, cenobita de Patmos, Dante, Milton, Esquilo, que debe ser gran placer para vosotros, que sois los vengadores de las virtudes, hacer que los espectros abofeteen á las máscaras y que Bruto abofetee á Dupin?...

Bruselas, Diciembre 1851.

VII.

A la obediencia pasiva.

I.

Los soldados del año dos empuñaban los sables contra prusianos, contra austriacos, contra toda la Europa; iban al Levante, al Poniente, al Sur, al Norte, con los fusiles antiguos echados á la espalda, pasando torrentes, subiendo y bajando montes, sin reposar, sin dormir, destrozados, sin víveres, pero joviales, orgullosos y terribles como demonios.

La libertad sublime llenaba completamente su pensamiento. Cada dia tomaban flotas al asalto, destruian al paso fortalezas, cada dia realizaban algun prodigio en sus choques, encuentros y combates, y hacian maravillas Joubert en el Adige y Marceau en el Rhin.

Unos se batian en la vanguardia, otros en el centro, y á pesar de la lluvia, de la nieve y de tener agua hasta las rodillas, iban adelante. Unos les ofrecian la paz, otros les abrian las puertas y los tronos caian rodando, como hojas secas que dispersa el viento.

Luchando con tantas contrariedades,

qué grandes érais, soldados de Napoleon! Lanzando rayos por los ojos, con el cabello desmelenado y agitándose en revuelto torbellino, erguian la cabeza, y como leones que aspiran la tempestad cuando sopla el aquilon, ébrios en la pelea, saboreaban los ruidos heróicos, chocando hierro contra hierro; alada la Marsellesa, volaba por entre las balas, y al oir el extrépito de los tambores, de los obuses, de las bombas y de las músicas, se sonreia Kleber.

La revolucion les decia:—"Voluntarios, morid para libertar á todos los pueblos, que son vuestros hermanos„. Ellos, convencidos, la contestaban:—"Moriremos„. —Corred á vencer, soldados veteranos, generales imberbes.—Y se veia desafiar á la muerte á aquellos soberbios descamisados que asombraron al mundo.

Desconocian la tristeza y el miedo. Eran capaces de haber escalado las nubes, si al volver la cabeza en su carrera olímpica hubieran visto detrás de ellos que la República con la mano les señalaba el cielo.

II.

Cuando se eleva nuestro espíritu hácia esos veteranos, vemos brillar sus frentes y resplandecer sus aceros, que tan útiles empresas realizaron. Pero como ya están lejos de nosotros, el tiempo los hace olvidar, porque en tu historia, Francia, ocupan demasiado sitio y es preciso que dejes huecos para la gloria de los nuevos soldados.

Sí; glorifica á los soldados nuevos que se lanzan con las espadas desnudas, cien mil contra uno, sin temor y ametrallando á tambor batiente. Victoria! En la encrucijada de Tiquetonne han muerto á un niño de siete años. Son héroes que no tienen miedo á las mujeres, y hacen fuego sin palidecer contra los transeuntes que pasan temblando.

Toman por asalto á las leyes; lanzan sobre la pátria caballería, infantería y artillería, ciegos de coraje, á la carga, llevando por porta-bandera á Maupas y por clarin á Veuillot.

El pueblo carece de hierro y de plomo; no tiene fusiles ni cartuchos... ¡ánimo, valientes! Esta es la ocasion!... La ley está sola con algunos tribunos. Detrás de los cañones, cargados hasta la boca, disparad valientemente.

Soldados de Diciembre, soldados defensores de la emboscada contra la pátria, con vergüenza vé Paris consternado vuestras cabalgatas: vuestros padres, como os he dicho, brillaban como luminosos faros, y cantando desafiaban al asombrado espectro de la muerte.

Vuestros padres combatian ejércitos poderosos de soldados prusianos, rusos y catalanes...; vosotros matais á agentes de la Bolsa y de negocios. Vuestros padres eran gigantes que se apoderaron de Zaragoza...; vosotros os habeis apoderado de Tortoni.

Qué dices á esto, historia? Los soldados antiguos, veteranos en las batallas, se apoderaban de cañones que disparaban metralla; estos corren sin temor, hollando con sus piés á ancianos heridos y á mujeres moribundas, por el camino recto del crímen. Son dos maneras diferentes de no retroceder.

III.

El príncipe manda llamar, á la hora en que Paris duerme, á generales franceses que llevan la triple estrella en la charretera de oro, y les dice:—"Oidme; para vosotros solo me quito la careta que me enmascara. Hasta ahora os habeis creido que yo era Bonaparte; pues bien, me llamo la Asechanza. Mañana es el gran dia, el dia de los funerales y el dia del duelo. Os deslizareis junto á las murallas silenciosamente, como se escurren los ladrones; tomad esta palanca que yo uso y llevo siempre escondida, y con ella hareis saltar la cerradura de la puerta de la ley. Despues ¡hurra! sacais los sables y, acompañados de la policía, sin dar cuartel á nadie, ni á vuestros generales de Africa, ni á las personas honradas, ni á los representantes del pueblo, ni al pueblo, ni á Paris aterrorizado, haceis fuego á los rebeldes. Yo os pagaré bien.„ Aquellos generales aceptaron lo que Vidocq hubiera rehusado.

IV.

Ahora, ¡viva la liberalidad en el pretorio! brindad, soldados! No tengais miedo de reir y de beber. Celebrad fiestas en los cuarteles y en los campamentos.

La orgía ha enrojecido su bigote; rollos de oro llenan sus sacos; su capitan es Camacho y su vivac Cucaña.

Despues del destino la francachela. Todos á la mesa. Ayer era dia de matar, hoy es dia de comer. Napoleon, tu espada sirve de broche á Gargantúa.

Toman el asesinato por victoria; sus

ojos, que aduerme la embriaguez, les hacen ver que la deshonra es gloria y que los franceses son sus enemigos.

Francia, te ahogaron el dia anterior, y hoy ostentan, en una mano una botella y en la otra mano tu cabeza.

Bailan en corro asquerosas cuadrillas, como brujos en una hondonada; Troplong les trae jóvenes lindas y Sibour les escancía el vino. Y en sus banquetes, sin descanso y sin fin, suenan ruidosas orquestas. Pobres soldados! nosotros queríamos daros destino más digno de vuestro valor.

Deseábamos para vosotros que desafiárais al huracán, á la nieve, al pié de los pinos sombríos, en la brecha donde estalla la bomba, en noches sin fuego y en dias sin pan.

Queríamos para vosotros marchas forzadas, hambre, frio, golpes rudos, capotes viejos y usados y la victoria de uno contra diez.

Deseábamos para vosotros, soldados esclavos, para vosotros y para vuestros generales la santa miseria de los valientes, la venerable tumba de los héroes.

Porque la Europa encadenada suspira, porque en los corazones fermenta un deseo grandioso, porque ha llegado la hora en que Dios vá á decir:—"¡Cadenas, rompeos! Pueblos, sed libres!„

La historia abre un nuevo registro, y el pensador, con amargura, pero sereno, oye rodar tras el horizonte siniestro carros de metal.

Profundo ruido turba la tierra; los aceros se mueven dentro de las vainas, y el viento que sopla sale de la ardiente nariz del negro corcel de la guerra.

Hácia el dichoso fin al que Dios nos camina os destinábamos, nosotros los pensadores; porque, soldados franceses, formais á la cabeza de la columna humana y sois la vanguardia de las naciones.

Os destinábamos, aguerridas tropas, conquistadores fraternales, á la gran guerra de las pátrias, á contribuir á la caida de los tiranos.

Reservábamos vuestro noble valor y vuestras filas invencibles para la augusta guerra de la que ha de salir la augusta paz.

En nuestras ilusiones os veíamos, guerreros, avanzar entre el estruendo de la batalla, y ensangrentados, conquistar inmarcesibles laureles.

Os veíamos desaparecer entre torbellinos de humo y de polvo, y despues, de repente, surgir á la luz radiantes batallones, y pasar, como sagrada legion que los pueblos bendecirian, por bajo el inmenso pórtico del porvenir deslumbrador.

V.

Los soldados franceses han visto brillar dias infames; despues de Brune y de Desaix, magnánimos héroes que admiramos; despues de Turena, de Santraille y de Lahire, han visto que les entregaba banderas Poulailler, y que les decia:—"¡Soldados, estoy satisfecho de vosotros!„

Banderas del pasado, tan memorables, que simbolizais todas nuestras glorias, que tanto temian los fugitivos, rotas, acribilladas á balazos, que en vuestros girones habeis mezclado la sangre de Hoche con la de Bayardo; salid de los sepulcros, salid de los abismos; salid en tropel, sirviéndoos de alas vuestros girones sublimes; como siniestro enjambre que se remonta al horizonte, salid, volad, para borrar nuestra vergüenza actual.

Arrebatad á nuestros soldados sus banderas viles; vosotras, que destronábais á los reyes, que tomábais ciudades por asalto, vosotras en quienes teníamos fé, que saltábais montes, abismos y rios, entre cuyos pliegues morian vuestros héroes, arrojad de aquí á esas águilas nuevas, á cuya sombra se embriagan los soldados.

Hacedles ver la diferencia que hay de unas á otras; enseñadles lo que deben ser las banderas de Francia; enseñadles vuestros pliegues sagrados que flotaban en el Rhin, en el Mosa y en la Sambra, para ver si conseguís que ante el 2 de Diciembre se encienda en cólera Austerlitz.

VI.

Pero es inútil. Solo queda cieno y miseria. Sobre el abismo donde se hundió nuestra gloria brillan con siniestro resplandor Maupas, Morny, Magnan, Saint-Arnaud y Bonaparte. Doblemos la frente; Gomorra triunfó de Esparta... Esos cinco hombres son cinco bandidos.

Una tras otra se conquistan las naciones. A la Inglaterra, que es el pais de las antiguas franquicias, la conquistaron los antiguos Neustrios; á Roma, Alarico; á Bizancio, Mahoma; á la Sicilia, tres caballeros, y á la Francia, cinco galeotes.

Bien está: reinad; llenad de inquietud

al pensamiento humano; á Nuestra Señora, de incienso; al Elíseo, de bailes; á Montmartre, de cadáveres; reinad, encadenad al pueblo, que para vosotros es populacho; encadenad á Paris y atad á la Francia á la cureña de vuestros cañones humeantes.

VII.

Cuando arrojó á vuestros pechos sus medallas, sus cintas y sus cruces, despues de aquella memorable batalla, soldados que atezó el sol de Africa, ¿no conocísteis que os salpicaba de cieno?

Cada vez que pienso en vosotros se me humedecen los párpados. Lloro por vosotros, lloro por lo que os prometió; lloro por la gloria que está hoy empañada, porque entre vosotros hay algunos que piensan y que se apesadumbran.

Deseaba para vosotros el verdadero esplendor; hijos de la República y del pueblo, que el honor alentaba, ¿qué os ha hecho ésta que os haya inducido á servir á ese bandido que la deshonra?

A quién seguís, alucinadas legiones? Al hombre al que habeis prostituido vuestra espada, al criminal flagrante, al aventurero vil que os inspira confianza, y que será en la historia Napoleon el Pequeño ó Cartouche el Grande.

Ejército, de ese modo tu sable hiere á traicion al juramento, al deber, á la lealtad guerrera, al derecho conculcado, á la revolucion emprendida en este siglo; al progreso, al porvenir, á la República santa, á la santa libertad;

Para que ese pigmeo omnipotente presida la orgía inmunda y triunfal, que cubre la matanza y cuya boca exhala hedor de sangre; para que pueda sujetar más y más á tu patria, á la que tú martirizas; para que pueda sentarse sobre un monton de cadáveres.

VIII.

Ya que así obró ese ejército, ¡oh Dios!; ya que fué sordo á la voz del honor; ya que han apagado en sangre la antorcha que encendísteis para la Francia; ya que la conciencia entristecida no encuentra donde refugiarse; ya que el sacerdote en el púlpito y el juez en el tribunal adoran al éxito triunfante, como verdadero y legítimo, y prefieren aliarse al crímen á sucumbir á la virtud; ya que son semejantes á mujerzuelas; ya que están degradados ó muertos los que derrocaban Bastillas; ya que el honor mengua á medida que el César asciende; ya que se carece de valor para acometer grandes empresas; ya que los antiguos arrabales, temblando como cobardes, aparentan estar dormidos, prestadme ¡oh Dios! vuestras fuerzas, para que yo, que soy un sér insignificante, entre en casa de ese corso inhumano y sacuda sobre él mis versos sombríos y llameantes, llevando allí la justicia en el alma y el látigo en la mano, y remangándome las mangas, solo y terrible, agitando los sudarios de los muertos, con santo furor, como vengador terrible, aplaste bajo mis plantas el antro de la fiera, al imperio y al emperador.

Jersey, Enero 1853.

LIBRO TERCERO.

Se ha restaurado la familia.

I.

Apoteósis.

Meditemos, deteniéndonos ante semejantes espectáculos.

Una especie de cotorra tenia por percha un gran nombre; era un pobre diablo de príncipe que iba vestido de negro, al que el año 1815 limpió el comedero; no tenia ni dos reales en el bolsillo, y pidió prestadas cinco libras. Ahora veremos la escala gradual que ha ido subiendo dicha cotorra ó dicho príncipe. Desde cinco francos se elevó al billete de Banco firmado por Garat; desde el billete de Banco dió un brinco ese saltimbanqui hasta el millon; desde el millon hasta el billon. Luego tuvo carrozas, palacios, bailes, festines, opulencia, se sentó en la mesa del poder, y hoy se come á la Francia. El fullero se convirtió en hombre de Estado.

Qué hizo para eso? Cometió un delito; más que un delito, un gran atentado, una horrible matanza, á la que prestó juramento de fidelidad el Tribunal Supremo de Justicia. Se abrió el abismo y en él desapareció la revolucion, dejando tras sí olor de azufre. Romieu abre la trampa y dice:—"Ved el abismo!„

Entre tanto los trabajadores viven vi-

gilados por la amenaza del palo y encerrados en los arrabales; Paris vé en sus calles y plazas, fijos, multitud de ukases y el Sena se hiela lo mismo que el Neva. Pero el señor triunfa; se pasea, de prefecto en prefecto y de maire en maire, condecorado con el 2 de Diciembre y con el 18 Brumario, lleno de ramos de flores, en el carro de triunfo de su carretela, feo, alegre, recibiendo los saludos y las reverencias de los polizontes. Despues entra en el Louvre como emperador; parodia á Napoleon; lee la historia y estudia el honor y la virtud en Alejandro VI; se instala en el palacio del espectro de Médicis; deja un momento su púrpura ó su casaca y se pasea alrededor del estanque, con su pantalon cosaco, distribuyendo complacido á los peces migas de pan, del que carecen los proscriptos.

Los cuarteles le adoran, los púlpitos le bendicen; tiene la Europa á sus piés, temblando bajo su trono. La fuerza de su reinado se la dan las mitras y las charreteras. Su trono tiene tres gradas: el perjurio, el asesinato y el robo.

Mármoles pentélicos, mármoles de Paros y de Carrara, antiguos héroes de las antiguas Repúblicas, dictadores del imperio romano, admirad al destino. Ved al nuevo dios que se encarama hasta el fronton del templo. Pueblo, míralo; contémplalo, historia. Mientras nosotros, mártires del derecho, expiamos este crímen con los Pericles y los Escipiones, sobre los frisos que simbolizan las victorias, en medio de Césares vestidos de púrpura y ceñidos de laureles, entre águilas de oro y lobas de bronce, entre los emperadores á quienes elevaron columnas, entre Augusto y Trajano, y en sitio más alto que ellos, se eleva Roberto Macaire con sus botas torcidas.

Jersey, Diciembre 1852.

II.

El hombre se rie.

«El escritor Víctor Hugo acaba de publicar en Bruselas un libro titulado *Napoleon el Pequeño*, y que encierra las calumnias más odiosas contra el príncipe presidente.

»Dícese que uno de los dias de la semana próxima pasada, un alto empleado trajo á Saint-Cloud un ejemplar de ese libelo. Apenas le vió Luis Napoleon lo tomó, lo examinó un instante con la sonrisa del desprecio en los labios, y luego, dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo, enseñándoles el libro:—«Señores, aquí tenemos á *Napoleon el Pequeño*, escrito por Víctor Hugo el Grande».

(Eso decia uno de los periódicos del Elíseo.)

Acabarás por ladrar, miserable. Me apoderé de tí cuando aun estabas enjugándote el sudor que te causó tu crímen abyecto y triunfante; te puse el estigma en la frente, y ahora la muchedumbre lo vé y te escarnece. Mientras el castigo te clava al poste, mientras la argolla te obliga á levantar la cabeza, mientras la historia, alentada por mí, te desnuda y te presenta tal como eres, exclamas:—"¡No me remuerde la conciencia!„, y te burlas de nosotros, bellaco, y tu risa se ceba en mí; pero nada me importa, porque yo te aplico el hierro candente y veo humear tu carne.

Jersey, Agosto 1852.

III.

Fábula ó historia.

Cierto dia un mono flaco que tenia hambre se vistió con una piel de tigre; el tigre habia sido malo, pero él fué atroz, creyendo que la piel de tigre le habia trasmitido el derecho á ser feroz. Chocando los dientes gritaba:—"Soy el vencedor de los juncales y reino durante la noche.„ Como bandido de los bosques se emboscó entre las malezas, y tras ellas cometió rapiñas y asesinatos, degolló á los pasajeros, devastó el bosque, hizo todo lo que hubiera hecho un tigre. Vivia en un antro entregado á la carnicería. Al verle la piel todos le creian una fiera, y él gritaba y lanzaba espantosos rugidos:—"Mirad qué llena de huesos está

mi caverna. Ante mí todo tiembla y retrocede lleno de espanto; soy un tigre real.„ Los animales le admiraban y huian de él. Pero se le presentó un valiente domador, lo aseguró, y desgarrándole la piel, desnudó al terrible vencedor y le dijo, dándole un puntapié:—"Anda, no eres más que un mono!„

Jersey, Setiembre 1852.

IV.

¿Van á reinar en el mundo los más abyectos, los más viles y los más pigmeos?... ¿No nos bastaba con tener príncipes verdaderos, cuyo cetro de oro insultara al cielo, que es preciso que reinen reyes malvados por la gracia de Dios?...

¿Ha de aparecer un advenedizo provisto de un título superior de bastardía, un hijo del azar, cuyo nombre fué un robo y cuyo nacimiento fué una falsedad, y astuto y arrogante entrará en la familia de Braganza, en la de Austria ó en la de Este, merced á la ficcion legal del derecho romano, *is pater est*, etc. etc., y gritará diciendo:—"Yo soy Borbon, yo soy Bonaparte„, y dirá con cinismo:—"Yo soy el ínclito vencedor„, sin que los hombres de corazon ni las almas bravas devuelvan á Curcio ese monarca de cera?

Ese real pordiosero, ese tuno coronado que debiera llevar una bala sujeta al pié y pudrirse en el fondo de la cala de un ponton, obliga á la Europa entera á que le dé los títulos de majestad y de emperador, y se atusa el bigote sin que lo abofeteen, sin que lo echen de Saint-Cloud!...

Ya hemos conseguido tener paz, exclaman muchísimos bienaventurados; esto es hecho. El tres por ciento es Dios y Mandrin es su profeta. Reina porque le hemos votado, y *vox populi*...—Os comprendo; el oprobio es ya un hecho consumado. Pero, quién votó? ¿Quién guardó la urna? Quién verificó el escrutinio? ¿Medió para nada la ley en este escandaloso juego de manos? ¿Dónde estaban entonces la razon y la libertad?

Qué me importa que hayais votado? Votó el rebaño á quien el miedo obliga á pacer entre el sacristan y el guardia rural; votásteis los que, aterrorizados, veíais que se abrian las mandíbulas de la hidra para comeros á vosotros con vuestras casas y propiedades; votásteis los volterianos, los vividores, los amantes del placer, los santos varones, que confundís á Dios con la orgía y con la mesa, y que así tomais la defensa del cielo como el talle de una prostituta; votásteis los que contemplais con la boca abierta las horcas de Austria, los agentes de la Bolsa, que sois tramposos y que consentís en que os hagan trampas; votásteis los inválidos, los leones transformados en gatos; votásteis, en fin, los necios, para quienes ese hombre es un salvador; los corderos de Panurgo, que imitan todo lo que ven hacer. ¿Y os imaginais que vosotros constituís la Francia, que representais al pueblo y que teneis derecho para imponernos un señor?

Pues ese derecho, oidlo, ni Francia ni el pueblo mismo lo tienen.

La verdad no puede quemarse ni reducirse á ceniza; la libertad no es un andrajo que se vende, echado en un monton de trastos viejos ó colgado de un gancho en casa del ropavejero. Cuando un pueblo se deja prender en el lazo que le tienden, el derecho sagrado, que es siempre fiel á sí mismo, encuentra una ciudadela en cada ciudadano, que llega á ser ilustre desafiando al cobarde conquistador, y el hombre más ínfimo del pueblo llega á ser el más grande. Adorad, pues, estúpidas criaturas, ese estercolero que se oculta bajo el dosel de brocado, ya que quereis vivir en el fango y en la podredumbre, que el hombre honrado retrocede y se aparta de tanta miseria. Yo no quiero descender adonde los demás han descendido. El honor no se debe abdicar. Nadie tiene derecho de arrebatarme la libertad, que constituye mi tesoro y mi cariño. El universo ciego no tiene derecho á la luz. Aunque en él existiesen cien millones de esclavos, yo seria libre. Así habla Caton.

En la frente del hombre que no quiere doblegarse circula la noble sangre de nuestros mayores, y viven en él la virtud, la dignidad, la justicia, la historia y la nacion con todo su esplendor. Para sostener el templo basta un pilar. Un francés personifica la Francia y un romano á Roma. El que destruye un pueblo cae á los piés de un solo hombre.

Jersey, Noviembre 1852.

V.

El buen propietario en su casa.

«Mas ¡qué feliz soy de haber nacido en China! Poseo una casa para albergarme; tengo con qué comer y beber, tengo todas las comodidades de la existencia, tengo vestidos, sombreros y una infinidad de adornos. Disfruto de verdadera felicidad.»

(Tieu-ki-Chi, *literato chino*.)

Hay ciertos señores de la clase media que son más amigos de Criseo que de Caton de Utica; que prefieren á todo la renta y el cupon; que bogan por la Bolsa con un arpon en la mano; que se llaman hombres honrados; que aceptan á Falaris, por cariño á su caja y al toro de bronce; por el becerro de oro, que votaron ayer y que votarán mañana. Si cae en sus manos algun ejemplar de este libro, con los piés apoyados en los morillos de la chimenea y fumándose un cigarro, cada uno de esos votantes razona así en voz baja:—"Es chocante este libro: ¿con qué derecho el autor es generoso, firme y digno, cuando yo soy cobarde?... Me disgusta que ataque á Bonaparte. Pienso de él lo mismo que el autor; pero no debia publicarlo. Bonaparte es un hombre sin fé y sin ley, perjuro, bandido y falsario, eso es verdad. Su política vá armada en corso; ha desterrado hasta los jueces suplentes; ha escamoteado la bolsa á los príncipes de Orleans; es el hombre más bellaco que calienta el sol; pero ya que yo le he votado, estas verdades no debian hacerse públicas. Escribir contra él es censurarme; es lo mismo que decirme cómo deben obrar los hombres dignos; es una manera de hacernos ver á los que permanecemos neutrales que somos unos borregos. Convengo en que estamos muy sujetos; pero, ¿qué habíamos de hacer? La Bolsa iba muy mal; temíamos que viniera la República roja, y hasta la República de color de rosa, y era indispensable impedirlo; tropezamos con ese bribon y le hicimos emperador; esto es muy sencillo. Queríamos evitar el terror, y el espectro del señor Romieu, el jacobinismo, se refugió en esa emboscada. Cuando se habla mal de este gobierno siento cosquillas desagradables. Es posible que zurren con mucha razon á ese hombre, pero zurrarle es indicarme á mí, que soy un propietario pacífico que voté á ese malvado cónsul y emperador, que dije *sí* por miedo y que grité *¡viva!* por cálculo, y no me hace gracia que me lo digan. Como fuí pusilánime, no me gusta que nadie sea intrépido, porque el valor de los otros me afrenta."

Pensadores, cuando marcais la frente del hombre púnico, que de la ley sangrienta arrancó la túnica; cuando vengais al pueblo oprimido por la garganta, cuando vengais el juramento y el derecho, pensad que os colocais entre el malvado que reina y el necio que vota; y vuestra pluma ardiente, anárquica y demagógica, debe castigar, por una parte aquel crímen y por otra parte esta cobardía.

VI.

Esplendores.

I.

Ahora, ya que no tiene remedio, en el envilecimiento general que se arregle cada uno como pueda y que contribuya todo á formar esa corte, todo, escepto el honor; todo, escepto las virtudes. Haz vivir, anima y envíanos tus fetos y tus enanos monstruosos, anatomía; contribuye, antiguo Egipto, con tus cocodrilos y tus momias; Shakespeare, presta á esa corte tu Falstaff; Rabelais, dale tu Cancervero feroz; Hoffmann, tu diablo; Veuillot, tu ángel; Scapin, trae á tu Geronte dentro del saco; Beaumarchais, préstale tu Bridoison; Balzac, tu Vautrin; Dumas, tu Carconte; Voltaire, tu Frélon, á quien el dinero hace hablar y callar; Mabille, las beldades de tu jardin de invierno; Lesage, tu Gil Blas; Gulliver, tu Liliput; Scarron, tu Bruscambille; Callot, tu Scaramouche. La oscuridad se empareja en ella con el horror y lo malo con lo peor. Tácito, ya podemos crear un imperio; Juvenal, ya podemos formar un senado.

II.

Ducos el gascon, Rouher el auvernés, con vosotros, judíos, Fould Shylock, Sibour Iscariote, Parien, Bertrand, Bouchard y Barocle, cuyo apellido es un vomitivo; criados solemnes, trapaceros majestuosos que doblais abyectamente el espinazo, convenid conmigo, todos los que yo he nombrado, que Dios en su su-

prema sabiduría creó expresamente á ese hombre para reinar en Francia ó en Haiti. Y vosotros, creados para engrosar su partido, filósofos á quienes molesta el escozor que sufrís en la espalda, escapados de presidio, saludad al sér único y providencial, á ese gobernante caido del cielo por escotillon, á ese César bigotudo que sabe apreciar las personas y los méritos, y que es tan gran príncipe que hace senador á Poissy y subprefecto á Clichy.

III.

Cuanto más se ajuste al hecho la teoría de: "Abajo las palabras, abajo la ley, abajo la libertad y la pátria„; cuanto más se rebaje, más prosperaremos en ella. Echemos al fuego la tribuna y la prensa, porque desde el Noventa y tres las naciones están ébrias. Pierden el tiempo los que pronuncian discursos y los que componen libros; el poeta es un loco peligroso, el progreso es una ilusion, el cielo está vacío, el arte hueco y el mundo muerto. El pueblo es un asno que se encabrita; la fuerza es el derecho; doblemos las rodillas y ¡gloria al sable! Mueran los Washington y vivan los Atila!—No comprendemos cómo hay gentes de talento que sostengan semejantes teorías.

Vayan á la corte todos los que no tienen corazon ni entusiasmo, los cojos del honor, los bizcos del alma, que para ellos se levanta el sol y ha nacido el Mesías. Está decretado y cumplido; Francia está ametrallada, estafada y salvada. El buho que se llama Traicion ha puesto cómodamente los huevos en su nido.

IV.

Por todas partes prevalece la nada: para desgarrar nuestra historia, nuestras leyes y nuestros derechos, para devorar el porvenir de nuestros hijos y los huesos de nuestros padres, los animales carnívoros de la noche salen de sus antros; sofistas y soldadotes echan sus redes; los Radetzky olfatean con el hocico las horcas; los Giulay con pelo de tigre, los Buol de cara verde, los Haynaou y los Bomba, giran rechinando los colmillos y con la boca abierta alrededor del género humano, que, pálido y agarrotado, lucha por la justicia y por la verdad, y desde París á Pesth y desde el Tíber á los Carpatos, sobre nuestros sangrientos despojos arrastran sus garras.

V.

Del enorme diccionario en que Beauzée y Batteux vertieron los tesoros de su buen sentido gotoso es preciso rehacer cada letra, gracias á los vencedores. Ellos han encontrado el medio de bautizar las antiguas bajezas del alma del hombre con un monton de palabras nuevas; estas palabras son sus propios nombres. La hipocresía que vá mirando al suelo se llama Menjaud, y vende á Jesús en su propia capilla; la desvergüenza se llama Sibour; la traicion, Maupas; el asesinato, bajo el nombre de Magnan, es miembro del Senado; la cobardía se llama Hardouin; la mentira, Riancey, que llega de Roma y tiene la verdad encerrada en su pozo; la estupidez tiene por nombre Montlaville-Chapuis; la prostitucion espontánea es una princesa; la ferocidad responde al nombre de Carrelet; la bajeza se firma Rouher, y es su notario Delangle. Musa, inscribe esos nombres y clasifica á la justicia venal, que empieza en Partarieu y acaba en Lafosse.

Llamo á Saint-Arnaud y el asesinato me contesta: "Yo soy„. Y para completar el duelo y el espanto, el antiguo calendario reemplaza el dia de San Bartolomé por el dia de San Bonaparte.

Entre tanto el pueblo se admira y vota. Casi no es creible lo que vemos; nos sucede lo mismo que á Paris, que oye con respeto los sermones de Sibour y los pesados discursos de Troplong. Los dos Napoleones se unen como diptongos, y Berger entrelaza con iniciales atrevidas el boulevard Montmartre entre Arcole y Sodi. Espartaco agoniza en mazmorra fétida; proscriben á Temístocles, destierran á Arístides y arrojan á Daniel á la cueva de los leones; entre tanto se reparten los talegos de oro.

Jersey, Noviembre 1852.

VII.

Regalada vida.

I.

Perillanes, intrigantes, hombres poderosos, daos prisa á sentaros en la mesa de los goces, pero haced sitio para todos; comed y bebed, que la vida es rápida:

todo el pueblo conquistado, todo el pueblo estúpido está á vuestra disposicion.

Vended el Estado, talad los bosques, escamotead las bolsas, vaciad los receptáculos, cegad todos los manantiales, que ahora teneis ocasion para ello. Quitadles hasta el último céntimo á los alegres y fáciles trabajadores de los campos y de las ciudades; tomádselos y gozad.

Entregaos al jolgorio y á las francachelas; nada importa que la familia del pobre espire en su tugurio, estenuada, sobre un monton de paja. No importa que el padre temblando pida limosna en las noches frias. No importa que la madre, que carece de pan, recorra las calles oscuras y que no tenga leche para amamantar á su hijo.

II.

Recuerdo que un dia bajé á los subterráneos de Lille; visité aquel tenebroso infierno, en el que yacen bajo tierra, en miserables celdas, fantasmas pálidos y encorvados, porque la tortura retuerce sus miembros con manos de hierro.

Se sufre mucho bajo aquellas bóvedas; el aire parece que sea un tósigo; allí el ciego, caminando á tientas, dá de beber al tísico; el agua corre allí por el suelo; el que entra en esos subterráneos casi niño á los veinte años, es viejo á los treinta, porque siente penetrar cada dia la muerte que se infiltra en sus huesos.

Nunca allí se enciende fuego; la lluvia inunda la claraboya, y la vista en esos subterráneos, en los que la desgracia se encarniza con los trabajadores, vé pasar larvas errantes al través de la lívida claridad de los tragaluces.

El hombre se entristece allí pensando en la mujer; el padre siente á su alrededor la agonía de ver extinguirse la virtud; vé á su hija aparecer siniestra en el umbral de la puerta, y fijando los ojos en el pan que ella le trae, no se atreve á preguntarla:—"De dónde vienes?„

Allí duerme la desesperacion cubierta de asquerosos harapos; allí el Abril de la vida, sonrosado y espléndido para los demás, se parece al crudo invierno; la vírgen, que es una rosa á la luz del dia, en aquella oscuridad es una violeta; allí se arrastran en el horror la flacura del esqueleto y la desnudez del gusano.

Allí se extremecen, más abajo de las cloacas de las calles, grupos estenuados de familias, arrancadas á la vida y á la luz; allí, cuando yo entré, feroz como una medusa, una jóven, que parecia vieja, me dijo:—"Tengo diez y ocho años„.

Allí, la madre infeliz, sin tener siquiera paja para acostar á sus hijos pequeños, los mete en un foso que ella misma cava, y aquellos pobres inocentes, de miradas puras, encuentran al venir al mundo una fosa en vez de una cuna.

Allí domina la muerte; allí he visto, derramando lágrimas, el estertor de un anciano producido por las penalidades; allí he visto á la jóven de miradas hurañas, sin más vestido que su propia cabellera, y al niño espectro sobre el seno de la madre estátua.

De todos esos dolores dimanan vuestras riquezas, príncipes; esas desnudeces alimentan vuestras abundancias; vuestro presupuesto chorrea y rezuma en gruesas gotas de las paredes de aquellas concavidades, de las piedras de aquellas bóvedas, del corazon de aquellos moribundos.

Del rodaje horrible que se llama tiranía, del tornillo que aprieta el fisco desde el alba hasta la noche, sin tregua, en este siglo, sale el oro prensado, como de la uva aplastada sale el vino.

De esa indigencia, de esas agonías, de la oscuridad en la que jamás aparecerá la esperanza á aquellas almas angustiadas; de aquellos calabozos, llenos de amargura y de dolores, es de donde sale vuestra regalada vida.

De ese monton de indigencias terribles brotan los pesados y resplandecientes millones, que siembran el oro por el camino y se arrastran hácia los palacios y las apoteósis; salen de allí los millones joviales y coronados de rosas, pero tintos en sangre humana.

III.

Escanciad vino para que beban los señores. La orquesta rie; la fiesta cubre de tapices las paredes y las ventanas; la mesa brilla y resplandece; solo hay sombra bajo los piés; las puertas están cerradas; la prostitucion de las vírgenes hambrientas llora aquella noche.

Los que compartís esas asquerosas delicias, soldados mercenarios, tribunos vendidos, jueces cómplices, obispo sin pudor, ¿no veis que la miseria gime alrededor del Louvre donde estais gozando?... ¡La fiebre y el hambre y la muerte os proporcionan esas voluptuosidades!

Pero eso, qué importa? Reid. ¿Acaso no habrá siempre quien se queje? ¿Para

que somos emperadores, prelados, príncipes y princesas, si no nos hemos de divertir? ¡Ese pueblo que está triste, que llora, que consume el hambre, debe estar satisfecho de veros reir, de veros bailar!
Pero eso no os importa; lo que os importa es llenar los bolsillos y los cofres. Cantad y brindad con la copa en la mano; saciaos de comer, mientras el pueblo vive en la miseria, y celebrad magnífico banquete que neutralice el efecto que producen los que se mueren de hambre.

IV.

Esos son los que te gobiernan, esos son los que huellan tu frente, que se erguia ayer altiva en formidable barricada y que lavabas con sangre. Pueblo, el César se queda con tu dinero y te condena al hambre. ¿Acaso no eres el perro vil que, á pesar de recibir palos, tiene que caminar detrás de su señor? A él le corresponde la púrpura, á tí los andrajos; él debe gozar de la hermosura de tus mujeres y de tus hijas, y tú debes contentarte con su deshonra.

V.

Tarde ó temprano habrá quien confirme lo que yo digo. La Musa es la historia... ¡entre tanto, reid, verdugos bufones!... Alguno te vengará, pobre Francia abatida, y algun dia caerá el rayo del cielo y matará á los malvados.
Esos bandidos, que son peores que los de las antiguas razas, roen al pobre pueblo con sus voraces dientes, sin compasion y sin piedad. Esos viles que carecen de corazon, pero que tienen dos caras, dicen con desprecio:—"El poeta se mece en las nubes"... Es verdad! pero de las nubes tambien sale el rayo.
Jersey, Enero 1853.

VIII.

El emperador se divierte.

CANCION.

Para los desterrados, la Francia está muy lejos y la tumba muy cerca. Príncipe, preside esas fiestas locas; caza mujeres en los teatros y ciervos en los bosques; Roma quema por tí incienso y los reyes te llaman primo.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Los más castigados son los más dignos, y los más honrados yacen en Africa. Príncipe, Compiegne está lleno de cisnes, corre por los bosques; Vénus brilla en sus jardines, y la bacante, con sus brazos desnudos, se ciñe la corona de pámpanos.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Los forzados construyen un faro, arrastrando sus cadenas por la orilla del mar. Príncipe, entre tanto tú, con numeroso séquito, al són de la bocina, persigues en las selvas los venados que acosan tus jaurías.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

El padre está preso en el presidio de Cayena y sus hijos se mueren de hambre; el lobo dá de beber á la hiena; el de la mitra y el robo brinda en su copon de oro por el hombre de la traicion, y se ven brillar los ojos llameantes de los faunos, que lo presencian en su antro vecino.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Ruedan en el boulevard Montmartre los muertos enseñando sus heridas abiertas, mientras que en las mesas del festin, cubiertas con pieles de marta, saborean vinos y manjares cien hermosas, brindando por el vencedor; cien beldades, cuya sonrisa lasciva las entrega de antemano.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Cautivos, morid de calenturas, que muriendo descansareis. Mientras, el emperador come, besa y abraza.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

En Guyana, que es una mazmorra que abrasa como un horno, muere el expatriado. Acuéstate complacido en el lecho donde se acostaron Luis XVI, el emperador y Cárlos X; duérmete, mientras

te aclaman y te aplauden.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Es horrible desventura que un bandido feroz haya destruido nuestro porvenir. Hoy se celebra la gran boda; la prometida sube en la carroza; César vá á casarse. Pueblos, cantad su epitalamio! La Francia se casa con su asesino.—Toca hoy á fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás á rebato.

Jersey, Diciembre 1853.

IX.

—Senderos bordados de yerba y de flores, valles, laderas, bosques frondosos, por qué estais silenciosos y tristes?

—Porque el que venia ya no viene.

—¿Por qué nadie se asoma á tu ventana, por qué no hay flores en tu jardin, dónde está el dueño de la casa solitaria?

—No lo sé; está en otra parte.

—Perro, vigila la casa.—¿Para qué, si está vacía?

—Niño, por quién lloras?—Por mi padre.

—Mujer, á quién lloras?—Al ausente.

—Dónde está?—En el destierro.

—Olas que gemís contra el escollo, ¿de dónde venís?—Del presidio.

—Qué nos traeis?—Un ataud.

Julio 1853.

X.

Oye, Roberto, un consejo. Sé menos cándido, sé hombre de talento. El momento es oportuno, y hay que aprovechar la ocasion cuando se presenta. Nadie duda que esta California es rica en minerales; sin embargo, cuando un prefecto, un maire y un obispo te adoren; cuando un Suin ó un Parieu, contentos de tu fervor, te hablen con descaro, llamándote salvador y prometiéndote un porvenir, que Fould y Magne te aseguren, comparándote con César y con Carlo-Magno, acoge entonces estas proposiciones con un aire de buena fé que haga reir á las gentes sencillas. Con tus tonterías afliges, querido príncipe, á tu tio Napoleon, y á mí, que soy tu padrino. No seas Jocrisse, despues de ser Mandrin. Se coge á un pueblo por medio de una trampa; se roba un trono; pero el buen gusto exige no reirse de soslayo y no guiñar el ojo á los malignos. Llenemos los vasos y los bolsillos y riámonos. La Francia se arrastra y se ofrece á sí misma. Seamos el hombre sábio y prudente al que Júpiter entrega un cofre; apoderémonos de él y á reinar en seguida. El Papa nos bendice; son nuestros primos el czar, el sultan, el duque y el rey, y fácilmente podemos fundar un imperio. Es tentador ser jefe de una raza.„—¡Imbécil! te crees que esto durará? ¿Crees que una decoracion de teatro es un palacio de granito? ¡Es imposible que domines á Paris! ¿En qué Apocalipsis has leido que el enano eclipse al gigante? ¿Crees que todos verán con placer ó con indiferencia que tu cínica fortuna aplaste á la revolucion que provocaron nuestros padres? Pierde esa ilusion lisonjera; cree si quieres en la virtud de Rosa Tamisier para hacer sudar sangre á la cruz; cree que tiene alma Baroche, cree en la honradez de Deutz, cree en la lealtad de tu palabra, pero guárdate de creer que acabarás prósperamente, porque eso es imposible. Rosa Tamisier, Deutz, Baroche y tu juramento son de oro, pero tu cetro es de arcilla; Dios, que te ha embalado, escribe en tu frontispicio: *Frágil.*

Jersey, Mayo 1853.

XI.

Nuestros tiempos sirven á la historia de cloaca, y en ella está preparada la mesa para vosotros; sobre sus manteles comeis joviales, mientras en otras partes, desnudos y cargados de cadenas, agonizan tranquilos y serenos; Sócrates en el Agora, Jesucristo en el Calvario, Cristóbal Colon en el calabozo y Juan Huss en la hoguera, y la humanidad llora sin atreverse á pasar por los patíbulos en que yacen los justos y los sábios.— Se oye brindar á lo largo de las edades, entre vinos, manjares y arañas, sentados en cojines, ébrios y felices, al espantoso rebaño de sátrapas; por allí se oye reir y cantar, rodeados de mujeres, que coronan con flores sus liviandades, adoptando las mil actitudes de la lascivia, dejando á los perros y á los pueblos roer los huesos debajo de la mesa; allí se ven á todos los hombres asquerosos, princi-

pes del azar encenagados en el vicio, á todas las altezas de voluminoso abdómen, á toda la abyeccion y á toda la glotonería, desde Cambaceres hasta Trimalcion.

Jersey, Febrero 1853.

XII.

A propósito de la ley Faider.

Lo que se llama Carta ó Constitucion es un antro que el pueblo, cuando se revoluciona, cava en el granito, por parecerle que allí está abrigada y segura. Con regocijo el pueblo encierra en esa fortaleza sus conquistas, sus derechos, sus progresos y su honor, que consiguió á costa de muchos sacrificios. Para conservar esos tesoros instala en la soberbia guarida á la fiera Libertad, para que allí sacuda la melena. Terminada esta construccion, apaciguado el pueblo, vuelve al trabajo y á sus campos, orgulloso de haber recuperado sus derechos, y tranquilo se duerme pensando en ellos, sin preocuparse de los ladrones que atisban dicha guarida en la oscuridad. Despertándose una mañana, el pueblo vá á ver su Constitucion donde la guardó, y vé que el antro augusto lo han convertido en nicho, y en vez de un leon se encuentra con un perro.

Jersey, Diciembre 1852.

XIII.

En la orilla del mar.

HARMODIUS.—La noche se acerca. Vénus brilla.

LA ESPADA.—Harmodius, ya era hora.

EL MOJON DEL CAMINO.—El tirano vá á pasar.

HARMODIUS.—Tengo frio; entremos.

UNA TUMBA.—Quédate ahí.

HARMODIUS.—Quién eres?

LA TUMBA.—El sepulcro. Ejecuta tu intento ó muere.

UN BUQUE EN EL HORIZONTE.—Yo tambien soy el sepulcro, que llevo á los proscriptos.

LA ESPADA.—Aguardemos al tirano.

HARMODIUS.—Tengo frio. Hace un viento glacial.

EL VIENTO.—Paso! Mi ruido es una voz. Siembro en el espacio los gritos de los desterrados que espiran en la miseria; que sin pan y sin abrigo, sin amigos y sin padres, mueren mirando hácia la Grecia.

UNA VOZ EN EL AIRE.—¡Levántate, vengadora Némesis!

LA ESPADA.—Esta es la hora; aprovechémonos de la noche, que empieza á extender sus sombras.

LA TIERRA.—Estoy llena de cadáveres.

EL MAR.—Me enrojece la sangre. Los rios me han traido multitud de cuerpos muertos.

LA TIERRA.—Los muertos vierten sangre mientras adoran su sombra, y cada paso que dan siento en mí que se agitan confusamente.

UN FORZADO.—Soy un presidiario, y arrastro esta cadena por no haber querido arrojar de mi casa á un pobre proscripto que huia y era un buen ciudadano.

LA ESPADA.—No le hieras en el corazon, porque no le encontrarás en su sitio.

LA LEY.—Yo era la ley, ahora soy un espectro; él me mató.

LA JUSTICIA.—Yo era una sacerdotisa y él me prostituyó.

LOS PÁJAROS.—Ha absorbido el aire del cielo y nos vamos á otra parte.

LA LIBERTAD.—Yo me voy con ellos. Grecia, tierra sin luz, adios! adios!

UN LADRON.—Nos entusiasma ese tirano, porque ese señor, que el juez respeta y el sacerdote admira, que aclaman en todas partes, se parece más á nosotros que á los hombres honrados.

EL JURAMENTO.—¡Dios es poderoso; cerrad para siempre todas las bocas! La confianza murió y los hombres mienten. Soplad, vientos de la noche, y llevaos el honor y la virtud, que solo son ya sombrías quimeras.

LA PÁTRIA.—¡Hijo mio, estoy cargada de cadenas! ¡Hijo mio, soy tu madre y extiendo los brazos hácia tí desde mi cárcel!

HARMODIUS.—Es preciso herirle por la noche, cuando entre en casa, bajo este cielo sombrío, ante estos mares sin límites; darle de puñaladas ante la sombra de la inmensidad.

LA CONCIENCIA.—Tranquilo puedes matar á ese hombre.

Jersey, Octubre 1852.

XIV.

No.

Dejemos la espada á Roma y el puñal á Esparta; la prisa de castigarle no debe obligarnos á que se apodere el espectro de Bruto del bandido Bonaparte; dejemos que le castigue su porvenir siniestro.

Quedareis satisfechos, desterrados, cautivos, proscriptos y mártires que estais sufriendo; todos los que gemís quedareis vengados.

El crímen no perdona jamás al criminal, pero contened vuestra venganza: esperad; tened fé en las órdenes que Dios dicta, que Dios es juez paciente, y se las dá al tiempo, que es tardío verdugo.

Dejemos vivir al traidor en su insondable ignominia. Su sangre deshonraria el puñal más vil. Dejemos que venga el tiempo, ese desconocido formidable que le ha de castigar.

Reina porque es el peor; por eso es señor de cerebros envilecidos y de embrutecidos corazones. Trasmitiria á su raza el imperio el Senado, si encontrase mujer que le diera hijos.

Que le hagan reinar la mitra y el sable; que le eleve á emperador su flagrante delito; que la Iglesia, como una cortesana vil, parta con él el lecho;

Que Troplong le admire, que Sibour le venere, que obligue á sus cortesanos á que le besen los piés sangrientos. Dejad que viva ese César. Loubel ó Lacenaire se rebajarian matándolo.

Triunfaremos con ayuda de la Omnipotencia. Los ejemplos frios valen más que los arranques de furor. No, no le mateis: las infames picotas pueden envalentonarse si las honra un emperador.

Jersey, Octubre 1852.

LIBRO CUARTO.

Ha glorificado á la religion.

I.

Sacer esto.

No conviene al pueblo ni á la libertad que muera. Seria verdaderamente justo que por destruir las leyes, que por su sangrienta emboscada, por sus asesinatos, por su perjurio, por arrastrar la Francia herida en el corazon y atada de piés y manos á su inmundo carro, se castigase á ese infame con una estocada en el cuello, como á Pompeyo, ó en el costado, como á César.

Como el asesino que vaga errante por las llanuras, mató y ametralló sin remordimiento; vació las casas y llenó las tumbas. Por él el hijo quedó sin padre, sin apoyo y sin esperanza; la viuda solloza y llora, y la madre vá cubierta de fúnebre velo.

Mártires, héroes ayer y presidiarios hoy, os arroja á Cayena, á Africa, á las sentinas, y chorreando la cuchilla de las guillotinas, deja caer sobre él gota á gota la sangre de los hombres que defienden el derecho, la sangre de los hombres que defienden la justicia.

Dejémosle vivir. Si algun dia pasara por el camino, desnudo, encorvado, temblando, bajo el peso de la execracion de todo el género humano, oprimido por su pasado de crímenes, buscando los sitios solitarios, los bosques, los abismos, pálido y azorado; si algun dia se agitase en algun calabozo, sin oir más que el ruido de su cadena, siempre solo, hablando á las paredes sordas, rodeado de ódio y de silencio, envejeciendo despreciado por la muerte y abandonado... pueblos, apartaos de ese hombre, que lleva en la frente un estigma: dejad pasar á Cain; su castigo corresponde á Dios.

Jersey, 14 Noviembre 1852.

II.

Lo que el poeta se decia en 1848.

No debes buscar el póder; debes trabajar en otra parte: eres espíritu de otra esfera, y ante el poder debes retroceder modestamente. Eres el amante severo del pensamiento que sufre, y ya te comprendan ó ya te desdeñen los hombres, debes ser pastor para vigilarlos y sacerdote para bendecirlos. Cuando los ciudadanos, agriados por la miseria, se maten unos á otros, olvidándose que todos son hijos de Francia y del mismo Paris; cuando se aparezca de repente siniestra y formidable barricada á la esquina de cada calle, vomitando por todas partes la muerte, tú debes presentarte allí solo y desarmado; debes en esa guerra impía y abominable presentar el pecho y manifestar tu alma, hablar, rogar, salvar á los débiles y á los fuertes, sonreir á la metralla y llorar por los muertos, y despues volver tranquilo á tu sitio aislado, y desde allí defender, entre el tumulto de la Asamblea, no solo á los que traten de proscribir, sino tambien á los que quieran juzgar; debes desde allí derribar el patíbulo, servir y proteger el órden y la paz, que ataca un partido temerario; debes proteger á nuestros soldados, que son fáciles de engañar, y á tus hermanos, los pobres hombres del pueblo, y á las leyes y á la libertad, y consolar, en los dias de ansiedad funesta, al arte divino, que se extremece y llora, y esperar el momento supremo y decisivo.

Tu papel consiste en aconsejar y en quedarte meditando.

Paris, Julio 1848.

III.

Las comisiones mixtas.

Sentados en una cámara oscura, juzgan. Y pueblan las cárceles de inocentes, y las mazmorras y los pontones, que flotan á la luz del sol, tan sombríos como de noche, mientras que el reflejo de los mares se estrella en sus flancos negros lanzando escamas doradas.

Por haber abrigado á los proscriptos en su choza, un anciano vá á presidio, y se oyen estos gritos:—"A Cayena, al Africa, á las galeras todo el que haya combatido nuestro escrutinio de estafa, nuestro escrutinio que arrebató sus derechos al pueblo.„ Han condenado al amante platónico de las leyes, á la mujer que llevaba el pan á su marido, al hijo que defendia á su padre. Han espatriado al derecho, han desterrado al honor. Sale esa justicia de esos jueces, como sale la vívora de los sepulcros.

Bruselas, Junio 1852.

IV.

A los periodistas de ropa corta.

Porque rezando vísperas, ayunos y maitines, y esplotando á Dios, habeis abierto una tienda en medio del divino Evangelio; porque vendeis la estampa de la vírgen, con milagro á real y sin milagro á medio; porque referís patrañas que hacen temblar á las columnas de los templos; porque vuestro estilo deslumbra á dueñas y á fabriqueros; porque llevais sotana; porque trascendeis á mugre y no á clavel; porque publicais periódicos que piensa Escobar y que escribe Patouillet; porque formais una familia aparte en medio de la sociedad, creis tener derecho á decir, tomando el agua bendita:—"Soy santo, ángel, vírgen y jesuita, insulto á los transeuntes, pero no me bato.„

Vuestro inmundo periódico es un hormiguero de máscaras disfrazados de predicadores solapados, que pasan por sábios entre vuestros creyentes, porque les hablan en la jerigonza de sus oremus.

Insultais al génio, al escritor que consagra sus vigilias al estudio de la ciencia, á los pensadores que meditan las cuestiones trascendentales, y cuando alguno os busca nunca os encuentra. Despues de escupir la afrenta, la calumnia ó la mentira, huís del que vá á vuestros alcances. Dónde os escondeis?

El destino, que puso en vuestras almas el gérmen de todas las bajezas, debe hacer que pasen en vuestros antros todas las torpezas y todas las corrupciones.

Cuando un hombre cortés les dispensa el honor de decirles:—"Señores mios, espero que me deis una satisfaccion„, entonces contestan:—"Un duelo! ¡eso nunca! somos cristianos.„

Y mientras esto dicen, esos hombres hipócritas se santiguan y se encomiendan á todos los santos del calendario.

Disfrazan su temor con los escrúpulos religiosos. Pero el palo está dispuesto para caer en la espalda de alguno, porque no se evita la espada sin topar con el palo.

Conquistásteis el Sena, el Rhin y el Tajo, y el espíritu humano, rendido y postrado, sufrió vuestra férula. Llevais ventajas á los publicanos judíos, porque si los Tartufos no mueren, los Judas se ahorcan. Yago es un fátuo comparado con vuestro Basilio. La Biblia en vuestros graneros la roen los gusanos. El dia en que la mentira necesite un refugio, ya sabemos que vuestros corazones se abrirán para admitirla.

Insultais al justo, á quién persigue la amargura, y esto no obstante, todos los vicios se disfrutan en vuestra casa, donde encuentran los trajes que desean. Las almas son para vosotros bolsas y bancas. El que os acoge en su seno se arrepiente. Convertís en una tienda la Iglesia de Dios. En vuestros himnos santos elogiais la hoguera, que es la única antorcha que os alumbra.

Hace diez y ocho siglos que Jesús, el cariñoso pontífice, quiere salir de la tumba que lentamente vá entreabriéndose; pero vosotros haceis esfuerzos, nietos de Caifás, para cerrársela é impedirle que salga.

Setiembre 1850.

V.

Alguno.

Existió un hombre que se llamó Varron, otro que se llamó Pablo-Emilio y otro Ciceron; fueron grandes, poderosos y populares; desempeñaron cargos importantes; fueron generales, magistrados, oradores, y tuvieron energía ante el Senado; vieron entre el polvo y el ruido que hacen los ejércitos pasar las águilas inflamadas, y la multitud les seguia tributándoles ovaciones; murieron y levantaron á esos famosos romanos tumbas de mármol en su pais y en la historia; sus bustos se conservan graves como la gloria que conquistaron, y en la sombra de los palacios abren sus ojos vagos, siendo testigos misteriosos de lo que pasa á su alrededor; lo que no impide que nosotros, cuando hablamos de esos personajes, digamos alguna vez:—"Varron estuvo torpe tal dia; Pablo-Emilio hizo esto mal; Ciceron cometió un error gravísimo.„

Cuando así tratamos á tan ilustres personajes, ¿pretendes tú, bribon, que se hable de tí sin desden y que no se diga que eres un villano? ¿Pretendes que te elogiemos, cuando si hubieras vivido en la antigüedad te hubieran expulsado de Esparta y de Atenas?

Muchos te han conocido cuando recorrias los garitos, las casas de juego y las madrigueras del vicio. Tu vida es una farsa que quieres elevar enfáticamente á poema.

¿Qué me importa á mí, que soy pensador y juez, que Diciembre haya estrangulado á Febrero, y te instalen en un palacio, olvidándose del chiribitil donde vivias? No esperes que te perdone.

Ciudadanos, ese hombre antes, como Bruto, aborrecia los tronos y hoy les tiene gran cariño. Todos los oficios son buenos para él, como obtenga con ellos pingüe ganancia.

Lóndres, Agosto 1852.

VI.

Escrito el 17 de Julio de 1851, al bajar de la tribuna.

Esos hombres que han de morir, multitud abyecta y grosera, son barro antes de ser polvo. Ciertamente morirán y pasarán para la historia; hoy su vista inspira repugnancia al hombre honrado; son envidiosos, se consumen en rabias pueriles, furiosas porque son estériles, y muerden los carcañales del que intrépido va delante de ellos. Les humilla ladrar no pudiendo rugir, y corren á ver quién llegará antes á apoderarse de la presa. Ladran y alborotan á un tiempo, lanzados en el Senado, como las jaurías en el bosque, mezclándose y confundiéndose el comerciante, el magistrado, el soldado y el sacerdote, para aterrar con su algarabía al impávido leon. Como manada de perros están sumisos á cualquier amo; hoy á Bonaparte y mañana á Changarnier. Con su baba manchan el honor, el derecho, la República, la Carta popular, la obra evangélica y el progreso, que es la única y verdadera esperanza de los desolados pueblos. Pero no importa; seguid adelante. Cuando el

austero pensador que, lejos de las multitudes, abandonando la soledad, aparece repentinamente ante vosotros, viniendo á deciros la verdad, á defender á los vencidos, á tranquilizar á la pátria, estallais en gritos y en injurias, cebándoos en su nombre; pero solo conseguís procediendo de ese modo, que os desprecie. Su alma tranquila, que desdeña vuestra estimacion, prefiere vuestro ódio.

París 1851.

VII.

Un periodista.

Eso Zoilo santurron nació en una fragua. El demonio (Dios le permitió ese dia que crease) le dió á luz, haciéndole participar algo de Ravaillac y algo de Nonotte.

Cuando era jóven, que no tenia dónde caerse muerto, contemplaba á los subdiáconos con su sombrero de fieltro; Vidocq le encontró un dia rezando en una iglesia, y al ver que miraba bizco, le llamó para darle el empleo de espía.

Entonces, aquel descamisado, pensó en su boardilla. Y viendo que no tenia corazon, ni estilo, ni talento, ideó publicar un periódico callejero, dedicado al servicio de Jesucristo.

Armado con el hisopo se presentó á luchar contra los jacobinos, contra el siglo y contra el pecado, y se permitió, perteneciendo á la policía, ser jesuita, y además santo.

Vendia la Eucaristía por mil francos cada mes, y siendo más bajo que los ladrones y los asesinos, consiguió enriquecerse. Vestia de sacristan con ribetes de alguacil, y prosperaba. Insultó, predicó, hizo la rueda; si no hubiera sido santo, hubiera sido zapador. Se lavaba en medio del barro, y viendo que los demás huian de él, por miedo de que los salpicase, decia:—"¡Huyen de mí, me tienen miedo!„

Su frenético periódico complace á los devotos, á pesar de que parece escrito por bandidos. En la trastienda de su despacho fabrica llaves falsas para entrar por la puerta del Paraiso.

Inserta los anuncios de los milagros del dia; redacta los absurdos en forma de artículos de fé, y como es un fariseo, brinda oon los ricos y dice á los pobres: "Amigos, venid á casa á ayunar conmigo.„

Tiene francachelas á puerta cerrada, pero predica en público la abstinencia; en la iglesia entona la aleluya y en los banquetes entona canciones libres. Dice un *Pater noster* y vá luego á acariciar la barba de Simona. He visto muchos santos como ese que arrojaban salmos despues de beber, que vendian con aire contrito piadosas fruslerías, y que entonaban, segun el auditorio que tenian, ó las estrofas de Pirron ó los cuartetos de Pibrac. De este modo vive tranquilamente ese simple jesuita, que es un triple bellaco.

París, Setiembre 1850.

VIII.

El ya nombrado.

A mi pesar vuelvo á ocuparme de ese hombre miserable, del que Mateo Molé habla á Boissy d' Anglás, entre los muertos que se indignan.

Oh ley santa! oh justicia! ¿dónde estaba tu poder, custodio de todo derecho y de todo órden humano? Ese hombre, que durante veinte años te tendia la mano para cobrar su paga, cuando te vió sangrienta y víctima del infame, y que alzabas los brazos al cielo al verte tratada á puntapiés por los soldados, se marchó, volviéndote las espaldas y diciendo:—"Quién es esa mujer? no la conozco!„

Los antiguos partidos sentaron en el poder á ese justo: ¡necesitaban un hombre y tomaron un maniquí! Era preciso un Caton para ocupar aquel sitio augusto, é hicieron sentar á un Pasquin.

Degradó á la Asamblea segun su capricho y fué señor absoluto. El que no cree en nada, es materia disponible para todo. Hubiera recibido lo mismo en Temple Bar á Cromwell que á Monk; se reiria con Voltaire y votaria á Escobar.

Sabia lamer diestro y morder á siniestro, ayudando al crímen para su provecho; ese vil polichinela abrió la puerta á los esbirros disolutos que entraron en su casa una mañana. Hubiera sido su cómplice, si ellos hubieran querido, por salvar su destino, su tesoro y su pingajo de armiño; pero los jefes borraron su nombre de la lista; no quisieron hacer un traidor de este cobarde, porque pensaron:—"De qué nos servirá?„...

Se ofreció á los bandidos despues de haber matado la ley, y para que soltase la presa, tuvieron que decirle ante todo

París:—"Vieja prostituta, ¿no ves que tienes ya el cabello cano?„

En la actualidad, despreciado por los mismos tunos, pende la vergüenza de su nombre infamante y el último giron del pudor público de su último juramento.

Si por casualidad un trapero, de noche, en los más ocultos callejones, buscando con el gancho entre la basura encontrase á esa alma, no se dignaria meterla en el saco.

Jersey, Diciembre 1852.

IX.

Los que viven son los que luchan, los que persiguen un designio constante, un alto destino, y marchan pensativos y encariñados hácia un fin sublime, poseidos de un gran entusiasmo y de un gran amor. Son el profeta santo, postrado ante el arca de la alianza, el patriarca, el trabajador, el pastor, el obrero; son los de corazon honrado y recto, que llenan útilmente los dias de su existencia. Esos son los que viven: á los demás les compadezco, porque pasan la vida embriagados de su inútil fastidio, que les pesa contínuamente; existen sin vivir. Inútiles y dispersos, arrastran en el mundo el anonadamiento de ser y de no pensar. Llaman vulgo, plebe y turba á la muchedumbre: son los que murmuran, aplauden, silban, aniquilan, levantan, dicen que sí y que no; rebaño que vá y viene, juzga, absuelve, delibera, destruye, está tan cerca de Marat como de Tiberio; muchedumbre triste ó jovial, que viste traje rico ó vá con los brazos desnudos, confundida y compelida hácia desconocidos abismos. Son los transeuntes indiferentes y sin objeto, sin intencion y sin edad; lo más bajo del género humano, que se desvanece como el humo; los que no se conocen, los que no se cuentan, y de los que se pierden las palabras, la voluntad y el rastro. La oscuridad á su alrededor se prolonga y retrocede; solo gozan en el medio dia de un lejano crepúsculo, y lanzando á la casualidad sus gritos, su vocerío y su ruido, vagan errantes por los bordes siniestros de la noche.

No aman y siguen su taciturno curso, sin tener un pensamiento para el porvenir y sin mirar hácia atrás. Marchan hácia adelante sin saber á dónde van; se rien de Júpiter, sin creer en Jehová; miran con indiferencia los astros, las flores y las mujeres; buscan las comodidades del cuerpo, pero no los deleites del alma; hacen vanos esfuerzos para obtener resultados vanos; no esperan nada del cielo, y se olvidan de los muertos.

No pertenezco á esa clase de hombres: ya gocen de prosperidad, siendo altaneros, ó ya se oculten en inmundas guaridas, huyo de ellos y jamás sigo su camino. A parecerme á ellos, que son las hormigas de las ciudades, prefiriera ser un árbol que diera sombra al bosque.

Paris, 31 Diciembre 1848.

X.

Alba.

Se extremece la inmensa llanura. Es la hora en que meditaban Pitágoras, Hesiodo y Epicuro; es la hora en que, cansados de haber contemplado el azul sombrío y estrellado de la noche, llenos de horror santo, se dormian los pastores de Caldea. A lo lejos la cascada brilla cual manto de plata de infinitos pliegues; sobre el horizonte lúgubre aparece la mañana, con su rosada faz, que enseña riendo los dientes de perlas; el buey despierta y muge; los mirlos y las alondras cantan el himno matutino; en los bosques se oye confuso ruido de voces; los corderos, saliendo del aprisco, hacen saltar al través de las malezas sus vellones, que brillan á la primera luz del sol; y la jóven semidormida, fresca, abriendo sus ojos negros y sacando los brazos desnudos fuera del peinador, busca con los piés sus zapatillas chinescas.

Gloria á Dios, que despues de la silenciosa noche hace renacer la naturaleza, tranquila y hermosa. El alba despierta los nidos á la hora acostumbrada; la choza extiende en el espacio su penacho de humo, y el rayo de la luz, como flecha de oro, atraviesa el frondoso bosque; y más fácil seria parar la marcha del sol, que convertir en sensibles al honor y en apasionadas para el bien las almas miserables de Baroche y de Troplong.

Jersey, Abril 1853.

XI.

Vizconde de Foucauld, cuando á puñaladas asesinaste al elocuente Maund, el pueblo, lo mismo que hierve el Océano cuando el Etna muge en sus entrañas, se conmovió extremecido.

Vióse caer en el ocaso el pálido fulgor de 1830. La antigua monarquía, altiva y recalcitrante, vaciló en su trono, y en aquel triste instante comenzó su vasto desmoronamiento; pero á pesar de que aquellos reyes fueron castigados por haberse atrevido á atentar contra un hombre, eran grandes é ilustraban nuestra historia, dejando tras sí siglos brillantes, á Enrique IV, á Contras, á Damiefte y á San Luis.

Hoy en Paris, un príncipe de bandoleros, más falso que Ali-Pachá y más cruel que Rosas, mete en la cárcel á la ley, encierra la gloria en Mazas, expulsa de París el honor y el derecho, castiga á la probidad, á los oradores, á los generales, á los representantes del pueblo, á los génios, á los mejores servidores del siglo y del Estado, y además abofetea mil veces al pueblo, el que vá al Elíseo á ver cómo brillan las infinitas luces de las arañas, olvidándose del bochorno que lleva impreso en la mejilla, y se pára á contemplar al César. El pueblo, que es soberano, sigue el carro de triunfo de su esclavo y mira cómo bailan en el Louvre sus dueños, sus inmundos traidores, haciendo exorbitante ostentacion de su lujo.

Bruselas, Mayo 1852.

XII.

A cuatro prisioneros [1]

(despues de su sentencia).

Estad satisfechos, hijos mios, que el honor vá con vosotros; y vosotros dos, amigos mios, dignos poetas, á los que la gloria ciñe las sienes que la afrenta quería humillar, ofreced á esos jueces indignos, uno su intrépida dulzura y el otro su sonrisa de indignacion.

En la sala donde Dios vé la mezquindad de las almas, ante los frios jurados, que se escogieron para que fueran infames, creo, justicia sombría y augusta, ver alrededor de tí, en la oscuridad, los doce sepulcros alineados de los doce jueces.

Os han sentenciado; el porvenir los juzgará. A tí, hijo mio, por haber dicho en alta voz que la Francia era el refugio de los vencidos y de los proscriptos, y aplaudo que, ante el hacha obstinada del verdugo, hayais insultado á la guillotina y hayais vengado al crucifijo.

Son estos tiempos tan desventurados, que el mártir tiene que consolaros... Pero yo admiro ¡oh verdad! más que tu aureola, más que el nimbo ardiente de los santos que oran, más que los tronos de oro, ante los que todo palidece, la sombra que proyectan en tu faz los hierros de una cárcel.

Haga lo que quiera el malvado impulsado por su bajeza, el ultraje injusto y vil se convierte en el cielo en gloria. Cuando Jesús empezaba á sufrir su Pasion, el salivazo que un verdugo le escupió á la cara hizo nacer en el mismo instante una constelacion en los cielos.

Conserjería, Noviembre 1851.

XIII.

Se hospeda de noche.

Aventurero arrastrado por el ciego destino, si quieres pasar la noche hasta que amanezca, entra en la hospedería Louvre con tu rocinante imperio.

Moliére te mira y te hace señas Shakespeare; el primero te toma por Scapin y el segundo por Ricardo III. Entra jurando y persígnate. La antigua hostería está iluminada. La muestra, que el tiempo manchó y ennegreció, sobre el antiguo Sena, á dos pasos del puente Nuevo, cruge y rechina en el enmohecido balcon de Cárlos IX, y de ella quedan legibles solo estas letras:

—San... ta.·.... Texto oscuro y truncado; resto de las palabras: ¡Sangre! ¡Matanza!

Siniestro hormiguero llena esa sombría posada. Entonan canciones obscenas, comen, beben y rien; el vino pasa de las botellas á los vasos y de los vasos á las bocas. De las vigas cuelga una carnicería completa. Esos séres triunfantes han dado un buen golpe de mano. Uno grita: —"Exterminémoslo todo!„ Otro exclama:—"Embolsémonoslo todo„. El

(1) Pablo Meurice, Augusto Vacquerie, Cárlos Hugo y Francisco V. Hugo, redactores de *L'Evénement*.

tercero agita una antorcha que dá claridad deslumbradora. En algunos puntos, en las paredes, se ven huellas de manos ensangrentadas. Los manjares humean, las áscuas brillan en los hornillos encendidos. Se ven ir y venir muy atareados, con fundas en las mangas y con manchas en las manos, á los marmitones Rianceys, á los catacaldos Nisards, y detrás de la mesa á que están sentados Fortoul, Persil, Pietri, Carlier, Chapuys, capitulares ó capataces, añadiendo su firma al asesinato Ducos y Magne, Jorsey, de quien en Bondy se cambia la ortografía, á Rouher y Radetzki, Haynau al lado de Drouyn y al cerdo Senado husmeando con el hocico en la basura. Explorad, analizad, disecad su alma, en la que Dios ahogó los gérmenes, y nada encontrareis en ella.—Sús! Tú que llevas el mismo nombre que Napoleon y las mismas botas que Macario, el general Bertrand te precede y suenan multitud de bravos, gritos de alegría mezclados con aullidos. Los espectros que yacen en la sombra te ven entrar y abren sus ojos apagados. A tu alrededor se remueve un enjambre de Maritornes, mezclando en su jerigonza muchas palabras en caló; marquesas y duquesas de doublé, huríes de corazon de barro y de mirada de carbunclo. Representas la Regencia? En este caso se empolvarán los bucles. Representas el Directorio? Dínoslo, porque entonces nos vestiremos de Madras. Haz, hermoso extranjero, todo lo que quieras, porque te llamas Millon; entra, pues. Alrededor de esas beldades, palomas de la orgía, revolotean Suin, Moujes, Turgot y Aguesseau, y Saint-Arnaud, revolotea tambien en torno de ellas. El trabucaire Reybell toma á Fould por cura del que Sibour es vicario.

Todo está dispuesto para festejarte, bandido. En el centro resplandece inmensa chimenea. Tu águila, que es una lechuza, sirve de blason al artesonado; el buey Pueblo está asándose en el hogar, la grasa canta al recibir la sangre, y alrededor están sentados, sonriendo y platicando, Magnan, que le dió muerte, y Troplong, que le mandó asar. Se oye el chirrido de la carne y el chisporroteo del fuego, y con delantal de cuero y con la cuchilla en la mano aparece el carnicero Carrelet. La marmita Presupuesto está tambien al fuego.

Ven, pues, tú, á quien aman los judíos, á quien la Iglesia enciende cirios, que eres al mismo tiempo la esperanza de los hijos de Ignacio y de los hijos de Abraham, que vas hácia Tolon y que regresas de Ham; ven, que has terminado la jornada y es la hora de aprovecharte del festin. Siéntate al fuego, en ese cómodo sillon, porque tú eres el verdadero amo. Aquí todos te veneran y te proclaman rey; ven, brilla, siéntate, caliéntate, sécate, sé buen príncipe, bandido; despójate de tu grandeza y de tu aureola, que así se llama en esa guarida de traidores á la fé jurada. Los héroes, los pensadores llevan, formando un espléndido grupo, su inmortalidad irradiando en la frente, pero tú arrastras la gloria con los piés; por lo que entra y quítate la fama con el tirabotas. Te vas á ver rodeado de pigmeos grandes hombres, que te festejarán cantándote himnos, microscópico Atila: ese buey asado es para tí; tu negro Maupas cuida de que no se queme, y tu perro Baroche irá á lamerte los piés, sin dejar de dar vueltas al asador.

Mientras que en la hostería beben y brindan con estruendo, fuera de ella, por un camino que se pierde en la oscuridad de la noche, espoleando el pesado caballo que se acerca paso á paso, mudo, pensativo, trayendo órdenes severas, avanza el Porvenir, llega el gendarme de Dios.

Jersey, Noviembre 1852.

LIBRO QUINTO.

La autoridad es sagrada.

I.

La consagracion.

En el horrible cementerio, Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Tiembla lo mismo que el nenúfar.

Castaing, levanta la losa; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! En la yerba de Clamart (1).

Y grita vociferando:—"¡Yo quiero ser

(1) Cementerio de Paris donde se entierra á los ajusticiados.

César!„ Paris tiembla, oh dolor! ¡oh miseria!

Cartouche en su sudario; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Cartouche grita ensangrentado:

—Quiero volver al mundo.—Paris tiembla, oh dolor! oh miseria!—Quiero ir al mundo para ser majestad.

Mingrat sube al púlpito; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Mingrat sube al púlpito y dice tocando á muerto:

—Saldré cuando sea de noche; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Saldré de noche con mi puñal;

Quiero que me llame hermano; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! quiero que me llame hermano el czar Nicolás.

Poulmann en el osario... Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Poulmann en el osario se despierta enfurecido;

Y dice á Mandrin; Paris tiembla, ¡oh dolor! oh miseria! y dice á Mandrin:—Compadre, yo quiero ser emperador.

Lacenaire dice:—Pues tambien yo quiero... Paris tiembla, oh dolor! ¡oh miseria!—ser emperador y ser rey.

Y Sonfflard vocifera; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! mugiendo como un buey:

—En vez de estár en el ataud—Paris tiembla, oh dolor! oh miseria!—en vez de estar en el ataud, quiero estar en el Louvre.

Así desde su fosa, Paris tiembla, ¡oh dolor! oh miseria! así desde su fosa hablan los ganapanes.

—Pardiez! dice Roberto Macaire; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! ¡Pardiez! dice Roberto Macaire: ¿á qué vienen esos gritos?

Por qué teneis tanto coraje? Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! ¿Por qué teneis tanto coraje? ¿Acaso no somos reyes?

Mirad al Padre Santo; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! Mirad al Padre Santo, que viene con su gran cruz.

Y hoy nos consagra juntos; Paris tiembla, oh dolor! oh miseria! y hoy nos consagra juntos, juntos con Napoleon III.

Jersey, Julio 1853.

II.

Cancion.

Un dia jugaban en una mesa Dios y el diablo, al que odia el género humano; los dos apostaban sobre una carta; uno se jugaba á Bonaparte y el otro á Mastai.

Uno habia sido un pobrecillo abate y el otro un príncipe tuno de pura raza, y en la apuesta se interesó el Señor tan poco, que los dos le ganó el diablo.

—"Para tí, le dijo el Dios Padre, que no sabrás qué hacer de ellos.„—"Te equivocas„, contestó el demonio sonriendo; y del uno hizo un papa y del otro un emperador.

Jersey, Julio 1853.

III.

El manto imperial.

Vosotras, á quienes el trabajo dá alegría; vosotras, que solo os apoderais de los perfumes, de la primavera; vosotras, que huís cuando se acerca Diciembre; vosotras, que robais á las flores el ámbar para dar miel á los hombres; vosotras, que libais el rocío, que visitais los lirios del delicioso vergel, hermanas de las flores, hijas de la luz, abejas laboriosas, huid de ese manto.

Id contra el que lo lleva. Obreras generosas, arremolinaos á su alrededor, presentándoos como ejemplo del deber y de la virtud, con vuestras alas de

oro y vuestras flechas de llama, y decidle:

—"Por quién nos tomas? Somos abejas. De los chalets, que sombrean espesas parras, adornamos las fachadas; volamos por los espacios azules, y nos posamos en la boca abierta de las rosas ó en los labios de Platon.

Lo que sale del fango, al fango vuelve. Vé á encontrar á Tiberio en su antro y á Cárlos IX en su ventana; en tu púrpura no pueden posarse las abejas del Himeto, sino el negro enjambre de Montfaucon.„

Heridle todas á la vez, avergonzando al pueblo que tiembla; cegad á ese inmundo embustero, encarnizaos con él con saña y que le arrojen de la pátria las moscas, ya que los hombres le tienen miedo.

Jersey, Junio 1853.

IV.

Todo se vá.

La razon.—Yo me escapo.

El derecho.—Adios! que me voy.

El honor.—Yo me expatrío.

Alcestes.—Me voy al pais de los hurones á pedirles asilo.

La cancion.—Emigro, porque no puedo decir ni una palabra sin que me sacudan, no puedo entonar un estribillo sin que me cojan los polizontes del gobierno.

Una pluma.—Ya nadie escribe; los tinteros están secos; cualquiera diria que vivimos en el Mogol, en la Rusia ó en la Persia. Nada tenemos que hacer aquí; vámonos, hermanas mias; abandonemos al hombre y volvámonos adonde están las ocas, de donde hemos salido.

La compasion.—Huyo de aquí. Vencedores sangrientos, os dejo entregados á vuestros goces y vuelo hácia Cayena, donde me llaman grandes clamores.

La Marsellesa.—Abro las alas y voy á reunirme con mis queridos proscriptos.

La poesía.—Me voy contigo, Compasion, porque estoy tan abatida como tú.

El águila.—¿Qué es ese loro que poneis en vuestras banderas, franceses? De dónde lo habeis sacado? Es águila en la opinion de Cartouche y de Loyola, pero tiene sangre en el pico, y esa sangre es la vuestra, franceses. Me vuelvo á mis montañas; yo tenia que ver con el otro, pero no con éste. Los reyes pueden darle las gracias á este felon, pero yo no conozco á este Bonaparte. Senadores y cortesanos, me vuelvo á mis soledades. Vivid vosotros en esa cloaca y entre liviandades.

El rayo.—Me remonto con el águila á las nubes, donde estallará el trueno, lo que ya no puede tardar. Voy á recibir la órden.

Una lima.—Ya que solo se permite ahora morder á las víboras, me marcho de aquí; voy á cortar hierros y cadenas en los pontones.

Los perros.—Ya que nos reemplazan los prefectos, vámonos.

La concordia.—Me alejo de aquí. Solo reina el ódio en los corazones siniestros.

El pensamiento.—Me he escapado de los bribones para caer en manos de los hipócritas. Parece que todo muera y que unas tijeras enormes lleguen hasta el cielo para cortar las alas á los pájaros. Ese hombre funesto ha apagado todas las claridades. Adios, Francia; te dejo llorando.

El desprecio.—Yo me quedo.

Jersey, Noviembre 1852.

V.

Bandera de Wagram, pais de Voltaire, poder, libertad, antiguo honor militar, principios, derechos, pensamiento, habeis fundido en estos instantes vuestra gloria en el envilecimiento. Los miserables confian en su propia pequeñez.—"Ya que pesamos poco, reinemos„, dicen. —Pero se olvidan esos pigmeos vencedores, que desde el fondo de una caverna saltaron sobre el pavés, que cuando se gobierna á un pueblo ilustre, á un pueblo en él que el honor resuena y tiene eco, los hombres son más pesados cuanto más pequeños son. ¿Tratan acaso de trocar este pais de ilustracion en un pais de ignominia? Es duro ver que van borrando de los corazones, sin saber lo que se hacen, los instintos más dignos y más venerables. Esos hombres malditos despertarán al fin las rebeliones á fuerza de humillar la cabeza del leon. El leon está tendido en tierra, y fatigado, dormita en la oscuridad, á la que le relegaron; no mueve el hocico, es verdad; sus garras monstruosas duermen; pero no le esciteis, porque despertará.

Jersey, Junio 1853.

VI.

Se puede ser Tiberio, ó Judas, ó Dracon, y no teniendo ya á Montfaucon, tener á Lambesa. Se puede forjar una cadena para el pueblo, encarcelarle, desterrarle, proscribir al libre pensador. Hacer que todo sucumba; comprimirlo todo, esfuerzos, esperanzas, pesares, la libertad, el derecho, el porvenir y el progreso, con leyes de hierro y con jueces de bronce. Puede el señor dormirse gozoso y decir:—"El hombre no tiene ya alma y el cielo no tiene ojos„.

Pero esta es la ilusion de los tiranos: el tiempo marcha y las horas huyen; la semilla germina y crece en la tierra y el agua corre por debajo de los puentes, y llega un dia en que esas leyes de silencio y de muerte se rompen de repente, como impulsadas por fuerza prodigiosa; se abren con extrépito las puertas mal cerradas y se llena la ciudad de antorchas encendidas.

Jersey, Agosto 1853.

VII.

Las grandes corporaciones del Estado.

Pasarán esos hombres como los reptiles por la arena. ¿Qué harás entonces de ellos, pueblo? La repugnancia despierta la demencia. Retengamos la cólera ardiente aglomerada en vuestro pecho, y si has de creerme, toma, pueblo, un garrote el dia del castigo.

Burlesco cortejo de Soulouque, duques de Trou-Bombon, marqueses de Cassonade, sostenedores del ladron; de vosotros no sabrá qué hacer ni la poesía sublime, ni la poesía mordiente; sois demasiado grotescos para el Dante y demasiado sangrientos para Scarron.

Juglares, repugnantes por el alma y por la esclavitud, os imaginais que llegará para vosotros un dia tremendo, y estais temblando; creeis que desde el destierro en que nos encontramos deseamos despellejaros; tranquilizaos, negros-blancos.

Comprendo que Cambises hubiera tenido el corazon de roca de hacer que Troplong se hubiera sentado sobre el pellejo arrancado de Baroche, y que al poco tiempo hubiera dicho:—"Este otro es peor; que le extrangulen!„ Convengo tambien en que hubiera hecho sentarse á Delangle en el pellejo de Troplong.

Pero Cambises era estúpido y digno de ser augusto; como si bastase para ser justos, para no ser traidores á la ley ni tránsfugas, hacer un sillon del pellejo de un juez.

Aquel dia, tú, pueblo, dirás:—"Todos esos hombres se parecen; véamosles las manos„, y todos temblarán como lobos cogidos en la trampa. Unos están manchados de sangre: mandarás que los laven y los destinarás á arrastrar cadena; pero á los que solo estén sucios de cieno les dirás:—"Fuera de aquí, criados!„

En vano la ley agonizaba, pidiendo socorro; vosotros os repartísteis los vestidos de la muerta. Comprados por el César todos nuestros derechos, vosotros los habeis puesto en venta, y sus traiciones han tenido por sirvientas á vuestras cobardías.

Huid y vivid, malos sacerdotes y malos jueces, pero desapareced de nuestra vista, y que no veamos ya en toda la superficie del universo nada que se os parezca.

Vivid si podeis y que el oprobio os sirva de refugio. Tú, cardenal Basilio, y tú, senador Crispin, podreis beber y comer en vuestros lejanos refugios, si el desprecio se bebe como el agua en las fuentes, si la ignominia puede mascarse como pan.

Entonces, pueblo, cogeremos por el pescuezo á esos bribones y los arrojaremos de Francia á palos, y las cabezas de mármol que se destacan en el Luxemburgo, de Licurgo y de Caton, aprobarán este proceder.

Ciudadanos, el abismo abre sus fauces para devorar á esos hombres abyectos, y nada debe importarnos que por la noche, algun transeunte solitario, viendo salir debajo de tierra un limpia-cloacas, exclame:—"Calle! Es Troplong!„

Naba debe importarnos que Rouher se cuadre en el puente Nuevo, que Baroche y Delangle, al quitarse las togas, se pongan mandiles, y que despues de manchar las almas del pueblo, se ofrezcan á limpiarle las botas.

Jersey, Junio 1853.

VIII.

El progreso tranquilo y fuerte no sabe lo que es derramar sangre. Reina siempre como conquistador desarmado; al ver el hacha ó la espada mira á otra parte con horror, porque el dedo eterno escribió en el azul del cielo que la tierra pertenece al hombre y el hombre á Dios, y que la fuerza invencible es la fuerza impalpable. ¡Pueblo, no derrames sangre nunca! La sangre que se derrama, virtuosa ó culpable, sube desde las manos á la frente; cuando salta hasta allí, ya no hay esperanza; una sola gota basta para impregnar toda nuestra alma. No hay en la historia una sola mancha de sangre que no vaya ensanchándose poco á poco en el alma de los verdugos. Es preciso convencerse de que la venganza es la tumba más fatal. Hasta el hombre en el que recae su propio crímen, sale ensangrentado del sepulcro y manchado con el cieno del desprecio. El calabozo del desprecio se cierra para los malvados bribones; la tumba oscura se vuelve á abrir; poco importa que sea profunda y que la cubran paredes; poco importa que losa de mármol la tape; cuando la creeis herméticamente cerrada, el fantasma pensativo levanta con su frente la pesada mole de piedra y sale. Aunque pongais sobre su tumba una fortaleza y una montaña de granito, el fantasma pesa más que el granito y levanta esa montaña como una hoja seca. Mirad, ved cómo sale; es preciso que salga! ¡es preciso que vaya y venga arrastrando la mortaja! Se os aparece cuando estais solos y os dice:—"Soy yo.„ Cualquier viento que sople os lo trae, y por la noche lo oireis llamar á vuestra puerta. Aborrezco á los exterminadores, tanto si tienen derecho á serlo como si no lo tienen; pero más que aborrecerles les compadezco. Se les vé á través de la severa historia, en la que solo vive lo verdadero, huir hácia la oscuridad rodeados de eternos espectros.

Jersey, Octubre 1852.

IX.

Cancion de los que se van por el mar.

AIRE BRETON.

Adios, pátria! El mar está furioso;
adios, pátria azul!

Adios, casa; adios, parra de dulces frutos; adios, flores doradas del jardin. Adios, pátria, cielo, bosque, prado!... Adios, pátria azul!

Adios, pátria! El mar está furioso;
adios, pátria azul!

Adios, prometida de frente cándida; el cielo está negro, el viento ya ruge. Adios, pátria, Ana, Inés, María... ¡Adios, pátria azul!

Adios, pátria! El mar está furioso;
adios, pátria azul!

Nuestras miradas tristes, previendo el infortunio, vagan desde el sombrío oleaje hasta el porvenir incierto. ¡Adios, pátria! Por tí llora mi corazon. ¡Adios, pátria azul!

En el mar, 1.° Agosto 1852.

X.

No te desprenderás de él.

I.

Se dice á sí mismo:—"El imperio está vacilante, la victoria aun no es segura.„ Trata de marcharse retrocediendo furtivamente, pero se queda escondido. Continúa diciendo:—"El techo amenaza caer; si me ven, me impedirán que salga.„ Sin atreverte á permanecer ni á huir, miras dudando, ya al techo, ya á la puerta; pones tímidamente la mano sobre el cerrojo... Quédate en ese fúnebre asilo, que la ley que ellos han metido en un hoyo está escondida en la oscuridad. Quédate ahí, que ahí está la ley que ellos han muerto, y yace en el ataud,

encima del que han puesto la guadaña y ha cogido entre sus dos tapas un pedazo de tu manto.

Mientras que en el Elíseo, celebrando fiestas y quemando incienso, cantan y gozan y riendo olvidan, tú palideces y sientes un espectro que anda por tierra bajo de tus piés. De él no puedes escaparte. ¿Crees que porque dejes la casa huirás de tu destino? ¡En vano intentas vender á la traición indignada! ¿Quieres renegar del ladron servil que te admira y que te honra? ¿Habiendo sido Judas para Jesús, quieres ahora ser Judas para Barrabás? ¿No has sostenido la escala á esos villanos, con los que estabas en plena connivencia? ¿No cosiste de antemano el saco de esos ladrones? Habitan esa madriguera el ódio, la mentira y la traicion. Pretendes salir de ella... ¿con qué derecho? ¿No eres más zorro y más víbora que tus compinches?

II.

Cuando la Italia, cubierta de luto, enarboló desde el Tíber hasta el Pó su magnífica bandera; cuando ese gran pueblo, que se acostó siendo un rebaño y se levantó siendo una República; cuando Roma, oprimida por pesadas cadenas, lanzó el santo grito de libertad, tú le cortaste las alas, tú cubriste con negro capuchon su faz eterna. Tú restauraste las escuelas degradadas de Montrouge y Saint-Acheul, en las que se pone un sudario en el alma y una mordaza al pensamiento. Soñando acaso en el progreso del hombre embrutecido, entregaste el niño á los jesuitas lascivos, cautelosos y sombríos y amantes del mal.

¡Pobres niños los que se han alimentado con esa leche, los que nuestras esposas han mecido en la cuna, á los que esos cazadores han cogido en sus redes las almas tiernas! Esos son los que preparan el porvenir de la humanidad.

III.

Como los baskirs sobre el Paris sofocado, y como los croatas, creadores de la nada, habeis triunfado con vuestros ódios hipócritas; y gozosos por haber hecho dominar vuestras innumerables preocupaciones, lanzais sobre los vivos urnas llenas de oscuridad, correis á saludar á Napoleon el Pequeño y á bailar en su orgía. Habeis manchado el gran siglo, que era un Panteon y ahora es un estercolero. Habeis consagrado en Roma al César que reina, al asesino que durante la noche salta al cuello del que está descuidado, y poniéndole la rodilla en el pecho, lo estrangula. Ensalzad al César que hace temblar, adorad su buena estrella, pero no os olvideis que Dios puede cambiar el aspecto del mundo, como se cambia una decoracion de teatro. Y esta decoracion cambiará; Dios vengará su propia causa, y las ciudades entonarán himnos de alegría. Dentro de poco tiempo terminará vuestro poder; porque nosotros somos los elegidos, y cuando llegue nuestra hora, nos vereis sonreir. Os lo predigo, á pesar de vivir en la orilla del mar, entre peñascos seculares, porque contemplo ese vasto abismo y oigo en lontananza gruñir el trueno.

IV.

Sigue siendo su jefe, que este es tu castigo; sigue siendo el hombre de la discordia. Esos bellacos han cogido durmiendo al género humano y le han atado con cuerdas. Has querido deshacer con espantosa audacia las almas que Dios creó; pues bien, tiembla y llora y espera que caiga sobre tu frente el daño que causaste. A medida que vienen la ignorancia, el olvido y el error que traen, á medida que mengua la inteligencia humana, haciendo peor al hombre, crecen y aumentan vuestras culpas, como al ponerse el sol crece la sombra de los árboles.

V.

Sigue siendo su apóstol, que lo mereces, que esta es tu enorme culpa, y contempla extremeciéndote el recuerdo maldito que dejarás á la posteridad. Vemos, torpe retórico de los antiguos y vocingleros partidos, que conduces y arrastras con tus discursos confusos, colgadas de ellos, como de ensangrentados garfios, á ilustres muertas: á la justicia, á la fé, hermoso ángel que abofeteó la estola papal; á la verdad, con los ojos cerrados; á la libertad, pálida y desmelenada, y á esas dos hermanas, madres ambas del género humano, á Roma, que nombro llorando, y á Francia, en la que por refinamiento de maldad cae la sangre vertida en Roma. Hombre fatal! como enseñanza, como ejemplo, la historia te presentará en la oscuridad, como se enseña una horca rodeada de huesos levantada en triste colina.

Jersey, Enero 1853.

XI.

Paulina Roland.

No conocia el orgullo ni el ódio; era cariñosa, pobre, sencilla y tranquila; con frecuencia le faltaba el pan necesario para vivir. Tenia tres hijos, y esto no la impedia ser la madre de todos los que sufrian. Ni la infundian temor, ni la espantaban los terribles acontecimientos que se maquinan de noche, los flujos ni los reflujos, los abismos abiertos, los pigmeos socavando sin ruido los piés de los gigantes, ni los malhechores célebres ó desconocidos. En su oscuridad apercibia á Dios creando el porvenir y en su alma se reanimaba sin cesar la fé; de la santa libertad atizaba contínuamente las llamas. Los niños y las mujeres la veian siempre solícita, preocupándose por ellos, y tendiendo la mano á los trabajadores, les decia:—"La vida aquí es muy trabajosa, pero en otra parte será mejor para todos.„ En unos hacia renacer la fé, en otros la esperanza; era una especie de apóstol, que Dios habia formado del corazon de la madre y de la mujer, para que fuese tierno y convincente. Aplacaba al hombre más feroz el timbre de su voz sincera; visitaba con ternura á los infelices que vivian en la miseria, á los que abatia el dolor ó el hambre, á los enfermos que yacían en miserable jergon. Cuando por casualidad era menos pobre y tenia algo que dar, lo repartia como hermana cariñosa; cuando nada poseia, daba su corazon. Tranquila y majestuosa, amaba como el sol brilla. El género humano era para ella una familia y sus tres hijos la humanidad. Por todas partes pregonaba la fraternidad, el amor y el progreso, haciendo entrever á los que sufrian horizontes sublimes.

Por haber hecho Paulina Roland esa vida ejemplar, el salvador de la Iglesia y del órden la prendió y la encerró en la cárcel. Entró en ella sonriendo tranquilamente, porque la esponja de hiel place á los labios puros. Durante cinco meses sufrió contactos impuros; el olvido, la risa cínica del vicio y el pan negro que arrojan al través de los barrotes para que los presos no mueran de hambre. Edificó con su grandeza al malvado avezado al crímen, y enseñó la virtud á la ladrona y á la prostituta. Transcurridos esos cinco meses, un soldado fué á decirla:—"Someteos al reinado que comienza; renegad de vuestra fé; si no lo haceis así no espereis perdon; ireis á Lambesa. Elegid.„ Ella, eligiendo, contestó:—"Lambesa.„ Al dia siguiente rechinó la verja y entró por ella un coche celular.—"Me destierran á Lambesa,„ exclamó sin cólera. Otras muchas mujeres estaban encerradas en la misma cárcel por haber defendido el derecho; pero como el carruaje no podia llevarlas á todas, Paris las vió atravesar, dándose el brazo unas á otras y escoltadas por esbirros, que las trataban con dureza y con descortesía. Si algunos transeuntes sorprendidos se acercaban á ellas, para saludarlas con el sombrero en mano, los esbirros les dirigian sonrisas oblícuas y los transeuntes huian exclamando:—"Son rameras!„ y Paulina Roland las consolaba diciéndolas:—"Valor, hermanas mias.„ Llegaron á la costa procelosa de Africa, á los arenales, á los desiertos que abrasa un sol de fuego. Paulina Roland, muriendo de angustia pero sonriendo, decia á las otras mujeres afligidas:—"Valor, que ya hemos llegado!„ Pero cuando estaba sola, lloraba tambien, porque tuvo que separarse de sus tres hijos. Un dia, un carcelero dijo á la pobre madre en la Casba de Bone, en los calabozos sofocantes:—"Quereis ser libre y volver á ver á vuestros hijos? Pedid perdon al príncipe.„ Y aquella mujer fuerte le contestó:—"Los volveré á ver cuando muera.„ Desde entonces agotaron contra la mártir de humilde, pero de indomable corazon, todo el ódio y toda la ferocidad de que son capaces los malvados. Desterraron á los presidios de Africa, á esos infiernos que sondeó Ribeirolles, á una mujer, á una madre, sola y enferma. Pero fueron impotentes para vencerla la cama de campaña, el frio, el calor, el hambre; de dia el sol ardiente, de noche la miseria asquerosa; el trabajo sin descanso y todas las afrentas. Cuando se veia muy abatida, se reanimaba diciéndose á sí misma: —"Suframos, como sufrió Jesús, como sufrió Sócrates.„ La consumia la calentura, y triste y pálida, caia de noche sobre un haz de paja corrompida, murmurando el dulce nombre de la pátria. La relegaron á una mísera cabaña, porque la enfermedad le consumia la vida, al mismo tiempo que la engrandecia el alma, y exclamó con acento grave:—"Es útil, quizás, que alguna mujer mue-

ra por la justicia y por la libertad.„ Viendo que agonizaba y comprendiendo que tendrian que dar cuentas de ella, los verdugos tuvieron miedo, ya que era imposible que tuvieran vergüenza, y el héroe del 2 de Diciembre le abrevió el destierro:—"Ya que está en peligro de muerte, que vuelva á la pátria,„ dijo. Se la llevaron de Africa, sin decirle á dónde la llevaban; al llegar á Lyon se apoderó de ella la agonía. Sus pupilas, como se oscurece una estancia cuando se extingue la luz que la alumbraba, se oscurecieron, y la sombra de la tumba apareció en su fisonomía lívida. Su hijo se apresuró á llegar donde ella estaba para recojer en su hora suprema sus últimos suspiros y sus postreras miradas, pero llegó demasiado tarde. Su pobre madre habia muerto á fuerza de sufrimientos sin saber que volvia á Francia; murió en medio del delirio, gritando sin cesar:— "Hijos mios!„ Nadie se ha atrevido á llorar en sus exequias. Descansa para siempre la pobre mártir. Obispos, calaos la mitra y cantad *Te-Deums* al emperador.

Jersey, Diciembre 1852.

XII.

El mayor atentado que puede cometerse es atar á Francia ó agarrotar á Roma; es, en cualquier pais y en cualquier ciudad, quitar el alma á cada uno y la libertad á todos. Es entrar con la espada desnuda en la curia augusta, es asesinar la ley en su mismo templo, es cargar de cadenas á todo un pueblo; este crímen odioso nunca lo olvida Dios, Cuando se comete tan horrible atentado, no puede esperarse el perdon; la pena, desde el fondo de los cielos, se pone en marcha lentamente y sin cansarse viene, y cumple su cometido con la mirada serena, trayendo bajo el brazo un látigo con clavos de hierro.

Jersey, Noviembre 1852.

XIII.

La expiacion.

I.

Nevaba. Vencida por su propia conquista, por la primera vez, el águila imperial doblaba la cerviz. El emperador se retiraba lentamente dejando arder tras sí á Moscou humeante... Nevaba. El crudo invierno se fundia en avalanchas, y á una llanura blanca seguia otra llanura blanca. Ni se distinguian los jefes ni las banderas. Lo que ayer fué el grande ejército, era entonces desbandado tropel, en el que no se conocian ya ni el centro ni las alas. Nevaba. Los heridos se abrigaban en los vientres de los caballos muertos, y en el umbral de los desolados vivacs estaban los cornetas, helados en sus puestos, de pié ó montados, silenciosos, cubiertos de nieve, pegando la boca petrificada á las trompetas de metal. Llovian por todas partes balas, bombas y metralla, mezcladas con blancos copos de nieve; los granaderos, sorprendidos de temblar, andaban cabizbajos y taciturnos, con los bigotes grises helados. Nevaba sin cesar. El huracán soplaba con ímpetu furioso; sobre el hielo y la nieve, y por sitios desconocidos, iban con los piés descalzos y careciendo de víveres. No parecian hombres vivos, ni hombres de guerra, sino fantasmas errantes en medio de la bruma, procesion de sombras que andaba bajo un cielo negro. La vasta soledad, que siempre infunde espanto, aparecia por todas partes muda y amenazadora. El cielo en connivencia con la nieve espesa, sin ruido fabricaba para aquel gran ejército inmensa mortaja, y sintiéndose cada cual morir, se veia desamparado. ¿Saldrian de aquel funesto territorio? Tenian que combatir á dos enemigos, al czar y al Norte, y el Norte era el peor. Arrancaban los cañones para quemar las cureñas. El que se acostaba se moria de frio. Huian en grupo siniestro y confuso, y al huir, el desierto los devoraba. Entre los repliegues que formaba la nieve, podrian verse los regimientos que yacian allí dormidos para siempre. Fugitivos, heridos, moribundos, cajas, camas y angarillas, todo se aplastaba en los puentes para pasar los rios; se dormian diez mil hombres y se despertaban cien. Ney, al que obedecia un ejército, huia entonces defendiendo su reloj de tres cosacos. Todas las noches se oian estas voces:—*¡Quién vive! alerta! al asalto! al ataque!* que lanzaban fantasmas que salian de la sombra, tomándoles los fusiles, y luego los arrollaban y los batian, lanzando alaridos horribles y gritos semejantes al graznido de los buitres; eran espantosos escuadrones, eran torbellinos de hombres salvajes. Así se deshacia el ejército en la

oscuridad. El emperador estaba allí, de pié é impávido, como un árbol que la segur amenaza. Sobre aquel gigante, cuya grandeza se respetó hasta entonces, se encaramó la desgracia, como leñador siniestro, y la fuerte encina que insultaba el hacha, extremeciéndose de coraje bajo el espectro de las lúgubres revanchas, miraba á su alrededor caer sus ramas; jefes, soldados, todos morian. A todos les tocaba el turno, y mientras, rodeando con cariño la tienda de campaña de su jefe y viéndole pasear por ella, los que quedaban vivos seguian creyendo en su fortuna y acusando al destino del crímen de lesa majestad, él se sintió de repente con el alma desmayada. Estupefacto al presenciar el desastre, no sabiendo á qué atribuirlo, el emperador se volvió hácia Dios; el hombre glorioso tembló; Napoleon comprendió que quizás expiaba algun atentado, y lívido, inquieto, ante sus legiones tendidas en la nieve, exclamó:—"¿Esto es un castigo, Dios de los ejércitos?„ Entonces oyó que le llamaba por su nombre una voz que en la oscuridad le dijo:—"No.„

II.

Waterlóo, Waterlóo, sombría llanura! Como ola que bulle en urna demasiado llena, en tu circo de bosques, de valles y de colinas, desató la pálida muerte sus silenciosos batallones. Se estrellaron en aquel choque sangriento, Europa por una parte y Francia por la otra. Dios burló las esperanzas de los héroes; se cansó la suerte y desertó de ellos la victoria. Waterlóo, lloro y me paro ante tí, porque los últimos soldados de la última guerra fueron grandes; habian vencido en casi todas las naciones, arrojaron veinte reyes de sus tronos, pasaron los Alpes y el Rhin, y engrandecian sus almas los toques del clarin.

Era el anochecer; la pelea se encarnizaba horriblemente; el emperador tomaba la ofensiva, y casi habia ya conseguido la victoria. Pudo lograr acorralar en un bosque á Wellington. Con el anteojo en la mano observaba de vez en cuando el centro del combate, punto oscuro en el que se agitaba lo más rudo de la batalla, en el que reinaba horrible confusion; y otras veces observaba el horizonte, que estaba oscuro como el mar. De repente exclamó con júbilo:—"¡Viene Grouchy!„ Pero se equivocó, que el que venia era Blucher. Entonces la esperanza cambió de campamento y el combate cambió de alma. La confusion creció como una llama á la que se añade combustible. Las baterías inglesas destrozaron nuestros cuadros. La llanura donde ondeaban las banderas destrozadas fué desde entonces un abismo de llamas, rojo como una fragua, en el que caian los regimientos degollados, como en los campos las espigas maduras á los golpes de las hoces del segador. Aquello fué indescriptible carnicería. Inquieto el emperador, conoció que perdia la batalla; y volviéndose hácia un mamelon, donde estaba agrupada la Guardia imperial, que constituia su esperanza suprema y última, gritó:—"¡Que entre en fuego la Guardia!„ Y lanceros, granaderos de botines de Terliz, dragones, que Roma hubiera tomado por legionarios, coraceros, artilleros que arrastraban truenos, todos los de Friedland y los de Rívoli, comprendiendo que iban á morir en aquella gigantesca refriega, saludaron á su Dios, que se erguia en medio de la tempestad; y las bocas de aquellos héroes, como si constituyeran un solo órgano, exclamaron con grito tonante: "Viva el emperador!„

En seguida, á paso lento, sin furor, con la música al frente, sonriendo á la metralla inglesa, la Guardia imperial entró en aquel horno. Napoleon, confiando en ella, la miraba fijamente, y apenas desfilaron sus veteranos soldados por delante de los cañones ingleses, que no cesaban de disparar, vió, uno tras otro, fundirse en aquel horrible abismo sus regimientos de granito y de acero, como cera en el fuego. Los veteranos avanzaban con el arma al brazo, con la frente erguida, graves, estóicos; ni uno solo retrocedió. ¡Dormid en paz, muertos heróicos! El resto del ejército, vacilante ya, desmayaba al ver morir la Guardia del emperador. Entonces, elevando de repente su voz desesperada la Derrota, gigante de rostro espantado, pálido, aterrorizando á los más bravos batallones, cambiando de repente las banderas en andrajos, se levantó, creciendo extraordinariamente en medio de los ejércitos; la Derrota se apareció al soldado aterrorizado, y retorciéndose los brazos, gritó:—"Sálvese el que pueda! Sálvese el que pueda! Qué horror! ¡Qué afrenta!„ gritaron muchas voces; y en seguida huyeron todos, locos, aterrados y feroces, como si se hubiera apoderado de ellos el frenesí, por entre las pesadas cajas y los empolvados furgones, cayendo en los fosos, ocultándose en los cam-

pos de centeno, arrojando los chakós, los fusiles y las mantas, lanzando las águilas sobre los sables prusianos. Temblaban, aullaban, lloraban y corrian. En pocos instantes, como paja inflamada que arrastra el viento, se desvaneció el gran ejército; y aquella llanura vió huir á los que hicieron huir al universo.

Cuarenta años han pasado desde entonces, y aquel rincon de la tierra, que se llama Waterlóo, aquella extension fúnebre y solitaria, aquel campo siniestro en el que Dios confundió tantas nadas, tiembla aun de haber presenciado la fuga de los gigantes.

Napoleon vió correr como un torrente hombres, caballos, tambores y banderas; y ante aquel desastre sintió confusamente despertarse en él el remordimiento, y levantando las manos al cielo, exclamó: —"Murieron mis soldados y yo quedé vencido; mi imperio se ha roto como un vaso; esto es ¡oh Dios! que me castigas?„ Entonces, entre los clamores del combate y los estampidos del cañon, oyó otra vez la voz, que le dijo: "No.„

III.

Cayó, y Dios cambió la cadena de Europa.

En el fondo de los mares se levanta una roca repugnante, que circunda la bruma, y que es una ruina de los antiguos volcanes. El Destino tomó clavos, un martillo y argollas, y cogió pálido y vivo á ese hombre, que era rival del rayo, y con júbilo fué á clavarlo en un picacho secular, escitando con su risa burlona al buitre Inglaterra, para que le royese el corazon.

Así se desvaneció ese esplendor inmenso. Condenaron al emperador, desde que el sol se levanta hasta que la noche tiende sus sombras, al aislamiento, al abandono, á la cárcel, poniéndole un soldado por centinela, dándole por horizonte el mar, rocas escarpadas, bosques espesos, el fastidio, la inmensidad del espacio y velas que huyen, como la esperanza que pasa. Le condenaron á oir siempre el ruido de las olas y el ruido de los vientos. ¡Adios, tienda de púrpura, con penachos movibles; adios, caballo blanco que el César espoleaba! Ya no tiene tambores en los campamentos, ni coronas en la cabeza, ni reyes arrodillados con espanto ante él; ya no arrastra el manto, ya no es emperador; Napoleon vuelve á ser Bonaparte. Como el romano herido y sangriento por la flecha que le lanzó el parto, pensaba sombrío en el incendio de Moscou. Un cabo inglés podia ya entonces decirle:—"Alto!„ Su hijo quedó en manos de los reyes, su mujer en brazos de otro. Más vil que el cerdo, que hocica en el establo, su Senado, que le adoró, le insultaba entonces.

A la orilla del mar, á la hora en que el viento cesa, por las escarpaduras que ocultaban las sombras de la noche, caminaba solo y pensativo víctima de vagas ideas. Por los montes, por las olas, por los cielos, triste pero altivo, deslumbrado aun por las batallas de ayer, dejaba errar su pensamiento á la ventura. Las águilas que pasaban no le conocian. Los reyes, que eran sus carceleros, le trazaron con un compás el círculo inflexible, del que no podia salir, y en el que se ahogaba. La muerte, cada vez más visible, se levantaba en medio de su noche, y pasaba ante su vista como la mañana fria de un dia misterioso. Palpitaba aun su alma, ya casi escapada del cuerpo. Un dia escondió la espada en la cama, se acostó con ella y dijo:—"¡Hoy será!„ Se cubrió con el manto de Marengo; se le aparecieron las batallas del Nilo, del Danubio y del Tíber, y exclamó:— "¡Aquí me teneis; soy el vencedor; veo correr las águilas hácia mí!„—Pero al volver la cara para morir, apercibió, en pié, á la puerta de su casa desierta, á Hudsson Lowe, que le acechaba, y entonces, gigante pisado por los reyes, gritó:—"Señor, esto ya es demasiado! ¡Bastante me habeis castigado ya!„—La voz de otras veces le dijo:—"Todavía no.„

IV.

Deplorables acontecimientos, huid de la memoria. El emperador muerto cayó sobre el imperio destruido. Napoleon fué á dormir el sueño eterno á la sombra de los sauces, y entonces los pueblos, desde un Polo al otro, olvidando al tirano, se apasionaron por el héroe. Los poetas, marcando la frente de los reyes verdugos, consolaron aquella gloria abatida. Volvieron la estátua á la Columna, de donde la habian arrancado, y cuando levantaban la vista, le veian en pié, dominando á Paris, sereno, solo, admirándole de dia á la luz del sol y de noche á la luz de las estrellas. Grabaron su nombre en las augustas columnas del Panteon. Nadie veia ya más que una de las dos caras de su época; nadie recordaba más que sus dias de gloria, porque consiguió embriagar á la historia con su

grandeza; su esplendor deslumbró los ojos de la justicia, que solo le contempló bajo el prisma de Eylau, de Ulm, de Arcole y de Austerlitz, y como en las tumbas de los antiguos romanos, se hojearon los anales de sus hazañas, y humilladas las naciones aplaudian cada vez que sacaban de su suelo soberano, ó el cónsul de mármol, ó el emperador de bronce.

V.

La reputacion crece cuando el hombre muere; pero ningun mortal oyó desde su tumba que el mundo entero se ocupase de él, como Napoleon.

El mundo decia:—"La victoria siguió á ese héroe por todas partes: jamás vió la historia sombría transeunte tan prodigioso.

¡Gloria al señor que duerme bajo tierra! Gloria al conquistador audaz! Le hemos visto subir soberbio las primeras gradas del cielo.

Enviaba valerosamente, tomando á Moscou, tomando á Madrid, todas las ilusiones de su génio, á luchar contra el destino.

A cada instante, al entrar en la liza, ese hombre de gigantescas aspiraciones proponia á Dios grandes caprichos, que Dios algunas veces no consentia.

Era superior á los demás hombres; decia grave y radiante, mirando á Roma con fijeza:—"Ahora reino yo.„

Queria ser á la vez héroe y símbolo, pontífice y rey, faro y volcan, convertir el Louvre en Capitolio y Saint-Cloud en Vaticano.

César hubiera dicho á Pompeyo: Puedes enorgullecerte de ser mi segundo, y se veia brillar su espada en el fondo de la tonante nube.

Deseaba en el frenesí de su vasta ambicion conseguir que las naciones se postrasen de hinojos ante sus caprichos.

Y como en inmensa urna, mezclar razas, lenguas, ingenios, derramar á Paris en todo el mundo y encerrar el mundo en Paris.

Como Ciro en Babilonia, queria, regido por su mano, constituir el mundo en un solo trono y el género humano en un solo pueblo, y fundar, venciendo todos los contratiempos, tal imperio para él, que Jehová en el cielo tuviera envidia á Napoleon.„

VI.

Por fin, triunfando de la muerte, se emancipó, y el Océano devolvió su féretro á la Francia. Descansaba en paz más de doce años bajo la dorada cúpula, consagrada por el destierro y por la muerte. El que pasaba cerca del sombrío monumento, creia verle con la frente coronada, con el manto sembrado de abejas de oro, mudo y tendido bajo aquella bóveda donde nada se mueve; á él, al hombre que encontraba la tierra pequeña, cuando empuñaba el cetro con la mano izquierda y la espada con la mano derecha, teniendo la grande águila á sus piés con los ojos entreabiertos; y el que así lo contemplaba, decia:—"Aquí duerme César.„

Dormia confiado y tranquilo, dejando avanzar hácia el progreso á la inmensa ciudad de Paris.

VII.

Una noche—siempre es de noche en el sepulcro—se despertó. Brillando como horrible antorcha, herian su vista visiones extrañas; bajo la bóveda de piedra resonaban carcajadas; lívido se incorporó; tomó vastas proporciones la vision y una voz que le era conocida, le dijo:—"Despierta! Ya nada significan, Señor, ni Moscou, ni Waterlóo, ni Santa Elena, ni el destierro, ni los reyes carceleros, ni la orgullosa Inglaterra á la cabecera de tu lecho de muerte. Este es tu castigo.„

Entonces la voz se hizo bronca, amarga, estridente, áspera como el sarcasmo, ardiente como la ironía; era la risa que se cebaba en un semi-dios:—"Señor, te han retirado del panteon; Señor, te han hecho descender de tu alta columna; mira: esos bandidos cuyo enjambre susurra, esos repugnantes bohemios, esos vencedores insolentes, se han apoderado de tí y te han hecho su prisionero. Te han cogido. Mueres como un astro que se pone. Napoleon el Grande, el emperador, renace hoy en un Bonaparte, picador del circo Beauharnais. Te alinean con él y hacen de tí lo que quieren; en voz alta te llaman gran hombre y en voz baja te califican de galopo. Arrastran por Paris, que les vé establecerse, sables, que en caso necesario sabrian engullirse, y á los transeuntes agrupados ante sus palacios, oye cómo les dicen:—"Imperio de gran espectáculo. El Papa forma parte de la compañía, pero aun tenemos actores más nota-

bles, como por ejemplo, al czar, pero no es más que un partiquino y el Papa no es más que un comparsa al lado del hombre de bronce, que es el sobrino del gran Napoleon; y representando magníficos papeles Fould, Magnan y Parien-camaleon, enseñarán un Senado de autómatas. Han tomado paja del fondo de las casa-matas, para rellenar con ella tu águila imperial, vencedor de Jena, y ahí yace muerta el águila que tan alto voló, y que del campo de batalla ha caido en el campo de la féria. Señor, vuelven á coser el moaré de tu antiguo trono, despues de haber desbalijado la Francia, como el salteador en el bosque; tienen en sus vestidos manchas de sangre, que Sibour las lava en la pila del agua vendita. Tú que fuiste un leon, formas parte de su espectáculo, cuyo amo es el mono. Tu nombre le sirve de enseña, Napoleon I; porque algo ha contribuido á este espectáculo tu Austerlitz. Tu gloria es un vino añejo con que embriagan su vergüenza. Cartouche, para probar fortuna, se viste con tu capote gris; han puesto tu bandera por tapete de su mesa; de la mesa inmunda, en la que el estafador se enriquece y en la que beben, juegan y brindan con los aldeanos. Tú intervienes en este garito, y tu mano que enarbolaba la bandera en Lody, tu mano que fulminaba rayos, ayuda ahora á tirar los dados y á cortar la baraja. Te obligan á beber con ellos, y Carlier posa amigablemente el codo sobre vuestra majestad; Pietri te tutea y Maupas te dá golpecitos en el vientre. Saben esos piratas, esos estafadores y esos falsarios que, como tú, sufrirán contratiempos; pero entre tanto, apaciguan la sed saciando copas á tu salud; Poissy brinda por Santa Elena. Mira; convéncete de que pasan la vida entre regocijos, bailes y fiestas. La multitud, al oir el ruido que hacen, se pone de puntillas para presenciar el espectáculo. Es triste cosa empezar por Homero y acabar por Callot. ¡Desastroso capítulo final de la epopeya! Cerca del payaso Tromplong y del juglar Baroche, delante de ese barracon abyecto y vil, bazar en el que Mandrin mal lavado se disfraza de César, riendo y atusándose el espeso bigote, tú, espectro imperial, tocas el tambor para atraer á la concurencia.„

Se extinguió la horrible vision. El emperador, desesperado, lanzó un grito de horror, bajando los ojos y alzando al cielo entrambas manos. Las Victorias de mármol allí esculpidas, blancos fantasmas que permanecian de pié fuera del sepulcro, se hacian señas, y apoyándose en la pared escuchaban en la oscuridad los sollozos del Titán. De pronto la ilustre sombra, exclamó:—"¿Quién eres, tú, demonio de las visiones fúnebres, que me sigues por todas partes y que en todas eres invisible para mí?„—"Soy tu crímen„, contestó la voz.

Llenóse entonces el sepulcro de una luz extraña, semejante á la claridad que lanza Dios cuando quiere vengarse, y como las palabras que vió resplandecer Baltasar, dos palabras escritas en la oscuridad, brillaron ante los ojos de César. Napoleon, temblando, levantó el rostro pálido y leyó estas palabras: *¡Diez y ocho Brumario!*

Jersey, Noviembre 1852.

LIBRO SEXTO.

La estabilidad está asegurada.

I.

Napoleon III.

Esto es hecho: te has agazapado, pigmeo inmundo, debajo de ese nombre; su gran gloria te sirve de guardia, de habitacion y de refugio. Enseñoreándote con él, en el sombrero de Essling, pones tu orgulloso plumero, te calzas sus botas, te apoderas del nombre de Napoleon, haciendo trabajar á tu tio, y que como alegre cotorra salte el águila de Mondoví de percha en percha. Thersites ha resultado ser el sobrino de Aquiles. Por tí se ha cantado esa Iliada memorable; por tí se han empeñado combates inauditos; por tí apareció terrible y dando fuertes latigazos á su ejército el famoso Murat, en presencia de los asombrados rusos; por tí avanzaban á paso lento, al través de las llamas y del humo, los valientes granaderos del imperio; por tí derramaron su sangre, en aquellas guerras épicas, mi padre y mis tios; por tí se estremeció Lóndres; por tí ardió Moscou. Y se llevaron á cabo tantas hazañas para tus Deutz y tus Mascarilles para que pudieras beber en compañía de

jóvenes alegres, de noche en misteriosos salones del Louvre; por tí cortaron el muslo de un balazo á Lannes, y murieron en la mitad de su carrera Lassalle en Wagram, Duroc en Reichenbanch, y pereció en Waterlóo la guardia veterana; para tí se llenaron de cadáveres montes, barrancos y llanuras. Te enriqueciste haciendo pasar el precioso botin del hombre del destino á tus manos, esto es, á las manos del hombre del azar, y con impudencia te ciñes en la frente coronas que no te pertenecen. A cada momento oimos chasquear en tus manos el látigo prodigioso que sometia á los reyes; llamándote Napoleon III te apoderas de una gloria que no es tuya, de la gloria de Austerlitz, de Marengo, de Rívoli y de San Juan de Acue.

Jersey, Diciembre 1852.

II.

Las mártires.

Esas mujeres que envian á lejanas regiones, son, pueblo, tus hermanas, tus madres y tus hijas; su crímen consistió en haberte querido. Paris encorvado, sangriento, siniestro é inanimado, presencia esos horrores con silencio feroz.

Las que llevan amordazadas gritaron: —"Abajo la traicion!„ Aquellas mujeres que representan la fé, la virtud, la razon, la equidad, el pudor, la dignidad y la justicia, las encierran en San Lázaro. Esta cárcel las recibe, y cuando les llega el turno se abre y las vuelve á vomitar, arrojándolas en los horribles furgones que se las llevan. A dónde van? El olvido lo sabe, la tumba se lo refiere al ciprés y éste se lo dice al cuervo.

Una de ellas era una respetable madre. El dia que se la llevaron á Africa sus niños fueron á despedirla y la quisieron abrazar, pero se lo impidieron. Los echaron de allí y la madre se quedó llorando. El pueblo pidió á los esbirros que le concedieran esa gracia, pero los esbirros no se la quisieron conceder.

Bruselas, Junio 1852.

III.

Himno de los transportados.

Hácia tí, Dios misericordioso, elevamos las manos y los ojos. Los que te ofrecen en estos momentos sus lágrimas y sus cadenas, son los más desgraciados de los desgraciados. Pero deben tener mejor premio los que más padecen.

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais, en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia; pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Te suplicamos, Señor, que aunque olvides á los proscriptos, devuelvas su gloria á la Francia abatida, y que nos permitas morir, á nosotros los infortunados, á los que el dia fúlgido entrega á la noche oscura.

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais; en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia; pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Como arquero que dá en el blanco, el implacable sol nos hiere con sus rayos; y despues de muchas horas de rudo trabajo, no podemos conciliar el sueño. La fiebre, ese murciélago que sale de los sombríos pantanos, cierne sobre nosotros sus invisibles alas.

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais; en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia; pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Tenemos sed, y el agua nos abrasa la boca; tenemos hambre, y nos dan pan negro; estamos enfermos, y nos hacen trabajar con esceso; en este desierto feroz, á cada golpe que dá la azada, la muerte sale sonriendo debajo de tierra, toma al hombre en sus brazos, le ahoga y desaparece.

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais; en su choza, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia;

pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Somos indomables á pesar de nuestros sufrimientos; sufrimos con paciencia las torturas, y damos las gracias á Dios, al que dirigimos este himno, por habernos escogido para sufrir en una época en la que solo no sufren los que no tienen vergüenza.

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais; en su choza, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia; pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Viva la gran República! ¡Paz á la inmensidad de la noche misteriosa! ¡Paz á los muertos que duermen en la tumba! ¡Paz al sombrío Océano que confunde en los cielos los ayes de Cayena con los sollozos de Africa!

Suframos, que al crímen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasais; en su choza, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y dia; pájaros, referidles nuestras miserias; vientos, llevadles el recuerdo de nuestro cariño.

Jersey, Julio 1853.

IV.

Cancion.

Nos paseábamos por entre los escombros en Rozel-Twer, y oimos las palabras sombrías que decia el mar:

"Las hondas del Océano murmuraban: Apareced, horizontes azules y verdades sublimes.

„El mundo, cautivo en mano de los opresores, está sin reglas y sin leyes; remontaos á los cielos, á las grandes águilas, espíritus de los pensadores.

„Naced, elevaos sobre las olas sonoras, ascended al espacio, haced que en la noche despunten vuestras auroras, pueblos y soles.

„Dejad pasar á la bruma y al rayo, á los vientos y á los clamores, afrontad la tempestad, afrontad la espuma, rocas y proscriptos.„

V.

Deslumbramientos.

Oh tiempos milagrosos! ¡oh alegrías homéricas! risas de la Europa y de las dos Américas, fenómenos vivos, sucesos inauditos, enormidades expuestas á la luz del dia; el alquitran declarado fétido por el sebo, Judas olfateando á Shylock, y diciendo: es un judío; el arsénico indignado denunciando á la morfina, la esportilla injuriando al mojon, Mesalina reprochando á Goton el mirar descarado, y Dupin acusando á Sauzet de cobardía; Faltasff señalando con el dedo el vientre de Sileno; Lacenaire ruborizándose y diciendo con la vista baja: He visto pasar á Castaing; todo esto se vé en estos tiempos, que me creo con derecho á examinar; como mi destino es sufrir, el reir será mi recompensa. No sé cómo se lo arreglará la pobre Clio para salir de semejante *imbroglio*. Penetra mi imaginacion en el fondo del actual reinado, cuando no pudiendo conciliar el sueño, por la noche me asomo á la ventana, y cuando pensativo veo en la oscuridad y á través del agua brillar el faro cerca de Saint-Malo.

Luego este momento existe! ¡No es ilusion! Es real, aunque parece imposible. El imperio se levanta reformado por algunos fanfarrones. Napoleon el Grande dormia en su tumba y le habia absuelto la pátria; cuando de repente prepararon una emboscada y unos bandidos se entregaron á horrible matanza, que duró todo un dia, desde la noche hasta la mañana siguiente; y de esa matanza surgió Napoleon el Enano. El destino implacable, ministro de la expiacion, tiñó su dedo siniestro en la sangre derramada, para bosquejar, como afrenta de la pasada gloria, esta caricatura en las paredes de la gran tumba.

Este nuevo mundo prospera; la desvergüenza en él está gordinflona... época extravagante. Los dias, los meses y los años pasan; el flemático, el oscuro funámbulo, convirtiéndose bruscamente en frenético, reina continuando en abusar de los crímenes, y al medio dia anda y se pasea ese sér horrible que insulta á la dignidad humana. Se ostenta, seguido por un rebaño de Suins y de Fortoulo, que muestran sus desnudeces cínicas, y que, como Baroche, ni siquiera se tapan con la hoja de higuera. Se burla de

Maquiavelo, enseñándole su palabra de honor, tendida en el suelo y muerta en desafío. Siembra oro, y asombra con su largueza y con su prodigalidad. Magnan abre las garras y Troplong alarga la pata. Todo vá bien, los pícaros ayudan á su jefe, todo le sostiene, la Iglesia le canta el *Te-Deum* y la Opera le aplaude.

Leyes, costumbres, señor y criados, todo está á un mismo nivel. La sociedad camina sin objeto, sin luz y sin derecho, y el forro de la casaca lo lleva por fuera. La inmundicia llega hasta la cumbre del Estado. Los traperos van durante la noche olfateando su presa y alargando los ganchos hácia el Senado.

Emperadores romanos que estais hoy cerrados bajo las losas del sepulcro, decidme si podeis dónde se encuentra el límite, dónde termina la cobardía pública y la bajeza humana; vosotros que hacíais discutir en el Senado los rodaballos, tú, la última Lagida, reina de cuello de cisne, y tú, sacerdote de Alejandro VI, que solo piensas en la viña del Señor; dímelo tú, Nemrod, que aborreces al cielo; Jerjes, que azotas al mar; Caifás, que labraste la corona de espinas; Claudio, que despues de Mesalina desposaste á Agripina; Comodo, que fuiste elevado al rango de los dioses; decídmelo vosotros, Itúrbide, Rosas, Mazarino, Richelieu, frailes que expulsais al Dante y destruís á Galileo; Santo Oficio, Consejo de los Diez, Cámara estrellada, y vosotros, sultanes, los Murats, los Achmets y los Shelims.

Los que gobiernan en ese reinado, comen, beben, se rien y bailan; y entre tanto hay hombres que agonizan en el destierro, en Cayena y en Blidah; y en el *Duglesquin* y en el *Canadá* mueren consumidos por la calentura y por la miseria niños de diez años, es decir, malvados que se deben exterminar; y las madres que los lloran no saben siquiera dónde yacen los cadáveres de sus hijos. El verdugo reaparece saliendo de su madriguera, y por la noche, en execrables carretas que atraviesan la ciudad, se vé algo que salta dentro de los cestos ensangrentados... Dejadme huir á las riberas del mar, dejadme ver el movimento del oleaje. Jersey, pueblo libre que sonries en el seno de los mares sombríos; en tí florecen las retamas y pace el cordero en tus prados; la espuma blanquea tus olas y mi corazon encuentra tranquilidad en tu suelo hospitalario.

Jersey, Mayo 1853.

VI.

A los que duermen.

Despertaos! Basta ya de abyeccion; tomad pólvora y fusiles, que ya sube la marea. Basta de ignominia, ciudadanos! Remangaos las mangas de las blusas; los hombres del noventa y dos combatieron con veinte reyes; romped las cadenas, derribad las cárceles; ¿teneis miedo á estos pigmeos? vuestros padres desafiaban á los titanes.

Sublevaos! Aniquilad á la horda y á su jefe; teneis de vuestra parte á Dios, y contra vosotros al sacerdote, pero Dios solo es soberano; ante él nadie es fuerte y todo es perecedero; echa al enorme tigre de los arenales y al dragon marino, con la facilidad con que se expulsa á un perro; solo soplando, como se hace volar á un pájaro que se posa sobre un árbol, puede hacer volar de su templo de mármol á los ídolos de bronce.

Nada importa que no esteis armados. Tomad unos la horquilla, otros el martillo, arrancad los goznes de las puertas, llenaos de piedras los bolsillos y esperad, que podeis volver á ser la gran Francia y el gran Paris. Libertad á la pátria de la esclavitud y del desprecio á vuestra memoria.

¿Será preciso que os sirvan de ejemplo los realistas? Fueron héroes en los dias de su lucha suprema; la bravura se ostentaba por igual en los dos bandos. ¿No es verdad, país breton, pais de la Vendée? Para vencer un baluarte, para romper una muralla, para tomar cien cañones que vomitaban metralla, te bastaron horquillas y palos.

Si consentís vivir en esa abyeccion un dia más, romperé el clarin y el tambor y despreciaré á los pusilánimes. Pueblo antiguo que te batiste en dias sublimes con gigantes, deja que tiemblen esos que no pueden ser tus hijos, porque esas liebres no pueden haber nacido de los leones.

Jersey, Setiembre 1853.

VII.

Luz.

Francia, ya que estás adormecida, te llamamos los proscriptos; las tinieblas tienen oidos, y lanzan gritos las profundidades.

Rudo el despotismo y sin gloria, á los pueblos descorazonados cierra la verja espesa y negra de los errores y de las preocupaciones.

Cierra bajo llave á la multitud de pensadores obstinados y á los héroes; pero el pensamiento, batiendo las alas, se escapará.

Y como en el año Noventa y tres emprenderá el vuelo soberano; porque es fácil á pájaro de bronce romper jaulas de hierro.

La oscuridad cubre al mundo, pero el pensamiento brilla é ilumina, y con su blanca claridad disipa las sombras de la noche.

Es el fanal solitario, el rayo providencial; es la lámpara del mundo que puede encenderse en el cielo.

Apacigua el alma que sufre, es la guia de la existencia, enseña á los perversos el abismo y á los justos el puerto.

Cuando se vé entre la bruma que el pensamiento, con majestuoso vuelo, sereno y puro, asciende al horizonte misterioso, los fanatismos y los ódios huyen de él ruborizados, aullando al verle, como los perros ladran á la luna.

Fijaos, naciones, en la grandiosidad del pensamiento, que desde ahora es la luz que os ha de alumbrar mañana.

Jersey, Julio 1853.

VIII.

A las mujeres.

Cuando todo se empequeñece, vosotras permaneceis siendo grandes. Inútilmente han adornado con guirnaldas de flores las paredes manchadas de sangre; en vano han abierto los salones de baile, que vosotras, ante esos malhechores transformados en danzarines, encogeis vuestros hechiceros hombros. Vuestra sonrisa divina extermina á esos bribones. En vano lucen el frac bordado; en vano cubren con guantes las manos ensangrentadas; en vano doran los alamares del vil tricornio; que vosotras os mofais de sus guantes, de sus fraques y de sus elegancias. El imperio reciente está ya cubierto de moho. Dios os lo ha concedido todo, mujeres; quiso que solo los alciones hiciesen frente á la borrasca, y que poseyendo la hermosura, poseyéseis tambien el valor.

Las mujeres en la tierra y nuestros antepasados en el cielo, es todo lo que nos queda ya.

Nuestros ojos se sumergen más cada vez en la noche tenebrosa de la abyeccion. El pueblo francés, el pueblo mesías, el forjador del derecho universal que destruyó con ímpetu soberano mil años de monarquía; el pueblo que envolvia en un torbellino á los reyes y á los ejércitos, tiembla hoy, palidece, se extremece como la yerba al soplo del viento, rechina los dientes, se oculta y enmudece ante Magnan y ante Troplong; vé que devoran sus millones los Fortoul y los Rouhers, y ese pueblo calla.

En los pontones se oyen los estertores de los moribundos; en Africa se ven niños en presidio; el verdugo, siniestro segador, de pié en la carreta, vuelve de la siega con el cesto lleno; y ese pueblo calla. Domina Tiberio Ezzelin, que se cree ser un escorpion y es una escolopendra, y que dice á los reyes:—"Mirad mi cetro;„ y á los malvados:—"Mirad mi crímen.„

Solo vosotras, mujeres, ostentais en las mejillas el carmin de la vergüenza; vosotras solo os levantais para demostrar vuestra indignacion, con el seno henchido de amargura, con los ojos preñados de lágrimas y silbais al tirano y consolais á los muertos, y el buitre tiembla ante el pico de las palomas.

El solitario proscripto os glorifica; porque vosotros sois el sexo tierno y digno, ferviente para la abnegacion y el sacrificio, constante en el sufrimiento, siempre dispuesto á la lucha, así en Betulia como en Francia, sexo cuya alma es heróica, como lo probaron Judit y Carlota; mezclais la bravura con la melancolía: sois Pórcia, sois Cornelia, sois Arria, que se desangra y se sonrie. Conservais siempre ese espíritu que realza y que sostiene á las naciones derribadas, que produce á la India y á los siete Macabeos, que en Juana de Arco hace revivir á Amadis, y en el camino de los tiranos, para asustarlos de su gloria efímera, pone unas veces á una vírgen y otras veces á una madre.

Tanto es así, que en los momentos que en nuestras visiones contemplamos en el cielo, sacudiendo la espada fulminante, la aparicion alada de San Miguel, que huella con los piés la hidra cubierta de escamas, decimos:—"Esa es la Gloria, esa es la Libertad„, y al contemplar su gracia y hermosura, buscando el nombre que debemos aplicarle, creemos que el arcángel debe ser mujer y no hombre.

Jersey, Mayo 1853.

IX.

Al pueblo.

Se te parece; es terrible y pacífico; guarda con el infinito magnífico nivel; tiene su movimiento y su inmensidad. Le apacigua un rayo y le agita un soplo. Unas veces lanza un canto armonioso y otras un grito ronco. Los mónstruos se agitan con facilidad en las profundidades de los abismos, en los que germinan las trombas; hay abismos desconocidos en los que los exploradores han desaparecido, y en sus profundidades el coloso zozobra; como tú á los déspotas, ellos destruyen los navíos; el faro es para ellos lo que para tí el espíritu; unas veces aniquila y otras acaricia, y solo Dios sabe el por qué. Sus ondas, en las que se oyen como choques de armas, llenan la noche sombría de monstruosos murmullos; y comprendemos que ese oleaje, como tú, abismo humano, rugiendo esta noche, devorará mañana. Su ola es tan terrible como la espada; canta un hermoso himno á la salida del planeta Vénus. Su azul inconmensurable acepta en su espejo á todos los astros del cielo; tiene la fuerza ruda y la gracia sublime; desarraiga un peñasco y respeta una hebra de yerba; arroja, como tú, su espuma á las cumbres más altas; pero, pueblo, el Océano no se engaña nunca, cuando con sus ojos fijos y en pié sobre la playa, espera pensativo que llegue la hora de la marea.

Julio 1853.

X.

Traed vuestros calderos, hechiceras de Shakespeare, brujas de Macbeth; coged todo el imperio, es decir, el antiguo y el moderno; en el mismo calentador meted á Berger, al conde Frochot, á Maupas, á Real, á Hullin, á Espinasse, el dia de San Napoleon y el dia de San Ignacio, á Fould, á Maret, á Fouche gastado y á Troplong podrido; retirad de él á Austerlitz, pero añadidle Satory; inclinaos al calentador, con el pelo despeinado, con la mirada ardiente y con la garganta descubierta; soplad con todos vuestros pulmones en el fuego; haced que la pequeñez se desprenda de la grandeza. Haced evaporar á Baroche y á Talleyrand, al sobrino que desciende, mientras el tio sube... ¿y qué os quedará en el fondo del alambique? El oprobio.

Jersey, 26 Mayo 1853.

XI.

El partido del crímen.

«Amigos y hermanos: en presencia de ese gobierno infame que es la negacion de toda moral y el obstáculo de todos los progresos sociales; en presencia de ese gobierno asesino del pueblo y viola lor de las leyes, de ese gobierno nacido de la fuerza, y que por la fuerza ha de perecer, de ese gobierno elevado por el crímen y que ha de ser derrotado por el derecho, el francés digno del nombre de ciudadano no sabe ni quiere saber si hay algo de apariencias de escrutinio, de comedias de sufragio universal y de parodias de llamamiento á la nacion; no se informa de si hay ó no hombres que votan y hombres que hacen votar, y de si hay un rebaño que se llama Senado y delibera, y otro rebaño que se llama pueblo y obedece; no se informa de si el Papa vá á consagrar en el altar mayor de Nuestra Señora al hombre que, no lo dudeis, en el porvenir inevitable infamará el patíbulo el verdugo; en presencia del señor Bonaparte y de su gobierno, el ciudadano digno de tal nombre no hace más ni tiene que hacer más que una cosa, cargar su fusil y esperar la hora.

»Jersey 31 Octubre 1852.»

Esta fué la declaracion de los proscriptos republicanos de Jersey que á propósito del imperio publicó el *Monitor* francés y firmaron por copia conforme los republicanos

Victor Hugo, Faure, Fombertaux.

«Censuramos con la energía más vigorosa de nuestra alma los innobles y culpables manifiestos del PARTIDO DEL CRÍMEN.»

(Riancey, periódico La Union 22 *de Diciembre.)*

«El PARTIDO DEL CRÍMEN vuelve á levantar la cabeza.»

(Todos los periódicos elíseos en coro.)

Ese gobierno con máscara imperial, ese Bonaparte apócrifo, que no se sabe si es un Beauharnais ó un Verhuell, que

entregó para crucificarla la Roma republicana á la Roma católica, ese hombre que se apoderó á la fuerza del gobierno del pais, ese gloton que remeda al ambicioso, ese lobo á quien suelto mi jauría de versos, convirtió un dia de gloria y de orgullo en dia de afrenta y de deshonra, y con un crímen manchó la victoria, la victoria de Austerlitz. Sobre sus trofeos empuñó el puñal, destruyendo al propietario, al obrero y al campesino, dejando tras sí un monton de cadáveres y conquistó el Louvre, cuando merecia ser encerrado en Clamart.

Y cuando nosotros, á quien nos indignan él y todos sus satélites, creyendo presenciar un sueño horrible, decimos con repugnancia y con horror:—"¡Ciudadanos, á las barricadas! ¡Abajo ese sable abyecto, que ni siquiera es espada! Vivan la libertad y el derecho!„ cuando gritamos así, nos llaman audaces y malvados; para ellos somos bandidos, deseamos el asesinato y las guerras civiles, y somos unos incendiarios.

Hé aquí lo que tiene por justicia, por virtud y por gobierno ese hombre; reinar por medio de la matanza, conculcar el derecho, ahogar el pensamiento, obligar á que retroceda el ochenta y nueve que avanzaba; suprimir las leyes, la tribuna y la prensa; restaurar el abuso en provecho de los hombres sin conciencia; entregar el pueblo á los voraces Troplongs; quedarse con los palacios y con los millones, haciendo cínicamente vida de Sátrapa; torturar á los héroes en mazmorras; desterrar á los que tienen firmeza y dignidad; vivir rodeado de rateros, como vivia en otro tiempo el déspota de Bizancio, y ser el brazo que asesina y la mano que baraja.

Pues bien, desde el destierro y á pesar del incienso y de la adulacion, tenemos el valor de confesar, á la faz de los tiranos y á la faz de los ejércitos, las siguientes verdades:—"Representais la violencia, la injusticia y la fuerza; teneis de vuestra parte á los soldados y á los cañones, sois un coloso y nosotros somos átomos: pero lucharemos, vosotros por la opresion, nosotros por la libertad. Señalaremos los pontones y las catacumbas, y exclamaremos ante los sepulcros abiertos: temed, franceses, arrepentiros un dia de las lágrimas de los inocentes y de los huesos de los mártires. Dirigiéndonos á la pátria, la decimos: resucita, destruye á ese hombre, arranca de tu seno á ese Neron parásito.„

Pues bien; lanzar esos gritos desde la proscripcion, para desenmascarar al hipócrita, es cometer un crímen. Hé aquí cómo nos juzgan esos hombres.

Tenedlo entendido; si turban vuestras orgías y vuestros goces nuestras justísimas quejas, sufridlas, que éste es vuestro castigo. Nunca permitiremos que embrutezcais al pueblo, y hasta lanzar nuestro postrer aliento, llamaremos y escitaremos para que venga á socorrer á la Francia, que está casi muerta bajo el peso de las cadenas, á la insurreccion santa que promovieron vuestros abuelos y hasta invitaremos á Dios para que fulmine sus rayos contra tanta ignominia. Preferimos que la suerte nos aplaste bajo su rueda, á encharcarnos en ese inmundo cenagal.

Jersey, Noviembre 1852.

XII.

No falta quien dice:—"Sed prudentes.„ Otros aconsejan:—"El que quiere herir á Neron se arrastra ó se desliza en la sombra fingiendo, para no revelar sus intenciones. Acuérdate de Ettenheim y de las célebres asechanzas; espera el dia señalado, procura imitar á Cheréas que sale de las tinieblas solo, mudo y enmascarado... La prudencia nos conduce al fin que deseamos, cuando escuchamos sus consejos. Anda, pues, envuelto en las sombras.

Bien está; dejo para los que quieren vivir mucho tiempo esa virtud tan cobarde.

Jersey, Agosto 1853.

XIII.

A Juvenal.

I.

Volvamos á la escuela, mi querido Juvenal. Ven, baja del tribunal, desde donde has hecho resonar tus versos inimitables por espacio de dos mil años. Tengo que comunicarte cosas asombrosas. Ten entendido que, segun dice Riancey, cuando ha pasado algun tiempo por encima de la sangre, al cabo de un año ó dos, el asesinato ya no es asesinato y el robo ya no es robo; nos afirma tambien el señor Veuillot, que cuando la hora ha dado

la vuelta en el reloj—lo que hace el elogio de nuestro entendimiento,—con tal que en Nuestra Señora se queme incienso y que el suscritor lea cierta clase de periódicos, sale alegre de su sudario, ayudado por M. Fould, lazado por jueces y acicalado por hermosas, rodeado de creyentes y de apóstoles, á despecho de nosotros, ilusos y poetas, el mal que adquiere de repente la forma y la figura del bien.

II.

Es el apoyo del órden, es buen católico y afirma la prosperidad pública. La traicion se viste de general francés; el arzobispo, deslumbrado, bendice al dios Exito, y lo que ayer fué crímen, hoy es hazaña. El pistillo de la probidad se vuelve del revés y punto concluido. La virtud se manda retirar y el honor es ya un viejo loco que debemos atar dentro de una mazmorra. Ilustre pensador, procuremos que esa nueva moral penetre en nuestros duros cerebros. Tienes que saber que la emboscada, que nos hace triunfar, es justa, honrada y legítima, y que al revés que sucede á las mujeres sucede á los Estados; que cuando el crímen envejece se hace hermoso, y se convierte en cisne el que antes era cuervo. Todo cadáver útil exhala olor de ámbar. Estamos en Junio y ya nadie se acuerda del crímen de Diciembre. Ha llovido ya mucho desde entonces. La cuestion queda reducida á lo siguiente: el hilo, el tisú, el algodon y el azúcar prosperan, y el tiempo todo lo borra. El perjurio y la traición, en cuando pasan los años, tienen la propiedad de perder la deformidad y la bajeza, y el siniestro asesinato, manchado de cieno, cambia su faz de espectro en cara de ángel.

III.

Como al mismo tiempo, en ese trabajo normal, la virtud se convierte en falta y el bien en mal, has de saber que cuando Saturno hace correr el tiempo, Neron es un salvador y Espartaco es un bergante. En vano se oponen la razon y la justicia, hablándonos á todos los oidos; debemos dejarlas que murmuren, como á dos viejas, sin hacerlas caso. Tenemos que acostumbrarnos á ese nuevo modo de ver las cosas y á proclamar que Lebeuf es grande y Persil hermoso, y á dejar el pudor en el fondo del lavabo.

IV.

Lo bueno, lo seguro, lo verdadero es el oro que está encerrado en nuestra caja. Es extravagante el hombre que, cuando todo se desquicia, protesta solo ante una nacion y se atreve á manifestarse indignado. Es preciso vivir como todo el mundo y no obstinarse en que exista lo que ha desaparecido. Todo muere en el mundo, el águila como el gusano; mi levita está agujereada por los codos, mis zapatos sin tacones, mi sombrero viejo; ¿y quereis que la verdad abrigue la pretension, rara y extravagante, de ser eterna, de no mojarse cuando llueve, de ser hermosa siempre, de reinar siendo pobre y de no morir cuando se le retuerce el pescuezo?... Preciso es resignarse á creer en los hechos y no en las teorías.

V.

Sobre esto los charlatanes predican á su auditorio de idiotas, soplones, estafadores, filisteos. La Bolsa se rie; el alza ofrece á los balances prismas ilusorios y la melíflua hipocresía prorumpe en aforismos. Ganan mucho y están muy contentos. Estas son, mi querido Juvenal, las máximas de la época. Un subdiácono, encerrado en no sé qué tabuco, se encontró estas verdades barriendo en Montrouge, y las aprovechó tan bien, que con ellas se han hecho dueñas en los tiempos modernos las gentes de su estofa, que declaran á la luz de los pálidos fulgores de las velas de la sacristía que Juana de Arco es una cortesana y Mesalina una vírgen. Esto es lo que demuestran los curas, los obispos y los talapninos en tres puntos, en nombre del Dios vivo, y lo que el ratero que me limpia el bolsillo prueba con A más B, es decir, con Argont más Baroche.

VI.

¿No tenemos, mi querido Juvenal, motivo para indignarnos? ¿Pero de qué nos servirá? Tenemos la costumbre los pensadores de contemplar menos á los grandes hombres que á los hombres enanos; lo mismo tú, que eres satírico, que yo, que soy tribuno, miramos muy alto, y por eso los hombres vulgares dicen que esta es nuestra enfermedad. Huimos de encontrarnos con tontos y con perversos. A Dombidau enseñando la calva y á

Fould adelantando la barba, prefiero ver á Jacobo Cœur y tú prefieres ver á Caton; la gloria de los héroes y de los sábios que Dios creó es una visión eterna y sagrada, y deslumbrados, contemplando el espacio, pasamos la vida viendo resplandecer en el éter á los gigantes, á los pensadores ó á los capitanes, mirando entre el ruido de los lejanos clarines y encima del mundo en que reinan aun las sombras, mezclando con los rayos sus vagos pretales de oro, infinidad de carros que vuelan por las nubes; porque hiere y ofende nuestra vista el enjambre de pícaros y de prostitutas que revolotea á nuestro alrededor.

Pero reflexionemos y no seamos tan exclusivos. Yo aborrezco los corazones abyectos y tú desconfias de ellos; dejémoslos que vivan en su paz filosófica.

VII.

Dejando esto aparte, ¿verdaderamente podemos censurar el instinto y el temperamento? ¿No debemos acomodarnos á la naturaleza de los séres? El cieno tiene sus amantes y la basura sus sacerdotes; donde uno se encuentra mal, otro se encuentra bien: esto lo corrobora Minos y tambien Eaque; ¿no es la cloaca el paraiso del cerdo? Vamos á ver, dime, génio áspero y sutil, ¿qué nos importa y en qué nos atañe que el hombre del juramento haya derramado tanta sangre, ni que haya obispos que le canten el *Aleluya*, ni que Saint-Arnaud bendiga la mano que le paga, ni que haya propietarios que le celebren y que le elogien, ni que haya estómagos agradecidos? Cuando la Francia vacila conmovida por los huracanes de las traiciones, ¿debemos sorprendernos, cándidos y estupefactos, de que Parieu vaya á comer bellotas bajo la gran encina, de que el agua corra á desembocar en el Sena, de que Troplong sea Scapin y que Dupin sea Dupin?

VIII.

Es antigua la inclinacion humana á la torpeza. El oprobio es un sitio, es un centro, es una costumbre, es un techo, es una almohada, es una cama tibia y muelle, es una buena capa que abriga cuando conviene; el oprobio es el elemento en que respiran los séres inmundos. No nos debemos sorprender de ver que en ambos mundos las víctimas hacen coro á los ganapanes y los necios celebran las emboscadas, porque estas son las leyes de la madre naturaleza; este es del antiguo instinto la aventura eterna; cada sér se complace en las monstruosidades que halagan su apetito especial. ¿Por qué sorprenderse de ese crímen? ¿No hay muchos que le admiran? ¿No quedan ya séres viles y rastreros? ¿No existen ya chacales ni serpientes? ¿El asno ha desaparecido ya de la creacion? Cuando Ciro, Aníbal y César montaban en pelo el espantoso caballo que se llama Gloria, cuando alados y ébrios con la alegría del triunfo pasaban radiantes por el horizonte enrojecido, las águilas les decian:—"Sois nuestros semejantes; lanzais el rayo.„ En la actualidad los cuervos aclaman á Lacenaire. Encuentro justo que suceda así; aplaudo á los cuervos y les doy las gracias; si la necedad se mezcla en el siniestro concierto, tanto mejor. En sus periódicos no falta, mi querido Juvenal, quien declara, lo mismo que los señores Arras y Beauvais, que Mandrin es muy bondadoso y que pisotea á los héroes y ensalza á los infames; esto se comprende, y seríamos muy bobalicones de maravillarnos al oir que los Veuillots prefieren los cardos á los laureles.

IX.

Dejemos, pues, que vocee la conciencia humana, como perro que ladra queriendo romper su cadena. ¡Guerra á los justos proscriptos! ¡Gloria á los pícaros triunfantes! No hagamos mala cara á estas realidades y aceptemos el único y verdadero imperio. Saludemos complacidos al condestable Trestaillon, al limosnero mayor Mingrat y al gran elector Bosco, y no nos incomodemos si un retórico, un senador, un santurron, un sofista, despues de haber cantado á César, lleno de grandeza, insulta á los proscriptos lanzados á las soledades, á los bandidos que venció Tiberio Anfitrion. Comprenderás, ilustre poeta, que todo eso es timbre de gloria para su talento, que quizá es el arte de adular más exquisito; y que se halaga menos á Enrique VIII, el buen rey, alabándole, que zahiriendo á Morus: los dictadores de talento, que están cansados de elogios crudos, están ávidos en medio de su gloria y de su arrogancia de los refinamientos de las alabanzas indirectas. Así son los déspotas, génio cáustico. El poder y los honores son más agradables cuando abren una

ventana que cae sobre el cadalso del justo. El condimento más sabroso de la felicidad de los tiranos lo constituyen los desterrados que lloran á la orilla desierta del mar, los sábios torturados y los mártires espirantes. Juvenal, antiguo leon clásico, nuestro vino de Champagne y tu vino de Masico, los festines, los palacios y el lujo desenfrenado, la adhesion del sacerdote y el amor de Friné, los triunfos, el orgullo, los obsequios, los halagos, todas las voluptuosidades que saboreaba Cejan y que regalaban á Rufino, son más dulces al paladar, tienen sabor más delicado para el que no es necio en la copa en que ayer Sócrates bebió la cicuta.

Jersey, Noviembre 1852.

XIV.

Floreal. (1)

Cuando vuelven los hermosos dias del verde Floreal; cuando el manantial de agua se convierte en azófares brillantes á los rayos del sol; cuando la modista, sentada con la aguja en la mano, suspira mirando el camino que quisiera tomar para ir á coger flores en vez de coser; cuando los pájaros cantan el amor en sus nidos; cuando el manzano se empolva como un marqués para ir al baile; cuando, despertados por el mes de Mayo, Cárlos XII y Aníbal dicen:—"Ya es hora„, y hacen rodar hácia los sangrientos tumultos, el primero los cañones y el segundo las catapultas, yo exclamo: —"Salve, oh sol brillante!„ Oigo entre las flores á los alegres jilgueros y á los mirlos; el árbol canta; me entrego á la primavera que redobla la vida. Todo brilla, todo resplandece, y el cielo, cobijando al hombre encantado, le tiende su vasta mirada llena de serenidad. Entonces la yerba me invita y el prado me convida; entonces absuelvo á la suerte, perdono la vida y me digo á mí mismo: —"En el mundo solo debíamos amar„. Siento en mí, como en el exterior, que todo se anima, y hablo así á las aves:— "Pajarillos, pobres nevatillas, pobres jilgueros, ni siquiera me conoceis; volais al acaso por los campos, por los bosques, por las praderas y por los sembrados, mezclándoos con los chorlitos, con los gorriones y con los aguza-nieves, levantando vuestra cabeza de colores, puliendo vuestras plumas azules, y aunque sois muy bellos, sois muy cándidos, y cantais en los aires sin saber por qué; pero me inundais de emociones sagradas, y cuando os oigo cantar en la enramada, se abren mis alas, se rejuvenece mi corazon, que aspira un amor sin término, y se llena del infinito.„ Entonces me entrego á largas fantasías. En esos momentos, tú lo sabes, Juvenal, sale por casualidad un periódico de mi bolsillo, y mis ojos distraidos, que miraban á los cielos, chocan con uno de esos nombres que causan vergüenza; entonces se apodera de mí el horror; en los verdes bosques se me aparece Némesis y me enseña al través de las ramas y de las flores su cuello de furia.

Es que quereis que se os consagre el hombre entero, ¡oh deber! ¡oh pátria! ¿Es que cuando tu flanco gotea sangre, ¡oh Francia!, quieres que nos atormente la angustia, que solo te miremos á tí y que se aneguen nuestros ojos en tan profunda compasion, que deje de mirar á los cielos para no mirar más que tu sangre?...

Me levanto y todo se borra ante mí: extremecido, solo tengo ya ante la vista á un pueblo torturado, crímenes sin castigo, agravios sin satisfaccion, gigantes agarrotados por pigmeos, mujeres en las mazmorras, niños en los pontones, presidios, Senados, cadáveres y gemonías. Entonces, pisoteando todas las flores que habia estrujado ya mi cólera, huyo de allí, y al sol magnífico prefiero la sombra, y á las aves les digo que se callen.

No debe haber para mí primavera ni cielo azul, y debo maldecir al hijo de Hortensia de Saint-Leu y á los bandidos que con él gobiernan, á Troplong, á Fould, á Magnan, á los dos Faustin, que ofuscan la luz del dia y que consiguen llenar de ódio un corazon que rebosaba de amor.

Jersey, Mayo 1853.

XV.

Stella.

Me dormí por la noche en la playa; me despertó la fresca brisa, y entre sueños abrí los ojos y ví brillar la estrella de la mañana. Resplandecia en el fondo

(1) Octavo mes del calendario republicano francés, contándose desde el 20 de Abril hasta el 19 de Mayo.

del cielo lejano con infinita y suave blancura. El aquilon huia llevándose la borrasca. El astro brillante convertia las nubes en rocío. Aquella claridad pensaba y vivia y aplacaba el escollo en que las olas revientan. Parecia un alma al través de una perla. La noche no se habia disipado aun por completo y las sombras permanecian en vano, porque el cielo se iluminaba con una sonrisa divina. La claridad plateaba lo alto del mástil inclinado; el navío era negro, pero su vela blanca; algunas gaviotas, posadas sobre una escarpadura, contemplaban fijas la estrella, que parecia un ave celeste, formada de una chispa. El Océano, semejante al pueblo, se dirigia hácia ella, y rugiendo en voz baja, la miraba brillar, temiendo que de un momento á otro se volase. Inefable ternura llenaba el espacio. La yerba verde se extremecia á mis piés; los pájaros se hablaban dentro de los nidos; una flor, que se despertó, me dijo:—"Esa estrella es mi hermana.„ Y mientras apresuradamente la sombra retiraba sus velos, oí una voz que salia de la estrella y que me dijo:—"Soy el astro primero que aparece; soy la que creen en la tumba y salgo de ella. He brillado en el Sinaí, he brillado en el Taigeto; soy la piedra de oro y de fuego que Dios arroja con una honda á la frente negra de la noche. Renazco cuando un mundo se destruye. Naciones, soy la Poesía ferviente. He brillado en la frente de Moisés y en la frente del Dante. El leon Océano está enamorado de mí, y corro hácia él. Despertad, fé, virtud, valor. Pensadores y génios, subid á la torre y sed centinelas. Abríos, párpados; encendeos, pupilas; tierra, cava el surco; vida, despierta. ¡De pié todos los que dormís, porque el que me sigue, el que me envia delante es el ángel de la libertad, es el gigante de la luz!„

Jersey, 31 Agosto 1853.

XVI.

Los tres caballos.

Tres caballos, que habian atado al mismo árbol, estaban hablando.

El primero era ligero, corredor, de ancas de mármol; valia cien mil francos, y enjaezado de oro, decia: *Sum qui sum,* que tambien los animales hablan en latin. Más de cien veces le habian acariciado manos blancas, y en el Turf habia sentido con frecuencia latir cerca de él corazones de mujeres. Su propietario habia ganado muchas apuestas.

El segundo cuadrúpedo pertenecia á la milicia; era pequeño y formidable, era de acero; era un caballo que Racine hubiera llamado corcel. Cuando estaba bridado se encabritaba, ébrio de alegría. En su mantilla llevaba bordadas estas tres palabras: Essling, Ulm, Jena. Tenia la poderosa fiereza que posee el que está orgulloso de lo que vale; su caparazon era rico y sonoro, y cuando piafaba parecia que oia el tambor.

El tercero era un caballo de trabajo; por todo adorno llevaba una cuerda al cuello; cuando andaba la pobre bestia parecia un esqueleto, pero conservaba bastante empaque para parecer vivo todavía.

El hermoso caballo de lujo decia:—"Aquí el Papa, allá el baron Brisse; para el estómago Brebaut, para el alma Loyola; mi amo siempre me dice que lo que importa en el mundo es que nos bendigan, beber y comer bien, y yo comprendo que mi amo tiene razon, y yo añado que las *cocottes* sirven de ornamento á los derbys. Los pueblos necesitan un Dios servido por sacerdotes; nosotros los caballos una caballeriza de caoba; el hombre la Biblia y leer los menos periódicos posibles. El Jockey-club vale más que el espíritu Legion. Sin religion no puede existir ninguna sociedad. Si yo no fuera caballo, quisiera ser fraile.„

—"Yo quisiera poder comer algunas veces un poco de avena y un poco de yerba, dijo suspirando el caballo labriego. Trabajo mucho, y ya veis qué flaco y qué triste estoy. Me tratan casi tan mal como á los hombres negros. Tan difícil es contar los latigazos que yo recibo, como contar los pájaros que cantan en un bosque; paso hambre, sed y frio, y sin ser feroz, soy muy desgraciado.„ Así habló el rocin.

Entonces, indignado y lleno de furor, el caballo de batalla, contento con su suerte, gritó:—"Viva el emperador!„

XVII.

Aplauso.

Tú, que eres una gran nacion, tienes en la actualidad un imperio que hace sonar sus espuelas, una corte en cuyo trono

pudiera sentarse el rey de Tunia, una Bolsa en la que se crean fortunas en ocho dias, floristas que arrojan ramilletes á los soldados, abates, jueces, lacayos, que bailan sobre sacos de oro una danza macabra; la banca arrodillada arengando al sable, pirámides de balas apiladas en los arsenales, Senado, sermones que reemplazan á los periódicos, generales con dorados deslumbrantes, un Paris que se restaura completamente, coches tirados por ocho caballos, que entran con estruendo en el Louvre; fiestas todos los dias, bailes todas las noches, iluminaciones, juegos y espectáculos; en una palabra, te has prostituido á ese hombre miserable.

Todas tus conquistas te cayeron de las manos: se dice ya "los antiguos franceses„, como se dice "los antiguos romanos„, y esto hace avergonzar á tus hijos actuales; el mundo se complacia con tu gloria, y te pide cuentas de ella, porque le era muy grato que le despertara el sonido de tus clarines; contemplas con miradas estúpidas á ese Neron rodeado de sus Romieux, disfrazados de Sénecas; te complaces en oir los cantos de esa coleccion de obispos, que mientras que el César pasa revista á su haren, entonan el *Salvum fac imperatorem* (Salva al emperador).—Tu alma se queda humilde, como un perro bajo el pié que le aplasta; tu Noventa y tres recibe á cada instante latigazos del expatriado que ayer era ludibrio de Europa. Dilapidas tus propios recuerdos y la Marsellesa se ha helado en tus labios. Tu Campo de Marte sufre la presencia de vencedores repugnantes. Ya no eres nada; ni siquiera recuerdas en tu lúgubre olvido qué nacion derribó la Bastilla. Todos los domingos vas á la Courtille, riendo, á saltar, á beber, perdido ya todo instinto moral, como una bribona ébria, á echarte en brazos de un cabo, que te abofetea. Y al regresar por el boulevard sombrío, donde los cadáveres reunieron tantos cuervos, cantas alegre canciones lascivas.

Está bien; rebájate más aun; esto me regocija, porque nos promete una gran revancha; porque tú, Francia, ascenderás tanto en grandeza cuanto más te rebajes ahora. El porvenir necesita de gigantesco esfuerzo. Entre tanto arrastra el horrible carro de ese sátrapa ébrio, tú, que has conducido las cuadrigas de las victorias, que yo te aplaudiré. Estás condenada á obrar prodigios, y el mundo te verá salir bruscamente cuando llegue la hora y alcanzar una revancha proporcionada al envilecimiento, y saldrás, pátria mia, cambiando de repente de forma con extraordinario arranque, porque tal es la ley del progreso humano. Retrocede, pues; desciende, cae, besa los piés de tu señor y de sus criados; besa á Troplong, lame á Baroche; desciende más, que ya se acerca el dia; desciende más, que ya se aproxima la hora.

Esto me regocija, porque abrigo tal fé en tu porvenir, que comprendo que ha de llegar el instante en que digas con firmeza:—"Basta!„ Todo pasa á través de tí como al través de una criba; pero te despertarás muy pronto, pálida y terrible, y súbitamente serás soberbia. Del imperio abyecto saldrás con esplendidez, y tus alas brillantes, sacudiéndose el fango, deslumbrarán al mundo; las diademas de oro se derretirán en la frente de los reyes, y el Papa, arrancándose la tiara y arrojando la cruz, se esconderá temblando bajo el púlpito, y Themis, con los brazos ensangrentados, huirá durante la noche y se ocultará en las tinieblas; los ojos de la humanidad se llenarán de luz; todos los oprimidos, levantando la cerviz, se verán vencedores, libres y radiantes en cuanto vean que sacudes tu oprobio á los cuatro vientos del espacio.

Jersey, Setiembre 1853.

LIBRO SÉPTIMO.

Los salvadores serán vencidos.

I.

Sonad, sonad siempre, clarines del pensamiento.

Cuando Josué, pensativo, con la vista fija en el cielo, seguido por los suyos, caminaba, y como irritado profeta hacia sonar el clarin alrededor de la ciudad, el primer toque hizo reir al rey; el segundo, riendo todavía, le obligó á preguntarle:—"¿Crees derribar mi ciudad con el soplo de ese instrumento?„ Cuando sonó el tercer toque, el Arca iba delante; despues las trompetas, despues todo el ejército en marcha, y los mucha-

chos iban á escupir el Arca, y soplando con su trompa imitaban al clarin. Al cuarto toque, desafiando á los hijos de Aaron, las mujeres se sentaban en las viejas y mohosas almenas, y mientras hilaban el copo de lana, se burlaban de los hebreos y les arrojaban piedras. Al quinto toque llegaron á aquellas murallas los ciegos y los cojos y silbaron á los clarines, cuyo eco resonaba en las nubes. Al sexto toque, á la torre de granito, tan alta que en su cima las águilas hacian nido y tan dura que no podia derribarla el rayo, subió el rey, y mofándose, exclamó:—"Los hebreos son excelentes músicos.„ Y alrededor del rey chancero se burlaban los ancianos que por la noche tomaban asiento en el templo y deliberaban.

Al séptimo toque... las murallas cayeron en tierra.

Jersey, 19 Marzo 1853.

II.

El retroceso.

I.

Me hacia las siguientes reflexiones: comprenderá que los soldados están cabizbajos y él sin duda procurará evitarlo: el pueblo ama el combate, y cuando oye toques bélicos, Francia canta y aplaude. La guerra es una púrpura que encubre bien al asesinato; quizás conduzca la Francia á la gloria. Quizás algun dia veamos salir por escotillon un Marengo de su crímen. Necesita cubrir de gloria á los que avergonzó y aterrorizó. Necesita que, volviendo vencedor, desfilen los soldados ante su pretorio, procurando ocultar á la historia su argolla y ajustar su banquillo de acusado al antiguo carro de triunfo en que subió el gran emperador.

Querrá ser César, aniquilar, disolver los antiguos Estados desquiciados y mostrarse al universo lanzando rayos con las manos que fabricaron llaves falsas. Hará estallar la máquina del mundo antiguo; querrá vencer y sobrenadar, vengándose de los recuerdos horribles de Hudson-Lowe, de Blucher, de Wellington y de Rostopschine. Las circunstancias le ofrecen la ocasion y sabrá aprovecharla. Mandando quinientos mil hombres no puede permanecer en la ignominia eternamente, sin dejarlos encorvados bajo su afrenta; necesita proporcionarles las brillantes hazañas de ayer; la jauría guerrera necesita cazar laureles; los soldados que padecen del sarpullido del 2 de Diciembre, no pueden siempre, como perros viles, roer el boulevard de Montmartre, cuando sus padres royeron un Austerlitz.

II.

Pues bien, soñaba; mi ilusion se disipó. La gloria fué un delirio, un vapor. ¡Qué horrible despertar, soldados! El imperio es la fuga, el imperio es el miedo. El Mandrin de la paz es un sér cómodo y pacífico; ese Schinderhannes teme los golpes. Soldados, por él fuísteis parricidas, y él es cobarde para vosotros; vuestra gloria pereció bajo este incubo de manos de cieno y de corazon de bronce. Temblad! El czar marcha sobre el Danubio y vosotros no marchais sobre el Rhin.

III.

Pobres soldados de la Francia! Adios, campamentos; adios, tiendas de campaña; perded toda esperanza, porque todo eso terminó; no lavareis combatiendo el crímen que os ensangrienta; ese crímen fué un lazo para nosotros y para vosotros es el abismo. Cartouche reina, y con esto está dicho todo. Os ha sujetado el 2 de Diciembre, hordas engañadas, que solo sois ya un rebaño. Esconded las manos y las espaldas y ocultad bajo vuestras banderas las manchas que horrorizan á vuestras familias y que hacen sonreir á Dracon. Conservad el luto, conservad la sangre, conservad el cieno; vuestro señor ódia el peligro y os hace retroceder; conservad en las mejillas el bofeton del extranjero. El enano ha rebajado vuestra talla hasta su estatura; solo es audaz para robar. Dad un adios á la gran guerra y á las grandes batallas, á Wagram y á Lodi. Es preciso que marcheis detrás de su crímen, que vuestras alas han caido prisioneras en la liga, y desde hoy en adelante solo tendreis por bandera el mandil de ese carnicero. Renunciad á los combates, renunciad al nombre de Grande Ejército, renunciad al antiguo orgullo de la bandera tricolor, renunciad al himno brillante de la victoria, á que las mujeres os arrojen flores al pasar, al incienso y á los arcos de triunfo, bajo los que os saludaban las sombras de los antiguos héroes. Conten-

taos con que los sacerdotes canten el *Te-Deum* en el matadero. No conquistareis la palma expiatoria, la palma de nuevas hazañas, ni vereis que la gloria dore las crines de vuestros caballos.

IV.

La epopeya termina al empezar. Aníbal ha tomado un calmante; la Europa queda admirada y recibe con silbidos el inmenso aborto. El sobrino se vá por la puerta secreta; ese espadachin, ese perdonavidas, ese máscara bigotudo, con la frente baja, lúgubre y castigada, desaparece entre los silbidos, por entre bastidores, como un artista de Franconi. Ese histrion tiene por único talento el arte del crímen, y le sientan mucho mejor las noches de Saint-Barthelemy que las batallas de Aboukir y de Friedland. Sonad, clarines; redoblad, tambores; el gran sable tiene miedo de ostentarse á la claridad del dia; el fanfarron tartamudea y desaparece; la escuadra entra en el puerto y el águila en el gallinero.

V.

Todos los capitanes que brillan en el Louvre y que forman su séquito dicen: —"Comámonos á la Francia y al pueblo en familia„. Forey exclama:—"Cuidaos mucho, majestad„. Reybel vocifera:—"Rayos y truenos! Estémonos quietos. El czar hace maniobrar á su Guardia... No juguemos con fuego„. Espinase añade:—"César, tened mucho tacto, que los calmucos no son mancos„. Leroy replica: —"Ceñid vuestras sienes con el laurel del 2 de Diciembre, príncipe, y conservad los piés calientes„. Magnan exclama:—"Bebamos y gocemos, señor, que las ilusiones solo son ilusiones„. Entre tanto en la sombría llanura se rie el leon negro de Waterlóo.

Jersey, Julio 1853.

III.

El cazador negro.

—Quién eres, viajero? ¿No te arredran el bosque solitario, los cuervos que van volando, ni el tiempo que amenaza?—No; estoy acostumbrado á la oscuridad; soy el cazador negro.

El viento agita los árboles del bosque; un sábado nocturno parece que con sus silbidos llena la selva, y en un claro, entre las nubes, aparece la luna.

Caza corzos, caza gamos, corre por el bosque, caza al czar, caza al Austria, cazador negro.

Toca la bocina, caza á los siervos que vienen á pacer; caza al rey, caza al sacerdote, negro cazador.

Truena, llueve, cae el agua á torrentes, huye la zorra sin refugio y sin esperanza; caza al espía, caza al juez, cazador negro.

Todos los demonios de San Antonio saltan por la loca avena sin conmoverte; caza al abad, caza al monje, cazador negro.

Caza al oso, si no se te escapa; caza al jabalí; cumple con tu deber; caza al César, caza al Papa, cazador negro.

El lobo huye de tu senda; que le persiga la traílla de tus perros, córrele; caza al bandido Bonaparte, cazador negro.

El viento agita los árboles del bosque; un sábado nocturno parece que con sus silbidos llene la selva; el claro canto del gallo llega hasta las nubes; el alba aparece.

Todo recobra su antigua fuerza y vuelves á ser la altiva y hermosa Francia, el arcángel que venera el mundo, cazador negro.

El viento agita los árboles del bosque; un sábado nocturno parece que con sus silbidos llene la selva; el claro canto del gallo llega hasta las nubes; el alba aparece.

Jersey, Setiembre 1853.

IV.

La cloaca de Roma.

Hé aquí el agujero, hé aquí la escala; bajad. Mientras, en el cuerpo de guar-

dia de enfrente se juega á los dados y se rien en las narices de las matronas caprichosas, dejando que aturda en las calles la ronca voz del pregonero que publica el último trance del Humida ó del Dacio; mientras, agrupados en la delantera de las tiendas de madera los zapateros de remendon romanos y los vendedores de yerbas milagrosas, comentan los proverbios de la Minerva etrusca; bajad.

Os encontrais en seguida en un sitio monstruoso, infierno de oscuridad y de barro, de pórticos tortuosos, cuyas paredes tienen lepra, y en cuyas pústulas se deslizan los escorpiones mezclados con las tarántulas.

Por encima de este techo fangoso, arriba, en el circo inmenso, lleno de varios juegos, sobre empedrados sabinos, formados de losas centenarias, ruedan los carros, los ruidos, los vientos y los truenos; el pueblo ruge y rie en el Foro sagrado; el navío *Ostia* está amarrado al puerto; el arco triunfal brilla, y en su límite agrario maman, desnudos y divinos, los hermanos Remo y Rómulo, lobeznos de la loba de bronce; á poca distancia el rio Tíber hace fluir sus ondas serenas, desarrollándose como ancha cinta de plata, y en él van á beber la vaca y los búfalos.

El horrible subterráneo se extiende en todas direcciones; de vez en cuando abre, bajo los piés de los transeuntes, sus respiraderos infectos; esa cueva se convierte en rio en época de lluvias; hácia el medio dia los barrotes de hierro de los respiraderos reflejan los rayos del sol, y la pared parece que imita el dorso de las cebras; el resto del abismo permanece estando oscuro. En varios puntos se vé el empedrado, como en casa de los cortantes, lleno de sangre, que la producen los sudores de las piedras. El olvido, la peste y la noche viven allí. Los ratones se chocan persiguiendo á los topos; las culebras serpentean por las paredes como lúgubres claridades; los cascos de vajillas, los andrajos, los pilares con piés verdinegros, los reptiles dejando rastros de su baba, las telarañas pendientes de los maderos, los charcos imitando horrorosos espejos, en los que nadan no sé qué séres torpes y negros, forman horrible hormigueo en la oscuridad. La antigua hidra del caos trepa por todos aquellos escombros, en los que se ven animales acurrucados y comiendo; el moho rojo con escamas de plata hace brillar sus mosáicos en el lúgubre cenegal. El olor repugnante de aquel abismo haria huir al hombre más estóico. Todo el pavimento está lleno de grietas y de rajas pestilentes; los murciélagos vuelan en todas direcciones. En aquella neblina y dentro de aquellas catacumbas parece que se oiga refunfuñar á Atropos. Los piés sienten al andar por allí que tocan la espalda blanca de los sapos, el agua rezuma gota á gota, y de vez en cuando alguna escalera se vé que sumerge sus escalones en el vacío. Todo allí es fétido, informe, abyecto y repugnante. El osario, el matadero, la horca, el lavadero, los rancios perfumes dentro de las redomas persas, el vaciado aguamanil de las meretrices, el agua lustral arrojada á los piés de los dioses falsos, la sangre de los confesores y la de los gladiadores, las lujurias más asquerosas, el caldero vertido de las negras Canidias, lo que Trimalcion vomita por el camino, todos los vicios de Roma, cloaca del género humano, pasan como por una criba al través de aquella bóveda, y toda la inmundicia del universo se filtra allí gota á gota.

Arriba de la cloaca vive la ciudad, tiñéndose los labios de carmin, con la corona de hiedra ceñida á la frente y con la copa en la mano; el pueblo canta, tapándose con flores su llaga dolorosa, y allí es donde la úlcera supura, allí es donde está la cloaca más horrible y más vil. Roma entera, con todo su pasado, alegre, soberana, esclava y criminal, se sumerje en ese pantano de fango eterno y sin fondo. En aquel lóbrego recinto, siempre abierto, desemboca toda la inmundicia; la vieja trapera vá á vaciar allí su cesto y el mundo vacía allí el imperio. Llena el horror aquel antro, y todas las impurezas de la creacion caen y se sepultan en aquel sombrío abismo. A veces en su fondo se vislumbra algo horrible que en otro tiempo estuvo vivo: mandíbulas, ojos, vientres, entrañas, esqueletos que manchan las paredes; el que se acerca y fija algun tiempo la mirada en aquel monton monstruoso, hundido en el lodo y arrojado allí por una abertura, no puede distinguir si aquellos cuerpos podridos, que conservan forma aun visible, han pertenecido á perros reventados ó á Césares podridos.

Jesey, 30 Abril 1853.

V.

Era el mes de Junio; estaba en Bruselas y me preguntaron:—"¿Sabeis lo que está haciendo ese bandido?„ No lo sabia, y me refirieron el asesinato jurídico de Charlet, que pereció en la plaza pública; de Cirasse, de Cuisinier y de todos los desgraciados que ese hombre arrastró al suplicio y que con sus propias manos ató á la báscula el salvador, el vencedor, el héroe. Dios hace brotar de la tierra las mieses, los frutos maduros, las rosas, las abejas, las encinas y los laureles, y tú haces brotar la guillotina.

Eres un príncipe al que ninguno de los que no te han votado quisiera encontrar una noche en la soledad de una selva.

Mi frente ardia; me paseé por la ciudad y todo en ella me pareció oscuro y lleno de guerra civil. Los transeuntes me hacian el efecto de espectros horrorizados, y salí de la ciudad y me interné por los campos. La naturaleza no consiguió tranquilizarme: la brisa, la llanura, las flores, todo me irritaba; me extremecia la naturaleza por vivir en ella ese malvado. Sin poderme tranquilizar andé más de una legua. Apareció la noche triste; las tinieblas lo iban invadiendo todo á mi alrededor y al fin la luna apareció sangrienta, y en los cielos, cubiertos de luto, ví caer una cabeza separada de su tronco.

Jersey, Mayo 1853.

VI.

Cancion.

Su grandeza deslumbró á la historia; durante quince años fué el Dios que arrastró tras sí á la victoria é impuso á la Europa su ley guerrera. Tú vas detrás de él, tú le imitas, eres su mono.

Napoleon en la batalla, grave y sereno, guiaba al través de la metralla el águila de bronce. Pudo entrar en el puente de Arcole y pudo salir.—Aquí tienes oro; ven, cógelo y huye, que eso para tí es bastante.

Berlin y Viena eran sus queridas; él las forzó, apoderándose de sus fortalezas; sus triunfos y sus hazañas maravillan.—Aquí tienes esas rameras; son para tí, que eso para tí es bastante.

Pasó montes y llanuras, llevando en la mano la palma, el rayo y las riendas del género humano; la embriaguez de su gloria resonó en todo el mundo.—Aquí tienes sangre; ven á beber, que eso para tí es bastante.

Abrió, para que cayera, el mar su abismo; en él se sumergió, desapareciendo con grandeza.—Tú te ahogarás en el cieno, que eso para tí es bastante.

Jersey, Setiembre 1853.

VII.

Pátria.

MÚSICA DE BEETHOVEN.

Quién suspira allá arriba? ¿Es un espíritu? Es una mujer? Mira su hermosa frente, arrodillado, pueblo. ¿Es nuestra alma que vuelve á nosotros?

Su enlutada figura se nos aparece y nuestro antiguo orgullo sale del ataud; sus miradas incitantes y vencedoras despiertan todos los corazones y todos los cánticos.

Es el ángel del dia, es la esperanza, es el amor de los pensadores, es la claridad de un mundo mejor; se llama la Francia, se llama la Verdad.

Hermoso ángel, cuando desciendes y miras en el espejo el poder vil que te ofrecen, dices al mundo:—"Pueblo, forma tus batallones„, y el mundo, entusiasmado, te responde:—"Los formaré„.

Es el ángel de la media noche que sigue á los reyes, y que marca de antemano en el cielo su momento fatal; se llama la Francia, se llama el Castigo.

Así como vemos volar los alciones en

el mes de Mayo en pos de sus rayos, volad, naciones; sus brazos, que se dirigen al firmamento, cierran el pasado y las puertas de hierro del sombrío infierno.

Es el ángel de Dios, y en los espacios azules sus inmensas alas abiertas cubren cariñosamente á toda la humanidad. Se llama la Francia, se llama la Libertad.

Jersey, Setiembre 1853.

VIII.

La caravana.

I.

Por la tierra, ya pasando un arenal, ya inmensa sábana, unos tras otros en larga caravana, trocando sus pensamientos en confusos rumores, llevando consigo leyes, hechos y costumbres, los espíritus son viajeros eternos que viven en perpétua marcha. Unos llevan la bandera, otros llevan el Arca; su santa peregrinacion se llama Progreso. De vez en cuando se paran, pensativos, soñadores y fatigados: luego vuelven á emprender el camino. Se llaman unos á otros y se ayudan. Siguen andando. En su camino trasponen llanura tras llanura, montaña tras montaña, horizonte tras horizonte. Avanzan siempre y nunca llegan. A cada etapa les sale un guia al encuentro; cuando desaparece Juan Huss, aparece Lutero pensativo; Lutero se vá, y entonces Voltaire toma la antorcha; cuando Voltaire se pára, llega Mirabeau. Llenos de esperanza, sondean y exploran una tierra desconocida; á cada paso que dan vá disipándose la bruma; andan sin apartar un instante los ojos del término del viaje ni del asilo adonde se encaminan, que es un punto luminoso que se distingue en el fondo de dilatada llanura; la Libertad sagrada, esplendente en lontananza; la Paz en el trabajo, el Himeneo universal, el Ideal; esas son sus aspiraciones, esa es la Meca del género humano.

Cuanto más caminan, más les impulsa y exalta la Fé.

Llegan para ellos, sin embargo, ciertos momentos, cuando hacen alto por estar fatigados ó por ver extinguirse la luz del dia, que necesitan reposar y dormir; y en esos momentos el Mal, adquiriendo todas las formas, ya de ave de mal agüero, ya de vil reptil, ya de mónstruo, quimera, preocupacion ó mentira, sorprende á la caravana acampada ó adormecida, y saliendo entonces de la oscuridad, trata de volverse á apoderar de esos espíritus que se le escapan.

II.

El dia vá declinando; llega la caravana á la cumbre de alguna árida montaña que rodea inmensa soledad, y en la que ni un árbol, ni una roca, ni un abrojo interrumpe la monotonía de su lúgubre horizonte. A la primera luz de las estrellas clavan las estacas en el suelo y extienden las tiendas, encendiendo hogueras en el campamento. Es ya de noche. Viajeros fatigados, dormid!

Pero no, velad! porque todo se despierta á vuestro alrededor. Poneos en pié y prestad oidos. Ved á la claridad zodiacal aparecer el gavilan gris, el mono obsceno, el chacal, los ratones, las comadrejas, las garduñas, todos los visitadores nocturnos de las tiendas de los beduinos; la hiena de paso tortuoso, que amenaza y que huye; el tigre de cráneo aplastado y de mal instinto, cuya ferocidad se parece á la alegría; las aves de rapiña ó las bestias carnívoras; todos estos animales, que, al ver fuego, lanzan extraños gritos y avanzan hácia él de cien partes á un tiempo. En la oscuridad, y como bandidos que merodean, esos bandoleros de la naturaleza dan vueltas á vuestro alrededor. Las llamas de las hogueras se reflejan en los ojos de los leopardos, y en el hormigueo terrible de esas fieras se ven por todas partes pupilas encendidas vagar por la oscuridad. La soledad se llena de aullidos fúnebres; de las piedras, de los fosos, de los barrancos, de todas partes surge un ruido feroz y monstruoso. Cuando los pasos humanos penetran en esas llanuras durante la oscuridad de la noche, los pobladores espantosos del desierto acogen al hombre con gritos y rugidos. En aquel caos de fuertes y de débiles, en el que cada cual trata de saciar su inmundo apetito, unos chillan, otros rien, éstos maullan, aquellos ladran y los demás gruñen. Los viajeros, horrorizados, invocan, ó á su protector musulman ó á su patron cristiano.

De repente cesa el ruido y reina sepulcral silencio.

El espantoso tumulto calla; las quejas y los estertores mueren como voces que apaga la agonía, como si por milagro ó por encantamiento Dios se hubiese lle-

vado bruscamente á todos los zorros, monos, buitres, tigres y panteras. Reina profundo silencio.

El desierto queda mudo y solitario y la vista no alcanza á ver bajo del cielo más que el espacio sin límites.

De repente y en medio del silencio se oye largo y formidable rugido. Es el del leon.

III.

Llega, aparece el rey salvaje de las profundidades mudas.

Acaba de despertarse, no como el lobo triste que olfatea el ganado, no como el jaguar que vá á las ensenadas á husmear si la borrasca ha arrojado cadáveres, no como el chacal furtivo que vá durante la noche á desenterrar muertos en los campamentos despues de las batallas, sino para andar durante la oscura noche y á la claridad de las estrellas; porque el azul constelado le place, porque Dios hace que el águila contemple al sol y el leon á las estrellas. Llega, atravesando las brumas del crepúsculo, con paso silencioso, tranquilo y satisfecho, aspirando el aire puro que no puede respirar en su antro, y con golpes desiguales la cola le bate el vientre, y el que siente que se le aproxima en la oscuridad, no le vé venir. Las palmeras, temblando como matas de yerba, se extremecen; y apacible, magnífico y soberbio, llega siempre por el mismo camino á la hora en que el astro Vénus declina en Occidente.

Cuando entra en la colina, marcando sus garras en la arena movediza, antes que el ojo humano vea extinguirse en el horizonte su vago fantasma, antes de que avance en la llanura, todo calla; solo se oye su poderoso aliento, que basta para que se extremezca y tiemble toda la naturaleza y para que enmudezcan todas las voces sombrías que aullaban.

IV.

Cuando levantando la losa de tu antro y cansado del largo sueño que te oprime, ¡oh pueblo! abriendo los ojos á la claridad te despiertes tranquilo; el dia en que nuestros innumerables tiranos comprendan que el que se remueve en la oscuridad es el leon, eres tú, pueblo; ese dia el grupo vil en el que Falstaff se junta con Loyola; en el que esos advenedizos sin probidad, que arrastran sotanas ó sables, el general Soufflard, el juez Barrabás, los jesuitas de frente pálida, que rezan con rosarios cuyos granos son balas; los Mingrats, que bendicen á los Heliogábalos; los Veuillots, que hace poco iban errando sin fuego y sin hogar y que antes de ser proclamados santos arrastraban en los garitos los andrajos de su estilo y los agujeros de sus botas; los Troplongs, los Rouher, violadores de las Constituciones, estafadores que hacen con las leyes lo que harian con una baraja; los devotos, los vividores, todo ese conjunto monstruoso de bellacos y de miserables, desde el amo hasta el lacayo, desde el bandido hasta el ratero, todos ellos callarán súbitamente cuando oigan, pueblo, tu respiracion, y desaparecerán con la rapidez del relámpago. Ocultos, desmayados, perdidos en la oscura noche, antes de verte aparecer, desaparecerán y tu voz solemne y elocuente, tronando, llegará hasta el cielo.

Jersey, Junio 1853.

IX.

Era de noche; llovia; la marea estaba alta y una niebla espesísima cubria toda la costa. Las vertientes ladraban como perros; las olas, al llanto del cielo unian sus sollozos; el infinito sacudia y mezclaba en su urna las sombras invasoras del abismo nocturno; las bocas de la noche parecia que rugian en los aires. Oíase en el mar el cañon de alarma, y marineros próximos á naufragar pedian socorro. En medio de la borrasca, en la que una ráfaga sucede á otra, algun barco perdido lanzaba sus postreros gritos, viéndose sin piloto, sin mástil, sin áncora y sin refugio. Caminé en direccion del buque. Pasó por mi lado una vieja aterrorizada, que me dijo:—"Ha naufragado una embarcacion„. Corrí á la playa y solo ví en ella un sudario de neblina, de oscuridad y de horror; estaba yo allí solo; el oleaje, levantando su cabeza del abismo, empezó furioso á rugir contra mí, como queriendo alejar un testigo de su crímen.

¿Qué pretendes, pues, ¡oh Dios! de las ruinas, de los abismos y de las tempestades, que no saciado aun de causar tan grandes naufragios, ni de sumergir á fuertes ni á poderosos, quieres sumergir tambien á los pequeños, y despues de haber sepultado á la Francia, necesitas aun sepultar ese barco?

Jersey, Abril 1853.

X.

I.

Seria error creer que estos desastres acaben en cantos y en apoteósis; indudablemente llegará la hora del castigo: los decretos del Altísimo ni retroceden ni engañan. Los dias espantosos del castigo serán dias sublimes. Tú, pueblo generoso, harás que esos hombres expíen sus crímenes por medio de la ley, sin usar la espada, sin derramar una gota de sangre, sin perdon, pero sin cólera. No hagas caer un solo cabello de ninguna cabeza, ni salir un grito de ninguna boca martirizada; que ni un solo malvado encuentre un asesino. Los tiempos están ya cumplidos; la pena de muerte ya no existe; hemos cerrado la puerta del matadero humano y todos esos hombres vivirán; todos, hasta él.

Estas ideas que proclamábamos ayer, las repetimos hoy y las repetiremos mañana, porque nosotros debemos anunciar la aurora de los tiempos futuros.

II.

Su propia reputacion hace temblar á esos miserables; les hace creer que si triunfásemos moririan; no comprenden que eso seria deshonrar al patíbulo y restablecer la cuchilla de la plaza de la Grève. Varios mártires, que iban á la horca con la frente erguida, que eran justos y héroes, han muerto en ella sublimándola: despues que Carlota Corday y que madame Roland pusieron el blanco cuello bajo la cuchilla, ¿tendria la pretension Magnan de mancharla con su sangre inmunda? Donde ruge el leon no debe gruñir el cerdo. Para Rouher, Fould y Suin no debe emplearse el patíbulo de los Camilos y de los Vergniaud. No puede morir Troplong como Malesherbes, ni Delangle como Andrés Chenier. No es posible arrojar esas cabezas en un mismo cesto, ni poner en contacto á Danton con Baroche. No olvidemos que ese imperio, en el que se mezcla lo atroz con lo burlesco, es una mojiganga, y que si nos ha hecho llorar, tambien nos ha hecho reir. Bajo el pretexto de que ha cometido muchos crímenes y de que es tan asesino como farsante, subiria las gradas de esa escala horrible y sagrada siendo payaso, despues de haber sido titanes Saint-Just y Robespierre; y la guillotina, despues de cortar la cabeza de Briareo, cortaria la cabeza de Arlequin. El cadalso es un sitio de triunfo siniestro; es la cumbre desde donde el mártir remonta el vuelo; su hacha es impotente para destruir la aureola; el cadalso es la sangrienta almena en la que se inclina el alma para ver la eternidad. Lo que necesitan esos criminales es el gorro verde, es la casaca de paño burdo, es el poste, son las prisiones de Brest, de Clairvaux y de Tolon; es arrastrar cadena, es el látigo, es el palo. Deben vivir apareados y sufriendo juntos la infamia. El patíbulo los rechaza. La muerte inclina al suelo sus ojos de vírgen en presencia de esos miserables.

Jersey, Julio de 1853.

XI.

Cuando el eunuco reinaba al lado del César, cuando Tiberio, Cayo y Neron con su carro de triunfo hollaban á Roma, que estaba más muerta que Babilonia, el poeta se apoderó de esos verdugos en su trono, y su Musa en versos llenos de vida les escupió á la cara. Tú, falso príncipe, primo de la débil Hortensia, hidalgo por tu mujer, almirante por tu madre, reinas por el 2 de Diciembre y vives por el 18 Brumario; pero la Musa te ha cogido, y ahora, como es natural, te extremeces al verte en manos del severo historiador. Pero aunque tiemblas sufriendo latigazos líricos, exclamas orgullosamente:—"La historia se ocupará de mí." No, miserable; el panteon de los reyes no se ha construido para tí; no entrarás en la historia, andrajo humano; te arrojará á la basura fuera de ella y despues te cerrará la puerta.

Jersey, 1.° Agosto 1853.

XII.

Palabras de un conservador á propósito de un perturbador.

Soñé? estaba despierto? Juzgadlo.—Un hombre, un miembro del partido del órden, gravemente me decia:—"La muerte jurídica que castiga á ese charlatan, á ese descarado anarquista, es justa. Es preciso que la autoridad y el órden se

defiendan, y no puede permitirse que se las discuta. Además, las leyes se promulgan para ser ejecutadas. Existen verdades eternas que deben hacerse prevalecer, aun á costa del cadalso. Ese innovador predicaba una filosofía de amor, de progreso, de palabras huecas, de las que debe desconfiarse; se reia de nuestro culto antiguo y venerando; era uno de esos hombres para los que nada es sagrado, y no respetó nada de lo que todo el mundo respeta. Para inculcar sus doctrinas iba reuniendo en ciertos lugares á la hez del pueblo, á bribones atrabiliarios, á descamisados, y con semejante canalla celebraba sus conciliábulos. Nunca se dirigia al hombre inteligente, ni al honrado, ni al rico, y sin consideraciones de ninguna clase extraviaba á las masas. Con los brazos levantados al aire y haciendo muecas, pretendia curar á los heridos y á los enfermos, contraviniendo así á las leyes. Lo mismo en el campo que en las ciudades excitaba á la guerra civil, al desprecio y al ódio entre los ciudadanos. Acudian á él de todas partes hombres que se acostaban en los fosos ó en las puertas de las casas, unos cojos, otros sordos, otros tuertos, otros llenos de úlceras. El hombre honrado que lo veia, indignado, se encerraba en su casa cuando veia pasar á ese juglar con su abominable séquito. Un dia durante una fiesta, no recuerdo qué fiesta fué, ese hombre tomó un látigo; declamando y lanzando gritos, hizo huir á los mercaderes, autorizados para vender: este hecho es auténtico. Aquellos mercaderes honrados tenian permiso para vender. Llevaba consigo una jóven, á la que llamaba hija, y peroraba por todas partes tratando de destruir la familia, la religion y la sociedad; socavaba los cimientos de la propiedad y de la moral verdadera, y el pueblo le seguia, dejando los campos sin cultivo, lo que era muy pernicioso. Atacaba á los ricos y adulaba á los pobres, asegurando que en el mundo los hombres son iguales y hermanos, que no hay grandes ni pequeños, ni esclavos ni señores, y que los frutos de la tierra pertenecian á todos: tronaba siempre contra los sacerdotes; en una palabra, de su boca solo salian blasfemias. Todo esto sucedia en público, y referia estos horrores á los primeros miserables que llegaban hasta él, prefiriendo siempre á los que no tenian casa ni hogar. Era preciso, pues, destruirle; las leyes estaban terminantes, y el poder mandó que lo crucificaran.„

Semejantes palabras, dichas con suave acento, me chocaron, y le pregunté:—"Quién sois para hablarme así?„—"Me llamo Elizab, soy escriba del templo; por eso comprendo que se necesitaba hacer de él un castigo ejemplar.„—"¿De quién me estais hablando?„ le pregunté. Sorprendido, me contestó:—"¿De quién he de hablar? De ese vagabundo que se llama Jesucristo.„

Jersey, Diciembre 1853.

XIII.

Fuerza de las cosas.

Nada te importa á tí, tranquila naturaleza, que al ver á los pícaros suspire el hombre honrado, que la historia sea repugnante ó insulsa, que el imperio cojee con Talleyrand y bizque con Parieu; que el golpe de mano de un estafador diestro se llame gracia de Dios, que el Papa haya cambiado su cayado en maza, que el Campo de Marte se vea piafar bajo la espuela del general Asesinato y el ayudante de campo Robo; que fuera del Elíseo un príncipe salteador, un filibustero saliendo de la isla Tortuga, asesine, extermine, degüelle, devaste y asole; que los Concios cristianos, golpeando el *tam tam*, vociferen en presencia de Soufflard, *Affollite portam*; que para aplaudirle tenga el crímen cien periódicos infames, los que en la casa de Oro garabatean los Romieux sentados en el regazo de las mujeres, con el vaso en la mano, y los que San Ignacio inspira á sórdidos bellacos, que en los viles tribunales donde la mirada de Moreau del Sena ofende á Moreau de Meurthe, la justicia haya recibido puñetazos horribles; que en su lecho de muerte la ley sea violada por los centuriones y sufra el estertor de la agonía; que el sér privilegiado creado por Dios para ser génio, el hombre, adore de rodillas al lobo hecho emperador; que una carcajada abreviada por el horror resuma todo lo que hoy vemos; que Hautpoul venda su espada y Cucheval su pluma; que todos los famosos bandidos copiados en pequeño vuelvan á vivir; que se llene un Senado de estúpidos y medianías, cuyo servilismo, propio de negros y mamelucos, hubiese disgustado al propio Mahmoud y cansado á Soulouque; que el oro sea el único culto, y que en este tiempo venal, en que la caja es Dios, sea cardenal el bol-

sillo; que la vieja Themis no sea más que una ramera besando á Mandrin; que Montalembert suelte su baba apoyado de codos en el altar; que Veuillot, por Sibour vacíe el bolsillo de los fieles; que en los bailes de la corte se vean ostentarse tantas señoronas que ayer arrastraban sus andrajos por las aceras; que Haynau sea en Brescia peor que Lautrec; que en todas partes, desde las Siete-Torres hasta las Columnas de Hércules, Napoleon con la mano en la cadera retroceda, porque el águila es vieja, porque Esling encanece, Marengo tiene la gota y Austerlitz tiene reuma; que el czar de Rusia tenga tanto miedo como el nuestro; que el oso negro y que el oso blanco tiemblen uno delante de otro; que montado en su gran caballo y llevando su enorme penacho, reviente de gozo Saint-Arnaud en presencia de Florival, fuerte en los combates y en las pantomimas del baile pírrico; que Sodoma se ostente y Paris se oculte; que Escobar y Houdin vendan el mismo ungüento; que merced á esos titiriteros mezclados con los bandidos, la Saint-Barthelemy termine en martes de Carnestolendas: nada de esto te importa, tranquila naturaleza. Eres una Isis velada y sentada al umbral de nuestra puerta, impenetrable abuela de miradas tiernas, vieja como Cibeles y fresca como Iris, que lo que pasa en la tierra se desvanece ante tí; porque toda fealdad se disipa ante tu esplendor, y no te informas de quién fué el primer bribon ó el primer tirano que se canonizó en San Juan de Letran; ni nada te importa del 2 de Diciembre, de los soldados ébrios, de las leyes falseadas ni de los cadáveres mezclados con botellas rotas: indiferente sigues tu flujo y tu reflujo. Cuando el morador de los arrabales se duerme, negándose á meter balas de buen calibre en el fusil; cuando el pueblo francés no es ya pueblo libre; cuando yo le aplico la cantárida de mis versos, tú sigues soñando. Muchas veces desde el fondo de sombrías mazmorras sale como de un infierno el murmullo de los desdichados, que Baroche y Rouher guardan bajo llaves y cerrojos, y tú no te conmueves: el manantial de la indiferencia llena siempre tus urnas, y presencias los atentados nocturnos, los crímenes y furores de Roma crucificada y de Paris aherrojado, las asechanzas de los reyes, los falsos juramentos y el borrascoso clamor de las almas indignadas. En la tranquilidad en que estás refugiada dejas fermentar la perturbacion y renacer un pasado, del que ya nos habíamos emancipado; dejas que la Francia, de luto, lance el supremo suspiro; que los cobardes se escondan en sus agujeros como los topos; que gruñan los leones y que rujan los poetas. Impasible miras sin temblar y sin sublevarte pasearse por tus jardines, bajo los pinos y por tus llanuras, al más miserable de todos esos infames. Mientras que el horror sale de los Senados y de los cónclaves; mientras que los Estados-Unidos tienen aun mercados de esclavos, como Roma antes del nacimiento de Jesucristo; mientras se venden hombres por dinero, tú hinchas el mar, haces nacer los astros, encorvas el arco-iris, llenas de enjambres los matorrales, el aire de perfumes y los nidos de cantos, haces que se abran las rosas y das blancura al lirio, y cuando harto de liviandades el pensador, acongojado, huye de las poblaciones y busca tu soledad, le dices:—"Ven á mi seno; á mí nadie me corrompe; yo te amo„, y esparces desde la oscuridad en la frente, que quema, la suave frescura de la yerba y del ramaje de los bosques. Momentos hay en que al ver que entre las traiciones diriges apaciblemente los meses y las estaciones, impasible y fria, suceda lo que suceda, nos asombras. Cuando los proscriptos mártires del pueblo elegido por Dios mueren estóicamente sin quejarse, parece que no pienses en otra cosa que en dorar y pintar las alas del escarabajo que se arrastra por las tumbas. Cobijas bajo el mismo cielo al justo y al injusto. Preocupada por los insectos, por las piedras, por los arbustos, en los movimientos confusos del mundo animal, parece que desconozcas el mal y el bien, y dejas al hombre que sufra su amarga miseria. ¿Qué te importa de Sócrates? Tú misma le preparas la cicuta. Creaste la necesidad, el instinto y el apetito; el fuerte se come al débil y el grande al pequeño; el oso se come al raton y el buitre á la paloma. Naced, hormiguead, morid, muchedumbres; vivid, haced el amor, creced, matad, que la pradera reverdece, la noche sucede al dia, el asno rebuzna, el caballo relincha y el toro muge. Cualquiera te creeria ciega, naturaleza, porque no ves lo bueno ni lo malo; en el inmenso olvido en que vegetas, ni siquiera ves esos dos lejanos gigantes que están inclinados sobre tu abismo; Satanás, padre del mal, y Cain, padre del crímen.

Monstruosa giganta de cien ojos, estás

encargada de un trabajo grande, santo y misterioso, y no seré yo quien blasfeme de tí, naturaleza. Mientras que la cadena que arrastramos nos oprime la cintura, mientras la oscuridad se extiende por todas partes, los principios ocultos, los elementos esparcidos, el rio, el volcan, el gas que se condensa en el aire y se dilata, los flúidos, el éter, el gérmen sordo y lento, son los obreros que trabajan silenciosa y ocultamente, que no tienen sueño, que no se fatigan, que son innumerables. Tú fomentas, libertadora sombría, su trabajo en la oscuridad; para trocar en edén nuestro infierno, todas tus fuerzas vivas salen del fondo de los abismos.

Murmuras en voz baja:—"Raza de Adan, que estás sufriendo; pensadores, que á la fuerza os veis ligados al antiguo mundo, cada una de mis leyes os vá desatando de él. Cada dia surge una nueva claridad; el pensador acecha y el azar revela; el viento siembra y el cálculo recoge. Fulton, Galvani y Volta meditan en los secretos profundos que de vez en cuando nos comunicas; y el hombre, deslumbrado, vá descifrando poco á poco las páginas de tu libro. De dia en dia se descubre más horizonte. Cada descubrimiento del género humano, como golpe de ariete que se dá en la pared de una cárcel, hace extremecer al mundo. El himeneo de las naciones vá realizándose. Las pasiones, los intereses, las costumbres y las leyes, las revoluciones que hacen germinar al género humano y cambiar de formas, Paris, Lóndres y Nueva-Yorck, tienen por lazo que las une un alambre que tiembla en el fondo de los mares. Fuerza desconocida, fuerza arrancada al rayo, confunde en la corriente de las aguas la corriente de las ideas. La ciencia, hinchando sus olas desbordadas, sumerge tronos y cetros, ídolos y potentados. Todo se mueve, piensa, anda y crece. El amor sucede á las lágrimas, el agua viva al agua muerta y la boca que canta á la boca que muerde. La ciencia, semejante á los antiguos pontífices, unce á sus carros tonantes hipógrifos espantosos, y los animales de bronce respiran fuego por las narices. El globo esclavo cede al espíritu soberano. Por grados lentamente, al recibir tu hálito, la libertad sale de la yerba de la llanura, de las piedras del camino, de las ramas de los bosques, irradiando, y convierte las leyes de la ciencia en decretos, destruyendo el esqueleto del antiguo universo, llenando el fuego que brilla, el agua que salta, el aire que pasa rugiendo en el trueno y errando por los torrentes, haciendo imposible el mundo de los tiranos. La materia, en otros tiempos muerta, hoy está viva; aplastaba ayer al hombre y ahora lo arrastra. El bien germina á cada momento y la alegría en todas partes. Puedes estar orgullosa, naturaleza, ya que, impulsada por las miradas de Dios, nos prodigas los dones que tu misterio difunde; y porque contemplas, como una madre se inclina para ver salir al hijo que llevó en el vientre, salir la humanidad de tu seno inmortal.

¡Vida, idea, encarnaciones que bullen en todos los cerebros! El progreso, aliando con ellas sus conquistas, gana un punto despues de otro y se propaga contagiosamente. De ese oscuro monton de hechos prodigiosos, que ninguna mirada puede abarcar y que carecen de nombre en el mundo, creas, fuerte como el águila, el espíritu del hombre, reformando costumbres, ciudades, códigos y religiones.

Tal es, naturaleza, tu génesis sublime. Nos deslumbra contemplarte bajo este supremo punto de vista. El mundo, reclamando el vuelo que Dios le promete, vibra, y desde ahora, grave y pensativo, silencioso, inclinado sobre el porvenir, sobre la creacion y las criaturas, lanza de sus ojos vaga claridad; y el sábio y el filósofo distinguen del mundo en las radiantes pupilas la palpitacion de las innumerables alas del porvenir.

Jersey, 23 Mayo 1853.

XIV.

Cancion.

En qué piensa el proscripto? En el campo sembrado que abandonó, en la carreta, en las herramientas, en su choza, en la Francia abatida. Mientras reciben premio y dinero los Dupuis, el pobre desterrado sufre y llora; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

El obrero sueña en el taller, en los campos el labrador, mientras gozan en palacios de todos los esplendores del lujo los que desterraron á los defensores del derecho; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

En Mayo oian zumbar á las abejas y veian correr por los trigos á los gorriones que nos robaban las cosechas, y ahora viven ausentes, recordando sus hogares y hasta echando de menos los contratiempos que allí sufrian; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

Trabajando sin cesar sostenian á su mujer y á sus hijos; pero el trabajo en el seno de la familia les hacia la vida grata y alegre. Estos recuerdos, que nunca pueden lanzar de la memoria, les dan irresistible melancolía; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

Los dias de fiesta el trabajador reposaba alegremente, cantando las canciones de Febrero, con la blusa desceñida y con la gorra hácia atrás; iba á los arrabales á comer un conejo dudoso y á beber vino comun y á pasar alegre el dia; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

Los domingos el labriego llamaba á Juana ó á Juanita, y les decia:—"Venid con nosotros, poneos los vestidos de muselina, vámonos á las afueras á bailar, á reir y á divertirnos„; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

Los desterrados viven pensativos y vá llenándose de angustias su corazon desgarrado, contemplando los cipreses que sombrean las tumbas en el cementerio, y unos pensando en Alemania, otros en Italia y otros en Polonia; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

Un proscripto, cansado de sufrir, espiraba alegremente, y yo le pregunté:—"Por qué quieres morir?„—"Porque me pesa la vida„, me respondió; añadiendo:—"Así me libro del Neron que impera y que encadena á la Francia abatida; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.

„Muero por no ver los campos en los que veia rayar el dia; muero por no oir los cantos que oia desde mi ventana. Mi alma está donde yo no puedo estar. Entre cuatro tablas de pino enterradme en la pradera; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin pátria.„

Jersey, 13 Abril 1853.

XV.

Hay dias abyectos en los que, seducidos por alegría bochornosa, los pueblos se entregan á los hechos consumados y gozan de ellos.

Entonces, de las naciones, mecidas por fatal delirio, se desprende la virtud gota á gota, como salta el agua de una esponja.

Entonces, ante el mal, ante el vicio y ante la locura, los vivos, imitando á las endebles cañas, se doblan á todos los vientos.

Se entregan á festines y á locuras, desoyendo la voz del alma; comen, beben, cantan y bailan y están satisfechos de ser infames.

El crímen triunfante, glorificado por inmundos ministros, rie siniestramente, y en sus tumbas se extremecen las sombras de nuestros antepasados.

En la fiebre de esta vida material amodorrados, oyen de repente en los aires la voz de un clarin que grita:—"República! Libertad!„

Y el mundo, despertado por esos mágicos sonidos, se queda como el que se emborracha de noche, cuya embriaguez disipa los rayos del sol naciente.

Jersey, 1853.

XVI.

Ultima palabra.

La conciencia humana ha muerto; ese hombre se ceba en ella en la orgía; su cadáver le place, y alegre vencedor, con

los ojos enrojecidos de sangre, se vuelve y dá un bofeton á la muerte.

El juez se prostituye por recurso; el sacerdote hace que se extremezca el hombre honrado, que se queda despavorido; destierran el dinero de los campos del labriego, y Sibour revende á Jesús, que Judas vendió por primera vez.

Reina, César, que eres el elegido del Dios de los ejércitos; el pueblo te obedecerá, porque te debe obediencia. Así dicen sus secuaces, cantando con las manos cerradas, entre cuyos dedos se ven brillar cequíes de oro.

Mientras se vea triunfar á ese príncipe que el Papa bendijo, á ese monarca malandrin que lleva en una mano el cetro y en la otra los alicates, á ese Carlo-Magno, que Satanás ingertó en Mandrin;

Mientras se cebe mascando el juramento, la virtud y el honor, y ébrio vomite su ignominia sobre nuestras glorias, aunque aumentase la abyeccion pública hasta el punto de que todo el mundo le adorase;

Aunque para agradar á César renegasen de todos nosotros; aunque el proscripto tuviera que ir mendigando de puerta en puerta; aunque el destierro expulsase á los expulsados; aunque el sepulcro expeliese á los muertos,

---

No vacilaria; seguiria pensando lo mismo, y sin lanzar una queja, tranquilo, con el luto en el corazon, en el destierro te abrazaria, pátria mia, que eres mi ídolo, que eres mi bandera.

Nobles compañeros, sigo profesando vuestro culto; queridos desterrados, la República nos unirá para siempre; glorificaré todo lo que ahora se insulta y llenaré de oprobio todo lo que ahora se bendice.

Seré siempre, bajo la cubierta de ceniza que me cubre, la voz que exclame:—"Eres nuestra desgracia!„ y la boca que diga:—"No„. Y mientras tus criados te señalen el Louvre, yo te señalaré ¡oh César! la cárcel.

Ante las traiciones, ante las cabezas encorvadas, me cruzaré de brazos, indignado, pero sereno; conservaré sombría fidelidad á todo lo caido; conozco mi fuerza y soy de bronce.

Mientras esté allí, ya ceda, ya persista, Francia querida y siempre llorada, no pisaré tu pátrio suelo, tumba de mis antepasados y nido de mis amores.

No pisaré tu territorio, Francia querida, y excepto mi deber, lo olvidaré todo. Entre los que sufren plantaré mi tienda y permaneceré siendo proscripto, pero siempre firme.

Acepto el duro destierro, aunque no tenga fin ni término, sin criticar por eso á los que han cedido y que yo creí dotados de mayor firmeza, ni á los muchos que se van, cuando debian permanecer lejos de la pátria.

Si en el destierro somos mil, con los mil estaré; si solo somos ciento, con los ciento desafiaré á Sila; si solo quedamos diez, seré el décimo; si solo queda uno, ese seré yo.

Jersey, 2 Diciembre 1852.

Lux.

I.

Tiempos futuros! Vision sublime! Los pueblos han salido del abismo y han atravesado el silencioso desierto; despues de las arenas han encontrado llanuras tapizadas de césped, y la tierra es la esposa que se enlazó con el esposo.

Ya las miradas se elevan y ven acercarse el hermoso delirio que un dia será realidad, porque Dios romperá todas las cadenas, porque el pasado se llama ódio y el porvenir se llamará amor.

Desde ahora, entre nuestras miserias, germina el himno de los pueblos hermanos volando por las sombrías enrama-

das; como el pajarillo que la aurora despierta, el progreso, abeja tenebrosa de nuestras desgracias, fabrica la felicidad.

Mirad cómo se desvanece la noche. Por el mundo que se emancipa, olvidando á los Césares y á los Capetos, en las naciones núbiles, abre la paz en el vasto azul sus inmensas alas.

Por fin, Francia, surges de la esclavitud; despues de la orgía te ciñes la blanca túnica, triunfas de tus dolores; el trabajo suena en tus fraguas, el cielo te sonrie y los pitirrojos cantan sobre los floridos pinos.

El moho corroe las alabardas; de las bombardas y de los cañones destrozados ni siquiera queda un pedazo bastante grande para que se pueda tomar en una fuente el agua que necesita beber un pajarillo.

Los rencores se han disipado; á todos los corazones y á todos los pensamientos domina el mismo designio, forman un haz soberbio, y Dios toma para ligarle la vieja cuerda de la campana que tocaba á rebato.

En el fondo de los cielos oscila un punto luminoso. Mirad cómo crece, cómo brilla, cómo se acerca; es rojo, es enorme. República universal, no eres aun más que una chispa, pero mañana serás un sol.

II.

Fiestas en las ciudades, fiestas en los campos; los cielos no tienen ya infierno, las leyes no tienen ya presidios. ¿Dónde está el patíbulo? Ha desaparecido. Todo renace. La felicidad de cada uno se aumenta con la felicidad de las naciones. Ya no hay soldados que empuñen espadas, ya no hay fronteras ni fiscos, ni espada en forma de cruz. La Europa, sonrojándose aun, exclama:—"¡Y yo tenia reyes!„ y la América exclama tambien: —"Y yo tenia esclavos!„ La ciencia, el arte y la poesía han cortado todas las trabas en todo el género humano. Ya no existen los males que sufríamos. Los piés libres del hombre han olvidado las cadenas que los sujetaban. El mundo constituye una sola familia unida. El santo trabajo de todos se armoniza, y la sociedad, en la que resuenan infinitos himnos, acoge con transporte el esfuerzo que hace el hombre más insignificante; el trabajo más humilde verificado en una cabaña conmueve al pueblo inmenso, que goza de completa ilustracion; la humanidad, en su espléndida grandeza, agradece el dón que recibe del más humilde trabajador; como las grandes encinas, llenas de hojas y de ramas, como los viejos cedros, frondosos y duros como el granito, al hacer en ellos su nido la curruca, se extremecen contentos y gozosos de que una avecilla les traiga una hebra de yerba.

III.

Compañeros valientes del destierro, proscriptos como yo, muchas veces me habeis oido expresarme de este modo, y algunos de vosotros, más incrédulos que yo, me habeis replicado:—"Pierde la esperanza; aunque fuésemos hijos de una raza maldita, el cielo no seria más cruel para nosotros. No comprendemos su inclemencia. Por qué castigar al justo? La virtud se asombra y empieza á mirar fijamente á Dios, que se oculta y se aparta de nuestra vista. ¿Por qué han de prevalecer la iniquidad y el crímen? No comprendemos los designios de Dios, no comprendemos cómo deja brotar tantas alegrías para los inícuos, por qué causa tanta desolacion; no comprendemos tampoco cómo es que abrigas tan risueña esperanza.„ —¿Quién, hermanos mios, comprende á ese inmenso sér misterioso? ¿Quién ha atravesado el espacio, la tierra, el agua, el aire, el fuego y la extension, y puede decir: "He visto á Dios? ¿Quién puede decir yo le conozco, yo sé cómo ha creado al hombre, yo sé cómo ha formado la creacion; yo he visto abrirse su mano invisible, lanzar de ella el invierno, el trueno y las tempestades, extender y recoger el negro manto de la noche, hacer nacer el embrion del alma, apoyar en la oscuridad el vacío, el polo del Septentrion, disponer los momentos en que las cosas suceden, hacer entrar la muerte en el banquete del rey festejado, crear la araña y su tela, pintar la flor, sazonar el fruto, sin perder una sola estrella conducir todos los astros nocturnos, detener las olas en las playas, perfumar las rosas en el verano, derramar el tiempo como un manantial de agua viva de las urnas de la eternidad,

conseguir con un solo soplo extremecer el firmamento en toda su extension, como si fuese la frágil cabaña de un pastor, adherir los globos á las esferas con lazos invisibles... Quién puede decir todo esto? Nadie. Todo esto es oscuro é incomprensible para los mortales. El hombre es un vano clarin que suena. Dios solo é incomprensible gobierna la naturaleza.

IV.

No dudemos! Tengamos fé! Esperemos el fin de ese misterio. Dios sabe romper los dientes de las panteras y de los Nerones. Dios nos prueba, amigos mios. Tengamos serenidad y fé y marchemos hácia adelante. En el desierto, en los ardientes arenales, Dios hace crecer las palmas.

¿Hemos de desesperar de él, que es justo, que es misterioso, porque no nos deja seguir sin interrupcion la obra del progreso, porque entrega Roma al sacerdote, Jesús al jesuita y el bueno al malvado? No, no; él solo conoce el nombre de la semilla que germina en su campo.

El solo posee todas las certidumbres; él solo llena el mundo que estudiamos, desde el nadir hasta el cenit; nuestra sabiduría comparada con la suya es demencia; en él empieza la claridad y concluye la sombra.

Responde, golondrina; responde, águila: ¿ignora el eterno los nidos que construís? Sabes, ciervo, cuándo huyes? zorro, ¿no ves brillar sus miradas entre la maleza? lobo, cuando durante la noche se extremece la yerba, ¿no comprendes que él la extremece?

Ya que él todo lo sabe, ya que él todo lo puede y hace brotar el efecto de la causa, como el hueso de una fruta; ya que puede introducir un gusano en las manzanas del árbol y hacer que derriben columnas de mármol los huracanes;

Ya que azota al Océano, que muge como un toro bravío; ya que todo lo vé; ya que el hombre es ciego; ya que él es nuestro centro, y nos lleva donde quiere, y á su paso el cometa se extremece, como tiembla una llama cuando pasa el viento;

Ya que la noche le conoce, ya que las tinieblas le ven, y cuando quiere salva la nave que zozobra, ¿cómo hemos de dudar de él nosotros, puros y firmes, enorgullecidos de nuestras angustias, que estamos de pié ante todas las tiranías y que solo nos arrodillamos ante él?

Es preciso, además, que pensemos que estamos atravesando dias de amargura, pero que cuando extendemos los brazos en la niebla que nos rodea, tocamos una mano; y que cuando caminamos encorvados por la cruz del martirio, oimos detrás de nosotros una voz que nos anima, diciéndonos:—"Por ahí, ese es el camino.„

Proscriptos, el porvenir será la compensacion de los pueblos. La paz, la gloria y la libertad reaparecerán sobre sus carros de triunfo de fulminantes ejes; el crímen que alcanzó la victoria solo es humo y mentira. Os lo afirmo yo que medito, teniendo fija la mirada en el cielo.

Los Césares son tan fieros como las olas del mar; pero Dios dice:—"Pondré una mordaza en su boca y un anillo en su nariz; los arrastraré, ya cedan ó ya luchen con sus histriones y con sus juglares, hasta las tinieblas donde reposan los muertos.„

Hablará así Dios, y el granito que comprimia la simiente se hundirá, y ellos y sus prosperidades desaparecerán en confusion arrastrados por el huracán.

V.

Desterrados, hé aquí lo que traerá el destino. Lo que trajo el flujo en el dia señalado se lo llevará el reflujo. Los dias aciagos pasarán disipándose, y los pueblos, gozosos, exclamarán: "Pasaron para siempre.„

Tiempos felices brillarán, no solo para la Francia, sino para el mundo entero. Entonces, en la completa emancipacion, funesta sola para el pasado, cantará la humanidad, coronada de flores, como

señor que vuelve á su casa desierta, de la que fué expulsado.

Los tiranos se extinguirán como meteoros; y como si de la noche saliesen dos auroras, en el mismo cielo azul veremos salir del abismo en que estamos sumidos, mezclando sus dos brillantes rayos, la fraternidad de los hombres y la paternidad de Dios.

Os lo declaro, os lo repito, porque el clarin repite lo que dice la trompeta; reinará en el mundo la paz y brillará la luz. No habrá siervos ni proletarios, y desde lo alto del cielo manifestará á la tierra la libertad su majestuoso cariño.

El árbol santo del progreso, que ayer era quimérico, crecerá, cubriendo la Europa y la América sobre los escombros del pasado, y dejando brillar el éter puro al través de su ramaje, aparecerá el dia lleno de palomas blancas y la noche llena de estrellas.

Y nosotros tal vez habremos muerto en el destierro, mártires ensangrentados, mientras los hombres que no han nacido aun vivirán satisfechos y dignos á la sombra de ese gran árbol, y quizás nos despertarán para que besemos sus raices desde el seno de nuestros sepulcros.

Jersey, 20 Diciembre 1853.

El Fin.

Cuando iba á terminar estas páginas inflexibles, la guerra ha levantado la cabeza sobre los tronos, que caen perdidos para sus salvadores, y he oido los terribles y bélicos clamores y he visto temblar á ese gran salteador de caminos. El rayo súbito deslumbró sus pupilas y se extremece espantado ante los Dardanelos, el cobarde. Gracias á nuestros hijos los soldados, que aunque infieles son valientes; mañana, sobre esa frente vil, como águila que se cierne sobre inmundo estercolero, quizás alguna victoria ciega bata sobre ella sus alas. A pesar de su cobardía no tiene más remedio que combatir. Dios le castiga, y despues de revolcarse en el fango del crímen, tiene que ir á la guerra forzadamente. Ni arrastrándose como perro que se niega á ir adelante, ni pidiendo perdon, ni lamiendo los piés de los cosacos del Don, puede escusar la guerra. No puedes evitar ser César; á la guerra, pues, falso leon; lo exige así tu melena. Te esperan el Rhin, el Elster y el Adige, y la fosa al lado del carro triunfal. La guerra es el fin, el fin deseado. Subo á la torre para oir tocar el formidable *Angelus* de la caida de la tarde, de la última hora de los reyes, de la primera hora de los hombres.

Surgís por fin, derecho, progreso y libertad, que invocaban nuestras voces extenuadas; se disipa la oscuridad, y al través de las nubes se ven reaparecer las elevadas cumbres de las montañas.

Volvemos á ver las cumbres de las revoluciones. Viejo mundo del pasado, márchate, vete; desaparecer es la ley de tu destino. El ángel de flamíjera espada, de pié detrás de tí, te mete la espada por el flanco y te lanza en el abismo.

Jersey, 9 Octubre 1853.

FIN DE LOS CASTIGOS.

LAS CONTEMPLACIONES.

PREFACIO.



Si el autor pudiera tener alguna influencia acerca de la disposicion del espíritu de los que le hayan de leer, el que escribió LAS CONTEMPLACIONES se concretaria á decir que deberia leerse este libro como si se leyera el libro de un muerto. Veinticinco años se encierran en los dos volúmenes que comprende este libro, que el autor ha dejado que se formase por sí mismo, digámoslo así. La vida, filtrándose en él gota á gota al través de los dolores y de los acontecimientos, lo ha depositado en su corazon: los que hácia él se inclinen para comprenderle, verán reflejarse su propia imágen en el agua que se ha ido acumulando lentamente en el fondo de un alma.

Qué significan LAS CONTEMPLACIONES? Lo que podria llamarse, si la frase no fuera pretenciosa, las *Memorias de un alma*. Efectivamente, son todas las impresiones, todos los recuerdos, todas las realidades, todos los vagos fantasmas, rientes ó fúnebres, que puede encerrar una conciencia, reaparecidos y recordados rayo á rayo, suspiro á suspiro, y que se confunden en la misma nube; es la existencia humana saliendo del enigma de la cuna y terminando con el enigma del ataud; es un espíritu que camina de claridad en claridad, dejando tras sí la juventud, el amor, la ilusion, el combate, la desesperacion, y que se pára asustado en las orillas de lo infinito. Es un libro que empieza por una sonrisa, continúa con un sollozo y termina por oir el clarin de los abismos. Un destino humano está escrito en él dia por dia.

Es el destino de la vida de un hombre? Sí, pero tambien es el de la vida de los demás hombres. Ninguno de los mortales puede jactarse de poseer una vida que le pertenezca exclusivamente. Mi vida es la vuestra, la vuestra es la mia; vivís como yo vivo, nuestro destino es igual. Contemplaos en este espejo y vereis cómo os retrata. Se critica á los escritores cuando se ocupan de su persona, sin saber que ocupándose de ellos, se ocupan de los demás hombres.

Repetimos que este libro encierra la individualidad del lector lo mismo que la del autor. *Homo sum*. Tratar de los sueños, de las ilusiones, de las luchas, de los placeres, de los dolores, del trabajo, del silencio, reposar en el sacrificio, y en este reposo contemplar á Dios; empezar por la multitud y concluir por la soledad, ¿no es ocuparse de las proporciones individuales y reservadas, esto es, de la historia secreta de todos?

No debe, pues, extrañarse ver que estos dos volúmenes se oscurezcan poco á poco, para llegar, esto no obstante, al celaje azul de una vida mejor. La alegría, que es la flor efímera de la juventud, deshoja página á página la esperanza y desaparece en el segundo tomo, en el que domina el duelo, ¡y qué duelo! el verdadero, el único, el de la muerte; el de la pérdida de los séres queridos.

Lo acabamos de decir: refiérese la historia de un alma en los dos volúmenes, titulados: *En otros tiempos* y *En la actualidad,* y separa estos dos volúmenes el abismo de la tumba.

V. H.

Guernesey, Marzo 1856.

EN OTROS TIEMPOS.

1830-1843.

INTRODUCCION.

Ví un dia, de pié, cerca de la costa, por las movibles olas pasar, hinchando sus velas, rápido navío, impulsado por los vientos; y oí, entre el abismo del mar y el abismo del cielo, hablarme al oido una voz misteriosa, que salia no sé de dónde y que me habló así:—"Haces bien, poeta, en soñar en ese solitario sitio y en oir lo que se desprende del murmullo contínuo de las olas. El destino del hombre, en su desgracia ó en su felicidad, es un mar, con sus vientos y con sus astros, en el que el navío es el hombre.„

15 Junio 1839.



LAS CONTEMPLACIONES.

LIBRO PRIMERO.

Aurora.

I.

A mi hija.

Hija mia, ya ves que me resigno: imítame y vive alejada del mundo; si no puedes vivir feliz y triunfante, vive resignada.

Sé buena y cariñosa, eleva al cielo la frente compasiva; como la luz brilla en la esfera azul, pon, hija mia, tu alma en el azul de tus ojos.

Nadie en el mundo vive completamente feliz; todo en él es incompleto; las horas de nuestros dias son una sombra, y esta sombra compone nuestra vida.

Ningun mortal está contento con su suerte; todo les falta para ser felices: todo, hija mia, solo quiere decir algo.

Ese algo es lo que especialmente cada uno desea y busca en el mundo: una palabra, un nombre, un puñado de oro, una mirada, una sonrisa.

Le falta la alegría al rey, que está privado de amar; le falta al desierto inmenso una gota de agua. El hombre es un pozo en el que siempre está haciéndose el vacío.

Contempla á esos pensadores que divinizamos, á esos héroes que conquistaron el mundo, cuyos nombres iluminan siempre nuestros sombríos horizontes:

Despues que como brillantes antorchas deslumbraron al universo con su luz, fueron á buscar el reposo en la sombra del sepulcro.

El cielo, que conoce nuestras aflicciones, nos tiene lástima al ver que gozamos en los dias alegres, y todas las mañanas moja con su llanto de rocío nuestras auroras.

Dios ilumina á cada paso que damos sobre lo que es él y sobre lo que somos

nosotros, y sujeta á una ley todo lo de la tierra y á los hombres.

Preciso es conformarse con esta ley santa, que todos podemos cumplir: ley que consiste en no odiar á nadie, en amar á todos y en apiadarse de todo.

París, Octubre 1842.

II.

El poeta sale al campo, que admira y le profesa cariño; el poeta sale al campo que le inspira, y en cuanto le ven, todas las flores, las que hacen palidecer á los rubíes, las que eclipsan los colores de las colas de los pavos reales, las pequeñas flores de oro y las pequeñas flores azules, agitando sus ramilletes con alegría y familiarmente, se dicen unas á otras:—"Mirad, ya viene nuestro enamorado!„ Y con murmullos confusos, bañados de luz y de sombra, los árboles que viven arraigados en los bosques, los árboles viejos, los tejos, los tilos, los acebos, los rizados sauces, las venerables encinas, los grandes olmos, que tienen los piés cubiertos de musgo, saludan profundamente al poeta, como los ulemas cuando aparece el mufti, encorvando hasta el suelo el tupido ramaje de sus frentes, murmurando en voz baja:—"¡Ya está ahí el soñador, nuestro enamorado!„

Les Roches, Junio 1831.

III.

Mis dos hijas.

A la pálida claridad del crepúsculo de la tarde, mis dos hijas, una parecida al cisne y otra á la paloma, hermosas y alegres las dos, la grande y la pequeña, están sentadas en el andén de un cuadro del jardin, y sobre ellas un ramillete de claveles blancos, que sale de largos y frágiles tallos de una maceta de mármol, agitado por el viento, se inclina hácia ellas, las mira, y extremeciéndose, parece que sea esa mata de claveles una bandada de mariposas que se haya parado al borde de la maceta para contemplar á mis hijas.

La Terrasse cerca Enghien, Junio de 1842.

IV.

El firmamento está inundado de vasta claridad y la naturaleza respira inocencia, esperanza y regocijo. El lago tranquilo brilla en el fondo del valle que le contiene; los campos se fecundizan, los viñedos se maduran; todo rebosa savia, vida y murmullo; las ramas verdes, el azul chispeante, el agua que brilla, los pájaros que cantan. ¿Qué tiene la mariposa? Qué tiene la langosta? La langosta tiene la yerba, la mariposa tiene el aire, y las dos disfrutan del Abril, que rie bajo un celaje transparente. La naturaleza entera parece que entone un cántico, que sube hasta las alturas convertido en plegaria. El pollo corre, el niño juega y baila, el cordero salta, y dejando caer el agua gota á gota, enternecido el antro, llora de alegría como un hombre feliz; el viento lee á alguno un invisible pasaje del poema inaudito de la creacion; los pájaros hablan á los perfumes; las flores hablan á los rayos solares; los pinos hácia los estanques dirigen sus verdes ramas; de los nidos salen cantos. El firmamento encuentra hermosa la tierra; están flotando en ella á un mismo tiempo todos los climas; allí el otoño, aquí el verano, más allá la primavera. El hosanna de los bosques, de los rios y de las llanuras se eleva gravemente hácia Dios, padre del dia, y todas las blancuras son como estrofas amorosas; el cisne exclama:—"Luz!„ La flor de lis exclama:—"Clemencia!„ El cielo se abre al oir ese cántico como un oido inmenso. La tarde llega; el globo deslumbrado á su vez se convierte en un ojo enorme que mira á la noche; saborea atónito la inmensidad sagrada, contemplando la esplendidez del empíreo, las nubes de crespon y de plata, el zenit que brilla y centellea, las constelaciones, los efluvios de lo sombrío y de lo profundo que se confunden con vuestras efusiones, estrellas relumbrantes. El infinito entero queda absorbido en éxtasis, y durante este tiempo el envidioso Satanás desvaría.

La Terrasse, Abril 1840.

V.

A Andrés Chenier.

Sí, creo que mis versos pueden sin hacer mala alianza pedir prestado á la prosa su aire familiar. Es cierto, Andrés; me gusta que la lira se ria alguna vez, y voy á decirte por qué. Cuando era yo muy jóven y me empeñaba en leer en el dificilísimo libro de los bosques y de las aguas, habitaba un parque sombrío, en el que charlaban muchos pájaros y en el que sonreian las clemátides azules. Un dia que estaba pensativo en el parque, una alondra me dijo:—"Es preciso descender al mundo alguna vez„. La naturaleza es algo burlona cuando está cerca de los hombres, y tus cantos, poeta, se le parecerian más si los deshinchases. Los bosques suspiran, pero tambien silban. El azul del cielo brilla cuando transparenta la alegría de éste, y el Olimpo es grandioso cuando se rie; no llora el viento cuando ruge con demencia, y las olas gigantescas no cantan *romances* (1), y la naturaleza, en el fondo oscuro de los siglos, emparejando á Rabelais con el Dante, al lado del inmenso dolor coloca la extrepitosa risa.

Les Roches, Julio 1830.

VI.

La vida en el campo.

Por la tarde salen á la campiña á pasear el pobre por su campo y el rico por sus dominios y yo por todas partes; porque el poeta siente dentro de sí mismo que toda la naturaleza es del dominio de Dios. Salgo á pasear solo, á contemplar y á meditar; sin embargo, si alguno quiere acompañarme por el camino, acepto la compañía. Todos los hombres tienen algo en el espíritu, y cada uno de ellos es un libro en el que Dios escribió; cada vez que cae en mis manos uno de esos libros á que ahora me refiero, en los que vive un alma, procuro leerle.

———

(1) En el original de Víctor Hugo está escrita la palabra *romance* en castellano, como la hemos aplicado en la traduccion.—(N. del T.)

Todas las tardes salgo y entro al pasar en casa de mis amigos. Tomamos el fresco en familia en el fondo del jardin; me siento entre los árboles, y sin saber por qué, todos los niños vienen á buscarme en cuanto me ven sentado. Sin duda es porque saben que participo de sus mismos gustos; se acuerdan indudablemente que, como á ellos, me gustan el aire libre, las flores, las mariposas y los insectos; saben que soy apasionado de los niños, que me complazco en jugar con ellos, y que estando conmigo pueden hablar en voz alta, gritar, mover alboroto; que yo, cuando tenia pocos años, reia y alborotaba tambien como ellos; y aun ahora, cuando presencio sus debates, les estoy siempre sonriendo, aunque estoy triste; saben que no me incomodo, y se divierten conmigo porque les hago juguetes de carton, dibujos con la pluma y les refiero por las noches interesantes cuentos.

———

Por eso desde que me ven todos corren hácia mí, y dejando los juegos que los entretenian cuando yo llegué, me rodean alegres y riendo y se me encaraman en las rodillas; los mayores, con aspecto grave, me traen los nidos de mirlos que han cogido, álbums, lápices que vienen de Paris, me hacen muchas consultas, me abruman preguntándome y charlamos, y todos ellos se rien; me regocija ver reir, pero no con risa irónica y sarcástica, sino con risa cándida, con esa risa que hace abrir á un mismo tiempo la boca y el corazon y que enseña á la vez almas y perlas.

———

Admiro los lápices, los álbums, los nidos de mirlos, y algunas veces me dicen, cuando los admiro mucho, que es de mí misma opinion el señor cura. Despues, cuando todos juntos han charlado todo lo que han querido, callan de repente; los mayores apoyándose en la silla donde estoy sentado y los pequeños agrupados alrededor de mis rodillas: su silencio quiere decir:—"Habladnos„.

———

Entonces les hablo de todo. Mis conversaciones siembran en ellos ideas ó hechos. Como me tienen cariño, les gusta todo lo que les digo. Les señalo con el dedo el cielo, donde Dios se oculta, y el astro que en él brilla. Me escuchan hasta con las miradas. Les enseño que es preciso pensar, imaginar y buscar; que

Dios bendice al hombre, no por haber encontrado, sino por haber buscado. Les impulso á que den limosna á los pobres y á que sigan las lecciones que se les enseñen; les explico lo que es la vida, y que en el fondo de nuestros pesares debe resplandecer la bondad lo mismo que en el fondo de nuestros goces y de nuestras dichas; que ser buenos es vivir bien, y que la adversidad debe privarnos de todo menos de la bondad del corazon, por lo que los perversos obran mal acusando á Dios; porque ningun hombre en el mundo tiene derecho, pudiendo elegir el camino, al recorrerle, á decir que tú le creaste malvado, Señor, porque el malvado es inútil.

Les refiero tambien la historia; la miseria del pueblo judío maldito, que al fin hay que bendecir; les hablo de Grecia, que irradia hasta en el porvenir; de Roma, del antiguo Egipto y de sus llanuras interminables y de todo lo que se ve en ellas sombrío y siniestro; lugares espantosos, en los que todo muere, en los que termina el ruido humano. Todos esos demonios tallados en bloques de granito, que constituian el Olimpo monstruoso de aquellas desconocidas épocas, las esfinges, los anubis, los ammones, los mercurios, están sentados en el desierto desde hace cuatro mil años. Alrededor de ellos soplan los vientos, y las ardientes arenas les cubren como olas gigantescas, sobre las que sacan la cabeza; la piedra mutilada conserva algo de la forma de la estátua ó del espectro, y recuerda desde luego los pliegues que forma un paño sobre el rostro de un muerto, en el que se conocen aun la frente, la nariz, la boca, los ojos y un no sé qué horrible y feroz que mira y que vé; máscara vaga y repugnante. El viajero que de noche pasa por allí se espanta y cree ver al fulgor de las estrellas, gigantes encadenados y que permanecen mudos y tapados con velos.

La Terrasse, Agosto 1840.

VII.

Respuesta á un auto de acusacion.

Para vosotros soy un ogro, y en el caos del siglo, que marca vuestro corazon, he pisoteado el buen gusto y la antigua poesía francesa y con audacia he dicho á la sombra: *Fiat*, y la sombra fué.—Hé aquí de lo que me acusais: Se apagó la claridad de la lengua, del arte, de la tragedia y de los dogmas, y yo soy el responsable, porque he contribuido á que se apagase. He sido la piqueta que ha hecho caer todo eso, segun vuestro punto de vista. Pues bien; acepto vuestra acusacion, ya que vuestra prosa colérica me designa ese papel, y ya que decís que soy un hombre vano y despreciable, os doy las gracias. El camino que hace el tiempo, que solo sale de una iglesia para entrar en otra y que se civiliza, y las grandes cuestiones sobre el arte y sobre la libertad, consiento que las examinemos bajo su aspecto más insignificante. Convengo con vosotros en que soy este hombre abominable, y aunque creo haber cometido algunos crímenes más de los que me echais en cara, me concreto á confesar que he sondeado las palabras, que he insultado las albardas de los asnos antiguos, que he sacudido el pasado de arriba á bajo y saqueado, no solo el fondo, sino tambien la forma; sí, soy ese enorme mónstruo, el demagogo horrible y desbordado, el devastador del antiguo A. B. C. D.; pero hablemos.

Cuando salí del colegio, cansado de temas de versos latinos, era un niño pálido, adusto y grave, de frente pensativa, de cuerpo endeble, que con afan de comprender y de juzgar abrí los ojos para ver la naturaleza, el arte y el idioma; el pueblo y la nobleza eran entonces semejantes á nuestro reino, la poesía era la monarquía; una palabra era duque y par, yo solo era un estudiantillo; la lengua permanecia en el estado en que se encontraba antes del Noventa y tres; las palabras, bien ó mal nacidas, vivian por castas; unas eran nobles y se hombreaban con las Fedras, con las Yocastas y con lasMéropes, teniendo el *decorum* por máxima y subiendo á Versalles en las carrozas del rey; las otras palabras eran de la clase baja, patibularias, que vivian en los pueblecillos, y algunas en las galeras, propias para presidiarios, andrajosas, sin zapatos, sin peluca, que solo se usaban en la prosa y en las farsas, viles; rústicas, que solo expresaban la vida familiar y abyecta, á propósito para que las usara Moliére. Racine las miraba de reojo: si Corneille encontraba alguna de ellas embutida en sus versos, la escondia, pero no lo bastante para que Voltaire no pudiera decir que Corneille

se encanallaba. Entonces aparecí yo en la palestra gritando:—"¿Por qué se han de usar unas palabras y otras no?„ Y contra la Academia vetusta y anticuada, que escondia bajo sus faldas á los asustados tropos y á los batallones monótonos de alejandrinos, hice soplar el viento de la revolucion, poniendo el gorro frigio al antiguo diccionario. No quise que hubiera ya palabras nobles ni palabras plebeyas; promoví una tempestad en el fondo del tintero, confundiendo, entre oscuridades desbordadas, el negro pueblo de las palabras con la bandada blanca de las ideas, y dije:—"Con todas las palabras del idioma pueden expresarse todas las ideas elevadas„: al oir esta horrible frase, las silepsis, las hipalajes y las litotes se extremecieron; subí sobre el trascanton de Aristóteles y declaré que las palabras todas eran iguales, libres y mayores de edad. Los invasores, los saqueadores, los tigres, los hunos, los escitas y los dacios eran perrillos falderos comparados conmigo, porque yo habia saltado fuera del círculo y habia roto el compás. Llamé al cerdo por su nombre, al que Guichardin nombraba llamándole Borgia y Tácito llamándole Vitellius. Fuí un salvaje implacable y explícito: me atreví á quitar del cuello del perro estupefacto el collar de epítetos; en la yerba, á las sombras de las malezas, hice fraternizar á la vaca con el becerrillo, siendo la una Margoton y la otra Berenice. Entonces la oda se embriagó abrazando á Rabelais; sobre la cumbre del Pindo se bailaron danzas populares; las nueve Musas, con los pechos desnudos, cantaron la Carmañola; el énfasis se extremeció en sus costas españolas; el asnero Juan se casó con la pastora Mirtila. Hice desaparecer el alabastro, la nieve y el marfil, tan de moda en los símiles poéticos, y retiré el azabache con que se comparaban las pupilas negras y me atreví á decir sencillamente que los brazos eran blancos. Violé el cadáver aun humeante de la poesía, haciendo entrar ¡qué horror! en ella los números. Muchas palabras que Restant peinaba todas las mañanas, lo mismo que á Luis XIV, llevaban aun peluca, y la revolucion, tocando á rebato, gritó á esas cabelleras:—"Transformaos, que ya es hora!„ La peluca rugió entonces y se transformó en melena. Impulsados por la libertad, de este modo nos rebelamos, y de perrillos nos convertimos en leones, y las ráfagas del huracán que soplamos hicieron que llameasen toda clase de palabras. Pegué en las esquinas nuestras proclamas, llamando á las armas á la prosa y al verso, incitando á que se formasen en batallones, haciendo ver que habíamos llegado á una época en que la estrofa estaba amordazada, la oda con grilletes y el drama encerrado en una célula, y que sobre Racine muerto pululaba Campistron. Boileau rechinó los dientes, y yo le dije:—"De hoy en adelante, silencio!„ Guerra á la retórica y paz á la sintáxis, y el Noventa y tres estalló. Del antiguo régimen entonces se hizo tabla rasa, y yo aplaudí como un frenético bebedor de sangre y de frases, cuando ví, por medio de espumantes estrofas y expresándose en rugiente estilo, agarrar por el cuello en la calle al arte poético, y cuando ví colgada entre la multitud, por medio de las frases que el buen gusto proscribe, la palabra aristocrática en el patíbulo. Sí, soy ese Danton, soy ese Robespierre. Verdaderamente, esos son algunos de los crímenes que he cometido; me apoderé y demolí las Bastillas de las rimas. Hice más; rompí todas las argollas de hierro que ataban á las palabras viles y saqué del infierno las legiones sepulcrales de las antiguas palabras condenadas; aplasté las espirales de la perífrasis, mezclé, confundí y nivelé el alfabeto, sombría torre que nació de Babel, sin ignorar que la mano encolerizada que así emancipaba las palabras, emancipaba tambien el pensamiento. La unidad es el atributo de los esfuerzos del hombre; todo se reune en la misma flecha y dá en el mismo blanco.

Aquí me teneis, pues, confeso y convicto de muchos de mis crímenes, y vengo á entregaros mi cabeza, diciendo humildemente y repitiendo hasta la saciedad el *mea culpa*. Si Beauzée es Dios, verdaderamente yo soy ateo. La lengua estaba en órden, era augusta y limpia, festoneada con flores de lis de oro, reglamentada por Tristan y Boileau, con techo azul, con sus cuarenta sillones que tenian el trono en el centro; yo la he perturbado y hasta he roto algunos muebles de su salon ilustre; el vocablo propio era un rústico; no era más que cabo, yo le hice coronel; al pronombre personal le convertí en jacobino; el participio, que era un esclavo que tenia la cabeza blanca, lo troqué en hiena, y del verbo hice una hidra de la anarquía. Ya os dije que el reo está confeso y convicto. Podeis castigarle. Llamé á las fosas nasales, nariz; llamé á la fruta de oro, pera; arengué

á las palabras, diciéndolas:—"Constituid una República, sed un hormiguero inmenso y trabajad: ¡creed, amad y vivid!„—Todo lo he conmovido, y con tristeza arrojé los versos nobles á los perros humildes de la prosa.

Lo que yo hice, otros tambien lo hicieron, y mejor que yo. Calíope, Euterpe y Polimnia perdieron ya su gravedad postiza. Hemos puesto contrapeso á la balanza hemistiquio; es verdad, debeis maldecirnos. El verso, que en otros tiempos se ceñia siempre en la cabeza doce plumas formadas en círculo y que saltaba sin cesar en la doble raqueta que se llama prosodia, y etiqueta tambien, rompe ya para siempre la regla; es un volante que se convierte en pájaro y se escapa de la jaula de la cesura, corre por los barrancos, ó vuela hasta las nubes como una alondra.

En la actualidad todas las palabras son ya muy claras; los escritores han emancipado la lengua, y gracias á esos bandidos, lo verdadero destierra al enjambre de los pedagogos, la imaginacion pendenciera y alborotadora rompe las ventanas que tapaban el espíritu de los ignorantes, la poesía con su triple frente, que rie, suspira y canta, que Plauto y que Shakespeare sembraron, el uno en la plebe y el otro en el populacho, que derrama en las naciones la cordura de Job y la razon de Horacio, y que sagrada loca de brillantes miradas asciende á la eternidad con el transcurso del tiempo, reaparece; la Musa vuelve á ocuparse de los mortales, llora por la miseria humana, hiere y consuela, vá desde el zenit hasta el nadir, y hace resplandecer sobre todas las frentes su vuelo, que es un torbellino; su lira, que es un huracán de chispas, y sus infinitos ojos y sus finitas alas.

El movimiento completa su accion. Gracias á tí, santo progreso, la revolucion vibra hoy en los aires, en las voces y en los libros. En la palabra palpitante la siente vivir el lector; grita, canta, enseña y rie; su lengua está tan emancipada como su espíritu. Penetra en la novela y habla en voz baja á las mujeres. Empieza á abrir ahora sus dos ojos luminosos, mirando con uno al ciudadano y con el otro al pensador. Coge de la mano á su hermana la Libertad y la hace penetrar por los poros de todos los hombres. Las preocupaciones que se forman como las madréporas, del sombrío amontonamiento de los abusos que persisten por el lapso del tiempo, se disuelven con el choque de todas las palabras flotantes llenas de su voluntad, de su objeto y de su alma. La prosa, el verso, el drama, la expresion, el sentimiento, brillan como faroles en la calle y como estrellas en el firmamento. Penetran en las profundidades del lenguaje insondable, soplan al arte, y despues de haber llenado con su dignidad al pueblo, desarrugan el ceño de las frentes, mejoran á la multitud degradada, y despues de convertirse en derecho, se convierte en idea.

Paris, Enero 1834.

VIII.

Continuacion.

Es preciso convencerse de que la palabra es un sér vivo. La mano del soñador vibra y tiembla al escribirla; la pluma que de sus alas alarga la extension, rasga el papel cuando la escribe. La palabra, el término, tipo venido de no se sabe dónde, faz de lo invisible, aspecto de lo desconocido, quién lo creó? ¿Quién lo forjó? Saliendo de la oscuridad, ascendiendo y descendiendo en nuestra imaginacion, y encontrando siempre el sentido, como el agua el nivel, formula claridades flotantes en el cerebro.

Indudablemente comprendereis todos que las palabras representan objetos, y que ruedan en tropel por el abismo oscuro de la prosa, ó hacen rugir al bosque tempestuoso del verso. La palabra sabe el secreto de la esfinge que se llama espíritu humano. La palabra quiere ó no quiere, corre como hada ó como bacante, se ofrece, se entrega ó huye; tal palabra es una sonrisa, tal palabra es una mirada; hay palabras profundas que hacen meditar al hombre; toda fuerza en el mundo tiene la palabra por multíplice; modelada segun el cerebro, viva ó lenta, grave ó corta, el hueco del cráneo humano le dá su relieve y la antigua marca queda en él cerca de la nueva; lo que una palabra no sabe, otra lo revela; las palabras chocan en la frente como el agua en los arrecifes; hormiguean,

abriendo en nuestro pensador espíritu garras ó manos, y algunas abren alas. Como sobre un hogar oscuro saltan chispas, tristes, alegres, siniestras ó dulces, las palabras saltan en nuestro pensamiento; las palabras son los transeuntes misteriosos del alma.

Cada una de ellas nos trae una sombra ó sacude una llama, cada una de ellas guarda una region del cerebro; porque la palabra se llama legion, y por eso cada uno, con el trabajo comun, produce obra diferente; porque de esa multitud de signos y de sonidos, que escribiendo ó hablando se escapan de nosotros, nacen los gritos, los cantos, los suspiros, los discursos; por eso, presente en todas partes, emana, escondida en el idioma, la palabra; tiene bajo sus piés el globo y lo esclaviza; y así como el hombre es el animal donde vive el alma, esa claridad celeste que aprisiona el cuerpo, así la palabra es el animal que encierra la idea.

La palabra hace que todo vibre en el fondo de nuestros espíritus; todo lo remueve en ellos; consigue que se nos aparezcan Beatriz, Licoris, Dante en el cementerio y Virgilio en Pausílipo; es el oscuro pólipo del Océano del pensamiento; en el libro que brota de la pluma de Esquilo, en el que escribe sobre sus rodillas San Juan en Patmos, entre versos llenos de hidras y de vampiros, se ven palabras mónstruos arrastrarse en sus obras prodigiosas.

El sorprendente poder de una mano impalpable pone una palabra sobre un hombre, y este hombre, extremeciéndose, se seca y muere envenenado por su profunda fuerza; se dispara una palabra vengadora que penetra en el flanco de todo un mundo, y este mundo, arrastrando la espada, el cadalso, sus leyes, sus costumbres y sus dioses, cae desplomado. La palabra devora y nada se le resiste. A su hálito, auxiliado por el alma y por la luz, se exfolia lentamente la enorme oscuridad. Dá su fuerza sombría á los hombres de acero, á los hombres que nada dobla; hace pronunciar á Caton este monosílabo: *No.* Los grandes obstinados, Bruto, Colon, Zenon, hacen siempre brillar en sus pupilas esta palabra luminosa: "Esperanza„. Consigue abrir la boca de piedra de una estátua en el recinto donde duermen los muertos, y Don Juan palidece y se queda petrificado; convierte al mármol en espectro y al hombre en estátua. Golpea, hiere, marca, resucita y mata. Nemrod dice: "Guerra!„, y desde el Ganges al Iliso brillan las espadas y corre la sangre. "Amaos unos á otros„, dice Jesucristo; y esa frase brilla y reverbera en todo el universo, reflejando en todos, hasta en tí, Tiberio, en el cielo, en las flores, en el hombre regocijado, como el ardiente sol del amor infinito.

Cuando la creacion salió de las manos de Dios, el primer hombre dijo la primera palabra; el vocablo que salió de sus labios, y que oyó toda la naturaleza, encontró á la luz en los cielos y la dijo:—"Hermana mia! vuela! ciérnete! sé eterna; alumbra á los astros; calienta el éter, las esferas, los globos ardientes, ilumina por fuera y por dentro. Vas á tener vida, como la tengo yo. Serás la lengua de fuego y yo seré el apóstol. Surge, borra la oscuridad, deslumbra al horizonte, haz nacer en él la aurora, que yo valgo tanto como tú, que si tú eres el alba, yo soy la razon. Hermana mia, vas á apoderarte del mundo, echándole la red de tu claridad; con tus rayos de oro vas á ligar las tierras, los soles, las flores, las olas, los campos y los cielos, y yo voy á atar las bocas, y sobre todos los hombres voy á tejer, con hilos de armonía y de luz, para prender todos sus corazones, la inmensa tela del amor. Yo existia antes que el alma. Adan no es mi padre. Yo existia antes que tú; tú, luz, sin mí no hubieras podido salir del abismo en donde todo se arrastra encadenado; me llamo *Fiat lux*, y yo soy tu primogénito.„

La palabra es poderosa; desata el nudo gordiano con que el error liga al hombre; es rayo en la oscuridad y gusano en el fruto maduro; suena en una trompeta y hace temblar una muralla, y Baltasar se bambolea y Jericó se desploma; se incorpora en el pueblo, siendo ella misma muchedumbre; es vida, espíritu, gérmen, huracán, virtud y rayo, porque la palabra es el Verbo y el Verbo es Dios.

Jersey, Octubre 1854.

IX.

El poema inconsolable se lamenta; el drama llora, y por medio de los actores difunde sus lágrimas; el público que siente y se enternece en aquellos momentos, despues entra en reaccion y exclama:—"Bah! El autor es un hombre de talento, que, excitando las pasiones de los héroes de sus obras, se rie de nosotros cuando vé que nos hacen llorar esos dolores imaginarios: tranquilízate, esposa mia; enjúgate los ojos, hermana.„ Pero el público se equivoca: el espíritu es el corazon; al pensador le hace sufrir su propio pensamiento, que con sus llamas le quema; el poeta ha derramado la sangre que sale de su drama en los séres que creó. Viven con su propia vida, tiembla con ellos y muere como ellos. Al poeta hace extremecer su creacion: cuando en la soledad y en el silencio trabaja, llora y pone su propio corazon en el drama; es un escultor, que en su soledad petrifica su propia carne en la sagrada arcilla, en la que renace sin cesar, y ese soñador que crea á Otelo de una lágrima y á Alcestes de un sollozo, confundido con ellos aparece en sus obras. En su génesis, inmenso y verdadero, uno y diverso, el que sufre mal eterno se derrama, sin agotar nunca su manantial de vida, por lo que es como un diós; es un génio, además de ser un hombre como los otros. Corneille es hijo de Rouen, pero su alma pertenece á Roma; posee el pensamiento varonil de los Catones. Extraordinaria es la palidez de Shakespeare; antes que á Hamlet, le espera el fantasma en la áspera plataforma, mientras que en el horizonte vá ascendiendo la luna; con el fugitivo Ulises, espantado, Homero huye por la playa durante el crepúsculo; San Juan se extremece, y en el fondo de su sombrío pecho toca á rebato el sombrío Apocalipsis; en el seno de Esquilo, Orestes camina y ruge, y en su gigantesco cráneo está clavado Prometeo.

Paris, Enero 1834.

X.

A madame D. G. de G.

En otro tiempo os decia:—"Vivid y reinad, señora; os esperan los salones, donde reclaman vuestra presencia; los deslumbradores bailes quedan desanimados cuando los abandonais; amad, reid, cantad; teneis el esplendor de los astros y de las rosas; vuestras hechiceras y elocuentes miradas comentan vuestras conversaciones ligeras y graciosas; lo que vuestros labios dicen chispea en vuestros ojos. Parece que cuando algun pesar os atormenta, vuestras pupilas derramen perlas y no lágrimas. Vivid siempre festejada y dichosa, ¡oh hermosa de los cabellos de oro!„

Ahora os veo pálida, grave, muda y transfigurada, y os digo:—"¡Ven á buscarme, poeta! Sér misterioso, arcángel, haz que para mí sean transparentes la tierra y el cielo; revélame con una palabra el oscuro enigma humano y el secreto del mundo; confirma en mi espíritu á Descartes ó á Espinosa, porque tú sabes el verdadero nombre del que abrió, para que pudiésemos ver la luz, esos agujeros en la negra techumbre que se llaman estrellas; porque yo te siento flotar en todos los ramajes que se inclinan hácia mí; porque de tu lira invisible salen sublimes cantos; porque el sombrío Océano, en el que mi esquife se aventura, te espanta y te complace; porque la santa naturaleza, con sus campos, sus olas y sus bosques, hablan á tu alma grandiosa con su grandiosa voz.„

Paris 1840. Jersey 1855.

XI.

Lise.

Yo tenia doce años y ella diez y seis; era alta, yo era bajito. Para hablarla con más confianza, esperaba que se fuese mi madre, y cuando se iba, me sentaba al lado de esa niña por el placer de hablar con ella á solas.

Desde entonces, ¡cuántas flores se han agostado y cuántas primaveras! ¡Cuántas pasiones muertas y cuántas tumbas cerradas! ¿Quién se acuerda ya de lo que sintieron los corazones? ¿Quién se acuerda ya de aquellas flores marchitas? Ella me amaba y yo la correspondia; éramos dos niños, dos perfumes, dos rayos de luz.

Dios la creó ángel, hada y princesa. Como era mucho mayor que yo, estaba siempre preguntándola por el placer que me causaba decirla: por qué? y muchas veces, ella, temerosa, evitaba mis ardientes miradas, que la dejaban pensativa.

Despues hacia alarde de mi ciencia infantil, de los juegos en los que manifestaba mi habilidad, y como estaba orgulloso de aprender el latin, le traducia muchas veces á Fedro y á Virgilio, le hablaba de mí, y envanecido, le decia algunas veces:—"Mi padre es general„.

Aunque era mujer, queria que leyera algunas veces algo de latin, y yo le traducia algun versículo, cuyo sentido ella procuraba comprender; y en la iglesia me inclinaba muchas veces hácia su libro de oraciones, y un ángel abria sobre nosotros sus alas blancas, cuando asistíamos juntos á las vísperas los domingos.

Ella decia de mí que yo era un niño, y yo la llamaba la señorita Lise. Para traducirle algun salmo, me acercaba mucho á su devocionario; me acercaba tanto, que un dia mis labios de fuego rozaron sus frescas mejillas.

¡Infantiles amores, tan rápidamente desvanecidos, que sois el alba que apunta en la mañana de la existencia, encantad á los niños con vuestros inefables éxtasis, y cuando llegue para nosotros la tarde de la vida, encantad aun nuestras almas, infantiles amores, que os desvaneceis tan rápidamente!

Mayo 1843.

XII.

Vere novo.

Sonrie la mañana á las flores brillantes de rocío. Oh primavera! Cuando recordamos en todas las misivas que los soñadores amantes envian á sus mujeres predilectas, en los mensajes de amor, de embriaguez y de delirio, que se reciben en el Abril y que se rasgan en el Mayo, creemos ver volar á la merced del viento alegre, y por los prados y por los bosques, sobre el agua y bajo el cielo, vagando por todos los sitios, buscando en todas partes un alma y llegar á las flores saliendo de las mujeres, los pequeños pedazos blancos, lanzados en un torbellino, de todas las cartas amorosas convertidos en mariposas.

Mayo 1831.

XIII.

A propósito de Horacio.

Domines latinos, pedantes, magisters, pedagogos, os aborrezco, porque con aplomo grave, infalible y estúpido negais el ideal, la gracia y la belleza! Vuestros textos, vuestras leyes son fósiles, y á pesar de vuestro aspecto de suficiencia, sois unos imbéciles que lo quereis enseñar todo y no sabeis nada. Me hierve la sangre cuando recuerdo aquel tiempo en que yo era un diablo de diez y seis años y muy fuerte en retórica. ¡Cuántas reprensiones, cuántas rabietas y cuántos castigos me costó! Un domingo me castigaron encerrándome en mi cuarto y haciéndome aprender de memoria quinientos versos de Horacio: quise oponerme, pero no me fué permitido hablar, y tuve que sufrir el castigo; tuve que estudiar veinte veces la oda á Plauco y la epístola á los Pisones; y precisamente ese dia tenia una cita con la hija del portero. Gran Dios! ¡Tener que perder un dia entero! Debia dedicarlo al éxtasis puro del amor, y para embriagar á dicha jóven con el cielo y con la naturaleza, llevarla, si el tiempo lo permitia, á comer tortas de hojaldre en los cerros de San Gervasio. Rabioso, subí á mi cuarto, que era un horno en el

mes de Junio y un ventisquero en Diciembre, y allí exclamé:

—"Horacio, apreciable jóven que vivias tranquilo y razonable, y que te posabas cuerda y francamente en todas partes como el pájaro se posa en la rama, ligeramente y sin permanecer en ella, pidiendo únicamente á los dioses que te concedieran el tiempo suficiente para entonar tu cancion libre y alegre; tú caminabas oyendo por la tarde entre la arboleda las ahogadas risas de las locas jóvenes, los tiernos cuchicheos en la espesura de los bosques; cortejabas algunas veces á tu hermosa esclava Mirtila, de blonda cabellera, ó te ponias de codos en la mesa bebiendo el vino que tenias encerrado en una vasija griega. Pegaso, abriendo las narices, soplaba hácia tí los versos; tú meditabas; tú escribias odas á Barine, á Mecenas, á Virgilio, á tu campiña de Tibúr, á Clóe, que pasaba por las tapias de tu morada llevando sobre la cabeza la delicada ánfora; por la noche, cuando Febo se convierte en Hécate, cuando los matorrales se llenaban para tí de visiones y veias en ellos claridades, formas y rayos de luz, al Cervero frotarse la cola entre las piernas; á Baco, dios del vino y de los yambos; á Sileno pensativo, digiriendo en su gruta; y deslizarse en la oscuridad, embriagándose de lascivia con las blancas desnudeces de las ninfas, al fauno de piés de cabra y de orejas puntiagudas; ¿quién te hubiera dicho, Horacio, cuando te alegraba el vino sabino y sorprendias en el baño á Glycere ó á Licoris, cuando pintabas en Roma á los caballeros jóvenes corriendo en el hipódromo, como Moliére pintó en Francia á los marqueses, quién te hubiera dicho que escribias versos tan deliciosos y tan exquisitos para que sirvieran en el siglo actual de instrumentos de tortura á horribles hombres cándidos, que van mal peinados y mal vestidos, ó á pedantes que mascullan, como los monos una flor, tu nombre célebre con los dientes?„ —Despues, creciendo cada momento mi furor, añadí:

—"¡Cangrejos, que quereis poner sotanas á los dioses irritados del éter, un capilio á Diana y vuestros tricornios á los olímpicos, os maldigo, eunucos atormentadores! Petrificais con vuestro hálito al jóven cándido y chispeante, pretendiendo acercaros á la antigüedad, á Píndaro, á Sófocles, á Terencio, á Plauto; y traidores, con vuestra hipocresía, con vuestras costumbres, con vuestros yugos, rayando todos los libros sublimes, con vuestras preocupaciones, con vuestro horror al porvenir y con vuestro ódio al progreso, haceis que los corazones vírgenes de los jóvenes beban en vuestras tinieblas ese ópio rancio. ¡Manecillas de la Biblia humana, sacristanes del arte y de la ciencia, trocais el gran templo en capilla pequeña! ¡Carceleros del espíritu, os apoderais de Teócrito, de los velos sagrados de Esquilo, de Tíbulo, radiante de amor, de Virgilio, radiante de estrellas, y convertís en infiernos sus paraisos! Confiar la educacion del niño á semejantes séres, es poner á pension la mosca en la morada de la tarántula. ¡Confiar el niño á semejantes monjes para que le espliquen á Platon, para que les lean Cátulo, para que les descifren Homero, á esos diáconos, á esos bedeles cuyo hocico se sorbe los moscos, á esos majaderos que ignoran lo que es un niño, que apenas saben el A. B. C. D. del corazon humano, que representan la barbarie de ayer y que desean matar el mañana!... Sus viejas y muertas vísceras insultan al corazon que se abre á la vida; se apoderan del adolescente y no toleran que la ilustracion penetre en su alma bajo la forma del pensamiento ó bajo forma de mujer; se burlan de los niños y se burlan de los poetas; dirigen á los ruiseñores su voz profunda de mochuelo; el niño es ignorante y ellos son ignaros; borran del espíritu el esplendor y todo lo luminoso, y escardan el ideal como si fuese un barbarismo. ¡Esos séres son los que se encargan de ilustrar á los niños!„

Hé aquí lo que yo decia en mi cuarto, mientras me servia de encierro. Mi monólogo-diatriba, como podia disponer de mucho tiempo, era variado hasta en medio de su monotonía; estaba exasperado, y aunque tenia razon en el fondo, no la tenia en la forma. Estaba castigado por las malditas matemáticas que me aburrian y que me hacian empeñar contínuas luchas con las cifras de sus teoremas y de su álgebra; ¡por eso estaba tan furioso!

Llegará un dia en que el hombre sea prudente, en el que ya no se educarán

los pájaros para estar encerrados en las jaulas, y entonces, comprendiendo la sociedad mejor al niño, habiendo sondeado las reglas del libre vuelo, adoptará las reglas para hacer crecer las águilas; y la luz del medio dia resplandecerá para todos; entonces, comprendiéndose que el saber es sublime, aprender será muy agradable. Entonces, dejando para el final de los estudios los notables libros latinos y griegos, esas soledades en las que el trueno gruñe, en las que el mar brilla ó el astro sonrie, y que llenan los vientos inmensos del espíritu, explicándolos cariñosamente é inspirando afecto hácia ellos, los podrán comprender con facilidad. Homero arrastrará en su vasto reflujo al deslumbrado estudiante; el niño no será ya una bestia de carga enganchada á Virgilio, y no se convertirá ya, bajo el látigo de un pedante ó de un abad, en pesado caballo al que abrume el peso del castigo. Cada aldea tendrá, en un templo rústico, en vez del magister antiguo, al institutor lúcido y grave, que sea un magistrado del progreso, un médico de la ignorancia, un sacerdote de la aldea, y entonces desaparecerán para siempre el escolar eterno y el eterno pedante.

31 Mayo 1835.

XIV.

La sansanita. (1)

Ella me dice:—"No sé qué es lo que me está atormentando„. Al oirla me fijo en su blanco cuello y veo en él un insecto pequeño y de color de rosa. Debia haber visto—pero yo solo tenia diez y seis años,—debia haber visto antes un beso en sus labios, que un insecto en su cuello. Parecia un marisco; tenia la espalda rosada y manchada de negro. Los pájaros, para mirarnos, se asomaban entre las hojas. Me incliné hácia ella, y á pesar de que me presentó sus rosados labios, llevé la mano á su cuello y cogí al insecto, pero el beso se voló.—"Tonto, me dijo la sansanita cuando la tenia en mi mano, Dios nos hace ser animales, pero los hombres algunas veces nos aventajais.

Paris, Mayo 1830.

---

(1) *Sansanita*: insecto pequeño, volátil, colorado, con motas negras en el lomo.—(N. del T.)

XV.

Hácia 1820.

Dionisia, tu marido, nuestro viejo pedagogo, está paseando; ha ido á perturbar la fresca égloga que susurra en el bosque el hermoso adolescente que se llama Abril; todo tiembla y toma aspecto de pedante en cuanto él aparece. El asno gruñe entre dientes un tema al buey, su camarada; reverdece el almendro, como jovenzuelo que crece, y declama este recitado de Therámenes:—"Su ancha frente está armada de amenazadores cuernos.„

Dionisia, entre tanto, tú cantas pensativa, disfrutando de esa edad en la que la inocencia abre su vaga flor, é ignorante, sin alegría y sin dolor, sin temor y sin deseo, ves á la hora en que el estudiante entra en la clase y el doctor en el antro, llegar hácia tí, subiendo juntos la escalera, el fastidio, representado por el maestro de escuela, y el amor, representado por el escolar.

XVI.

A. M. Froment-Meurice.

Los dos somos hermanos: dos artes pueden confeccionar las flores. El poeta es cincelador y el cincelador es poeta. Cincelador y poeta, en nosotros se revela el espíritu y convertimos en mejor lo bueno; tú das más hermosura á la belleza. En sus brazos ó en sus cuellos, estatuario de alhajas, labras maravillosamente palacios de pedrerías. No digas que tu arte es insignificante; salte de la ruta comun, mágico obrero, y mezcla el oro con el pensamiento. Todos los pensadores, sin buscar quién termina ni quién empieza, esculpen en la misma roca. Esta roca es el arte inmenso que Miguel Angel nos arroja en grandes bloques, haciéndole brotar á la ventura, y Benvenuto Cellini nos los desmenuza. Y ante el arte infinito, del que la ley no cambia nunca, la pequeña piedra de Cellini vale tanto como el bloque de Miguel Angel. Los dos son grandes. Sombrío ó

brillante, el arte es fuego que alumbra: la estrella equivale al sol y la chispa equivale á la llama.

Paris 22 Octubre 1841.

XVII.

Los pájaros.

Recorria un cementerio grande y desierto, pensando en los fallecidos, y caminaba sobre la yerba florida y por entre las cruces de las tumbas. ¡Dios quiere que lo que nace salga de lo que muere! —Alrededor de mí, sin cuidarse de mi aspecto tenebroso, una bandada de alegres y libres gorriones iban y venian, cantando, volando y saltando, pasaban sus picos por las narices de las estátuas y picoteaban en las tumbas; indignado les dije:—"Respetad á los muertos! ¡No seais arpías!„—"Somos gorriones„, me contestaron.—"Silencio, y salid de aquí!„ repliqué colérico. Entonces huyeron; conocian que yo era el más fuerte. Solo quedó uno de ellos detrás de mí, que irguiendo la cola, exclamó:—"¡Será algun antiguo clásico!„

Cuando se volaban todos furiosos, lanzando gritos y mirándome de reojo, un acebo que crecia cerca de una tumba, deteniéndome bruscamente por el brazo al pasar por delante de él, me dijo:—"Esos pájaros cumplen con su destino. Dejadles, que los envia Dios. Ellos dan vida al cementerio; ellos alegran á la naturaleza; toman el murmullo al riachuelo, la claridad al astro, la sonrisa á la aurora; en todas partes donde rien los hombres recogen sus alegrías y nos las traen; de las yerbas, de las malezas y de las olas recogen la alegría y se compadecen de nosotros, que vivimos sumidos en la tristeza, acudiendo hasta aquí alegres y ligeros á vaciar en nuestra oscuridad toda la luz que recogen de todas partes. Cuando nos los trae el mes de Mayo, nosotros exclamamos:—"¡Ya están aquí!„, y en el cementerio todo se conmueve, cerros, piedras, céspedes; los arbustos hablan, y la yerba se extasía, el sauce lloron canta terminando su frase, conversan con los tejos, que se han hecho parlanchines; de los sudarios más pomposos despasan el broche, se burlan del mármol, y yo que soy aquí el viejo gruñon, ante el que la mentira del mundo se presenta con toda su fealdad, y eso no me incomoda, encuentro justo, amigo mio, que al leer en voz alta los epitafios que ponen á los muertos, en los que consta siempre que los fallecidos eran hermosos y buenos, esos pájaros consigan que las tumbas se rian.

Paris, Mayo 1835.

XVIII.

Antigua cancion de la juventud.

No me ocupaba de Rosa, aunque Rosa vino al bosque conmigo; hablamos de cualquier cosa, pero no me acuerdo de qué.

Estaba frio como el mármol y caminaba distraido; me ocupaba de los árboles y de las flores, y los ojos de Rosa parecian que me preguntaban:—"¿Y qué más?„

El rocío nos enseñaba sus perlas, los árboles nos presentaban sus quitasoles; íbamos caminando. Yo oyendo los mirlos y Rosa los ruiseñores.

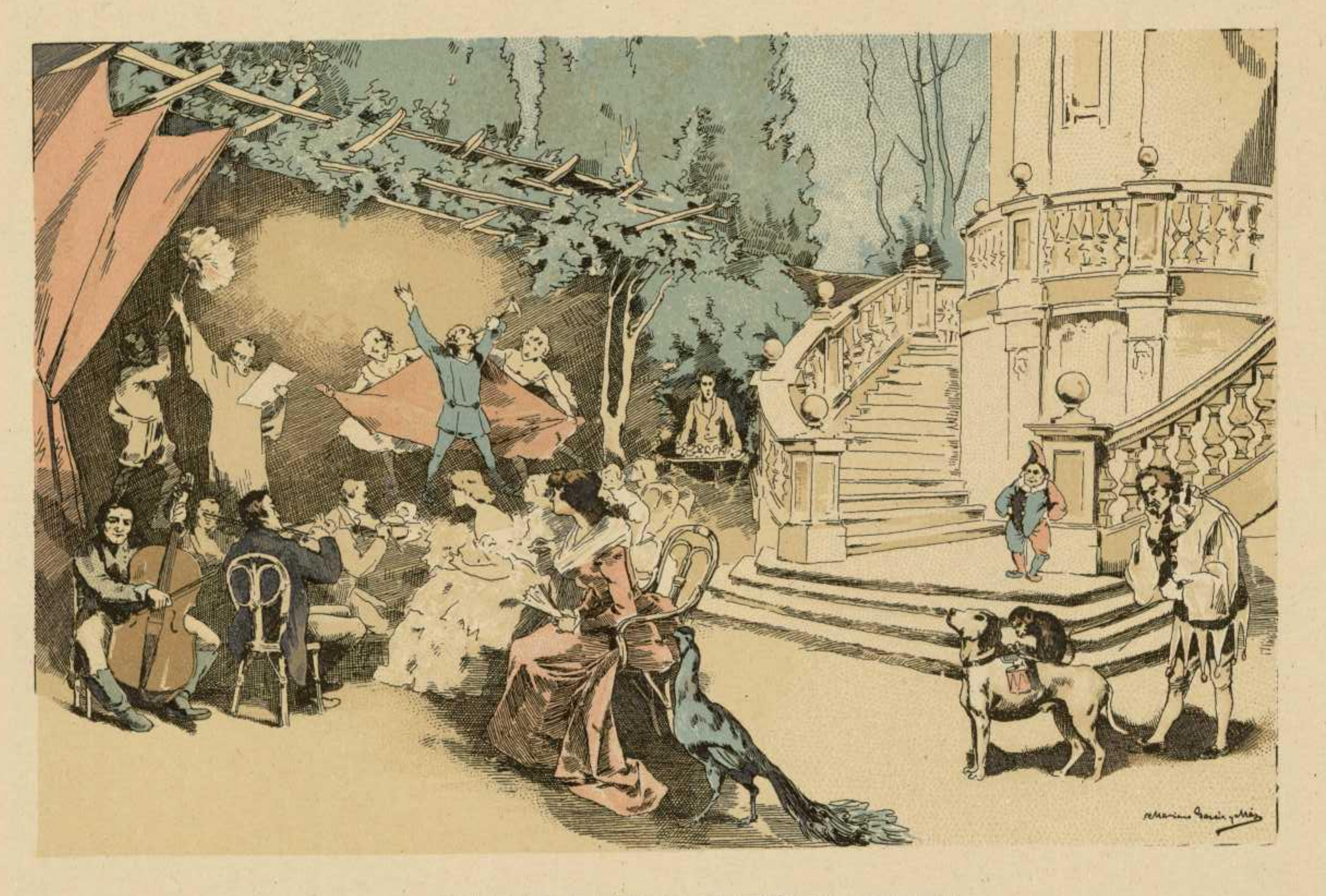
Yo tenia diez y seis años y estaba melancólico; ella tenia veinte y le brillaban los ojos; los ruiseñores cantaban á Rosa y á mí me silbaban los mirlos.

Rosa, poniéndose de puntillas, levantó temblando el brazo lindo y blanco para coger en una rama una mora madura, pero yo no ví su lindo brazo.

Corria fresca y pura el agua de los arroyuelos sobre aterciopelados musgos, y cariñosa la naturaleza dormitaba en el silencio de los bosques.

Rosa se quitó los zapatos, y con franca inocencia metió los piés en el agua límpida; pero yo no ví sus piés desnudos.

No sabia qué decirla; la seguia al través de los bosques, y de cuando en cuando la veia sonreir y de cuando en cuando la oia suspirar.



LA FIESTA EN CASA DE LA MARQUESA TERESA.

Solo me apercibí de que era hermosa cuando salimos del bosque.—"Pues bien; no pensemos más en eso„, exclamó ella. Desde entonces no pienso en otra cosa.
París, Junio 1831.

XIX.

El poeta ciego.

Gracias, poeta! En el seno de mis lares, compadecido, como huésped divino te me apareces y te descubres, y la aureola de oro de tus radiantes versos brilla alrededor de mi nombre como un círculo de estrellas.

Canta! Milton cantaba; canta! Homero cantó tambien; el poeta, de los sentidos penetra en la triste bruma; el ciego vé en su sombría noche un mundo de claridad; cuando los ojos corporales se apagan, los ojos del espíritu se encienden.
Paris, Mayo de 1842.

XX.

Estaba descalza y despeinada, sentada en un ribazo, entre inclinados juncos; pasé por allí, creí haber encontrado una hada, y la dije:—"¿Quieres venir conmigo á pasear por la campiña?„

Me miró, con esa mirada suprema que le queda á la hermosura despues que la hemos vencido, y yo continué preguntándola:—"Estamos en el mes de los amores; ¿quieres venir conmigo á pasear á la sombra de los árboles?„

Secó sus piés con las yerbas que crecian alrededor de los juncos y del agua, fijó en mí sus ojos por segunda vez, y la jóven que jugueteaba se quedó pensativa. ¡Los pájaros cantaban en la espesura de los bosques!

Las olas del mar acariciaban suavemente las playas, y ví llegar hasta mí por entre los verdes cañares á la jóven feliz y azorada, con la cabellera echada sobre los ojos y sonriendo maliciosamente.
Mout-l'Am, Junio 183...

XXI.

La fiesta en casa de Teresa.

La fiesta fué exquisita y estuvo muy bien preparada. Era en el mes de Abril y en un dia tan radiante, que parecia que el amor lo hubiera hecho brillar exprofeso. Nos habia convidado en su delicioso jardin la duquesa Teresa, á quien yo daria, si fuese rey, Paris, y si fuese Dios, el mundo, aunque no tuviera título, aunque solo fuese la hechicera Teresa, la blonda de irresistibles ojos.

Eramos pocos convidados, y lo selecto de la reunion hacia brillar la fiesta; estábamos todos juntos y unos frente á otros. Varias parejas paseaban por todas partes, compuestas de señores apuestos y de raras bellezas, de marquesas que conversaban con monseñores.

Al medio dia disfrutamos de la música y del espectáculo teatral. ¿Por qué se ha de representar á Plauto de noche? La comedia es una hermosa jóven que se vé mejor cómo se sonrie á la luz del dia. Habian edificado, como si fuese un templo de amor, cerca de una alberca, en cuya sombra habitaba un cisne, un teatro sobre un enrejado de varas, por el que trepaba una viña. Un arco de bóveda con figura de asa de cesta, jaula verde en la que silbaba un pájaro prisionero, cubria todo el escenario, y en las blancas gargantas de las actrices esparcian su sombra las ramas de los árboles. Se oian de lejos los acordes de la música; y desde la parte alta, sacando del friso medio cuerpo, para llamar la atencion de la multitud con sus pantomimas, un polichinela tocaba la trompeta. Dos faunos sostenian la capa de Arlequin; Trivelin se les reia en sus narices como un pillastre. Entre los adornos esculpidos en el enrejado de ramas, Colombina dormia dentro de un gran marisco, y cuando enseñaba los pechos y los brazos desnudos, parecia que era Vénus que salia de su concha.

El tio Pantalon, á la derecha, dentro de un barracon, vendia limones dulces, colocados en una pequeña mesa, y excla-

maba en alta voz:—"Señores, el hombre es un sér portentoso: Dios hizo el agua, pero el hombre hizo el vino„. Scaramuccio en un rincon provocaba con su sable de madera al trágico Alcantor, al que seguia el triste Arbates; Crespin, vestido de negro, se abanicaba, colocado á horcajadas en el remate del pórtico; Carlino se inclinaba para oir la música.

El sol servia de araña para iluminar la escena; la estacion habia bordado de flores el inmenso tapiz de césped que se desarrollaba á las dos partes del teatro agreste; los árboles del parque, embalsamando con su savia el espacio, parecian complacerse en servir de bastidores, y para gozar del espectáculo, abriendo sus flores, como si fueran ojos, unian á los sonidos de la orquesta su alegre murmurio; de modo que al concierto clásico y gracioso, la naturaleza añadia su música.

Todo nos fascinaba; los bosques, la hermosura del dia, la pureza del ambiente, las mujeres, el amor y el cielo azul. La comedia era buena, aunque antigua. Sentado desdeñosamente en el proscenio, Pierrot dirigia al público una arenga, y tenia á su lado un mono que tocaba el timbal montado en un perro. De vez en cuando, rabioso el mono, hacia sonar los palillos, y luego Pierrot continuaba hablando. Los que querian oirle le oian, pero la mayoría del público no le hacia caso: unos pedian helados á los criados; otros hablaban en voz baja con las damas que tenian á su lado; tres marqueses cantaban una cancion; Teresa estaba sentada á la sombra de un matorral; las rosas eran pálidas comparándolas con sus mejillas, y al verla tan hermosa, un pavo real le hacia la rueda.

Llegó la noche y todo quedó en silencio; las luces se apagaron; en los entristecidos bosques los arroyuelos corrieron plañiéndose; el ruiseñor, oculto en la espesura, cantó como un poeta enamorado. El público se perdió entre la oscuridad de los árboles; las mujeres juguetonas arrastraron á los hombres graves; los amantes desaparecieron con sus amadas, y turbados, sentian por grados penetrar en el alma, en sus conversaciones íntimas, en sus miradas ardientes, la luz pálida de la luna que bañaba el horizonte.

Abril 18...

XXII.

La infancia.

El niño cantaba; la madre agonizaba extenuada en el lecho, pálida y cadavérica; la muerte se cernia ya sobre ella, y yo oia el estertor de la agonía de la madre y la cancion alegre del niño.

El niño tenia cinco años y se asomaba á la ventana moviendo algazara con sus juegos y con sus risas, y la madre, al lado del inocente niño, que cantaba todo el dia, tosía toda la noche.

La madre fué pronto á dormir en el lecho de la tumba, y el inocente niño no cesaba de cantar. El dolor es un fruto; Dios no le deja crecer en la rama que no puede sostenerlo.

Paris, Enero 1835.

XXIII.

Dichoso el hombre que se preocupa del eterno destino, que, como un viajero que parte á la madrugada, se despierta soñoliento y desde que empieza á rayar el alba lee y reza: á medida que lee vá amaneciendo lentamente, y aparece la luz en su alma como en el firmamento. A esta claridad pálida vé distintamente lo que hay en su cuarto y lo que hay dentro de sí mismo; todo duerme en la casa; cree que está solo, y sin embargo, cerrando la boca con el dedo, detrás de él, mientras le embriaga el éxtasis, los ángeles, sonriendo, se inclinan hácia su libro.

Paris, Setiembre 1846.

XXIV.

Unidad.

Cuando en el horizonte, sobre las altas colinas, el sol, esa flor de infinitos es-

plendores, se inclinaba hácia la tierra á la hora de sepultarse en el ocaso, una modesta margarita, abierta en el término de un campo, en una pared gris, cayendo de ella entre la avena, ensanchaba su blanca y cándida aureola, y mirando fijamente hácia el éter, en el que el gran astro esparcia su luz inmortal, exclamaba:—"¡Yo tambien brillo con luminosos rayos!„

Granville, Julio 1836.

XXV.

A los que me combaten.

Debo insistir, ya que me hacen la guerra. En mí atacan á la época, y yo la profeso gran cariño. Ya sé que me dejarian en paz como á oscuro transeunte, si yo, siendo un átomo de azur, no contuviese algo de la luz que ilumina nuestra época.

Ayer atacásteis al ciudadano, hoy atacais al poeta, al romántico despues del liberal. Pues bien, mordedme los dos talones. Soy el hombre tenebroso que trabaja para que todo degenere.

Me conocísteis muy jóven, y ahora me denunciais como á buen hombre, destrozándome con la mayor alegría del mundo porque mi tierna infancia os enterneció. Exclamais gritando contra mí: —"Eso no se puede tolerar! ¿La estancia vá descalza? El drama se viste sin corsé? ¿La Musa se quita el velo de su inocencia? ¿El arte rompe las reglas para poder crecer?„ Gerontes literarios, con ladridos quejumbrosos os asombrais en versos retrospectivos de que mi voz perturbe el orbe, de que viva siendo romántico y de que siendo infantil me concediese el arte poético bondadosamente el pan y el agua, y de que hoy pese tanto sobre las rodillas de Boileau; contemplais mis versos provistos de uñas y de alas, que rehusan imitar á los modelos, y que lanzan siniestros relámpagos que os causan horror y que os hacen lanzar gritos de hiena al través de los barrotes de la *Quotidianna*. Agotais sobre mí todo el Calepino y al padre Bouhours y al padre Rapin; y aplastándome con todos esos nombres venerables, me lanzais la palabra sacramental, esto es, me llamais *revolucionario*. Al oirla, todos los pedantes á coro contestan:—"¡Amén!„ Por eso me quieren meter en el puño y que sufra su exámen. La Sorbona balbucea, la Escuela hace garabatos y veinte plumas destilan cólera burlesca:—"¿Qué pretenden esos innovadores? ¿En qué quieren convertirá la poesía? Cuando por la noche las mujeres se dedican á leer sus versos, tienen miedo en sus gabinetes. El Pindo se extremece al oir rugir sus versos salvajes. Por culpa de ellos todo está muerto; el alejandrino se apodera de la cesura y la muerde, no teniendo inconveniente en montar ninguno de estos sobre sus compañeros; qué es lo que vá á suceder? Richelet se oscurece. Es preciso imponer á cada paso el *Magister dixit*. Volvamos á sujetarnos á las reglas y salgamos de este oprobio; los verdaderos sábios, profesando verdadero culto á la razon, consultaron siempre, sobre el arte á Quintiliano, sobre el álgebra á Leibnitz y sobre la guerra á Vegecio.„

Cuando escribe la impotencia, se firma: *Sabiduría.*

Os contestaré lo que he contestado á otros sin encolerizarme. Desenmascarémonos; quitémonos la careta y abandonemos el dominó que se llama forma oratoria. Se nos ha visto dirigir hácia otro horizonte la lengua, arrastrando con nuestras rimas á la razon, arrojando á paso de carga, en alineadas batallas sobre el vencido La Harpe, á todos los insurrectos. Hemos atacado al estilo antiguo y anticuado con el brulote de la libertad; hemos hecho intervenir en esa conjuracion al espíritu, que es un pobre diablo, y á la palabra, que es una infeliz; hemos desgarrado el capuchon, el saco de cilicio, el hábito, que encubrian al pensamiento. Nos hemos asociado para eso á una multitud. Oradores, escritores y poetas, avanzando con el dedo la hora en el reloj, hemos dicho á la retórica:— "Vamos, ya eres mayor de edad; eres dueña de tí misma„; y yo, cantando y luchando, he roto más de un hierro en el locutorio del convento, y con la antorcha en la mano he abierto de par en par las dos hojas de la puerta del drama. Piratas, valiéndonos de las velas y de los remos, nos hemos apoderado de la triple unidad del ávido archipiélago, y en lo alto del Helicon, temblorosamente he hecho un llamamiento á las armas. To-

do lo habeis perdido ya; los versos vagan sin traba alguna. Al azorado Racine preferimos Moliére, preferimos Rotrou á Ducis. Lucrecia Borgia sale bruscamente de una cueva y mezcla repugnantes venenos con vuestros malvabiscos, y el drama desmelenado os asusta; ¡eso es horrible! Soy un bandido, un jacobino, un malandrin, porque he dislocado los necios alejandrinos. Las palabras de alta alcurnia, las sílabas marquesas, vivian juntas en el fondo de exquisitas grutas, hablando solo entre ellas, y yo dije á las palabras de baja ralea:—"¡Mancas, cojas y gotosas, erguíos, cerneos y confundíos sin observar ninguna regla en la profunda é inmensa caverna de las águilas!„ —En otras ocasiones ya confesé haber cometido esos crímenes; sí, yo soy Papavoine, Eróstrato, Atila y todo lo que querais.

Encolerizaos y llamad á la guardia; tronad contra mí, que no os temo. Nuestros progresos creeis que os ultrajan; detestais este siglo, en el que hablando á las gentes se dispensan en los versos los saludos de costumbre; siglo sombrío y sin pudor, en el que el hombre escribe lo que siente y es filósofo y poeta crudo; en el que con el vino sincero y espumoso del severo ideal se embriagan todos los soñadores. Cuando abrís los libros que escribimos, os poneis una pantalla porque su claridad hiere demasiado vuestra visita; execrais nuestros versos francos y verdaderos, y os ciega el furor cuando veis nuestras estrofas desnudas. ¿Pero olvidais aquellos tiempos pastoriles en los que las cándidas ninfas corrian por los bosques ostentando su desnudez al tibio resplandor de la claridad en las tardes del verano? ¿El alba desnuda y blanca se ocultaba acaso en la bruma honesta y gazmoña y ponia quizás una hoja de parra al astro en el azul del cielo? Oh Virgilio, oh Píndaro, oh Orfeo! ¿Deben cubrirse con una gasa, como si fuesen una obscenidad, las alas del Pegaso, que se asemejan, cuando las abre en la cumbre del monte poético, á la inmensa mariposa que besa lo infinito? Es acaso cínico el sol espléndido? ¿La flor hace mal en desprenderse de su túnica? ¿Caliope, cerniéndose en un plano de la azul esfera, obra mal enseñando al ceñudo Dante sus pechos deslumbradores á la luz de las estrellas? Pues al ver libres y en cueros á los dioses del Olimpo, debeis exclamar: "¡Eso es un escándalo!„ y debeis poner á Cupido una casaca y unos calzones; debeis cerrar los ojos para no mirar á las nueve musas, y Apolo debe pareceros un mohicano y Vénus una salvaje.

El tiempo—que con frecuencia constituye toda vuestra sabiduría—debe reñiros en voz baja, y reprendiéndoos, deciros:—"Padeceis un error, y vais á enronquecer si gritais tan fuerte; no vale la pena de que os incomodeis porque se introduzcan algunas novedades; esas gentes prosiguen su camino y no debe importaros que solo encuentren cenizas del fuego que os calentaba. ¿Por qué declarais la guerra al alboroto que mueven? Este siglo es el siglo de la libertad, y si no os acomoda su modo de ser, cerrad bien vuestras ventanas, corred las cortinas, soplad la bujía y volvedles las espaldas. El alma del verdadero sábio es sordo-muda. ¿Qué os importa que tal ó cual poeta quiera, como el pájaro, tener diferente cancion, y que, bribon del Pindo, hermano de leche de las musas, mientras canta el corybante (1), muerda los pechos algo lácios de alguna de ellas?

No os haceis cargo de las cosas y no quereis oir razones. En vano Voltaire, que era un gran hombre, os murmura al oido:—"Amigos, nos estais molestando!„—Vosotros, sin hacerle caso, seguís echando espumarajos de rabia; creeis que nosotros, los hijos de estos tiempos diabólicos de la anarquía, queremos dar el asalto á la elevada torre que domina Luis el Grande, rodeado de veinte nombres ilustres; os figurais que perdemos el tiempo y el trabajo, porque esa fortaleza es inescalable y nunca conseguiremos nuestro objeto; que Batteaux nos mira con sus ojos saltones y redondos, que Tancredo es de bronce y Hamlet de arena; declarais que es inmortal la peluca de Boileau, y coronados de laureles, mirándonos al soslayo, indicais el monton de basura de nuestros versos, estercolero en el que se recoge toda la fealdad del siglo, al buen gusto antiguo, que es el barrendero del Pindo, y al mismo tiempo le decís:—"Barredlos„. Pues bien; barrednos!

Paris, Noviembre 1834.

---

(1) *Corybante:* sacerdote de la diosa Cibeles.—(N. del T.)

XXVI.

Sí; soy un soñador. Soy el compañero de las flores y el interlocutor que dialoga con los árboles y con los vientos; la naturaleza me conoce. En el mes de Mayo, cuando reina la primavera, sostengo muchas veces conversaciones con los alelíes y escucho los consejos de la hiedra y de algunas flores. Los séres misteriosos, que creeis mudos, se inclinan hácia mí y vienen á escribir con mi pluma. Entiendo lo que entendia Rabelais; oigo reir y llorar, y comprendo lo que comprendia Orfeo. No debeis asombraros de lo que me expresa la naturaleza con sus inefables suspiros. Hablo con todas las voces de la metempsicosis. Antes de empezar el sagrado concierto, los pájaros, los arbustos, el agua que corre en la pradera, las flores y los bosques, todos esos agradables instrumentos, me dirigen la palabra. Estoy abonado á la orquesta divina. Si no fuera soñador, hubiera sido silvano. Concluí, gracias al silencio en que me encierro, por hablar con dulzura á las hojas, á las gotas de lluvia, á las plumas y á los rayos de luz, por descender á ese extremo de la creacion, á ese abismo en el que se oye un extremecimiento contínuo, y á no hacer con mi aliento volar ni una mosca. La brizna de yerba, que vibra eternamente, se amansa y se familiariza conmigo, y sin apercibirse de que estoy allí, las rosas se entregan libremente á los zumbidos y á los aleteos de los abejones; algunas veces, al través de las espesas ramas, avanzo la cabeza para mirar algun nido, y la madre de los pajarillos continúa tranquila, mirándome y sin tenerme miedo; la gazmoña azucena vé que me aproximo á ella sin sobresalto, cuando abre sus pétalos á la luz del dia, lo mismo que la púdica violeta; soy para esas flores el amigo seguro y discreto; y la ligera mariposa, esa libertina alada, cuando está ajando alegremente alguna flor, si paso cerca de ella, continúa libándola, y si la flor quiere esconderse entre el césped, ella la reconviene, diciéndola:—"No seas tonta! Es de casa!„

Les Roches, Agosto 1835.

XXVII.

Es preciso que el poeta enamorado de la sombra y de la soledad, espíritu tierno y espléndido que lanza rayos puros de luz, que marcha delante de todos, iluminando á los que dudan, cantor misterioso que escuchan temblando las mujeres, los soñadores y los amantes, se convierta en un sér formidable en ciertos momentos. Algunas veces, cuando se piensa teniendo su libro abierto, en el que todo se mece, deslumbra, tranquiliza, acaricia ó embriaga, en el que el alma encuentra dulzuras á cada paso, en el que tienen los rincones más negros claridades celestes; en medio de la modesta y alta poesía, en medio de esa sagrada paz, en la que se oyen fluir arroyos y lágrimas, en la que las estrofas, pájaros de mil colores, vuelan cantando al amor, á la alegría y á la esperanza, es necesario que algunos instantes os haga extremecer, presentando de repente, sombrío, grave y terrible ante el lector, un verso salvaje que salga rugiendo de la oscuridad. Es necesario que el poeta que vierte semillas fecundas, sea como esos bosques espesos, verdes y frescos, deliciosos, llenos de murmurios, en los que repentinamente nos encontramos con un leon.

Paris, Mayo 1842.

XXVIII.

Alto en la marcha.

En el brumoso horizonte empieza á surgir resplandeciente el medio dia, y la niebla se disuelve en perlas en las ramas de los árboles. El viento sopla, y al través de los ramajes llega hasta los techos de las pobres cabañas, que ocultan la paja que los cubre en el interior del bosque, y se ven salir de ellas las vagas y temblorosas columnas de humo. Corre un arroyuelo por la yerba, corre entre dos pendientes, y sobre él agitan los sauces sus largas ramas; un olmo y una haya, árboles hermanos, los más antiguos del valle, se dan la mano de una á otra ribera; allí hay una casilla, como sembrada entre la salvia y otras yerbas, que encierra un santo viejo que sonrie entre

cántaros de estaño, que está tan iluminada y encierra tantas flores, que parece un templo. Ya tenga sed la boca, ya tenga sed el corazon, ¡gloria á Dios que presenta la copa al viajero!—Entremos allí.—Qué podeis darnos?—Huevos y agua fresca.—En el manantial del prado, cubierto por un toldo de verdura, una niña blonda y alegre fué á llenar un cántaro de agua, y mientras que le tenia hundido en la fuente, el agua parecia que admiraba á la hermosa niña de ojos azules; y yo, entre tanto, cerca de un gran lecho cubierto de vieja sarga, contemplaba pensativo una imágen de Jesús, atado y azotado en la columna.

¿Qué importa que se haya ultrajado á los mártires y que en todos los lugares v en todos los tiempos hayan sufrido la afrenta de la ciega gritería del populacho? Andando los tiempos, el azotado vagabundo se convierte en Dios; su frente negra y sangrienta, alumbrando desde su oscuridad palacios, cabañas y templos, blanqueará el crucifijo y hará irradiar á Jesucristo. Os silbará siguiéndoos la multitud, derramareis sangre, sufrireis y llorareis, pensadores; pero el sufrimiento consagra á los santos, á los sábios y á los génios; la radiante aureola se abre en las gemonías, y sobre el vil pantano, como resplandor del cielo, flota en la cloaca de sangre fuego fátuo eterno.

Siempre al mismo fin conduce la misma suerte. Existe en lo más profundo de la historia humana un abismo en el que sucesivamente caen todos los que gozan de la luz del dia, los buenos, los puros, los grandes, los divinos, los célebres, antorchas cuyas llamas desmelena el soplo de las tinieblas. En ese abismo desaparecieron Dante, Sócrates, Escipion, Milton, Morus y Esquilo, llevando palmas movedizas en las manos; de esa noche se han visto salir sus recuerdos y cernerse en el espacio; no fueron completos hasta despues de haber caido. Desde el destierro de Arístides hasta la hoguera de Juan Huss, el género humano pensativo medita deslumbrado ante el abismo de los grandes hombres. Son semejantes á tí ¡oh sol!; su gloria es tu ocaso; son semejantes á tí ¡oh Niágara! cuyas olas rugen y luchan, y son más hermosas cuando caen.

Uno de los verdugos que ataron á Jesús á la columna y que sobre su espalda desnuda echó un miserable manto, arrancó de la frente tranquila del Redentor un puñado de cabellos que el sudor inundaba, y se marchó diciendo:—"Voy á enseñar esto á Caifás.„ Y crispando el rústico puño, salió de allí. Era de noche y la calle estaba oscura; el sayon caminaba, pero de repente se paró, y estupefacto, lívido, como si le asaltara una vision, vió con pavura que tenia en la mano un haz de rayos.

Bosque de Compiegne, Junio 1837.

LIBRO SEGUNDO.

El alma en flor.

I.

Primer dia de Mayo.

Todo conjuga el verbo amar. Llegó la estacion de las rosas; estamos en el primer dia de Mayo. El amor alegre, ardiente y celoso, hace suspirar á los bosques, á los nidos y á las flores; el árbol, en cuya corteza escribí un letrero el otoño pasado, lo repite por cuenta suya, creyendo que lo improvisa; la atmósfera embalsamada y tierna parece que esté llena de las declaraciones que la llanura hace á la primavera y que el herbaje enamorado dirige al cielo puro. A cada paso que dá luz del dia por el firmamento azul, la campiña, admirada y complacida, prodiga sus aromas, y con la tibia brisa envia á los renuevos sus besos perfumados. En los barrancos, los estanques, las praderas y hasta los mismos surcos, forman en todas partes manchas de todos los colores; y la naturaleza, esparciendo sus perfumes, conserva las flores, como si sus suspiros y las miradas tiernas que dirige al mes de Mayo, que sonrie en las lascivas ramas, hubiesen dejado sus huellas en las páginas de su álbum.

Los pájaros de los bosques, con ardiente voz, dirigen sus trios y sus rondós á las hadas; la naturaleza entera parece que confia á la sombra un delicioso se-

creto; todo ama en ella y todo lo confiesa en voz baja; parece que en el Norte, en el Sur, en el Oriente y en el Poniente, la llanura florida, los manantiales sonoros, los montes y las colinas, toda la naturaleza, en fin, repite una cancion amorosa compuesta para que suene, difundida por los cuatro vientos del globo.

Saint-Germain 1.° Mayo 18...

II.

Mis versos llegarian ligeros y enamorados hasta vuestro hermoso jardin, si mis versos tuvieran alas, si mis versos tuvieran alas como los pájaros.

Volarian brillantes como chispas hasta vuestro hogar, que chisporrotea, si mis versos tuvieran alas, si mis versos tuvieran alas como el espíritu.

Hasta donde vos estais correrian siempre noche y dia, si mis versos tuvieran alas, si mis versos tuvieran alas como el amor.

París, Marzo 18...

III.

El torno de hilar de Omfala.

Se vé en el átrio el hermoso torno de marfil; su rueda ágil es blanca y la rueca es negra; la rueca es de ébano incrustada de lapislázuli. Descansa en el átrio sobre un rico tapiz.

Un trabajador de Egiria ha esculpido en el plinto á la Europa, de la que un Dios se niega á consolar la afliccion. Un toro blanco la arrastra, y al perder la esperanza, la Europa lanza un grito, y al bajar los ojos se espanta, viendo que el Océano monstruoso la besa los rosados piés.

Un monton de agujas, de hilo, de cajas medio cerradas, de lanas de Mileto, teñidas de púrpura y de oro, llenan un cesto grande, que está cerca del torno que duerme.

Entre tanto, en el fondo del palacio, veinte fantasmas disformes y espantosos, veinte mónstruos sangrientos que se ven confusamente, vagan alrededor del dormido torno; el leon nemeo, la terrible hidra de Lerna, Caco el tremendo bandido, el triple Geryon y los typhones de las aguas, que por la noche agitan terriblemente los cañares; todos vagan por allí con aire terrible, dando vueltas alrededor del torno, del que pende un hilo ligero, atado, en el que fijan en la oscuridad los abatidos ojos.

Junio 18...

IV.

Cancion.

¿Si no teneis nada que decirme, por qué venís á buscarme? ¿Por qué me dirigís esa sonrisa que trastornaria á un rey, si no teneis nada que decirme? ¿Por qué venís á buscarme?

¿Si nada teneis que comunicarme, por qué me apretais la mano? ¿Si de aquel pensamiento cariñoso que os sonreia al venir aquí nada teneis que comunicarme, por qué me apretais la mano?

¿Si deseais que me vaya, por qué vos venís aquí? Me extremezco cuando os veo y me causais tristeza y alegría; si quereis que me vaya, ¿por qué venís á buscarme?

Mayo 18...

V.

Al anochecer.

Ayer, el viento acariciador del crepúsculo traia hasta nosotros el aroma de las flores que se abren tardíamente: se aproximaba la noche; los pájaros dormian en las espesas sombras. La primavera me perfumaba menos que vuestra juventud; los astros resplandecian menos que vuestras miradas.

Yo hablaba en voz baja en aquella hora solemne en que el alma canta su

himno más tierno. Viendo la noche tan pura y contemplándoos tan hermosa, dije á las estrellas:—"¡Verted en ella la pureza del cielo!„, y dije á vuestros ojos: —"Verted el amor en mi corazon!„

Mayo 18...

VI.

Iba algunas veces con ella al huerto á coger cerezas. Ella se subia á los árboles, llevando descubiertos los brazos blancos de mármol de Paros, y encaramándose por el tronco, con su peso doblaba las ramas. El viento hacia extremecer las hojas, y á la luz del sol se destacaba su hechicera garganta. Con sus pequeños dedos cogia la fruta roja. Subí yo al árbol tras ella, que al notar que me enseñaba la pierna descubierta, me dijo ruborosa:—"No mireis!„ convencida que fijaba en ella mis ardientes miradas: despues canturreaba. Luego, cogida con los blancos dientes y pendientes de ellos, ofrecia á mis labios una cereza; sonriendo acercaba yo la boca, y dejando en sus labios la cereza, la robaba un beso.

Friel, Julio 18...

VII.

Puedes tú, segun te plazca, hacer de mí un jóven ó un viejo. Como el sol hace sereno ó lluvioso el éter que dora con su claridad, tú puedes llenarme de brumas ó inundarme de luz. Es tan puro tu esplendor, que pareces una mujer encerrada en una azucena unas veces, y otras, los ojos deslumbrados que creen ver tu alma, se figuran que eres una azucena encerrada en una mujer. Cuando me sonries, me llenas de júbilo; cuando me acaricias con tus amantes miradas, me quedo orgulloso, creo que soy un grande hombre; tus pupilas, iluminándome, me transfiguran, y creo que destello el reflejo de tus propias miradas; disipas todas mis aflicciones y haces reverdecer perpétuamente mi juventud. Pero cuando llegan esos momentos en que tu corazon injusto me desconoce; cuando veo que algo frio por tus miradas ardientes pasa como pasa una nube por el cielo, siento que me devora la tristeza, y cansado, sombrío y triste como un anciano, me parece que se lanza sobre mí de repente el viejo Diciembre; me parece que la frente se me arruga de súbito. Cuando estoy alegre, creo tener veinticinco años, y cuando estoy triste, me figuro que tengo sesenta.

Paris, Junio 18...

VIII.

Oyendo á los pájaros.

Cuando termineis de charlar sobre las ramas ó á la orilla del agua, pajarillos, tendremos una explicacion y os expondré una queja que tengo de vosotros. Sabed que os conozco á todos y que os entiendo. Sabed, escondidos tenores, que no me engañan vuestra melodía ni vuestro lenguaje. La que yo amo está lejos de aquí y en mí piensa; apuesto cualquier cosa, canoro ruiseñor, que tu canto expresa lo que siente su alma. Espiais los suspiros del hombre y de la mujer, cuando amamos y cuando vencemos. Cuando nuestro sér en voz baja se exhala en cánticos difíciles de oir, vosotros, pajarillos, atentos y ocultos en los bosques inaccesibles, recogeis al vuelo las invisibles estrofas de esos cánticos, y las repetís en voz alta como si fueran originales vuestras, y las acompañais para hacerlas más melodiosas con el batimiento de vuestras alas; cantais tan bien, que el negro abeto dice murmurando á los tilos:—"¡Han estado felices al inventar esos deliciosos cantos!„ Y el agua, que palpita al oir el canto que la desflora, besa sollozando al sauce que se inclina hasta ella, y el tronco duro del árbol se enternece y el gavilán se queda estático, no acordándose de cazar á la perdiz, y los lobos van á buscar cariñosamente á las lobas. Amor, cuando te refugiaste en nuestros corazones, los pájaros fueron á sacarte de allí; son plagios tuyos los cantos que el ruiseñor aprende de las frescas bocas de las beldades, con los que consiguen que los bosques encorven las copas de sus árboles, y que los pesados peñascos, entusiasmados, se inclinen y no sepan distinguir en sus extraños desvaríos la lengua de los pájaros de la lengua de los ángeles.

Cauderec, Setiembre 183...

IX.

Abrazo.

Estrechaba en mis brazos tu talle esbelto como flexible caña, y tu pecho palpitaba como el ala de tierno pajarillo.

———

Mucho tiempo en éxtasis contemplábamos los últimos resplandores del crepúsculo, y nuestras dos almas entre tanto se amaban en silencio.

———

¡Como un ángel que se alza el velo, me mirabas en la noche de mi vida, con esa tu hermosa mirada de estrella que me deslumbra!

Foret de Fontainebleau, Julio 18...

X.

Las mujeres han venido al mundo para idealizarlo todo en él; el universo es un misterio que comenta sus besos.

———

El amor es el que abarca ondas, tierra y firmamento, y de él toda la naturaleza solo es el adorno.

———

Todo lo que brilla ofrece al alma sus perfumes ó sus colores; si Dios no hubiera creado á la mujer, no hubiera hecho nacer la flor.

———

¿Para qué servirian vuestras luces, zafiros, si no las contemplasen ojos divinos? Si no hubiera hermosas, los diamantes solo serian guijarros.

———

Y en sus plantas, sobre los verdes tallos, las rosas que duermen de pié solo serian bocas abiertas, bocas abiertas para callar.

———

Todo objeto que encanta ó que fascina adquiere su claridad de las mujeres; la perla brillante, si no hubiera existido Eva, si no existieras tú, no tendria ningun valor.

Paris, Abril 18...

XI.

Egloga.

Vagamos ella y yo por las montañas de Sicilia; ella, que es orgullosa con todos, solo es dócil conmigo. El cielo y nuestros pensamientos irradiaban á la vez. ¡Qué tiernos son los corazones en los sitios desiertos! ¡Cuántas flores se abren en los matorrales y cuántos besos brillan en las bocas en la espesura de los bosques!

———

Semejantes á dos pájaros que vuelan de cumbre en cumbre, caminando sin cesar, llegamos hasta el borde de un abismo; ella se atrevió á acercarse á él, y aunque muchas espinas herian sus blancas manos, inclinados y sosteniéndonos con las ramas, tratamos de ver el fondo oscuro y lúgubre de aquel abismo.

———

En aquellos momentos, un titan centenario, que el rayo habia derribado, rodaba y se retorcia hasta las profundidades de aquel abismo donde la luz no penetraba, y muchísimos buitres, atraidos por el fragor de aquella espantosa caida, empezaban á devorarle.

———

Entonces ella me dijo:—"Temo que nos vean; busquemos un antro donde podamos ocultar nuestra alegría y nuestro amor; podríamos perecer como ese pobre gigante, porque quizás los dioses, que le envidiaban, le hicieron desaparecer, y así como envidiaron su grandeza, podrian envidiar tambien nuestro cariño.„

Setiembre 18...

XII.

Ven! Invisible flauta suspira en los vergeles. La cancion más apacible es la cancion de los pastores.

———

El viento que sopla por debajo de las encinas riza el espejo de las aguas. La cancion más alegre es la cancion de los pájaros.

———

Que nada te aflija ni te atormente. Amémonos, amémonos siempre! La cancion más hechicera es la cancion de los amores.

Les Metz, Agosto 18...

XIII.

Si los lazos que ligan á los corazones no son falaces, deberia haber disfrutado de deliciosos sueños, porque yo he estado soñando contigo toda la noche! ¡Y nos queremos tanto! Tú me dices siempre:—"Todo huye, todo se vá y todo se extingue para mí, menos tu querida imágen.„ Debíamos haber muerto durante aquel sueño celestial, en el que nos parecia estar ya en el paraiso. Te aseguro que debíamos haber muerto, porque cada uno de nosotros habia adquirido la forma de nuestras dos almas. Todo lo que en el mundo amamos el uno en el otro, componia nuestro cuerpo de llamas y de rayos, y, naturalmente, nos reconocimos. Nos iluminaba una luz de aurora, que era melódica, y nosotros entonábamos amorosas canciones. Tú me decias:—"Escucha!„, y yo respondia:—"¡Contempla!„ De sueño tan delicioso tú te acuerdas y yo no me olvido. Nosotros dos reuníamos todo lo que en el mundo nos habia parecido bueno, justo, grande y sublime; el infinito era para nosotros la esfera en que flotábamos, la eternidad era nuestra edad y el amor nuestro Dios.

Paris, Junio de 18...

XIV.

Palabras dichas en la oscuridad.

Ella me decia:—"Tienes razon; hago mal en desear algo mejor; así pasamos las horas deliciosamente; estás á mi lado, y mis ojos no dejan de fijarse en los tuyos, en los que veo ir y venir tus pensamientos.

Verte para mí es una dicha, pero no la gozo completa, porque no puede ser siempre. Estoy en vela porque sé cuánto te desagrada que venga á estorbarnos algun importuno.

Me encuentro siempre muy pequeña á tu lado; tú eres mi leon y yo soy tu paloma; gozo mirando tus papeles, viendo cómo escribes en ellos y recogiendo del suelo la pluma que te cae.

Sé indudablemente que te poseo, sé que te estoy mirando. El pensamiento es un licor que embriaga á los soñadores, ya lo sé; y sin embargo, quisiera que siempre estuvieses pensando en mí.

Cuando te veo una noche entera embebido en los libros, sin mirarme y sin dirigirme la palabra, mi enamorado corazon se entristece, y para que vuelva á alegrarme necesito que de vez en cuando me dirijas las miradas.„

Paris, Noviembre 18...

XV.

Cuando viene la primavera, la golondrina busca las torres ruinosas que el hombre ha abandonado, pero que la vida no abandona; la curruca busca en Abril, ídolo mio, de la sombría selva el fresco y espeso ramaje, el musgo, y en los nudos de las ramas los móviles toldos que las hojas de los bosques forman, apiñándose unas contra otras. Eso hace ese pájaro. Nosotros buscamos en la ciudad un arrabal desierto, un refugio tranquilo y solitario, al que no lleguen las miradas oblícuas y burlonas, la calle que tiene cerradas las ventanas; y cuando salimos al campo buscamos los senderos que recorren los pastores y los poetas; y cuando nos internamos en los bosques buscamos los claros, desconocidos y mudos, en los que se apagan los ruidos lejanos y sordos. Los pájaros esconden sus nidos y nosotros escondemos nuestros amores.

Fontainebleau, Junio 18...

XVI.

Bajo los árboles.

Caminaban los dos el uno al lado del otro; alegre baile resonaba en el bosque; ellos caminaban, parándose, hablándose, interrumpiéndose, y durante las pausas de la conversacion callaban las bocas y cuchicheaban las almas.

Iban pensativos; sus dos corazones, inclinados ante la sonrisa inocente de la creacion, gota á gota se vertian el uno en el otro, diciendo á cada flor algo al pasar.

Ella conocia los nombres de todas las flores que brillan en la flora de la primavera; las nombraba al irlas encontrando, como hubiera podido hacerlo una abeja, y despues, volviéndose hácia mí, decia:—"Hablemos de nuestros amores„.

En aquellos deliciosos campos, él gozaba de la vista de las flores y de la vista de aquella mujer. Oh bosques! ¡Oh prados! ¡El aroma de las flores constituye vuestra alma y el alma de la mujer es vuestro mejor aroma!

La noche se aproximaba: en el tronco de una encina él se apoyaba pensativo, y ella decia:—"Siempre mi plegaria se eleva á los cielos como un astro, y mi amor se postra á tus piés como un perro„.

Junio 1839.

XVII.

Yo bien sé que en el mundo se tiene por sábio al hombre que aplaude las grandezas siniestras, las espadas, los héroes, la gloria guerrera; cuando admira las conquistas de la espada y de la fortuna; cuando aplaude ese carro, cuyas ruedas son Pompeyo y César; cuando celebra á Farsalia y á Trasimene y las cenizas de los cuerpos humanos, que los Nerones hacen volar soplando con sus bélicos clarines.

Sé que el mundo profesa el culto de adorar á esos pigmeos gigantes, que porque lanzan espuma se figuran que son Océanos; sé que al mundo entusiasma el polvo que levantan; sé que el mundo se enamora de las pirámides de piedra y de las avalanchas que hacen ruido: pero yo prefiero fuentes diáfanas, pero yo prefiero arroyos límpidos, y al Dios de los grandes capitanes, el Dios de los diminutos pájaros.

Angel mio, en la oscuridad donde amándonos brillamos, al Dios de los sombríos huracanes que arrastra á los ejércitos y á los cañones que lanzan fuego y humo, prefiero el Dios misericordioso. El Dios que venera el que ama, que escribe en el corazon del amante el primer verso del poema y el último en el firmamento; que piensa en las alas que reposan, en los huevos blancos, en el perturbado nido; que piensa si la codorniz tendrá musgo y si el tordo tendrá trigo;

Así, pues, aunque nuestra gloria brille en las creaciones humanas y en la grandeza de la historia; aunque poseamos templos, torres, palacios, grandes pensamientos y tumbas colosales, todo eso significaria poco para el hombre que vive un solo dia, si Dios nos privase de las flores, si Dios nos privase del amor.

Chelles, Setiembre 18...

XVIII.

No envidiemos nada.

Mujer de amoroso pensamiento y de corazon triste, que encuentras que las flores son hermosas y deliciosos los pájaros; que envidias la seda de los pétalos de las flores y el vuelo de las aves; beldad orgullosa que me dices, mirando sucesivamente al musgo de los campos y á la esfera infinita:—"Esas existencias son felices, esas existencias son poéticas; sobre la flor brillante y olorosa se cierne el pájaro; comparados con vosotras, azucenas y alondras, ¿qué valen en el mundo el génio y la belleza? Flor pura, ave ligera, mejor es vuestra vida; ambas sobrepujais á Virgilio y á Licoris. Envidio vuestro agradable perfume y vuestro vuelo rápido„. Diciéndome esto, lágrimas caen de tus negras pestañas. Admira la golondrina, admira las campiñas, pero no las envidies, hermosa mia. No las envidies, porque cuando muramos ascenderemos al éter celestial, y la mujer allí será luz y azur el hombre; y las rosas no son tan bellas como las huríes, y los pájaros tienen alas menos ligeras que los espíritus.

Agosto 18...

XIX.

Hace frio.

El invierno blanquea los caminos. Sopla el helado aliento del cierzo. La nieve cae en espesos copos. La claridad del dia está como empañada; cierra la puerta á los aquilones; cierra las ventanas á las nubes.

Despues deja el corazon abierto. El corazon es la ventana santa. Espesa bruma cubre el sol; pero quizá dentro de poco brillen sus rayos.

Duda de la felicidad, que nunca se consigue; duda del hombre, que es envidioso y artero; duda del sacerdote y del altar, pero cree en el amor, vida mia.

Cree en el amor, que brilla bajo todos los velos; cree en el amor, que es tizon del hogar; cree en el amor, que es un rayo de luz. Ama y no desesperes nunca. En tu alma, en la que yo penetro algunas veces, en la que mis versos cuchichean en voz baja, deja cada cosa en su sitio. Deja en ella la fidelidad contínua, la paz que dan las altas virtudes y la indulgencia para los demás.

Todo es hermoso en tu pensamiento; que nada caiga de él ni retroceda; haz que tu amor te sirva de antorcha y esclarécele con lo que arde. A los demonios de la enemistad oponles tu tranquila dulzura, y devuélveles en bondad el ódio que contra tí vomitan.

El ódio es el invierno del corazon. Compadece á los que odian. Pero conserva el valor y no abandones tu vencedora sonrisa. ¡Hermoso arco iris, sol de la tempestad! Conserva tu amor eterno. El sol no pierde su luz cuando llega el invierno; Dios no le retira del cielo; no retires tú tampoco el amor de tu alma.

31 Diciembre 18...

XX.

El la decia:—"Si pudiésemos los dos, con la fé en el alma y el amor en el corazon, embriagados en nuestro melancólico éxtasis, romper los innumerables lazos con que nos ata la ciudad; si pudiéramos abandonar á este loco Paris, huiríamos de él, iríamos á cualquier parte, adonde quisiéramos, á buscar, lejos del alboroto y del ódio de la populosa poblacion, un rincon del mundo, en el que hubiera árboles y musgo, una casita rodeada de flores, soledad, silencio, cielo azul, sombra y pájaros que cantasen. ¿Para qué necesitábamos más?„

Julio 18...

XXI.

Amemos toda la vida, amemos siempre; cuando el amor se vá, la esperanza huye. El amor es la claridad de la aurora, el amor es el himno de la noche.

Las olas dicen á las playas, los vientos dicen á los montes, los astros dicen á las nubes esta palabra inefable:—"¡Amemos!„

El amor hace pensar, vivir y creer. Posee para calentar el corazon un rayo de luz más que la gloria, y este rayo se llama la felicidad.

Ama, que, elogiados ó mordidos, amaron siempre los grandes corazones; casa la juventud de tu alma con la juventud de tu vida.

Ama y pasarás horas felices, y brillará en tus hermosos ojos la misteriosa sonrisa de las voluptuosidades interiores.

Amémonos más cada dia; unámonos más cada momento, y como los árboles aumentan de hojas, que nuestras almas aumenten de amor.

Seamos el espejo y la imágen, la flor

y el perfume; seamos los amantes que, solos en la espesura, siendo dos, creen ser uno nada más.

Los poetas buscan á las hermosas, y la mujer, que es el ángel que otorga castos favores, se complace en refrescar bajo sus alas las frentes encendidas de los soñadores.

Irresistible hermosura, ven á mí, mi bien, mi tesoro; ven á mí cuando cantes, ven á mí cuando llores.

Los poetas comprendemos vuestros éxtasis, porque nuestro espíritu no es burlon; los poetas son las copas donde las mujeres derraman sus corazones.

Yo que solo busco en el mundo esta única realidad; yo que dejo huir de mí todas las vanidades,

---

Prefiero, á los goces que embriagan el orgullo del soldado y el del rey, la sombra que proyectas en mi libro cuando te inclinas hácia mí.

Todas las demás ambiciones que se encienden en el fuego de nuestro espíritu mueren convertidas en ceniza ó en humo y nada resta de ellas.

Todos los placeres son flores que apenas se abren en nuestro Abril, se deshojan y mueren y se disipan pronto.

Solo el amor permanece. Mujer querida, si deseas en el mundo conservar la fé, conservar el alma y conservar á Dios, conserva el amor.

Conserva sin temor en el alma, aunque te haga sufrir y llorar, esa llama que no puede extinguirse, esa flor que no puede deshojarse.

Mayo 18...

XXII.

Despues del invierno.

Todo renace, ídolo mio; el cielo oscuro pierde su palidez; cuando la tierra se perfuma con el aroma de las flores, es mejor el corazon del hombre.

En las alturas donde vive el amor eterno y en el mundo donde muere el dolor, la claridad de la misma luz ilumina al sol y á las flores.

Ya huyó el invierno, esa estacion triste, en la que circula la áspera savia de las lágrimas, que desde el corazon sube hasta los ojos.

Ya ha terminado el tiempo de sufrir y de llorar. ¿Quieres venir conmigo á la soledad? ¿Quieres que nos amemos, ídolo mio?

Las ramas de los árboles, que el sol dora, se inclinan para abrigar á los capullos que van á abrirse y á los pájaros que van á cantar.

La aurora del primer dia que nos amamos parece que vuelva á renacer, y el mes de Mayo sonrie á nuestras almas como sonrie á los cielos.

En toda la naturaleza, así en la yerba como en los nidos, oimos voces imperceptibles que exclaman:—"¡Dichosos los que se profesan cariño!„

El céfiro blando nos embriaga y tú reposas en mi regazo. ¡Cuántas rosas tienen los rosales! ¡Cuántos suspiros hay en los corazones!

Como la aurora, me fascina tu belleza, y veo en tus labios y en tus ojos, cuando lloras, lágrimas, y perlas cuando te ries.

La naturaleza, que es la hermana gemela de Adan y de Eva, nos ama, nos

mece y confunde sus misterios con nuestro amor.

En cuanto apareces, el cielo te contempla y te adora, y la deliciosa sombra nos devuelve nuestras caricias.

Siendo nosotros mismos aromas y claridades, bañamos nuestros corazones felices en los supremos efluvios de los enamorados elementos.

Y sin que entibie su ternura nuestra constante pasion, yo estoy enamorado de una estrella, y sé que el sol es tu amante.

Y comunicamos nuestra fiebre ardiente á las flores que tocan nuestros labios, al par que nuestros labios sienten los calurosos besos de los rayos solares.

Junio 18...

XXIII.

Cualquiera que sea vuestra suerte, sed siempre digna; deseo que sea feliz vuestro mañana, como lo fué vuestro ayer; que nunca os descorazoneis amargamente, que nunca sufrais el disgusto que trae el sacrificio, que nunca sobre vuestra frente pálida caiga esa ceniza que sacuden las alas frias del olvido!

Dejad que brillen por vos, mujer á quien adoro, los cantos que susurran en mi corazon; vivid para la naturaleza, para el cielo, para mí mismo; despues de haber sufrido, amad! Dejad que penetre en vos, despues de nuestra noche fúnebre, la aurora, hija de la noche, el amor, hijo de los dolores, y todo lo que brilla en las tinieblas y todo lo que sonrie entre las lágrimas.

Octubre 18...

XXIV.

Respiro donde tú palpitas, lo sabes bien; ¿para qué he de permanecer aquí si tú te alejas, para qué he de vivir si tú te vas?

¿Para qué he de vivir siendo la sombra del ángel que huye, para qué he de vivir si bajo un cielo sombrío he de vegetar de noche?

Soy la flor de la primavera y tú eres el Abril que la hace brillar: basta que tú te vayas para que yo me marchite.

Constituyes mi existencia; verte y hablarte es mi único afan: basta que tú te vueles para que yo me vuele tambien.

Si partes, quedaré tan triste, que mi alma se remontará al cielo: solo tu mano blanca puede aprisionar este pájaro salvaje.

¿Qué he de hacer ya en el mundo, separado de tí eternamente? ¿Es tu vida ó es la mia la que se vá? No lo sé.

Cuando mi valor sucumbe, tu corazon puro me lo hace recobrar; lo libo en él, como la paloma que bebe el agua clara de un lago.

El amor hace comprender al alma todas las maravillas del universo; el amor es la única luz que alumbra el infinito.

Sin tu cariño, para mí es la naturaleza un desierto, en el que vagaría á la ventura no siendo amado.

Sin tu cariño, para mí todo se deshoja y desaparece; seria para mí una fiesta un funeral y la pátria un destierro.

Te imploro y te suplico que no te vayas lejos de mí, ¡pajarillo de mi alma, que cantas en las ramas de mis amores!

¿Qué puedo querer ni envidiar, qué puede causarme sobresalto, para qué quiero la vida, si tú no estás á mi lado?

Moriré; ahora huye, si te atreves. Debes convencerte ya de que no quiero mirar ya nunca lo que tú no puedes ver.

Para qué me servirá la lira? ¿Para qué quiero cantar, si tú no has de oir llorando ó sonriendo mis canciones?

¿Para qué me servirán sin tí la luz y el cielo, mis besos sin tus labios y mis lágrimas sin tus ojos?
Agosto 18...

XXV.

Crepúsculo.

Se extremece el estanque misterioso y parece envuelto de fúnebre sudario; en el fondo del bosque aparecen los árboles siniestros con sus negros ramajes; habeis visto á Vénus atravesar la selva?

¿Habeis visto á Vénus en la cumbre de las colinas? ¿Sois amantes los que paseais juntos á estas horas? En estos momentos en los oscuros senderos relucen claridades blancas, se despierta la yerba y habla á los sepulcros dormidos.

¿Qué dice la hebra de yerba y qué le responde la tumba? Amaos, los que vivís. Tenemos frio bajo los tejos. Labios, buscad las bocas. Amaos, que llega la noche; sed dichosos, mientras nosotros nos quedamos pensativos.

Dios quiere que se ame! Felices amantes que paseais por debajo de los avellanos, causad envidia. Todo lo que á la tumba se llevó el amor al dejar la vida, se emplea en rezar.

Las muertas de hoy fueron en otro tiempo hermosas. El gusano de luz la hace brillar en la oscuridad. El viento hace extremecer entre las gavillas las hebras de yerba, y Dios hace que se extremezcan las tumbas.

La forma del techo negro indica la cabaña; se oye en las praderas el paso pesado del segador; la estrella en el cielo, como flor luminosa, se abre y hace irradiar su espléndida frescura.

Amaos! Este es el mes de madurar las fresas. El ángel de la noche, soñador que flota en el viento, confunde arrebatando en sus oscuras alas las plegarias de los muertos y los besos de los vivos.
Chelles, Agosto 18...

XXVI.

El nido en la portada de la iglesia.

Anda, vete á rezar á la iglesia, pero fíjate al pasar y verás en la vetusta bóveda una nidada de pájaros. En los templos consagrados á la oracion, entre la masonería, suspende el vencejo su nido en la portada de la iglesia, bajo el calor de las alas de Jesucristo.

La iglesia, centelleando en la sombra, vibra conmovida al oir los tiernos píos; los pajarillos están alegres y la piedra de la fachada está negra. Las estátuas de los santos, colocados debajo de los pórticos, se complacen con esta vecindad del cariño y de la primavera. Las vírgenes y los profetas se inclinan en las ásperas torres hácia esas colmenas que hacen los pájaros para elaborar la divina miel del amor. El pájaro se encarama sobre el ángel, el apóstol se rie bajo el arco. Las catedrales son grandes y magníficas y brillan en la tierra, pero el nido de las golondrinas es un edificio que construye Dios.
Lagny, Junio 18...

XXVII.

Una tarde que miraba al cielo.

Una tarde que miraba al cielo, ella me preguntó sonriendo:—"¿Por qué contemplas con tanto afan la última luz del dia y la naciente estrella que confusamente se vé despuntar en el horizonte? ¿Qué miras en las alturas? ¡Baja los ojos y mira en mi alma!

En la celeste bóveda, cuya oscuridad te complace, donde tus miradas inútilmente pretenden leer, ¿qué encontrarás que equivalga á mi sonrisa, qué encontrarás que equivalga á nuestros besos?

¡Levanta de mi corazon el casto velo y verás qué lleno está de estrellas!

Cuando el alma brilla amante, todo ofrece en ella radiante espectáculo; la abnegacion que derrama su luz sobre los obstáculos, equivale á Vénus brillando en la alta esfera; más que el de la bóveda azulada, es celestial el cielo de mi alma.

Bellos son del astro eterno los resplandores, el mundo está lleno de maravillas; bella es el alba y bellas son las rosas, pero nada es tan bello como el encanto que produce el amor! La verdadera claridad, la llama más resplandeciente la produce el rayo de luz que se refleja de un alma á otra.

El amor vale más que los pálidos reflejos de esos astros desconocidos. Sabiendo lo que conviene al hombre, Dios puso el cielo muy lejos y á la mujer muy cerca, y dijo á los que escrutan la impenetrable bóveda:—"Vivid y amad; lo demás nada vale„.

Amemos! Dios lo quiere así. Deja de mirar á ese cielo que frios rayos doran, que tú encontrarás en los ojos de la mujer que te idolatra más hermosura y más luz. Amar es ver, sentir, soñar y comprender. El espíritu superior siempre se liga con un corazon tierno.

Ven, ven conmigo. ¿No conoces que acompaña á nuestros transportes extraña alegría? A nuestro alrededor la naturaleza se transforma en lira y canta nuestros amores. Ven, amémonos! ¡Vagaremos por el prado! No pienses más en el cielo, que estoy celosa.„

De este modo me habló mi amada en voz baja, posando la frente sobre su blanca mano, mirándome extasiada; con voz grave y tranquila, encantada, contemplándome, eso me dijo en voz baja.

Latian nuestros corazones, el éxtasis me ahogaba; las flores nocturnas entreabrian sus corolas... ¿Qué hicísteis, árboles, de nuestras frases cariñosas? ¿Qué hicísteis, rocas, de nuestros suspiros y de nuestros besos? ¡Triste es nuestro destino, en el que el dia feliz dura tàn poco como los otros dias!

Oh tiempos! Oh dulces memorias! Sombrío horizonte del pasado! ¡Irradiacion de glorias eclipsadas! Como colocados en el umbral, pero fuera del templo, pensativos, os contemplan los ojos del espíritu!

Cuandó los dias felices dejan su sitio á los dias desventurados, es indispensable despedirse de la felicidad. Cuando la esperanza ha vaciado ya su copa, debemos dejarla caer en el fondo del mar. En el mar del olvido, en el que todo se ahoga; en el mar sombrío, en el que el hombre arroja su alegría y sus ilusiones.

Montf, Setiembre 18...

LIBRO TERCERO.

Luchas y fantasías.

I.

Versos escritos en un ejemplar de la „Divina Comedia".

Una tarde ví pasar por el camino á un hombre cubierto con un gran manto como un cónsul romano, que me pareció negro, contemplado á la claridad que vertia el cielo. Ese viajero se paró, y fijando en mí sus miradas brillantes, casi salvajes, me dijo:—"Fuí yo al principio, en las antiguas edades, un monte altísimo que llenaba el horizonte; luego, ascendiendo un grado en la escala de los séres, fuí una encina y me erigieron altares, y sacerdotes se dedicaron á mi culto; despues fuí un leon que vagaba por los desiertos y que hablaba de noche con voz rugiente; ahora soy hombre y me llamo el Dante.„

Julio 1843.

II.

Melancolía.

Mirad. Una mujer pálida, flaca, descarnada, que lleva en brazos un niño, está lamentándose en medio de la calle. La multitud se agolpa cerca de ella para verla y para oirla. Acusa á alguno; á otra mujer, á su marido. Sus niños tienen hambre y la infeliz es una miserable que ni siquiera puede darles un pedazo de pan. Duerme en un lecho de paja. Su marido está en la taberna mientras ella trabaja; cuando concluye su faena, llora y se vá. Pensadores, cuando ese espectro atraviesa por entre el compacto grupo que se agolpa para mirar el fondo de un corazon desgarrado, qué es lo que oís?... Risas insensatas.

Esa jóven de faz simpática quizá creyó un dia tener derecho á estar alegre, á gozar del amor y de la felicidad; ¡pero se encontró desde edad muy tierna sin padres, sola en el mundo! No desconfió; armada de valor, tomó la aguja, trabajó y pudo ganar en su bohardilla, trabajando noche y dia, para comer mal, para tener un abrigo y para cubrir apenas su desnudez; pero vino el invierno con sus frios, en el que se sufre mucho en un desvan mal cerrado, en el que los dias son cortos y es indispensable tener luz encendida muchas horas; el aceite está caro y la leña tambien. Víctima del invierno, muy pronto, impulsada por el hambre, descuelga el viejo pañolon, toma el reloj, vende los muebles y alguna sortija de oro; todo lo vende. La jóven trabaja y lucha todavía; es honrada; pero en sus largas vigilias el demonio de la miseria le habla al oido. ¿Qué será de ella? Llega un dia de afliccion en el que la pobre tiene que vender llorando la cruz honorífica de su padre; tose, tiene frio... Ha de morir? ¡Dios mio, ha de morir á los diez y siete años! ¿Qué hará para vivir?... La miseria la obliga una mañana á dirigirse recta hácia el abismo; y hoy, lo que sube hasta su frente no es ya el pudor, es la vergüenza. Desde entonces en adelante la vida será para ella un manantial de aflicciones y de lágrimas. Los inocentes niños la van persiguiendo por las calles, burlándose y escarneciendo á la desventurada! Arrastra por el fango trajes de seda, canta y rie, infeliz! Y el pueblo severo, que consiente que un hombre se degrade y que una mujer se deshonre, cuando se acerca á él, la dice:—"Ah! eres tú? ¡vete, infame!„

Un hombre se ha enriquecido, robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado. En lo más crudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener á su familia. Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público; en ella el rico vá á juzgar al pobre. Fijaos bien; ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una hora, mira distraidamente al hombre que está llorando; lo envia á presidio y él se marcha á su casa de campo. El público, bueno y malo, sale de allí diciendo:—"¡Es justa esa sentencia!„ Solo queda en el local que ocupó el tribunal un Cristo pensativo y pálido, que levanta los brazos hácia el cielo desde el fondo de la sala.

Aparece un hombre de génio; es bondadoso, fuerte, magnánimo, útil para todos. Como el alba apareciendo por encima del Océano, dora con los rayos de su ilustracion las frentes de la multitud, derrama brillante claridad; aporta una idea al siglo que le espera; cumple su mision; trata de engrandecer los espíritus, de disminuir las miserias, desea el progreso, y es feliz si consigue que se piense algo más y que se sufra algo menos. ¿Creeis que le van á coronar? Pues le silban! Escribas, sábios, retóricos, salones y populacho, todos le silban á la vez, produciendo siniestra algarabía. Si es orador ó ministro, le silban; si es un poeta, todos exclaman á coro:—"¡Es absurdo, falso, monstruoso, causa indignacion!„ El poeta, sin embargo, mientras babean sus laureles, de pié, cruzado de brazos, con la frente erguida y la mirada serena, contempla tranquilamente lo bello y el ideal, y piensa; y de vez en cuando sacude una antorcha que, á sus piés y en la oscuridad, deslumbrando al ódio, alumbra de repente el fondo del alma humana. Cuando es ministro, gasta sus noches y sus dias en incesantes trabajos; cuando es orador, amontona esfuerzos y discursos, camina y lucha; pero la injuria, persiguiéndole á cada paso que dá, se transforma y no puede librarse de ella; ni un enemigo

público, ni un mónstruo fabuloso, seria tan atacado y tan aborrecido como él! Para sus contemporáneos y para las generaciones vinientes vá sembrando la gloria y recoge la afrenta. El progreso es el fin que persigue; el bien le sirve de brújula, y piloto, se aisla en el puente del navío; los marinos, para domar los vientos y las corrientes, ponen sucesivamente la proa hácia distintos puntos, y para llegar mejor al puerto se desvían de él aparentemente; él hace lo mismo, y oye vituperios é imprecaciones; la ignorancia, que todo lo sabe, lo denuncia todo; si se dirige hácia el Norte, comete un error; si se dirige hácia el Sur, comete un error; si se encuentra con la tempestad, cuánto se alegran! Bajo tan enorme peso al fin dobla la cabeza; van pasando los años, y víctima de una enfermedad profunda y lenta, muere. Entonces la envidia, ese vigilante demonio, se le acerca, le reconoce, le cierra los ojos, se cuida de clavarle las manos en el ataud, se inclina, escucha para espiar si verdaderamente está muerto, y enjugándose los llorosos ojos, exclama:—"Era un gran hombre!„

¿Dónde van todos esos niños, que ninguno de ellos se rie? ¿Dónde van esos niños flacos, que la fiebre consume? ¿Dónde van solas esas niñas de ocho años? Van á trabajar quince horas diarias, desde el amanecer hasta la noche, á hacer eternamente en la misma prision el mismo movimiento, encorvados bajo los dientes de una máquina sombría; son inocentes condenados á un presidio, son ángeles condenados á un infierno. Van á trabajar donde todo es hierro y cobre, donde jamás se pára, donde nunca juegan; por eso están tan pálidos! ¡por eso están tan cansados! Como no comprenden su destino, parece que digan á Dios:—"¡Padre nuestro, á pesar de ser tan pequeños, ved lo que hacen con nosotros los hombres!„ La servidumbre infame que se impone á la infancia conduce al raquitismo, cuyo nocivo soplo deshace lo que Dios hizo y mata la belleza en la fisonomía y el pensamiento en el corazon, y es capaz de convertir á Apolo en jorobado y á Voltaire en estúpido! Trabajo perverso que coge entre sus garras á la edad tierna, que produce la riqueza creando la miseria, que se sirve del niño como de una herramienta; progreso al que debe preguntarse:—"Dónde vá? Qué quiere?„ ¡Progreso que marchita la juventud en flor, que al dotar á la máquina de alma, se la quita al hombre! ¡Maldito sea ese trabajo, que aborrecen las madres, como el vicio que degrada! ¡Maldito sea, como el oprobio y como la blasfemia! ¡Maldito en nombre mismo del trabajo, del verdadero trabajo, sagrado, generoso y fecundo, que emancipa al pueblo libre y que dá al hombre la felicidad!

La pesada carreta conduce un enorme peñasco; el caballo de barra, sudando desde el bocado hasta la grupera, tira; el trajinero le dá latigazos y penosamente el pobre caballo se desliza por el empedrado, bañando en sangre el pretal. Tira, se arrastra, tira más y se pára; el trajinero no cesa de darle una lluvia de latigazos en la cabeza; es lunes, y ayer se emborrachó con vino ruin en la taberna. ¡Ley formidable es la que entrega un sér á otro sér y el animal pacífico al hombre embriagado! El caballo, espantado, no puede dar ni un solo paso; vé que se le cierran los ojos, y no sabe, estrellado por el bloque que soporta y azotado por el látigo, qué pretende de él la piedra, ni qué pretende el hombre, y el trajinero lanza sin cesar sobre él una lluvia de golpes, que estropea al pobre animal, que no descansa ni los domingos. Si las cuerdas se rompen, le pega con el mango del látigo; si se rompe el mango, le pega con el pié, y temblando el caballo, estropeado y herido, inclina lúgubremente el cuello y la cabeza atontada; los golpes que recibe de la ferrada bota del trajinero suenan en el vientre desnudo de aquel pobre sér mudo; resuella agonizando, se remueve, pero no puede andar porque se han agotado sus fuerzas. Sigue sufriendo golpes furiosos; en su agonía intenta el último esfuerzo; quiere levantarse y cae, y mientras que su verdugo redobla los golpes, él, con las pupilas empañadas, mira á *álguien*, mientras que lentamente se extingue la luz de sus ojos llenos de los estupores sombríos del infinito, en los que brilla vagamente el alma espantosa de las cosas.

Es un abogado que defiende todas las causas y que se rie de los hombres justos que quieren saber, si lo blanco no tiene razon antes de decir que es negro; con tranquilidad esconde en su conciencia todo lo que encuentra, ó el saco de dinero *Por*, ó el saco de dinero *Contra*; el saco

pesa para él lo que el pleito vale. Emboscado con la pluma en la mano en un periódico religioso, mataria como un bandido ese escritor, que vive de difamar. La multitud ódia á este hombre y proscribe á aquella mujer, y los maldice. ¿Qué crímen han cometido? El crímen de haber amado. La opinion rampante colma de injurias al oprimido y se humilla á los piés del fuerte. Del inventor moribundo engorda el parásito. El mundo charla, asegura, jura, afirma y miente. El poderoso resplandece y se burla del destino: detrás de él, cuando camina, su estiércol engendra á sus aduladores. ¡Rincones repugnantes de la calle, en los que el trapero silenciosamente vá recogiendo los andrajos, vuestros montones de basura son menos repugnantes que los vivos! ¿De quién debemos fiarnos más, del viento ó del corazon humano? Del viento, porque el hombre que nada cree y finge creerlo todo, que tiene la vista clara, la fisonomía hermosa y el alma negra, será mañana vuestro señor.

Anciano, que rompes piedras para componer los caminos, tu viejo sombrero está destrozado y por él te entra el aire y la lluvia; el calor es tu tirano y el frio es tu verdugo; tu cuerpo, que tirita de frio bajo el grosero saco; tu cabaña, que está al nivel del foso del camino, ofrece su techo de musgo á la cabra que está paciendo; ganas durante el dia lo preciso para comer pan moreno por la mañana y para ayunar por la noche, y eres un fantasma sospechoso, ante el que se retrocede cuando alguno se encuentra contigo á la hora del crespúsculo; eres pobre hasta el punto de alarmar á los que pasan por tu lado; hermano sombrío y pensativo de los árboles, como ellos dejan caer sus hojas, tú dejas caer tus años. En otro tiempo, cuando estabas en la fuerza de tu edad, cuando viste que la Europa implacable venia contra nosotros á amenazar á Paris, y numerosos ejércitos se dirigian hácia la Francia, y el ruso y el huno se lanzaban sobre esta tierra sagrada, y el Norte volvia á vomitar á Atila, te sublevaste con tu horquilla en la mano, y en aquellos tiempos fuiste ante los reyes que se sostenian en el campo uno de los más valientes campesinos de la Gran Champagne. Pues bien; mira ahora cómo viene hácia tí una ligera calesa, cuyas ruedas hacen gran ruido entre el torbellino de polvo que levantan y que te ciega al pasar por tu lado: un hombre duerme dentro de esa calesa. ¡Anciano, quítate el sombrero y salúdale! Ese viajero estaba enriqueciéndose cuando tú estabas derramando la sangre por la pátria; jugaba á la baja cuando la caida de la nacion era inevitable y profunda; se necesitaba un buitre que devorase nuestros muertos, y él fué ese buitre; trabajador rudo y siempre en acecho, hizo que para él sudasen nuestras desgracias castillos y rentas: Moscow llenó para él sus prados de montones de heno; para él Leipzig pagaba perros y criados, y la Beresina le surtia para edificar un palacio; para que ese hombre tuviese flores y árboles, jardines y parques en Paris, ganó un millon en Waterlóo, convirtiendo aquel desastre en victoria para él: de vosotros dos, á él se le venera y á tí te desprecian; tú eres un pordiosero y él es un millonario; él es el hombre honrado. ¡Vamos, ponte en pié y salúdale quitándote el sombrero!

En todas las calles, en todas las encrucijadas, hay choques y luchas; las multitudes corren y se persiguen por toda la ciudad. Por todas partes se esparce la noche, el duelo y el dolor, en el campo triste en el que muchas veces germinan las espigas que atemorizan á los que las sembraron. Se alborota el pueblo Océano lanzando la espuma del populacho; en él se ven todos los caos y todas las grandezas; en él la miseria produce todos sus partos formidables y se presenta salvaje con todos sus deseos, sus sufrimientos, sus ódios, sus desesperaciones, su prostitucion, sus apetitos y sus envilecimientos. Aparecen todas las desgracias encerradas dentro de la desgracia comun; el flujo negro de la indigencia y el reflujo de la ignorancia suben como marea alta, y entre los escombros extienden la oscura red de las penalidades sombrías. La necesidad produce el mal, que le tienta y le sigue; el hombre busca al hombre á tientas en aquella noche fatal; los niños desnudos levantan al cielo las manos desfallecidas; el antro del crímen se abre en las tinieblas; el viento sacude y arrastra en sus frios torbellinos los corazones heridos y los cuerpos á pedazos. ¿Quién rechina los dientes? El hombre. ¿Quién llora? La madre. Quién solloza? La doncella de miradas tiernas. ¿Quién dice tengo frio? La abuela. ¿Quién dice tengo hambre? Todos. En el fondo de todo

esto existe el horror y en la superficie la alegría. No dejando ver el hambre, se ven las luces del resonante festin, y encubriendo el monton de ayes y de desgracias, se oyen los cantos y las risas que ocupan á los hombres felices, cuya vida sin fin y sin objeto se entrega á los placeres, tratando de olvidar los que creen que es un sueño de su imaginacion, esto es, que tienen el infierno debajo y el cielo encima de ellos; el que desdeña ver á Lázaro, borra la imágen de Jesús. Nunca se dignan mirar al que sufre, y en sus banquetes solo admiten el aire perfumado, la voluptuosidad, el orgullo, la embriaguez y á los lacayos, esos espectros galoneados de los pobres. Saborean con deleite el deslumbramiento sombrío que les causan las hermosas, los amores apareados, los ojos azules y los ojos negros, los walses, que como rápidas visiones se retratan en los espejos. Pasan la noche en incesante delirio, que huye en alas de las horas con vuelo veloz, y mientras que los pobres gimen ó se extremecen pasando en la oscuridad largas noches, mientras que tiritan de frio en los graneros, todos esos hombres pasan alegres la vida bebiendo, riendo y cantando, y de vez en cuando se ven aparecer encima de ellos dos postes sosteniendo un espantoso triángulo, que se levanta en el empedrado de las ciudades!—¡Oh soledad envidiable de los bosques!...

Paris, Julio 1838.

III.

Saturno.

I.

Hay dias llenos de bruma y de sombría claridad, en los que el hombre, confundido por los misterios de la vida, estudiando las plantas, las estrellas ó las olas, se apoya de codos en los bordes vacilantes de ese problema sin fondo.

Hay dias en los que el soñador, semejante á los antiguos augures, buscando á Dios que en otros tiempos algunos veian con sorpresa, medita, mirando fijamente las figuras que dan sombra al espíritu.

Hay dias en los que, al despertar, se ven, produciendo sombríos reflejos, los espectros del exterior vagar por el techo; el soñador sondea el destino, y contempla las sombras que producen nuestras imaginaciones sobre todos los objetos.

Hay horas en las que, por más que se vean desde la ventana un monte, un bosque, la caida de la tarde ó el alba que vá á nacer, vemos en nosotros mismos de repente, sobre el amor, sobre los bienes efímeros de la tierra y sobre el hombre, brillar espantosas claridades, que producen deslumbramientos á los ojos del espíritu; de tal modo, que en cuanto estas visiones se deslizan ante nuestras pupilas en este valle de lágrimas, ya no salen de ellas y llenan para siempre la arcada sombría de las cejas.

II.

Ya que estoy ocupándome de esas horas de duda, en las que unos encuentran la tranquilidad y otros el remordimiento, no quiero ocultar al pueblo, que me escucha, que pienso muchas veces en qué se ocuparán los muertos;

Y que he llegado á creer que, al morir, continuará el alma su camino, acordándose de que fué humana, volando para siempre hácia la celeste bóveda para franquear el infinito y llegar á la eternidad;

Y que los muertos, contemplando nuestros éxtasis y oyendo nuestras oraciones, aumentándose para ellos todos los dias, serán semejantes al trabajador insecto de vuelo brillante, que posándose sobre las flores llenas de rocío, parece un alma visible en el mundo real, que declarándolas á todas algun misterio en voz baja, les deja el perfume y les toma la miel;

Y que de este modo, saliendo otra vez vivos del sepulcro, iremos todos un dia al espacio inmenso, á leer la obra infinita y el poema eterno, verso á verso, sol á sol, y á admirar todo el sistema en sus fecundas formas, toda la creacion en su variedad; y comparando Dios cada faz de los mundos, con el alma universal confrontar su hermosura; y que todos haremos este viaje de almas con tal que

hayamos sufrido, con tal que hayamos llorado; todos, menos los espíritus infames de los perversos. A estos, Saturno, en un globo horrible, los encerrará durante el tiempo que Dios quiera castigarlos.

III.

Saturno! Esfera enorme! ¡Astro de aspecto fúnebre! ¡Cárcel del cielo, mundo lleno de bruma y de tinieblas, infierno que forman el invierno y la noche!

Su atmósfera flota en tortuosas zonas; dos anillos llameantes, dando rápidas vueltas, forman en su cielo de cobre dos arcos monstruosos que causan eterno y profundo terror.

Como una araña en el centro de su tela, tiene siete lunas de oro atadas á sus ejes; para él el sol, que solo es una estrella, se pierde en el fondo de los cielos.

Los otros universos, entreviendo en la oscuridad ese espantoso globo, tiemblan y se espantan, y le han poblado de innumerables quimeras, viéndole vagar formidablemente á su alrededor.

IV.

¡Seria verdaderamente un sublime misterio que ese cielo tan profundo, tan luminoso y tan magnífico, que llamea á nuestra vista, abierto ante nosotros como un abismo, solo fuese el interior de una tumba!

¡Seria un gran misterio que todo se revelase á los que lo ignoramos todo; que despues de morir, se nos reservaran esos grandes destinos! Pero lo que entonces sucederá, vos solo lo sabeis, Señor.

V.

Es cierto, Señor, que en los tiempos primitivos los patriarcas conmovidos y los santos que poblaban la Tebaida sintieron los mismos desvaríos que yo.

Es cierto que el profeta en su augusta soledad veia con las miradas llenas de extrañas claridades, por las hendiduras de la realidad, abrirse el mundo oscuro de las pálidas visiones; y que al aparecer la noche, esós sábios, que el mundo nunca comprendió, confundian silenciosos con el melancólico crepúsculo la perturbacion de su sombrío espíritu; mientras que el agua saltaba de los manantiales cristalinos, mientras los soberbios leones, apareciendo de vez en cuando en la cumbre de las colinas, lanzaban en el desierto prolongados rugidos.

Abril 1830.

IV.

Versos escritos debajo de un crucifijo.

Vosotros los que llorais, acudid á Dios, porque Dios llora: vosotros los que sufrís, acudid á él, porque él cura: vosotros los que temblais, acudid á él, porque él sonrie: vosotros los que pasais, acudid á él, porque él no pasa, es eterno.

Marzo 1842.

V.

Quia pulvis es.

Estos parten, aquellos se quedan. Cuando soplan con fúria los aquilones, el polvo y el género humano todo se vuela á la vez. El mismo viento sopla en la tierra que nos sustenta, sobre los séres humanos y sobre las hojas de los bosques.

Los que se quedan dicen á los que se van:—"Desgraciados! Os abandona ya el hálito vital; no oireis ya ni la palabra ni el ruido; no volvereis á ver ni los árboles ni el cielo; vais á dormir en sepulcro de mármol, vais á penetrar en la profunda noche„.

Los que se van dicen á los que se quedan:—"No poseeis nada propio y vivís derramando lágrimas; para vosotros la gloria y la felicidad son palabras falaces. Dios concede á los que mueren los bienes reales y el verdadero reino; los vivientes sois fantasmas; nosotros somos los verdaderos vivos„.

Febrero 1843.

VI.

El manantial.

Cerca de un manantial habitaba un leon, y en él iba á beber tambien un águila. Un dia, dos héroes, dos reyes, llegaron á aquel manantial, en el que dos palmeras atraen la atencion de los curiosos viajeros; se reconocieron los dos reyes, se batieron allí y cayeron al suelo heridos los dos. El águila, cuando estaban agonizando, se cernió sobre ellos y les dijo con acento burlon:—"Vosotros, que encontrábais el mundo demasiado pequeño para satisfacer vuestra ambicion, ya no sois ahora más que una sombra. Príncipes, vuestros huesos, ayer fuertes y jóvenes, mañana solo serán guijarros que se confundirán con las otras piedras del camino y nadie los podrá reconocer. ¡Insensatos! ¿Por qué os habeis batido en sangriento duelo? Yo, que soy águila, vivo tranquila en esta soledad, con mi compañero, que es el leon. Los dos acudimos á beber en la misma fuente, los dos somos reyes de estos mismos territorios; él impera en los bosques, en las montañas y en las llanuras, y yo impero en el cielo„.

Octubre 1843.

VII.

La estátua.

Cuando el imperio romano desesperado se hundió—porque Roma, el abismo donde zozobró Cartago, esperaba que tú la siguieras,—cuando, perdida su épica grandeza, agonizó el degradado mundo antiguo, despues de apurar todos los Césares y todos los vicios;

Cuando espiró, vacío y rico como Tiro, con un monton de esclavos que tenian por honra que sus señores les pusiesen los piés en las nucas; cuando espiró ese mundo, ébrio de vino, de sangre y de oro, despues de haber convertido sus estrellas en antorchas y sus gigantes en eunucos,

---

Produjo un horrible espectáculo, que hizo huir de él á los hombres. Pensaba inquieto en esa catástrofe el pálido cenobita encerrado en su antro, y durante trescientos años se oyó en la oscuridad sobre ese mundo condenado y caido sordo extrépito de truenos.

La Lujuria, la Pereza, la Envidia, la Gula, el Orgullo, la Avaricia y la Cólera, sobre el caido mundo romano se cernieron, acosándole con su gritería, y agitando espadas monstruosas, los siete arcángeles del averno las hacian llamear en las nubes.

Juvenal, que describió la inmensa caida en el abismo universal, es su estátua ahora, estátua de sal que permanece sola debajo de la nocturna cúpula; no crece ni un árbol á sus piés, no hay á su alrededor yerbas ni ramas, y en sus miradas siniestras se leen estas sombrías palabras:—"Por haber contemplado á Sodoma„.

Febrero 1843.

VIII.

Acostumbro á leer, sabeis qué libro?—El poema eterno de la Biblia?—No; el poema de la tierra. Platon todas las mañanas, cuando amanecia, leia versos de Homero, y yo leo las flores, que son obra de Dios. Deletreo los matorrales, las hebras de yerbas, los manantiales, y no tengo necesidad de llevar á mis paseos el libro debajo del brazo, porque lo tengo á mis piés. Voy recorriendo senderos no hollados, estudio á fondo el texto, y me inclino hácia el suelo para descifrar la corola y la rama. Estaba encorvado y preparado para leer la página florida de un campo, cuando fuí interrumpido en este agradable estudio. Me dirigió la palabra un vencejo negro que tenia el vientre blanco, hablándome de este modo:—"Pobre hombre que titubeas entre la sombría duda y la fé salvadora, apruebo tu conducta, es discreto leer en ese libro; léele siempre, agitado pensador, que la claridad de los campos te iluminará. Es saludable hojear la naturaleza, porque la tierra, cántico en que nos abismamos, tiene por versículos los bosques y por estrofas los montes. Lee á la naturaleza y medita. Todo en ella está lleno de luz, hasta la noche, y todo lo

que trabaja, ama ó destruye tiene sus reflejos. Date cuenta de la obra de Dios. Comprender es amar. Las llanuras en donde germina la yerba, las aguas, los prados, son otras tantas frases en las que el sábio vé serpentear sentidos que él sorprende al paso. Camina hácia lo verdadero. Lo real es lo justo, y ver la verdad es encontrar la virtud. Leer bien el universo, es leer bien la vida. El mundo es la obra en la que nada miente ni extravía y cuyas palabras son sagradas. El hombre injusto es el que vé en ellas contrasentidos. La creacion entera, con sus séres, con sus objetos, con sus relaciones, con sus elementos y con sus causas, todo ese conjunto oscuro, toda esa vegetacion, suma entrecruzándose esta cifra enorme: *Dios*. Lo eterno está escrito en lo efímero; toda la inmensidad sombría, azul ó estrellada, atraviesa la humilde flor que el pensador contempla. Se ven los campos, pero nos deslumbra Dios. La azucena, que tú comprendes, lo mismo que las rosas que tú lees, se abren en tu alma. Las castas flores son consejos que Dios siembra en el camino, y debe cogerlas, no la mano, sino el alma. Porque lo haces así, brilla el alba en tu frente sombría y llegas á ser bueno, justo y sábio y en edad avanzada vuelves á adquirir el candor sublime de la cuna„. Yo le respondí:—"Ay! vencejo, te equivocas; mi carne es débil y á cada instante sucumbe; mi alma solo será blanca cuando yo muera, porque el hombre siempre es malo y ciego„.—Así le dije y continué leyendo á la naturaleza.

Julio 1833.

IX.

Encantadora niña, destilan gracia tus diez y siete años; tus miradas dicen: Aurora, y tu faz dice: Primavera. Parece que lleves en la mano invisible azucena. Don Juan te vé pasar y exclama: ¡Imposible! Dios colme de dicha tu hermosura! La naturaleza se regocija al verte; parece que dejes un reflejo luminoso al pasar por entre los árboles; la abeja desea posar en tus floridas mejillas sus alas de crespon; la mariposa vuela alrededor de tus ojos, como si volase alrededor de dos llamas. Tu hálito es un incienso que sube al cielo. Lesbos y los marinos de Hydra, si te viesen desnuda, te tomarian por la Aurora. Los séres que viven en la esfera azul fruncen el entrecejo cuando el espectro oscuro del hombre se atreve á aproximarse á tí buscando tu cariño, porque eres la prometida de la luz celeste. Sé siempre hermosa. Un ángel baja á besar tus piés cuando los vé desnudos, y la vista de un ángel dá candidez y encanto á tu sonrisa.

Febrero 1843.

X.

Amor.

El amor es un misterio, dice Platon; el amor es una ley, dice Jesucristo. ¿Sabemos qué lazada nos liga al firmamento? ¿Sabemos qué es lo que las manos de Dios siembran en la inmensidad? Por qué se han de amar dos séres? Pregúntaselo al agua que corre, al aire que huye, á la mariposa que vuela, á la llama de noche, al rayo de luz que quiere besar los racimos maduros; pregúntaselo á todo lo que canta, murmura y espera, que el corazon atónito exclama:—"¿Sé yo acaso por qué? Pasó por mi lado una mujer y me volvió loco; no sé nada más. Sus cabellos eran blondos y sus ojos negros; la ví alegre y á la luz del medio dia caminaba graciosamente, y altivamente se reia; no sé nada más; era en la primavera, y se abrian las flores; solo sé que la amo„.—Bodin, Vouglans, Delancre, preguntad el secreto de ese agradable maleficio á los vientos, á la primavera, al filtro que una mirada bebe en otras miradas, á la sonrisa que enloquece, á la voz que acaricia, á esa maga que se llama mujer; preguntádselo á los traidores senderos que en los bosques os hacen dar muchas veces los mismos pasos; á la rama verde del mes de Mayo, á esa Armida, que acecha y hace que dé vueltas á vuestro alrededor su varita de virtudes; preguntádselo á la vida, á la naturaleza, al cielo, al encanto misterioso que nos producen los campos y los prados, á los manantiales, cuyos sollozos escuchamos, al suspiro eterno de los bosques y de las olas. Formad proceso verbal contra las margaritas, que dejan que los bordones de los peregrinos rocen sus gorgueras; probad que dos amantes, al entregar sus almas á las flores, á los bosques y á los lagos, y al celebrar un pacto con la luna, con la ilusion y con la esperanza, cantando himnos desconocidos y paseándose los dos por la campiña, enamorándose los

dos, no son ya los mismos que antes; probad que se han transfigurado; probad que estamos aun en los mismos tiempos en que la Tournelle, cuando la mágia era declarada impía y criminal, hacia encender una hoguera por mandato de la córte; probad que el último brujo que se quema en ella es el Amor.

Julio 1843.

XI.

?.

Un mundo estéril, inclemente, avaro, donde los hombres, con trabajo rudo, cultivan la tierra, que apenas les dá en pago una miserable espiga; ciudades tristes, de las que huyeron para siempre las tres venerables hermanas, la caridad, la paz y la fé; el orgullo ofuscando á los poderosos y á los miserables, y la ira y el ódio en el corazon de todos ellos; la muerte, espectro ciego, hiriendo á los mejores con sus golpes mortales y misteriosos; brumas espesas ocultando todas las cumbres; vendidas la justicia y el pudor; desbordadas todas las pasiones y engendrando el mal; bosques abrigando lobos; aquí el desierto tórrido, allá los frios polares; océanos conmovidos por repentinas cóleras, llenos de buques que zozobran en las tempestades; continentes asordados por el ruido y el humo de la guerra, en los que se incendia alguna ciudad, en los que se chocan sangrientamente los pueblos furiosos; ¡todo eso produce en el mundo quizás un astro en el cielo!...

Octubre 1840.

XII.

Explicacion.

La tierra es al sol lo que el hombre es al ángel; éste está formado de esplendores y aquella está amasada con barro. Toda estrella es sol y todo astro es paraiso. Alrededor de los globos puros están los mundos malditos; y en la oscuridad, el sol paraiso arrastra al infierno planeta. El ángel que habita en el astro puede errar, y seducido, puede llegar á degenerar en el hombre que habita en el planeta. Hé aquí lo que el viento me dijo en la montaña.

Todo globo oscuro gime; toda tierra es una cárcel en la que, llorando la vida, hasta el dia de despertarse, viene á anotarla el espíritu que cae del sol. Cuanto más lejano está el globo, más terrible es la cárcel. La muerte está allí, cerniendo las almas en una criba, juzgándolas, y testigo invisible de la vida, vuelve á llevar el ángel al astro ó le arroja más lejos.

¡Oh globo, sin rayo de luz y casi sin auroras! ¡Inmenso Júpiter que azotan los meteoros! ¡Marte que pareces de lejos la boca de un volcan, Urano, Saturno! ¡Castigos desconocidos, redenciones y misterios! ¡Lunas más apagadas que la tierra! Esos mundos sufren, están oscuros; quién sabe lo que harán? Algunos momentos la oscuridad oye su grito profundo y ronco, como se oye por la tarde el quejido de las cigarras. Mudos espectros, caminan pálidos, tirando de cadenas desiguales, como un sueño que se disipa. Vagamente enrojecidos con un reflejo durante la noche, implorando un Mesías, esperando sus apóstoles, solos, separados, unos detrás de otros, tristes y desmelenados por soplos fieros, lanzando á la claridad miradas feroces, éstos rodando en sombrías profundidades, aquellos casi absorbidos en el infinito sin límites, dando vueltas alrededor del paraiso y del sol, se ven pasar á lo lejos todas sus faces sombrías.

Noviembre 1840.

XIII.

El mochuelo.

Un mochuelo estaba clavado en una puerta. La naturaleza, que dá vida á las ramas verdes, que lo llena todo, dando diferentes grados de vitalidad al animal salvaje y á la bestia de carga, que dialoga siempre con el espíritu del hombre, le presenta siempre los animales para que los descifre, porque estos son los signos de su alfabeto misterioso, y le habla en dos lenguas; la una es admirable y correcta, la otra solo es un oscuro tartamudeamiento. El elefante, el leon, el águila, el oso, el toro, el caballo y el tigre usan de la lengua altiva y espléndida, y el murciélago, el sapo, el gato montés, el cangrejo, el buho y el cerdo

usan la lengua imperfecta. Estaba yo pensativo, deletreando ese esqueleto del mochuelo y procurando comprender lo que entre los tres clavos de los que colgaba su espectro decia á los vivos y á los que sufren ese siniestro pájaro.

Decia lo siguiente:—"Su frente sombría palidece más cada momento y le cae sobre el pecho la cabeza moribunda; de sus ojos fluyen sus pensamientos y el aire glacial hace azulear sus piés clavados y sus manos agujereadas; está goteando sangre y crucificado el que vino á salvar al mundo, el que practicaba el bien, como yo, que practicaba el mal.„

Una luminosa aureola le circunda la faz; la oscuridad dice á los vientos:—"Soplemos y apaguemos esa llama„, y los aquilones y las tinieblas á un mismo tiempo soplaron produciendo el horrible fragor de la tempestad; pero la claridad cada momento era mayor, porque los huracanes pueden apagar un incendio, pero no una aureola.

Su alma llegó al mundo, que sombreaba incierto crepúsculo, y penetró en el oscuro misterio que llamamos su destino; á la mentira, al sinnúmero de delitos que vuelan en las siniestras profundidades de la tierra, combatió con empeñadas luchas, y al pasar por el mundo, sus pupilas parecian dos claridades eternas que recorrian la noche de la existencia humana.

Su alma recorria las tinieblas, persiguiendo, arrojando y devorando á los vicios, esos topos fúnebres; á los crímenes, esas mariposas nocturnas; arrancando de sus madrigueras al ódio y al orgullo, al fraude rampante, al áspid de la envidia y á los gusanos y á las víboras, que la noche esconde entre las piedras, y el mal en el corazon humano.

Su alma libertaba á los hombres de sus tenebrosos enemigos, y los hombres fueron tan malvados que prendieron é hicieron sufrir grandes martirios al espíritu que vino al mundo á luchar por ellos, y los infames le clavaron en la cruz, y en su demencia, la muchedumbre escarneció al sér que irradiaba la libertad y el amor.

Te compadezco, raza humana, que apedreas y que matas; compadezco tus manos estúpidas llenas de clavos y de martillos, porque persigues indistintamente al mal y al bien, á las garras y á las alas; eres hombre, verdugo ciego, cazador sin blanco, que lo mismo clavas con tus manos inseguras á los mochuelos en las puertas de las casas que á Jesucristo en las puertas del cielo.„

Mayo 1843.

XIV.

A la madre que se le murió un niño.

Sin duda habreis dicho muchas veces á vuestro tierno niño que hay muchos ángeles en las supremas alturas; que en el cielo nadie sufre, que se goza allí eternamente, y que es preferible volar hácia allí pronto;

Que el cielo es una bóveda, sostenida por maravillosas columnas, un mágico palacio, un deslumbrador jardin, en el que las azucenas son astros y en el que las estrellas son flores;

Que allí se goza de indecible júbilo, que allí se vive en delicioso encanto; que en él reimos y jugamos con los querubines, y que en él, Dios nos ama;

Que es grato al corazon arder allí como un cirio y vivir eternamente cerca del Niño Jesús y de la Santa Vírgen en interminable primavera;

Además, pobre madre, tambien habreis hecho comprender á vuestro hijo, tan frágil y tan cariñoso, que le pertenecíais durante la vida amarga, pero que tambien él os pertenecia;

Porque mientras somos pequeños vela por nosotros nuestra madre; pero cuando somos mayores estamos obligados á defenderla, y necesitará cuando sea anciana que la proteja su hijo, que será ya hombre;

Tambien le habreis dicho que Dios quiere que continúen viviendo en el

mundo, la mujer para guiar al hombre, y el hombre para protegerla en los dolores y en los combates de la existencia.

Tanto le habreis hecho comprender todo esto, que vuestro cariñoso hijo ha desaparecido. Ay! ¡dejásteis la jaula abierta y el pájaro voló!...

Abril 1843.

XV.

Epitafio.

Vivia esa pobre criatura riendo y jugando. Naturaleza, ¿de qué te sirve haber hecho desaparecer á ese niño? ¿No estás llena de pájaros pintados de mil colores, de astros, de bosques, de aguas límpidas, de celaje azul? ¿De qué te sirve haber robado ese hijo á su madre? Por haber arrebatado al niño no estás ni más poblada, ni más alegre; y el corazon desgarrado de la madre, ese abismo tan profundo como tú, naturaleza, ha quedado desolado y vacío por perder su hijo.

Mayo 1843.

XVI.

El maestro de escuela.

No le atormenteis, que bástante sufre. Hasta nuestros dias ha sido muy desventurado. No pretendais nunca que el maestro sea un esclavo, y cuando le veais aparecer entre vosotros, modesto y tranquilo, y sentarse, apoyando la cabeza entre las dos manos, poseyendo acaso el espíritu de los antiguos romanos, cuyos nombres y cuyas hazañas os hace aprender en los libros infantiles, estudiantes, no le atormenteis y sed buenos con él. Todos sufrimos las desgracias de la vida y todos debemos arrastrar su peso, pero él es la antorcha que se consume ardiendo durante la noche, y ese hombre pálido, más sujeto que vosotros y más encadenado, es vuestro hermano mayor, que vive sin gozar nada de la vida, casi indigente, sin tener pájaros en su cielo ni amores en su corazon. ¡Tened compasion de su juventud sombría!

Aprended á conocer desde niños la desigualdad de los destinos humanos y respetadle dos veces; porque ocupa sobre vosotros dos cumbres, porque es el más pobre y porque es el mayor. Pensad que ese hijo de la aldea, que vive lleno de sinsabores, os prodiga el saber, la razon y la luz, y que os dá oro, él, que carece de pan. En la inmensa sala, cuando os sentais alrededor de mesas de pino á la luz de las lámparas, guardad silencio al ver las angustias que le hacen palidecer y al ver el traje pobre y usado que denota la penuria con que vive. En las horas de trabajo vuestra inquietud le hace padecer; en las horas de recreo os entreteneis royéndole; su pensamiento se ocupa de vosotros contínuamente, y semejante al papel que os distribuye á todos, las páginas que empiezan por ser blancas, poco á poco van siendo negras. Hojeais su corazon, vaciais su memoria; vuestras manos, una palabra tras otra y saturando en él las ideas desde el momento que se expresan, las escriben todas á la vez en su espíritu. Hasta en sus sueños algunas veces os vé aparecer con los tinteros y con las plumas pasando por su imaginacion; y muchas veces le desvelais, porque para él cada niño es un hilo cuyo nudo le aprieta el corazon. Cuando quiere pensar y olvidarse de todo, entregando su alma á indescifrables quimeras, los estudiantes juguetones, vivos y ligeros, pesan sobre él desde la mañana hasta la noche, siempre, y le hacen caer de las regiones ideales, y son para sus mariposas plomo que hace hundir las alas. Santo y grave mártir, cambia de potro y le crucificais, inocentes verdugos; y siempre vuestras burlas, vuestros juegos y vuestros clamores, resuenan en su imaginacion con el ruido de una tempestad.

Quizás austero, guardando el secreto de una buena accion, ese pobre sér que piensa, apoyándose de codos en la silla, tan mal alimentado y tan mal vestido, que un mendigo pudiera compadecerle, tenga padres que mantiene en secreto, y hace de su trabajo, de su hambre, de sus vigilias, de los siglos que os explica, del sudor que corre por su frente, trajes para la primavera y leña para el invierno para su hermana jóven ó para su madre anciana. Pensad que, para conseguir todo esto, se sacrifica; pensad que todas estas obligaciones pesan sobre él, y por eso ni se rie ni vive. El porvenir, ese Abril que hace abrir las flores, os espera;

mañana le gozareis, pero él permanecerá viviendo en la oscuridad; para él, el mañana será mudo y sordo como el presente; el mañana, que para vosotros será Julio, para él será siempre Diciembre; siempre vivirá en la misma aldea, en la misma casa pobre, debajo del mismo cielo gris y lluvioso, y cuando vosotros seais hombres, él será ya viejo. Si reflexionais en todo esto, consolareis y profesareis gran cariño á ese sublime forzado del presidio de la inocencia. Reflexionando en lo mucho que prodiga y lo poco que recibe, se transfigurará á vuestros ojos, porque comprendereis que es el que os educa, el que os ilustra, el que pone en vuestras manos esos dos filos de la espada, el arte y la ciencia, con el noble fin de que crezcais amando cada dia más lo verdadero y lo bello. Reflexionad que los corazones son un rebaño, cuyo pastor es el espíritu.

Junio 1842.

XVII.

Lo que ví un dia de primavera.

Oí sollozar, empujé y abrí la puerta. Cuatro niños lloraban; la madre estaba muerta. Lúgubre espectáculo se ofreció á mis ojos! Sobre miserable cama yacia el cadáver desfigurado; aquella cama era ya una tumba, y aquella mujer era ya un fantasma. No habia fuego en el cuarto; el agujereado techo dejaba salir las cañas; como el alba al través de la niebla, se veia vagar por los labios de la muerta siniestra sonrisa, y el niño mayor, que solo tenia seis años, parecia decirme: "¡Mirad qué desgracia nos acaba de suceder!„

Voy á referiros lo acontecido.—La mujer cuando nace es cándida, inteligente y buena; Dios, que la sigue con la vista desde las alturas, la creó para que fuera dichosa.—Aquella mujer, que nació pobre, se casó con un trabajador; marido y mujer vivian unidos en santa paz, y así pasaban la vida, hasta que el cólera atacó y mató al pobre trabajador, dejando á la viuda en la miseria y con cuatro hijos. Entonces ella se puso á trabajar como un hombre; trabajó con actividad y haciendo todas las economías posibles, pasando las noches sin dormir para proporcionar alimento á sus hijos y viviendo en la más extrema pobreza, pero siendo siempre honrada. Un dia entró en casa y se quedó muerta de hambre.

Entre tanto los pájaros cantaban en los árboles, los pesados martillos sonaban en los yunques al resplandor de las fraguas, las máscaras abundaban en los bailes, los enamorados cuchicheaban en los salones; todo vivia en el mundo: los comerciantes contaban la ganancia del dia; en las calles se oia el murmullo de la multitud y el ruido de los coches que corrian, y mientras susurraba por todas partes la alegría y en todas partes resplandecia la luz, esa miserable mujer estaba sola en su desvencijado desvan, cuando el hambre, esa Goula (1) azorada, flaca y feroz, entrando furtivamente en el desvan, le apretó la garganta con sus garras y la mató.

El hambre es la que dá miradas cínicas á la prostituta; es el baston de hierro del bandido; es la mano del niño pálido que se alarga para robar un pan; es el estertor de la agonía que lanza al náufrago de la vida en miserable lecho. Dios mio! ¡Con abundante savia la tierra produce yerbas, frutos y trigos; cuando el árbol acaba de producir, empieza á producir el surco, y mientras que por tu clemencia todo vive, mientras la mosca conoce las hojas del saúco, mientras el estanque dá de beber al pajarillo, mientras los cadáveres alimentan á los buitres, mientras que la naturaleza en sus profundidades silvestres dá de comer al chacal, á la onza y al basilisco, el hombre espira!—El hambre es el crímen público; es el inmenso asesino que sale de nuestras tinieblas.

Dios mio! ¿por qué los desheredados del mundo han de perecer de hambre? El hombre es inferior al pájaro? ¿El niño tendrá que envidiarle? ¿Por qué encuentra el nido lo que la cuna no encuentra?

Abril 1840.

---

(1) *Goula*: especie de génio femenino de la mitología, que se comia los cadáveres.—(N. del T.)

XVIII.

Interior.

La riña irritada, que es una víbora cuyo aliento emponzoña los dientes, silba y perturba el interior de una pobre habitacion, en la que las palabras se chocan con las palabras. El niño, asustado, llora. Encolerizados el marido y la mujer, le dejan llorar.

—De dónde vienes?—¿Y tú qué has hecho?—Eres un maltrabaja que vives en la disolucion y que morirás en un hospital.—Y tú eres una mujer vana y sin corazon, que nunca has querido trabajar.—Tú sales de la taberna!—¿Qué amante tuyo ha venido hoy?—El niño llora, está desnudo, tiene hambre y no podemos darle á comer ni un pedazo de pan.—¡Tienes miedo de ensuciarte las manos blancas!—¿Dónde vas todos los dias?—Dónde vas todos los domingos?—A beber.—A bailar.—¡Y carecemos de pan y de fuego!—¡Tu hija ni siquiera sabe rezar!—¡Bandido, tú mataste á tu madre!—Cállate!—Cállate tú, asesino!—Cállate tú, prostituta!

Los rayos del sol poniente doraban aquel cuarto, penetrando por la ventana y por el techo, mientras esa pareja repugnante, infame dos veces, por la miseria del corazon y por la fealdad del alma, ostentaba su úlcera y sus deformidades sin rubor, enseñándolas desnudas; y en los vidrios de la ventana, de la que pendia un andrajo de lienzo, éste aparecia á los rayos del sol como una brillante estrella que con su claridad deslumbraba desde lejos á los transeuntes.

Setiembre 1841.

XIX.

Barracones de la féria.

Me quedé pensativo, leon, ante la majestad de tu grave melena, que dentro de la jaula te servia como de dosel; meditábamos los dos y dirigias hácia mí tus ojos; tu mirada era hermosa, leon. En nosotros los hombres, lo poco que hacemos y lo nada que somos nos llena el pensamiento, y en nuestras vanas miradas brillan nuestros defectuosos planes, que nos parecen divinos; nuestros deseos y nuestras pasiones, que inciensa nuestro orgullo y nuestra pequeñez; el orgullo de nuestra ignorancia, que hace destellar siempre á nuestras miradas el yo miserable. Pero el animal que vive á la sombra de la encina y del acer, que pace en el tomillo y se refugia en las malezas espesas; que en los campos, en donde los hombres nos ahogamos, respira y vive solitario, como los astros y como las rosas; el sér salvaje desconocido y tranquilo, que habla con las enormes rocas y con las pequeñas flores, que en los valles y en los manantiales sumerge su hocico; el bruto que ruge en las noches estrelladas y cuyos pesados pasos hacen conmover los pilares del antro, pero que apenas se oyen en las profundidades sombrías, tiene á su vista los montes, los prados, las estrellas, el lago tranquilo, el cielo, el misterio de los bosques silenciosos, y lleva en sus ojos serenos, en los que empieza el infinito, la mirada eterna de la naturaleza inmensa.

Junio 1842.

XX.

Insomnio.

Cuando aparece en el Oriente una claridad vaga y pálida, semejante á un sueño, que empieza á iluminar el horizonte, el hombre debe despertarse y debe dedicarse al trabajo. Cuando el amanecer dirige á Dios su himno augusto, el trabajo es el santo tributo que á Dios debe pagar el mortal; el arado murmura un salmo, y sale de las bocas de los marineros y de los leñadores un canto sublime, desde que rompe el alba, en el fondo de los bosques y desde el seno de las olas, que se confunde con los golpes del hacha y con el choque de los remos.

Pero causa un placer misterioso despertarse á altas horas de la noche, cuando todo duerme en el mundo; causa gran placer sentir que nos toca en el hombro un desconocido, que nos dice:—"Vamos,



Y TÚ QUE HAS HECHO¿

que soy yo; trabajemos!„ El cuerpo se resiste y pregunta por qué.

—Deseo dormir, porque estoy muy cansado de ayer y mis soñolientos ojos se niegan á abrirse. Señor misterioso, dispénsame; debes ser muy testarudo, porque vienes siempre á despertarme cuando estoy tranquilamente durmiendo. Hazte cargo de que aun es de noche; abriré los ojos si quieres y verás como no entra aun el menor rayo de luz por las hendiduras de la ventana. Vete! Duermo, estoy muy abrigado y estoy soñando con la mujer que idolatro; cuando interrumpiste mi sueño, ella dejaba flotar sobre mi frente sus largas trenzas, que hacian llover sobre la mia astros y flores. Vete! vuelve cuando sea de dia; te vuelvo las espaldas y no te hago caso; no poses tus dedos ardientes en mis sienes. La cervatilla ilusion estaba comiendo en el hueco de mi mano y tú la has hecho huir. Era feliz; estaba roncando como un canónigo; déjame en paz y no seas estúpido. Cielos! ya mi pensamiento inquieto y rápido, hilo sin cabo, se ovilla y se acopla en tu uso. Me traes un verso, pájaro extraño y salvaje, que acabas de apoderarte de él cerca de las nubes, y yo no le quiero. El viento con sus mugidos se desata en los campos, y sus ráfagas pasan sacudiendo los goznes de mis puertas. ¡Déjame en paz, verdugo; quiero dormir toda la noche; estoy cansado, estoy muerto; déjame dormir!

—No. Acaso yo duermo? exclama el pensamiento implacable. Pensador, sufre la ley que te gobierna; forzado, tira de tu cadena. Si el cuerpo se deleita durmiendo, para mí siempre es luminoso el Oriente, y el cuerpo nada me importa; que se despierte, que sufra; vamos á trabajar, esclavo, que ya es hora.

Y el ángel aprieta á Jacob, y el alma aprieta al cuerpo, que con ella no puede luchar, y entonces aparecen el comenzado drama *Ruy-Blas*, *Marion*, Job, Silva, ó la novela que llora con los ojos de la humanidad, ó la oda que se hunde en dos profundidades, ó en el éter, cerca de Horacio, ó en la sombra, cerca del Dante, y es preciso dedicarse á esos trabajos é introducirse en esos grandes horizontes que se abren repentinamente, y entrar en ellos de estrofa en estrofa, de verso en verso, trepando por el áspero sendero de la inspiracion, perseguir en lontananza la vision lejana, atravesar azorado los bosques desiertos, los campos solitarios, las aguas, las malezas y los torrentes, ginete de un caballo que corre al galope.

1843.

XXI.

Versos escritos en el plinto de un antiguo bajo-relieve.

A LUISA B.

La música se encuentra en todas partes. Un himno sale del mundo. Rumor que produce la galera agitada por las olas, murmullo de las ciudades, cariño que profesa una hermana á otra, pasion de dos amantes jóvenes, ternura de dos antiguos esposos que pasaron juntos la vida, susurro de los árboles y de los bosques, sois verdaderas armonías, sois los suspiros que constituyen el canto supremo.

Para nuestra alma, los dias, la vida y las estaciones, las ilusiones del corazon, el alba y su rocío, la tarde y sus resplandores, flotan en una red de vagas melodías. Hay voces en los campos que nos hablan, y hay voces en los bosques que nos cantan; ya oimos balar un rebaño, ya sonar una campana. Por todas partes se ven saltar y resplandecer en el cielo estrellado desde el zenit hasta el nadir, en la voz de las aves y en el chirrido de las cigarras, el grupo deslumbrador de desiguales notas, que dicen á nuestra alma con la voz de la naturaleza: ¡Canta! Por esto un escultor antiguo esculpió en este bajo-relieve un pastor dejando caer las miradas sobre la flauta.

Junio 1833.

XXII.

La claridad exterior no distrae mis pensamientos. La llanura canta y rie como una jovenzuela; los nidos palpitan entre las ramas de los acebos; por todas partes rie la alegría en las bocas abiertas, y Mayo, acostado en el musgo á la

sombra de las verdes grutas, pone á los enamorados los ojos tiernos.

Por los campos de yerba y por los campos de habas vuelan rápidas las mariposas como alados sueños; de los oscuros surcos sale el trigo verde; las doradas abejas se posan en las clemátides, en los tomillos y en las campanillas, para libar sus perfumes.

Las nubes ostentan en el cielo reflejos de cobre y de púrpura; los árboles, llenos de vida, parecen ébrios, y sus ramas extremecidas ofrecen á los pájaros sitio donde posarse; y el abejorro, susurrando á las rosas coquetas, las dirige declaraciones en voz baja.

Dejo que se pierdan en el espacio fragancias y perfumes, que cuchicheen las flores en voz baja y que la primavera derrame la vida y la alegría; concentrándome en mí mismo y olvidándome de la estacion, pienso en los muertos, en esos séres que se libraron de la vida.

Quizás dentro de poco tiempo ¡oh mar soberbio! me abrirán tambien la tumba entre la yerba, entre el fresco césped, á la sombra de algun árbol, en el que se encarame la yedra, y se leerá en mi sepulcro esta inscripcion: "Pasajero, esta fosa encierra la ruina de una cárcel.„

Ingouville, Mayo 1843.

XXIII.

El aparecido.

Madres que estais sumidas en la afliccion, vuestros clamores llegan á las alturas. Dios, que recoge con sus manos todos los pájaros perdidos, algunas veces restituye la misma paloma al mismo nido. La cuna comunica con la tumba. La eternidad encierra más de un divino secreto.

La madre de quien voy á hablaros vivia en Blois; la conocí en sus tiempos de prosperidad, y su casa estaba al lado de la de mi padre. Poseia todos los bienes que Dios concede ó permite que se consigan. Se casó con el hombre que adoraba y tuvo un hijo, que la causó inefable alegría.

El recien nacido se acostaba en una cuna forrada de seda; su madre le amamantaba; reposaba el niño al lado del lecho nupcial, y por la noche la pobre madre, pensando siempre en él, se hacia mil ilusiones, y resplandecian sus ojos en la oscuridad cuando, renunciando á dormir y casi á respirar, se inclinaba á la cuna de su hijo para oir como éste dormia.

De dia, meciéndose en una silla, dejando que su fichú descubriera sus hinchados pechos, sonreia al débil niño, llamándole ángel, tesoro, ídolo, hablándole cariñosamente y besándole los piececillos rosados. El niño, alegre y desnudo, se reia sin cesar, y gozoso, sostenido en los brazos de la madre, desde las rodillas de ésta subia hasta la boca.

Temblando como el gamo, á quien asusta una hoja que se mueve, el niño iba creciendo. Para los niños, crecer es andar con indecision y empezar á balbucear palabras. Cuando cumplió tres años, su madre exclamaba:—"¡Mirad qué crecido está! Está aprendiendo á leer y ya conoce las letras. ¡Es un diablo! quiere que le vista de hombre. Pronto aprenderá á leer; tiene talento y valdrá mucho. Le hago deletrear el Evangelio.„ Adorando á ese niño era feliz su madre.

Un dia, ese mónstruo horrible, ese gavilan que se llama el croup, se lanzó bruscamente dentro de aquella morada feliz, y arrojándose sobre el niño, le cogió por la garganta. ¡Terrible enfermedad; perfidia siniestra del aire que nos dá la vida! ¿Quién no ha visto forcejear inútilmente á esos tiernos niños, á los que aprietan con rudeza los dedos feroces del croup? Luchan con la enfermedad, y lentamente se van empañando sus ojos brillantes, y de su boca fria sale un estertor extraño y tan misterioso, que parece que se oiga dentro de su pecho el terrible gallo de la tumba, que canta en el alba de su muerte. Como una fruta que siente la picadura de la escarcha, el niño murió! Como un ladron entró la muerte y se apoderó de él.

La madre, con el corazon traspasado de dolor, mientras que á su lado lloraba su afligido esposo, permaneció tres meses inmóvil, con las miradas fijas, murmurando un nombre incomprensible y mirando siempre en la misma parte de la pared. La calentura no la abandonaba; no comia ni respondia á nadie; le temblaban siempre los labios, y con sobresalto, como si hablase á alguno en voz baja, decia:—"Devolvédmele!„ El médico aconsejó al desgraciado padre que, para distraer el triste corazon de su esposa, debia dar al niño muerto un hermano.

Pasó el tiempo; pasaron dias, semanas y meses, y luego aquella mujer conoció que iba á ser madre por segunda vez.

Ante la cuna vacía del ángel que subió al cielo, acordándose de la voz con que la llamaba madre, estaba pensando en él, silenciosa, sentada en la cama, el dia en que de repente dió á luz otro niño. Palideció, exclamando:—"¿Quién es este sér extraño?„ Despues, cayendo de rodillas, dijo en voz alta:—"No, no le quiero; tendrias celos, mi querido dormido, y me reconvendrias, porque creerias que te habia olvidado y que otro ocupaba tu sitio; mi madre le quiere, le encuentra hermoso, se rie con él y le besa; pero yo, yo estoy en la tumba! ¡No le quiero, no!„ Así le hacia expresarse su dolor profundo.

Cuando amaneció, al ver su esposo que habia dado á luz otro hijo, exclamó con júbilo:—"Es niño!„, pero su padre era el único que estaba alegre en la casa; la madre permaneció estando triste, sin olvidar ni un momento al niño muerto; le trajeron al recien nacido, dejó que se lo acercasen y le entregó su pecho; pero de repente, pensando sin cesar menos en el nuevo hijo que en el perdido, ocupándose menos de sus envolturas que del sudario, exclamó:—"¡Aquel ángel está solo en el sepulcro!„ Pero por un milagro, que le devolvió la felicidad, oyó aquella madre que el recien nacido hablaba en sus brazos, con voz que le era muy conocida, y que le decia al oido:—"Soy yo!... pero no lo digas!„

Agosto 1843.

XXIV.

A los árboles.

Arboles del bosque, bien me conoceis; segun el capricho de los envidiosos, la multitud elogia ó vitupera, pero vosotros me conoceis. Me habeis visto muchas veces pasear por vuestro lado, mirándoos y pensando, y sabeis que la piedra por donde corre un escarabajo, la insignificante gota de agua que cae de flor en flor, una nube, una caña, me ocupan todo un dia. La contemplacion me absorbe. Me habeis visto cien veces en los valles, con las palabras con que el espíritu habla á la naturaleza, interrogar en voz baja á vuestros ramajes palpitantes, y con la misma mirada proseguir al mismo tiempo, pensativo, con la frente inclinada, el estudio de un átomo y el estudio de un mundo. Atento para comprender vuestros susurros, árboles, me habeis visto huir del hombre y buscar á Dios. Hojas que os extremeceis en las puntas de las ramas, nidos de los que el viento esparce plumas blancas, claros de los bosques, verdes valles desiertos y sombríos, ya sabeis que estoy tranquilo y que soy puro como vosotros. Como al cielo elevais vuestros perfumes, elevo mi culto á Dios, y en mí reina el olvido, como en vosotros el silencio. En vano el ódio derrama su hiel sobre mi reputacion, porque os aseguro que siempre lanzo de mí los amargos pensamientos de venganza, y mi corazon es aun tan bondadoso como le formó mi madre.

Arboles de los grandes bosques, que temblais sin cesar, os profeso gran cariño, lo mismo que á vosotros, yedra que te enroscas á la entrada de los antros, barrancos por los que filtran manantiales vivos, arbustos que picotean los pájaros; cuando estoy entre vosotros, en todo lo que me rodea, en vuestra soledad, entrando dentro de mí mismo, siento un sér grandioso que me oye y que me ama.

Bosques sagrados, en los que Dios se dignó aparecer; encinas, árboles religiosos, musgos, yedras, á vuestra sombra, entre vuestro misterio, en vuestra soledad augusta, deseo que se abrigue mi

ignorado sepulcro, y en ella quiero dormir cuando duerma para siempre.

Junio 1843.

XXV.

El sol sobre las montañas, en las que vierte su claridad, ajusta á su arco de oro su flecha horizontal; los bosques están llenos de gamos y de ciervos; entre las rocas sonrie una cabaña pobre y feliz; en las alturas se mueven ramilletes de árboles y en los llanos ramilletes de niños.

Son las horas de pensar en nuestros temibles destinos. Se oyen los bebedores bailar alrededor de la mesa, y alegres y gozosos, al chocar las copas, confundir sus canciones con sus amores; pero las letras de las canciones que entonan van escribiendo alrededor de ellos sus nombres sobre sus tumbas.

Sabiendo que hemos de morir, preguntémonos á nosotros mismos cómo pasaremos ese trayecto supremo. Hay que hacer heróico esfuerzo para terminar con grandeza. El alma queda opresa cuando se acerca ese lúgubre momento; en el valle de la vida es temible la emboscada de la muerte.

Siente fatal extremecimiento el pálido agonizante; á su alrededor todo vive, rie y ama; la flor perfuma, el ave canta, mientras que el moribundo, cuya llama vital se apaga, tiembla al acercarse al cielo, á ese precipicio cuya oscuridad y cuya calma asustan.

Muchas veces, recordando la pálida fisonomía de los que he contemplado en esa hora fatal, de los séres que ya no existen, de hermanos, amigos y parientes, en los momentos en que el espíritu se aventura á pensar, me he preguntado á mí mismo:—"¿Qué es lo que mirarán los ojos azorados de los moribundos?...

Qué es lo que verán? Caminos tenebrosos, un caos en el que vagan confundidos espectros y dudas, la vision de la tierra, lo verdadero realizado, una luz oblícua y pálida, que, perturbando al alma errante, confunde con el último rayo de la vida que espira tu primer resplandor, siniestra eternidad!

Se cree sentir en la oscuridad horrible picadura; todos nuestros hechos se disipan como una fiesta terminada, todo lo que nos hizo gozar se convierte en pena ó en remordimiento. Terrible es el instante en que la verdad, apareciéndosenos de repente, cuando la vida se despoja de su máscara, exclama:—"Yo soy la muerte„.

Si haces temblar al corazon sin mancha del hombre, sepulcro, el malvado se acerca siempre á tí con horror; para él sale siempre de tus abismos rojizo resplandor de fuego; cuando para él levantas tu puerta de piedra y se asoma á tu cavidad, ve en ella, como si fuera presa de un sueño, la faz vaga de Dios que le mira con fijeza.

Biarritz, Julio 1843.

XXVI.

El poeta.

Shakespeare medita y sueña, lejos del deslumbrador Versalles, desde los frondosos bosques, en los que se oye gemir á la llorosa tragedia; contempla á la muchedumbre con sus miradas fijas, y todo el bosque se extremece ante él. Pálido, camina deslumbrado dentro de sí mismo; al andar rudo y salvaje, sacude como una melena en su cabeza la imaginacion luminosa. Su cráneo transparente está lleno de almas, de cuerpos, de fantasías, en los que se vé el resplandor del exterior; el mundo entero atraviesa por él; abarca toda la vida con su terrible mano y hace arrancar al hombre sollozos sobrehumanos. Estudiando á ese génio extraño, nos perdemos en su camino, y como en el mar, nuestro espíritu zozobra algunas veces. Nos extremecemos al sentir en su teatro sombrío que nos agita el viento que su boca sopla, y al sentir que con sus dedos nos escarba el corazon. Ese gigante jamás retrocede; doma á Ricardo III, que es un leopardo; doma á Caliban, que es un mastodonte. El ideal es el vino que derrama ese Baco. Los séres monstruosos que venció y se apoderó de ellos, resue-

llan á su alrededor; sujeta á Lear, á Bruto y á Hamlet, esos séres enormes; á Capuleto, á Montaigu, á César, y sucesivamente á los vampiros en los bosques, á los espectros en las torres, y siniestramente asustando á Melpómene, que produjo á Esquilo, llevando en las manos pedazos del alma humana, pedazos de carne de Otelo y restos de Macbeth, se retira á descansar de su trabajo, como leon que entra en su inmenso antro á dormir, llevando las uñas manchadas de sangre.

Paris, Abril 1835.

XXVII.

La naturaleza.

La tierra es de granito, los arroyos son de mármol; estamos en un invierno muy frio; ¿quieres, árbol bondadoso, servirme de leña en el hogar para calentarme el dia de Navidad?—Como madera, provengo del bosque, y como fuego, me remonto al cielo: derríbame, leñador, y con toda tu familia calentaos las manos con el calor de mis llamas; amad y vivid.—¿Quieres, árbol bondadoso, servir de timon á mi arado?—Sí; quiero cavar la tierra y sacar espigas de oro de los profundos surcos; cuando la llanura está arada es pintoresca y productiva y el alba la sonríe, derramando de placer el rocío.—¿Quieres, hermoso árbol, convertirte en pilar que sustente la casa del hombre?—Derríbame. Puedo soportar techos, habiendo cobijado nidos. Es sagrada la morada del hombre y la bendigo; en ella te recoges y piensas en secreto y entregado al amor; en ella el ruido que mueven los niños se parece al rumor de la hojarasca.—¿Quieres, bondadoso árbol, servir de mástil á mi bajel?—Derríbame, buen carpintero, que quiero convertirme en pájaro. El navío es para mí, en el inmenso misterio que nos envuelve, lo que es para el mortal la tumba; me arranca de la tierra y me transporta al través de lo infinito. Iré á ver los sitios donde no se conoce el invierno y en los que al paso me hable alguna bandada de aves; y así como el sepulcro no amedrenta al sábio, no me amedrentan los precipicios profundos del Océano.—Arbol bondadoso, ¿quieres convertirte en horca?—Silencio! ¡Llévate el hacha lejos de mí, que yo doy la vida, pero no la muerte; vete, verdugo! Soy un árbol del bosque, vivo en la montaña, produzco frutos; déjame las ramas y las raices, que las necesito. Hombres, matad á los otros hombres si quereis, pero no llegueis hasta aquí arrastrando cuerdas y cadenas, para buscar cómplices entre las nobles encinas; no hagais servir de instrumento para vuestros crímenes al árbol misterioso que habla con los vientos; vuestras leyes son fúnebres; yo soy hijo del sol y vosotros sois hijos de las tinieblas. Huid de aquí y dejad tranquilo al árbol en sus soledades. Acoplad á vuestros placeres y á vuestros festines el patíbulo y el suplicio. Vivid y matad. Condenad entre la celebracion de dos fiestas al desgraciado que cometió delitos; yo no quiero que se me aparezcan espectros entre las ramas.

Enero 1843.

XXVIII.

Magnitudo parvi.

I.

Era la hora del crepúsculo y paseaba en la playa, por la orilla del mar. Llevaba de la mano á mi hija, niña de pocos años. La tierra se inclinaba como un bajel que va á zozobrar, y poco á poco se iba sumergiendo en las tinieblas; poco á poco aparecia la noche.

La pálida noche elevaba su frente hasta las nubes; los objetos, disminuidos, se borraban, quedando sin forma y sin color, y al mismo tiempo sentia descender la tristeza y ascender el dolor.

Los pensadores que contemplaban la naturaleza, veian en lo alto de la esfera vaga redondez oscura, inclinándose en los cielos, y derramar sobre las montañas, sobre las campiñas y sobre las olas murmurantes la noche silenciosa.

Las nubes se arrastraban á lo largo de los promontorios; mi alma, en la que se confundian esas sombras y esas glorias, sentia confusamente de todo el Océano y de toda la tierra fluir, bajo las miradas de Dios, un no sé qué augusto, austero y delicioso.

Tenia á mi lado á mi querida hija. La noche se difundia como una humareda inmensa; y pensativo, contemplaba dentro de mí, con los ojos bajos, la sombra en que quedan nuestros pensamientos cuando tu sol desaparece, Señor.

De repente, mi hija, ángel con miradas de mujer, que tenia cogida mi mano y tambien mi alma, me habló con su sonora voz; y señalándome el agua y la playa oscuras, y los dos puntos luminosos que temblaban sobre la duna, me dijo:

—"Padre mio, ¿ves allá bajo, entre la oscuridad de dos collados, esos fuegos gemelos que brillan como dos lámparas que el viento agita? ¿Qué son esas dos luces que se ven en lontananza?„—"Una es la hoguera de un pastor; la otra es una estrella; ¡son dos mundos, hija mia!„

II.

Dos mundos! El uno está en el espacio, en el oscuro éter, en la extension donde todo se borra, y que de dia es abismo radiante y de noche es abismo negro. Niña; si nuestras dos almas, como dos golondrinas, pudieran huir con rápido vuelo y sumergirnos en ese espesor del que la creacion mana, en el que flota, vive, muere, brilla y rueda el astro, que es imperceptible para la muchedumbre, pero que es inconmensurable para el pensador; si pudiéramos franquear esas silenciosas soledades, si pudiésemos traspasar los azules septentriones, si pudiéramos llegar en el fondo del cielo sin límites á esa pequeña estrella, átomo de fósforo, y se fuera convirtiendo para nosotros en enorme mónstruo luminoso; si nos fuera posible emprender ese viaje desmesurado y volar de esfera en esfera hasta ese gran sol desconocido; si un arcángel introdujera al hombre extremecido y ciego, vivo, en las profundidades del problema; si pudiéramos huir de nuestro centro y penetrar en la sombra en la que solo entra Dios, y ver de cerca en sus inmensos antros esas enormidades de la noche, te asustaria lo que apareciera á tus ojos, ángel mio! No hay en el mundo vision ni insensato sueño, á los que no sobrepuje ese espectáculo extraño, ese mundo informe, encerrado en tal misterio, que sus ardientes rayos fundirian nuestras carnes, que se convertirian en cera viva, y el espanto solo conservaria de nosotros las miradas deslumbradas y el cabello erizado.

Contemplaríamos la esplendidez de polos, de ejes, de fuegos, de la materia y del flúido, balanceándose prodigiosamente; el vasto y magnífico equilibrio del imán que lucha, del aire que vibra, de la fuerza esclava y del éter libre. ¡Mundo soñado, ideal realizado, fórmula nueva del abismo, palabra nueva del negro libro del cielo!

¡Contemplarias un sol y mundos á su alrededor, centros á su vez que tienen lunas que los rodean; aquí el movimiento de las esferas vagabundas; allí globos gemelos que dan vueltas dos á dos, y en el medio esa estrella, terriblemente grande, que causa el incendio formidable de una parte del infinito!

Imaginémonos que hemos llegado allí. Figúrate que estás viendo lo que nunca se ha visto en la vida; otro mundo, otra ley: la tierra ha huido por la extension y se ha perdido detrás de nosotros; ¡un nuevo dia! una noche inesperada! ¡otros grupos de astros en el cielo! una naturaleza ignorada, que si contemplasen de ella la extraña aurora, haria acudir á Pitágoras y retroceder á Ezequiel.

Lo que tomamos allí por un monte es una hidra; los árboles son bestias; las rocas aullan con furor; el fuego canta; la sangre corre por las venas de mármol. Ese mundo es verdadero? ¿Es falso el nuestro? ¿Son posibles para nosotros los imposibles?

Si pudiéramos ver los hombres, los bosquejos, los embriones, que son allí lo que nosotros somos en otra parte, ¡cómo nos extremeceríamos ellos y nosotros con este encuentro inexpresable! Nos contemplaríamos en la oscuridad de mónstruo á mónstruo, hijos del número y del tiempo que se desvaneció; y si nuestros lenguajes fúnebres pudieran cambiar sus álgebras, nosotros preguntaríamos:—"¿Qué sois vosotras, tinieblas?„ Y ellos preguntarian:—"¿De dónde venís, oscuridades?„

¿Tienen como nosotros alma, cerebro y entrañas? ¿Buscan como nosotros la palabra que no encuentran? ¡Todos esos séres, como nosotros, desaparecen en pálidos torbellinos; la creacion mezcla y siembra sus cenizas en nuevos surcos; á un viento reemplaza otro, que pasa sin dejar huella; el mismo soplo los crea y los disuelve; el abismo en el que dominan los cuatro vientos, confunde eternamente sus llamas con la sombría caida de almas, de fantasmas y de vivos!

El abismo parece loco bajo el huracán del sér. Ruge una gran tempestad alrededor del astro radiante: todo debe surgir, flotar y desaparecer, hasta que la noche á su vez cierre tambien los ojos, porque llegará un dia en que la estrella caiga tambien. ¡La estrella vé llover almas en la tumba; el alma verá llover los astros del cielo!...

Dentro de poco, hija mia, verás en el vago espacio pasar bruscamente un planeta. Al principio solo es un punto negro en lontananza, pero con más rapidez que la tromba corre, llega y se aproxima; apenas brilla su aureola llenando el cielo, empieza su redondez feroz á ocultar el abismo.

¡Es el planeta; aparece, se vá, mengua, palidece, se borra y entra, átomo oscuro, en el cielo lleno de tinieblas, y todo en él se desvanece, su vasto aspecto, su sublime luminar!... ¿Qué es ese proyectil desconocido del abismo? ¡Proyectiles monstruosos que son universos!

En profunda lontananza rueda sollozando con fuerza un espantoso Saturno, dando vueltas á su anillo llameante, dejando caer, como de una criba, cisco encendido; Juan de Patmos, ese espíritu terrible, vió en sus sueños ese formidable astro y cayó al suelo desmayado, porque como estaba ideando escribir su epopeya, creyó ver, envuelta entre relámpagos, huir una rueda escapada del sombrío carro de Adonai.

Algunos instantes despues, por entre esos mundos, surge promoviendo gran extrépito un cometa con crines de llama y con ojos de rayo; les mira fijamente, se les aproxima, brilla y despues se escapa aullando, pálido y sobrenatural, arrastrando tras él la cabellera esparcida, como una espantosa Canidia que huye.

Algunos de esos globos mueren conmovidos por el simoun y por el mistral, y sollozando y llorando escupen de sus entrañas una hoguera central; esferas por la nieve entorpecidas, padecen extrañas enfermedades, pestes, diluvios, incendios, temblores frecuentes y profundos; su propio abismo los consume; su aliento llamea y humea; y á lo lejos, envuelta entre la bruma, se oye que los agita la tos lúgubre de los volcanes.

Existen y caminan: éstos brillantes, aquellos disformes, encerrando todos vivientes y creaciones; proyectan en el azul del horizonte conos enormes de sombra, tinieblas que atraviesan la luz del cielo, en las que la mirada, así como antorchas feroces extinguidas unas despues de otras por bocas invisibles, vé sumergirse sucesivamente las constelaciones.

¿Qué Zorobabel formidable, qué Dédalo vertiginoso, ha levantado en lo insondable ese luminoso caos? Soles, astros de largas colas, abismos de centenares de leguas, sombrías arquitecturas, ¿qué mano creó y produjo esas torres de oro, que ninguna mirada contempla, esos firmamentos que se confrontan, esas Babeles de estrellas que suben en esas Babilonias de la noche?...

¿Quién en la sombra viva y en el alba sepulcral, quién en el horror fatal y en el amor profundo, torció, cielo, tu espléndida y siniestra espiral, en la que los universos se forman y se deshacen? Los reclama á la vez un doble precipicio. Inmensidad, dice el sér: Eternidad, dice el alma. Para siempre lo que no tiene fin rueda en lo que no tiene fondo.

El desconocido, de quien muchos sábios han dudado, el rostro inmóvil y mudo que vela la eternidad, para hacer ver la sombra al crímen y la luz al justo, arrojó confusamente al abismo todas esas máscaras, oscuras ó luminosas, que en los éteres inaccesibles flotan, visibles ú ocultas; ¡esas máscaras que nosotros llamamos soles!

Y los pueblos vieron pasar en las tinieblas esos espectros de la noche, que nadie pudo penetrar; y los flamines, los santones, los brahmanes, los magos y los guebros exclamaron: — "Júpiter! Alá! Vishnou! Mithra!„ Llegará un dia que en los sitios bajos, lo mismo que en las alturas, todas esas máscaras hoscas se borrarán disipándose, y entonces la faz inmensa y tranquila aparecerá.

III.

Niña, el otro mundo de esos dos es el corazon del hombre. Algunas veces, como la perla en el fondo de las olas, Dios oculta un alma en el fondo de los bosques. Dios oculta á un hombre entre la espesura de los árboles, y le consagra en esos austeros sitios con el silencio de las llanuras, con la sombra de los montes y con el azul del cielo. Hija mia, la noche con su misterio invade paso á paso el espíritu del involuntario sacerdote que se calienta cerca de una hoguera. Ese hombre vive en alguna ruina, entre zarzas y entre lagartos; casi convertido en salvaje, el cayado es su único apoyo; en cuanto le vé el hombre, le huye; solo los animales se le acercan. Es un sér crepuscular, cuyo encuentro nos asusta; es pastor durante el dia y fantasma durante la noche. Lleva para vivir entre escombros un saco grosero, sudario que agujerean los clavos del ataud de la miseria. El manzano le deja caer sus manzanas; vive enterrado en la soledad; vive lejos de los hombres; es un habitante del olvido, es la indigencia que se cubre con un sayal, es un viejo que vegeta en la pobreza, un andrajo en una choza, un espíritu en la inmensidad.

En la transparente naturaleza es el ojo de miradas ingénuas, el pensador con alma ignorante, el viajero que camina con piés descalzos. Es un corazon, es una pupila, es un sér que sufre, es un soñador, sobre el que la claridad eterna hace temblar su resplandor rojizo. Vive allí con el alma arrobada en el cielo, y cerca de la encendida hoguera, pensando que es tambien él un tizon casi consumido por la vida. Vive tranquilo en aquellas soledades, porque sabe que no le han de faltar, ni yerba para pacer su ganado, ni madera para encender la hoguera. Nuestros choques, nuestras luchas y nuestros desastres los desconoce completamente; solo piensa en el dia, en la noche, en que le miren las estrellas y en que le mire su perro. Todas las reses que componen su ganado están reunidas, y él, que es su amigo y su pastor, es el único que está despierto, como un génio que vela sobre un pueblo dormido. Sus ovejas, que cualquier ruido despierta, entreabriendo los ojos á la luz de la hoguera, aperciben la figura del pastor en la oscuridad, y tranquilamente gozan del sueño durante toda la noche, creyéndose seguras bajo la proteccion del espectro que le sirve de Providencia.

El pastor, pobre y desnudo, comiendo pan moreno, piensa en su soledad; no conoce nada en el mundo más que lo que sirve de pasto á las ovejas. Sin embargo, sabe que el hombre sufre, pero él sondea el éter profundo. Toda soledad es un abismo, toda soledad es una montaña. En cuanto sube á la cumbre, el cielo recobra á ese extranjero; la Judea tenia profetas, la Caldea tenia pastores; tanteaban el cielo unos y otros, y más tarde, por inspiracion divina, del profeta nació el apóstol y del pastor el adivino. La multitud se burlaba de ellos, pero debió el hombre en los tiempos primitivos la ciencia á aquellos ignorantes y la sabiduría á aquellos insensatos. La noche, sirviéndoles de austero testigo, vió encontrarse en las alturas, faz á faz y misteriosamente, á los profetas y á los pastores.—"¿Dónde vais, temblorosos profetas?—¿Dónde vais, perturbados pastores?„ Así se preguntaban unos á otros, y una voz en la oscuridad les decia:— "Caminad!„ Y aun en nuestros dias no se sabe si subieron más gradas los Zoroastros ó los Abrahames; y cuando nuestros ojos, que los admiran, desean medir su camino y saber cuáles son los que ven más luz en los ojos humanos, rompiendo el velo del oscuro pasado, flota sin cesar nuestro espíritu entre los que contaban las estrellas y los que contaban los ganados.

En nuestros dias, en los que por fin ya dora el alba las orillas del barranco de la vida, el pensamiento humano se acerca más que entonces al ideal divino. El hombre, envuelto aun en la oscuridad, en el cielo que le abrió Jesucristo, como á través de un telescopio, mira á través de su espíritu. El alma humana, despues del suplicio del Calvario, tiene más grandeza y más luz, y el vidrio de aumento con que mira engrandece más

la vision. La venerable soledad conduce hoy al hombre que se consagra á ella, más adelante en lo impenetrable, más lejos en lo desmesurado. Si entre los séres humanos, á los que el número y el tiempo engañan sucesivamente, la multitud desagua en la sombra á los que viven solitarios, les iluminan en la soledad. El desierto nos invita á volar al cielo; el hombre es el único viviente que vé fuera de la vida y levanta de antemano su sudario. Habla á las voces que Dios hizo callar, confundiendo en su frente campestre los perturbados resplandores de la tierra con los tranquilos rayos sepulcrales. En el desierto, el espíritu que piensa vá sufriendo por grados la dilatacion inmensa del infinito misterioso y se sumerge en su fondo. Con calma saborea lo real y lo verdadero, y toda la grandeza que le rodea penetra en él confusamente. Sin darse cuenta de ello, camina, se doma y engrandece su razon, crece como la yerba en el campo y asciende como la aurora en el horizonte. Ve, adora, queda despavorido; oye el clarin del cielo y la música universal en el universal silencio. Con sus flores de puros cálices, con su mar alborotado, que besa como cómplice la boca áspera del escollo; con su verde llanura, con sus oscuros montes, con sus nieblas fugitivas, con su eco que repite todas las voces de lo desconocido, la soledad alumbra, inflama, atrae al hombre hácia los grandes imanes, y lentamente llena su alma de todos los deslumbramientos. El corazon del hombre palpita y vibra, abriendo las alas, abriendo los ojos; es extraño pájaro, que es más libre cuanto más le asegura el misterio. Siente el hombre crecer en él, más cada momento, la fé, el amor secreto y la memoria anterior que le llenaba de vasto olvido. Con inextinguible sed en su pasado vertiginoso ve revivir otras vidas; busca en el fondo de sombrías cúpulas las formas bajo las que él brilló, y oye que sus propios fantasmas le hablan. Comprende que la aventura de la vida solo es una aparicion, y exclama:—"Cada criatura es toda la creacion. Morir es conocer, y á tientas buscamos esa salida. Fuí, soy y debo ser. La sombra es una escala; subamos. La verdad es el centro; lo demás todo es apariencia ó ruido. Busquemos al leon y no al antro; vamos adonde el ojo fijo reluce.„ Siente que nace en él algo superior al hombre; siente, hasta en sus sueños, que en su sér poco á poco se vá infiltrando la claridad de los soles; éstos cesan de ser un problema para él; el astro es un misterio; él quiere conseguir algo más, y recibe de sus rayos la mirada que vá más lejos que los astros.

Mientras nosotros, que habitamos en las ciudades, creemos levantar un vasto vuelo cuando refleja en nuestras pupilas el espectro de una estrella de oro, y sábios de vista corta, nos abrasamos en el primer astro que pasa, como las mariposas con la luz de las lámparas, y olvidando lo necesario, satisfaciéndonos lo incompleto, creyéndonos bastante alumbrados con las claridades de fuegos fátuos, tomamos como á séres esos fantasmas celestiales, queriendo formar una ciencia con formas que desaparecen, no comprendiendo que para distraernos de la tierra, á la que el hombre está condenado, otro mundo, sombrío hermano de nuestro globo, como pájaro nacido en una jaula, que cuando huye vuela mal, no sabe encontrar el bosque y vuela de techo en techo; buscadores, cautivos de la nada, al pasar por la sombra tenemos la curiosidad inútil que tiene el arador por el gusano de luz, polvo que admiramos el polvo, perseguimos obstinadamente, siendo granos de ceniza, un rayo de luz, que huye por el firmamento. Mientras nuestra alma cansada se pára en el umbral del cielo y vá á picotear en el espacio una migaja del infinito, el pastor, ese frágil pasajero, ese pobre guardian del ganado que la catedral eterna abriga bajo su eterno pórtico, ese hombre que no sabe leer, ese amigo de los árboles que no conoce otra lira que la de los bosques y la de los vientos, cuya alma parece ahogada, vuela, y alcanzando lo que se propone, bebe con la copa de Orfeo en el manantial donde bebió Moisés. Ese pastor ignorante, indigente, solo en su Tebaida, sin maestro y sin guia, registra é interroga desde su tranquila morada á los cielos oscuros y á los horizontes azules; está solo cuando Mayo vacía su cestilla, cuando Octubre llena su cesto, cuando el invierno silba y ruge, cuando el mar combate á los navíos; está solo sobre el áspero montículo á la hora en que bajo el cielo dormido las Medusas del crepúsculo asoman vagamente los terribles rostros; está solo por la noche cuando sus cabras duermen, cuando la tierra y la inmensidad se cierran como dos inmensos labios, cuando aparece la primera claridad del dia; está siempre solo, olvidando en la contem-

placion de esos magníficos espectáculos, la pobreza de su traje, la frugalidad de su alimento, comparando la dulzura de las rosas con la dulzura de las ovejas, sondeando el sér, el amor, la muerte, las flores y los frutos; y viendo la aurora de lo ideal aparecer en esa noche, siente abrillantarse sus miradas, y sobrepujando á las demás criaturas y engrandeciéndose más cada momento, contempla tanto á la naturaleza, que ésta desaparece ante él, porque remontándose desde los efectos hasta las causas, la vista atraviesa el espejo y llega más allá; el que contempla mucho los objetos, concluye por no verlos, hija mia. La materia destruida desaparece ante los ojos de lince del espíritu; ver es rechazar; perseguir el enigma es olvidarse de la esfinge. El pastor no vé ya el gusano que se arrastra, la hoja muerta que arrastra el viento, la pradera, el manantial donde el pájaro bebe, ni la abeja, luz alada; ni la flor, perfume brillante; ni el árbol, en cuya dura corteza un dia el amante grabó su nombre, que hacen crecer los años á medida que hacen menguar su amor. No vé ya ni la viña con sus racimos maduros, ni la aldea con sus techos humeantes, ni oye el murmullo de los campos, ni el rugido de los mares, ni vé la blanca claridad de la aurora, ni los rayos rojizos del sol poniente, ni el monton de rica pedrería que constituye las constelaciones, ni los mundos, esquifes sin velas, ni en el cielo infinito y sin centro las innumerables estrellas; solo vé un astro; solo vé á Dios!

Mira y contempla á Dios, cuya vision para él es perenne, y se convierte en tumba y se convierte en templo, y el misterio irradia de su frente. Con sus miradas serenas, que ondean en la sombra, comprendió, conquistó y ama; es el alma viviente entre nuestros tenebrosos espíritus; cree y acepta, y nunca choca contra el escollo de la duda. La duda que rodea al vacío, borde que nadie puede traspasar, ante el que nos detenemos con estupidez, exclamando:—"Avanzar es caer„. La duda, peñasco á cuyo alrededor nuestros pensamientos van vagando y se alejan de los florecientes prados, alrededor del que van y vienen dispersas las cabras del espíritu. ¿Qué le importa á ese anacoreta, que vive en la caverna de la verdad, que el hombre crea en la claridad de la noche que le envuelve? ¿Qué le importan la filosofía, el cálculo, el álgebra, que en altas cimas petrifica el miedo al infinito? Claridades son que oscurece el humo. Esas mal llamadas ciencias, qué saben? ¿Qué sabe el ciego Ptolomeo ni el míope Newton? ¿Qué le importan todas esas cosas limitadas, grandes ó pequeñas? ¿La sombra que proyectan las chimeneas equivale á la sombra que proyectan los volcanes? ¿Qué le importan las larvas ni las cenizas que en rápidos torbellinos pueden adquirir las formas de los vivientes? ¿Qué le importa la triste seguridad de las criaturas en su ignorancia? ¿Qué le importa la bruma espesa del tiempo, ni la ilusion del espacio, ni la eterna espuma del mar de la creacion? Aspira, fuera de lo inabordable y de lo sobrehumano, las delicias de lo formidable, la áspera embriaguez de lo ideal; su sér se sumerge en el golfo azul, en el que sublimemente naufraga, murmurando sin cesar:—"Dios„. En contínuo éxtasis piensa, elevando los ojos y el alma á las alturas, en la imbecilidad de los labios que pronuncian cualquier otro nombre.

El pastor vé ese sol único que fecunda y que crea con la luz que comunica y que iguala al átomo con el gigante; que siembra de soplos, de olas y de rayos los torbellinos en la oscuridad; que llena de mundos luminosos la espantosa inmensidad; que muere en la sombra y en las brumas, fuerzas sombrías en las alturas, que hacen el ruido de yunques golpeados por martillos misteriosos. En la noche que rodea á los mortales, se reconoce en la tierra, por su claridad entre los hombres, al alma que reverbera á Dios, y el pastor se convierte en sér augusto. Hija mia, esa claridad, hermana de la que alumbra á los génios, que se compone de los rayos puros y de las armonías que flotan en todos los éteres, que es más hermosa en una cabaña, esa deslumbrante luz, esa blancura del corazon humano, se llama en el mundo Inocencia, antes de que el hombre luche con la tempestad, y Virtud, cuando el hombre sale vencedor de la borrasca.

Esto es lo que dá la soledad al hombre; le hace ver mejor á Dios, que consagra la oscuridad, dá esplendor al pastor que en ella se sume, y en las profundidades de su inmenso extásis te ilumina, oh verdad!

Dá al ignorante la verdadera ciencia, lo que el cedro vé, lo que adivina el olmo,

lo que la encina siente; Dios, el sér, el infinito, la eternidad y el abismo, se confunden en la oscuridad con el candor sublime del inocente pastor.

Del hombre, que solo es una lámpara, forma una estrella, y el pastor, vestido de andrajos, se convierte en mago; y hay momentos en los que ante las flores, que son el incienso del templo, y ante los árboles, que son sus columnas, aparece coronado con una tiara de astros y vestido con túnica luminosa.

Desconoce que posee esta grandeza sombría. Sentado alrededor de la hoguera, en la que arden zarzas y matorrales, se absorbe en sus pensamientos, y sin orgullo y sin envidias, se encorva y comprende así mejor, cerca del abismo de la vida, el abismo de la nada.

Por la tarde, cuando vé regresar hácia las aldeas á las espigadoras y á los leñadores cargados y los caballos de labranza que el trabajador trata á latigazos; cuando vé que pasan los forzados arrastrando sus cadenas, los soldados y los pescadores, envia á todos desde lo alto de la montaña la universal bendicion que saca del pozo insondable del amor.

Y mientras que permanece allí, viviendo en la colina, contento, llenando el valle, el campo, el techo de la cabaña, la yerba y la roca con la tierna majestad de su corazon inocente; si por casualidad pasa por allí uno de esos grandes espíritus, que el mundo combate y persigue, uno de esos espíritus que temen á un mismo tiempo á la tierra, al cielo, al hombre y á Dios, quizás ese pastor apacible, quizás puede lanzar sobre él alguna claridad profunda que le libre de esas tempestades y que le enseñe y le conduzca al puerto. De este modo, quizás la hoguera encendida en lo alto de las rocas la percibe desde el mar alguna nave que zozobra entre el cielo y el agua; y el reflejo rojizo de la hoguera la guia desde lejos, y las mismas llamas que calientan al pastor, sirven para salvar al navío.

IV.

Señalando á mi hija la hoguera del pastor y la luminosa estrella, continué hablándola de este modo:

—De esas dos luces que alumbran la oscuridad de la noche, una revela la existencia de un sol y la otra anuncia la existencia de un espíritu. Nos dan la medida de Dios, que es el único que concibe y que crea. El astro lo prueba y el espíritu lo vé. El alma es más grande que el mundo.

Niña, la hoguera del pastor confundida con esa alma, y ese astro, que dá esplendidez á la techumbre estrellada que guarda el relámpago y el trueno, esos dos faros del abismo, esos dos ojos de la noche, se miran en la inmensidad.

Se miran y se conocen; el astro envia al fuego de los bosques todas las enormidades del abismo, los besos del soberbio azul, el deslumbramiento de las visiones de Endor, y la hoguera del pastor envia á la estrella los extremecimientos de las briznas de la yerba.

La hoguera del pastor dice:—"La madre llora, el niño tiene frio, el padre hambre, el abuelo está fatigado; reina la oscuridad; la ascension es ruda, los pasos tiemblan, alumbrados apenas por la tenebrosa antorcha: el hombre anda titubeando en la cuna, y tropezando cae en el ataud„. La estrella responde:—"¡Es cierto!„

De la estrella y de la hoguera se desprenden dos rayos de luz fraternales, uno lleno de humanidad y el otro de cielo; Dios los coge y junta sus dos luces, y en su mano hace abrir, para los que le aman, un águila de llamas, de la que el rayo de luz de la tierra y el rayo de luz celeste forman las dos alas de la oracion.

Ingouville, Agosto 1839.

EN LA ACTUALIDAD.

1843-1855.

LIBRO CUARTO.

Pauca Mee.

I.

Pura inocencia, virtud santa, sois las dos eminencias del mundo, en las que crecen con libertad y sin temor las dos palmas de los dos combates. La palma del combate con la ignorancia y la palma del combate con la verdad; al través de su transparencia, el alma vé temblar esas dos claridades.

Sois sublimes, inocencia y virtud, hasta para la vista de los ojos apagados del perverso; en el azul del horizonte vuestras dos cimas se destacan, una al Levante y otra al Poniente. Sirven de guia al extraviado navío; una es faro, otra es antorcha; la una esconde en su sombra la cuna y la otra el sepulcro; son en el mundo, oscuro y desconocido para nosotros, el principio de la línea del destino que termina en el cielo. Nos enseñan, á pesar de los velos y de la sombra que velan nuestra suerte, que nuestras almas en su compañía ascienden hasta la region estrellada. Aclaran los problemas, predicen el dia siguiente; son las supremas claridades que reflejan en el sombrío abismo humano. El arcángel roza con sus alas la cúspide donde se sienta Jehová, y en la nieve eterna que la cubre se vé la huella de un solo pié: esa huella que nos guia, ese pié blanco que deja un rastro luminoso, ese pié rosado y desnudo es tu pié, amor!

Enero 1843.

II.

15 de Febrero de 1843.

Ama al que te adora y sé dichosa con él.—Adios!—Sé su tesoro, como hasta hoy lo fuiste para nosotros. Pasa, querida hija mia, de una familia á otra; lleva á ella la felicidad y déjanos el sentimiento. Queremos retenerte, pero el destino te conduce á otra parte; ángel mio, cumple con tu deber: déjanos la pesadumbre y llévales la esperanza de la dicha; sal del hogar doméstico derramando una lágrima; entra en el hogar nupcial desplegando una sonrisa.

En la iglesia, 15 Febrero 1843.

III.

Tres años despues.

Hora es ya de que repose; tanto me ha abatido la suerte, que solo deseo que me hablen de las tinieblas en las que nos dormimos para siempre: solo pido de hoy en adelante á la naturaleza y á la creacion silencio y tranquilidad. ¿Por qué impulsarme todavía á luchar? Terminé

mi tarea y cumplí mi deber; el que trabajó desde el amanecer, puede ir á descansar antes de que anochezca.

A los veinte años quedé entregado al duelo y á la soledad; mis ojos, inclinados hácia los céspedes del jardin, perdieron la cariñosa costumbre de ver á mi madre en la casa. Mi madre solo nos abandonó al morir, y ahora ya sabeis que busco inútilmente á otro ángel, que ha desaparecido tambien como ella. Sabeis que vivo desesperado, sin valor para resistir mi pesadumbre, y que hoy lloro como padre, yo que lloré tanto como hijo!

Me decís que no he terminado aun mi obra: como Adan desterrado, contemplo mi destino y comprendo que le he cumplido ya. El ángel que Dios acaba de arrebatarme, amándome nada más, me ayudaba. Constituia la felicidad de mi vida ver que me miraban sus ojos. Si Dios no hubiera querido concluir la obra que me hizo comenzar, si quisiera que siguiese trabajando, hubiera dejado mi hija en el mundo; me hubiera dejado vivir á su lado en el éxtasis que me embriagaba de misteriosas claridades.

Esas claridades, luces de otras esferas, oh Dios! ¿por qué permites que desciendan hasta nosotros, para arrebatárnoslas despues tan rápidamente? ¿Te imaginaste acaso que á fuerza de contemplarte perdia yo de vista á ese tierno y cariñoso sér, y que podia abandonarme sin que yo lo advirtiera?

¿Te imaginas, acaso, que el hombre, que es una sombra vana, pierde su humanidad si contempla con demasiada fijeza el esplendor sombrío que se llama la verdad? ¿Que puede herírsele sin que sufra, que el tedio mata su corazon, y que á fuerza de ver el abismo, no vé mas que el abismo que él encierra? ¿Que, estóico, se dirige adonde tú le envias, y endurecido ya para siempre, no gozando ya de alegrías en el mundo, no participa ya de sus dolores? ¿Imaginas que el alma tierna se abre á tí, para cerrarse mejor, y que los que más comprenden terminan por no amar?

¿Verdaderamente ¡oh Dios! has podido creer que yo prefiriera en la tierra el rayo deslumbrante de tu gloria á la cariñosa mirada de sus ojos? Si hubiera yo comprendido tus terribles leyes, si hubiera sabido que ni aun á los espíritus que te adoran concedes ni la dicha ni la verdad, antes que procurar levantar el velo que oculta tu faz á las miradas del mundo, hubiese preferido, lejos de tí, seguir un camino penoso, pero ser feliz llevando á mi hija de la mano.

Ahora solo deseo que me dejen tranquilo; que todo ha terminado para mí, y que nadie venga á reanimar el sentimiento que dormita en mi corazon. Me decís que es preciso que mi razon vuelva á despertarse; que tengo el deber de dirigir á las multitudes hácia brillantes horizontes; que en la época en que los pueblos se ilustran, los pensadores tienen que cumplir su mision; que el alma que arde en fuego puro, debe apresurar, con el resplandor que derrama, el adelantamiento sublime de la futura humanidad;

Veis que mis ojos se bañan en lágrimas, y descontentos de mí, quereis agitarme, como se sacude el brazo del hombre que duerme demasiado tiempo. Meditad lo que haceis! Quizás el ángel hermoso que he perdido, mientras me llamais á vuestras ruidosas reuniones, tenga frio dentro de su tumba; quizás lívida y pálida me mire y sorprendida me pregunte:—"¿Puede olvidarme mi padre?„

Cuando apenas resisto á todo lo que recuerdo, cuando estoy destruido, cansado y triste, cuando oigo que me dice:—"Ven!„ ¡pretendeis que solicite, cuando tan terrible perdida me amarga, los aplausos que siguen al poeta, los rumores que levanta el paladin! ¿Pretendeis que aspire todavía á deslumbradores triunfos, y que mezclado en la refriega penetre en ella ante los valientes con la vista elevada al cielo?... Oh, no!... ¡Mis ojos solo se fijan en la yerba espesa que crece sobre las tumbas!

10 Noviembre 1846.

IV.

En los primeros momentos se extravió mi juicio y amargamente estuve llorando tres dias. Vosotros á quienes Dios arrebató la más querida esperanza, padres, madres, que sufrísteis el dolor que yo estoy sufriendo, ¿experimentásteis lo que yo experimento ahora? Queria romperme la cabeza contra las paredes, me rebelaba contra todo, y habia momentos en que no creia en nada. ¿Por qué permite Dios estas desgracias sin nombre que conducen al mortal á la desesperacion? Me parecia que era víctima de espantoso sueño, que mi hija no podia haberme abandonado de ese modo, que la oia reir en su cuarto al lado del mio, que era imposible que hubiera muerto, y que de un momento á otro la veria entrar por la puerta de mi gabinete. Cuántas veces exclamé:—"Silencio! Está hablando! ¡Callad, que ya rueda la llave y vá á entrar! Tened paciencia! ¡Dejad que yo la oiga, porque indudablemente está en alguna parte dentro de casa!„

Marine-Terrace, 4 Setiembre 1852.

V.

Tenia la costumbre, cuando era niña, de entrar en mi cuarto apenas se levantaba; yo la esperaba como se espera el primer rayo de luz del dia. Entraba y me decia:—"¡Buenos dias, queridísimo papá!„ Me tomaba la pluma, abria los libros, se sentaba sobre mi cama, me desarreglaba los papeles y se reia; luego de repente se iba como un pájaro que pasa. Entonces, un poco más alegre, continuaba yo el trabajo interrumpido, y al seguir escribiendo, entre los manuscritos encontraba muchas veces algun arabesco loco, que ella habia dibujado, y muchas páginas blancas manoseadas, en las que, no sé por qué, estaban escritos mis mejores versos. Queria ella mucho á Dios, á las flores, á los astros, á los jardines; era un espíritu antes de ser mujer, y sus miradas reflejaban la claridad de su alma. Me lo preguntaba todo siempre que hablaba conmigo. ¡Oh, cuántas noches de invierno hemos pasado deliciosamente platicando sobre la lengua, sobre la historia y sobre la gramática; mis cuatro hijos agrupados en mis rodillas, cerca de mí su madre y algunos amigos, conversando al calor del fuego de la chimenea! ¡Pasando esa vida era feliz! Y ella murió! Ay! ¡Cuando estaba triste, me comunicaba su tristeza, y se me veia sombrío entre la algazara del más animado baile, si notaba que la más leve sombra empañaba la brillantez de sus ojos.

Noviembre 1846, dia de Difuntos.

VI.

Cuando vivíamos todos juntos entre frondosas colinas, por las que corre el agua y en las que tiemblan las malezas, en la casa situada junto al bosque, ella tenia diez años y yo treinta, y constituia para ella el universo.

Contribuia ella á que fuera próspera mi suerte, mi trabajo ligero y mi vida sonriente; cuando me decia:—"¡Padre mio!„ mi corazon daba gracias á Dios. Al través de mis innumerables fantasías, oyendo su voz alegre, se iluminaba mi frente en la oscuridad con la luz que vertian sus miradas.

Tenia el aspecto de una princesa; cuando yo la llevaba de la mano, caminaba buscando flores por la campiña y pobres por el camino; daba limosnas lo mismo que se roba, ocultándose á la vista de todos. Por la noche se acercaba á mi bujía charlando en voz baja, mientras en los enrojecidos cristales chocaban las mariposas nocturnas.

Los ángeles la miraban con deleite, como prediciendo la hechicera juventud, y el cielo colocó en sus pupilas esas miradas que nunca mienten. Siendo aun muy jóven, el cielo me la concedió; era el rayo de la aurora de mi vida, era la estrella de mi mañana. Cuando la luna clara y serena brillaba en el cielo de la primavera, íbamos á pasear por la llanura, íbamos á correr por los bosques.

Despues, sirviéndonos de guia la luz aislada que brillaba en la casa, regresábamos á ella por el valle, regresábamos alegres, ocupándonos de los esplendores del cielo, y yo iba formando su alma

como la abeja vá elaborando la miel: era un ángel de cándidos pensamientos que volvia riendo y corriendo á casa... ¡Todos estos recuerdos han pasado como la sombra y como el viento!

Villequier, 4 Setiembre 1844.

VII.

Era pálida, pero sonrosada; bajita, pero de larga cabellera. Decia muchas veces:—"No me atrevo„; pero no decia nunca:—"Quiero„.

Por la noche me tomaba la Biblia para hacérsela deletrear á su hermana, y como apacible lámpara, iluminaba el corazon de la otra niña.

En ese santo y admirable libro se fijaban los ojos de las dos; en él, una aprendia á leer y la otra á pensar.

Sobre la más pequeña, la mayor inclinaba la pura frente, como si fuera una madre, hablándola con extraordinario cariño,

---

Diciéndola:—"Has de saber mucho!„ y las manos de entrambas iban pasando página tras página á Moisés, á Salomon, á Ciro, á Moloch, el infierno que Jesús atraviesa ó el eden en el que se arrastra Satanás.

Yo oia con regocijo á las dos hermanas, y silenciosamente mis ojos se embriagaban con la inefable dulzura de las niñas.

Y en el gabinete desierto, donde encerrados los tres sentíamos entrar por la ventana abierta el hálito de las noches y de los bosques,

---

Mientras ellas leian con fervor los sagrados textos, sacando de ellos lo bello, lo verdadero y lo justo, me parecia que estaba oyendo cantar hosannas alrededor de nosotros, como en un templo, y ver en las manos de aquellos dos ángeles extremecerse el libro de Dios.

12 Octubre 1846.

VIII.

Quién nos tiene asidos? ¿Quién nos conduce? ¿Empujas tú, fatalidad, á la raza humana? Habla, cielo; ¿el alma depende de las estrellas? ¿Cada rayo de luz que baja de las alturas es un hilo de sombra que ata al hombre á los soles?

¿Acaso en nuestros espíritus, que tienen la sombra por guarida, volverán á entrar los delirios de nuestros padres? ¿Seremos acaso los vivos objeto de alguna controversia? ¿Querrá uno nuestra gloria y otro nuestra caida? ¿Cuántos son en las alturas?

En otro tiempo, en el fondo del cielo, á los ojos visionarios de los magos, dos espantosos poderes aparecian en la oscuridad: á cuál temer, á cuál rezar? Los manes extremecidos, los pálidos Zoroastros, veian dos inmensas manos que mudaban de sitio los astros en el oscuro tablero de ajedrez del cielo.

Pensamiento horrible! ¿El bien y el mal desde la bóveda celeste están suspendidos sobre nuestras cabezas? ¡Dios mio, sácame de esta duda! ¡Esfinge, dime la palabra del secreto! Esta idea pesa sobre nuestros ojos que dormitan. ¡Dichosos los que de repente se despiertan y de repente mueren!

Villequier, 4 Setiembre 1845.

IX.

¡No puedo desechar de la memoria su recuerdo, que alivia mi afliccion! ¿Conoceis la colina que une Montlignon á Saint-Leu, y en ella una casa casi escondida en un bosque?

Pues allí vivíamos.—Oia yo por las mañanas cómo mi hija, que era muy pequeña, jugaba alegremente bajo de mi ventana; corria sin hacer ruido para no despertarme, y yo no abria la ventana para no hacerla huir.

Sus hermanitos jugaban y reian con

ella... En la aurora de su inocencia todo cantaba meciendo sus frescas cunas; mi familia con la naturaleza y mis niños con los pájaros.

Cuando mi hija me oia toser, subia á mi cuarto, andando poco á poco, y me decia con aire muy grave que habia dejado jugando á los niños bajo mi ventana.

Que estuviese bien ó mal peinada, que yo estuviera triste ó alegre, siempre la admiraba. Era mi hada, y yo me miraba en sus ojos.

Por la noche, como ella comprendia que era la mayor, me decia:—"Padre, ven con nosotros; te traeremos tu sillon y nos contarás una historia„.

Entonces, recurriendo á la imaginacion, inventaba un cuento prodigioso, que oian los niños con las bocas abiertas.

Los cuatro, riéndose con el candor con que nos reimos á esa edad, veian en mis cuentos aparecerse gigantes muy estúpidos que vencian pigmeos que tenian mucho ingenio.

Para ellos era yo el Ariosto y el Homero de un poema desarrollado de una vez; mientras lo referia, su madre, viendo reir á los niños, era feliz.

Su abuelo, que estaba leyendo en un rincon de la estancia, algunas veces quitaba los ojos del libro para mirarlos, y yo, al través de los cristales de la ventana, entreveia un pedazo de cielo.

Villequier, 4 Setiembre 1846.

X.

Mientras el marino, que calcula y duda, pregunta al cielo qué camino llevan las constelaciones; mientras el pastor con ojos visionarios busca desde el bosque el camino que sigue la estrella; mientras el astrónomo, entre ardientes claridades, pesa un globo, que dista de él millones de leguas, yo busco en el cielo vasto y puro cosa diferente: pero ese zafir sombrío es un abismo oscuro, y de noche no se pueden distinguir en él los ropajes azules de los ángeles que se deslizan por el éter.

Abril 1847.

XI.

Vivimos, hablamos, vemos el cielo con sus nubes en las altas esferas; nos complace la lectura de los libros de los sábios antiguos; saboreamos á Virgilio y al Dante; vamos alegremente en carruaje á visitar algun sitio delicioso; la mirada de una mujer, que pasa por nuestro lado, nos agita; amamos y somos amados, felicidad de que no disfrutan los reyes; oimos el canto de los pájaros en los bosques; al despertarnos por la mañana nos abraza toda una familia, la madre, la hermana, la hija; nos desayunamos leyendo un periódico; pasamos el dia dedicándolo al trabajo, á la esperanza y al amor; pasamos la vida perturbados por las pasiones; dirigimos la palabra á tumultuosas asambleas; ante el fin que perseguimos, y que la suerte no nos deja realizar, nos encontramos unas veces débiles y otras fuertes, pequeños y grandes; somos ola entre el mar de la multitud y áncora en sus tempestades; todo llega y pasa; estamos de luto ó de fiesta; llegamos, retrocedemos, luchamos haciendo grandes esfuerzos... despues, reina en nosotros el vasto y profundo silencio de la muerte.

11 Julio 1846.

XII.

En qué pensaban los dos caballeros en el bosque.

La noche era oscurísima y el bosque estaba triste y negro. Herman, en las tinieblas, me parecia un espectro. Nuestros caballos galopaban á la ventura. Eran pesadas, marmóreas las nubes del denso horizonte, y entre el ramaje de los árboles volaban las estrellas como pájaros de fuego.

Me agobiaban los pesares. Herido por el sufrimiento, en el espíritu soberbio de

Herman habia muerto la esperanza. Me agobiaban los pesares. ¡Amores mios, dormid! Al atravesar aquellas soledades, Herman me dijo:—"Estoy pensando en los sepulcros que se están abriendo„, y le contesté:—"Yo pienso en las tumbas cerradas„.

Miraba él hácia delante y yo hácia atrás. Nuestros caballos volaban ligeros al través de la arboleda del bosque; el viento traia hasta nosotros los sonidos lejanos de la campana, que tocaba el Angelus; él me dijo:—"Estoy pensando en los que arrastran dolorosa existencia„, y le contesté:—"Yo pienso en los que han dejado de arrastrarla„.

Las fuentes murmuraban; ¿qué dirian las fuentes? Las encinas susurraban; qué susurrarian? Los matorrales cuchicheaban como antiguos amigos. Herman me dijo:—"Nunca duermen con sosiego los mortales; en estos momentos habrá ojos llorando y ojos en vela„. Yo le contesté:—"Y otros cerrados para siempre„.

Herman añadió entonces:—"Los que viven son desgraciados; los muertos son felices porque no sufren; envidio su fosa, en la que crece la yerba ó sobre la que se deshojan los árboles, porque de noche los acarician los astros, y la claridad del cielo serena á un mismo tiempo á todos los muertos en sus tumbas„.

Yo le contesté:—"¡Calla y respeta ese profundo misterio! Los muertos yacen acostados á nuestros piés debajo de la tierra; los muertos son los séres que te amaron cuando vivian; son tu hija, tu padre y tu madre; no los entristezcamos con nuestros sarcasmos, porque como nosotros oimos entre sueños, ellos oyen lo que hablamos„.

Octubre 1853.

XIII.

Veni, vidi, vici.

He vivido ya bastante, puesto que en mis aflicciones camino sin encontrar brazos que me socorran; puesto que ya no sonrio á los niños que me rodean; puesto que ya no me regocijan las flores;

Puesto que asisto sin alegría á la espléndida fiesta que á la naturaleza dá la primavera; puesto que he llegado á la situacion del hombre que huye de la luz y que siente la secreta tristeza que encierra todo lo del mundo;

Y ya que se ha marchitado en mi alma la serena esperanza, y ya que en esta estacion de rosas y de perfumes solo aspiro, hija mia, la sombra donde tú reposas; ya que ha muerto mi corazon, conozco que he vivido bastante.

Nunca rehusé cumplir el trabajo que yo debia en la tierra; abrí mi surco, formé mi gavilla; viví sonriendo, de pié, pero inclinado siempre hácia el misterio.

Hice lo que pude; serví, velé, y ví muchas veces que causaban risa mis sufrimientos, y me asombré de inspirar ódio por haber sufrido y trabajado mucho.

En la cárcel del mundo, de la que nunca se abren las puertas, sin quejarme, goteando sangre, triste, agotado, sirviendo de mofa á los forzados humanos, arrastré mi eslabon de la cadena eterna.

Ahora, con los ojos soñolientos, sin volverme cuando me llaman, estoy lleno de estupor y de tedio, como el que se levanta al amanecer sin haber dormido.

La modorra con que hoy vivo no me deja ni responder siquiera á los envidiosos que me atacan. Oh Señor! abridme las puertas de la cárcel para salir de ella y para desaparecer.

Abril 1848.

XIV.

Mañana, en cuanto raye el alba, en cuanto aparezcan sus primeros rayos, partiré. Sé que me estás esperando. Iré por el bosque, iré por la montaña; no puedo ya vivir más tiempo lejos de tí.

Caminaré absorbido en mi constante pensamiento, sin ver nada del exterior, sin oir ningun ruido, solo, con la cabeza doblada, con las manos cruzadas, y el dia para mí será noche.

No contemplaré ni los rayos del sol poniente, ni las lejanas barcas que descienden hácia Harfleur, y cuando llegue donde tú reposas, colocaré sobre tu tumba un ramillete de acebo y de brezo en flor.

4 Setiembre 1847.

XV.

En Villequier.

Ahora que Paris, con su empedrado y con sus mármoles, con sus techos y con sus brumas, está muy lejos de mí; ahora que estoy sentado bajo los árboles y que puedo pensar en la hermosura del cielo;

Ahora que puedo dominar la afliccion que se apoderó de mi vida; ahora que siento que la tranquila paz de la naturaleza penetra en mi corazon;

Ahora que puedo, sentado á la orilla del mar, conmovido ante la vista del tranquilo y sublime horizonte, examinar las profundas verdades y fijarme en las flores que bordan los céspedes;

Ahora, Dios mio, que acabo de adquirir la sombría calma de poder ver en lo sucesivo por mis propios ojos la fosa que oculta al sér querido, que duerme para siempre;

Ahora que, enternecido por los espectáculos que ofrecen llanuras y bosques, valles y rios, considerando mi pequeñez y admirando vuestros milagros, recupero la razon ante la inmensidad,

---

Acudo á vos, Señor, padre al que es preciso creer, y apaciguado ya, os entrego los pedazos de este corazon, lleno de vuestra gloria, que vos habeis destrozado;

Acudo á vos, Señor, confesando que sois siempre bueno, clemente y misericordioso, que obrais siempre con acierto, y que el hombre solo es un junco que agita el viento.

Confieso que el ataud, que se cierra para los muertos, nos abre el firmamento, y que lo que en el mundo tomamos por término es el principio;

Confieso de rodillas que vos solo, augusto padre, poseeis el infinito, lo real y lo absoluto, y que debe ser conveniente que mi corazon haya manado sangre, ya que así Dios lo quiso.

No resistiré nunca á nada de lo que me suceda, comprendiendo que esa será vuestra voluntad. El alma de duelo en duelo y el hombre de playa en playa, ruedan hasta la eternidad.

Los mortales solo vemos una de las dos fases de todo; la otra se sumerge en la oscuridad del misterio. El hombre sufre el yugo sin conocer las causas que lo ocasionan. Todo lo que vé es vano, inútil y fugitivo.

Vos haceis que el hombre encuentre siempre la soledad en cuanto avanza en su camino, y no quisísteis que poseyera la certidumbre ni la alegría completa en el mundo.

En cuanto posee un bien, la suerte se lo arrebata. Nada se le concede en su rápida existencia para que fabrique una morada y diga mientras viva:—"Esta es mi casa, este es mi campo, estos son mis amores.„

Debe ver poco tiempo todo lo que sus ojos vean; debe envejecer sin apoyo. Ya que esta es la ley de la vida, confieso que debe ser justa.

El mundo es sombrío; su inmutable armonía tanto la forman los lloros como los cantos; el hombre no es más que un átomo en esta infinita sombra, noche á la que ascienden los buenos y en la que caen los malos.

Vuestra augusta serenidad no puede descender hasta el extremo de compadecerse de todos los hombres, y no la perturba la muerte de un niño, que causa la desesperacion de su madre.

Yo sé que el fruto cae cuando el viento lo sacude, que el pájaro pierde sus plumas y la flor su fragancia, que la creacion es una rueda inmensa que no puede girar sin aplastar á alguno;

Los meses, los dias, las olas del mar y los ojos que lloran, terminan y pasan; es preciso que las yerbas broten y que los niños mueran, ya lo sé, Señor.

En el cielo, más allá de la esfera donde flotan las nubes, en el fondo de ese azur inmóvil y dormido, quizás creeis algo desconocido, en el que el dolor del hombre entre como elemento.

Quizás es útil para vuestros innumerables designios que séres hermosos y tiernos partan del mundo, arrastrados por el sombrío torbellino de oscuros acontecimientos.

Nuestros tenebrosos destinos comprenden que se rigen por leyes que nada desconcierta y que nada enternece. No podeis realizar súbitas clemencias que desarreglarian el espíritu tranquilo del mundo.

Os suplico, Señor, que os digneis leer dentro de mi alma y que os digneis considerar que, humilde como un niño y tierno como una mujer, vengo aquí á adoraros.

Considerad tambien que desde tierna edad he trabajado, he pensado y he luchado, explicando la naturaleza al hombre que la desconoce, ilustrándole con la claridad que hicísteis descender hasta mí;

Que, afrontando los ódios y las cóleras, cumplí en el mundo mi tarea, y que yo no podia esperar que me premiáseis dejando caer vuestro pesado brazo sobre mi cabeza, ni que me arrebatáseis mi hija prematuramente;

Considerad que el que es herido de muerte como yo lo fuí, es fácil que grite y que blasfeme y que os lance imprecaciones, como el niño que arroja piedras al mar;

Considerad que cuando sufrimos dudamos; que acaban por cegar los ojos que lloran; que cuando la afliccion nos sumerge en lo más profundo del abismo, no os vemos y no os podemos contemplar;

Y que cuando el mortal zozobra en la mar profunda de las aflicciones, no puede conservar en su espíritu la tranquilidad diáfana de las estrellas.

Ahora, yo que fuí débil como una madre, me inclino á vuestros piés ante la bóveda celeste y siento que ilumina mi amargo dolor la mirada bienhechora que tendeis hácia el universo.

Señor, reconozco que delira el hombre cuando murmura contra vos, y cesé ya de acusar y de maldecir, pero permíteme que llore mi desgracia.

Dejad que caigan lágrimas de mis pupilas, ya que creásteis al hombre para que sufra los dolores del mundo; dejad que me incline sobre la fosa fria y le pregunte á mi hija si se apercibe de que estoy á su lado.

Dejadme que hable á sus inanimados restos, á la hora del crepúsculo, cuando toda la naturaleza calla, como si á esa hora mi ángel pudiera abrir sus celestes ojos al oirme.

Cuando envidiosamente recuerdo los dias que pasaron, nada puede consolarme en el mundo, porque no se aparta de mi memoria el cruel momento en que la ví abrir las alas y volar al cielo.

Estaré viendo hasta que muera el instante cruel en que, llorando inútilmente, exclamaba:—"¡La hija que ahora mismo veia á mi lado, nunca ya la volveré á ver!„

No os irriteis conmigo, Señor, si tengo

presente siempre tan horrible momento; mi llaga está siempre desangrándose; la angustia nunca me abandona, y mi corazon se somete á su destino, pero no se resigna.

No os irriteis! En este valle de lágrimas, al llanto estamos sujetos los mortales, y nos es muy difícil hacer olvidar al alma los profundos dolores.

Necesitamos á los hijos, Señor, cuando en la mañana de la vida, entre las miserias y la sombra que proyecta nuestro destino, vemos aparecer la cabeza pura y alegre de un sér cándido, tan hermoso, que nos parece que al verle entrar se abre para nosotros una puerta del cielo.

Cuando hemos visto durante diez y seis años, de ese delicado sér irse desarrollando la gracia y la razon; cuando era la alegría de la familia y de la casa; cuando era el único tesoro que nos quedaba de cuanto acarició el deseo, considerad, Señor, que es muy triste perderlo para siempre.

Villequier, 4 Setiembre 1847.

XVI.

La muerte.

Yo ví á esa segadora, cuando su inmenso campo recorria con velocidad segando y destruyendo, atravesarlo durante el crepúsculo como un negro esqueleto. En la oscuridad, en la que todo parece que tiemble y que retroceda, seguia el hombre con la vista los resplandores de su guadaña. Caian los vencedores bajo sus arcos de triunfo; trocaba á Babilonia en un desierto, el trono en cadalso, el patíbulo en trono, las rosas en estercolero, los niños en pájaros, el oro en ceniza y los ojos de las madres en arroyos. Las mujeres decian llorando:—"¡Devuélvenos á nuestros queridos niños! Para llevártelos tan pronto, ¿por qué vienen al mundo?„ Oíase inmenso y universal sollozo en lo más alto y en lo más bajo de la tierra; manos con dedos huesosos salian de miserables lechos; frio viento zumbaba en innumerables sarcófagos; espantados los pueblos por las persecuciones de la fatal guadaña, parecian un asustado rebaño que huye; esa segadora esparcia por todas partes el dolor, el espanto y la mortandad; pero detrás de ella, un ángel con luminosa faz se sonreia llevando en las manos un haz de almas.

Marzo 1854.

XVII.

Cárlos Vacquerie.

No se dirá que ese hombre jóven se abrió con sus manos el espantoso féretro, donde mora la aborrecida sombra; ni que haya en el abismo de la muerte, de sus juveniles años, llenos hasta los bordes, derramado la dorada copa;

Ni que su madre, pálida y trastornada, haya visto llevar á su casa, cubierto con un sudario, á ese hijo, poco há brillante como la luz del dia y ahora lívido y frio, como lo dejaron las manos asesinas de la muerte;

No se dirá que ha muerto de ese modo su corazon delicado y lleno de amor, que habia entregado á mi ángel, al que siguió á las alturas, sin que la voz del padre hable de rodillas á ese sér que acaba de caer en la tumba.

No se dirá nunca que he callado al ser testigo de tanto amor y de tanta virtud, cuando me afligen innumerables sufrimientos; no se dirá que no enciendo blandones á su ataud y que no hago resonar en su tumba mis agradecidas estrofas.

Como le fué imposible salvarla, quiso morir tambien. ¡Bendito seas tú, que jóven, en la edad de las brillantes esperanzas, pudiendo sobrevivirla y gozar de la primavera de tus veinte años, quisiste seguirla al sepulcro!

El alma cariñosa de aquel ángel se habrá extremecido de alegría en el momento supremo de verse abrasado por tu fiel desesperacion, y habrá visto con cariñosa angustia que tú te dirigias hácia ella.

Ya que fuiste tan cariñoso y tan magnánimo, que en tu juventud, por cariño, quisiste dejar el mundo por ella; que Dios vele siempre por tí en la noche que te sepulta, que te bendiga en la fosa donde yaces; duerme, hijo mio, al lado de mi hija!

Bendito seas! ¡Que la brisa y que los pájaros de los bosques canten al pasar por tu mansion sombría con su más melodiosa voz; que el manantial te llore con sus gotas de agua; que las frescas campanillas se enramen en tu tumba, como una caricia de la naturaleza!

Nadie iguala en el mundo y nadie supera en el cielo á los héroes radiantes que se sacrifican por el amor; el génio tiene fijas las miradas en los entusiasmos que le proporcionan los triunfos; pero aventajan á los génios los héroes del corazon; el ángel vuela más alto que el águila.

Dormid, sombras queridas, en la paz serena del sepulcro; dormid al arrullo de las rugientes olas, mientras el hombre vive inquieto y sufre los aquilones que lanzan á los vivos al través del destino y á los marinos al través del oleaje.

O por mejor decir, ya que la muerte no es un pesado sueño, volad los dos en el luminoso abismo por los profundos barrancos de la alegría, en los que el justo que muere es como un sol levante, en los que la muerte es para ellos una azucena viva, en los que llamea la espada del ángel.

Huid, volad lejos del mundo oscuro y franquead el éter luminoso con alas rápidas; volad lejos de este mundo, que es crudo invierno sin claridad, hácia la radiante y eterna region, en la que es golondrina el alma humana.

Sombras ausentes y queridas, ya no os veremos caminar por las verdes pendientes de las colinas y por entre árboles frondosos, diciéndoos en voz baja frases cariñosas, en la estacion de las canciones, de las lilas y de los nidos; ya no ireis derramando sonrisas ni cogiendo flores;

Villequier, Caudebec y sus frescos valles ya no os oirán decir:—"¡Vamos, sopla el céfiro y el Sena está muy hermoso!„ Esos deliciosos sitios deben haberse quedado muy tristes. Las atrevidas gaviotas ya no exclamarán:—"Es él!„ Las flores ya no exclamarán:—"Es ella!„

Dios, que cierra la vida y que abre el ideal, hará flotar para siempre vuestro nupcial lecho bajo la eterna bóveda que sostienen luminosas columnas; al arrebataros del mundo os arrebata al sufrimiento, y al privaros de los jardines llenos de flores, os lleva á los cielos, llenos de astros.

Os ha elegido Dios para aumentar la tribu de los espíritus puros. De la copa amarga, donde no habeis bebido, nosotros apuraremos hasta las heces; mientras nosotros vivimos sollozando y vertiendo lágrimas, vosotros, embriagados con vuestra recíproca dicha, vivís en celestial deslumbramiento.

Vivid y amad, ya que poseeis la felicidad infinita. Solo los ángeles, que bendicen y que son benditos, saben el éxtasis y la dicha que bajo los sagrados velos causa el eterno beso de dos almas que Dios de repente trueca en dos estrellas!

Jersey, 4 Setiembre 1852.

LIBRO QUINTO.

En marcha.

I.

A Augusto Vacquerie.

Tú, que eres su hermano, sé el hermano de mi hijo; corazon digno que afrontas la cólera del destino, sigue á mi lado el camino inexorable de la vida, y que tu madre sea mi venerable hermana. Tu

hermano duerme el sueño eterno, y nosotros, en la noche de nuestra mala suerte, á la sombra del deber, caminaremos guiados por la claridad que sale de su sepulcro. Llegará un dia, cuando se estudie nuestra misteriosa época, en el que, enternecidos los soñadores, pasearán sus miradas, desde tí, que representas la abnegacion, hasta él, que representa el sacrificio. Habitamos el lúgubre edificio de la esfinge y estamos ligados á su mudo pedestal; todos queremos comprender la fatal palabra de su fatal enigma. ¡Sombríos lugares, en los que suena el murmullo del rio, tumbas gemelas al pié del verde collado; poeta que cuando viste abrirse bruscamente el abismo en mi mala suerte, sin retroceder, sin temblar, con la antorcha que llevas encendida y con la frente luminosa, te arrojaste tranquilo en el fondo de su precipicio, tu magnanimidad te atrae hácia mí y nuestros mútuos dolores nos encadenan! Nobles hermanos, confúndanse vuestros nombres con los nuestros, ya que habeis querido participar de nuestras tinieblas, ya que habeis penetrado en nuestras bóvedas fúnebres, ya que os habeis aproximado á nosotros en las horas amargas, ya que habeis aceptado nuestra infausta suerte, ya que habeis seguido sin temor al peligro ni al abismo, él, á mi hija en la tumba, y tú, á su padre en el destierro.

Marine-Terrace, Setiembre 1852.

II.

Al hijo de un poeta.

Niño, deja entregado al mar inquieto el que náufrago, sea tribuno ó rey; deja que se vayan los poetas, que la poesía se queda á tu lado. Te calienta, te inspira, porque de la poesía tu madre es la sonrisa y tu padre el rayo brillante.

Derramando lágrimas me preguntas dónde voy y por qué parto. No lo sé; el mar es inmenso y el destierro puede ser en muchas partes. ¡Dios nos quita lo que nos concede! Adios, pátria!

Adios, pátria! El proscripto ni siquiera es su huésped; solo es una aparicion. Entra, se sienta, se lava, coge el bordon y se vá. Pasa la vida errando de playa en playa por donde Dios le guia.

Conserva, niño, en tu infantil imaginacion ese misterioso recuerdo que viste durante una tempestad pasar como un relámpago por el horizonte. El proscripto, acostumbrado á choques violentos, pasó durante la furia de la borrasca. De dónde salia? De las nubes. ¿Dónde se hundió? En la oscuridad de la noche.

Bruselas, Junio 1852.

III.

Versos escritos en 1846.

> Os he conocido niño en casa de vuestra respetable madre y aun somos algo parientes, segun creo. Aplaudí vuestras primeras odas tituladas *La Vendée* y *Luis XVII*. Desde 1827, vuestra oda titulada *A la Columna* os ha hecho desistir de las sanas doctrinas; abjurásteis de la legitimidad, y la fracción liberal aplaudió vuestra apostasía; lo deploré. Hoy habeis llegado hasta la demagogia pura; estais en pleno jacobinismo. El discurso anárquico que pronunciásteis sobre los asuntos de Galitzia es más digno del tablado de una Convencion que del tribunal de una Cámara de pares. Seguís un camino de perdicion. Qué es lo que ambicionais? Olvidando vuestra adolescencia monárquica, qué quereis? ¿á dónde os dirigís?
>
> (El marqués de C. de C.—Carta á Víctor Hugo, Paris 1846.)

I.

No olvido, marqués, que íbais á casa de mi madre, que me hacíais recitar algunas veces la gramática, que me traíais siempre bombones exquisitos y que éramos primos. Erais entonces viejo y yo niño; me tomábais en brazos, y entre dos ditirambos que entonábais en loor de Coblentz y de los reyes, me referíais alguna historia de lobos, de pueblos castigados, de ogros, de jacobinos, historias auténticas y formales, que me tragaba al mismo tiempo que los bombones y que devoraba con muy buen apetito cuando yo era niño y realista.

Era yo un niño apacible, era la semilla de un hombre honrado y lleno de ilusiones, crédulo, sencillo, recto y puro, con los ojos fijos en el ideal, tartamu-

deaba mis primeros versos, á los que encontrábais, marqués, cierto dejo salvaje, porque las Gracias os habian nutrido en su alcoba, pero que, sin embargo, os hacian exclamar:—"Están bien! Están bien! Este niño es un poeta que nace!„, y mi madre quedaba muy satisfecha y muy complacida.

Recuerdo todavía el acento de la voz con que mi madre os saludaba cuando veníais á casa. Aurora, Abril, alegría, dónde están ya vuestras sonrisas? ¿Dónde está el sonoro timbre de aquella voz idolatrada? ¡Habeis desaparecido como las hojas de los árboles, besos de mi madre! Hoy levanto como ayer la misma frente sombría y pensativa, pero arrugada; le falta el calor de aquellos besos.

Teníais ingenio, marqués. Despues de haber sufrido el flujo y el reflujo, la fortuna y la desgracia, os quedásteis con el alma muy limpia, y ya rico, ya pobre, siendo escudero de María Antonieta ó siendo emigrado, en aquellos tiempos calamitosos pudísteis soportar el calor y el frio del destino. Odiábais á Rousseau, pero os gustaba Voltaire; Pigault-Lebrum satisfacia vuestro gusto, pero Diderot creíais que merecia la picota. Detestábais á Mad. Dubarry, pero divinizábais á Gabriela de Estrée. Como la literata marquesa de Sevigné no se asombraba, á pesar de su sexo, de ver balancearse entre los árboles y al soplo de los vientos á los campesinos que ahorcaba el duque de Chaulnes, no os preocupaban los ganapanes que la fuerza pública castigaba, ni los pobres que la justicia hacia perecer. Antes del año 89 érais galan incendiario, que arrastrábais espada, y los polvos de la peluca os blanqueaban la espalda cubierta de terciopelo, y caminábais sobre el pueblo con pasos lívidos, pero pesados.

Aunque los antiguos abusos no os perjudicasen, cuando érais jóven, como la nobleza de esa época, acariciábais la idea de que llegase una revolucion insignificante, y corríais á su encuentro siguiendo á Talleyrand; el mónstruo os pareció al principio bastante agradable, y le sostuvísteis en vuestros brazos en la pila bautismal, acariciando alegre al recien nacido: aprobábais la Liga ó la Fronda, el remedio al déficit, el protesto, sin conocer á fondo lo que eran estas cosas; pero aplaudíais cuando Lafayette puso á Leviatán sus primeros pañales. Más tarde os asustásteis al ver á buena luz la belleza del tigre Mirabeau. Y referíais, murmurando al calor del fuego de la chimenea, que Paris se arrancaba del pecho la Bastilla, y que en el arrabal de San Antonio, desarrapado y descalzo, el populacho salia como un espectro de la tumba, lleno de indignacion por el oprobio que hasta entonces habia sufrido; referíais los acontecimientos del 20 de Junio, del 10 de Agosto, del 6 de Octubre, y recitábais las coplas que Boufflers improvisaba sonriéndose cuando aparecian los primeros relámpagos de la revolucion.

Porque vos érais de los que al principio no comprendieron, ni lo que queria la Francia, ni la gravedad de la tempestad que en ella empezaba á rugir; érais de los que se mofaban de los primeros truenos; de los que la creian un juego sin trascendencia, un insignificante motin, y que cuando en el celaje negro empezaba á lanzar relámpagos, cuando, acurrucada á las puertas del insondable misterio, la revolucion se levantaba formidable, sin ver sus uñas feroces ni sus miradas fieras, no pudiendo distinguir bien en la oscuridad su faz extraña, escéptico y casi burlon, jugueteábais haciendo charadas con la terrible esfinge.

Vosotros nos decíais:—"Es lástima que á los miserables y á los descontentos, que tan rabiosos estaban, no se les hubiera refrenado cuando aun era hora. Quizás una transaccion lo hubiera podido salvar todo. ¿No pudiéramos habernos quedado nosotros con la libertad y el rey con la monarquía? ¡Hubiera sido grandioso el pueblo si hubiera podido conservar el trono!„ Más tarde os quedásteis tristes y cariacontecidos, exclamando:—"Los hombres más sábios no han conseguido salvar la antigua monarquía; trono y corte han muerto; los grandes reyes, el Paris-Babilonia, la Montespan, Marly, la Maintenon y Saint-Cyr!„—Entonces llorábais.—Pero Dios mio, ¿acaso podian triunfar los hombres que deseaban perpetuar, combinando veinte regímenes diferentes, las leyes que nos magullaban, los abusos que nos hacian ruborizar, los vetustos

códigos, las antiquísimas costumbres, el derecho divino, y calzar la revolucion con la monarquía? Pues la garra del leon reventó esa babucha.

II.

Despues os perdí de vista; cualquier viento que sople dispersa nuestros destinos, nuestros dias, nuestra razon y nuestros corazones á los cuatro puntos del horizonte; cada hombre, en la oscuridad que lo envuelve, se dirige hácia su luz. La segunda alma se nos ingerta en la primera; es siempre el mismo tallo, pero con otra flor. Desde que no nos hemos visto he conocido los combates, el trabajo y el dolor, los amigos falsos, esos lazos que se convierten en culebras; he sufrido afliccion tras afliccion, he dado á luz obra tras obra, y os habia olvidado, marqués, no quiero ocultároslo. De repente oigo pasos dentro de mi casa; son los vuestros; oigo una voz, es la vuestra, y esa voz me llama apóstata, á mí, que me he creido apóstol! Sí, sois vos; miedoso hasta el punto de encolerizaros, sois el antiguo marqués medio sorbido por el terror, que está arengando y sacando solo medio cuerpo por la boca de esa hidra que se lo traga. Conservando siempre nuestras edades un largo intervalo, sigo siendo niño para vos, que érais en aquellos tiempos viejo, y no viéndome más que al través de la niebla, me gritais enfurecido y con las mejillas encendidas:—"¿Qué es lo que pretende ese bandido?„ Y con el dedo temblando me señalais á vuestros antepasados, y furioso me recordais á mi madre, prorumpiendo en estas exclamaciones:—Qué vergüenza! Qué anarquía! ¡Qué infamia! ¡Siglo espantoso, en el que nadie quiere estarse quieto!„ Preguntándome el por qué de mi modo de pensar, removeis todos los cadáveres que yacen en la tumba, me citais á Lambese, á Marat, á Charette y á Robespierre, y me decís de un modo poco cortés que soy un perdido liberal, que soy un monstruoso jacobino, pidiéndome cuentas de dónde voy, de lo que hago y de lo que pienso.—Pues bien, os contesto que he crecido desde entonces.

Por haber nacido casualmente entre el grupo de hombres que solo veian infiernos, Gomorras y Sodomas fuera de las antiguas costumbres y de las antiguas leyes; porque mi madre, en otros tiempos, en la Vendée, salvó en un solo dia la vida á doce sacerdotes; porque nací en la ignorancia de mis antepasados, y siendo niño aprendí al principio todo lo que ellos me quisieron enseñar; porque fuí un pájaro cogido en el pasado como en un lazo, y antes de poder volar libremente tuve que dejar algunas plumas en la jaula; porque lloré—y lloro todavía—la muerte del niño Luis XVII; porque siendo adolescente me enseñaron á falsa luz, poco la Francia y demasiado la Vendée; porque elogié el heroismo de los bretones, á Chouan y no á Marceau, á Stofflet y no á Danton; porque los bravos campesinos me ocultaban á los grandes hombres; porque al principio no supe leer la época en que nos encontramos; porque mis primeros vajidos los dí aplaudiendo á la monarquía, ¿debo permanecer siempre terco en la imbecilidad?... Debo gritar al siglo: "Atrás!„ Debo decir al pensamiento: "Retrocede!„ Debo decir á la verdad: "Vete, desvergonzada!„ En el seno del inmenso torbellino de la naturaleza, ¿debo por eso llevar siempre el cabestrillo de la ignorancia y encerrarme en Loriquet y amurallarme con La Harpe? ¿Debo existir sin ser y mirar sin ver? ¿Es indispensable que para mí durante toda la vida, cuando aparezca la noche, en vez de estrellarse el cielo se llene de flores de lis?...

III.

Escuchadme. He vivido bastante y he pensado mucho. Las desgracias de la vida me han corregido cariñosamente. Mi niñez cayó en vuestras manos y conseguísteis que mis pensamientos se curtieran con los vuestros; yo fuí la rueda y vos érais el eje. La verdad, la justicia, Dios y todas las claridades que la razon nos dá, me las hicísteis ver al sesgo vos y los que me rodeaban; pero os lo perdono, marqués. Caminaba torcidamente y supe encontrar el camino recto. Pensar es el derecho augusto de la vida. Dios toma al hombre cuando es niño por la mano y le invita á la escuela que en los campos y en los bosques tiene abierta, para que acudan á ella á un mismo tiempo todos los séres. Acudí y pensé cerca de las olas, cerca de los árboles, y las primeras cóleras de mis odas imberbes nacieron de ellas mismas al marchar cayendo detrás de mí. Al mismo tiempo que falseábais mi lira, marqués, me escapaba de vuestro lado para ir á apren-

der á leer el geroglífico enorme del universo. Desde niño acudia á hojear las páginas abiertas de los campos, probando á deletrear esa Biblia en la que se encuentra lo delicioso y lo terrible; libro que está escrito en el azur, en las olas, en los caminos, con flores, con vientos y con estrellas, y que en su mano encierra toda la creacion; prodigioso poema, en el que el rayo acentúa la noche y en el que el Océano subraya el infinito. En los campos, á la sombra de las enormes encinas, era yo más fuerte, más tierno y más libre. Me ponia en equilibrio con el mundo; trataba de saber, tembloroso y deslumbrado, si dice no la sombra al astro que dice sí; trataba de apoderarme del sentido de las frases sombrías que escribian á mi vista las formas y los números, y viendo en toda la naturaleza grandeza, vida, amor y libertad, comprendí este texto: "Dios„; su contrasentido: "La monarquía„.

La naturaleza es un drama con sus personajes; vivia yo en ella, y oia, como testimonio de lo que estoy diciendo, á las aves, á las azucenas, al agua corriente y á la noche que aparecia. Despues me dediqué á deletrear al hombre, que es otro alfabeto.

Se me presentó el mal poderoso, alegre y triunfante; solo me agobiaba la sed de ser justo; como se detiene en el camino á un fugitivo, juez indignado, me apoderé del corazon humano y le pregunté:—"¿Por qué rebosan en tí la hiel, la envidia y el ódio?„ Y vacié los bolsillos de la vida: solo encontré dentro de ellos aflicciones, miseria y tedio. Ví que el lobo, al comerse el cordero, decia: "Me molestaba„. Ví que la verdad cojeaba, que el error tenia una altura de cien codos y que apedreaban á todas las ideas nuevas. Ví que reinaba la noche de la ignorancia, que cargaba de cadenas á Cristo, á Sócrates, á Juan Huss y á Cristóbal Colon. Ví que eran desgraciados los apóstoles y los tribunos. Tuvieron mucho cuidado en disfrazarme la historia, pero yo la busqué y la leí; comparé entonces el alba con la noche, el Noventa y tres con la Saint-Barthelemy; porque ese Noventa y tres que os hace extremecer, que debió venir, pero que ya no volverá, es la claridad de la sangre que se confunde con la aurora. Las revoluciones que sobrevienen, para vengarlo todo, causan un bien eterno y un daño efímero. Las revoluciones solo son la fórmula del horror que durante veinte reinados se acumula. Cuando el sufrimiento se extiende por todas partes; cuando los que gobiernan los reinos hacen durante mucho tiempo sobre los oprimidos vasallos volver el Bajo imperio y la Edad Media, formidable engranaje del Mediodía con el Norte; cuando la historia se reduce á un monton de ahorcados, á Crecys y á Rosbachs, que sirven de pasto á los cuervos; cuando el pié de los perversos aplasta las cabezas de los pobres que mueren en la miseria; cuando se vé en los dos extremos de la espantosa Babilonia á Luis XI con Tristán y á Luis XV con Lebel; cuando el haren es príncipe y el patíbulo ministro; cuando la sangre de Jesucristo cae inútilmente gota á gota durante ochocientos años; cuando la ignorancia pretende cegar el porvenir; cuando el hombre vé que nada puede contra el destino y vé desaparecer sus esperanzas; cuando se consuma á la vez el suplicio de todos; cuando por todas partes se vé la guerra y el ódio, entonces llega un dia en que de repente las reclamaciones de los miserables, bajo la forma del gigante espectro del dolor, salen de los abismos; se oye un grito espantoso en las alturas; los mundos sociales chocan sus ecuadores; todo el espantoso presidio de los párias se subleva, y en su desencadenamiento se oyen chasquear los látigos, ruido de cadenas y de espadas, aullidos, sollozos y todo el extrépito siniestro del pasado. Dios dice entonces al pueblo: "Levántate!„, y vibrando el toque de rebato, sacuden sus cuerdas sepulcrales la iglesia y sus campanarios, el Louvre y sus campanas, y Lutero derriba al Papa y Mirabeau al rey. Y todo está terminado. De este modo se hunden los mundos antiguos.

IV.

Los reyes son los que abren los abismos, pero la mano que sembró se niega á aceptar la cosecha; el hierro dice que se subleva la sangre ardiente. Hé aquí lo que me enseñó la historia. Esto es cruel, pero debo confesaros que la razon mató en mí el realismo y me convirtió en jacobino. Qué le hemos de hacer! El reverso del Luis cuya fisonomía adorais me dá miedo. Pensando como pienso ahora, sé que disgusto á vuestra antigua fé, á vuestra causa eterna, á vuestros dogmas, á vuestros antepasados y á vuestros dioses, y que excito en vuestra

anciana inmovilidad el antiguo reumatismo que se llama monarquía. Pero no puedo pensar de otra manera. No puedo creer ya que los reyes sean propietarios de los demás hombres, y no creyéndolo, cumplo mi deber confesándolo. Marco Aurelio escribia lo siguiente:—"Ayer vivia equivocado; pero hoy, que he comprendido lo que es justo, he abjurado mis antiguos errores.„ Aunque solo soy un átomo, obro como Marco Aurelio. Marqués, desde hace veinte años solo me consagro á un pensamiento que ocupa mi espíritu: á servir la causa de la humanidad. La vida es un tribunal, al que se lleva á la barra á los débiles emparejados con los perversos. He defendido desde entonces á los pequeños y á los miserables, en el libro, en el drama, en prosa y en verso, suplicando á los dichosos y á los inexorables; he rehabilitado al bufon y á los histriones, á los que sirven de escarnio á la humanidad, á Triboulet, á Marion, al lacayo, al forzado y á la prostituta; he pegado mis labios á los corazones heridos de muerte, como hacen los niños con las moscas que se están muriendo para que vuelvan á volar. He tratado de sostener todo lo que se caia; he procurado conseguir el perdon universal, y como obrando así irritaba á muchos, mientras los miserables me daban las gracias, he recogido muchas veces, al volar por las alturas, aplausos salvajes y rencorosos silbidos; reclamé los derechos de la mujer y del niño, traté de ilustrar al hombre, procurando que las escuelas reabsorban los presidios. Deseando toda clase de progresos, veia brillar menos que la frente de Paris la tiara de Roma. Ví que el espíritu humano era libre y el corazon del hombre esclavo, y quise emanciparle, y quise poner en libertad al amor. Combatí la horca homicida, combatí la pena de muerte como el antiguo Alcides; finalmente, voy á deciros la última palabra, marqués, ya que la ocasion se me presenta. El hombre puede renegar de dos maneras: ó haciéndose pagano, ó haciéndose cristiano. El error es una mujer cariñosa, pero grosera, que cuando se la abandona se enfurece y se cuadra de brazos; la verdad, que tan grata es para los buenos, es ruda y franca, y cuando se le hace traicion por el dinero ó por el poder, se convierte en un espectro que se nos aparece por las noches cuando estamos durmiendo; el error es una mujer descarada y la verdad es una Euménide.

El pasado se resiste á desaparecer; vuelve sin cesar sobre sus pasos, lucha, se enrabia, quiere agarrarlo todo con las uñas, hincha sus antiguas olas, hace rugir sus antiguas tempestades, vomita su ignorancia, llora, truena, relampaguea, aulla y muerde, pero el porvenir, sonriendo, le dice:—"¡Pasa, buen hombre!„

El inmenso apóstata del Ayer, marqués, se llama Mañana; llega Mayo y desaloja al invierno: ¿qué es una mariposa? el renegado del gusano. Falstaff se decide á hacer la vida del hombre honrado; pues es el apóstata de las francachelas: mis piés reniegan cuando dejan de usar las botas viejas, y el delicioso apóstata del ódio es el amor. Marqués, no os pareceis nada á los rudos y antiguos barones; sois un francés que habeis renegado de los celtas; abracémonos, pues, y confesad que estais demasiado iracundo conmigo.

V.

Nada en el fondo de mi corazon ha variado; sigo siendo siempre el mismo que vá recto hácia el deber desde que tuve uso de razon; que solo desea el bien, lo verdadero, lo bello, lo grande y lo justo; el hombre continúa siendo lo que era el niño; pero llegó un dia en que mi espíritu pudo volar y conoció el inmenso espacio que podia recorrer, y entonces cambió de horizonte, pero no de alma; no cambió nada dentro de mí, pero cambió todo lo que me circuia. Se me apareció la historia, y comprendí la ley de las generaciones buscando á Dios, siguiendo al Arca y ascendiendo por la escala inmensa, peldaño tras peldaño. Permanezco teniendo la misma vista, pero mirando otro cielo; ¿es culpa mia que el azur eterno sea más azul y más grandioso que una techumbre de Versalles? ¿Es culpa mia ¡oh Dios! si te extremeces en mi corazon al oir el grito de libertad? Si las miradas de algun hombre ven más aurora y más claridad, culpad de ello al alba solemne; tiene la culpa el sol, pero no las pupilas. Me preguntais:—"¿Dónde vas?„ Lo ignoro; pero voy. El camino recto nunca puede extraviar; veo el dia ante mí y detrás la noche; esto me basta para que siga caminando. Mi porvenir personal no me inquieta; me asaltan los hombres del pasado, los que combaten en favor de la ignorancia, y yo lucho con

ellos sin contar su número. La desgracia es la oscuridad de la noche, y en el recinto de la tierra los hombres y los cielos deben aparecer estrellados. Los últimos reyes comprendieron esta verdad cuando desaparecieron del trono. Nunca rehusé mis lágrimas al destierro, ni dejé de arrodillarme ante la tumba; consolé siempre á las grandezas desvanecidas; los muertos en sus ataudes me lo habrán agradecido; mi madre lo sabe esto muy bien, como sabe que cumpliré los nuevos deberes que Dios me encarga, porque desde su mortuorio lecho verá resplandecer la verdad. Mi madre sabe que hoy no vivo de quimeras, que mis ojos se han abierto al progreso, que me esperan peligros, reveses y sacrificios, y que estoy dispuesto á apresurar que llegue la hora del mejoramiento de la humanidad; mi madre sabe que, ya sea feliz ó desgraciado, aplaudido ó proscripto, vencido ó vencedor, nada distraerá mi corazon de su único objeto, ni mi voluntad, ni mis deseos, ni mis afanes. ¡Tumba santa de mi madre, tú lees la verdad de lo que digo en el fondo de mi alma!

Cualquiera que sea la suerte que me espere, en mí nunca la conciencia abatirá la frente; mi conciencia camina serena, digna é indestructible, porque apercibo, como consejo dado de lejos en la noche oscura y tempestuosa que me arrastra, la luz que vierten sobre mí los ojos de mi madre muerta!

Paris, Junio 1846.

III.

Post-scriptum en 1855.

Añado este post-scriptum despues de nueve años. Marqués, vivís? Sin duda habreis muerto. Pero desde donde yo estoy se puede hablar á los muertos... Veo que se abre vuestro féretro y que sale de él una voz que me pregunta:—"¿Dónde estás?„—"Fuera, como vos„.—"¿Has muerto tambien?„—"Casi, casi; vivo en el destierro; habito en una roca que rodea el mar, en un escollo que lamen las olas, bajo tenebroso horizonte, en el que recogen á los náufragos.„—"Pues bien; qué me dices ahora?„—"La soledad presenta siempre á mi alrededor la misma actitud; solo veo el abismo, el mar, el cielo que cubren negras nubes que caminan lentamente, el techo de mi casa se extremece durante la noche y le azotan el huracán y el granizo; parece que hayan clavado una gasa en el horizonte; desde lejos me lanzan insultos; las peñas se derrumban en cuanto poso los piés en ellas; el viento parece que tenga miedo de acercárseme, y solo se atreve á decirme, bajando la voz, el adios misterioso del amigo; el rumor de los vivos apenas llega hasta aquí; ha desaparecido todo lo que yo deseaba ver realizado, y sobre los dias de mi juventud, convertidos en fantasmas, he visto caer el pálido sudario del infinito.„—"Y qué más?„—"En un montículo, inmediato á las olas, he designado sitio para que me entierren; aquí solo llega el murmullo del mar„.—"Y qué más?„—"Lo demás que debo deciros es que estoy contento„.

Jersey, Enero 1855.

IV.

Desde lo alto de una roca caia gota á gota en el mar el manantial de una fuente, y el Océano le preguntó:—"Llorona, ¿á qué vienes aquí? En mi seno ruge la tempestad, y yo termino donde el cielo empieza; ¿qué necesidad tengo de tí, que eres tan pequeña, siendo tan inmenso?„ La fuente contestó al mar:—"Te doy silenciosamente, sin que nadie se aperciba de ello, lo que te falta, inmenso mar; una gota de agua que se puede beber.„

Abril 1854.

V.

A Luisa B.

Alma sublime, lira santa, ¿te acuerdas de los tiempos de éxtasis y de delirio, de los inocentes juegos y de las tinieblas de la noche que iban oscureciendo las colinas inmediatas? ¿Te acuerdas de los hermosos dias del pasado? ¿Te acuerdas de las encinas y de los niños?

¿Te acuerdas de los amigos, de la bulliciosa mesa, de la sincera risa de tu respetable padre, de nuestras querellas, hijas del cariño; del prado, del estanque, de la lancha, de la luna, de la brisa y

del canto alegre que brotaba de tu corazon, que hoy anegan las lágrimas?

El parque estaba cuajado de flores, aunque no ostentaba labrados mármoles. Recuerdo al noble anciano, que se destacaba entre los árboles, que yo veia algunas veces, sentado en un banco desde el amanecer, absorbido en la lectura de algun libro, á cuyo alrededor parecia vivir la sombra y cantar el bosque.

Despues se dormia en aquella dulce calma, en aquel agradable sitio, tranquilo y sereno, con el libro abierto al sol y con el alma abierta á Dios.

En el fondo de sus nidos, en las ramas de los olmos ó de los tejos, los pájaros admiraban la cabeza venerable del anciano, y alguno que se aproximaba, más atrevido que los otros, se acercaba saltando hasta él, como si quisiera robarle un cabello blanco para llevárselo al nido.

Despues, despertándose el anciano, se iba hácia la verja á buscar á mi niña y á juguetear con ella, y pasaban el tiempo los dos charlando de muchas cosas: ¡aquellos tiempos desaparecieron, y las rosas florecen allí todavía!

¿Y aun renaceis ¡oh rosas! en los mismos rosales y bajo la misma ventana? ¿Dónde están ya aquellos dos séres puros? ¿No eran hermanas vuestras aquellas dos almas desaparecidas, que vivian entonces y que se perdieron luego en el éter azul?

Sus sonrisas cándidas y sus palabras tiernas acariciaban ¡oh rosas! vuestras pintadas corolas, y se confundian con vuestros castos goces, y se convertian en perfumes en vuestros cálices y en rayos de luz en vuestro cielo.

Flores ingratas, ni teneis pesadumbre ni memoria; continuais regocijándoos al ver brillar la luz del dia; yo soy un hombre débil, pero no querria nunca conseguir una alegría constituida por tanto olvido.

Qué fueron todas nuestras ilusiones? ¿Qué se hizo el entusiasmo de mi pecho, y el hogar venturoso, y la doncella, y el anciano feliz, y los deseos de felicidad que yo sentia hácia tu padre y tú hácia mi hija?

¿Qué se hicieron los amigos de aquellos dichosos y pasados tiempos? Los que murieron y los que no han caido aun en ese Océano sin límites, los desvanecidos, que otra existencia reclama, y los que moran aun en el mundo, viven aun en mi alma, lo mismo que los muertos!...

Algunas veces veia en lo alto de la colina jugar á mis cuatro hijos y oia su risa y su algazara, y conmovido contemplaba esas auroras de mí mismo, que aparecian á lo lejos sobre la verdura de los valles y de los campos.

Corrian al azar por los prados matizados de flores, se llamaban unos á otros gritando, de sus juegos participaban las mujeres, y tú te reias, Armando. ¿Dónde están? La madre y el hermano murieron. Yo lloro y tú lloras; participamos de los mismos dolores.—Se van á casar; que venga un sacerdote: que vuelva á venir; que están espirando; que ya han desaparecido!

Nos arrastra el viento de la suerte por un mar alborotado. Quién sobrevive? Quién existe? Ese sordo murmullo es un toque fúnebre. Cada ola es un alma, y todas desaparecen. Un sollozo exclama: "Padre!„; otro grita: "Hija mia!„, y un gemido contesta: "Ay!„

Marine-Terrace, Junio 1855.

VI.

A vosotros los desterrados.

Vosotros los que le habeis seguido por este valle triste, por las orillas de este mar erizado de escollos, entre la pálida niebla eterna que sale de las olas, del horizonte, de la tempestad y de la suerte; vosotros que le habeis seguido en esta Tebaida, por esta playa desnuda, aislada y vacía, en la que no se vé más que el espacio áspero y silencioso, y soledad en la tierra y soledad en el cielo;

recibid en esta oscuridad, á la que acabais de llegar, queridos séres, hiedras de estos escombros; recibid, repito, la bendicion de estos sombríos desiertos. Estos sitios de desolacion os aman, se alegran de recibiros; este destierro os acaricia. Forzados del amor, compañeros y compañeras, que nos ayudais á arrastrar la cadena en este presidio, grupo indestructible de corazones leales y de espíritus dignos, madre, hija, hijos, amigo mio, recibid el suspiro del crepúsculo vago y sonoro, recibid la sonrisa del rocío matutinal, recibid el murmullo de los mares; os dá la bienvenida la áspera flor que crece en las dunas y el águila que huye del gentío, y los campos os regalan con su fragancia y los astros con su claridad.

Tiernos sobrevivientes de lo que acaba de caer, resplandores que oculta el gran eclipse del alma, santas alegrías que destierran los recuerdos penosos, cuando el triste proscripto se vuelve hácia el horizonte y exclama llorando:—"¿Dónde está la pátria?„, la familia le contesta:—"Soy yo„.

¡Es noble seguir fuera de la ley, fuera del mundo, al sér misterioso que viento fatal arrastra! ¡Es noble seguir al desterrado! El dia en que ese proscripto salió de Francia, lleno de angustia y de cariño, al abandonar la tierra madre, se paró durante mucho tiempo en sus límites, y vió que en el porvenir solo seria para los habitantes de aquel pais una sombra, y que iba á entrar en el silencioso reino donde el hombre que vá á él flota y se convierte en fantasma; decia á los arroyos:—"Conservad mi nombre„ y los arroyos corriendo le contestaban: —"No„. Decia á los pájaros de Francia: —"Tengo que abandonaros, y me voy á vegetar á un sitio en el que se muere prematuramente; me voy á vivir bajo el cielo negro del destierro: ¿vendreis á hacer vuestros nidos en los techos de mi casa?„ y los pájaros huian sin contestarle. Decia á los bosques:—"¿Me enviareis vuestras brisas?„ y los árboles le hacian signos negativos; porque el proscripto vive solo, y la multitud comprende muy tarde á ese habitante del abismo y de la sagrada sombra.

Marine-Terrace, 1855.



VII.

Separarse del error es apostatar. El presente no nace impunemente del pasado. La aurora sale de la noche y ésta la declara ingrata. Anitus exclamaba: —"¡Muera el apóstata Sócrates!„ Caifás exclamaba:—"Muera el renegado Jesús!„ Inclinando la frente, mientras que le escupen, Galileo, apóstata de la tierra inmóvil, pensando, la siente moverse bajo sus piés. Verdaderamente admiro que haya siempre sido la voluntad de Dios que en este mundo diéramos nuestro pensamiento, nuestro trabajo, nuestros dias y nuestras noches, nuestro corazon y nuestra alma, sin retroceder ante ningun martirio, para que llegue un dia en que ese mundo nos llame renegados.

Marine-Terrace, Noviembre 1854.

VIII.

A Julio J.

Durmiendo estaba y tú me despertaste: grato fué aquel instante en el que nos abrazamos confundiendo tus lágrimas, mi sonrisa y nuestras dos almas. Esos tiempos están ya muy lejos; por otros senderos se deslizaba entonces mi vida: el destino severo ¿qué hacia entonces de mí, de esta hoja muerta, que un viento arranca y que otro viento hace volar?...

Habitaba yo en una elevada casa flamenca; durante el dia, en el espacio, sobre los techos antiguos y humeantes, veia pasar ligeros nubarrones, mientras que yo meditaba, inclinado sobre el libro, en ese pasajero alado, en el tiempo, y sordo ruido, confundido con nuestros rumores, del que se escapan las horas, me atraia el sonido de las campanas de Bruselas. Todo lo que puede tentar al corazon ambicioso estaba allí delante de mí; á mi vista, en la austera y gigantesca plaza, tenia los cuatro puntos cardinales del espacio, que hacen pensar en el águila, en el astro, en las olas y en los montes, y tenia delante las cuatro losas del patíbulo de Egmont.

En la actualidad, viviendo en una isla, en la que los hombres no me ven, presenciando las aventuras de las olas, de las rocas y de los mares, que destrozan las barcas y á los marineros, de pié y desmelenado en el cabo ó en el muelle por las terribles ráfagas que salen de la boca del Polo, vivo vagando y soy la voz siniestra del horizonte.

Y á través de la distancia y de las brumas, los volúmenes que acabas de escribir llegan hasta mí como cariñosos pájaros que me traen la florida rama que depositan las palomas debajo de los arcos y el canto que el cisne entona á la tumba, y lanzan sobre estas rocas todo el deslumbramiento del glorioso y embelesador Paris: leo esos volúmenes, se desarruga mi frente y saboreo tu estilo, tu alegría, tu sentimiento y tu bravura. Te agradezco las horas deliciosas que me has hecho pasar, á tí, corazon que amó, sintió y supo comprender; gracias, adivino; gracias, poeta, que vienes á cantar ese himno junto á mí, que comprendes mi destino sombrío y que no has comprendido nunca la bajeza de la envidia; gracias porque en la prueba fatal por que estoy pasando, en el abandono en que voy encontrándome á cada momento, me ves beber el cáliz de hiel sin derramar en él ni una gota de ódio; has blanqueado la noche de mi tortura y has convertido en altar luminoso el monton de piedras con las que fuí dilapidado.

Nada soy; acabo de llegar y desapareceré; pero es una honra para el hombre no separarse de los vencidos de la historia y no huir del contagio de la desgracia. Gloria á los despreocupados pensadores que no desdeñan visitar á los que la mala suerte lanza en el fondo del destierro; se parecen á la aurora; tienen la fuerza suave de su luz; son magnánimos, y su espíritu algunas veces, pronunciando solo algunas palabras, consigue dorar como un arco de triunfo la bóveda del calabozo.

Me parece que has conseguido que sea más claro el cielo de esta isla, porque al llegar tu libro, hizo aparecer en ella la aurora. Estoy solo contigo en el bosque, te leo, recuerdo y medito, olvidándome de estas montañas; y durante la lectura, mis ojos visionarios, á los que aparece todo como en el momento de despertar, en las páginas donde sonrien las ideas, donde vive la gracia, creen ver dibujarse el perfil puro de Horacio, como si fijo en el libro, en el que te veo retratado, encantado aquel poeta lo estuviese leyendo detrás de mí.

Marine-Terrace, Diciembre 1854.

IX.

El mendigo.

Un pobre pasaba cerca de mi casa, azotado por la lluvia y por el viento; dí un golpe en el cristal de la ventana y se paró ante la puerta, que le abrí cariñosamente. Ese mendigo era un viejo que se colocaba en un hueco debajo de la cuesta, y allí esperaba todo el dia que se desanublara el cielo triste y que le dieran alguna limosna los transeuntes, tendiendo las manos hácia el hombre y juntándolas para dirigirse á Dios. Me compadecí de él al ver que llovia mucho y le dije:—"Entrad y os calentareis al fuego. Cómo os llamais?„ Me contestó:—"Me llamo pobre„. Le cogí por la mano y le dije:—"Entrad„. Entró y le dí una taza de leche. El pobre anciano tiritaba de frio. Mientras me estaba hablando, casi sin oirle, le respondia automáticamente, absorto en mis pensamientos.—"Quitaos la ropa, que está muy mojada, y extendedla delante de la chimenea„. Entonces se acercó al fuego. Su capa, que años atrás fué azul, estaba completamente destrozada: la extendió donde yo le dije y apareció brillante por sus mil agujeros, que resplandecian con el fulgor del fuego encendido; su capa, que cubria el hogar, parecia un cielo negro sembrado de estrellas: mientras secaba aquel andrajo, del que goteaba el agua, estaba pensando yo que aquel hombre pasaba la vida rezando, y creia ver el paño burdo de su capa salpicado de constelaciones.

Diciembre 1854.

X.

En las Fuldenses.

Cuando mis dos hermanos y yo éramos niños, nos decia nuestra madre:—"Jugad, pero os prohibo que piseis las

flores y que subais escaleras„. Abel era el mayor; yo era el más pequeño. Comíamos el pan con tan buen apetito, que las mujeres se reian cuando pasábamos cerca de ellas comiendo.

———

A jugar subíamos á un granero del convento, y allí nos fijábamos muchas veces en un libro inaccesible, que estaba en lo alto de un armario; un dia nos encaramamos para alcanzarle; no recuerdo bien lo que hicimos para cogerlo, pero sí que recuerdo que aquel libro era una Biblia.

———

Era un libro antiguo que olia á incienso, y con gran regocijo nos sentamos en un rincon para examinarlo. Estaba todo lleno de estampas. Qué felicidad! Le abrimos sobre nuestras rodillas, y desde la primera palabra nos pareció tan tierno, que, olvidándonos de jugar, nos pusimos á leer.

———

Estuvimos leyendo los tres toda la mañana los pasajes de Josef, de Ruth, de Booz, del buen samaritano, y cada vez más entusiasmados, por la tarde le volvimos á leer; nos quedamos como los niños cuando cogen un pájaro, que alegres se llaman unos á otros riéndose, y se quedan asombrados al sentir en sus manos la suavidad de las plumas.

Marine-Terrace, Agosto 1855.

XI.

Ponto.

Le digo á mi perro negro:—“Ven, Ponto, ven conmigo„.—Y voy con él al bosque á leer, sentado ó paseando, libros antiguos. En invierno ó en verano me dedico á leer á Froissart, á Montluc, á Tácito ó alguna historia, y me dejan despavorido los crímenes que cometió la gloria. Veo el horror hasta en la leyenda de los mejores héroes; veo siempre engañado al hombre por los que debian velar por él; veo las grandes manos rojas de sangre! A Alejandro ébrio y loco; á César prostituyéndose en las orgías, descargando el puño sobre Didier y el pié sobre Witikind; á Carlo-Magno, semejante en muchas ocasiones á Cárlos V; á Caton alimentando á las murenas con carne humana; á Tito crucificando á Jerusalem; á Turena, héroe, como Bayardo y como Catinat; á Nordlingue siendo bandido en el Palatinado; veo el duelo de Jarnac y el duelo de Carrouge; á Luis IX tenaceando las lenguas con un hierro encendido; á Cromwell engañando á Milton; á Calvino haciendo quemar á Servet. ¡Estos son, gloria, tus fúnebres espectros! Por eso, huyendo de la humanidad, me refugio en la naturaleza, exclamando:—“Todo en ella es engaño, impostura é iniquidad„. Y Ponto me sigue. El perro es la virtud, que no pudiendo convertirse en hombre, se convierte en animal. Y Ponto me mira con sus leales ojos.

Marine-Terrace, 3 Marzo 1855.

XII.

Dolorosæ.

Madre, hace ya doce años que ha muerto nuestra hija, y desde entonces, yo, afligido padre, y tú, mujer fuerte, Dios sabe que no hemos dejado pasar un dia sin dedicarla nuestras oraciones y nuestro cariño. Nos hemos acostumbrado á ver vivir su sombra en nuestra soledad y á verla vagar siempre entre nosotros. Hemos persistido en esta agradable afliccion, y vivimos inclinados hácia el querido nido de musgo, que con sus dos pájaros nos arrebató el huracán. No hemos sucumbido á nuestra desgracia, no nos hemos dejado de tratar uno á otro con bondad y con ternura, ni hemos deseado que terminase nuestra afliccion la cobardía que se llama olvido. Desde aquel triste dia, en el que palidecieron para nosotros el cielo, el campo, las flores y las estrellas, con los tres hijos que nos quedan, y que nos ha dejado Dios para que nos inspiren valor suficiente para resistir la vida, hemos procurado mitigar en diversos séres los reveses, las adversidades y las desgracias sin titubear, afrontando peligros, concediendo á las aflicciones del corazon, á la ausencia, á los ataudes, á toda clase de sufrimientos, á nuestra hija, á los parientes que han abandonado el mundo, nuestras lágrimas y nuestras sonrisas.

Marine-Terrace, Agosto 1855.

XIII.

Ahora que mi edad vá consumiéndose como una antorcha encendida al viento; ahora que voy aproximándome á la tumba, arrastrado á ella por los infortunios y por los años;

———

Ahora que en el fondo del cielo que mi imaginacion soñó, veo huir, arrebatadas hácia la sombra, en el torbellino del pasado, las horas hermosas de mi ayer,

———

Ahora exclamo:—¡Un dia nos sonríe la felicidad, y al dia siguiente desaparece!—Estoy triste y camino automáticamente por la orilla del mar, encorvado como el que camina soñando.

———

Veo por encima de las montañas y de los valles, por encima de las alborotadas olas, volar perseguidas por el aquilon el vasto monton de nubes;

———

Oigo el viento en la atmósfera, el mar chocando contra el arrecife; oigo esos murmullos, y confronto en mi espíritu pensador lo que habla con lo que murmura;

———

Y permanezco algunas veces acostado en la escasa yerba que en la duna crece, hasta la hora en que aparecen en el horizonte los ojos siniestros de la luna.

———

De la luna, que lanza sus dormidos rayos en el espacio; de la luna, que lanza sus misteriosos rayos, y nos miramos fijamente, ella brillando y yo sufriendo.

———

En dónde están mis desvanecidos dias? Existe aun alguno que me conozca? ¿Conservan aun mis deslumbrados ojos algo del brillo de la juventud?

———

Todo desapareció para mí? Estoy solo, estoy fatigado, llamo y nadie me responde; olas y vientos, ¿seré yo tambien una ola ó un soplo?

———

¿No volveré á ver á la que amo eternamente? Oscura noche se extiende dentro de mí. Oh tierra! la bruma borra en tí las cumbres; ¿seré yo el espectro y tú la tumba?

———

¿Habré ya vaciado de la vida la alegría, el amor y la esperanza? ¿Espero inútilmente, inclinando todas las urnas, encontrar una sola gota en cada una de ellas?

———

¡Qué cerca del recuerdo está el remordimiento! La vida nos conduce siempre á las aflicciones, y me causa fria sensacion tocarte, ¡oh muerte, negro cerrojo de la puerta humana!

———

En esto medito, oyendo gemir el viento y murmurar las olas, viendo sonreir al verano y en las orillas del mar florecer en la arena el cardo azul.

Jersey, 5 Agosto 1854.

XIV.

Clara P.

Qué edad tenia ayer? Veinte años. Qué edad tiene hoy? La eternidad. Solo vivió un minuto. ¿Por qué la muerte nos arrebata con predileccion los séres más hermosos y los más puros? Su inefable acento poseia la virtud de conseguir que en mi espíritu, como voces que se oyen en lontananza, cantase el vago coro de mis años juveniles.

———

Era la prometida del desconocido himeneo. ¿Con quién casais, Señor, á todas esas vírgenes? Puro y vago reflejo de la luz de los cirios flotaba en sus miradas celestes y radiantes; era alta, blanca y alegre; ahora, id á Saint-Mandé, buscadla en el cementerio; allí encontrareis el lecho nupcial que comparte con la sombra; encontrareis la fosa donde yace esa azucena; y allí es donde tambien tú duermes eternamente, ¡tú, cuya beldad participaba de la Madona augusta de Italia y de la flamenca que se rie al través de los campos de lúpulos, tú, cariñosa Clara, de ojos negros y de cabellos blondos!

———

Desapareciste del mundo antes de ser

mujer; eras un ángel todavía; el cielo nos arrebató tu alma para hacerla luminosa á nuestras miradas, y la yerba se apoderó de tu belleza para devolvérnosla convertida en flores.

Los séres celestiales que llamamos arcángeles la mecen tiernamente en sus brazos, y en aquellas regiones de luz, entre cánticos divinos, sonrie á los que gemimos en el mundo; allí pregunta á los ángeles si le permitirán que coja estrellas; allí canta, y viéndose á sí misma luminosa, exclama:—"¡Qué hermoso es el cielo!„ Pero esto no consuela á la madre que llora su pérdida, porque la madre no quiere que su hija vuele á las alturas, dejando el hogar sumido en el silencio y en el dolor.

Su padre el escultor decia con frecuencia:—"Es muy hermosa, y yo modelaré una estátua que sea tan hermosa como ella; la contemplaré durante meses enteros, y haré que me envien exprofeso mármol de Carrara para hacer su estátua, que quiero que en la piedra deslumbre, retratando su candidez y su belleza; quiero que los que admiren la estátua puedan decir: "El escultor tiene dos hijas: la Belleza y el Pudor; la Sombra y la Luz; la Vírgen y la Diosa; ese notable artista, digno de Grecia ó de Roma, encontró en su arte desconocidos secretos, y copiando á María ha producido una Vénus„.

El mármol de Carrara se quedó sin arrancar en el monte, porque no tenemos en nuestras manos las vidas de los séres queridos; la jóven que creíamos alada era de carne; el que tallaba el mármol era de vidrio; los labios de Dios soplaron en la frente pura de la vírgen y en las manos hábiles del escultor, y murieron la hija y el padre.

Hoy duermes eternamente, Clara; tu madre, sentada en tu fosa, exclama en el paroxismo de su dolor:—"La fragancia de las flores y la luz del alba son falsas, el pájaro que canta miente, la estrella no brilla verdaderamente en el firmamento, el cielo no es cielo, allí nada brilla, porque cuando yo digo: ¡Hija mia, estoy aquí, levántate!, hay álguien que se lo prohibe y que no deja despertar á mi hija„.

Junio 1854.

XV.

A Alejandro Dumas.

Contestacion á la dedicatoria de su drama titulado *La Conciencia.*

Doy las gracias, desde la orilla del mar, al que vuelve la cabeza hácia las playas donde mora el duelo y el pesar; doy las gracias al que deshace la corona luminosa que orna su cabeza y se la arroja al espectro ausente, y entre los aplausos del triunfo, dedica su drama á la inmóvil y pálida tragedia.

No olvidaré nunca, amigo mio, el muelle de Amberes, ni el grupo de entusiastas amigos que me rodeaban para darme el adios de despedida, ni me olvidaré de tí. La lancha del *steamer* venia á llevárseme, y todos nos despedimos cariñosamente. Llegué al vapor humeante, subí á la cubierta, y nos dijimos adios unos á otros desde tierra y desde á bordo. Despues, tú de pié en el muelle, yo sobre el puente del buque, vibrando como dos laúdes cuyos sonidos se contestan, todo el tiempo que nos pudimos ver nos miramos uno á otro, como cambiando nuestras dos almas; el vapor huia con rapidez, la bruma cubrió las inconmensurables olas; tú te retiraste á proseguir tus trabajos múltiples, deslumbradores y radiantes, y yo me sumergí en la unidad siniestra de la noche.

Marine-Terrace, Diciembre 1854.

XVI.

Mugitusque boum.

Mugidos de los bueyes, en la época del tierno Virgilio como en la actualidad, en el crepúsculo de la tarde como en la mañana, decís:—"Creced, trigos movedizos; praderas, llenaos de yerbas; que la tierra, agitando su penacho de garbas, produzca rica cosecha; vive, bruto; vive, guijarro; vive, hombre; vive, arbusto. A la puesta del sol, cuando las yerbas se llenan de las grandes sombras que producen los árboles en las llanuras; cuando el labrador desciende de las colinas y regresa á su casa, de la que sale una nube de hu-

mo por la chimenea, vá sediento de volver á ver á la mujer querida y de tomar al niño en sus brazos. Séres y objetos, vivid sin miedo, sin duelo y sin número, vivid sonriendo, que es la hora en que el hombre descansa y el buey se entrega al sueño. Vivid y multiplicaos! ¡Sembrad la simiente á la ventura! Siéntese temblar toda la naturaleza debajo de las hojas de los nidos, en el seno de las casas blancas, en los profundos horizontes; siéntese un vasto impulso de amar en la yerba verde, en el antro, en el estanque, en el bosque, en la serenidad de los astros. ¡Haced que se extremezca el aire, la ola, el ala y la boca, palpitaciones del amor inmenso de la creacion! ¡Haced que la paz, la virtud, la bondad, la esperanza y la felicidad, como divinos frutos, caigan de los ramajes eternos!„

De este modo hablábais, voces solemnes, y Virgilio os oia, como yo os oigo; y el agua veia pasar á aquel augusto cisne; y el álamo blanco, el viento, las rocas y el cielo sombrío veian pasar al hombre.

Marine-Terrace, 11 Julio 1855.

XVII.

Aparicion.

Ví pasar un ángel blanco sobre mi cabeza; un ángel, cuyo vuelo deslumbrador apaciguaba la tempestad y hacia callar el alboroto de las olas.—"¿Angel, á qué vienes á la oscuridad del mundo?„ le pregunté. El ángel me respondió:—"Vengo á llevarme tu alma.„—Me causó miedo, porque ví que era una mujer, y le repliqué, temblando y tendiéndole los brazos:—"Nada me quedará de tí, porque extenderás las alas y te perderás entre las nubes.„ No me respondió. En seguida oscurecióse el cielo, apareciendo en él la noche.—"Si te llevas mi alma, exclamé, dónde la llevarás? dime á qué sitio.„ El ángel continuó callando.—"Transeunte celeste, le dije, eres la muerte ó eres la vida?„ En las tinieblas que me rodeaban, el ángel era negro, y me contestó:—"Soy el amor„.—Pero su frente sombría era más luminosa que la claridad diurna, y yo entreveia, en la oscuridad donde brillaban sus pupilas, los astros, al través de las plumas de sus alas.

Jersey, Setiembre 1855.

XVIII.

Al poeta que me envia una pluma de águila.

Fué para mí un momento solemne; en él, mi espíritu, sereno entonces, creyó que algo de la gloria eterna existe en los aplausos de los contemporáneos; ya que en mi humilde retiro recojo lo que deja caer el poeta y lo que deja caer el águila; ya que entrambos lanzan hasta mí, uno la pluma de sus alas y el otro una estrofa inspirada por el corazon, sed bien venidas, estrofa y pluma, glorioso envio, ya que habeis vagado por las nubes, ya que os habeis cernido en el cielo!

11 Diciembre.

XIX.

Cerigo.

I.

Todo hombre que envejece es la propia imágen de la roca triste y solitaria de Cerigo, que en otro tiempo fué Cyteres, la de los deliciosos nidos, la de los verdes mirtos, la concha de Cypris, que estaba consagrada en el seno de los mares. La augusta vida, gota á gota, hora tras hora, se derrama sobre lo que pasa y sobre lo que permanece; allá bajo la Grecia brilla agonizando, y al contemplarla, los ojos se llenan de luz y de duelo; la tierra brilla; la nube es incienso que humea; las aves acuáticas se entremezclan con la espuma del mar, el azur se extremece, el agua palpita, y salen rumores de los vientos, de las olas, de las barcas y de los remeros; á lo lejos se vé pasar la vela de algun barco heleno ó candiota. Allá bajo está Cyteres lúgubre, idiota, agotada como la calavera de un sueño de amor, como el cráneo desnudo del placer. Eres tú? ¿Eres tú la misma? Qué hiciste de tu blanca túnica? Tapa tu garganta impura y tu fealdad cínica, sirena arrugada; ¿dónde está tu alma? Dónde está tu luminosa estrella? La isla que el mundo adoraba desde Lemmos hasta Lepanto, en la que dominaba del amor la rampante quimera, donde la brisa besaba á los árboles rego-

cijados, donde la sombra convidaba á amar, donde la yerba tenia sentidos, qué se hizo? ¿En dónde están hoy sus hijos los olímpicos y sus hijos los inmortales? Dónde está Marte? ¿Dónde están Eros y Psyquis? ¿Qué hiciste, roca, qué hiciste de las rosas? ¿Qué hiciste de las canciones suspirantes, de las danzas, de los bosques melodiosos, de la sombra que recorrian los dioses? Se han desvanecido ya todos tus esplendores; no tienes ya altares como ayer, ni vírgenes deslumbradas á la entrada de los antros, ni abejas que liben rosas ni tomillos, pero siempre tu cielo es azul. Siempre el destino del hombre, sea jóven ó sea anciano, tiene armonía ó sufrimiento, siempre participa de la misma muerte y de la misma esperanza. Cerigo, ¿qué has hecho de Citerea? Se eclipsó el eden y dejó desnudo el escollo; todo en él naufragó; hasta asusta á los buhos la isla de las Palomas. Isla, ayer buscada y hoy huida, sombría cautiva, mueres de la enfermedad que se llama olvido. Y mientras busca refugio alguna canoa furtiva en tu cabo, donde brillaron en otros tiempos los templos fabulosos, y escondida vé pasar por alta mar al pirata que acecha ó la barca del pescador de esponjas, Vénus desaparece como un sueño.

II.

Dices que Vénus desapareció? Está allí; levanta los ojos. El dia en que Dios la quitó el velo por la primera vez en el alba universal, no brillaba más que brilla ahora. Si quieres ver la estrella, hombre, levanta la vista. La isla de los mares se extingue, pero no la isla de los cielos; los astros viven eternamente y no se deshojan como las rosas en una tarde del verano; muere el placer, pero vive el amor. ¡Vision celestial, nido de azur, en el que el ángel es un alcion, belleza del alma humana y del alma divina, Amor, el adolescente te adivina y haces sonreir al anciano! Vivid y brillad en la temblorosa bruma, himeneos misteriosos, corazones que envejeceis juntos, desgracias recíprocas aceptadas unas por otras, abnegacion, sacrificios, porque vosotros constituís el amor, sois el resplandor eterno, el astro sagrado que ilumina al alma, el faro que vemos brillar á todas horas, la estrella de la mañana y la estrella de la noche. En el mundo inferior, en el que todo se arrastra y se altera, Citerea se borra y desaparece, el jardin se convierte en roca desnuda; pero la tierra conserva á Cerigo y el cielo á Vénus.

1855.

XX.

A Paul M.,

autor del drama *Paris.*

Escribes al frente de tu obra el nombre de un proscripto, á quien muerde silbando la culebra; á la desgracia y á la proscripcion, no al proscripto, sino al destierro, dedicas tu gran drama, en el que vive el grandioso Paris, esa ciudad madre, y haces que Roma salude al Calvario. Eres digno de alabanza, suave pensador, que te ocupas del pasado, del porvenir, del progreso humano, de la civilizacion, de la historia, de la ciudad y de la Francia; de todos los díctamos santos que calman el sufrimiento, de la razon, de la justicia, de la esperanza, de la virtud, de la fé, de la verdad, perfumando tu obra con la fragancia de la poesía y derramando sobre el vencido y sobre el desterrado el ideal como un bálsamo. Paréceme, poeta, que merced á ese grato recuerdo, con el que meces, consagras y bendices el destierro, en mi llaga, que el dolor adormece, colocas las hilas como colocarias una bandera.

Marine-Terrace, Agosto 1855.

XXI.

Pagué al pescador que me vendió un pez mónstruo, y que se marchó, dejándomelo en la mano. Era un sér oscuro, que si tuviese mayor tamaño pareceria una hidra, y si fuera más pequeño pareceria una cucaracha; carecia de forma como la sombra y no tenia nombre. Abria una boca espantosa; negro muñon salia de su escama; queria morderme, luchaba yo para impedirlo, y sus dientes me buscaban los dedos, cuya proximidad le asustaba; por fin me mordió; entonces exclamé:—"Vive, maldito!„ y le volví á sepultar en el mar, para que dijera al Océano profundo que el hombre devuelve al mónstruo bien por mal.

Jersey, Julio 1855.

XXII.

Pastores y rebaños.

Es delicioso, sereno y solitario el valle por donde paseo todos los dias; está lleno de floridas zarzas; tiene una sonrisa triste. Os hace olvidar todo lo del mundo, y si no fuese porque oís hablar á los trabajadores en los campos, no se sabria allí si habia vivientes en otras partes. Allí os acaricia la sombra, sonrie el idilio de la naturaleza. Hay allí una pequeña balsa cuya superficie se riza; cerca de ella, algunas veces, junto á las rocas, encuentro á una jóven de quince años, de ojos azules, de piés desnudos, que guarda un rebaño de cabras, que habita en el fondo de un barranco, en una choza medio arruinada, en cuya cabaña vive con sus hermanas, que hilan en la rueca; esa pastora se enjuga en los cañares los piés que moja en los charcos; cabras, ovejas y corderos están paciendo; cuando yo me aparezco, la pobre niña tiene miedo y me sonrie; yo la saludo encantado de su inocencia. Sus corderos saltan en los prados y dejan en los matorrales pedazos de lana como copos de espuma. Me alejo de allí, y al terminar el crepúsculo de la tarde, desaparecen de mi vista la niña y el rebaño; oigo á lo lejos cantar á la jóven cabrera; y allá abajo, ante mí, el antiguo guardian de las olas, de las algas y de los arrecifes, el pastor promontorio con su sombrero de nubes, se pone de codos y se queda pensativo, oyendo los murmullos de todos los infinitos, y contempla cómo se levanta la luna triunfante de las nubes, mientras la oscuridad tiembla, mientras las ráfagas del aire dispersan á todos los vientos, con sus terribles soplos, la lana de los siniestros corderos del mar.

Jersey, Abril 1855.

XXIII.

Para tí he cogido esta flor en la colina. En las escarpadas rocas que se inclinan hácia el mar, que el águila conoce, crecia en las hendiduras de las peñas. Se oscurecian los flancos del silencioso promontorio, y yo veia, así como se levanta un arco de triunfo en el sitio en que se consiguió una victoria, por la parte en que se ocultó el sol, batir la noche sombría un pórtico de nubes. Dos barcos se perdian á lo lejos por el mar; algunos techos en lontananza reflejaban aun los últimos resplandores de la tarde. He cogido para tí esta flor, amada mia; es pálida y no tiene fragancia; sus raices no han tomado en las crestas de las montañas más que el amargo olor de las blanquecinas gaviotas. Al verla exclamé:—"Pobre flor, desde el alta cima en donde naciste debias caer al abismo inmenso, donde se pierden las algas y las nubes; te cogeré y morirás sobre un corazon, que es un abismo más profundo. Marchítate sobre su seno, en el que un mundo palpita. La naturaleza te creó para que te deshojaras en las aguas, para que murieras en el Océano; pero yo te entrego al amor.„ El viento agitaba las olas y se iba disipando la última claridad del dia. ¡Qué triste estaba meditando allí, cuando el negro abismo se apoderaba de mi alma con todos los extremecimientos del crepúsculo!

Isla de Serk, Agosto 1855.

XXIV.

Los desgraciados.

Á MIS HIJOS.

Ya que nuestra aflictiva situacion nos impulsa á las luchas de la existencia, hijos mios, ocupémonos algo de la vida. Recuerdo que un dia, caminando por un espeso bosque, por el que se cruzaban hondos barrancos, en uno de los sitios en que desaparecia el sendero oculto por las yerbas y por las malezas, ví entre los árboles humear la chimenea de una choza formada de rastrojos y de juncos. El humo apenas llegaba á las copas de los árboles, las ventanas eran grietas formadas en las tablas; parecia que las rocas trataban de ocultar esa miserable morada. Entre los matorrales estaba buscando el sendero para llegar hasta la choza, cuando pasó un muletero cantando y dando latigazos á las bestias de carga que conducia.—"Quién vive allí?„ le pregunté á aquel hombre, que me respondió:—"Un desgraciado„.

Me dirigí á la choza, situada en el hueco de un barranco; una rama de un árbol, de la que pendia una gota brillante, me pareció que era un dedo que me señalaba el camino; el viento me abrió la puerta, y se apareció á mi vista un viejo groseramente vestido, sentado sobre una peña, cerca de un hogar, en el que se secaban algunas ropas. En aquella choza, abierta por todas partes, vivia solo, dia y noche, sin cerradura, sin llave y sin perro; la pobreza guarda á los que nada poseen.

Entré; el anciano estaba comiendo una manzana sin pan y bebiendo un sorbo de agua, y yo compadecí á aquel infeliz. Comó podia vivir de ese modo? Era espantoso pensar que moraba allí en el invierno, en aquel sitio solitario y abierto, sin tener una mala cama, porque se acostaba en tierra, en un rincon y sobre un puñado de paja!—"¡Debeis pasarlo muy mal, debeis sentir mucho el frio, le dije; vuestra suerte es muy triste!„

"Compadeced á los demás, me contestó el anciano. Vivo á la sombra de este inmenso bosque y bajo el manto inmenso del cielo; no tengo lecho, pero tengo sueño. En cuanto amanece, cuando veo revivir esa selva, cuya fragancia me embriaga, esos manantiales y esas flores, no encuentro motivo para quejarme, siendo como soy el hijo de la casa. No he hecho mal á nadie, y tranquilo vivo en la indigencia, teniendo la buena vecindad de Dios, al que siento cerca de mí en esta sombra vasta y santa en la que he nacido. Como no tengo ambicion, solo le pido á Dios que me deje llegar hasta las ramas de los árboles de las que cuelgan las frutas. Dios está contento de mí, yo de él, y soy feliz.„

Era yo en otro tiempo, como lo soy actualmente, el viajero que visita todas las miserias, el hombre soñador. Hijos mios, siempre camino meditando á través de las brumas, á través de las doradas mentiras, á través de las tumbas, de los espectros, de las apariencias de sombra y de claridad, y siempre un secreto instinto me aguija á conocer el fondo del sufrimiento humano. Me atrae el abismo de los dolores: otros sondean la profundidad del Océano y se sumerjen en los mares; yo me sumerjo en las heridas del corazon; espantoso es su abismo, pero no es más espantoso que el mio. Desciendo á mayor profundidad que ellos, porque sé que á todos los buzos Dios reserva alguna liberalidad; á ellos las perlas y á mí la cordura.

Muchas veces, estando postrado de rodillas ante las fosas, he tenido la gran vision de la suerte, y hubo momentos en los que el destino se me apareció como un firmamento, en el que, en vez de estrellas, brillaban almas. Todo lo que se llama agonía y adversidad, las hogueras, los tajos y las horcas, centelleaban en aquel fantástico crepúsculo. Ví en aquella oscura y sombría transparencia pasar al hombre de Roma y al hombre de Florencia, á Caton con su blanco manto y al Dante con su fruncido entrecejo; al uno con el puñal clavado y al otro con la nostalgia del destierro; Caton estaba alegre y el Dante tranquilo. Ví á Juana de Arco atada al poste que para ella encendieron en la ciudad, y la dije:—"Tu humeante hoguera es menos flamíjera que centelleante„. Ví á Campanella meditar mientras le estaban torturando, y nutrir su pensamiento con el potro, con los garfios, con las pinzas y con los calentadores. Ví á Tomás Morus, á Lavoisier, á Loiserolle, á Juana Grey, á Carlota Corday, á Mad. Roland, á Camilo Desmoulins, desangrándose y absortos en sus pensamientos; á Robespierre, de miradas frias; á Danton, con sus exclamaciones soberbias; á Juan hablando en el desierto, á Malesherbes, á Egmont, á Andrés Chenier, soñador de puros ideales, y mi vista quedó deslumbrada para siempre al contemplar la tranquila sonrisa de esas cabezas cortadas. Ví á Coligny; al relumbrar de las espadas resplandecia ante mis atónitos ojos lívido y radiante. Sócrates me presentaba su copa, diciéndome:—"Tienes sed? bebe aquí la vida„. Huss, viéndome llorar, me decia:—"¿Me envidias acaso?„ Y Thraseas, abriéndose las venas en el baño, exclamaba:—"Roma es el fruto de la antigua raza sabina; el sol es el fruto de esos ramajes fúnebres que la noche extiende sobre nosotros y que llamamos tinieblas, y la alegría es el fruto del árbol inmenso del dolor.„— Ví á Cristóbal Colon, el invasor del mar, el cazador del águila que se llama América, el hombre á quien guia la mano de Dios, que descubre y entrega un mundo y recibe en premio la cadena, y que exclamaba:—"Todo vá bien; adelante!„



Y ALLÍ ENCONTRÉ UN VIEJO SENTADO SOBRE UNA PIEDRA

Saint-Just me decia:—"Estoy libre y vivo„. Phocion, al morir, me lanzó esta frase:—"Creo, y doy gracias por esto á los dioses!„ Savonarola, al acercarme al brasero del que acababa de sacar la mano quemada, me dijo:—"No temas morir. Vale algo acaso el mundo? ¿Es la materia de tu cuerpo la que te hace amar la vida? Pues la verdadera vida no es la de la carne; no temas morir. ¿No sientes dentro de tí algo parecido á alas cautivas? ¿En tu murado pensamiento no sientes como encerrado un ángel que solloza en voz muy baja? El que muere se engrandece. El cuerpo, esposo impuro del alma, está lleno de viles apetitos que le arrastran á los vicios, es pesado, fétido, abyecto, enfermizo, lleno de humores, cubierto de una piel que se arruga, arrastra un vientre repugnante, se adormece, come y duerme, pero al fin envejece, y cuando llega la hora de la muerte, el alma vuela á la celeste esfera, libertada del horrible mónstruo.„

Una noche que se apareció ante mis miradas turbias el fantasma de una ciudad con el espectro de su muralla, oí como en un sueño, en el que nada tiene forma precisa, á los alrededores de un templo de enorme cúpula, una voz que salia debajo de un monton de pedruscos negros, por el que la sangre corria á arroyos, una voz que murmuraba preces y oraciones: era la de Estéban, el mártir, el dilapidado, que bendiciendo las piedras exclamaba:—"En mi frente refleja la celeste luz. En lo sucesivo los hombres se amarán unos á otros. Jesús reina. Dios mio, recompensad á los hombres, porque ellos son los que nos eligen para conseguir vuestra eternidad: piedra á piedra mis hermanos me han lanzado hasta el seno del paraiso.„

Ví tambien de pié á la dolorosa madre, cuando por todas partes densa y horrible oscuridad envolvia los alrededores del Gólgota, cuando Cristo exhaló su espíritu, cuyo último aliento apagó la luz. Su madre estaba al pié de la cruz, y al contemplarla me dije á mí mismo:—"Hé aquí la imágen del dolor! ¿Que es lo que teneis, madre, entre vuestros dedos divinos?„ Entonces sin contestarme, volviendo hácia mí la dolorosa faz, levantó la mano derecha, la abrió silenciosamente y ví brillar en ella la estrella de la mañana. Sin embargo, Señor, su dolor es verdadero, y esa madre que solloza dolorosamente al pié de la cruz, recibe el consuelo de saber que tras de aquella oscuridad aparecerá el sol, y mientras sus ojos mortales lloran lágrimas de sangre, siente la inmensa alegría de saber que su hijo es Dios y de que vino al mundo á redimir á la humanidad. Esto no obstante, nada espanta, sobresalta ni angustia como ese tiempo lúgubre, en el que el ignorante género humano, temblando de miedo, lo mismo en los banquetes que en los martirios, oye llorar á María y reir á Trimalcion!

A lo que acabo de decir, la muchedumbre contesta:—"Es verdad, pero son gratos y envidiables el martirio y la muerte cuando la celebridad nos acompaña á la tumba; cuando el sacrificado se llama Sócrates, Juan Huss ó el Mesías; cuando se enciende el incensario en las llamas de la hoguera que os abrasa; cuando los siglos y los pueblos están presentes y os levantan suntuoso cenotafio que llega hasta las nubes, porque el tajo atraeria al hombre más tímido si supiera que habian de colocar su ataud en lo alto de una pirámide. Halaga morir cuando se camina á la muerte recogiendo por el tránsito las bendiciones del género humano, cuando grupos de hombres llorando besan vuestras santas huellas, cuando se oye exclamar por todas partes:—"¡Vas con tu recuerdo á iluminar el espacio; fantasma deslumbrador, vas á dorar la historia, y ceñido con la diadema del triunfo, vas á sentarte en el panteon de los hombres inmortales!„ Halaga la muerte cuando la horca tiene aspecto de altar, cuando conoceis que os admira el verdugo que os arranca la vida, cuando sabeis que el cadáver se levantará siendo estátua; se muere fácilmente cuando dejamos tras de nosotros claridad, honor y gloria. El hombre es tan vanidoso, que se rie del tormento cuando á él le lleva real y trágica ventura, cuando le torturan inmensas tenazas. Cuando los instrumentos del potro salen de fragua gigante y desconocida, nuestro orgullo no hace caso de las heridas abiertas y se consuela de los agujeros que en la carne ahondan los clavos, contemplando la magnitud del martillo. Halaga ser el mártir del ilimitado abismo, ser el titán clavado en una inmensidad; plácennos los sufrimientos sublimes!

Pero no es así. Lo sublime está bajo. La grandiosa eleccion consiste en elegir la afrenta. Así como algunas veces la púrpura deshonra, otras muchas veces el cieno dá brillo. El fango inmerecido que cubre á un alma ilustre, el oprobio, el calabozo hondo adonde nos arroja la suerte, la prueba del sacrificio á la que la desgracia nos arrastra, son el colmo luminoso de la grandeza serena. Cuando en el suplicio que estamos sufriendo, el cobarde destino nos insulta, cuando amontona sobre nosotros burlas, vituperios y ultrajes, y tantos contrasentidos entre la suerte y el alma, que nuestra vida llega á la deformidad, entonces lo doloroso del sacrificio constituye su belleza, como sucedió á Sanson en Gazza y á Epicteto en Roma; la abyeccion de la suerte causa la glorificacion del hombre. Lo que constituye en la tierra la pureza, la hermosura y la nobleza del hombre, es su caida, el abatimiento y la miseria exterior, que acepta para conservar la grandeza interior. Nada es tan grandioso como oir rugir al vituperio y al ódio, como caer en la oscuridad viviendo en plena luz, como causar horror, como ver que el hombre dichoso os escarnece al ver que gotea sangre vuestra llaga, como que os escupan al rostro, cuando se sufren todas esas humillaciones por defender la virtud, lo verdadero y lo justo, por defender el bien ó por defender el honor. Es grandioso que el justo se vea abandonado de todos, cubierto apenas con un miserable harapo que no tape las úlceras que le corroen, y que en ese estado desafíe al dolor, á los hombres y á los gusanos; aunque Prometeo sufrió algo parecido, Job, tú conseguiste elevar tu estercolero más alto que el Cáucaso.

El justo, cuando se ve despreciado, como el gusano que aplastamos, me deslumbra más á medida que más se blasfema de él. Cuantos más tormentos los feroces verdugos emplean para que sea más vil la ejecucion, más se engrandece el paciente ante las miradas del espíritu. Oh cruz! ¡los dos ladrones crucificados son los dos rayos del Cristo!

Siempre todos los que han sufrido se me han aparecido espléndidos, satisfechos y radiantes, felices, con las heridas en la carne y con el júbilo en el alma; unos arrojados á las hogueras y convertidos en perfumes; otros sumidos en la oscuridad y convertidos en auroras; los creyentes devorados por las fieras en los circos, saludando al César al morir; los pensadores sonriendo, al sufrir los autos de fé, las espadas, las argollas, las camisas de azufre; y me he dicho muchas veces á mí mismo:—"¿Quién es, pues, el que sufre? ¿Quién merece, Dios mio, la compasion que en mi corazon haces nacer? ¿Para quién la he de destinar? Dónde están los desgraciados?„ Dios me contestó:—"Mira„.

Y ví palacios, fiestas, festines, mujeres de deslumbradora blancura, altas paredes que por corteza tenian jaspes, serpientes de oro enrolladas en ricas columnas, vastos doseles pendientes de artesonadas techumbres; voces alegres que decian:—"Vivamos y gocemos!„ Ví liras, laúdes, clarines, órganos, constituyendo enorme orquesta; hombres y mujeres satisfechos, que cantaban y que bailaban, y cuyas frentes altivas y brillantes parecia que iban á tocar con el cielo; y mientras que alrededor de ellos otras voces exclamaban:—"Hemos conseguido para siempre la victoria, la fuerza y el poder„, yo veia en lo alto del lívido horizonte temblar la espada inmensa del arcángel.

Disfrutaban esos séres de la luz de extraña aurora, vivian con orgullo y solo se ocupaban de su felicidad. Dios les cogió á todos uno tras otro, al poderoso, al czar en su Kremlin, al imán en las orillas del Nilo, como hubiera podido coger en la perrera á los cachorros de un perro, y como un dia dividió las olas del mar, abriendo ante mi vista con sus dos manos los pechos de todos ellos y escarbando con sus dedos luminosos sus entrañas, me hizo ver las hidras que roian el interior de sus corazones.

Ví que se extremecian aquellos hombres y aquellas mujeres; se les cayó el rostro risueño, como si hubiera sido una máscara, y se me apareció en su pensamiento un mónstruo espantoso y encorvado, un enano inquieto, sentado sobre el horrible cráneo de aquellos séres. Asustado al ver aquella transfiguracion, les pregunté:—"Quién sois?„, y aquellos séres, que casi no conservaban faz humana, me respondieron:—"Somos los

que causamos el mal, y porque lo causamos lo sufrimos„.

La nube vana de los placeres y de las afrentas vuela y desaparece; el dolor pasa gritando:—"Espera!„ Me lo hicísteis comprender vos, Padre, Juez; vos que sois el gran justo y el gran clemente! Es mendaz la risa del éxito y del triunfo; invisible dedo se pasea acariciando cada uno de los eslabones de la cadena de la miseria humana; la adversidad sostiene á los que arrastra á luchar; la indigencia es un bien para el que sabe gozarlo; la armonía eterna vibra alrededor del pobre y le mece; el esclavo tiene alma y es libre; el mendigo puede decir: —"Soy rico, porque Dios me favorece„; la inocencia, sufriendo las torturas, exclama:—"Aun puedo sufrir más„. La deformidad se rie en Esopo y la fiebre en Scarron; cuando yo pregunto si el dolor es un mal, Zenon, apareciendo impasible ante mí, me contesta que no. El martirio causa alegría y transportes, el suplicio dá voluptuosidades, las llamas de la hoguera proporcionan delicias, el sufrimiento es un placer y la tortura una felicidad; no hay en el mundo más que un desgraciado, Señor; este desgraciado es el perverso.

En los primeros dias del mundo, cuando, sorprendidas las nubes, contemplaron creadas todas las cosas; cuando en la tierra, en la que ya habia crecido el mal, flotaba aun el fulgor del eden desaparecido; cuando el tiempo iba dejando pasar los años, en el mundo, en el que la carne se funde con el espíritu, reinaba profundo silencio, y el desierto, los bosques, las olas del mar, las yerbas de los campos, las rocas y las fieras conmovidas, veian de un antro oscuro, cubierto de árboles gigantescos, salir dos viejos altos, desnudos, augustos y siniestros. Eran Eva y Adan; aquella con el cabello blanco y éste pálido y pensativo, envejecido por el trabajo, pero sin perder la vision de Dios. Se sentaron sobre una peña, á la vista de altos y salvajes montes y á la vista de la eternidad formidable de los cielos; sin hablar, apoyando las manos en las rodillas, volviéronse las espaldas; oprimidos, como si soportasen un gran peso, sin hacer más movimiento de vida exterior que inclinar la cabeza más á cada instante, absorbidos en estupor silencioso y fatal, frios y lívidos, contemplaban encorvados, uno de ellos terminar el dia y el otro extenderse la oscuridad, y mientras iban apareciendo las estrellas, y mientras la primera ola daba en el infinito el beso nocturno á los primeros alciones; mientras que las flores caian á puñados de una urna y los astros resplandecian en el oscuro celaje, pensaban y meditaban esos dos séres, sin oir y sin ver, sordos al murmullo del mar y á los rugidos del viento; y allí permanecieron silenciosos y llorando toda la noche los abuelos del género humano, el padre por Abel y la madre por Cain.

Marine-Terrace, Setiembre 1855.

LIBRO SEXTO.

Al borde del infinito.

I.

El puente.

Me envolvian las tinieblas. El abismo que no tiene playas ni cumbre estaba ante mí, inmenso y silencioso; nada en él se movia. Se perdian mis miradas en el infinito mudo; en su fondo, al través del velo impenetrable de la sombra, apenas se distinguia á Dios, como lejana y apagada estrella. A solas hablando conmigo mismo, exclamé:—"Alma mia, para atravesar ese abismo, en el que no se vé ningun borde, y para que con tanta oscuridad llegases hasta Dios, seria preciso levantar un puente gigante sobre millones de arcos, y esto nadie lo podrá conseguir nunca; llora, pues, alma mia!„ —Entonces se me apareció un blanco fantasma, que tenia la forma de una lágrima, frente de vírgen, manos de niño, cuyas manos al juntarse producian rayos luminosos. Me señaló el abismo adonde vá á parar todo el polvo humano, abismo tan profundo, que jamás en él suena un eco, y me dijo:—"Si quieres, yo edificaré ese puente.„ Hácia el pálido desconocido levanté la vista, y asombrado le pregunté:—"Quién eres? ¿Cómo te llamas?„ El desconocido me contestó:— "Soy la oracion„.

Jersey, Diciembre 1852.

II.

Ibo.

Decidme, ¿por qué en el muro de lo insondable, en la inmensa oscuridad del cielo; por qué en ese gran santuario, sordo y bendito; por qué en el sudario inmenso de lo infinito hundís vuestras leyes eternas y vuestras claridades? Ya sabeis que tengo alas y que puedo volar.

Verdades, ¿por qué os ocultais en las tinieblas, por qué huís del hombre siempre, que el mal destruya ó edifique, que se arrastre ó que se eleve? Justicia, tú sabes bien que volaré hácia tí.

Belleza santa, ideal que germinas en los que sufren, que das entereza á los espíritus y grandeza á los corazones; amor, razon, fé, derecho, ya sabeis que os adoro; libertad que te velas, yo volaré hácia vosotros.

Podeis, claridades de Dios, vivir en la profundidad inmensa del abismo azul, que mi alma, que está acostumbrada desde la cuna al abismo, no se asusta de las nubes; soy un pájaro como el sér que soñaba Amós y que San Marcos vió aparecer, que ostentaba en la cabeza el ala del águila y la melena de los leones.

Yo tengo alas y mi vuelo es seguro; vuelo por el azur tranquilo y por el celaje tempestuoso; subo escalones sin número porque deseo saber, y por alto que sea preciso subir, subiré.

Sabeis bien la fortaleza del alma, sabeis que nada teme cuando la empuja el soplo de Dios; sabeis que mis pasos no temblarán al ascender por la escala que llega hasta los astros.

El hombre en el sombrío Océano de esta época alborotada debe hacer como Prometeo y como Adan; debe arrebatar al cielo el fuego eterno, descifrar su propio misterio y subir hasta Dios.

Necesita el hombre que en su cabaña, que combaten los vientos, penetre la luz de la virtud. En vano huye de la ignorancia y de la miseria; la suerte se apodera de él y no le deja salir de la oscuridad; es preciso que el pueblo se sustraiga de esa dura ley y que al fin el gran mártir sepa el gran secreto.

El amor, en la era oscura que pronto terminará, dibuja ya la vaga figura del porvenir. Dios escribe las leyes de nuestro destino en el mundo, y si esas leyes son un misterio, yo soy un espíritu. Yo soy el que por nada se pára, el que siempre camina hácia Jehová;

Yo soy el poeta salvaje, el hombre del deber, el soplo del dolor, la boca de la negra trompeta, el soñador que en sus registros anota á los vivos, el que lanza siniestras estrofas á los cuatro vientos, el soñador alado, el atleta de nervudos brazos, y yo arrastraré al cometa por el cabello.

Conseguiré apoderarme de las leyes de nuestro problema, y pálido pensador, mago azorado, las descifraré. ¿Por qué ocultármelas? Pasaré por vuestras llamas y por vuestras olas, leeré la inmensa Biblia, entraré desnudo en el tabernáculo terrible de lo desconocido, traspasaré las puertas sagradas del cielo, y si al llegar allí rugen los truenos, yo tambien rugiré.

En el dólmen de Rozel, Enero 1855.

III.

Escuchadme. Yo soy Juan, y acabo de ver cosas terribles. He visto la sombra infinita en la que se pierde el número, he visto las visiones que se aparecen á los réprobos, he visto á los que se traga el abismo sin fondo, he visto el cielo, el éter, el caos y el espacio. Vivientes, vengo de esos puntos y sé lo que en ellos sucede, y os aseguro á todos, hasta á los que viven en los bosques, que el Señor, el Dios de los espíritus y de los profetas, vé todo lo que pensais y sabe todo lo que haceis. No ignorando esto, continuad si quereis, grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, entregados á vuestras pasiones; el avaro al oro, el envidioso puede seguir arrastrándose y mordiendo, el glo-

ton devorando, el malvado cometiendo iniquidades, el que es cobarde y vil siéndolo siempre; que yo, viendo vuestras pasiones, vuestros delirios y vuestros furores, le he dicho á Dios:—"Señor, ved á qué extremo hemos llegado, considerad cómo está el mundo y ved cómo los hombres desatan los lazos que debian unirlos„. Y Dios me respondió:—"Ya lo veo; voy á descender al mundo.„

Serk, Julio 1853.

IV.

Se debe creer, pero no en nosotros.

Porque damos algunos panes y algun fardo de ropa blanca á algunos pobres necesitados; porque arrojamos los restos de la comida y las migajas á algun niño infeliz ó á algun viejo extenuado, nos creemos virtuosos, nos creemos caritativos y queremos que se nos elogie. Y vituperando á Dios por esto y por aquello, creyéndole causa de las desgracias, criticándole porque llueve, porque hace calor ó porque hace frio, hace el rico su propia apoteósis; el rico que, harto, perezoso y soberbio, deja que caigan algunas monedas de su palacio sobre los que el invierno hiela y el hambre atormenta; ese rico, que brilla porque dá una parte insignificante de lo que le sobra al que no tiene lo suficiente, y que porque hace alguna limosna al pobre, se queda satisfecho y cierra los ojos para no ver su propia miseria; porque si tiene lo supérfluo, el pobre no tiene lo necesario; se cree justo y se cree bueno porque no es perverso. Creeis que somos buenos! Creeis que somos fraternales! Contemplad un momento á nuestra madre la naturaleza, y vereis que nuestros corazones son frios y egoistas, comparados con la bondad suprema que ella derrama por todas partes. De cualquier cosa nos vanagloriamos. Dios hace brillar el alba en el cielo sin contar sus rayos, y derrama el rocío en las flores sin medir las gotas; nosotros no hacemos nada digno; nuestras virtudes podrian encerrarse en el hueco de la peña donde vá á beber un pájaro. El hombre mejor no es bueno; el hombre es tan frágil que mezcla mucho humo con sus virtudes. El beneficio que nuestras manos lanzan pomposamente, se evapora muy pronto en nuestra vanidad; hasta prodigándole á los pobres con aire compasivo, tenemos tanto orgullo, que nuestro oro se convierte en ceniza. El Increado, que es el único que juzga, ama, perdona, engendra, construye y funda, ve nuestras soberbias con profunda compasion. Somos efímeros transeuntes que no debemos contar con nosotros, sino con él. Pensemos y vivamos no olvidándole, no demos un paso que no conduzca á la oracion, porque las perfecciones mundanas, despues de la muerte, brillarán tan poco, que las eclipsarán las estrellas. Dios solo puede salvarnos. Es un delirio creer que los resplandores que derramamos en la tierra serán en las alturas resplandores de gloria. Por mucho bien que hiciera en el mundo el que en la tierra se llama justo, excelente, generoso y grande, en las regiones celestes será siempre un hombre, esto es, será la noche ante el dia; su amor parecerá ódio comparado con el amor infinito, y todos sus esplendores, al aparecer ante Dios, exclamarán:—"¡No somos más que tinieblas!„ "Dios solo es grande„, exclama la brizna de yerba; "Dios solo es verdadero„, murmuran las olas; "Dios solo es bueno„, suspiran los vientos. Vivientes, no os hagais ilusiones; no os embriague el funesto orgullo de creeros mejores que Dios, que coloca los astros en la esfera azul, y que os deslumbra, cuando os despertais, con la prodigiosa sonrisa del sol.

Marine-Terrace, Diciembre 1854.

V.

En el cementerio de San Juan.

I.

Yo soy el sér encorvado que dice todo lo que piensa; que pregunto á la noche, cuyas brumas impiden que vean los ojos, el secreto del silencio; mis palabras caen en una oscuridad sin fondo, y los objetos con los que mis estrofas chocan hacen el sonido hueco del ataud.

Mi espíritu, que sintió la picadura del aguijon de la duda, áspero soñador, habita en las regiones fantásticas que llenan olas azules y plomizas; lago terrible, en el que el horror se retuerce los brazos; pálida ninfa, que hace beber un agua estancada como la linfa á los peñascos escrofulosos.

La duda, hija bastarda de la anciana sabiduría, exclama:—"Para qué?„ Ante la eterna liberalidad, que hace que todo lo olvidemos, nos ofrece su taciturno refugio y nos dice:—"Estás cansado? Ven conmigo!„ Y el hombre se duerme á la sombra de ese fatal manzanillo.

El efecto suspira y sin cesar pregunta la causa. La creacion parece que esté esperando algo. El hombre es incomprensible para sí mismo. ¿Dónde comienza el alma? Dónde termina la vida? Deseamos, y nuestro incurable deseo es poder ver por encima de la muralla.

Nos arrastramos; pájaros cogidos por el lazo del sér, libres y presos, lo inmutable penetra en todas nuestras voluntades; cautivos bajo la red de todo lo necesario, sentimos que atan hilos á nuestras miserias en la inmensidad.

II.

Estamos encerrados en un calabozo cuya puerta no se abre; pero al través de la oscuridad, en una mano desconocida é invisible que pasa á cada momento, se oye el manojo de llaves misteriosas que suenan confusamente.

La aparicion del sér llenó los ojos del hombre. Sin cesar se consuma el incomprensible casamiento de la sombra con la luz; ¿este mundo es un edén caido en el infierno? Encierra nuestro corazon tinieblas de ódio y claridades de amor.

La creacion tiene las pupilas turbias. El sér presenta eternamente su doble faz, el mal y el bien, el hielo y el fuego; el hombre participa á la vez de alma pura y de impuro cuerpo, siente la mordedura del gusano y el beso de Dios.

Pero llegan ciertos dias en los que el alma se queda triste y como solitaria. Oimos cómo gimen los vivientes durante el sacrificio. Dudamos y temblamos, mientras la aurora esparce sus blancas luces y mientras Mayo confunde en los jardines las pintadas flores con los niños de cabelleras blondas.

¿Qué nos importa la aurora, ni la luz, ni los astros, flores de los capiteles celestes, diamantes de las columnas del firmamento; qué nos importa que Mayo nos acaricie, que el niño nos embelese, si todo no es más que un suspiro, si todo no es más que una lágrima, si todo no es más que un momento?...

III.

La suerte nos vá gastando dia por dia, su rueda dá vueltas sobre nosotros. El hombre inquieto y vano cree marchar, y permanece y espira creyéndolo así; no vivimos más que un segundo y queremos disponer de un año, y la dimension de nuestro destino es el polvo, es la nada.

La inmensidad del infinito, en la que los soles nos parecen tan pequeños, nos seduce, y al blanco que distinguimos en el éter azul lanzamos nuestros proyectos, nuestros deseos, las esperanzas y las ilusiones, esas flechas de nuestros corazones.

Queremos vivir siempre, ser eternos. Oh vanidad de nuestra ceniza! ¿Dónde está la hormiga que se llamó Alejandro? ¿Dónde está el gusano que se llamó César? Cada minuto que pasa nos mata, y desaparecemos del mundo con la velocidad que desaparece el ruido que levantan las ruedas de un coche.

Queremos subir al asalto del tiempo como si fuéramos un ejército. Sobre nuestros grupos confusos, que vela el humo de los desvanecidos dias, brilla la eternidad, espléndida y estancada, y el cuadrante, escudo de la hora luminosa, con sus deslumbramientos nos aterra.

IV.

En el momento en que decimos:—"¡Vivamos!„ todo se desgarra. Las lágrimas apagan las risas. ¡Descubríos y arrodillaos! ¡Tus hijos han muerto, mi padre ha muerto, su madre ha muerto! ¿Qué es lo que veo pasar? Un ataud. ¿A dónde lo llevais?

Lo llevan á la oscuridad, al silencio, á la tierra, á la tranquila paz, á la bruma sin límites, al profundo misterio, á

la serpiente desconocida, que lame las estrellas y que besa á los muertos!

V.

¡Le llevan á los gusanos, á la nada, al quién sabe! Porque para la mayor parte de los hombres escépticos y limitados, la sombría negacion y la materia hostil perturban al alma inútil.

Para ellos el cielo miente, el hombre sueña y cree vivir; hojean en vano página á página todo el libro, porque no le comprenden; viven meneando negativamente la cabeza en el vacío.

Para ellos el alma naufraga cuando el cuerpo zozobra. La imaginacion para ellos tiene los ojos huecos y las miradas míopes; para ellos la nada es el fin, y mofándose de la bóveda estrellada, en vez de una esperanza con alas, llevan en el corazon una calavera.

Cuando los astros y las flores les dicen: —"Es necesario crer„, ellos contestan á las flores y á los astros:—"¡Sois unos insensatos!„ Cuando el árbol les murmura al oido:—"Dios existe„, esos locos responden:—"No!„

Qué profunda ignorancia! ¡La semilla niega al sembrador! El universo no es para esos hombres más que un vasto delirio sin objeto y sin fin; su alma, agitando la inmensidad profunda, ni siquiera siente en ella el sér, y en el escabel del mundo no oyen que suena Dios.

VI.

El coche fúnebre entra por las puertas del cementerio. La alegre mañana, que se sonrie á la naturaleza, resplandece sobre aquel luto; todo sér encierra un misterio, al que se abre su alma y la ofrece al infinito; el astro aporta á la aurora y el hombre aporta el ataud.

Se abre el interior de la fosa; por algunas partes las losas cubren tierra fresca; se oye el toque de difuntos; aquellas se abren como si fueran pupilas; la mariposa blanca pregunta:—"¿Quién ha construido esos sepulcros?„ y la flor responde:—"Ay!„

VII.

¿Castigais, Señor, á esas losas sepulcrales, haciéndolas sufrir grandes agonías? ¿Acaso, más hondos que las raices de los árboles, los Cambises y los Nerones se habrán convertido, en la eterna noche, de hombres en espectros, y esas piedras en sepulcros de tiranos?

¿Esas losas, impregnadas de crímenes, sofocadas por el horror, selladas en los abismos, sin aire, sin movimiento y sin luz, entre la yerba siniestra y el ataud vivirán espantosamente?

¿Serán acaso almas condenadas de séres malditos, que durante millones de años, entregadas al remordimiento, en vez de ver salir de los ojos del sol rayos brillantes, tendrán por castigo que ver salir gusanos de los ojos de los cadáveres?

Problema desconocido del castigo! Cuestion indescifrable! Una de esas piedras puede exclamar:—Yo he destruido á Tebas; otra: Yo era Belo en Tyro; otra: Yo era Sila en Roma!—¡Oscura cautividad de los antiguos opresores de los hombres! Qué sois, piedras sepulcrales?

¿Qué hizo ese bloque, abierto en la fosa, helado por el frio de la tierra, ciego ahora y castigado, que acaso piensa y se acuerda...? ¡Acaso encierra á Tiberio!....

Ese duro pedernal, hundido en la tierra, que la sombra cubre, mientras el cielo se abre para el justo que á él ascendió, celoso acaso del perro que ladra y del asno que pasa, piensa y exclama:— "Y yo estoy aquí!„—¡Dios mio, quien así habla es quizás un Borgia!

Señor, compadeceos de todos esos miserables; salvad á esos náufragos, amad á esos perversos; en nombre de los inocentes perdonad á los criminales. Como padre, cerrad el infierno; como juez, en nombre de las víctimas indultad á los verdugos.

De todas partes se os dice que tengais

misericordia! Los pueblos desnudos, atados, azotados y trabajando sombríamente, viendo que su Señor prodiga eternos castigos, tienen piedad del déspota, que goteando la sangre de sus crímenes, lloran por los dolores que estarán sufriendo.

Las pálidas naciones asomadas al abismo y los grandes, suplicantes, por el tirano que sufre te imploran, ¡oh Señor!; el esclavo puesto en cruz, el oprimido en su opresion, tienen piedad del sátrapa.

Dirigid una mirada compasiva á esos reclusos tenebrosos que aprisiona la tierra con pesados cerrojos; á esos forzados cuyo presidio está dentro del sepulcro, y quitadles, atendiendo á las súplicas de los justos, las tuercas de los tornillos.

Compadeceos del mónstruo y de la roca, de todos esos condenados que en otro tiempo fueron reyes en los combates, de todos esos bandidos que produjeron tempestades en el mundo, que horrorizaron á las fieras y que cayeron más bajo que ellas.

Perdon para ellos! Sed clemente con el junco, que fué príncipe; con el gusano, que fué juez, porque el perverso es un loco. Señor, abrid las puertas al maldito; indultad al infame; dad alma al tigre y alas al guijarro.

Misterio, obsesion del espíritu que piensa, escalas de las penas y de las recompensas, noche que termina en claridad, sonrisa que nace de la tortura, vision del sepulcro, ¿eres una quimera ó eres una realidad?...

VIII.

La fosa, llaga de las entrañas de la tierra, está abierta y hace temblar á la verde yerba y al amarillento matorral; permanece siempre fria, tranquila é inanimada, y el alma vé salir de ella, como una nube de humo, la sombra del infinito.

Y las aves, que se ciernen sobre todas las cumbres, que vuelan por todos los cielos, comparando los abismos en sus viajes aéreos, recuerdan la alta cima del Vesubio, la profundidad del Océano soberbio, y dicen, contemplando las fosas: —"Estas son más profundas!„

IX.

Cuando parte el alma, restituimos el cuerpo á la naturaleza y desaparece la vida mortal; está ya fuera del tiempo, del espacio y del número, y el cadáver desciende al pozo profundo de la noche.

¿Qué quereis sacar de ese pozo formidable? ¿Por qué en lo insondable os empeñais en dejar caer la sonda? ¿Qué quereis sacar de allí? ¿El adios lejano y cariñoso de los séres que hemos amado, su mirada, su supremo suspiro, su último beso?

¿Qué quereis sacar de ese profundo pozo? ¿Algun extremecimiento del vacío, adonde todo vá, algun ruido, alguna claridad, alguna letra de la palabra que solo Dios puede escribir? ¿Lo deseais esto para que obtengan vuestras risas una parte de la eternidad?

¿Quereis sacar acaso el secreto de esa espantosa cisterna, la fria gota que, como lágrima de la nada, rezuma en la áspera bóveda? ¿Quereis sacar algun fulgor azorado y hosco, algun grito que lanza todo lo que mira detrás de la tumba?

No sacareis nada. Los muertos caen. La fosa les vé descender con sus almas justas ó criminales, con sus nombres y con el ruido que movieron en el mundo. Cuando llegue el dia en que soplen los hálitos celestes, solo Dios volverá á subir todas esas urnas llenas de la eterna noche.

X.

La tierra, agitando en su superficie las zarzas, dice:—"El hombre ha muerto„; bien: qué quereis que yo haga? ¿Por qué me lo devolveis? Tierra, haz de él flores, azucenas, que rocíe el alba; su boca con dientes abiertos convierte en rosa que entreabra el boton.

Haz correr su sangre en tus manantiales de agua viva, y haz que tus convidados los bueyes se la beban mugiendo; haz que de sus azulados senos broten las

violetas y cubre con los ojos que te dan los esqueletos las alas de las mariposas.

¡Fecunda tu vida con la savia que sacas de los muertos; conviértela en torrente que ruja, en musgo que te cubra de fresca alfombra; haz de ella rocas, juncos, viñas, brisas, perfumes, bosques susurradores, surcos llenos de espigas!

XI.

La tierra sobre el ataud, en el que el pálido muerto escucha, cae; y allá abajo, por el camino del cementerio, el campesino silba; y los hijos, los amigos que acompañan al cadáver, ni siquiera esperan que la tierra le haya cubierto para marcharse de allí.

El enterrador arroja sobre el féretro la tierra á paletadas. ¡Oh muerto, tú que en el sudario creias que iban á llorarte eternamente, ya te han dejado solo en la tumba!

Ya empieza tu silenciosa soledad! No cambiarás ya de actitud ni de lecho; las horas ya no sonarán para tu oido; el inmóvil sudario ha dejado caer sobre tu forma horrible sus pliegues eternos.

El sepulturero, sentado sobre tu fosa, bebe, come, se sonríe y se chancea, y toma, tarareando canciones bestiales, un vaso con sus manos, que á cada momento tocan los instrumentos de la muerte.

La tarde se apaga; el espacio se llena de inquietudes; la yerba tiembla y susurra como una multitud; el rio reluce; el paisaje oscuro adquiere venas de mármol; esas hidras, que se llaman árboles, tuercen sus brazos durante la noche.

El muerto se queda solo y siente que la noche le devora. Cuando despunta el dia, la aurora, con todos sus rayos y el canto alegre de los pájaros, llegan y alegran los sepulcros; y cuando aparece la noche, toda su sombra cae sobre las tumbas.

El cadáver tiene frio; porque la noche que trae con su hálito las tinieblas, el horror, el espectro y las mariposas nocturnas, le hielan en el ataud; el muerto tirita, y oye que le hablan en voz baja las cuatro tablas de su féretro.

Una dice:—"Yo cerraba el arca donde guardabas tu riqueza.„—Otra dice:—"Yo serví de puerta á tu casa.„—Dice la tercera:—"Yo era la mesa donde comias y te embriagabas en los dias felices.„—La cuarta tabla dice:—"Yo era la cabecera del lecho de tus amores.„

Mortales, reid y cantad mientras brilla para vosotros la luz del dia, y no penseis en los muertos que hunde sin cesar en la silenciosa fosa el sepulturero que se llama olvido, ¡que todos ireis á parar allí!

XII.

Basta! Levantaos de la mesa. Cada cual seguirá á su vez el terrible camino; cada uno irá hácia él temblando; cantad, reid, sed dichosos, sed célebres, que cada uno de vosotros será pronto en las tinieblas espectro de ojos apagados.

La multitud os admira y el cielo os favorece; sois rico, grande, glorioso, popular, altivo é incensado; os preceden vuestros lictores llevando el hacha gravemente, pero vos os ireis sin que nadie sepa por dónde habeis pasado.

Jóvenes hermosas que brillais en la aurora de la juventud, palidecen vuestros labios antes de que termine la fiebre del baile deslumbrador; antes de que en las arañas se consuman los cirios, la muerte pone en vuestras frentes el velo de vírgenes que se llama eternidad.

El conquistador cae de lo alto de sus triunfos y vé desaparecer su espada; el amante pasa con la mujer de sus amores; la cuna adquiere voz sepulcral, y el sonrosado niño se convierte en larva horrible y del vajido sale el estertor de la agonía.

¿Lo que ayer pensaban los hombres, lo saben acaso hoy? De sus quimeras, de sus deseos, de sus ilusiones, de sus vanos problemas nada resta; todo lo han olvidado con el transcurso de los aconteci-

mientos, que corren tan de prisa que deslumbran al mortal.

Las esperanzas y las promesas se pierden en el espacio. La boca que promete es un pájaro que pasa; loco es el que se fia de ella. Las promesas se van donde vá el viento en las llanuras, donde van las olas del mar.

Piensa, mortal, en la profundidad de la nada en que vivimos. Cuando yazgas para siempre en el eterno sueño, tus hijos, gastando los dias que Dios les conceda, vivirán en la honradez ó en la ignominia, pero tú no lo sabrás.

Lo mismo pasa lo que se sueña que lo que se realiza. Esos ricos palacios, esos carros triunfales, todo eso pasará: Pirámide, ves á tus plantas la humilde tienda de campaña y ves como el viento la conmueve; comparándote con ella te sientes orgullosa, Cheops, porque ella es de lienzo y tú eres de granito;

La modesta tienda exclama: "¡Gloria á la magnífica pirámide!„ Pero un dia, relinchando como un caballo númida, el terrible huracán desatará sus furores sobre la arena del desierto, que sustenta á las frágiles tiendas, y la soberbia Cheops caerá al suelo lo mismo que ellas.

Tambien tú perecerás, á pesar de tu recinto amurallado, ciudad sagrada, y te convertirás en un monton de escombros humeantes, y se desesperarán los que te sirvieron y los que te amaron al ver el humo denso que produce tu incendio.

Sus hijos exclamarán:—"¡Desventuras de la guerra civil! ¿Qué ciudad igualó nunca á ésta? Sus torres llegaban hasta el cielo; sonreia al oir las canciones de sus prostitutas, y hacia correr como bandadas de nubes sus bajeles por el mar.

¿Dónde están tus doctores que te enseñaban á leer? ¿Dónde los domadores de leones que tocaban la lira? ¿Dónde tus luchadores que no se cansaban jamás? Ciudad, ¿te ha robado un ladron por la noche? Dónde está Babilonia? Ay! ¡desapareció!

Ya no se oye el ruido de tus molinos, ni el de los martillos cayendo sobre los clavos; estás abandonada: ¿dónde están tus bufones? Ningun pasajero subirá por tus pendientes de hoy en adelante, y ya no se verá la luz de las lámparas suspendidas en los techos.

Brillais para desaparecer y subís para bajar. El grano de arena le dice al grano de ceniza:—"Traguémonoslo todo.„—"Dónde está Tebas?„ pregunta pensativa Babilonia. Tebas interroga: —"Dónde está Nínive?„, y Nínive exclama:—"Dónde está Tyro?„

El hombre se agita y obra, y todos sus actos los espía un ojo fijo; Dios no ignora ningun pensamiento y ninguna accion del hombre; ¡desgraciados los que para obrar mal se ocultan en las tinieblas y creen por eso que nadie les vé!

Todos van desapareciendo unos tras de otros; unos al fin de una carrera insensata, otros cuando dan los primeros pasos; desaparece el que empuña el cetro y el que hace sonar la flauta; nada dura en el mundo, y el padre desaparece tras el abuelo.

Las razas van á parar adonde todo pára en el mundo; cuando las antiguas comienzan á palidecer, las nuevas van siguiendo el mismo camino; y en la eternidad, abismo donde se vacía la tumba, cae sin cesar la humanidad, sombrío rio que vá á parar al rio universal.

Vigilad! Pensad en los séres queridos que perdísteis; hablad más bajo, meditad lo que decís; el águila de la muerte nos roza con las puntas de sus alas, y la vida, hora por hora, se vá fugando de nosotros.

Partidas vertiginosas! ¡golpes repentinos! ¡Cuántos que creian hablar solo para el mundo, con la frente altiva y el corazon soberbio, de repente, como de súbito se desploma un muro, en medio de una frase dirigida á la multitud se han desplomado en la tumba;

Y al llegar á la inmensidad se han quedado pálidos y estupefactos al ver en

el abismo azul de lo infinito, en el que el enmascarado se descubre y el incógnito se revela, que la frase que habian empezado á pronunciar ante los hombres la terminaban delante de Dios!

En el umbral de lo infinito hay un espectro con el dedo puesto sobre la boca. Los muertos parten. La noche con su vara los toca y se encaminan hácia el antro profundo, en el que no penetra ni el más leve resplandor, y por allí se disipan. Dónde van? Quién lo sabe! Solo sabemos que se van.

Hácia dónde van? Hácia el enigma? hácia el Sér? Al dar el primer paso, como la vela del barco que se hunde en el mar, desaparece su blancura, y solo se oye en la inaccesible sombra el sordo murmullo que produce un invisible bosque en el invisible abismo.

El infinito, camino oscuro y brumoso por donde el alma llega á Dios, asciende, multiplica sus bóvedas tortuosas y luego se borra... y nos azora el horror cuando llegamos á entrever los arcos y los pilares de ese puente monstruoso.

XIII.

Desafiando á lo inmutable, unos se refugian en el adormecimiento, otros en la orgía; algunos exclaman:—"¡Abajo la virtud! abajo la fé!„ El hombre es un animal como los otros; en su lúgubre espíritu, como el tigre en su antro, habita la nada.

Gozar es lo que importa y pasar bien la vida rápida; el que hace sacrificios es un loco, el mártir es un estúpido; vivir bien es lo esencial. La inmensidad se sonrie y la tumba hace gestos. La vida es un guijarro que el hombre prudente recoge para apedrear al cielo.

Esos hombres se sacuden sus sabandijas sobre los ángeles; viven contentos, beben, comen y rien, con todas las risas que la demencia puede inventar, y dicen en su rencor y en su ódio todo lo que el gusano pudiera decir á Dios.

Niegan esos desgraciados al Creador del mundo; pero de repente el ángel mudo posa su mano sobre el hombro del descarado burlon, y detrás de él, mientras canta, surge la muerte, y Dios llena de repente con la eternidad aquella boca que escupe.

XIV.

¿Qué harás ¡oh viento! de tantas yerbas segadas, de tantas pajas secas y de tanto árbol derribado? ¿Qué harás ¡oh viento! de los que se van del mundo antes de hora, de los que lloran y de los que rien?

¿Qué harás de los corazones, qué harás de las almas? Todos los hombres amamos, creimos y pensamos, brillamos un instante; despues, en los panteones ó en los osarios nos enfriamos, unos cubiertos con banderas, otros con mortajas, todos llenos de andrajos.

Y tus ráfagas, viento, nos agitaban y nos oreaban cuando ayer estábamos llenos de vida y llenos de ilusiones: ahora todo eso huyó y ahora no sabemos qué será de nosotros, y en vano tratamos de averiguarlo.

Oh viento! ¿qué harás de ese torbellino de séres, de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de esclavos, de señores, que sufren, rezan, aman ó dudan, que quizás son ceniza, que quizás son semillas, que ruedan extremecidos y pálidos hácia el inmenso desvanecimiento?

XV.

El árbol de la eternidad vive, no tiene raices ni copa, pero su vasto ramaje alcanza á todas partes, está cerca del gusano y cerca del sol; el espacio vé crecer incesantemente la rama que se llama Número y la rama que se llama Destino, y su vegetacion sombría cubre al hombre azorado.

La sentimos arrastrarse y engrandecerse sobre nosotros, atar á Deutz con Judas, á Nemrod con Schinderhannes, retorcerse en mil nudos, y temblando, vemos cruzar en nuestras pupilas sus tallos vertiginosos.

Y distinguimos en la parte más frondosa del árbol á los Hobbes, contemplando con ojos de mármol á los Kant de an-

cha frente; inmóviles, con el hacha en la mano, con el pié encima de los problemas: la muerte ha convertido á todos esos leñadores en pálidos espectros.

Están estupefactos cada uno sobre su rama; ese se incorpora; éste, espantado, se inclina; aquel quiere, el de más allá se atreve, y todos se paran ante el misterio. Zenon piensa volviendo la cara hácia Pirron y Voltaire mira á Spinosa.

Decidme, ¿qué habeis encontrado, buscadores sublimes? ¿Los oscuros nidos que encontrásteis entre las ramas nudosas del árbol, cobijaban enjambres de alas negras ó blancas? Decidme, ¿vísteis volar por entre el ramaje alguna águila monstruosa?

Del que guarda el secreto, los hombres somos vasallos; el espeso velo de la suerte no nos deja ver claro; la fúria del viento nos encorva; la oscuridad de la misma noche confunde nuestras cabezas. Quién sabe el secreto? ¿Lo sabeis vosotras, tempestades? ¿Lo sabeis vosotros, abismos?

El incomprensible problema hincha las olas del mar, y oscilando sin cesar, vá desde la noche hasta la aurora, desde el topo hasta el lince; el enigma clava en nosotros tercamente sus profundas miradas en la oscuridad, en la que vemos sobre nuestro destino las dos garras de la esfinge.

La clave de la esfinge es Dios: esa palabra tiembla en la llama, fluye en los rios, circula en la sangre del hombre; las constelaciones la dicen en voz muy baja, y el volcan, ese mortero del infinito, la lanza á los astros cuando pasan.

No dudemos, creamos; tengamos confianza y afirmemos la existencia de Dios. Nuestra ceguedad no debe servirnos de obstáculo; hagamos ver á la creacion que al ciego deslumbra la luz.

Os repito que negar al Creador es caer en un precipicio. Mortales, la vida es muy corta y la carne sirve de pasto á los cuervos; la vida se derrumba á vuestro alrededor como un viejo claustro; la yerba está muy alta, y en ella se ven menos flores que tumbas.

Cuando nos agobia la duda, la vida pierde el encanto. Cuando el hombre, espectro alegre, con el sarcasmo en los labios y con la tristeza en los ojos, quiere burlarse del infinito, vé con estupor que los árboles oran y que las montañas están sérias;

Conmovida la encina hace señas al cedro, que está contemplativo; el peñasco soñador parece un sacerdote que está en el templo llorando por algun desgraciado; la araña medita inmóvil en el centro de su tela, y el leon, pensativo á la luz de las estrellas, dice rugiendo:—"Perdon, Señor!„

Jersey, cementerio de San Juan, Abril de 1854.

VI.

Un dia el profeta sublime que meditaba en Patmos y leia extremecido en los bordes del abismo palabras lúgubres, dirigiéndose á su águila, la dijo:—"Quiero que me lleves sobre tus alas; quiero ir á ver á Jehová.„ El águila obedeció. Llegaron á las puertas del cielo y Juan entró. Se dirigió á un sitio sin nombre, cuyo centro ningun arcángel se atreve á atravesar; pero ese sitio temible estaba lleno de sombra, de la sombra que proyecta la grandeza de Dios.

Jersey, Setiembre 1855

VII.

Clara.

Vuestra hija siguió á la mia! Madre de corazon desgarrado, hiciste bien en dejar abierta la puerta para que ella vuelva; la piedra que se vé allá abajo entre la yerba es una tumba.

En cuanto desapareció mi hija te tocó el turno, Clara, y desapareciste tambien: quizás en las alturas se llamarán la una á la otra, al saber que ascendieron casi juntas.

Niña que en nuestra morada vertias la alegría; que en otro tiempo, cantándote, tu madre te mecia en la cuna; que primero la encantaste con tu pequeñez, y luego hiciste luminoso el horizonte de su vida,

---

Ahora duermes para siempre bajo la losa sepulcral; no existes, has existido apenas: el astro atrae á la azucena y se llevó al azur del espacio tu virginidad.

Te remontaste al sublime firmamento convertida en llama, en ala, en himno y en fragancia, y gozarás en el infinito de rayos de luz y de rayos de amor eternos.

No reiremos ya en la noche de nuestra vida, en la que, como para bendecirnos, vemos vagar en nuestro cielo y en nuestra memoria tu figura como una nube y tu nombre como un recuerdo.

¿Presentaste ya en las altas esferas tu sombrío epitalamio? En los pocos momentos que caminaste por la tierra, de todos los ideales formaste tu alma, como si hicieras un ramillete destinado para el cielo.

Viéndote tan serena y tan radiante, los corazones más crueles dejaban de odiar; pasaste por la vida como Ruth la espigadora, y como Ruth la espiga, tú recogias el bien.

La naturaleza derramó toda su gracia en tu faz, la aurora su candor, los campos su bondad, y nosotros gozábamos viendo reunidas en tí la dulzura y la belleza.

Era tan casta, que su forma parecia obra deslumbradora del cielo; de todos los rosales parecia la rosa y de todos los amores parecia el perfume.

Los que no han conocido á esa hechicera niña no pueden saber que transparencia tenian sus miradas, que eran semejantes al agua tranquila cuando las estrellas reflejan su luz en el mar.

Era sencilla, franca, modesta y buena; empezaba á preludiar el canto de las ilusiones, y en toda ella brillaba ese no sé qué vago y lejano de la ilusion.

Se conocia que habia de estar poco tiempo en el mundo, que solo aparecia en él para desvanecerse, que apenas aceptaba la involuntaria vida, y que habia momentos en que la tumba la deslumbraba.

Pasó por esta sombra, á la que se resigna el hombre; cuando sopló el viento fatal, pasó sin hacer ruido, hermosa y cándida, como una pluma de cisne, que permanece siendo blanca cuando se la vé de noche.

Desapareció al aparecer la aurora; fué fulgor en la mañana, virtud en el cielo; fué boca que solo conoció los besos de la ilusion, fué alma que solo durmió en el lecho de Dios.

Y ahora estamos los dos sumidos en nuestra afliccion sin límites, vos su madre y yo arrodillados ante esas queridas fosas, contemplando siempre en las silenciosas tinieblas la desaparicion de esos dos séres adorados.

Nos hicimos la ilusion de que permanecerian con nosotros durante nuestra vida y Dios nos las arrebató. Hasta cuando ciñen nuestros cuellos con sus blancos brazos, terrible viento hace extremecer esos queridos fantasmas, que aun creemos contemplar.

Están ahí, cerca de nosotros, jugando á las orillas del camino; no han desdeñado descender hasta la tierra oscura; y detrás de ellos, sin que en su candor lo sepan, sus alas proyectan algunas veces su sombra en la pared.

Penetran en nuestras estancias, moran con nosotros, y alegres, ligeros y cariñosos, nos acarician y desaparecen. Desconsolada madre, nuestros hijos son dos ángeles.

Quiso nuestra suerte severa que regresasen pronto al cielo que vieron abierto, y que antes de posar los labios en la copa de la vida la abandonasen, igno-

rando lo que es la envidia, el dolor, el orgullo y el ódio.

Nosotros, que somos ó condenados ó apóstoles, tenemos que trabajar, que esperar y que sufrir; tenemos que expiar nuestras faltas ó las agenas; nuestro corazon debe sangrar por sus heridas y nuestros ojos tienen que derramar lágrimas.

Ellas son el aire que huye, el pájaro que se posa un momento en una rama, el suspiro que vuela, el Abril que brilla y pasa, el perfume de la rosa que vá á reunirse en el cielo con el rayo del sol.

Sintieron el profundo y misterioso disgusto con que el alma se ata al cuerpo culpable; sintieron, séres soñadores, que otro mundo los reclamaba, y no sé qué sed de morir prematuramente.

Sí, inconsolable madre, en el cielo están los elegidos por el misterio, los enviados divinos, los séres alados, á los que Dios solo permitió rozar sus alas en la tierra para dar algo de alegría á los corazones cariñosos.

Como el ángel á Jacob, como Jesús á Pedro, se nos aparecen, hermosos, puros, destellando de sus pupilas la claridad serena del celestial paraiso.

Y cuando compasivos besaron nuestras llagas, curaron nuestros dolores, alegraron nuestra razon é hicieron brillar un momento la luz del alba al través de nuestra noche;

Se volvieron á las alturas á hablar de los hombres á Dios, y para hacerle ver las dificultades del camino de la vida, nuestras debilidades y nuestros sufrimientos, le presentaron un puñado de tierra, que llevaban en el hueco de la mano.

Desaparecieron, ya arrebatadas por un relámpago, ya por una enfermedad cruel que no pudo vencer la ciencia, y nos quedamos pálidos, frios, desconsolados, sin saber nada, sabiendo solo que esos séres queridos ya no existen.

Entonces exclamamos:—"¿Para qué sirve el hogar sin fuego? ¿Para qué sirve la casa silenciosa? ¿Para qué sirve la rama donde no se posan los pájaros? ¿Qué esperamos ya, si ellos no han de volver?„

Se desvanecieron como el sonido de dos liras y nos dejaron solos y tristes, cerca del abismo en el que todo se vá hundiendo; y creemos algunas veces entrever vagamente en nuestra oscuridad el fulgor de sus deliciosas sonrisas.

Porque por misterio incomprensible se nos aparecen; sentimos sus hálitos, oimos flotar sus vestiduras, que rozan por las paredes de nuestro hogar solitario, y cuando esto sucede, las lágrimas saltan de nuestros ojos.

Sentimos que nos rozan sus cabellos, que nos tocan sus blancas manos y que nos dicen en voz baja y tierna:—"Madre mia, padre mio, esperad un dia más!„ Y yo quedo esperando en el último escalon de la escala del amor.

Espero reunirme pronto con mi hija. Pobre corazon mio! La vida es amarga y pronto saldrás de ella. Dios te vé. La muerte reune. Llegarás á ser ángel habiendo sido mártir.

Angeles queridos, volveros á encontrar será nacer. ¿Cuándo veremos, como luz ideal, aparecer la estrella de la muerte en el negro horizonte de la tumba?

¿Cuándo iremos á las regiones donde están los niños muertos y las primaveras desvanecidas, los séres queridos y arrebatados?

¿Cuándo ascenderemos á esa region, en la que se encuentran todos los díctamos, los séres queridos, los ausentes, los besos de los espíritus y las miradas de las almas?

¿Cuándo iremos á gozar de la alegría sin límites, en la que son himnos vivos los velados ángeles, en la que se vé al través del horizonte de la armonía la vaga estrofa azul que cantan laúdes de estrellas?

¿Cuándo vendreis por nosotros á sacar del mundo nuestras existencias, para que nos columpiemos juntos en las profundidades de la sombra, deslumbrados por la mirada del Eterno?

Diciembre 1846.

VIII.

Asomado á la ventana durante la noche.

I.

Las estrellas, como puntos de oro, se ven al través de los ramajes; el oleaje descompone sus reflejos en el pálido Océano; las nubes en el espacio parecen aves que huyen; de vez en cuando susurra el viento y dice palabras entrecortadas, como el hombre que está soñando.

Todo se desvanece. La naturaleza es una urna mal cerrada; la tempestad es espuma y la llama es humo; todo está fuera de su propia vida. ¿El astro es un punto fijo en ese movedizo problema? ¿El cielo que contemplamos fué siempre lo mismo y lo será siempre? ¿Verá siempre el hombre claridades eternas y subir los mismos centinelas á las mismas torres?

II.

Sereis siempre las mismas, noches? ¿Veremos siempre sobre nosotros extenderse el mismo cielo? Dí, larva Aldebaran, responde, espectro Saturno, ¿nunca veremos en la faz nocturna abrirse ojos nuevos?

¿Comprendemos acaso el misterio del mundo? ¿Qué sabemos nosotros, pobres juncos del pantano, miserables gusanos, cuya baba reluce, qué sabemos nosotros si Dios querrá ceñir nueva tiara á la frente de la noche?

III.

Cuando los cometas van y vienen lanzando desde sus insondables focos su claridad hasta nosotros, encendiendo quizás al pasar almas y mundos, ¿sabemos qué es lo que están haciendo esos vagabundos que corren por el cielo?

¿Quién ha visto el manantial y quién conoce el orígen? ¿Quién, habiendo sondeado el abismo, puede imaginarse ser mago y ser rey? Quien puede decir:—"Basta, ya está bien; no crees más astros, Eterno; descansa.„

Sedicioso el efecto, ¿tiene la pretension de limitar la causa? Ningun mortal puede decir á nada de lo creado:—"No irás más allá„; sin su intervencion la creacion vive, crea y se multiplica; el hombre solo es un testigo presencial.

Un testigo presencial que tiembla y que se espanta. Los firmamentos, así como los animales, están llenos de viviente savia. La creacion está delante y Dios detrás. El hombre está en la parte oscura de la barrera, en la que, curioso, vive y vaga: cuando levanta la cabeza vé, al través de la siniestra claraboya, el brillo del ojo misterioso.

IV.

Luego no debemos decir:—"Contamos con las estrellas„. Quizás flotas de soles con las velas desplegadas llegan en este instante; quizás mañana el omnipotente Creador, rehaciendo la noche, haga que cambie el firmamento.

Quién sabe! Qué sabemos? Quizás en el sombrío horizonte veamos bruscamente aparecer astros azorados, que lleguen de los abismos, que vengan de las profundidades ó que desciendan de las cumbres, y que entren en tropel y que nos petrifiquen con sus extraños aspectos.

Quizás en este momento, desde el fondo de las noches fúnebres, ascendiendo hasta nosotros, hinchando sus olas de claridades, el mundo infinito, en ese desco-

nocido mar vierta una inmensa marea de constelaciones.

Marine-Terrace, Abril 1854.

IX.

Claridad.

El Océano hace resplandecer sus variados matices. El oleaje, cansado de combatir, extenuado se adormece, y dejando que descanse el escollo, envia á la playa inmenso beso. Parece que en todas partes, al mismo tiempo, la vida hace desaparecer el mal, el sufrimiento, el invierno y la noche; que los muertos inviten á los vivos á amar, y que un alma incógnita difundida por todas partes adelante tiernamente la boca hácia nuestros labios. El sér, extinguiendo su fiebre en la sombra y en el éxtasis, abriendo sus entrañas, sus senos, sus ojos y sus corazones, en sus profundos poros recibe de todas partes la penetracion de la sagrada savia. Como una marea llega de las alturas la paz universal. La brizna de yerba palpita en las rendijas de las rocas. El alma tiene calor. El nido está cobijado. Parece que se llene el infinito de un extremecimiento de hojas. Creemos encontrarnos en los momentos en que al despertarse la tierra oye el ruido que lanza el dia al abrirse; en los momentos en que oye los primeros pasos que dan el viento, el trabajo, el amor y el hombre; en los que oye descorrerse el cerrojo de la sonora puerta y el relincho de los blancos caballos de la aurora. El pájaro, de un solo vuelo, como un espíritu loco, vá á impacientar á la ola monstruosa que sonrie; el aire juega con las moscas y la espuma con el águila; el labrador gravemente abre los surcos y arregla las páginas donde debe escribirse el poema de los trigos; el horizonte parece un sueño deslumbrador en el que nadan la escama del mar y la pluma de la nube, porque el Océano es hidra y la nube es pájaro. Un rayo vago de claridad cae sobre una cuna, que una mujer columpia en el interior de una cabaña; dora los campos, las flores y las olas, y adquiere más viva luz al reflejar en una tumba, situada cerca de un campanario. La luz se sumerge hasta lo más profundo, vá á buscar la sombra y le dá un beso en la frente. Todo en la naturaleza está quieto y tranquilo; todo respira ternura y felicidad; Dios mira.

Marine-Terrace, Julio 1855.

X.

A los ángeles que nos ven.

—Pasajera, quién eres? Te conozco, pero como eres espectro, sombra y nube, no tienes sexo ni edad.—Soy tu madre. —¿Quién eres tú, cuyas alas tiemblan y brillan, cuyos ojos están bañados de dulzura?—Soy tu hermana.—¿Y tú quién eres?—Soy tu hija.—Y tú?—Soy la mujer que amaste.—Y tú?—Soy tu propia alma.—¡Envolvedme en vuestra oscuridad, profundas noches!

Junio 1855.

XI.

Cadáver.

Cuando muere el hombre, ¿habeis levantado alguna vez el paño mortuorio para contemplarle? Y mientras alrededor del lecho le lloraban desconsolados la madre, los hijos, los hermanos y los amigos, sollozando de dolor, ¿habeis visto sonreir al cadáver? Hace poco se retorcia en el estertor de sus últimos instantes y ahora despide cierta claridad. ¿Qué es lo que produce esta claridad en el hombre cuando cae en el profundo y eterno abismo? Qué es el sepulcro? ¿De qué proviene la serenidad formidable de los muertos? Es que se abre el secreto y que el sér se queda fuera de él; es que el alma brilla, llamea y está risueña, y el cuerpo participa tambien de esa terrible alegría. El cuerpo se dice:—"Voy á convertirme en tierra, á germinar, á florecer como savia y á amar como flor; voy á rejuvenecerme con la juventud del matorral, del agua viva, de la encina y del olmo y á difundirme por los lagos, por las olas, por los prados, por los montes, por las rocas, por los barrancos, por las brisas y por todos los murmullos desconocidos de la vida. Voy á ser pájaro, viento, susurro del agua, rumor del cielo y palpitacion del todo prodigioso de la naturaleza.„ Todos esos átomos, de los que disponia el hombre y que estaban fatigados, se alegran de verse en liber-

tad de vivir y de volver al abismo que les place. El hálito que la calentura hacia ágrio y ardiente vá á convertirse en perfume y la voz en armonía; la sangre vá á volver á penetrar en las venas infinitas y á correr, como claro arroyo, por los campos; los huesos han adquirido ya la majestad del mármol; la cabellera siente ya el extremecimiento del ramaje de los árboles y la aromada brisa de la primavera, y la mirada, que extraño velo empañó, adquiere el misterio del despertar de un astro luminoso.

Dios quiere que la muerte sea el inefable canto por el que al fin el alma y el cuerpo se sueltan, y que sirva de doble puerta abierta al doble sér del hombre. En esta hora inexpresable Dios dispersa el cuerpo en el universo y el alma en el infinito. Cierta azulada atmósfera, en la que se respira el aire salubre de la eternidad, resplandece á pesar de la lúgubre mortaja. Admirable paz la de la muerte! La sombra de las noches, las cañas de los estanques, la roca del montículo, la aparicion misteriosa del crepúsculo, el aire, la tierra, el fuego y el agua, todo, hasta el cielo, se inmiscuye en el cadáver, que llega á ser solemne, y el nacimiento de un astro se entrevé en sus pupilas.

En el cementerio, Agosto 1855.

XII.

A la que cubre un velo.

Me hablas desde el fondo de una nube como hablaria un alma á los vivientes, y como la espuma sobre la playa, tu túnica flota á los vientos.

Soy el alga que es víctima de innumerables olas; soy el cautivo á quien el destino venció; todas las sombras cubren mi vida, sin conseguir apagar mi corazon.

Mi espíritu se parece á esta isla, mi suerte se asemeja á este Océano; soy el tranquilo habitante de la region de las tempestades y de los huracanes.

Soy el proscripto que vive solitario, que piensa y canta lejos del ruido del mundo, como el mochuelo y como la estrella, la sombría cancion de la noche.

¿Tú no eres tambien, como yo mismo, lámpara en el mundo vil y tenebroso; alma, es decir, problema; y mujer, es decir, destierro?

¡Sal de la nube, sombra embelesadora; déjame que te vea, fantasma! Sé para mí faro que me libre de la borrasca; sé para mí estrella en el celaje negro.

Búscame entre las gaviotas; dirige tus luminosos rayos hácia mi arrecife, y haz llegar hasta mis mudas profundidades tu fulgor angelical.

Desciende, y al pasar roza tus ligeras alas en las alborotadas olas; ven hasta mí; debes ser muy hermosa, pues tu lejano canto es muy armonioso;

Y la noche engendra la aurora; y quizás es designio del cielo que alegre tu misteriosa sonrisa mi destino triste.

En el tenebroso mundo por do vago debemos apercibirnos de esto los dos; tú, que eres luminosa, y yo, que soy esclavo del deber.

Desde lejos me dices que me amas y que por la noche te apareces en el horizonte, y llegas hasta aquí para ver la playa y para ver mi morada.

Y allí, meditando bajo la grande bóveda, cerca de las olas agitadas, sorprendida de ver que el átomo se parece á la inmensidad, comparas, sin conocerme, la ola con el hombre, la sombra con el desterrado y la lámpara que alumbra mi ventana con el astro que alumbra el infinito!

Algunas veces, en mis delirantes sueños, siento que te posas en mi frente marchita, boca de lo desconocido que dejas caer el beso puro de lo ideal.

Cuando me roza tu hálito, siento en

mí dulce frescura y que se extremecen todos mis pensamientos como hojas del árbol del corazon.

Pero no quieres que yo te vea; sucesivamente vienes y te vas; no quieres llamarte alegría, habiéndome dicho que te llamabas amor.

Dá un paso más, ven y entra, si el deber no te lo prohibe; ven á ver mi alma en su antro, y verás el espíritu del leon y el corazon del niño.

Ven á ver el desierto que habito, solo y en solitaria morada; sé el ángel en casa del cenobita, sé la claridad en casa del profeta.

En las ruinas que ocupo, trueca mis gotas de sudor en perlas; ven á posar sobre todas mis obras tu mano, que destella claridad.

Desde los bordes de los siniestros barrancos del sueño y de las ilusiones entreveo visiones divinas... ¡Completa tú la aparicion!

Ven á ver al soñador que se inflama á medida que se vá destruyendo, y que en su alma tiene cada dia más muerte, pero menos oscuridad.

Ven; penetra en la bruma que me rodea, en la que nace la fé, de la que sale el espíritu, y á través de la que yo veo las formas oscuras de la suerte.

Todo lo esclarecen los fulgores fúnebres; para el entristecido pensador, Dios abre en las tinieblas bruscas inundaciones de claridad.

Conozco que, antes de descender á la tierra, en otro tiempo me he cernido en los espacios; conozco que fuí arcángel solitario y que mi desgracia consiste en haber nacido.

Ciérnete sobre mi alma, que en otro tiempo fué paloma; ven hasta mí, tú que llevas impreso el sello celestial.

Mi irreparable desgracia consiste en depender de dos elementos; consiste en encerrar en mí fango miserable y luz divina.

Consiste mi desgracia en ser hombre, en recordar lo que he sido, en ver lo que soy; en ser al mismo tiempo cielo y tumba.

Consiste en ser un forzado que pasea su cadena por el mundo, en verme obligado á vestir la hopa humana; consiste en haber perdido las alas.

Consiste mi desgracia en arrastrar la materia, y siendo hijo de la luz, verme enterrado bajo la tierra del cementerio, hasta cuando me entrego al amor.

Marine-Terrace, Enero 1854.

XIII.

Horror.

I.

Espíritu misterioso que pasas ante mí con el dedo fijo en la boca... ¡no te vayas! ¡háblame!... tú, cuya blanca frente asomas en la noche de mi desierto; háblame y respóndeme, tú, que pasas por entre las ramas de los árboles como un soplo de claridad!

¿Eres tú el que algunas veces se me aparece á media noche? ¿Llamaste tú á la puerta de mi dormitorio una noche que yo no dormia? ¿Eres tú el que vertias el fulgor que ví? La piedra del umbral de mi casa es quizás la primera grada de la escalinata de la muerte.

Quizás en mi puerta, que se abre á la sombra inmensa, empiece la escalera invisible de las tinieblas; quizás los pálidos muertos, cuando ascienden desde el fondo del horror sepulcral, llaman á la puerta de mi casa.

Porque la casa del destierro, confundida con las catacumbas, está pegada á los muros de la ciudad de las tumbas; el proscripto sale de ella. Flota sumer-

gido, como la nave que zozobra; cuando el dia le vé, exclama:—"¿Quién es esa sombra?„ Cuando le vé la noche, dice:—"Quién es ese muerto?„

Bien venida seas, sombra, hermana mia, que cuando apareces me haces señas de que me incline hácia el enigma siniestro y oscuro, y vienes, asustándome con tu fulgor sublime, á enjugar en mi frente el sudor del destierro con la fimbria de tu sudario!

II.

El abismo es oscuro y la vista es débil. Tenemos ante nosotros la inmovilidad del silencio. Qué somos? ¿Dónde estamos? Debemos gozar ó llorar? Los que encontramos, pasan. De dónde vienes? No lo sé. Dónde vas? Lo ignoro. Así el hombre habla al hombre y la ola á la ola. Todo vá, todo viene, todo miente, todo huye!

Vemos salir la flecha y que la sombra tapa el blanco; vemos lanzado al hombre. Por quién y hácia quién? Hácia lo invisible. El tenebroso arco silba en el aire. Al ver que los que amamos se mueren en nuestros brazos, nos preguntamos si para lanzar el rayo de la muerte brilla el relámpago de la vida!...

Nos preguntamos, víctimas de la duda, si la profunda tumba que se abre ante nosotros, abismo, esperanza, refugio ó escollo, es el firmamento lleno de innumerables estrellas, y si los clavos de oro que se ven de noche en la esfera azul son los clavos del féretro.

Vivimos y nuestros dientes chocan, nuestras vértebras se extremecen; cualquiera diria que en las tinieblas del mundo se oyen pasos que nos aterran. Qué es el huracán durante la noche? Alguno que pasa. Oimos el resuello de los caballos del espacio que arrastran un carro, que no vemos.

La sombra parece absorta en una idea única. El agua solloza; el bosque comunica al espíritu su temblor contagioso, y en la bruma que nos rodea, todo parece alumbrado por el reflejo que proyectan los mármoles blancos de un sepulcro prodigioso.

III.

En el mundo cada cosa es un problema para las otras cosas; el sér es una esfinge para los demás séres; el alba le parece pálida al sol, y el relámpago le parece pálido al rayo. En la creacion vaga y crepuscular, los objetos conturbados por siniestra claridad son una vision unos para otros.

La ceniza no sabe lo que piensa el mármol; el escollo ignora lo que dicen las olas; las ramas de los árboles no saben lo que dice el viento. ¿A quién se castiga aquí? Pasais sin conoceros. ¿Eres tú el culpable, niño que acabas de nacer? Oh muerte! ¿eres tú la que vives?

Tenemos cimas en el espíritu; nuestras ideas, nuestros sueños, nuestras virtudes, son escarpaduras que abordamos y esperanzas que construimos pronto; y tratamos de aplicar á esas extrañas cimas la escala de fuego por la que subieron los ángeles, en la que Job está bajo y Cristo está arriba.

Amamos. Para qué? Sufrimos. No lo podemos evitar. Prefiero morir y desaparecer; pero el mortal no puede elegir su camino. El sér, asustado, enmudece ante la bóveda azul, viendo caer de la boca de la urna la lluvia lívida de los humanos.

Pensamos. Y despues? Arrástrate, espíritu, y conserva tus cadenas. Cuando á la hora del crepúsculo os paseais por entre las encinas y por entre las rocas, ¿no veis retroceder á la sombra en cuanto se fijan en ella vuestras miradas? ¿Sabemos acaso en qué piensan todos esos misterios mudos?

Juzgamos. Levantamos la horca. El hombre mata y muere. El género humano, muchedumbre que vive en el error, condena, extermina, destruye y despues se vá. En su demencia levanta el poste del patíbulo, que es el palo de ese ciego inmenso que vá caminando de noche.

Espantoso zenit, del que no puede librarse la humanidad, en el que los doce Césares reaparecen siempre uno tras otro, como soles negros y errantes; el hombre, encorvado por sus aflicciones, vé eternamente sobre él sucederse en el sombrío cielo ese zodíaco de tiranos.

IV.

Hace cuatro mil años que el hombre, víctima del ódio, queriendo agujerear su tumba con los pedazos de sus cadenas, escarbando arriba y abajo, trata de escaparse al través de la naturaleza, pero no ha conseguido aún abrir un boquete en la bóveda del cielo.

En vano el pensador, en sus vuelos sombríos, choca su alma oscura con la techumbre de las tinieblas; cae y muere; su vida es muy efímera, y nada comprendemos en la oscura noche que nos lega de lo que dice, en voz muy baja, balbuceando, la creacion al oido sordo de la tumba.

Somos transeuntes, multitudes y razas; sentimos en nuestros rostros soplos que nos hielan; somos agitado abismo; somos objetos con los que juguetean las ráfagas del viento; somos copos de la nieve eterna en la eterna oscuridad.

Por qué brillas, Vénus? ¿Dónde ruedas tú, Saturno? Siguen impasibles su carrera y nadie en el éter nos responde. El hombre tirita de frio, solo y desnudo. Las negras olas de la extension se desbordan llenas de horror; el enigma tiene miedo de la clave, y el infinito parece que apenas pueda contener á lo desconocido.

Siempre al mortal rodea la noche; nunca brilla para él la aurora. Caminamos ya muchos siglos y no hemos adelantado un paso; pensamos lo que pensaba Adan. Combatida por los vientos, la creacion flota y huye; distinguimos en la oscuridad una estátua inmensa, y á esa estátua la llamamos Jehová!

Marine-Terrace, 30 Marzo 1854.



XIV.

Dolor.

Creacion! enlutada figura! ¡Isis austera! Quizás el hombre la perturba y constituye su misterio, quizás ella teme á los hombres, y mientras gemimos bajo el yugo de la ley mortal, mientras temblamos ante ella, ella se extremece ante nosotros.

No riamos locamente, suframos con gravedad. Cuervos, buhos y buitres, seamos dignos de convertirnos en cisnes; encorvémonos bajo el peso de la ley que nos gobierna; no echemos la duda al mar como una sonda; caminemos sin saber á dónde, hablemos sin que nos respondan y lloremos sin saber por qué.

Hombre, no exijas que por tí se rompa el silencio; comprende que eres castigado, inclina la cabeza y piensa. Satisfácete con lo que ves. Puede salir para tí de la inmensidad una palabra terrible. Si el abismo es la boca ¡oh Dios! ¿qué será la voz?

No nos irritemos. No nos conviene hacer volar hácia la claridad que destella la esfera á través de los cielos transparentes la afrenta, las risas, las sátiras ni las imprecaciones, ni que el candelabro de siete brazos atraiga á las errantes mariposas nocturnas.

Crece, sueña, sufre, vive, ama, envejece y muere. La explicacion de esos misterios se encuentra en el sepulcro. No blasfememos. ¿Qué le importa al Increado, que ofrece á los hombres los poblados mundos y los cielos estrellados, que el mortal le amenace?

¿Creemos acaso que cuando todo le suplica, que mientras él crea y hace vivir, que mientras apropia una humanidad á cada astro, podemos con nuestras imprecaciones perturbarle en su plenitud, escupir nuestra nada hasta su solitaria altura y gastar su eternidad?

Dios, cuando en el éter dibujaste las

formas, por todas partes donde trazaste las enormes órbitas de universos que no existian aun, brotaron soles innumerables de los agujeros que en el firmamento hizo la punta de tu compás clavada en la sombra.

Qué somos nosotros? Noche, muerte y olvido. Pero Dios existe y su esplendor nos hace extremecer; él es vida, llama y amor; hace abrir en el mes de Abril montones de flores varias; hincha, como un pecho, la redondez azul del Océano.

El pensador busca al hombre y encuentra la ceniza: encuentra el frio orgullo, la maldad, el amor venal, el error, la talega de oro, el ódio y su puñal, la envidia y su mortaja, al introducir la mano al acaso en el osario que llamamos humanidad.

Porque vive sumido en incomprensibles aflicciones, exclama el hombre estúpido: "No creo en el Sér eterno; me deja padecer, luego no debe existir„. Te admiras á tí mismo, hombre, efímero peregrino en la tierra, y tomas por plata, miserable gusano, la inmunda baba que marca el sitio por donde te arrastras.

A nada conduce negar la existencia del Sér supremo. ¿Puede acaso la áspera ironía, inclinándose hácia el abismo, sorbérsele como sorbe su propia hiel? Cuando nuestro orgullo le niega, nuestro dolor le reconoce. El sarcasmo que puede cegar la vista del hombre no puede apagar las estrellas del cielo.

Cuando le herimos, nosotros recibimos la herida. Pensemos y creamos. Inútilmente el Océano quiere traspasar la playa. Adoremos á Dios en los astros, en las flores y en las mujeres. Mortales, el pensamiento es la púrpura del alma, pero la blasfemia es su andrajo.

No nos mofemos. Nuestros corazones son las losas del templo. Nos está mirando siempre el Sér eterno que contempla el infinito. ¡Insensato el que le niega y el que le muerde! La mujer desnuda, cuya carne tienta al espíritu, rie bajo los tupidos árboles; no vayamos á reir á su lado. No digamos:—"Lo que importa es gozar; el cielo está vacío!„

Oh dolor! Clave de los cielos! La ironía se disipa como el humo. La expiacion abre la puerta cerrada; los sufrimientos redimen, y por encima de las locas muchedumbres ascienden hácia los sacrificios, resplandecientes, los grandes sacrificados.

Ascender es inmolarse. Es áspera la subida de todas las cumbres. El Olimpo se transforma lentamente en Calvario, en el que se sufre el martirio: una cruz inmensa yace en nuestra profunda noche, y vemos sangrar en las cuatro partes del mundo los cuatro clavos de Jesucristo.

No dudeis, vivientes; no os mofeis, esqueletos. Desde que aparece el alba tiñendo el celaje con sus sonrosadas tintas, empezais á silbar, y larvas, que la luz ilumina, cogeis ceniza con vuestras manos para arrojarla á la frente de la celeste aurora.

Cada vez que el hombre en el mundo, al verse víctima de los dolores, rie, blasfema y escupe al cielo sus sarcasmos, los frios muertos se incorporan en sus cuevas subterráneas y con sus descarnados dedos escriben esta palabra: "Dios„, detrás de las lápidas de sus fosas.

Marine-Terrace, 30 Marzo 1854.

XV.

Viaje de noche.

Sumidos en la ignorancia litigamos, disputamos y proclamamos. Cada religion es un magnífico campanario que un sacerdote edifica y que otro sacerdote destruye; cada templo, tirando de la cuerda en la oscuridad siniestra y solemne, hace producir diferente sonido á la campana eterna. Nadie penetra en el fondo, nadie distingue la cumbre. La tripulacion humana parece ébria ó demente; pone de vigía á un ciego, pone en el timon á un manco. Apenas hemos pasado de lo salvaje á lo bárbaro, apenas hemos franqueado el vértigo y el error entre la niebla en la que el hombre espe-

ra, piensa y suspira, sin salir de lo malo, sin dar un paso fuera de lo peor, sin que los antiguos tiempos vuelvan á aparecerse, y siguiendo nuestros pasos nos digan: —"Paraos!„. Sócrates exclama:—"Adelante!„; Jesucristo nos grita:—"Id más lejos!„ y el sábio y el apóstol desaparecen, preguntándose el uno al otro qué gusto tiene la cicuta y qué gusto tiene la hiel. Hay momentos en los que Satanás, viendo al hombre ingrato, loco y cruel, le coge de la mano y le acompaña. Llamamos ciencia á andar á tientas en la oscuridad. El abismo se abre y se cierra á nuestro alrededor, y nuestra vista se asusta, lo mismo de ver lo que se hunde que de ver lo que sobrenada. Sin cesar, el progreso, que es una rueda de doble engranaje, hace andar algo, aplastando á alguno. El mal puede causar alegría y el veneno tener perfume. Con la ley melancólica y taciturna lucha el crímen; el puñal habla y el patíbulo le replica. Sin ver su principio y su fin, á pesar de su oscuridad y de su hambre, oimos que se rien la Ignorancia y la Miseria. ¿La azucena tiene razon? El astro es sincero? Yo digo que sí, pero otros dicen que no. Las tinieblas y los rayos afirman á un mismo tiempo. Duda, Adam! Vemos oscuridad en el niño y en la mujer, oscuridad en nuestro porvenir. Todo está empañado por la niebla. Rousseau dice: —"El hombre progresa„; De Maistre replica:—"El hombre decae„. Pero el navío inmenso, el monstruoso bajel, sin aparejos y sin velas, que flota por revueltos mares, arrastrando el hormiguero de las miserias humanas, camina y boga, conociendo su camino.

Marine-Terrace, Octubre 1855.

XVI.

Religio.

La hora del crepúsculo llegaba con su claridad serena y terrible: Hermann me dijo:—"¿Qué fé es la tuya y qué Biblia lees? Tengo curiosidad de saberlo. Si tus versos no son inútiles copos de espuma; si tus estrofas no son tizones negros que humean sobre el monton de ceniza de la nada;

„Si tu alma no está hundida en el abismo de la incredulidad, ¿cuál es tu copón y cuál es tu Eucaristía? ¿De qué manantial limpio bebes?„ No le contesté, y continuó preguntándome:—"Soñador, que vives para civilizar, ¿por qué no vas á rezar á las iglesias?„ Caminábamos los dos, el uno al lado del otro, por el bosque.

Le contesté:—"Tambien yo rezo„. Hermann me replicó:—"¿En qué templo? ¿Qué sacerdote celebrante contempla tu alma y ante qué altar? ¿Ante qué confesor la haces comparecer?„— "La iglesia, le contesté, es el cielo, y el sacerdote...„ En aquel momento se iluminó el celaje.

La luna ascendia en el horizonte como una enorme hostia; todo tembló en la naturaleza, el pino, el cedro y el olmo, el lobo, el alcion y el águila; y señalando yo á Hermann el astro pálido de la noche, le dije:—"Arrodíllate! Dios está oficiando; Dios eleva la hostia„.

Marine-Terrace, Octubre 1855.

XVII.

Spes.

Por todas partes, desde la profundidad del abismo, á la que no desciende Jehová, hasta el zenit, techumbre á la que vuela la esperanza y en la que se rompe las alas; arriba, abajo, en el fondo, por delante y por detrás, la inconmensurable oscuridad, que agitan todos los vientos, envuelve como en un sudario á los muertos y á los vivos, y sobre lo monstruoso, sobre lo impuro, sobre lo horrible, deja caer las franjas de su terrible cortina; si preguntamos á la espantosa bruma que huye, la inmensidad nos dice que es muerte y la eternidad que es noche. El alma, sin poder leer una palabra, hojea incomprensible registro; el universo es un gigante siniestro, y cuanto mayor es la ceguera, es más terrible. Todo es sombra. En el fondo se arrastra imperceptible fulgor, parecido al reflejo de una lámpara; no llega á ser un punto luminoso, ni siquiera un punto rojizo. Solo un hombre despierto, á quien llaman soñador, distingue esa claridad desde lo alto de la colina, y todos, escepto el gallo que vela, se burlan de ella y la niegan; y la multitud de transeuntes se burla, cuando ese sér, que se

distingue de los otros por la frente pálida, dice señalando el punto claro:— "Aquel ténue fulgor vale más que esta inmensa noche".

Enero 1856.

XVIII.

Lo que es la muerte.

Morir es nacer; creed que es así. Es pecador el hombre, como yo, y como vosotros; nos entregamos al torbellino de los placeres y de los festines; tratamos de olvidar los peligros de la vida, los tropiezos en los escollos, el fin de la existencia, la sombría igualdad del mal y del ataud, aunque el hombre más desgraciado sea equivalente al hombre más feliz, porque todos somos hijos del mismo padre; somos las mismas lágrimas derramadas por los mismos ojos. Vivimos gastando nuestros dias en llenarlos de orgullo; caminamos, corremos, soñamos, sufrimos, caemos y nos elevamos. A dónde? A la aurora de la tumba.

Al entrar en el reino de la muerte, desconocido viento nos lanza hasta el umbral del cielo. Temblamos al vernos desnudos, impuros, repugnantes, atados con los lazos fúnebres de nuestros errores, de nuestras culpas vergonzosas, de nuestras tinieblas, y de repente oimos á alguno que canta en el infinito, á alguno que nos bendice, sin ver la mano que derrama sobre nosotros el amor y sin saber qué voz es la que canta. Llegamos allí siendo hombres, esto es, llanto, hielo y nieve, y nos sentimos vivir refundidos, y llenándonos de éxtasis y de azur, se extremece todo nuestro sér al ver la derrota extraña del mónstruo, que se convierte en ángel en las regiones de la luz.

En el dólmen de la Torre Blanca, 1.° Noviembre 1854.

XIX.

Los magos.

I.

¿Por qué quereis instituir sacerdotes, cuando existen ya entre vosotros? Los espíritus que nacen para guiar á los demás séres traen impreso el signo de su mision. Desde que nacemos somos lo que hemos de ser. Dios, con sus propias manos, consagra esos séres en el misterio de la cuna; su dedo invisible escribe en sus cráneos la Biblia que han de interpretar.

Esos hombres son los poetas; esos séres alados que vuelan y que descienden á la tierra, cuyas inquietas bocas hace abrir el verbo, esos séres son los Virgilios y los Isaías; esas almas que invade la bruma espesa del destino, y en los que Dios se concentra; de sus ojos despiden luz, de sus frentes salen rayos.

Son esos séres que Dios propicio espera en las cumbres del Horeb y del Thabor; los que el precipicio horrible retiene en sus bordes; los que sienten que viven las piedras; los que el formidable Pan embriagó; los que se quedan pensativos ante las nubes, ante esas soledades por las que pasan todos los vientos.

Esos son los severos artistas que atrae la claridad del alba, los sábios, los inventores, los que recogen en la oscuridad de las tinieblas los hechos, las cifras, las álgebras, el número en el que todo está contenido, la duda, en la que nuestros cálculos sucumben, y todos los pedazos negros que caen del inmenso fronton del infinito.

Esos son los cerebros fecundos, en los que sube y crece paso á paso el Océano confuso de las ideas, flujo que la multitud no vé, mar lleno de todos los infinitos, que la mirada de Dios sigue, que en medio de la noche, llenando al hombre de claridad, lanza la espuma amarga á las rocas y lava los piés desnudos de Homero con una ola de la eternidad.

El poeta se apoya en el Arca. David canta y vé á Dios de cerca; Hesiodo caminando medita, y es el sacerdote silvestre de los bosques; Moisés, inmensa criatura, extiende sus manos sobre la naturaleza; Manés habla á la inmensidad y le oyen innumerables astros.

Uno brilla en Patmos, otro en Tyana, otros predicen el porvenir, otros tocan la diana para despertar de su sueño al gé-

nero humano; uno es fatal, otro perdona; en Esquilo se extremece Dodona, Milton sueña en Whitehall, y Shakespeare extiende en la naturaleza su alma eterna.

Con su sublime espiral, colocado Arquímedes en las alturas, podria volver á abrir el pozo del abismo, si acaso Dios lo cegara; Euclides es el vigilante de las leyes; Copérnico, atónito, contempla en el cielo, semejante al mar, un abismo por el que bogan naves sin proa, moviendo las sombrías ruedas, cuyos centros son soles.

A los Thales siguen los Pitágoras, y el hombre vé pasmado pasar ante su vista á esos grandes iluminadores. Aristófanes se burla de los sábios; Lucrecio, para vivir en el porvenir, crea un poema brillante y dota á ese mónstruo sonoro de las alas del alba y de las garras de la noche.

Ritos profundos de la naturaleza! Algunos de esos inspirados recorren las solitarias montañas y los sagrados bosques; habitan en las sombrías Tebaidas, y vegetando allí entre escombros, ejercen en el antro, en el Océano y en el monte su peligroso sacerdocio.

Encaneció tu cabello en la soledad, Jerónimo, anciano del desierto; espíritu pálido te anima, Elías, y un ángel atónito te sirve. Oyes en sitios inaccesibles, Amós, los acordes de invisibles clarines; tu alma predilecta de Dios está lejos del mundo, y tú vives ausente de tu cuerpo.

Tú riñes con aspereza á los pecadores, luchador terrible que te llamaste San Pablo, inmenso apóstol de la espada, que solo Dios pudo vencer; brillas, hieres y repruebas; destierras del mundo á Citerea, á Isis y á Astarté; eres un gigante que quieres castigar y no absolver, y es para tí el rayo, más que claridad, espada.

Orfeo baja y recorre el mundo; el deslumbrador queda deslumbrado, y vé monstruosa la creacion á su alrededor; las rocas, rudos Hércules, combaten en los crepúsculos con el huracán, desconocido siniestro; el mar lloroso tiembla en esta lucha, y la ola desmelenada se agarra á su torso desnudo.

Baruch, al ver sufriendo al justo, le dice:—"Hermano mio, tus huesos están podridos; tu virtud arrastra por el suelo la cadena repugnante del desprecio; pero tú te emanciparás: cifra en Dios la esperanza, y si crees en él, de la noche de tu desgracia te despertarás mañana lleno de gloria, como la estrella que brilla al amanecer.„

El alma de los Píndaros se eleva hasta las alturas de los Peliones; Daniel canta en la cueva y hace salir á Dios de los leones; Tácito esculpe la infamia; Perseo, Archiloquo y Jeremías tienen el mismo relámpago en sus miradas, porque el crímen atrae tras él á los perros burlones de la sátira, al mismo tiempo que al trueno y al rayo del cielo.

Aparecen los sacerdotes de la risa: Scarron, anegado en el dolor; Esopo, desgarrado por el látigo; Cervantes, cautivo, y Moliére con sus infortunios domésticos. Entre Demócrito y Terencio se encajona Rabelais, que nunca fué bien comprendido; mece á Adan para que se duerma, y las brillantes carcajadas que lanza forman de él uno de los abismos del espíritu.

Y Plauto, al que hablan las cabras; Ariosto, el cantor de Medora; Cátulo y Horacio, cuyos labios atraen á las abejas de oro; como un doble Dioscoro, Anacreonte viene cerca de Epicuro y Bion, y Moschus... ¡esos son los sacerdotes de la alegría! ¡esos son los sacerdotes del amor!

Gluck y Beethoven están tranquilos ante la aparicion del ángel que inquieta á Jacob, Mozart se sonrie y Pergoleso pronuncia esta gran palabra:—"*Stabat!*„ El cerebro de Piraneso es una hornaza abierta, en el que se confunden el arco y el cielo, la escalera, la torre y la columna; en el que crece, asciende, se hincha y hierve la inconmensurable Babel.

A la sombra de esa torre la envidia se mofa. Esos semi-dioses firman con su nombre, Bramante el Vaticano y Phi-

dias el Parthenon; en el establo donde se mece la cuna de Jesús se inclina el orgulloso Buonarotti, como un mago, y en tus manos ¡oh Miguel Angel! el niño se convierte en espectro, y su pañal es más sombrío que una mortaja.

Cada uno escribe un capítulo del ritual del universo; unos esculpen el sagrado pupitre y otros doran el misal: cada uno compone un versículo del salmo; Lysippo, de pié en el Ithome, forja su estrofa en mármol; Rembrandt la dibuja y colora en el lienzo, Primaticio, en la piedra, Job en el estercolero y Dante en el bronce.

Todas esas estrofas juntas cantan al Sér Supremo, ascienden hasta Dios; unas brillan y adoran, otras tiemblan, y todas son gritos de fuego, todas son exclamaciones de los abismos: voces de abajo, voces de arriba, forman el himno instintivo ó voluntario, la explicacion del misterio y la apertura de la tumba.

A nosotros, que solo vivimos una hora, nos enseña las profundidades de nuestra miseria interior, comparadas con las grandezas del cielo. El espíritu cautivo del hombre las oye, mientras en su cerebro, ciega la duda para ver las claridades del cielo, para prender al alma indignada, suspende en el cráneo su tela de araña.

Esas estrofas consuelan, lloran y aman, y casando la idea con los sentidos, á los que viven con los que mueren, los granos de ceniza con los granos de incienso, la arena con las pirámides, recordando á unos que todo es efímero y á otros su primitivo esplendor, hacen ver los ojos de los astros en la luz y los ojos del mónstruo en la oscuridad.

II.

Sí, Sócrates es un sacerdote; sí, Caton es un sacerdote; cuando Juvenal huye de la ingrata Roma, no hay cetro que equivalga á su cayado; son sacerdotes los Tirteos, los Solones, los Platones y los Rafaeles; son inspiradas las frentes de esos espíritus, que resplandecen más que las mitras en las festividades de Navidad.

Vereis, hijos de la naturaleza, aparecer ante vosotros semblantes que destellan pura luz, larvas de la verdad, espectros de lo bello; el misterio en Grecia y en Caldea; pensadores, que graban las ideas en nuestras imaginaciones y los geroglíficos en los muros; vereis las Indias y el Egipto, que en la oscuridad de vuestras criptas hunden sus oscuros pórticos.

Cuando las cigüeñas del Caystro vuelan al soplo de los vientos de la tarde; cuando aparece siniestra la luna por detrás de las oscuras cúpulas; cuando la tromba se apoya en las olas; cuando el huracán, el horror y la lluvia esparcen silbando y rugiendo todas las lágrimas de las nubes por todos los sollozos del mar;

Cuando en sus sepulcros juegan los vientos con los huesos de los difuntos reyes; cuando las altas yerbas sacuden sus olorosas cabelleras; cuando por nuestros duelos y por nuestras fiestas tocan las campanas; cuando derrama el alba sus sonrosadas luces, sucede todo esto para que hiera la vista de los pálidos contempladores de la naturaleza.

Ellos saben lo que la tarde tranquila piensa de los muertos, cuando acaban de terminar sus vidas, y saben el que prefiere la palma del conquistador y saben el que prefiere la palma del mártir; saben lo que murmura todo lo que vegeta en la creacion; lo que dicen, en los alegres meses de los dias largos y de las flores abiertas, las bocas frescas de las rosas á los oidos de los cielos.

Los vientos, las olas, los murmullos, el azur tranquilo, el movimiento del bosque, son las formidables bebidas que apagan en ellos la sed de lo infinito; ligan esos austeros soñadores todos los misterios á su alma, toda la materia á sus sentidos; la extension los embriaga y la sombra es la incitante copa en la que beben esos sombríos peregrinos.

Cómo contemplan esos Mesías! ¡Cómo piensan esos espíritus azorados! Son los incansables espectadores de las espesas tinieblas. Esos poetas, esos apóstoles, esos profetas, meditan, hablan y escri-

ben mirando á las estrellas y sentados en los bordes del abismo.

III.

¿Tienen conciencia de lo que hacen esos actores del misterioso drama? ¿Conocen que ellos mismos son un problema? Viven; pero saben para qué viven? Salen del gran vestuario, en el que, para vestirse de materia, algunas veces hasta los ángeles han entrado. Esos actores, ya graves, ya tristes, ya alegres, ya fantásticos, ¿son acaso las sombrías caretas de algun prodigio desconocido?

Les disfraza la alegría ó el dolor, y proyectan confusamente más allá de la tierra sus sombras en el firmamento; sus gestos asombran al abismo; y mientras que á los hombres les hablan en la lengua humana, de desconocidas profundidades hacen surgir la oscuridad ó la aurora cada vez que levantan la mano.

Representan su papel bajo diferentes formas, y pasan, vestidos como los séres humanos, representando la profunda comedia del hombre y de la eternidad; llevan en la mano la antorcha ó la copa, y las estrellas y la sombría noche se preguntan en sus silenciosos dominios quiénes son esos espléndidos histriones.

IV.

Esos histriones son héroes que cumplen una mision augusta, que vienen á representar en la tierra lo justo, lo verdadero y lo santo. Nos hacen ver al mismo tiempo la jaula y las alas cuando aparecen en el mundo; nos traen la nutricion y la luz; dan pasto á los corazones y hacen que Dios penetre en las almas.

Ante nuestra raza esclavizada, el cielo y el destino humano se callan. ¿Es este la cortina de la vida? ¿Es este el velo de la muerte? ¡En vano el alma quiere penetrar en esas tinieblas! El Desconocido guarda silencio, y el hombre, que comprende que está desterrado, no sabe si temer ó amar la lividez suprema del enigma y del infinito.

Ellos hablan con ese misterio; interrogan al Eterno, y en busca de ese solitario ascienden y llaman en el cielo, preguntando si está allí. Vuelan hácia las tumbas como palomas ofreciendo la rama que llevan, y su voz es grave, humilde ó tierna, y hay momentos en que nos hacen oir los pasos sordos de alguno que se acerca.

V.

Vivimos en pié á la entrada del ilimitado mar de la muerte, desnudos, temblando y extremeciéndonos; los que mueren constituyen sus mareas, y nosotros, multitud extraviada, á la que el viento apaga las antorchas, no vemos ni las velas, ni los remos, ni el murmullo que levanta ese oleaje de almas en el acantilado de la tumba.

Contemplamos la espuma negra, el aspecto repugnante, el fondo oscuro; contemplamos la noche densa y el oleaje infinito del sepulcro; como un ave marítima, que desflora la movible superficie del Océano, de vez en cuando, por encima del muro del abismo, un ángel de diáfana blancura aparece y desaparece.

Algunas veces cae una pluma de las alas cuando estaba aleteando el ángel; esa pluma vá á caer en la tumba? ¿Qué le sucede? No se sabe. ¿Viene á confundirse con nuestro fango? ¿Quién hizo huir á ese arcángel? ¿Dijo que no, dijo que sí?... Y la muchedumbre corre á buscar la pluma desaparecida en el suelo y al ángel desvanecido en las alturas.

Despues que han desaparecido como un sueño, cerrando para siempre los ojos muchísimos mortales; despues de haber visto desde la playa pasar incesantemente olas tras olas, en alguna gruta fatídica, siguiendo la direccion de un dedo de fuego que la señala, encontramos un hombre sobrehumano que escribe letras encendidas con la pluma de aquel ángel, en un libro que entrevemos al través de una nube de humo.

Piensa, calcula, suspira, apoyando la barba sobre el puño; ese hombre dice:—"Soy Shakespeare„. Ese hombre dice:—"Soy Newton„. Ese hombre dice:—"Soy Ptolomeo„, y con su inmensa mano cer-

rada abarca el globo terrestre. Ese hombre dice:—"Soy Zoroastro„, y en su entrecejo se esconde un astro, y dentro de su cráneo azulea un cielo.

VI.

Merced á esos pensadores, á esos sábios y á esos locos, que exclaman:—"¡Yo veo!„, las tinieblas son transparentes y el silencio se llena de voces. El hombre, como alma, siente palpitar á Dios, y como sér, se precipita con audacia por la ruta del progreso, y el mudo renuncia á callar y todo brilla; la negrura de la tierra se ilumina con la blancura del cielo.

Sacan á Dios del interior de la criatura por medio del espíritu y del escalpelo, y á su llamamiento sale fuera del antro el que permanecia eternamente escondido en la naturaleza; á su llamamiento habla la sombra simbólica, el misterio se explica, la noche se llena de ojos de lince; el problema, saliendo á la fuerza, hace apartar las tinieblas y el enigma sale del vientre de la esfinge.

Gracias á esos hombres supremos, gracias á los poetas magos que construyen altares-poemas, edificados con los corazones, como un rio que tiene un nacimiento comun, desde los bramanes hasta los flamines romanos, desde el hyerofante hasta el druida, una especie de Dios líquido fluye por las venas del género humano.

VII.

El negro cromlech, extendido sobre la yerba, está silencioso en el monte; el archipiélago circundado por las aguas, las pléyades en el cielo, en la montaña, en el mar, en la bóveda azul! La yerba, la gaviota y el alma humana, como sombríos proscriptos, interrogan á esas tres frases escritas en la sombra en tres páginas de la noche.

"Antiquísimo cromlech de la Bretaña, que evitamos como si fueras un escollo, qué palabra escribes en el monte?„—"Noche„, responde el cromlech pensativo.—"Archipiélago, en el que humean las olas, qué palabra lanzas á la bruma?„—"Muerte„, dice la roca al alcion.—"Pléyades que descorreis vuestros velos, ¿qué palabra pronuncian vuestras estrellas?„—"Dios„, dice la constelacion.

Eternos testigos del espacio, pronuncian en tres lenguas la misma palabra. Todo lo que se oscurece vive, pasa, se deshoja y muere, vá á parar á las alturas. Todos hacemos la misma carrera. Ser abismo es ser manantial. El crespon espeso de la noche, las losas frias del sepulcro, el rayo puro de la estrella, son las pupilas de los mismos ojos.

La unidad permanece, el aspecto cámbia; para picotear la fruta madura, los pájaros vuelan hácia los árboles y los cometas vuelan hácia el sol; todo es átomo y todo es astro; la paja encierra la espiga, de la que nacen las ciudades; la pequeñuela curruca, al beber una gota de agua, bebe un mundo.

Solo de noche Herschell, colocado en la plataforma, persigue al sér central al través del lente cristalino y enorme, y consigue ver en las alturas á Dios, por encima de los mundos, mientras que, escrutando los monstruosos combates de las hidras en las profundidades, el formidable microscopio, dirigido hácia abajo, contempla lo infinitamente pequeño.

VIII.

Dios, que es triple fuego, que es triple armonía, amor, poder, voluntad, contemplado desde la oscuridad espesa, enseñando las tres fases de su gloria, el alma, el sér y el firmamento, pasmando á los mortales, llena todas las profundidades de inmenso deslumbramiento.

Todos estos magos, que iluminan la noche oscura de la humanidad, vierten un rayo de luz, que desde sus almas se dirige hasta los ojos de Jehová, en cuyo trono celeste sus espíritus piensan, y una claridad que nace de las alturas, que desciende desde el cielo hasta las montañas y desde Dios hasta el hombre, ata más fuerte en el triángulo del abismo el carbunclo de los Salomones.

IX.

Esos magos hablan á la soledad, y la soledad los comprende; hablan á las mul-

titudes y hacen lanzar espuma á esos torrentes; hacen vibrar los edificios; inspiran el sacrificio y la inquebrantable fé, y tienen por musa la vaga palpitacion de todos los séres juntos.

Cómo nace un pueblo? ¡Eso es un misterio! En ciertos momentos desaparece todo ruido, y el mundo parece una llanura contemplada de noche. Se han eclipsado todas las claridades, todo verbo y todo pensamiento; nada hay en la sombra y nada hay en el cielo; ni un solo ojo abre su pupila... ¡El desierto está lleno de escombros!...

Pero terrible viento, que nace del cielo, ruge como mar alborotado y sopla sobre aquel monton de escombros, cuyas piedras convierte en huesos; estos huesos se extremecen; el viento vuelve á soplar con más fuerza, y aquellos huesos los convierte en hombres y nos levantamos y existimos, soplando sobre nosotros el viento de la libertad.

Así se realizó el génesis; de la inmensa nada nació el inmenso todo. Pensativo Dios, exclamó:—"Estoy satisfecho de que lo que yacía se haya puesto en pié„. La nada dijo:—"Estaba sufriendo„; el dolor dijo:—"Soy la Francia!„ En esa formidable mision, disipándose el fúnebre sudario, el desierto se convirtió en osario y el osario se convirtió en nacion.

X.

Por todas partes se vé la guerra, el horror y la muerte, y el huracán por todo el mundo corre como un niño insensato. Destruye en el invierno plantas y árboles, lanza los rayos en las cimas, las olas en las playas; porque es el huracán el que gobierna en toda la extension sombría que llamamos la creacion.

El huracán es la fuerza ciega, el incansable agitador que ruge, aulla, silba y berrea; destruye todo lo que florece; quiere expulsar de la tierra á la primavera, á la aurora, á la paz y al amor; se llama barbarie y crímen para el hombre; noche para los cielos; Satanás para Dios.

Es el soplo de la materia que teme toda la naturaleza; el espíritu, que es un huracán de luz, le persigue, le estrecha, se apodera de él; el espíritu derriba, abate y disipa el principio con el principio; combate con fúria los caos con las armonías, los elementos con los génios, los aquilones con las águilas.

Allí están, á cien codos de altura, llevando á Cristo á la cabeza y á Homero en el centro, todos los combatientes de la idea, todos los gladiadores de Dios; cada vez que, agitando la espada, se levanta una forma del mal, Dios, entre toda su falanje, designa á algun gran atleta, que tenga para combatirle la misma estatura que la calamidad.

Surge, Volta! Doma en el aire los flúidos. Ven, Franklin! Apodérate del trueno. Las olas rugen; aparece, Fulton! Rousseau, lucha cuerpo á cuerpo con el ódio. La esclavitud agita sus cadenas; sal, Voltaire, y ayuda á los párias. La plaza de la Grève se rie, Tyburn está contento, Mont-faucon ladra; levántate, Beccaria.

No hay nada que el hombre no intente. El rayo teme á ese cazador. Consigue que el dolor enmudezca en la dolorosa herida. Su verga quizás es ala. En su celeste soledad, la estrella contempla con inquietud blanquear la vela de la galera de Cristóbal Colon.

Cerca de la ciencia flota el arte, tendiendo los ojos por ese doble horizonte; la poesía es un piloto; Orfeo acompaña á Jason. Un dia una barca extraviada vió al mismo tiempo en la vasta extension un pájaro en el espacio y una rama en el mar, y entonces Gama exclamó: "Tierra!„ y Camöens dijo: "¡Cielo!„

De este modo se encadenan las conquistas. Los soñadores son los inventores; son los que obligan á que nos revelen sus secretos las fuerzas, las olas, los imanes y los motores. Todo se queda estupefacto en el abismo; la sombra, de vernos trepar á las cimas; los mónstruos, de verse afrontados y cogidos en sus cavernas; las perlas, de que las hayamos encontrado, y los mundos, de que los hayamos descubierto.



PERDÍ Á MI PADRE Y Á MI MADRE.

A la sombra inmensa del Cáucaso, pensativo desde hace muchos siglos, conducido por los hombres del éxtasis, el género humano camina progresando, camina por el mundo; pasa, camina de noche por el espacio, por el infinito, por lo ilimitado, por el cielo y por las olas, á la claridad que despide Prometeo, ese libertador encadenado á una roca!

XI.

Vosotros sois los únicos, pontífices, pensadores, que luchais para realizar las grandes esperanzas, domadores de los salvajes hipógrifos, ginetes de los pegasos alados. Almas que os presentais desnudas ante Dios, que descubrís lo desconocido, que profesais la verdadera religion. Cuando vuestro espíritu quiere esconderse en la sombra, se disipa el grupo inmenso de nubarrones y os deja ver el brillo azul del cielo.

Cuando acabais de ocuparos del problema que revelais, cuando para formar entre la muchedumbre volveis á descender de las alturas, hombres que habeis contemplado la luz divina, y habeis tocado en lo alto de la montaña, á la que ascendísteis vuestra frente con la frente de la aurora, destellais todavía reflejos de esa luz.

Id todos en pos de los descubrimientos; arrancadlos sin cesar de las nubes y traed á la yerba verde, á la arena ardiente, á los abismos, al infierno que oprime Satanás, al Tártaro donde se desangra Ixion, á los corazones buenos y á los malvados, á todo lo que rie, muerde ó canta, vuestra magnánima bendicion.

Todos á la vez, águilas, almas, espíritus, pájaros, para coger las llamas con vuestras garras, para conocer los horizontes, al través de la sombra y de las tempestades, teniendo encima de vosotros mundos y soles y debajo la India, el Egipto, la Grecia y la Judea, desde la montaña del pensamiento, volad! volad!

¿No produce goce inefable creer ser inmensidad, esclarecer lo que se creia débil con la enseñanza de la verdad, penetrar en el fondo del gran cráter, sentir que penetra en nuestro sér el misterioso extremecimiento del misterio, llegar hasta los astros y exclamar: "¡Tengo alas!", y decir: "Estoy en el éter!"

Id, sacerdotes, id génios, id á buscar la nota humana en las supremas sinfonías de esas inmensidades estrelladas, esperando la hora augusta, el éxtasis sagrado de la muerte, lejos de nosotros, lejos de las leyes que establecimos; id á gozar, vivientes sublimes, del deslumbramiento de los cielos.

Enero 1856.

XX.

Llamando á una puerta.

Perdí á mi padre y á mi madre, y mi primer hijo murió muy jóven: para mí, la naturaleza entera siempre toca á muerto.

Dormia entre mis dos hermanos; los tres niños éramos como tres pajarillos; ay! la suerte trocó en dos ataudes sus dos cunas.

Te perdí, hija querida, que eras mi orgullo, y que ahora abarcas todo mi destino con la luz que destella tu féretro!

Supe subir y supe descender. Ví la aurora y ví la noche en mi horizonte. Conocí la púrpura y la ceniza y prefiero ésta.

Conocí los ardores profundos, conocí los amores sombríos, y he visto huir las alas, las olas, los vientos y los dias.

Viven oxifragas en mi cerebro; cae la afrenta sobre todos mis trabajos; tengo polvo en los piés, llagas en el corazon y espinas en la frente.

Caen lágrimas de mis ojos pensativos, se agujerea mi raido traje, pero tengo limpia la conciencia. Abrete, tumba!

Marine-Terrace, 4 Setiembre 1855.

XXI.

Nomen, Numen, Lumen.

Cuando terminó la creacion, cuando dispersos los deslumbrantes astros, ascendian por todos los puntos del caos y se fueron colocando cada uno en el sitio designado, sintió la necesidad de que el mundo supiera su nombre, y levantándose sereno en la oscuridad, lanzó este grito: *Jehováh!* Y esas siete letras cayeron en la inmensidad y son, reverberando en el cielo, para nosotros, los siete astros gigantes del negro Septentrion.

En el dólmen del Jaldonet, Marzo 1855.

XXII.

Lo que me dice la boca de la sombra.

El hombre, cuando medita, desciende hasta el fondo del abismo universal. Vagaba yo cerca del dólmen que domina á Rozel, por la parte donde el cabo se prolonga, formando casi una isla. El espectro me esperaba, y sombrío y tranquilo, me cogió por los cabellos con su enorme mano, y ascendiéndome á lo más alto del peñasco, me dijo:

Has de saber que todo en la naturaleza se rige por su ley, sigue su camino y vá á su fin; que desde el astro hasta el gusano todo en la inmensidad se comprende y tiene conciencia de lo que es en la creacion. Todo habla; el aire que pasa, el alcion que vaga, el tallo de yerba, la flor, el gérmen, el elemento. ¿Imaginabas que el universo estaba constituido de otro modo? ¿Crees tú que Dios, que hace salir las formas del número, hubiera hecho murmurar contínuamente á los bosques, al huracán, al torrente, á la roca en las olas, á las fieras en las montañas, sin que significara algo su eterno murmullo? ¿Crees tú que el agua de los rios y los árboles de las selvas levantarian la voz, si no tuvieran nada que decirse? ¿Crees tú que el Océano, ese luchador que se hincha, abriría sus fauces noche y dia para soplar en el vacío vapor ruidoso, y que rugiria, batido por el huracán, si su rugido no fuera alguna palabra que pronuncia? ¿Crees que la tumba, á cuyo alrededor crece la yerba, enmudece siempre? ¿Te figuras que la creacion, que compone sus rumores de los extremecimientos de las azucenas y de las rosas, del trueno, de las olas y de los vientos, no sabe lo que dice cuando habla á Dios? ¿Crees tú que la naturaleza balbucea y que á Dios le complazca en la inmensidad oir eternamente tartamudear á una sordo-muda? No; el abismo es un sacerdote y la sombra es un poeta; todo es una voz y todo es un perfume; todo dice en el infinito algo á alguno; hay idea y pensamiento en ese rumor tumultuoso. Dios no hace sonar un murmullo sin poner en él el verbo. Todo gime como tú ó canta como yo; todo habla. Y sabes por qué habla? yo te lo diré. Es porque los vientos, las olas, las llamas, los árboles, los arbustos, las rocas, todo vive. Todo está lleno de almas.

Pero cómo? Este es el inaudito misterio. Ya que no te has desvanecido en el camino, hablemos.

Dios solo ha creado al sér imponderable. Le creó radiante, hermoso, cándido, digno de adoracion, pero imperfecto, porque á no haber sido así, en la misma altura, siendo igual la criatura al creador, esta perfeccion, perdida en el infinito, se hubiera mezclado y confundido con Dios, y la creacion, teniendo demasiada claridad, hubiera vuelto al seno del creador y no hubiera existido. La creacion santa que el profeta sueña, para existir tiene que ser imperfecta; luego Dios creó el universo y el universo creó el mal. El sér creado, brillando con el rayo bautismal en tiempos tan primitivos, cuyo recuerdo solo conservamos nosotros, se cernia en el esplendor con alas de gloria; vivia en completo deslumbramiento, disfrutando de los perfumes de las brisas y de todos los goces de la naturaleza; pero su primer falta fué su primer peso.

Dios sufrió un dolor. El peso adquirió forma, y como el cazador que huye llevándose al pájaro que forcejea por escaparse, el sér creado cayó, arrastrando al ángel atónito en su caida. El mal empezó. Despues todo fué agravándose; el éter se convirtió en aire, el aire en vien-

to, el ángel en espíritu y el espíritu en hombre. Cayendo el alma, se multiplicó la suma de los males en el fruto, en el árbol y en todos los objetos de la creacion; de todos ellos se formaron un monton de globos, y detrás de ellos apareció la sombría noche. El mal es la materia, árbol negro que produce el fruto fatal.

¿No te hace reflexionar la contemplacion de tu sombra? Esa forma de tí mismo, que se arrastra, que se liga á tus pasos como un espectro vivo, que tan pronto vá detrás de tí como delante, que se confunde con la noche, su funesta hermana mayor, y que protesta contra la luz del dia, de dónde nace? Pues dimana de tu cuerpo, del limo con que se reviste el espíritu al convertirse en demonio; de ese cuerpo que, creado por tu primera falta, rechazó á Dios y se resiste á ver la luz de tu materia y de tu iniquidad. Esa sombra dice:—"Soy un sér débil; caí una vez y puedo caer otras veces„.

Ahora, ya que estás en este peñasco fatídico, voy á explicarte todo lo que te acabo de indicar; voy á llenar tus ojos de oscuridad y de claridades; prepárate, melancólico pensador. El viento de las alturas pasa por mi lado y te arrojo lo que me arranca; tómalo y mira.

Desde luego es menester que sepas que el mundo en que vives es un mundo espantoso, en el que el soñador, abrumado por el infinito, levanta los brazos al cielo, pero en seguida retrocede asustado. El sol en ese mundo es lúgubre, y vivís en él por castigo. Pero no estais completamente fuera de Dios, porque Dios, que es sol en el azur, que es chispa en la ceniza, no está fuera de nada, es el fin universal; sus miradas lanzan relámpagos lo mismo que rayos, y todo, incluso el mal, constituye la creacion; dentro del disfraz siempre se esconde la figura.

Penetremos más en lo que trato de explicarte. Eres hombre, quieres, haces, obras y construyes, exclamando:—"Estoy solo, porque soy un pensador; yo solo puedo apoderarme del universo; más acá de mí solo existe la oscuridad de la noche; más allá, el delirio del sueño. La ciencia destruye el ideal, y yo soy el fin y la cumbre.„ Veamos; ¿observas cómo se somete el buey? ¿Oyes el ruido de tus pasos? Interrogas á las olas? ¿Hablas algunas veces á los árboles? Como se oye sobre la vertiente de un monte prodigioso vasta confusion de rumores, desde el fondo de la sombra ves ascender hácia tí á toda la creacion. Pero dime, ¿crees que el sér ilógico nos engaña? ¿Crees que se corta la escala que estás mirando? ¿Crees que la creacion, que lentamente y por grados se eleva hasta la luz, en su camino, cuando dá más claridad hace brillar menos materia, y dá más instintos al mónstruo á medida que se empequeñece en la escala de los séres? ¿Crees que esa vida universal, que vá desde la roca hasta el árbol, desde el árbol hasta la bestia, que asciende insensiblemente desde la piedra hasta tí, se pára ante la escarpadura del abismo del hombre? No; continúa invencible y admirable, entra en lo invisible y en lo imponderable, desaparece para tí, llena el azur de un mundo deslumbrador, penetra en séres que están próximos al hombre y en otros séres que están lejos de él, en espíritus puros, en ángeles, formados de rayos, como el hombre está formado de instintos; continúa á través de cielos nunca apagados, ascendiendo por escalas de estrellas; desde los demonios encadenados, asciende hasta los séres dotados de alas; ata al astro espíritu con el arcángel sol; liga, atravesando millones de leguas, los grupos de las constelaciones con las legiones azules; puebla lo alto, lo bajo, los bordes y el centro, y en todas las profundidades se desvanece en Dios.

Esta escala se aparece vagamente en la vida y en la muerte. Todos los justos la han subido; Jacob, viéndola, y Caton, sin verla. Constituyen sus escalones los sufrimientos, la sabiduría, el destierro y el deber.

Esta escala nace muy lejos de la tierra. Empieza en los mundos del misterio, en los mundos de los terrores y de las perdiciones, y llega por entre pálidas visiones del precipicio, donde están las larvas y los crímenes, donde la creacion se prolonga en la oscuridad como un espectro indefinido. Porque debajo del globo, en el que viven desterrados los hombres, más bajo que ellos, en el lívido nadir, en la plenitud horrible, que creemos que está vacía, el mal, que por medio de la carne os esclaviza, desagua

monstruoso vapor, que vive. Allí se sumerge la hidra Universo, retorciendo todos sus miembros; allí todo flota y desaparece en un oscuro naufragio; en ese abismo sin bordes, sin respiraderos y sin muros, de todo lo que vivió llueve la ceniza sin cesar, y se vé en la profundidad de su fondo, cuando la vista se atreve á llegar hasta allí, más allá del soplo y del ruido de la vida, un sol horrible y negro, de cuyos rayos sale la noche.

La materia destruye el ideal, encamina el espíritu hácia el sensualismo, al ángel hácia el sátiro, la cumbre hácia la base, el amor hácia el apetito, y del grande que se pervierte forma el sér pequeño. ¿Cómo tanto azur engendra tanto terror? ¿Cómo la luz engendra la sombra y el fuego la ceniza? ¿Cómo del sér vidente nace la ceguera? ¿Cómo del mónstruo espíritu nace el mónstruo materia? Llegará un dia que en el siniestro vestuario de la tumba lo sabrás; entonces allí verás claro: hoy solo puedes entrever; pero ya que Dios me permite que te instruya, te hablo.

En primer lugar, qué es la justicia? Quién la administra? Quién la hace? Dónde, cuando y en qué momento? Quién pesa la falta? ¿Quién pesa el castigo?

El sér creado se mueve en la claridad inmensa. Es libre, sabe dónde termina el bien y dónde empieza el mal; sus jueces son sus acciones. Le basta ser bueno ó malo: si comete el crímen, es esclavo de él; si es virtuoso, queda emancipado. El sér abre segun su voluntad su propio libro; su tranquila conciencia marca en él con el dedo lo que debe á la sombra ó lo que Dios le debe. Segun se obra, así se gana ó se pierde; podemos ser chispa ó salpicadura, luz ó cieno, arcángel ó bandido; podemos recorrer esa vasta escala. Como acabo de decirte, la vida universal asciende por zona sin fin, y corre por innumerables escalones, desde la profunda noche hasta el luminoso azur. Al atravesarla, el sér se convierte en malo ó bueno. En la parte alta de la escala se cierne la alegría, en la parte baja se arrastra el horror. Cuando el alma es amante, buena, tranquila y humilde, aspira á la luz y tiende hácia el ideal; cuando es inmunda, se hunde bajo el peso creciente del mal, ó asciende á la vida infinita, ó cae al abismo infinito. Cada sér se pesa en su propia balanza. Dios no nos juzga. Mientras vivimos, todos á la vez nos pesamos y cada uno desciende segun lo que pesa.

Hombre! solo nos aproximamos con las pupilas cerradas á las inmensidades de abajo. Ven si te atreves; asómate al pozo sombrío y vertiginoso de la creacion. Ven, mira y sondea. Debajo del hombre, que puede contemplar, que puede ser una cloaca ó que puede ser un templo, sér en el que el instinto vive confundido con la razon, está el animal encorvado hácia el suelo; debajo del bruto está la planta inerte, sin vista y sin voz; debajo de la planta está la piedra; debajo de la piedra está el caos sin nombre. Avancemos por esta oscuridad y sé mi compañero.

Toda falta que se comete es un calabozo que el hombre se abre á sí mismo: los perversos, desconociendo los misterios que los rodean; los iracundos, los traidores y los homicidas, con sus acciones, edifican su propia prision. El bandido, cuando la muerte llega á tocarle en el hombro y le despierta, se encuentra en la cárcel que le construyó su crímen, arrastrándose por detrás de él; Tiberio se encuentra con la roca y Sejano con la serpiente. El hombre camina sin ver que se abre su propio abismo. Palideceria el asesino si viese á su víctima, que es él mismo. El vil opresor, el tirano loco, castigando á todos sin compasion, forja el clavo que más tarde le clavará en la sombra, en el fondo de la materia. Las tumbas son los agujeros de la criba del cementerio, por los que cae, como granos de un campo tenebroso, el inmenso torbellino de las almas.

Todo malvado, al espirar, hace nacer el mónstruo de su vida, que se apodera de él; el horror es perseguido por el horror. Nemrod gruñe encerrado en la montaña de escarpadas rocas; cuando Dalila desciende á la tumba, de los pliegues de su mortaja sale un áspid llevándose su alma; Phriné muere, y un sapo salta de su fosa; ese escorpion que se duerme entre dos peñas es Clytemnestra en brazos de su amante Egisto; de la tumba de Anitus sale una cigüeña;

el acebo sombrío y la ortiga de pinchas agudas lloran cuando el aquilon los azota, y el aquilon les dice:—"Cállate, Zoilo; cállate, Ganelon!„ Las pinzas que se enrojecen en un brasero repugnante las forman el duque de Alba y Felipe II; Farinaceo sirve de garfio en horribles carnicerías; la oxifraga lanza miradas en la oscuridad con los ojos de Jeffryes; Tristán se esconde entre las tablas de una horca. Cuando caen en el reino de la muerte los bandidos Macbeth, Ezzelino, Ricardo III, Carrier y Ludovico Sforcia, la materia les pone la camisa de fuerza. Cada uno cometió un delito; cada uno sufre diferente dolor. Claudio es el alga que el agua arrastra de Havre en Havre; Jerjes es excremento; Cárlos IX cadáver; Herodes se convierte en el mimbre de las cunas; el alma negra de Judas, desde hace mil ochocientos años se dispersa y renace en los gargajos que escupen los hombres; y el viento, que en los primitivos tiempos sopló sobre Sodoma, confunde, en el abyecto hogar y bajo del vil caldero, el humo de Eróstrato con la llama de Neron. Y todo, brutos, árboles, rocas, todo lo viviente, todo es monstruoso, escepto el hombre, que es un espíritu solitario.

El alma, cuyas culpas la arrojan del firmamento, desciende por los diversos lados del castigo, segun más ó menos lo merece. El hombre es la cárcel, el bruto es el presidio, el árbol es el calabozo. La piedra es el infierno. El cielo, desde sus alturas, la sigue con la vista al descender á la oscuridad, y lanzando sobre ella la luz, trata de atraerse aun al alma culpable. En la caida de la bestia, á través de los hierros de su prision, obstruyendo del instinto los pobres respiraderos, conservando aun la voz, el vuelo y la vista, el alma aun entrevé de lejos el resplandor eterno; en el árbol ésta se extremece, y careciendo de luz y de ojos, presiente todavía en los vientos como un murmullo celeste; en la piedra se arrastra, inmóvil y muda, sin ver siquiera la oscura silueta del mundo, que para ella se eclipsa y se desvanece, y permanece en la profunda noche faz á faz con su crímen. El alma arrastra su falta en esos tres calabozos, y segun tiene la forma así tiene la memoria; sabe que existe, y cayendo sin poderse apoyar en ninguna parte, vé disminuir la claridad en la pared del pozo; presencia su propia caida, y duro guijarro que rueda, piensa:—"Yo soy Octavio„; y vil cardo que huellan, dice al pié que lo aplasta:—"Soy Atila„; y gusano, royendo en un cementerio un infecto cráneo, exclama:—"Soy Cleopatra„. Y buho, á pesar de brillar el alba, ú oso que desafía al pastor, cumple la ley que la encadena á las alturas; si es piedra, aplasta; si es espina, pincha. El mónstruo está encerrado en su horror vivo; quisiera despojarse de él, pero no puede, porque es preciso que quede castigado. Oh misterio! El tigre, que quizás tuvo alas en las espaldas, encuentra infranqueable asilo entre los hierros de la jaula; invisible hilo ata á los patíbulos al negro cuervo, cuyas alas tienen forma de hoz. El alma loba no puede dejar de ser loba, porque el mónstruo, castigado por el cielo, debe fatalmente sufrir la expiacion. En otros tiempos, acaso sin comprenderla, la India entrevió esta metempsicosis. La zarza se convierte en garra, la hoja de rosa en lengua de gato, y en la oscuridad lame y bebe la sangre de los ratones. ¿Quién conoce el mónstruo llamado mandrágora? Extraño sér, en el que la noche esclarece su fulgor y convierte su fealdad en claridad. Lo que sucede en la oscuridad causa más horror que los antiguos avernos!

El bruto vá, viene, ruge, aulla y muerde; el árbol permanece en el mismo punto, levantando su ramaje erizado; la losa se hunde en medio de una calzada, y bajo la capa espesa de la materia y de la oscuridad, árbol, bestia y piedra encierran un alma que piensa. En qué piensa? En Dios.

Mientras, sentados alrededor de la mesa, agrupados locamente, los perversos y los poderosos, apurando copas, olvidan el destino de la vida: hé aquí lo que les reserva sonriendo la muerte, que es una terrible burlona.

Los hombres, que podemos contemplar el cielo, presenciamos el espectáculo inaudito de las regiones bajas; es preciso que el soñador descienda á esas profundidades y que oiga el grito que lanza la desgracia inmensa. Sobre una roca, sobre un lobo ó sobre una flor, algunas veces se nos aparece el alma, pobre sombra afligida, que lucha casi sumergida; el lobo la retiene, la roca la aprieta y la flor la contiene. Oimos el ruido que produce el rayo que Dios arroja, oimos la voz de lo que el hombre llama silencio, y

vuestros profundos suspiros, desesperadas piedras! Al través de la materia es visible para nosotros el ángel con sus alas muertas. Asistimos al sufrimiento, á las blasfemias, á los pesares y á los furores, y por la noche vemos que los bosques, de los que tratan de huir las larvas encerradas, se desmelenan en la oscuridad, produciendo lúgubres humaredas. Por todas partes, en las olas, en los bosques, en la yerba que florece, en el oro que sirve de cetro á los reyes, en el junco del que Hermes hizo una varilla mágica, en todas partes el castigo contempla, observa y acecha, sordo al que le pregunta, triste y pensativo, y el conjunto de la naturaleza forma los ojos de los que sale esa terrible mirada. El hombre, ya se cierna, ya se arrastre, está en el centro.

El hombre es clemente ó colérico, fondo vil del pozo ó alta plataforma de la torre; el ángel desciende hasta él y hasta él sube el animal cuando muere; es la gloria del bruto y la vergüenza del ángel; Dios confunde en vuestra raza, desventurados hombres, á los semidioses castigados y á los mónstruos que perdona: por eso algunas veces, de boca aparentemente humana, salen palabras semejantes á rugidos, y en otros sitios y en otros momentos creemos que el hombre abre alas de ángel.

El hombre es un rey forzado, un espíritu que piensa y una materia que come. El hombre, como el bruto, se abreva de la nada. La cadena del infierno, atada al pié del hombre, conduce todos los dias hácia la impura cloaca á la belleza y al génio, introduce la peste en el soplo ideal de las imaginaciones y arrastra con Sócrates á Aspasia á las letrinas.

Por una parte, sin embargo, el hombre es ilimitado. El mónstruo sufre la argolla, el hombre goza de libertad. Soñador, retén en la memoria lo que te voy á decir: el hombre es un equilibrio. El hombre es una prision en la que el alma está libre. El alma dentro del cuerpo obra, y obra bien ú obra mal, asciende hasta el espíritu ó se rebaja hasta el bruto; y para que cuando vuele hasta el cielo nada embarace su conciencia alada, que Dios llena, cuando el hombre dirige el alma hácia el bien, corta en su recuerdo el hilo de su pasado; por esto la noche no se acuerda de la aurora. El mónstruo se conoce á sí mismo, mientras el hombre se desconoce. El mónstruo es el sufrimiento y el hombre es la accion. El hombre es el único punto de la creacion en la que, para permanecer libre, mejorándose, el alma debe olvidar su vida anterior.

El hombre no vé á Dios, pero puede llegar hasta él siguiendo la claridad del bien, que sin cesar tiene á la vista; el bruto, el árbol y la roca ven á Dios, y su castigo es estar encadenados y lejos de él. El hombre tiene por alas el amor y por yugo la necesidad. Se extiende la sombra sobre lo que vé producida por él mismo. Hombre, nada sabes; caminas palideciendo; algunas veces, el velo oscuro que te cubre se vuela y flota al viento que sopla de otra esfera, se hincha en las regiones de la luz, despues vuelve á caer sobre tí y vuelve á ser espeso y negro. Los sábios, los pensadores han intentado ver. Qué vieron? Qué hicieron? Qué han dicho? Nada.

Hombre, á tu alrededor la creacion piensa y vives entre mil séres desconocidos. Sus oscuras miradas te ven ir y venir, dormir y estar despierto, y tú no te apercibes de que te miran. Tienes esclavizada toda una legion de almas, legion que te compadece cuando tú la pisoteas, legion que te espía. Lo que tú llamas cosa, objeto, naturaleza muerta, sabe, piensa, escucha y oye. El cerrojo de tu puerta vé venir tu falta y quisiera cerrarse. Los cristales de tu ventana ven aparecer el alba, y dicen para sí:—"Ver! Creer! Amar!„ Las cortinas de tu cama tiemblan cuando te ven soñar. Cuando pensativo te sumerges en criminales designios, la ceniza te dice desde el fondo de la chimenea:—"Mírame, yo solo quedo del mal„. El hombre imprudente hace traiciones, tortura y oprime; las bestias ven desde su cárcel los dos extremos del crímen, y un lobo podria dar consejos á Neron. Mientras que ciego en tu palacio ó en tu cabaña vives, sin deletrear siquiera la primera de las constelaciones en el alfabeto escrito en la página inmensa de la noche, mientras maldices y niegas los astros, los génios, el ideal y la virtud, al través de los espesos bosques que adornan á la naturaleza, olfateando la eternidad con su disforme hocico, tendido á la sombra y á tus piés, tu perro vé á Dios.

Pero tú exclamas:—"Qué me importa! Las bestias significan poco y el hombre nada. ¡Estamos todos sujetos á una ley miserable!„—Soñador, esa ley miserable es sublime. Es preciso que lo sepas. A la fatalidad de la ley del mónstruo cautivo sucede el deber, que es la fatalidad del hombre. Así en todas partes se consuma la prueba en el mónstruo pasivo y en el hombre inteligente, cambiando la necesidad en deber, y el alma, ascendiendo hasta su belleza primitiva, vuela desde la sombra fatal á la libertad de la luz. Te repito, pues, que para transfigurarse y para rescatarse el hombre, debe ignorar. Debe ser ciego para todos los polvos. Si no lo fuera, como niño con andadores, viviria el hombre caminando rectamente hácia la vision. El dudar constituye su poder y su castigo. Vé la rosa y niega; vé la aurora y duda: ¿qué merito tendria encontrar el verdadero camino, si el hombre viera claro, si fuera árbitro de su voluntad y poseyera la certidumbre así como posee la libertad? Es preciso, pues, que vacile, que titubee, que encuentre obstáculos en su carrera, que compare con el vicio que agita su espejo, con el crímen, con las voluptuosidades, las lágrimas que á los ojos arranca el deber; es preciso que dude; que sea creyente ayer, que sea mañana impío; que corra del mal al bien, que escrute, que sondee, que espíe, que vaya, que vuelva, temblando, triste, con los brazos extendidos, buscando á Dios por todas partes; que tantee el infinito hasta alcanzarle, y entonces, al abrir sus alas, el alma deja ver en ella el ángel deslumbrador en el hombre transparente, la duda le emancipa y la libertad le dá grandeza. La cautividad sabe, la libertad supone, cava, se apodera del efecto, le compara con la causa, cree querer el bienestar y quiere el firmamento, y buscando la piedra encuentra el diamante. De este modo, á pasos lentos, el alma se apodera del cielo. En el mónstruo expía; en el hombre repara.

El falso universo del hombre es prisionero de Dios. Las constelaciones, sombrías letras de fuego, son las marcas del presidio que lleva impresas el mundo en la espalda. En él reina de tal modo el espanto, que para el hombre, marcado tambien con el hierro candente, cuando eleva los ojos hácia los astros, en las alturas el signo de Cáncer resplandece, el signo de Escorpion llamea, y en la inmensidad el perro ladra siniestramente. Esos soles desconocidos se agrupan encima del hombre y le asustan y le amenazan; por todas partes se extiende la sombra inconmensurable; en las regiones bajas hormiguean lo oscuro, lo impuro, lo execrable, lo peor, lo repugnante, y en el fondo cambian entre ellos todo lo que hacen; Typhon dá el horror, Satanás el crímen, en la lúgubre intimidad del mal y del abismo; allí se consumen, dándose besos tristes, los amores del alma mónstruo y del mónstruo universo; y lo informe, engendrado por lo perverso, la materia, el bloque, el cieno, la espuma, el caos, el invierno, todos los séres malditos, confundidos con limos viles, recogidos por la planta silvestre y por las bestias feroces, se arrastran prisioneros en la noche negra de aquella cueva profunda. Su puerta es muy pesada, y hay momentos en que se oyen en la sorda profundidad los esfuerzos que hacen los montes, las olas, los volcanes, los huracanes, los bosques, los animales carnívoros y todos los mónstruos para levantar el pestillo. Y sobre este monton de sombra de crímenes y de dolores, Dios afianza la inmensidad formidable del cielo. Hé aquí por qué, soñador, que deseas la muerte, se vé impresa tanta angustia en la frente de los cenobitas.

Voy á enseñarte el abismo. Tú lo habitas.

Los mundos, en la noche que vosotros llamais azur, por las brechas que abre la muerte en sus paredes, se arrojan al huir las almas unos á otros. En vuestro globo, donde hay tantas infamantes cárceles, teneis encerrados á criminales de todos los universos, condenados que llegaron de las regiones más diversas, que piensan en vuestras rocas ó se encorvan bajo vuestros árboles, tan estupefactos ante el mundo que contemplan, que si poseyesen el dón de la palabra, les seria imposible hablar. A algunos de ellos se les vé temblar y extremecerse; de aquí nacen los delirios del bonzo y del augur. Ese abismo es el albañal del mal universal. A él vienen á parar de todos los puntos del cielo todos los que caen castigados. En su profundidad áspera y silenciosa, de cada globo cae un rio vertiginoso de almas, de séres nocivos, de séres venenosos, rio que la eternidad vé caer sin cesar. Cada estrella que brilla deja colgar su cabellera de sombra so-

bre ese espantoso pozo. ¡Alma inmortal, fíjate en él y extremécete, porque ese es el execrable precipicio donde tú zozobras!

Cualquiera que seais los que paseis ante ese precipicio, compadeceos de los eternos dolores que en él se sufren. En él se retuercen los crímenes, transformados en suplicios. ¡Quienquiera que seais, llorad por esas miserias! ¡Solo para Dios, que todo lo sabe, son necesarias; pero vosotros los mortales podeis compadecerlas, sin perturbar por eso el sombrío equilibrio de la justicia divina!

En ese precipicio se sufre mucho más, porque se recuerda. La tortura del espíritu se apodera de la materia! Aquel mulo fué un sultan, esta cucaracha fué una mujer; hay árbol que fué un desterrado y roca que fué una proscripta. ¿Habrá alguno que se burle de estas realidades que llenan la sombra? Las ruinas, la muerte, los huesos, los escombros están vivos. El remordimiento medita en las ruinas, los antros lanzan gritos, el cisne es negro, la azucena piensa en sus crímenes, la nieve es el lodo de las cumbres; el mismo abismo horrible y salvaje se abre para el mochuelo que para el colibrí; el alma es una mariposa que vuela y que se quema en la llama, y el espíritu de la llama hace arder esa alma; el horror hace que se espeluznen las plumas del pájaro. En todas partes está el dolor.

Causan el martirio de las flores las tijeras, que se cierran como dos pupilas; todas las mujeres están teñidas con la sangre de las rosas; la doncella en el baile, que danzando lleva en la mano una mata de flores, respira sonriendo ese ramillete de agonías. Llorad por las fealdades y por las ignominias, por la inmunda araña, por el gusano, por la babosa, por la langosta, por el sapo; compadeced al ave de rapiña y á la bestia carnívora. Los actos crueles que el César Domiciano realizó con alegría, el tigre continúa realizándolos con horror. Verres, que fué un lobo cubierto con la púrpura, continúa siendo lobo en los bosques, sigue errando por ellos, y sus risas terminan en aullidos: ¡llorad por el que aulla y llorad por Verres!... Sobre esas tumbas vivas, condenadas por desconocidas sentencias, inclinaos y orad por ellas, que la compasion hace salir rayos de las piedras. Compadeced al lobezno y compadeced al leonzuelo. El inmenso bloque de la materia solo es un pesado cúmulo de efectos monstruosos, que dimanan de causas ignoradas. La cabaña sufre como el calabozo; compadeced al preso, pero compadeced tambien al cerrojo; á los grilletes en los insalubres presidios; al hacha, que sufre tanto como el cuerpo; al tajo, que sufre tanto como la cabeza; misteriosamente se combaten en repugnante lucha; el tajo mella al hacha y el hacha hace muescas en el tajo, y la una al otro se dicen en voz baja:—"Asesino! Asesina!„, y el hacha maldice á los hombres, cuando en hombros del verdugo vá á yacer en la sombra y á brillar goteando sangre, y por la noche el cuerpo del cadáver, con el cuello rojo, cuando se queda solo, sabe lo que le dice el tajo, que tambien es otro tronco. ¡Qué fria está la tierra! qué duras están las rocas! ¡Qué mudo horror reina en los espesos matorrales! ¡Qué espantoso monólogo el del árbol de verdes ramas! ¡Qué extremecimientos en la yerba! ¡Qué ojos tan fijos abren los guijarros, cárceles perpétuas de las almas! Quienquiera que seais tened compasion de los tremendos castigos que se acumulan unos sobre otros, sumergiéndolo todo, escepto la memoria.

Algunas veces se vé pasar por las negras profundidades un rayo lejano del eterno amor; entonces la hiena Atrea y el chacal Timour, la espina Caifás, la caña Pilatos, el volcán Alarico, el oso Enrique VIII, el jabalí Selim y el cerdo Borgia lanzan gritos hácia el Sér Supremo, y los brutos que en otros tiempos se ciñeron mitras, los granos de arena que fueron reyes, los tallos de yerba que fueron emperadores, todas las soberbias y todos los furores se deshacen; llega á ser tierno el más feroz; el gato lame al pájaro, el pájaro besa á la mosca, el buitre dice al pajarel:—"Perdon!„ Acarícianse las espinas y los cardos; todos los rugidos se funden en plegarias; asústanse las piedras de sus delitos y todos los sombríos calabozos que se llaman flores se extremecen; las rocas lloran, el viento gime, la noche se lamenta, el agua se queja, y en toda la extension que abarcan las miradas de los ojos que mueven las pupilas en las regiones supremas, todo el abismo de la naturaleza no es más que un inmenso sollozo.

Tened paciencia y esperad, que el sufrimiento no es infinito, el dolor no es incurable, el infierno no es eterno; las aflicciones van rectas hácia Dios, como las flechas al blanco; las buenas acciones son los goznes invisibles de las puertas del cielo.

Sufrir es una virtud, y el infierno puede convertirse en edén. Todo hombre es como un pájaro, del que el mal se apodera y que despues lo suelta. Las virtudes entre los mortales se ocupan de la augusta tarea de irlos aproximando hácia el cielo: el justo trabaja para conquistar el paraiso.

La hora está cerca: esperad. Encended el alma apagada. Amaos, que el amor es el calor santo; el sombrío universo, pesado, frio, helado, reclama la sublimacion del sér por medio del fuego y la sublimacion del hombre por medio del amor.

En el Océano de las sombras que Dios domina, el archipiélago tenebroso de las prisiones se ilumina ya; Dios es el gran amante, y los globos, abriendo sus siniestras pupilas, hácia las inmensidades de la aurora eterna las dirigen lentamente.

Cantarán á la vez todas las armonías, brillarán á la vez en las supremas regiones todas las claridades, los firmamentos se inundarán de alegría, cuando el mónstruo materia, abriendo todas las garras, trocando las miserias en esplendores, cambiando el absintio en miel, llenando de belleza la noche disminuida, así como el sol llena la esfera de arco iris;

Dios, atrayendo á las tinieblas con sus miradas fijas; viendo, desde el fondo de las fúnebres cloacas en las que imperó el mal, ascender hasta él las perversidades balbuceando alabanzas, hará entrar entre los universos de arcángeles al universo pária.

El fango y el cieno quedarán resplandecientes, y brillarán las mayores fealdades sobre las más altas cimas; correrá luminosa la araña por transparentes pilares, y volará la paja del calabozo llevando espigas de astros.

La claridad ascenderá por todas partes como una savia. Desaparecerá el antiguo anatema; regresarán los desterrados; habrá deslumbramiento de luz en los cielos y aumento de fulgor en la sombra de los abismos.

Saldrá el rebaño de las formidables hidras, ascendiendo desde el fondo de las insondables brumas y transfigurándose; brillarán estrellas en los agujeros negros de sus cráneos, y por grados, los mónstruos se irán haciendo diáfanos y se azurarán.

Llegarán temblando, fascinados por el éxtasis, desbordando los sollozos de su corazon como de un vaso demasiado lleno, pero sin sobresalto; les tenderán los brazos en las altas regiones, y Jesús, inclinándose hácia Belial, que llorará, le dirá:—"Eres tú?„

Hácia Dios, de la mano, él conducirá á su hermano, y cuando estén en el último peldaño de la escala que conduce á las regiones de la luz, los dos serán tan hermosos, que Dios, deslumbrado por su regocijo, no podrá distinguir á Belial de Jesús.

Todo estará entonces terminado. Espirará el mal; se secará el manantial de las lágrimas; habrán terminado las cadenas y los sufrimientos; el espantoso é inclemente abismo cesará de ser sordo y balbuceará; se extinguirán los dolores en toda la sombra, y un ángel dirá en alta voz:—*Principio*.

Jersey, 1855.

XXII.

A la que se quedó en Francia.

I.

Incorpórate en el lecho de la tumba, levanta los ojos, aparta de la frente angélica los pliegues del sudario, abre las manos y toma este libro; es para tí.

En este libro viven mi alma, mi esperanza, mis sufrimientos y mis fantasías; encierra el espectro de mi vida; este

libro, que contiene mis alegrías, á las que tan pronto sucedieron los dolores, de dónde sale? ¿De dónde sale el relámpago que desgarra la bruma? De los cuatro años que vivo entre un torbellino de espuma ha brotado este libro. Dios lo dictó y yo lo escribí, porque soy la paja que arrastra el viento.—"Anda„, me dijo el espíritu, y camino. Cuando terminé estas páginas, cuando el libro empezó á palpitar y á vivir, una iglesia del campo, en cuyas paredes crece la hiedra y en cuyo campanario las campanas me anuncian cómo pasa el tiempo, me dijo:—"Ya que has terminado tus cánticos, entrégamelos„.—"Los reclamo yo„, dijo á su vez el inquieto bosque.—"Dámelos á mí„, repuso el verde prado.—"Yo los merezco„, añadió el mar.—"A mí me pertenece ese himno„, dijo la estrella.—"Dedícanoslos á nosotros„, exclamaron los vientos.—"A nosotros„, añadieron los pájaros. Pero este libro no lo obtendrán los vientos cariñosos, ni el mar salvaje, ni el verde bosque, ni el religioso templo, ni los astros, ni los pájaros, porque yo lo dedico á la tumba.

II.

En otros tiempos, cuando aparecia el mes de Setiembre con sus lluvias, saliendo de la ciudad, donde todos me conocian, abandonaba á Paris y salia huyendo de él como una sombra; solo, sin mirar á nadie, sin pensar, sin hablar con ninguno, para ir adonde debia ir; y mientras que la madre y la hermana se quedaban llorando en casa, yo iba á visitar el sitio triste y querido, con la avidez sombría de la desesperacion. Buscaba el cementerio en las inmediaciones de la iglesia, y me aproximaba á él á pasos lentos, con la cabeza descubierta y con los ojos fijos en el cielo. Los árboles susurraban:—"Ya viene su padre!„ Las malezas separaban ante mis pasos sus ramas secas, me internaba por entre un camino de lápidas y de cruces, y pronunciando palabras cariñosas me arrodillaba ante una losa blanca, rodeada de verdura. ¡Tan profundamente dormias que no te despertaste cuando te hablaba!

———

Los pescadores pasaban cerca de mí arrastrando sus redes, exclamando:—"Quién será ese hombre que reza?„ Y allí pasaba el dia y me sorprendia la noche, dejando caer ante aquella fosa todo mi corazon gota á gota en silencioso llanto; deshojaba sobre aquellos restos queridos la salvia y la clemátide; recordaba cuando ella era pequeña y me traia á mi gabinete azucenas y jazmines, cuando me cogia la pluma, risueña y alegre, cuando se reia al ver manchados de tinta sus sonrosados dedos; y yo respiraba el aroma de esas flores sobre aquellas cenizas, fijaba la mirada en aquellos frios céspedes, y habia momentos en los que veia al través de la lápida algo semejante al resplandor de un alma!

———

Ahora, rio, bosque, valle, que tantas veces he visitado, ¿sabe ella que no es culpa mia no haber ido en cuatro años á rezar ante su tumba?

III.

El triste camino que ayer recorria, los árboles y las yerbas del cementerio, aquella tumba que contemplaba de rodillas á la luz del crepúsculo, los sollozos y las lágrimas que me arrancaba, ¡Dios mio, todo eso constituia mi felicidad!

———

¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Presencias la vida mortal desde el sitio que te encierra? ¿En qué reloj de sombra cuentas las horas? ¿Te has incorporado algunas veces para esperarme, semi-despierta, asomada á la oscura ventana de lo infinito, pretendiendo reconocer en la oscuridad á alguno que pasara, al través del ataud mal cerrado, para ver si oias caminar á alguno hácia tí? Y luego te volvias á tender en el lecho mortuorio, exclamando con angustia:—"¡Qué habrá sucedido que mi padre no viene!

———

¡Cuántas veces he cogido, mojadas aun de rocío, azucenas en el jardin y azucenas en mi pensamiento! ¡Cuántas veces he cogido oxiacantas en flor, cuántas veveces he buscado por estos alrededores el campanario de Harfleur, exclamando:—"Mañana iré allí„, y estúpido, he calculado el tiempo que invertiria en llegar, y despues, despertando de mi sueño y dejando caer el ramillete de las manos, comprendia la realidad, comprendia la imposibilidad de ir á visitar tu tumba!

———

Lázaro abrió los ojos cuando le llamó Jesús; ¿por qué cuando llamo á mi hija

ella no los abre? ¿Seria extraño que de la sombra mortal violara el amor dos veces el profundo secreto, y lo que hiciera un Dios lo pudiera hacer un padre?

IV.

Al menos que este libro, como un mensaje cariñoso, llegue y murmure en aquel silencio y desembarque en aquella playa; que caiga allí como un sollozo, como un suspiro, como una lágrima de amor; que entre en aquel sepulcro, en el que entraron un dia la aurora, el rocío y la juventud, y mi corazon, que ya no ha vuelto á salir de allí. ¡Que este libro sea el arranque de esa esperanza que nunca miente, el canto de duelo, la voz del último adios; que sea como los pasos que dá mi alma en su cerrada noche!

Este libro es una legion innumerable de pájaros blancos que vuelan durante la aurora y de pájaros negros que vuelan en la oscuridad, cuyas bandadas yo suelto desde el umbral de mi prision y cuyas alas entrego al viento y al espacio. ¡Protéjalas el salvaje Océano, que me habla en voz baja, y déjelas pasar; protéjalas el viento y no las disperse hasta que lleguen á su tumba, como el presente misterioso que el ausente envia á la muerta!

V.

Felices dias pasados que me engañásteis enseñándome vuestra efímera felicidad, ¡qué cruelmente os he expiado! Me hicísteis adquirir el derecho de ser hoy, cuando la noche avanza, uno de los que deben escuchar las tumbas; uno de los que al hablar con los muertos hacen mover lentamente los pliegues de sus sudarios; uno de los que con palabras tiernas ó ásperas conmueven á las piedras, á los granos en sus surcos, á las sombras en los ataudes; uno de los se que convierten en voz de la naturaleza parecida al rumor de los bosques. Porque hace muchos años que camino por entre andenes de sepulcros, desmelenado, por entre filas de tejos y de cipreses; porque hace muchos años que interrogo al plomo, á los clavos, á los gusanos, que por mí salen de los huecos de los ojos de las calaveras, al esqueleto que rie, al esqueleto que muerde, á los cráneos, á los dedos huesosos y al polvo.

Todo lo he escarbado, porque he querido llegar hasta el fondo. Porque en nosotros el mal se confunde con el bien, lo quise saber todo; preguntándome:—"Qué es lo que se debe creer?„, me interné en la luz, en la gloria; estudié al niño alegre, á la vírgen casta, el amor, la vida y el alma.

Qué es lo que aprendí? Me apoderé de todo sin comprender nada; encontré mucha oscuridad y mucha ceniza. ¿Qué somos los fugitivos mortales? ¿Qué quiere decir la palabra *siempre?* Lo enterré todo, fantasías, ilusiones, esperanzas y amores, en la fosa que cavé en mi pecho. ¿Qué es la ciencia? Dónde está la doctrina? Quisiera ser hoy aun el soñador de otros tiempos, que vagaba por los prados y por los bosques, que caminaba sonriendo por la tarde, cuando el cielo vierte suave luz, llevando de la mano á su hija pequeña, y que alegre, dejando hablar á la niña, sentia llenarse lentamente el corazon de la inocencia y de la alegría de aquel ángel.

Entre Dios que centellea y el ángel que le inciensa, viví, luché sin temor y sin remordimiento: despues, de repente, mi puerta se abrió ante la muerte, que entró bruscamente á sorprenderme. Espectro de la muerte, pasaste por mi lado, dejando en mi vida el vacío, al apoderarte de mi ángel. Desde entonces cifré en una tumba todas mis esperanzas.

VI.

No puedo hoy, como en los pasados tiempos, tomar en la llanura el sendero por el que descendia hasta el Sena; no puedo ir donde iba; solo puedo, como la lavandera que se sienta á las orillas de un pozo, apoyarme de codos en los bordes del eterno abismo; me ha eclipsado á Paris el enorme Solima; la única Nuestra Señora que al presente veo ante mí es la inmensa sombra compuesta de estas dos torres, del silencio y de la noche, y dejando que las claridades agujereen sus velos fatales, veo sobre mí un panteon de estrellas; si invoco á Rouen, á Villequier, á Caudebec, la sombra me contesta:—"Horeb, Cedron, Balbeck!„ Cuando camino, me pára en cuanto ando una legua y me dice:—"Vuélvete hácia la inmensidad azul!„ Me dice además:—"Los caminos por donde tú mar-

chas están cerrados. En qué piensas? Qué haces, solitario? ¿Dónde caminas maquinalmente? Inclínate, soñador, hácia el sér y hácia el elemento, escucha el rumor del agua en las olas, contempla los mundos; si necesitas ceniza, busca al menos el inmenso polvo, y mira, desviándote de tu propio martirio, la gran nada, si es que la nada te atrae. Deja de pensar en ese rincon de la tierra. Tiende los brazos, proscripto del azur, hácia los astros pátrias, y verás en ellos reflorecer tus marchitas auroras; conviértete en el gran ojo fijo y abierto sobre el gran todo. Estudia el enigma en el que el sér se disuelve sobre todo lo que nace, vive, camina y se extingue; estudia el enigma de todo el género humano.„

Pero mi corazon vierte lágrimas de sangre, y siempre por el mismo lado. Inútilmente el cielo, la noche y la eternidad quieren distraer mi alma, inútilmente quieren calmar á un átomo. Todos sus deslumbramientos no me suprimen ni una lágrima. Puede la extension hablarme, enseñándome la tumba universal, las tardes tranquilas, los bosques serenos, la luna amiga; yo la escucho, pero no puedo dejar de pensar en el ángel que perdí.

VII.

Si yo pudiera sembrar de flores su sepulcro frio, al menos gozaria de esta felicidad; las flores equivalen al oro, á la esmeralda, al ópalo y á los zafiros; les gusta á los ataudes acostarse entre flores; las flores aman á la muerte, y Dios hace que por sus raices lleguen hasta los huesos y por sus perfumes hasta las almas. Ya que Dios no me deja llegar á aquel sitio querido; ya que el destino cruel, en mi profunda cárcel, detrás de la primera puerta me cierra la segunda; ya que es imposible que deposite hoy ni una sola flor sobre su tumba solitaria, que eso es lo menos que puedo hacer por ella, encierro mi alma en este libro y se lo envio.

Recíbelo, ángel mio, diciéndote á tí mismo:—"¡Esto me lo remite el sér viviente que tanto me idolatraba!„ Tómale, y reconoce mi voz, aunque te hablo de lejos. ¡Toma el libro y haz que salga de él un salmo divino! ¡Haz que entre tus vagas manos se convierta en fantasma! ¡Que vierta más claridad á medida que tus ojos de ángel lo lean, y que luego se desvanezca, que flotando desaparezca, como un hogar oscuro que un soplo errante acaricia, como un fuego fátuo que se vé brillar de noche, como el torbellino de humo de un incensario!...

VIII.

Silencio en la sombra! Dormid, séres, grupos confusos que os transformais lentamente! Dormid, campos! dormid, flores! dormid, tumbas! Techos, muros, umbrales de las casas, piedras de las catacumbas, hojas de los árboles del bosque, plumas de los pajarillos en los nidos, dormid y dormid con un sueño infinito! ¡Que reine el silencio en el horror religioso, en el Océano que lucha y no puede romper su barrera y en la tranquilidad insondable de los muertos! Silencio en la oscuridad muda y temible, en la espantosa duda, en la inmensa sombra atea, y en tí, naturaleza, círculo, centro y alma, hormigueamiento de todo, soledad de Dios! Generaciones de brumosos hálitos que marchais sordamente por las llanuras, reposad! ¡Dormid los que verteis sangre por vuestras heridas y los que llorais! Dolores, cerrad vuestros sagrados ojos! Todo es religion, nada es impostura. ¡Que por todas partes la paz del cielo descienda sobre todas las existencias y sobre todas las criaturas que viven del aura vital humana ó del soplo animal, ya en el seno del bien, ya en los bordes del mal, tiernos ó feroces, inmundos ó espléndidos, pequeños ó grandes! Aletargaos, olas, mares, vientos y almas, mientras que sentado en la montaña en presencia del Sér, el contemplador, triste y destrozado, pero sereno, medita y mide el inmenso problema, trata de distinguir el alba al través de los prodigios, se asoma extremeciéndose al pozo que produce los grandes vértigos, sigue con la vista las blancuras que como alciones pasan, y contempla pensativo iluminarse con claridades vagamente inflamadas el monstruoso abismo de donde surgen colosales humaredas.

Guernesey, 1855, dia de Difuntos.

FIN DE LAS CONTEMPLACIONES.

LAS CANCIONES DE LAS CALLES Y DE LOS BOSQUES.

PREFACIO.

LEGA un momento en la vida en el que, por mucho que nos preocupe el porvenir, es irresistible la atraccion que nos impulsa á mirar hácia atrás. Se nos aparece la disipada adolescencia con tantos atractivos, que no podemos dejar de recordarla. Además, sirve de profunda y melancólica enseñanza colocar una ante otra las dos edades del mismo hombre; la edad de las ilusiones y la edad de los desengaños; la edad en que esperamos en la vida y la edad en que esperamos en la muerte. No es inútil confrontar el punto de partida con el punto de llegada, la claridad de la mañana con la claridad del crepúsculo.

El corazon del hombre es una medalla en cuyo anverso está escrita la palabra *Juventud*, y en cuyo reverso tiene esta otra inscripcion: *Edad provecta*. Ese anverso y ese reverso se encuentran en este libro.

La realidad la modifica en él todo lo que en el hombre vá más allá de lo real, porque este libro está escrito por la fantasía y por el recuerdo. Debe permitirse soñar á los vencidos y recordar á los solitarios.

Hauteville-Housse, Octubre 1865.

LAS CANCIONES
DE LAS CALLES Y DE LOS BOSQUES.

El caballo.

Le retenia por la brida, y al tirar de ella con fuerza, me hacia arrugar el entrecejo el esfuerzo vertiginoso que contenerle me costaba;

Montaba el salvaje caballo de la gloria, nacido del mar, como Astarté, caballo al que hace beber la aurora sus blancas claridades;

El caballo alado, que se encabrita, que dá brincos sublimes, que es indomable, y que relincha en las cimas azules de la inmortalidad.

Todos los génios, con la frente erguida, levantando su antorcha hasta el cielo, han galopado orgullosos á la grupa de ese misterioso mónstruo.

El mundo reconoce á los poetas y á los profetas por las quemaduras que les producen las estrellas de los arneses de ese caballo.

Engendrando un limpio manantial, de las duras rocas hace que salte Hipocrene para los griegos y Raphidim para los hebreos.

Atraviesa el Apocalipsis llevando la muerte sobre sus espaldas; sus alas grandes y brumosas eclipsan á la luna ante Tenedos.

El grito de Amós, el malhumor de Aquiles hincha sus narices y le dá agradable aspecto; la medida del verso de Esquilo forma el batimiento de sus piés.

Sobre el fruto muerto inclina al árbol, inclina á las madres sobre el niño caido; del mármol crea á Rachel y de la piedra á Niobe.

Cuando parte, se dirige hácia la idea, que es siempre su blanco, sueltas las crines al viento, y se abre lo imposible ante sus dos piés de delante.

Desafía á correr al relámpago; posee el Pindo y ama á Endor; pudiera bien relevar el tiro de la Ossa que arrastra el luminoso carro de oro.

Se sumerge en el negro zenit; juega con todos los atrevimientos, y la enorme rueda del Zodíaco casi le ha aplastado algunas veces.

Dios hizo para él los abismos; plácenle los cielos nunca hollados, el vuelo loco, y pasar por encima de los picos, que amenaza el rayo.

Por las vastas y fúnebres brumas vue-

la y se cierne; plácele batallar con las tinieblas hasta llegar á encontrar la luz.

Su pupila salvaje y luminosa, fijándose en el hombre, le deslumbra con las espantosas miradas que adquirió recorriendo lo desconocido.

Solo es dócil, solo es propicio para el que, empuñando valerosamente la lira, le arrastra por el precipicio hasta más allá del espíritu humano.

Su caballeriza, en la que vive una hada, necesita un palafrenero divino: el primero que tuvo se llamó Orfeo y el último Andrés Chenier.

Domina siempre al alma humana: Ezequiel espera debajo de la palmera, y de la paja de su lecho formó Job su estercolero.

¡Desgraciado á quien asombra y desgraciado el que pretenda jugar con él! Es semejante al sol poniente del otoño en su inexorable tedio.

Muchos de los que le montan se deforman sobre él; ódia el collar y el yugo; ejerce libremente sus funciones sin ocuparse de su ginete.

Ni es paciente ni conoce la clemencia, y en su escapado vuelo, dando una inmensa coz desarzona á Malebranche.

Sus flancos chispeantes todavía soportan el resto de las ligaduras que le pusieron en las alas Boileau y Quintiliano.

Pensativo, arrastraba yo, huyendo del crímen de los reyes, de los dioses y de los dolores, á ese sombrío caballo del abismo hácia el prado donde florece el idilio.

Lo conducia hácia la pradera en la que, apareciendo el alba, hacia nacer la égloga tierna entre las risas y los besos. Allí lo conducia.

Lo conducia donde crece, entre los barrancos, de los que huyó Plauto y buscaba Racan el epígrama, ese espino, y el *triolet* (1), ese trébol.

Allí es donde predica el abate Chaulieu; allí verdece debajo de los matorrales la yerba fresca y tierna, en la que Legrais cogia sus canciones.

El caballo luchaba; sus pupilas brillaban como espadas y sacudia sus alas, produciendo ráfagas de aire, como los aquilones.

Pretendia volver hácia el abismo y retrocedia con fuerza colosal; en sus narices se conocia lo que estaba sufriendo, y el alma del mundo se veia en sus miradas.

Relinchaba hácia lo invisible; llamaba en su socorro á la sombra, y al oir sus llamamientos, el cielo hacia rugir truenos sordos.

Las bacantes chocaban sus *sistros* (2), las esfinges abrian sus ojos profundos, y en sus siniestros dedos alargaban las uñas los grifos.

Las luminosas constelaciones se extremecian oyéndole relinchar, como se extremecen las lámparas cuando sobre ellas sopla el viento.

Cada vez que sus alas sombrías aleteaban en el éter azul, todos los grupos de astros se enfurecian en el infinito.

Yo, sin abandonar, pero sin tirar de la brida, le indicaba el delicioso y pintoresco prado donde la poesía se sonrie en un oasis de verdura;

Le enseñé ese campo, lleno de sombra, de céspedes tibios, y le enseñé ese pasto que llamamos paraiso.

—"Qué haces ahí?„ me dijo Virgilio. Le respondí, lleno de la espuma que sobre mí lanzaba el caballo:—"Maestro, traigo aquí á pacer á Pegaso„.

(1) *Triolet*, género de poesía antigua francesa, que se encerraba en ocho versos.—(N. del T.)

(2) *Sistros*, instrumento músico de la antigüedad.—(N. del T.)



LIBRO PRIMERO.

En la juventud.

I.

FLOREAL. (1)

I.

Orden del dia de Floreal.

Victoria, amigos mios! Despacho á toda carrera y al amanecer una fresca estrofa que sirva de boletin del dia.

En la cima de la montaña hago sonar una trompeta, que se oye de muy lejos, y os anuncio que la primavera acaba de ganar la batalla al invierno.

Juana, mete en las zapatillas los piés, que ya no se le enfrian, y un céfiro suave sopla en las alturas y en los abismos.

El pájaro canta, el cordero pace, y yo, lanzando exclamaciones de alegría, acribillo al invierno derrotado con mi metralla de flores.

(1) *Floreal*: segundo mes de la primavera del calendario de la primera República francesa, que comprende desde el 20 de Abril hasta el 20 de Mayo.—(N. del T.)

II.

Orfeo, en el bosque de Caystro, oia, á la luz de la luna, la risa oscura y siniestra de los desconocidos de la noche.

Phtas, la sibila de Tebas, veia cerca de Phygale vagar formas de ébano por el horizonte estrellado.

Esquilo vagaba errante por la noche en Sicilia y se embriagaba con el sonido de las flautas que se oyen en el bosque á la claridad de la luna.

Plinio, olvidándose de todo por contemplar á las ninfas de Mileto, espiaba sus rosadas piernas cuando el viento les levantaba las túnicas.

Plauto, vagando por los radiantes vergeles de Viterbo, recogia algunas veces entre la yerba frutas que habian mordido los dioses.

Versalles, en sus preciosos jardines, en los que el fauno baña los piés en el agua, ofrece rimas á Moliére, rimas que asombran á Boileau.

El anciano Dante, al que las almas le enseñaron su sombrío espejo, veia huir á mujeres por entre los árboles durante la noche.

Andrés Chenier, debajo de los sauces, gozaba del deslumbramiento de ver huir á las jóvenes fugitivas que en sus tiempos amó Virgilio.

Shakespeare, acechando detrás de los espesos ramajes de las encinas, oia en el claro del bosque vago ruido de pasos.

Oh selva deliciosa! ¡Siempre me atraes; creo que en tí habita un dios, y me imagino que vuelve otra vez la danza de los sátiros á aparecer en los bosques!

III.

Psiquis penetró en mi cuarto, y yo pregunté á esa pintada mariposa:—"Dime, qué es lo más sagrado del mundo? ¿Es la sombra, es el rayo?

„Son los acordes de las liras? ¿Son los perfumes de las flores? ¿Qué delirio es el que hace mejor al hombre?

„Es el incienso? Es la llama? ¿Es el bálsamo para los que sufren? ¿Es el néctar para los que son dichosos?

„Enséñame lo que alegra la vida, lo que dá brillantez á las miradas; enséñame la parte del libro que Dios señala con el dedo.

„Dime qué es lo más completo que vió el Dante cuando salió del Erebo. Dime si es la palabra de las esfinges de Tebas ó el canto de los remeros del Paracleto.

„Dime qué cosa es la más humilde y la más soberbia, que participa de materia y de éter, en la que Dios pone más de su verbo y el hombre más de su carne.

„¿Cuál es el puente que enseña al espíritu el fangoso camino que conduce al cielo, en el que Vénus Astarté encuentra á la mitad de la jornada á Ituriel?

„¿Cuál es la llave espléndida y sombría que buscan los elegidos y los perversos, llave que cierra la oscuridad y abre el paraiso?

„¿Qué es lo que Orfeo y Zoroastro, y Juan y Jesucristo, mezclando las rosas con los astros, hubieran querido poder crear?

„Ya que vienes de altas regiones, diosa ó ángel, quizás tú lo sepas. Psiquis, sabes qué es la sabiduría? Psiquis, ¿sabes qué es la virtud?

„¿Sabes qué es lo mejor que concedió el infinito al hombre y al mundo? ¿Sabes cuál es la obra maestra del Dios Padre?„

Bajando de la nube é inclinando hácia mí sus alas inmortales, entre las que la ví desnuda, Psiquis me contestó:—"Es el beso„.

IV.

El poeta se ilusiona con los campos.

I.

Vamos á los campos, compañeros y compañeras, que elevaré á la dignidad de geórgicas todas las campiñas en las que vea brillar el estío.

Brillar! esta palabra encierra toda la historia del corazon, de los sentidos, de la estacion y de nuestra razon tambien.

Dogo mio, te nombro molosso (1); si no se encuentra ya el acanto, puedo disponer del tomillo; hago égloga á Vaugirad é instalo á Pantin en Amintas.

La naturaleza es indiferente á las diferencias que nosotros establecemos entre Guillermo el Gordo y Dorante; todos los pámpanos tienen sus Anacreontes.

---

(1) *Molosso:* especie de perro que los antiguos empleaban para la caza y para guardar rebaños.—(N. del T.)

Los nombres más hermosos de la Sicilia y de la Grecia no pueden conseguir que el asno sea más dócil al látigo, ni que el amor huya menos de prisa.

En Sevre las flores son tan frescas como en el Hibla, tan querido de los silvanos, y Montreuil, por sus dulces frutas, merece que la vigile el dragon divino.

Martou desnuda equivale á Filis sin velos; la noche no es más hermosa cubierta con su techumbre de estrellas en Banduse que en Montfermeil.

Nada es alto ni bajo; las fuentes lo mismo lavan la púrpura que el sayal; el alba de Ivry y el alba de Atenas nacen de la misma claridad.

Lo he dicho muchas veces, y siempre lo repetiré; del fondo de todas las prosas pueden salir los sagrados versos.

Si Babet tiene torneada la garganta, Babet equivale á Pholoé. La Beauce es blonda como Chipre. Larifla desciende de Evohe.

Toinon, bañándose en la playa, esparce la cabellera más larga por la espalda que la Callirhoe que medita en el gran templo de Abydos.

Porque aquí el plebeyo fraterniza con los cornudos sátiros, y, amigos mios, el corsé de Dionisia equivale al cinturon de Vénus.

II.

Huyamos, pues, de Paris y de sus incomodidades; convertidos en pastores, establezcamos á Tortoni en la campiña y bebamos en la copa de la primavera, que llena el infinito.

Vamos á festejar á las flores por todas partes y á respirar su fragancia; abandonemos á las marquesas por las driadas y á los niños harapientos por los faunos.

Basta de viejos verdes, basta ya de gacetas; me aburren unos y otras: vamos á coger avellanas, ya que la estacion nos brinda á disfrutar de ese placer.

Debemos contentarnos con los alrededores de la gran ciudad; en ellos nace la flor que Paris marchita, y Flora vivia allí con el Zéfiro antes de vivir con Brunet.

En los campos los versos se convierten en estrofas; en Paris el estanque es un albañal. A pesar de que exclamen algunos filósofos:—"Lutecia lo encierra todo;

„Los campos no equivalen á la ciudad„, amigos mios, el buen sentido aulla cuando Voltaire en Damilaville se apoya en semejantes efugios.

III.

En los campos la noche inspira veneracion, el dia se sonrie cándidamente como un niño; la tarde mece al acer y al olmo; la tarde es hermosa, pero la mañana es una gran festividad, es la aureola en donde se funde la noche.

La flor de oro brilla en el verde oscuro del prado, el astro, en el cielo claro todavía; y en la tierra, el aciano brilla en la sombra, como estrella azul en un campo de oro.

El ave vuela, el toro muge, los círculos del viento se ensanchan en la ascension de las claridades. Las olas son más sonoras, las almas entreabren sus secretos, y el universo cree, al aparecer la aurora, que aparece su conciencia.

IV.

Salgamos de Paris y de sus cuarteles, y ya que la vida es tan corta, sumerjámonos hasta las rodillas en las alfalfas y hasta el corazon en los amores.

Mezclemos los besos con los espondeos; recordemos que en otros tiempos el sonido del oboe en los bosques inspiraba á Platon ideas voluptuosas.

Vauvre posee praderas muy indulgen-

tes; Ville-d'Avray cierra los ojos al ver las arteras astucias de los misteriosos Cupidos.

Allí los juegos, las risas y las farsas persiguen á las quimeras de la alegría, que flotan dispersas por el bosque en las claridades de la primavera.

Las olas en Triel son bucólicas; Asniere tiene flujo y reflujo, en el que boga la risueña bandada de los pequeños y carrilludos dioses.

La sal ática y el agua del Sena se casan admirablemente. Allí solo disgusta una cosa, Juana, y es no tener amante.

Demos pasto á nuestra embriaguez; vayamos adonde Pan nos conduzca. Resucitemos la bacanal, que fué la abuela de la ópera.

Enviemos á pacer, lejos de nosotros, á los bueyes, á las cabras y á las ovejas, á la razon y al guarda del campo. Amigos mios, regocijémonos, que Abril florece.

Mofémonos del maire y de los ediles, y como personas convencidas de que vamos á gozar, mordamos la manzana del idilio, en la que Moschus dejó marcados los dientes.

V.

Interrupcion de una lectura de Platon.

Estaba leyendo á Platon. Abrí la puerta de mi gabinete y ví que entraba Licoris, quiero decir, Turlurette.

Nunca habia dirigido ni una palabra cariñosa á aquella beldad; estaba con la vista fija en el techo, columpiándome en un sueño de oro.

La jóven, que se ceñia un jubon gris claro, se encaminaba hácia mí; sus frescos ojos azules parecian que acababan de descender de la aurora.

Venia cantando un *couplet* de una cancion que la moda hacia entonar por las calles, y que saliendo de su labios se me aparecia como una luz.

La frente celestial y frívola de esa jóven eclipsó á Platon. Tenia la voz sonora, llevaba en sus manos un jarro de leche y me sonreia.

Al verla tan hechicera, deslumbrado, no pude menos de exclamar:—"Hermosa jóven, sois acaso una diosa?„

VI.

Cuando concluimos de comer las guindas, ella me dijo de repente:—"Preferiria haber comido confites; es insulso estar en Saint-Cloud.

„Tenemos mucha sed, y en vez de beber comemos cerezas; es muy desagradable ponerse la boca negra y los dedos azules; déjame!„

Me reñia de otras maneras y me golpeaba con sus delicadas manos. ¡Dichoso mes de Junio, mes de los rayos y de las rosas, en el que el azur canta y la sombra calla discretamente!

Dejando que ella me acusara, casi sin desagradarla, dándola flores apacigüé su cólera y dándola besos apacigüé sus labios.

VII.

Genio Libri.

Espíritu querido y familiar que vibras en mi alma, los espacios son luminosos y libres, y te consiento que deshagas tu collar.

Baraja á los dioses, confunde los estilos; empareja los *peones* con los *agnus*; haz que en los inmensos claustros bailen las ninfas con los pechos desnudos.

Sea en Francia ó sea en Corinto, despierte el sonido de tu clarin al tunante Pegaso que derrenga al viejo Campistron.

———

Trenza el acanto con la aliana, emborracha al augur y al abate; haz que David contemple á Diana y que Acteon aceche á Betsabé.

———

Desde la nariz de la indignada Minerva hasta el cráneo calvo de San Pablo suspende la tela de araña para que coja las rimas al vuelo.

———

Sé alegre, atrevido, gloton y voraz; divaga y ama; sé bastante tuno para encontrar algunas veces á Horacio y para huir siempre de Berquin.

———

Pinta el desnudo tomado del hombre antiguo; sé pagano y bíblico al mismo tiempo; establece la posición plástica de Eva ó de Rea en el fondo de los bosques.

———

Observa la mudanza de los amores; desbarata lo que edifican los pedantes; inclinándote hácia el estanque, remueve en su fondo el arte poético.

———

Perturba á La Harpe, ese gallo de la India, y á Boileau en todos sus sanhedrines; saquéalo todo: esparce por todo el Pindo las cesuras de los alejandrinos.

———

Considera á la abeja como hermana tuya, y ten, rondador de los frescos valles, un alvéolo de miel como ella, y como ella tambien un buen aguijon.

———

Trasplanta allí toda la retórica, pero que en ella tenga eco el antiguo buen sentido; sube á la grupa del asno, si el arriero se llama Sancho Panza.

———

Inventa una égloga lírica, eligiendo por terreno el bosque de Meudon, en la que el verso baile una danza pírrica que degenere en rigodon.

———

Si se te ofrece Juno, cumple con tu deber; festeja á Aspasia, admite á Ninon; si Goton quiere intervenir, sé bastante cobarde para reirte y decirle:—"Atrás!"

———

Sé un querubin y al mismo tiempo un efebo. Tu canto libre, en el que te ocupes de todo, vuele, y desde la lira de Tebas vaya hasta la flauta de Saint-Cloud.

———

No importa que hagas lo que quieras, con tal de que no te apartes de lo verdadero, con tal de que algunas veces salga de tus estrofas cantando la alondra;

———

Con tal que Paris, en donde cenas, no te impida ser siempre natural; con tal de que las diosas conserven en tus grupos claridad celestial;

———

Con tal de que en tu idilio crezca siempre la yerba y de que Vénus encuentre el musgo bastante espeso para esconder en él sus piés desnudos;

———

Con tal de que Grimod la Reiniere haga notar á Brillat-Savarin un olor de berrizal que se desprenda de tu poético himno;

———

Con tal de que en tu poema tiemble la corriente de las aguas limpias; con tal de que las briznas de yerba parezcan en él á propósito para que construyan su nido los pajarillos;

———

Con tal que acaricies á Psiquis con el agradable céfiro que baja entibiado del cielo; con tal que se vea brillar el rocío en tus versos que beben café.

II.

COMPLICACIONES DEL IDEAL.

I.

Paulo Minora Canamus.

A UN AMIGO.

Es verdad; por unos instantes voy á abandonar los profundos problemas: con-

ducia mónstruos en traílla, vagaba en un carro tirado por grifos;

Pero desciendo y pongo el pié en tierra; más tarde, acaso mañana, haré volar mis estrofas más lejos todavía por el éter del misterio.

Hoy el águila avanza mucho más que yo, pero yo la alcanzaré; mi estrofa ahora no es más que una estancia; Meudon reemplaza á Denderah.

Estoy cerca de las olas y de los cisnes, entre jazmines, en Floreal, en Junio, entre el trigo y las viñas, percibiendo la sonrisa del ideal.

Acabo de salir del enigma y de la ilusion; de la muerte, del yugo, de la escala de los séres que se hunde en el abismo, que se llama Dios;

Desde las vastas y fúnebres profundidades del abismo infinitesimal de mis visiones, en lo alto de la montaña, interrumpo todo esto y digo:—"Vamos á vivir„.

Junto á esa obra insondable, junto á Medusa y á Satanás, y á la formidable esfinge y á la rosa, y hablándoles en voz baja, les digo:—"Idos!„

Amigo mio, si te fastidia este entreacto, qué le vamos á hacer? Los bosques están luminosos; escribo en el cartel que no hay funcion, y me voy á dar una vuelta por los prados.

Voime á charlar bajo los techos de hojarasca del Abril, que es el portero del estío. ¿Quieres que pregunte por la eternidad al anciano?

¿Quieres que á la industriosa abeja, á la azucena, á la mariposa que huye, á los manantiales transparentes les haga mala cara?

¿Quieres que asuste á los olmos, á los tilos, á los juncos y á los cañares, colgando árduos problemas sobre los nidos de los pajarillos?

¿Quieres que confunda el abismo con las malezas, la duda con el rocío del alba, quieres que me presente y hable gruñendo á las flores?

¿No me encontraria á cien leguas del buen sentido el dia en que me empeñase en explicar á las nevatillas en latin el *Dies Iræ*?

Cuando desde mi granero me asomo á la ventana para ver á la lavandera que alegre canta sumergiendo los brazos en la blanca espuma;

Quieres que contra la esfera del infinito siniestro, ante el que, extremeciéndose Juan, se atrevió á preguntar á lo desconocido;

Contra el globo, sin playas y sin límites, casi sin esperanza, en el que la vaga luz de los sueños se prolonga en su oscuridad;

Contra el astro y su aureola, contra el inmenso ¿quién sabe? ¿Quieres que choque la pompa de jabon que vuela, saliendo del cubo de Juanita?

II.

Realidad.

La naturaleza por todas partes es la misma, así en Gonesse como en el Japon. Mathieu Dombosle es Triptolemo; una clámide es un jubon.

Luisa Lavalliere, encerrada en su carroza, enamorada de Luis ó de Marte, era tan feroz como Cypris encerrada en su concha.

Poetas, hermanos mios, cuando la cosa existe, poco importa el nombre que se le dé; continuad siendo espíritus puros, que nada es bajo cuando el alma es alta.

A Sileno se le escapa un mortal suspiro entre las rosas de Pestum. Cuando

Horacio expone á Príapo, Shakespeare puede arriesgarse á exponer á Bottom.

La verdad no tiene límites. Gracias al dios Pan, gracias á ese dios bestial, la realidad enseña sus cuernos en la frente azul del ideal.

III.

Al salir del colegio.

PRIMERA CARTA.

Ya que tenemos diez y seis años, vivamos, querido compañero mio, y dejemos de ser inocentes; pasemos ya de este primer grado.

Vivir es amar. Te participo que en la oscuridad donde sueñan nuestros corazones, he visto aparecer dos ojos grandes y azules, brillantes como dos estrellas.

Conoces tú lo que es esa felicidad? ¿Sabes lo que es tener sueños ambiciosos, envidiar á los grandes señores que van en brillantes carrozas;

Tener siempre calentura, enrabiarse, ver abrirse el corazon, desear ser un pastor, pero teniendo por cabaña el Louvre;

Sentir, al mascar el pan, lo mismo que al rumiar nuestras ilusiones, la amargura de las pepitas de la funesta manzana de Eva;

Estar enamorado y loco, ser ángel y volar como una oca, ser un forzado, pero no estar preso en la cárcel? Pues bien, yo disfruto de todas esas alegrías.

El sér misterioso que llamamos griseta ha caido para mí desde lo alto del cielo. Sufro mucho, pero ya tengo la receta para curarme.

Conozco el arte de amar; soy hábil y fuerte hasta el extremo de convertirme en estúpido y de pasar las noches apoyando los codos en la ventana.

SEGUNDA CARTA.

La jóven por quien suspiro vive pared por medio de mi cuarto, y cuando su puerta se abre, se abre sobre mi habitacion.

Es muy orgullosa; pero hablemos en voz baja. Es una forma etérea, que para remendar medias ha bajado del empíreo.

En ella pienso cuando nace el dia, en ella pienso cuando el dia se apaga. Trueca su gorra en casco y creerás que es Minerva.

Su coraza es un madrás; y cuando sale de casa, lleva del brazo á una vieja, que hace para ella las veces de Medusa.

Me quedo trastornado al ver la expresion altiva de su rostro cuando pide veinte céntimos de peregil á la mujer que lo vende.

Esto no obstante, como sabemos que algunas veces esas Palmiras dejan caer desde sus alturas sonrisas y besos,

---

Un picaron estudiante trata de levantar su casto velo; no puedes figurarte lo que aborrezco á ese infeliz que dirige las manos hácia las estrellas.

Pero yo no salgo de mi agujero. El otro dia, que estaba elocuente, ella me llamó:—"Buho„. Yo le respondí:—"Minerva„.

IV.

Paupertas.

Lo importante en el mundo no es ser rico; es vivir hechizados; el palacio difiere del granero en que en éste es donde se sabe amar.

Con el corazon alegre se duerme en

una mala cama; puede gozarse un eden en un tabuco; el crugimiento de un catre puede ser un rumor de paraiso.

Cuanto menos dinero, menos arrugas se tienen. Con poco oro se duda poco; nunca riñó el amor con la pobreza.

De nada sirven los falaces tesoros, ni los montones de monedas, ya que los techos azules de los sueños se ajustan bien á todos los desvanes.

La tierra, por la que corre la savia, es un sitio sublime y misterioso, en el que la desnudez de Eva lo eclipsa todo, menos la luz del cielo.

La opulencia es vana y se olvida en cuanto aparece el ideal, en cuanto el alma se entrega al éxtasis, como el bosque á los suspiros del viento.

Horacio pobre, es feliz con Lidia; no hace más intensos los amores el rico mármol de Numidia, que forma los baños de Scaurus.

Mujeres, nuestros versos, que os defienden, ni son avaros ni son pedantes; para dedicároslos no os piden más perlas que vuestros dientes.

Mujeres, ni Chenier ni Propercio exigen como condicion una alcoba con tapices persas para contemplar vuestros ojos brillantes.

Una Magdalena bien peinada, blanca y risueña, es para Perrault una hada y una driada para Legrais.

Luzon, con las trenzas sueltas y cantando al peinarse, hace ascender hasta las nubes nuestras ilusiones y nuestros deseos.

¿Qué nos importa, viviendo en la oscuridad, el traje luminoso con que se viste la mañana; qué nos importa que éste sea de paño burdo si la mujer es de satin?

El hombre cuerdo tiene por toda riqueza su corazon, cuyas pasiones acapara, y vé sin gran respeto á la duquesa y sin desden á la griseta.

El amor desea que se lean sin temor las letras de su alfabeto, y si Artemisa es la primera, la segunda es Babet.

V.

Himeneo.

Pancracio se mete en la cama de Lucinda, y queda consumado el dichoso himeneo cuando el maire cierra bajo llave al gallo de la India con la curruca.

Un doctor con los dedos súcios de tinta pasa llevando del brazo á Cillanira; un jorobado lleva al baile á una mujer hermosa.

Esta es la antigua y eterna historia; siempre el Fauno se casó con Flora; casi podria decirse: ¿para qué existiria la beldad si la fealdad no existiese?

En una maceta veo temblar una clemátide, cuya vida es muy breve; la flor es muy ligera y la maceta muy pesada.

Una mujer celestial se enlaza con un hombre repugnante, se apoya en éste y exclama: —"Nosotros dos. ¡Admirable pareja!"

El atrevido y caprichoso Cupido, burlándose de nuestro destino, complácese con estos contrastes, que escitan sus carcajadas infantiles!

VI.

Hilaritas.

Cantad, llenad el aire de graciosas canciones, y ya seais nobles ó villanos, jurad, que el canto es el vaso de la alegría y los juramentos le hacen rebosar.

El hombre es feliz cuando se corona de

pámpanos, cuando empaqueta con franelas su reumatismo y con alegrías su cordura.

Las risas son nuestras mejores alas, nos sostienen cuando vamos á caer, y el indulgente filósofo clasifica á los hombres alegres entre los hombres buenos.

Una alegre palabra basta para abatir tu digna cólera ¡oh gran Caton! La historia amnistia á Enrique IV porque le protegió Jarnicoton.

Vivamos alegres, que así Dios lo desea. A los hombres que se dejan enternecer, la alegría enseña los dientes, y parece que les diga:—"Podria morder, pero me rio„.

VII.

Meudon.

¿Por qué no ir montados en asnos á recorrer el bosque de Meudon? Unicamente los profanos son severos, que en ese bosque se respira alegría y perdon.

Nada es tan á propósito como su verde sombrío, como su calma semi-burlona, para llegar á descubrir el fondo de nuestro propio corazon.

Cantan en él los pájaros. El verano nos proporciona un bosque para que nos perdamos en su espesura, y el amor en su musgo oscuro termina todas las canciones.

Temed á ese sitio fantástico! El demonio reposa en esos bosques, pero no el viejo y derrengado Satanás, sino el jovenzuelo y sonrosado Belcebú, que Inés oculta debajo de su pañoleta.

Entramos en el bosque llenos de castas ilusiones, con el corazon dilatado, mirando al cielo; nos arrastra allí el alma, pero nos acecha el fauno.

El manantial es una ninfa desnuda; la sombra en el dedo os pone un anillo, y las campanillas insinúan lo que aconsejan los gorriones.

Todo canta y no con notas falsas, sino un himno tierno, y el espíritu de las bocas de las currucas y de los pardillos sale produciendo gratos acordes.

Aquí el secreto que el alma esconde se escapa de los corazones más discretos; la llave de los campos, que se encuentra en el suelo, abre el cajon de los secretos.

Aquí se comprende el tinte con que el dios Pan, oculto, colora de vaga ironía al bosque sombrío en el que sueña Psiquis.

Las mujeres agradables allí son hermosas; los Cupidos revoloteando van y vienen, las rosas hablan mil locuras y los jilgueros las hacen.

El vasto génesis vuelve á su primitivo objeto, á renacer sin cesar. Todo vibra; se respira un aura de amor y de himeneo en los montículos.

Parece que reviva la naturaleza, y que los corazones y que los nidos, el alba, el azur, las olas y las playas deseen que el alma y Dios sean infinitos.

Es preciso amar. A la sombra de las encinas sentimos en las hermosas tardes del verano la profundidad misteriosa de esa inmensa voluntad.

Escondiendo el fuego sagrado para que nadie lo viese, aquí la vestal solo oiria el grandioso sarcasmo de la luz y del bosque.

La primavera es una revancha. Ese bosque sabe hasta qué punto son libertinos los tomillos, los sauces, las clemátides y los almendros.

La maleza salvaje se regocija recibiendo las miradas serenas de Jehová, cuando una mariposa, despues de despertar á una violeta, huye volando.

Recuerdo que en edad muy tierna, no cumplidos aun los diez y siete años, un dia hizo uso mi candor de aquellos ramajes flotantes.

Vagando con la jóven, que admiraban mis dichosas miradas, empleé aquella sombra, que aumentaba mis cariños y mis deseos.

Nos sentamos en canapés de yerbas; nos embriagamos con la fragancia de las lilas, é inocentes y deslumbrados, palpitábamos de alegría y de gozo.

Aspirábamos con afan las esencias del árbol, del prado, de las flores y de Vénus, y llenábamos nuestras almas de infinidad de soplos desconocidos.

Nuestros besos eran extraños, de tal manera, que entre aquella verdura, despues de haber sido dos ángeles, no éramos ya más que dos pájaros.

Era la hora en que las aves se acuestan; el crepúsculo iba oscureciéndose y la luna llena salia por detrás de nosotros, enrojeciendo el bosque.

La jóven tierna, que alegremente me habia seguido hasta allí, estupefacta y pálida, empezaba á temblar al ver mis miradas ardientes.

Sus pechos temblaban...—"¡Casémonos!„ exclamó.—"Busca un sacerdote y que nos una para siempre.„ Despues añadió, sin oir el cuchicheo de las ramas,

---

Sin notar siquiera el perfil burlon de los arbustos:—"¿Pero dónde está el presbiterio? ¿Quién es el sacerdote de estas flores?„

Una encina corpulenta y secular estaba cerca de nosotros oyendo nuestro diálogo.—"El cura de Meudon?„ exclamé yo, dirigiéndome á la hermosa. Y el árbol me contestó:—"Es Rabelais„.

VIII.

Al oido del lector.

De los enamorados que Eros embriaga, el imbécil es un bosquejo imperfecto; siempre alguna tontería sigue al desvarío del pecado.

Temo á las hermosas, porque con facilidad dejamos que nos venzan, y nuestras debilidades son las que constituyen su gran poder.

Jugando con nosotros el niño, jugando nosotros con la mujer, suavemente se apoderan de nuestra alma; los séres débiles triunfan de nosotros.

La virtud, con sus manos blancas y con su hilo fino y dorado, está remendando sin cesar la manga por la que Josef fué atraido.

IX.

Senior est junior. (1)

I.

Nos vamos desviando del orígen; los vientos se parecen poco á los abuelos; Tácito llega á ser Soulavie y Hercles se convierte en Palsambleu.

De la lira nacieron las mandolinas; Minos procreó á Leguier; el primer miriñaque fué la hoja de la higuera.

El amor que entre nosotros es presentable, aunque lleva venda en los ojos, bebe y se llena la bartola en la mesa: antiguamente solo bebia agua.

La Biblia, en sus epitalamios, bendice el agua del pozo ancho y redondo. El hombre antiguo solo comprendia á las mujeres llevando el ánfora en la cabeza.

---

(1) El más viejo es el más jóven.—(N. del T.)

Agar regresa de la fuente, Lefora vuelve de llenar la vasija en el manantial con la frente casta y con las miradas cándidas.

La cisterna sirve de medianera en el casamiento grave de los hebreos. El diablo la llena y la atraviesa, pero Dios bendice el agua.

¡Felices edades las de los cánticos de los cánticos! ¡Deliciosos son aquellos siglos inocentes! ¡Son muy jóvenes aquellos hombres primitivos!

Aquella fué la feliz época del templo al que se subia por cien gradas; de Nínive y de las cumbres, en las que los ángeles ofrecian á los patriarcas manjares extraños.

II.

Que yazgan en paz aquellos tranquilos tiempos, en los que las nodrizas enseñaban los pechos, en los que el árbol producia palmas y el hombre producia santos.

Estamos muy lejos ya de aquellas ánforas que tenian por asas dos brazos blancos y de aquellos corazones cándidos, que se dirigian unos á otros andando á pasos lentos.

La antigua pasion ha muerto. Ahora vivimos en otra edad de oro. Amar es muy antiguo; Rosina pesa los doblones de Bartolo y despues corresponde á Lindoro.

Somos menos inocentes y por lo tanto más positivos. Nuestros amores son una especie de bosque, en cuyo fondo aparece vagamente el Banco de Francia.

III.

Rhodopa, reina de Egipto, iba á visitar á Amós en su cueva; la cúpula respetaba á la cripta; el astro iba á visitar al buho;

Y la soberbia faraona estaba satisfecha en casa de Amós, si las rocas que la rodeaban podian ofrecer yerbas para que comieran sus camellos.

Ella le adoraba contenta, sin pedirle otro favor, mientras el sombrío profeta refunfuñaba pensativo en un rincon.

Amestris, que fué la Ninon de Tebas, enganchaba á su carro dos grifos, y se parecia al Erebo en la profundidad de sus ojos.

Para que fuese sonriendo á visitar á su cubil al mago Oxus, éste regalaba á la hetaira un raton sagrado del Nilo.

Un antro, sostenido por vigas de las que salian clavos para colgar pieles sangrientas y cueros, servia de dormitorio al mago.

Cerca de Sara, el salmista Jod dormia acostado sobre la verde escordia (1), encargando á alguna hiena que ladrase si oia venir á alguno.

Legor, bonzo, con la piel quemada por el sol, desnudo y lascivo, recorriendo los bosques, invitaba á Penthesilea á mascullar una cebolla cruda.

Charames, sacerdote del templo de Electra, viviendo en un sombrío pais dentro de un sepulcro con un espectro, convidaba á cenar á Thais.

La hermosa Thais acudia al convite, y con la copa en la mano bebia, teniendo el mármol por lecho, el sacerdote á su lado y el espectro enfrente.

En ese pasado primitivo hechizaban á las mujeres el agua clara y los dientes de ajos, que eran los que constituian el arte de amar.

IV.

Las damas de tiempos posteriores, las damas de cabellera flotante, han introducido muchas variaciones en el programa de los tiempos primitivos.

---

(1) *Escordia:* planta.—(N. del T.)

En la época moderna no entra un monseñor en casa de una jóven de gran belleza, pero de corazon muy duro, sin pagar antes la factura de la cuenta que debe al mueblista.

Las beldades que á la sombra de los árboles retiene Baden en sus playas cenagosas, no van á veranear á esa ciudad antigua para ver pasar carretas tiradas por bueyes.

Llevando la bolsa vacía el mismo Bernis, balbuceando el *quos ego*, tiembla cuando hace sonar la campanilla de la puerta del cuarto de la Camargo.

V.

El corazon no hace más que tonterías: nada encanta tanto á la mujer, nada calienta más un corazon frio que ver que crece una pila de monedas de oro á medida que el pudor mengua.

Los amores actuales abundan en combinaciones financieras; tienen su debe y su haber. Nuestras pastoras esquilan más banqueros que ovejas.

El corazon sabe contar muy bien, y la mujer ha adivinado por fin que es irresistible el poder de Barema cuando tiene el torso de Phriné.

Canturreando el corazon á Schubert y á Weber, ha conseguido realizar la aplicacion del álgebra al amor, al alma y al beso.

VI.

A tanto por hora juega con el abanico, y el precio es más caro cuanto más ardientes son las miradas. Dafne presentaba la mejilla, Cloe presenta su tarifa.

Sus instintos no son veleidosos; piensan abriendo las manos, esperando recibir en ellas billetes del Banco.

VII.

Suda un rublo por cada poro; si así no lo haces, en vez de entregarte á Flora, vale más que te entregues á un tigre negro de Singapore.

Catalina, mujer blanda como la cera, fria y cariñosa para los que la solicitan, sonriéndose ofrece á todos su busto. Estrella vende sus suspiros ardientes.

Todas ellas, frescas como la aparicion de un sueño, esperan que Samuel Bernard ponga en ellas sus manos brutales despues de haber soltado los doblones.

Y por encima de los judíos que se enriquecen, asoma por el techo abierto y desciende un Cupido contrahecho, padre de los amores actuales.

VIII.

Por la noche la mujer se cubre con el velo, no para rastrear la luz de alguna estrella, sino para descubrir dónde está Turcaret.

Es silenciosa calculadora; es una hada que posee la astucia del dragon; es una Jocrisse que se transfigura en Harpagon.

Ese mónstruo adorable y terrible es tan insaciable, que nunca dice:—"¡Bastante!„, y apoderándose de nuestros corazones, por su criba solo deja pasar nuestro dinero.

Dios mio! ¿por qué fealdades tan bajas quedan impresas para siempre en esas jóvenes Gracias, que debian pasar la vida cantando en los bosques?

IX.

Bebed y reid, que yo me obstino en participar de las ilusiones del amor, y siento en mí palpitar el corazon infantil de Homero.

Vivo en el campo; sé amar y sé soñar; soy bucólico y pastor, y dedico á los dientes blancos de Eva todos los manzanos de mi vergel.

Decid de mí lo que querais, nada me importa; quiero creer, pensar y amar, y



PERO...... ¿SABES TÚ LO QUE YO PIENSO?
PUES PIENSO QUE ESTOY ENAMORADO.

desterrarme de las ciudades y vivir entre perfumes y rayos.

Apenas en los decorosos idilios se oye el ruido de algun beso, y la pradera es una inocente, á la que no debemos escandalizar.

Habito con los árboles y con las plantas, y no me canso nunca de contemplar el paso lento de las vacas cuando atraviesan el vado.

Oigo desde alguna elevada cima los píos que salen de algun nido colgado en algun matorral, á la luz descolorida del astro que se eleva en el horizonte.

Profeso cariño al alba, al medio dia, á los cielos deslumbradores, y siento la nostalgia del sol, que creo que es mi antigua pátria.

Por la mañana todo en la naturaleza vocaliza, se extremece y se sonrie, y yo pienso: La aurora es tan pura! ¡Son tan gratos los gorgeos de los pájaros!

Todos ellos cantan; las olas murmuran, los bosques suspiran, los vientos hablan, las flores perfuman y Dios bendice á toda la naturaleza.

Me encanta esa música, me encanta ese canto llano, y os desafío á que produzcais una armonía igual á la que produce Juana cuando baña sus piés en las plantas acuáticas del limpio manantial.

III.

PARA JUANA.

I.

Me tiene sin cuidado si tocan ó no tocan las campanas; si la reina piensa esto, si el rey piensa aquello;

Confieso que no me ocupo de saber si tienen orgullo los señores, ni de saber si el sacerdote dice la misa en griego ó en latin;

Confieso que no me ocupo de los que rien ni de los que lloran; confieso que solo pienso que estoy enamorado.

Sabes, Juana, en qué estoy pensando? Pues pienso en aquel momento en que te ví el blanco pié cuando atravesaste el arroyuelo.

Sabes qué es lo que me preocupa? Pues Juana, me preocupa ver una irresistible cadena que me arrastra hácia tu casa.

Sabes lo que me fastidia? Pues me fastidia, Juana, ver que tu poder es tan grande, que hace reinar el buen tiempo ó la tempestad en mi corazon.

Sabes lo que prefiero? Pues prefiero, Juana, la flor más insignificante de las que llevas en el pecho á todos los astros que brillan en el firmamento.

II.

Juana canta, se posa y vuela; y como un pájaro que vá de rama en rama, pasa de una cancion á otra cancion.

¿De qué me estaba hablando, enseñándome los dientes al sonreirse y moviendo sus ojos vivos? Qué es lo que me decia?

¿Me estaba hablando de la gloria, de la campiña, del cielo ó de la tela de seda que necesita para forrar un sombrero?

No lo sé. Aun me parece que la estoy oyendo; pero ignoro todavía si sus labios rezaban un salmo ó entonaban una cancion.

La oia entusiasmado, casi sin saber lo que decia; hubiera querido en aquellos instantes ceñirme una corona de oro,

---

Y ver su beldad sin velos, y unir á mis

dias los suyos y coger el cielo con las manos.

Atacado de la enfermedad del amor, creia que iba á morir dulcemente y que mi alma iba á escaparse del cuerpo y á volar;

Porque para que el cerebro se quiebre y se disipe disuelto en vanos sueños, basta que le toquen la punta de las alas de uno de esos pájaros divinos.

III.

Desafío en el mes de Junio.

A UN AMIGO.

A Juana le cayó de la pantorrilla una hermosa cinta de color de rosa, que en verso divinizaria y que en prosa beso sencillamente.

Como es mujer, usa medias; como es ángel, puede tener alas; resultado de esto: que mañana tengo que batirme.

Para eso hay que elegir sitio á propósito, solitario; alguna pradera que despida buena fragancia, para darse en ella de estocadas.

Al aparecer los primeros albores del dia cruzaremos el acero con el acero, pisando tomillos y yerbas húmedas, mientras los tordos beban en ellas el rocío.

Ese marqués es un insolente! Se rie mandando; su talento consiste en estar siempre alegre, pero nunca ébrio. Es preciso huir de él ó seguirle.

El que le huya parecerá cobarde y el que le siga imbécil. Es jóven, alegre, fanfarron, vivo, petulante y fósil.

Aborrece á Voltaire; no cree que ha nacido como los demás hombres; sirve á la misa, sirve á Phriné, mezcla Guido con los paternosters.

Ese truhán encontró la liga perdida, y de este encuentro se vanaglorió en casa de Saguet; yo fuí un estúpido, que pasé entonces por allí.

Precisamente iba analizando en mi imaginacion las cárceles, los tronos, el firmamento y las ligas de las mujeres,

---

Y oí que ese marqués estaba usando un retruécano y agitando en el aire un objeto, que unas veces me parecia un relámpago y otras una rosa.

En seguida reconocí aquel adorado diminutivo del cinturon de Vénus; como estoy enamorado, no sé lo que pasó por mí en aquel momento.

Me latia el pulso, me latian las sienes; ¡el marqués estaba riéndose de Juana! é hice esta observacion para mi sayo:

—"Ciro desenvainó la espada por recuperar un cintillo de la reina Abaidorna; seré yo menos bravo que Ciro? ¿Esa reina, que yace en la tumba, vale más que Juana en su bohardilla?„

Me dirigí hácia el marqués, y furioso le arranqué el objeto que hacia flotar en el aire.—"Caballero, exclamó, me pertenece esa liga„.

Me lanzó miradas furiosas; yo le miré fijamente y con altivez.—"Soy marqués, me dijo, y vos?„—"Yo soy caballero de la órden de la Jarretiera.„

—"Buscad padrinos.„—"Los tengo á punto.„—"Os mataré y quedareis pagado.„—"Dónde?„—"En el campo.„

Por eso mañana al amanecer se despertarán los faunos al oir el ruido de las estocadas y por detrás de los húmedos matorrales abrirán sus vagas pupilas.



IV.

La naturaleza está llena de amor y goza con nuestros regocijos; Juana, parece que las flores se vayan abriendo sucesivamente para que tú las veas.

Viva Angélica! Abajo Orgon! El invierno, huyendo de nuestros silbidos, retrocede y su contorno regañon se vá borrando en las nubes.

La serenidad de nuestros corazones, en los que se oyen gratas armonías, completa en esos dos hermosos meses el desvanecimiento de la sombra.

Junio cubre por todas partes de flores la verde alfombra, por todas partes se extiende; pero á nadie cansa la abundancia de las rosas.

La golondrina vuela tan cerca de tu frente pura, pasa tan próxima á tus ojos, que podrian contarse las plumas de sus alas.

Tu gracia es como una claridad; tu juventud casi infantil alumbra el firmamento azul y vuelve á enviar la aurora al cielo.

Al ver el parecido que contigo tiene, la pura azucena se sonrie con satisfaccion; tu alma es una urna de la fé, en la que la paloma quisiera beber.

V.

A Juana.

Estos sitios son puros, pero tú los completas. Este bosque, situado lejos de los senderos conocidos, parece, Juana, que haya hecho brotar las violetas de tus virtudes.

La aurora es parecida á tu edad; Juana, hay siempre cierta armonía en el mundo, cierta simpática vecindad entre los buenos corazones y los pintorescos sitios.

El valle parece que celebre una festividad y que te la dedique; este valle es como un nimbo alrededor de tu cabeza, es como un edén para que goce tu corazon.

Arboles y plantas, cuando te aproximas á ellos desean que los contemples, porque saben que tus canciones, que tus risas y que tu alma son de buena fé.

Deliciosa Juana, tu dulzura es atractiva, y al vagar por entre los árboles del bosque, consigue que en sus nidos levanten la cabeza los pajarillos.

VI.

Meteoros ígneos.

I.

¿A quién la inmensidad del cielo lanza sus astros de oro, que caen como brillante lluvia y que seguirán cayendo sin cesar?...

¡Los forma el esplendor que vaga; esos puntos son universos; rayos en los que brillan esmeraldas; relámpagos en los que brillan florecillas!

¡Realidades y quimeras que atraviesan nuestras noches de verano! ¡carbunclos efímeros de la oscura eternidad!

Cielos! de qué manos salen? ¿A quién lanzan esas manos esos torbellinos de centellas? ¿Los lanzan al alma de Platon?

Los lanzan al espíritu de Virgilio? ¿A las montañas? A las olas de los mares? ¿Al inmenso Evangelio que tiene abierto Jesucristo?

¿A la enorme tiara de algun Moisés niño, cuya alma haya adquirido la forma del vencedor firmamento?

Van á parar á las oraciones? ¿A quién el misterio desconocido vá á añadir esas luces á las vagas aureolas de su frente?

¿Desde el soberbio azul, para acentuar su verbo, lanza Dios á las religiones esas lenguas de fuego?

En vano apremian nuestras preguntas al cielo fatal ó bendito. ¿Quién puede decirnos á dónde se dirigen esos enviados del infinito?

¿Qué significan esas caidas de los relámpagos, arrancados de la celeste esfera? Es un misterio! Significan luchas? Significan himeneos? Es un misterio!

Son acaso los ángeles del sufrimiento? ¿Son acaso los argyraspides (1) del abismo que huyen montados en corceles de fuego?

¿Es acaso el Dios de los desastres, el irritado Dios de Sabaoth, que apedrea con astros á algun sol revolucionado?

II.

Pero qué nos importa! Los campos están florecientes, gozamos del estío; Juana, no pensemos más que en flores, en canciones y en perfumes.

La alegre y tibia estacion nos brinda con sus praderas, con sus plantas acuáticas, con sus alfombras de musgo, con todos sus atractivos.

El verano ahuyenta las tempestades, dora el firmamento, dirige rayos de fuego á nuestras frentes y siembra fresas á nuestros piés.

En el delicioso verano suspiran las auras; Dios derrama paz y tranquilidad en la naturaleza, hace el dia para la sonrisa y la noche para el beso.

El estanque tiembla bajo las ramas espesas de los alisos, el céfiro orea plantas y flores, y por los amarillentos trigos corre el calofrío del Messidor (1).

Esta es la estacion en que se debe amar y decírselo á los bosques; la estacion en la que no debemos tener más objeto que ocuparnos del musgo que cubre los antros frescos.

¿Para qué nos hemos de ocupar de lo que sucede en el cielo? Ven, entreguémonos á las rosas, que éstas son las que llenan mejor nuestros corazones.

Ven, dejemos que otros se ocupen de otras cosas, ya que disfrutamos del mes en que reviven los bosques, las praderas y los corazones.

El amante arrastra á la amada, y le alienta en sus designios la tentadora traicion del fichú, que semi-descubre el pecho.

No debe temer nunca, Juana, la que es hermosa, manifestar en los prados florecientes que es jóven, blanca y que viene de Paris.

La campiña deslumbrada acaricia á los amores, y los árboles están alegres cuando presencian que Juana es cariñosa.

Amémonos y que en las altas esferas hagan los astros lo que les plazca; es de noche y en los claros del bosque susurran los frescos céfiros.

La oda corre con las gotas del rocío; todo canta; en los torrentes, los idilios descalzados bañan sus diáfanos piés.

La bacanal de la sombra se celebra vagamente bajo el espeso toldo de la hojarasca, en la que no penetra la claridad del astro nocturno.

Los duendes y las golondrinas, que se

(1) *Argyraspides*: nombre que se daba á los soldados macedonios, á los que Alejandro regalaba escudos de plata en recompensa de su bravura: eran tropas ligeras; formaban el segundo cuerpo del ejército del que la falanje macedónica era el primero.—(N. del T.)

(1) *Messidor*: décimo mes del calendario republicano francés, que empezaba el 19 de Junio y concluia el 18 de Julio. Era el mes de la siega.—(N. del T.)

desvanecen en el instante en que se entreven, hacen delicioso ruido de alas en la semi-oscuridad de la noche.

La curruca y la sirena, entonando cantos alternados en la serenidad inmensa de la noche, dicen á las almas:— "Venid!„

Las soledades se encariñan con esas caricias y con esos temblores, y mientras dura la noche, las ramas de los árboles dejan caer silfos sobre los céspedes.

El elfo cae de las enredaderas con las manos llenas de flores; la ondina besa á las ninfas; la maleza se sonrie al ver las piruetas que hacen las hadas sobre la yerba húmeda al pasar.

Ven; los ruiseñores te están oyendo, y el edén no se ha perdido aun para dos amantes que se juntan con el objeto de celebrar las bodas de la noche.

Ven; que en su verdoso nido el gorrion bohemio tenga celos al presenciar nuestro regocijo y al ver tu corazon tan cerca del mio.

Encantemos á los árboles con todos sus ramajes, cuando oigan que cuchicheamos, acompañando al murmullo de las hojas y amándonos tiernamente.

En presencia de tantos misterios, declaremos en voz alta que nos amamos; las encinas seculares y solitarias de la montaña nos dan su consentimiento.

Para estas festividades, para estas alegrías, para estos amores, Juana, están dotados los campos de tantos atractivos.

No tiembles porque veas que un pensamiento único llena mis ardientes miradas; no temas que sean falaces, porque son la expresion de mi alma.

No te asustes; permanece siendo casta sin terror, que el cielo diáfano absuelve del pecado de transparencia á la gasa del fichú.

La naturaleza está enternecida; vivamos, pues, y gocemos; tengamos la cariñosa audacia de adorarnos en el silencio de la noche.

Ven; ámame y olvidémonos del mundo; confundamos nuestras almas mirando cómo asciende la luna al horizonte por entre el ramaje de la selva.

III.

A la claridad del astro nocturno sueñan felices los dos amantes... y la inmensidad continúa dejando caer sus fuegos fátuos.

Mientras de la bóveda celeste llueven como polvo luminoso astros que se desvanecen, brasas enormes que dispersa el incensario del infinito;

En la tierra, ostentando sus gotas de rocío el yaro, el clavel, la clemátide, el pensamiento y la azucena, se estremecen,

---

Y cualquiera diria que, bajo la niebla del gran bosque mojado de rocío, la tierra, para recibir las estrellas que caigan, extiende su delantal de flores.

IV.

PARA OTRAS.

I.

Musa mia, debo repetírtelo; tratan de embriagarte en el bosque; los faunos han escondido mi lira y en su lugar han dejado un oboe.

Vente, pues. La fiesta ha empezado ya; las avecillas se comen el trigo tierno; la abeja liba la miel de las flores, y Mayo se sonrie al ver la alegría del cielo.

Trae contigo á tus dos camaradas, el espíritu galo y el espíritu latino; no

creas que te degrada ir oliendo la alhucema y el tomillo.

Sin ser descarada, sé ágil; entra alegremente en el valle; haz que apresure un poco los pasos Virgilio y detén por el brazo á Villon.

Ve á beber allí, que la copa está llena, y que te escancíe el dios Pan ha encargado á la Juanita de La Fontaine, que Horacio llamaba Lálage.

Allí te esperan. La flor se columpia á la entrada de los verdes antros, y Sileno, á cada bocado que come, interrumpe esa funcion para mirar si tú vienes.

II.

Empezó la batalla. Cómo? Por una cariñosa sonrisa. Ella me dijo:—"¿Cómo es eso que no me quereis escribir?„

—"Una carta de amor?„—"No; una carta en verso.„—"No escribo versos ya„, la respondí. De esta manera iba continuando el diálogo.

Despues de su sonrisa me lanzó una mirada fiera; yo, que era el candidato número trescientos, exclamé para mí:—"Se conoce que es honrada!„

Y mi imaginacion la adornaba con cien virtudes, que realzaban mis malos pensamientos de adolescente que está en peligro.

Pero me callé, porque el silencio pasa muchas veces por ciencia y por profundidad. Su sonrisa era graciosa y pudorosa su mirada.

Esa mirada y esa sonrisa me penetraron en el alma. De repente ella cantó. No sé cómo expresar el efecto que me produjo su voz.

No lo sé, pero su voz conmovedora y suspirante me hizo exclamar:—"Pérfida! Os complaceis en matar á los heridos!„

III.

De dia, del hombre estudioso tengo el augusto aspecto, y me conformo con la costumbre de embrutecerme doctamente;

Me escruto y me diseco, y me comparo con el dibujo que del hombre hizo Séneca en su mesa de oro macizo.

Ahuyento de mí la alegría y aprovecho la mañana para leer en Virgilio algun pasaje en latin.

Leo á muchos autores antiguos y notables y exclamo:—"El hombre que quiere ser sábio tiene que abrir la ventana de los tiempos antiguos para airear su espíritu„.

Y me encaramo en la cima, cuyo camino conoce Platon, pretendiendo llegar á las regiones de lo sublime.

Pero vuelvo á ser humano, y mi alma se confunde y mi orgullo se disuelve en una alcoba forrada de papel barato.

Y el amor, ese tierno pícaro, es el dueño de mi casa todas las noches en cuanto Inés apaga la bujía de mi razon.

IV.

Chelles.

Tengo pasion por Chelles y por sus berrizales, y por el tic-tac de sus molinos y por los que rondan á las molineras; pero compadezco á los blancos molineros.

Las molineras tambien son blancas, y por eso voy hácia el molino con frecuencia, y me siento muchas veces pensativo bajo las ramas de los alisos.

Tengo aspecto de peregrino; me dirigen la palabra las jóvenes que guardan rebaños, me sonrio con ellas, y algunas veces llevo clavadas en el sombrero flores y pechinas.

Cuando con mi perro de aguas llego á Chelles, que es una aldea devota y coqueta, creen en ella que se ha escapado de su nicho San Roque con el perro.

Pero me preocupa poco el efecto que produce mi figura; sigo andando impertérrito, procurando aprender una ó dos estrofas del canto de la alondra.

Admiro las frágiles mariposas que revolotean por las malezas cerca del castillo, pero no las cazo, porque siempre me ha parecido que las mariposas eran pinturas al pastel.

Soy un loco que parezco un sábio. Gozando de la primavera, lleno de todos los encantos del paisaje mis brillantes miradas.

Hermosa molinera de Chelles, azorado te acecha el soñador cuando vé que subes por las escaleras con la seguridad de la mujer que está bien modelada.

V.

Decenario de mujeres.

Son una más que las Musas; son diez. Creeríase, cuando sus voces confusas zumban en el bosque, oir bajo las seculares encinas un murmullo de diosas pasando por allí.

Las diez son las castellanas de toda la comarca vecina, y las colmenas, hácia los hálitos de sus bocas, envian sus enjambres zumbando.

Son diez hermosas locas, demonios, de las que yo soy el santurron, que consiguen aureolas y que merecian una hoguera.

¡Cuántos corazones nos roban, hasta á nosotros los villanos! Cada una de ellas adorna su vestido con cuatro volantes que flotan.

Y corre por el bosque como una sílfide, pero muy adornada. A esos ángeles del mundo en nuestro pensamiento despeinamos, pero adoramos los misterios que nos oculta la ropa.

En otro tiempo Vénus en la playa no tenia el atractivo del guardapiés, que se levanta para enseñar los botitos.

Las antiguas Artemisas poseian fisonomía artística, pero no estaban tan bien vestidas y no gastaban guantes.

La gasa se parece á un sueño; el satin reluciente brilla, y el tocado termina lo que las miradas empiezan.

La marquesa en su carruaje agrada hasta á los hombres más gansos, porque la gracia es una flecha á la que la moda sirve de carcaj.

El hombre, que la etiqueta convierte en tonto, se pone tieso como huso; pero Dios creó á la coqueta en el momento en que creó al badulaque.

Todas esas mujeres jóvenes, en cuyos ojos llamea la luz del medio dia, con sus flores, con sus cintas y con sus almas, saben apoderarse de nosotros.

Nada desbalija tanto al hombre como un palmito elegantemente vestido; es irresistible para nosotros la hermosura cuando se casa con la coquetería y con la elegancia.

Esas diez mujeres pasan alegres y cantando por entre los grandes árboles, y nos enamoramos de todas, y estamos al verlas orgullosos y contentos.

Y salimos de aquellos matorrales pensativos, con la cabeza inclinada, á pasos lentos, habiendo dejado prendido el corazon entre aquellos cuarenta volantes.

VI.

Huye del edén de los ángeles caidos; amigo mio, guárdate de las mujeres hermosas; teme á los fichús en Paris y á las mantillas en Madrid.

Tiembla por tus alas, pájaro, y por tus hilos, polichinela; teme á las miradas de Calipso, pero mucho más á las miradas de Juanita.

Cuando su ternura empieza está ya próxima nuestra esclavitud: el A B C de su abecedario se llama Amor, Beso, Cadena.

El sol dora una prision, el rosal perfuma un calabozo; pues de una manera semejante nos seduce y nos engaña una mujer.

Quedamos presos, con nuestras ideas expuestas al viento y encerrando en el alma una sombría lira, llorando muchas veces, antes de haber tenido tiempo de reir.

Ven á los prados; la alegre primavera hace sonreir á los árboles y á las flores; ven conmigo y cantemos viendo correr el agua de las fuentes.

VII.

El niño Abril es hermano del niño amor; los dos trabajan en sentido contrario á nuestro pobre corazon.

El niño Amor nos hace traidores; el niño Abril nos vuelve locos; entre los dos nos causan el delicioso suplicio.

Abril, de su incitante hermosura tiene por aplaudidores á nuestros vicios, y con sus atractivos disipa los escrúpulos de nuestros corazones.

Ese niño es un verdadero gigante; su poder es tan irresistible, que ayuda poderosamente al Eterno en su trabajo de crear.

Cuando es hora de que todo en la naturaleza pague su tributo, Abril aumenta su poder en proporcion á la magnitud de este objeto.

Su gran trabajo consiste en el misterio del rocío, y su potencia, en la frente sagrada de la tierra consigue sacar el sudor convertido en perlas.

VIII.

En aquellos tiempos en que yo era jóven estaba flaco, y nada hace enflaquecer tanto como la especie de vigilia que se llama alimentar el espíritu.

Luego me convertí en viejo; era tímido y amarillo como un pergamino á la sombra de la pirámide de los viejos verdes del espíritu humano.

Libros viejos, que los años roen, se amontonaban sobre la mesa de mi gabinete, y muchas veces me quedaba como un ébrio á fuerza de querer llenarme de razon.

Un dia que estaba leyendo á Yamblique, á San Agustin y á Plotin, un enano negro, de rostro oblícuo, se me apareció y me dijo en latin:

—"No pases adelante. Clava el áncora. Hijo mio, contempla en mí á tu antecesor. Me llamo Botella de Tinta, y soy metafísico.

„El espíritu perjudica á tu cuerpo, y vengo aquí para decirte la última palabra de todos esos libros en los que entramos siendo Jocrisse y salimos siendo estudiantillos.

„Diviértete. Sé jóven y diviértete como los jóvenes. Isis no daba otro consejo á los sábios. Un vaso de vino puro vale más que muchos toneles de vinos compuestos.

„Vigilia, estudio, paciencia y trabajo nos queman las cejas; el único fin de la ciencia debe ser estar siempre alegres.

„Máxima: no estar nunca triste, no ser estúpidos; gozarlo todo; dedicar el olfato á la rosa y los labios á la mujer.

„Los antiguos vivian de ese modo; pero despues todos los hombres se han dejado seducir por la barba falsa que lleva el perfil griego de aquellos primitivos locos.

„Cree que aquellos austeros hombres se dedicaban á todos los placeres. Cuando el hombre inventó á los siete sábios, Dios creó los siete pecados capitales.

„¡Oh doctores, bien os arrastrásteis por el suelo! Gracias al amor, Sócrates se quedó calvo. El amor sirvió á Homero de cayado y Phriné entraba en el dormitorio dando el brazo á Platon.

„Todos abrian la misma tienda y subian al mismo carro. Aspasia acudia al pórtico y Caton se reia en el lupanar.

„Salomon, lleno de molicie, tenia precisamente tantas picaronas como Leonidas héroes. Séneca, á quien se coloca hoy en un altar, cogia á Cloe por la barba.

„Las ninfas no eran osas; Horacio no era lobo; Liseta hoy se baña en las fuentes y Tibur se llama Saint-Cloud.

„Los argumentos con que te estoy acribillando te librarán, si te ayudas á tí mismo, de ser estúpido pedante.

„Observa y verás que á tu alrededor ningun sér se sonrie inocentemente: una cancion denuncia una ventana; una maceta con flores busca un amante.

„La griseta no es un sér deforme. Nos sacudimos de muchos cuidados y de muchas inquietudes si por la noche podemos dormir sobre una almohada repartida entre dos.

„Ama. Esta es mi última palabra. Cumple mi buen consejo con esa jovencilla que está cuchicheando en la boardilla de enfrente.„

Pero yo no escuché á ese bribon y le arrojé de mi cuarto. Unicamente hoy que se van doblando ya mi frente y mis espaldas, que alcanzo á ver ya la garra desnuda de la esfinge;

Hoy que he encontrado el fondo del problema más infinito y más desconocido; hoy que con razon más despierta, cerca del mar que amenaza devorarme, veo sobre todas las sabidurías espumar las religiones;

Hoy que mi espíritu sombrío vé sobre el oleaje cambiante de los dogmas crecer el espesor de la sombra, hoy soy indulgente cuando oigo en el espacio por donde vagó mi pensamiento, que pasa cantando una jóven hermosa.

V.

SILUETAS DEL TIEMPO PASADO.

I.

La encina del parque destruido.

I.

No me compadezcas, me dijo el árbol; antiguamente es cierto que á mi alrededor todo era de mármol, el palacio y el rey.

Contemplaba el artístico lujo de los frontones llenos de Césares y los enormes caballos de piedra que se encabritaban uncidos á los carros.

Entreveia á Hércules, Hebe, Psiquis, á la escasa luz que dejaban pasar las ramas colgantes.

Veia correr y juguetear á la reina; oia los gritos de la caza del ciervo; como

gran señor y como encina yo estaba en todos los Marlys.

Veia la augusta alcoba en la que creció el delfin; veia el busto de sus majestades y á Lauzun escondido bajo la cama.

He visto las malezas y los árboles, he visto las fuentes del jardin real, y á Lachaise en Versalles, como á Satanás en el edén.

Una verja cerrada me custodiaba como si fuese una dueña de hierro, para que no manchasen el terreno que yo piso el buey ni el pollino.

La agricultura es abyecta y la yerba vil; ya sabeis que el árbol que se respeta está situado á mucha distancia de los prados.

De este modo hablaba bajo mis frondosas ramas el buen gusto sóbrio y correcto, y yo vivia lejos de los anchos caminos por donde transita el pueblo.

El buen gusto me encerraba tras de la verja, pues para él es indiscutible que en el arte como en la naturaleza todo debe estar detrás de un foso.

II.

He conocido los corazones tiernos, los guerreros tórtolos, las que entonces se llamaban grandes damas, los que entonces se llamaban héroes.

Esos transeuntes y esas paseantes despertaban mis susurros. Mis ramas son más quebradizas de lo que se cree comunmente.

Esas hermosas, á las que se elogia en masa, se perdian por los verdes prados, acompañadas por los gestos burlones de Tallemant des Reaux.

El héroe, grande mirado bajo ese prisma, era prudente y ceñudo, y colocaba su heroismo en la cadena de su grandeza.

En la mortífera guerra, el príncipe tenia el talento de dejar que le tirase por detrás algun Boileau que temblaba.

La razon de Estado es grave, y habia momentos en que el príncipe, temiendo ser demasiado bravo, hacia que le atasen apretadamente.

III.

He presenciado cómo ese siglo singular casaba una pierna con una idea tullida y derrengada y la otra con una idea luminosa.

Ví cómo vagaba rechinando los dientes, lejos siempre de los burlones pajes, el autor servil que iba merodeando rimas por entre los matorrales.

Ví que aquellos poetas de versificacion campanuda no eran más que Triboulets sérios; Triboulets que cantaban, y que si se proporcionaban modesto lucro, esmaltaban con su esplendor el Parnaso de azúcar piedra que edificó Titon del Tillet.

Esos séres, haciendo descompasados gestos y levantando la voz hueca, adquirian aspecto siniestro para escribir versos chavacanos.

Por Marly divagaban, caminando nerviosamente, con los puños crispados, con las miradas coléricas, ofreciendo Chipre y Pafos á la coja Lavalliere, é hipócritas, adulándola.

IV.

A todos ellos y en todas las ocasiones deslumbraba el sol ardiente de Luis el Grande; para ellos Luis el Grande era Dios.

Bossuet se creia incapaz ante él; Racine ambicionaba que le corrigiese sus versos; únicamente Corneille, bajo las alas de su fieltro, miraba de reojo á ese dios.

La Fontaine le dedicaba sus fábulas, y con frecuencia, á su alrededor, casi afa-

bles, los cortesanos, los duques que se fastidiaban, las venenosas altezas acogian con la más tierna de sus sonrisas á ese encantador de serpientes.

V.

En el parque soberbio, pero frio, no penetraba la alegría de la vida; iban allí á contar los tallos de las yerbas, como contaban las palabras de un soneto.

Nada de baile, nada de matas espinosas; todo iba allí empequeñeciéndose: Le Nôtre inventó el guinconce y Lulli el minuet.

Los tejos, afeados por la escuadra, parecia que llevaban valonas; las flores hacian una corveta, los árboles se quitaban el sombrero.

Para que saludasen en las llanuras al sol consagrado en Reims, hacian que las pobres encinas adquiriesen la forma de los versos alejandrinos.

Daba compasion ver el pobre bosque tan rapado; no parecia otra cosa sino que el abate Batteux habia dictado aquella órden.

VI.

Los reyes exclamaban:—"Que todo se haga pedazos y que cada cual pille lo que pueda„: á sus piés la dedicatoria, Musa de cartulina, se sonreia.

Esa Musa prévia, tan hábil para quemar incienso, hasta un extremo inverosímil, tiraba del brazo á todos los que pasaban;

Y custodiando la morada del dios del valle sagrado, vendia la gloria por cuarenta céntimos á la puerta del templo de Apolo.

Cercaban y batian á los calvinistas, y yo, participando de tantas calamidades, sentia pasar por mis ramas tristes el peine de Boileau.

Pasó ante mí el notable siglo en el que Mad. Maintenon sonreia, y era tan blanca, que hubiera podido creerse que era la hembra del Espíritu Santo.

Todo entonces se le ofrecia al rey; las armas, los amores, las almas y los cuerpos; la mujer vendia sus encantos y el magistrado sus remordimientos.

La corte antigua que nos retrató Brantome reapareció para que Saint-Simon la describiera; detrás del rey fantasma se reia el demonio confesor.

VII.

Esa época me fastidia, por desabrida ó por venenosa; esa época empequeñece más á sus pigmeos con la grandeza de su fortuna.

Lo falso extendia por todas partes su dominio, por gusto de esa época ó contra su voluntad; despues del siglo de la peluca llegó el siglo de los polvos.

Para que se empolve bien, cae el polvo en torbellinos sobre el infeliz pueblo hambriento; de modo que á Scapiglione le sucedió Perlimpimpim.

El arte se empolva, siguiendo las huellas de la moda. Voltaire, siendo poco leal de corazon, dedica una oda á Luis XV, peinada al estilo de entonces.

La monarquía acaba por ser bufa, el pensamiento por estar amordazado, y llega un dia en que se abre una trampa y cae en ella todo un mundo, como ladron que se evade.

VIII.

Quédome muy satisfecha porque vuelvo á mi oscuridad, deseosa de encontrar en ella á Dios; no veré ya á la corte, pero veré el antro; por aquí no pasarán reyes, pero pasarán lobos.

Vuelvo á ser la verdadera encina y á crecer con el calor del medio dia; el año ochenta y nueve se desencadena de mis ramajes envalentonados.

El antiguo Trianon huele á rancio. Renazco al oir el gran concierto, porque yo llamo emancipacion á lo que vosotros llamais desierto.

La reina erguía demasiado los hombros, el gran delfin tenia estropeados los piés; prefiero que venga el labriego Juan con su calzado ancho.

Prefiero, á las Leonoras que introducian los Dangeaux, los besos rudos y sonoros que se dan los robustos campesinos.

Prefiero la soledad, que me azoten los vientos y las tempestades, á que pisen el terreno que ocupo las zapatillas de la Dubarry.

Estoy ya libre de todas las esclavitudes, y puedo decir á la ignominia: "¡Basta!„ Prefiero ver crecer flores salvajes á ver personas tan corteses y tan falsas.

Los hombres están llenos de vicios, y yo prefiero la primavera hermosa y llena de espinas, á oir aquellos monseñores satisfechos de su deshonra.

No espiaré ya á Roquelaure enamorando á la Boufflers; perdí todo el mundo oficial, pero veo ahora brillar más claridad en los abismos.

Como estoy exclaustrada, fraternizo con frecuencia con los rústicos, y veo que dá Dionisia lo que Celimene vende.

No hay foso ante mí, y por eso llegan hasta los céspedes que crecen á mis piés, Luzon mordiendo una bresquilla y Mathurin mordiendo á Luzon.

Algunas veces, durante las primaveras, corre por debajo de mis ramas alguna niña de quince años, y mi severa sombra se regocija con sus juegos inocentes.

Nada adorna tanto un paisaje, contemplado á cierta luz, como una jóven modesta y prudente que suspira en la soledad y á la sombra de un árbol.

La jóven habla melancólicamente con las flores del vergel, y yo oigo lo que la doncella dice en la soledad á las frutas primerizas.

Presencio el gérmen, la savia, los nidos en los que se abren los ojos de los pajarillos y todo el fantástico delirio del himeneo misterioso.

Presencio en innumerables parejas, en las profundidades del barranco, la violacion del sombrío pudor por el amor divino.

Presencio las fugas rápidas de deliciosos y enamorados besos. Presencio las alegrías sagradas que inspira la misma naturaleza.

Mi jardinero es la lluvia, el huracán mi podador. El invierno me priva del rocío, pero en cuanto llega Abril, le siento en la savia que corre en mí por todas partes.

Siento mejor la primavera siendo libre. Ocupo mi parte en la inmensidad. Volver á entrar en equilibrio es entrar en la libertad.

Sigo debajo del radiante cielo, para recuperar mis derechos, el ejemplo que me dan el bosque sobre la verja de hierro y los pueblos sobre los reyes.

Basta ya de reyes. Dios me ilumina, y no olvides lo que voy á decir: para comprender al verdadero Señor es preciso que desaparezca todo lo falso.

Desaparecieron las castas. Con los fuegos artificiales se disipó la iluminacion. Despues de haber pasado por el sacrificio busco la luz en otra parte.

Augustas apoteósis en otro tiempo me ocultaban el cielo, reemplazando en sus fuegos fátuos á Jehová por Amadis.

Llenaban el claro del bosque con fulgores, que de repente hacian que en la oscuridad se encabritasen los ciervos.

Salia de esos fuegos de bengala una claridad falsa que reflejaba en la selva, una claridad que no es la que lanza el hogar del campesino.

A nosotros los añejos árboles nos trataban como á pais conquistado, y el bosque, que aumentaban de tamaño esas falsas claridades, parecia un incendio de rubíes y de zafiros.

Y al príncipe hermoso, altivo, al señor soberbio, rodeado de arqueros, ofrecian esas claridades, que quizás eran hermanas de las antorchas de las hogueras.

Cien mil objetos de cristal, llameando al aire libre, lanzaban al cielo piedras preciosas y dejaban caer el sebo en la tierra.

Una gloria verde y azul, que sazonaba algun sobresalto, proyectaba en las alturas una cola de pavo real, extendida en honor del rey.

En la actualidad vivo en mundo diferente; la decoracion ha cambiado, y ya no me alumbra otro fulgor que el que destella el cielo de los pobres.

Penetra por los claros de mi espesa hojarasca la inmensa noche estrellada con sus innumerables soles.

Desconocidos planetas pasan sobre mi frondosa copa, y doy la bienvenida á esos brillantes correos del éter.

Carezco ya de redomas de azufre de las que salian visiones; pero ahora me satisfacen las constelaciones y el abismo.

II.

Escrito en 1827.

I.

Me entristezco cuando contemplo al hombre, al ver que lo verdadero vá desapareciendo del espíritu. La sombra que en otros tiempos ahogó á Roma empieza á sumergir á Paris.

Cazurros los reyes, por temor á las crísis, dan á los pueblos un calmante; les ofrecen las cajas de sorpresas que ellos llaman Carta y juramento.

Ay! nuestros ángeles son vampiros; nuestro alabastro parece carbon, y los mejores hombres serán peores en una época que no es buena.

El justo miente, el sábio intriga; la dulzura que aparece en nuestro rostro triste, solo es el miedo á la fatiga que nos causaria el ser violentos.

Nuestra austeridad adulterada no admite ni á Hampden ni á Bruto; el silogismo del ateo se acomoda fácilmente á nuestras virtudes.

Sobre el honor muerto la vergüenza flota. Se vé que está próximo á recomponerse en ilota el espartano destruido.

El cielo palidece; las frentes se encorvan; es negro el pan del trabajador, y hay sacerdotes insultadores que lanzan fango con el incensario.

En estos años sombríos, apenas las miradas turbias de los hombres, estando condenadas la luz y la razon, obtienen un plazo de la sombra.

Reina el pasado y nos amenaza; el trono es su primer vasallo, y ásperamente trata de volver á hincar los dientes en el espíritu humano, que ayer roia.

Las acciones son cloacas, las conciencias son albañales; unos venderian la Francia á los cosacos; otros venderian el alma á los buhos.

La sombría religion emplea la guerra y el hierro, y aplica los textos celestes con el monstruoso sentido del infierno.

La fama repite á todos los vientos nombres impuros de dia y de noche, y en su trompeta puede encontrarse la saliva del Aretino.

La fortuna, reina embriagada de nuestro abuelo el antiguo Paris, le pone tan vergonzosa librea, que preferiria que le pusiera una mortaja.

Ya no tienen Condés ni La Feullades á Marte ni á Vénus en sus madrigueras; por todas partes se vé oro sobre la podredumbre; el ideal sirve de risa á los burlones, y el rebajamiento de la estatura está acorde con la pequeñez de los corazones.

II.

Vuelve á Paris la espalda, pensamiento mio, y ven al bosque que la primavera engalana; ven, que el rocío te ha prometido la flor del prado.

Abandona á Paris por el campo. Un hálito de felicidad se respira en el aire; se despierta la alegría de la naturaleza, y alguno se sonrie en el cielo azul.

Ven á la sombra de los árboles, cuyo murmullo apaga las voces; ven á los cariñosos bosques, en los que de noche bailan las hadas y de dia las campesinas.

Ven, que te espera la naturaleza. Los vencejos vienen ya á buscar este clima, y el agua quiere contarte las aventuras de los piés que se han bañado en ella.

Ven, que celebran la ingénua orgía los nidos, los ruiseñores, los bosques, las rocas y las flores, y la rosa dijo que tú vendrias.

Sal de Paris. La llanura verdea; el cielo, tan querido de los que lloran, en los bordes de su abierta ventana pone á Abril, pone esa maceta de flores.

La tierna luz del alba luminosa hace que todo reviva en el campo. El insecto se encarama sobre el tallo de una mata, como el marinero sobre la punta del mástil.

¿Qué te importan Fouché de Nantes ni el príncipe de Benavente? Ven y verás cuántos insectos dorados y susurrantes vuelan por el espacio.

III.

Huyamos con la que amo! ¡Paris perturba al amor; huyamos! Perdámonos en el supremo olvido de la espesura de las hojas y de la claridad de la luz.

Los bosques son sagrados; en sus espacios resplandece el alegre verano; los bosques son abismos de alegría y de libertad.

Siempre los corazones más tristes y los pensadores más ceñudos vieron la parte agradable de todas las cosas iluminarse en las profundidades.

Todo reluce; la mañana está rojiza, el agua brilla, las flores están tiernas, el rosal tiene el aspecto de un amante.

Se disipan las inquietudes vanas, que se olvidan; no tenemos presente más que lo bello y lo alegre; si la vida es una oscuridad, la naturaleza es una antorcha.

Que en otras partes impere la bajeza y sea el hombre cruel y vil, que yo me sonrío cuando oigo desde el bosque sonar la campanilla que pende del cuello de los bueyes.

Oh soledad! Cariñosa me acoges y me instruyes á la luz que destella el cielo

azul: un pajarillo que cante escondido entre las hojas me basta para probarme la existencia de Dios.

VI.

LA ETERNA NOVELA.

I.

El dedo de la mujer.

Dios tomó su más blanda arcilla, y queriendo modelar una frágil alhaja, pero que fuese alhaja misteriosa, hizo el dedo de la mujer, obra magistral; hizo ese dedo formado para herir el corazon y para enseñar el firmamento.

Puso en él, para que enamorase al hombre, el resto de la luz que empleó para iluminar la aurora. Puso en él la sombra del velo, el movimiento suave de la cuna, algo de la estrella y algo del pájaro.

El padre que nos engendró le hizo fuerte para que fuese tierno, blanco para que fuese puro y cariñoso para que el hombre viera en él, aunque más pequeño, el dedo mismo de Dios.

Con él adornó la mano de Eva, la mano frágil y casta que se posa cariñosamente sobre la frente del género humano; la mano humilde é ignorante que guia al hombre en su falaz camino, y que se vé temblar á la luz de la lámpara de la suerte.

Para hacer tu apoteósis, mujer, ángel de miradas tiernas, no es suficiente tu beldad, no es suficiente tu gracia; necesitas amar. Todo suspira; la onda, la flor y el alcion; la gracia es una sonrisa, la belleza es un rayo de luz.

Dios, que desea que Eva se nos aparezca en el rudo camino de la vida, hizo para el amor la caricia y para la caricia tu mano. Dios, en cuanto vió creado ese dedo, se quedó satisfecho, porque lo supremo se complace en crear lo exquisito.

En cuanto creó ese dedo sublime, dijo Dios á los ángeles:—"¡Contemplad mi obra!„ Despues, entregándose al reposo, se durmió. Se despertó entonces el diablo, y al ver reposando á Dios, sonriendo con malicia, en el extremo del sonrosado dedo hizo nacer una uña.

II.

Al poeta Merante.

I.

Amigo, ven á reunirte conmigo en este inocente bosque, desde el que contemplaremos rayar el alba, que ven todos los dias los campesinos.

Paris, sombrío y tumultuoso, lanza aullidos y es víctima todos los dias de desconocidos acontecimientos.

Por una siniestra ley, por extraño estado normal, vuelve á recaer en el tedio por ser galopin y en el mal por ser mónstruo.

II.

Ven conmigo; en esta sombra adquiriremos calor y vida. Habito un pais sombrío que llenan grandes y fantásticas leyendas.

Los cuentos de viejas y los signos de la cruz han introducido en el bosque deliciosísimas quimeras.

Aquí, en todas partes, se sienta la leyenda, que es el enano del hogar, que gasta inmensa peluca.

El elfo hace dar vueltas á los husos de las ninfas; hay aquí tantas hadas como pájaros en otras partes.

El cuento, que tanto gusta en las cabañas, encuentra algunas veces en la

orilla del camino un nido de gnomos, que coge con las dos manos.

Los fuegos fátuos, compuestos de azur y de sombra, forman en los huecos de los sauces lívidos resplandores.

El fauno, de manos groseras, aproxima algunas veces por debajo de la misma mesa las rodillas de dos amantes.

Por la noche un duende golpea en los techos de las habitaciones; los estanques de Sologne son espejos pálidos.

Los nenufares de los vergeles me miran durante la noche; las flores me parecen doncellas; en todos los objetos me parece ver brillar el alma.

III.

Son muy agradables estos matorrales; aquí siempre está el cielo azul; el hombre vive y el trigo crece á la merced de Dios.

Paso largas horas debajo de las susurrantes encinas, respirando aire tibio y viendo resplandecer las llanuras.

He convertido en un albergue estos árboles, que están sordos á nuestros pasos; lo que el viento agita no lo puede conmover el hombre.

Cuando por la madrugada, dormitando aun confusamente, aparece el alba, los ramajes me dicen:—"¡Levántate, amigo, que ya es de dia!„, y algun moscardon, que zumba, me despierta.

IV.

Ven, lejos de las ciudades, á confundir en este sitio el extremecimiento de tus estrofas con el temblor de las aguas.

Ven; el solitario estanque es tambien un poema; los lagos encierran misterios, como nuestros corazones inquietudes.

Como las golondrinas, las estancias algunas veces desean mojar la punta de las alas en los charcos de los bosques.

Aquí, con la cabeza húmeda del rocío de la selva, el espondeo muchas veces se aparecia á Virgilio.

De estos manantiales, de estas islas, de la haya, de las espadañas, sale ese monton de idilios, de los que Titiro es el abuelo.

Legrais, en la morada de Pan, su huésped, escribió un libro en el que la rana salta desde el soneto al *quatrain* (1).

En cuanto á mí, me complaceria vagar por la frescura de una égloga en la que viera huir al martin-pescador.

Ni aun la misma oda soberbia renegó nunca del verde musgo, por el que pasea sonriéndose Titania.

Aquí, amigo mio, revela el estanque, y entremezcla poco á poco, una flora nueva con el antiguo verso alejandrino.

El estilo se remoja en cuanto le sumergimos en el agua sombría, hasta la que se arrastra un espíritu por entre los juncos.

Ven aquí, por poco que desees que crezcan en tus versos la *sphaigne* de largas hojas y los grandes y verdes cañares.

III.

Cuidado!

¿Tan linda es que causa miedo á los Don Juanes y á los Catones? Si la temen siendo rebelde, si fuera cariñosa, ¿qué sucederia?

Es risueña, alegre, celestial; acaba de llegar del Brasil, de ese Brasil tan lumi-

(1) *Quatrain*: composicion en verso, exclusiva de la poética francesa.—(N. del T.)

noso, que todo el universo comparado con él es un destierro.

Contrajo matrimonio á los catorce años; quedó viuda á los diez meses; conserva todo el rocío que deja la aurora en el fondo de los bosques.

Casi acaba de nacer, casi es vírgen todavía. Su marido fué un anciano, y Dios destruyó el casamiento de Demasiado pronto con Demasiado tarde.

Debo deciros que esa jóven se llama Doña Rosita Rosa; como Dios la destinaba para el hombre, rehusó concedérsela á los ángeles.

Esa jóven es ignorante y libre, la defiende su propio candor: posee al mismo tiempo acento vibrante, cancion triste y risa de niña.

Posee locuacidad y silencio; pequeños y familiares piés, creados para que parezcan inverosímiles las novelas y los zapatos;

Y ese aspecto de las jóvenes Evas que antiguamente se llamaba "picarillo„ y posee además un torbellino de sueños y de ilusiones.

Tiene tanto atractivo esa Inés prima de Hebe, que es capaz de embriagar á un sátiro y de emborrachar á un abate.

Ante tan puros encantos, ante tan fresca beldad, la materia forma conjeturas y el alma forma visiones.

En la actualidad el agua salina, la blanca espuma del mar, se llama muselina, al través de la que se vé á Vénus.

Lo real causa nuestro éxtasis, y nos encanta más ver á Ninon bajo un velo de gasa que ver desnuda á la diosa de Chipre.

Preferimos la randa á las olas diáfanas y frescas; Vénus es una inmortal, pero una mujer está más cerca.

Esta, conducida hácia nosotros, como un ángel que encontramos, se nos aparece como la continuacion de un sueño interrumpido.

El alma la admira y la dejan encantada tantos atractivos, añadiendo además la ilusion á su vago deslumbramiento.

Corremos un gran peligro; creemos que brilla un nimbo en su frente; es hermosa, y soñamos que es divina; es flor, y soñamos que es sol.

Cuidado, Arturo! cuidado, Clitandra! ¡Desgraciado el que se atreva á contemplar fijamente y con ternura sus misteriosos atractivos!

El amor, por el que se deslizan los corazones, es un precipicio; sentimos vértigos al borde de las mujeres, como al asomarnos á las pendientes del Etna.

Al principio disfrutamos de cariñosas sonrisas, pero llega un dia que, en medio de nuestras felices ilusiones, nos apercibimos de que respiramos con dificultad.

El fuego del amor nos perturba, y el imprudente que llega á calentarse en su hoguera se despierta semi-poeta y estúpido completamente.

Perdió para siempre la alegría. Sufre las torturas de la pasion, y aunque el tirano que le atormenta es blanco y sonrosado, la esclavitud siempre es negra.

Empieza á sentir el agobio de los celos; no es libre ya, no vive, y pasa inquieta la existencia, como hoja que sacude el viento.

Cela á su amada, bajo el pretexto de que el astro necesita tener astrónomo y la mujer un perro.

Adquiere actitudes de lobo celoso, se estupidiza y se agría, al mismo tiempo que otros, al lado de ella, manifiestan más ingenio, porque la quieren menos.

Hasta en los bailes y en las fiestas sufre el amante, por más que sea correspondido: estas son siempre las aventuras del corazon.

El adolescente que á los quince años está sombrío y lleva retratada la tristeza en las miradas, daria un imperio por los atractivos de la mujer amada; pero ella es terrible, y lo peor de todo es que no se lo figura.

IV.

A doña Rosita Rosa.

I.

Lo que un soplo lleva y trae, lo que cuando tú acabas de dormirte araña con la uña en tu puerta, es mi pensamiento.

Lleno de sobresalto hasta tu dormitorio se desliza, y desea entrar en tu morada en calidad de capricho.

Si deseas poseer un capricho amable y cariñoso, hermosa mia, mi pensamiento te conviene; te suplico que lo aceptes.

II.

Tómale, pues, á tu servicio. Es un pobre delirante y loco, pero no es un vicio ser pobres. Ningun corazon se cierra con cerrojos.

Tu corazon, lo mismo que mi alma, no está cerrado para toda la vida; abre, pues, abre para que entre en él mi pensamiento.

Para mí pasan las horas muy lentas, porque sufro mucho; mi pensamiento en tu hermosa frente vá á posar sus temblorosas alas.

Su único deseo es obedecerte; acariciaria y mimaria á tu alma, en ella depositando su fuego, que se encenderia en llamas.

Hará todo lo que te complazca; cumplirá tus deseos en cuanto los vea nacer; será, hermosa niña, tu esclavo, hasta que pueda ser tu señor.

V.

A Rosita.

No quieres amar, perversa? Contempla qué triste es la primavera; ¿oyes lo que canta ese pájaro en la espesura del bosque?

Si se suprime el amor nada resta de Eva; el amor es la única belleza; el mismo cielo es negro cuando en él no aparece el sol.

Tú, que eres tan hermosa, llegarás á ser fea si no eres más razonable. Ese pájaro canta que es indispensable amar, y no sabe otra cancion.

VI.

Por eso ella callaba.

Su silencio me venció; su silencio me hizo enamorar de ella. Al principio solo sentia en el corazon confuso batimiento de alas.

En carruaje íbamos al bosque, solos, todas las tardes, huyendo del mundo; yo la hablaba, y otras voces cantaban en el fondo del bosque.

Las miradas misteriosas de sus ojos encerraban el mismo infinito que los cielos, la misma aurora que la tumba.

Ella callaba tercamente y se recostaba pensativa en el coche. Un dia sentí de repente temblar una flecha en mi alma.

El amor es un no sé qué. La mujer que es hábil para callar, es la caverna donde está quedo el perverso y pequeño sagitario.

VII.

A la bella imperiosa.

El amor causa el pánico de la razon y se comunica por medio de escalofríos. Aunque os diga lo que os diga, no me otorgueis ningun favor. Si suspiro, cantad y burlaos. Si lloroso me arrodillo á vuestros piés suplicándoos, no hagais caso y reios. Muchas veces parece que el hombre vá á engañar; pero si veis que tiemblo, hermosa niña, tened miedo.

VIII.

Notificacion irrespetuosa.

Burlarse siendo tan hermosa no está bien; es hacer la traicion de inspirar la locura á los demás, para conservar la razon la que se burla.

Burlarse siendo tan hechicera, es ser culpable, por haber inspirado antes ilusiones y deseos nacidos de poseer el esceso de la belleza.

Voy á decirte una cosa que te vá á extrañar: voy á decirte que llegan hasta tus ventanas los céfiros primaverales;

Que Abril empieza á verdear, que el mar comienza á estar tranquilo; todo lo que quiere decir: Curruca, haz el nido.

Hermosa dotada de tantos atractivos, no puedo admitir que tengas derecho á hacer brillar ojos tan ardientes, poseyendo el corazon tan frio.

La mujer que está tan bien modelada debia permanecer oculta: ¿para qué fascinar al amante que debe ser rechazado?

Al fin el hombre se cansa de temblar ante una coqueta. Tú eres la raqueta y yo soy el volante.

El gallo, que bate las alas siendo señor de su serrallo, nos previene que una mujer hermosa es un peligro público.

Y tiene razon. Comprendo que aislados en su gloria sean un crímen dos hermosos ojos; que abrasen, pero que se abrasen tambien ellos.

Amar es cosa tan fácil, que cuando se vive sin corazon, el hombre es un imbécil y la mujer es un bandido.

La mirada que se fija es una deuda; la mujer que es insolvente voluntariamente, completa el mónstruo de la belleza.

Temer á los que nos encadenan, huir y atarnos, ser sensitiva y manzanillo, es demasiado.

El amor nos apunta. Indudablemente podemos sobresaltarnos y pedir socorro, pero nada desconcierta á ese hábil ballestero.

Debes saber, hermosa rebelde, que con frecuencia las miradas que vencen á los hombres rebotan en el corazon de la que las asesta.

Ten por seguro que llegará un dia en el que te inferirás á tí misma una herida, herida que adorarás.

Entonces comprenderás el éxtasis, que tan cerca está del pecado; entonces comprenderás que el alma es un vaso que se vuelca fácilmente.

Entonces, enternecida, comprenderás el encanto del momento terrible que nos hace exclamar:—"Tanto me direis!...„

Entonces conocerás, niña hasta hoy mimada, todas las fases del destino; los lloros, los suspiros y la prisa de esconder un billete de amor.

Entonces acaso sentirás—¿por qué no? —las frases cariñosas de una carta que calienta el corsé.

Te ries?... En tu locura prefieres no poseer nada á poseerlo todo, y en vano para tí llega la primavera con sus céfiros y con sus flores.

Pues bien, yo me rio tambien! Ven conmigo, Musa, que percibo allá á lo lejos sonriéndome la cabaña de un campesino.

El árbol es una pajarera libre que se llena de alegres y de armónicos gorjeos; de los renuevos de la hiedra comen los cabritillos;

Y jugando debajo de la parra el niño de un campesino, se cuelga, como pendientes, dos cerezas de las orejas.

IX.

Confianza.

A MERANTE.

Amigo, exclamas:—"Estoy muy contento, pues esta mañana, realizando mis deseos y ruborizándose, me dijo:—"¡Te amo!„

Te envaneces de tu victoria, y eres tan desgraciado, que ésta te ha hecho ascender hasta las estrellas sin llevar un paracaidas.

Te sonries?... Pero no me importa! Esa sonrisa es la del envidioso. Estate contento; en mí ha muerto la tristeza; reir es bueno, pero amar es mejor.

Me creias más fuerte en este tema, no es verdad? Te figurabas que iba á confesarte que ella me ama; nada de eso; desconfiemos y bebamos!

Es extraño mi modo de ser; consiento que me proporcionen la felicidad; veo que pasan los ángeles por las alturas y me inmiscuyo entre esos transeuntes.

Soy ingénuo como Homero, y como ese ciego de inolvidables cantos, adoro la mosca efímera que sale de los juncos de Hypanie.

Tengo fé. Mi fácil espíritu desde el primer dia manifestó que la Sologne era una Licilia y la Rosita una Aretusa.

Para mí no es la mujer un ratero que roba en la oscuridad; no creo que puede apoderarse de un alma como el que se apodera de una bolsa.

No quiero suponerla falsa ni traidora, estando enamorado de ella; por el camino del desprecio no puedo llegar á la entrada del paraiso.

Le entrego el corazon sin exigirla que me devuelva el dinero, y creo en su pudor, en mi delirio, en el azul del cielo y en el aroma de las flores.

Me embriagan las armonías que descienden hasta mí del firmamento, alegres, claras é indefinidas, y no creo que el amor nos engañe, que un amante sea un mártir, y que todas esas armonías desciendan del cielo para mentir.

Siento dentro de mí una música, y no siento entre mis jarales la desilusion clásica que sienten los viejos y los estudiantes.

Escucho dentro de mí un himno supremo que acompañan mil instrumentos; todos ellos repiten que ella me ama, y ninguno de ellos desafina.

Yo te adoro y tú me adoras: á esas palabras se deben los vagos y sonoros clarines que oimos sonar en la plenitud del sueño.

Y en los grandes bosques que me rodean veo danzar con aires de triunfo á los Cupidos, á esos pilluelos que cor-

ren ante las sonatas que salen del corazon.

X.

El nido.

El abate edifica la iglesia; el rey construye la torre. Quién forma el invierno? El huracán. Quién forma el nido? El amor.

Las iglesias son sublimes, la torre llega hasta las nubes, el invierno asienta su trono en las cumbres, pero el nido canta y vale más.

El nido, que acaricia la luz del alba, no presencia duelos ni combates; el nido es el mejor resultado que puede obtenerse en el mundo.

En él no hay oro ni mármol, sino un puñado de musgo y un sitio reducido; es un granero colocado en un árbol, es un ramillete puesto sobre un techo.

No es fácil de conseguir calmar la cólera de los mónstruos Caribdis y Escila que amenazan morder á la Sicilia;

Ni es fácil cuando arde el sudor del Hecla, ni cuando gruñe llameando el Etna, ser el atrevido artífice que pueda secarlos y apagarlos.

La tempestad es grandiosa contenida en su antro; la nube, esa hidra del aire, es espléndida cuando abre su seno y deja caer de él los relámpagos.

El grito fieró y temible de las altas rebeliones sale de la salvaje guarida de los tigres y de los leones.

Ciertamente es trabajo árduo encender la luz del dia; dar á las olas tan gigantesco impulso que rueden desde Behring hasta Magallan;

Hacer encolerizar las fieras, dar estrépito al trueno, proveer al gasto de luz que hace el sol todos los dias;

Poblar la sombra, poseer la fuerza, y al través de la tierra y del aire, hinchar todos los años la corteza de los árboles y todos los dias las olas del mar;

Estos son los supremos trabajos de los dioses, esos obreros gigantes, esos séres que nos gobiernan, ya con sus grandiosas clemencias, ya con sus vastas cóleras.

Su misterioso, su milagroso trabajo de ayer, de hoy y de mañana produce las maravillas que desde los primitivos tiempos deslumbran á los humanos.

Pero entre todos los prodigios que nos prodigan dioses y demonios, abriendo el abismo á los vértigos, lanzando rayos en las montañas,

---

Es el esfuerzo superior, es su tarea más prodigiosa hacer que tuerza una brizna de yerba el pico de un pajarillo.

En vano se arrastra la culebra, que el amor coloca y bendice dos alas que se corresponden, dos pájaros en el mismo nido.

El magnífico objeto de la naturaleza es ese nido, en el que se posa el amor, y para que presida tan dulce tarea creó al Dios más poderoso.

XI.

A propósito de Doña Rosa.

A MERANTE.

En la primavera, cuando las noches son claras, cuando se ven como vagos torbellinos volar las quimeras en la imaginacion y las mariposas por las flores,

---

Comprendo que es digno y prudente no verla con aire despreciativo; comprendo que es agradable aceptar la llegada

y el paso de la estacion por nuestra alma.

¿Con qué objeto hemos de resistir á las mujeres, cuando ellas mismas no se resisten? Cuando todas las rosas están inflamadas, es de mal gusto ceñirse la toca monjil.

Siempre serán dichosos aquellos á quienes las hermosas se dignan amar; ¿para qué serviria tener alas si no dejásemos que plumasen?

Nada equivale, Merante, á los tiernos y puros atractivos de la mujer; ni á su sonrisa, que indica que lucha, ni á su suspiro, que indica que se rinde.

Y yo daria la España entera con sus fértiles llanuras por dos ojos ardientes que brillan al través de la mantilla, por dos ojos acariciadores y despreciativos.

XII.

Las buenas intenciones de Rosa.

Era un semi-mónstruo, de ojos sombríos, de ceñuda frente, en la que la incorreccion de dos cuernos era muy visible.

Sus pupilas pálidas reflejaban confusamente el sombrío dédalo de las calles de la gran ciudad del infierno.

Sus piés ahorquillados reventaban las calzas; estaba tomando el fresco á la entrada del abismo; sus dientes no eran falsos, pero sus miradas no eran verdaderas.

Llegaba al mundo con voracidad. Con sus manos, de uñas de hierro, sostenia una licencia de caza, firmada por Dios y refrendada por Lucifer.

Era el buen diablo Belcebú. Le reconocí en seguida. Sus irremediables gestos le daban el aspecto de un dios perverso.

El mismo destino que pesa sobre nosotros parece que nos castiga á los dos, porque en el amor estoy yo tan en mi elemento como él en la pila del agua bendita.

El amor—y no os desagrade que sea celoso—es el tierno césped de un oásis, muy parecido á una brasa sobre la que estuviéramos sentados.

El diablo es un gran encuentro, y siempre me regocija encontrarle; es el contra de todos los prós; es el *no* de todos los *sí*.

El diablo es aficionado á los proverbios. Estaba pensativo. Sus piés mal calzados iban aplastando en las ramas las flores que producia el estío.

Pasamos uno detrás de otro; al verle, exclamé:—"Este es del oficio„. El diablo es inteligente en materia de mujeres, por su cualidad de joyero.

Me aproximé hácia su alteza con el sombrero en la mano, y su alteza, tranquilo y cortés, me dirigió una burlona sonrisa.

Le pregunté:—"Qué opinais de ella? Referidme todo lo que sepais„.—"Su deseo de serte fiel es una de esas buenas intenciones con las que tengo empedrado el infierno.„

XIII.

En las ruinas de una abadía.

Solos los dos, amamos sin ningun recelo en estos pintorescos barrancos y recogemos á manos llenas la primavera que Dios siembra. Resuenan las risas en estas soledades, en las que vivian en otros tiempos frentes blancas y corazones sombríos. De las espansiones amorosas se escapan las deliciosas y variadas exclamaciones de la alegría, confundidas con las ráfagas del viento y sazonadas á la sombra de las ruinas del monasterio. Deshojamos jazmines sobre las losas, donde en otros dias la abadesa juntaba las manos para rezar. Busca-

mos, perseguimos, y vemos crecer el alba del amor en la oscuridad del viejo claustro. Prodigándonos caricias, abrazándonos á cada instante junto á los pilares, debajo de los arcos, nos adoramos. Esta es la historia de los pájaros entre las ramas de los árboles.

XIV.

Los demasiado felices.

Cuando alegremente con la mujer que adoramos hemos huido tan lejos y tan alto, que por encima de nuestras ilusiones no hay más testigo que Dios;

Cuando debajo de un dosel, adornado de innumerables flores, hemos hecho caer su hermosura en un sombrío precipicio de silencio y de voluptuosidad;

Cuando entre silvestres jarales, en una noche clarísima, una boca besa á otra boca en la expansion del amor;

Cuando el hombre contempla á la mujer, cuando el amante adora á la amada, cuando vencidos por la misma pasion participan ambos de silencioso deslumbramiento,

---

Entonces esa felicidad solitaria y profunda, ese cielo anticipado en que vivimos, casi irrita al mundo, que no puede resistir tanta claridad.

Esa dicha dá celos á las flores, causa envidia á las corpulentas encinas y consigue que á la tierna azucena parezca viejo el rosal.

Tan envidiable es esa dicha, que parece demasiado grande hasta á los séres alados; y el viento que vaga de nube en nube, y la abeja que vaga de miel en miel;

El pájaro, al que acobardan los inviernos; la fresca mariposa que regocija la primavera y todos los séres que vuelan, murmuran de esa dicha en el infinito.

XV.

A un visitador parisiense.

Domremy 182...

Que yo sea realista, es casi casi lo mismo que querer que el cielo se quede triste cuando vé aparecer la luz de la aurora.

Un rey es un hombre ecuestre, un personaje numerado, al márgen del que de Maistre escribió:—"Rey„, pero debe leerse:—"Verdugo„.

No creo en él ya. ¿Acaso es un crímen que por haber vivido en clausura no haya visto aparecer en el horizonte el sol de la razon?

Siendo niño asistí á la escuela de ese pedante que se llama el Pasado; pero ya he roto mis relaciones con él; deletreo otro abecedario.

El libro que siempre estudio es la naturaleza; en su alfabeto la flor de lis no significa alteza, ni el árbol horca.

Ahora, te lo confieso, solo creo en el derecho divino del corazon, en el niño que juega, en las francas risas y en el buen vino.

Y ya que vienes á visitarme á mi choza de Domremy, para tí el griego, para mí el escita; abro mi alma á medias...

Y no del todo. La hojarasca debe ocultar las encrucijadas y la puerta entreabierta conviene al tímido amor.

Amo á la aurora en el bosque que habito, y tengo en mi cabaña por compañero al cenobita y por contrario al buho.

Me fascina una mujer, y como Propercio, oigo sonar una flauta entre el

ramaje de los árboles al impulso del céfiro de la primavera.

Tengo por diversion á la poesía; tengo por tormento un "palmito", hablando segun el antiguo estilo, y además me atormentan los celos, ese rompe-cabezas chino.

Me enloquece una mujer preciosa, que desde Paris vino aquí, de la que están tambien enamorados los sauces de la Meuse.

La seguí á Sologne, la seguí tambien á Vauconleurs; mi corazon rie, y aunque mi razon gruñe, héme aquí viviendo entre flores.

La bauticé con el nombre de Enryanthe; me hace perder el alma y el apetito. Circunstancia atenuante: tiene el pié muy pequeño.

Compadéceme. Ya sabes cuál es mi herida; dicho esto, divirtámonos. Olvidémonos de todo, de las cesuras, de Roma y del abate Frayssinons.

Asiste á los bailes, danza en las férias; ten fé en las doncellas y haz que te cumplan las promesas que me hicieron á mí.

Rie, saborea, ama, goza, y libres los dos, murmuremos un poco del rey, murmuremos de esa nariz augusta y falsa que el sacerdote quiere ponerle á Dios.

XVI.

Denuncia del espíritu de los bosques.

He visto á tu amigo, he visto á tu amiga, á Merante y á Rosa, que no eran tres, y que produjeron una epidemia de besos entre los nidos de mi bosque.

¡El diablo me lleve si no eran muy felices! Tú no estabas allí. Yo me quedé contemplándoles. De ese modo en otro tiempo engañaban á Júpiter, porque un dios tambien puede ser un mameluco.

Soy muy feo y muy alto de hombros; pero á pesar de esto, cuando puedo me rio con toda el alma; cada uno saca su escote; cuando os cerneis yo salto; vosotros sois hermosos, pero yo me burlo de vosotros.

Cuando el delicioso cielo se retrata en los manantiales diáfanos, cuando los otros séres gozan teniendo alma y disfrutan besando, es un recurso hacer muecas; no puedo ser dichoso y quiero divertirme.

Debo advertirte que un bosque encubre detalles que serian muy picantes descritos por Brantome ó por Grimm; que los ojos se han creado para que se puedan abrir, y que una ausencia es un ínterin.

El corazon algunas veces engaña ó es engañado. El que vigila hace bien. Dios, ese gran Breguet, creó la confianza, y al ver que era buena, la mejoró dándole un poco de recelo.

Antes te convertirás en marmota ó en uno de los cuarenta durmientes que Rosa se canse de sonreir á Merante, antes que Merante se canse de abrazar á Rosa.

XVII.

Contestacion al espíritu de los bosques.

Enano que te burlas de mí, gnomo con alas y jorobado, que distingo entre los matorrales; al ver tu velluda faz y tu cuerpo embotijado, la poesía se convierte en fealdad. Mago de la India, dios de Abydos, la montaña del Pindo está sobre tus espaldas. Naciste de la fábula. La ingenuidad con que algunas veces hablas, es falsa siempre. Tu locuacidad sale del cieno donde te sepultas. Mónstruo apócrifo, que turbas la razon, se conoce el paso de tus garras por entre las malezas. Me denuncias una cita, hijo de los espinos, hermano de los acebos, y tu

voz chillona viene á delatarme una sonrisa de ella y un beso de él. Jamás creyera que desempeñaras tan degradante papel. Vuelve á la danza, espectro jugueton, y recibe en recompensa mi desprecio, con el que envuelvo á todos tus antepasados, desde Esopo hasta Mayeux.

XVIII.

Carta.

He dormido mal, y por tu culpa. Soñé que por altas y silenciosas cumbres nos paseábamos el uno al lado del otro; soñé que me querias.

Mis diez y nueve años eran el regalo que extremeciéndome te ofrecia, y tú eras hermosa y yo era estúpido, en la espesura del fresco bosque.

En él me abandonaba á la embriaguez, y concentrado en mi amorosa idea veia pasar el alba, las ilusiones y el viento.

Estaba deslumbrado de ver jardines de fuego, nidos en el aire, flores en la yerba y en la luz del relámpago á Dios.

Mi propia sangre circulaba entonando una cancion, que yo oia; los planetas me servian de lámparas; era un arcángel colocado bajo de un dosel.

La juventud es admirable, alegra nuestros ardientes sentidos, y la mujer es el diablo divino que porfia en ese paraiso.

Coge una fruta, que muerde y come; es ángel y es tirano; lo que se llama la manzana de Eva, realmente no es otra cosa que el corazon de Adan.

He tenido fiebre toda la noche; en mis sueños te adoraba, y la palabra amor hacia salir de tus labios una vaga llama.

Parecida á la ola en la que la vista se sumerge, tu garganta se me aparecia con la desnudez del sueño, y veia una estrella en tu corsé.

Veia tus vestidos de seda, tu beldad y tu blancura, y hasta que apareció el alba fuí presa de ese intranquilo sueño.

Tenias ese aspecto que me enamora; te olvidabas de mí, y volvias á quererme; cambiabas de amor con mayor perversidad que los calumniados tigres.

Nuestras almas quedaron desligadas, y yo, que estaba cansado de sufrir, me moria en lo alto de las nubes, desde donde yo te oia reir.

Cuando me desperté hice la resolucion de no pensar más en tí y de cegar el manantial de sueños tan siniestros y tan agradables.

Ahora, tranquilo, para olvidarme de ser celoso, estoy contemplando un cuadro que en mi boardilla suspende Venecia de cuatro clavos.

Es un cuadro antiguo que, entre grandes árboles que un dia fueron verdes, ilumina bastante bien un sol, algo roido ya por los gusanos.

El paisaje está lleno de amantes, y en él se distingue ya apenas la borrada sonrisa de las mujeres más hermosas y más crueles de los tiempos pasados.

Sin destruirlas, los años han cubierto de suaves palideces las colas de los vestidos, que á la luz del sol arrastraban sobre las flores.

Pasa por allí un batel conduciendo un grupo, en el que canta un prelado con traje de color de violeta; la sombra de las ramas se recorta sobre el techo del tendal de popa.

Y en la tierra, un pastor, aficionado á las musas, flaco y pensativo, contempla algo que se vé confuso en la profundidad del cielo, lleno de pájaros.

XIX.

El olvido.

Ayer éramos inseparables y hoy estamos separados. Corre alegre por la pradera la hermosa que entona deliciosas canciones.

La hermosa que entona deliciosas canciones corre alegre por la pradera, y los misteriosos árboles del bosque se iluminan con la luz que vierten sus miradas.

Esa exquisita aparicion camina lentamente y suspirando con el aire de conquistadores que tenemos cuando nos han conquistado.

La Toilette, ese espíritu, esa diosa griseta, que Liseta adora canturreando y á la que sonrie Minerva,

---

Para hacerla más hermosa aun de como Dios la crió, para que el pájaro azul y vago sobre su frente bata las alas,

---

Sobre ese ángel indolente agotó toda su flora, todas sus rosas, todas sus azucenas, y hasta agotó la casa Gagelin.

Camarera divina y ligera, la Toilette con manos temblorosas puso un sombrero blanco y nuevo para cubrir su resplandor celeste.

Contempladla, pues, ahora. Es magnífica esa beldad, y el corazon humano, como la yerba que pisa, se extremece cuando ella pasa.

Tiene el aspecto, entre la claridad en que se baña, de una centella escapada de la belleza ideal.

Poseyendo la gracia sobrenatural, la basta para volver loco á cualquiera que se ponga al cuello una cinta, que cubra el cuerpo con un andrajo.

Adivínase en ella que se incomodaria de que los hombres no comprendieran, al mirar sus ojos, que sus labios se habian aproximado á los bordes de la copa del cielo,

---

Porque desea fascinar y vencer; comprende que esa es su mision, comprende que es la prisionera del delicioso capricho de ser amada.

Siempre sonriendo y alegre, habla con su nuevo amante con el suave cuchicheo de la abeja que revolotea sobre una flor.

—"Te entrego mi alma y mis veinte años; no amo á nadie más que á tí„, dice. —¡Oh hija de la Eva eterna, oh mujer de cabellera flotante!...

Tu novela se prolonga sin fin, mientras corres en busca de placeres, mientras creyéndote siempre al principio del sueño de la vida,

---

Exclamas bajando la voz:—"¡Amo por la primera vez!„—El amor, que es el supremo burlon, se rie y cuenta con los dedos tus aventuras,

---

Y sin perturbar los actuales amoríos de la hermosa de los cabellos de oro, sobre su corazon hace una raspadura.

Y su antiguo amante? Pálido y afligido, sin duda en estos momentos se desespera y llora...—Oid ese grito de triunfo;

Atravesad los montes y las llanuras; la ralea se encuentra en los bosques; los perros entremezclan sus ladridos, las flores confunden sus aromas.

Le veis? Llama la atencion de todos; brilla como nadie. No puede verse confundida más alegría con más orgullo.

Brilla en medio de las mujeres, todos los ojos se dirigen hácia él; busca por todas partes una sonrisa severa, canta, levanta la copa deslumbrador y deslumbrado.

Mientras que estas francas alegrías tumultuosamente estallan á su alrededor, ella, la mujer querida ayer, allá abajo, lejos,

Escondida entre las ramas de los árboles, recogida dentro de sí misma, ama, adora, y cerca de otro está deshojando las hojas de una margarita.

Cómo cámbias, inconstante corazon! El sin ella, ella sin él! Y sobre sus tersas frentas reflejan su claridad los ángeles.

Los mismos castos serafines les contemplarán con envidia; ¡tan profunda alegría salta de sus corazones hasta sus miradas!

Sus dos bocas parece que las agita celeste extremecimiento; en la una parece que vaga un cántico y en la otra parece que tiemble un beso.

Aquellos séres se amaron en otro tiempo; pero al que hoy se los viniera á recordar, contestarian riendo á carcajadas.

¿Qué significan los besos de otros tiempos? Nada! No dejan remordimiento: aquel pasado Abril murió, aquella flor está marchitada.

LIBRO SEGUNDO.

En la edad madura.

I.

AMA, CREE.

I.

Desde la mujer al cielo.

El alma en su camino recorre grandes etapas. Al principio se deja fascinar y luego convencer. Recorre dos mundos diferentes. Comprender está más allá de amar.

Comprender es la cumbre más alta. El corazon, pájaro que vive en el valle, se pára en la primera etapa y el espíritu vuela hasta la segunda.

Al amante sucede el arcángel; primero viene el beso, despues el firmamento; el punto oscuro se convierte en un punto luminoso.

Poned el amor en el mundo entre los flotantes tallos de yerba, que esta yerba se convertirá misteriosamente en el nido sombrío en el fondo de la primavera.

Añadid, disipando las nubes, celeste claridad á ese bendito nido, y el nido se convertirá en estrella en el bosque del infinito.

II.

La iglesia.

I.

Iba vagando; habia llovido y estaba sucio de barro. Llegué cerca de una iglesia, de una iglesia situada en el campo, en la que cantan los pájaros.

Iglesia rodeada de flores, edificada sin piedra en el fondo de un bosque movedizo, por la oxiacanta, por las ortigas, por la hojarasca y por el viento.

Formaban su pórtico dos ramas de malezas y de arbustos; la bóveda, construida de clemátides, tenia escrita esta firma:—"Abril, arquitecto„.

En aquella arquitectura viva, que encantaba al hombre contemplativo, se comprendia el arte de la naturaleza, se comprendia que la perdiz,

Que la alondra y que el tordo habian dado buenos consejos respecto á la cur-

vatura de la ojiva, y que Dios los habia querido seguir.

Una gran rosa de malva se erguia sobre un techo de cardos, y en sus hojas, como si fueran campanas, zumbaban los abejorros.

Sola, parada debajo de una piedra, estaba pensativa una cucaracha, como Juan en Pathmos; una azucena abria su corola cerca de la puerta, como si fuera una pila bautismal.

En el centro del musgo sobresalia el altar, guijarro reluciente, listado de plata por los caracoles y bordado de oro por las escordias.

Una escalera de flores abiertas se retorcia segun el estilo sajon; el agua bendita era el rocío del cielo y el incienso el perfume de las flores.

II.

Todo estaba acorde en las llanuras, todo estaba acorde en los bosques con la dulzura de los hálitos y con el misterio de las voces.

El diligente enjambre de las abejas iba mendigando por las anémonas, y la primavera les daba su limosna en una canastilla de plata.

Y se casaban en esa iglesia entre los mirtos y las judías un clavel llamado Cidaliza y una col llamada Jacquot.

Cantaba en el atril, para oyentes que no eran ingratos, esta pareja alegre, el grillo, poeta flaco, y el hortelano, chantre obeso.

Ligero pierrot saltaba allí de tallo en tallo, como si estuviera en su jardin, y yo seguia con la vista las volteretas que hacia ese bailarin.

Una hermosa mariposa oficiaba, orgullosa de su capa pluvial, y una rosa se burlaba de ella en voz baja con un abispon, que era su amante.

Ocultos en una yerba de San Pablo una codorniz y un mirlo, bebian los dos en el mismo cáliz que les ofrecia la belladona en flor.

Todo esto lo observaba yo pensativo y silenciosamente, pues el corazon que ama nota siempre el parecido que tienen el amor y el mes de Mayo.

III.

Las campanillas tocaban á misa. Todo en ese verde y bendecido templo hacia al alma una promesa, que garantizaba el infinito.

Oia elevarse en ideales estrofas, desde el fondo florido del templo, el *Te-Deum* que entonaban las margaritas y el hosanna que entonaban los botones de oro.

La fresca hojarasca, que el aire conmueve, formaba las paredes movedizas del templo, en el que reconocí mi parroquia y en el que me postré á orar.

Y me pareció, cerca del altar, detrás de los resedás y de los jazmines, que oraban las ilusiones y que la esperanza dirigia á Dios sus preces.

Ví allí mis dichas efímeras, los blancos espectros que tan pronto desaparecieron; ví mis quimeras entre aquellos pájaros y mis amores entre aquellas rosas.

IV.

Un acebo gigantesco y frondoso, de salvaje hermosura, estaba lleno de flores y contemplaba mi traje manchado de barro.

Un sapo estaba haciendo befa de un hongo venenoso. El púlpito era un tulipan que iluminaba un gusano de luz.

Los juncos con los que se codeaba sin desden la violeta, que era el humilde prelado, esperaban para tocar el órgano que se presentase el monje cordero ú oveja.

En el fondo se abria una capilla, de la que se huia con horror, en la que habitaba el escarabajo, que era el sepulturero.

Mis pasos perturbaron la iglesia aérea, hasta el punto de apercibirme de que me oian. El agavanzo exclamó:—"¡Es Orfeo!„ La zarza dijo:—"Es Bolletet„.

III.

Estacion de la siembra.

Al empezar el crepúsculo de la tarde admiro, sentado á la puerta de mi cabaña, las últimas luces del dia que apenas alumbran la última hora del trabajo.

En los campos, que van oscureciéndose, contemplo conmovido el traje pobre y andrajoso de un anciano, que arroja á puñados en los surcos la futura cosecha.

Su flaca y alta estatura se destaca entre las de los demás y domina al rudo trabajo, dando á comprender la fé que abriga en la fuga útil de los dias.

Camina por la inmensa llanura; vá, viene, lanza el grano á lo lejos, abre la mano, repite sin cesar su tarea, y yo, testigo invisible, medito, mientras que al desplegar la noche sus negros velos, parece que haga llegar hasta las estrellas el gesto augusto del sembrador.

II.

PÁJAROS Y NIÑOS.

I.

¡Causa regocijo ver cómo los alegres pájaros merodean y pican aquí y allí! ¿Dónde vá esa bandada de pequeños ladronzuelos que se desparrama á todos los vientos?

Ascienden hasta las claridades del firmamento; su voz es zumbona, su pico luchador, y hacen sonreir eternamente á toda la naturaleza infantil.

Vuelan por las llanuras, vuelan por los bosques, pasan sobre nuestros techos lanzando gorgeos y gritos, y huyen y desaparecen como los sueños.

Como se acercan tanto al Dios omnipotente y á la tierna claridad de la aurora, esos alegres bohemios del espacio solo recogen un puñadito de musgo.

Su vista domina á todo el mundo; Dios concedió á esos séres tan frágiles el misterioso triunfo de la ligereza de las alas.

Consiguen llegar hasta los astros? No; pero ascienden hasta las nubes. Hácia el soñador, que es su compañero, se dirigen salvajes y familiares.

La gracia es todo su movimiento, la voluptuosidad es toda su vida, y mientras que vuelan con alas incansables, arrebata el viento las hojas de la arboleda.

El pájaro sube menos alto que Psiquis, y representa la embriaguez en las nubes. Parece que Vénus la haya dejado caer al desatarse el cinturon.

Habita en una semi-luz, y el placer constituye su ley secreta. Del templo sale el amor y del nido los amoríos.

El pájaro vuela hasta el infinito y en él se pierde, como el sonido de una lira. Con la cola dice *nequaquam*, como Juana lo dice sonriéndose.

Qué es lo que necesita? Un resedá, un mirto, un pequeño refugio. Al colibrí, como á Ituriel, corresponde la zona azul; el ángel pertenece á la ciudad del cielo y los pájaros á sus arrabales.

II.

Una alcoba al sol Levante.

El humilde dormitorio parece que se sonria; adorna un ramillete un viejo baul; el interior de aquel cuarto haria exclamar á los sacerdotes:—"Silencio!„ y á las mujeres:—"Chut!„

En el fondo de él hay una alcoba, pero no se vé á nadie. Ninguno entra ni sale. Vigilancia misteriosa! El alba penetra hasta allí; una niña está durmiendo.

Una niña, en un sombrío rincon, tendida en una blanca cuna, manifestando en su aspecto temblor y confianza.

Aprieta en su tranquila mano un cascabel de plata, que cuelga de la cuna; la inocencia tiene en el cielo la palma y en el mundo el juguete.

Está dormitando! No conoce lo que es el bien, lo que es el mal, ni lo que son el corazon ni los sentidos. Su pensamiento es un sendero luminoso por el que pasan los ángeles.

Sus brazos, á cada momento, sin violencia alguna cambian de posicion; su respiracion es ténue como el vuelo de la mariposa en el espacio.

La luz protectora del alba la protege, y nada es tan augusto ni tan eficaz como las miradas de Dios que caen sobre los ojos cerrados del niño.

III.

Comedia entre las hojas.

En el fondo de un parque antiguo, desierto y que está arruinándose, pero que aun es delicioso, cuando aparece la luna iluminando sus ruinas,

---

Un gorrion, al que nada molesta, tiene establecido un granero grande y abierto en el quinto piso de una encina, que el mes de Abril acaba de retocar de verde.

Un sauce lloron se atreve á gemir á los piés de un tierno césped, á pocos pasos de la morada donde se fisga dicho burlon.

El sauce se inclina goteando; á sus piés se extiende un pequeño lago, que rama á rama copia correctamente todo el ramaje del árbol.

El pájaro, al visitar á su amada en el nido, cuando nace el dia se burla del sauce y murmura del árbol viejo y lloron.

Dirigiéndose á todos los pájaros que vé saltando por las ramas y por las hojas, les dice:—"Venid todos y vereis cómo el sauce ha llorado ese estanque„.

Promueve tambien gran batahola sobre el lago, que se atreve á insultar.—"¡Esa balsa es estúpida! exclama; no sabe más que repetir.

„Balsa, eres un papagayo; repites inútilmente la imágen del sauce en tus aguas; vamos, haz otra cosa, que los ramajes de ese árbol son ya demasiado largos.

„Nos empalaga tu geórgica, y porque pretendas ser un espejo, no has de copiarnos siempre el mismo sauce y á todas horas.

„Eso me jeringa porque es clásico, y yo detesto ese género. Comprendo que tu sauce es un buen hombre; los sauces pertenecen al Instituto.

„Desde aquí veo que bosteza una trucha; balsa, vamos, inventa cualquier cosa, copia otros objetos; por ejemplo, refleja una rosa ó un cardo.

„Varía, y si has de copiar, cópianos cosas diferentes. Pardiez! Ya es hora de



LOS NIÑOS DELETREAN¡ YO LES OIGO.

que algun fauno haga nacer un hijo de tu náyade.„

Despues, dirigiéndose á un pardillo, añadió:—"Ese sauce está colocado en este hermoso sitio para anotar todo lo malo al lado de todo lo bueno.

„De esto dimana su afliccion, porque es muy posible que en el mundo todo sea malo; el pájaro sirve de blanco al hombre, el hombre sirve de blanco al destino;

„Pero yo prefiero, sin que me envidie nadie, ir vagando de bosque en bosque á pasar toda la vida llenando una cubeta de flores.„

El sauce, conservando su triste posicion, se calla, y la naturaleza se sonrie de las burlas con que zahiere al Heráclito de los árboles el Demócrito de los pájaros.

IV.

Reunidos los blondos niños leen y deletrean; yo les estoy oyendo; el maestro de escuela les riñe. Veo entreabierta la escuela. Vago por las orillas de los pantanos, y la primavera hace extremecer las hojas verdes de los árboles.

Todo rie, todo canta; estamos presenciando la fiesta del infinito; la belleza de las flores parece que se componga de la candidez de la claridad del dia.

Tambien yo deletreo; tambien trato de comprender el libro inmenso y alegre de la naturaleza. Campos, prodigioso verso vuestro es la clemátide; cielos, prodigiosa estrofa vuestra es el águila.

Es un gran misterio que todo en el mundo tenga sus manchas. ¿Quién puede comprender por medio de qué lazos ata la vegetacion la casta azucena al punzante cardo?

Mientras que allá bajo silba un mirlo, la cerceta sale de los cañares llevando una perla en el pico, pero una perla que agoniza.

Es un pez que pocos momentos antes, persiguiendo á una araña, corria por su cristalina morada, por su mundo transparente y siniestro.

Un tiro y el ladrido de un perro, que se oyen desde lejos, denuncian al cazador. Me quedo pensativo, y comprendo que hay puntos negros en la claridad de la naturaleza.

Y pisando yerba y pisando fango salgo con tristeza de aquel hermoso sitio, pensando en el extraño enigma del mal, en esa falta de ortografía de Dios.

III.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

I.

Hace seis mil años que los pendencieros pueblos se entregan á la guerra con furor, y Dios pierde el tiempo creando estrellas y flores. El ejemplo que ofrece la naturaleza no arranca del hombre esta locura.

Nos escitan, fascinándonos, la victoria y la matanza, y las muchedumbres rencorosas, á oir sonar los cascabeles, prefieren oir redoblar los tambores.

La gloria, debajo de sus quimeras, debajo de sus carros de triunfo arroja á las pobres madres y á sus desgraciados hijos; nuestra feroz dicha consiste en ir ébrios hácia la muerte y en tener en la boca la saliva de los clarines.

Las espadas centellean, los vivacs humean, nos desencadenamos unos contra otros, y alumbran al sombrío pensamiento las llamaradas de los cañones.

Todo esto por defender á príncipes, que despues de haber causado gran mor-

tandad, se darán la mano de amigos, mientras estarán pudriéndose los cadáveres;

Entre tanto al campo de batalla, los chacales y las aves de rapiña acudirán á ver si queda algo de carne en los huesos de los muertos.

No hay pueblo que tolere que otro pueblo viva á su lado, y el huracán de la cólera sopla sobre nuestra imbecilidad. Eres ruso? Pues debes morir. ¿Eres croata? Pues debes desaparecer.

Rosbach! Waterlóo! Venganza! El hombre, embriagado de ódio y cegado de inteligencia, se entrega á la carnicería de las batallas.

Pudiera pasar el tiempo bebiendo en las fuentes, rezando de rodillas, amando ó pensando á la sombra de las encinas; pero vale más matar á nuestros hermanos.

Y la claridad del alba se derrama por las llanuras, y es cosa admirable que el hombre sienta ódio en vez de amor, cuando en lo alto de las nubes oye cantar á la alondra.

II.

La verdad en el vino.

Juan Severo estaba borracho. Se entregaba á las libaciones en cierto sitio en el que la Surena nos emancipa, haciéndonos beber su delicioso vino.

El fauno que en otros tiempos vivia en un antro, coronado de pámpanos y bien bebido, hubiera envidiado su vientre y su alegría.

Daba gusto oirle, y cada vez que ese hombre se reia, todos los convidados tendian hácia él su espíritu, como si tendiesen el vaso.

A través de mil conversaciones, interpoladas con alegres cantos, mientras vagaban por el jardin los solteros y las solteras,

---

Se habló allí de una batalla. Dos pueblos, el ruso y el prusiano, son destrozados por la metralla, y sus dos reyes se quedan gozando de completa salud.

A cada uno de esos dos buenos príncipes le parecian sus Estados demasiado pequeños y demasiado grandes los del vecino, y por eso se movió la guerra.

Como los pueblos son tan cándidos, esas diferencias se terminan á sus costas en un cuartel de inválidos, lujoso, pero lleno de hombres mutilados.

Los reyes fundan para las victorias un hospicio, en el que camina hácia la gloria, tuerto ó cojeando, el guerrero, pero ceñido de laureles.

Al ver Juan Severo que todos le oian con la boca abierta, abrió la suya, y haciendo punto y aparte, dijo:

—"El pobre género humano llora; la vida es corta y está llena de sinsabores; ahora que estoy borracho es el momento de pronunciar un discurso sábio.

„El pensador logra reunir á la sombra de una parra la lógica y la bebida; el hombre prudente, despues de destapar una botella, debe destapar la razon.

„Conseguir que en vez de los dos ejércitos se batieran los dos generales, disminuiria el número de víctimas y engrandeceria á los héroes.

„¿Qué me importa que toquen las músicas cuando ellos pasan, qué me importa que los elogien, que me importa que Dios me concediera dos piernas, si los reyes me encojan?

„No me conocen y no saben cómo yo pienso, si creen que me satisface sufrir todos los contratiempos de la guerra para que ellos saquen las ventajas.

„No gozo cuando el mes de Abril hace que broten los árboles, cuando la luz de la aurora me despierta, porque no puedo decir: Quizás esta estacion me traerá la pierna que me falta.

„El altivo inválido se arrastra, descargado del peso de un brazo; pero yo confieso ingénuamente que profeso cariño á todos los miembros que poseo.

„Recibir sablazos, caer á los piés del escuadron furioso que os acomete, sin duda es delicioso, pero beber es mucho mejor.

„Prefiero saltar y brincar por el campo á que me acribille el plomo de las balas; es magnífico tener la nariz cortada, pero yo prefiero tenerla demasiado larga.

„Vuelvo al hogar victorioso, condecorado por el rey, pero patizambo, y noto que él conserva sanas las dos piernas y los dos piés.

„Estoy manco, y sin embargo quiero casarme; pero veo que la mujer que me gusta, mirando á los demás, les dice:—"Hubiera preferido que estuviese completo„.

„Amigos mios, me queda el único recurso de saborear como un volteriano el efecto que produjo en mí el valor, esto es, el de conseguir que yo no sirva para nada.

„La pierna de madera es inútil; el camino de la guerra conduce al precipicio, y la verdadera gloria para el hombre consiste en estar entero.

„El mutilado se arrima á las paredes para andar sin tropezar. Amigos mios, es cosa muy grata poder usar los dos zapatos.

„Os confieso que quisiera que mi príncipe, que estoy orgulloso de que me gobierne, pudiera conquistar un reino sin hacerme perder un ojo de la cara.

„Oir que sale un discurso tan cuerdo de mi boca, os probará, amigos mios, que cuando la lengua está seca, el espíritu está obtuso.„

Así habló Juan Severo, discurriendo con justicia y con cordura y sorbiendo un vaso de exquisito vino.

La embriaguez llenó su cerebro de ese buen sentido, que hizo beber á los presentes: algunas veces Sileno presta su rucio á Sancho Panza.

III.

Celebracion del 14 de Julio en el bosque.

Alegre y gozosa está hoy la frondosa y secular encina, que sirve de misterioso apoyo á todo el bosque.

Como cuando triunfamos se extremece ese árbol cívico, esparce á gran distancia su inmensa y magnífica sombra.

De qué proviene su alegría? ¿Por qué vibra y se endereza? ¿Por qué parece que haga al verano caricias más tiernas?

Es hoy el 14 de Julio, y en ese dia memorable la libertad se despertó en el mundo al oir el fragor de los truenos.

El pueblo en ese dia vió que agonizaba el pirata temible del pasado, y Paris en ese dia se apoderó de la Bastilla.

En ese dia un decreto lanzó el oscurantismo de Francia y el cielo negro brilló con la luz de la esperanza.

Todos los años, en semejante dia, al Dios que nos creó envia la encina un extremecimiento de cariño y sonrie al ver aparecer su sagrada aurora.

Se acuerda del regocijo con que se arrebataban sus ramas, y cree sin duda

que, complacida en el cielo, el alma humana abre sus alas blancas.

La vetusta encina es gala; ódia la ignorancia y el claustro, y no conoce más leyes que la de ser grande y la de crecer.

Es griega, es romana; su copa áspera y espesa se eleva sobre el género humano con un resplandor de gloria.

Sus hojas, que tanto aprecian los soldados, pasan sin temor y contentas desde la frente de Epaminondas hasta el uniforme de Hoche.

Es la anciana de los bosques; encierra, como la riqueza de su larga edad, en sus raices el pasado y en sus hojas el porvenir.

Los rayos, los vientos y las aguas tiemblan en todas sus fibras; como le gusta que los pájaros se posen en ella, la complace que los pueblos sean libres.

Este es su dia; celebra el notable aniversario de aquellas felices horas, en las que se vió salir un canto de amor de un grito de cólera.

Se extremece mecida por los vientos ese coloso, en cuya sombra austera confunden su doble misterio el ayer y el mañana.

Si los eclipses existen, esa anciana cándida lo ignora. Sabe que todo lo que nace, el lucero mudo, el viento sonoro,

---

El nido que abriga la felicidad, la flor que sale de los escombros, constituyen la palabra de honor que Dios dá á los vivientes.

Comprende, sonriéndose tranquila en su serenidad formidable, que un pueblo es un oriente y que un astro es imperdible.

Me saluda al pasar el árbol augusto y centenario, y en el bosque, ostentando sus mil colores, se yerguen á sus piés todas las florecillas.

La aurora, sobre las dormidas amapolas derrama su copa de luz; la azucena se pone sus diamantes, la rosa abre su corola.

Por encima del tomillo florido miran las violetas; sale fragancia del cáliz de los lirios; el clavel parece una escarapela.

La aliaga se sonrie á la orilla del camino; todos los matorrales de los barrancos tienen su ramillete en la mano; la atmósfera está llena de gratos murmullos.

Y todo ese delicioso mundo, feliz y radiante de gozo, exclama con alegría: —"¡Hoy es la fiesta de nuestra abuela la encina!„

IV.

Recuerdo de las antiguas guerras.

Por la Francia y por la República nos batimos en Navarra: allí algunas veces las balas llevaban direccion oblícua; allí los peñascos son bastiones.

Nuestro jefe, el de la barba gris, nuestro capitan, allí cayó, cerca de una iglesia, herido de un tiro de fusil que le disparó un abate.

La herida parecia mortal. Nuestro jefe era un solteron viejo y valiente; en Marine-sur-Seine se encuentra todavía su casa.

Nos llevamos de allí al capitan, que se sentia desfallecer; le sentamos cerca de una fuente, de la que se volaron los pájaros.

Le dijimos:—"¡Vayamos contra ellos; forcemos el campamento y apoderémonos del fuerte!„ Pero él dejó caer la cabeza y vimos que habia muerto.

El cirujano nada pudo hacer con su botiquin y se marchó; amontonamos mucho musgo y ramas de las encinas que allí habia.

Cubrimos al muerto con un monton de flores y de ramas de acebo; sus labios tenian tierna expresion y dulzura sus ojos intrépidos.

Prendieron al abate.—¡Que nos le traigan! Que muera!—Formamos el cuadro; pero vimos que el capitan queria perdonar al cura.

Arrojamos de allí de un puntapié al jesuita; el muerto parece que nos decía: —"Basta!„; pero más debió condenar aun la continuacion de los combates que entonces empezaban.

Sin duda el capitan dejó en Marine algunos antiguos y añejos amores, porque encontramos en su pecho un bucle de cabellos blancos.

Le cavamos una fosa con las bayonetas y nos postramos á rezar por él; despues dejamos que ese bravo durmiera el sueño eterno.

El batallon emprendió la marcha al caer la tarde, entre dos luces. Caminamos, pasando por puentes que no tienen más que un arco.

La montaña era muy áspera; de dia hacia calor, pero de noche hacia frio, y era temible el encuentro de salvajes osos.

El hombre en aquellos montes nace trabucaire; en tomar y en colgar se encierra todo su alfabeto, y todo se rige por la escuadra que forman los dos brazos de la horca.

En tiempo de paz se llaman bandidos y en tiempo de guerra guerrilleros; el pueblo deja que el rey haga lo que quiera, y el asno guia al toro.

En los barrancos, en los canales que cruzan las aguas y los años, largas filas de trabucos se arrastran como gusanos de luz.

Caminábamos con las armas preparadas, por haber sido sorprendidos aquella tarde; brillaba la luna en el cielo, y creimos ver caminando por la llanura hácia Pamplona la gola de capitan, que reaparecia á lo lejos en el horizonle.

V.

La ascension humana.

Mientras que en lontananza las nubes vagan de una parte á otra por el azul de la esfera, te estoy oyendo con atencion y me hablas de este modo:

"¿Qué idea tienes formada del hombre que crees que ayuda á Dios? ¿Es acaso el hombre económico del agua, del aire y del fuego?

„¿Le has visto acaso alguna vez guardar en algun armario los rollos luminosos que el alba desplega en el firmamento?

„¿Acaso puede hinchar y rizar las olas y decirlas:—"Basta?„ ¿Puede acaso contener á los elementos desencadenados?

„¿Sabe el secreto del crecimiento de la yerba? ¿Puede hablar con los pajarillos de los nidos? ¿Puede añadir una nota á las tocatas del clarin del viento?

„¿Teme acaso su espuela la marea áspera y rugiente? ¿Conoce lo que es un meteoro? ¿Comprende lo que es un moscardon?

„El hombre ayudar á Dios! ¡El hombre, que es una sombra, un espectro que huye!... ¿Permanece acaso, gracias á su esponja, el cisne siendo blanco?

„El hecho se impone y el hombre lo sufre. No podrá nunca su mano recortar con el sacabocados los pétalos de un jazmin.

„¿Dá acaso el aroma á la salvia, porque sabe abrir un hoyo y mezclar en él la piedra arenisca de los Vosgos y el salitre del Perú?

„¿Reglamenta acaso las olas y las brisas, por saber secar la arcilla que saca y toma cerca del rio Madera?

„Prescinde de Dios, y despues imagina, ensaya ó inventa; condensa el ideal sutil de Egino con los dogmas de Eleusis;

„Solda á Orfeo con Lamettrie; junta, para abarcar más, la escuela de Alejandría con la escuela de Edimburgo;

„Recorre desde el cónclave hasta el concilio, desde Anaximandro hasta Destutt; en alguna cubeta fósil exprime todo el Instituto;

„Quita la envoltura á la momia; prensa á Edipo con Montyon; pon á la esfinge en el tormento en plena academia;

„Escudriña la duda y la gracia; amalgama en tu guano á la Sibaris de Horacio y á los cartujos de San Bruno;

„Combina á Ginebra con Roma; haz que entierre tu arrendador todas las virtudes del hombre en una fosa destinada á estercolero;

„Trabaja con paciencia para sacar todo lo que puedas del mundo, tomando por mano de almirez la ciencia y por mortero el abismo;

„Forja todo lo que quieras, que yo te desafío á que crees con todo tu saber y con toda tu filosofía un solo grano de trigo.

„Dios, con su mano derecha, aprieta, siembra, siega, y todo se rejuvenece; el hombre es una mano zurda que anda tanteando el infinito.

„¿Te has preguntado alguna vez qué es el hombre?—Sondea su nulidad; busca con qué cifra aumenta la suma de la eternidad.

„El hombre es vano. ¿Por qué, poeta, no verle tal como es, esqueleto en el sepulcro y siervo cuando vive?

„El hombre es estéril, corto y limitado, frágil como un pájaro, y el pozo profundo de la nada es lo que se abre ante ese cero.

„Dios crea y desarrolla el leon perfecto, el carnero morrueco y el antílope, sin necesitar el concurso de Poissy.

„Crea las alas de la mosca con las mismas manos y con la misma habilidad que dá vida al toro feroz de Sierra-Morena;

„Cuando Dios quiere apagar la llama, hacer morir al escarabajo ó á la flor, no necesita tomar para eso la lámpara del esmaltador.

„Cuando Dios eleva sobre el mar alborotado el arco iris, como si fuera un sifon, cuando á las ráfagas del torbellino unce el tiphon;

„Cuando hace que perseveren de edad en edad el invierno, el verano, la primavera y el otoño; cuando sostiene el engranaje de los astros alrededor del sol;

„Cuando ruedan los zodíacos, amarrados sólidamente, sin que jamás se desplomen de las vigas del firmamento;

„Cuando se mueven, entran y salen esos espantosos cabrestantes, cuyas extremidades sostienen el cielo, las estaciones y el tiempo;

„Para combinar todo ese rodaje, tan exacto como absoluto; para que la urna de las nubes bascule en el momento deseado;

„Para que pase el planeta tal dia por el punto indicado; para que las olas del

mar se estrellen en la línea de rocas del puerto;

„Para que nunca el cometa se encuentre y choque con un universo; para que el enjambre de abejas del Hymeto encuentre en Junio las flores abiertas;

„Para que nunca, cuando la noche oscurece el cielo, se enganche ninguna estrella en ningun ángulo de la noche;

"Para que nunca los efluvios, las fuerzas y los gases falten á las vastas cubetas del eterno movimiento;

„Para ordenar esa armonía sublime, ese equilibrio maravilloso, esos balanceamientos del abismo, esas exclusas del infinito;

„Para que sin interrupcion alguna todo camine exactamente en la naturaleza, Dios no necesita estudiar la máquina de Marly.„

Tu ironía es muy amarga, pero te engaña, amigo mio. Dios cuenta con lo efímero y se apoya en la hormiga.

Dios no creó nada inútil. En el himno que entona el mundo nada falta en él; el hombre es el dáctilo del exámetro divino.

El hombre y Dios son paralelos; Dios crea y el hombre inventa. Dios dá alas al hombre y los instantes componen la eternidad.

El hombre es su auxiliar para el bien y para la virtud. Dios es el árbol, el hombre es la hiedra; Dios se revistió de carne humana.

Dios se sirve de él, luego le ayuda. El astro aparece á la luz del relámpago; Zeus se encierra en Arquímedes y Jehová en Kepler.

Hasta que el hombre termina la vida camina siempre progresando, y en su pensamiento vive el inmenso ideal que lo llena.

En todos los génios se encarna; el mundo está bajo la influencia del hombre, que si no posee más que una claraboya, en ella pone el sol.

Inabordable á los terrores, cortando todos los nudos que le presentan los obstáculos, el hombre camina siempre hácia adelante.

Es fango y se convierte en lava, es embrion y llega á ser coloso; Epicteto era esclavo, Moliére era histrion.

Esopo era saltimbanqui, ¡pero qué importa! No se paró nunca hasta que se le fué el pié en el borde del abismo de la eternidad.

El hombre no es otra cosa que el testaferro de Dios. Haga lo que quiera, al obrar conoce que en sus actos interviene la causa impenetrable.

Fídias cincela á Atenas; Miguel Angel es sobrehumano; los capitanes Cyro y Rhamsés llevan en la mano luminosa espada.

Euclides encuentra el metro; el ritmo sale del pensamiento de Anfion; Jesucristo viene á someter á la fraternidad todo lo del mundo, hasta la espada;

A Bruto se debe la emancipacion, á Platon la libertad; y Juana de Arco, con su virginidad, consagra la Francia.

Voltaire hunde en el abismo los sombríos bloques de los errores; Lutero rompe con sus puños las mandíbulas de Roma.

Dante penetra en la oscuridad y la hace vivir; Cristóbal Colon atraviesa el Océano... Esos hombres son un pseudónimo de Dios.

El hombre es el fanal del mundo; su espíritu, desterrado y poderoso, lanza

profunda claridad hasta el umbral del infinito.

Recorre cien encrucijadas ese buscador sin punto de apoyo, y todos los problemas van acumulando sus bóvedas encima de él.

Poco á poco vá disipando las tinieblas y llega á distinguir en lontananza los promontorios fúnebres del abismo y del destino.

Consigue ver las vagas gradas del sepulcro, cuyo fulgor blanquea los primeros arcos del puente de la eternidad.

En la temible caverna refleja débil luz, que disipa el horror que aquella causa; alguno sostiene esa linterna, pero ilumina la noche.

El progreso está en litigio entre el hombre y Jehová; Dios lo oculta todo en el mundo, pero el hombre busca y lo vá encontrando.

Llámese como se quiere á la ciencia, es digna; la ciencia tiene ocupados los piés del hombre en dar los pasos de Dios.

El mar se apodera del hombre y le aisla, perdiéndole muchas veces lejos del puerto; pero el hombre hace que el dedo de la brújula le indique dónde está el Norte.

Dios crea la espiga y nosotros formamos las haces; el hombre es útil y feráz; Dios creó el primer verbo y el segundo Gutenberg.

La pesantez, la distancia pronuncian una sentencia contra el hombre que luchaba con ellas; pero Montgolfier anula esa sentencia.

La terquedad de los antiguos males, que aullando persisten aun, no son más que las amenazas de fantasmas que van desapareciendo.

El trueno gruñe con fragor horrible... y se burla de él sin peligro el enorme polichinela que Franklin sostiene por un hilo.

Nemrod era una fiera que cazaba á los hombres en aquellos tiempos de tempestades y de demencias en los que el mundo era brutal.

Dracon era un cancervero, que rechina todavía los dientes y que levanta estas tres cabezas: Tiberio, Caifás y Maquiavelo.

Nemrod se llamaba la Fuerza, Dracon se llamaba la Ley, y vivian aun bajo la piel de los antiguos sacerdotes y de los antiguos reyes.

Unos y otros han muerto ya. Se acabaron los ódios. Prodújose descomunal ruido cuando se rompieron las cadenas que ligaban el hombre á la ignorancia.

El hombre es el austero aparato del misterioso progreso; Dios hace por él en el mundo lo que hace por el ángel en el cielo.

La naturaleza era terrible; carecia de compasion y casi de luz; pero el hombre la cierne en su criba y solo deja en ella el amor.

Toda clase de leyes fatales parecian dimanar del destino; el mal hacia tropezar con los escombros el pié vacilante del hombre;

Mientras que á través del espacio rueda la tierra lentamente, una nube de tinieblas pasa por ella á cada momento;

Pero los hogares empiezan á llamear, y vemos que todo se vá esclareciendo, y ya los ángeles distinguen que el negro globo blanquea.

Despues de la fuga de innumerables dias, durante los que el mortal siguió adelantando en su camino, se vé que el decrecimiento de la sombra se debe á las miradas luminosas del género humano.

El altar no se atreve ya á proscribir; la miseria está ya agonizando. Habrá pan para todos; ya empieza á sonreir la boca horrible del hambre.

Los errores desaparecen, los dogmas se van borrando, la guerra está vencida, y la ignorancia es un mónstruo que está ya tumbado en el suelo.

Por fin, al cabo de muchísimos años retrocede el grupo temible de las calamidades; el hombre es invencible Hércules, el hombre es el barrendero del caos.

Su maza la constituye la justicia, su cólera se disuelve en bondad. El cielo se apoya en el solsticio y el hombre en la voluntad.

Quiere, y todo cede y se postra ante él. Destruye y construye. Su ciencia está llena de las claridades de la noche.

Encadena á los desastres; sujeta á las rebeliones; es sublime, y los astros reflejan sobre su piel de leon.

VI.

El gran siglo.

Ese siglo presenta la forma de un carro monstruoso que crece enormemente, regido por un César enano; su aspecto prodigioso, su falsa gloria confunden el vértigo con el aplastamiento.

Tiene á Louvois por ministro, á Scarron por ave de rapiña; entona un canto siniestro sobre un aire bufo; con sus dobles ruedas descendiendo el gran carro, mete la una en el cieno y la otra en la sangre.

La muerte vá enganchada á la carroza. ¿A dónde vá ese atroz Lavrilliere, ese vil Roquelaure? Como un grajo en un árbol, en ella está el rey orgulloso; su corazon es de mármol, su vientre es de carne.

Vegeta y reina ese espantoso cero, sobre el que proyecta el verdugo su sombra. Ese trono es una tumba, y sobre sus losas cae algo que aun no se ha podido lavar.

VII.

Igualdad.

En un gran jardin en cinco actos, ajustado á los preceptos del buen gusto, en el que las ramas estaban contadas lo mismo que las flores,

---

Algunas salvajes clemátides extendian sus ramas por entre los nobles esclavos los bojes, los mirtos y los tejos.

Cerca de allí crecia en la terraza, llena de dioses bien modelados, un rosal de tan noble raza, que tenia piedra mármol á sus piés.

La rosa fijaba en las clemátides esa mirada de superioridad que la Rachel lanza á las coristas que entonan el coro del drama griego.

Esas flores pendientes y temblando que el céfiro agitaba, tenian el aire de confidentes respecto de la reina del Abril.

El vallado, donde se abria sus cálices, de donde salian esas modestas flores, escuchaba desde el paño de sus bastidores la risa de algunos pájaros burlones.

Como murmuraban las brisas, no se atrevia á levantar la cabeza; esa madre de las figurantas estaba avergonzada en su interior.

Entonces hablé yo de este modo:— "Flores esparcidas en este sitio, cerca de la rosa, no, no sois las comparsas del inmenso teatro de Dios.

Esto es innegable; la rosa, en ese fecundo drama, es posible que diga el primer verso, pero el aciano dice el segundo.

Los verdaderos espíritus que Dios ilumina no caen en el error de creer que los campos son prosa y que los jardines son versos.

Porque eso nada significa ante la inmensa serenidad del cielo, ante la calma grandiosa de la filosofía y del verano.

Nada significa! Cruzaos como hermanas, flores de diferentes colores, y cubrid todos los flancos de la tierra: la vacilacion que causais á las abejas demuestra la igualdad de vuestros perfumes.

Cruzaos, plantas y tallos innumerables, que formais las palabras del verbo; los temblores inmensos de la sombra necesitan de todas vuestras ramas.

Dejad, floridos matorrales, que refunfuñe gruñon el antiguo buen gusto; cruzaos y confundíos con la inexpresable grandeza.

Nada está alto ni nada es ínfimo. La gota de agua pesa un mundo, y el monte Blanco no tiene cima si se sujeta á la medida del Eterno.

Todas las flores representan un primer papel; un gusano puede ser una claridad; el hombre y el astro tienen el mismo polo; infinito, quiere decir igualdad.

Si todo no tuviese su belleza, la inconmensurable armonía se veria insultada y castigada en todos los séres desheredados.

Dios, desde las altas regiones, en su mirada, que no se cansa jamás, confunde la eternidad de los astros con la estacion de las lilas.

Las praderas, donde cantan las cigarras, y la sombra tienen el mismo cuadrante. Flores diminutivas, sois equivalentes al formidable Aldebarán.

El intervalo solo es una apariencia. Tierno pimpollo, que tiemblas de sobresalto, Dios no hace ninguna diferencia entre el Zodíaco y entre tí.

El sér insondable no tiene fronteras. Es justo porque representa la unidad, y toda la creacion enternece su paternidad.

Dios, que formó los vientos y las rocas, ojo de fuego que contempla nuestras luchas, oido inmenso al que no se escapa ninguno de los murmullos de la tierra;

Dios, que domina en las alturas, así en el éter como en el surco, que creó los cometas para la atmósfera y las mariposas para el herbaje,

---

Que quiso que tuviesen alma todos los séres salidos de sus entrañas, que hace que el rayo vaya á la montaña y la mosca á la *myosotis* (1),

---

Dios sonrie desde sus regiones luminosas cuando una rosada y pequeña flor le refiere sus primeros amores.

VIII.

La siesta del leon.

El leon duerme solo á la entrada de su antro; duerme el poderoso sueño de la siesta, al que añade su luz abrumadora el sol.

Los desiertos, que de lejos le oyen dormir, respiran; su señor está reposando. Las soledades temen á su rey despierto.

La respiracion le hace subir y bajar el vientre; sus fieros ojos están cerrados, y duerme en el suelo de su cueva, teniendo el cuerpo formidablemente estirado.

Está tranquilo su temible rostro, en el que se lee el olvido; está durmiendo. Tie-

(1) *Myosotis*: flor que los alemanes llaman *Vergiss mein nicht* y los españoles llamamos *No me olvides*; flor que es símbolo de las más tiernas afecciones.—(N. del T.)

ne el altivo entrecejo del sábio y las uñas tranquilas del fuerte.

El medio dia seca el agua en las cisternas; nada le distrae de su sueño; sus fauces se parecen á las cavernas y su melena á los bosques.

Entrevé montes enormes, Osas y Peliones, á través de los sueños colosales que pueden agitar á los leones.

Reina el silencio á su alrededor por donde hace poco vagaba: si moviese alguna de sus patas, ¡cuántas moscas volarian!

IV.

NIVOSO. (1)

I.

Vete, me dice el cierzo, que ahora me toca á mí.—Y sorprendida, temblando, no atreviéndose á resistir ante semejante *Quos ego*, mi cancion es expulsada por ese viento.

Está lloviendo. Me despiden de todas partes y en todos los tonos. Fin de la comedia. Golondrinas, vámonos. Graniza y sopla el viento; se retuercen las ramas, el humo sube hasta el cielo gris, y por el agujero de mi cerradura pasa un viento que me enfria los dedos.

II.

Durante una enfermedad.

Dicen que estoy muy malo, amigo mio; tengo ya los ojos turbios y siento el abrazo siniestro del esqueleto del infinito.

Me levanté pronto y tuve que volver á acostarme; me encuentro como si tuviera la boca llena de tierra, y el aire que respiro me parece nocivo.

Tiemblo como la vela de un barco cuando entra en el puerto; ando con torpeza, tengo frio, y parezco un cadáver tapado con las sábanas.

En vano han vuelto á adquirir calor mis manos; como la nieve se funde mi carne, y siento que me sopla en la frente un hálito helado y desconocido.

Es el viento incógnito del otro mundo? es el viento que azotó á Jesús? ¿Es el gran *Nada* de Epicuro ó el gran *Todo* de Spinosa?

Los médicos salen de mi cuarto moviendo la cabeza; á mi alrededor los asistentes hablan en voz baja, están tristes, y hasta los objetos parece que adquieran la actitud del sobresalto.

No tiene remedio! eso es lo que murmuran. Mi cuerpo desfallece, y siento que poco á poco se desclava la sombría armadura de mi razon y de mis sentidos.

Percibo que llega entre las tinieblas el instante supremo, y que el astro pálido en el fondo del cielo lívido insinúa vagamente su aparicion.

La hora real ó falaz empieza á asomar la misteriosa frente. No creas que eso me espanta; siempre he sido curioso.

Mi alma se transforma en pupila; mi razon sondea al velado Dios; busco á tientas la puerta eterna, y durante la noche pruebo mi llave.

La última hora de la vida nos conduce al momento de saber; y yo le digo á la muerte:—"Vieja acomodadora, ábreme, que voy á ver el espectáculo„.

---

(1) *Nivoso*: cuarto mes del calendario republicano francés, esto es, desde el 21 de Diciembre al 19 de Enero.—(N. del T.)

III.

A un amigo.

En medio de un acantilado muro que entreabrió el oleaje, roca sombría en la que florece resguardado un verde y pequeño prado,

———

En el que, amigo, me dejas tu casita, que tan separada está de los vivientes, situada entre dos alegrías, la de las olas y la de los vientos,

———

Te doy las gracias! En nuestros tiempos las fortunas son frágiles; como el alga debajo de las dunas, están flotando en el abismo.

———

Nuestras almas son nubarrones que viento próspero ó infausto arrastra, y que vuelan desligadas por la parte del infinito.

———

La enorme borrasca humana, cuya estrella es la razon, toma, quita, lleva y trae la esperanza al horizonte.

———

Esa ola grande é inquieta que está azotando nuestro siglo, ruge y espumea y me lanza algunas veces á mí mismo mi nombre en sus rugidos.

———

El ódio se detiene en mí, y mi pensamiento se encuentra entre sus murmullos como el pájaro que busca la tempestad entre las aves nocturnas.

———

Mientras que aquí yo cultivo tu campo, como tú deseas, en muchos periódicos llueven invectivas y calumnias contra mí.

———

La diatriba se ceba en mi reputacion; soy un asno ó un malvado; soy Prandon para La Harpe y para Maistre Marat.

———

Nada me importa que así lo crean los hombres que están hoy ébrios. Los tiempos venideros harán lo que puedan de mis obras y de mí lo que quieran.

———

Entre tanto causa mi alegría contemplar en tu prado de Honfleur, cómo tiembla bajo el peso de una abeja una ramita de alhucema en flor.

IV.

Clausura.

A MI AMIGO ***.

I.

La capilla santa.

Sabes dónde está mi capilla? Es la morada de los gorriones. La abeja me llama á los oficios zumbando en los saúcos.

———

Allí se alimenta mi corazon, allí me instalo en mi silla de coro. ¡Magnífica pila de agua bendita es la naturaleza! ¡Magnífica lámpara es la estrella de la tarde!

———

Allí voy yo á rezar; allí contemplo lo ideal en lo real; la flor es para mí el alma, y siento vivir el cielo al través de la tierra.

———

El rocío es mi bautismo, y lo verdadero se me aparece; creo y digo:—"Ven!„ á la mujer que amo, y ella, Dios y yo somos tres.

———

La religion natural me abre su libro, en el que leia Job, en el que brilla el astro, en el que la langosta salta de versículo en versículo.

———

Todo lo que rodea este templo lo anima. Deseo ver á Cristo y desciende un rayo de luz; si pregunto por un mínimo, el infusorio me contesta:—"Presente„.

———

La luz es la santa Hostia; el levita es la pura azucena; y allí resplandece la Eucaristía, que tambien se llama sol.

———

La boca de la yerba de San Pablo se abre para recibir sus rayos, y contemplo cómo la rosa celebra su primera comunion.

II.

Amor del agua.

Recito mi breviario en los campos y me sirven de apuntador, ya el junco que crece en la playa, ya la mosca que zumba en las flores.

El poeta se sumerge en los torrentes; plácenle las rocas que azotan los vientos; lo que fluye se parece al sueño y lo que lava á la virtud.

No hay arroyo que á sus orillas, en las que el aire juguetea ó Germinal (1) sonrie, no atraiga algun tordo, algun mirlo ó algun poeta.

El poeta á la sombra de la encina, sentado entre las flores, como si estuviese en el serrallo, es amante del agua, de esa perezosa que hace tan profundo trabajo.

Vagando el agua, parece que nos escuche; de todo recibe su tributo; y como el poeta, olvida su camino, pero como él, no olvida nunca su objeto.

III.

El poeta es rico.

Causa nuestra alegría ver el aciano entre los trigos; los bosques que alumbra la plateada luna son nuestros departamentos amueblados.

Allí encontramos, debajo del ramaje donde cantan alegres los pájaros, agua, viento, humo, todo lo necesario.

No produciríamos nada de mérito sin ver los olmos, los fresnos y los acebos; el aire nos ayuda y el pájaro trabaja con nosotros en los poemas.

El chorlito, el grajo y la paloma nos acogen en sus matorrales, y más de una brizna de musgo desde su nido cae en nuestras canciones.

Habitamos en la morada de las clemátides, cuartos frescos y verdes; cuando al helecho, debajo de las ramas, le ocurre una idea, nos la comunica.

Encontramos en las aguas corrientes muchos hemistiquios, y los lagos y los prados dan abundantes rimas á nuestra necesitada poesía.

Mi patrimonio es la quimera, rico surco, que tiene por cebadero las verdades que nos trajo Homero y los sueños de los que sale Legrais.

El poeta es propietario de rayos de luz, de murmullos y de aromas; á este solitario soñador pertenece el eco de los bosques.

Poseyendo el azul del cielo y los matices de las flores, vive alegre; es millonario, porque posee la ilusion, que es lo mejor que el hombre puede poseer en el mundo.

Del bosque, donde la yerba crece mucho, es tan dueño como la ardilla que salta entre los pinos.

Compra la oscura rueda del carro de los sueños en el horror del cielo sombrío, en el que rie Epicuro y del que Horacio es el dorador.

Compra las rocas incultas, el monte de piedra viva y la cantidad de infinito que sale de los murmullos del vasto ramaje cuando se agita.

Compra los chillidos de la alondra, los diamantes de la regadera, la yerba, la sombra y la silueta, de los que danzan sobre el lagar.

El poeta es una golondrina que sale de las aguas buscando el aire, y que can-

(1) *Germinal*, séptimo mes del calendario de la República francesa del 93 que empieza el 21 de Marzo y termina el 19 de Abril.—(N. del T.)

tando, algunas veces deja caer lágrimas de sus alas.

El oro de la escordia, el oro de las mieses le pertenecen; el mundo es un campo suyo; es el poseedor de las claridades del sol Poniente.

Goza cuando en la hora del crepúsculo, soplando las brisas, balancean el enorme manto de púrpura de las nubes acuchilladas.

Para él el viejo sauce inclina las sombrías ramas; lo posee todo, porque sabe ver, creer y amar, y en su alma misteriosa se balancea un vago incensario.

IV.

Nuestra antigua disputa.

¿Te acuerdas que en nuestros tiernos años, cuando eras un jovenzuelo, te burlabas de mí, porque yo creia que la naturaleza era mi jardin?

No puedo olvidar que un dia, tú, con aire irritado, y yo, con acento de profunda conviccion, sostuvimos un diálogo, que poco más ó poco menos era así:

TÚ.

Si siguieras los consejos que te dan, no volverias á visitar ese valle, ni á afrontar la aspereza de las acederas ni los epígramas de los avispones.

YO.

Pues quiero ir.

TÚ.

La naturaleza es cruel muchas veces para el hombre que se descarría, porque si las rosas le besan, las espinas le maltratan.

YO.

No me importa!

TÚ.

Paris es más propicio para el hombre y mucho más agradable: Perlet representa en el Gimnasio y Ravignan predica en San Sulpicio.

YO.

Y la curruca canta en los bosques.

TÚ.

Qué vas á hacer en el campo? Nadie te conoce allí. Los animales son traidores muchas veces, y hay muchas yerbas nocivas; permanece viviendo en la ciudad, que vale más que el campo.

YO.

Tengo enemigos entre los hombres y no tengo enemigos entre las flores.

V.

Encuentro en la iglesia ese dia.

Ese dia, dia insigne, encontré en aquel templo humilde y grandioso, en el templo en el que Fenelon pudiera ser el cisne y Voltaire el gorrion,

---

Un fraile, que sentado sobre la yerba, á las mariposas grandes y pequeñas trataba de vender los cálices que dá gratis el almendro.

Allí no habia naranjos vestidos de librea, no habia granaderos alineados, no habia tejos vestidos de baile, ni bojes peinados por Boileau.

No habia laureles en las garitas; pero sí que habia entre los prados y los trigos campesinas margaritas ostentando sus colores brillantes.

En aquel templo reina la fraternidad y se disipan todos los pesares, y en él adquieren las verdades la forma de todas las flores.

En él, el Abril opone al diablo, al infierno y á Satanás la formidable aleluya de la carcajada de la primavera.

Esa es la verdadera iglesia divina, deslumbradora con la luz celeste. Allí una rosa me dijo:—"Adivina en qué consiste su misterio„, y yo le respondí:—"En el amor„.

VI.

El invierno.

Sin embargo, debo decir que acudí más tarde y no fuí recibido en el templo. La iglesia no estaba ya risueña; densa niebla la empañaba;

No habia allí pájaros ni escarabajos y hedían los cenagales, que servian de fosas á todas las hojas caidas, á todas las ramas arrancadas.

Estábamos en Noviembre, y un buho, al llegar allí, nos gritó desde su retiro:—"¡Está cerrada la cámara para hacer reparaciones!„

Al caballo.

I.

Mónstruo, ahora emprende ya tu vuelo. Acércate hácia mí, que voy á desatarte. Te suelto, te abandono el ronzal; enciende tus ojos de carbunclo.

Deja estas flores, abandona este prado; y ya que te he retenido aquí algun tiempo, huye. Ante tí tienes la extension, vuela por ella.

Eres dueño de tí mismo, vete; encabrítate, piafa, desplega tus titánicas alas con el furor de la alegría.

Regresa á las pálidas profundidades; vuelve á ser indomable; emprende tu fuga hácia el ideal alejándote de los hombres.

Caballo, gana en la carrera al aquilon, tú que eres al mismo tiempo la razon y la locura, tú que te has escapado del bosque de Apolo, tú que te has desuncido del carro de Elías.

Vuela por encima de nuestras luchas, de nuestros éxitos y de nuestros desastres, hasta que perdamos de vista en el mundo tu forma lejana y vaga.

II.

Vuela hasta los astros, pero ya no hay astros en las cumbres; la bruma densa que las envuelve hace más lúgubre que otras veces la sombría mirada de los profetas.

Pero tú no te detengas: que hasta el cielo empañado revolotee tu enorme capricho; ciérnete en él, cuadrúpedo del infinito, aventurero del vértigo.

Vuela lleno de tu implacable amor por la negra noche que nos envuelve, porque cuanto más negra sea la noche, mejor brillará en ella la luz: vuela arrastrado por el calofrío de la gloria.

Sin tregua, sin freno, vuela buscando el cielo lejos del mundo; hácia lo verdadero, hácia lo justo y hácia lo bello emprende otra vez tu carrera espantosa.

III.

Emprende otra vez tu carrera, tan terrible y tan desbordada, que Neron se siente castigado solo por haberla visto.

Vé á despertar á Demogorgon. Sé la esperanza, el sobresalto y la venganza; tranquiliza y consuela; ten un ala de dragon y otra ala de arcángel.

Haz que llegue tu hálito augusto y cálido hasta las frentes más humildes; lleva nuestros reproches allá arriba, ya que eres igual á los dioses.

Corre! Sé el mónstruo del bien; el caballo demonio que emancipa; rebelde para el déspota, pero atado á todas las verdades.

Dá á todo lo que se arrastra aquí bajo, al bardo que vende á Calíope, al pueblo que ama á Barrabás, á la míope religion, á las falsas glorias, á los falsos celos, á las ignorantes multitudes, el deslumbramiento de tus alas.

IV.

Corre! Para vencer y para transformar, para que el hombre se transfigure, solo te basta cerrar y abrir las alas.

Representa la bondad, representa el desden; que un incomprensible Eolo haga salir con frecuencia rayos de tu aureola.

Tu pretal resplandece, como si las trenzas desatadas del alba le alumbrasen, como si en tu grupa amontonasen su sombra las nubes.

Lanza al pueblo un relincho, lanza á la horca una coz; abre una brecha en el firmamento para que se evada el espíritu humano.

Sosten al pensador que desmiente al altar, al augur y á la sibila, y no tengas más apoyo que el de la inmóvil conciencia.

Compadece á los mártires actuales, y, enterneciendo tus severas miradas, contempla la áspera subida del Calvario.

V.

Corre sin reposo; piensa en las torres, piensa en las murallas altas de cien codos; atraviesa, sin hollar los vástagos del bosque vírgen de las ideas.

No te retardes: hasta lo bello debe indignarte cuando es frio ó cuando es traidor. La noche no cria más que el cuervo, la nieve no produce más que el cisne y el sol solo produce el águila.

Ya que eres inmortal, protéjenos en los instantes precisos que el hombre te necesita. Jadeante, precipítate á la persecucion del prodigio.

El prodigio es el porvenir; es la vida idealizada; es el cielo renunciando á castigar; es que el mundo llegue á ser flor y Dios rocío.

Sumérgete en lo desconocido sin fondo; recórrele, y con el viento que mueves en el cielo sacudiendo las vastas plumas de tus alas,

---

Trata de derribar las torres, las cárceles, los templos ateos, y de enfurecer á los buitres que se posan sobre los Prometeos.

Vuela altivo, rápido é insensato, recto hácia el blanco que está fijo en el cielo, como si fueras una flecha que yo te hubiera lanzado del arco de mi pensamiento.

VI.

Retenme, caballo, montado sobre tí; mi imaginacion forma parte de tus crines, y yo no veo nada en el mundo despues que te marchas de él.

Tan estrecha union deseo contigo, caballo meteoro, tan estrecha la deseo, que quisiera que entre los dos formásemos un centauro.

Cuando con la mirada vagamente sobresaltada te atreves á mirar en lo invisible, ávido, pero temblando de penetrar en su horrible silencio,

---

La Noche rechina los dientes lúgubremente, y el Mal, que ninguna luz alumbra, retrocede ante tus ardientes narices que le olfatean;

La Muerte, á la que importunan los testigos, se asombra y vuelve á entrar en los osarios. No puedes aparecer en el horizonte sin que ante tí retrocedan los espectros en la oscuridad.

VII.

Todo calla en la misteriosa lontananza hácia la que el hombre asustado camina; en ella están en connivencia el olvido, la tumba, el destino y la noche.

En ese abismo, en ese lazo mudo del que no sale para el mortal ningun consejo, tremola al viento, inquieto caballo, la perversidad del silencio.

Tus piés volantes, tus ojos de lince pueden sondear todas las dudas, pueden amedrentar á las esfinges, diciéndolas:—"Hablad, traidoras!„

Desde tus alturas lanza al hombre que duda todas las claves de los misteriosos enigmas; desgarra la túnica de Isis; aparta los dedos de las bocas de las sibilas.

Conocer es nuestra suprema ansiedad; nuestro espíritu la reclama de tí; haz que al fin declare la materia poniéndola el alma en el tormento.

Que sepamos á qué atenernos sobre la cantidad de sufrimiento que debemos pagar al porvenir, aunque tenga que llorar la esperanza.

VIII.

Sé el espantajo del mal; obliga á que aparezca el interior; saca del sultan el animal, de Dios el pigmeo, del sacerdote el hombre.

Lucha. Aguijon contra aguijon. El ódio ataca, vigila y acecha; es el avispon siniestro, pero tú eres la gran abeja.

Extermina los obstáculos invencibles; suprime la barrera del antagonismo; pon al servicio de la paz esa heroina que se llama la verdad.

Sonriéndose, la Inquisicion sueña todavía en que la espada ayude al báculo, para que se despierte lanzando gritos; muerde al feroz error hasta hacerle sangre.

IX.

Si el pasado trata de reconstruirse con su primitivo horror, si el abismo quiere producir la noche, ¡oh caballo! produce tú la luz.

No tienes en vano cuatro herraduras. Galopa en la insondable sombra, que los relámpagos que ellas despidan anuncien tu temible presencia.

Atraviésalo todo, infiernos, tumbas, precipicios y mentiras, y que se oigan tus herraduras sonar en el espacio de los sueños.

Sirve á los hombres huyendo de ellos. Si sobre sus frentes sombrías permanece el zenit siendo espantoso y el cielo siendo oscuro;

Si el espacio es un bosque, un bosque sumido en profundas tinieblas, tú, con tus piés terribles, para que veamos á pesar de la oscuridad, envia al cielo oscuro salpicaduras de estrellas.

FIN DE LAS CANCIONES DE LAS CALLES Y DE LOS BOSQUES.

EL ARTE DE SER ABUELO.



EL ARTE DE SER ABUELO.

I.

A Guernesey.

I.

El desterrado satisfecho.



Me atraen del desierto la soledad y el silencio; en él está mi corazon severamente satisfecho; voy á buscar en los bosques el vago horror de su sombra que destella cierta claridad; la salvaje espesura de la hojarasca y de las ramas me produce grata melancolía, y encuentro en ella un olvido semejante al de la tumba. Pero yo no estoy apagado; podemos permanecer siendo antorchas en la oscuridad; al fulgor del cielo, en la sagrada cripta y viviendo solos en ella, podemos extremecernos al sentir el soplo del viento del empíreo. No se empequeñece el hombre por arrojar la sonda en el fondo tenebroso del deber. Quien mira hácia arriba, vé bien; quien mira en lontananza, vé lo justo. La conciencia sabe que puede adquirir augusto medro, y asciende á los altos lugares para crecer y brillar lejos del mundano olvido: yo voy, pues, al desierto, pero sin abandonar el mundo.

Porque el soñador vaya á sentarse en un frondoso bosque ó en las rocas escarpadas de los acantilados, á meditar tranquilo ante la inmensidad, no por eso se aisla del mundo. ¿No comprendeis que despues de haber visto innumerables gentes, hay necesidad de huir de ellas y de refugiarse entre los árboles? ¿No comprendeis que la sed que sentimos de verdad, de paz, de equidad y de razon aumenta en el fondo de nuestra alma, despues de ver tantas cosas falsas y mendaces?

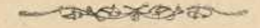
Mi corazon es siempre de mis hermanos, y lejos de ellos, pero sin olvidarlos, contemplo y juzgo el destino; poseo, para completar la obra comenzada del alma humana, la urna de la compasion inclinada hácia los pueblos; sin cesar la vacío y sin cesar la lleno, pero me oculto en la sombra silenciosa de los árboles.

Ay! ví de tan cerca las multitudes miserables; ví los choques, las afrentas inferidas á venerables ancianos; ví tantos cobardes glorificados por las guerras civiles, tantos jueces que debieron ser juzgados, tantos sacerdotes que servian

y profanaban á Dios predicando en su favor y probando lo contrario; ví tanta fealdad en contraposicion de la belleza; ví el bien en el mal, en lo verdadero lo falso; ví tantas veces á los que muerden, á los que huyen y á los que se doblan, que, viejo, débil y vencido, tengo desde hoy en adelante por verdadera alegría meditar inmóvil en cualquier sitio sombrío, como estoy meditando aquí, y aunque un Dios, para que regresase á las ciudades, me ofreciera la juventud, el amor, la fuerza y la victoria, creo que no consentiria abandonar el rústico asilo que me guarece en los bosques.

II.

Qué es este mundo? Una tempestad de almas. En la oscuridad que nos rodea, errantes marineros, solo abordamos escollos que tomamos por puertos; en el huracán de rugidos, de dolores, de deseos, monton de nubarrones suspendidos sobre nuestras cabezas; en los fugitivos besos de las prostitutas, que llamamos fortuna, ambicion y éxito; ante Job, que sufriendo exclama:—"¿Qué es lo que yo sé?„, y ante Pascal, que temblando pregunta:—"Qué es lo que yo pienso?„; ante el monstruoso despilfarro que hace Satanás de papas, de Césares y de reyes; en presencia del destino que dá vueltas á su cabrestante, por el que siempre salen de las mismas olas las mismas catástrofes; en esa nada que muerde, en ese caos que miente, lo que alcanza á ver el hombre claro, entre sus aflicciones y sus caidas, es la soberanía de todo lo inocente. Siendo como son el corazon y el espíritu humano, comprendiendo nuestro pasado tenebroso y nuestro oscuro porvenir, las guerras, los choques, los ódios; comprendiendo que dificulta el progreso el arrastre de las cadenas, es ciertamente saludable y útil para el pensamiento disfrutar de la profunda paz de la soledad, y desde el entrecruzamiento de tan espesos ramajes contemplar algunas veces, al través de nuestras desgracias, colocadas entre el cielo y nosotros como velos, esta profunda y luminosa paz: esto es sin duda lo que Dios pensaba cuando puso á los poetas cerca de las cunas adormecidas.



III.

Sale Juana.

Juana habla, pero ignora lo que dice; envia al mar que ruge, al sonoro bosque, á las nubes, á las flores, á los nidos, al firmamento, á toda la naturaleza el dulce murmurio de sus palabras, cuyo sentido termina lanzando una sonrisa, en la que flota un alma, en la que tiembla una idea; y ese murmullo confuso, vago y embrollado, Dios, que es el abuelo eterno y universal, lo oye sonriendo.

IV.

Victor, sed victus.

Soy Bellnaire en nuestra época de choques y de trastornos: combatí á la muchedumbre inmunda de las Sodomas; millones de olas y millones de hombres rugieron contra mí, sin conseguir que yo cediese; el abismo, gruñendo, me atacó; presenté batalla al oleaje espumante, y á pesar de asaltarme las tempestades y la oscuridad, me conservé siempre firme como un escollo; no soy de los que se asustan de ver el cielo negro; de los que, no atreviéndose á profundizar las estigias ni los avernos, tiemblan ante la desconocida abertura de las cavernas; cuando los tiranos lanzaban sobre nosotros desde lo alto de las nubes sus rayos, yo lancé mis versos sombríos contra esos siniestros transeuntes; he arrastrado á todos los reyes con sus ministros, á todos los dioses falsos con sus falsos príncipes, á todos los tronos atados con los patíbulos, al error, á la espada infame y al sublime cetro; he arrastrado todo eso confusamente hácia el abismo, y ante los Césares y los príncipes, ante los gigantes de la fuerza, de pié, sobre ese monton de nadas, ante los hombres que los mortales adoran, execran ó inciensan, ante los Júpiters todopoderosos fuí durante cuarenta años altivo, indómito y vencedor, y ahora me vence una niña.

V.

El otro niño.

Ven, Jorge mio! Nuestros nietos nos encantan; son para nosotros pájaros que cantan en su aurora, y hacen que vuelvan á florecer en nuestra triste morada la primavera, las flores, la vida y la luz. Sus risas nos hacen asomar lá-

grimas á las pupilas; el peso de los años y la vista de nuestra tumba entreabierta, sus alegres miradas hacen borrar de nuestra memoria; transportan nuestro corazon á los años juveniles, haciendo abrir en él todas las flores marchitas; nos hacen inocentes, candorosos y felices; el corazon tranquilo se llena de una vaguedad aérea; creemos que son nuestro propio retrato; ser abuelos es volver á ser jóvenes. Al vernos copiados en nuestros nietos, creemos que vuelve á volar hácia las verdes ramas del árbol de la vida nuestra alma sombría con todas sus almas blancas.

VI.

Jorge y Juana.

Me basta tener un niño para volverme completamente estúpido, y tengo dos, Jorge y Juana; tomo al uno por guia y al otro por luz; corro hácia ellos cuando me llaman, porque Jorge solo tiene dos años y Juana diez meses. Paréceme que en el balbuceo de las primeras palabras que pronuncian veo un resto de cielo que se desvanece; y yo, que represento la noche, cuyo destino frio y pálido se descolora, comprendo tiernamente que representan el alba de la vida. Su incomprensible diálogo me abre nuevos horizontes; veo que los dos se entienden; comprender esto dispersa mis pensamientos, mis deseos, mis proyectos, mis ideas insensatas ó prudentes; todo en mí se disipa ante su claridad, y solo soy ante ellos un buen hombre soñador. No siento ya la turbacion ni la sacudida secreta del mal que nos atrae y de la suerte que nos arrastra. Los niños que andan titubeando son nuestros mejores apoyos. Los contemplo, los escucho y apaciguan mi corazon, y son bondadosos y acepto los consejos sagrados que dá la inocencia, como lo hice toda mi vida; que jamás conocí nada tan grato como el olvido que nos invade el alma ante los séres puros que despiden casto fulgor, y siempre contemplo extasiado, en nuestros tiempos turbios y revueltos, ese punto luminoso que sale de las cunas y de los nidos.

———

Por la noche voy á ver cómo duermen. En sus tranquilas frentes distingo el deslumbramiento de sombra que proyectan las palmas y una claridad parecida á la luz de la estrella que sale, y me pregunto:—En qué soñarán? Jorge sueña en pasteles, en bonitos juguetes, en el perro, en el gallo y en el gato; Juana sueña con los ángeles, y cuando se despiertan abren los ojos llenos de celeste claridad. ¡Llegan cuando nosotros nos vamos!

———

Charlan. Pero hablan realmente? Sí; como la flor habla al manantial en el bosque; como su padre Cárlos, siendo niño, hablaba á su tia Dedé; como os hablaba yo, hermanos mios, en la época en que nuestro padre, siendo aun jóven, se sonreia viendo cómo jugábamos en el cuartel en Roma, corriendo á caballo de su espada, y siendo muy niños. Juana, con ojos muy brillantes, que por coger la sombra entreabre sus delicados dedos, que casi aun no tiene brazos, pues casi conserva las alas, arenga con murmullos, en los que flota alguna palabra, á Jorge, hermoso como un dios niño. No usan de la palabra, usan del verbo, de la lengua infinita é inocente que usan los vientos, los bosques y las olas; los pilotos Jason, Palinuro y Tiphlos oian á las sirenas con esa dulce voz murmurar incomprensible himno en la profundidad de las aguas; esa voz es la música difundida en el fondo del mes de Mayo, que hace decir á unos:—"Yo amo„ y á otros:—"Yo he amado„. Ese lenguaje vago y luminoso de los séres recien nacidos que la vida atrae á sus ventanas, y que en el mes de Abril, vacilantes y extraviados, zumban en los inmensos cristales de la primavera. Las palabras misteriosas que Juana dirige á Jorge son el idilio que el cisne entabla con el pajarillo, son las preguntas que las abejas se hacen, son las cuestiones que la ingénua azucena propone al gorrion, son la parte baja y celeste de la vasta armonía, son el cuchicheo que balbucea los rumores de la vision y que quizás los explica; porque los niños estaban ayer aun en el cielo, y saben lo que en el mundo se ignora. ¡Vuestras voces me llegan al corazon! Juana, Jorge, si los astros cantasen, balbucearian como vosotros; mirándonos nos alumbran y nos doran. ¿De dónde venís, adorados desconocidos? Juana tiene el aspecto del asombro, Jorge tiene los ojos arrogantes, y dan traspiés porque aun conservan la embriaguez del paraiso.

VII.

Algunas veces me llega á inspirar horror el mundo; mi poesía parece entonces

la boca abierta de un cráter, y siento la inquietud feroz que el furioso huracán causa á los árboles seculares; mi corazon se enciende, y siento convertirse en lava todo lo que yo tengo de mármol.

Nada es verdad en el mundo? El escriba se apoya en el raytre; todos los séres, juez y vírgen, mujer y sacerdote, mienten ó mentirán; el dogma bebe sangre, el altar bendice el crímen; el grupo triste y sublime de todas las verdades aparece con la faz ruborosa;

El siniestro brillo de los reyes refleja en nuestras frentes; el templo se llena de infierno; la claridad en nuestras fiestas oscurece el azul del cielo; el alma se sumerge como navío que zozobra, y las religiones que van á tientas, en la oscuridad, toman al demonio por Dios.

Quisiera pronunciar palabras que aterrasen; quisiera poder romper esas Constituciones, esas Biblias, esos Códigos y esos Koranes; quisiera poder lanzar el grito desgarrador de las catástrofes; quisiera poder ahogar á los sofistas con mis estrofas y á los tiranos con mis garras.

Como no puedo nada de esto, me indigno y siento hervir mi caliente sangre; veo no sé qué bandada de águilas negras que revolotea en mi incendiado firmamento, y una euménide sale furiosa de mi alma al ver que el mal reina en todas partes; pero contemplo una rosa y me apaciguo.

VIII.

Lætitia rerum.

La naturaleza se extremece con súbito temblor. El invierno huye, el año se quita el ropaje viejo y la tierra se adorna con su traje de gala.

Todo renace, todo revive; la adolescencia reaparece en las llanuras; la belleza del diablo en todas partes brilla y se refleja en el agua de las fuentes.

El árbol es un presumido; todas las flores se esfuerzan por aparecer las más hermosas, todas ostentan sus colores y las más feas con más afan.

Empiezan á brotar ramilletes de las rocas; besa el aire las ligeras hojas, y Junio se sonrie al ver endomingarse los grupos campesinos de los helechos.

Llegó la fiesta de la naturaleza, en cuya fiesta aparece el rústico cardo, y en el inmenso palacio del estío encienden los astros sus arañas.

Cosechan el heno y pronto segarán los trigos. El segador se duerme á la sombra de las cepas, y las brisas que soplan tienen el aroma de la yerba cortada.

Quién canta? Es el ruiseñor. Las crisálidas han roto ya su cárcel y el gusano ha levantado el vuelo, desprendiéndose de su envoltura en las ortigas.

La araña dá vueltas alrededor del agua; el cielo está límpido, la parra dá sombra, la luz del dia parece que vibre, y los mosquitos vienen á zumbaros en los oidos.

Revolotea la abeja en ayunas, la avispa corre, el avispon acecha, y á todos esos bebedores de perfumes abre la primavera sus olorosos frascos.

La naturaleza se llena de alegría y de extásis; su embriaguez es su emancipacion; ninguna flor está afiliada á la sociedad de la temperancia.

Fausto providencial brilla en todas partes y por todas se difunde, y su único libro, que es el cielo, lo dora el alba por los cortes.

Niños, en vuestros ojos brillantes creo ver que se abre el empíreo; os sonreís como la primavera y llorais como la aurora.

IX.

Pasearé llevando de la mano á los dos niños; me encantan los bosques que re-

corren los corzos y los cervatillos, en el que los ciervos persiguen á las ciervas, buscando la sombra, asustados de las ramas, porque el temblor de las hojas los asusta. Los árboles os enseñan la felicidad del edén, en el que se encuentran los corazones, y que todo es vano é inútil en el mundo, escepto los amores y los nidos. Teócrito, muchas veces por los espesos jarales creia oir los pasos de las bacantes que los atravesaban; por ellos daré un lento paseo con los dos chicuelos. Oiré sucesivamente lo que Jorge aconseja á Juana y lo que Juana enseña á Jorge. Como el patriarca que gobierna á sus hijos, arreglaré mi marcha al tiempo que gasten comiendo y jugando y á la pequeñez de sus pasos; y ellos, entre tanto, cogerán flores y comerán moras: oyendo la vasta tranquilidad del murmullo de los bosques, Abril viene á embalsamar la naturaleza, y yo no tengo en el mundo otra ocupacion que amar.

X.

Primavera.

Todo luce, todo brilla, todo ama; el aire y la luz parece que embriaguen á los pájaros, y el alma en el infinito cree distinguir una gran sonrisa. Reyes, ¿para qué os sirve el proscribir y el desterrar? Proscribís acaso el verano? ¿Desterrais acaso las flores? ¿Podeis impedir que soplen los céfiros, que alumbren las claridades y que goce de la primavera el desterrado? ¿Podeis empequeñecer el jadeante oleaje del Océano, la alegre espuma, podeis impedir que el mes de Abril disperse sus perfumes y privarme de un solo rayo del sol? No. Os perdono; castigad y vivid; procurad ser reyes mucho tiempo, si os es posible conseguirlo. Durante ese tiempo yo merodeo por los campos y, como vosotros cogeis un imperio, cojo yo un ramito de madreselva y conquisto una flor. Cuando sobre mi cabeza, entre las hojas de un árbol, un pájaro cuestionador picotea á su hembra, exclamo:—"¡Haya paz entre vosotras, avecillas!", y los reconcilio gritándoles; haciéndoles miedo logro poner en paz á los amantes. No tengo arroyuelo, torrente ni roca; mi césped ocupa poco trecho, pero está inmediato al mar; mi fuente no es grande, pero su agua no es amarga. Este rincon del mundo es desconocido y me place porque el horizonte está muy cerca de mí; brilla en él el astro, pasa por él el águila y el vasto Bóreas se cierne en él frecuentemente. Disfruto de este modesto parterre y de este puro firmamento; sus flores, sus hojas y sus yerbas me aman, y ante ellos poco á poco voy sumiéndome en el abismo del olvido. Quisiera saber cómo debo obrar para acordarme, siendo el huésped de estos bosques, que hay alguno que vive en el mundo, muy lejos de este desierto, que se divierte proscribiendo, que reina y que promueve guerras, ya que yo vivo solo en esta inmensidad, ya que yo veo brillar sobre mí el claro cielo del verano, en el que el céfiro sopla tan dulce como una lira suena, mientras oigo cómo se rien los niños en el jardin.

XI.

Ventanas abiertas.

Oigo voces. Distinguen claridades mis pupilas. Una campana toca á vuelo en la iglesia de San Pedro. Se oye la algarabía de los que toman el baño. ¡Más cerca! Más lejos! No, por aquí! ¡No, por allá! Los pájaros gorgean, Juana tambien. Jorge la llama. Cantan los gallos. Una llana raspa un techo. Dos caballos pasan por la callejuela. Se oye rechinar una hoz que recorta el césped. Choques. Pizarreros se dirigen hácia la casa. Suenan rumores en el puerto. Silban las máquinas calientes. Se oye á lo lejos una música militar. Se oye alboroto en el muelle y voces francesas que dicen:—"Gracias. Buenos dias. Adios". Debe ser ya tarde, porque viene hasta cerca de mí cantando un pitirrojo. Se oyen golpes lejanos de martillos cayendo sobre una fragua. El agua del mar salta. Se oye jadear un steamer. Sopla el viento furioso en el mar.

XII.

Uno menos.

¿Por qué nos ha abandonado ese sér querido? Vienen para darnos alegría un momento y despues se van. Esos niños, que creemos que son nuestros, pertenecen á otro. Me quedan dos, es cierto, pero podria tener tres. Hé aquí la hora de ir á pasear á la sombra de los grandes bosques llenos de pájaros, cuyo número solo sabe Dios, y que tambien como aquel niño se perderán volando en lo desconocido. El lleva sombrero blanco, ella enseña un pié desnudo; los dos van al lado el uno del otro caminando á la ventura; el cielo brilla y yo dirijo el car-

ruaje. La floreciente llanura presenta el aspecto de un paraiso; el lagarto corre al pié de los viejos sauces, mientras que en la punta de las ramas se posa y canta el pitirrojo. La señorita Juana tiene quince meses y Jorge treinta. El la vá cuidando; ya es un hombre completo: niñas como esa constituyen su felicidad; admira sus hermosos, pequeños y rosados dedos, comparándolos con sus gruesas manos, que van á cumplir tres años; se sonrie y enseña á Juana los labriegos que pasan por el camino. El anda; la pequeñuela se arrastra; Juana se rie de ver reir á Jorge; ella es hermosa, y la encina se lo dice al castaño y el olmo la saluda y se la enseña al arce. Jorge tiene el sentimiento de su propia grandeza; se rie y protege al mismo tiempo, y Juana tiene fé en su talento; Jorge vigila con gran afan á la niña, que de vez en cuando se mete un dedo en la boca; las sendas están confusas y nos perdemos por ellas. Como está lleno el bosque de mariposas, Jorge quiere bajar del carruaje para perseguirlas. Juana está muy contenta. Juana quisiera coger todos los pájaros que pasan; Jorge rompe los resortes que hacian mover á un polichinelà y medita; los dos charlan; sus alegres exclamaciones parece que en todas partes hagan abrir los ojos á la sombra; Jorge, comiendo nísperos y manzanas, me trae dicho juguete, y yo vuelvo á atar los hilos del polichinela, le compongo y le hago servir. Pero Jorge no quiere ya correr por la yerba porque la encuentra mojada. El viento mece el árbol y Juana mece su muñeca. Se siente Dios en aquel agradable bosque, cuya ternura se confunde con la alegría del hermano y de la hermana; obedecemos Juana y yo y Jorge nos manda; su nodriza les canta una cancion normanda, de esas que oimos por los caminos al anochecer, y Jorge aplaude con el pié y Juana con las manos. Encantado con la dulce algarabía que mueven los niños, les sonrio; pero vosotros veis mis lágrimas al través de mi risa, viejos árboles, no es verdad? Vosotros no creeis que olvidaré yo jamás al tercer niño muerto.

II.

Juana dormida.

La siesta.

Al medio dia duerme Juana un poco, porque el niño necesita dormir más que el hombre: ¡debe parecer el mundo tan feo al que acaba de descender del cielo!... El niño desea ver otra vez á sus compañeros Querubin y Ariel, á Puck, á Titania y todas las hadas, y cuando se duerme, Dios le calienta las manos. Quedaríamos admirablemente sorprendidos si penetrásemos y viésemos en el fondo de su sagrado y luminoso sueño los paraisos que se les abren en la oscuridad y el paso de las estrellas que hacen señas á los niños para que sean juiciosos, si viéramos esas apariciones y esos deslumbramientos. Pues á la hora en que caldean los rayos del sol, cuando toda la naturaleza escucha y se recoge hácia el medio dia, cuando los nidos se callan, cuando las hojas más temblorosas no se mueven, Juana tiene la costumbre de dormir, y su madre reposa y respira un momento, porque nos cansamos hasta de servir á una rosa. Sus piececillos desnudos, que apenas han aprendido á andar, duermen, y su cuna, que un vago azur rodea como la vaga aureola que circunda á una inmortal, parece una nube formada de encajes. Contemplándola así nos sonreimos y huye de nosotros la tristeza; la sombra enamorada de ella parece que la adore; el viento retiene su soplo y no se atreve á respirar. De repente, en la casta alcoba maternal, derramando toda la luz que encierran sus pupilas, abre los párpados, extiende el precioso brazo, agita un pié, despues el otro, luego gorgea... Entonces, con la voz más tierna, sin apartar los ojos de la niña, buscando el calificativo más tierno, exclama su madre:—"¡Angel mio, ya te has despertado!„

III.

La luna.

I.

Juana estaba muy pensativa, sentada sobre la yerba; me acerqué á ella y la pregunté:—"Dime, ¿qué es lo que quieres?„, porque obedezco siempre todo lo que me mandan los niños y trato siempre de comprender las ideas que cruzan por su imaginacion. Juana me respondió:—"Quisiera ver animales„. Entonces le señalé una hormiga que corria por la yerba:—"Ahí tienes uno„. Pero Juana no se quedó satisfecha.—"No, los animales son grandes„, me replicó. Los niños sueñan siempre en todo lo grande. El Océano los atrae á su playa, los mece con sus roncos cánticos y los cautiva con su oscuridad y con las fuertes ráfagas del viento. Los niños se enamoran de lo que les espanta y de lo que parece prodigioso.—"No tengo á la mano ningun elefante, le respondí. Deseas algo más? habla.„—Entonces Juana levantó el dedo señalando al cielo.—"Dame aquello„, me dijo.—Era la hora en que empezaba la noche y en la que aparecia la luna en el espacio.

II.

La niebla es fria, la bruma es gris; los rebaños de bueyes van hácia los abrevaderos; la luna, saliendo de repente por entre nubes negras, parece una claridad que surge por sorpresa.

El viajero camina, la landa está oscura; hay una sombra detrás y una sombra delante; blancura al Poniente, resplandor al Levante; aquí crepúsculo y allí luz de luna.

La bruja sentada alarga su grueso labio; la araña cuelga su tela del techo; el duende brilla en el fuego fátuo, como un pistilo de oro en un tulipan.

Ruge furioso el mar alborotado; extremecido el náufrago busca una tabla de salvacion; el viento exclama:—"¡Mañana!„; el agua dice:—"Ahora!„ Se oyen gritos y voces desesperadas.

El coche que vá desde Avranche á Fougere hace chascar su látigo como un vivo relámpago; hé aquí la hora en la que flotan en los aires los confusos rumores que exagera la sombra.

Los árboles de los bosques se ven encendidos y chamuscados; se distingue en una cumbre un antiguo cementerio; ¿de dónde saca Dios esa oscuridad que reina en los corazones desgarrados y en las apagadas noches?

Charcos de plata brillan entre las arenas; la oxifraga aparece en lo alto de los declives de los barrancos; el pastor, al través de la atmósfera, sigue con la vista el vuelo vago y misterioso de los diablos.

Inmensos penachos grises salen de las chimeneas; el leñador pasa cargado con el haz de leña en la espalda; se oye entre el rumor del agua corriente el extremecimiento de las ramas que arrastra.

El hambre despierta á los melancólicos lobos; el rio corre, la nube huye; por detrás de los cristales, á la luz de la lámpara, se ven las cabezas blondas de los niños.

III.

Quereis coger la luna? Dónde? ¿En el fondo del pozo? No, en el cielo. Probaré á complaceros, pero será inútil. Siempre, queridos niños, os ocurre querer la luna, y en vano levanto las manos al espacio queriendo cogerla; ser abuelo vuestro me vuelve loco, y comprendo que al mismo tiempo me hace feliz. Hablemos: Dios, que nos conoce bien, sabe, Jorge y Juana, que un abuelo es capaz de atreverse á todo por dar gusto á sus nietos; y Dios, que siempre nos defiende contra nosotros mismos, teme, sabiendo que el viejo quiere complacer siempre al niño, que vuestros deseos sean una ley que yo no pueda obedecer; y como no quiere que nadie toque las estrellas, por eso las cuelga en los clavos más altos de la bóveda azul.

IV.

—Qué tragones son! dice su madre algunas veces. Hay que darles todas las cerezas de los árboles, todas las manzanas del jardin, todos los pasteles que sacan á la mesa, toda la leche que puedan tener las vacas, y no contentos con todo esto, desean que les cojamos la luna!

Por qué no? La nada que desean los gigantes me hace sonreir, pero admiro las grandezas que desean los pequeños. El alma de los niños tiene asombrosos apetitos, y me deja pensativo ver los deseos que asaltan á esos glotones. ¿Desean la luna? Pardiez! Si estuviera en mi poder se la daria.

Sin saber el uso que harian de tí, les daria, luna, tu esfera sombría, tu cielo, tu enigma y tu espacio desconocido. Porque creo, despues de todo, que los niños se aprovecharian de la luna mejor que nosotros; concretarian en ella sus deseos, sus esperanzas y sus súplicas, y abandonarian á esa aventurera sus corazones para que se los llevara á Dios. Cuando el niño duerme por la noche, sus sueños vuelan más lejos y más altos que los nuestros. Creo en los niños, como en otro tiempo se creia en los apóstoles, y cuando veo que esos séres sin hiel y sin miedo desean algun objeto del cielo, se lo daria si lo poseyera. Quisiera ver, por ejemplo, que los reyes se asombraran de que los pigmeos pudiesen disponer de un mundo. Os daria, ángeles de cabeza blonda que reinais por la influencia del cariño, os daria si yo pudiera esos universos bañados por misteriosa luz, conducidos por espíritus; os daria la enorme redondez de los siniestros planetas. ¿Por qué no? Me fio de vosotros, que nunca me habeis hecho ningun daño. Algunas veces, cuando pienso hasta qué punto es grandiosa el alma inocente, cuando mi pensamiento se aparta del fondo del infinito, me digo á mí mismo, en mi éxtasis sagrado, que quizá allá arriba existe en lo desconocido un Dios superior á los dioses que soñamos, y que es capaz de dar astros á las almas.

IV.

El poema del jardin de las Plantas.

I.

El conde de Buffon fué un buen hombre, que creó un jardin copiado de Evandro y de Rhea, lleno de osos más sábios que los de la Sorbona, con la idea de que Juana pudiese ir allí á pasear con su criada; Buffon presintió á Juana. Los niños tienen la vista tan penetrante, que algunas veces buscan vagamente la vision de los bosques, y Buffon de este modo rescata su frase, sobre la que arrastró su manga, por medio de los niños, para los que creó ese atrayente paraiso, salpicado de lobos.

Apruebo lo que hizo Buffon. Los niños, con sus ojos inocentes, miran á lo invisible y piensan, y los sábios siempre procuran complacer á los soñadores.

El verano en ese jardin se desarrolla acentuadamente; en ese edén brilla el sol ardiente de Junio, relucen las flores, refunfuñan los osos, y Juana y Jorge me conducen hasta allí. Voy á pasear á ese jardin, porque esto complace á Juana y yo no puedo oponerme. Voy allí á estudiar dos abismos, Dios y la infancia; al tembloroso recien nacido, al poderoso creador, á lo infinitamente atrayente y á lo infinitamente grande, que en el fondo son la misma cosa, pues el mismo rayo sale del astro inmenso que del alma pequeña.

Contemplo entre los árboles de Buffon el bisonte, el cabuino, jorobas, fealdades, formas poco artísticas, y aprendo á dispensar á Dios sus fantasías. Dios, y deseo no disgustar al sacerdote ni al bonzo, es capaz de todo; hace barrer al buen gusto por Nisard, entrega la selva vírgen al mono y permite que Dupin se parezca al perro. Segun la India y los maniqueos, Dios, duplicado por el demonio, explicaria este enigma: el paraiso teniendo el infierno por contrapeso; la Providencia sirviendo muchas veces á la fatalidad; el infinito que llena mal el universo defectuoso; el mal haciendo

siempre al bien alguna raspadura: tal seria la ley de la naturaleza ciega, y de ésta nacerian los contrasentidos de la creacion. Ciertamente Dios tiene salidas de tono de la imaginacion; no sabe guardar la medida; abusa de su espíritu hasta el extremo de crear la oca y el pernoctero; autor libre sin freno, ignora el justo medio de La Harpe y de Colardeau y se cree que todo le es permitido. ¡Desgraciado el que le imita! No conoce fronteras ni límites; hace brotar la cizaña entre el trigo para manifestar su gran poder; creó voraces buitres que nos caen de las nubes; dió á luz una porcion de animales cornudos, como el macho cabrío, el toro y el caracol; menosprecia el buen sentido, se burla de la razon y nos hace tragar á la culebra. Mientras estamos examinando con placer la naturaleza, rindiendo completa justicia á tantas cualidades, y admiramos los ojos de oro de los manchados tigres, al cisne, al antílope de pupila azul y al pavo real con su magnífica cola, descorre los cerrojos de una inmensa jaula y hace salir de ella al kangaron (1). Dios hace y rehace; exagera al negro hasta convertirlo en gorilla; crea topos y crea linces; confunde en los jarales al histrion con el bandido, al mandrilla con el jaguar, al papagayo con el águila; liga la epopeya á la parodia insolente y sin reglas. No exijo que Dios sea siempre comedido; debe tolerarse el exceso de verbosidad á tan gran poeta, y no debe incomodarnos que el que matiza tan brillantemente las flores, el que encorva el arco iris en el Océano, que doma, despues de un colibrí produzca un mastodonte. Es una humorada en él tener algunas veces mal gusto, añadir la hidra al abismo y el gusano al albañal y ser un Rabelais, del que sale un Miguel Angel. Es Dios, y yo lo acepto.

En cuanto á los recien nacidos, los acepto tambien. No se nos han concedido los niños para que tengan desde que nacen los modales del gran mundo; cuando gastan pañales, llevan su impolítica demasiado lejos algunas veces, convengo en ello. Y entre los gritos, los pasos, las voces, los osos y los que los cuidan, los chicuelos y sus madres, entre realidades semejantes á quimeras, invadido por el mónstruo y por el niño, ensordecido por el rumor que se levanta de una colmena al medio dia, conociendo que el abuelo llega á ser apóstol, interrogado por uno, asaltado por el otro, perdonando á ambos chicuelos el ruido que mueven, perdonando la fenta á los nidos y el rugido á las fieras, termino por no ser allí más que un buen hombre enternecido por la infancia y por la naturaleza, y adoro á ambas, y soy menos indulgente con Dios que con el niño.

II.

Los animales hablan. Dupont de Nemours comprende sus cantos y sus gritos, su alegría, su cólera y sus amores. Para Perrault esto es un hecho y para Homero un prodigio; Fedro coge sus palabras al vuelo y las repite; La Fontaine las acecha, las espía y se apodera de su espíritu; Esopo, ese soñador jorobado como el Pindo, oia hablar á los animales en Grecia y Pipai en la India; por la noche, Florian, oficial de dragones, los oia chapurrear junto á los estanques; el áspero Ezequiel, el rudo profeta, que era un hombre salvaje, oia hablar á las fieras. Los animales dialogan entre ellos, y ya sea el buho tenebroso, el oso que gruñe, el asno que rebuzna, ya la oca apostrofe al pavo, ya la avispa insulte á la abeja, su bestialidad se parece al espíritu del hombre.

III.

A Jorge.

Ven conmigo, querido Jorge, á ver una casa de fieras cualquiera, en Buffon, en el circo, en cualquier parte; sin salir de Lutecia vamos á ver la Asiria, y sin salir de Paris vamos á llegar á Tombоucton.

Ven á ver los leopardos de Tyro, los gypaetes (1), los osos que gruñen, el formidable y silencioso boa, la zebra, el chacal, la onza, y esos dos poetas, que son el águila que bebe la luz del sol y el buitre que aspira la oscuridad de la noche.

Ven á contemplar al sagaz lince, al anfisbena (2), al que Job comparaba á su amigo Sefer; ven á contemplar al tigre oscuro, cuya piel de ébano tiene dos

(1) *Kangaron*: mamífero colosal originario de la Nueva-Holanda.—(N. del T.)

(1) *Gypaetes*: de la familia de los buitres.—(N. del T.)
(2) *Anfisbena*: culebra de dos cabezas.—(Id.)

agujeros llameantes, por los que se vé el infierno.

Vé de cerca al ave de rapiña que cuando agita las alas es muy agradable; presenciaremos sin peligro el espectáculo que nos ofrezcan los lobos, los jaguares, las gacelas y los colibrís.

Salgamos de la batahola humana; ven conmigo al jardin de Plantas. Inclinémonos al través de la sombra hácia los dolores profundos, que vagamente nos llaman, y oigamos los pasos confusos de los desconocidos.

El animal es la sombra que vaga por las tinieblas; no sabemos si escucha, no sabemos si comprende; lanza gritos huraños y miradas fúnebres, pero de ellos sale una afirmacion sublime.

Nosotros los hombres decimos muchas cosas inútiles, sin comprender el mal que podemos causar; cuando la verdad aparece le somos hostiles, y contra la razon siempre alegamos razones.

Corbiere en la tribuna y Frayssinous en el púlpito son inferiores á los animales de los bosques; el alma en ellos piensa y medita; yo dudo en un templo y creo en la montaña.

Las voces de la oscuridad nombran confusamente á Dios: ningun Quirinal equivale al silvestre Pelion; y es conveniente, cuando se acaba de oir hablar al hombre, ir á los bosques á oir rugir al gran leon.

IV.

Otra vez á Dios, pero con restricciones.

Qué hermoso sitio! En él el cedro cuchichea con el olmo, el asno es lírico y parece haber visto á Don Quijote; el tigre en la jaula tiene el aspecto de un rey en su palacio; los paquidermos son horriblemente feos, y allí se recuerdan los idilios de Viennet viendo bostezar á los cocodrilos. Mientras al babuino se vende la mona, mientras el pollino contempla al sábio y el buitre pone buena cara al buho, se emplea bien el tiempo paseando por allí, por entre los árboles llenos de nidos, por esos sitios en que todo parece dormido y vela, en los que el que rehusa consiente, en los que el amor lucha, en los que se oye el agradable sonido de ese flautista que se llama viento.

Aprendamos, dejemos que haga lo que quiera el mundo y amemos, que los cielos son inmensos; convirtámonos en sábios, permaneciendo siendo ignorantes; seamos oyentes del infinito, en el que nada es mudo ni sordo; estudiemos todos los animales que podamos y saquemos partido de las lecciones que nos dan. Ya que alrededor de nosotros todo tiene un objeto, pensemos en él. La ignorancia es algo semejante á la oracion; el hombre es grande por delante y pequeño por detrás; es, desde Euclides á Newton, desde Job á Reaumur, un indiscreto que quiere siempre mirar por encima de las tapias, y la naturaleza, que es burlona en el fondo, rubrica nuestra ciencia con el cuello de la girafa. Tratad de ver y de espiar, ya que nuestro espíritu nos arrastra al acecho de la ciencia, que Dios cuando lo vé se sonrie malignamente.

Como he dicho ya, Dios está dispuesto á sufrir á la crítica. No es sóbrio y se desborda; aquí produce el enano, allá el gigante, y esto todo á la vez. Abusa del abismo, abusa del prisma. Su sol llega hasta el gongorismo; Dios es verdaderamente desigual; aquí produce la Siberia, allá el Senegal, por todas partes usa de la antítesis; debemos, pues, resignarnos á ella, porque si vemos que el cuervo es negro, vemos tambien que el cisne es blanco, y si hoy Dios nos hiela, ayer nos calentaba. Para qué se creó el cometa? ¿Para qué sirve el bólido? Cuanto más sério y sólido es el pedante, menos se deslumbra y menos satisfecho queda; la férula es propia de los Batteux y el sable de los Galifet.

Ese demagogo dá al pobre tantas flores como al rico; no sabe contenerse; esparce á manos llenas colores, rayos y relámpagos. Todo eso fatiga la vista, exclama el mochuelo, y el mochuelo es la prudencia.

Estad seguros de que Dios traza el mundo á su capricho en las altas esferas y de que mezcla la ironía con sus

truenos épicos; cuando nos cernemos, lanza el rayo, y cuando pacemos, aguijonea. El viento, voz que no tiene razon, sin jamás explicarse y sin terminar jamás, repite siempre lo dicho, y el Océano no está exento de hinchazon. En cuanto á mí, confieso que tengo curiosidad de saber lo que pensarán de Dios, del mundo que gobierna, del cielo donde mora, del infinito, de todo lo que Dios prodiga, Nonotte y Baculard en el café Procopio.

V.

A Juana.

No quiero ocultarte que me gustan mucho los animales, porque me divierten y porque me instruyen, y comprendo que por algo en sus incompletos cerebros Dios pone el claro oscuro de los grandes bosques.

Soy un hombre curioso, que, nacido para creer y para tener lástima, sondeo, al ver que el áspid se arrastra bajo de las rosas, las sombrías leyes que obligan á la mujer á temer al demonio, cuando no obligan á la flor á tener miedo á la serpiente.

Mientras que dictamos leyes á la tierra, y somos reyes que copiamos al mono, y que luego el mono nos copia, dudando si éste es producto nuestro ó si es nuestro padre; debajo de nosotros, á nuestros piés,

---

No sé qué negro mundo asombrado nos mira y piensa, y bajo un yugo, odioso muchas veces, hacemos gemir al mónstruo y al bruto, que al vernos tan perversos, nos toman por dioses.

Qué leyes tan extrañas! ¡Qué trágica mescolanza! ¿Vemos acaso el último hecho, sabemos acaso la última palabra, ni qué espectro puede salir de Vénus, ni hoy qué ángel puede nacer del espantoso vientre de Behemoth?

Transfiguracion misteriosa! ¡Abismo y cima! El alma se desprenderá de la gastada vestidura del cuerpo; la criatura abyecta un dia será sublime; el sér que hoy nos repugna como oruga, mañana nos fascinará como mariposa.

VI.

Todas las edades pasadas están esparcidas debajo de esos grandes árboles. Ciertamente el alineamiento de los mármoles de las fuentes, el parterre tirado á cordel, ese cedro resignado, esa encina clásica hacen honor á Buffon, que fué uno de los cuarenta de la Academia, y puso juntos, para satisfacer nuestros deseos, el peine de Lenotre, de larga cabellera, y á Pan, dios de los jarales, de las rocas y de las llanuras; pero esto no impide que las rosas se llenen de aroma, de deseos, de amor y de claridad; pero esto no impide que el verano sea verano; pero esto no quita á la vida ninguna confianza; pero esto no impide que la aurora aparezca en el zenit, ni que los niños jueguen, ni que los mónstruos rujan.

Alegre sobresalto se apodera de los niños; escuchadles y vereis qué contentos están:—"¡Vamos á ver á los animales!„—Corren hácia ellos. Los contemplan con éxtasis. Se paran ante jaulas que encierran pájaros azules, pensativos, como si estuviesen esperando el mes de la emigracion.—"Mira ese gato grande.„—El gato grande que dice el niño es el tigre. Los grandes hacen que los niños más pequeños veneren á los macacos, á los chacales y á otros animales, y llaman por sus nombres á los osos viejos.

Son espectáculos monstruosos las fauces, las miradas del dragon, las escamas, los dardos, las garras que se extienden; la aparicion del abismo, el espantoso sueño convertido en realidad, que la vista perturbada de los profetas vé bajo la transparencia espantosa de los mares, y que se arrastra dispersándose en el error desconocido; el enorme bostezo del abismo que se fastidia, las mandíbulas de la hidra que tristemente se abren, no sé qué caos lívido é inclemente, el simulacro de la existencia, el bosquejo de la vida, todo eso es el animal y todo eso es lo que el niño mira, admira y teme; el niño es una aurora que se complace en contemplar la noche. Ese negro hormigueo muge, aulla y devora, y el querubin sonrosado, frágil y tembloroso, vá á ver y á contemplar todo eso que gruñe, odia, amenaza, silba, pica ó muerde; pero lo vá á admirar protegido por la nodriza, y es divertido poderlo con-

templar sin peligro. El hombre cree que descubre lo que contempla. Ver un rey en su antro y un tigre en su Louvre complace á la infancia. Y sonrien las frescas fisonomías de los niños que el sol dora, y los que nacieron ayer, y aun no saben hablar, oyendo el estruendo que mueven los animales entre los ramajes verdes, los miran fija y misteriosamente, abriendo todo lo que pueden los ojos, y meditan.

Africa de infranqueables desiertos, abismo de horizontes siniestros, mares de arenas, Sahara, Dahomey, lago Nagain, tu América y tu India, áspera encrucijada en la que Zoroastro se encontró con Homero, paisajes que alumbra la luna, por los que vagan las quimeras, en los que el orangután camina con un baston en la mano, en los que la naturaleza es loca y poco humana, junquías que se aparecen en los sueños que produce la fiebre, llanuras en las que bruscamente se ven llegar rios, que de súbito engruesan y se desencadenan, en las que se oyen rugir á los asombrados leones que las corrientes que suben encierran en improvisadas islas; desiertos en los que el boa, casi sin aliento, parece el tronco de un árbol derribado, porque duerme pesado sueño; tierra de los bambúes, pensad que con nosotros viven un Jorge y una Juana y cread mónstruos.

El recien nacido que sale de la sombra y del misterio no estaria contento si no hubiese animales en el mundo; constituye la infancia la irresistible necesidad del asombro, y meditando sobre esto, aplaudo en tí, naturaleza, los gigantes que produces; las miradas puras de los inocentes desean contemplar brutos enormes; dioses espantosos, trabajad; sed ilimitados y fecundos, que nos gustan vuestras deformidades, tanto como á vosotros los perfumes, tanto como á vosotros los bálsamos; porque creemos que los desiertos que recorren los hipopótamos, los rinocerontes y los elefantes se crearon exprofeso para los niños.

VII.

Me causa una extraña emocion ver un niño de pañales en brazos de una mujer, flor que ignora lo que es el invierno, ángel que no conoce á Satanás, agitando un objeto ante Leviatán, y acercarse sonriendo á la naturaleza terrible. Los hermosos serafines, que pasan por la Biblia escapados de no sé qué cielo misterioso, no tienen luz más pura en sus miradas ni en su frente tan sagrada aureola, como el inocente niño que mira y se sonrie ante el mónstruo.

No hay grito tan vasto como el rugido. Cuando la fiera, ciega y espumante, lanza desde cualquier parte á la inmensa extension su voz lúgubre como si lanzara un proyectil, todo el espantoso abismo de las fuerzas ciegas aulla; es el obsceno y salvaje Astarté, es la naturaleza abyecta y maldita que gruñe.

El niño contempla el sitio que ocupan los leones. La fiera rechina los dientes; contra quién se encoleriza? El niño balbucea: qué es lo que dice el niño? Confúndense sus dos voces, la tierna y la trágica; el niño representa la esperanza y el bruto el hambre; los dos esperan: el pequeñuelo gorgea y canta, el animal lanza espuma; ambos encierran un misterio que trata de decir lo que sabe y de confesar lo que desea, pero ni el uno ni el otro pueden desatar la lengua. ¿Se hablan? Prueban á hablar, el uno con tristeza, el otro con delicia; el niño vive alegremente, aunque la fiera temible está en pié frente á él, porque se vé acompañado de su madre ó de su nodriza; no tiene miedo y se rie.

¿De qué oscuridad salen esos dos bosquejos? Uno sale del azur, el otro de las liviandades y de las cópulas del enano y del gigante, del repugnante beso que dá el abismo á la nada y que se llama caos. Sí; la cava inmunda, que tiene pálido respiradero debajo del mundo; el caos, sus desconocidos choques, las corrientes de huracanes, los elementos sublevados que llegan á ser brigantes y en la cloaca inmensa se convierten en calamidades, el ardor universal casándose con la demencia, la fecundacion de Todo produciendo Nada, la absorcion de lo verdadero, de lo bello y del bien, que Orfeo llama Hades, que Homero llama Erebo, y que dá fatales miradas á las esfinges de Tebas, todo esto constituye la loca accion que del tenebroso caos sacó la creacion; es el ataque de la sombra al sol invencible, es la convulsion del abismo miserable, que trata de oponer lo informe á lo ideal;

es Tisiphone ofreciendo el vientre á Belial, es el conjunto oscuro de las fuerzas escapadas, en las que se enrabian los rayos y matan, en las que perecieron Jano, la edad de oro y Rhea, y que si hemos de dar crédito á los magos procreó al animal; y en medio de la noche esta espantosa orgía vomitó á la fiera. De ella nacieron los mónstruos que nos inquietan.

El niño inocente, soñador, tranquilo y contento, es el otro enigma. Sale de la oscuridad azul. Todos los pajarillos son hermanos suyos, y mientras los pequeñuelos de los bosques sienten plumarse las alas, el niño siente crecer el alma. Azures embalsamados de mirra y de cinamomo, entrecruzamientos de flores y de rayos, deslumbramientos sagrados que nos sorprenden en nuestros profundos sueños, cuando somos justos, confusion de los augustos ramajes en los que los ángeles de divino vuelo son pájaros, claridad semejante al limpio reflejo de las aguas del estanque á la luz de la luna, azucenas vivas, cielo sonriente, cánticos que mecen; hé aquí lo que el niño deja detrás de él. Se despierta en el mundo vagamente deslumbrado, porque acaba de ver el edén y á Dios; nada le asusta, no cree en el mal; ni el lobo, ni la oxifraga, ni el tigre, ni la zorra le hacen temblar; no tiene miedo y canta, y es sorprendente para el hombre la confianza que tiene el niño en el paraiso, que le obliga hasta sonreir al entrar por las puertas del infierno del mundo. ¡El niño es un ángel! El sombrío mar del mal, las hidras que los viles avernos hacen rodar en sus olas, las garras, las fauces, los gritos, los aullidos, los rugidos, las roncas visiones, el salvaje horror de los bosques, Satanás y su feroz poder, todo esto, todo se desvanece en el fondo azul de la inocencia! ¡Es magnífico ver á Caliban y continuar siendo Ariel!

Y me quedo meditando, y creo oir un diálogo entre la tragedia y la égloga, en el que aquella siembra el espanto y ésta el amor, pero que una y otra solo están aun bosquejadas; el niño parece que quiera explicar lo que piensa, y la fiera, rugiendo, se inclina hácia la rosa y escucha... ¿Quién podrá comprender lo que el balbuceamiento dice al rugido?

Cualquiera que sea el secreto, todo en la naturaleza se incorpora y medita, lo mismo la flor que la espina; todo está atento, todo se extremece; agita un temblor el aire, la ola, la rama y el matorral, y en los claros oscuros y en los crepúsculos, en la sombra en la que en los tiempos antiguos combatian los Hércules y en los que los Belerofontes volaban, en los que se cernia Amós exclamando: —"Nace un nuevo mundo!„, se siente no sé qué emocion sagrada, que es para la naturaleza, en la que crea el Dios eterno, es para sus misterios un enternecimiento; el enternecimiento de ver los rayos puros de la aurora aparecer detrás de los altos promontorios, cuando el alma blanca viene á hablar á las almas negras.

VIII.

El rostro de la fiera es terrible; en él se refleja lo ignorado, el eterno problema deslumbrador y tenebroso que el hombre llama Naturaleza. Tenemos ante nosotros la sombra informe, la aventura y el yugo, la esclavitud y la rebelion, cuando vemos la temible cara del leon; el mónstruo ronco y desenfrenado no es libre, conserva el extraño equilibrio constituido por el esplendor y por el horror; el universo, en el que reina Jehová, cuyo reverso es Satanás; en el que los astros, bandada luminosa y lívida que huye por el vacío, fueron lanzados á la ventura como se lanzan los dados, y que, á pesar de arrastrar cadenas, se evade siempre. ¿Qué es esta maravilla, divina y espantosa al mismo tiempo, en la que el edén que se vé es el infierno que se adivina, en la que se eclipsa el infinito de los soles en el infinito de las noches, en la que Dios desaparece y se borra en el bruto? Cuando tienen al mónstruo frente á frente los magos, los soñadores que viven contemplando la naturaleza, los pálidos profetas á quienes ésta habla, sienten algo enorme en la fiera; para ellos la amarga expresion de la fisonomía es el abismo, que se inquieta cuando se le contempla; es el secreto eterno que desea no revelarse y que no deja penetrar en sus misterios á la curiosidad de los solitarios; y esos hombres, á los que la sombra hace confesiones, sienten que en estos casos la esfinge se irrita y sus cabellos se erizan, y la sangre se coagula en sus venas ante el fruncimiento de cejas del prodigio.

IX.

Toda clase de niños, á los que acuden celestiales sueños, cuando por las noches cierran los ojos, están allí agrupados, ante las jaulas de las fieras, fijando la vista en ellas.

Están contemplando la retorcida serpiente, el espantoso dragon, el inepto onagro, la pantera, el chacal, el gorilla, que es fantasma y tigre, los lobos, que son bandidos, y los grandes linces, á los que en otros tiempos tuteaban los sagrados profetas, apoyándose de codos en las Biblias, y mientras que esos innumerables y terribles prisioneros gruñen, ¿qué hace el grupo infantil? Se sonrie. El abismo gruñe y los niños se rien.

Los niños los admiran. Mientras suenan las espantosas voces de los animales, el enjambre de séres inocentes, el enjambre casi alado, nos conmueve como si viéramos desplegarse el alba en una geórgica; mientras que esos niños cantan, el rugido trágico que hacen lanzar la rebelion y la cólera vá desde el calabozo de los buitres hasta la cárcel de los leones, y los niños continúan sonriendo cándidamente.

Quedamos asombrados ante la alegría ingénua, candorosa y obstinada de los niños, y estupefacto el espíritu, sueña como en los tiempos primitivos de Orfeo y de Jafet, y sentimos que nos deslizamos por la espiral oscura del vértigo en el que cayeron Job, Thales y Epicuro, y buscamos á tientas á alguno en el tenebroso pozo, en el que el alma dice:—"Responde!„, y en el que Dios contesta: —"No puedo!„

Si las antiguas conjeturas tuvieran fundamento, si la utopia de los magos de Caldea, si las hipótesis de Pitágoras y de Hermes, si esa soñada y terrible creencia fuera una realidad, si los animales viniesen al mundo á sufrir el suplicio de Tántalo, si fuera cierta esa idea fatal, los lobos, los boas y los mahamuts serian máscaras sombrías que ocultarian á invisibles demonios. Esos séres espantosos que tienen la sombra por guarida, los cráneos chatos del tigre y de la vívora, aplastados por el talon divino; el oso, el mono, esas caras convulsivas, esos rostros insensatos, esos estúpidos instintos que nos amenazan, unos llenos del horror nocturno de los bosques, otros de aspecto fugitivo que flotan y desaparecen por el mar; esas larvas, esos transeuntes de los bosques, esos simulacros, esos vivos sorbidos por la tumba animal, esos fantasmas que tienen por leyes los apetitos; si fuese verdad que son séres que expían los delitos, que son los condenados que sufren el castigo por los crímenes que cometió el hombre, que disfrutaron una vida anterior y siempre tienen presente el terror de su pecaminoso pasado, y vienen, balbuceando de espanto y de ódio, á pronunciar entre nosotros palabras del infierno, y tratan en vano de expresar sus tormentos, á nuestro verbo, que no comprende sus rugidos; si fuera verdad que viviesen desnudos y sujetos á ese cruel destino, pensando siempre en el infierno eterno; si esos sombríos vencidos de la naturaleza creyesen que ésta nunca tendria clemencia para ellos; si viesen los soles apagarse por grados y continuasen viendo interminable su desesperacion en la postracion sin fondo, cuando todo muere, cuando todo se vá ó huye, ¡cómo sorprenderia á esos séres perversos oir de repente que les hablan las voces de los niños!

Alguno está allí! Quién es? ¡Habla, incomprensible problema! Por encima del muro se vé surgir una claridad y se bambolea la oscura y silenciosa vision. El Leviatán vé que acude el alcion! ¡El diluvio vé llegar á la paloma! La claridad de las cunas se infiltra al través de la tumba y penetra en ella un rayo de luz que alumbra á los condenados. Los recien nacidos no odian á los espectros. La araña inmensa abre sus espesas telas. No hay estrella que brille como la mirada de un niño. ¿Vá á terminar, pues, el castigo? Viene á hablarnos el azur? El cielo es más puro en las pupilas infantiles; cuando Dios, para bajar hasta la tierra desde las bóvedas eternas, pasa al través del niño, es Dios más perfecto. ¿En la aérea techumbre se habrá abierto algun boquete y se verá aparecer en él la imposible esperanza? ¿Será posible no morder ya ni rechinar los dientes? ¿Nos representamos las ideas que deben cruzar por los temerosos cerebros de los brutos formidables? ¿Bañará la luz los insondables abismos? ¿Habrán apacigua-

do de repente la torsion del mal en los ardientes barrancos del infierno las inocentes miradas de los niños, puras como el rocío? ¿Se ven brillar ojos y se oyen pasos?... ¿Sabemos acaso si se reunen á pensar, cuando aparece la noche, esos mónstruos, que se quedan estupefactos al ver el alba inesperada que se levanta en su oscuro horizonte? ¿Tiemblan esperando el perdon; parece que sientan que se les sueltan las cadenas, y enternecidos los ojos de esos cautivos, creen ver á la pura semi-claridad de un lejano cielo reflejar un templo su inmensa sombra en los umbrales de sus guaridas? ¿Terminará su infierno? ¿La sombra escuchará á la razon? ¿Llegará hasta ellos la celestial clemencia? ¿Leen esa promesa en la sonrisa de los niños?...

V.

Juana dormida.

Juana duerme; mañana abrirá sus hermosos ojos; se durmió teniéndome cogido un dedo que le llena la mano; entre tanto, cuidando de que nada la despierte, leo periódicos religiosos, que todos ellos me insultan; unos aconsejan que encierren en Charenton á todo el que lea mis versos; otros incitan á que quemen en una hoguera mis obras perversas; éstos, casi llorando, invitan á los transeuntes á que me apedreen, porque mis escritos constituyen un amontonamiento lúgubre y venenoso, en el que los dragones del mal se retuercen; aquellos creen en el infierno y me declaran su apóstol; éste me llama el Antecristo; ese me llama Satanás, y aquel dice que tendria miedo de encontrarse conmigo en la espesura de un bosque; uno me presenta la copa llena de cicuta, y otro me dice: —"Bebe!„ He demolido el Louvre y he mandado matar á las personas cogidas como rehenes; hice que esperara el pueblo la reparticion de los bienes; soy un incendiario, un asesino y un avaro, y hubiera sido menos siniestro y menos criminal si el emperador me hubiera nombrado ministro; soy un envenenador público: todo eso dice de mí la calumnia, y entre tanto, la niña duerme y parece que me diga soñando:—"Vive tranquilo y sé clemente„, y su pequeña mano aprieta cariñosamense la mia.

VI.

Edad provecta y edad infantil confundidas.

I.

Soy de tal naturaleza, que jamás la idea ni el hombre, cualesquiera que hayan sido, consiguieron intimidarme; mi corazon, que no se rige por la Biblia ni por el Koran, desdeñó siempre al sofista y desafió al tirano; nada me espanta, porque nunca conocí lo que era la concupiscencia; el miedo no me sobresalta, solo el honor me atiza; participo de la anquilosis altiva y pesada de las rocas, y nadie consigue hacerme caminar segun sus deseos hácia adelante, ni por temor hácia átrás; resisto á la fuerza y cedo á la súplica, pero los bienes del mundo no consiguen fascinarme, y declaro, amigos mios, que estoy satisfecho, que está amodorrada mi ambicion suprema, que reconozco que he sido ya recompensado en la vida, que los dioses clementes han colmado mis deseos, porque en el mundo, en el que no deseo que se me levante ni zócalo olímpico, ni arco triunfal, no me privan nunca de la sonrisa de Juana.

II.

Canto de la cuna.

Te estoy velando; nada temas. Espero que te duermas. Los ángeles en tu frente vendrán á posar sus labios, y de ese modo los sueños que te arrullen no adquirirán formas terribles.

Deseo que al verte aquí apretando mi mano la tuya, cambie el viento su rumor tempestuoso en tierno sonido de lira, y que la noche siniestra dé su sonrisa á tus sueños.

El poeta se inclina hácia las temblorosas cunas, las habla, las dice en voz baja cariñosas frases, está enamorado de ellas, y las canciones que las dirige son frescas como las rosas.

Es más puro que el Abril cuando em-

balsama el musgo, más puro que el Mayo cuando el pajarillo pica en la verdura de su cesta, y su voz es un temblor del alma capaz de dar celos á las abejas.

———

El poeta adora esos nidos de sedas y de encajes; su corazon tiene alegría en ese fresco asilo, que le hace reir de tal modo y con tal dulzura, que llegan á asomar lágrimas á sus párpados.

———

El poeta es el franco sembrador de las inocentes alegrías, que le hacen sonreir; pero si los reyes y sus innumerables criados se aparecen allí, si vé brillar en la sombra pupilas siniestras,

———

Si vé del Vaticano, de Berlin ó de Viena salir una emboscada, una horda, una Biblia, se levanta erguido y no necesita más para adquirir aspecto terrible.

———

Si vé el basilisco de Roma, ó la araña Ignacio, ó el buitre Bismarck, que desean apoderarse de todo, gruñe y siente que sube el abismo hasta sus estrofas indignadas.

———

Todo ha terminado entonces para él; ya no canta. El porvenir le reclama; los pueblos y sus derechos, los reyes y sus bravatas, son como el torbellino tempestuoso que le arrastran.

———

Acude. Vuelve, Francia, á tener tu antigua altivez; vuelve á emanciparte. Y el poeta se levanta teniendo á Dios en el corazon y relumbrándole los ojos como una espada.

———

Y su pensamiento, que hasta entonces vagaba perezoso por los espacios, se convierte en el ligero carro de la aurora que vuela veloz con aladas ruedas.

III.

La cicatriz.

Quedó á Juana una corteza muy fea en la cicatriz, y por capricho se la arrancó y empezó á salirle sangre; vino á buscarme y me enseñó un dedo tan perdido, que daba lástima verlo.—"Me he arrancado la piel„, me dijo. La reñí; lloró, y al ver sus lágrimas, me acobardé. —"Hagamos paces; rindo las armas, Juana, con la condicion de que me has de sonreir.„ Entonces la niña se lanzó en mis brazos y me dijo con aire indulgente y cariñoso:—"Ya no volveré á hacerme daño, porque te quiero mucho„.—Y en nuestro cariñoso abandono nos quedamos los dos contentos, ella de mi clemencia y yo de su perdon.

IV.

Un sopapo.

De su pequeña mano salió un gran bofeton.—Abuelo, reñidla! ¡No debeis consentir que os pegue! En vez de mirarla con más cariño, debeis reñirla.—El abuelo contestó:—No puedo reñirla! ¿Qué quereis? para ella solo tengo sonrisas. Cuando se ha visto la traicion de Judas, cuando se ha visto proscribir á Neron, vencer á Satanás y reinar á los bellacos tenebrosos; cuando se ha gastado el corazon contra ellos, cuando hemos agotado en él la cólera siniestra, cuando ante los crímenes que la Iglesia tolera, que el púlpito saluda y que el sacerdote admite, hemos tronado, de pié en lo alto de áspera cumbre; cuando contra la invasion monstruosa de los parthos, cuando contra el juramento prostituido por Bonaparte, cuando contra el asesinato de las leyes y de las virtudes, cuando contra Paris sin Barbés, contra Roma sin Bruto, contra el tirano que flota y en pró del Estado que zozobra hemos echado al vuelo nuestras sombrías estrofas; cuando desde las regiones altas hemos hecho caer las imprecaciones, los rayos y los silbidos; cuando en dias semejantes á noches hemos removido todas las voces del abismo y los gritos y los lloros en favor de la Francia vendida; cuando hemos castigado hasta en sus tumbas á los muertos, cuando hemos castigado al águila por defender á las palomas, cuando hemos abofeteado á Nemrod, á César y á Napoleon; cuando hemos tratado de hacer justicia á todos en el mundo y de limpiar de miasmas fétidos el horizonte, no extrañeis que vuelva cansado á casa, no extrañeis que no me incomoden las moscas de la familia, ni los picotazos que dan los pajarillos en la pajarera, ni la risa burlona de los melodiosos nidos que lanzan los pequeños demonios y los pequeños dioses que se llaman niños, y que me fascinan, y que hasta cuando muerden me parece que cantan. Siempre les perdono. Debo ser Dante ó Caton



¿QUIÉN HA HECHO ESTO? – HE SIDO YO ABUELITO.

para los séres poderosos, pero no para los séres débiles. ¿Voy á incomodarme porque oigo un fresco murmullo? ¿Voy á ceñirme armadura para defenderme de los gorriones?...

V.

Mi Juana, á quien tanto idolatro, como es mujer, comprende que es reina; el A B C de las mujeres consiste en tener los brazos blancos, en ser lindas, en hacer inclinar con una mirada las frentes más altivas; en saber, con muy poca cosa, con ramilletes, con cintajos, con una sonrisa deslumbrar el corazon más insensible; en estar triste y taciturna al lado del hombre ingrato, y más tiernas que el azur, más sonrosadas que la rosa. Juana lo sabe ya; tiene tres años, llegó ya á la edad madura, es ya una mujer completa; mi contemplacion, mi embriaguez y mis versos la adoran, y ella lo sabe; y se adorna con un elegante sombrero y con un traje pintoresco; es una mujer que vá enseñando sus cintas azules ó verdes, su fresca *toilette*, y al través de ella el alma; es por derecho celeste y por deber hermosa, y el principio de su reinado es el principio de mi locura.

VI.

Juana estaba castigada en un gabinete oscuro á comer solo pan seco por un crímen que habia cometido; y yo, faltando á mi deber, fuí á ver á la proscripta y le llevé un tarro de dulce, procediendo de este modo contra las leyes. Todos los que en la casa gobiernan la sociedad familiar se indignaron con mi accion, y Juana me dijo con cariño:—"Ya no me meteré más el dedo en la nariz„. Sus padres, indignados, exclamaron:—"Esta niña os conoce y sabe muy bien lo débil que sois con ella, porque vé que cuando nosotros nos incomodamos, siempre os reís. Así no es posible darla educacion. Por más que el poder se defiende, como á cada momento turbais el órden, no es posible seguir así. La niña se atreve á todo, y vos sois su cómplice.„ Incliné la cabeza y contesté:—"Nada tengo que replicar á eso, es verdad. Los hombres indulgentes como yo conducen siempre los pueblos á su perdicion: que me castiguen poniéndome á pan seco.„—"Lo mereceis, y os castigaremos.„ Juana, que estaba en un rincon, al oir esto se acercó á mí y me dijo en voz baja:—"Pues bien, si te castigan, yo iré á llevarte un tarro de dulce„.

VII.

Cancion para hacer bailar en corro á los niños pequeños.

Hay gran baile á la sombra de los tamarindos; allí se baila al són del tamboril; allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

Está deliciosa la tarde; cantemos con todos nuestros pulmones, que vale más cantar en el baile que en el facistol. Allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

Como si lo recortase un buril, el árbol, en las orillas de las aguas del mar, se vé negro sobre un cielo claro. Allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

Masticando la yerba brizna á brizna, á la famélica liebre la asalta el deseo de comer romero. Allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

A la sombra de los olmos el peregrino pide á la peregrina un beso por una redondilla. Allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

Detrás de un declive del terreno oimos el esquilon del caballo de un alquilador de coches. Allí hablan en voz baja Mathurin á Mathurine y Mathurine á Mathurin.

VIII.

El jarron roto.

Cielos! ¡Toda la China está en el suelo á pedazos! Ese jarron, hermoso y suave como un reflejo de luz en el agua, lleno de pájaros, de flores y de frutas, de ese vago ideal que sale de la diafanidad de los sueños; ese vaso único, extraño, que parece que conserve la luz de la luna en pleno medio dia, que parecia vivir y ser mónstruo y tener alma, Marieta, al arreglar el cuarto, por negligencia, dándole un codazo, lo rompió. La redondez de ese hermoso jarron estaba llena de muchos

caprichos; en ella pacían bueyes de oro en prados de porcelana. Le profesaba especial cariño; lo habia comprado en el muelle, y muchas veces explicaba á los niños todo lo que contenia. Cuando llegué al gabinete y ví que el jarron estaba hecho pedazos, me puse furioso y grité con voz ronca:—"¿Quién ha hecho esto?„ Viendo entonces Juana que Marieta estaba temblando, comprendiendo mi cólera y su sobresalto, dirigiendo á mí sus hermosos ojos, me contestó:—"¡He sido yo, abuelito!„

IX.

Juana, despues, dijo á Marieta:—"Ya sabia que respondiendo que yo habia roto el jarron, no me reñiria. No le tengo miedo, porque es mi abuelo y me quiere mucho. No tiene tiempo de encolerizarse, no está nunca muy incomodado, porque se entretiene mucho contemplando las flores, y cuando hace mucho calor nos dice: "No vayais al sol con la cabeza descubierta; cuidad de que no os pique algun bicho; corred, pero no deis tirones al collar del perro; subid con cuidado por la escalera grande, para no daros algun golpe contra el mármol saliente; jugad.„ Despues se vá á pasear por entre los árboles.„

X.

Perdonarlo todo es demasiado; darlo todo es mucho: pues bien, yo se lo doy y se lo perdono todo á los niños, y vuestros ojos severos me miran y me dicen:—"Ser tan clemente es dar un mal ejemplo; amnistiar en el seno de la familia es peligroso. Absolver los delitos que cometen ojos azules y dedos puros y sonrosados es una cosa temible. ¡Si esto llegara á ser contagioso! Es preciso pensar en dar buena educacion. La ferocidad sienta bien á la paternidad; el cetro debe tener la horca por compañera; el ideal es un Louvre que se apoya en un presidio; el bien debe practicarse con mano de hierro. Si fuéseis Dios, ¿no tendríais infierno? ¿Y creeis que yo estaria muy contento de ver cocer mis hijos en un horno? Pues no. No entono el *mea culpa*, y antes que ser Sabaoth, quiero ser abuelo. No será posible la religion como vosotros me decís; no será posible la sociedad; retrocederemos hasta los trogloditas, hasta los salvajes que cubren sus carnes con pieles de lobos. No; retrocederemos hasta encontrar al verdadero Dios, que es distinto del Dios vengador; retrocederemos á la inocencia primitiva y sublime, retrocederemos hasta la razon y hasta la luz de la verdad.—Entonces, abuelo, estais loco.—Consiento en ello. Vosotros que sois los fuertes y los poderosos, desconfiad de mí, porque nunca me vengo. Qué soy yo? Un cualquiera, un sér indulgente, que prefiere la juventud del alba al invierno lluvioso; hombre que ha dictado leyes, pero que es viejo y está arrepentido; que vitupera algunas veces, pero que nunca condena; soy una autoridad que huellan los diminutos piés de Juana, que no está segura de saberlo todo, que duda muchas veces, que siente impulsos con frecuencia de ofrecer á los hombres que no tienen casa ni hogar un rincon en la suya, un sitio al lado de la chimenea; que es menos severo para los pecados que infaman que para los delitos que se reverencian. Soy capaz de cometer toda clase de acciones caprichosas; tendré compasion de las rosas, de las mujeres, de los débiles y de los vencidos; tendré una regadera bastante vasta para hacer que con ella nazcan millones de flores en muchos sitios; ocultaré el ciervo á los perros que olfatean su pista; aunque un tirano quisiera ser mi amanuense, yo no lo admitiria; mis milagros consistirian en esto:—"En hacer que los hombres se amasen; en conseguir que no hubiera ya guerras, ni calamidades, ni diluvios; en que fuera creyente el sacerdote y justo el juez.„ Me ocultaria tras de la niebla, si fuera Dios, porque esto es conveniente; pero no me incomodaria, ni tronaria al través de las nubes, porque un niño pequeño no tuviera juicio: cuando os ofreciera el cielo á vos, hijo de Jafet, se veria que yo sé cómo el cielo está constituido; no anunciaria que los nocturnos velos dejarian un dia caer en tropel á las estrellas, porque tendria miedo de ver que Newton tocaba con el dedo á Spinosa; haria á Veuillot la mala partida de invitar á Jesucristo y á Voltaire á mi mesa, y de que escanciase mi mejor vino el amigo de Lázaro al amigo de Calás; diria á los monarcas:—"Reyes, representais los abusos; desapareced„. Iria, guiñando el ojo, á devolver á los pobres su dinero sin decírselo á San Pedro, y agujereariá silenciosamente su cesto, en el que tanto oro se amontona. Le diria al abate Dupanloup:—"No tengais tanto celo; es demasiado acumular el pretender que la Vírgen sea doncella, señor obispo„. Seria un Jehová,

para quien el pueblo arrodillado no equivaldria al hombre que está de pié y que conserva la cabeza erguida. Perdonaria las faltas, diciendo á los mortales:—"Tratad de permanecer siendo inocentes„. Exigiria á los sacerdotes, no incienso, sino virtud. Tendria razon. En una palabra, si yo fuera el buen Dios, seria un hombre sin tacha.

VII.

La Inmaculada Concepcion.

Hay niños en todas partes. Se ven en las Tullerías muchos Jorges, muchas Juanas y muchas Marías; un niño de pechos que mama; otro que duerme; otro mayorcillo que quisiera ir al teatro Guignol; una niña que prueba á comerse una manzana: allí está reunida toda la deliciosa mañana del hombre; allí los niños corren, rien y charlan, hablan con sus muñecas, comen pasteles, saltan con cuerdas, me piden una moneda de cobre para un mendigo, y yo les doy un franco, me dan las gracias y se vuelven á jugar; y bailan, cantan y brincan. Su interminable alegría dá calor á la frialdad de la vejez; es delicioso el espectáculo que ofrecen á los ojos del abuelo! ¡Pero todo eso es horrible, todo eso es pecado!

Leed nuestros misales, leed la Biblia, al abate Pluche, á San Pablo, anotado por Trublet, á Veuillot, á todos los que ejercen autoridad en nuestro pais. Solo hay una Concepcion Inmaculada; todas las cunas son negras, escepto la del establo, que es luminosa. A lo que el hombre llama Amor, el cielo llama Pecado; todo tiene manchas, y el que lo niega es un ateo. Toda mujer significa vergüenza, esceptuando una sola.

De modo que esa coleccion de niños es una coleccion de delitos. Pájaro que fabricas tu nido, estás fabricando el mal. De este modo sonrie malignamente la sombra mirando á la pollada. De este modo Dios guiña los ojos al diablo y le dice: Toma todo eso!, y de un crímen mio nace un inocente. Así ese torbellino de alegría y de luz que se llama infancia, ese enjambre de almas que nos envia el amor misterioso, esas constelaciones de ángeles que aparecen en nuestra noche, solo son el hormiguero monstruoso de la falta, y nacen en el pecado los recien nacidos.

Son fúnebres en medio de la vasta aurora, y detrás de ellos viene la informe caida de las tinieblas. En los pliegues de su dogma ocultan la sombría noche. La pareja comete una falta; su fruto es vil y su gérmen nocivo. Ni un solo himeneo, ni un solo altar es puro. ¡Mujeres, hacen nacer en vosotras espantosas dudas! Coronar á una es ultrajar á las demás. Lanzan el anatema contra los ojos que dicen: ¡Nosotros vemos!, y contra los corazones que dicen: Nosotros amamos!, y sobre el goce del alma, y sobre el árbol en flor, y sobre la claridad de la aurora, y sobre la alegría eterna de Dios, que exclama: ¡Soy el padre!, y que sin velos y sin límites siembra los niños en el mundo y en el cielo las estrellas!

VIII.

Los garrapatos del estudiante.

Cárlos traza dibujos en el libro que dá en clase. El tema es fastidioso, hasta el punto de que estando muy cansada la pluma del niño, solo ha podido descansar haciendo ese enorme trabajo; improvisando en el libro por todas partes, arriba y abajo, frescos como se ven en las paredes de las moriscas alhambras, haciendo manchas de tinta, con pretensiones de dibujar animales que devoran la frase y que roen las palabras, y que, comiéndose el texto, llegan hasta morder el márgen. Entre esas manchas se vé flotar la nariz del maestro. Recortando el claro oscuro del antiguo latin toscano, en la gran sátira en que Roma tiene puesta la argolla sobre César, sobre Bruto, sobre esos grandes recuerdos históricos, Carlos ha esparcido sus embolismos. El cabritillo del capricho ha trepado sobre los versos. El libro es el anverso y el estudiante es el reverso. Su buen humor se vé en él confundido con los estigmas del vengador que queria huir al pais de los Sármatas. Sus pintarrajos son extraños, crudos y monstruosos; unos caen sobre Codrus y otros sobre Neron; algunos arañan un dáctilo. Un pato hace el nido en las ramas del estilo, un

asno rebuzna y acaba por ser buho en una oscura selva; se vuelca en él el tintero, le inunda la cabeza esta lluvia negra, y tiene clavada la pata en un espondeo. En todas partes la mano del capricho traza el dibujo, y con gran placer del estudiante, el enjambre de los garrapatos, horda que es hostil á las bellas letras, vuela por entre los exámetros. En ese juego, un no sé qué infantil, enlazándose al poema, le dá inefable acento, comenta la obra magistral, y se siente en ella la armonía de la candidez que completa al génio; es un gigante que lleva en hombros un mono.

De este modo Cárlos trabajó en la dura y antigua obra magistral y en el bronce olvidado, embutió la hiedra y desarregló la máscara enorme, haciéndola adquirir loca expresion. Así se divirtió. Fué una felicidad para el estudiante tratar á un génio altivo como á un mónstruo familiar; tratar al leon como si fuera un perro faldero. Cárlos se quedó muy satisfecho de su obra, que él mismo admiró.

Sobrevino entonces un vigilante: en sus ojos empañados se traslucía que era el encargado de castigar á los estudiantes; en el pliegue que formaban sus labios caidos, se adivinaba que representaba á la ley y el augusto furor de los textos ultrajados. La infancia desea flores y le dan rocas. El aparecido era el censor del colegio. Se aproximó al niño, lanzó al libro una mirada funesta y dijo con altivez:—"Muy bien! Copiareis mil versos esta mañana, por falta de respeto á los libros de estudio.„—Dicho esto, se fué el carcelero. Precisamente el niño estaba castigado y tenia que sufrir el castigo en las horas de recreo. Ver jugar á otros, cuando se tiene nueve años, es sufrir el tormento de Tántalo, de Encélado y de Ixion. Es hacer pesar sobre el niño el espantoso monte de mil versos. Cárlos, sollozando, exclamó:—"¡No me dejan jugar! Me hacen copiar latin! ¡Estoy entre bárbaros!„—El medio dia es la hora de sentarse en el campo sobre la yerba, la hora santa en la que se debe saltar á la pata-coja; cuando el aire es caliente, los bosques verdean y la curruca se lava, teniendo por cubeta el manantial; la cigarra canta entre los trigos, y el niño tiene derecho á pasear y á jugar por los campos. Cárlos, desconsolado, medita ante el libro que ennegrecen sus crímenes. Cree oir confusamente reñir las rimas contra un Boileau, que se entreabre y bosteza á su lado; todos los versos del libraco le parece que están irritados contra él, pero sin embargo no le remuerde la conciencia. Conserva la frente alta, y como no se avergüenza, no cree haber cometido ninguna falta.—Estoy, pues, preso? ¿Qué delito he cometido?—Con tristeza vé pasar la hora del recreo. Está solo. Todos le abandonan. Llora y mira desconsolado la hoja de papel en la que ha de copiar mil versos.—Vamos! No hay más remedio! ¡Es preciso copiar!—Con rabia coge la pluma y empieza á escribir.

De repente del antiguo libro sale una sombra, un alma, un hombre, y le dice: —"Nada temas, hijo mio. Me llamo Juvenal. Soy bueno. Solo asusto á los grandes„.—Cárlos levantó los llorosos ojos para mirarle y le contestó:—"¡No tengo miedo!„—El hombre marmóreo, mientras se oia á lo lejos la algarabía de los estudiantes que jugaban á la sombra de los árboles, prosiguió hablando así:—"En otro tiempo fuí desterrado como tú por haber llenado de garrapatos las figuras de los pedantes, como has hecho tú, y yo incomodé á los augures. Veamos lo que has hecho en el libro.„—Dijo, y fijándose en un dibujo, que no tenia demasiada cola ni mucha cabeza, preguntó:—"Qué es esto?„—"Es un animal.„—"Ah! pones animales en mis versos. Despues de todo, esto no tiene nada de extraño, porque Dios los pone en los grandes bosques y en los sagrados mares.„ Volvió despues una página, y fijándose en ella exclamó:—"Veo que creas. Qué es esto? Tiene buen aspecto, pero está torcido.„—"Es un buen hombre.„—"¿Un buen hombre?... Precisamente eso es lo que ahí falta; mi libro está lleno de perversos, y me complace ver que entre ellos vive un buen hombre. Gracias, hijo mio.„—Y con sus manos soberanas, hojeando el libro, pasa á Nisard, el asno, la nariz del maestro, la veleta, los dragones, las patas de tinta aladas que recortan los profundos versos, y exclama:—"Está muy relleno!„

De este modo, la grande y la pequeña hermana, las almas de Juvenal y del estudiante, charlaron allí, y el censor, oscuro como la media noche y frio como

Diciembre, se hubiera asombrado si hubiese entrado en el gabinete en aquellos momentos, al ver cómo el viejo poeta se reia con el inocente niño.

IX.

Las calaveradas del abuelo cuando era niño.

(1811.)

PEPITA.

Como llevaba redecilla, titubeó la rima, porque le pareció que debia ser Inés, y era Pepita.

Pepita, que tenia diez y seis años... bien me acuerdo... Todo el pasado en tropel como una marea vuelve á mi corazon.

Tu flujo, mar, vuelve á traernos los sargazos y tus yerbas secas. Mi padre tenia escolta; habitábamos en un palacio;

Vivíamos en España, pais que nunca olvido; conocí en una primavera á Pepita, cuando yo tenia ocho años.

Esa jóven me decia que se llamaba Pepa y que su padre era marqués. Yo creia ser ya un hombre, porque estaba en pais conquistado.

En su redecilla de seda, Pepa escondia los doblones, cuyo oro brillaba menos que sus cabellos blondos.

En ella, la chaquetilla de moiré, el traje de toreador, el terciopelo azul, el encaje negro tenian mucho brillo y mucho atractivo.

Era casi una mujer Pepita, á la que dedicaba yo mi amor; Pepita, la hermosa española que se habia apoderado de mi alma.

Temblaba yo en su gabinete como un nido de pajarillos que ve cerca el halcon; llevaba un collar de ámbar, y en su balcon florecia un rosal.

Todos los dias, llorando, un viejo iba á pedirla limosna, y á la misma hora se aparecia allí un oficial de dragones, que salia no sé de dónde.

Su caballo piafaba en el patio, mientras que la voz temblona del viejo imploraba la caridad de Pepita.

Y la hermosa del collar de ámbar, inclinándose en el balcon sobre el rosal, socorria al pobre para socorrer al oficial.

Uno orgulloso y otro contento se iban los dos, llevándose el pobre una moneda y el oficial una mirada.

Yo estaba cerca del balcon, temblando, siendo demasiado pequeño para comprender lo que allí sucedia y estando enamorado sin conocerlo.

Pepita me decia cariñosamente:—"Casémonos!„, eligiendo para amante al dragon y para marido al inocente.

Cuando yo decia alguna tontería, Pepa me interrumpia, diciéndome:—"¡Habla más bajo!„, y yo era tan necio que callaba.

Los soldados apuraban copas y jugaban al dominó en las grandes cuadras del palacio Masserano.

X.

Niños, pájaros y flores.

I.

Pláceme ver un grupo de niños riendo y charlando; he notado que casi todos son blondos, como si el sol Levante les hubiera dorado la cabellera. Cuando Rolando era niño, despues de aprender la esgrima, jugaba en el campo con sus compañeros Raymond y Juan de Pau. Un dia en que alegres estaban jugando

los tres, pasó por allí un monje, que era el abad de aquella comarca, y les preguntó:—"Niños, ¿qué os complaceria más destrozar?„—"Un buey„, respondió Juan de Pau.—"Un libro„, contestó Raymond. —Rolando replicó: —"Una bandera„.

II.

Soy el huésped fiel de los bosques, el jardinero de los plantíos. Cuando llega el otoño, la golondrina me dice en voz baja:—"Mudemos de domicilio„.

Despues de Frimaire (1), despues de Nivoso, voy á ver si los vástagos tiernos me necesitan, y voy á ver si falta algo en el bosque.

Digo á las zarzas: Creced, vírgenes! Digo al aroma: Embalsama! Digo á las flores que bordan los vergeles: ¡Haced con cuidado vuestro dobladillo!

Vigilo, entreabriendo la puerta, al viento que sopla desde las alturas, porque engañarnos acerca de lo que nos trae es la costumbre de ese mentiroso.

Voy al campo desde que empieza el dia, para ver si no han sido inútiles las urgentes medidas que toma Abril contra Enero.

Todo concluye, pero todo vuelve á empezar, y me intereso en el procedimiento por el que todo se rejuvenece y que en vano quiere eludir la sombra.

Disfruto viendo las malezas, la hiedra, el líquen y todos esos peinados que el sol inventa para adornar las ruinas.

Cuando el floreciente Mayo coloca penachos sobre los tristes torreones, les digo á esos viejos descontentadizos:—"Dejad obrar á la primavera!„

III.

En el jardin.

Juana y Jorge están allí. El cielo tempestuoso se serena y refleja su claridad en los niños que están jugando. Llegan los hermosos dias de la primavera; todo reverdece, el bosque está brillante; el horizonte cambia como una decoracion de ópera; dad el nombre que os plazca á Floreal, al delicioso mes de Mayo, que es el mes del himeneo augusto del nido y del azur, de la brizna de yerba y del cielo; es la época en la que todo se cree eterno; época de deslumbramiento, de esperanza y de embriaguez. La planta me parece una mujer y mis versos la acarician; es, gracias á las frescas espadañas y á las puras campanillas, la venganza que los poetas tomamos del feo y horrible Enero; es la revancha que Abril toma contra el invierno. ¡Cielo azul, caliéntanos, resplandece! El alba pasa sembrando rosas por todas partes; por todas partes hay luz y sombra; todo es misterioso y todo es radiante. ¿Qué busca el alcion en las tempestades? El amor: gozando de las mismas caricias el antro y el nido, no sé por qué el hombre se avergüenza de lo que complace á los leones, del amor, del himeneo sagrado, de la naturaleza. Todo calabozo conduce á la misma salida, á la existencia, y toda cadena empieza por ser de hierro y acaba por ser de flores. Por eso al principio nos inflaman el ódio, la guerra, los tormentos, las calamidades y despues la mujer; porque la noche tiene por objeto traernos el dia. Dios hizo el firmamento para crear el amor. Siempre, como el poeta ama, como el sábio se sacrifica por la verdad, he dejado que el supremo atractivo de la belleza me venciese y que haga de mí lo que le plazca. No he ocultado jamás ante ninguna mujer mis transportes, como no los he ocultado ante la estrella que brilla, ante las nubes ni ante el blanco cisne que se destaca en el agua. Siempre en los aires los pájaros entonan el mismo canto, y este canto constituye su vida. Si eres poderoso, te compadezco; si eres amado, te envidio.

IV.

El que agua la fiesta.

Las hermosas doncellas huyen y no saben dónde esconderse. La morena y la rubia, la alta y la bajita, bailaban cerca del campanario.

Una de ellas cantaba llevando el compás del baile, y los jóvenes y robustos

(1) *Firmaire:* tercer mes del calendario republicano de Francia, que empieza el 21 de Noviembre y termina el 20 de Diciembre.—(N. del T.)

solteros acudian al oir la algarabía del baile, poniéndose flores en los sombreros.

Al regresar de la fuente bailaban alrededor del campanario. Yo amo á Petra, decia la encina; yo amo á Isabel, decia la roca.

Pero el campanero, desde el hueco de las campanas, con voz ronca las gritó:—"Lejos de aquí, feas!„ Y al oir esa voz siniestra se desparramaron todas las jóvenes.

Se acabó la danza; huyeron los ojos negros y los ojos azules, como huye cuando empieza á llover una bandada de asustadizos pájaros.

"Qué le ha dado á ese hombre?„, exclaman las jóvenes.—Cesó el canto, porque el campanero hizo huir lejos de allí á las doncellas y á las canciones.

"Qué le ha dado á ese hombre?„—"Lo ignoro„, respondió el alegre gorrion, disgustado porque hizo huir á las doncellas. Pero un myosotis dijo á las jóvenes:

"Os voy á explicar por qué obra así. Careceis de atractivos para él, porque si las mariposas aman á las rosas, los buhos las aborrecen.„

V.

Ora, ama.

A lo largo de los vergeles corre la perdiz con piés veloces.

Como para arrastrarla en sus celestes columpios, las nubes han puesto á la luna en medio de ellas. Jorge, si quieres iremos los dos á jugar á la sombra que proyectan las ramas de aquel sauce viejo.

La noche vá llegando; algunos se bañan, y con la hoz á la espalda el segador vuelve á su domicilio, enjugándose el sudor. El crepúsculo solo lanza ya vaga claridad sobre los que pasan por la orilla del rio.

El señor cura pasa y cierra su breviario; hay ya poca luz para leer; la escasa claridad del dia que resta aconseja el rezo al que carece de amor. Amar y rezar forman el alba y la tarde del alma.

En el fondo son la misma cosa; amar á la mujer es rezar á Dios; para ella nos arrodillamos tambien. Cuando llegues á ser hombre leerás esto que escribo ahora; mientras, me escuchas asombrado cuando te hablo.

Te hablo, Jorge, como si hablase á Cárlos. Cuando muere el ala rosada, le toca el turno al ala azul. La plegaria tiene la misma audacia que el amor, y el amor sobresalta como la plegaria.

Todavía hay alguna luz en los claros del bosque. El Angelus se oye á lo lejos, en el brumoso horizonte. ¡Oh cielo sublime! Edificio sombrío é infinito! ¡Muralla oscura y relumbrante!

Es imposible penetrar en la region tonante; ante ella el jóven se queda pensativo y el viejo turbado; ante lo desconocido, que iluminan las estrellas, el dia que muere se parece al alba que nace.

La oracion es la puerta y el amor es la llave.

VI.

Sé libre!

Cuando pasó el rudo invierno, quedó un solo pájaro en la pajarera donde antes se oian cantar muchísimos. Entonces estaba vacía. Una tierna paro habia quedado allí sola, y no carecer de granos, de bizcocho ni de agua, ver entrar algunas veces en su jaula alguna mosca, constituian toda su felicidad; pero esta felicidad no la satisfacia. El triste pájaro dormia solo, y en cuanto amanecia, con el pico se limpiaba la pluma. Llegó á convertirse en salvaje. Habia momentos en que parecia que se habia impues-

to la tarea de saltar de una caña á otra sin descanso; su vuelo parecia loco; cantaba y luego de repente enmudecia y se quedaba inmóvil y melancólico, sin menearse siquiera. Al ver cómo se hinchaba, al ver que plegaba y escondia la cabeza debajo del ala al medio dia, se comprendia su afliccion, se comprendia su fastidio y que echaba de menos el canto alegre de sus compañeros perdidos. Esta mañana abrí la puerta de la pajarera y entré.

Una floresta y una gruta se encerraban en esa cárcel, en la que saltaba el agua de una fuente; cárcel que se cubria en el invierno con una gran cortina.

El pobre pájaro, al verme entrar, voló á lo más alto de la pajarera, despues á lo más bajo, como buscando dónde esconderse con ansiedad inexpresable; el sobresalto que siente el débil está lleno de impotente furor, y el pobre volaba á mi alrededor espantado. Para poder cogerle me subí sobre una roca inmediata á la fuente, y entonces, aterrado, vencido, lanzando gritos, fué á caer en un rincon, y yo le cogí. ¿Contra el mónstruo qué puede el átomo? ¿Para qué resistir cuando se vé cautivo, frágil y desarmado? Estaba inerte entre mis dedos, con los ojos cerrados, con el pico abierto, dejando colgar su débil cuello, con las alas muertas, mudo, inmóvil, y yo sentia cómo le temblaba el corazon.

Abril es un hermano de la aurora que se le parece mucho; es deslumbrador, así como ella es suave; tiene el aspecto del que se rie y se despierta. Estamos en el mes de Abril, y mis céspedes, mi jardin y los jardines inmediatos, el horizonte y todo, desde el cielo hasta la tierra, se llena de esa alegría que en la flor embalsama y que en el astro llamea; las aliagas están de fiesta y doran los barrancos, en los que las abejas susurran; el acre invierno se disuelve, la naturaleza parece contenta y rejuvenecida y lanza perfumes, cantos y rayos.

Salí de la pajarera llevando siempre el pajarillo en la mano; me acerqué á una espesura del bosque, que cubria la hiedra, formando un delicioso retiro, y al ver que á los rayos ardientes del sol todo vibraba, todo estaba palpitante, exclamé, abriendo la mano:—"Sé libre!„

El pájaro huyó, posándose en las flotantes ramas y entregándose á la inmensidad espléndida de la primavera; y yo le ví desaparecer á lo lejos, en la vasta atmósfera, por entre los innumerables árboles, volando hácia el vago llamamiento de los amores y de los nidos, cerniéndose hácia otras alas blancas, no sabiendo qué palacio elegir, corriendo desde las ramas á las flores, desde las flores á las olas, deseando locamente volver á entrar en el paraiso.

XI.

Juana apedreada.

(Bruselas.—Noche del 27 de Mayo.)

Estaba observándolo y ví, asomado á la ventana, que el que habia arrojado la piedra era jóven, casi un niño, y ya era asesino.

¡Jóven, Dios te protegió, porque podias haber muerto á mi pobre niña!

¡Con qué facilidad desaparecen los sentimientos humanos en los corazones que el sacerdote fanatiza, y con qué facilidad un imbécil llega á ser feroz! Loyola sabe convertir á Jocrisse en Schinderhannes, porque el asno puede llegar á ser tigre. Pero Dios no permitió, desgraciado jóven, que cometieras un asesinato católico y romano, y erraste el golpe. ¡Huye, espectro, y conviértete en sombra! ¡Huye, que yo pienso en tu madre!

El cielo me inspira la clemencia; mujer, madre, quienquiera que tú seas, quienquiera que sea tu hijo, ¡yo te bendigo! No eres responsable y no debes ser castigada; yo le perdono en nombre de este inocente ángel. Ese jóven fué en otro tiempo el sér que te trajo al mundo el paraiso, y cuando nació, vibraste de alegría y de cariño. Dormiria sobre tu seno, como Juana duerme en mis brazos; era en tu morada el huésped misterioso; era un ángel entonces, y no es culpa tuya ni suya que sea ahora un bandido.

El sacerdote, á quien confiamos la educacion y la enseñanza, llenó su imaginacion de imposturas. El ciego vació en su corazon la ceguedad. Al preceptor inclemente y al extraviado discípulo les perdono; el mal tiende innumerables lazos, y yo les compadezco. Pobre madre, tu hijo no supo lo que se hacia, porque cuando Dios germinaba en él, el sacerdote lo ahogó. Y hoy vedle ya internado en la Selva-Negra del dogma. Ignacio manda y su discípulo está dispuesto á beber lo falso, lo verdadero, el bien, el mal, el error y la sangre; todo. Le dicen: "Hiere„, y obedece; "Asesina„, y consiente. ¿Cómo quereis que sea con él severo? La cumbre que perdona al abismo es la del Calvario. Sombríos verdugos, confiais en nuestros martirios, y nosotros, los dilapidados y los crucificados, absolviendo á los guijarros viles y á los estúpidos clavos, os perdonamos. Es justo. Madre, tu hijo me apedrea y yo te bendigo; cumplo con mi deber. Cuando mueras, mujer, ojalá puedas verle darse golpes de pecho, arrodillado ante tu fosa. Ojalá consigas ver extinguirse en él la falsa claridad y que su corazon se encienda en el verdadero fuego; ¡ojalá crea menos en el sacerdote y crea más en Dios!

XII.

Juana dormida.

Juana duerme y deja el pobre ángel desterrado vagar su alma inocente por el infinito, sin mirar hácia el mundo, probando, antes de beber las copas de hiel de la tierra, á ver si puede conversar otra vez con el cielo. Duerme con sagrada tranquilidad; su apacible respiracion, sus gestos incomprensibles, su calma, son exquisitos. Su abuelo, feliz esclavo, pais conquistado, la contempla.

El niño es en el mundo el sér más insignificante y el más grandioso; se vé brotar en sus labios vaga y pura risa, que no se sabe de dónde nace. ¡Qué hermosa está! La aspiramos como se aspira el perfume del gamon; tiene á su lado una muñeca de asombrados ojos, y á cada momento la estrecha contra su corazon. El alma de la niña, no deslucida aun, parece derramar la claridad de lejano empíreo, y enternece á los ancianos ver que esa fresca aurora desea confundirse con su sombría noche.

No la desperteis! Duerme; está fresca como una rosa. Juana, entregada á su sueño, sin duda está conversando con los ángeles en las celestes esferas. Quizás de azucena en azucena, de ilusion en ilusion, fabrica su miel; quizás trabaja en el transcurso del sueño, como las abejas trabajan en las flores.

XIII.

La epopeya del leon.

I.

El paladin.

Un leon cogió á un niño con la boca, y sin hacerle daño se lo llevó al bosque. Se apoderó de él como cogemos una flor en el mes de Mayo, sin saber por qué; se apoderó de él, pero sin morderle, ó por menosprecio ó por perdon generoso, que los leones son sombríos y nobles. El niño, que era un príncipe, se conceptuaba muy desgraciado en aquel antro, en el que resonaba la voz bronca de la fiera; sepultado en él, temblando, alimentándose de carne cruda, vivia casi agonizando de horror. El niño era hijo de un rey de aquellas cercanías, niño que apenas habia cumplido diez años; el rey solo tenia una niña que apenas habia cumplido veinticuatro meses, y la desgracia que le sucedia con su hijo le producia tal pesadumbre, que le hacia envejecer prematuramente. Veia que su heredero estaba en poder del mónstruo, y la provincia, que temia más al leon que á su príncipe, estaba aterrada.

Un héroe, que llegó de paso por aquel pais, se detuvo allí y preguntó:—"¿Por qué estais tan aterrados?„ Entonces le refirieron lo que sucedia en el pais, y el desconocido se dirigió hácia el antro.

Un vasto hueco situado en un barranco, al que apenas llegaba la luz del sol, servia de antro al leon. El bosque que al barranco rodeaba dejaba caer en la sombra de un terreno encharcado espesos ramajes; era un bosque digno del rey de las selvas; parecido á los bosques de Bre-

taña, tenia por límite un abrupto monte, una de esas cimas de piedra en las que termina el horizonte; la caverna estaba tallada en granito; la circundaban grandes y copudas encinas, que parecia que murmuraban:—"Respetad al leon!„

El héroe penetró en ese palacio salvaje: el antro tenia el aspecto de ruina y de homicidio, que sienta bien en la morada de los poderosos; la sombra reinaba en él y el sobresalto que causaba era tambien propio del alcázar de un rey; los huesos que habia esparcidos por el suelo indicaban que el habitante del antro no carecia de nada; un agujero, abierto en el techo por algun rayo, hacia penetrar escasa claridad en la caverna, la claridad que basta á un conquistador que era altivo y orgulloso; pero que se comprendia que, á pesar de ser altivo, se acostaba en un lecho de retama y que bebia sangre como si bebiese agua pura. El caballero, armado de piés á cabeza, penetró allí.

En seguida vió en aquella guarida uno de los mayores animales que la melena corona; al leon, que estaba pensativo: su mirada era profunda, lo que hace creer que esos mónstruos sean los pontífices de los bosques; sostenido el leon por sus anchas garras, presentaba aspecto siniestro; era difícil de inmutar: el héroe avanzó, sin aproximarse mucho; sus pasos resonaban en la caverna; llevaba en el casco pluma roja. Nada se conmovió en el augusto antro. La fiera estaba entregada á sus reflexiones. Theseo, al entrar en el abismo, donde se encuentran Ixion y Sísifo desnudos, en el que flotan las olas del averno, vió poco más ó menos una caverna semejante. El paladin, que el deber conducia allí, sacó la espada. Entonces el leon levantó suavemente la cabeza, en la que se marcaba expresion terrible.

El caballero exclamó:—"¡Salud, rey de las selvas! Tienes oculto un niño en los escondrijos de tu antro, y por más que registro con la vista todos los rincones de tu guarida no le veo, y yo vengo á buscarlo. Seremos buenos amigos si me lo entregas; sino, yo tambien soy leon y tú morirás; el padre estrechará al hijo en sus brazos, mientras que aquí tu sangre tibia correrá humeante„. El leon, pensativo, respondió:—"No lo creo„.

Dicho esto avanzó furioso el caballero, y blandiendo la espada, exclamó:—"¡Defiéndete!„ Entonces se dibujó en la faz del leon espantosa sonrisa. No hagais nunca sonreir al leon. La lucha cruel se trabó ferozmente entre aquellos dos gigantes; el hombre alargó la espada y la fiera las uñas. Se cogieron cuerpo á cuerpo, y lanzando espuma el mónstruo, manejaba al hombre de un modo formidable: el uno era valiente y el otro era voraz; el leon apretaba la carne bajo de la coraza y salvajemente, y con sus ardientes garras, amasando el hierro y el acero, hizo saltar la sangre del aplatamiento de la armadura; despues, arrancando de ella los pedazos, quitando el casco y los brazales, descubrió los huesos y se vió que el caballero no era ya más que una especie de barro y de limo que cubria la coraza, y el leon se comió al héroe. Despues dobló la cabeza sobre una roca y se quedó dormido.

II.

El ermitaño.

Entonces llegó un ermitaño. Avanzó hácia el antro, grave, pero temblando, con la cruz en la mano, llevando la túnica sujeta por una cuerda, y entró. El héroe yacía allí informe y medio dormido, y el leon, despertándose, bostezó. El mónstruo abrió los ojos, oyó cerca de él una respiracion, y viendo ante sí un hábito de lana y un capuchon negro, que ocultaban á un hombre, acabó de bostezar enseñando todos los dientes; despues gravemente, dirigiéndose al recien aparecido, le preguntó:—"Qué quieres?„—"Quiero á mi rey.„—"Qué rey?„—"A mi príncipe.„—"Quién es tu príncipe?„—"El niño que tienes en tu poder.„—"¡A ese niño llamas rey!„ El ermitaño saludó al leon. "¿Por qué te has apoderado de ese niño?„—"Porque me fastidiaba estando solo, y él me hace compañía los dias que llueve.„—"Devuélvemelo„.—"No; quiero conservarlo.„—"Para qué lo quieres? quieres comértelo?„—"Pardiez! ¡si tuviera hambre!...„—"Piensa que has sumido á su padre en inconsolable afliccion.„—"Los hombres me mataron á la leona, que era mi madre.„—"Su padre es rey como tú; como tú es señor.„—"No es tanto como yo.„—"Si perdiera á ese hijo...„—"Le queda la hija.„—"Una hija vale

muy poco para un rey.„—"La única familia que yo tengo se reduce á la áspera roca, á salvaje selva, y me contento con ella„.—"Ten clemencia con un rey.„—"No soy clemente, porque estoy muy triste.„—"¿Quieres conseguir el paraiso? Te lo ofrezco en nombre de Dios.„—"¡Vete, viejo imbécil!„ El ermitaño se fué.

III.

La caza y la noche.

El leon solitario, entregándose al olvido en que se sumen los mónstruos en el mundo, se volvió á dormir, dejando que poco á poco apareciese la noche. La luna salió en el horizonte y convirtió en un espectro el menhir (1), el estanque en sudario, el sendero en engaño y el oscuro paisaje en inexplicable sueño; y nada se movió ya en la gruta, y mientras en la bóveda celeste iban apareciendo las estrellas y la yerba abrigaba al topo y á la cigarra, la respiracion del leon, igual y serena, tranquilizaba á todos los animales del bosque.

De repente oyóse la algarabía que mueven los cuernos de caza y los ladridos, las jaurías y los hombres, que hace parecer que los bosques se embriaguen bruscamente, alboroto que las ninfas oyen temblando en sus lechos. El estruendo de espantosa cacería llenó en toda su extension lago, montaña, bosque y prado, turbando su silencio solemne. La selva se iluminó con una claridad sembrada de gritos tempestuosos. Aullaban los perros buscando presas, y sombras vagas se veian correr por entre los árboles. Parecia que aquel extrépito lo movia un ejército, y efectivamente lo producian los soldados que enviaba el rey padre para libertar al príncipe, para apoderarse del antro y para sacar de él la piel sangrienta del leon. ¿Quién provoca las rebeliones, la fiera ó el hombre? Dios solo lo sabe; todo lo del mundo es un número, él es solo la suma.

Los soldados habian comido opíparamente, estaban en buen estado, armados con arcos y con venablos; eran muchísimos y los dirigia un bravo capitan. Algunos acababan de regresar de lejana guerra y todos eran veteranos y valientes. El leon oia el temible alboroto, porque habia abierto sus trágicas pupilas, pero tenia aun la cabeza recostada sobre la roca y solo movia la enorme cola.

Alrededor del antro inmenso y mudo voceaba la multitud indignada; como un enjambre susurra alrededor de una araña, toda la legion de los cazadores se extremecia; toda la legion se alineó en órden de batalla. Sabian que el mónstruo era de los más feroces; que se comia un héroe como un mono se come una nuez; que era más cazurro y más altivo que un tigre; que sus miradas hacian bajar la vista á las águilas, y por eso le honraban sitiándolo en regla. La tropa á hachazos derribaba las malezas; los soldados avanzaban estrechándose unos á otros y los arqueros tendian las flechas en la cuerda. Guardaban silencio con el objeto de que en las hojas secas se oyese el ruido de los pasos del leon, si salia, dirigiéndose hácia ellos, y los perros, que conocen cuándo es el momento oportuno de callar, iban delante de los soldados con la boca abierta, pero sin mover el más leve ruido. La luz de las antorchas iluminaba el bosque, y prolongándose hácia adelante, iluminaba el caos de árboles, que hacia temblar el soplo del viento; de este modo se dirige una caza hábil. Se vé al través de las ramas de una caverna, especie de masa informe situada en el fondo de espeso bosque, abierto, pero mudo, como ignorante de lo que está sucediendo, un hogar encendido del que sale el humo; de una villa sitiada se oye tambien el tocar á rebato de las campanas; pero aquí no se veia ni una cosa ni otra; aquí con vago temor observaban todos, con el arco y con la pica preparados, la tranquilidad sombría del antro épico; los dogos cuchicheaban entre ellos; el horror que en la oscura sombra se está quedo, inquieta más que el fragor de la tempestad. Sin embargo, como fueron á apoderarse de la fiera, avanzaban con los ojos fijos en el bosque, y preocupados por lo que deseaban conseguir, los ojeadores acechaban; levantando la linterna, contemplaban la entrada abierta de la caverna; los árboles se extremecian; los cazadores caminaban con gran disciplina; eran más de mil... De repente apareció la cabeza formidable.

Apareció el leon. En seguida creyeron

(1) *Menhir:* bloque de piedra céltico de considerable altura, que se eleva en forma de columna.—(N. del T.)

los cazadores que los bosques eran más grandiosos y temblaron hasta los más valientes; pero este temblor duró poco: los bravos arqueros tiraron y las flechas se dirigieron hácia el leon. Le acribilló un torbellino de dardos. El leon sacudió el pelo, y gravemente sacudió tambien la mayor parte de las flechas, que cayeron al suelo; pero otras se hundieron en las carnes y la sangre rayó sus espaldas; esto no obstante, casi impasible, miró fijamente á los soldados, y aquellos hombres, turbados, al verse en semejante lugar, dudaron si la fiera era un mónstruo ó era un dios. El feroz leon, en medio de aquel silencio, lanzó al través de los grandes bosques y de los pantanos dormidos uno de esos rugidos monstruosos, que consiguen semi-despertar al trueno y que exclame en las alturas:—"Quién truena allá abajo?„

Entonces todo terminó: la fuga arrastró á los combatientes, como el viento arrastra las brumas; disolvió todo el ejército, que se dispersó al oir el horrible rugido. Los jefes y los soldados, creyendo estar en sitios sobrehumanos, en los que estalla la cólera enorme de la naturaleza, desaparecieron temblando de espanto. El mónstruo exclamó:—"¡Montes y selvas, sabed que un leon libre vale más que mil hombres esclavos!„

Las fieras poseen el rugido, como los volcanes tienen la lava, y esta erupcion, que llega hasta el firmamento, basta ordinariamente para apaciguarlos; los leones quizás son más serenos que los dioses: en otros tiempos, cuando dominaba á la tierra el Olimpo, los Hércules decian: —"Debíamos extrangular de una vez para siempre á los leones„, y los leones contestaban:—"¡Perdonemos á los Hércules!„

Sin embargo, este leon se quedó sombrío y contrariado; era tardo y difícil de calmar, porque su cólera era feroz. Queria dormir en cuanto se ponia el sol; le disgustaba tener que luchar con perros; acababa de ser víctima de una celada; presenció que venian á insultar al bosque, y ascendiendo á la montaña, se encumbró en la cima, tomó la palabra, y como el sembrador que lanza la simiente lejos, prolongó el sonido de sus palabras, para que el rey le oyera desde su ciudad:—"¡Rey, me has atacado de un modo vil! Hasta ahora no he hecho ningun mal á tu hijo; pero te anuncio que entraré en tu ciudad mañana en cuanto amanezca, que llevaré á ella tu niño vivo aun, que invito á que me vean entrar á todos tus vasallos y que me comeré á tu hijo en tu propio palacio.„

Pasó la noche, dejando correr los arroyuelos por entre las yerbas y vagar las nubes por el firmamento.

Al dia siguiente, en cuanto rayó el alba, entró en la ciudad el mónstruo; los habitantes, huyendo, pedian socorro, y el leon caminaba por las calles.

IV.

La aurora.

Asustado el pueblo, estaba disperso y escondido; para qué habia de resistir? Ni un solo hombre defendia las murallas; las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par. Esos mónstruos semi-divinos causan tal espanto, su antro es tan temible palacio, que es poco prudente, que es casi impío, cuando les place salir de él, oponerse á su paso. Hácia el alcázar, que sustentaba una cúpula de oro macizo, el leon, pensativo, se dirigia lentamente, todavía erizado de flechas; la corteza de la encina sufre los golpes del hacha, pero el árbol no muere; sin encontrar un solo arquero continuaba grave el leon su camino, y temblando el pueblo le dejaba pasar. La fiera llevaba dentro de la boca al niño desmayado.

El tierno cautivo, lívido entre aquellos garfios fúnebres, colgaba de las dos partes de la boca de la fiera, pero no habia sufrido aun ni una dentellada; la presa que sujetaba el leon era como una mordaza en su boca, que le impedia rugir, lo que le molestaba, y su calma era feroz; su silencio aumentaba la llama que lanzaban sus ojos; ni una sola flecha le apuntaba; sin duda temian los soldados que algun dardo mal dirigido, en vez de matar al leon, matase al niño.

Como prometió en la cumbre de la montaña, despreciando á todos los habitantes de la ciudad, se fué recto al palacio, cansado de ver que todos temblaban y esperando encontrar allí alguno con

quien hablar. Vió abiertas las puertas y entró, pero no encontró á nadie.

Llorando por su hijo, el rey habia tambien huido, escondiéndose como todos, deseando vivir y creyendo que era necesaria su vida para hacer feliz al pueblo. El animal feroz es un sér sincero y le repugna que le tengan miedo, y el leon se avergonzó de verse tan noble y de ver al hombre tan indigno, y exclamó:—"Pues bien; ya que el padre es tan cobarde, me comeré á su hijo„. Diciendo esto, despues del patio entró en el corredor, pasó á las cámaras, llegó al trono y le encontró vacío; todas las habitaciones estaban desiertas, y buscó de sala en sala un sitio cómodo para comer; tenia hambre. Pero de repente se paró.

En una alcoba, que tenia vistas á un florido parque, un pobre sér, que olvidaron en su fuga, se despertaba, inundándole la luz del sol que penetraba por la ventana. Era una niña, la hija del rey, que, sola y desnuda, estaba cantando; que el niño canta cuando todo guarda silencio.

Una voz inefable, más tierna que el sonido de una lira; una boca pequeña rosada y sonriente, un ángel sobre un monton de juguetes, una cuna, pesebre para un Jesús ó nido para un pájaro; dos ojos azules, que vertian pura claridad; un astro en el azur, un rayo de luz en el Abril; todo eso era esa hermosa niña: el leon acababa de verla. Entró en la alcoba y el piso tembló.

Por encima de los juguetes, que llenaban una mesa, el leon levantó la cabeza, y la majestad de mónstruo y de emperador aumentaba en él el horror de verle llevar la presa en la boca. La niña, al conocer al niño, gritó:—"¡Es mi hermano! ¡Es mi hermano!„, é incorporándose en la cuna, contempló al gigante de los bosques, cuya mirada hacia retroceder á los Thiphones y á los Briareos. La niña amenazó al mónstruo con su pequeña mano, y entonces cerca de la cuna el leon dejó al niño al lado de la niña, como hubiera hecho una madre, y la dijo:—"Aquí lo tienes! ¡No te incomodes!„

XIV.

Séres desaparecidos.

Las almas que estás llamando siempre, corazon mio, no vuelven. ¿Por qué se obstinan en permanecer allá arriba?

En las esferas brillantes, de las que proviene la luz, ¿están acaso más contentos que con nosotros, que las adoramos?

Teníamos rodeada de parras y de árboles una casita cerca de Saint-Leu; ¡qué olorosas eran allí las flores! ¡qué azul era allí el firmamento!

Caminando sobre hojas caidas nos dirigimos á la espesura del bosque, y á la luz del sol buscábamos escarabajos en los derruidos paredones.

Reíamos con esa franca risa que no se ha oido nunca en ningun edén, y teníamos que decirnos siempre lo que ya nos habíamos dicho muchas veces.

Referia yo allí cuentos de viejas: ¡Dios sabe qué dichosos éramos! Lanzábamos gritos de alegría cuando veíamos pasar un pájaro.

XV.

Laus puero.

I.

Los niños mimados.

Cuando me ven tan débil con los niños, los hombres graves fruncen el entrecejo. Soy un abuelo que traspasa los límites de lo creible; infinito en mi paternidad, solo soy un buen viejo que tercamente se sonrie. ¡Pobres pequeñuelos! Soy el antepasado de mis infantiles sucesores, y algunas veces dirijo miradas rencorosas á la luna, porque quisiera poderla coger para ellos, y hasta para mí; en una palabra, soy poco razonable

y esto es terrible. Gobierno mal, porque no quiero que mi pueblo me tema, y mi pueblo lo constituyen Juana y Jorge; soy un abuelo sin freno, que siento el frenesí de ser bueno, que les dejo faltar á todas las leyes y que cometan todos los atentados que quieran; la popularidad nociva me seduce, pero debe perdonarse al viejo que esté enamorado de la gracia y de la sonrisa de la inocencia. Respecto á los niños, que no han cometido aun ningun delito, el abuelo puede ser anárquico, hasta el punto de señalarles con el dedo la alacena que encierra los tarros de dulce. Pues esto he hecho yo algunas veces; he permitido que se violasen los vasos sagrados, y esto es criminal. Me subo encima de la silla si veo en algun rincon un plato de fresas reservado para los postres de toda la familia, y les digo:—"Niños, este plato es para vosotros si salís de casa y buscais á los pequeñuelos pobres que están debajo de la ventana y que tienen hambre. Haced que suban y partid con ellos las fresas".

Pues bien; voy á quitarme la máscara y á decir que tengo por preocupaciones y por errores estúpidos las máximas que tratan de prohibir las cimas á las águilas, amar á los blancos senos y la alegría á los niños; las encuentro inoportunas y ridículas. Me hace reir el hombre cuando se inflama en cólera para impedir que el niño coja una manzana, cuando nos permitimos que los reyes juren en falso: ciudadano, defiende menos tus manzanas y defiende mejor tus derechos. Cuando el oprobio es la marea alta del mar; cuando veo que la clase media vota un sí vergonzoso; cuando Scapin es obispo y Basilio es banquero; cuando así como se menea un peon en un tablero de ajedrez, un aventurero pone un crímen en la Francia y se lo juega impasible y sombrío, arriesgándose á ser presidiario si pierde y emperador si gana; cuando se le deja hacer lo que quiera; cuando se vé sin disgusto que reina la traicion embrutecida en la orgía, entonces me refugio yo en las cunas, me voy con los niños y prefiero ese enjambre de inocentes, que hacen todo lo que les ocurre, á la muchedumbre, que acepta el crímen y lo glorifica, á todo el bajo imperio infame de Paris; prefiero los niños mimados á los padres corrompidos.

II.

El Syllabus.

Al comer con ese aspecto azorado las naranjas, me parece que ahora temblais ante mí, me parece que me temeis; ¿por qué? Ya sabeis que siempre soy bondadoso y que el abuelo debe ser tierno, como el cielo debe ser azul.

No tengais miedo. Verdad es que estoy incomodado y que gruño, pero no es contra vosotros. Hijos mios, en este mundo vil el sacerdote ódia y engaña, y oigo que llega hasta estos solitarios asilos donde nos refugiamos el estruendo de actos imbéciles que se ejecutan en estos momentos.

Pretenden sumirnos en la ignorancia, y yo quiero sustraerme de ella. La llanura resplandece; ven, Juana, con tu hermano Jorge; los primeros rayos del sol brillan en el lago, y lo que asciende de toda la naturaleza hácia Dios es la luz, y lo que baja de ellos es la oscuridad.

Adoro vuestra pequeñez, niños, y detesto la suya; ódio su balbuceamiento y adoro el vuestro, y cuando me hablais, me inclino hácia vosotros para oir lo que os dicta el alma pura, y creo entrever en ella un vago boquete de los estrellados cielos,

---

Porque érais ayer los interlocutores de los astros y de los ángeles, porque en vosotros todo es puro; y traeis hasta mí, que vivo envuelto en espesa nube, no sé qué rayo de la desconocida aurora; vosotros venís y yo me voy.

Lo que vosotros decís os lo inspira el austero firmamento; algo superior al hombre y al mundo brilla en vuestros inocentes ojos, y vuestro acento, en el que nada insulta, en el que nada vitupera, en el que nada muerde, se confunde con el vasto epitalamio de los misteriosos bosques.

Vuestro balbuceamiento me place, y lo prefiero á todo, porque en él siento el ideal; parece que yo no haga nada en los silvestres bosques, y sin embargo, Dios

sabe que todo el dia escucho cómo cae el agua gota á gota desde lo alto de las rocas hasta el fondo de los antros.

Lo que se llama muerte y lo que se llama vida hablan el mismo lenguaje á las almas despiertas; en la tierra nos ahogamos, pero entregarse á la imaginacion es cernerse en las apoteósis, es comprender; y los nidos y las tumbas nos dicen lo mismo.

Los sacerdotes van gritando:—"¡Anatema! Anatema!„, pero la naturaleza dice en todas partes:—"Amor! Amor!„ Venid, niños; la luz del cielo brilla en todas partes, y el infinito tiene tanto azur como el alma tiene amor.

Es verdad que he gruñido contra esos ciegos pigmeos, pero no me temais; las flores vierten sus aromas, los bosques se llenan de ramas verdes; venid conmigo á gozar de la fiesta de la primavera; algunas veces he asustado á los hombres pequeños, pero nunca á los pequeños niños.

III.

Versos que envolvieron una moneda en una cuestacion que hizo Juana.

¿Quién desea estar alegre, amigos mios? Tú, yo y todos. Pues bien; demos todos limosna á los pobres; démosela de noche para que no nos vean.

El pobre que llora por los caminos, que yace en miserable lecho, temblando, hambriento ó incurable, es el ensayador del corazon humano.

El que le rechaza siente como un remordimiento; el que le asiste se queda satisfecho; el pobre puede hacer que para nosotros descienda la alegría desde las alturas del paraiso.

Estais triste? Pues dad, rico, que en cámbio de la limosna, Dios os llenará de alegría el corazon: Dios te ofrece una estrella del cielo en la mano que tiende el que mendiga.

IV.

A propósito de la ley llamada de libertad de enseñanza.

Sacerdotes, os habeis conjurado para salvarnos con la ayuda de las tinieblas, que son el verdadero remedio contra la luz del dia; quereis que el hombre sea libre arrastrando una cadena; habeis descubierto que el ódio es una virtud y el amor un crímen.

Vosotros sois lo innumerable que ataca á lo sublime; el colosal espíritu humano tiene por cabeza la cima de las supremas verdades, y esa cabeza, que fatalmente se yergue en la sombra, atrae hácia su claridad el hormigueo sombrío de los dogmas irritados.

En vano el poderoso leon ruge, gruñe y extermina; el insecto vil se encarniza contra él, que siempre las sabandijas hacen todo el daño que pueden; despreciamos el inmundo enjambre que zumba; os dejamos hacer ruido y que insurreccioneis al Lilliput contra Babilonia.

Así como no puede el asalto de las cucarachas y el esfuerzo de los aradores hacer caer á Tebas con sus cien puertas, ni á Nínive con sus cien torres; así como no puede hacer desaparecer el Pindo, ni el Olimpo, ni el Himalaya una bandada de buitres,

---

No conseguireis tampoco demoler con el batimiento de vuestras alas las fuertes ciudadelas de Voltaire y de Diderot, ni á Platon que amó Horacio, ni al viejo Dante abierto en el fondo del cielo, que él dora sobre el pasado oscuro, como puerta luminosa en sombría eminencia.

Esa roca, ese granito, ese monte, esa pirámide que está de pié desafiando al huracán sobre la arena númida, que con frecuencia visitan los espíritus, ¿se apercibe acaso de que es áspero geroglífico, que la fenta insulta ó que raya la garra del murciélago?

No; el porvenir no puede morir de vuestras mordeduras. Las flechas de la mañana son divinas y certeras: nosotros venceremos: errores, la verdad os mata;

noche, el dia te apunta, y no tememos que la aurora agote jamás su carcaj de rayos.

Sereis menospreciados al llegar á la bóveda eterna. El ideal no tendrá menos luz en sus pupilas porque vosotros vivais. La realidad se rie y perdona las imposturas. En cuanto á mí, viviré siempre satisfecho

---

Mientras que Juana sea mi guia en el mundo; mientras que Dios permita que yo consiga misteriosamente, al recorrer mi áspero camino, las dos felicidades que encierran todo el ideal posible: que brille en mi alma un astro y que estreche mi tranquila mano una mano infantil.

V.

Los niños pobres.

Tened mucho cuidado de ese pequeño sér, que es tan grandioso que encierra á Dios. Los niños eran antes de nacer luces en la celeste esfera.

La liberalidad de Dios nos los ofrece, y como presente suyo vienen al mundo; en su sonrisa pone la inocencia y en sus besos el perdon.

Su tierna claridad nos rejuvenece; tienen derecho á la felicidad. Si padecen hambre, el paraiso llora; si tienen frio, el cielo tiembla.

La miseria de la inocencia es una acusacion para el hombre vicioso. El hombre tiene el ángel en su poder, pero muchas veces desprecia sus alas.

VI.

A los campos.

Enternecido, medito contemplando los bosques y las aguas; paréceme que tambien soy abuelo de las flores y de los pájaros; siento la piedad sagrada y profunda de las cosas; impido que los niños maltraten las flores, y les digo:—"No atormenteis á las plantas ni á los animales; reid sin asustarlos; jugad sin hacerles daño„. Juana y Jorge brillan en medio de las abiertas flores, y yo vago por todo ese paraiso sin perturbarle; los oigo cantar, pienso, y me digo á mí mismo que no prestan atencion, embebidos en sus infantiles camorras, al rumor sombrío que mueven al volverse las páginas del misterioso libro de la suerte, y que están lejos del sacerdote y cerca de Jesucristo.

VII.

Casada y madre.

Llegar á ver una hija de Juana es mi sueño de oro. Existe en la santa sombra un cielo virginal en el que brilla, para no sé qué ojos, no sé qué sol; las almas que han de venir al mundo están allí; las mece el azur diáfano, y esperando la vida, Dios las custodia; que para el alma sujeta á los destinos desconocidos de la existencia hay dos horizontes de espera, uno que está antes y otro que está despues del paso de la vida: la cuna oculta uno de ellos y la tumba oculta el otro. Imagínome esa incógnita esfera, en la que, como confusa y alegre bandada, vuelan multitud de almas, abriendo vagamente los ojos; despues contemplo á Juana, y me imagino tambien ver sus pequeñuelos jugando debajo de mi ventana, toda la alegría de esa edad que no conoce el dolor, todos esos amores empollados aun, todos esos esposos en flor, y me quedo meditando; y Juana entra y sale, corre, llama y juega, salta y charla, llenando de júbilo la casa; y transporto mi pensamiento y le lanzo á veinte años más adelante, y me imagino lo que entonces ha de suceder.

Llegará un dia cualquiera en el que una fresca y deslumbradora mañana se unirá con lazo indisoluble á esa pálida aurora; y algun alma, que en estos momentos vaga errante, se aprovechará para nacer en el mundo del beso que esas dos auroras se den la una á la otra. Tierno pájaro del bosque que cantas en el nido, voz que se pierde entre los árboles palpitantes, entonando la cancion sonora de la primavera, curruca ó tórtola, ¡amad y celebrad el casto himeneo de la naturaleza! Juana encontrará entonces con quien compartir la vida, el sér en quien nuestra suerte se acrece y se interrumpe; será la madre jóven y pensativa, el alma tierna y severa, y le tocará el turno de velar con inquieto cariño á otros séres en su frágil cuna. Juana se contemplará en su hija, evitará que llore y que dé gritos, la juntará las manos y

la enseñará á rezar, sintiendo confundirse su vida en la vida del sér querido. Cuando el pequeñuelo empiece á andar, irá con él para que juegue en el jardin de las Tullerías, donde se juntará con otros niños, que irán con otras madres, que, como Juana, se conceptuarán dichosas, viendo cómo se divierten sus tiernos retoños. Entonces quizás yo no viviré.

VIII.

Qué quereis que os diga? Gimo bajo el poder de los niños y he concluido por no amar más que á la inocencia. Adoro á Astyanax y riño á Héctor. Mi cielo es diáfano, pero truena á cada momento. La bondad y el furor son mi flujo y mi reflujo, y no me contengo, ni cuando sonrío ni cuando gruño. Mi corazon no reconoce fronteras, y no encuentro ningun sitio en el que terminen para mí el amor á los pequeños, el derecho de los débiles, ni el apoyo que se debe prestar á los desvalidos; si esto es un mal, es en mí un mal incurable. Desconozco la moderacion cuando se trata de la verdad; soy viejo; vosotros pasais, y yo, triste ó contento, me quedo, sintiendo la paternidad del siglo sobre el instante efímero. Cualquier acto, por extremo que sea, como corresponda á mi mision de antepasado, ya sea vituperar á los unos, ya sea socorrer á los otros, le llevo á cabo sin vacilar. Un dia me tocó ser de los vencedores, y esto me tenia inquieto, porque comprendí hasta qué punto es implacable el vencedor; entonces tomé la fuga. Una playa arenisca y un monton de rocas me acogieron. La Muerte vino á hablarme.—"Proscripto, me dijo, salud.„ Y me sonrió en mi interior algo que late en mí, la conciencia. Y amé á los niños, encontrando que en el mundo solo la niñez valia más que yo. El niño es el amor, es la buena fé, es el único sér que en la vida es pequeño con grandiosidad; por eso amo á los niños.

Sin embargo, deseo que esos pequeñuelos lleguen á ser héroes. Espero, Francia, que sabrán cumplir con sus deberes. Cuando los niños llegan á ser hombres, adquieren para mí responsabilidad; ceso de sonreirles y pienso que es preciso que se encarnicen en una inmensa batalla contra el patíbulo, contra el trono, contra el cetro y contra la espada. Soy cariñoso para los niños, pero rudo para los padres. Este es mi modo de amar á los hombres: quiero que piensen en la pátria, arrastrada por los cabellos y por los piés alrededor del campamento de los vándalos; cuando en Roma y en Berlin la fiera feudal renace y abre sus dos fauces, me indigno. Me agita el sufrimiento supremo de ver la diminucion trágica de la Francia, y entonces el alba aparece á mi vista como un reproche, todo se eclipsa ante mí, y envidio á los que mueren. Silenciosamente recuerdo lo que han hecho nuestros abuelos; pienso en el Océano cuando sitia los acantilados, en las vastas ruinas que siguen á las Marsellesas; recuerdo la feroz bravura con que retorcian á la Europa con sus puños de hierro los soldados del Nilo y del Rhin, esos vengadores, á los que quisiera que se imitase. Os repito que soy un abuelo que no conozco la moderacion ni los límites; que despues del ángel, deseo ver el arcángel en el firmamento; abuelo indulgente, pero antepasado inclemente, tan cariñoso por una parte como severo por la otra; amo la sublimidad de la gloria y quiero que nos revolquemos en ella, cuando la gloria es santa y salva á la pátria. No quiero que llegue un dia en que sean nuestras ciudades como Herculano y Pompeya: no sé por qué las almas han de ser viles, no sé por qué no hemos de tener la audacia, el esfuerzo y la esperanza que para afrontar la muerte tuvieron los hombres de Jena, de Ulm y de las Pirámides: ¿es posible que los hombres bravos hayan engendrado séres tímidos? No, vosotros teneis su sangre en las venas; nuestros abuelos fueron héroes que el antiguo é infame mundo calumnió; ocupad el sitio que ellos dejaron vacío en el porvenir. Sed pueblo y no populacho; sed gigantes como ellos. No hay motivo para que no nos cernamos en los mismos horizontes, para que las mismas naciones no vuelvan á emanciparse; no hay motivo para que no alcancen la misma grandeza sin tacha nuestros niños vivos, que alcanzaron nuestros antepasados muertos.

XVI.

Dos canciones.

I.

La cancion del abuelo.

Danzad, niñas, todas en corro, que los árboles del bosque se sonreirán cuando os vean tan lindas.

Bailad, niñas bellas, todas en corro. Los amantes bajo los fresnos se abrazarán.

Danzad, lindas locas, todas en corro. Los maulas en las escuelas refunfuñarán entre dientes.

Danzad, bellas princesas, todas en corro. Los pájaros moviendo las alas os aplaudirán.

Danzad, ligeras hadas, todas en corro. Danzad como movibles y brillantes flores.

Danzad, lindas pequeñuelas, todas en corro. Los galanes y las damas hablarán en voz baja entre tanto.

II.

Cancion del antepasado.

Hablemos de nuestros antepasados sentados en el musgo del bosque. Hablemos de nuestros padres. Rompieron sus cadenas, fueron vencedores, y hoy están mohosas sus armaduras. Como sale el agua de una esponja mojada, salia en la oscuridad de sus almas brillante claridad, como si las hubieran templado con el fuego de los rayos. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

Temian al vino y temian á las bacantes; se indignaban esos dignos descendientes de Breno de ver pasar á los reyes orgullosos por debajo de los pórticos, llevando por cortejo sacerdotes, soldados, himnos, incensarios y cabezas cortadas. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

Desearon, lucharon y consiguieron la emancipacion; fueron titanes y nosotros somos hormigas; comprendian que la Galia procrearia á la Francia; tenian esta confianza porque poseian valor á toda prueba y épica grandeza. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

Cuando se ligaban los príncipes aliándose contra los pueblos, sentian que el rubor les encendia las frentes, y entonces su jefe les gritaba: "En seguida!„ Acudian todos y los reyes huian ante ellos. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

Arrancaron la corona al crímen, destruyeron los altares y los dioses falsos; por eso yo, que soy anciano y estoy al borde del abismo, los declaro beneméritos, que nada hay tan sublime como el Océano tempestuoso, si no es la epopeya del hombre. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

Levantad al cielo las frentes y contemplad la pura cumbre de la gloria, que ellos ocuparon; contemplad la cima del honor, que ellos llenaron tambien; contemplad el alto promontorio de la libertad, que ellos muriendo libres conquistaron; es indispensable, pues, que trepeis por las escarpadas pendientes para llegar adonde llegaron vuestros antepasados. Golpead, estudiantes, sobre sus escudos con vuestras espadas.

XVII.

Juana dormida.

Allí está pura y sonrosada, durmiendo en la temblante cuna, como en su nido el alcion, con los ojos suavemente cerrados, sin notar que la claridad del dia se refleja en su rostro. ¡Oh suprema beldad del inocente niño! Mientras yo medito, ella sueña, y pasan por su imaginacion, como visiones serenas y entrelazadas, fantásticas mujeres con aspecto de reinas, ángeles, leones con expresion benigna, gigantes candorosos protegidos



DANZAD NIÑAS TODAS EN CORRO.

por enanos, flores brillando luminosas en los bosques, trofeos de árboles celestes llenos de ideales claridades, nubes tras las que se distingue el edén; todas estas imaginaciones pasan por la fantasía del niño dormido. La cuna de los niños es el palacio de los sueños; Dios se complace en amontonar en éstos mágicas ilusiones. Por eso reina en los niños tan profunda paz y tan benévola sonrisa; quizás alguno de ellos más tarde podrá decir que Dios le engañaba. Pero Dios le responderá desde las alturas:—"No; tú soñabas en el cielo y yo te he concedido la tierra, pero el cielo lo obtendrás más adelante. Espera llegar á la otra cuna, espera llegar á la tumba.„

XVIII.

Poesías que los niños leerán cuando sean hombres.

I.

Pátria.

Oh Francia! Tu desgracia me indigna y es sagrada para mí. Lo dije y no me cansaré nunca de repetir, que este es el crímen que se me achaca. El que hace daño á mi madre es un infame. En cualquier sitio que se esconda, todos mis deseos le amenazan, y esté muy bajo ó esté muy alto, le aborrezco siempre. Si es César, le ataco; si es destino, lo sacudo. Pregunto á la sombra y escarbo en el barro; el emperador, ese bandido, la casualidad, esa aventurera, despiertan mi cólera, y mis estrofas maldicen con lloros sangrientos, con gritos fúnebres á la suerte, y recuerdo su deber á la noche, al abismo, al cielo negro y á los acontecimientos feroces. No admito que sea lícito, á las sombrías causas que confunden los derechos verdaderos con la ceguedad de los sucesos, que hagan retroceder á la razon en su camino, y protesto de un revés que nace de una traicion; interpelo á los hechos tortuosos y rampantes, á la victoria, al invierno, á la sombra y á sus emboscadas, y digo á esos transeuntes que atraviesan el abismo, que yo les veo, que traman cometer un crímen, que no somos débiles mujeres, que reflexionamos, que se guarden de nosotros, que no debe tratarse de este modo á la Francia, que hasta cuando cae en el precipicio del sufrimiento, hasta cuando cae en los bordes del sepulcro, conserva la frente luminosa. Quisiera saber lo que á esto me contestarian. Cuando el progreso cojea, cuando Dios decrece en la apariencia, cuando el hombre es un esquife cuyo timon dirige Satanás, el alma humana gime en el calabozo y algo se desarregla en las regiones altas; por eso pido la palabra á la sombra. No pertenezco á los que pierden la dignidad ni á los que, porque ven que gobiernan rufianes y miserables, desconfían de su derecho; me lavo las sandalias y prosigo mi camino: nadie jamás pudo hacerme perder la conciencia de mi deber; no me anonada que el destino vil nos arroje en sus reflujos un Rosbach más; la derrota me hace pensar en la victoria; tengo la obstinacion que dan los nobles recuerdos, y cuando leo Waterlóo, pronuncio Austerlitz. El sufrimiento me hace ser más altivo; pero esto no basta: se necesita que haya honradez en los que nos gobiernan, y deseo ver cómo obran los destinos encerrados en el bosque espeso del misterio, porque el daño que allí maquinen lo hemos de sufrir nosotros. Pretendo mirar frente á frente al abismo, porque sé que la sombra debe dar cuenta á los espíritus. Deseo saber por qué se han apoderado de nuestras ciudades, de nuestro ejército y de nuestras fuerzas útiles, y por qué se engaña y por qué se mutila al pueblo. Quiero penetrar en el fondo de nuestras calamidades, ver el interior de la miserable suerte y conocer los rincones en los que la luz no penetra. Quiero saber por qué asesina el Mediodía al Norte, por qué Paris vive vencido, por qué Berlin vive muerto, por qué se condena al presidio al ángel y el esqueleto al trono; ¡oh Francia! pretendo que se sienten en el banquillo la guerra, los combates, nuestras afrentas y nuestras desgracias, y haré que vacíen las faltriqueras esos ladrones, pues juzgar al acaso es el derecho del profeta. Afirmo que no se creó la ley moral para que se la sople y se la haga desaparecer en las alturas, y afirmo tambien que un acontecimiento puede ser un malhechor. Advertí á lo desconocido que voy perdiendo la paciencia, y la grandiosidad de la conciencia humana consiste en que, estando sola y triste, teniendo por único apoyo la cuna y la inocencia, es, sin embargo, terrible, porque dispone del derecho de los débiles, que se concentra en esta sola palabra: Justicia. Requiere á Dios mismo en nombre del género humano, es

la verdad, pálida, blanca é inmortal; la fuerza es impotente ante ella; las leyes que no se ven se inclinan hácia su lado; el poder y la belleza de la conciencia consiste en que no comprende que el atentado que se premedita le pueda cometer ningun hombre justo.

II.

Perseverancia.

Continuemos nuestro camino sin desanimarnos jamás. Las puertas, cuando el hombre tiene la llave, no permanecen mucho tiempo cerradas. Quizás la misma noche, abriendo sus lívidas pupilas, cansada del mal, solo desee encontrar al que sepa convencerla. El deber del obstáculo consiste en dejarse vencer.

La oscuridad nos teme y retrocede gruñendo. Reflexionemos y veremos cómo los pensadores de la edad precedente, los héroes, los gigantes que un mismo pensamiento anima y cuyo trabajo interrumpe la muerte, pasan con los piés llenos de polvo y con la frente radiante: saludémosles y sigamos caminando. Nosotros tambien tenemos nuestra etapa que recorrer. Oimos ya el rumor del porvenir que está en lontananza; prosigamos el camino emprendido; aumentemos la espesor de la sombra del pasado; dejemos detrás de nosotros y lo más lejos posible todo el antiguo horror, que es menos visible cada dia. Entre sus brumas brilló el precursor; desde ellas vino Platon; desde ellas vino Lutero; grandes faros anuncian su paso, y la sombra está llena por todas partes de los reflejos de su luz. Contemplad el profundo barranco al que se asomó Pascal, exclamando:—"Abismo!„ Rousseau caminó por donde yo camino, y por allí, volando á las altas esferas, al sentirse sublime Voltaire, perdió de vista la tierra, exclamando:—"Veo!„ como un profeta deslumbrado. Luchemos como ellos; luchemos adelantando en el camino. Descifremos de los tiempos nuevos la nueva ley; el corazon nunca es sordo, el espíritu jamás se cansa, y siempre tiene abierto el camino el apostolado tenaz.

Caminad, creed y vivid tranquilos.—¿Pero no estallará de repente el grito ronco de las discordias civiles, no se nos opondrán los siglos de dolores y de adversidades, todos los que sufren, todos los desheredados, la proscripcion, el ódio universal y todo lo que se amontona en el fondo de las almas? La cólera y el furor reinan en todas partes; el cielo está negro y relampaguea!—Nada podrán contra nosotros ese furor ni esa cólera; la venganza quedará sorprendida de los frutos que produce. Dios nos transforma; Dios convertirá nuestra noche en aurora.

Dios nos arrebatará de nuestro corazon el ódio y lo devorará; arrojándose desde las inmensidades de la luz, todo nos lo arrancará del alma menos el amor; la conciencia, con su pico de acero, penetrará hasta en nuestro pensamiento y hasta en nuestros sueños; nos registrará el pecho hasta encontrar en él nuestras pasiones; se apoderará de nuestros malos instintos, nos librará de lo que nos atormenta y de lo que nos mancha, y cuando llegue á ver que somos ya buenos y puros, huirá de nosotros y volverá á entrar en el infinito. Cuando la conciencia nos visita, el alma queda más grandiosa, conoce que ya no aborrece, la dá las gracias y pregunta:—"¿Qué garras son las que me han cogido?„ El águila que se apoderó de ella es Dios.

III.

Progreso.

Adelante la peregrinacion humana! Pueblo, cámbia de region; larva, conviértete en fenómeno; rebaño, conviértete en legion. Corre, águila, adonde veas que brilla el alba. La aceptacion de la aurora solo está prohibida á los buhos. En el sol se adivina un Dios; el rayo tiene alma divina y el alma humana tiene dos objetos.

Viene de uno y vuela hácia el otro; es pensamiento, como es claridad; allá arriba arcángel, aquí bajo apóstol; allá arriba llama, aquí bajo libertad. Crea á Horacio lo mismo que al Dante; dora la rosa que agita el viento y al caos en el que bogamos; con la misma esmeralda toca la pluma fina del pájaro mosca que la áspera escama de los dragones.

Tomad los caminos rectos, tomad los caminos iluminados. Espíritus sembradores, almas espigadoras, seguid vuestra marcha, caminad, caminad. Hombres que ayer érais esclavos, libres ya de pre-

sidios y de Sodomas, caminad, que la gloria se encuentra en el sitio adonde arribareis y el oprobio en el sitio de donde salís.

Hombre, atraviesa los mares y sacude en su espuma todo el pasado; en la proa de tu buque enciende como estopa el cáñamo de las cuerdas del patíbulo. Estrella todos los antiguos mónstruos en el légamo del mar; asemejate á los antiguos Apolos; camina, que cuando la espada es justa, es pura, y engrandece al hombre ver á sus piés derramada la sangre de las hidras.

IV.

Fraternidad.

Deseo que reine la equidad, la verdad, el amor que acaricia, la esperanza que brilla, la fé que funde y que se ilustre al pueblo mejor que se le castigue. Deseo que reine el afecto, la bondad, la piedad y el perdon. Por eso vivo en la soledad.

La antigua barbarie humana acostumbra á absolverse y á creer que lo que quieren los jueces y los sacerdotes tienen derecho á ejecutarlo. Suprime la equidad celeste y en su lugar pone lo que la place; borrando lo que se le debe á los séres débiles, á la mujer y al niño, cambiando los números cambia tambien la suma, y del derecho segun lo prescribe Dios, forma la ley segun la practica el hombre. De esto nacieron los hombres-dioses y los reyes-soles; por esto han corrido sobre las baldosas tantos arroyos de sangre; de esto han nacido los Laffemás, los Vouglans, los Bavilles; de esto ha nacido el sobresalto de los campos y el terror de las ciudades, las lapidaciones, los sufrimientos y las crueldades.

Apareció Jesús, y el primero que quiso condenarle á muerte fué el sacerdote. Siempre, en todos los paises y en todas épocas, las euménides se encuentran en las religiones: Mejera es católica; Alecton es cristiana; Clotho, monja sangrienta, acompañaba la antífona de Arbuez y se oia su voz en la iglesia; las criminales bacantes envalentonaban á Louvois, y en los montes resonaban los gritos de esas furias, cuando Bossuet arrastraba á Boufiers hácia las dragonadas.

No os figureis que cuando Dios acude, el antiguo furor no sigue envalentonándose, y retrocede ante la luz celeste. Con el viento más puro que sople de las alturas confunde él su peste, mezcla su rabia con los más tiernos cánticos de amor, huye con la noche, pero vuelve á aparecer con el dia. El progreso verdadero, sábio y justo, tiene que sufrir su paso monstruoso. El alba no consigue desvanecer ese importuno espectro. Cromwell acaba con el tirano Cárlos; pero deja otro tirano: el mismo Cromwell. El atroz muere, pero la atrocidad subsiste. El buen sentido, que es severo, pero sonriente exorcista, ataca á ese vampiro, pero no tiene razon. Como sombría abuela que habita en la casa solariega, la barbarie hizo su guarida en nuestros corazones, y se apodera de los hijos, despues de haberse apoderado de los padres. Nace un dia el ideal en el antiguo continente, y todo un pueblo se levanta deslumbrado; el 14 de Julio derriba la Bastilla; las revoluciones ¡oh libertad! que son tus hijas, se dirigen á los montes y á los Océanos, y ganan la enorme y gigantesca batalla; el mundo entero presencia la fuga inaudita del pasado, de la noche, de la sombra desvanecida; la inepta barbarie espera coronarse tambien de laureles, y pierde á Torquemada, pero se encuentra con Carrier. La vasta colmena humana, despertándose y susurrando, vuela hácia el azur y trabaja para conseguir dias mejores, y elabora miel con toda clase de flores; la antigua alma del viejo Cain, la antigua envidia permanece aun en el mundo; contempla nuestro edén y le compara con su infierno; no quiere interrumpirse y no quiere terminar; vuelve á atar el pasado vil con el porvenir brillante, y reemplaza, si le falta algun eslabon á su cadena, al padre Letellier con el padre Duchesne; de modo que Satanás puede burlarse con sus réprobos de nuestro defectuoso ensayo de paraiso. Pero yo me digo á mí mismo: No estás loco, corazon, por desear que el hombre sea afectuoso, bueno y clemente, ni porque tu voz se enronquezca hablando así al mundo en alta voz y sin cesar.

No estás loco por desear más luz para los cisnes y menos noche para los mochuelos; no estás furioso por sufrir por

todos los oprimidos; no es loco el que dice á todos los hombres:—"Amad!„ No es cometer un error, no es hacerse ilusiones creer que el hombre no nace con el alma negra, que lo bueno está latente en lo malo y que en el fondo pocas faltas pueden achacarse á los que las cometen. El hombre es al mal lo que es el barómetro para el aire; marca los grados del frio, con justicia, sin añadir nada, y si el barómetro sube ó baja, la culpa hay que atribuírsela al viento. El hombre es la ligera bandera de un edificio siniestro; sufre los soplos de todos los vientos y debe perdonarse á ese andrajo vivo que flota inconscientemente á la merced del aire, por lo que los hombres deben perdonar. Hermanos mios, vivís en un abismo oscuro, en el que os azotan los vientos y las tempestades; perdonaos unos á otros. Los corazones lloran sangre, la vida es corta; socorreos mútuamente. Sí, hasta cuando he obrado mal, hasta cuando tropiezo y caigo, siendo la causa de ello la noche que crea el error ó el infierno que produce el frio, tengo derecho á ser absuelto, perdonado y querido.

Un dia ví pasar una mujer desconocida. Me pareció que esa mujer descendia de las nubes; de la espalda le brotaban dos alas, y manaba miel de su boca entreabierta; brillaba la luz del cielo en sus radiantes ojos. A los viajeros cansados, á los innumerables peregrinos, les señalaba con el dedo un sendero, que no dejaba ver bien la oscuridad, y al mismo tiempo parecia decirles:—"Os podeis equivocar de camino„. Sus miradas parecia que perdonaban á todo el género humano, porque eran radiantes y cariñosas; detrás de ella venian mónstruos enternecidos besándole las alas, leones perdonados, tigres arrepentidos, Nemrod indultado, Neron llorando; y habia momentos en los que, por ser tan buena, parecia que estaba loca. Caí de rodillas ante ella, sin pronunciar una palabra, y la adoré, creyendo adivinar quién era. Pero ella—que en vano el hombre calla ante el ángel—comprendió lo que yo pensaba, y me dijo:—"Te diré quién soy; crees que soy la compasion, pero te equivocas; soy la justicia.

V.

El alma persiguiendo lo verdadero.

I.

Volaré, volaré en los aéreos carros de los sueños y de la vision; por la oscura ciudad de las sombras pasaré como pasa un rayo, oiré sus lejanos gritos; apareceré desmelenado entre las nubes; si miro á tierra se apoderará de mí el vértigo, y mis miradas serán prodigiosas como el meteoro y como el relámpago.

Regresaré á mi morada y viviré en el mundo ilimitado. Lanzando á la eternidad la hora y la tierra á la inmensidad, rechazando con el pié nuestras miserias, cogeré la verdad entre mis garras y me transfiguraré, y apenas se verá un resto de fulgor humano temblar bajo mi entrecejo sagrado.

Seré ya más que un hombre, seré el espíritu deslumbrado al que el sepulcro llama y al que el enigma responde; en la sombra apareceré terrible, como Elías á Gethsemaní, como el viejo Thales de Grecia, ante la formidable alegría del abismo y del infinito.

Preguntaré al abismo por el secreto universal, y al volcán, urna de azufre, y al Océano, urna de sal; á todas las profundidades, á todas las tormentas, lo sondearé todo; iré vagando, hasta que en las tinieblas choquen mis alas fúnebres con algun sér desmesurado.

A veces volando hasta las eminencias, á veces cayendo con todo mi peso, llegarán hasta mis oidos todos los gritos que lanza la sombra á la vez, todos los pájaros negros del abismo, el huracán, el rayo, todos los horrores que confundidos revolotean, batiendo las alas en el precipicio de los cielos.

La noche pálida, inmenso fantasma que llena el espacio insondable, desde lo alto de su terrible cúpula se inclinará hácia mí por todas partes; la veré lúgubre y vana, como la vió Antísthenes

cuando preguntó á los vientos:—"¿Por qué?„; como la vió Epicuro, haciendo flotar á mi alrededor los pliegues de su negro manto.

—"Hombre, te arrastra la locura„, me dirá la nube irritada.—"¿Crees que la noche es una puerta?„, murmurará la oscuridad. El espacio me preguntará:—"Quién te extravía? Bardo, ¿pretendes pasar de donde Píndaro y David no pasaron?„—Aquí fué donde Hesiodo dijo: "Me paro„; aquí fué donde Ezequiel dijo: "Basta!„ me gritará la tempestad.

Pero todos los esfuerzos de las tinieblas serán inútiles para evitar mi vuelo y no conseguirán cansar mis vértebras ni que palidezca mi frente; á la esfinge, al prodigio, al problema me apareceré como un mónstruo, como un sér que participa de dos destinos, que tiene en la celeste esfera demasiada parte de hombre para resistir la luz, y demasiada parte de ángel para vivir en la oscuridad.

II.

La sombra dice al poeta:—"Imita á los que contiene divino sobresalto; no quebrantes el extraño límite que ninguno viola en vano; no traspases la oscura playa, donde la noche, la tumba y la ilusion confunden sus desconocidos soplos, donde el abismo sin fondo y sin forma arrastra en su enorme oleaje á los desvanecidos profetas.„

Todas las tentativas que hagas serán inútiles é ineficaces. Dedícate á un culto; escoge, que no por eso se cumplirán tus deseos; nunca descifrarás el misterio; la inmensa tranquilidad llena al que ante Dios huye y al que ante Dios se dirige; con la misma igualdad de silencio la misma igualdad de la noche.

Asciende al Olimpo, en el que Stesícoro, buscando á Júpiter, le encontró; asciende al Horeb, que humea aun desde que por él pasó Jehová: soñador, esas son las cimas de los grandes objetos, de las carreras sublimes, de las que se desciende, avergonzados y desesperados, hasta el fondo de la oscuridad, por haber creido, por haber adorado.

La bruma cubre el Olimpo; la noche oscurece al Sinaí; en ninguna parte brilla el astro, en ninguna parte tiene claridad la sombra. Debe el hombre satisfacerse de vivir y permanecer siendo hombre, y no intentar penetrar ni en la oscuridad ni en el éter, ya que su llama vá unida á su barro: el hombre es un génio para el cielo, mas para la tierra es un gusano.

El hombre es Dante, Shakespeare, Homero; sus artes son una trípode humeante; ¿pero pretende acaso iluminar con ellas el firmamento? ¿Se hace acaso las primitivas ilusiones de los caldeos, que desea rejuvenecer en los modernos tiempos? Espíritu humano, ¿porque brillas en tu esfera crees que vas á extender tu reflejo hasta el zenit?

Como en la época de Sócrates y del Pórtico, sin darte cuenta de ello alimentas aun la antigua quimera, que para la India y para Roma era un dios; como el Eson de la fábula, renuevas en lo absoluto y en lo infinito al Ammon de Egipto ó de Grecia, lo que antes que tú maldijo Lucrecia, lo que antes que tú bendijo Job.

Das á luz un sér imaginario, como lo creó la antigua humanidad, y le dotas de luminosa aureola y de vida eterna. Lo creas y lo renuevas; despues, tembloroso cuando se te revela, te extremeces ante él, y prestándole vida, sabiduría, bondad y providencia, te calientas con el fuego de ese hijo de tu imaginacion.

Cualquier mito que personifique, soñador, no existe nunca ningun Baal que en sí no contenga el gérmen de algun ideal deslumbrador, como no hay ninguna espina, como no hay ningun árbol muerto, como no hay ningun cardo impuro que cuando el rayo le hiera no se inflame y no lance chispas.

Mira los matorrales de los bosques, que la casualidad cultiva, cómo se extremecen cuando se deslizan por ellos los lagartos frios; pues arroja en esos matorrales un carbon encendido y verás cómo brillan con más esplendor que la púrpura de los reyes.

Como el niño que se maravilla de sacar jugando brilladora llama del vil sarmiento que arroja al suelo, tú concentras toda la llama de lo que tu imaginacion puede soñar en el primer dios aparecido, y despues te asombras de ver salir tanta luz de ese Irmensul monstruoso.

Con la vaga claridad que sacas de un dios perverso crees hacer revivir á la naturaleza y dar más calor al universo, y se imagina tu orgullo haber encontrado el orígen que todos adorarán en adelante, que vá á terminar la oscuridad del mundo, y exclamas:—"La claridad de la tierra vá á flamear desde las cumbres„.

Crees que la luz de inconmensurable alba vá á extenderse por el firmamento, porque tu imaginacion ilumina un dios que solo brilla un instante. Pero todo queda frio y sumido en el horror; el templo es de hielo, triste en Delfos, sombrío en Bethel. Tu espíritu frívolo consigue apenas, incendiando el bosque del ídolo, que quede tibia la piedra de su altar.

III.

Oigo esas tristes palabras y las dejo pasar sin que me conmuevan, como deja que tiemblen las ramas de los árboles el que está sentado sobre escombros; mi voluntad es terca y persiste, y aunque incomode al traidor enigma, he de ser siempre la faz cuyos ojos tratan de traspasar las brumas espesas de los crepúsculos.

Abismo de la vida y de la muerte! ¿Es un lazo la flor que se abre y se marchita, el átomo que se disgrega, la nada que se petrifica? Nada camina! Nada avanza! Nadie sobrevive! No hay porvenir! ¿Son falsos todos los sueños de la imaginacion?

¿Encerrará la naturaleza, para destinarlos á bastardos abortos, el elemento, el átomo, el gérmen, en el inmenso círculo de las transfiguraciones? ¿Qué seria de este mundo inmenso si no tuviese la conciencia como guia y como atributo? Negra y espantosa escala de renacimientos que no dejarian memoria de una ascension sin objeto.

¿Terminaria acaso todo siguiendo á la larva el espectro? ¿Este seria nuestro destino? ¿Tendria yo un deber en la vida si no tuviera un derecho en la muerte? ¿Qué significaria entonces, desde la piedra hasta el ángel, la confusion de los séres en el oscuro torbellino de la existencia? ¿La aurora es sincera ó nos engaña? Nacer es vivir? ¿En qué la fosa se diferencia del surco?

—"Come pan, que yo me como al hombre„, decia Tiberio. Tendria acaso razon? ¿Seria Satanás la hembra y Eva la manzana? serian acaso la misma cosecha? Nemrod sopla como el cierzo; Gengis y Cambyses, con una legion de hombres feroces, matan, oprimen y exterminan; ¿y no cometerian crímenes, como no los cometen las rocas que caen de lo alto de las montañas?

No, no; la máquina incomprensible de la vida, entre el género humano perturbado, pasa siniestra é inexplicable, como un espía que se esconde; desaparecen de ella, segun los designios del cielo, los grandes y los pequeños, los locos y los sábios, y la tumba es la boca de bronce que se traga á todos los que desaparecen.

—"Pero niego á ese Dios, porque, cándido creyente, hubiera creado su propia calumnia al crear un mundo tan cruel.„ Así habla tranquilamente la duda, apoyándose en el álgebra; y yo, que al oirla me extremezco, yo que observo desde los pañales hasta las mortajas, medito ante los osarios y medito ante las cunas.

La muerte y la vida son enigmas incomprensibles; debajo de ellos existe la realidad; ellos hicieron titubear á Kant, á Voltaire y á Euclides. Pues bien; yo que los contemplo, los perseguiré hasta el momento en que, penetrando en la doble muralla del templo y del dogma, mi espíritu pueda descubrir, detrás de Júpiter, la estrella; detrás de Jehová, el azur.

Que es preciso que al fin se encuentre la indestructible verdad y que se nos aparezca la faz esplendorosa que densas nubes nos ocultan. La envidiosa noche tra-

ta de ahogar el gérmen de la vida, del poder eterno y de la luz; pero yo, que soy sincero creyente, á fuerza de cariño y de entusiasmo conseguiré ver la faz de Dios.

¿Creeis acaso que la oscuridad puede rehusar algo al que doma al tiempo y al número, al que tiene la audacia de atreverse á todo, al poeta que arrastra el alma tras sí, que combate el culto infame de los paganos y de los hebreos, y que loco sumerge la cabeza en el mar de luz hasta encontrar al Dios que se oculta?

FIN DE EL ARTE DE SER ABUELO.

EL AÑO TERRIBLE.

A PARIS,

CAPITAL DE LAS NACIONES,

V. H.

PRÓLOGO.

LOS 7.500.000 VOTOS.

(PUBLICADO EN MAYO D 1870.)

JAMÁS halagaré á la muchedumbre. El pueblo está arriba, el populacho está abajo. La multitud es el bosquejo al lado del escombro, es el guarismo, es el grano de polvo del número, es el vago perfil que proyectan las sombras en la oscuridad. La multitud pasa, grita, llama, llora y huye; derramemos sobre sus dolores nuestra compasion fraternal. Pero cuando la multitud se levanta con toda su fuerza, debemos á su grandeza, al peligro que arrostra, á su derecho y á su triunfo, viril lenguaje, y ya que llega á ser señora, debemos recordarla las leyes supremas que el alma deletrea en lo alto de los cielos, los principios absolutos y sagrados; solo debemos inclinarnos á besar sus piés cuando los tiene desnudos, frios y ensangrentados, que para adularla no vivimos meditando en la soledad. El soñador y la multitud tienen rudos encuentros. Con la frente lívida por la cólera, Ezequiel gritaba á los esqueletos:—"Levantaos!„; Moisés bajó del monte con rostro severo, trayendo las tablas de la ley; Dante regañaba. El espíritu de esos temibles pensadores, grave y tempestuoso, semejante al viento misterioso que hizo soplar el cielo en el movedizo desierto, que se tragó á Tebas, como se traga el mar un navío; ese espíritu tiene que ocuparse de algo más que de acariciar en la oscuridad de la noche al gran mónstruo de piedra acurrucado, que medita, encerrando en él el enigma fausto ó infausto. El huracán no se enternece de los conmovidos colosos, ni los incensarios sacan partido de la esfinge. La verdad es el único incienso austero que se debe á esa masa en la que palpita un misterio, y que lleva en su seno pesado el derecho justo, confundido con el injusto apetito.

El género humano es dia y noche; es un caos de almas! De las masas pueden salir augustas claridades; pero si sopla una ráfaga, se vé descender de repente á las multitudes desde lo alto del honor hasta lo más hondo de la cloaca, y esa Juana de Arco se transforma en Mesalina. Cuando Graco se yergue en la flamíjera tribuna, cuando muerde Cinegires las fugitivas naves, cuando en compañía de los Trescientos, hombres probados, Leonidas cae sobre las Termópilas; cuando surge Botzaris, cuando el confederado Schwitz destroza al Austria con su fuerte y ferrado baston, cuando el altivo Winkelvied, abriendo sus épicos brazos, muere rodeado de mil picas; cuando combate Washington, cuando se aparece Bolivar, cuando Pelayo ruge en el fondo de su selva, cuando Manin, despertando los muertos, galvaniza al leon de Venecia; cuando el gran campesino expulsa á puntapiés á Lantrec de Lombardía y de Francia á Talbot; cuando Garibaldi, rudo para el vil é hipócrita sacerdote, obra como uno de los héroes de Homero en los montes de Teócrito, y súbitamente hace brillar ¡oh santa Li-

bertad! tu cráter al lado del Etna; cuando la Convencion impasible hace frente á treinta reyes envueltos en una misma tempestad, cuando coligada y terrible y volviendo á traer las sombras de la noche, toda la Europa corre presurosa, muge y desaparece como la espumosa ola al pié del dique, á presencia de los pensativos granaderos de Lambre y Meuse, el pueblo es el que obra así. ¡Salve, oh pueblo soberano! Mas cuando el *lazzaroni* ó el transteverino de algun Sixto V besa de hinojos el báculo; cuando la inepta, insensata y feroz baraunda ahoga bajo sus olas, conmovidas por salvaje aquilon, la honra de Coligny y la razon de Kamus; cuando aparece entre horrorosa sombra monstruosa mano sosteniendo por los cabellos la cabeza de Carlota, pálida del hachazo y roja del bofeton que recibiera, el populacho es el que así obra; obra así el número, la sombría libertad, la fuerza inconsciente. Si de esa turba nace mañana la órden de admitir un señor y de cubrirnos de ignominia, ¿creeis que esto nos preocuparia? Es indudable que veneramos á Esparta, á Atenas, á Paris, á todos los grandes foros donde ha dominado la democracia, pero colocamos sobre ellos á la conciencia augusta. Todo un mundo que obra mal no pesa tanto como un hombre justo; el Océano loco combate inútilmente á un corazon magnánimo. La multitud desconocida y fácil á humillarse ante el vencedor, se encenaga con frecuencia en el instinto bestial, pero nosotros sabemos resistirla. Nosotros, hijos de Danton y nietos de Hampden, ni queremos el tirano que se llama Todos ni el déspota que se llama Uno solo. El pueblo muere combatiendo heróicamente por el progreso; la muchedumbre trafica con él, comiéndose su derecho de primogenitura en el plato de lentejas, que Roma lava y enjuga con su "¡Así sea!„; el pueblo se apodera de la Bastilla y todo lo muda de sitio, mientras prosigue adelantando en su camino; el populacho espera que pasen Arístides, Jesús, Zenon, Bruno, Colon y Juana de Arco para escupirles en el rostro; el pueblo pasa con su esposa, que es la idea, y el populacho con su manceba, que es la guillotina. Pues bien, yo elijo el ideal. El pueblo, transformando el Abril en Floreal, se convierte en República, reina y delibera; el populacho se entrega ciegamente en manos de Tiberio. Yo quiero la República y expulso á César.

El derecho está por encima de todos, y no hay viento contrario que consiga derribarle, y nadie puede distraer ni alienar el porvenir comun. El pueblo es soberano de sí mismo, y cada uno es su propio monarca; de aquí dimana el derecho, derecho que nada cercena. No es posible que el primer advenedizo se apodere de mis derechos por medio de una falsa votacion y pueda prostituir y vender mi propia libertad. Puede un dia invadir un principio la muchedumbre, pero cuando la oleada baja y se retira, vuelve á dejar descubierto el derecho. ¿Quién ha creido, pues, que un cualquiera pudiera tener un derecho superior á mi derecho y que yo me sometiera á él, aviniéndome á tomar su bajeza por yugo y por regla su capricho? ¿Quién ha creido, pues, que yo tengo que verme obligado á ser eslabon, porque les plugo á todos convertirse en cadena?...

El primer advenedizo es de la clase media ó campesino, y uno es egoista y el otro es ciego. Las revoluciones duraderas, aunque no se quiera así, muestran hácia ese desconocido, que arroja á la superficie de ellas ya honra, ya infamia, el desprecio que las paredes tienen al estucador. Ese advenedizo de Cartago, de Atenas ó de Roma, como el agua que de las fuentes cae al suelo, se dirige hácia el fatal arroyo y se convierte en fango despues de haber sido cristal. Ese hombre asombra, en medio de las rudas jornadas, por lo indiferente que aparece en el fondo de las concupiscencias, á los mismos que al principio sus virtudes deslumbraron; es Falstaff despues de haber sido Bruto; entra en la orgía al salir de la gloria: preguntadle si conoce su propia historia, si sabe lo que fué Washington ó lo que hizo Barra: su corazon marchito ya no late al oir los nombres célebres que ayer le entusiasmaron. Hace poco restauraba los antiguos cultos, los bustos derribados de los héroes sus antepasados, el cadáver de Focion, el de Licurgo y el de Riego, ¡y ahora los olvida! Fué puro y ahora se lava las manos; fué santo y lo ignora; ni siquiera se apercibe de que su proceder de hoy deshonra su conducta de ayer; llega á ser cobarde y vil el que era altivo y digno, y sin que nada dentro de sí mismo proteste, embadurna inmunda taberna con el resto de la cal que le sobra de haber blanqueado un sepulcro. Fué grande y se burla de su pasada grandeza; su ironía le insulta; tan esclavo es en la actualidad, que has-

ta reniega de su pasado y hasta le causa miedo su antigua bravura.

¿Pero debe reprocharse al mar que las ondas se estrellen y á la multitud que tenga un millon de cabezas? ¿Qué se saca de reprochar los errores al camino que siga ó sus retrocesos al inmenso torbellino de los vivos, que es tan incapaz de ser inocente como de ser culpable? Aunque es vago, oscuro y sin punto de apoyo, es útil, y su mision, lo mismo en Paris que en Lóndres, consiste en procurar el progreso, del que otros responderán. La República inglesa espira, se disuelve, desaparece, dejando en pié detrás de ella á Milton; desapareció la muchedumbre, pero se queda el pensador, y esto basta para que todo germine y para que nada muera. No debe desconfiarse de las caidas del derecho. ¿Qué importa que el perverso sea feliz, altanero y venerado? Sucumbe Roma y la libertad se vá á vivir en las catacumbas; los dioses se ponen de parte del vencedor y Caton está de parte de los vencidos. Kosciusko surge de los huesos de Galgacus. La obra de Juan Huss queda interrumpida, pero viene Lutero y la continúa. La antorcha de la civilizacion siempre encuentra una mano que la lleve. Habrá mártires que pierdan la vida por la fé; pero voluntaria y sencillamente saldrá una cohorte de justos de la avasallada muchedumbre, que se dirigirá en derechura al sepulcro, y á la que inspirarán más aversion los hombres que los gusanos. ¡Con qué castidad abandonaron el indigno mundo esos grandes Rómulos, Arria, Porcia, esas heroinas, esas almas firmes, Curtins, Adam Lux, Thraseas, Condorcet y Chamfort!... Así huyen las palomas, así se ciernen los cisnes, así las águilas huyen de los pantanos que habitan las serpientes. Legando á todos el ejemplo, á los que se arrastran, á los perversos, á los cobardes, al egoismo y al crímen, se entregaron al sueño eterno, cerrando los párpados para no ver esas iniquidades; esos gloriosos mártires consagraron el deber y despues se tendieron en el fúnebre lecho, dando en él á la virtud un beso feroz.

¡Caricia sublime y santa que hicieron en el sepulcro á lo grande, á lo puro, á lo bueno, á lo ideal y á lo bello! A presencia de los que dicen que nadie es justo en el mundo, ante Locusto, ante Pallas, ante Carrier, ante Sanchez, ante esos torpes apetitos inclinados hácia la duda, esos grandes suicidas fueron una noble afirmacion! Cuando todo aparece muerto en el mundo vivo, cuando no se sabe si es conveniente ir más adelante, cuando no sale ni una exclamacion del fondo de las masas, cuando imperan la duda y el silencio, el que en el recinto de las fosas vaya á buscar á alguno de esos ilustres muertos y pegando el oido al suelo les pregunte:—"Debemos creer? Debemos marchar hácia adelante?„, oirá un ronco acento que, saliendo del fondo de la tumba, le contestará:—"Sí!„

¿Qué es lo que en la oscuridad está cayendo sobre nosotros? ¡Cuántos copos de nieve! No los podeis contar, porque caen millones de millones. La noche es oscura, pero se vé que los leones entran á ocultarse en las madrigueras; parece que retroceda la vida eterna; la nieve, á la semi-oscuridad crepuscular, parece que rebaje siniestramente el nivel de las montañas. Si nos quedamos dormidos, parece que nos vayamos á morir. La nieve cubre los campos y las ciudades; blanquea el albañal tapando sus viles bocas; la lúgubre avalancha llena el cielo empañado. Vá el mundo á terminar? Ya no se distinguen caminos ni senderos. ¿Qué quedará mañana de toda esa nieve, de todo ese sudario blanco que amortaja á la tierra una hora despues de salir el sol?...

EL AÑO TERRIBLE.

Pretendo narrar la historia de un año espantoso, pero al mismo tiempo titubeo, apoyado de codos en la mesa-escritorio. Debo realizar lo que me propongo?... Oh Francia! Al ver que en el cielo desaparece un astro, siento que la vergüenza se apodera de mí! Una calamidad termina, pero otra empieza; no importa; me impongo la tarea de desarrollar este aflictivo trabajo. La historia lo necesita. El siglo está sentado en el banquillo de los acusados y yo soy su testigo.



EL AÑO TERRIBLE.

AGOSTO.

1870.

—

Sedan.

I.

Tolon no le satisfacia, necesitaba Sedan. El hombre trágico, sujeto por el destino, que es lógico, á la cautividad de su crímen, se entregó con los ojos vendados á fatales acontecimientos, que se lo jugaron á cara ó cruz y fué á estrellarse en el abismo insondable del oprobio. El ojo eterno, que reluce en lontananza en las formidables alturas, que siempre mira al crímen, estaba fijo en él. Dios lanzó á ese tirano, que hoy es larva y espectro, en sitios oscuros y desconocidos de la historia, en sitios que nadie habia aun visitado, y en ellos le perdió.

Aquel hombre pensó un dia:—"Empuño las riendas del gobierno de un pueblo; éste me desprecia y yo quiero que me tema. Quiero además ser dueño del mundo, porque valgo tanto como mi tio, y como él quiero aterrar. No tengo mi batalla de Austerlitz, pero tengo mi Brumario. El tiene á Maquiavelo y dispone de Homero, y los dos están atentos y mirando todo lo que él hace; á mí me basta con Maquiavelo; Galifet me pertenece; antes conté con Morny, y ahora cuento con Rouher y con Devienne. No me he apoderado todavía de Madrid, de Lisboa, de Viena, de Nápoles, de Dantzig, de Munich ni de Dresde, pero me apoderaré. En los mares humillaré la cruz de San Andrés y esclavizaré á la vieja Albion. El ladron vegeta si no es rey de reyes. Yo seré grande. Soy forvante, pero me servirán de lacayos Mastai con su mitra, Abdul con su turbante y el Czar con su piel de oso y su gorra de piel de marta; ya que he aterrado al boulevard Montmartre, tambien puedo vencer á la Prusia, que tan difícil es sitiar á Tortoni como sitiar á Berlin; el que se ha apoderado del Banco tambien puede apoderarse de Maguncia. San Petersburgo y Stambul son dos perros de porcelana; el papa Pío y el rey Galantuomo están en guerra abierta; la Inglaterra y la Irlanda se combaten ruidosamente; España lanza una granizada de balas sobre Cuba; se cogen por los cabellos José pseudo-César y Wilhelm, parodia de Atila; los pondré en paz, y yo, que antiguamente era un descamisado, me impondré á todos los cetros, seré el árbitro y alcanzaré la gloria de ser todopo-

deroso en el mundo. ¡Es magnífico siendo un Napoleon falso pasar por un Carlo-Magno verdadero! ¿Qué se requiere para esto? Suplicar á Magne que adelante algunas cantidades á Lebœuf, y elegir la hora en que todos duerman y en que estén desiertas las calles y dar entonces un golpe magistral. No cabe duda que se puede pasar el Rhin despues de haber pasado el Rubicon. Pietri me cubrirá de flores desde los balcones de su casa. Magnan ya no existe, pero Frossard vale tanto como él; no puedo disponer de Saint-Arnaud, pero puedo disponer de Bazaine. Bismarck me parece un saltimbanqui, y yo me creo ser tan buen cómico como él. Hasta ahora he vencido al acaso, y le he domado hasta el punto de convertirle en mi cómplice, y el fraude es un elemento. Aunque soy cobarde he vencido y aunque soy infame he conseguido brillar. Adelante, pues; si Paris es mio, he sujetado al género humano. Sonriéndome todo, ¿por qué me he de parar á la mitad del camino? Solo me falta ya ganar el quinterno; continuemos jugando, ya que la suerte es una bribona. Será mio el universo, porque esa es mi voluntad, que el globo estrellado cabe dentro de mi cubilete. Escamoteé la Francia, y ahora me falta escamotear la Europa. Diciembre es mi manto y me embozo con su sombra: huyeron del mundo las águilas y solo me quedan los halcones; pero no importa; como es de noche, me aprovecharé de la oscuridad y atacaré.

Decia esto en dia claro y luminoso, así en Lóndres y en Roma como en Viena, y todos tenian abiertos los ojos menos ese hombre; y Berlin se sonreia y le acechaba disimuladamente. Como estaba ciego, creyó que era de noche, y veia sombras donde los demás veian la luz. Sin calcular la época, el sitio ni el número, á tientas en el vacío, sin apoyo, sin otra seguridad que sus propias tinieblas, ese suicida se apoderó de nuestros bravos soldados, del renombrado ejército de la Francia, y sin cañones, sin provisiones, sin jefes y sin generales, condujo aquellos valientes hasta el fondo del abismo; los empujó á caer en la red que se les tendia.—"¿Dónde vas?„ le preguntó la tumba. Aquel hombre respondió:—"Acaso lo sé?„

II.

Plinio explora el Vesubio y Empedocles el Etna; motivo asiste para obrar así á esos grandes curiosos, porque en su cráter irradia un crepúsculo; un bramin vá á Benares y deja que se lo coma la miseria, lo cual se comprende, ya que de tal suerte gana el paraiso; á través de las purpurinas lavas de Lipari boga un pescador en su coralina, débil tabla que lame y muerde el pérfido mar desde los cabos de Córcega hasta las tempestuosas rocas de Corfú; á Sócrates se le apellida diestro y loco á Jesucristo, siendo así que el primero es razonable y sublime el segundo; el poeta de piel negra protesta alrededor de Solima, hasta que le matan los golpes de las jabalinas; Green se entrega á los vientos y Lapeyrouse á las olas; Alejandro invade la Persia y Trajano la Dacia; todos esos hombres saben lo que hacen y lo que quieren; los impulsa una idea y los arrastra un objeto; pero jamás los siglos ni la historia presenciaron un espectáculo tan insensato como el vértigo, como el delirio del hombre, que descendiendo por su propia voluntad de su victoriosa y suprema cumbre, se toma el trabajo de abrir su fosa, y colocando el cuello bajo la horrorosa cuchilla del misterio, se corta la cabeza, con la idea de afirmar en ella la corona.

III.

Cuando el cometa cae en el pozo de la noche, al menos cuando se extingue, tiene los soles por testigos; precipitado Satanás, conserva su grandeza; su anonadamiento tiene la majestad de una apoteósis. Bonaparte cayó á su vez, y su inmenso crímen no deshonró al abismo; Dios le precipitó, pero sobrenadó en él un reflejo extenso y digno; su lado luminoso no dejó ver su lado sombrío; de tal modo fué así, que la gloria se enamoró de aquel hombre, y la conciencia humana dudaba si perjudicaban ó no al mundo los colosos. Es perjudicial que se levante un altar al crímen, y Dios vió que esto no era justo.

Cuando un titán ladron logra trepar á la cúspide, todos los ladrones desean imitarle; era, pues, preciso que en adelante Sbrigani no pudiera imitar á Prometeo. Es hora ya de que el mundo

espantado sepa hasta qué punto el pequeño puede sobrepujar al grande y que un arroyo vil es peor que un torrente, y el estupor que estos hechos causan al mundo hasta despues de Waterlóo y Santa Elena. Dios quiere impedir que brillen cometas infaustos. Siendo útil y justo terminar ese Brumario y ese Diciembre, velados todavía; siendo conveniente poner en el platillo de la balanza el último peso, el que lo pesa todo quiso enseñar al mundo, despues del gran final, el execrable derrumbamiento, para que el género humano recibiese una leccion, para que menospreciara al que le hizo temblar, para que á la epopeya siguiese la parodia, y para que viésemos el horror y la inutilidad que puede encerrar una tragedia, cuando en ella el enano quiere imitar la caida del gigante.

Como ese hombre personificaba el crímen, era preciso que sobre él cayera el baldon, que nadie le tuviera lástima ni piedad; era preciso que el fin de ese perjudicial fullero, que por una emboscada se apoderó del imperio, fuese tan degradante que avergonzara al cieno, y que al caer causase náuseas á la cloaca.

IV.

Ante Sedan es glorioso Azincourt; Ramillies y Trafalgar casi nos halagan; Poitiers ya no es una página de luto, ni Blenheim es una afrenta; Crecy ya no es un campo que nos avergüenza, Rosbach ya no es una derrota; porque la página más repugnante de la historia de Francia es Sedan. Ese nombre fúnebre eclipsa todas nuestras derrotas, y debemos escupirle para no pronunciarle jamás.

V.

Lúgubre llanura, que serviste de punto de cita, allí estaban ellos y nosotros tambien. Dos bosques vivos, compuestos de cabezas humanas, de brazos y de piés, de voces, de sables y de furor, marchan el uno contra el otro y se chocan y se confunden. ¡Horrendo espectáculo! Mortífero y descomunal estruendo! ¿Lo producen los cañones ó las catapultas? ¡A eso llamamos en el mundo altos hechos, hazañas! Todo huye, todo se derrumba, y los gusanos levantan la cabeza al oir aquel extrépito. Las sentencias de muerte que dictan los reyes las ejecuta el hombre contra otro hombre, que se adorna con el laurel de haber matado á su hermano. Cuando terminan las batallas de Farsalia, de Hastings ó de Jena, un ejército se proclama vencedor y el otro llora sobre sus ruinas. ¡Oh guerra! La casualidad pasa sobre tí en su sombrío carro arrastrado por espantosos é invisibles caballos.

Fué la lucha feroz: lanzaban fuego las pupilas de los combatientes en el fragor de la desenfrenada matanza; el fusil Chassepot desafiaba al fusil Dreyse; en el horizonte aullaban medusas, rechinando los dientes en una nube oscura, que salpicaban de sangre culebrinas de acero, bombardas y ametralladoras; en lontananza los cuervos se fijaban en esas medusas, pensando en que á ellas y á ellos la carnicería les ofreceria espléndido banquete. La rabia llenaba la oscuridad, á la que contaminaba, como si la naturaleza tomase parte en la batalla; el campamento fatal parecia que estaba furioso. Mientras un ejército era rechazado, el otro se replegaba: allí estaban la Alemania y la Francia, y una y otra abrigaban la trágica esperanza de morir ó la repugnante dicha de matar, y ni un solo hombre quedó que no estuviera embriagado por el acre olor de la sangre, ni que cejara en aquellos momentos supremos. Llovia la metralla en el tenebroso campamento, respiraban los heridos penosamente, los pisoteaban al pasar, y los cañones bramaban lanzando sobre las masas densa humareda, que dispersaba el viento. En aquella lucha feroz todos recordaban el deber, el honor, la abnegacion y la pátria. De repente, entre aquella bruma, entre aquel extrépito de truenos, en aquel caos de choques épicos, entre el ruido de la salvaje hecatombe, al sonido siniestro de los clarines, mientras nuestros soldados luchaban como héroes, tratando de emular á sus antepasados, mientras se resignaban todos á los decretos fatales del destino, se oyó este grito monstruoso:—"Quiero vivir!„—Estupefacto calló el cañon, se interrumpió la embriaguez de la pelea... el abismo habia pronunciado su palabra. El águila negra, abriendo las garras, esperó.

VI.

Entonces la Galia, la Francia, esto es, la gloria, y Brennus, esto es, la audacia, y Clodoveo, esto es, la victoria; entonces el antiguo titán céltico de larga cabellera, entonces el grupo altivo de las batallas, esto es, Chalons, Tolbiac, Arezzo, Bovines, Marignan, Beaugé, Mons-en-Puelle, Tours, Rávena, Agnadel, Fornone, Ivry, Contras, Cerisolles, Rocroi, Denain y Fontenoy, todas las batallas inmortales, confundiendo el brillo de su frente con el llameamiento de sus alas, Jemmape, Hohenlinden, Lodi, Wagram, Eylau, los hombres del último cuadro de Waterlóo, y los guerreros Heristal, Carlo-Magno, Cárlos Martel, Turena, Condé, Villars, Kleber, Desaix y Napoleon, por las manos cobardes de un bandido tuvieron que rendir sus espadas.

SETIEMBRE.

I.

Eleccion entre las dos naciones.

À ALEMANIA.

No hay nacion más grande que tú: cuando en otro tiempo era el mundo palenque de eternos combates, entre los pueblos fuertes fuiste el pueblo justo. Sombría tiara ciñe tu frente augusta, y sin embargo, como la India con su fabuloso aspecto, tú brillas, pais de los hombres de ojos azules. Altiva claridad, que relumbraba en el fondo tenebroso de la Europa, te envuelve en una gloria informe, pero inmensa; tu faro resplandece en el monte de los gigantes; como el águila marítima que cámbia de mar, pasaste sucesivamente de una grandeza á otra; al sábio Huss siguió el apóstol Crescentino; Barbaroja no impidió que naciera Schiller; el emperador, á pesar de ser absoluto, teme al génio. Ninguna nacion te eclipsa en el mundo, Alemania. Tu Vitikind hace frente á nuestro Carlo-Magno, y hasta Carlo-Magno puede decirse que te pertenece como guerrero. Hay instantes en tu historia en los que parece que un astro te guia, y te han visto los pueblos, fecunda guerrera, rebelde al doble yugo que pesaba sobre el mundo, resistir con puños de hierro, Hermann á César y Lutero á Pedro. Durante mucho tiempo fuiste la protectora del antiguo derecho de los vencidos. Como se entremezclan la plata y el plomo en el bronce, supiste fundir en un pueblo único y soberano veinte tribus; al huno, al dacio y al sicambro. El Rhin te prodigó el oro y el Báltico el ámbar; respiras en tu atmósfera la música, y ella hace alternar en tus poderosos himnos el grito del águila con el canto de la alondra; se cree ver aun sobre tus desmoronados burgos la silueta de la hidra y del guerrero, que se vislumbran vagamente en la montaña y á la luz de los relámpagos. Nada hay tan fresco y delicioso como tus verdes llanuras; los rayos de la luz penetran abriendo brechas en la bruma, y los caseríos se duermen agrupados debajo de las alas de los palacios feudales. Apoyándose la doncella rubia en el brocal de las cisternas al anochecer, tiene grata semejanza con los ángeles. Como templo sostenido por extraños pilares, la Alemania se mantiene en pié al través de veinte siglos repugnantes, y dimana de ellos el esplendor que sale de su sombra. Cuenta más héroes que cimas el monte Athos. Aparece la Teutonia cerca de las nubes, cerca de las estrellas y de los rayos; de noche sus picas se asemejan á un bosque. Por encima de ella el clarin victorioso prolonga sus sonidos; su leyenda iguala á su historia. En la Turingia, donde Thor mantiene su lanza en ristre, vagaba errante Ganna, la druida desmelenada; en los rios, cuyas olas resplandecian, cantaban las sirenas, esos mónstruos con pechos de mujer; y el Harz, que Velleda frecuentaba, el Taunos, donde Spillyre se secaba en la yerba los desnudos piés, todavía no han perdido la tristeza áspera y divina que en los espesos bosques deja la profetisa. De noche la Selva-Negra es un siniestro edén; en las orillas del Neckar la claridad de la luna aviva y dá sonoridad á los árboles poblados de hadas. ¡Oh teutones! vuestros sepulcros parecen trofeos de victorias, porque vuestros antepasados sembraron laureles por todas partes. Alemanes, debeis estar orgullosos, porque solo piés titánicos pueden calzarse vuestras sandalias. La gloria feudal dora vuestros cascos y blasona vuestros escudos, y así como Roma puede estar orgullosa de Cocles, vosotros podeis enorgulleceros de Galgacus, y teneis un

Beethoven que oponer á Homero. Alemania es poderosa y magnífica.

A FRANCIA.

Francia es mi madre.

II.

A príncipe, príncipe y medio.

El emperador mueve la guerra al rey. Nos decíamos á nosotros mismos:—"Las guerras son el preludio de las revoluciones.„ Al mismo tiempo pensábamos:—"Tendremos guerra, pero una guerra grandiosa. El infierno desea coronarse de laureles, la guerra quiere que se le rindan ofrendas, y esos dos reyes van á hacer que corra la sangre roja del mundo, y segarán á los hombres como en los campos se siega la yerba; los vencedores serán infames, pero magníficos.„ Y nosotros, que deseamos la paz para el hombres y que queremos entregar la tierra al arado y no al cañon, tristes, pero con altivez, exclamábamos:—"Dejemos obrar á los reyes de Francia y de Prusia.„ Y soñábamos en el choque de Vichnu contra Indra, en un avatar empollado por un apocalipsis, en el resplandor agujereando por todas partes el eclipse, en enormes combates nocturnos, en esos caos de cólera y de extrépito, en los que el huracán se ensaya con el Océano, en los que el ángel, sujeto por el gigante, lucha y confunde su sangre celestial con la sangre negra del titán; en Apolo contra Leviatán; en que iban á chocar en el horror de una inmensa lucha Rosbach contra Jena, Roma contra Alarico, el gran Federico contra Napoleon el Grande; creíamos que vendrian hácia nosotros, de prisa, de un solo vuelo, las victorias volando como golondrinas, y como el pájaro corre á buscar su nido, se dirigirian rectamente á Francia á buscar el progreso, la justicia y el derecho; creíamos que íbamos á presenciar el choque fatal de los tronos, el siniestro fin de las antiguas Babilonias y á ver el espectáculo del continente triturado y muerto, que despues resucitaria en el cielo de la libertad; creíamos que despues de presenciar monstruosos desastres, veríamos nacer el nuevo mundo al través del cataclismo de los astros.

Estas eran nuestras sonrientes ilusiones. Creíamos que esa guerra seria como las de Arbelle, Actium, Trasimene y Zara, horrible pero grandiosa; que seria un abismo con su pendiente, en el que el universo llegaria hasta los bordes, como en Lepanto, en Tolbiac, en Tyro y en Poitiers. Imaginábamos que la cólera, la fuerza y la noche abririan ante nosotros vastas sepulturas, en las que se enterrarian el Sur ó el Norte. Y pensativos, creyendo que íbamos á conseguir la gloria en encuentros triunfales, como los que presenciaron el Loire, Wagram, Leipzig, Cyrus, Senacherib, César, Federico II y Nemrod, temblábamos al ver de cerca esos horribles encuentros.

Pero de repente sentimos que una mano se introduce en nuestros bolsillos, y comprendemos que solo se trata de apoderarse de nuestro dinero. Con exactitud decia la voz pública que cuando Bonaparte se vió en la indigencia fué un estafador, y que ahora abrigaba los deseos y la esperanza de robar la Alemania, despues de haber robado la Francia: escamoteó el trono, es vil y fullero, esto nadie lo niega; pero nos hicimos la ilusion de que iba á tropezar con un rey viejo, orgulloso de su alcurnia, con un rey que tenia á Dios por corona y al honor por coraza, encontrándose frente á frente con uno de esos paladines de los antiguos torneos, valientes y caballerescos. Qué chasco nos llevamos! ¡Qué cámbio de decoracion tan inesperado! Era un silbato lo que oíamos, no una trompa guerrera.

Es de noche. Ante nuestra atónita vista aparecen vastas y salvajes malezas, entre las que hormiguean los sables y los cañones de los fusiles. Se oye en la oscuridad inmensa gritería. Aquello es una sorpresa, una emboscada. Deteneos! Todo se ilumina; el bosque ofrece por todas partes siniestra y roja claridad. Nadie se mueva! ¡Aplastaremos la cabeza al que se menee! ¡Boca abajo todo el mundo! Ahora entregadnos el dinero. Nada importa que esteis arrodillados en el fango; os registran, poniéndoos la bayoneta al pecho. Son diez contra uno y van armados hasta los dientes; seria una imprudencia resistir. Obedeced! Entregan todos la bolsa y se echan en el suelo. Durante esta operacion piensan los sorprendidos en aquellos pueblos que ayer se llamaban Polonia, Francfort, Hesse

y Hannover. Terminó la operacion; podeis levantaros. Ya sois pobres en medio de la Selva-Negra, y reconocemos nosotros que no estamos iniciados en esas horribles traiciones, y que somos profanos al arte de gobernar, que Cartouche hizo la guerra á Schinderhannes.

III.

Digno es el uno del otro.

Fijaos bien y vereis que es así. A una parte está el servidor del crímen; á la otra, servilmente obedecido por todos cuantos él oprime, está el ogro de derecho divino, devoto, correcto, moral, que nació para ser emperador, pero que no pasa de cabo de escuadra. A una parte el Bohemio y á la otra el Sicambro; el degollador luchando con el dos de Diciembre. A una parte la liebre y á la otra el chacal; el barranco Ollioule y la casa Baucal parece que hayan proporcionado semejantes reyes; la Calabria no cuenta con séres tan repugnantes como esos dos que arrastran sables; su arte de guerra consiste en la extorsion y en el saqueo; es el arte que conocian Poulailler y Folard.

Bonaparte es vil, pero Guillermo es atroz, y fué una imbecilidad que el inocente ratero arrojase el guante al veterano bandido. Aquel ataca sin medios, y éste, aceptando el reto, lanza bruscamente de su mano un haz de rayos. Aquel rey tomó por su juguete á nuestro emperador, y burlándose de él, le decia:—"¡Ven aquí, chiquillo!„ El chiquillo fué tropezando y cayó en la emboscada que le habia preparado el bandido. El cortejo de la traicion fué una horrible matanza: el pensador, al reflexionar en esos innumerables atentados, es víctima de sombrío deslumbramiento. ¡Cuántos crímenes, Dios mio! ¡Qué horroroso desenlace! Pobre Francia! ¡Una ráfaga de viento disipó en un instante la sombra de tu César y la sombra de tu ejército! En esa guerra, uno de los reyes fué la llama y el otro el humo.



IV.

Paris bloqueado.

Oh ciudad! ¡La historia se arrodillará ante tí! Desangrarte te dá belleza, morir te dá la victoria; pero no, tú no puedes morir. Se derrama tu sangre, pero cuantos contemplaban á César sonriendo en tus brazos, se asombran; salvas la llama expiatoria con la admiracion de los pueblos, con la gloria, y adquieres, Paris, mucho más de lo que pierdes, porque conquistas á los que te sitian. La humillante y falsa prosperidad es la que produce la muerte lenta, y tú caiste alegre y loca, pero te levantas sangrienta y grandiosa. Te habia amodorrado el degradante imperio y te despiertas arrepentida de tu repugnante felicidad. Te despiertas siendo diosa y lanzando al sátiro de tus bosques; te conviertes en guerrera al ver que eres mártir, y para el honor, para lo bello y para lo verdadero renaces por una parte, cuando mueres por la otra.

V.

A Juana.

Niña querida, ayer cumpliste un año. Contenta y balbuceando estás, como en la enramada en el fondo de un caliente nido abriendo apenas los ojos gorgean los pajarillos recien nacidos, alegres por ver que empiezan á salirles las plumas. Rosada es tu boca, Juana, y en los libros cuyas estampas tanto te regocijan, y que por complacerte dejo que arrugues las páginas, se encuentran preciosos versos, pero no hay en ellos una sola poesía que valga tanto como tú. Los autores más famosos nada han escrito que equivalga al pensamiento que se entreabre en tu imaginacion y que aparece en tus ojos, que contemplan al hombre con la ignorancia del ángel. ¡Juana, Dios no debe estar lejos de tí!

Has cumplido ya un año, y hay instantes en que te veo grave, pero arrobada; atraviesas el celestial momento de la vida en el que el hombre no vé sombras

en ella, en el que cuando el niño estrecha á sus padres en sus brazos, le parece que abraza el universo entero: tu alma jóven vive, sueña, rie, llora, y todo lo espera de tu madre Alice y de tu padre Cárlos; todo el horizonte que recorre tu espíritu se extiende, desde ella que te mece hasta él que te sonrie; esos dos séres constituyen para tí en los primeros años de la vida todos los deseos y todas las caricias; ellos solos, Juana; comprendo que esto es justo. Soy tu abuelo, llegas cuando yo me voy; te adoro, y hay momentos en que tengo celos: pero tú y tu hermano Jorge llenais por completo mi alma, y gozo cuando os veo entregados á los juegos infantiles.

Inocente Juana, singular hora escogiste para nacer, hora que te ha familiarizado con el terror: te sonries ante un mundo próximo á perecer; zumbas como la abeja en los prados, y confundes tu delicioso murmurio con el extrépito que hace Paris agitando su inmensa armadura. Cuando te oigo cantar, cuando me hablas con tu suave y dulce voz, cuando veo tus manos extendidas sobre nuestras cabezas, me parece que la oscuridad donde está gruñendo la tempestad tiembla y se aleja lanzando sordos rugidos, y que Dios bendice por medio de la intervencion de una niña la ciudad de cien campanarios, que está desamparada, como un navío que vá á estrellarse en un escollo.

OCTUBRE.

I.

Era yo el viejo y salvaje vagabundo de los mares, el espectro que iba errando por las playas; escribí un libro en un áspero invierno, azotado por los vientos y por los huracanes que á las órdenes del desterrado iban volviendo las hojas á medida que yo las terminaba; lo habia perdido todo menos el honor: regresé á Paris y ví que la gran ciudad estaba hambrienta; puse mi libro al alcance de sus dientes; diciendo al pueblo altivo, ardiente, indignado, sin miedo; al pueblo que no sufre ningun yugo, á Paris, lo que el Klephte al águila:—"Cómete mi corazon y tus alas crecerán un palmo„.

Cuando Jesucristo espiró, cuando murió el gran Pan, Juan y Lucas en Judea y Epicuro en la India oyeron un grito horrible y siniestro. Cuando el Olimpo se derrumbó desde Ofir á Canaan y desde Azur á Laba, como al desprenderse el zócalo se cae la columna, todo el Oriente se conmovió cuando cayó Babilonia; pues el mismo horror sagrado se apodera hoy de los hombres, al conocer que se mueve el edificio, al faltarle el punto de apoyo: todos tiemblan por Paris, al que oprime siniestra mano, porque comprenden que se mataria al universo matando esa ciudad; más que á un pueblo, tratan los reyes de clavar un mundo moribundo en la cruz, para que sufra horroroso suplicio el género humano.

Luchemos, pues. Como Troya, como Tyro y como Numancia, Paris sitiado debe ofrecer digno ejemplo á la historia. Seamos grandiosos y afrontemos á los bandidos que nos trajeron los tiranos. Vuelven á invadirnos los hunos como en tiempo de Fredegario; dejemos que nos apunten las máquinas de guerra; resistámoslas sin cejar; aceptemos nosotros solos, vendidos y ensangrentados, la ruda tarea de salvar á la pátria. Caer sin temblar equivale á vencer. Conseguir que todo el que vaya en pos de lo verdadero, de lo grande y de lo bello se incline con respeto ante una tumba, es tan honroso para un pueblo como para un hombre. Caton es demasiado grande si sobrepuja á Roma, por lo que Roma, para igualarse con él, debe imitarle; Roma, pues, debe combatir y Paris debe luchar. Combate, Paris; ostenta, pueblo magnífico, en tu escudo acribillado de flechas, pero sin mancha, el ilustre encarnizamiento de no ser vencido.

II.

Han llegado para nosotros los dias trágicos. Al ver que aparecen tantos signos desconocidos, hay motivo para creer que empieza otra egira para las naciones.

Pálido Dante y tú, hermano de Cinegire (1), severos y justicieros testigos, inclinados, uno sobre Florencia y otro sobre Argos, espíritus que el águila cobija bajo sus alas, vosotros que escribísteis esos temibles libros en los que se siente algo de lo que ruge y algo de lo que brilla detrás del horizonte, libros que lee temblando el género humano, soñadores que podeis exclamar dentro de vuestras tumbas:—"¡Somos dioses porque hacemos temblar misteriosamente á los hombres!„, Esquilo y Dante, contemplad lo que ahora pasa en el mundo y oidme.

A esos reyes les viene ancha la corona que se ciñen, y vosotros los desdeñaríais, porque no poseen la estatura de los que atormentásteis con vuestros formidables versos; no tienen la talla del jefe argivo ni del baron pisano; pero convenid conmigo en que, esto no obstante, son monstruosos. Tienen el aspecto vulgar de reyes adocenados, pero disponen de grandes legiones. Arrastran sobre Paris á los siete pueblos sajones, para saciar en él su sed de sangre. Cada uno de dichos reyes tiene por emblema una especie de animal salvaje, y hace brillar en su morrion la quimera en forma de tétrico aguilucho ó de dragon impuro agitando la melena; el gran jefe enarbola en lo alto de su estandarte un águila extraña, que es blanca de noche y negra de dia. Vienen con ellos, produciendo gran estruendo, krupps, bombardas, cañones, enormes ametralladoras; arrastran junto á las murallas enemigas el bronce, ese mudo, ese esclavo adormecido que aulla de repente en cuanto se le quita el bozal, y que se apodera de él no sé qué espantoso celo que le hace destruir sin freno una ciudad, como si se tratase de vengarse en las torres y en los campanarios de que le emplee el hombre para fundir infames estátuas y como si para vindicarse quisiera decir:—"¡Pueblo, mírame bien; yo soy el mónstruo que con mucha ligereza conviertes en rey!„

Todo tiembla, y los siete jefes están ligados por un ódio comun. Ahí están amenazando á Paris. Le castigan. ¿Por qué? Porque representa la Francia y la Francia representa el universo; porque brilla sobre las simas entreabiertas; porque es un brazo de gigante que se ha apoderado de un haz de rayos, que no ilumina otro punto de Europa; castigan á Paris por ser la pátria de la libertad, por ser la ciudad donde Danton ruge, donde brilla Moliére, donde se rie Voltaire; castigan á Paris por ser el alma del mundo; porque cada dia rebosa más vida y es la colosal antorcha que ningun viento apaga, la ardiente idea que se abre paso al través de todas las oscuridades; castigan á Paris porque denuncia el error, porque advierte y explora, porque tras su triunfo les enseña un cementerio; porque suprime el cadalso, el trono y las fronteras; porque representa el porvenir y ellos representan el pasado.

No es suya la culpa: solo son las fuerzas negras que siguen en la oscuridad á las glorias sombrías; á Cain, á Nemrod, á Rhamsés, á Cyro, á Gengis y á Timour. Combaten el derecho, la civilizacion y el amor; desean ser grandes y solo son deformes. No quieren que el mundo tranquilo y feliz se duerma en brazos de la sagrada paz, ni que la claridad divina ilumine al espíritu humano. Impulsan á los hermanos á devorarse unos á otros, á que el pueblo asesine al pueblo, y su desgracia consiste en ser omnipotentes, y que todos sus instintos, que el infierno enciende, los apague el cielo. ¡Reyes repugnantes! Es más fácil que el pájaro olvide el camino de su nido, que el tigre se enamore del cisne, que la abeja distraida abandone su colmena, que renuncien ellos á las matanzas, á la ley del sable, á la inícua guerra, al sonido de los clarines y al relincho de los caballos de batalla.

III.

Siete; la cifra del mal, el número del que Dios hace que dimanen todas las faltas humanas. Echaron la red fatal á Paris siete príncipes; los de Wurtemberg, Mecklemburgo, Nassau, Sajonia, Baden, Baviera y Prusia. En la oscuridad de la noche levantaron sus tiendas sepulcrales; en ellas aparecen en empañadas espirales los círculos del infierno, el ódio, el invierno, la guerra, el luto, la peste, el hambre y el fastidio. Sujetan á Paris los siete nudos de las tinieblas, y como Te-

(1) *Cinegire*: fué hermano del poeta Esquilo; fué un ateniense célebre por su valor heróico.—(N. del T.)

bas, tiene siete jefes ante sus muros. Es espectáculo inaudito ver el astro sitiado por el Erebo; ver la noche dando el asalto á la luz: el astro perdido lanza un grito y la nada se rie. La ceguedad combate á la luz; la taciturna envidia ataca al cráter augusto de la existencia, al gran foco central, al astro encadenado, á los otros astros. Todos los ojos que están abiertos en el infinito se asombran y se preguntan:—"Qué es lo que sucede? Se anubla la claridad?„ Y un calofrío de horror se comunica de estrella en estrella. Salva tu obra, oh Dios! Tú, que con un soplo conmueves al Leviatán, retuerce esos brazos venenosos. Pero ya no hay remedio; empezó la infame batalla.

Así como en los tiempos antiguos un faro brillaba en la puerta Scea (1), así tambien viva claridad se desprende del astro, advirtiendo al cielo que el infierno sube y que la noche baja. El abismo se oculta en una espesa muralla de humo, en la que hormiguea no sé qué ejército indómito, entre cuyas nubes brillan las armas y en donde se confunden ruidos infernales con ruidos subterráneos y donde aullan los truenos como si fueran fieras encadenadas. Sube una informe marea en la que gruñen los tiphones, crece y rueda lanzando gritos horribles, y ese caos parece que se empeñe en destruir esta esfera; él hiere con las llamas, ella con la luz; el abismo cuenta con el relámpago y el astro con el rayo. La oscuridad con sus olas, con sus brumas, con su huracán y con su torbellino, cae sobre el astro, tratando de derramarse por completo en su luminoso pozo. ¿Quién vencerá á quién? Nos extremecemos de temor y de esperanza. Hay momentos en que la esplendidez del astro se borra en el espesor de las tinieblas, y cada vez más pálido llega á desaparecer. ¿Puede acaso sentenciarse á una estrella? ¿Quién puede tanto? ¿Quién tiene derecho á robar al mundo la sagrada claridad? Parece que el infierno, abriendo sus fauces, quiera tragarse al astro. ¿Será verdad que ha muerto?...

De repente un rayo de luz sale de las nubes, y sacudida por los vientos aparece una melena de fuego. Aquí está! ¡Es él! Vivo, entusiasta, condena á la noche á quedar deslumbrada para siempre, y recobrando su pristina belleza, la cubre con inmensa espuma de luz. ¿Ha sido vencido el caos? No; la oscuridad se hace más densa; aparece otra vez el reflujo del abismo invasor; parece que Dios se desalienta. Buscamos otra vez al astro en la tempestuosa noche. Dónde está? Es esto una emboscada? Todo queda en suspenso; nada continúa; presiente la creacion que está presenciando un crímen, y estupefacto el universo contempla el abismo que, sin descanso, hasta lo alto del firmamento vomita bocanadas de sombra que cubren el sol.

NOVIEMBRE.

I.

Al anochecer, desde las murallas de Paris.

Blanqueaba el Occidente; el Oriente estaba oscuro, como si algun brazo salido de los osarios erigiese un catafalco á las columnas de la noche y desplegara dos sudarios en el firmamento.

La noche era oscura como un calabozo. Confundia el ave sus quejidos con los murmullos de las plantas; iba yo caminando, cuando levanté los ojos hasta el horizonte y la puesta del sol parecia un oleaje sangriento.

Esto me hizo imaginar que se verificaba un gran duelo entre un mónstruo y un Dios, ambos de la misma talla, y que la espada del cielo enrojecida caia á la tierra despues del combate.

II.

Paris difamado en Berlin.

La siniestra noche desprecia á la aurora y el ateniense afrenta al vándalo. Paris, al mismo tiempo que te atacan, quisieran que la emboscada que te tendieron tuviera el aire providencial de

(1) *Scea:* puerta de la ciudad de Troya, en la que estaba la tumba de Laomedon y donde tuvieron la célebre entrevista Andrómaca y Héctor.—(N. del T.)

una sentencia; el galopin ayuda al raitre, é hicieron la apuesta de ver quién deshonraba más la ciudad heróica, y las injurias llueven sobre ella, mezcladas con los disparos del obús durante el bombardeo; los soldadotes y los retóricos te calumnian, denunciándote ante las buenas costumbres y en nombre del culto; te insultan para poderte pasar á cuchillo; sus calumnias tienen por objeto el asesinato. Ciudad, cuyos habitantes tienen la grandeza de un Senado, lucha, desenvaina el acero; ciudad que supiste fundar los talleres y que sabes defender las cabañas, deja que aulle á tu alrededor esa cohorte de hombres hipócritas y gazmoños, que se llaman á sí mismos salvadores del altar y del trono, pero que en todas las épocas han proscrito al progreso, han puesto una valla entre los dioses y los espíritus, y cuyos gritos, semejantes á lejanos ladridos de obscena jauría, se oyeron en Roma, en Tebas, en Delfos, en Menfis y en Micenas.

III.

A todos aquellos príncipes.

Reyes teutones, no sabeis imitar á vuestros padres. Vuestros padres salian precipitados de sus madrigueras, empuñando la espada, tratando siempre de sobrepujarse unos á otros en valor, pero no de vencer por medio del número. Vosotros guerreais de otro modo.

Os deslizais sigilosamente, aprovechándoos de la oscuridad de la noche, tratando de que sea la casualidad vuestro cómplice, hasta el pais inmediato, con gran cautela, á manera de ladrones ó de enamorados, hablando en voz baja, inclinando la cabeza, ocultando la antorcha que os sirve de guia, haciéndoos invisibles entre los bosques por donde os deslizais; despues, gritando bruscamente: Viva! Hurra!, desenvainais un millon de sables, os arrojais sobre el vecino sorprendido, y herís á diestro y siniestro á un ejército que carece de todo y cuyo general es un cero. Vuestros antepasados hubieran desdeñado una victoria conseguida por esos medios, porque podia en ellos más el pudor guerrero que la sed de conquista y preferian ser grandes á vencer. Pero, príncipes, vosotros, desde Sedan á Versalles, vais sembrando en vuestra oscura marcha, al través de las malezas, falsas hazañas, que hubieran indignado en la época caballeresca á la magnanimidad de la espada.

Príncipes, la guerra no es digna de la epopeya cuando se forja en el espionaje y la traicion, cuando cubre el robo con la escarapela y el fraude con el plumero. Guillermo es emperador, pero Bismarck es trabucaire, y Carlo-Magno sienta á su derecha á Roberto Macaire, y entrega á los mamelucos, á los panduros, á los strelitz, á los raitres y á los hulanos la Francia de Austerlitz, como botin, como presa y como prebenda. El ejército vencedor se trueca en una cuadrilla de bandidos.

Ebrios se dirigen hácia el profundo antro que les espera: así el oso, siguiendo la corriente del agua en el flotante ventisquero, no conoce que éste se derrite y que hunde bajo sus piés el banco de hielo.

Ya que así lo deseais, príncipes, hágase vuestra voluntad. Revolcaos en el territorio de la conquistada Francia, de la espirante Alsacia, de la ensangrentada Lorena, de la vendida Metz, de la temblorosa Strasburgo, de la que no apagareis la trágica aureola. Solo obtendreis de esta nacion lo que se consigue de las mujeres violadas: el lecho, la desnudez y el ódio eterno. Solo el cuerpo manchado, frio y siniestro, desde que se ven forzadas, se obtiene de las vírgenes y de las ciudades.

Segad vivos como espigas maduras en un campo; cercad á Paris é incendiadle; llenad de desesperacion el alma sollozante de las madres; lanzad esta órden horrorosa: "Exterminemos!„ Agitad vuestras banderas, haced rodar vuestros cañones, que á ese extrépito triunfal siempre le faltará algo. Permanece cerrada la luminosa puerta de los cielos, y en la enlutada tierra no fecunda la savia ni un solo laurel entre esas oleadas sangrientas. En las alturas, la altiva Fama, inmóvil, indignada, con las alas cerradas, os vuelve las espaldas; no quiere ver lo que sucede, y en el fondo del firmamento se vé que sus clarines no suenan.

Ni un solo nombre ilustre ha salido de vuestra victoria. ¿Cómo se llaman los héroes que vencieron? Esos altivos conquistadores, esos invasores sangrientos, no pueden desprenderse del anónimo? ¡Ese es el colmo de la afrenta que nos deshonra! ¡Consiguió gigantesca victoria pigmeo vencedor!

IV.

¿Qué importa todo lo sucedido á la magnánima Francia? Todo lo vé con trágico desden; existe, sin saber lo que de ella piensan un monton de desconocidos, en los palacios y en los tugurios; porque esos pordioseros y esos ministros carecen de la majestad siniestra del mal, y zumban inútilmente alrededor de la eternidad. Insultan á la Francia, pero ella, ni en sus duelos ni en sus alegrías, se apercibe de vuestra sombría oscuridad. Si quereis que os vea, adquirid antes personalidad; sed Tiberio ó sed Gengiskan, el hombre azote ó el hombre volcán, y entonces veremos si mereceis que os desprecie; adquirid algun título al ódio, y entonces lo examinaremos. Si no, marchaos. Un pigmeo, además de ser pequeño, puede ser venenoso, pero por eso no deja de ser enano; ¿y qué nos importa un átomo? ¿Qué nos importan esos ceros que pasan y desaparecen? Sin menear la enorme cabeza en el desierto por donde vaga el lince feroz, el estercoracio puede familiarizarse con el coloso que está siempre inmóvil.

V.

Al ver flotar en el Sena algunos cadáveres de prusianos.

Llegásteis hasta aquí, y ahora os veo ya acostados y transportados por la ligera almohada de la blanda agua; os veo envueltos en las sábanas frias y mojadas del oleaje. Sois los hijos del Norte, que yaceis tendidos y desnudos en la corriente del rio, sois los que hace poco tiempo pensábais al salir de la Alemania:—"Vamos á casa de esa prostituta; vamos á buscar á Babilonia, que está acostumbrada á las caricias de todo el mundo; en ella viviremos entre placeres; vamos á Francia; Paris es la ciudad pública, que para los extranjeros se viste, se pinta y se embellece; Paris nos abrirá sus brazos...„ Y el Sena el lecho mortuorio.

VI.

Predicar la guerra despues de haber litigado para conseguir la paz, es una discrecion que ha engañado á los sábios. ¿Qué se hicieron aquellas promesas de clemencia? Estás ciego ó te desmientes? Y la fraternidad que nos prometias? ¿Por qué exterminas á Cain, por qué fulminas tus rayos contra Atila?—No te he engañado, me contesta la discrecion. Todo empieza por una negativa y termina por una liberalidad; el invierno conduce á la primavera y el ódio al amor. Creemos estar trabajando en contra de una idea y trabajamos en pró. Las verdades, sobreponiéndose sin medida y sin número, amontonan á veces tanta sombra, que su oscuridad inquieta al hombre; la Providencia es incomprensible por su propia grandeza, y la noche siniestra fabrica sus velos de tinieblas con capas de estrellas.

VII.

Quizá apareceré extraño á los que opinan que ante la desgraciada suerte de Sedan hay que encender un cirio á Santa Genoveva; á los que creen que obtendríamos eficaz auxilio volviendo á retocar á Nôtre-Dame d' Auray, y que detendríamos, rezando una oracion bretona, los disparos de los obuses y de la metralla; quizás pareceré salvaje, y hasta escéptico, á las gentes que rezan en algun rincon Ave-Marías, en voz baja, mientras corre á rios la sangre de los franceses, á los que contra un cañon asestan una novena; pero afirmo que ha llegado ya la hora de obrar, de pensar en el levantamiento en masa, en el abismo, en el peligro, cuyo círculo vá estrechándose á nuestro alrededor, y que tiene el mérito de ser sincero, aunque es repugnante, de ser francamente salvaje, y ofrecer á la Francia la ocasion sublime de morir. Afirmo que se aproxima el monstruoso campamento de los bárbaros, que los osos han roto los hierros de las jaulas que los encerraban; afirmo

que los pueblos están horrorizados, que pasó ya la hora oportuna de entonar *oremus*, que las hordas se acercan, que Paris les sirve de blanco, y que debemos todos lanzar este terrible grito:—"¡Ciudadanos, á las armas! ¡Campesinos, empuñad las horcas! ¡General, arroja lejos de tí el libro de los salmos de David, y vamos á abrir un boquete en las filas prusianas!„ Todavía no está ronca la Marsellesa, ni fatigado el caballo que montaba Kleber; no nos hemos bebido aun todo el vino que produce la audacia; nos ha dejado bastante aun Danton en el fondo del vaso para dar una severa carga á la Prusia y para atemorizar al mundo antiguo, que agoniza viendo cómo recibimos á los reyes. Si nos toca sucumbir, moriremos como héroes. Cuando veo que manda en la ciudad un hombre que es excesivamente cristiano, cuando creo que se tiene miedo, cuando veo que aun se espera, ¿qué quereis que os diga? no estoy satisfecho. Ese jefe fija demasiado los ojos húmedos en su padre espiritual; me parece que es soldado bravo, pero general tímido. Estamos en Paris, que es un volcán, que encierra cerca de dos millones de hombres, de niños y de mujeres, y ni uno solo de ellos piensa en cejar, y deseamos todos más rapidez en la cólera y discursos menos largos. De este modo me expresaria mañana en el Hotel de Ville si no me espantase el fantasma de la guerra civil, si no temiera añadir tan espantosa cuerda á las ligaduras de la pátria y verla arrastrada por el fango y por los charcos de sangre, primero por sus vencedores y despues por sus hijos. Los bravos parisienses desafían todas las calamidades; no puede domarlos el frio ni el hambre, pero no saben resistir á la ignominia; á falta de pan moreno comen pan negro, pero no se dejan coger como ovejas.

Ya que hemos llegado á este caso extremo, declaro que el corazon del hombre es ilimitado para obrar bien; que debemos imitar á Esparta y á Roma, y que á un pueblo solo le limita su propia cobardía. Necesitamos en esta hora suprema algo superior á los antiguos caballeros, que perdian mucho tiempo orando en las capillas; porque Francia nos pide socorro, y será hijo bastardo suyo el que no acuda en seguida á socorrerla, ya que se trata de arriesgar el todo por el todo. Ante el feroz Norte que ataca al Mediodía, tenemos necesidad de presentar un hombre audaz, y cuando se trata de expulsar de aquí á los vándalos, de rechazar el oleaje de las cuadrillas feudales, de libertar á Europa libertando á Paris y de rechazar á los que inícuamente nos han sorprendido, no nos hace falta el rosario, sino la espada.

VIII.

No conviene vivir engañados: nunca oculté que me preocupa siempre el enigma eterno; sé que cuando reflexionamos en el equilibrio de la tierra y de los cielos, sentimos que nuestra alma es más libre; sé que cuando nos apoyamos en lo desconocido, sentimos descender hasta nosotros algo inmenso y bueno; comprendemos la insignificancia de los reyes, y resistimos y luchamos teniendo el corazon menos triste; sé que á los altivos profetas halaga y tienta el peligro, y que el hábito augusto de meditar, de amar, de creer y de postrarse ante Dios, nos pone de pié ante el hombre y nos hace inclinar la frente ante el infinito. Pero el cielo no obra como los hombres: cada uno tiene su deber y cada uno cumple su mision. Cuando el destino es cobarde, debemos rudamente oponerle obstáculos, sin hacer intervenir para ello á los relámpagos del firmamento; para vencer al destino hay que contar más con el rayo humano que con el gran fenómeno de los truenos divinos.

IX.

Al obispo que me llama ateo.

Ateo? Ministro del Señor, entendámonos de una vez para siempre. No te tomes el trabajo inútil de expiarme, de acechar mi alma, de mirar por el ojo de la llave el fondo de mi espíritu, de indagar hasta dónde llegan mis dudas, de preguntarme sobre el infierno para saber lo que creo ó lo que niego; no te tomes este trabajo inútil. Mi fé es sencilla y la proclamo en alta voz. Me gusta la claridad y la franqueza.

Si se trata de un hombre bondadoso, de blanca y larga barba, de una especie de

papa ó de emperador, sentado en el trono, rodeado de nubes, que tiene un pájaro sobre la cabeza, á la derecha un arcángel, á la izquierda un profeta y en los brazos á su hijo, pálido y desgarrado por los clavos; que es uno y triple, que oye los armoniosos sonidos de las arpas; que es Dios celoso y vengador, que escribe en un registro Garass, que anota el abate Pluche en la Sorbona y que aprueba Nonotte; si se trata de ese Dios que corrobora Trublet, Dios que pisotea á cuantos derriba Moisés; que consagra á los reales bandidos en sus madrigueras, que castiga en los hijos las faltas de los padres, que pára el sol cuando llega la noche, arriesgándose á que se rompa el gran resorte; si se trata de ese Dios que es mal geógrafo y mal astronómo, inmensamente pequeña falsificacion del hombre, que contínuamente se enciende en cólera y amenaza al género humano, empuñando un sable como si fuera el padre Duchene; Dios, que casi siempre condena y que perdona raras veces; Dios, que en las alturas del cielo se impone el deber de imitar nuestros defectos y se permite el lujo de hacer llover sobre nosotros calamidades, que perturba el órden, que lanza contra nosotros á Nemrod, á Ciro, á Cambises y á Atila, ministro del Señor, soy ateo de semejante Dios.

Pero si se trata del sér absoluto que condensa en la altas esferas el ideal en toda su evidencia, por medio del que, manifestando la unidad de la ley, el universo y el hombre pueden decir: Yo; si se trata del sér cuya alma siento en el fondo de mi alma, del sér que me habla en voz baja y que sin cesar aboga por todo lo verdadero y ataca todo lo falso entre los instintos, cuyas olas casi nos sumergen; si se trata del testigo que unas veces acaricia mi oscuro pensamiento y otras lo punza, segun que en mí, remontándome hácia el bien ó recayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu ó crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inmanente que sentimos, que vive más que nosotros y del que se embriaga nuestra alma cada vez que es sublime, cada vez que vuela hasta donde voló Sócrates ó hasta donde voló Jesús, persiguiendo lo justo, lo verdadero, lo bello, yendo directa hácia el martirio cada vez que al abismo la atrae algun gran deber, cada vez que es alcion en las tempestades, cada vez que siente la augusta ambicion de ir, á través de la infame sombra que abomina, en busca de la aurora; si se trata de un sér profundo que las religiones no crean ni destruyen, que adivinamos que es bueno y que presentimos que es sábio, que carece de semblante y de contorno, pero no de hijos, ya que su paternidad, ya que su amor son infinitos; si se trata del vasto desconocido, que no nombra, explica ni comenta ningun Deuteronomio; que ningun Calmet puede leer en ningun Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja distinguen vagamente allá arriba; si se trata de un Altísimo que no es comible en ningun pan ázimo, que no se incomoda porque se amen dos corazones y que vé la naturaleza donde tú ves el pecado; si se trata de ese Todo vertiginoso de los séres que habla con la voz de los elementos, sin necesitar sacerdotes ni Biblias, que no es carnal y no es de ordenanza, que tiene el abismo por libro y el cielo por templo, que es ley, vida, alma, invisible por ser tan inmenso, impalpable hasta el punto de que fuera de las formas de las cosas, que un soplo de aire disipa, se le percibe en todo sin poderle asir en nada; si se trata del Inmutable Supremo, que es solsticio de la razon, del derecho, del bien, de la justicia, que está en equilibrio con el infinito, ahora, ayer, mañana y siempre, dando la duracion á los hombres y la paciencia al corazon, que es claridad fuera de nosotros y en nuestro interior conciencia; si se trata de ese Dios que brilla en la aurora y en la tumba, que es lo que empieza y lo que vuelve á empezar; si se trata del Príncipe eterno, inmenso y sencillo, que piensa, puesto que vive, que llena todos los sitios y que á falta de otro nombre le llamo Dios; entonces, todo cámbia en nosotros, entonces nuestros espíritus se encaminan, el tuyo hácia la noche, sima y cloaca en la que moran las risas, las puerilidades, la siniestra aparicion, y mi espíritu se dirige hácia el dia, hácia la santa afirmacion que deslumbra mi alma arrobada, y yo soy el creyente, ministro del Señor, y tú eres el ateo.

X.

A la niña enferma durante el sitio.

Si en esta atmósfera que nos ahoga continúa tu palidez; si veo que te enca-

minas hácia mi sombra fatal siendo yo anciano y tú niña; si veo que se entremezcla la cadena de nuestros dias cuando te tengo sentada en mis rodillas contemplándote y deseando que la muerte se me acerque y que se aleje mucho de tí; si tus manos continúan siendo frágiles y diáfanas; si temblando en la cuna parece que esperes que te salgan alas como los pajarillos que están en los nidos; si no debes arraigar mucho tiempo en la tierra y á los misterios que nos rodean lanzas tus descontentas miradas; si no te veo ya alegre, sonrosada y fuerte; si te asaltan sueños tristes; si no cierras, despues de pasar, la puerta por donde entraste; si no te veo como hermosa mujer andar, reir y gozar de esa luz; si imagino que deseas abandonarnos para siempre, creeré que al mundo, en el que muchas veces los pañales van á confinar con las mortajas, has venido para abandonarlo en seguida y que eres el ángel encargado de sacarme de él.

DICIEMBRE.

I.

No, no debemos consentirlo! Despiértate y levántate, Francia, con la cólera en el corazon y con la espada en la mano; apodérate de un palo, de una horquilla, de las piedras de tus caminos, levántate en masa! Qué guerra es esa? Nos negamos á recibir á Mandrin, y Dios nos debia traer á Atila. Siempre que le plugo á la suerte abatir algun gran imperio ó algun noble pueblo, que sirvió de guia al género humano, llámese Roma ó Tebas, lanzó contra él á algun mónstruo augusto y salvaje del desierto. ¿Por qué la suerte quiere afrentarnos? Francia, no te resignes á ella. Indudablemente somos dignos de ser devorados, pero no comidos. ¿Era demasiado acaso imaginar que seríamos degollados, como Atenas y como Menfis, como Troya y como Solima, en el encarnizamiento de una lucha sublime?... Creíamos tener que luchar con leones, y por desgracia vemos que nos combaten gusanos.

II.

Horrible vision! ¡Un pueblo asesina á otro! ¡Y nuestro orígen es el vuestro, sajones! ¡hemos nacido ambos del mismo seno! La Germania se confunde con la Galia en la antigua Europa, en la que empieza á bosquejarse la historia; durante mucho tiempo nos enorgullecimos de crecer juntos, ayudándonos los dos pueblos á vencer, como si fuéramos una pareja de héroes, y el pequeño Caín amaba al niño Abel. Constituíamos un gran pueblo semejante al pueblo escita, y de los germanos y de nosotros decia Tácito:—"Son bravos y altivos; poderoso Dios los sostiene; en esos pueblos la mujer llora y el hombre no olvida„. Si Roma se aventuraba á arriesgar sus águilas en nuestras landas, los celtas contestaban al grito de guerra de los vendas, derrotaban al pretor, expulsaban al cónsul, y Tentates acudia á socorrer á Irmensul; se prestaban mútuamente el apoyo fiel y glorioso de la espada, y el mismo extraño altar de piedra veia arrodillados sobre la yerba en la espesura de los bosques á los teutones de Colonia y á los bretones de Nantes; y cuando la alada y temblorosa Walkyrie atravesaba la sombra, vuestro Hermann y nuestro Brennus veian brillar la misma estrella.

Alemanes, levantad los ojos y fijadlos en el firmamento, mientras encarnizados con las conquistas venís, vosotros que sois germanos, á dar de puñaladas á nosotros, que somos galos; mientras que pisoteais todas las leyes, que en vez de mejorar manchais con traidores triunfos, fijad los ojos en el firmamento y vereis cómo vuestros abuelos saludan á nuestros antepasados.

III.

El mensaje de Grant.

Pueblo, que te complaces en hacer esfuerzos prodigiosos; pátria de Penn, de Fulton y de Franklin, aurora viva del mundo, vasta República, ¡en nombre tuyo se dá un paso oblícuo hácia la sombra!

¡Es una traicion pretender que Berlin destruya á Paris! ¡Es una traicion, en nombre de la luz, envalentonar á la noche! ¡Es una traicion convertir en renegada á la libertad! ¿Para eso fué hasta vosotros Lafayette y dió la mano á Rochambeau?... ¡Apagar la antorcha cuando la oscuridad lo invade todo! ¡Proclamar que no hay más verdad que la fuerza y que la espada es el deslumbramiento supremo! Doblad las frentes, porque ha cometido un error el trabajo de veinte siglos. El progreso es una serpiente vil que se retuerce en el fango, y el pueblo ideal es el pueblo egoista. No existe nada definitivo ni absoluto. El señor omnipotente representa la justicia y la verdad, y deben desvanecerse la libertad, el derecho y el deber, el porvenir brillante, la razon que nos guia, la sabiduría divina y humana, el dogma y el libro, Voltaire y Jesús, ya que todo lo pisotea el raitre aleman.

¡John Brown, tú, cuya horca proyecta inmensa sombra en el mundo que nace lo mismo que en el mundo que muere; tú que diste á los pueblos el ejemplo de otro Gólgota en otro horizonte, deshaz el nudo que oprime tu garganta; ven, hombre justo, y azota á ese hombre con tu augusta cuerda! Por él un dia exclamará la afligida historia:—"Francia socorrió á la América, sacó por ella la espada, hizo toda clase de sacrificios para emanciparla, y en cambio la América asesina á la Francia á puñaladas„.

Compréndese que el salvaje que nace para acechar y para arrastrarse, armado con el cuchillo para arrancar la piel del cráneo, contemple y aplauda al jefe sangriento que se llama rey de Prusia; compréndese que le admire, porque está predispuesto al bandolerismo: es salvaje y atroz y deben simpatizar; pero no se comprende que el hombre que representa el derecho ante la Europa, el hombre que hizo renacer un mundo heróico, encorve la nariz ante el horroroso cetro de hierro de las edades antiguas y fúnebres; no se comprende que dé á Paris el bofeton de las tinieblas, que entregue su pátria augusta al emperador, que la entregue á los tiranos, á los horrores y á la matanza; que la sumerja en ese triunfo horrible, que acueste á esa vírgen en un lecho de oprobio, que haga ver al universo, sumida en inmundo carro, á la América, que besa los piés del César. Todo esto conmueve y agita en el fondo de las tumbas los huesos de los altivos vencedores y de los poderosos vencidos. Temblando Kosciusko despierta á Spartacus; Madison yergue la frente y Jefferson se levanta; Jackson no puede dar crédito á tan repugnante sueño; ¡Deshonra! grita Adams; asombrado Lincoln, se desangra, y hoy le asesinan.

Indígnate, pueblo francés! Ya sabes que te amo con filial ternura, América, y por eso en este instante lloro. Hasta hoy coronaba la América una aureola; su estandarte sideral deslumbraba á la historia. Washington, galopando en su glorioso corcel, habia salpicado de chispas los pliegues de su estandarte, testigo de que cumplió sus deberes, y para que disipara de él la oscuridad lo sembró magníficamente de estrellas. Esa bandera ha quedado hoy empañada, y al ver su afrenta, lloro. ¡Maldito seas, infortunado mortal, que en el altivo pabellon, que celestial brisa agitaba, echaste una mancha de lodo.

IV.

Al cañon Víctor Hugo.

Escúchame mientras llega la hora de que te escuche yo, cañon que has de tronar, colérico dragon por cuya boca saldrán rugidos y llamas; pesado coloso, que al relampaguear dispersarás en el aire la ciega mortandad, yo te bendigo! Cañon, vas á defender la ciudad, pero sé mudo en la guerra civil, vigilando al extranjero. Ayer saliste de la fundicion altivo y espantoso y te seguian muchas mujeres, exclamando:—"¡Qué hermoso es!„ Los cimbrios están á nuestras puertas. Consiguieron una victoria que avergüenza, y Paris, desde lejos, hace una señal á los príncipes, indicándoles que toman los pueblos por testigos. Vamos á luchar: ven, extraño hijo mio; mancomunémonos y redoblemos nuestro valor; hagamos un cambio; infiltra en mi corazon tu bronce; yo haré pasar mi alma á tu metal.

Pronto te colocarán en la muralla. Con el arcon repleto de metralla, sal-

tando por el empedrado, arrastrado por ocho caballos, entre entusiasmada muchedumbre, correrás altivo á ocupar tu puesto en las grandes troneras, que ocupará Paris indignado y con el sable en la mano. Ya que yo soy el hombre que he probado en el mundo á curar por medio de la indulgencia; ya que soy, así en el Forum como en el destierro, el que intenta sembrar la paz en el género humano; ya que contínuamente señaló mi dedo la direccion del camino adonde Dios nos lleva; ya que el amor es mi Evangelio y la union mi Biblia, deseo que tú, que llevas mi nombre, seas un mónstruo terrible, ya que el amor se convierte en ódio en presencia del mal, ya que Francia no puede soportar la barbarie, pues su ideal sublime es la gran pátria; nunca tuvimos tanto deber de oponernos al salvaje y desbordado torrente, y de colocar á Paris y á los pueblos de Europa que él transforma al abrigo de desesperada defensa; porque si ese rey teuton no recibiera el castigo que merece, huirian de la tierra la esperanza, el progreso, la compasion y la fraternidad. César es el tigre, el pueblo es su víctima, y el que combate á la Francia ataca al porvenir, y debe levantarse inabordable muro alrededor del alma humana, cuando se oye relinchar el caballo de Atila en la encarnizada lucha, y Roma, para salvar al universo de su total destruccion, tiene que ser diosa y Paris gigante.

Por lo tanto, los cañones que deben la vida á la lira han de apuntar sin tregua sus bocas abiertas contra el enemigo; por lo tanto, temblando el pensador, se vé obligado á emplear su ciencia en objetos mortíferos, y ante los reyes, ante sus ministros, ante la necesidad inexorable de salvacion, sabe que debe pelear despues de haber soñado.

V.

Proezas borusas.

La conquista, abonando á su hermana la estafa, progresa. En vano la conciencia protesta; la explotacion completa la hazaña. El vecino pobre tiene derecho al oro del vecino rico. Cargan con una alforja las espaldas de la victoria; mientras esperan tomar posesion de la Alsacia y de la Lorena, descuelgan un reloj de la relojería; conceptúan que es una tontería romper un espejo y que vale más llevárselo; indudablemente prefieren el honor á todo, pero como los hombres necesitan fumar, roban tabaco. A través de Reichshoffen y de Forbach, á través de esta guerra, en la que tuvieron la suerte de que Napoleon el Pequeño les entregara la magnífica Francia; en esos campamentos en los que faltaron generales como Marceau, Hoche y Condé; á través de Metz rendida y de Strasburgo bombardeado, entre los ayes de los heridos, entre los muertos por el fuego de la metralla, esos avaros conquistadores piensan en alhajar sus casas, en amueblar las habitaciones de sus mujeres queridas á costa de los vencidos; su ideal consiste en ofrecer un reloj á alguna ninfa blonda, y Belona, desgreñada é indómita, desciende de las nubes, de las que salen los relámpagos, en las que llueve sangre, y pasa el tiempo clavando cajones de embalaje, pone contribucion en una comarca á todos los pueblos, empleando el terror y la bribonería. Derriban un imperio y sangran los bolsillos. César, de pié en su carro de triunfo, exclama:—"Pagadme el viaje„. Asesinan á un pais, y cuando la sangre aun está tibia, presentan la cuenta con el total de gastos, poniendo tarifa al asesinato y cotizando el hambre. Sus altivos antepasados, que fueron héroes y que son mudos testigos que presencian estos acontecimientos, se asombran de que á las hazañas vayan unidos los derechos de peaje; pero los alemanes actuales no hacen caso de esos fantasmas, porque creen que con cinco mil millones pueden hacerse abrir las puertas del Walhalla. Son piratas que han tomado al abordaje un Banco; en materia de rapiña, de fraude y de bandolerismo, imitan á los beduinos de miradas torcidas y á los chatos baskirs, y para ellos Schinderhannes se disfraza de dios Marte. Saquean, despojan, arrasan y vendimian.

VI.

Los fuertes.

Son los perros guardianes de Paris. Como podemos ser sorprendidos á cada instante, como las hordas acampan á

pocos pasos de nosotros, como las emboscadas viles llegan algunas veces hasta el recinto de la ciudad, tenemos diez y nueve perros desparramados por los montes, que durante la noche, inquietos y amenazadores, acechando en el horizonte y dándose el alerta desde el anochecer, alargan el cuello alrededor de la inmensa muralla y están vigilando, mientras nosotros dormimos. A veces las colinas, alumbradas bruscamente, lanzan en la oscuridad un relámpago hasta los valles; el pesado crepúsculo se cierne sobre nosotros, velando con su silencio y con su tranquilidad una emboscada y un campamento; pero en vano el enemigo serpentea á nuestro alrededor, que ellos bastan para contener la multitud de monstruosos cañones. Paris sepulcro, Paris vivac, Paris prision, de pié, solitario ante el universo, hace centinela, hasta que al fin, rendido de cansancio, se amodorra; y todo calla en él, hombres, mujeres, niños: los sollozos, las alegres risotadas, los pasos, los carros, el muelle, las calles, las plazas, las habitaciones de las que sale el murmullo de los sueños, la esperanza que dice "yo creo„, el hambre que dice "yo muero„, todo guarda silencio... y ellos permanecen en sus puestos, despiertos y vigilando.

De repente nos levantamos sobresaltados, jadeantes, poniéndonos á escuchar, y oimos un profundo y ronco aullido en una montaña. Toda la ciudad lo oye y todos los campesinos se despiertan; al primer gruñido responde otro sordo, feroz y bravío, y en la oscuridad se oye gran extrépito, y los ecos repiten cien voces terribles; ellos son los que las lanzan. Han visto agruparse siniestras cureñas en el fondo confuso del espacio, han distinguido la silueta de los cañones; en algun bosque acaban de entrever en lontananza el hormigueo de los batallones en marcha, y entre los jarales han visto relumbrar ojos traidores. Es magnífico espectáculo oirlos ladrar para darnos un aviso.

VII.

A la Francia.

Ninguna nacion te defiende; en esto están acordes. Gladstone dá las gracias á tus verdugos, Grant te desdeña y Rancroft te ultraja. Aquí un apóstol, ahí un soldado, allí un juez, allá un tribuno, más allá un sacerdote, á todos les satisface ver que viertes la sangre á rios, y todos, al verte clavada en la cruz, te escupen en el rostro. ¿Qué hiciste á las naciones para que te traten de ese modo? Consolaste á las que viste llorando con estas divinas palabras:—"¡Fraternidad y paz! Sé poderosa, América, y tú, Grecia, sé libre; Italia, eres grande, pero deseo que lo seas más„.—A una le facilitaste tus caudales, á otra la ofreciste tu sangre y á todas la civilizacion. Defendiste el derecho del hombre y te sacrificaste por todos los deberes y por todas las abnegaciones. Son ingratas contigo, y la ingratitud prueba pequeñez. No importa! Ninguna nacion de esas te conoce. Te silban en la hora suprema en que se derrumba tu grandeza, y se rien á cada martillazo que cae sobre tus espaldas, viéndote desnuda y ensangrentada y atada á la picota, y se compadecen de tus hijos, á los que condena la adversa suerte á la vergüenza de proclamarte madre suya. Pero lo que les apesadumbra es que tú no puedes morir. Hundes en la oscuridad la frente que ayer lanzaba rayos, y el águila te está royendo las entrañas; todos reniegan de la vencida, y el regocijo con que ven tu martirio los reyes encanta á la Europa y agrada al universo. Quisiera no ser francés para confesar que eres mi pais predilecto y que, roida por el buitre, te proclamo mi pátria, mi gloria, mi único amor!

VIII.

Nuestros muertos.

Yacen en terrible y solitario campo; su sangre forma espantoso lago, y bandadas de buitres se lanzan sobre ellos. Sus cuerpos frios, desparramados por la verde pradera, rígidos y negros, parecen muertos por el fuego de los rayos; modela la nieve con su blanco sudario sus cráneos; les falta la palabra y la mirada; pasan las noches en la inmovilidad de su eterno sueño; soportaron más choques y ostentan más llagas que los reos antiguos condenados á la tortura; sobre ellos se arrastran los gusanos, las larvas y las hormigas; están ya medio sepultados en la tierra, como en las aguas del mar el

navío que se hunde; sus pálidas osamentas, llenas de podredumbre, son como los huesos que apostrofó Ezequiel; sus inanimados cuerpos ostentan los estragos de la metralla, los cortes del sable y los agujeros de la lanza; glacial viento sopla en aquella soledad y en aquel silencio. ¡Hombres que moristeis defendiendo á la pátria, os envidio!

IX.

De quién será la victoria definitiva?

Sabedlo, teutones, ya que es preciso decíroslo; no os apoderareis de la Alsacia ni de la Lorena, y nosotros nos apoderaremos de Alemania. Oidme. Pasar nuestras fronteras, entrar en nuestras ciudades, ver cómo el génio alza su vuelo, leer nuestros libros, respirar la atmósfera que respiran nuestros pensadores, equivale á entregar la espada al progreso sin querer; equivale á beber en nuestra copa, á aceptar nuestros pesares, nuestras aflicciones, nuestros deseos y nuestras esperanzas; equivale á derramar las mismas lágrimas que nosotros, á desear el huracán de las revoluciones, á comprender lo que sabe el alcion, esto es, que el huracán alegra al oleaje, y que nosotros caminamos hácia nuestro objeto aun en medio de la tempestad, dejando que ésta destroce nuestros mástiles y nuestros aparejos.

Los reyes abonan los campos con los cadáveres de los pueblos, y á las matanzas dan el nombre de victorias, y arrojan á la historia Austerlitz ó Rosbach, creyendo que todo está ya terminado. Dejemos que transcurra el tiempo. Reyes, lo que creeis que ha terminado vá á empezar. Han muerto los pueblos, pero el pueblo vá á nacer. A pesar de los reyes, llegará hasta nosotros el alba luminosa é invencible de la justicia y de la libertad. El conquistador será conquistado; el domador, asombrándose de verse domado, verá ascender hasta su corazon, lleno de vaga vergüenza, misteriosa construccion; verá que le sonrie el ideal, temblará al verle, y no pudiéndole matar, le adorará. El ventisquero funde su nieve con los rayos del sol que le doran. El hombre contiene en su espíritu los informes bloques de las preocupaciones, de los vicios, de los errores, de los dogmas falsos; pero cuando pasa ante él una voz que lo desengaña, ó un ejemplo que lo convence, todos esos bloques edifican un templo en su alma.

Alemanes, os desafiamos á que os desembaraceis de Pascal, de Danton y de Voltaire. Teutones, os desafiamos á que os libreis del atrayente misterio del progreso, que sin cesar camina hácia adelante; de la creacion, que es señora de la verdad y que instruye á la salvaje ignorancia, y de la luz, que al fin llega á penetrar en todas las almas y las esclaviza. Es soberbia esclavitud la obediencia al derecho, que hace derrumbar al error y que ilumina á la razon. Libraos si podeis de las montañas que os ofrecen sus cumbres, de las desconocidas y sublimes alas, que todos tenemos, sin verlas; del ignorado mundo que empieza, del deber, del agua, de la tierra y del aire, de nuestro Corneille y de vuestro Schiller; ¡libraos si podeis del Altísimo! Pensad que os encontrais en Francia, que detesta la barbarie, y que empuñando el acero y que con vuestras huestes, semejantes al ardiente limo que vomitan los volcanes, rodais hasta Paris fuera de vuestro cráter. ¡Venís á nuestra pátria á robarnos algunos palmos de tierra!; pues bien, nosotros os robaremos el corazon!

Mañana, mañana mismo, la aspiracion francesa será la aspiracion de toda la humanidad y vosotros correreis á su encuentro. Vosotros, pueblo grande y sombrío, aspirareis al motin, á la lucha, á la gloria, al sacrificio, á los grandes choques, á las sublimes desgracias, á las revoluciones. Ay! estais matando á los que debereis la vida. ¿Qué importan las músicas militares, el furioso estruendo y esta guerra? Pareceis nuestros vencedores y sois nuestros vencidos. Como el Océano se filtra en el fondo de las madréporas, nuestro pensamiento se filtra por todos nuestros poros; mañana maldecireis lo que nosotros detestamos, y no podreis abandonar este pais sin dejar de sentir ódio contra Pedro y contra César, contra la oscuridad y contra la cadena; porque nuestras miradas coléricas, pasando por encima de vosotros, hieren al rey. Vosotros, que durante mucho tiempo fuísteis ciega multitud, adquirireis de nosotros altiva voluntad para existir, el deseo de ser como nosotros iguales y libres, la intencion de derribar todos los

tronos, de tender la mano á las demás naciones, de no aceptar más dueño que el derecho ni más jefe que el deber.

El mayor y mas doloroso motivo que puede existir en el mundo para proclamar la razon, es haber sido su contrario; nos ponemos al servicio del derecho con más ardor, cuanto mayor es el arrepentimiento que se apodera de nosotros por haberle combatido. La Alemania, cargada con el peso de tanto despotismo, llegará á ser la prisionera augusta de la idea, y será su cautiva, ella que fué su opresora; la Alemania no podrá escaparse de ser alumbrada por la luz de la civilizacion que la trasmitiremos, y se reconocerá que es francesa, y se extremecerá al ver que besa nuestros piés, ella que bebia nuestra sangre.

No, no os apoderareis de la Alsacia y de la Lorena, os lo vuelvo á repetir, alemanes; al contrario, sereis cautivos de Francia. Os cautivaremos, lo mismo que el imán atrae al hierro, como la aurora se apodera de las sombras de la noche. Cuando nuestra claridad haya penetrado en vosotros; cuando, pensativos, hayais sufrido primero y saboreado despues la atmósfera de Francia que se respira fácilmente, en la que se siente flotar la Marsellesa; cuando esteis arrepentidos de haber entregado vuestros bienes, vuestros derechos, vuestro honor y vuestros hijos para que los devoren los reyes; cuando veais que César invade vuestras provincias; cuando hayais contemplado á vuestros príncipes bajo dos aspectos y os digais:—"Estos tiranos de la humanidad son una carga pesada para nuestros hombros y son ligeros para nuestras manos„; cuando, pasado todo esto, veais los horribles huecos que en vosotros y en nosotros han dejado las batallas, de repente, un dia, ante el degradante cetro absoluto, ante los reyes, ante las antiguas Sodomas, vosotros, que sois un bosque de hombres, sentireis en el alma la cólera furiosa que produce el incendio y os abrireis como un abismo ante el huracán de Dios, y la claridad que despida el Norte será la aurora boreal de los pueblos que ilumine á la civilizada Europa. Entonces se verá un inmenso resplandor en el horizonte; entonces sereis nuestros hermanos y nos devolvereis nuestra llama engrandecida; nosotros somos la antorcha, pero vosotros sereis el incendio.

ENERO.

1871.

I.

1.° de Enero.

Algunos años más tarde os dirán, hijos mios, que vuestro abuelo os adoraba, que obró siempre bien en el mundo, que pasó pocas horas alegres y que tuvo muchos envidiosos; que cuando empezábais á vivir terminaba su vital carrera; que no era de genio áspero ni melancólico, que era un hombre bueno y clemente, que murió con tranquilidad; que en el invierno del famoso bombardeo atravesaba Paris, que estaba en pié de guerra, para traeros muñecas y toda clase de juguetes, y estoy seguro que pensativos oireis todo esto y llorareis por mí.

II.

Carta á una señora.

(Trasmitida en globo el 10 de Enero.)

Paris, terrible, pero alegre, combate. Buenos dias, señora. Somos un verdadero pueblo, somos un mundo, somos un alma. Todos se sacrifican por los demás y nadie piensa en sí mismo. Estamos privados de la luz del sol y de todo apoyo; sin embargo, no tenemos miedo. Todo se conseguirá si no nos dormimos. Schmitz redacta insulsos boletines relativos á la enorme guerra; es Esquilo traducido por el padre Brumoy. Cuatro huevos me han costado quince francos; pero no los compré para mí, sino para Jorge y para Juana. Comemos carne de caballo, de rata, de oso, de asno. Paris está tambien sitiado, y tan oprimido, que nuestro abdómen es el arca de Noé; nos sirven de pasto toda clase de animales; lo mismo comemos perro que gato; lo mismo comemos carne de raton que de elefante. Nos hemos quedado sin árboles; casi todos los derribamos y los serramos para encender las chimeneas parisienses. Solo gastamos el fuego, para no morir-

nos de frio, pero no para secar la ropa en los lavaderos, de modo que ya nadie se muda la camisa. Por las noches se reunen multitud de gentes en las esquinas de las calles, moviendo gran murmullo; se oyen ásperos gritos y canciones bélicas. El Sena arrastra lentamente masas enormes de hielo, por las que corren las cañoneras. Apenas comemos, y, esto no obstante, estamos satisfechos. En nuestras mesas sin manteles, que preside el hambre, es reina una patata y las cebollas son dioses, como en Egipto. Carecemos de carbon, pero en cambio comemos pan negro. No podemos encender el alumbrado de gas; Paris duerme bajo un gran apagaluces, y á las seis de la tarde llegan para nosotros las tinieblas. Tempestades de bombas rugen sobre nuestras cabezas. Un casco de granada me sirve de tintero. Están asesinando á Paris, pero éste ni siquiera se digna quejarse. La clase media y el pueblo defienden las murallas. Los padres, los maridos y los hermanos, que sirven de blanco á la metralla alemana, cubren la cabeza con un kepis y el cuerpo con un capote; están en acecho, y les sirve de cama un banco de madera. Moltke nos cañonea y Bismarck nos hace morir de hambre; Paris es un héroe, Paris es una mujer; á un mismo tiempo es bravo y seductor; de su frivolidad ha nacido su indomable valor. Estoy firme en mi puesto y satisfecho al ver que nada ni nadie ceja; contínuamente les escito á que se amen unos á otros, á que no se conserven rencor, á que guarden todo su ódio para el enemigo comun, y exclamo: "He olvidado mi nombre: ahora solo me llamo Pátria!„ Podeis estar segura, señora, de que en estos momentos las mujeres de Paris son sublimes, más que sublimes. Constituyó la belleza de las antiguas romanas la modestia de sus humildes habitaciones, sus virtudes domésticas, la aspereza de sus dedos, que ennegrecia la lana; lo poco que dormian, su tranquilidad, tener á Aníbal cerca de las murallas y á sus maridos vigilando la puerta Colina. Esos tiempos se han reproducido. La gigantesca felina, la Prusia, tiene en jaque á Paris, y como una tigre rodeada de sus cachorros, muerde el corazon palpitante del mundo semi-muerto. Pues bien, en esta situacion extrema, el hombre es un verdadero francés y la mujer es verdaderamente romana; las mujeres de Paris aceptan todos los infortunios y no se desaniman por ver apagados sus hogares, ni por los dolores que ocasiona á sus delicados piés el andar sobre la escarcha, ni las nocturnas centinelas en el umbral de las puertas de las carnicerías, ni la nieve, ni el huracán que azota sus rostros, ni el hambre, ni los horrores de la guerra. Todo lo sufren por la pátria y por cumplir su deber: Juvenal las aplaude desde su tumba. El bombardeo hace gruñir á nuestras ciudadelas; desde que amanece, el tambor habla con el lejano clarin, la diana despierta con el gran fresco de la mañana á la grandiosa ciudad, que se levanta envuelta entre sombras. Todos fraternizan en ella; todos sueñan en conseguir éxito victorioso; abrimos nuestros corazones á la esperanza y ofrecemos nuestros cuerpos á las balas enemigas. La ciudad predilecta de la gloria y de la desgracia vé llegar dias terribles y está dispuesta á afrontarlos. Espera que tras la noche rayará la aurora; espera que con sus heróicos esfuerzos, antes de un mes, hará huir á los prusianos. En cuanto esto suceda, mis dos hijos y yo iremos á vivir al campo, con vos, señora, si quereis acompañarnos; iremos á invitaros en Marzo, si no nos matan en Febrero.

III.

Necedad de la guerra.

Eres ¡oh guerra! una Penélope imbécil, que meces el caos en el que oscila la nada, que te ocupas en hacer chocar los escuadrones; eres bebedora de sangre, feroz y repugnante; inspiras á los hombres esa borrachera; eres el nubarron en el que el destino se deforma, del que huye Dios, en el que flota una oscuridad más negra que la de la noche. Eres una loca armada de huracanes y de rayos. ¿Para qué sirves, si con lo que tú desmoronas se reconstruye el mal, si en la oscuridad donde por casualidad te revuelcas solo destruyes un emperador para fabricar otro?

IV.

¿Habria de ser suficiente ese rey de Prusia para destruir á Paris, que es el sagrario, que es la ciudad que habitan las libertadoras ideas, que enseña la ciencia á los sábios, que alumbra á todos los

pueblos? ¿Podrian destruir á Paris los cañonazos alemanes? ¿La idea que tienes de tí mismo, Paris, seria un sueño? ¡No, imposible!

Paris es la madre del progreso. Nada importa que el Norte la amenace con hundirla en su negro Cocito y que le sumerja pasajero oleaje en la actualidad; si el momento presente está contra ella, los siglos están en su favor; no perecerá.

Cuando ruge la tempestad es cuando siento que mi fé es más profunda; en la oscuridad de su horizonte veo relampaguear el deber; el creciente peligro solo es para mí un motivo para tener más valor, que con los sufrimientos, la causa que defendemos se embellece y el derecho se afirma, y cuanto más grandes somos creemos ser más justos. No puedo comprender nunca que el hombre, mientras pueda defenderse, tenga motivo alguno para rendirse; no comprendo que pueda desesperarse: se necesita para retroceder, para temblar, para ser cobardes, para renunciar al honor, hacer un sacrificio que es superior á mis fuerzas.

V.

Intimacion.

Dejad que obre como le plazca la Francia inmortal y no la dirijais. No necesita que la sirva de guia un soldado valiente como vos, pero que propende á encargar á los santos que la libren del peligro. Sois demasiado bondadoso, demasiado devoto, y teneis mucha paciencia para estar al frente de Paris, cuya corona relumbra al través de la impura nube que la cerca; para este mundo que peligra, para este pueblo que enfurece la cólera, nada sirven vuestras virtudes. ¿Os creeis con bastante fuerza para remolcar la esfera, que, soberbia é imposible de mantener cautiva, sale de la oscuridad sobre el siniestro horizonte? Dejad que la Francia, que es enorme estrella, disipe la confusion de los repugnantes huracanes y que gigantesca combata, frente á frente, á los reyes mancomunados; dejad que vacíe su carcaj de oro contra todos esos Schinderhannes; dejad que sacuda su ardiente melena y que los abrase con sus furiosos rayos!

No podeis comprender su ódio sagrado. Esta hora es lúgubre; se trata en ella de salvar el empíreo, que inmundo y triste nubarron acaba de cubrir; se trata de desempañar el azul lejano del porvenir y de hacer guerra implacable al abismo. Presenciais temblando la sublimidad de Paris, y como espíritu míope y limitado, os ciega la claridad inmensa que lanza la demagogia. Dejad que Francia, que es ahora una especie de incendio, cuyas llamas acrece el viento, ruja, acribille á relámpagos á la bruma fugitiva, y haga que los príncipes de la noche se arrepientan de haber venido á lanzar sobre el volcán solar su fango y de haber encendido la cólera de la luz. Para esos reyes viles y deformes, para esos reyes manchados de sangre, es espantosa la pura aparicion del alba; ¡dejad que en las altas esferas aparezcan sus rayos! Dejad que obre por sí misma la nacion que no consiente freno alguno y no la sirvais de estorbo. Dejad que la Marsellesa sea el cántico bélico de nuestros soldados, que con entusiasmo repiten el estribillo. El pueblo digno, cuando se le ultraja, debe manifestar una cólera que cause admiracion. Dejad que la Francia sola llegue hasta los bordes del abismo; dejad que se levante, que lleve su luz hasta las cimas y en ellas resplandezca, y lanzando en todos los sentidos, desde el zenit hasta el nadir, su salvador deslumbramiento, libre al cielo de su oscuridad, haciendo irradiar en él la aurora.

VI.

Una bomba en las Fuldenses.

Te atreves, miserable, á caer de las luminosas regiones; tú, que eres plomo, fuego y muerte, reptil de la guerra, que caminas tortuosamente, cínico y monstruoso asesino, que los príncipes arrojan contra los hombres, ¡te atreves á ensañarte contra nosotros! Hierro inflamado y fundido que caes, flor de bronce que estallas en pétalos de llama, vil rayo humano que engrandeces á los bandidos y que divinizas á los tiranos, esclavo de crímenes reales, ¿por qué prodigio brotas

de las nubes? ¿Por qué caes del cielo, tú que sales del infierno?

El hombre que acaba de pasar por donde tú habias estallado sentábase en aquellos instantes en el umbral de una casucha casi arruinada, y recorriendo con la vista todo lo que sus ojos podian descubrir en la oscuridad, recordaba que jugó en aquel sitio siendo niño, y se le presentaba á la imaginacion su desvanecido pasado; allí estuvieron las Fuldenses. En aquel sitio delicioso, que para mí fué un paraiso, ¡cuánto gocé, cuánto reia, cuánto corrí!... Verdeaba un jardin donde hoy han edificado una calle. Cuántos árboles habia aquí! ¡Qué ambiente tan puro se infiltraba al través de las temblorosas ramas! ¡Tenia entonces los cabellos rubios y ahora los tengo blancos; entonces era una esperanza y ahora soy un fantasma! ¡Qué jóven era cuando me sentaba á la sombra de la vieja cúpula! Ahora soy tan viejo como ella. Me acuerdo de aquel fugitivo sueño. Desde este sitio se voló su alma cantando; en este sitio á sus vagas miradas aparecieron las flores como si fueran eternas. Por aquí caminaba, por la enramada que espesaba el mes de Abril, su madre, á la que yo seguia, cogiéndome con la mano de su vestido. ¡Tristes recuerdos, velozmente desaparecidos! ¡Mis ojos han visto nacer el dia en ese celaje donde ahora relampaguean las llamas de las bombas!

VII.

La paloma mensajera.

A mis piés se abre negro antro, tan oscuro como si en él se hubiera derramado la noche: se asemeja á un oscuro lago, á un lago extraño. No se ven en él olas, pero sí innumerables techos, puentes como en Menfis, torres como en Sion, cabezas, miradas, voces... ¡qué espantosa vision! Esa estancacion de las tinieblas murmura, ese lago está vivo, le amuralla un recinto, y sobre él se cree ver el horroroso sello del abismo.

El sombrío lago es la ciudad y el punto negro que se distingue en el horizonte es un ave; aquel sér alado vuela hácia el pueblo fantasma, y mútuamente se socorren. El átomo vá en la oscuridad á ayudar al coloso. La paloma, inocente y luchadora, vuela al través de esa red de nubes y de viento que flota por el espacio. Vuela con un objeto, busca, pasa, indaga, y reconociendo desde su altura los árboles y las malezas, sigue el camino que se propone para cumplir su mensaje.

Vuela pensando en su hembra, en su cria, en su nido, en el tierno arrullo del mes de Mayo, y sin embargo, por lo alto de las nubes arrastra á su pesar nuestra miseria humana; y mientras que su instinto le atrae hácia el nido y hácia sus amores, el tierno pájaro no puede dejar de oir los tambores, los clarines, el extrépito de la horrorosa lucha entablada entre Alemania y Francia; y quizás el fatal porvenir que espera á la Europa, y que depende de la suerte de Paris, lo lleva en sus alas esa frágil paloma.

¿Por qué el desconocido hace crecer el gérmen entre las rocas? ¿Por qué manejando los vientos, las olas y los truenos, produce la vida por medio de lo que ya no existe? ¿Por qué el dueño del infinito, que dispone de todo lo supérfluo y que permite á veces lo injusto, la miseria y el mal, parece en algunas ocasiones que carezca de lo necesario? ¿Por qué edifica una torrecilla para la golondrina y para crear un lirio, hinchar un boton ó hacer brotar una hoja en la corteza del árbol, prodiga el misterioso Océano de las fuerzas? ¿Por qué hace que dependan todas las cosas de un punto de apoyo que tiembla, de un soplo, de una casualidad? ¿Por qué se vale de un pigmeo mejor que de un titán? ¿Por qué malgasta en humo la cólera del Vesubio, del Etna y del Chimborazo? ¿Por qué carga un mundo en las alas endebles de un pájaro?

VIII.

La salida.

Aparece la luz pálida de la aurora. Ordenada multitud desfila por las calles, y yo la sigo, atraido por el animado bullicio que producen los pasos humanos cuando caminan. Son ciudadanos que

marchan para entrar en batalla; en sus filas se ven niños, más pequeños en estatura, pero tan grandes en corazon como los hombres; los llevan sus padres de la mano y marchan á su lado las mujeres, llevando al hombro los fusiles de los maridos. Es tradicional en las mujeres de la Galia ayudar á llevar las armaduras á los hombres y estar al lado de ellos, ya se trate de insultar á César, ya de desafiar á Atila. A dónde van? El niño rie y la mujer no llora. Paris sufre una infame guerra, y los parisienses están todos de acuerdo en que solo la vergüenza puede empañar la gloria de un pueblo, y que, suceda lo que suceda, sus antepasados estarán satisfechos de ellos, porque Paris sabrá morir para que la Francia viva; conservaremos siempre el honor; lo demás lo ofreceremos en holocausto. El ejército ciudadano sigue caminando; en sus miradas de indignacion, en sus frentes pálidas se leen estas tres palabras: "Fé, Valor, Hambre„. Atraviesan calles y plazas con las cabezas erguidas, agitando sus banderas, y la familia vá confundida con aquel batallon, y no se despide de él hasta que llega á los arrabales. Aquellos hombres tiernos y aquellas mujeres guerreras van cantando. Paris es el defensor de los derechos del género humano. Se aproxima la hora de la salida; los tambores tocan marcha en los antiguos arrabales; los ciudadanos apresuran el paso. ¡Desdichados los que nos sitian! No temen las emboscadas, porque las emboscadas que los valientes encuentran á su paso dan bravura al vencido y vergüenza al vencedor. Llegan á las murallas y allí se confunden con el ejército. De repente se eleva en la atmósfera una nube de humo. Alto! Es que suena el primer cañonazo. Ha llegado el momento de abrir las puertas. Tocad, clarines! Allá abajo se extienden las llanuras con sus arboledas donde se oculta el invisible enemigo; el horizonte está tranquilo é inmóvil, y sin embargo, le cruzan rayos y llamas. Oyese el "adios!„ de despedida de las familias.—"Mujeres, dadnos los fusiles.„ Estas, con la frente serena y el corazon desgarrado, les entregan los fusiles despues de besarlos.

IX.

En el circo.

El leon del Mediodía ve que avanza hácia él el oso polar. El oso corre recto hácia el leon, rechina los dientes, y colérico, le ataca furioso como el ábrego. Entonces el leon exclama:—"Imbécil! ¿Estando los dos en el circo me haces la guerra? ¿Ves allá abajo aquel hombre de rostro vulgar? Se llama Neron, es emperador de Roma, y tú combates porque él quiere. Mientras derramas tu sangre, él se rie y aplaude. No nos incomodábamos nunca uno á otro cuando vivíamos en libertad en las montañas. ¿Por qué quiere que nos destrocemos ese tirano? Vive feliz, mientras nosotros morimos por órden suya y se rie cuando nosotros nos destrozamos. Manda que nos degollemos el uno al otro, y mientras que mis zarpas esperan tus dentelladas, él, tranquilo, está sentado en el trono, viendo cómo nos hacemos pedazos. Le divierten nuestros tormentos; es un sér de distinta esfera. Ven, pues, á atacarme, cándido animal. Te espero con las garras preparadas; pero á pesar de eso, no puedo dejar de decirte que somos unos bestias al obrar como obramos, y que seríamos mucho más cuerdos si nos comiéramos al emperador.„

X.

Despues de las victorias de Bapaume, de Dijon y de Villersexel.

Ponerse de parte de los hombres, convengo en que es tomar el mejor partido; esto no obstante, me fijé hace poco, para aprovecharme de ellas, en las sábias lecciones que el leon daba al oso: poco más ó menos le decia lo siguiente:—"Oso, es poco moral que, con la esperanza de que te hagan cabo, vengas á atacarme á mí, que soy tu hermano y estoy provisto de temibles garras. Vives en la nieve y yo en las malezas; vienes del Norte y yo soy del Mediodía. Ese tirano, que se llama Neron, es un hombre repugnante, que suena en las bocas de los clarines. Se ha apoderado de un pedazo de la Europa; cien heraldos, proclamándole

cuando vá á pasar, preceden á ese asesino que venció por casualidad; César fué un cocodrilo, pero Neron es un lagarto; aquel es grande, éste es pequeño. Despreciémoslos, hermano mio. ¿Por qué nos hemos de batir? Vuelvo á repetirte que seria más justo que fuesémos á buscar á Neron, á pesar de su guardia etíope y de su guardia sicambra, y nos apoderásemos de él. Me complaceria en extremo desnudar á Neron de su piel de César; me gustaria dar una coz á su carro; estaria muy en su lugar que una garra eficaz se introdujera hasta el esqueleto de una majestad, y al destrozar á ese vencedor, tú verias que no tiene sesos y yo que no tiene corazon. Debe ser muy grato morder á un tirano, y si se hiciera de moda, habria muchísimos que le morderian. Esa infinidad de animales apaleados, que se arrastran y gruñen, se vengarian de los palos dándole dentelladas. Eso seria un hermoso espectáculo! Nosotros debemos profesarnos afecto, y mi opinion es, ya que se trata de dar ejemplo, darlo bueno y no malo. Respecto á ese tirano, como tengo hambre, pensaba saciarla en él. Ni nos importa que sea César ni que sea Neron. Ya le afeen manchas, ya le coronen laureles, en mí despierta el mismo apetito; si es grande lo devoro, si es pequeño me lo como.„ Como el oso no comprendió estas discretas palabras, el leon le dió un zarpazo en la cara y lo dejó tuerto, quedándose el oso con más vergüenza y con un ojo menos.

XI.

Entre dos bombardeos.

Desde que diste en la cuna el primer vagido escitaste, Juana, mi admiracion y mi piedad; acababas de nacer; disponias de ese irresistible poder que se llama gracia. Rápidamente fueron pasando para tí los dias; te creció el cabello, te salió un diente, y ya casi eres una persona mayor; solo sobrenada en tí una parte del recien nacido; quieres andar, y esto es peligroso, porque no te gustan los andadores ni las mantillas. Tu hermano mayor tiene ya dos años, canta la Marsellesa, y tú empiezas á encaramarte por las sillas; deseas juguetes que hablen á tu imaginacion y depositar tu afecto en un hermoso gato; incesantemente te vas transfigurando y el tiempo vá confundiendo la Juana de ayer con la Juana de hoy. A medida que vá dando pasos el niño, vá dejando tras sí varios y pequeños fantasmas de él mismo.

XII.

¿Pregunto otra vez quién ha confiado á ese hombre Paris, Paris, que contiene á Esparta y á Roma? ¿Dónde han ido á buscar ese guia? ¿Quién lo unió á nuestro terrible destino? Cuando se trata de evitar el abismo, de salir del caos, de disipar la noche y de derramar la luz, no nos fiamos ya de estos cuatro génios que se llaman Audacia, Humanidad, Voluntad y Libertad, que arrastran en el cielo el carro luminoso y que tú haces que se encabriten, Francia, cuando riges sus riendas... Tomamos por guia y por auxiliar á un pobre sér que procede con lentitud y fidelidad, cuyo supremo instinto es permanecer inmóvil, y que tanteando el espacio, sin táctica y sin objeto, sin cólera y sin arte, espera de lo desconocido la limosna de una casualidad. Ha llegado el momento de hacer huir á las tinieblas y de abrir la puerta altanera de la victoria; no nos creeríamos guiados y dirigidos, no nos creeríamos escapar de los choques, de los furores y de las silbas, si ese humilde caminante, taciturno y adormecido como un topo y útil como el asno, no completara el enorme tren de combate. En el momento en que la Francia está en peligro, teniendo que sacar fuera de las olas la espantosa cuadriga, los cuatro espíritus gigantes que nos destrozan todas las velas, mónstruos cuyas crines se enredan en las estrellas, á los que siguen los aquilones jadeantes; en el momento en que necesitamos un refuerzo, al ver de cerca el inmenso precipicio, al comprender la sombra que hay que salvar, ¿es tan absurda nuestra demencia que añadimos un perro de ciego al tiro de los cuatro caballos del sol?

XIII.

Capitulacion.

¡Así zozobran las naciones más poderosas! ¡Pueblo, todos tus trabajos abortaron! Con razon exclamas: ¡Para acabar con una capitulacion pasamos toda la noche vigilando en la muralla! ¡Para capitular fuimos bravos é invencibles, y nos convertimos en el blanco de esa flecha que se llama Prusia! ¿Para eso fuimos héroes y mártires? ¿Para eso peleamos como Tyro, como Sagunto, como Bizancio y como Corinto? ¿Para eso sufrimos cinco meses de sitio de los teutones? ¿Para esto se ha abierto la tumba á innumerables cadáveres? Despues de tantos sacrificios, despues de los heróicos esfuerzos que hizo Paris, herido y triturado, pero satisfecho; despues de acariciar augusta esperanza, despues de haber soñado con la victoria; cuando crecia en la ciudad la virtud al multiplicarse los dolores, cuando voluntariamente iban á hacer una salida de Paris trescientos mil hombres, los jefes militares entregan la ciudad. Su cobardía hace horrible contraste con tu desinterés, con tu abnegacion y con tu dignidad, ¡oh pueblo! y conseguirán que se extremezca la historia cuando vea que tanta gloria haya podido hundirse en tanta ignominia!

Paris 27 Enero.

FEBRERO.

I.

Antes de la conclusion del tratado.

Si termináramos esta guerra como desea Prusia, Francia seria como el vaso que se pone en la mesa de un bodegon, que lo vacían y despues lo rompen. La dignidad desaparece de nuestra pátria y escita el desprecio lo que ayer escitaba la admiracion.

Negro dia siguiente! En él hemos de apurar todas las heces; despues del águila llegará el buitre y despues del buitre la oxifraga.

Se desmembrarán dos provincias del territorio; pondrán á Estrasburgo en la cruz, á Metz en la mazmorra; Sedan, desertor de la batalla, marcará el rostro de la Francia con un hierro candente.

En todas partes, cautivas las almas, reemplazará en ellas al orgullo la abyecta paz de una felicidad vil.

Desaparece nuestro antiguo esplendor cae el oprobio sobre nuestras grandes batallas, y la pátria, no acostumbrada á inclinar la frente, se queda sorprendida y asombrada.

El enemigo ocupa nuestras ciudadelas; en nuestras torres se destaca la sombra de Atila; cuando pasan por ellas exclaman:—"Francia no existe ya„.

La Fama apenas puede volar; tiene rotas las alas, y ensucia con su nociva baba la boca de su clarin, llena de cardenillo.

El que lucha, lucha contra un hermano; se olvidaron ya las acciones de Bayardo. Los hombres se convierten en asesinos para hacer olvidar que volvieron la espalda al enemigo.

Profunda oscuridad nos envuelve; ningun espíritu se atreve á volar, y el cielo corrobora nuestra vergüenza no encendiendo sus estrellas.

Reinan tan profundas tinieblas entre los pueblos, que no se pueden amar unos á otros; la Francia y la Prusia se aborrecen; nuestro eclipse es su aurora, y desean encerrarnos en la tumba.

Naufragó nuestro valor heróico! Sofocaron nuestras grandiosas ideas: dicen que nuestras banderas son cobardes y que nuestros cañones tienen miedo.

Perdida nuestra dignidad, debemos dar un adios eterno á la esperanza. ¡Dios

mio, no permitas que caiga la Francia en el abismo de esa vergonzosa paz!

Burdeos 14 Febrero.

II.

A los que sueñan con la monarquía.

Soy republicano y no tengo más rey que mi voluntad. No se puede poner á votacion este derecho supremo, y es menester que sepais que no se puede escamotear la Francia por sorpresa. Nosotros, los hijos de Paris, somos primos de los griegos de Atenas, somos burlones, pero sabemos vencer; por nuestras venas no corre la sangre de los fellahs ni de los esclavones, sino pura sangre gala y francesa. Fueron nuestros padres los veteranos del imperio, y provenimos de nuestros antepasados los francos. Recordad que siempre hemos sido señores de nosotros mismos. Nunca invocó en vano nuestro auxilio la libertad. Recordad tambien que si nuestras manos supieron derribar reyes, tambien sabrán concluir con los fulleros. Nombraos unos á otros prefectos, embajadores y ministros; daos las gracias mútuamente; atracaos bien, sin tener más cuidado que endurecer el corazon y hacer que crezca el abdómen; hartaos de orgullo, de vanidad y de dinero, ya que la ocasion se os presenta, que nosotros os despreciaremos volviéndoos las espaldas, para no presenciar lo que haceis, ya que el hombre no puede hacer que llegue pronto la hora que Dios retarda. Obrad como querais, pero no atenteis al derecho sagrado del pueblo; que ese derecho, que existe en lo más profundo de todos los corazones, libre, altanero é indomable, acecha todos vuestros pasos, os juzga, os desafía y os espera.

Reyes ladrones, vuestros bolsillos son bastante grandes para meter en ellos todo el oro del pais, las ofrendas de los pobres, el presupuesto, todos nuestros millones; pero nunca podreis embolsaros nuestros derechos y nuestro honor, nunca podreis embolsaros la gran República. ¿Qué significa vuestro derecho divino ante vuestro derecho humano? Votamos hoy y votaremos mañana, porque en nosotros radica la soberanía, y todos juntos queremos reinar como nos plazca, elegir lo que nos parezca bien y poner los nombres que queramos en las papeletas electorales. ¡Ay del que trate de falsificar la votacion!

III.

Filosofía de las consagraciones y de los coronamientos.

Ese hombre que es feo, viejo y estúpido, ¿quereis que ciña sus sienes con una corona? No una, sino tres: la de los emperadores y la de los reyes; queremos que sostenga el laurel de César, la cruz de Carlo-Magno, una parte de la Francia y gran parte de Alemania. El peso de todas esas cargas hizo vacilar en otros tiempos á Cárlos V. La paz del mundo depende de que todos esos pesos conserven el equilibrio sobre una cabeza augusta. Verdaderamente ese buen hombre seria mucho más feliz si le dejaran libre, y nosotros ganaríamos tambien mucho de que lo fuese. Si digiere mal, se oscurece la atmósfera; su menor borborigmo causa áspera sacudida; si escupe, todos se conmueven; si tose, el mundo se derrumba; su ignorancia cubre la tierra de bruma. ¿Por qué no se deja tranquilo á ese anciano? Si no le obedeciesen soldados, duques ni condestables, con mucho gusto le admitiríamos en nuestra mesa y chocaríamos con él nuestras copas, al aire libre, á la luz del sol, bajo los pámpanos de una parra. Pero llenan de paja al ídolo, le petrifican bajo el peso del casco, le ponen un para-rayos, y el pueblo le adora. Le engalanan con un manto, le transforman en tirano y domina al pueblo, porque le place al hombre hacer doblar las rodillas á los demás. Aunque esté enfermo, aunque sea muy anciano, no por eso domina menos á la nacion, sigue siendo siempre el César; hasta cuando está moribundo, la terca majestad se apodera de él; siempre le hace grandioso; y la espléndida púrpura le sirve de mortaja cuando, abandonando el cetro y el trono, pasa á la tumba á servir de pasto á los gusanos. Cuando está agonizando reina todavía; al verle espirar temen aun que lance un trueno en su último suspiro; encorvada la multitud, le coloca en un templo tan alto, que desde abajo le contempla y le mira temblando cuando penetra en el abierto sepulcro, creyendo que es dios aun, cuando solo es ya un puñado de polvo.

IV.

A los que nos vuelven á hablar de fraternidad.

El dia que lleguemos á vencer cumpliremos nuestros deberes. Hasta entonces demostrémosles el desden que exigen nuestros sentimientos. Inclinar la vista al suelo deben los vencidos. Cuando gozábamos de libertad éramos apóstoles; ahora que somo esclavos, seremos profetas. ¡Nos han agarrotado; ya no son hermanas las naciones! Profetizo que caerán en el abismo nuestros invasores; la dignidad de los que hemos sido encadenados consistirá desde hoy en adelante en refugiarnos en el ódio. Solo debemos querer á los alemanes cuando el derecho de la victoria nos traiga el derecho de amar. Nunca es franca la declaracion de la paz por parte de los que han sido aniquilados y no han podido tomar la revancha; primero humillémosles, que despues ya les tenderemos las manos. Mientras que la Francia llore, manará sangre de mis heridas; no me hableis, pues, de concordia en estos momentos. La fraternidad que se propone demasiado pronto hace que el enemigo se encoja de hombros, y la oferta de olvidar los rencores, que mañana seria digna, hoy pareceria un acto de cobardía.

V.

Ley de formacion del progreso.

Se hace indispensable, desgraciadamente, engolfarse en la última guerra. ¿Por qué misterio son condiciones precisas para el progreso todos los horrores de la guerra? ¿Por qué esa extraña ley del desarrollo intelectual del hombre por medio del infierno, de los dolores y de los tormentos? ¿Por qué objeto final, que no alcanzamos á comprender, el Sér Supremo ha decretado en la esfera sin límites de la sublimidad que el hombre no pueda adelantar un paso sin que sus piés titubeen, sin que su flanco se desangre, sin que el dolor sea la moneda con que todo se pague en la tierra, sin que compre la dicha con rudos combates, sin que todas las Romas no empiecen por un antro, sin que todos los partos no tengan que desgarrar el vientre, sin que en este mundo las ideas, lo mismo que la carne, se desangren; sin que sea preciso que la espiga madura salga en flor de la llaga que se llama surco?

Terribles contradicciones! Por una parte se vé que la ley de paz, de bondad y de vida, brilla prodigiosamente en el infinito, y por otra parte se oye una voz triste, que exclama:—"Pensadores, reformadores, luchadores, alcanzareis el ideal, pero al precio de la sangre, del sufrimiento, de la esclavitud, de las hecatombes. La ruta del progreso es el camino de los sepulcros„.

El género humano, oprimido en estos momentos por las fuerzas ciegas del globo, debe vencer á la materia, y el problema consiste en encadenarla para conseguir él su libertad. El hombre poco á poco se apodera de la naturaleza, pero ésta le opone tanta resistencia, que aniquila al más fuerte. La noche se parapeta detrás de lo desconocido; el mundo entero solo es una vasta emboscada; todo en él es un lazo: la esfinge, antes de ser domada, clava sus uñas en las entrañas del hombre aterrado; por momentos le sonrie y le hace traidoras ofertas, y los sábios, los soñadores, los que son sus sacerdotes, ceden á sus llamamientos fúnebres y burlones; el enigma invita, abraza y destroza á sus vencedores; los elementos tienen atractivos temibles para el hombre; la tierra tienta á Empedocles y el agua á Jason, á Diaz, á Gama, á Marco Polo y á Colon, que desde el fondo de las sonoras ondas dirige el dedo del siniestro caballero de las Azores: el fuego tienta á Fulton, el aire á Montgolfier; el hombre, nacido para vencerlo todo, se atreve á desafiar cualquier obstáculo. Ahora fijaos en los cadáveres. La suma de todos los combatientes que el progreso consume es tan inmensa que asombra al sepulcro. Innumerables son los que se ahogaron haciendo esfuerzos heróicos sin poder llegar á nuevas y fecundas playas. Los descubrimientos son jóvenes terribles, que en su trágico lecho ahogan á sus amantes. Funesta ley! Las tumbas tienen imán; los grandes corazones sienten el amor lúgubre de los mártires, y la irradiacion del precipicio atrae.

El desarrollo humano, en el que confiais, se desenvuelve y sube cubriendo nuestras deformidades. Todo sirve para esto, hasta la ignominia; la prostitucion tiene su deformidad, y la fatalidad muchas veces emplea al crímen. En estado de corrupcion un gérmen puede desarrollarse. Lo que se ama nace muchas veces de lo que se desprecia, pero lo que se vé claro es que sufrimos. Por qué? Entramos en lo mejor lanzando gritos de espanto, y salimos casi con pesadumbre de lo peor, á lo que estábamos acostumbrados. El género humano trepa por una escala que dá vueltas y se sumerge en la noche queriendo entrar en el dia, perdiendo de vista el bien y el mal sucesivamente. En momentos dados, así en Tyro como en Sion, lo que se toma como crímen es un castigo, castigo útil y fecundo, en el que sobrenada no sé qué vida repugnante. Las losas de la historia, con sus espantosos amontonamientos de traiciones, de robos, de inmundicias, de atentados, con sus montones de barro, que aplastan las ruedas de los carros de todos los Césares, solo serian la infame caballería de Angias, la letrina y la cloaca de la suerte, sin la levadura de sangre que á cada momento hace Dios en aquel empedrado. Roma y Venecia florecieron entre arroyos de sangre, y en la historia se oye esta exclamacion:—"Los gusanos llegan á adquirir alas; la oruga engendra á la mariposa; la edad que se cierne en el cielo es hija del siglo que se revuelca en el fango.„—Reverdece el mundo entre el sufrimiento y los horrores; el mundo es el sombrío campo que rudamente trabaja Nemrod.

Las flores nacen del estiércol, y la naturaleza empieza por comerse su propia podredumbre; la razon no tiene razon hasta despues de haberse equivocado: para adelantar un paso el género humano, tiene antes que andar torcido; cada evolucion que éste opera en medio de la tempestad, se asemeja á una Apocalipsis, en la que siempre hay alguno que se lamenta. Produce obra luminosa el tenebroso obrero. En cuanto anda el carro, empieza á rechinar.

La esclavitud es un paso dado en el camino de la antropofagia; la roja guillotina es un paso dado hácia adelante sobre el gancho, la estaca y la hoguera; la guerra es á un mismo tiempo pastor y carnicero. Ciro exclama:—"Adelante!„ Y todos los grandes jefes de ejército, abriendo al través del género humano inflamados caminos, llevan un signo luminoso en la frente, rechazan las tinieblas del mundo y las nieblas de los errores, que esos conquistadores son terribles misioneros. Sesostris vivifica matando, Gengiskan es la lava fecunda del volcán, Alejandro siembra, Atila fertiliza. En la tierra que civiliza el doloroso esfuerzo, en la creacion en la que el alba llora y brilla, donde nada se reproduce sin haber sido destruido, en la que las cópulas resultan de los divorcios, en la que parece que el caos feroz haya sumergido á Dios, donde el capullo brota del nudo que le ahogaba, trabaja el mal, pero trabaja fabricando el bien.

Pero, ¡cuánta sombra, qué oleadas de humo y de espuma, qué ilusiones ópticas produce esa niebla! ¿Es un libertador ese tigre que salta? ¿Ese jefe es un héroe ó es un bandido? Adivinadlo. Quién es capaz de comprenderlo? En esas profundidades, en las que se confunden los crímenes y las virtudes, en las que se engañan nuestros ojos y nuestros oidos, ¿cómo es posible volver á encontrar el astro que flota entre tantos horrores? Por eso en otros tiempos todo parecia vano y perturbado, noche que ascendia siendo cada vez más espesa; el vasto derrumbamiento de hechos tumultuosos, los combates, los asaltos á traicion, los Cartagos, los Tyros, los Bizancios y las Romas, las catástrofes, las espantosas caidas de los hombres, creian que eran estériles tormentos, y sucediéndose unos á otros, parecian no desprender de ellos más que una sola ley; la ley de que todo en el mundo es efímero. Las naciones, inclinando la cabeza, no poseian otra filosofía sobre ese flujo y reflujo que la que fundaban en la rapidez de los carros que las aplastaban; no comprendian nada más, y Horacio exclamaba:—"Puesto que todo huye, amemos y vivamos contemplando cómo se disipa la sombra de los montes; reid, cantad; cogeré racimos de las parras para colgarlos ¡oh Lyde! en tus orejas; lo demás vale poco. Juro por Baco que he de preguntar á Caronte cuánto pesan los héroes, las grandezas, los reyes y la gloria.„

Pasó el tiempo y hemos podido descifrar algo del misterio. Las multitudes

poco á pocó han perdido su aspecto de caos, y van dejando ver algunos puntos luminosos. Los vagos ruidos que se oyen en lontananza los producen los martillos que caen sobre la fragua del progreso, y causan los extremecimientos y las conmociones que el sonoro y feroz choque de los aceros dá al naciente derecho y al pueblo que se levanta.

Al mismo tiempo el infinito, que conoce el término adonde desemboca cada causa, siendo como es inconmensurable y suprema conciencia, producto de la paz de su inmensidad, como sabe el fin, elige el medio, y deja con frecuencia que el mal produzca el bien. Tal es la profundidad del órden, incomprensible y supremo, que corroboran hasta sus mismos mentís. No se comprende de otro modo que de Marco Aurelio naciera un bandido; no se comprende de otro modo que consintiera el cielo que en la tierra Jesucristo, escudado con la ley del santo y con la muerte del justo, pronunciara estas admirables palabras:—"Dad de comer al hambriento. Ama á tu prógimo como á tí mismo. No desees á otro lo que no quieras para tí.„ Con esa pura y sublime moral, con esos dogmas celestiales edificó Loyola monstruosa celada, siendo sombría araña á la que Dios, para tejer su tela, dió hilos de aurora y claridades de estrella.

Si elevamos la vista á las alturas, ¿qué mortal podrá decir:—"Soy un astro y he brillado siempre; ni falté ni pequé jamás; vivo sin mancha y he vencido todas las tentaciones?„ ¿Hay algun justo tan audaz que se atreva á afirmar que lo es ante la pureza del cielo? Por impasible que sea el hombre, tiene que ceder á su propia naturaleza: la mujer le conmueve cuando le mira con cariño, bebe, come, duerme, siente frio y calor; algunas veces el hombre magnánimo sucumbe vencido por bajos apetitos, y el espíritu mendiga las inmundas satisfacciones del cuerpo. "La puerta es abyecta y sin embargo la salvo„, dice Caton en voz alta y Rousseau en voz baja. La Livia canta el Evohe á Virgilio; Sócrates ama á Aspasia; Horacio se arrodilla ante Cloe; los hombres son víctimas de los apetitos carnales. Ningun sábio pudo curarse de las heridas que le producen la naturaleza y la humanidad.

El bien y el mal están en el mundo confundidos: si el bien es un sudario, al mismo tiempo es un pañal; si el mal es sepulcro, tambien es cuna; nacen el uno del otro y ambos llevan el sello de la vida. Los filósofos que temen ó que esperan, meditan, y no hay entre ellos otra diferencia al revelar el edén y al probar su existencia, que la de verlo detrás ó verlo delante. Los sábios del pasado dicen que el hombre retrocede, que sale de la luz y entra en el crepúsculo, que parte del todo para naufragar en la nada; dicen bien y mal, como nosotros decimos mal y bien.

Es exacta esta frase mal y bien? ¿Es la cifra única? Es el dogma? ¿Es la última túnica de Isis? ¿El mal y el bien encierran toda la ley? ¿Quién conoce esa ley? ¿Hay alguno que entre nosotros, dentro de sí mismo y en el exterior, entre el monton de hechos, de épocas y de edades, haya penetrado en su abismo y le haya podido sondear? ¿Hay álguien que desembrolle el gérmen original? ¿Hay álguien que pueda ver el punto extremo del túnel? ¿Hay álguien que vea al mismo tiempo la base y el techo? ¿Hemos comprendido siquiera á la naturaleza? ¿Sabemos acaso qué es la luz y qué es el imán? ¿Sabemos qué es el cerebro, de qué se forma el movimiento, por qué carecen de calor los rayos de la luna? Sabemos acaso si el alma es un astro? ¿El perfume es acaso el alma errante del pistilo? Padecen las flores? ¿Piensan las rocas? Qué es una ola? ¿Distinguimos acaso la cosa del sér? Qué es morir? Qué es nacer? ¿Preguntais si es toda la ley á un hecho cualquiera? Tú que me hablas, contéstame: qué eres? ¿Tratas de sondear el abismo? ¿Te sientes con fuerza bastante para escudriñar cómo obra la savia bajo la corteza, para acechar al través de la oscuridad de las vetas subterráneas el himeneo del agua terrestre con las olas del mar y la formacion de los metales, para perseguir en sus antros al plomo, al azogue y al cobre, hasta el extremo de poderte decir: Hé aquí cómo se fabrica el oro debajo de tierra y la aurora en el firmamento?... ¿Eres capaz de todo esto? Habla. No. Pues bien; economiza tus axiomas respecto á Dios y tus sentencias respecto al hombre, y no pronuncies fallos sobre el infinito. Y á todo hombre, cualquiera que sea, que se atreva á decir que conoce la fuerza, el alma, el espíritu, la materia, añadiendo

que conoce la ley completa, encerradle y pasadle los cerrojos; tened miedo de que se os escape. El sábio en su laboratorio, el sacerdote bajo su capa pluvial, ¿quién es capaz de enseñarnos la suerte por sus dos lados? ¿Quién puede pasearse en las eternidades como se paseaba Lenotre por los jardines de Versalles? ¿Quién es capaz de medir de un extremo á otro la vida y la muerte, esos espacios desconocidos, en los que el monton de los dias muere debajo del monton de las noches, en los que se deslizan en las tinieblas vagos relámpagos, en los que se desvanecen las extremidades de las leyes?

Que sea verdadera ó falsa, absurda ó loca; que esté demostrada esa oscura ley del progreso; que, como dragon del edén, custodie la entrada ó solo sea informe espejismo, lo cierto es que ante el enigma y ante el destino, los más fuertes se quedan sorprendidos y cejan. Apenas blanquean algunas simas en medio de la oscuridad de la noche, cuando la bruma ya ha envuelto otras cúspides; grandes montes, que parecian rodeados de eterna luz y libres de la sombra, se yerguen, pero negros y lentamente borrados desaparecen. Momentáneamente aparecen todas las verdades, pero en seguida se cubren con espeso velo: el dia, si así puede llamarse tan ténue claridad, parece que solo se levanta para contemplar la sombra; pronto dejamos de ver el faro, y no sabemos ya el camino en que nos encontramos; ¿acabamos de retroceder ó de avanzar? ¡Qué lenta es la ascension humana y cómo se siente en ella el peso de la vida! ¡Cómo destrozan sus espaldas contra los ángulos del progreso los que llevan sobre sí la carga de los intereses comunes! ¡Cómo se deshace todo y vuelve á caer! No hemos adquirido ni un verdadero principio ni una conquista segura; cuando imaginamos haber terminado el edificio, se derrumba y aplasta á su arquitecto. El siglo más notable puede tener sus horas inmundas; algunas veces surge una calamidad en todos los puntos del globo, y el hombre siente un acceso de furor. El europeo, que es el hermano mayor, se iguala entonces con el caribe y con el malabar; el civilizado inglés sobrepuja al indio bárbaro; el objeto humano se eclipsa en infame olvido; reina la noche desde el Danubio hasta el Nilo, desde el Ganges hasta el Ebro. Con fiestas en el Norte se celebra la muerte del Mediodía, y Berlin dice á la Europa que se ria de que la Francia no existe ya. Género humano, á pesar de tantas edades de revoluciones, la antigua ley del ódio permanece siendo en tí la más fuerte; para tí el Evangelio es la gran claridad muerta; el dia se apaga, la paz se desangra, el amor está proscripto, y todavía no han desclavado á Jesucristo de la cruz.

MARZO.

I.

No importa! Tengamos fé. Todo se agita como los delirios de un horroroso sueño, todo camina y corre, y el hombre abandona las antiguas riberas. Pasamos de la noche á la aurora, del triste sepulcro al alegre nido, de las hidras á los alciones. Los sábios son temerarios y sondean los abismos de las revoluciones.

Profetas que enflaqueció el ayuno, poetas que volais en alas de la fama, lo mismo los antiguos que los modernos, lo mismo Isaías que Byron, indicais siempre al género humano su fin supremo, que siempre es el mismo y es nuevo cada dia, lanzando al viento, que se la lleva, la misma eterna palabra al mismo eterno peregrino.

Vuestra voz trágica y magnífica se hunde en las profundidades y se remonta á las alturas; pedís el verbo á Dios y dais á la esfinge la palabra. El itinerario que sigue el hombre, despues que abandonó á Sion y fué más allá de Roma, dejando atrás al sacerdote, que titubea ó huye, parece un descenso hácia el abismo, y se oye vuestra voz sublime que nos lo advierte en la oscuridad.

Lanzais el toque de agonía para el traidor y de rebato para el valiente; se ven aparecer y desaparecer vuestros himnos, como enjambres tempestuosos; vuestros versos sibilíticos van y vienen, sosteniendo en su ruda peregrinacion al pueblo que camina; vuestros cánticos y vuestros pensamientos parecen urnas

volcadas, de las que se derraman acerados ritmos.

Muy pronto el dia, montado en su cuadriga, descorrerá las cortinas de la sombra; todo y todos se dirigen hácia la aurora, hasta los que le vuelven las espaldas; uno adelanta hácia allá y el otro retrocede; el crepúsculo del porvenir levanta su extraña torre, oscura, pero estrellada, y vuestras estrofas tocan á vuelo en su negro campanario.

II.

La lucha.

La ignorancia se encoleriza. Debemos compadecer á los ciegos que no ven la verdad. Por otra parte, esto nada debe importarnos, amigo mio, ya que, si nos vamos, el honor nos acompaña. Compadece á esos insultadores que aceptan de rodillas la horrible paz, que sujeta y amordaza la Francia, y dejemos impresa su ingratitud imbécil en la historia, poniéndola el sello de tu desprecio y del mio. ¡Esos hombres tratarian á Jesús como á un bohemio, y San Pablo les pareceria repugnante demócrata y Sócrates un juglar! Sus ojos míopes huyen de la luz. Si son así, no es culpa suya. En Nápoles, en Roma, aquí y en todas partes, se comprende que te envidien los soldados y te maldigan los sacerdotes, cuando aquellos son vencidos y cuando éstos están desenmascarados. Los canelones de hielo que he visto este invierno en nuestros muelles, que nos helaban, pero que se fundian con rapidez, no eran tan vanos ni tan vanidosos como esos hombres. Tú, que semejante á los combatientes divinos, presentándote solo, sin ejército, emancipabas á los pueblos, tú no debes temer que aullen contra tí esos clamores viles. Nada debe importarte! Cogidos de las manos, ven y salgamos juntos, tú que eres un antiguo romano y yo que soy un viejo francés. En este sitio humillante estamos mal. Vámonos á buscar las rocas y las playas marítimas; si nos han de silbar, que nos silbe el mar; vamos á buscar el insulto del relámpago, el furor que jamás conoció la bajeza, el furor del abismo, y que nos salpique la espuma, pero no la baba.

III.

Luto.

Cárlos, hijo mio! Tú tambien! ¡Tú tambien me has abandonado! ¡Todo huye, nada es duradero! ¡Te has desvanecido en la eterna claridad, que para nosotros es oscura!

Cárlos, mi poniente ha visto perecer tu oriente. Cuánto nos amábamos! Insensato el hombre, cree y sueña, y sonriendo liga su corazon á otros corazones.

Cree que será eterna esa lazada y prosigue su camino; empieza á descender, vive y sufre, y de pronto vé que solo abarca en el hueco de la mano un puñado de ceniza.

Ayer estuve proscripto, y en los veinte años de mi cautiverio vagué errante con el alma destrozada. La suerte nos hiere, ella sabe por qué. ¡Dios me privó de la pátria!

De mis queridos séres solo ya me quedan un hijo y una hija; ya casi solo voy caminando hácia la eterna noche. Dios me arrebató la familia!

No me abandoneis, únicos séres queridos que me restan en la tierra; vuestra madre os bendice desde la mansion de los muertos y yo os bendigo desde este valle de lágrimas.

Terminaré mi lucha en la existencia, tomando por modelo al mártir de Sion, y continuaré en mi ascension ruda, que se parece á una caida.

Bástame seguir á la verdad; sin perder nunca de vista el objeto sublime proseguiré mi camino; afligido, pero altivo y cumpliendo mi deber, iré recto hasta el abismo.

IV.

El entierro.

El tambor toca á generala y la bandera se inclina; al pié del silencioso collado de la Bastilla, donde los pasados siglos duermen bajo los cipreses, que agita el viento, el pueblo triste y pensativo está con el arma al brazo, formando grandes batallones, alineados en largas hileras.

Pasan el cadáver del hijo y el padre moribundo; aquel ayer todavía robusto, jóven y bravo; éste viejo y bañado el rostro en lágrimas, y cada una de aquellas legiones los saluda al verlos pasar.

Pueblo, ¡majestuosa es tu ternura! Paris, ciudad que no logró vencer el invasor, á pesar de haberte casi desangrado; tú, para quien llegará el dia de surgir de la oscuridad que te rodea, con la frente resplandeciente, llevas la magnanimidad hasta tal punto, que te dignas fijar tu atencion en el dolor que aflige á un hombre. Es admirable que sean sensibles Esparta y Roma; es admirable que Paris haya domado al universo por la fuerza, siendo tan bondadoso; este pueblo, además de ser héroe, es justo; además de vencer, sabe amar.

Ciudad augusta! Aquel dia todo se agitaba; bramaban las revoluciones, y entre sus brumas, al través de los rayos, veias ante tí aparecer la horrorosa sombra que en ciertos momentos envuelve á los grandes pueblos; el hombre que seguia el ataud de su hijo te admiraba al verte en tu infortunio tan heróica, al reflexionar que hiciste prosperar á la humanidad, y ese hombre, al mismo tiempo que padre, creia ser tu hijo: padre, cuando pensaba en él; hijo, pensando en tí.

Que ese jóven é ilustre luchador lleno de fé, desaparecido del mundo, ¡oh pueblo!, retenga siempre tu gran alma. Tú se la difundiste al darle el supremo adios. Que en la espléndida libertad del cielo azul asista, ahora que empuña desconocidas armas, á la lucha del deber, y que la prosiga allí. El derecho no es solo derecho en el mundo; los muertos son séres vivos que participan de nuestros combates, y en algunas ocasiones oimos silbar sus invisibles flechas. Imaginamos que están ausentes y están presentes; salimos del mundo, pero no podemos salir del destino; la tumba es una prolongacion sublime. Ascendemos á ella asombrados de haber creido que en ella caíamos. Así como la emigrante golondrina se hunde cada vez más en el azur del firmamento, el hombre vá penetrando más en un deber superior, y vé entonces lo útil paralelo á lo justo, vé menos sombra, y adquiere alas. Idolatrado hijo, sirve á la Francia en ese centro luminoso del amor que llamamos Dios; no morimos para dormir, sino para practicar superiormente en las alturas lo que practicábamos en nuestra baja esfera. Nosotros solo poseemos el objeto, pero el cielo tiene el medio. La muerte es un tránsito en el que todo cambia para engrandecerse; el que fué atleta en la tierra, es arcángel en las altas regiones: en el mundo todo es limitado; todo está proscripto; pero allá arriba crecemos sin molestar al infinito; el alma puede desplegar allí todas sus alas; al desprenderse del cuerpo vuelve á adquirir su forma. Hijo mio, que ya eres espíritu, que ya eres antorcha, irradia, cerniéndote sobre la Francia. Sírvela, ya que Dios la envuelve en un misterio, ya que tú sabes ahora lo que ignora el mundo, ya que la verdad se vé clara cuando la alumbra la eternidad, ya que tú ves la luz y nosotros solo vemos la sombra.

Paris 18 Marzo.

V.

Golpe tras golpe, duelo tras duelo; el sacrificio cada dia se hace más doloroso, pero lo acepto imperturbable. Conviene ciertamente que á algunos nos traten así. Cuando rudos combatientes, magos, soldados, tribunos ó apóstoles, sacrifican su vida por ideales justos, no hay dolor, no hay sacrificio que los abata. Tú lo sabes, Guernesey; tú lo sabess, Caprera.

Nada es capaz de desviar su conciencia, que está fija en el deber; en vano soplan contra ella los vientos, que los principios que sigue permanecen en ella

inmóviles, y su tranquilo resplandor brilla en el infinito; el siniestro huracán, que se encarniza contra la noche, puede sacudir en las alturas los velos de la sombra, pero no puede mover de su sitio las estrellas.

ABRIL.

I.

Los precursores.

Afligido el hombre en todas las épocas, reflexionando sobre el sér y sobre las criaturas, preguntó siempre á la naturaleza: "Por qué he nacido?„ Unas veces creyentes, otras veces ateos; á los Prometeos añadimos los Euclides y los Keplers; nuestras dudas son nubes fúnebres que ascienden al cielo tenebrosas y descienden resplandecientes.

Al borde de la sima de los cielos, ¡cuántas imaginaciones brillantes hay asomadas! ¡Cuántas miradas misteriosas hay allí fijas! ¡Allí los contemplan las claras pupilas de Milton, de Galileo y de Dante, de esos espíritus dignos de vivir entre los astros!

Todo estriba en aventurarse á subir y en aventurarse á bajar; en investigar, en atreverse, en ver. Cuando el que inquiere vacila todavía, fijando las miradas en la noche y en la aurora, retrocediendo ante el secreto, temblando ante el geroglífico, bruscamente entonces se le aparece la voluntad, que es un veloz hipógrifo.

Montado en ese corcel formidable el génio humano, cuando quiso abordó lo inabordable, sin más armas que la antorcha y el laud. Cuando emprende su carrera, el astro Amor y el sol Pensamiento brillan en la azulada esfera, que la noche cubre con sus velos; pero Dios concedió esas dos estrellas para que sirvieran de espuelas al génio.

Los privilegiados séres que se llaman génios poseen la sagrada curiosidad que les hace escudriñar el precipicio y la noche. Cada descubrimiento es una sima. Nada les importa morir, ni sufrir, si penetran en el abismo; vivir inútilmente les parece largo y enojoso.

Sondean los mares y registran los cielos; cada uno de esos séres que van buscando á Dios recorre un infinito; Fulton el verde, Herschell el azul; Magallanes parte, Fourrier vuela; la multitud irónica y frívola ignora lo que estos séres han imaginado, los vé naufragar en la inmensidad y exclama: — "¡Es un alma perdida!„ ¡Necia multitud, es un mundo encontrado!

II.

La madre que defiende á su hijo.

En lo espeso de los bosques, donde habitan los mochuelos, donde cuchichea en voz baja el inquieto follaje, y á la sombra de los jarales, ¡qué salvaje se presenta el amor de la mujer de las selvas! Arrulla al tierno recien nacido, que tirita acostado en su seno, y despavorida huye de allí con el niño en cuanto vé que, como sombría marea, van extendiéndose por el bosque las sombras de la noche.

Tal es Paris; tal es la ciudad á la que Europa disputa el derecho, la gloria y el arte, ese triple pezon que amamanta al niño disputado que se llama Porvenir. Alrededor de su sublime cuna relinchan los caballos de la aurora. Esa ciudad, que es madre de la realidad, que empieza por ser quimera, que es la nodriza de los augustos sueños de los pensadores; esa ciudad, que es hermana de Atenas y de Roma, aparece como mansion de amor, de vida y de alegría en medio de la ardiente primavera y del rojizo cielo, y mece cantando al pequeño y poderoso dios. Muestra gozosa y altiva ese ensueño que mañana será una realidad; ese tembloroso embrion del nuevo género humano; ese gigante que ahora es pigmeo y que se llama Mañana, para el que se abre el surco de las futuras edades. En su frente tranquila, en sus tiernos labios, en sus miradas puras, que no creen en el mal, brilla la cándida sonrisa del ideal, y se presiente al verla que ella es la ciudad

donde habita la esperanza, se presiente que ama y que bendice. Pero si de repente llega un eclipse á oscurecerlo todo y á extremecer á los pueblos, si algun mónstruo vaga por el horizonte, si lo que serpentea lanza espuma, se arrastra ó mira siniestramente, amenaza á la criatura divina, su madre adquiere de pronto expresion feroz, se yergue indómita, brotan de su pecho gritos terribles, llega á ser el Paris furioso, brama y ruge, y la ciudad que antes encantaba al universo, entonces lo llena de espanto.

III.

Horribles tiempos! En el siniestro espacio, en el que surge lo imprevisto, en el que pasa lo inesperado, mi pensamiento es una llanura que pisotea erranto multitud. Sucédense unos á otros los hechos desventurados. Escribo este libro dia á dia, dictándomelo la hora terrible que huye despavorida; las semanas del AÑO TERRIBLE son otras tantas hidras que el infierno creó y que el abismo espera; el acontecimiento huye con los ojos inflamados, despues de posar en mí sus garras, dejando en mis tristes y magullados versos la huella que deja el paso de un mónstruo. El que pudiera penetrar en mi espíritu le veria lleno de las huellas que en él dejaron esos dias de horrores y de cólera, como si hubieran pasado por él bravíos leones.

IV.

Un grito de angustia.

Cómo terminará esto? ¿No conocen que el pais se derrumba á cada paso que dan ellos sobre él? ¿Quieren castigar á Paris? Paris desea ser libre. El equilibrio del mundo consiste en poner á éste en un platillo de la balanza y á Paris en el otro. Paris es el abismo que está empollando el porvenir. No se le puede castigar, como no se puede castigar al Océano, porque en su profundidad, y al través de su transparencia, se vé la inmensa Europa que por corazon tiene la Francia. ¿Qué os proponeis, combatientes? Sois un incendio que devora las mieses, y estais matando al honor, á la razon y á la esperanza. ¡Francia combate contra Francia! Deteneos! Duelo solo producen vuestras victorias. Cada cañonazo que un francés dispara contra otro pruduce primero la muerte, despues la deshonra. ¡Confundir, despues de haber pasado Setiembre y Febrero, la sangre del campesino con la sangre del trabajador! ¡Luchar los latinos contra Roma y los griegos contra Atenas! ¿Quién ha decretado tan lúgubre matanza? ¡Haber sido héroes, para terminar siendo fratricidas! Qué abominacion!

¡Contemplad cómo desde el cielo hasta vuestras frentes flotan la bajeza, el oprobio y la afrenta! ¡Ved allá arriba la bandera de la muerte, negra como la mortaja, blanca como el sudario! Es la bandera de la Prusia que acecha todos vuestros actos: no la veis, pero os está contemplando; la teneis en vuestra propia casa, donde reina. ¡La guerra civil, que es triste despues de la victoria de Austerlitz, es vil despues de la derrota de Sedan!

Ciegos é insensatos han resuelto jugarse la pátria y el porvenir á cara ó cruz. ¿No hay nada más urgente que levantar vuestras tiendas de campaña alrededor de las murallas? ¡Paris, leon herido, vuelves á empezar la guerra, teniendo aun clavado en el cuerpo el mortífero venablo! ¡Vas á abrirte otra llaga antes de cerrarte la primera! Fijaos, insensatos, en que el pais al que asestais puñaladas es el vuestro, y la que se desangra es vuestra madre. Pensad que nos arrojais á la miseria, que el trabajador se quedará sin pan, la mujer y el niño sin apoyo; pensad en los funestos problemas que hay que resolver, y no os encarniceis unos contra otros.

¡Ensanchais el abismo, en vez de encender un faro que lo alumbre! Los dos bandos mueven tumultuosamente la misma execrable algarabía; los dos gritan: "Muerte y guerra!„—"A quién?„, responde Cain. ¿Qué significan esos soldados que blanden la espada, que se humillaron á la Prusia y se manifiestan altivos contra la Francia? Conservad vuestra sangre para el dia de la emancipacion. ¡No os remuerde la conciencia y os entregais á la desesperacion! ¿Pero quiénes son esos que se complacen en nuestra ignominia? ¡Caiga el oprobio sobre los que se asocian para sentarse en

ese pavés que levanta el asesinato, sobre esos que de la pública desgracia forman su pedestal, que escitan al pueblo indignado á ese duelo fatal; caiga el oprobio sobre el servil raitre y sobre los dos tizones de la guerra civil que aprisionan á la ciudad eterna y reedifican en su horizonte una muralla de ódio eterno, pensando en no sé qué victoria infame, en matar á Paris, en apagar el astro!

V.

No tomeis represalias.

No acostumbro á humillar á las palabras que me inspiran fé; no acostumbro á humillar á la razon, al progreso, al honor, á la lealtad, á los deberes ni á los derechos. No se puede llegar á la verdad por el camino oblícuo. Solo siendo justos se puede servir á la República; el deber para con ella es la equidad para con todos. De nada sirve la cólera; el que es justo está siempre sereno. Soberana es la revolucion; el pueblo es un luchador prodigioso que arrastra el pasado hácia el abismo y lo empuja dentro con el pié. Pero entre las sombras que me envuelven no reconozco otra majestad que la de mi conciencia. Tengo fé. Mi candor dimana de mi esperiencia. A los que derribé al suelo no los destrocé. Mi círculo es mi derecho, y el derecho de los otros es mi compás; deseo que todo se equilibre entre mis enemigos y yo, y cuando los veo atados creo que no soy libre; me cansaria de pedir perdon si yo me portara con ellos como ellos se han portado conmigo. Nunca diré:—"Ciudadanos, el príncipe que se levanta en favor nuestro agota sus fuerzas contra nosotros; honremos su rectitud despidiéndole; la probidad se ajusta muy bien á este expediente„. Por temor á las consecuencias, tampoco iré á recoger la lógica que salga de los labios de los jesuitas; nunca diré:—"Violemos la verdad„; ni que ese traidor merece por su perversidad que yo sea inícuo; me contagio con su lepra, pues me comunica su enfermedad; nunca tomaré como á virtud hoy lo que en él ayer constituia una maldad. Porque fué mi tirano no ha de ser mi víctima. La pena del Talion no es legítima, y lo que fuí ayer quiero serlo mañana. Nunca cogeré un crímen con mi mano, diciéndome:—"Este crímen era su proyectil; me parecia infame y ahora me parece útil; me sirvo de él para herir, ya que con él se me hirió„. Nadie tendrá el gusto de ver que me rebajo. Nunca seré sofista despues de haber sido profeta. Mi triunfo no me hará renegar de mi derrota; permaneceré siempre el mismo, y aunque viva mucho, en mí el vencedor será siempre fiel al vencido. No reconozco dos justicias, como no comprendo que pueda haber dos soles. Allí están nuestros enemigos vencidos; su libertad y la nuestra despide ¡oh vencedores! la misma claridad. Al apagar nuestros derechos apagamos nuestros astros. Si despues de tantos desastres no puedo hacer el bien, quiero al menos no hacer el mal. Dejemos las quimeras á los reyes y quedémonos los pueblos con el ideal.

¿Por qué desterrar á éstos y encerrar á los otros en las cárceles? ¿Por qué declarar que la prision, las cadenas, los carceleros y el destierro, que hemos condenado para nosotros, sean convenientes para ellos? No quiero privar á nadie de la pátria; aun extremece el soplo del huracán al antiguo proscripto y le impele á no traspasar el círculo de lo honrado y de lo justo; pagó el antiguo proscripto con veinte años de destierro el derecho austero de oponer á los furores su refugio solitario y á cerrar su alma á las cóleras ciegas. Cuando veo que las cadenas y los calabozos amenazan á mi enemigo, le amo; y daria asilo hasta á mi propio proscriptor, y acordándome siempre de que estuve desterrado, salvaria á Judas si fuese yo Jesucristo.

Jamás tomaré parte en ninguna venganza. Los castigos excesivos nos conducen á ser demasiado indulgentes, y llegaria á tener compasion de Cain si viese que le torturaban. Nunca oprimiré á nadie, nunca cometeré ninguna infamia; nunca verás ¡oh Libertad! que ante tí ejecute ninguna accion indigna. Pueblo, para servirte renunciaré á todo, al suelo natal, á la casa donde transcurrió mi niñez, al cielo azul de la Francia, al campo sublime de Paris, del que fuí segador; á la pátria, al hogar paterno y á la felicidad; permaneceré siempre siendo puro y sin tacha y jamás abdicaré mi derecho á ser justo.

VI.

La pena del Talion.

Porque Vinoy, porque Billioray procedan erróneamente, ¿debemos vivir todos en el error? ¿Debemos matar á Duval porque mataron á Lecompte? Encontrais irrefutable ese razonamiento y, segun vosotros, debemos tambien matar á Bonjean porque mataron á Duval. La menospreciada ley del Talion os parece justa; ¿era vil en la época de Moisés y es legítima en la época de Rigault? Consagrais culto al asesinato, no haciendo caso de lo que debe glorificarse, de la ley ni de la libertad; predicais un nuevo dogma, y os haceis neófitos de los atentados repugnantes que os dan provecho. Aplicais la pena del Talion, al pueblo aquí, al rey allá. Arrestais á Chandey, yo debo aprisionar á Lockroy; porque sois inepto, yo debo ser estúpido; porque negais el derecho, yo debo apedrearlo.

Porque Ferré, porque Galifet derraman sangre humana, ¿debo yo cometer un crímen? Incendian un puente, yo debo quemar una biblioteca; matan á un coronel, yo debo matar á un arzobispo; matan á un arzobispo, yo mataré á los que pueda. Cuando un villano haga fusilar á un hombre, yo haré que arcabuceen á trescientos, y lo que en él es un homicidio, en mi será una buena accion. Diente por diente. A la maldad debe contestarse con la maldad. Herís á la pátria; pues yo debo acabar de asesinarla. Sois Eróstrato; pues bien, yo seré Omar.

¡Monstruosa justa, espantosa esgrima, batirse con los malhechores para ver quién comete más delitos! Porque ellos han dado sablazos, nosotros debemos saquear y sembrar su infamia en nuestros propios surcos, y nuestra obra y la suya deben germinar confundidas. Debemos ser tan abyectos que debemos comer el mismo oprobio en la misma artesa. De este modo, ellos y nosotros, con horrible y espesa niebla, empañaremos el celaje de la pátria; pero nuestros atentados tendrán la suficiente transparencia para que de nuestros principios abjurados se vea la clemencia abajo y el asesinato arriba. Permutaremos con esos miserables el bandolerismo con su brigandaje, de tal manera que la historia pueda exclamar un dia: "¡Esparcieron por todas partes la sombra y la muerte!„ ¿Quién tenia razon y quién se equivocaba? Los principios, que son las cumbres del alma, se borran; ¿y cómo podremos ya en lo sucesivo hablar de progreso, de equidad y de justicia? El naufragio de esas tres noblezas basta para que perezca el mundo; herir de muerte á las verdades, es herir á esos tres inmortales.

VII.

El pensador se entristece cuando en la soledad medita, y ya no es el tranquilo espíritu de actitud grave; sus ojos despiden relámpagos de indignacion; ya no es libre; le esclavizan la cólera y el ódio. El hermano que apaciguaba al hombre que se enfurecia, el que consolaba cariñosamente al que atormentaban los dolores, ahora maldice. El que creyó no tener que soportar otros sufrimientos que los que son anejos al género humano, sufre ahora viendo cómo la Francia se desgarra; reconoce que exise en el mundo un rincon sagrado que se llama pátria, que es caro para todos los corazones; reconoce que la amargura se apodera alguna vez del alma del sábio, y le transforma en hijo al ver que la madre se desangra.

La situacion de ésta no será siempre desesperada; algun dia sus ojos recobrarán gradualmente las miradas radiantes que ahora están eclipsadas: sin duda alguna, despues del infame Apocalipsis, verá el hijo de esa madre reaparecer en él lentamente los resplandores que en la oscuridad Dios hace brillar en la frente de los investigadores, al mismo tiempo que envia al hombre que vive en la oscuridad profunda la luz del astro que sale por detrás de las montañas. Renacerá la paz y los pueblos se amarán unos á otros.

Esperando ese dia, medita y ruge; para él la afrenta es una nueva majestad. El génio posee resplandores de infinito furor y amenaza salvajemente. Tras sus predicciones llegan la union, la alegría y el amor. La paz se debe al cisne y la guerra al buitre.

Lanza á los vientos sus estrofas irritadas, y sus ojos sombríos miran en lontananza; parece que haga huir ante él á los mónstruos cuando sacude su enorme melena; tiene el aspecto de un espectro errante que carece de guarida; sus plantas huellan inquietas el suelo poco firme. El cielo está oscuro y en él no brillan las estrellas; Europa está encadenada, Francia parece un cadáver; la nada venció á la luz; el porvenir se desdice, la gloria se desmiente á sí misma; se perdió el honor y la fé; solo quedan la bajeza, el olvido y el oprobio. Siente que le punza el aguijon de la ignominia, y herido por la espina que se ha clavado en el pié, ese leon cojea.

VIII.

¡Quienquiera que seais, que os empeñais en ser tiranos, os compadezco! ¡Viles y feroces perecereis á manos de los que creeis dominar! El presente es el yunque donde se forja el porvenir. Llega un momento en que la araña se queda presa en sus propias redes. Si corriéseis los velos que ocultan los temibles acontecimientos, reconoceríais temblando, desnudos y puestos en cruz, en vuestros verdugos vuestras pasadas faltas; detrás de ellos el asesinato, la embriaguez, el éxito y la gloria, lanzan los vómitos, que un dia será preciso beber, y llegarán instantes en que os compadecereis de vosotros mismos. El gasto de sangre inocente os hace contraer una deuda; la huella del esfuerzo violento que tuvísteis que hacer para consolidar vuestra posicion de reyes y de dioses, se os aparecerá cuando caigais; vuestro propio furor recaerá sobre vosotros y os castigará; el rayo que os hiera lo soltó vuestra mano de tal modo, que la suerte dá á la misma accion dos nombres; primero la llama crímen y más tarde la llama castigo.

IX.

Mientras que el mar muge, mientras se encrespan las olas, mientras el horizonte aparece tempestuoso, el poeta, que es un vigilante, sube á su observatorio. Su único deseo consiste en que la concordia acabe por reinar.

En otro tiempo, en épocas perturbadas como la actual, el poeta solo vivia entre los hombres para desarmarlos y para infundirles la ternura de su corazon; amaba al vencido sin odiar al vencedor, y suplicaba al ejército y suplicaba al pueblo. A los que vivian ciegos y entregados á la guerra civil les enseñaba la claridad de lo verdadero, de lo grande y de lo bello, por estar más avezado que ellos á la meditacion, y en aquel mundo inexorable era el mensajero de la anhelada paz. Exclamaba:—"Hemos sufrido ya bastante; estamos tan cansados, que debemos ser buenos„. La mision de esa voz pasajera era proclamar en todas partes la paz, la indulgencia y el perdon. Los deberes del poeta son análogos en la actualidad: el poeta, apoyándose en su propio corazon, desea que el hombre viva, desea que el hombre crea. La sagrada mansion del cielo prueba por medio de su belleza la eterna ternura, y la radiante poesía debe ser hermana de la clemencia, siendo hermana de la armonía; debe afirmar lo verdadero, que la cólera niega, y lo verdadero es la esperanza, lo verdadero es la bondad, y la fraternidad es el rayo más luminoso del arte. ¿Por qué el aborrecimiento ha de empeorar vuestra suerte? Si el hombre pudiese entender la lengua del infierno, de esas terribles profundidades en las que se oyen chocar las cadenas, de esa mansion de horrorosos destinos, de todos los dolientes corazones, de todas las bocas condenadas oiria salir estas palabras sombrías para ellos:—"¡Amémonos unos á otros!„

El huracán, el Océano, la tempestad, el abismo y el pueblo tienen por ley la paz sublime, y cuando llega la hora de realizar este enlace, furioso el antro dá un beso á la tierra. Nada hay en ella arrebatado, convulsivo, desenfrenado y libre que no sea así más que por conservar el equilibrio; se necesita que todo ceda al compás; la indignacion de las olas es efímera; la espuma está furiosa leves instantes; el aquilon más indómito termina por plegar las alas; tras de la noche aparece el alba, tras ésta el sol; toda tempestad concluye por disiparse y volver á dejar el cielo puro y azul.

MAYO.

I.

Los dos trofeos.

Pueblo, este siglo ha presenciado tus extraordinarios actos. Vió cómo volviste á amansar la Europa con tus manos. Hiciste ver la insignificancia de los cetros y de las coronas, con la facilidad con que fabricaste y derribaste tronos; cada uno de tus pasos ha marcado un progreso; adelantando en el camino, has ido sembrando en el despavorido mundo formidables ideas; eran tus legiones las desbordadas olas del progreso que cada vez iban subiendo á mayor altura. Te guiaba la Revolucion, y difundiste á Danton en Alemania y á Voltaire en España. Llevaba tu gloria por compañera á la civilizacion, que aparecia allí donde tú sentabas las plantas; lo que antiguamente fueron los griegos han sido en este siglo los franceses. Destruias, pueblo, el mal, el error y el vicio; en unas partes la Edad Media y en otras la Inquisicion; luchabas contra todo lo perjudicial; tu claridad disipaba todas las sombras, asombrabas al mundo con tus resplandores, y mientras seguias tu triunfal carrera, te admiraban los hombres hasta en sus reveses; algunas veces volando te cernias; y el universo, durante veinte años, desde el Tajo hasta el Elba y desde el Nilo hasta el Adije, quedó deslumbrado al contemplar tanto prodigio; ante tí, pueblo titán, todo desaparecia, hasta tu gigantesco jefe.

Por eso se han erigido dos monumentos á tu gloria, la Columna y el Arco; los dos te representan, pueblo soberano; el uno es de granito y el otro es de bronce.

Es conveniente no olvidar que en otros tiempos fuimos vencedores. Debemos siempre custodiar esos dos monumentos, que teme la Europa hostil, y vigilarlos dia y noche con cariño. Esos testigos de las edades pasadas casi son vengadores; invocaremos á los dos ahora que se nos ultraja y haremos que nos trasmitan su ardor, que necesitamos para castigar, fijando nuestras miradas melancólicas en el metal y en el mármol que representan á los indómitos veteranos del Imperio y á los nobles hijos de la República. La hora de la caida debe ser la hora del orgullo, y á los ojos humillados del pueblo la derrota debe aumentar el resplandor bravío de esos trofeos, haciendo que el ánimo recobre el calor perdido. El ejemplo de los grandes debe alentar á los pequeños. Debemos eternizar esos monumentos, que edificaron los que ya no existen, pero que les sobreviven. Los que les sirvieron de modelo pasaron por el mundo en otro tiempo lanzando truenos, y aun llegan hasta nosotros sus relámpagos gloriosos; los que actualmente viven son menos brillantes que ellos, están más muertos ya.

Oís los golpes del azadon? ¿Oís el extrépito de las bombas? ¿Quién ordena el bombardeo? ¿Quién manda la demolicion? Vosotros.

El pensador se extremece, como el anciano rey Lear, cuando habla á la tempestad y la objeta. Se ven espantosas señales que indican que se acercan dias horrorosos. Pero ¿puede ahogarse al porvenir? ¿Puede acaso morir un siglo antes que nazca el otro? ¿De qué vertigo es víctima Paris? Un poder le mutila y otro poder fulmina sus rayos contra él. Así dos huracanes luchan en el desierto de Sahara, emulándose el uno al otro en la destruccion. Pueblo, obran mal esos dos caos; vitupero yo lo mismo al firmamento que truena que á la tierra que tiembla.

De esos dos poderes, cuyo frenesí vá creciendo, uno tiene la ley en su favor, el otro tiene el derecho; Versalles posee la parroquia y Paris la *Commune*, pero sobre los dos descuella la Francia única: por otra parte, cuando entrambos poderes debian llorar, ¿es momento á propósito para que se devoren el uno al otro? ¿está bien escogida la hora de la lucha? ¡Horrible fratricidio! Aquí el frenesí de los cañones, de los morteros y de la metralla; allí el vandalismo: aquí Caribdis y allá Scila. Al triturar los esplendores del pueblo, cada uno de ellos arranca de su gloria uno de los dos trofeos: vivimos en dias siniestros y nuevos, y de

esos dos poderes extrañamente rivales, á los que golpea el martillo y ametralla el obús, uno se apodera del Arco triunfal y el otro de la Columna.

Pero se trata de la Francia, y los franceses no deben derribar los monumentos de su gloria. Ante la nacion, qué significa Bonaparte? Cuando nos ocupamos de Esparta, ¿pensamos acaso en alguno de sus reyes? Si dejais á un lado á Napoleon, el pueblo reaparece; derribad el árbol, pero respetad el bosque. Todos los heróicos combatientes que se ven en esas espirales, poblando los campamentos, las torres y los navíos, salvando murallas, puentes y fosos, rios y pantanos, representan á la Francia tomando el progreso por asalto. Si quereis hacer justicia, suprimid á César y poned en su sitio á Roma. Colocad en la cima del monumento á un pueblo y no á un hombre; condensad en una estátua la multitud que vive en este pais caballeresco, bravo y vencedor; fabricad esa estátua de brillante metal; encarnad en ella á la multitud, y que ese pueblo gigante y ese gran estilita del lejano ideal iluminen el camino, sustentando una estrella en la frente y una espada en la mano.

Además, nada igualaba la talla de nuestros soldados; la revolucion mugia en el fondo de sus innumerables combates; la Marsellesa, que causaba espanto al mundo antiguo y derruido, se ha convertido en piedra y en bronce en esos dos monumentos, y ambos exclaman:—"Emancipacion!„

¿Es posible que con nuestras propias manos destruyamos á la Francia? ¿Cometemos nosotros semejante atentado? ¿Nos lanzamos sobre los dos monumentos que nos envidian los teutones, empuñando la antorcha y la maza, todos en tropel, para derribarlos? ¿Derrumbamos nosotros mismos nuestra propia gloria? La destrozamos por todas partes, y teniendo á la Prusia por testigo. ¡Pátria desatinada! Ahí están aquellos á los que fué vendida y entregada tu invencible espada, los que hicieron caer al prisionero de Ham; y ante Reichshoffen borrais á Wagram, tachais á Marengo y solo dejais á Waterlóo. La página funesta borra la página gloriosa, lo que humilla sobrevive á lo que honra, y por conservar á Forbach suprimís á Jena. Mac-Mahon hace desde lejos caer una lluvia de fuego, de hierro y de plomo sobre el Arco de triunfo, y para nuestra ignominia la bandera tudesca se agita sobre nosotros y contemplo cómo Sedan abofetea á Austerlitz. ¿Dónde están ¡oh Francia! los Charentons y los Bicetres? ¿Se levantarán acaso los antepasados, los vencedores de Brunswick, de Coburgo, de Bouillé, sacudiendo terriblemente el enmohecido sable, buscando en el cielo la desaparecida aurora? ¿No es suceso inaudito que sean lanzados violentamente de la historia los que se prodigaban sin cansarse nunca, los que cautivaron al Papa y á los reyes y todo el pasado, los que bloquearon el antiguo mundo, nuestros padres vencedores, por nosotros sus hijos, que fuimos vencidos?

Solo faltaba á nuestros desastres sufrir este último golpe, despues de tantos infortunios, despues de la vergonzosa paz, despues de los inútiles combates de Avron, de Bourget y de Hay, despues del incendio de Estrasburgo, despues de la traicion de Paris. ¡No estaba aun la Francia bastante triturada!

Si la Prusia, acostumbrada á su salvaje orgullo, al ver que el viento hincha sus banderas, al tenernos en su poder, nos hubiera dicho:—"Franceses, quiero borrar todas vuestras glorias; conservais dos que yo envidio, el Arco y la Columna; quiero que desaparezcan: demoledlas, ametralladlas; yo os lo mando„, nosotros, humillados y enfurecidos, hubiéramos dicho en voz baja:—"No hay más remedio que sufrir; pero este insulto nos ultraja demasiado, sobrepuja á las demás afrentas, hubiera sido preferible morir.„—Y vosotros, que sois franceses, ¡obrais como no se atrevieron á obrar los prusianos!

II.

Los siglos pertenecen al pueblo; ellos solo cuentan con un momento, pero lo utilizan. ¡Extraña lucha y extraño encarnizamiento! Cada uno corta con estrépito una rama del árbol. Saltan partículas del bronce y partículas del mármol y derriban la columna romana y el arco francés. ¿Qué se diria de tí, Venecia, si

destruyeras tu leon de San Marcos? Acuchillan á la historia y la gloria agoniza. Cualquiera que sea la opinion de la Francia que se tenga de ayer, de su rudo ejército y de su pueblo altivo, todo lo que este siglo en su tercer lustro soñó, intentó y realizó, era ilustre. ¿Por qué se pretende que todo eso desaparezca? ¿Han inventado por otra parte algo que favorezca á los desheredados y á los trabajadores? Se han cerrado presidios? ¿Se han abierto escuelas? Si han destruido á Marengo, á Lodi, á Wagram y á Arcole, ¿han establecido en cambio el derecho universal? ¿Ha conseguido el pobre tener pan y sal, hogar y fuego? ¿Han protegido á las cabañas y á los talleres? ¿Han ennoblecido la guerra renunciando á la loca y siniestra efusion de sangre? ¿Han refundido el Código para que sea más justo? ¿Han erigido un altar á la clemencia? ¿Han dotado al niño, han emancipado á la mujer? ¿Han abierto al progreso más anchos horizontes? No, no han conseguido más que cubrirlo todo de ruinas. Son pequeños para obrar y grandes para demoler.

III.

Paris incendiado.

¿Hasta qué extremo llegarán sus horribles atentados? El que ahora cometen es monstruoso é imbécil. Porque hubo quien suprimió la Agora, el Forum, el Pecilo, la ciudad eterna que resumia á Atenas, á Roma y á Tyro; porque hubo quien convirtió un pueblo en inmenso mártir, el dia en noche, la Europa en China, porque ardió Moscou, ¿debe arder Paris?... Porque la Rusia adoró el despotismo, porque quiso, barriendo las cenizas de su ciudad, expulsar á Napoleon para conservar á Alejandro; porque esto agradó al czar, porque teniendo los ojos fijos en la cruz de oro de Ivan, un bárbaro salvó á su pais cometiendo un crímen, ¿se debe arrojar á la Francia en el abismo?... Vosotros, que haceis traicion á los derechos del pueblo, cometeis el crímen, pero además perdeis á la pátria. Rostopchin es grande, pero con grandeza salvaje; tiene toda la estatura que puede alcanzar la esclavitud, y empuñando una antorcha, entra en su pátria y sale del género humano; es el negro y viejo escita, es el antiguo gépido, feroz, sublime y estúpido á un mismo tiempo; sabemos lo que hizo, pero no sabemos si él lo comprendió; hubiera sido un héroe si hubiera tenido génio. Descuellan en la cúspide de los siglos cuatro llamas sombrías. En la primera brilla altivo el rey vil de las infames glorias, el asesino de Efeso tocando el clarin; en la segunda se yergue Omar; en la tercera canta Neron; Rostopchin es la cuarta llama que brilla en la historia, y de las cuatro la suya es la menos negra; pero vosotros, qué es lo que pretendeis copiar?

Apoderándoos de Paris, quereis encender en él la quinta hoguera. ¿Por ventura está destinada esa ciudad á derretirse como la nieve? ¡Tan ciegos estais que confundís la ciudad perjudicial con la ciudad útil! Moscou fué la Babel siniestra del desierto, el antro donde cojeaba la razon, donde la verdad era bizca, la ciudadela del monje y del boyardo tan indómita, que ningun progreso pudo habitar en ella; fué el nido de gavilanes, del que se marchó el buitre Pedro. Moscou representaba al Asia y Paris representa á la Europa. ¿Cómo, pues, quereis envolver en la misma mortaja y sepultar en la misma tumba á Moscou, que es la representacion del pasado, y á Paris, que es la representacion del porvenir? Nada importa que Moscou no exista; pero si se suprime á Paris, el mundo quedará sumido en la oscuridad. Se perderá la brújula y naufragará el navío; el progreso, estupefacto, no sabrá á dónde ir. Si arrancais al género humano ese ojo enorme, dejareis ciego al cíclope, que caminará á tientas, lanzando horribles gritos.

Sin Paris, el porvenir nacerá reptil y desnudo. Paris cubre las ideas con manto luminoso. Cuando fija sus miradas en los errores, tiemblan súbitamente y se derrumban, deslumbrados por las miradas irresistibles de sus ojos. Así como bajo el templo se encuentra la cripta, y bajo la Grecia el Egipto, y bajo el Egipto la India, y bajo la India la noche, al cavar bajo Paris se encuentra toda la historia antigua. La conquista de Paris fué una victoria para el hombre; arrebatársela ahora equivale á reducirlo á la servidumbre y robarle la gloria alcanzada. ¿Para qué le serviria haber luchado si tenia que desaparecer? Tebas, Ellorah, Menfis, Cartago, á la que ha sustituido Lóndres, todos los pueblos, unidos

por fraternales lazos, han creado el alfabeto de la razon y del deber humano, Paris compuso el libro. Paris reina, y existiendo, emancipa. Mientras se mantenga en pié, el mundo vive tranquilo.

Tiene por emblema una embarcacion que extiende su bauprés como un cetro; hace la gran travesía, que parte desde la ignorancia y que llega hasta el pensamiento. Sabe el itinerario, vé el fin, vá más lejos de lo que nos habíamos imaginado, sube más de lo que se creia, pero siempre llega; busca, crea y funda, y lo que Paris se encuentra, aprovecha al mundo entero. Las evoluciones del globo toman á Paris por eje, fundan en él su astillero y solo son universales cuando son francesas. Lóndres tiene su Cárlos I, Paris su Luis XVI; Lóndres mató al rey y Paris la monarquía; allí el hachazo se limitó al hombre; aquí decapitó á la monarquía absoluta y decrépita, y con ella á todo el pasado. La palabra que pronuncia Paris equivale á un embajador. Paris siembra las leyes en las mayores profundidades. Incesantemente, al través de la sombra y de la bruma nociva, sale de sus fraguas, llama parlante, que llena con sus lenguas de fuego el azulado éter. A cada momento se vé una bandada de sublimes ensueños que, empuñando la antorcha ó la espada, salen de Paris y se desparraman por el universo. El Dante vá á Paris á escribir sus primeros versos; en él Montesquieu establece las leyes, Pascal las reglas; desde esa ciudad levantan el vuelo todas las águilas.

Paris desea que todo ascienda hasta su último grado; para apoyar el progreso y todas las ideas emplea razones de cien codos de altura, y tiene por cima y por refugio la majestad de los principios; la elevada cumbre de lo verdadero es su acrópolis; extrae á Mirabeau del siglo de Walpole; Paris, que se sacrifica por todos, es á veces Sibaris, pero nunca Lilliput, pues la perversidad nace de donde no hay grandeza, y por la bajeza se llega á la pequeñez; Paris jamás es pequeño; permanece siendo gigante, aunque se sepulte en el polvo y se anonade. Nunca es malo el fondo de su furor; jamás el ódio embaraza y perturba su augusta cólera; el corazon se enternece con más facilidad cuando el espíritu le comprende, y siempre es mejor el que es más grande. De esto nace la dignidad de Paris, de esto nace que sufra por los hombres y que fraternice con ellos. Le temen los tiranos en sus campamentos y los buhos en sus madrigueras, porque al desear la paz, desea la civilizacion. Fija un sentido á la tendencia humana, que es todavía oscura y vaga; conoce las vertientes de lo justo y de lo injusto, y la empuja hácia las primeras. Ciertos problemas son frutos de oro cubiertos de ceniza; el fondo de unos es todo, el fondo de otros es nada: buscando el bien con demasiado ahinco puede encontrarse el mal; Paris lo sabe, y escoge siempre lo que debe vivir. Algunas veces el derecho es un vino que embriaga; Paris, que despertó todas las pasiones, puede calmarlas, porque su gran ley combatir tiene por principio amar; Paris admite la agapa, pero no la saturnal, y repentinamente adivina la clave de la palabra celeste á la esfinge desconcertada.

Centro brillante y sonoro, en el que apuntan todas las auroras del porvenir; reunion sagrada de todos los mañanas, punto de interseccion de la marcha del progreso; Paris, tú hablas, tú redactas, tú decretas, tú impones tu voluntad. En tí se mancomunan todos los prodigios; si te conmueves, todo tiembla, desde el pária de la India hasta el negro del Darfour. En tu nido el espíritu humano muda las plumas, el género humano gravita alrededor de tu imán; has abolido las vetustas y serviles costumbres, y no podrán reemplazarte las demás naciones si tú mueres, ni consolar al universo de la orfandad. ¡Y ese trabajo inmenso que viene practicando Paris, durante mil años industriosos y lentos, y la ciudad heróica, profética y maravillosa, quedaria aniquilado en una hora de locura!

Año sombrío, eres una epopeya dividida en tres horribles libros. Jamás presenciaron los hombres nada semejante. Primero vino Atila, luego Cain y ahora Eróstrato.

Antorcha miserable, abyecta y ciega, ¿vas á dispersar á todos los vientos la ciudad única? ¿Vas á arrojar Paris al fuego, como el pastor arroja leña seca en la hoguera? Hombres insensatos, ¿para quién trabajais? ¿Hasta dónde vá á llegar vuestra demencia? En el mundo se

están contemplando dos fases, el dia y la noche, el ódio y el amor; constituyen dos principios, el bien y el mal, que se abofetean; y dos ciudades, que son dos misterios, reflejan el choque de los dos relámpagos ante nuestra asombrada vista. Roma es el altar mayor, en el que humean los viejos dogmas, y en la cumbre de Paris, con luminosas olas espumean en plena erupcion todas las verdades; la justicia, lanzando indignados rayos, la libertad y el derecho, esas grandes y virgíneas claridades; y enfrente de Roma, en la que los cirios tiemblan, se abre el volcán de las revoluciones de Paris. Aquí está el Hotel de Ville y allí el Vaticano. En provecho de uno se suprimiria el otro. Roma ódia la razon y Paris es su apóstol. ¡Desgraciados, vuestra cólera inconsciente os vá á arrastrar, á apagar el Etna y á conservar una pálida lámpara que solo despide ténue claridad! ¡Vais á inmolar el alma en favor de la mortaja, la palabra en beneficio de la mordaza; vais á inmolar la verdad que salva á la mentira que hiere, y el Paris del pueblo á la Roma del Papa! ¿Puede acaso decapitarse al género humano?...

¿Creeis que puede desvanecerse la ciudad suprema que fué la palabra, el oido, la vida y el alma de las naciones? Imaginaos los pueblos buscándola cuando no vean su fanal, cuando no oigan su canto. Era nuestro teatro y nuestro santuario, y con su cincel modelaba al hombre futuro; cuando el universo la veia trabajar estaba en espectacion y creia que iba á ser eterna. ¿Qué horrible milagro ha acontecido que desapareció? Dónde está ahora? ¿Qué es este lienzo de pared que queda en pié? Es el Panteon. Esos pedazos de bronce desparramados formaban parte de la Columna; ese pantano, en el que revolotea una bandada de cuervos, era la Bastilla; en aquel rincon de escombros se erguia Nuestra Señora de Paris. Los caracoles y los gusanos manchan con su baba las piedras que servian de cimientos á augustos palacios; no queda ni un solo techo de las casas que reflejaban las estaciones del progreso humano, ni una de esas torres de soberbia silueta, ni puentes, ni muelles; el rio se ha extravasado en la oscuridad, es informe y se dirige á un bosque desconocido. ¿Comprendeis el efecto que produciria el cadáver de esa ciudad?

Quién arrojó ese tizon al fuego? ¿Qué mano, atreviéndose á matar hoy el mañana, intentó ese crímen, ese delirio de abolir la ciudad astro, que era el alma del mundo, que era el centro en el que respiraba todo lo que se iba á ahogar? Pueblo, no eres tú el autor de ese atentado. Los hombres alucinados y ciegos no son culpables; multitud de causas impalpables, antiguos hechos invisibles os han trastornado la razon; el tábano os perseguia picándoos; resplandor rojo flotaba ante vuestros ojos, y obrásteis como toros furiosos.

Culpo de vuestros actos á la miseria, y llevo al banquillo de los acusados al ciego, al sordo, al bárbaro pasado; denuncio á la monarquía con sus antiguas leyes, que produjeron las antiguas calamidades. Leyes que pesan sobre nosotros en este siglo con todo el peso de la horrible ignorancia de los hombres; que nos hacen á todos enemigos, que producen el mal, y que han puesto la ciega antorcha en manos de desheredados implacables. Leyes que forjan fuertes nudos, espantosos cables, los dogmas y los errores con los que quieren atarlo todo; que empequeñecen las escuelas y cierran los talleres; que abren mal el surco y perfectamente la fosa; que no saben enseñar ni tranquilizar; que tienen oro para pagar el beso de Judas, pero que no lo tienen para costear el viaje de Colon; que entregan el débil á los fuertes; que niegan el alma á las mujeres. No acuso de nada al presente ni á nadie, no; el grito que yo lanzo y el toque fúnebre que hago sonar es contra el pasado fantasma que todavía está en pié en las leyes, en las costumbres, en los ódios, en todo. Acuso, en esta hora solemne, á la antigua sociedad, á la antigua criminal que hizo todo lo que ahora presenciamos, que posó sus manos inmundas sobre todas las almas, sobre todos los rayos y sobre todos los vuelos; que puso en competencia entrambos mundos, que los eclipsó; que descarriando á los hombres, hasta en Francia, creó la ceguera de la ignorancia, les cerró todas las puertas de la ciencia y fué madrastra, que al oscurecer los espíritus cubrió de tinieblas los corazones. La acuso y pido que se la condene. Producto suyo es este año horroroso. En algunas ocasiones extravía al pueblo hasta el punto de encender en él espantosos deseos, creando la sombría é inconsciente muchedumbre,

haciendo que la olvidada cuchilla del rencor vuelva á aparecer y que el ódio equivalga á una deuda. Esta sociedad, producto de los tiempos pasados, reina desde hace dos mil años; usurpa nuestro bienestar, nuestros derechos, y todo nos lo arrebata, y dá al pueblo parásitos que le devoren. Sus productos son la guerra y el patíbulo. Acuso, pues, al pasado, que embruteció al pueblo, triunfó y creó la siniestra indigencia que se desangra y se venga á ciegas, convirtiendo en aborrecimiento su desesperacion.

Quienquiera que seais, vosotros á quienes sirvo y amo, desheredados, que la mano del crímen lanza al campo del mal, siempre os compadecí, siempre os aconsejé, siempre os defendí. Hermanos mios, rechazad sin contemplaciones al que os explota; seguid al espíritu que se cierne y no al que se arrastra; ascended hácia el porvenir, no retrocedais hácia el pasado. Resistid, llámese como se llame, á todo el que os dé un consejo inhumano; resistid á los sufrimientos, resistid al hambre.

Terrible es el aplauso de los espectros! Pueblo, cuando en la ciudad de Paris, lo mismo que en los tiempos bíblicos, se propagó el incendio; cuando, como Nínive, víctima de Jehová, agonizó Lutecia, ciudad de la ilustracion; cuando ardió el Louvre como techo de bálago en 1830 y en el 93; cuando la corriente del Sena corria rojiza bajo el Puente Nuevo; cuando el palacio de la Justicia, desprendiéndose súbitamente de la Santa Capilla, cayó como un harapo que una mujer descose; cuando la destruccion iluminó de repente la cúpula del templo donde dormian Voltaire y Rousseau, y todo aquel monton de arcos triunfales, circos, frontis, pavimentos, que escitaban la admiracion de los pueblos; cuando se creyó durante un instante ver la ciudad de la gloria y de la esperanza incendiada, disiparse en horrorosa humareda, resplandor tan horrible despertó á los muertos en las tumbas y se llenó el horizonte de fantasmas, que iban gritando:—"¡Compañeros, acudid aquí y vereis cómo muere el Oriente!„—Reian las medusas enseñando los horribles dientes, el firmamento tuvo miedo, la infame alegría de las tinieblas estalló, la sombra insultó á la luz; Torquemada salió de su abismo, exclamando:—"¡Hermoso espectáculo!„ Cisneros dijo:—"¡Esta es la pira del hombre!„ Sanchez vociferó:—"Mira, Roma, cómo se abre el abismo; mira cómo han dejado de existir el derecho, la república, la razon y la libertad.„ Todos los verdugos, desde Neron hasta Zoilo, con gran alegría, arrojaron su tizon á la hoguera de la ciudad, y Borgia la bendijo. Los czares, los sultanes, Escobar, Rufino, Trimalcion, todos los apasionados de las antiguas tiranías, exclamaron admirados:—"Todo ha terminado ya; Francia no existe: lo que así termina no vuelve á empezar„. En ese momento, en el que el cielo estaba espantoso, el grupo monstruoso de los hombres negros, recobrando la esperanza, al ver nuestra desesperacion, viendo que sobre Paris la muerte abria sus alas, creyó que el mundo iba á sumirse en noche eterna.

IV.

Es de dia ó de noche? Reina el horror crepuscular. Impera en todas partes la cólera. Cruzan rayos; óyense ruidos sordos que asombrados escuchamos. El suplicio hiere y mata á tientas. No hay ningun resplandor celeste. Nada humano sobrenada. El acaso vaga errante por entre la carnicería y ametralla un rebaño de vencidos, sin saber si cometen un crímen ó si cumplen un deber. La sombra se traga á Babel hasta los últimos pisos; algunos bandidos han dado muerte á sesenta y cuatro rehenes, y toman la revancha de esto matando seis mil prisioneros. El viento horrible que sopla casi apaga la lámpra que se llama conciencia. Oscura y peligrosa noche! Se cree todavía que los exterminadores son benignos; aplauden su furor; son sospechosos los que quieren perdonar. A una parte está el ejército y á la otra parte está el pueblo; la Francia está desangrándose y la ignorancia degüella á la ignorancia. El derecho cae. Nada está en pié, esceptuando Cain. La atmósfera del crímen flota por todas partes; hasta el inocente parece negro; ¡tan densa es esa atmósfera! Los que incendian el Louvre no saben siquiera qué es un palacio; hay algunos que fusilan por fusilar. Qué se han hecho las leyes? Como hay tinieblas en Paris, las hay en los corazones y en la conciencia. Matan sin motivo; mueren sin saber por qué, con-

fundidos el niño blondo con el repugnante presidiario; los padres, los hijos, los jóvenes, los ancianos, el demonio con el ángel, el pensador con el criminal, fenecen al mismo tiempo precipitados en no sé qué abismo. La muerte sorda, ciega á la multitud.

V.

Una noche en Bruselas.

Hemos de acostumbrarnos á los incidentes insignificantes: ayer vinieron á mi casa para matarme. Cometí el error de creer que este pais era un asilo. Un monton de imbéciles se lanzó de noche contra mi domicilio, haciendo extremecer los árboles de la plaza en que vivo, y sin que se moviera ni uno solo de sus moradores. El intentado asalto fué bastante largo. Juana estaba enferma. Confieso que temí por ella. Mis dos nietos, cuatro mujeres y yo constituíamos la guarnicion de aquella fortaleza. Nadie vino á socorrer la casa atacada. La policía estuvo sorda; sin duda estaba ocupada en otra parte. Un guijarro, duro y cortante, llegó á rozar la mejilla de Juana, que prorumpió en llanto. Aquello fué un ataque de bandidos en plena Selva-Negra; bandidos que vociferaban:—"¡Venga una escala! Venga una viga! ¡Vamos á conseguir la victoria!„ Entre ese extrépito se perdian nuestras voces que pedian auxilio. Desde el barrio Pacheco dos hombres traian una viga, que sin duda quitaron de algun andamio. El dia, que despuntaba, era un contratiempo para ellos; les hacia cejar en el abordaje unos momentos, pero en seguida volvian á insistir. Aullaban como energúmenos. Por fortuna la viga no llegó á tiempo. Una voz me insultó diciéndome:—"¡Asesino, queremos que mueras! Bandido!„ Esta escena duró dos horas. Jorge tranquilizó á Juana tomándola de la mano. Entre aquel tumulto las voces que rugian no parecian humanas. Infundia yo valor á las mujeres, que oraban mientras caia una granizada de piedras sobre nuestras ventanas. Solo faltó en aquella escena que aclamasen al emperador. Aunque atacaron la puerta con mucha fúria, la puerta resistió. Cincuenta hombres armados fueron los héroes de esa jornada, y repetian mi nombre muchas veces y con rabia:—"A la horca! Que muera! ¡Que muera!„ Habia momentos en que aquella gavilla de furiosos cesaba en el ataque para tomar aliento, quizá meditando en otro asalto; en esa tregua reinaba siniestro silencio entre los que fraguaban aquella violacion. En lontananza oia yo cantar un ruiseñor.

Bruselas 29 de Mayo.

VI.

Expulsado de Bélgica.

"De parte del rey se ordena á Víctor Hugo que salga de esta nacion y de su territorio.„ Partiré. ¿Por qué se me expulsa? Por una razon muy sencilla. Porque soy un hombre que compadezco á los delincuentes y á los alucinados; porque cuando la arrebatada muchedumbre sigue la corriente de la venganza, me permito oponerme á ese torrente; porque ódio la ley del Talion; porque censuro las matanzas en gran escala; porque no calmo mi sed bebiendo sangre; porque ódio los torneos feroces; porque tengo la franqueza y el valor de arrojar á la misma cloaca al granuja descamisado y al granuja que vá en coche, aunque sea príncipe. Escuso y escusaré siempre al ignorante, y no vacilo en decir que la miseria explica los accesos de delirio, porque empuja á los hombres á la desesperacion; que si el dictador comete un horrible atentado, no es responsable de él el hombre del pueblo, como el grano de arena no es responsable de la ráfaga del viento que, arrebatada ésta por el aquilon, forma parte del horrible simoun; parece viva, arde y mata; produce la catástrofe, porque el viento es el déspota. Si hay que herir á alguno en esos indescifrables combates, herid arriba, pero no abajo; porque Rigault sea chacal, no hemos de ser nosotros hienas. Por eso no hay que encerrar en Cayena todo un arrabal de Paris, ni convertir en presidiarios á tantos hombres alucinados. Convengo con vosotros en que Johannard es cruel y Serisier infame: pero debeis comprender qué ignorancia tan terrible, qué malestar tan inquieto se apoderan del pobre trabajador que en verano carece de pan, en invierno de fuego, que sufre el hambre, que solo vé que se le oprime, y que cree que destruir un palacio vale tanto como destruir un tirano. Debeis comprender que llegan momentos en

que pierde la paciencia y extravía el juicio la cólera y la desesperacion.

Cuando oigo gritar:—"Herid, matad, acuchillad„, me dice la conciencia que matar al acaso es una injusticia; y me asombra que el siglo en que vivimos, y en Paris, puedan apoderarse de una docena de hombres y decir: "Estos pertenecen al cuartel incendiado; ametralladlos en seguida en masa y arrojadlos vivos ó muertos en el charco de cal viva, en la que yacen amontonados hombres, mujeres y niños„. Allí culpables, ignorantes é inocentes yacen confundidos. Hé aquí por qué yo, vencido y proscripto, ofrezco refugio á los vencidos, á los proscriptos asilo, mi casa á todos. Pertenezco al partido peligroso de los que perdonan, y mañana abriré las puertas de mi casa á los que ahora son vencedores si les veo vencidos. Profeso afecto á Ciceron, pero tambien se lo profeso á Graco; cualquier mano suplicante obtiene mi indulgencia, y aunque soy débil, me atrevo á arrojar el guante á los fuertes. Porque pido compasion para los vencidos, dicen que soy un bandido.

Dicen además:—¡"Fuera de aquí ese mónstruo! Está en nuestra casa y tiene la audacia de creerse en la suya, de habitar en esa plaza, de pagar las contribuciones y de querer vivir aquí tranquilamente: además, si no se marcha de aquí, peligra la tranquilidad del Estado. Que salga pronto de Bélgica!„

Soy, pues, un malvado. Cuando todo el mundo está loco, invocar la razon es ser traidores. Soy, pues, un malhechor porque soy capaz de salvar el cordero que veo entre los dientes del lobo. Creo en el derecho de asilo, en el pueblo, en la clemencia de Dios, y el clero se espanta y el Senado tiembla. Es un horror que yo profese la ley de no degollar á nadie, que sea un hombre que aborrezca la venganza, que no sienta por nadie cólera ni ódio. Confieso que la acusacion que contra mí entablan es verdadera. Quisiera siempre separar la cizaña del grano de trigo; prefiero la claridad del cielo á los rayos; creo que las llagas no pueden curarse con hiel, y que la fraternidad es la gran justicia. Todos se empeñan en destruir; yo me empeño en edificar. Para mí la caridad equivale á todas las demás virtudes; creo que á los poderosos que herimos debemos curarlos cuando estén abatidos; me arrastra la compasion hácia el abismo del sufrimiento, y para mí es reina la que para los demás es sirvienta; quiero que se forme proceso antes que se castigue á nadie, y me desagrada que una descarga resuelva un problema. ¿A qué conduce fusilar á un muchacho? Es preferible que viva y que vaya á la escuela. Mis honradas opiniones hacen extremecer á los hombres que no las pueden tolerar. Cierta noche, una horda, lanzando aullidos atroces, se dirige contra mi morada; despierta á dos niños y á cuatro mujeres una granizada de piedras, gritos que piden mi muerte, el susto y el espanto. Quién es entonces el bandido? Indudablemente soy yo.

Al dia siguiente, una multitud de guante blanco se presenta tambien ante mi domicilio y empieza á gritar, prosiguiendo la broma:—"¡Es poco que se le expulse! Deben arrasar su casa.„ La multitud tiene razon; es justo que maten al que no quiere que se mate á nadie. El órden así lo exige. Ya que desean quemar mi casa, será porque yo incendié el Louvre, porque fuí la llama que devoró á Paris, mientras yo estaba tranquilo viviendo en Bruselas. ¡Viva Mouravief! Viva Galiffet! Me apedrean y me destierran. Hacen bien.

Brilla la aurora y contemplo la majestad del sol, mientras Gibelino pelea contra Güelfo, York contra Lancaster, Capuleto contra Montesco. Nada me importa, nada de esto me preocupa mientras contemplo la claridad celeste. ¡Alma, aun hay sitio para tí en las regiones eternas! Puede faltar la tierra á nuestros piés, pero no faltará el éter á nuestras alas. El déspota es siempre en el mundo atroz y repugnante, pero el alba es pura, el aire es fresco, el abismo es libre, la inmensa equidad sale del equilibrio inmenso; ¡volemos hácia arriba y vivamos! El soñador se sume en el casto resplandor que emana de los cielos y se refugia en el pudor sagrado de la sombra. Dios creó el banquete y el hombre lo transformó en orgía. El pensador ódia el repugnante festin de los tiranos. Vé á Dios sereno en el fondo transparente de la inmensidad, y tras innumerables sacrificios avanza hácia él, esperando ser bien recibido. Hácia allí dirige su

conciencia, y es infalible esa brújula, que tiene por imán el ideal; se cierne en el espacio, no encontrando ya obstáculos, fronteras ni límites. En vano la siniestra fatalidad le tiende las redes en los puntos donde se entrecruzan las repugnantes mallas de los dolores, de los ódios y de los destierros; en vano, porque él no se queja. Altivo ante la inmunda muchedumbre, se sonrie, porque al perder un mundo se le brinda con un cielo, y cuenta con esa hospitalidad para domar la suerte y para desafiar el mal; cuando le expulsen los hombres volará hácia la mansion de las estrellas.

JUNIO.

I.

Un dia ví correr la sangre por todas partes; en la oscuridad se extendia una inmensa matanza. ¿Por qué se cometian tantos crímenes? Mataban por matar. Al ver aquel siniestro espectáculo creí que era necesario que alguno levantase la voz, y hablé. Dije que Montrevel y Baville y Harlay no pertenecian á este siglo, y que en dias perturbados por la maldad de todos la oscuridad se hacia más negra; afirmé que debe pensarse mucho antes de apuntar y de mandar hacer fuego, porque es justo y prudente perdonar á los locos y á los temerarios y hacer ver á los vencidos que somos hermanos suyos; que era preciso entenderse y estar unidos; les recordé que Dios nos está mirando, que el porvenir será desastroso si nos aborrecemos, y será feliz si nos amamos, que la desgracia crece para el que la siembra; declaré que podria obtenerse la calma gradualmente; que los asesinatos no se reparan cometiendo otros crímenes; que no se venga un homicidio ametrallando á un monton de mujeres y de niños; que trocar en verdugos á los soldados que triunfan, es cubrirlos de vergüenza y de ignominia. Esto dije, oponiéndome á las matanzas. Quedéme triste, pero desaprobando semejantes atentados, protestando y haciendo ver que solo debe castigarse al culpable, que los crímenes de unos pocos no deben hacer responsables á todos, y que porque haya unos cuantos criminales no debe castigarse á todo Paris, á todo un pueblo, á todo un mundo. Exclamé:—"Haced justicia, pero tened compasion„.—Entonces fuí el objeto del ódio público. La Iglesia lanzó contra mí el anatema bíblico; me expulsaron los reyes; los transeuntes me arrojaron fango y piedras; los perros y los lobos me ladraron y me aullaron; la multitud me silbó, como si fuera un tirano derribado; me amenazaron con los puños coléricamente en la calle, y más de un amigo antiguo se apartó de mí despavorido al encontrarme. Los déspotas, los hombres vividores, los improvisadores de descargas, los Haynau, los Tavanne, el juez Lynch, el rey Bomba, el sacerdote Mingrat me gritaron:—"Asesino!„ y Judas me llamó:—"Traidor!„

II.

Vivir profesando la fraternidad es vivir de quimeras. Desear que sea libre la Europa como la América, querer que reine la equidad, el exámen y la razon, es hacerse ilusiones! Presenciar un triunfo inmenso, pero duro; no participar de él, tratar de impedir que sea peor y dulcificarlo, no abrumar á los desgraciados, ofrecer asilo á los que persiguen de muerte, no ensañarse con el ciego y con el débil y perdonarles, es querer lo imposible! Decir que la ley debe ser justa y el derecho comun para los salteadores y para los bandidos, es ser uno de ellos. No importa que opinen así. Lucharé, ya que ésta es para mí la hora de luchar, aunque haya luchado toda mi vida, aunque sea anciano, aunque renieguen de mí otra vez, aunque me crean loco, aunque me maldigan y me escarnezcan, aunque me proscriban y me apedreen. Más tarde ya me harán justicia.

III.

Festejan con una serenata mi clemencia! Muera! Muera! es el estribillo de la cancion que me cantan. Los periódicos clericales mueven contra mí gran alboroto, diciendo poco más ó menos estas palabras:—"¡Ese hombre se atreve á defender al enemigo que huye! ¡Qué audacia! Nos cree honrados y nos desafía!„ Está furiosa esa traílla de sacristanes y con los incensarios rompen los cristales

de mis ventanas; sobre mí cae el agua bendita de todos los hisopos y de todas las plegarias convertida en granizada de piedras, y me exorcisan al mismo tiempo que quieren matarme; en una palabra, me expulsan por la gracia de Dios.— "Vete de aquí!„ Lanzan sobre mi casa una lluvia de proyectiles y pronuncian mi nombre como si tocaran á rebato. Despues de haberme llamado asesino y despues de terminada aquella singular batalla, se quedan ellos blancos como el cuervo y yo negro como el cisne.

IV.

No poseo en la ciudad palacio episcopal, ni prebenda, ni consto en la lista civil; ningun templo ofrece un trono á mi humildad; no brilla á mi lado ningun suizo vestido de coronel; no me presento bajo pálio deslumbrando á cuatro bobalicones; la Francia, hasta hundida en el abismo, es para mí el gran pueblo trabajador que impone la ley; siento que se la amordace y que se la blasone con flores de lis: cuando voy al templo á orar á Dios, no pregunto si el cuadro que lo representa lo pintó Van-Dyck; no tengo mayordomo, ni pertiguero, ni síndico, ni guardian, ni clérigo, ni vicario; tampoco guardo ningun santo relicario, ni he embotellado bajo llave ningun milagro; no voy lleno de diamantes; no recibo ningun salario por rezar; no soy cortesano; no me admira ninguna dama noble cuando hago la cuestacion; no doy mi mano á besar á las buenas mujeres; venero al cielo, pero sin venderlo á las almas; no me llamo monseñor; me complace vivir en el campo, pero no llevo medias de color de violeta; las faltas que cometo son faltas sinceras, porque soy adversario declarado de la hipocresía; creo lo que digo y obro segun lo que creo; cerca de Sócrates aherrojado coloco á Jesucristo en la cruz; cuando encuentro á un hombre que le persiguen y le acosan como si fuese una fiera, le salvo si puedo, aunque sea mi enemigo; desprecio á Basilio y desdeño á Scapin; parto mi pan con el niño pobre; por defender lo verdadero, lo bueno y lo honrado, he gemido veinte años en el destierro, y lo volveria á sufrir otra vez por defender lo que creo justo. Cuando mi conciencia dice:— "Marcha!„, obedezco, sin que nada sea capaz de detenerme, y parto aunque soplen contra mí vientos adversos; parto rectamente á cumplir con mi deber; por esto, hermanos mios, segun la opinion del obispo de Gante, si yo no estuviera loco, seria un bandido.

V.

Al salir de Bruselas.

No es fácil seguir la via estrecha, hacer ver á la multitud que se equivoca, y siendo justos proteger la eterna equidad que hoy se menosprecia. Cuando el proscripto lo intenta, vuelven á condenar á éste á la mayor cantidad de destierro de que pueden disponer.

Sin embargo, él que quiere no destierra. Es cosa inexplicable, terrible y santa el destierro. Desde lejanos climas echar de menos nuestra morada; pensar, siendo ya anciano, viviendo melancólico en la afliccion, en las flores que cogimos siendo niños y en el solitario rincon de la calle; recordar pasados tiempos y antiguas auroras, pájaros más cantadores revoloteando en más hermosos campos; ver el cielo de otro color que antes, pensar en los séres queridos que han fallecido y no poder hablarles en sus tumbas; esto es el destierro.

El destierro es la gota de agua que cae, horadando con lentitud y castigando cobardemente al corazon que el deber convirtió en granito; es la pena impuesta al inocente, al justo, y de la que muere ese sentenciado, lo mismo en la época de Tarquino, en la de Augusto que en la de Bonaparte. El destierro es el sitio que entristece la nostalgia; en el que para el desterrado son motivos de alarma un canto que oye, la sombría arboleda, el arrecife, la brisa, cualquier ruido. Oh, sí! la pátria existe. La pátria nos aprisiona por medio de invisible hilo; aparece deslumbradora al que la pierde, y hace que se convierta el mundo en un desierto para el que está ausente de ella; no tienen la forma que los demás sus campos, sus árboles y sus playas. El extranjero puede expulsar, pero no puede desterrar.

VI.

A Mad. Paul Meurice.

Obré bien, y porque obré bien me han castigado. Vos que durante el horroroso sitio os mostrásteis intrépida, tranquila y cariñosa, desafiando los furores de esa odiosa guerra; vos cuyo bello espíritu es hermano de un espíritu supremo; vos que sois la mujer digna del digno pensador que me tuvo por huésped; vos que supísteis luchar, socorrer y sonreir siempre á los que sufríamos, ya veis lo que acaba de acontecerme, que despues de todo para mí nada significa. Habeis visto que despues de coronarme la apoteósis me ha expulsado la execracion, y todo esto me sucedió en menos de un año. Roma, Atenas y Sion obraban así, y Paris tiene los mismos derechos que esas ciudades; otras, que son más insignificantes, quizás sean menos nerviosas. Dobleguémonos al fallo del destino. Soy un malhechor y un estúpido. Ayer me aclamaron y hoy me insultan; me elevaron al pináculo para derribarme despues. ¿No es verdad que el segundo triunfo equivale al primero? Invoco el testimonio de vuestro corazon y el de todos los antiguos proscriptos, cuyo juicio no se ha oscurecido jamás. ¿No es verdad que no me compadeceis? He defendido al pueblo y he combatido al sacerdote. ¿No es verdad que hay caidas que ennoblecen y que es una honra que nos calumnien como á Barbés y como á Garibaldi y que preferís que me apedreen á que me aplaudan?

VII.

Os sorprende que no me encolerice. Toseis y creeis que estais tronando, y bramais lanzando sobre mí el huracán; pero vuestro relámpago insignificante me produce el efecto de un mordisco. Comprendeis que no os hago caso, comprendeis que os perdono, y esto os dá poco gusto. Verdaderamente es un castigo pretender hacer daño y solo conseguir causar lástima. No podeis comprender cómo, reuniéndoos para combatir á un hombre, intentando el asalto de su casa, no recibís de éste siquiera un par de coces, ni siquiera un bofeton; ¡esto es ofensivo! Soy un proscripto que caigo algunas veces, pero que nunca desciendo; que dejo á mi alrededor que el ódio rechine los dientes y continúo permaneciendo tranquilo. Debeis, pues, enfureceros. Yo no puedo irritarme, porque comprendo que nunca he de llegar á saber quién sois. Los que llevamos muchos años de destierro constituimos una especie de raza extraña; antes de incomodarnos porque se nos insulta, tenemos la costumbre de fijarnos en la talla que tiene el insultador.

VIII.

Quién tiene la culpa?

Acabas de incendiar la Biblioteca?—Sí, he hecho arder el edificio.—¡Eso es un crímen inaudito! crímen que has cometido contra tí mismo. Acabas de apagar el rayo que alumbraba tu alma. Lo que tu rabia impía y loca se atrevió á quemar constituia tu tesoro, tu patrimonio, tu herencia. El libro, que era hostil para tu señor, te servia de escudo; el libro siempre defendió tu causa. Una biblioteca es un acto de fé de las generaciones poco conocidas aun, que sirve para estudiarlas. ¿Cómo te has atrevido, miserable, á lanzar la antorcha encendida entre esa venerable coleccion de verdades, entre esas magistrales obras, en ese sepulcro, que es el repertorio de los tiempos y de los siglos pasados, que es la historia del hombre antiguo, que deletrea el porvenir, en ese divino monton del que forman parte Esquilo, Homero, Job, Moliére, Voltaire y Kant? ¿Cómo te has atrevido á convertir en humo el espíritu humano? ¿Te olvidaste de que el libro es tu libertador? El resplandor que emana del libro suprime el cadalso, la guerra y el hambre; en cuanto habla desaparecen el esclavo y el pária. Lee á Platon, á Milton, á Beccaria, á esos profetas que se llaman Dante, Sakespeare ó Corneille, que ellos con su gran alma, deslumbrándote, despertarán la tuya y te conceptuarás á su altura; estudiándolos te quedarás grave y pensativo, blando como la cera; en tu espíritu adquirirán formas colosales esos grandes hombres, y á medida que sus rayos penetren más en tu corazon, te sentirás más tranquilo y animoso; si eres bueno, llegarás á ser mejor; se derretirán como la nieve

al contacto del fuego tu orgullo, tu furor, el mal, las preocupaciones, los reyes y los emperadores. El hombre adquiere primero la ciencia y despues la libertad. ¡Pues toda esa ilustracion te complaciste en apagar! Todos los fines que deseas conseguir los alcanza el libro, que penetra en tu pensamiento y deshace en él las ligaduras que el error ata á la verdad, pues toda conciencia es un nudo gordiano. El libro es tu médico, tu guia y tu guardian; cura tu ódio y te libra de los extravíos. ¡Hé aquí lo que por tu culpa vas á perder! El libro es tu riqueza, es la ciencia, el derecho, la verdad, la virtud, el deber, el progreso y la razon. Y tú has destruido todo eso!—No sé leer.

IX.

La prisionera pasa; está herida, y lleva en la frente no sé qué sello marcado. Ved cómo la insultan. Tiene el aspecto de una bestia de carga. Todos la contemplan al través de una nube de ódio. Qué ha hecho? Tratad de comprenderlo en la oscuridad que la envuelve, tratad de averiguarlo en la horrorosa humareda de Paris, porque nadie lo sabe. ¿Lo sabe acaso ella misma? Lo que para el hombre es crímen, para el espíritu es problema. El hambre, un consejo criminal, un bandido monstruoso á quien ama y á quien obedece, bastan para que un ser ignorante se desnaturalice. El orígen del mal dimana casi siempre del negro plano inclinado que se llama la aventura, de la pendiente de los instintos salvajes, del viento fatal de la desgracia que se deprava en la cólera, de pensar en una gran ciudad, que otros lo poseen todo, y él, que es desheredado, no posee nada; de vivir en la miseria y de pasar hambre. No se necesita más que vivir en la indigencia para llegar á la desesperacion. Aquella mujer que pasa por entre las escitadas muchedumbres, cuando éstas han triunfado, cuando éstas han castigado, qué tienen ante la vista? La victoria que ciega. Mientras todo Versalles está de gala, ella, ensangrentada, guarda silencio. Búrlanse de ella los transeuntes; la persigue una nube de chicuelos llenándola de improperios; amargo silencio espumea en las dos extremidades de su boca, pero nada hace extremecer su feroz sordera. Parece que la luz del sol la incomoda; en sus miradas se vé feroz espanto; llegan hasta ella mujeres lindas, encantadoras, brillantes flores de la primavera, cogidas del brazo de algun amante. Se apoderan de ella con gran alegría, y con el esculpido mango de sus sombrillas de seda, frescos y risueños verdugos de aquella mujer monstruosa, registran la herida con rabia y con alegría al mismo tiempo. Compadezco á la miserable y repruebo la conducta de las otras mujeres. Causan horror las perras cuando muerden á la loba.

X.

Una mujer me dijo lo siguiente:—"Eché á correr. La niña de pechos que cobijaba en mi seno lanzaba gritos, y tuve miedo de que la oyeran. Figuraos que mi hija solo tenia dos meses. Besándola procuraba acallar su llanto, pero no lo conseguia. La pobre queria tetar, y yo ya no tenia leche. Así pasamos una noche. Oculta yo detrás de una puerta, estaba llorando y veia brillar los fusiles; iban buscando á mi marido para fusilarle. De repente, á la madrugada, antes de dejar aquel horrible acechadero, la niña dejó de llorar. Habia muerto! Palpé sus miembros y estaban rígidos y frios. Desde entonces nada me importaba ya que me matasen: salí de mi escondrijo desatinada y loca, llevando á mi hija en brazos, corriendo al acaso; los transeuntes me dirigian la palabra, pero yo iba huyendo siempre, sin saber á dónde. Con mis propias manos abrí una fosa en el campo, al pié de un árbol, en un sitio solitario y cercado, y allí coloqué á mi ángel, que dormia el último sueño. ¡Es terrible tener que enterrar al hijo que hemos amamantado! Su padre se me apareció de repente y empezó á llorar.„

XI.

En una barricada, entre los adoquines manchados con sangre culpable y lavados con sangre inocente, prendieron á un niño de doce años y á algunos hombres con los que se acompañaba.—"¿Ibas con esos hombres?„, le preguntaron. El niño contestó afirmativamente.—"Pues bien, añadió el oficial, te vamos á fusilar cuando te toque el turno.„ El niño vió

brillar varios relámpagos y vió que caian muertos sus compañeros al pié de la pared. El muchacho dijo al oficial:—"¿Me permitireis que vaya á casa á entregar este reloj á mi madre?„—"¿Pretendes escaparte?„—"Volveré.„—"¿Dónde vives?„—"A cuatro pasos de aquí, cerca de la fuente. Os prometo que volveré, señor capitan.„—"Vete, pues!„ El niño parte. Creian que se escusaba de este modo para escaparse, y los soldados y el oficial se reian, confundiendo sus risotadas con el estertor de los moribundos. Pero de repente cesaron las risas, porque de improviso reapareció bruscamente el pálido muchacho, se apoyó contra la pared y dijo:—"Aquí estoy!„ El oficial le perdonó.

No sé, niño, en medio de la tempestad que nos arrastra, confundiéndolo todo, el bien y el mal, los héroes y los bandidos, qué es lo que te impelió á combatir; pero de todos modos digo que tu alma ignorante es un alma sublime. Bueno y bravo, das en el fondo del abismo dos pasos, el uno hácia tu madre y el otro hácia la muerte. El niño posee el candor y el hombre el remordimiento, y aquel no es responsable de lo que le obligaron á hacer; pero es magnífico y valiente el niño que prefiere á la fuga y á la vida la pared donde fusilaron á sus amigos. ¡Tierno jóven, la gloria te besa en la frente! En la antigua Grecia, Estesicoro te hubiera encargado la defensa de una de las puertas de Argos y Cinegires te hubiera dicho:—"¡Somos iguales!„—Te hubieran elegido entre los puros efebos, Tirteo en Mosene y Esquilo en Tebas. Grabarian tu nombre en discos de bronce, y te contarian entre aquellos que, cuando pasan cerca del pozo que sombrea el sauce, consiguen que la doncella que lleva en hombros la urna que ha de apagar la sed de los búfalos se vuelva á mirarlos y se quede pensativa durante mucho tiempo.

XII.

Fusilamientos.

Tácito desea la guerra y Homero la rechaza. La victoria termina siempre con matanzas; los que están satisfechos están furiosos; oigo decir:—"¡Es preciso acabar con los descontentos!„—Hoy Alcestes fusila á Filanto. Haced lo que os cuadre. Matan por todas partes y nadie se queja. El pueblo es el trigo que siega el destino antes de que madure.

Colocan pegados á las paredes de las murallas á los que han tenido la desgracia de ser vencidos. El que vá á morir dice al soldado, que le apunta con el fusil:—"Adios, hermano!„ La mujer exclama:—"Han muerto á mi marido; ignoro si es culpable ó no; lo único que sé es que hemos sufrido juntos la desgracia, que fué mi compañero de cadena, y si me arrebatan á ese hombre, ya no necesito vivir. Murió y yo quiero morir tambien.„—Y los cadáveres se amontonan en las encrucijadas. Ved pasar reunidas veinte muchachas alegres y cantando; sus gracias y su inocente tranquilidad inquietan á la despavorida muchedumbre. Un transeunte tiembla. —"Dónde vais? pregunta á la más bonita. Hablad.„—"Creo que van á fusilarnos„, contesta la interpelada. Lúgubre ruido resuena en el cuartel Loban; lo producen las descargas que abren y cierran el sepulcro: allí ametrallan montones de hombres; ninguno llora; parece que la muerte apenas los desflora y que se apresuran á huir de un mundo triste, áspero é incompleto, y que les agrada libertarse de él. Alinean en la misma pared al nieto con el abuelo: éste se chancea y el niño, sonriendo, grita:—"Fuego!„

Esas sonrisas, ese trágico desden equivalen á una confesion. Se conoce que no tienen apego á la vida y que lo mismo les dá vivir que morir. Estamos en el mes de Mayo, cuando todo brota en la naturaleza: las jóvenes debian dedicarse á coger rosas, los niños á jugar, el anciano á calentarse al sol; sus almas debieran ser como canastillas llenas de los murmullos de las abejas, de los cantos de los pájaros, de los perfumes de las flores; solo debieran abrigar cariño y amor, y sin embargo, en la primavera se levanta bruscamente la muerte, esa sombra ciega é implacable. Todos ellos debian temblar y sollozar, llamando en su auxilio á toda la ciudad, á toda la Francia y á nosotros, que detestamos la matanza ciega y la guerra á tientas; todos ellos debian ir llorando, con las manos crispadas, á suplicar á los cañones, á las espadas y á los fusiles, á agarrarse á las



SE APOYA CONTRA LA PARED Y DICE: AQUÍ ESTOY.

paredes, escaparse cuando pudiesen y decir atemorizados:—"¡Nos quieren matar! Socorro! Perdon!„—Es inútil pedirlo; esos hombres son impasibles á todo cuanto sucede; solo ven la muerte que vá á arrebatarlos, á la que se entregan sin dolor.

Todos esos séres, que debian desear la vida, desean la muerte. Oh revelacion! ¿Qué les hemos hecho para que quieran abandonar el mundo sin lanzar una exclamacion, sin indignarse ni derramar una lágrima? ¡Nosotros lloraremos por ellos! Su corazon estaba predispuesto para el suplicio y de nada les servirá nuestra tardía conmiseracion. ¿Hicimos acaso algo por ellos? ¿Protegimos á sus esposas? ¿Sentamos en nuestras rodillas á sus desnudos y temblorosos niños? ¿Saben unos trabajar, saben otros leer? La ignorancia concluye por llegar hasta el delirio. ¿Les hemos instruido, protegido y guiado? ¿Les preservamos del frio y del hambre? Por eso incendiaron las Tullerías. Declaro, en nombre de esos séres extraviados, que por eso han muerto sin pesadumbre, sin quejarse, sonriendo ó con indiferencia. Esos sentenciados, que hoy hirió el rayo, no conocieron la desesperacion, porque tampoco conocieron la alegría. La suerte comun se liga á su suerte. Si no tenemos felicidad aquí bajo, tendremos desgracia allá arriba. Procuremos que tengan apego á la vida los miserables: si no lo tienen, se turbará el equilibrio del mundo. Si haceis que el pobre llegue á vivir contento, obtendreis en la tierra el verdadero órden, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad viril. La noche es un enigma que tiene por clave la estrella. Si se rasga el velo que cubre el corazon de los que sufren, la esfinge enseña su desnudez. El negro problema, que es tenebroso por un lado y claro por el otro, entreabre la ventana, por la que penetra el resplandor del abismo. Meditemos, ya que sobre ellos se arroja esa mortaja, y comprenderemos lo que nos conviene. Afirmo que la sociedad no se encuentra bien mientras tenga á su vista esos fantasmas, cuya risa es el más temible de todos los síntomas, y que debemos temblar mientras no consigamos curar la siniestra facilidad de morir.



XIII.

A los que se ven pisoteados.

Estoy con vosotros; me atraen siempre los perseguidos y los aniquilados; soy su hermano; defiendo á los caidos que combatí cuando triunfaban en el poder; olvido sus injurias y sus persecuciones cuando los veo en el infortunio. Cuando son desgraciados dejan de ser mis enemigos. Pero defiendo, sobre todo, al pueblo que depende de su salario, que por ser digno muchas veces se hace impopular; defiendo al extraviado, al débil y á la multitud, que sin ningun apoyo se derrumba y cae en el fondo de horribles acontecimientos. Estos, como son ignorantes, son inclementes, y me asombra cómo no comprendeis que debíais guiarlos y concederles su parte de ciudadanía; me asombra que no comprendais que vuestra ceguedad produce su ceguera. De la opresora tutela en que los reteneis esas son las consecuencias, y el mal que les hicísteis os lo devuelven ahora. No los habeis guiado ni conducido por la mano, no les habeis enseñado el camino que debian elegir en la oscuridad de su existencia, y se han perdido en su laberinto. Si os temen y al mismo tiempo os causan espanto, es porque no les habeis tratado como hermanos. Viven vagando en oscura noche, en la que no divisan ni un faro; van á tientas, no saben por dónde caminan, y se embriagan dando vueltas en un círculo horrible. Por eso hablo siempre en su favor.

Ni el cañon del terrible Vendimiario (1), ni las balas de Junio, ni las bombas de Mayo apagan los ódios ni cierran las úlceras. Para ayudar al pueblo á resolver un problema me pongo de parte suya y empiezo por tenerle cariño. Sí, estoy con vosotros; me obstino ferozmente en ser cariñoso con los vencidos y ódio las represalias; mi corazon nunca palpita con tanta fuerza como cuando vé llorar á los hombres, y siempre vibra por las madres que llevan en brazos á sus hijos.

¡Cuántos séres humanos sufren en es-

(1) *Vendimiario*: primer mes del calendario republicano. Empieza el 21 de Setiembre y concluye el 21 de Octubre.—(N. del T.)

tos momentos, en el mar que solloza, en el cielo lluvioso, en la escarpadura horrible de lo desconocido, lanzados á los horribles pontones, para ser un número cualquiera entre la multitud, para confundirse con los demás, para ir no se sabe dónde! ¡Ver que todo desaparece ante nosotros, decir adios á los amores y á todas las afecciones, pensar que el mundo entero se olvidará de nosotros, convertirse para uno mismo en una especie de sueño!... Exclamar:—"Ya no volveré á ver este cielo; me han robado la pátria. Devolvedme mi hogar, mis campos, mi industria, mi mujer y mis hijos. ¿Qué delito he cometido para que se me haga vivir lejos de aquí y para que se me arrebate el derecho que tengo á mi madre la Francia?...„

Cuando tratamos de sondear el oscuro pozo social que se abre en el fondo de los corazones; cuando tratamos de estudiar el mal para encontrar el remedio; cuando tratamos de buscar en alguna parte la palanca de Arquímedes, despues de tantos combates, de tanto trabajo, de tantos ensayos y de tantos esfuerzos, solo encontramos la solucion de hacer naufragar en las tinieblas á una infinidad de hombres desgraciados. ¡Qué triste solucion para hombres de Estado! ¿Creeis que para que desaparezcan los agravios, las catástrofes, los problemas, las agonías y las convulsiones, basta que nosotros las expulsemos? ¿Creeis que basta abrir de par en par la puerta del abismo, empujar hácia él al acaso á la inocencia y al crímen, al bien y al mal, castigando á ciegas, cerrar despues el Océano y decir: "Todo se acabó?„ ¿Creeis que basta ser hombres frios é impasibles, cuya justicia nunca se enternece, y llevar la imparcialidad hasta el punto de castigarlo todo? ¿Es acaso una solucion cortar el miembro entero para curarlo y adoptar como expediente la profundidad del mar? ¿Creeis que es una solucion, en vez de hacerlos servir de base fundamental del órden, arrojar en el precipicio, amontonados, hechos, cuestiones, la verdad, el error, á los hombres temerarios, á las mujeres que seguian á sus maridos ó á sus hermanos, al niño que desadoquinó una calle, y hacer luego una seña al viento y que se lleven los navíos á montones á los desgraciados?

Pues no teneis razon. Oigo los gritos, veo el espanto, la sangre, el horror, el mar, la metralla y las fosas, y os censuro. Dios mio, ¿nos encaminamos hácia el mal? ¿Por qué hemos de desencadenar tan rudos aquilones sobre tanta ceguera y sobre tanta indigencia? Todas esas venganzas solo sirven para envenenar el porvenir. Trabajar para que éste sea peor y para que no terminen nunca las revoluciones, no se llama sabiduría, sino demencia. Flujo y reflujo. El sufrimiento y el ódio son hermanos. Llega un dia en que los oprimidos se convierten en opresores.

Aunque tuviese que abrirse para mí el destierro durante los dias que me restan de vida, siempre mi voz amiga defenderá vuestra causa, ya que el derecho muere, ya que la esperanza se derrumba, ya que la prudencia está loca. No se dirá nunca que no he protestado ante tan horroroso eclipse. Soy el compañero de los que sufren calamidades, soy el hombre que nunca obró mal y que padeció siempre, el defensor de los oprimidos y de los abandonados, é involuntariamente me introduzco en vuestro infierno. Ya dije á la historia que vuestros jefes os extraviaban; indudablemente no hubiera compartido la victoria con vosotros, pero al veros caidos os acompaño, y solitario y grave me adelanto, no hácia vuestra bandera, sino hácia vuestra mortaja, para encerrarme en vuestra tumba.

Y ahora encarnizaos contra mí: rechiflas, calumnias, ódios y sarcasmos, lanzados por Nonotte y Mampertuis á Voltaire, puños cerrados y amenazadores que en otros tiempos expulsásteis á Rousseau de Bienne, ironía idiota, anatemas feroces, resto de la saliva que escupieron en la frente pálida de Jesucristo, piedras eternamente arrojadas á todos los proscriptos, ¡encarnizaos contra mí! Para obteneros, nosotros, los combatientes del pueblo, os sufrimos; la afrenta es siempre la compañera de las glorias superiores.

XIV.

A Vianden.

Sueña. Está sentado, pensativo á la sombra de un arce. ¿Oye los murmullos

del bosque? Contempla las flores? ¿Se fija en la esfera azul? Sueña. La naturaleza, misteriosamente, hace cuanto puede para apaciguar á los hombres. Las moscas revolotean desde el collado cubierto de viñedos hasta el vergel lleno de manzanos; los pajarillos proyectan la pequeña sombra de su cuerpo en el cristal de las aguas; el molino se apodera de la corriente y la detiene en su carrera; el estanque es un espejo en el que el paisaje se copia del revés, y aparece como vaga vision; no hay en la naturaleza ni un átomo que no tenga que desempeñar su papel; todo se mueve: el grano en el surco y el animal en su madriguera; la materia obedece al imán; hay un hormigueo en la yerba; en todas partes se vé incesante movimiento; en lo que nace, en lo que crece, en lo que sube, en lo que baja, en el nido, en el perro que vigila los rebaños, en los astros. Por todas partes la superficie está en vasto reposo; por debajo todo está activo, por encima todo dormita. ¡Qué deslumbramiento causa la naturaleza á los ojos de los que la contemplan! Por todas partes del valle, del prado, del monte, del bosque y del firmamento sale la sombra de la paz y el rayo de la alegría. Mientras por las cañadas y al través de los barrancos una niña de ojos divinos y de piés breves y desnudos azota con una vara de sarmiento á su cabrita, hé aquí lo que pasa en el alma del desterrado:

Nada se ha conseguido; nada se ha resuelto aun con haber abierto una fosa en medio de la calle, con que un jefe indique una tapia donde alinean á unos cuantos infelices que fusilan los soldados; no se ha resuelto aun la cuestion vital, ejecutando al acaso y á tientas, ametrallando al padre y á la madre, al loco, al bandido y al enfermo, y haciendo luego que consuma la cal viva á hombres ensangrentados y á niños palpitantes todavía.

XV.

Siempre se repite el mismo hecho. El trono abyecto se apoya en el cadalso ilustre; el águila les parece inútil á las grullas; Coligny es arrastrado por las calles; Dante está loco; Roma expulsa á Caton; Rohán dá de palos á Voltaire. El que lucha, ama, consuela, piensa y perdona, el que sufre por todos, recibe en recompensa el ódio, el reflujo y la sombra; no obtendrá nada más de los hombres. Esto es lo que ha sucedido siempre, desde que la luz indigna á las oxifragas, desde los tiempos de Sócrates y de Esquilo, desde que la enlutada Esparta hace reir á los sodomitas, desde que los hombres vieron sobre una horca y sobre un pedestal aparecer á un tiempo dos coronas, que cada una de ellas representa un lado de nuestra alma; la una es de laurel de oro, la otra de infamantes espinas, y ciñen dos frentes, de las que no se pueden arrancar. Una brilla en Caprea y la otra en el Gólgota.

XVI.

No pretendo condenar á nadie en la historia; sé que siempre arrastra al vencedor el triunfo más allá de su objeto y de su voluntad. En la guerra civil, que es guerra de desolacion, el que vence, ébrio del vencimiento, pierde el pié y se hunde en las aguas negras que llaman éxito, no atreviéndose á llamarlas gloria. Por eso compadezco á los mártires y á los verdugos. ¡Desgraciados de aquellos que producen la orfandad! ¡Desgraciados los que dejan tantas mujeres viudas! ¡Harta desgracia es que la horrorosa matanza enrojezca el agua de los rios, cuando, manchando su lecho con torrencial oleada, se derrama la sangre del hombre en el sitio en que cae el agua del cielo! Me espanta ver el cadáver de un hombre, y me inspira tanta compasion el matador como el muerto.

Del arco que está tendido en las alturas somos el blanco todos; su flecha sucesivamente nos apunta; el vencedor la siente en el espíritu antes que le llegue al corazon; teme el acontecimiento que él sirve; presiente en lontananza surgir una hora siniestra; pero presiente tambien que, aunque apresure su paso, no podrá huir de su propia victoria. Otro dia, enredado á su vez en la red de los acontecimientos, temiendo el resultado de las causas que él produjo, tendrá que huir, buscando un refugio y un apoyo, y entonces sus amigos de hoy no se lo concederán. Por eso tengo yo abiertas

las puertas de mi casa á todos los vencidos.

Meditando el pensador, llega á descubrir que nadie es culpable. Tan negro desenlace deja entrever el elemento en el fondo del abismo. El siglo futuro gruñe y se hincha en ásperas cubas, como la lava espumea en la boca de los volcanes. Quién trabaja en ese caos? Lo ignoro. Los rayos rugieron, las águilas pasaron; todo lo que vemos se preparó entre las garras de calamidades desconocidas y necesarias, que se lanzaron como bandadas de aves de rapiña; y la sangre del corazon, la médula de los huesos, todo se ha extremecido en el hombre, cuando vino el sombrío enjambre de hechos nuevos hendiendo las nubes; y al azotar en lo inesperado con sus alas nuestras frentes, hemos reconocido el mal que nos aqueja; entonces los apetitos de las temibles muchedumbres empezaron á mugir en el fondo de sus cavernas, y llegamos á comprender que el apetito se equivoca cuando nace de la envidia y que tiene razon cuando nace del hambre. Quedamos á oscuras durante algunos momentos. ¿Qué significaban esos momentos nunca vistos? Hubo en ellos choques furiosos y venenos sutiles. ¿Por qué soplaron semejantes vientos? De dónde vinieron? ¿Por qué esos picos de fuego que acaban con las empolladuras? ¿Por qué surgieron á la superficie bruscamente desde las profundidades? Cométense delitos de los que los autores son inocentes. Las revoluciones derraman la sangre, y cuando su voluntad de vencer se desencadena, su formidable amor se parece al ódio. Mantengamos los principios sagrados; pero cuando los aquilones extravían á los hombres, soplando contra ellos como si soplasen contra cenizas, hay que saber descender hasta el fondo del oscuro problema; el hombre sufre, el abismo obra, y los huracanes son los únicos malvados. Enviad, pues, á Cayena á la tromba y á la tempestad. Es imposible que de repente nos hayamos convertido en hienas y en salteadores; no acuso al hombre débil, porque comprendo que el furor del viento fatal que nos arrastra puede arrancar el áncora á la conciencia humana. El hombre que se vió sacudido por los embates del mar furioso, ¿puede ser responsable de las olas que le hicieron su juguete? ¿Puede ser al mismo tiempo buitre y presa? Aunque confio en el que nos azota, aunque soy clemente para lo desconocido, tengo que confesar que acuso al elemento, que es el rudo motor que nada desconcierta.

Por eso debemos temer al porvenir? Temerle no, pero sí estudiarle y comprenderle. No olvideis que la cortina del destino, que el enigma hace más tupida; no olvideis que el disforme Océano donde flota el alma humana, la vasta oscuridad de todo el fenómeno, todos estos horrores constituyen una esperanza. El frio glacial de la madrugada consterna al horizonte, y luego le dan calor los rayos del sol; así tambien la vida comienza por el sufrimiento.

Las olas de lo desconocido tienen lívida transparencia, en las que la claridad aparece gradualmente. La dilatacion de la forma y del número asombra, y divisamos hoy entre sombras lo que solo debemos ver bien mañana. Lo que todavía no es gérmen, lo que mañana será el encanto de los hijos, infunde miedo á los padres; el azur está escondido tras la noche que nos espanta, y tras ella están brillando los rayos de luz. Esa lúgubre larva adquirirá alas más tarde. Espectro visible en el fondo de las sombras eternas, el mañana parece hoy confuso embrion, que se arrastra esperando la hora de cernerse, y que es á nuestra vista informe, ciego y horroroso; más tarde la luz le metamorfosea. El porvenir es mónstruo antes de ser arcángel.

XVII.

Todos los ánimos exageraban no poco el valor, las facultades, la importancia de la Guardia nacional... Vísteis el kepis de M. Víctor Hugo que simbolizaba esta situacion.

(EL GENERAL TROCHU ante la Asamblea nacional, 14 Junio 1871.)

Participio pasado del verbo Tropchoir (1), hombre que posees todas las virtudes que no tienen nombre, cuya suma es cero; intrépido soldado, pero devoto y nulo; buen cañon, pero con demasiado retroceso; caballero y cristiano, eres capaz de servir á tu pais y de ayudar á misa; ya ves que soy justo contigo.

---

(1) *Tropchoir*, de *Trochu*, que significa caer demasiado.—(N. del T.)

Qué pretendes de mí? Te ocupas de mi persona, usando un estilo obtuso, pero punzante, y haciéndome un cargo ofensivo que mejor merecia la Prusia. Durante el sitio de los alemanes, en lo más crudo del invierno, convengo contigo en que solo era yo un anciano desarmado, satisfecho de verme encerrado en Paris con mis compatriotas, aprovechándome alguna vez de la oscuridad de la noche para subir á la muralla para hacerme presente, pero no para combatir; pero á pesar de no ser útil para nada, no hubiera capitulado. En tu mano los laureles se truecan en ortigas. Haces ahora salidas contra mí, cuando tan pocas hiciste durante el sitio, sin duda porque me las reservabas. ¡Tú, que no has pasado de la Marne, tú me atacas! No sé por qué. ¿Por qué te desagrada mi tocado de paño azul? ¿En qué perjudica mi kepis á tu rosario?

No estás satisfecho de nosotros todavía, cuando durante cinco largos meses sufrimos el hambre, el frio, el asalto con todas sus consecuencias, sin molestarte, unidos y confiados. Consiento en que te figures ser un gran general; mas cuando es preciso correr hácia el abismo, conducir un ejército ante el enemigo á paso de carga, prefiero á tí un tambor como Barra. Acuérdate cómo obró Garibaldi cuando fué á Caprera; acuérdate de Kléber en el Cairo, de Manin en Venecia, y tranquilízate. El formidable Paris agoniza porque te faltó, no valor, sino fé. Imparcial la historia, hablará de tí en estos términos:—"Gracias á él la Francia solo azotó con un ala: en aquellos grandiosos dias, durante la solemne agonía, aquel altivo pais, ensangrentado y herido, pero jamás descorazonado, le hizo andar Gambetta y le hizo cojear Trochu„.

XVIII.

Los inocentes.

Aquí están los niños. ¿Comprende la suerte lo que ellos murmuran? El niño se sonrie; cuando la oracion le vé reir, habla á alguno que viene detrás? ¿El leve cuchicheo del sér infantil enternece los oidos del destino? Los dos niños cantan, y en sus dos imaginaciones flota el resplandor de no sé qué fiestas, que dora el reflejo de lejano paraiso. El corazon de los niños es como la claridad del alba; su inocencia es alegre y cándida, y les inquietan tan poco nuestros actos y nuestros sucesos, como al pájaro que canta en el árbol ó como al astro que brilla en la esfera; gozan únicamente de la hermosura de la naturaleza; solo piden á Dios sol, y están contentos si un rayo ardiente calienta los dedos de su diáfana mano; Juana se cree feliz cuando vé el cielo claro y azul.

JULIO.

I.

Las dos voces.

LA VOZ DISCRETA.

La política debe reducirse á la conveniencia. Guárdate mucho de negar, de repudiar ó de vituperar toda accion que se salga de los principios. Te estás gastando en esfuerzos vanos y nulos; yo soy la mejor guia del hombre; tengo por nombre Razon y por apellido Interés; soy la Discrecion. Sigue mis consejos, amigo. Caton no quiso creerme y bastante caro le costó. Poeta, que vas buscando siempre lo mejor, pierdes el bienestar, que se escapa de tus manos. Lo haces frustrar todo en cambio de nada. Deja que sucumba lo que deba sucumbir. Tu inclinacion te arrastra siempre hácia los que caen, por lo que nunca conseguirás la victoria. No tiene mucho ingenio el que tiene demasiado corazon. Las verdades que tú sueñas casi son mentiras. Buscando el ideal se encuentran las ilusiones, y llega á ser soñador el que piensa demasiado. El que es discreto no quiere ser injusto, y por no aparecer que lo es demasiado, busca un término medio; el primer escollo con que tropieza es lo falso; el segundo es lo verdadero. El derecho, en sucio y considerado como bloque, es el mineral; la ley es el oro. Es preciso saber extraerla del derecho. Algunas veces se aparenta hacer lo contrario de lo que se debiera hacer, y en esto consiste el gran arte. Tú no llegas nunca y yo llego tarde; pero vale más llegar tarde que no llegar. En una palabra, tú haces del hombre

un dios y yo de un dios hago un hombre: esta es la diferencia que existe entre nosotros. Tú desafías al caos y yo temo al desórden. ¿Estás seguro de no sacar de tu creacion un sér imbécil y doliente? ¿Crees que podrás rehacer completamente al hombre y triplicar sus sentidos? Pues si no estás seguro, toma á los vivientes como son. Lo mismo ciega demasiada luz que demasiada oscuridad; solo debemos, pues, entreabrir la puerta. Nadie desea la guerra y muchísimos aborrecen el cadalso en teoría, pero en la práctica se sirven de ambas cosas. El que es discreto muestra su moderacion en todo. Viviendo tranquilo en mi rincon, vitupero al infinito, que vá demasiado lejos. Los espíritus rectos tienen mucho que criticar, y debo decir entre nosotros que el esceso es el defecto de este mundo y de la creacion, cuya esfera es demasiado extensa; magnífico es el sol y agradable la primavera, pero tiene el uno demasiados rayos y la otra demasiadas rosas. Dios no está exento de exageracion. Imitarle es dirigirse hácia la perfeccion, lo que ofrece un gran peligro; porque todo marcha mejor cuando se amolda á un patron más pequeño. El que es discreto no es nunca altivo. Trabaja más una hormiga rutinariamente y con su buen sentido, que el trueno con toda la batahola que mueve. El hombre ni es perverso ni es bueno; ni es blanco como la nieve, ni es negro como el carbon. Es blanco y negro, gris, atigrado, dudoso y escéptico. Todo hombre mediocre es un hombre político. Para esto no hay que buscar la grandeza, sino la proporcion: obrar como Arístides y como Focion, es ser heróicos y épicos, pero es poco político. El sábio prefiere la confortable y caliente madriguera del castor á las ruinas del Parthenon; visita á Rotschild y huye de Adamastor. El verdadero titán es hoy el millonario. El hombre de Estado no busca nada escesivo; venera el voto universal, pero trabaja el escrutinio; suprime el esclavo, pero conserva al polichinela; es decir, rompe la cadena y guarda el hilo. Los hombres son pequeños y su conciencia es enana; el hombre de Estado los mide antes de atreverse á obrar; se suprime alguna virtud que pueda sobrepujarlos, y los asombra, pero sin rayos y sin vértigos, porque obra prodigios proporcionados á las dimensiones de los mortales. La mediocridad es muy útil; ni es buena, ni bonita, ni fea, ni alta, ni baja, ni caliente, ni fria, y yo que represento á la razon la habito, ya que lo sublime es inhabitable. ¿Quién vá á morar en la cumbre del monte Blanco? El hombre mediocre es siempre ligero ó aparenta serlo. Recuerda que en Bruselas te apedrearon. Los periódicos de campanillas las agitaron contra tí; la "Gaceta„ de los fondos secretos del emperador dice de tí horrores, como por ejemplo: que cuentas las palabras que entran en un telegrama, que se bebe en tu casa vino de mala calidad, que para tu mesa siempre es Cuaresma, y que B. no te hará ya el honor de acompañarte á comer. Te has atraido, pues, esas malevolencias. El señor Veuillot te llama calabaza con mucho ingenio, y te atribuyen una porcion de delitos, como la embriaguez, el robo y la avaricia, y el llevar el kepis sin número. De todo eso tú tienes la culpa. Por qué no eres razonable? Renuncia á combatir el mal; sé egoista. Indudablemente es justo combatir el mal, pero no es conveniente que un hombre solo le combata. Eres demasiado viejo, para avanzar cuando tu siglo retrocede y es ridículo combatir estando solo y teniendo la cabeza cana; el hombre valiente se crece cuando usa de la prudencia; Nestor jóven, es Ajax; Ajax viejo, es Nestor. Piensa como tu época y enseña á tener prudencia á los pueblos. La verdad demasiado desnuda es una salvaje; maltratar al éxito es propio de hombres poco cautos; todos los vencedores tienen razon, todo lo que brilla es oro; Bonaparte cayó, y por eso le insulto. ¿Tengo yo la culpa de que la suerte se desmienta? Comprendo y concedo que hoy lo somos todo, pero de un modo oblícuo, y para esto sirve la República. Van á salvar, suprimiendo el enemigo á cañonazos y á medias, el órden y la monarquía, ¿y tú rehusas entrar en ese plan? ¡Eso es absurdo! Si se indignan contra tí, tienen razon. Por otra parte, los jóvenes y los viejos, los grandes y los pequeños, los peores y los mejores, todos profesan esta misma ley; la de rendirse á la evidencia. Siempre se condensa alguna pequeña dósis de derecho en el hecho; el mal encierra algun átomo de bien, que es preciso buscar. Si reina Torquemada, nos calentaremos en las hogueras. La política es el arte de fabricar con lodo la hiel, de trocar la bajeza en modestia, de conseguir el rebajamiento de los grandes, la insolencia de los enanos, de preparar un brevaje que pueda beberse el hombre honrado. De poco sirven en ella los principios; si irradian, bien; Morus se

sujetó á ellos; saludémoslo. Se quedan los principios en las alturas; ¿por qué servirnos de ellos en el mundo? Dejémoslos allá arriba y adoptemos para nuestros debates, en los que tanto nos gastamos, una claridad que esté más á nuestro alcance; usemos el expediente. Yo busco la realidad y tú lo verdadero; con la realidad se vive, en lo verdadero se estrella el hombre. Reconoce, pues, tu error. En vez de lo relativo no elijas lo absoluto. Tú eres el hombre que queriendo ver claro, para descender á un sótano, registra algun monton de ceniza, y para orientarse de noche perdido en un bosque, levanta la mano hasta el firmamento y coge una estrella para que le sirva de bujía.

LA VOZ ALTIVA.

No la escuches. Permanece siendo lo que eres; no oscurezcas tu corazon. Soy vírgen, soy la Conciencia, y la voz que te habló es la razon de Estado; es una ramera, que embrolla la verdad, explicando lo falso. Es la hermana bastarda y ambigua del buen sentido. Admito que ese bajo concepto tenga partidarios, que esa débil claridad sea excelente y útil para evitar un choque, para parar un proyectil, para caminar sin tropiezo por oscuras encrucijadas y para orientarse de los pequeños deberes: los publicanos la hacen servir de lámpara en sus chiribitiles; la tienen á su favor los hábiles, los útiles, los prudentes, los discretos y todos los míopes que solo pueden ver los objetos de cerca; pero es preciso que alguno vague por las regiones altas y luminosas; es preciso que haya partidarios de la fraternidad, de la clemencia, del honor, del derecho, de la libertad y de la verdad. Las constelaciones son sublimes en las tinieblas y brillan como flores del verano eterno; pero necesitan en su casta serenidad que el universo bien guiado les rinda testimonio, y que un hombre que se renueva en la tierra de edad en edad, tranquilizando á sus hermanos condenados á la semi-oscuridad, exclame al través de la noche:—"¡Astros, irradiais!„ Seria injusto que el crímen, la virtud, el rayo y la sombra fuesen iguales en el abismo, y seria acusacion justa contra el Altísimo achacarle la pérdida, la difusion de claridad sin órden ni concierto en el fondo de los cielos. Por eso la justicia es buena y el astro tambien. En paises horribles, en Sudan, en Darfur, en Gabon, el hombre era un esclavo que se vendia y se compraba, hasta que apareció allí el astro llamado Wilberforce. La verdadera irradiacion del hombre consiste en ser justo, aunque obtenga por premio el martirio; consiste en que haga vislumbrar la justicia en todos sus actos. En cualquier sitio que se cometa un acto inícuo, en cualquier momento que se realice el mal, se necesita que se levante una voz, se necesita que en medio de la noche aparezca repentino resplandor. Son dos necesidades; en el cielo la diosa de la Verdad y en la tierra el sacerdote de lo Justo. Hay que oponerse á los vientos y resistir á las corrientes. ¿Quién habita en la cúspide del monte Blanco? El águila.

II.

Flujo y reflujo.

Terminó en una nacion y empieza en otra; la demencia se contagia de pueblo á pueblo: lo que ayer hizo Francia hoy lo hacen los teutones. En la fragua donde antes triunfara Forbach, la obrera Alemania forja un tirano que compone con los fragmentos de un déspota. ¿Es que ha de haber siempre en el mundo emperadores? Al traidor César le expulsa otro César colérico, y nada ganamos con que uno se vaya si viene otro, si tenemos á Guillermo en vez de Bonaparte, si el ave de rapiña llega cuando desaparece el ave nocturna. La tempestad vuelve á renovarse con más inclemencia y los acontecimientos son más monstruosos cada dia. La invasion se vá, pero prosigue el fratricidio. La victoria huye ante la conciencia y se esconde por miedo de que el cielo la vea. En vez de sondear el enigma, fulminamos rayos contra él; pero, ¿qué quereis que suceda, qué podeis esperar del porvenir, si solo le demostrais ódio y le recibís á bayonetazos? Entregais la autopsia á la ley marcial. No ofreceis á nuestra vista más que la pobreza, la ignorancia feroz é idiota, la miseria de los miserables, la oscuridad de los espíritus, de donde nace la de los corazones, y para resolver esos problemas recurrís al apaciguamiento de ellos por medio de la muerte. Los hombres que matais mataron á su vez, y la suerte les devuelve golpe por golpe, hasta que los priva de la vida. Pero ¿se remedia el crímen por medio del crímen? Pretende-

mos ir hácia el augusto ideal, que iluminan los rayos de la aurora; pretendemos que nos lleven hácia la felicidad, hácia el edén, ¡y tomamos por guia á Medusa, que blande la espada, que tiene ira en los ojos, que vá con el seno desnudo! El cementerio es un pozo desconocido; lo que se arroja en él cae en sombrías cavidades; lanzais en él esqueletos confundidos con escombros, y de esa siembra fatal renacerá la muerte. Cuestiones que nadie puede descifrar todavía hostigan por todas partes nuestra lúgubre esfera y no encontraremos su solucion ensanchando trágicamente la tumba.

Ni el rico ni el pobre alcanzan la felicidad, y sobre todos se cierne indigna sombra. El amor no se alberga en ningun corazon; en todas partes hay extremecimientos, cólera, infierno y calabozos, y mayores son las tinieblas cuanto de más alto bajan; en ellas parece que sienta el espíritu la incubacion de un misterio enorme. Ese fatal y oscuro trabajo irá blanqueando gradualmente. Nos encontramos con el obstáculo desconocido. Vemos uno tras otro todos los escollos, pues los sucesos tambien tienen sus cabos de las Tormentas, detrás de los que se vé la claridad. Ese flujo y ese reflujo, esos combates quizás sean precisos. A pesar del ódio inmenso, hay alguno que ama. No perdamos la fé. Por algun fin supremo, sin cesar, en el antro donde piensan los sondeadores, á través de la oscuridad, prodigioso viento, que sale de las profundidades, empuja y arrastra hácia el divino escollo el mar de la humanidad.

III.

El porvenir.

Polinice, Eteocles, Abel, Caín, ¡oh hermanos! Antigua disputa humana! ¡Cadalsos! leyes agrarias! batallas! ¡oh estandartes, oh sudarios! negros girones! ¡Abertura prematura y sombría de los sepulcros! Dios todopoderoso! ¿cuándo terminará la guerra? ¿Cuándo llegará la santa paz?

La guerra es la ramera, es la infame concubina del acaso; son sus amantes Atila, que carecia de génio, y Tamerlán, que carecia de arte; éstos eran sus favoritos: arrastra al osario todas nuestras esperanzas, marchita nuestras primaveras, pisotea nuestros designios, representa el ódio, y por eso la aborrezco; pero confio en tí, caminante que te acercas desde lejos; á pesar de las tinieblas, confio en tí, porvenir.

Nuestro trabajo es una extraña álgebra; en el vago y triste laberinto que recorremos sobresaltados, en el que caemos en lazos y en descuidos, conservamos siempre, sin embargo, el hilo oscuro en las manos. A pesar de que están siempre en lucha Atreo y Tieste, á pesar de que Leviatán combate á Behemoth, amo y creo. Al fin el enigma dirá lo que tiene que decir. La oscuridad algun dia se disipará para el hombre; que el destino de la humanidad no puede ser el de quedarse siempre sentada é inmóvil en el frio dintel de la tumba, como Jerónimo en Ombos ó como Electra en Argos.

Un dia me dirigí al sitio donde descansa el leon de Waterlóo. Cruzando barrancos llegué á la sombría llanura; era la hora en que desaparecia en el cielo el crepúsculo matutino, y yo caminé directamente hasta subir al montículo. Llegué á él indignado, porque me extremece la gloria que nace de la sangre, de la espada y de la muerte. El leon se destacaba en la llanura silenciosa, y desde abajo contemplé su gran silueta, que con su inmovilidad desafiaba á lo infinito; parecia que aquella fiera, desterrada allí, orgullosa con su soledad, sobrellevaba sin fatiga un doloroso recuerdo, y estaba allí feroz ese testigo de una afrenta. Fuí subiendo, y su sombra empezaba á invadirme; trepando hasta la áspera plataforma, decíame en mis adentros: "Está esperando que el mundo se duerma, pero es implacable; momentos hay durante la noche en que ese bronce debe lanzar sordo rugido, y esquivando los hombres acercarse á él, dudarán si ese rugido lo produce el mónstruo ó el trueno. Al estar muy cerca de él oí algo parecido al ruido de un rayo y algo semejante á la armonía de una cancion.

Una voz suave salia de aquella boca enorme. Un pitirrojo habia fabricado su nido en aquel antro; el pajarillo habia instalado su prole entre los bronceados

dientes del mónstruo y gorjeaba dentro del leon. El montículo trágico estaba de pié, como un arrecife sobre la llanura, tinta en sangre en otros tiempos, y mi imaginacion y mi oido á la par soñaron que aquel cántico que oia significaba la esperanza que remontaba el vuelo desde aquella desesperacion, y que la paz bendita salia de la horrible boca de la guerra.

IV.

Los crucificados

El vulgo tiene por verdadero todo lo que inventa el ódio. En todos los grandes hombres lanzan su venenosa baba los gusanos de la mentira y de la calumnia. Todas las frentes coronadas sienten la punzada de las espinas; los labios de los dioses tienen que beber la hiel. El ódio inventó que Fidias traficaba con mujeres; que Sócrates tenia un vicio que le degradaba; que Horacio, amigo de los machos cabrios, hacia temblar á Vesta; que Caton mantenia con esclavos á las lampreas; que Miguel Angel, enamorado del oro, ave de rapiña, vivia bajo la férula de los papas, y dejaba que éstos le dieran de palos; el ódio inventó que el Dante era concupiscente, que Moliére era el marido de su hija, que Voltaire fué avaro y Diderot venal: ante el tempestuoso tribunal del género humano han sido sentenciados todos los hombres de génio; á todos los clavó en la cruz alguna calumnia en el ensangrentado Gólgota de la gloria: unos crucificados por Caifás y otros por Zoilo.

V.

Falkenfels.

Falkenfels, que se vé en lontananza entre la niebla, es un burgo derruido de un viejo conde arruinado. Quise ver el burgo y al hombre. Trepé á la montaña al través del bosque en un dia de verano. Hácia la mitad de ella existe en una cañada una vetusta capilla, por la que corren los escarabajos. Ningun sacerdote iba á rezar allí, nadie la cuidaba y se arruinó, porque son muy pobres los habitantes de ese rudo pais, que cubiertos de harapos bailan durante la *kermesse*, y ninguno de ellos tiene siquiera los pocos céntimos que se necesitan para pagar una misa. Dejé el cadáver de esa iglesia y proseguí mi camino hácia la cúspide del monte. Llegué por fin al pié del indómito castillo, sobre el que hasta en pleno medio dia se cierne horrorosa sombra. En el boquete, que sirve de puerta, ví al pié de dos gruesas torres, que altivo blason corona, un hombre pensativo; era el conde.

Estaba sentado; al verme llegar volvió hácia mí lentamente la cabeza, pero sin levantarse. A su lado estaba un sonrosado niño, que era su hijo. Saludé al conde, diciéndole:—"En otros tiempos fuísteis opulento y ahora sois pobre; por eso vengo á visitaros: confiadme á vuestro hijo y yo lo llevaré á la ciudad. La vida agreste es buena para el anciano, pero es perjudicial para los niños; el alba teme á la niebla y la rosa muere en la oscuridad, que agrada al mochuelo. Es indudable que es grato contemplar la sombra de estas torres, pero vale más habitar en el siglo que vivimos. Vuestro hijo se irá agostando aquí; el mónstruo en nuestra época está al lado del prodigio, pero el prodigio tiene la seguridad de vencer. Entregadme al niño hermoso y salvaje para que vaya conmigo á Paris, como se iba en otros tiempos á Roma; para que, no pudiendo ser conde, sea siquiera hombre, y para que su glorioso nombre pueda añadirlo á una suerte brillante. Cuando salimos debemos dejar que entren los demás. El águila deja volar al aguilucho y el roble no debe ahogar al arbusto.„

Sonriéndose el anciano me contestó: —"Las ruinas se enamoran de la soledad. Si en otros tiempos fuí grande, ahora me place ocultarlo. La multitud tiene curiosidad de ver al hombre caido; habeis querido verme, os lo agradezco. No me gusta gastar palabras supérfluas. No conozco ya á nadie, he dejado de existir; marchaos de aquí.„—"Este niño no ha nacido para permanecer envuelto en la oscuridad de eterna noche, le repliqué. Privar al niño de su porvenir debe remorder la conciencia del padre.„ —"Yo, que he muerto, me contestó, he oido decir cosas horribles de los vivos; me han dicho que entre vosotros el triunfo corresponde á los inexorables; que

castigais todavía con la pena del Talion; que los hombres encuentran el zorro superior al leon; que ametrallan á ciegas, y que constituye un crímen ofrecer asilo á los proscriptos. Temo que eso sea verdad; quisiera que fuese falso. Pero dejadme en paz, que vivo tranquilo en mi retiro; mi hijo beberá la misma agua pura que yo bebo; me ofreceis vivir en la ciudad, y yo prefiero vivir en los bosques, porque me parece que las peñas tienen más corazon que los hombres actuales, y que las bestias van perdiendo su ferocidad.„

VI.

Los que insultan.

Con tal que verdee el ramaje que se levanta por encima del pantano, constituyendo la cúpula movediza de los bosques, ¿qué le importa á la encina que le moje los piés el agua encharcada? Insectos repugnantes se arrastran por el polvo debajo del inmóvil bloque cubierto de malezas; pero al gigante de mármol mutilado y augusto, á la esfinge de granito, ¿qué le importa lo que debajo de él pueda pensar la corredera? En la oscuridad de la noche, cuando se extremece convulsiva la palmera, el coloso, con las manos sobre las rodillas, tranquilo y pensativo, espera que llegue el momento de poder hablar con la aurora; si la limaza babea su base, él lo ignora; ese dios nunca llegó á saber que un sapo se mueve; mientras por él se desliza un gusano, conserva mudo su misterio de sombría sonoridad, y el hormigueo de los innumerables mil-piés no es suficiente para ahogar de Memnon la voz formidable con que contesta al sol.

VII.

Proceso á la revolucion.

Os encolerizais, jueces, cuando haceis comparecer á la barra, ante vosotros, á la revolucion, que fué dura, bárbara y feroz, hasta el extremo de expulsar á los buhos; que molestó sin respeto á todos los fakirs, derviches y marabuts, haciendo huir, al dirigirles miradas iracundas, al sacerdote y al jesuita.

Es indudable que de hoy en adelante el hombre-rey y el hombre-dios solo ya serán fantasmas; fantasmas que se borran; los aparecidos guerreros y las larvas papales desaparecen ya, y vosotros os indignais en los tribunales. Es lástima que hayan terminado las fiestas de la noche voraz, que agonice el mundo tenebroso, que aparezca el dia claro, que el murciélago esté ciego, que la garduña vague lanzando gemidos, que el zorro llore, que los animales que de noche cazaban pajarillos estén lanzando las últimas boqueadas. Si esto continúa así, si la luz persiste en consternar al quebrantahuesos y al cuervo, el vampiro morirá de hambre junto á las tumbas y la claridad diurna acabará con las tinieblas.

VIII.

A Enrique V.

Cuando yo era adolescente, vos érais niño; estando aun en vuestra cuna frágil y gloriosa entoné mi primer canto, y el viento de los abismos nos ha arrojado á cada uno de nosotros sobre diferente cumbre; pues la desgracia, sitio sombrío hácia donde nos arrastra la suerte, constituye una cúspide. Media un abismo entre nosotros, como entre los dos polos. Ostentais en los hombros el manto real y empuñais el cetro, que deslumbraba en otros tiempos; yo, que peino canas, me atrevo á deciros:—"Es viril y fuerte el hombre que se atreve á trocar su triste fin en altivo suicidio, que renuncia á todo, escepto á la honra; que busca la oscuridad, como Hamlet la buscaba en Elseneur, y que conociéndose grandioso como fantasma, no vende su bandera ni al precio de un reino. El lirio siempre será blanco. Es digno mantenerse siendo Capeto el que lleva el apellido de Borbon; teneis ese motivo para permanecer siendo honrado. La historia es una region en la que se tropieza y en la que se triunfa, en la que unos se arrastran y en la que muchos se ahogan; vale más salir de ella siendo príncipe, que penetrar en ella de un modo indigno.

IX.

Cárlos querido, me parece que siempre te tengo á mi lado. Tierno mártir, en la tierra, adonde el hombre vá á parar, te busco, y veo el alba pálida que sale por las rendijas de tu sepulcro.

En las cunas, que tan inmediatas están á los ataudes, los muertos se aparecen atrayentes, y mientras que arrodillado derramo abundantes lágrimas, en el umbral de mi gabinete cantan alegres dos niños.

Jorge, Juana, cantad; cantad en vuestra sublime ignorancia; reflejad en el mundo á vuestro padre, sombreados por su confusa oscuridad y dorados por su vaga luz.

¿Qué sabríamos en el mundo si no supiéramos que la muerte vive? Un paraiso, en el que el ángel se junta con la estrella, sonrie entre el espanto que nos causa. Ese paraiso terrenal es el niño. Huérfanos, os queda Dios. Dios, que de la nube oscura de mi sufrimiento aparta vuestro resplandor celeste.

Gozad, vivid alegres, mientras yo vivo afligido, que á cada cual le llega el turno. Viví yo casi un siglo, y á mi edad el hombre ha sufrido ya mucho.

¿En esa larga carrera acaso estamos seguros de haber hecho todo el bien que pudimos hacer, de haber ahogado el ódio y de haber sido hermano de nuestros enemigos?

Hasta el que obró mejor se equivocó muchas veces. Remordimientos siguen á nuestras alegrías. Si alguna vez triunfé de mí mismo, fué en medio de mis derrotas.

Cuando me ví vencido, me ví más grande. El dolor nos tranquiliza. Siempre, á herir á los demás, preferí herirme yo mismo.

Engrandecerse equivale á aumentar nuestros sufrimientos. Mi cumbre es un blanco. Cuantas más ramas tengo, proyecto más terrible sombra.

De esto nace mi desconsuelo, mientras que vosotros vivís alegres y satisfechos, porque vuestra alma en flor se abre deslumbrada por la luz de la naturaleza.

Jorge es el arbusto que crece en mi campo lúgubre; Juana oculta en su corola un espíritu que tiembla al ruido que producimos y que desea hablar.

Niños, á los que esperan las desgracias, dejad que en vosotros, que sois tiernas plantas, balbuceen vuestros instintos y que en vuestras frescas flores zumben las abejas.

Un dia comprendereis que todo se eclipsa en la tierra, que el rayo ruge en cuanto se pretende aliviar la carga del pueblo, de ese inmenso Atlas que soporta un mundo.

Comprendereis entonces que, dependiendo la suerte del azar, el hombre, que es un ignorante augusto, debe vivir de modo que sus sueños se ajusten todo lo posible á la verdad.

Algun dia, cuando muera, conoceré mi destino, que ahora no conozco, y me inclinaré hácia vosotros, completamente penetrado de ese misterio que desconocemos durante la vida.

Sabré el por qué del secreto del destierro á que se condena vuestra niñez; sabré por qué la justicia y el afecto de uno solo parece una ofensa á todos los demás.

Sabré por qué, mientras vosotros cantábais en mis fúnebres ramas, yo, que soy compasivo para todas las desgracias, me ví envuelto en tantas tinieblas.

Sabré por qué me envuelve la implacable sombra, por qué presencié tantas hecatombes, por qué me envuelve invier-

no eterno, por qué á mi rededor he visto cavar tantas tumbas;

Por qué me hizo sufrir el destino tantos combates, tantas pesadumbres y tantas aflicciones; por qué quiso Dios que yo fuese ciprés, cuando vosotros sois rosas.

X.

I.

Del oscuro abismo, de la suerte fatal, de los ódios, de los furores, de las tumbas, de todo esto, pueblo, lo que sale es la claridad y la certidumbre. La soledad afirma el progreso, la fraternidad y la fé, y la muchedumbre lo confirma elevando la voz; la alegre aldea se lo comunica á Paris y el emocionado Louvre á la cabaña. La última hora es tan clara como la primera fué sombría, y se oye en el fondo del cielo oscuro el rumor que producen los que nacen. Suena en la oscuridad batimiento de alas.

Si en estas indómitas hojas, si en estas enlutadas páginas un clamor de angustia exhalo contra mi voluntad, si dejo escapar la palabra sufrimiento ó la negacion de la esperanza, ahogo mi sollozo, tacho la palabra y deseo que se tenga por no dicha.

No debo dudar, yo que soy sereno navegante que no teme los embates de las olas; no debo admitir que una horrible mano mantenga corrido sobre el porvenir el cerrojo del pasado. Es imposible que el crímen se apodere de la justicia, que eterna sombra oscurezca al astro, que los reyes arrojen lejos de sí á latigazos á la conciencia ciega y al progreso vencido; que el espíritu humano, el derecho, el honor, la virtud, la razon, no tengan más remedio que callar; que este siglo desaparezca sin pagar sus deudas, que el mundo se vuelque como bajel que zozobra y que se pierdan los pensadores en siniestro abismo. No, Francia; tú volverás á ser la primera. Es imposible apagar la luz para siempre.

II.

¿Presenciamos el derrumbamiento de un mundo? No; presenciamos un Génesis. ¿Qué te importa, Paris, tu pasajera niebla, ni el huracán terrible que te azota? En la sangrienta justa, ¿qué te importa un combate más ó menos? ¿Puede acaso saciarte, inextinguible volcán, las explosiones, las sacudidas que conmueven toda la tierra, los metales que se alean, los hombres que sirven de pasto á tu fuego? ¿Puede apagarte acaso el hálito divino? No. Tu fuego vuelve á encenderse y á hervir incesantemente. Como al mar, á Paris únicamente Dios puede decirle:—"Basta!„ Solo Dios y tú conoceis tu ruda mision. Muchas veces, inclinándose el hombre hácia tu terrible foco, toma por reflejo del infierno el tinte rojizo de la aurora. Tú sabes lo que debes construir ó transformar. El que te irrita solo consigue hacerte lanzar espuma. Si te arrojan una piedra en el abismo por donde corres, te hacen escupir un puñado de centellas. Los reyes te hieren, y así como el hierro que forjan los martillos lanza relámpagos á los cíclopes, tú respondes á sus golpes cubriéndolos de estrellas.

Oh destino! ¡Desgarradura admirable de telas que teje la araña y de lazos que tiende la sombra, sepulcro de la brillante mañana! Abyecto es el lazo, miserable la tela, insuficientes para contener la llegada del porvenir.

III.

Envidiable es tu suerte, Paris! Tu magnanimidad te coloca en medio del género humano y en su cúspide. Nadie podrá acercarse á tí sin oir salir de tu suplicio augusto una voz cariñosa, pues tú sufres y te desangras por todos. Ante tí los pueblos se arrodillarán formando círculo. La aureola del Etna no teme á Eolo, y ningun viento apagará la tuya, pues tu fuego terrible abrasará todo lo que no sea vida, honor, trabajo, talento, deber, derecho, bálsamo ó perfume; porque tu fuego puro, que es brasa y es flor, confunde con su inmenso amor el dolor universal. Gracias á tí crece el hombre y el progreso nace viable. Digno es de envidia tu trágico destino, y tu muerte dejaria huérfano al universo. En tu llaga brilla un astro, y Cartago ó Berlin cede-

rian todas sus rapiñas y todas sus victorias por conseguir tu corona de espinas. Jamás yunque alguno lanzó tantas chispas como tú. Estás destinada á reformar la Europa. Por eso sufres tantos tormentos, pero constituye tu gloria el martirio, la deuda que todos te pagan; acéptala, sé grandiosa. Manifiesta que eres un pueblo de héroes. Deja que despues de los tiranos te opriman los verdugos, y no pierdas nunca la tranquilidad. En tus manos la espada se convierte lentamente en palma.

IV.

Los hombres del pasado se figuran que aun gobiernan, se imaginan que viven, y todo su trabajo y todos sus esfuerzos no son más que un afortunado hormigueo de gusanos; la losa muda del sepulcro está suspendida sobre ellos. Pero en Paris nada está muerto; su agonía produce y su derrota crea. Lo que ella quiere será. El dia que nació acabó lo imposible. Los que debieran estar hartos de tus dolores te insultan, pero tú vives, Paris; en tu arteria, en la que la sangre de todos los hombres y de todo el mundo corre sin cesar, se siente latir el pulso profundo del porvenir. Temen por tí, ciudad de la futura Europa; creen que eres una ruina y que tu aspecto de féretro tiene semejanza con el duelo eterno. El más impávido se extremece, lloran, tiemblan y dudan; mas si inclinándonos hácia tí fijamos el oido en la amurallada sombra donde ninguna antorcha brilla, en esa oscuridad de abismo y de tumba, oimos vagamente y en lontananza un canto delicioso. Lo entona el nuevo siglo que vá saliendo de la bruma.

Convengo con vosotros, hombres del pasado, que es verdad que la vida, á pesar de nuestros trabajos y á pesar de nuestros deseos, es terrenal y no puede llegar á ser divina, antes que el hombre suba al cielo á buscar al gran viviente. La muerte será siempre la suprema emancipacion. La dicha se goza en el cielo, en el mundo se goza la esperanza y nada más; pero la esperanza creciente, que borra los pesares y abre nuestros ojos, es lo que se llama progreso. Tal ó cual átomo es un astro, y brilla. Vemos que se vá extendiendo el mayor bienestar posible; vemos la miseria más reducida cada dia, y eso es lo que vosotros no veis. Os apasiona la oscuridad y vuestro gran deseo es llegar á cegar el alma. Para nosotros el sudario está lleno de agujeros que despiden llamas. ¿Qué nos importa que esté oscuro el zenit, si vemos levantarse las constelaciones, resplandecer los rayos de la luz, metamorfosearse la majestad de los soles, y lo verdadero, lo bello, lo grande y lo justo, lanzando á la vida en todas partes sus aureolas de oro? Entre tanto vosotros contemplais sombras, siempre sombras; vosotros veis las tinieblas cubiertas por un triple velo, y nosotros miramos el fulgor de las estrellas; buscamos lo útil y vosotros lo perjudicial; cada cual tiene su modo de contemplar la noche.

XI.

Tierra y cielo, si reinase el mal, si nuestro rudo trabajo fuera inútil, si tuviese que volver el pasado, si la negra noche volviese á encapotar el firmamento, la naturaleza solo seria una cobarde y lúgubre impostura é inútilmente brillarian las constelaciones. No se puede llegar á creer que el empíreo albergue á un sér divino que nos engañe, ni que detrás del estrellado velo se oculte para premeditar un crímen, ni que el hombre, prodigándolo todo, sus dias, su llanto y su sangre, esté creado para servirle de juguete. No valdria la pena de que los vientos removiesen el tempestuoso oleaje de los vivos, ni que la aurora saliese del mar, sembrando con lluvia de diamantes las flores entreabiertas, ni que cantase el pajarillo, ni que existiese el universo, si el destino no fuera más que un cazador que está acechando, si todos los esfuerzos del hombre solo llegaran á producir quimeras, si remase de dia y de noche para obtener al fin de su penoso viaje el honroso término de la nada. Seria el cero el factor de todo! Daria la humanidad por cuna á Caribdis y por tumba á Scila. Es imposible! ¡es imposible! Paris, tú que eres el gran atleta; tú, Francia, que eres el centinela avanzado, cumpliendo con vuestro deber pagais lo que debeis á Dios. ¡Levantaos y á luchar!

Parece que el Sér Supremo esté perplejo cuando se contempla al través del tragaluz del destino. Muchas veces ha hecho brotar la duda en el pensamiento de los antiguos sábios; sé que el descono-

cido no responde al llamamiento del cálculo tardo ni al del escalpelo, pero yo tengo fé. La fé es la suprema luz. Mi conciencia tiene á Dios por huésped. Puedo en un falso círculo ó con un falso compás colocarle fuera del cielo, pero no puedo colocarle fuera de mí. Es el timon que me guia durante las tempestades de la existencia. Le siento en mi corazon. En el fondo de mi espíritu somos dos, él y yo; él es mi única esperanza y mi único amor. Si por casualidad pienso en cometer una falta que me halaga, siento imperceptible rumor dentro de mí mismo, y maquinalmente pregunto:—"Quién está ahí? Quién me habla?„ Y mi alma, temblando, me responde:—"Dios„.

Es imposible negar el progreso al que está adherido el vasto movimiento del mundo solidario. Si Dios me engañara y me hiciese abrigar la esperanza como un cebo para traerme hácia el lazo y apresarme en él; si viviese siendo humilde átomo, entre el presente que es un sueño y el porvenir que es un fantasma; si no tuviese más objeto el hombre que servirle de burla; si me ofreciese la brújula para producirme el naufragio, yo, que solo soy miserable sombra en el horizonte, me trocaria en su sombrío acusador; tomaria por testigos á los innumerables mundos, se pondria el infinito de mi parte, creo que hasta los abismos harian causa comun conmigo, echándole la culpa de todas nuestras desventuras; yo seria el inocente y él seria el culpable.

Si solo el mal debiera permanecer en pié, si el fondo de todo fuese una inmensa mentira, todo se revolucionaría. Ya no seria un templo el cielo para los ojos del hombre que le contemplan; la incomprensible creacion, encerrando humilde secreto, tampoco seria un pedestal de gloria. De los campos, de las arboledas, de los montes, de las envenenadas flores, del furioso y loco caos de los destinos, de todo cuanto aparece, desaparece y vuelve á aparecer, partiria lúgubre acusacion; la realidad rezumaria por horrorosas hendiduras; el aire exclamaria:—"Me entrega á los lluviosos soplos!„ El gusano diria al astro:—"¡Te envidia, y para humillarte nos hace brillar á los dos!„ El escollo diria:—"¡Me manda que perjudique!„ El mar exclamaria:—"¡Confieso que él me hace cruel.„ Todo el universo serviria de picota al Altísimo.

La realidad es una sublime paga; yo soy el acreedor tranquilo, que sin impaciencia la espero. No creo vacía la sombra donde brilla el astro. De donde brota la mañana brotará el porvenir. La naturaleza se compromete con el destino, y el alba es la palabra empeñada eternamente. En las alturas, las tinieblas eclipsan á los rayos. Solos, durante la noche, vagando pensativos, creemos; el cielo está turbio, oscuro y misterioso, pero no importa; nada justo llamó nunca en vano á sus puertas. Las quejas son exclamaciones inútiles, el mal es una palabra hueca; cumplí mi deber y estoy satisfecho de sufrir, porque la justicia está de mi parte, á pesar de que no soy más que un grano de arena. Digo á todos los que aman y piensan: ¡Tened esperanza!; y afirmo que el Sér desconocido que prodiga los esplendores, las flores y los universos, como si vaciara de sacos nunca cerrados los astros, las estaciones y los vientos; afirmo que el Sér desconocido que hace que las nubes se disipen sobre los montes y que los mares roan los diques sin cesar, que hace brillar la luz del dia y la del relámpago, que esparce un raudal de vida y de amor en el espacio; afirmo que el Sér desconocido que no muere ni pasa, que creó el mundo, libro que el sacerdote ha leido mal, que dió la belleza como forma á lo absoluto, que es real, á pesar de la duda y de la fábula, afirmo que no es insolvente.

EPÍLOGO.

Entre sombras.

EL ANTIGUO MUNDO.

Marea, desciende ahora, ya que es preciso. Jamás tu flujo subió tan alto. Pero ¿por qué estás tan sombría y eres tan feroz? ¿Por qué tu abismo grita como una boca? ¿Por qué esa áspera lluvia, esa sombra, esos rumores y esos huracanes soplan en tu nocturno clarin? Tus olas suben con prodigioso rumor; aquí tienes tu límite. Te digo que te pares. No atentes á las antiguas leyes, á los obstáculos y á los frenos antiguos, á la ignorancia, á la miseria ni á la autoridad del hombre sobre la mujer, ni al gran banquete que rodean los deshere-

dados, ni á las supersticiones ni á las fatalidades; no atentes á ninguna de esas cosas sagradas. Desciende y cállate: edifiqué estos recintos alrededor del género humano y levanté esas torres. ¡Pero sigues rugiendo y ascendiendo siempre! Tu frenético choque todo lo hace desaparecer en tropel; aquí el viejo misal, allá el código antiguo; arrastras en tus olas el cadalso; no toques al rey. ¡Cielos! yace derribado en el suelo. Veo tambien desaparecer á los hombres sagrados. Detente, que es el juez! ¡Detente, que es el sacerdote! Dios te ha dicho: —"Marea, no vayas más allá„, pero tú no haces caso y quieres tragarme. ¡Dios mio! ¡El mar te desobedece, el mar invade mi casa!...

LA MAREA.

Crees que soy la marea y soy el diluvio.

FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

ODAS Y BALADAS.

LAS ORIENTALES.

HOJAS DE OTOÑO.

CANTOS DEL CREPÚSCULO.

VOCES INTERIORES.

RAYOS Y SOMBRAS.

LOS CASTIGOS.

LAS CONTEMPLACIONES.

Páginas

EN OTROS TIEMPOS.—1830-1843.

EN LA ACTUALIDAD.—1843-1855.

Páginas

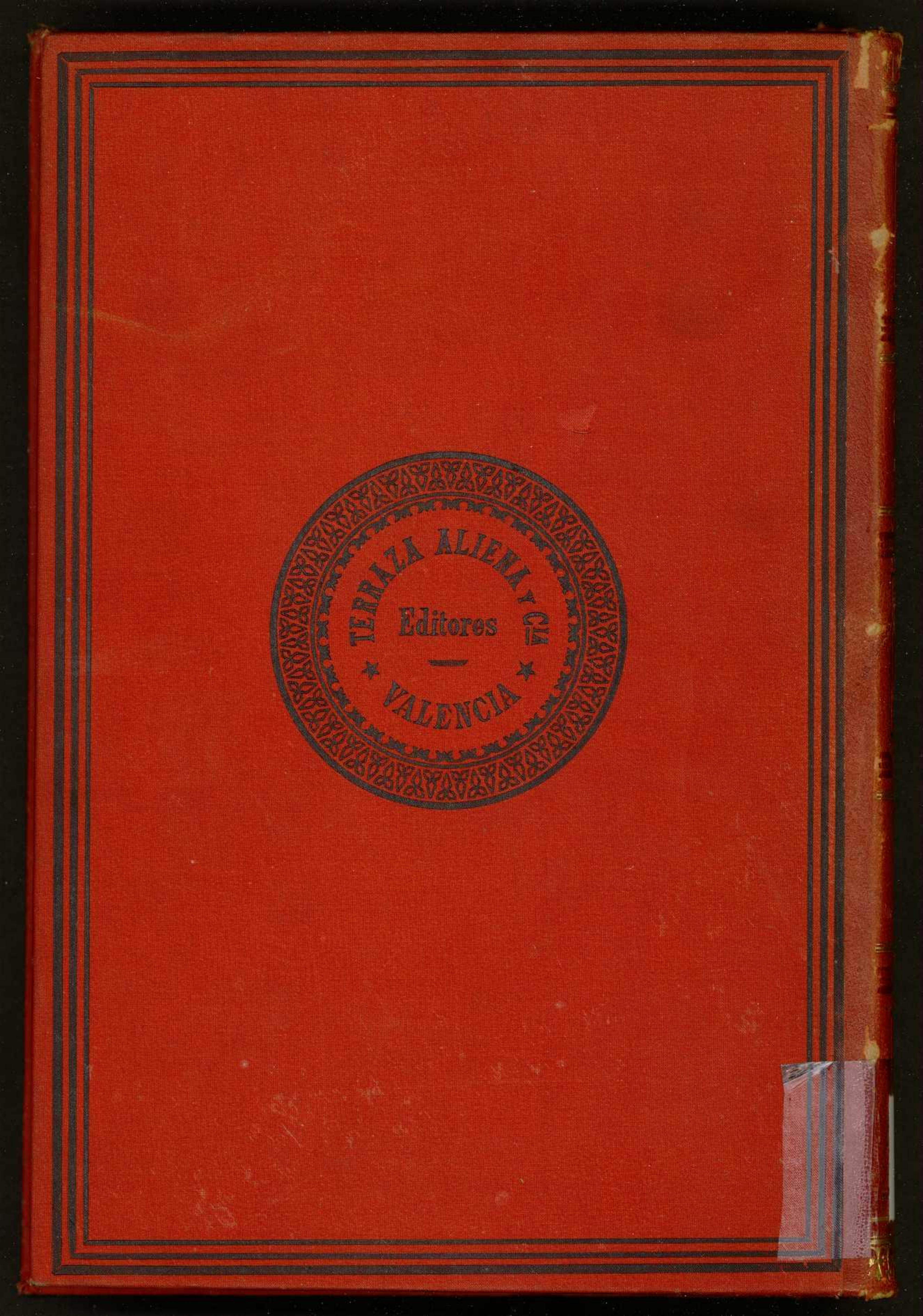
LAS CANCIONES DE LAS CALLES Y DE LOS BOSQUES.

EL ARTE DE SER ABUELO.

EL AÑO TERRIBLE.






TERRAZA ALIENA Y CIA
Editores
VALENCIA

OBRAS
COMPLETAS
DE
VICTOR HUGO

TOMO V



H. MIRALLES. BARCELONA